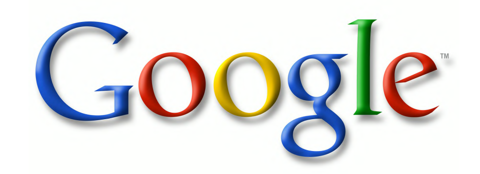
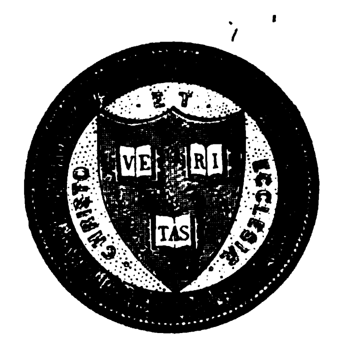



VE
RI
TAS

HISTORIA GENERAL

DE ESPAÑA.

TOMO II.

HISTORIA GENERAL

DE ESPAÑA

LA COMPUESTA, ENMENDADA Y AÑADIDA

POR EL PADRE MARIANA,

CON LA CONTINUACION DE MINIANA;

COMPLETADA

CON TODOS LOS SUCESOS QUE COMPRENDEN EL ESCRITO CLÁSICO SOBRE EL REINADO DE CARLOS III, POR EL CONDE DE FLORIDABLANCA, LA HISTORIA DE SU LEVANTAMIENTO, GUERRA Y REVOLUCION, POR EL CONDE DE TORENO,

Y LA DE NUESTROS DIAS

POR EDUARDO CHAO:

ENRIQUECIDA CON NOTAS HISTORICAS Y CRITICAS, BIOGRAFIAS, UNA TABLA CRONOLOGICA DE LOS SUCESOS MAS NOTABLES Y UN INDICE GENERAL PARA SU MAS FACIL INVESTIGACION Y METODICO ESTUDIO,

Y ADORNADA

con multitud de preciosos grabados y láminas sueltas en acero y en boj que representan trages, armas, armaduras y muebles, monedas y medallas, caracteres paleograficos, vistas de batallas y monumentos, costumbres y retratos de los personajes mas célebres, desde los tiempos mas remotos hasta los presentes, el retrato de Mariana copiado del que existe en la Biblioteca Nacional y un nuevo mapa general de España.

DEDICÁDA

à las Cortes de la Nacion.

TOMO II.



MADRID:
IMPRENTA Y LIBRERÍA DE GASPAR Y ROIG, EDITORES:
calle del Príncipe n. 4.
1848.



LIBRO DÉCIMOTERCIO.

CAPITULO I.

Como muchos pueblos fueron ganados por los nuestros.



os dos reyes de España don Jaime y don Fernando como quier que ántes fuesen esclarecidos y excelentes entre los demas por sus grandes virtudes y valor, comenzaron á ser mas nobles y afamados despues que ganaron á Córdova y á Valencia. Los pueblos y las ciudades daban gracias inmortales á los santos por las cosas que dichosamente se habian acabado: trocaban en pública alegría el cuidado y congoja que tenian del suceso y remate de las guerras pasadas. Los capitanes y soldados con tanto mayor vigilancia ejecutaban la victoria, y de todas maneras apretaban á los vencidos: recatábanse otrosí no les sucediese alguna cosa contraria y algun revés, ca no ignoraban que muchas veces despues de la victoria el suceso de las guerras se trueca y se muda todo en contrario. Los príncipes extrangeros, do era llegada la fama de tan grandes hazañas, con embajadas que enviaron, daban el parabien de la buena andanza á los reyes, y exhortaban á los nuestros que por el camino comenzado

no dejasen de apretar á los Moros que se iban á despeñar y acabar. Todavia por un poco de tiempo se dejaron las armas, y se aflojó en la guerra á causa que el rey de Aragon concedió por un tiempo treguas á los Moros, y poco despues pasó á Mompeller.

Asímismo el rey don Fernando en Burgos se ocupaba en celebrar un su nuevo casamiento. Doña Berenguela con el cuidado que tenia, como madre, no estragase el rey con deleites deshonestos el vigor de su edad en que estaba, dado que al juicio de todos no habia persona ni mas santa ni mas honesta que él, procuró se hiciese el dicho matrimonio. Doña Juana hija de Simon conde de Potiers y de Adeloy de su muger, nieta de Luis rey de Francia y de doña Isabel hija de don Alonso el emperador (1), vino traida de Francia para casalla con el rey don Fernando. Deste matrimonio nació don Fernando por sobrenombre de Potiers, y sus hermanos doña Leonor y don Luis. El rey concluidas las fiestas, y con deseo de visitar el reino, trujo á la nueva casada por las principales ciudades de Leon y de Castilla: visitaba con esto sus estados. Tenia costumbre de sentenciar los pleitos y oirlos,



Doña Juana.

y defender los mas flacos del poder y agravio de los mas poderosos. Era muy fácil á dar entrada á quien le queria hablar y de muy grande suavidad de costumbres. Sus orejas abiertas á las querellas de todos. Ninguno por pobre, ó por solo que fuese, dejaba de tener cabida y lugar no solo en el tribunal público y en la audiencia ordinaria, sino aun en el retrete del rey le dejaban entrar. Entendia es á saber que el oficio de los reyes es mirar por el bien de sus súbditos, defender la inocencia, dar salud, conservar, y con toda suerte de bienes enriquecer el reino: como sea no solo del que manda á los hombres, sino tambien del que tiene cuidado de los ganados procurar el provecho y utilidad de aquellos, cuyo gobierno tiene encomendado.

(1) Era viznieta de Luis rey de Francia, pero no de doña Isabel.

Con este estilo y manera de proceder no cesaba de grangear la gracia y voluntades así de los de Leon como de los Castellanos. Llegó á Toledo, de donde envió suma de dinero á Córdova, por tener aviso que los nuevos moradores de aquella ciudad por falta de la labranza de los campos y por la dificultad de los tiempos padecian mengua de mantenimientos, y por esta causa corrian peligro. Costaba una hanega de trigo doce maravedís, la hanega de cebada cuatro; lo cual en aquel tiempo se tenia por grandísima carestía. Fueron estos tiempos extraordinarios, pues sin duda se halla en las historias que el año siguiente de 1239 hobo dos eclipses del sol; el uno á tres de junio que fué viernes, se escureció el sol á medio dia como si fuera de noche: eclipse que fué muy señalado; el segundo á veinte y cinco del mes de junio, como lo dice y lo afirma Bernardo Guidon historiador de Aragon (2), mas parece hobo engaño en este segundo eclipse, y no vá conforme á los movimientos de las estrellas, pues no pudo caer la conjuncion de la luna y del sol en aquellos dias, sin la cual nunca sucede el eclipse del sol; ni aun la luna despues que se aparta del medio del zodiaco y de la línea eclíptica por do el sol discurre, y en que es necesario estén las luminarias cuando hay eclipse (de que tomó el nombre de eclíptica) no torna á la misma ántes de pasados seis meses poco mas á menos. Plinio señala en particular que el eclipse de la luna no vuelve ántes del quinto mes, ni el del sol ántes del seteno.

Demás desto fué aquel año desgraciado para Castilla por la muerte de dos varones muy esclarecidos: estos son don Lope de Haro á quien sucedió su hijo don Diego, y don Alvaro de Castro, por cuyo esfuerzo se mantuvieron los nuestros en el Andalucía. Este caballero visto el aprieto en que se hallaban las cosas, se partió para Toledo á verse con el rey, que con otros cuidados parecia descuidarse de lo que tocaba á la guerra. Concluido esto, ya que se volvia, en el mismo camino murió en Orgaz. A la sazon que don Alvaro se ausentó, cincuenta soldados que quedaron de guarnicion en el castillo de Martos, salieron del á robar, y por su capitan Alonso de Meneses pariente de don Alvaro. Alhamar, que en lugar de Abenhut nombraron por rey de Arjona, como entendiese lo que pasaba, y la buena ocasion que se le ofrecia, puso cerco á aquel castillo. La muger de don Alvaro que dentro se hallaba, en aquel peligro tan de repente hizo armar á sus mugeres y criadas, y que tirasen de los adarves piedras contra los Moros, y diesen muestra de que eran soldados: con este ardid se entretuvieron hasta tanto que Alonso de Meneses y sus compañeros avisados del peligro acudieron luego. Era dificultosa la entrada en el castillo por tenelle los enemigos rodeado: animóles Diego Perez de Vargas ciudadano de Toledo, y por su órden apretado su escuadron y cerrado, pasaron por medio de sus enemigos con pérdida de pocos. Entrados en el castillo, fueron causa que se salvase, porque los que estaban cercados se animaron con su ayuda y con esperanza de mayor socorro que entendian les acudiria. El rey moro por salille vana su esperanza, y forzado de no menos falta de vituallas, alzó el cerco.

Pusieron estos negocios en gran cuidado al rey, que consideraba cuantas fuerzas le faltaban por la muerte de dos capitanes tan señalados, cuanto atrevimiento habian cobrado los Moros. Por esta causa desde Burgos, donde era ido con intento de llegar dinero para la guerra, á grandes jornadas se partió para Córdova. Llevó consigo á sus hijos don Alonso y don Fernando, mozos de excelentes naturales, y de edad á propósito para tomar las armas. El padre como sagaz pretendia que los primeros principios y ensayos de su milicia fuesen en la guerra contra los infieles enemigos de los cristianos. Pretendia otrosí con el uso de las armas despertar su esfuerzo y hacellos hábiles para todo. En el mismo tiempo el rey don Jaime fué á Mompeller para ver si podia juntar algun dinero de aquellos ciudadanos para la guerra, de que tenia no menos falta que la que en Castilla se padecia. Deseaba asímismo sosegar los moradores de aquella ciudad, que andaban divididos en bandos, castigando á los culpados: lo uno y lo otro se hizo. El rey moro Alhamar juntó á los demás estados que tenia, el señorío de Granada con voluntad de aquellos ciudadanos: ciudad poderosa en armas y en varones y que por la fertilidad de sus campos no tiene mengua de cosa alguna. Este fué el principio del reino de Granada que duró desde entonces hasta el tiempo y memoria de nuestros abuelos. En Murcia por ódio que tenian á Alhamar, los ciudadanos alzaron por su rey á uno llamado Hudiel: ocasion de que se comenzaron las enemistades graves y para aquella gente perjudiciales, que largo tiempo se continuaron entre aquellas dos ciudades.

Los Moros de Andalucía cansaban á los nuestros con rebates: valíanse de engaños y cela-

(2) Nadie dice que Guidon haya escrito la historia de Aragon.

das sin querer venir á la batalla; al contrario diversas compañias de soldados, enviados por el rey don Fernando, en tierra de los enemigos se apoderaban de castillos, pueblos y ciudades cuando por fuerza, cuando por rendirse de su voluntad, en particular sugetaron el señorío de cristianos á Écija, Estepa, Lucena, Porcuna, Marchena (los antiguos la llamaron Martia) Cabra, Osuna, Baena. Los pueblos menores que se ganaron, no se pueden contar ni aun entonces se pudiera hacer cuando la memoria estaba fresca: parte dellos se dió á las ordenes de Santiago y de Calatrava y á los obispos que acompañaban al rey para ellos y sus sucesores: parte tambien se entregaron en particular á los grandes y caballeros. Los Moros por estas pérdidas cobraron tanto miedo cuanto nunca tuvieran ántes. Un cierto moro del linage de los Almohades, avisado en Africa del peligro que su gente corria, con esperanza de fundar un nuevo estado, y deseoso de acaudillar las reliquias y fuerzas de los Moros de España pasó ultra mar: la voz era vengar por las armas la afrenta de su nacion y las injurias que se hacian á la religion de sus padres. Pudiera este acometimiento ser de consideracion, si no atajáran sus intentos la diligencia de los nuestros y la buena dicha del rey que le prendió y hobo á las manos: con qué industria ó en qué lugar, no se escribe, ni aun refieren el nombre que el moro tenia, ni lo que dél se hizo; en el caso no se duda.

A Alhamar rey de Granada otorgó treguas por un año el rey don Fernando: con que gastados no menos de trece meses en aquella empresa y jornada, dió la vuelta á Toledo, do su madre y muger le esperaban, alegres con las victorias presentes. De allí pasó á Burgos, y trasladó la universidad de Palencia que fundó el rey don Alonso su abuelo, á la ciudad de Salamanca. Convidóle á hacer este trueco la comodidad del lugar por ser aquella ciudad muy á propósito para el ejercicio de las letras: el rio Tormes que por ella pasa la hace abundante, su cielo saludable y apacible, finalmente proprio alvergo de las letras y erudicion. Pretendia otrosí con este beneficio ganar las voluntades del reino de Leon en que está Salamanca; y aun don Alonso su padre rey de Leon los años pasados para que sus vasallos no tuviesen necesidad de ir á Castilla á estudiar, enderezó en aquella ciudad cierto principio de universidad, pequeña á la sazon y pobre, al presente por el cuidado y liberalidad de don Fernando su hijo, y mas adelante por la franqueza de don Alonso su nieto, como de príncipe muy aficionado á los estudios y á las letras, se aumentó de tal suerte que en ninguna parte del mundo hay mayores premios para la virtud, ni mas crecidos salarios para los profesores de las ciencias y artes.

Don Diego de Haro, señor de Vizcaya, primera y segunda vez no se sabe la causa, pero anduvo por este tiempo alborotado: la blandura del rey don Fernando y su buena manera, y el cuidado que en ello puso don Alonso su hijo, le hicieron sosegase con dalle mayores honras y hacelle mas crecidas mercedes que ántes, en que se tuvo consideracion á los servicios de sus antepasados; ademas que era mala sazon para ocuparse en alteraciones domésticas por la buena ocasion que se ofrecia de desarraigar el nombre y nacion de los Moros de España. Sucedieron estas cosas el año de **1240**; el cual año no solo para Castilla fué dichoso, sino tambien señalado, y de mucha devocion para los Aragoneses por el milagro que sucedió en el castillo de Chio. Por la ausencia del rey los soldados que quedaron de guarnicion en Valencia, salieron en compañía de Guillen Aguilon y de otros caballeros á correr y robar las tierras de Moros: cargaron sobre el territorio de Játiva, y tomaron á Rebolledo de sobresalto. En aquellos montes estaba el castillo de Chio, como llave de un valle muy fresco y abundante. Pusiéronse sobre él: los cercados con ahumadas apellidaron en su ayuda á los Moros de la comarca, que se juntaron en número de veinte mil, y asentaron sus reales á vista del castillo. Los cristianos eran pocos, mas valientes y animosos: determinados de pelear con aquella morisma, con el sol se pusieron á oir misa, á que querian comulgar seis de los capitanes; en esto oyeron tal alarido en los reales por causa de los Moros que de repente los acometieron, que les fué forzoso dejada la misa acudir á las armas. El preste envolvió y escondió las seis formas consagradas en los corporales, que, vencidos los Moros, hallaron bañados en la sangre que de las formas salió. Ganada la victoria, forzaron luego y abatieron aquel castillo. Los corporales se guardan en Daroca con mucha devocion: la hijuela en un convento de Dominicos de Carboneras puesta allí por su fundador don Andres de Cabrera marqués de Moya, ca la hobo por el mucho favor que alcanzó con los reyes católicos.

Vuelto el rey don Jaime, los Moros se le querellaron de aquella entrada fuera de sazon, y él les hizo emienda de los daños. Verdad es que luego que espiraron las treguas, con mejor órden rompió por sus tierras, en que tomó el castillo de Bayrén, puesto en un valle en

que se dá muy bien el azúcar y arroz como en toda aquella campaña de Gandía: ganóse tambien Villena. Cercaron á Játiva, mas no se pudo tomar, si bien rindieron á Castellon, que está una legua solamente de aquella ciudad. Hállabase el rey don Jaime ocupado en esta guerra, con que pretendia desarraigar la morisma de aquella comarca toda, cuando otros mayores cuidados le hicieron alzar la mano para acudir á las cosas de Francia que le llamaban.

CAPITULO II.

Como el reino de Murcia se entregó.

Compuestas pues y ordenadas las cosas conforme al tiempo y al lugar en la una provincia y en la otra, es á saber en Castilla y en Aragon, en un mismo tiempo el rey don Jaime trataba de la jornada de Francia, y el rey don Fernando de volver á la empresa de Andalucía. Sin embargo una grande enfermedad, de que el rey don Fernando cayó en la cama, fué causa que no pudiese salir de Burgos: así don Alonso su hijo mayor fué forzosamente enviado delante á aquella guerra, á causa que el tiempo de las treguas concertadas con el rey de Granada espiraba, y era menester acudir á los nuestros y que no les faltase el socorro necesario. Llegado don Alonso á Toledo, se le ofreció ocasion de otra cosa mas importante, y fué que los embajadores de Hudiel rey de Murcia venian á ofrecer en su nombre aquel reino con estas condiciones: que el rey Hudiel, recebido en la proteccion de los reyes de Castilla, fuese defendido por las armas de los nuestros de toda fuerza y agravio así doméstico como de fuera; y en particular le ayudasen contra las fuerzas del rey Alhamar, al cual conocia no poder resistir bastantemente: que en tanto que él viviese, para sustentar su vida quedasen por él la mitad de las rentas reales.

Estas condiciones parecieron al infante don Alonso muy aventajadas, y la fortuna (cierto Dios) ofrecia una buena ocasion de una grande empresa y prosperidad. Era menester apresurarse, porque si se detenia, todos ó la mayor parte no mudasen de parecer: tan grande es la inconstancia y mutabilidad que tiene la gente de los Moros. Por esta causa sin esperar á dar parte á su padre, como á cosa cierta se partió luego tras los embajadores que envió delante. Llegado, sin dificultad se apoderó de todo, y puso guarniciones en el reino que de su voluntad se le entregaba, en especial en el mismo castillo de la ciudad de Murcia: los señores moros conforme á la autoridad de cada uno fueron premiados con señalalles ciertas rentas cada un año. La ciudad de Lorca, que de los antiguos fué llamada Eliocrota, la de Cartagena y Mula no quisieron sujetarse al señorío de los cristianos, ni seguir el comun acuerdo de los demás. Era cosa larga usar de fuerza, y don Alonso no venia bien apercebido para hacer guerra, como el que vino de paz: por esto contento con lo demás de que se apoderó, volvió por la posta á su padre, que ya convalecido, era llegado á Toledo, y alegre con tan buen suceso, y deseoso de confirmar los ánimos de los Moros en aquel buen propósito determinó de pasar adelante y visitar en persona aquel nuevo reino: hállase un privilegio suyo dado en Murcia al templo de Santa Maria de Valpuesta en aquella sazon.

Desde allí fué necesario que el rey don Fernando y don Alonso su hijo volviesen á Burgos por cosas que se ofrecian de grande importancia. En el mismo tiempo doña Berenguela hija del rey se metió monja, y consagró á Dios su virginidad en el monasterio de las Huelgas. Don Juan obispo de Osma le puso el velo sagrado sobre la cabeza como era de costumbre. Don Jaime rey de Aragon se entretenia en Mompeller, donde despues de asentadas las cosas de Aragon, y dejando para el gobierno en su lugar á don Jimeno obispo de Tarazona (1), era ido. Viniéronle á visitar los condes de la Proenza y de Tolosa; la voz y color era que estos príncipes querian hacer reverencia al rey y visitalle; pero de secreto se trató que el conde de Tolosa hiciese divorcio con doña Sancha tia del rey don Jaime: es cosa ordinaria que ningun respeto ni parentesco es bastante para enfrenar á los príncipes cuando se trata del derecho de reinar. Doña Juana como nacida de aquel matrimonio por no tener hermanos varones habia de llevar como en dote á don Alonso su marido conde de Potiers y hermano de Luis rey de Francia la sucesion del principado de su padre. Esto llevaba mal el rey don Jaime, que á los Franceses se les allegase un estado tan principal: buscaban algun color para que repudiada la primera muger, el conde se casase con otra, y por este órden

(1) Era un caballero principal, y no obispo.

tuviese esperanza de tener hijos varones. Era esto contravenir á lo concertado en París como se dijo arriba.

Acordóse que para este efecto y para prevenirse contra el poder de Francia los tres príncipes hiciesen liga entre sí: efectuóse y tomóse este asiento á cinco del mes de junio año de **1241**. En el mismo año á veinte y dos de agosto murió Gregorio nono pontífice romano. Sucedió Celestino cuarto por cuya muerte, que fué dentro de diez y siete dias despues de su eleccion, Inocencio cuarto deste nombre, natural de Génova, despues de una vacante de veinte meses se encargó del gobierno de la Iglesia romana. En tiempo destos pontífices Hugon fraile dominico y cardenal, natural de Barcelona (2), famoso por su mucha erudicion y letras escribia largamente comentarios sobre los libros casi todos de la escritura sagrada. Este famoso varon fué el primero que acometió, con ánimo sin duda muy grande, de hacer las concordancias de la Biblia, obra casi infinita; la cual traza puso en ejecucion y salió con ella ayudado de quinientos monges. La diligencia de Hugon imitaron despues los Hebreos y tambien los Griegos; con que no poco todos ayudaron los intentos de las personas dadas á los estudios y letras.

CAPITULO III.

Como el rey don Fernando partió para el Andalucía.

Entretanto que en Francia pasaba lo que se ha dicho, en el Andalucía concluido el tiempo de las treguas que se concertó, se hacia la guerra ni con grande esfuerzo y pujanza por estar el rey don Fernando embarazado en otros cuidados, ni con suceso alguno digno de memoria por la una ni por la otra parte; bien que don Rodrigo Alfonso por sobrenombre de Leon, hermano bastardo del rey don Fernando, en una entrada que hizo en las tierras de Granada con intento de robar, quedó vencido en una pelea por los Moros que en mayor número se juntaron. Murieron en la pelea don Isidro comendador de Martos, que ya era aquella villa de los caballeros de Calatrava, y Martin Ruiz Argote con otras personas nobles y de cuenta, y soldados en gran número; que fué una gran pérdida para los nuestros así de gente como mengua de reputacion, por lo cual mas que por la verdad y realidad de las cosas se suelen gobernar los sucesos de la guerra. El rey moro ensoberbecido con esta victoria talaba nuestras tierras sin que ninguno le fuese á la mano, mudada la fortuna de la guerra, y trocado en atrevimiento el temor y miedo que los Moros tenian ántes.

El rey don Fernando, avisado del peligro y del daño, mandó en Burgos á su hijo don Alonso se apresurase para asegurar con su presencia el nuevo reino de Murcia, por estar él determinado de partirse para el Andalucía. Luego pues que llegó á Andujar, dió el gasto á los campos de Arjona y de Jaen, ciudades que se tenian en poder de los Moros. Arjona no mucho despues se ganó de los Moros con otros pequeños lugares que se tomaron por aquella comarca. Desde allí envió el rey á otro su hermano don Alonso señor de Molina á lo mismo con un grueso ejército que le seguia, con que hizo entrada en los campos y tierra de Granada sin parar hasta ponerse sobre aquella ciudad. El rey don Fernando por sospechar lo que podria suceder, á causa que de todas partes acudirian los Moros á dar socorro á los cercados, y con deseo de apretar el cerco sobrevino él mismo con mayor golpe de gente. Con su venida y ayuda el ejército que acudió de los Moros, aunque era muy grande, fué vencido en la pelea y desbaratado; pero no pudieron los nuestros ganar la ciudad por estar muy fortalecida así por el sitio y baluartes como por la muchedumbre que tenia de los ciudadanos, especial que en el mismo tiempo vino aviso que los Moros Gazules, nombre de parcialidad entre aquella gente, tenian apretado á Martos con cerco que le pusieron.

Movido el rey por esta nueva envió adelante á don Alonso su hermano y al maestre de Calatrava para socorrer á los cercados, cuya venida no esperaron los Moros. Pareció al rey se habia hecho lo que bastaba para conservar su reputacion con la rota que dieron al enemigo, no menor de la que los suyos ántes recibieron, además que se les tomaron muchos lugares. Volvió con su ejército salvo á Córdova año de **1242**. Don Alonso su hijo por otra

(2) Nació en Viena del Delfinado, y no en Barcelona.

parte se gobernaba en lo de Murcia no con menor prosperidad, porque de los tres pueblos que se dijo no querian sujetarse á los cristianos, por fuerza hizo que Mula se rindiese á su voluntad. Dió otrosí el gasto á los campos de Lorca y de Cartagena, y les hizo todo mal y daño, tanto que perdido de todo punto el brío, trataban entre sí de entregarse. A Sancho Mazuelos por lo mucho que en esta guerra sirvió, le dió el infante don Alonso la villa de Alcaudete que esta cerca de Bugarra: tronco y cepa de los condes de Alcaudete asáz nobles y conocidos en Castilla.

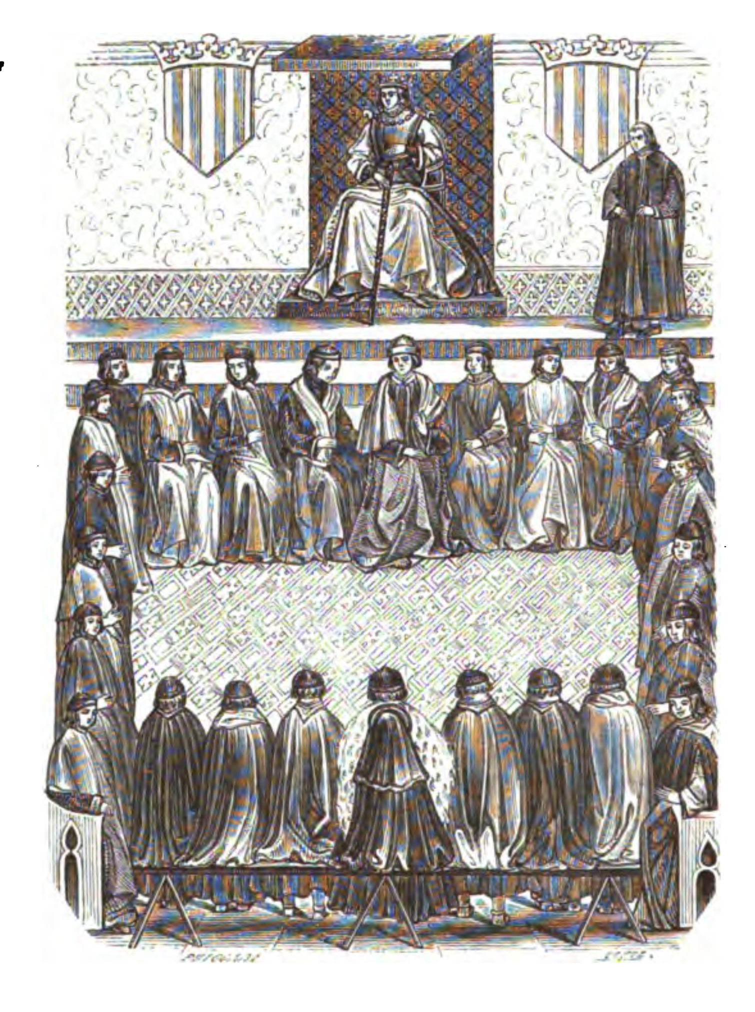
El rey venido el invierno se fué al pozuelo, do su madre doña Berenguela era llegada con deseo de velle y comunicalle algunas puridades por ser ya de muchos años y estar en lo postrero de su edad. Detúvose con ella y por su causa en aquel lugar cuarenta y cinco dias. Estos pasados, doña Berenguela se volvió á Toledo, el rey á Andujar al principio del año de 1243: la reina su muger que le hacia compañia se quedó en Córdova. Las tierras de los Moros debajo la conducta del mismo rey don Fernando maltrataron los cristianos por todas partes, las de Jaen y las de Alcalá por sobrenombre Benzayde, Illora fué quemada; llegaron con las armas hasta dar vista á la misma ciudad de Granada. Don Pelayo Correa maestre de Santiago, que acompañó al infante don Alonso en la guerra de Murcia y fué gran parte en todo lo que se hizo, por este tiempo pasó al Andalucía, y persuadió al rey, que dudoso estaba, con muchas razones pusiese cerco con todas sus fuerzas sobre la ciudad de Jaen que tantas veces en balde acometieran á ganar: ofrecíanse grandes dificultades en esta demanda, dentro de la ciudad gran copia de hombres y de armas y muchas vituallas, la aspereza del sitio y fortaleza de los muros, además que no era á propósito el lugar para levantar máquinas y aprovecharse de otros ingenios de guerra. Está aquella ciudad puesta al lado de un monte áspero, tendida en largo entre Levante y Mediodia, es menos ancha que larga, tiene mucha agua y bastante por las fuentes perpétuas y muy frias de que goza, el rio Guadalquivir corre á tres leguas de distancia: los Moros los años pasados para que sirviese de muy fuerte baluarte, la tenian proveida de municiones, soldados y de todas las cosas: ella por sí misma era de sitio muy áspero, las fortificaciones y soldados la hacian inexpugnable.

Venció todo esto la autoridad y constancia de don Pelayo para que se pusiese cerco á aquella ciudad: proveyéronse todas las cosas necesarias, y el cerco se comenzó y apretó con todo cuidado, que en muchos dias y con muchos trabajos poco parecia se adelantaba. Sucedió que en Granada se alborotó la parcialidad y bando de los Oysimeles gente poderosa. Corria aquel rey moro por esta causa peligro de perder la vida y el reino: suspenso y congojado con este cuidado deseaba buscar socorros contra aquellas alteraciones: ninguna cosa hallaba segura fuera de la ayuda de los cristianos. Acordó con seguridad que le dieron, venir á los reales á verse con el rey don Fernando: tuvieron su habla y trataron de sus haciendas. El moro prometia que ayudaria al rey don Fernando, y le serviria fuerte y lealmente, si le recibiese en su fé y proteccion; y en señal de sujecion de primera llegada le besó la mano. Tomóse con él asiento, y hízose confederacion y alianza con estas capitulaciones: Jaen se rinda luego: las rentas reales de Granada se dividan en iguales partes entre los dos reyes, que llegaban por año en aquella sazon á ciento y setenta mil ducados: el rey moro como feudatario todas las veces que fuere llamado, sea obligado á venir á las cortes del reino: los mismos enemigos sean comunes á entrambos y tambien los amigos.

Era cosa muy honrosa para el rey don Fernando que hombres de diversa religion hiciesen dél confianza, y pretendiesen su amistad y compañia con tan ardiente deseo y partidos tan desaventajados. Con esto, hecha la confederacion, se rindió la ciudad: el rey entró dentro con una solemne procesion. Mandó rehacer lós muros, y limpiado el templo, procuró fuese consagrado á la manera de los cristianos por don Gutierre obispo de Córdova; y para que la devocion y veneracion fuese mayor, le hizo catedral, y puso propio obispo en aquella ciudad. Sobre el tiempo en que se ganó Jaen, no concuerdan los autores: los mas doctos y diligentes señalan el año mil y docientos y cuarenta y tres, los Anales de Toledo añaden á este cuento tres años, y señalan que se tomo mediado de abril. Duró el cerco ocho meses; y aunque el invierno fué muy recio, siempre los nuestros perseveraron en los reales. En este año puso fin á su historia el arzobispo don Rodrigo, que dice fué de su pontificado el trigésimo tercio. En el siguiente hallo que los Catalanes y Aragoneses anduvieron alborotados entre sí, y contrastaron sobre los términos de cada uno de aquellos estados, porque entrambos pretendian que Lérida era de su jurisdiccion. Los Aragoneses alegaban que sus

tierras y sus aledaños llegaban hasta el rio Segre: los Catalanes señalaban por término comun al rio Cinga.

El rey don Jaime se mostraba mas aficionado á los Catalanes porque, dividido el reino, pretendia dejar á don Alonso su hijo mayor por heredero de Aragon, y el principado de Cataluña queria mandar á don Pedro hijo menor y mas amado, habido en doña Violante su segunda muger. Nombraron jueces para que señalasen la raya y los términos: alegaron las partes de su derecho: finalmente cerrado el proceso, en unas cortes que se juntaron en Barcelona, dió el rey sentencia en favor de los Catalanes, á cuyo principado adjudicó todo aquel pedazo de tierra que ciñen los rios Segre y Cinga: resolucion que ofendió los ánimos de don Alonso su hijo y de muchos señores de Aragon, y aun de los Catalanes. Lo que principalmente les daba disgusto, era que dividido el reino en partes, era necesario se enflaqueciesen las fuerzas de los cristianos. Por esto el infante don Alonso claramente se apartó de su padre; y sentido dél se estaba en Calatayud, y con él los que seguian su voz. Estos eran don Fernando tio del rey abad de Montaragon, don Pedro Rodriguez de Azagra, don Pedro infante de Portugal, y otras personas principales y de grandes estados, de la una nacion y de la otra, Aragoneses y Catalanes; que á todos comunmente alteraba aquella novedad y acuerdo del rey muy errado.



De un egemplar gótico de las constituciones de Cataluña, que se conserva en el Archivo de Aragon, copiamos exactamente este dibujo que representa al rey D. Jaime en las Córtes de Lérida año 1242.

CAPITULO IV.

Que don Sancho rey de Portugal fué echado del reino.

Los Portugueses andaban divididos en bandos y alterados con revueltas domésticas y alborotos por la ocasion que se dirá. Don Sancho segundo deste nombre, llamado Capelo de la forma y sombrero de que usaba, tenia aquel reino, que gobernó al principio no de todo punto mal, porque se halla que trabajó los Moros comarcanos con guerras, y que hizo donacion á los caballeros y órden de Santiago de Mertola y otros lugares que ganó á los Moros; en lo demás fué de condicion tan mansa que parece degeneraba en descuido y flojedad. Su muger doña Mencia, hija de don Lope de Haro señor de Vizcaya, en tanto grado se apoderó de su marido que no parecia ser ni ella muger sino rey, ni él príncipe sino ministro de los antojos de la reina. Con ella en privanza y autoridad podian mucho los que menos de todos debieran: con estos solos comunicaba sus consejos y puridades, sin ellos ni en la casa real ni fuera della se hacia cosa que de algun momento fuese. Por el antojo y para sus aprovechamientos destos daba el rey las honras y cargos: perdonaba los delitos y el castigo las mas veces, sin saber lo que se hacia ni ordenaba. Esto acarreó al rey su perdicion, como suele acontecer que los excesos de los criados redundán en daño de sus príncipes y señores, y tambien al contrario.

Los grandes llevaban mal que la república se gobernase por voluntad y consejo de hombres bajos y particulares. Tratado el negocio entre sí, pretendieron lo primero que aquel matrimonio se apartase con color de parentesco, y porque la reina era estéril. Propúsose el negocio al romano pontífice: personas religiosas otrosí acometieron á poner sobre el caso escrúpulo al rey, que fuera de ser descuidado no era persona de mala conciencia. No aprovechó cosa alguna esta diligencia por no ser fácil negociar con el papa, y estar el rey de tal manera prendado con los halagos de la reina que el vulgo entendia y decia que le tenia enhechizado y fuera de sí, dado que el ánimo prendado del amor no tiene necesidad de bebedizos para que parezca desvariar. Tenia don Sancho un hermano menor que él, de excelente natural, por nombre don Alonso, casado con Matilde condesa de Boloña en Francia. Acordaron los grandes de Portugal que los obispos de Braga y de Coimbra fuesen á informar al pontífice Inocencio sobre el caso, el cual en este tiempo con deseo de renovar la guerra sagrada de la Tierra Santa celebraba concilio en Leon de Francia.

Avisado el pontífice de lo que pasaba, y de las causas de la embajada que traian de tan lejos, sin embargo no pudieron alcanzar que don Sancho, fuese echado del reino: solamente les concedió que su hermano don Alonso en su nombre en tanto que viviese, los gobernase. De que hay una carta decretal del mismo Inocencio á los grandes de Portugal con data deste mismo año, que es el capítulo segundo de *supplenda negligentia Prælatorum* en el libro sexto de las epístolas decretales. Don Alonso acudió primero á verse con el pontífice: tras esto juró en París las leyes y condiciones que entre los principales de su nacion tenian acordadas, que en sustancia eran miraria por el bien público y pro comun. Hecho esto, pasó á Portugal. Los nobles le estaban aficionados: del rey poca resistencia se podia temer, y poca esperanza tenian de su emienda; así sin dilacion, y sin que ninguno le fuese á la mano, se apoderó de todo. De que todavia resultaron nuevas reyertas, en que anduvieron tambien revueltos los reyes de Castilla don Fernando y don Alonso su hijo. Lo primero el rey don Sancho se retiró á Galicia donde la reina estaba, forzada á huir de la misma tempestad: despues como quier que lo que pretendia de ser restituido en el reino, no le sucediese, se fué á Toledo al rey don Alonso que á la sazon sucediera á don Fernando su padre. Pensó recobrar el reino con las fuerzas de Castilla. Impidió sus trazas la diligencia de don Alonso su hermano, que prometió, repudiada la primera muger, casarse con doña Beatriz hija bastarda del rey don Alonso, y salia á pagar tributo y parias por el reino de Portugal cada un año segun que antiguamente se acostumbraba.

Esta comodidad prevaleció contra lo que parecia mas honesto y justificado: allegóse el decreto del pontífice, que dió sentencia por don Alonso, y le juzgó por libre del primer matrimonio. Tomado este asiento, sin dilacion las nuevas bodas se celebraron. El dote fueron ciertos lugares en aquella parte de Portugal por do el rio Guadiana desagua en el mar, que poco ántes desto por las armas de Castilla se conquistaron de los Moros, y los Portu-

[illegible] pretendian que eran de su conciencia y que les pertenecian. Algunos entienden que desta ocasion se tomaron en Portugal las armas antiguas y á las quinas que [illegible], en que hoy se pintan en sus escudos. El rey don Sancho, perdida toda la esperanza de recobrar su reino, pasó lo demas de su vida en Toledo con rentas que el rey de Castilla [illegible] para sustentar su casa y corte (1). Murió [illegible] honras como á rey, y su cuerpo sepultaron en la misma iglesia mayor y en el mismo lugar en que se sepultaron don Sancho y don Sancho su hijo, detras del altar mayor, estaban [illegible]. Del tiempo en que murió (2) no concuerdan los autores. Quien dice que trece años despues del en que la historia va, y que tuvo nombre de rey por espacio de treinta y [illegible] años primero con poca autoridad, despues con ninguna por haberse quitado su estado; otros que vivió tres años, que tengo por mas acertado.

[illegible] que don Sancho falleció, tenia don Alonso cercada á Coimbra, que se mantenia [illegible] en la fe del rey don Sancho: apretábala grandemente: los cercados aunque tenian grande falta de todas las cosas, obstinadamente perseveraban en su propósito. Fletio [illegible] de la fortaleza y gobernador de la ciudad avisado de la muerte de don Sancho su señor, y no asegurado de todo punto fuese verdad, pidió licencia de ir á Toledo para informarse mejor de lo que pasaba. Diósela don Alonso de buena gana, y entretanto hicieron treguas con los cercados. Fletio llegado á Toledo, y sabida la verdad, abierto el sepulcro del rey muerto le puso en las manos las llaves de Coimbra con estas palabras que le dijo. «En tanto, rey y señor, que entendí érades vivo, sufrí estremos trabajos: sustenté la hambre con comer cueros: bebí urina para apagar la sed: los ánimos de los ciudadanos que trataban de rendirse, animé y conforté para que sufriesen todos estos males. Todo lo que se podia esperar de un hombre leal y constante, y que os tenia jurada fidelidad, he cumplido. Al presente que estais muerto, yo vos entrego las llaves de vuestra ciudad, que es el postrer oficio que puedo hacer: con tanto habida vuestra licencia, avisaré á los ciudadanos que he cumplido con el debido homenage, que pues sois fallecido no hagan mas resistencia á don Alonso vuestro hermano.» Lealtad y constancia digna de ser pregonada en todos los siglos; loa propria de la sangre y gente de Portugal.

CAPITULO V.

Principio de la guerra de Sevilla.

Con el concierto que el rey don Fernando hizo con el de Granada, comenzó á tener grande esperanza de apoderarse de la ciudad de Sevilla. Quinientos caballos ligeros debajo de la conducta del mismo rey de Granada fueron delante en tanto que se apercebia lo demás, para talar los campos de Carmona, que fué antiguamente pueblo muy principal. Alcalá por sobrenombre Guadayra á persuasion del rey de Granada se rindió. Desde allí un grueso escuadron pasó á Sevilla, y puso fuego á las mieses que ya estaban sazonadas, á las viñas y olivares que tiene muy principales, de tal manera que por todo aquel campo se veian los fuegos y humo con que las heredades y cortijos se quemaban. Iba por capitan desta gente don Pelayo Correa maestre de Santiago. Otro buen golpe de soldados maltrataba de la misma manera y hacia los mismos daños en los campos de Jerez; los capitanes el rey de Granada y el maestre de Calatrava. El mismo rey don Fernando se quedó en Alcalá de Guadayra con intento de proveer todo lo necesario, y acudir á todas partes. Lo que principalmente pretendia, era no aflojar en la guerra, porque no tuviese el enemigo tiempo y comodidad de fortificarse; que fué causa de no poderse hallar á las honras y enterramiento de doña Berenguela su madre, que falleció por el mismo tiempo.

Siguióse la muerte de don Rodrigo arzobispo de Toledo; quien dice á nueve dias del

(1) Es notable este hecho. Inocencio IV con ocasion de las quejas del clero portugués, y del descontento general contra el rey don Sancho, persuadido de que el reino de Portugal era feudatario de la santa sede le privó de la corona, nombrándole por coadjutor regente, administrador, y sucesor en caso de no tener el rey hijo legítimo al infante don Alonso quien con este breve entró en Portugal á fines del año 1245, y fué generalmente reconocido por regente. Don Sancho, desprovisto de fuerzas se fué á Toledo á ponerse bajo la proteccion del rey don Fernando, logrando que enviase tropas castellanas á Portugal para restablecerle en el trono. Pero el regente acudió á los prelados de Braga y Coimbra, los cuales hicieron intimar á los gefes del ejército castellano la provision del papa, y les amenazaron con censuras en el caso de no obedecerla. Los Castellanos se consternaron con estas amenazas, y se retiraron á sus casas.

(2) El [illegible] de enero de 1248 segun Brandaon en la *Monarquía Lusitana*.

mes de agosto del año de 1245, quien del año mil y docientos cuarenta y siete á diez de junio, con lo cual vá el letrero de su sepulcro. Hace maravillar que en fallecimiento de persona tan señalada no concuerdan los autores ni las memorias, sin que se pueda averiguar la verdad. Ambas muertes fueron sin duda en grave daño de la república por las señaladas virtudes que en ellos resplandecian. La reina era de grande edad: don Rodrigo demas de estar muy apesgado con los años se hallaba quebrantado con muchos trabajos, en especial de un nuevo viage que hizo últimamente á Leon de Francia, do se celebraba el concilio Lugdunense. Pretendia demas de hallarse en el concilio y acudir á las necesidades universales de la iglesia, allanar á los Aragoneses en lo tocante á su primacía. Los años pasados los prelados de aquella corona en un concilio Valentino provincial publicaron una constitucion en que mandaban que el arzobispo de Toledo no llevase guion delante en aquella su provincia pena de entredicho al pueblo que lo consintiese. Don Rodrigo en cierta ocasion por el derecho de su primacía continuó á llevar su cruz delante alzada como lo tenia de costumbre. Don Pedro de Albalate arzobispo de Tarragona, principal atizador de aquella constitucion y de todo este pleito, le declaró por descomulgado y transgresor de aquel su decreto. Acudieron á Gregorio IX sumo pontífice, que pronunció sentencia por Toledo y en favor de su primacía. No acababan de rendirse los de Aragon, que fué la causa de emprender en aquella edad jornada tan larga, á lo que yo entiendo.

Concluidos los negocios, en una barca por el Ródano abajo daba la vuelta, cuando le salteó una dolencia de que falleció en Francia. Su cuerpo segun que él lo dejó dispuesto, trajeron á España, y le sepultaron en Huerta, monasterio de Bernardos à la raya de Aragon. Junto al altar mayor se ve su sepulcro con un letrero en dos versos latinos, grosero asáz como de aquel tiempo, y sin primor, cuyo sentido es:

NAVARRA ME ENGENDRA, CASTILLA ME CRIA:
MI ESCUELA PARIS, TOLEDO ES MI SILLA:
EN HUERTA MI ENTIERRO: TU AL CIELO ALMA GUIA.

Su cuerpo murió: la fama de sus virtudes durará por muchos siglos. Fundó en su iglesia doce capellanias para mayor servicio del coro, y con cargo de misas que se le dicen. Sucedióle don Juan, segundo deste nombre entre aquellos arzobispos. Hállanse papeles en que le llaman don Juan de Medina, creo por ser natural de aquella villa. Por el mismo tiempo don Ramon conde de la Proenza pasó desta vida, muy digno de loa por el amor que tuvo á las letras y aficion á la poesía. Solo se nota en él una señalada ingratitud de que usó con Romeo mayordomo de su casa, cuya industria con buenos medios hizo que valiesen al tresdoble las rentas de aquel estado; mas como á la virtud acompaña la envidia, fué acusado y forzado á que diese cuentas del recibo y del gasto. Hizosele el cargo, dió su descargo; y conocida su fidelidad, se partió como peregrino con su bordon y talega como al principio vino de Santiago, sin que jamás se pudiese entender quien era, ni donde se fué. De cuatro hijas que tuvo don Ramon, Margarita casó con S. Luis rey de Francia, Leonor con Enrique rey de Ingalaterra, Sancha con Ricardo hermano del dicho Enrique, Carlos conde de Anjou casó con doña Beatriz; con la cual, dado que era la menor de todas, por la grande aficion que le tenian los Proenzales, y con la ayuda que le dió Luis rey de Francia su hermano, por la muerte de su suegro heredó aquel principado.

En este medio el rey don Fernando se tenia en Córdoba con resolucion de combatir á Sevilla y cercalla con todas sus fuerzas: envió á Ramon Bonifaz, ciudadano de Burgos muy ejercitado en las cosas de la mar, para que en Vizcaya pusiese á punto una armada por la comodidad de los bosques, y ser los de aquella nacion señalados en la industria y ejercicios de navegar. En tanto que esta armada se aprestaba, puso el cerco sobre Carmona con la mas gente que pudo, el año 1246 poco mas ó menos; villa fuerte y que estaba apercebida para todo lo que podia suceder, fortificada contra los enemigos de muros, municionada de armas, fuerzas y vituallas: no la pudieron tomar, solamente la forzaron á pagar de presente la cantidad de dineros que le fué impuesta, y para adelante las parias que se señalaron cada un año. Constantina, Reina, Lora, pueblos que antiguamente se llamaron el primero Iporcense municipium, el segundo Regina, el tercero Axalita, sin estos Cantillana y Guillena se ganaron unos por fuerza, otros se rindieron por su voluntad. Reina fué dada al órden de Santiago, Constantina á la ciudad y ayuntamiento de Córdova, Lora á los caballeros de S. Juan.

La guerra no era espantable á los nuestros; solo se recelaban del rey de Aragon no les moviese guerra en aquella tan buena ocasion, por estar desgustado contra el infante don Alonso que tenia á su cargo el reino de Murcia. Pretendia el aragonés que el infante no guardaba los confines y la raya de la conquista de aquellos reinos, que antiguamente señalaron. Temíase alguna revuelta por esta causa: algunas personas principales y de autoridad, que por asegurar esto se señalaron de la una y de la otra parte, buscaban algun camino para sosegar estas diferencias: parecio el mejor que don Alonso casase con doña Violante hija del rey don Jaime, partido y traza que venia á cuento á ambas naciones y provincias, que los de ambos reyes se trabasen de nuevo entre si con vínculo de parentesco. Moviéronse estas pláticas: vinieron en ello las partes: las bodas se celebraron en Valladolid por el mes de noviembre (1) con aparato real y toda muestra de alegría, puesto que el rey don Fernando no se halló presente: el cuidado que tenia de la guerra de Sevilla, le impidió, que pretendia hacer con tanto mayor ánimo que Ramon Bonifaz con una armada de trece naves que puso á punto en Vizcaya, costeadas aquellas marinas y doblado el cabo de Finis terræ, aportó á la boca de Guadalquivir por la parte que descarga en la mar: venció otrosí allí en una batalla naval la armada de los enemigos.

Los Moros de Tánger y Ceuta habian concurrido para socorrer á Sevilla avisados de la venida de los nuestros: salieron pues con sus bajeles del puerto, que llegaban á número de veinte entre galeras y naves: pelearon con gran porfia: los de Africa no reconocian mucha ventaja á los de Vizcaya por ser hombres de guerra, ejercitados en las armas, y que sobrepujaban en el número de la armada; los Vizcainos confiados en la ligereza de sus navíos y en la destreza de los pilotos burlaban los acometimientos de los enemigos, y cuando hallaban ocasion de venir á las manos, aferraban con sus naves y pasaban muchos dellos á cuchillo: tres naves de los Moros se tomaron, dos echaron á fondo, á una pusieron fuego, las demás fueron forzadas á huir. Envió el rey en socorro de su armada buen número de caballos movido por el peligro de los suyos; pero qué podian prestar? antes que llegasen á la ribera, tenian los nuestros desbaratados los enemigos y ganada la victoria. Tanto mas creció el deseo que todos tenian de acometer aquella empresa: en particular el rey, dejados los demás cuidados aparte, solo en este pensamiento dias y noches se ocupaba.

CAPITULO VI.

Que en Aragon se puso entredicho general.

A esta sazon en Aragon estaba puesto entredicho, y tenian cerrados todos los templos de la provincia: triste silencio y suspension del culto divino: castigo de que los pontífices suelen usar contra los excesos de los príncipes y para curallos, como el postrero remedio, saludable á las veces y eficaz medicina como entonces aconteció. Fué así que don Jaime rey de Aragon, cuando era mas mozo, tuvo conversacion con doña Teresa Vidaura, la cual le pu-

(1) Consta que se celebraron á fines de 1248.



Sello de plomo que usaba D. Jaime de Aragon *El Conquistador*.

so pleito delante del romano pontífice, y le pedia por marido: alegaba la palabra que le dió, contra la cual no se pudo con otra casar. No tenia bastantes testigos para probar aquel matrimonio por ser negocio clandestino. Así se dió sentencia en el pleito contra doña Teresa y en favor de la reina doña Violante. Solo el obispo de Girona á quien hay fama de secreto le comunicó el rey toda esta puridad, no se sabe con que intento, pero en fin dió aviso al pontífice Inocencio cuarto que el rey no hacia lo que debia en no guardar la palabra que tenia dada: que el postrer matrimonio se debia apartar como inválido, y parecia justo que doña Teresa fuese tenida por verdadera muger; que el rey se lo habia así confesado en secreto, y su conciencia no sufria que con tan grande pecado dejase enredar al rey, al pueblo y á sí mismo si callaba, de que resultasen despues graves castigos: que esto le avisaba por aquella carta escrita en cifra para que en todo se guardase mas recato.

Ninguna cosa se pasa por alto á los príncipes por ser ordinario que muchos con derribar á otros por medio de acusaciones verdaderas ó falsas, y de chismes pretenden alcanzar el primer lugar de privanza y de poder en los palacios de los reyes. Pues como el rey tuviese aviso que en Roma, mudados de parecer, ordinariamente favorecian la causa de doña Teresa, y que el pontífice manifiestamente se inclinaba á lo mismo, quier fuese que le dieron aviso del que le descubrió, ó que por su mala conciencia se sospechase lo que era, hizo venir al obispo de Girona á la corte. Venido, luego que le tuvo en su presencia, le mandó cortar la lengua: cruel carnicería, y torpe venganza de un desórden con otro mayor, y con nueva impiedad colmar el pecado pasado; si bien el obispo era merecedor de cualquier daño, si descubrió el sigilo de la confesion y la religion de aquel secreto: cosa que nunca se permite.

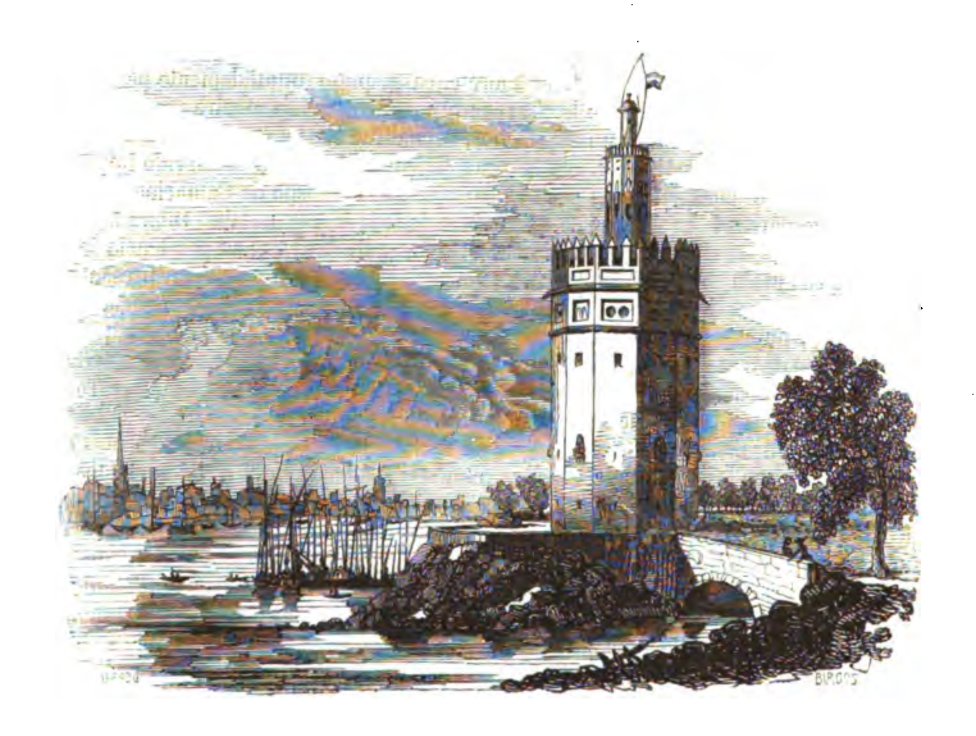
Luego que el pontífice Inocencio, que á la sazon en Leon celebraba un concilio general como poco ántes se dijo, fué avisado de lo que pasaba, cuanto dolor haya concebido en su ánimo, con cuan grandes llamas de saña se abrasase, no hay para que declarallo: basta decir que puso entredicho en todo el reino, como de ordinario los excesos de los príncipes se pagan con el daño de la muchedumbre y de los particulares: y al rey declaró públicamente por descomulgado. Conoció el rey su yerro, y por medio de Andres Albalete obispo de Valencia, que envió por su embajador sobre el caso, pidió humildemente penitencia y absolucion. Decia que le pesaba de lo hecho; pero pues no podia ser otra cosa, que como padre y pontífice diese perdon á su indignacion, la cual fué si no justa, á lo menos arrebatada: que estaba presto á satisfacer con la pena y penitencia que fuese servido imponerle. Oida la embajada, el pontífice envió por sus embajadores al obispo de Camarino y á Desiderio presbítero para que en Aragon se informasen de todo lo que pasaba. Dióles otrosí poder muy lleno de reconciliar al rey con la iglesia, si les pareciese que su penitencia lo merecia. Hízose en Lérida junta de obispos y de Señores: halláronse en particular presentes los obispos de Tarragona, de Zaragoza, de Urgel, de Huesca, de Elna. En presencia destos prelados el rey, puestas en tierra las rodillas, despues de una grave reprehension que se le dió, fué absuelto de aquel exceso. La penitencia fué que acabase á sus expensas de edificar el monasterio Benifaciano, que con advocacion de Nuestra Señora en los montes de Tortosa veinte años ántes desto luego que se tomó el pueblo de Morella, se comenzára, y se edificaba poco á poco; y acabada la fábrica, le diese de renta para en cada un año docientos marcos de plata, con que los monges del Cistel se pudiesen sustentar en el dicho monasterio.

En Valencia tenian comenzado á edificar un hospital para alvergar los pobres y peregrinos: á este hospital señalaron mayores rentas es á saber seiscientos marcos de plata cada un año, con que los pobres y peregrinos se sustentasen, y juntamente algunos capellanes para que dijesen misa y ayudasen al buen tratamiento y regalo de los pobres. Añadióse á esto que en Girona en la iglesia Mayor fundase una capellanía para que perpetuamente se hiciesen sacrificios y sufragios por el rey y por sus sucesores. El pontífice expidió su bula á los veinte y dos de setiembre año de mil docientos y cuarenta y seis, en que da poder á los dos nuncios para reconciliar al rey con la iglesia, que se hizo el mes siguiente á diez y nueve de octubre. En Lérida con solemne ceremonia fué el rey absuelto de las censuras en que incurrió por aquel caso. Del obispo de Girona no refieren mas de lo dicho, ni aun declaran que nombre tuvo. De los archivos y becerro del monasterio Benifaciano se tomó todo este cuento: dado que los mas de los historiadores no hicieron dél mencion, pareció no pasalle en silencio; el lector le dé el crédito que la cosa misma merece. De aquí sin duda y destos papeles se tomó ocasion para la fama que vulgarmente anduvo deste rey y anda sobre este caso.

CAPITULO VII.

Que Sevilla se ganó.

En lo postrero de España ácia el Poniente está asentada Sevilla cabeza del Andalucia, noble y rica ciudad entre las primeras de Europa, fuerte por las murallas, por las armas y gente que tiene: los edificios públicos y particulares á manera de casas reales son en gran número: la hermosura y arreo de todos los ciudadanos muy grande. Entre la ciudad que está á mano izquierda, y un arrabal llamado Triana pasa el rio Guadalquivir acanalado con grandes reparos, y de hondo bastante para naves gruesas, y por la misma razon muy á propósito para la contratacion y comercio de los dos mares Océano y Mediterráneo. Con una puente de madera fundada sobre barcas se junta el arrabal con la ciudad y se pasa de una parte á otra. En la ciudad está la casa real en que los antiguos reyes moraban, en el arrabal un alcázar de obra muy firme que mira el nacimiento del sol. Una torre está levantada cerca del rio, que por el primor de su edificio la llaman de oro vulgarmente (1): otra torre edificada de ladrillo, que está cerca de la iglesia Mayor, sobrepuja la grandeza de las demas obras por ser de sesenta varas en ancho y cuatrotanto mas alta; sobre la cual se levanta



(1) Esta torre, cuya fábrica se atribuye á los romanos, consta de tres cuerpos octógonos sobrepuestos en degradacion: el primero está coronado de almenas, y el último de un gracioso capulino. Ella es la mas notable de la época á que se refiere, pues los demas edificios que ostenta la suntuosa Sevilla son de tiempos muy posteriores. Los Arabes principalmente la enriquecieron con todo el brillo de su imaginacion oriental.

otra torre menor, pero de bastante grandeza, que al presente de nuevo está toda blanqueada, y al rededor adornada de variedad de pinturas, hermosas á maravilla á los que la miran. (2)



Que necesidad hay de relatar por menudo todas las cosas y grandezas desta ciudad, tan vaga y llena de primores y grandezas? Hay en la ciudad en este tiempo mas de veinte y cuatro mil vecinos, divididos en veinte y ocho parroquias ó colaciones. La primera y principal es de Santa María, que es la iglesia Mayor, con el cual templo en anchura de edificio y en grandeza ninguno de toda España se le iguala. Vulgarmente se dice de las iglesias de Castilla: la de Toledo la rica, la de Salamanca la fuerte, la de Leon la bella, la de Sevilla la grande. Tiene su fábrica de renta treinta mil ducados en cada un año, la del arzobispo llega á ciento y veinte mil, las calongias y dignidades asi en número como en lo demás responden á esta grandeza. Los campos son muy fértiles, llanos y muy alegres por todas partes, por la mayor parte plantados de olivas, que en Sevilla se dán muy bien, y el esquilmo es muy provechoso: de allí se llevan aceitunas adobadas, muy gruesas, de muy buen sabor, á todas las demas partes. El trato es tan grande y la grangería tal que en los olivares llamados Axarafe en tiempo de los Moros se contaban cien mil parte cortijos, parte trapiches ó molinos de aceite; y dado que parece gran número, la autoridad y testimonio de la Historia del rey don Alonso el Sabio lo atestigua. El número de extrangeros y muchedumbre de mercaderes que concurren, es increible, mayormente en este tiempo, de todas partes á la fama de las riquezas, que por el trato de las Indias y flotas de cada un año se juntan allí muy grandes.

El rey don Fernando tenia por todas estas causas un encendido deseo de apoderarse desta ciudad, así por su nobleza, como porque ella tomada, era forzoso que el imperio de los Moros de todo punto menguase, tanto mas que los Aragoneses con gran gloria y honra suya se habian apoderado de la ciudad de Valencia, de sitio muy semejante, y no de mucho menor número de ciudadanos. El rey de Sevilla por nombre Axatafe no ignoraba el peligro que corrian sus cosas: tenia juntados socorros de los lugares comarcanos, hasta desde al misma Africa: gran copia de trigo traida de los lugares comarcanos: proveidose de caballos, armas, naves y galeras, determinado de sufrir cualquiera afan antes de ser despojado del señorío de ciudad tan principal. El rey don Fernando juntaba asimismo de todas partes gente para aumentar el ejército que tenía trigo, y todos los mas pertrechos que para la guerra eran necesarios: la diligencia era grande, por entender que duraria mucho tiempo, y seria muy dificultosa, y para que ninguna cosa necesaria falleciese á los soldados.

En Alcalá por algun tiempo se entretuvo el rey don Fernando: pasada ya gran parte y y lo mas recio del verano, movió con todas sus gentes, púsose sobre Sevilla y comenzó á sitialla á veinte del mes de agosto año de nuestra salvacion de 1247: los reales del rey se asentaron en aquella parte que está el campo de Tablada tendido en la ribera del rio mas abajo de la ciudad. Don Pelayo Perez Correa maestre de Santiago de la otra parte del rio hizo su alojamiento en una aldea llamada Aznalfarache, caudillo de gran corazon y de grande experiencia en las armas. Pretendia hacer rostro á Abenjafon rey de Niebla, que

(2) Fué construida para observatorio por el árabe Geber á principios del siglo XI sobre un cuadrado de 43 pies, elevándose 174. En 1508, al erijirse junto á ella la catedral, se la cubrió con una cúpula que termina en una estátua móvil sobre su eje, á la cual debe el nombre de *Giralda*: esta nueva fábrica, que se distingue bien de la arabe, aumentó su elevacion 86 pies. Hasta la plataforma se llega por 35 rampas de una pendiente tan dulce que se puede subir á caballo.

con otros muchos Moros estaba apoderado de todos los lugares por aquella parte: tanto mayor era el peligro, las dificultades; pero todo lo vencia la constancia y esfuerzo deste caballero. El rey barreaba sus reales: los Moros con salidas que hacian de la ciudad, pugnaban impedir las obras y fortificaciones. Hobo algunas escaramuzas, varios sucesos y trances, pero sin efecto alguno digno de memoria, sino que los cristianos las mas veces llevaban lo mejor, y forzaban á los enemigos con daño á retirarse a la ciudad. Por el mar y rio se ponia mayor cuidado para impedir que no entrasen vituallas. Los soldados que tenian en tierra, hacian lo mismo, y velaban para que ninguna de las cosas necesarias les pudiesen meter por aquella parte. Muchos escuadrones asimismo salian á robar la tierra talaban los frutos que hallaban sazonados, el vino y el trigo todo lo robaban. Carmona que está á seis leguas, forzada por estos males, como seis meses ántes lo tenian concertado, sin probar á defenderse ni pelear se rindió con tanto mayor maravilla que los bárbaros pocas veces guardan los asientos.

No se descuidaban los Moros ni se dormian: el mayor deseo que tenian, era de quemar nuestra armada, cosa que muchas veces intentaron con fuego de alquitran, que arde en la misma agua. La vigilancia del general Bonifaz hacia que todos estos intentos saliesen en vano; y cada cual de los capitanes por tierra y por mar procuraban diligentemente no se recibiese algun daño por la parte que tenian á su cargo. Señalábanse entre los demas don Pelayo Correa maestre de Santiago, y don Lorenzo Suarez, cuyo esfuerzo y industria en todo el tiempo deste cerco fué muy señalada: sobre todos Garci Perez de Vargas natural de Toledo, de cuyo esfuerzo se refieren cosas grandes y casi increibles. Al principio del cerco á la ribera del rio, do tenian soldados de guarda para reprimir los rebates y salidas de los Moros, Garci Perez y un compañero, apartados de los demas, iban no sé á que parte: en esto al improviso ven cerca de si siete Moros á caballo: el compañero era de parecer que se retirasen; replicó Garci Perez que aunque se perdiese, no pensaba volver atrás, ni con torpe huida dar muestra de cobardía. Junto con esto, ido el compañero, toma sus armas, cala la visera, y pone en el ristre su lanza: los enemigos sabido quien era, no quisieron pelear. Caminado que hobo adelante algun tanto, advirtió que al enlazar la capellina y ponerse la celada se le cayó la escofia; vuelve por las mismas pisadas á buscalla. Maravillóse el rey que acaso desde los reales le miraba: pensaba volvia á pelear; mas él tomaba su escofia, porque los Moros todavía esquivaron el encuentro, paso ante paso se volvió sano y salvo á los suyos por el camino comenzado. Fué tanto mayor la honra y prez deste hecho, que nunca quiso declarar quien era su compañero, si bien muchas veces le hicieron instancia sobre ello; á la verdad, á que propósito con infamia agena buscar para sí enemigo, y afrenta para su compañero sin ninguna loa suya? como quier que al contrario con el silencio demas del esfuerzo, dió muestra de la modestia y noble término de que usaba.

Entretanto que con esta porfia se peleaba en Sevilla, el Infante D. Alonso, hijo del rey D. Fernando, intentó de apoderarse de Játiva en el reino de Valencia convidado por los ciudadanos. Tomó á Enguerra pueblo en tierra de Játiva, que se le entregaron los moradores: cuanto cada uno alcanza de poder, tanto derecho se atribuye en la guerra. El rey don Jaime avisado de los intentos del infante don Alonso, y alterado como era razon se apoderó de Villena y de seis pueblos comprehendidos en el distrito de Castilla, por dádivas que dió al que los tenia á cargo; demas desto en la misma comarca principio del año 1248 tomó de los Moros otro pueblo llamado Bugarra. Destos principios parecia que los disgustos pasarian adelante, y pararian en alguna nueva guerra que desbaratase la empresa de Sevilla y acarrease otros daños. Don Alonso como quier que era de condicion sosegada, se determinó de tratar en presencia con el rey de Aragon y resolver todas estas diferencias, y para esto se juntaron á vistas y habla en Almizra pueblo del rey de Aragon: allí por medio de la reina de Aragon, y por la buena industria de don Diego de Haro y otros grandes que se pusieron de por medio, se compuso esta diferencia; con que de una y de otra parte se restituyeron los pueblos que injustamente tomaron, y se señaló la raya de la jurisdiccion y conquista de ambas las partes. Quedaron en particular en virtud desta concordia por el reino de Murcia Almansa, Sarasulla, y el mismo rio Cabriolo; por los de Valencia, Biara, Sajona, Alarca, Finestrato, Asentadas las cosas desta manera, los príncipes se despidieron.

El rey don Jaime revolvió luego contra Játiva: envió delante sus gentes con intento de cercalla apoderóse finalmente della, pasada ya gran parte del verano, por entrega que hicieron los mismos ciudadanos. Está asentada esta ciudad en un sitio asaz apacible á la parte que el rio Jucar entra en el mar: su campiña muy fértil y fresca, la tierra muy gruesa.

El infante don Alonso y en su compañía don Diego de Haro se apresuraron para hallarse en el cerco de Sevilla. Alhamar eso mismo rey de Granada vino á juntarse con el rey don Fernando, acompañado de buen número de soldados, en tiempo sin duda muy á proposito en que los soldados cristianos cansados de la tardanza, y con la dificultad de aquella empresa comenzaban á tratar de desamparar los reales y las banderas, además de las enfermedades que sobrevinieron y los tenian muy amedrentados. Era pasado el invierno sin hacer efecto de algun momento: el mismo rey aquejado de tantos trabajos, y de las dificultades que se ofrecian muy grandes, dudaba si alzaria el cerco, ó esperaria que las cosas se encaminasen mejor, y el remate fuese mas apacible que los principios, como otras veces lo tenia aprobado.

Los cercados desbarataron en cierta salida los ingenios de los nuestros, y les quemaron las máquinas: alentados con el buen suceso no solo se defendian con la fortaleza de la ciudad, sino desde los adarves se burlaban de la pretension de los contrarios, que llamaban desatino; amenazaban á los nuestros con la muerte, y ultrajabanlos de palabra. El cerco sin embargo se continuaba y se llevaba adelante con tanto mayor ventaja de los fieles que de cada dia les llegaban nuevos socorros. Acudieron los obispos don Juan Arias de Santiago, bien que poco efecto hizo; su poca salud le forzó en breve con licencia del rey á dar la vuelta: don García prelado de Córdoba, don Sancho de Coria: los maestres de Calatrava y de Alcántara: los infantes don Fadrique y don Enrique: fuera destos don Pedro de Guzman, don Pedro Ponce de Leon, don Gonzalo Giron con otro gran número de grandes y ricos hombres que vinieron de refresco. A los cercados por ser la ciudad tan grande no se podian de todo punto atajar los mantenimientos, dado que se ponia en esto todo cuidado.

El general de la armada Bonifaz ardia en deseo de quebrar la puente, para que no pudiendo comunicarse los del arrabal y la ciudad, fuesen conquistados á parte los que juntos hacian tanta resistencia. Era negocio muy dificultoso por estar la puente puesta sobre barcas que con cadenas de hierro están entre sí trabadas: todavía pareció hacer la prueba; que la maña y la ocasion pueden mucho. Apercibió para esto dos naves: esperó el tiempo en que ayudase la creciente del mar, y juntamente un recio viento que del poniente soplaba. Con esta ayuda, alzadas y hinchadas las velas, la una de las naves con tal ímpetu embistió en la puente cuanto no pudieron sufrir las ataduras de hierro. Quebróse la puente el tercero dia de mayo con grande alegría de los nuestros y no menos comodidad. Los soldados con la esperanza de la victoria con grande denuedo acometieron á entrar en la ciudad, escalar los muros por unas partes, y por otras derriballos con los trabucos y máquinas con tanta porfia que los cercados estaban á punto de perder la esperanza de se defender. El mayor combate era contra Triana: los Moros se defendian valientemente, y la fortaleza de los muros causaba á los nuestros dificultad.

Cierto soldado en secreto murmuraba de Garci Perez de Vargas: cargábale que el escudo ondeado que traia, era de diferente linage. Ningunos oyen con mayor paciencia las murmuraciones, que los que no se sienten culpados: disimuló él por entonces la ira; despues cierto dia que acometieron los nuestros á Triana, se mantuvo tanto tiempo en la pelea que con la lluvia de piedras, saetas y dardos que le tiraban, abolladas las armas y el escudo, apenas él pudo escapar con la vida. Entonces vuelto á su contrario, que estaba en lugar seguro: »Con razon (dice) nos quitais las armas del linage, pues las ponemos á tan graves peligros y »trances: vos las mereceis mejor, que como mas recatado las teneis mejor guardadas:» él avergonzado conoció su yerro, pidió perdon, que le dió á la hora de buena gana, contento de satisfacerse de su injuria con la muestra de su valor y esfuerzo: manera de venganza muy noble.

Comenzaban en la ciudad á sentir gran falta de vituallas: los ciudadanos visto que la felicidad de nuestra gente se igualaba con su esfuerzo, y que al contrario á ellos no quedaba alguna esperanza, acordaron tratar de rendir la ciudad, primero en secreto, y despues en los corrillos y plazas. Pidieron desde el adarve les diesen lugar de hablar con el rey. Luego que les fué concedido, enviaron embajadores, que avisaron querian tratar de concierto con tal que las condiciones fuesen tolerables, en particular que quedase en su poder la ciudad. Decian que quebrantados con los males pasados, ni los cuerpos podian sufrir el trabajo, ni los ánimos la pesadumbre: que todavía en la ciudad quedaban compañias de soldados; que no era justo irritallas, ni hacelles perder de todo punto la esperanza: muchas veces la necesidad de medrosos hace fuertes, por lo menos que la victoria seria sangrienta y llorosa si se allegase á lo último y no se tomaba algun medio.

A esto respondió el rey que él no ignoraba el estado en que estaban sus cosas: tiempo hobo en que se pudiera tratar de concierto; mas que al presente por su obstinacion se hallaban en tal término que seria cosa fea partirse sin tomar la ciudad, y que si no fuese con ren-



dilla, no daria lugar á que se tratase de concierto ni de concordia. Entretanto que se trataba de las condiciones y del asiento, hicieron treguas, y cesó la bateria. Prometian acudir con las rentas reales y tributos, todos los que acostumbraban ántes á pagar á los miramamolines. Desechada esta condicion, dijeron que darian la tercera parte de la ciudad demas de las dichas rentas: despues la mitad, dividida con una muralla de lo demas que quedase por los Moros. Parecian estas condiciones á los nuestros muy aventajadas y honrosas: el rey á menos de entregalle la ciudad, no hacia caso destas promesas, ni estimaba todos sus partidos. En conclusion se asentó que el rey moro y los ciudadanos con todas sus alhajas y preseas se fuesen salvos donde quisiesen, y que fuera de Sanlúcar, Aznalfarache y Niebla, que quedaban por los Moros, rindiesen los demas pueblos y castillos dependientes de Sevilla. Dióse de término un mes para cumplir todas estas capitulaciones. El castillo luego se entregó; y á veinte y siete de noviembre salieron de la ciudad entre varones y mugeres y niños cien mil Moros: parte dellos pasó en Africa, parte se repartió por otros lugares y ciudades de España.

Gastáronse en el cerco diez y seis meses; en el cual tiempo los reales á manera de ciudad estaban divididos en barrios con sus tiendas en que se vendian las cosas necesarias, herrerías para forjar armas, los pabellones puestos por su órden con sus calles y plazas en lugares convenientes. A los veinte y dos de diciembre con pública procesion y aparato entró el rey en la ciudad, oyó misa en la iglesia Mayor, que para este propósito estaba bendecida y aparejada: bendijola con gran magestad don Gutierre electo arzobispo de Toledo, que poco ántes señalaron por sucesor en aquella iglesia de don Juan que falleció á los veinte y tres del mes de julio. Don Ramon de Losana fué elegido por arzobispo de la nueva ciudad. Este prelado andando á la escuela, con un cuchillo de plumas sacó otro tiempo un ojo á un su

hermano: para absolverse desta irregularidad, y para alcanzar dispensacion, ya que era de mas edad, pasó á Roma: viaje que le fué ocasion de hacerse muy erudito y letrado. Quedaba Sevilla muy falta de moradores: la franqueza que el rey prometió de tributos á los que viniesen á poblar, hizo que gran número de gente acudiese de toda España; determinados de hacer allí su asiento y morada: con esto en breve volvió á tener aquella ciudad nobilísima la hermosura de ántes y número de gente asaz.

CAPITULO VIII.

De la muerte del rey don Fernando.

En el mismo tiempo que Sevilla estaba cercada, San Luis rey de Francia enriquecia con reliquias santísimas que envió á Toledo, y aumentaba la devocion de la iglesia Mayor de aquella ciudad, juntamente ganaba las voluntades de nuestra nacion. En el sagrario de aquella iglesia hasta hoy con gran devocion se muestran y guardan las dichas reliquias con la misma carta original del rey cuyo traslado nos pareció poner en este lugar para memoria de la piedad del príncipe tan señalado y devoto: «Luis por la gracia de Dios rey de Francia á los amados varones en Cristo, canónigos y todo el clero de la iglesia de Toledo, salud y dileccion. »Queriendo adornar vuestra iglesia con un excelente don por medio de nuestro amado Juan »venerable arzobispo de Toledo, y á su instancia, os enviamos algunas preciosas partecicas »de los venerables y señalados nuestros santuarios, que hobe del tesoro del imperio Cons»tantinopolitano: conviene á saber del madero de la cruz del Señor: una de las espinas de »la sacrosanta corona de espinas del mismo Señor: de la leche de la gloriosa Vírgen María: »de la vestidura de púrpura del Señor con que fué vestido: del lienzo con que se ciñó el »Señor cuando lavó y limpió los pies de sus discípulos: de la sábana con que su cuerpo es»tuvo sepultado en el sepulcro: de los paños de la infancia del Salvador. Rogamos pues y »requerimos en el Señor á vuestra caridad que las sobredichas reliquias recibais y guardeis »en vuestra iglesia con la reverencia debida: asímismo que en vuestras misas y oraciones »tengais memoria benigna de nos. Fecha en estampas año del Señor de mil y docientos y »cuarenta y ocho por el mes de mayo.»

Despues que el rey Luis hobo enviado esta carta, de Marsella se hizo á la vela y navegó á la Tierra Santa con deseo de reparar en aquellas partes la guerra sagrada. El suceso no fué conforme á su santa intencion, porque apoderado que se hobo en las marinas de Egipto de Pelusio, ciudad que hoy se llama Damiata, toda la prosperidad se volvió en contrario. De tres hermanos del rey Roberto murió en una batalla, Alfonso y Cárlos fueron presos con el rey el año 1249: la libertad costó mucho haber, sin que en la Tierra Santa á la cual dende pasaron, hiciesen cosa de muy gran momento, verdad es que las ciudades de Sidon, Cesarea y Ioppe fueron recobradas por las armas de Francia año del Señor de 1250, pero ninguna otra cosa se hizo: en el mismo año por muerte de don Gutierre arzobispo de Toledo, que finó en Atienza á los nueve de agosto como se vé en los Anales Toledanos, en su lugar fué puesto don Sancho hijo del rey don Fernando, á quien algunos llaman don Pedro, otros don Juan por engaño sin duda. El arzobispo don Rodrigo por órden de la reina doña Berenguela crió en Toledo á sus nietos los infantes don Philipe y don Sancho: proveyóles en aquella su iglesia sendos canonicatos. Estudiaron ambos en los estudios de París, en particular don Philipe tuvo por maestro á Alberto Magno, gran filósofo y teólogo. Todo esto, y mas el favor de su padre fué ocasion de poner en esta vacante los ojos en don Sancho. Aprobó la eleccion el papa Inocencio cuarto; mas el electo no parece se consagró por su poca edad, que era el penúltimo de sus hermanos. Por su contemplacion dió su padre á la iglesia de Toledo á Uceda y á Iznatoraf, ésto á trueco de Baza, que se la diera cuando conquistó á Jaen.

Vivió por este tiempo un hombre señalado, por nombre Pero Gonzalez, que dejada la corte y palacio en que tenia buen lugar, gastó lo postrero de su vida en doctrinar á los Gallegos y Asturianos, predicador de fama. Su contemporáneo Bernardo, canónigo de Santiago, por el gran conocimiento que alcanzó de los derechos fué muy familiar al pontífice Inocencio, y es el que escribió la glosa sobre las epístolas Decretales. En el mismo tiempo los Aragoneses divididos en parcialidades se abrasaban con discordias civiles. Tenia el rey don Jaime de doña Violante su muger estos hijos: don Pedro, don Jaime, don Fernando, don Sancho: otras tantas hijas doña Violante, doña Constanza, doña Sancha, doña María. La

reina estaba apoderada del rey, y así le persuadió que dividiese los estados del reino entre sus hijos: consejo muy perjudicial á la república por enflaquecerse por esta manera las fuerzas, y muy pesado en particular á don Alonso su hijo mayor, en cuyo perjuicio se enderezaban estas prácticas. Por esta causa los mas de los grandes siguieron la voz del infantes y por su autoridad públicamente se apartaron del rey. Con cuidado de componer estas diferencias que amenazaban mayores males, por el mes de febrero se tuvieron cortes generales en Alcañices pueblo de Aragon. Señaláronse jueces sobre el caso, personas principales, eclesiásticas y seglares: dieron por sentencia que el hijo debia obedecer á su padre. De ningun provecho fué esta diligencia, por estar los vasallos mal contentos, y el rey constante en su parecer y propósito, tanto que en vida hizo donacion al infante don Pedro del principado de Cataluña; con que la otra parte se desabrió mucho mas. Esto en Aragon.

Las cosas del rey don Fernando se hallaban muy en mejor estado, porque compuestas y asentadas las cosas en Sevilla en que determinaba hacer su asiento, acometió á Jeréz, y ganó de los Moros á Medina Sidonia, Begel, Alpechin, Aznalfarache; fuera desto á la ribera del mar en parte abatió, en parte tomó muchos castillos de Moros. Pretendia que los demas escarmentados con aquel daño y castigo se rindiesen ó reprimiesen. Hiciéronse correrias por los campos de Nebrija: algunos pocos pueblos de Moros por estar fortificados de sitio ó de murallas se atrevian y estaban determinados de sufrir el cerco no solo como cosa mas honesta, sino tambien como mas segura, ni por el daño de los otros se movian á rendirse. Tratóse de pasar la guerra á Africa, y con este intento en las marinas de Vizcaya por mandado del rey don Fernando se apercebia una nueva y mas gruesa armada, cuando una recia dolencia le sobrevino, de que finó en Sevilla á treinta de mayo el año que se contaba de 1252. Reinó en Castilla por espacio de treinta y cuatro años, once meses, veinte y tres dias, en Leon veinte y dos años poco mas ó menos (1). Fué varon dotado de todas las partes de ánima y de cuerpo que se podian desear, de costumbres tan buenas que por ellas ganó el renombre de Santo, título que le dió no mas el favor del pueblo que el merecimiento de su vida y obras excelentes: muchos dudaron si fuese mas fuerte, ó mas santo, ó mas afortunado. Era severo consigo, exorable para los otros, en todas las partes de la vida templado, y que en conclusion cumplió con todos los oficios de un varon y príncipe justo y bueno.



En ningun tiempo dió mayor muestra de santidad que á la muerte. Comulgóle don Ramon arzobispo de Sevilla. Al entrar el Sacramento por la sala se dejó caer de la cama, y puestos los hinojos en tierra, con un dogal al cuello y la cruz delante, como reo pecador pidió perdon de sus pecados á Dios con palabras de grande humildad; ya que queria rendir el alma, demandó perdon á cuantos alli estaban: espectáculo para quebrar los corazones, y con que todos se resolvian en lágrimas. Tomó la candela con ambas las manos, y puestos en el el cielo los ojos: «El reino (dijo) Señor que me diste, y la honra mayor que yo merecia, te le vuelvo desnudo salí del vientre de mi madre, y desnudo me ofrezco á la tierra: recibe Señor mio, mi ánima; y por los méritos de tu santisima pasion ten por bien de la colocar entre los tus siervos.» Dicho esto, mandó á la clerecia cantasen las Letanías, y el *Te Deum laudamus*, y rindió el espíritu bienaventurado. A su hijo don Alonso que nombró por heredero, poco ántes de morir dió muchos avisos y juntamente le encomendó con mucho cuidado á la reina doña Juana y sus hijos, de los cuales se hallaron á su muerte don Fadrique, don Enrique y don Philipe que era electo prelado de Sevilla, y don Manuel; don Sancho electo de Toledo no se halló por

Se tiene por de S. Fernando la espada que aqui copiamos; pero nos hace sospechar de su verdad el ver que el cádaver del Santo, que hemos podido dibujar abierto su sepulcro, ha sido vestido con trage del tiempo de Felipe III.

(1) Habiendo sido proclamado rey de Castilla en 31 de agosto de 1217, y debiendo contarse su reinado en Leon desde el 24 de setiembre del año 1230 en que murió el rey don Alonso, ocupó este trono 21 años ocho meses y siete dias.



Fernando tercero, El Santo.

estar en su iglesia. Luego el dia siguiente le hicieron el enterramiento y honras con aparato real. Su cuerpo fué sepultado en la iglesia mayor de Sevilla.

Dícese que este rey inventó é introdujo el consejo real, que hoy en Castilla tiene la suprema autoridad para determinar los pleitos. Señaló doce oidores á cuyo conocimiento perteneciesen los negocios mayores, y los pleitos que en los otros tribunales se tratasen, por via de apelacion con las mil y quinientas doblas que deposita el que apela, y las pierde en caso que se dé sentencia contra él. Como las cautelas y engaños poco á poco iban creciendo, y los pleitos eran muchos por la malicia del tiempo, fué necesario establecer este nuevo tribunal; que ántes las ciudades contentas con los juicios y sentencias que sus jueces daban, y con apelar á las audiencias de su distrito, tenian por cosa fea y sin propósito pasar adelante y implorar el ausilio real. Demas desto encargó á personas principales y doctas el cuidado de hacer nuevas leyes, y recoger las antiguas en un volúmen que hoy se llama vulgarmente las Partidas (2), obra de inmenso trabajo, y que se comenzó por este tiempo, y ultimamente se puso en perfeccion y se publicó en tiempo del rey don Alonso hijo deste don Fernando. Hasta la muerte del rey don Fernando llegó don Lucas de Tuy con su Historia.

CAPITULO IX.

De los principios de don Alonso el décimo rey de Castilla.

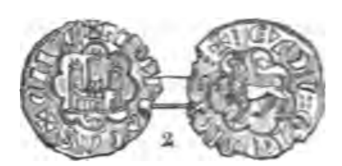
El reino de don Fernando por derecho de herencia vino al rey don Alonso deceno deste nombre, cuya vida y obras pretendemos declarar, ilustres sin duda por la variedad de los sucesos y juego de la fortuna variable; pero que tienen mas de maravilla que de honra y loa. Qué cosa mas maravillosa que un príncipe criado en la guerra y ejercitado en las armas desde su primera edad haya tenido tanta noticia de la astrología, de la filosofía y de las historias cuan grande apenas los hombres ociosos y ocupados solamente en sus estudios pocas veces alcanzan? Sus libros que publicó y sacó á la luz de astrología, y de la Historia de España, dan muestra de su grande ingenio y estudio increible. Qué cosa eso mismo mas afrentosa que con tales letras y estudios, con que otro particular pudiera alcanzar gran poder, no saber él conservar y defender ni el imperio que los estraños le ofrecieron, ni el reino que su padre le dejó? Vió aquella edad y siglo hasta donde podia llegar la libertad y arrogancia del pueblo, pues redujo un rey tan poderoso casi á vida particular: vió él mismo lo postrero de la desventura, que fué ser despojado de sus riquezas y mando. Qué juegos hace la fortuna ó poder mas alto! Cómo parece que gusta en burlarse de las cosas humanas! El sobrenombre de Sabio que ganó por las letras, ó por la injuria de sus enemigos, ó por la malicia de los tiempos, ó él por flojedad de su ingenio parece le amancilló; pues con el crédito que tenia de ser tan sabio, no supo mirar por sí y prevenirse. En Sevilla do se halló á la muerte de su padre, le alzaron por rey. Lo primero que hizo despues desto, fué renovar el concierto con Alhamar rey de Granada, demas que le hizo suelta de la sexta parte del tributo que tenia costumbre de pagar; en que se tuvo respeto á los buenos servicios que hiciera, y á despertalle para que de nuevo hiciese otros, que sin duda por algun tiempo fueron muy grandes y señalados. Era tanto lo que este príncipe amaba al rey don Fernando, y érale tan agradable su memoria, que con ser moro, todos los años enviaba á Sevilla buen número de los suyos con cien antorchas de cera blanca para que se hiciesen al rey las exequias y aniversarios.

La falta que tenian de dineros era grande, por estar gastados todos con las guerras de tantos años. Tratóse de buscar algun camino para allegar moneda y remediar este daño: pareció lo mas á propósito que en lugar de los Pepiones, que era cierta moneda asi llamada de buena ley, se usase de Burgaleses, moneda muy baja mezclada de otros metales. Era cosa injusta abajar de quilates la moneda, y que fuese del mismo valor que la de ántes: desórden por donde las cosas se encarecieron, y no se remedió la necesidad del rey, porque fué necesario aumentar los salarios de los jueces y de los demas oficiales con tanto mayor indignacion

(2) Este código, el mas sabio de todos los que habia en Europa en su tiempo, se empezó en 1255 y se acabó en 1262. Don Alonso habia mandado tambien coordinar el *Fuero Real* que lo dió como fuero municipal á Burgos y á otros pueblos de Castilla, por cuya razon se llamó *Fuero de la Corte y de los consejos de Castilla*.

del pueblo que poco despues se inventó otro género de moneda que se llamaba Negra, es á saber por tener mucho cobre (1). Quince monedas deste género valian una dobla ó escudo: un


1


2

Burgales valia dos Pepiones: noventa un escudo ó un maravedi de oro. Este camino de allegar dinero, bien que intentado muchas veces de grandes reyes, que sea muy engañoso y perjudicial el tiempo y la experiencia y desastrados sucesos lo han bastantemente declarado: sin duda fué la principal causa porque el rey don Alonso en breve se hizo muy malquisto y odioso á sus vasallos. Desta manera, si no hay gran tiento, de honestos principios y causas se siguen efectos muy perniciosos y malos. Esta fué la primera semilla de la discordia civil: de la guerra de fuera hobo otras causas.

Estaba el rey don Alonso congojado por la esterilidad de la reina doña Violante, por el gran deseo que tenia de dejar sucesion. Los aduladores, de que siempre hay gran número en las casas de los príncipes, pretendian que aquel matrimonio se podia apartar: no les faltaban razones para colorear este engaño, como á gente de grande ingenio; el rey fácilmente se dejó persuadir en lo que deseaba. Envió embajadores al rey de Dinamarca á pedir por muger una hija suya llamada Cristina (2). Era cosa fácil por la grande distancia de los lugares engañar aquella gente. Concertado el casamiento, la doncella fué enviada en España. Estos intentos del rey don Alonso dieron mucha pena como era razon al rey don Jaime: procuróse dar algun corte con embajadas que se enviaron; pero como no se efectuase nada, vino el negocio á rompimiento y á las armas. Hiciéronse correrías y cabalgadas de una parte, y de otra, robos de hombres y ganados, y esto al principio de aquella diferencia.

Por el mismo tiempo Theobaldo rey de Navarra, primero deste nombre, falleció á ocho de julio año de nuestra salvacion de 1253: digno de ser alabado por el deseo que mostró de ayudar á la guerra de la Tierra Santa, cuanto reprehensible y manchado por el intento que tuvo de oprimir los derechos y libertad eclesiástica; por la cual causa se dice hobo entredicho general en todo aquel reino por espacio de tres años enteros (3). Este tiempo pasado, don Pedro Remigio ó Gazolaz obispo de Pamplona alzado el destierro en que le tenian, se reconcilió con el rey á instancia de personas principales que en ello trabajaron, y con muy grande alegría y regocijo de todo el pueblo. Theobaldo merece sin duda ser alabado por otras cosas y partes de que fué dotado, en especial por los estudios de las artes liberales, ejercicio y conocimiento de la música y de la poesía tan grande, que acostumbraba componer versos y cantarlos á vihuela, las poesías que hacia, proponellas en público en su palacio para ser de todos juzgados. Tuvo tres mugeres. De la primera que fué hija del conde de Lorena, no tuvo hijos algunos. Dejada esta por mandado de los pontífices, casó con Sibila hija de Philipo conde de Flandes. Deste matrimonio nació Blanca, que casó con Juan duque de Bretaña por

(1) Moneda negra es la que presentamos con el número 1 y aunque se ignora cual fuese el Pepion se cree era la que lleva el numero 2.

(2) El cronista de don Alonso el sabio á quien sigue Mariana, ha llenado de fábulas su obra. La falsedad de lo que aqui asienta está demostrada por el marqués de Mondejar con las razones siguientes: primero, que el rey de Aragon no hizo la guerra al de Castilla por vengar este agravio, sino para ayudar al rey de Navarra con quien estaba confederado: segundo que doña Violante muger de don Alonso parió á doña Berenguela el mismo año que se supone quiso repudiarla por estéril, y el 28 de setiembre de 1254 habia parido otra hija llamada doña Beatriz, de donde resulta que en el tiempo que se supone haber enviado la embajada debia ser bien conocido el preñado de la reina: tercero, que doña Cristina no vino á España hasta el año 1258 en que contrajo matrimonio con el infante don Felipe, segun lo que don Alonso tenia estipulado con el rey de Noruega su padre.

(3) Al ir Theobaldo á la conquista de la Tierra Santa, puso en manos de don Pedro Ramirez obispo de Pamplona el castillo de S. Estevan de Monjardin á condicion de que en reclamándole se le hubiese de restituir: á su vuelta requirió al obispo se lo restituyese, y éste se resistió. ¿Donde está aqui la opresion y usurpacion de derechos?

sobrenombre el Bermejo. De la tercera muger que fué hija de Archimbaudo conde de Fox, tuvo á Theobaldo y á Enrique, y una hija llamada Leonor.

Theobaldo sucedió á su padre despues de su muerte: era menor de edad, que no tenia quince años cumplidos, de excelente natural, y que daba muestras de grandes virtudes. La reina Margarita su madre, cuidadosa de lo que á su hijo tocaba, estaba con temor, en especial de don Alonso rey de Castilla que vencidos y domados los Moros, se entendia queria revolver contra Navarra, y despertar el derecho antiguo que pretendian los reyes de Castilla á aquella corona: cuidaba ayudarse del socorro del rey de Aragon y de su sombra. Tratóse por sus embajadores de aliarse; y para que la cosa se concluyese mas fácilmente, con seguridad de ambas partes se juntaron á vistas. Al principio del mes de agosto en Tudela se hizo confederacion entre los dos reyes, en que se concertó tuviesen los mismos por amigos y por enemigos. Asentaron otrosí que una de las dos hijas que tenia el rey don Jaime, se diese por muger á Theobaldo; y en particular se proveyó que ninguna de las dos casase con alguno de los hermanos del rey de Castilla sin voluntad de la reina Margarita, y sin que ella viniese en ello. Al rey de Aragon sin embargo le quedó su derecho á salvo, que pretendia tener á aquel reino por la adopcion del rey don Sancho de Navarra.

Esta confederacion, para que fuese mas fuerte, se procuró que el romano pontífice la aprobase: las fuerzas de los dos reinos claramente se movian y enderezaban contra las de don Alonso rey de Castilla. El cuidado desta guerra y miedo que resultó por esta causa (que suele ser muy gran atadura de concordia) hizo que los aragoneses padre y hijo se concertasen; cosa que tanto se deseaba. Así halló que lo que el rey de Aragon habia donado á don Pedro y don Jaime sus hijos, lo aprobó con juramento en Barcelona don Alonso el hijo mayor del mismo rey don Jaime. Ofrecióse demás desto ocasion de nueva guerra. Alasarchó, moro de ingenio sagaz, prometió entregar y rendir el castillo de Reguara que tenia en su poder. El rey de Aragon, como el que era arriscado, creyóse fácilmente que le trataba verdad: acudió con poca gente como á cosa hecha. Hobiera de caer en el lazo y quedar preso; mas quiso Dios que le avisaron del engaño, y de lo que pasaba; con que se puso en cobro. El moro, burlada su esperanza, se declaró por enemigo, y persuadió á los Moros de Valencia que tomasen las armas y que se levantasen.

El rey movido por el peligro acudió á Valencia: tratóse en aquella ciudad de echar aquella gente de todo el reino. Los señores por la ganancia que de aquella gente les venia, hacian contradiccion: los prelados y el pueblo otorgaban con el rey, que fué el parecer que prevaleció en las cortes. Mandaron pues á todos los Moros que saliesen del reino de Valencia y de todo su distrito dentro de cierto término. Ellos aunque estaban en armas sesenta mil dellos, obedecieron á lo que les fué mandado. Repartiéronse por tierra de Murcia y de Granada: gran parte hizo asiento en la Mancha, que al presente se llama de Aragon, antiguamente de Montaragon de un pueblo deste nombre que por alli caia. Era comarca áspera, y no cultivada en aquel tiempo; al presente de señalada fertilidad en la cosecha de pan con que provée á otras muchas partes. Llamóse antiguamente campo Spartario, del mucho esparto que tiene. Desta resolucion sacó gran interés Don Fadrique que residia en Villena, y la tenia en gobierno en nombre del rey don Alonso su hermano. Era por alli el paso: hizo que por él los miserables cada uno pagase un escudo de oro.

El rey de Aragon embarazado con estos alborotos no pudo luego volver las armas contra Castilla. Esta tardanza hizo que las sospechas de una gran guerra se trocaron en muy alegre fin y remate. En el mismo tiempo que Cristina despues de tan largo viaje últimamente aportó á Toledo, que fué el año de nuestra salvacion de **1254**, se entendió que la reina estaba ocupada. El rey movido con una cosa tan fuera de lo que se esperaba, trocó el ódio en amor. Los mismos que ántes le persuadian que la dejase, trataron que se reconciliase con la reina, y hallaban razones en favor del matrimonio que ántes tenian por inválido; tales son las adulaciones de cortesanos. Don Felipe hermano del rey sin embargo que era abad de Valladolid y electo arzobispo de Sevilla, renunció el hábito clerical con voluntad del rey su hermano para casar con Cristina, que aceptó aquel partido, perdida la esperanza de ser reina: matrimonio que como mal trabado en breve se apartó por la muerte de Cristina, que le sobrevino por la pena de la afrenta, y por el desabrimiento que recibió por un trueque semejante: así lo entendia la gente vulgar.

La esterilidad de la reina doña Violante se mudó en fecundidad, tanto que parió muchos hijos á su marido. Estos fueron doña Berenguela, doña Beatriz, don Fernando por sobre-

nombre de la Cerda, por causa de una muy señalada y larga con que nació en las espaldas, don Sancho, don Pedro, don Juan, don Diego, doña Isabel y doña Leonor. Todos estos tuvo el rey don Alonso en la reina. En otra madre de bajo linaje á don Alonso Fernandez: en doña Mayor de Guzman hija de Pedro de Guzman á doña Beatriz, que fueron el uno y el otro hi-



Doña Violante.

jos bastardos. El año siguiente de 1255 Eduardo, hijo mayor de Enrique rey de Inglaterra, vino á España. Las causas de su venida no se dicen: (1) podemos sospechar (quién lo veda?) que movido del agravio de Cristina hizo aquel viaje por ser primos hermanos: su viaje cuanto haya aprovechado, el suceso de las cosas lo declara; lo cierto es que en Burgos fué recibido benignamente del rey, y de su mano le armó caballero, ceremonia que en aquel tiempo se usaba: halagos con que se pretendia aplacar el ánimo de aquel príncipe mozo y bravo.

CAPITULO X.

El Rey don Alonso fué elegido por emperador.

El rey don Alonso no tenia la misma fama en todas las partes, y cerca de todas las naciones. En España en su reino sin duda era aborrecido del pueblo: á los reyes comarcanos no era nada agradable, dado que con cierta muestra de paz, ó por miedo de su poder se detenian de tomar contra él las armas. Entre las naciones extrañas volaba la fama de su grande erudicion. Deciase que era elocuente, sagaz, instructo igualmente en las artes de la paz y de la guerra. Esto movió á algunos príncipes de Alemaña para que en la dieta del imperio en que se trataba de elegir emperador, le nombrasen en lugar de Guillelmo César que á

(1) Vino para casarse con doña Leonor hija de don Fernando, como resulta de una escritura que cita el marques de Mondejar.

la sazon murió, y se tuviese cuenta con él, bien que no fué una la voluntad, ni los votos de todos se conformaron en uno; el arzobispo de Colonia en su nombre, y en el del arzobispo de Maguncia cuyo lugar y voz traia, y el conde Palatino nombraron por emperador á Ricardo conde de Cornubia hermano de Enrique rey de Ingalaterra. Hízose este nombramiento á seis de enero dia de los Reyes año que se contó del Señor de 1256: algunos señalan dos años adelante. El arzobispo de Tréveris y el duque de Sajonia teniendo por inválida la eleccion de Ricardo, por sus votos eligieron á don Alonso rey de Castilla el postrer dia de marzo luego siguiente.

Enviáronse embajadores á entrambos, y cada cual se tenia por legítimo emperador, y á su competidor al contrario: con tanto mas ventaja de Ricardo que sin dilacion dejadas todas las demas cosas acudió á Alemaña, y de mano del arzobispo de Colonia á quien esto toca, tomó la corona primera del imperio en Aquisgran á dos dias del mes de mayo. Don Alonso embarazado con las alteraciones domésticas, y desconfiado de la voluntad de sus vasallos, y principalmente por la edad de sus hijos que era pequeña, dilató su ida, puesto que los obispos de Constancia y de Espira vinieron por embajadores en esta razon, y con nuevas embajadas que le enviaban de cada dia, le importunaban fuese á tomar el imperio. Esta tardanza entibió la aficion de su parcialidad, y fortificó los intentos de la parte contraria. Favorecian á don Alonso, fuera del crédito de su virtud, porque de parte de madre venia de los emperadores de Alemaña como hijo que era de doña Beatriz, y por ella nieto de Philipe que fué el tiempo pasado emperador. Á Ricardo ayudaba mucho la semejanza de la lengua, que no es pequeña entre ingleses y alemanes, grandes y antiguas alianzas entre aquellas dos naciones, las costumbres semejantes, además del parentesco que entre sí tenian, para que le juzgasen por idóneo y digno del imperio, en tanto grado que en negocio dudoso parecia aventajarse algun tanto su derecho. Porque dentro de un año despues de la muerte del emperador Guillelmo fué puesto en su lugar en el mismo dia que de comun consentimiento los electores señalaron para la eleccion; dentro de otro año de mano del arzobispo de Colonia á quien esto pertenece, fué en Aquisgran coronado, y tomó las demas insignias del imperio, y se sentó en la silla de Carlo Magno en señal de la posesion que tomaba.

En conclusion así los príncipes, como los que tenian á cargo las fortalezas, le hicieran sus homenages; las cuales cosas todas como quier que estuviesen establecidas por las leyes que hablan en razon de elegir los emperadores, don Alonso no las cumplió: contra Ricardo, que á su tiempo las habia todas guardado, no se podia alegar cosa alguna; así lo decian grandes letrados, fuera de que en discordia de los electores cuando no se conforman en uno, el conde Palatino es el legítimo juez de la diferencia, por lo menos el rey de Bohemia cuando los votos se dividen igualmente, á la parte que él se allega, aquella eleccion es tenida por valida. Alegaban que lo uno y lo otro hacian por Ricardo, pues el conde Palatino votó por él en su nombre y del rey de Bohemia cuyas veces tenia; y luego que él mismo supo la eleccion, de nuevo la aprobó.

Don Alonso al contrario alegaba que su eleccion fué hecha en Francfordia dentro de los muros de la ciudad, que era el lugar señalado de comun consentimiento de los electores para aquella eleccion. Que el de Colonia y el Palatino vinieron acompañados de gran número de soldados no como á eleccion, sino como á guerra, y porque ponian espanto, y parecia que querian hacer fuerza, fueron amonestados que desistiesen de aquel camino, y á ejemplo de los otros príncipes con acompañamiento ordinario y competente entrasen en la ciudad. Cargábanles que no quisieron conformarse, ántes por nueva manera y perjudicial se juntaron á parte, cosa de grandes inconvenientes, y fuera de la ciudad como en los reales hicieron su eleccion. Esta era la principal nulidad en la eleccion de Ricardo. Que los príncipes que estaban en la ciudad, aguardaron hasta tanto que hobo esperanza que se podrian reducir á mejor consejo, y dejada aquella porfia, concordarse con la razon y con los demás: perdida la esperanza, á postrero de marzo por voto del arzobispo de Tréveris, y del duque de Sajonia, que tenia otrosí el voto del marqués de Brandemburg, que ausente estaba, como su vicario, y tambien por voto del rey de Bohemia, cuyo embajador con derecho de votar estuvo presente en la dieta, fué elegido por rey de romanos don Alonso rey de Castilla.

Estos eran los principales fundamentos de la una parte: y de la otra otros alegaban de menor cuantia, como delitos y excesos, que los unos oponian contra los otros, sin que en ellos se engañasen, mayormente contra el arzobispo de Tréveris se alegaba estar des-

comulgado, y por tanto privado de voto, á causa de nuevas y extraordinarias imposiciones que derramaba sobre sus vasallos. La otra parte contraponia que el arzobispo de Colonia hirió al cardenal de San Jorge legado del pontífice romano, y prendió un obispo. Asimismo que el conde Palatino maltrataba en muchas maneras las personas eclesiásticas, lo cual no era lícito: mas, que contra la sacrosanta magestad de los pontífices y de la iglesia en las revueltas pasadas se allegó al emperador Federico y á su hijo Conrado. Este pleito comenzó en tiempo del papa Alejandro cuarto: no se pudo componer por su autoridad y juicio como fuera justo, y los que mejor lo sentian, lo deseaban á causa que cada cual de las partes como quier que pretendiese ser de su derecho cierto, no queria (mal pecado) pasar por juicio ni sentencia de alguno, ni comprometer la diferencia, porque no pareciese con esto hacian dudosa su causa; mas aina cuidaban poner el negocio en el trance de una batalla, y pleitear con las armas así suyas como de los príncipes de Alemaña sus valedores y aliados.

Gran mal por esta causa se aparejaba á la cristiandad, si á ambos príncipes no detuvieran y enfrenaran otros negocios domésticos. A don Alonso le fué impedimento estar tan lejos España; y unas dificultades que nacian y se trababan de otras, le detuvieron en su reino: demás que naturalmente era irresoluto, y tenía esperanza que con artificio y maña se podria dar conclusion á aquel debate. Ricardo no pudo tomar las armas á causa que las cosas de Ingalaterra andaban muy alteradas con la guerra que se hacia en Francia con todas las fuerzas de la una y de la otra nacion, en especial que falleció el sexto año despues que se llamó emperador. El fin en que paró toda esta contienda y su remate se declarará en otra parte mas adelante.

CAPITULO XI.

Los grandes de Castilla se alteraron contra el rey don Alonso.

Tenia el rey don Alonso condicion mansa, animo grande, mas deseoso de gloria que de deleites: era dado al sosiego de las letras, y no ageno de los negocios, pero poco recatado, y de maravillosa inconstancia en su manera de proceder: codicioso de allegar dinero, vicio que si no se mira bien, causa muy graves daños, como entonces sucedió, que perdió las voluntades del pueblo, y no supo ganar las de los grandes. Con deseo pues de huir el ócio, que es muy á propósito para sembrar chismes y levantar murmuraciones, tomó las armas contra el Andalucía, y divididas sus gentes, trataba con diversas bandas de apoderarse de los pueblos que quedaron en poder de Moros. El mismo ganó á Jeréz, don Enrique su hermano á Arcos y á Nebrija, pueblo situado en los esteros de Guadalquivir por aquella parte que con grandes acogidas de agua se derrama en el Océano. En Jeréz fué puesto por gobernador don Nuño de Lara, hombre de antiguo y noble linaje, mas ya casi acabados por la flogedad ó contumacia de sus antepasados. Ofreciase muy buena ocasion de desarraigar por toda aquella comarca las reliquias de los Moros, si no fuera que otro nuevo cuidado de una nueva guerra forzó al rey á retirarse y dejar aquella empresa. Esto fué, que Theobaldo rey de Navarra, segundo deste nombre, ya que era mayor de edad, confiado en la ayuda del rey de Aragon, con quien poco ántes renovára sus confederaciones en Montagudo, con sus gentes que juntó de todas partes, trataba de acometer las tierras de Castilla. Pretendia que lo de Guipúzcoa, Alava, la Rioja y Briviesca, tierras de sus antepasados, les quitaron á tuerto los años ántes, y que de derecho le pertenecian.

Muchos grandes de Castilla disgustados con su rey se pasáran á Navarra y á Aragon, renunciada primero por público instrumento la naturalidad, que era el camino que en los tiempos antiguos hallaron para que no fuesen tenidos por traidores los que se ausentaban de su patria. Estos despertaban la llama, y á aquel príncipe mozo y feroz por la edad instigaban para que tomase las armas. Entre estos grandes el mas principal era don Diego de Haro, varon muy constante, y de notables prendas en lo demas, pero que no sufria se le hiciese ningun agravio ni demasía, y que se mostraba muy ofendido por ver oprimida la libertad de la patria. La muerte cortó sus intentos, que le sobrevino en el lugar de Bañares, do era ido para curarse; mas su hijo don Lope de Haro, aunque era de pequeña edad, con grande acompañamiento de los suyos se fué á Estella, ciudad en que á la sazon se hallaba el rey de Aragon. Lo mismo hizo el infante don Enrique disgustado de todo punto con su hermano el rey don Alonso. Hicieron estos señores entre sí liga contra el poder y armas de todos los príncipes. El pueblo de Castilla y muchos grandes, dado que aun no se declaraban,

sentian lo mismo de secreto. Llevaban mal que la moneda se hobiese abajado de ley, de que se siguió mayor carestía de los mantenimientos; y pretendiendo poner remedio á este daño, resultó otro mayor. Puso el rey tasa y precio á todas las cosas que se vendian y á todas las mercadurías, de que se siguió gran falta de vituallas y provision por no querer los que las tenian, vender por aquel precio: desta manera suelen muchas veces acarrear mayor daño las cosas que parecian haberse ordenado con mucha prudencia.

El rey don Alonso como era de grande ingenio, y que no ignoraba cuan grande era el peligro que le amenazaba, trató de hacer asiento y pacificarse con el rey de Aragon, que sabia no estaba muy léjos dello por andar envuelto otra vez, aunque era de grande edad, en los amores de doña Teresa Vidaura, tanto que parecia estar olvidado de sí y de la magestad real. Viéronse en Soria: en aquella habla concertaron paces por el mes de marzo año de nuestra salvacion de 1256, en el mismo tiempo que Margarita madre de Theobaldo rey de Navarra en Francia do estaba ocupada en asentar las cosas de campaña, falleció á once del mes de abril en Pervino. Fué enterrada en el monasterio de Claravalle, muy noble y conocido en aquella sazon por el crédito que tenian aquellos monges de santidad. El año siguiente en Toledo murió don Sancho Capelo rey de Portugal, como se tocó arriba. El reino que por espacio de trece años habia gobernado como teniente don Alonso su hermano, le gobernó de allí adelante con nombre de rey. Tuvo de doña Beatriz hija del rey don Alonso á su hijo mayor don Dionisio, y á don Alonso conde de Portalegre, y demas destos á doña Blanca, cuyo cuerpo está sepultado en las huelgas de Burgos donde por largo tiempo fué abadesa; y á doña Constanza, que murió de poca edad.

En este comedio don Enrique hermano del rey en Nebrija do se retirára, movia así Moros, como á cristianos á levantarse. Don Nuño de Lara alterado por estas práticas como era razon, y para prevenir los intentos de don Enrique acudió á Nebrija desde Sevilla. Avisado desto don Enrique como no tuviese fuerzas bastantes, ni ganadas del todo las voluntades de los de aquella comarca, fué forzado huirse á Valencia por mar. El rey don Jaime estaba allí ocupado en dar asiento en las cosas de aquel reino: recibióle al principio con benignidad, mas por no contravenir, si le amparaba, á la alianza puesta con su hermano poco ántes, le puso en necesidad de pasar en Africa. Desde allí, gastados cuatro años en la córte del rey de Tunez y en su compañía, pobre y miserable dió la vuelta primero á Francia y despues á Italia con deseo de mover guerra á su hermano, si en alguna parte hallase acogida y socorros bastantes.

El rey de Aragon, asentadas las cosas de Valencia, se fué á Mompeller con deseño de verse con el rey de Francia: señalaron para las vistas un pueblo llamado Carbolio, en que á once dias de mayo año de 1258, tratadas todas sus diferencias, se reconciliaron enteramente con hacer suelta el uno al otro de todo lo que hasta aquel dia cada cual poseia y se habian tomado; en particular los de Barcelona y los catalanes quedaron exentos de todo punto del antiguo señorío y jurisdiccion de los reyes de Francia: homenage usado y continuado desde el tiempo en que aquellas tierras se ganaron de los Moros, dado que de muchos años atrás fuera del nombre de estar sujetos, y poner en las escrituras públicas el nombre del rey de Francia que á la sazon era, y el año de su reinado, ninguna cosa podian allí ni hacian los reyes de Francia. (1)

Para que esta confederacion fuese mas firme se concertó desposorio entre doña Isabel la menor de las hijas del rey de Aragon con Philipe hijo mayor y heredero del rey de Francia, y con ella en nombre de dote quedaron por los Franceses Carcasona y Besiers. Hobo este año grandes crecientes con las aguas que continuaron desde ántes del mes de agosto hasta veinte y seis de diciembre: los rios se hincharon, y salieron de madre con gran daño de las labranzas y de los campos. Muchas puentes cayeron en España, entre ellas la de Toledo que se llama de Alcántara; mas el siguiente año de 1259, que fué de los árabes el año seiscientos y cincuenta y siete, se reparó y reedificó. El letrero que está á la entrada de la puente sobre el arco de la puente grabado en una piedra, de letra francesa, y en lengua vulgar castellana, lo declara (2).

(1) En el tratado no se habla palabra de no datar las escrituras de Cataluña por los reinados de los reyes franceses. Mariana se equivoca diciendo que don Felipe principe de Francia fuera el primogénito, pues segun los escritores franceses fué Luis, que murió en el año 1260.

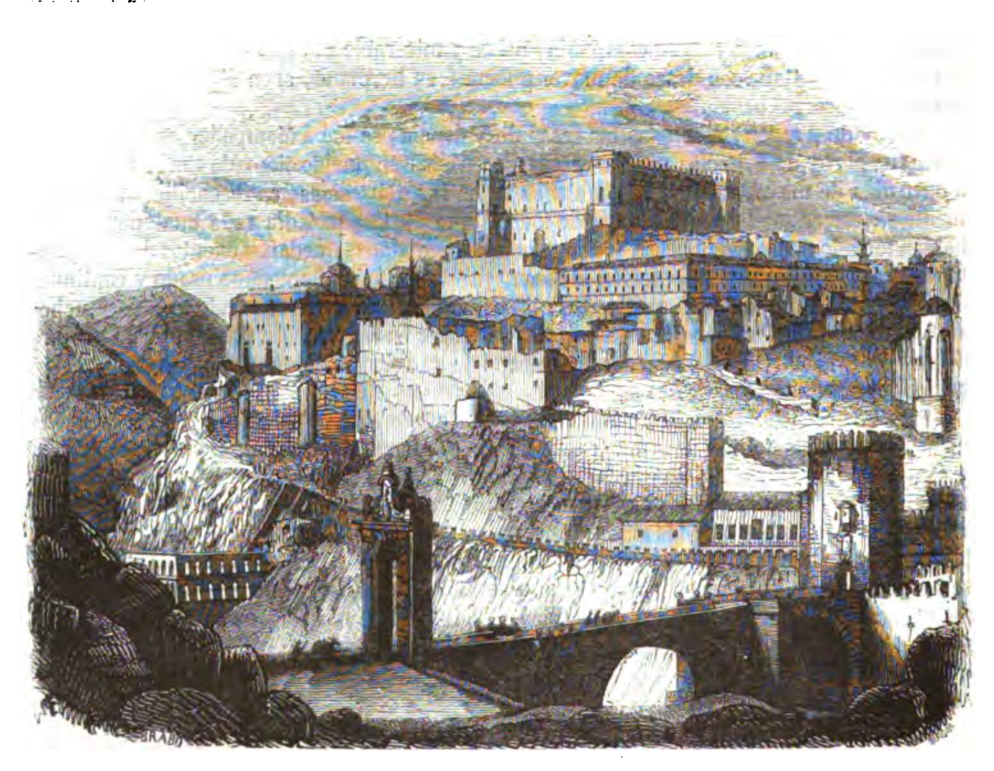
(2) El sólido puente de Alcántara, por uno de cuyos ojos pasa el Tajo es el que aparece en primer término en

CAPITULO XII.

Que se puso entredicho en Portugal.

Las cosas en España estaban sosegadas para tanta muchedumbre de príncipes como en ella reinaban, diferentes en leyes, costumbres, aficiones y voluntades: algunas desgracias sucedieron: doña Violante reina de Aragon y el infante don Alonso su entenado fallecieron; los desórdenes del rey aceleraron la muerte al uno y al otro, á lo que parece. Don Alonso llevaba mal el tratamiento que su padre le hacia, y la poca estima que parecia hacer dél: como si fuera menos que los demas hermanos, ninguna mano por entonces le daba en el gobierno del reino; y para adelante con la particion que queria hacer de los estados, diminuía la magestad del reino que le dejaba. Este deseño no solo desabria en particular á don Alonso, sino en comun á los mas de los grandes, en tanto grado que dejado el rey, públicamente seguian la voz y las partes de su hijo. Para reducillos y sosegallos el viejo astuto poco ántes de la muerte del hijo, revocada la primera donacion, le entregó y puso en su poder á Valencia, que mandó anduviese siempre unida con Aragon.

La reina doña Violante llevaba mal el poder de doña Teresa Vidaura, en cuyos amores el rey desde su primera edad estuvo enredado, y dejado por algun tiempo, de nuevo era vuelto á ellos con tan grande aficion que parecia estar enhechizado con bebedizos: por el alvedrío desta muger y por su antojo gobernaba las cosas particulares y públicas. A la verdad este príncipe fué dado á la deshonestidad y mal trato hasta la postrera edad: olvidado de su deber no consideraba lo que por la fama se decia dél. Llegó el desórden á que asi el tiempo pasado, como adelante, muerta la reina doña Violante, la tuvo con la magestad y estado poco menos que si fuera reina. Ella misma una y dos veces puso al rey pleito delante del romano pontífice sobre la corona; acusábale la palabra que decia le dió de casamiento, co-



la vista general de Toledo que presentamos. Se distinguen tambien el artificio el Juanelo en el mismo curso, las murallas de Wamba y el celebrado y gigantesco alcázar en la cúspide, víctima del vandalismo de todas las épocas.

mo arriba queda dicho. Nacieron de doña Teresa don Pedro que fué señor de Ayerve, y don Jaime señor de Ejerica.

La reina doña Violante fué sepultada en Balbuena en un monasterio de monjas de la órden de S. Bernardo que está en Cataluña, don Alonso en Valencia en la iglesia Mayor en la capilla de Santiago: Zorita noble escritor de la historia de Aragon dice que en el monasterio de Veruela del Cistel. Theobaldo rey de Navarra despues que su madre murió en Francia, conservó y defendió el principado de Campaña, que muchos señores de Francia pretendian con las armas tomar para sí. Hecho esto, casó con doña Isabel hija menor de S. Luis rey de Francia, que le dió su padre por muger de buena gana. En Melun pueblo de los Senones puesto en una isla pequeña que hace el rio Secana, y de la una parte y de la otra del rio donde tambien hay edificios, se celebraron las bodas, mas alegres en los principios que en lo de adelante por la esterilidad de la reina. Tuvo este rey en doña Marquesa de Rada fuera de matrimonio una hija que tuvo el mismo nombre que su madre, y adelante casó con don Pedro hijo del rey de Aragon, habido en doña Teresa como queda dicho.

Matilde condesa de Boloña, sabida la muerte de don Sancho rey de Portugal, acudió por mar á aquella provincia para pretender el derecho de su antiguo matrimonio, si por ventura don Alonso su marido pudiese últimamente mudar su dañada intencion. Llegó á Cascaes muy cerca de Lisboa, donde sin que el rey le diese lugar para podelle hablar, fué forzada» dar la vuelta; escribióle empero una carta deste tenor (1): «Llegára mas cerca y »reprehendiera en tu presencia tu felonía, que fuera bastante recompensa del afán que en «el viage he tomado; pero pues no me dás lugar para esto, y como ingrato y cruel no pu»diste sufrir nuestra presencia por estar herido de los aguijones de la conciencia y poseido »del demonio, no dejaré en ausencia de hacer esto, y dar testimonio con esta carta á todo el «mundo del justo dolor que tengo, y del agravio que me haces, que será una perpétua me»moria de tu deslealtad y impiedad. Son ordinariamente ásperos los remedios que para las »enfermedades son saludables: yo tambien escribo con gemidos y contra mi voluntad estas »cosas; mas si va á decir verdad, yo te recebí cuanto eras pobre, sin tierra, sin bienes, »sin esperanza, estoy por decir un hombre bárbaro; y esto en mi casa y por marido. O de»masia mia (diré) ó de los mios, ó de los unos y de los otros, y necia credulidad. Nuestra »opinion, y el crédito que de tu lealtad teniamos, nos engañó para que en cambio de que te »dimos mas de lo que pedias, y mayores cosas que esperabas, hicieses burla de nos. Acuér»dome cuando jurabas que no podias vivir sin mí no mas que sin tu ánima. Esta es la reli»gion? esta la constancia? qué es esto? con el reino sin duda has perdido el juicio, y te has »fementido, mudado en otro varon. Olvidado de mí y sin memoria del beneficio recibido, »estás ocupado en nuevos amores de la que es forzoso se llame combleza, pues el primer »matrimonio dura, y el nuevo es ninguno. Descontentáronte nuestro linage, la hermosura, »la edad, las riquezas? ó lo que es mas cierto, los reyes teneis por santo y por honesto lo que »os viene mas á cuento para reinar? Yo todavía soy viva, y viviré hasta tanto que mueva »contra ti las armas de los príncipes, y los ódios de todas las naciones: como bestia fiera »perecerás agarrochado de todos. El corazon me da que la divina venganza está sobre tu ca»beza, y que muy presto llegará. El que al presente feroz con la maldad, y muy contento »desprecias nuestras lágrimas, en breve afligido con todos los tormentos pagarás justísima»mente la pena de nuestro dolor y de tu impiedad. Con esta sola esperanza, en estos traba»jos me sustentaré, la cual cumplida ó perdida, de buena gana dejaré la vida; mas de tal »manera la dejaré que claramente se entienda faltó tu deslealtad á lo que era razon, y á lo »que pensábamos, mas aina que á nos la virtud y esfuerzo necesario.»

No se movió el ánimo obstinado del rey don Alonso por esta carta, ántes públicamente se gloriaba que el dia siguiente se tornaria á casar y celebraría nuevo matrimonio, si entendiese era á propósito para conservar su reino. Matilde dió la vuelta mal enojada contra el rey: echaba sobre su cabeza grandes maldiciones. En Francia se fué á ver con el santo rey Luis para tratar de vengar aquel agravio: al pontífice romano Alejandro cuarto envió sobre el caso sus embajadores. En el francés halló poca ayuda por estar su reino tan léjos; el padre santo amonestó á don Alonso, y le protestó que volviese al primer matrimonio, y recibiese en su gracia y se reconciliase con Matilde su primera muger: advirtióle cuanto peligro corria su salvacion; que no debia con obras tan malas irritar á Dios. A estas voces y

(1) La carta que supone Mariana le escribió, se tiene por supuesta.

amonestaciones las orejas del rey estaban tapadas, obstinado el ánimo: la codicia y ambicion, consejeros malos, le ponian telarañas delante de los ojos para que no viese la luz. El pontífice porque no queria obedecer, le descomulgó: puso entredicho en todo el reino de Portugal, que dicen duró doce años, porque ni el rey se queria enmendar, ni los pontífices que se siguieron aflojar en la justa indignacion y castigo. Los pueblos inocentes pagan la pena de los excesos que hacen los reyes: así van las cosas humanas, así lo lleva la condicion de nuestra mortalidad.

Por lo demas el rey don Alonso era de condicion mansa y tratable, muy amigo de justicia. Quitó en toda la provincia los salteadores y libertad de hacer mal, ca por la revuelta de los tiempos y por la flojedad del rey don Sancho prevalecian en todas partes los males. Ordenó leyes, estableció fueros, tuvo con cierta igualdad trabados entre sí los mayores con los medianos, y con estos los mas bajos del pueblo. Esto en su casa y en el gobierno. En la guerra no tuvo menor esfuerzo: con sus armas y por su diligencia se ensancharon los términos de su estado. Ganó de los Moros á Faro, Algecira, Albufera y otros pueblos por la comarca de Silves. Fundó y pobló de nuevo á Castro, Portalegre, Estremoz: la ciudad de Beja y otros muchos pueblos y castillos, que por la revuelta del tiempo pasado estaban por tierra ó maltratados, los reparó y reedificó. Hay tambien muestras de su piedad: en Lisboa un excelente monasterio, que por estos tiempos fundó y llevó al cabo, del órden de Santo Domingo; en Santaren otra de monjas de Santa Clara, que edificó á sus expensas desde los cimientos: la liberalidad que usaba con los pobres: era tan grande que muchas veces, consumidos los tesoros, para juntar dinero y remediallos empeñaba las alhajas y joyas de su casa.

A don Alonso rey de Castilla, cuya fama volaba por todo el mundo, vinieron por el mismo tiempo embajadores del soldan de Egipto: traíanle mucha ropa, preciosos tapices y alhombras que le presentaron: demas destos animales muy extraordinarios y nunca vistos en España. Fué este el año de 1260: en este año una villa de Guipuzcoa, parte de lo que llamamos Vizcaya, mudó el nombre antiguo de Arrasata en el de Mondragon, como se vé por un privilegio del mismo rey don Alonso de los mas antiguos que se hallan escritos en lengua española; porque fué el primer rey de España que en lugar de la lengua latina en que se escribian las escrituras públicas, mandó se usase la española. (2) Hay otrosi una bula del papa Alejandro cuarto dada en Anagni á diez y ocho de marzo el quinto año de su pontificado, en que manda que la ciudad de Segorbe, que por este tiempo se ganó, esté sujeta al obispo de Albarracin, que se llamaba obispo de Segorbe aun ántes que aquella ciudad fuese de los Moros ganada. Hay otra bula del mismo pontífice dada el sexto año de su pontificado, que es el en que vamos, en que mandaba que el obispo de Segorbe, que lo era en aquel tiempo tambien de Albarracin, sea sufragáneo de la iglesia de Toledo.

Opúsose don Arnaldo de Peralta obispo de Zaragoza: alegaba que parte de aquella diócesi era de su iglesia. El pontífice, vista la resistencia, moderó la primera concesion con otra bula en que declara ser su voluntad que á los obispos de Zaragoza, no obstante lo susodicho quedasen salvos sus derechos. El punto desta diferencia consistia principalmente sobre la palabra de Segobriga: constaba que una ciudad deste nombre fué antiguamente sufragánea de Toledo; pero la tal ciudad estaba en la Celtiberia, la Segobriga, es á saber Segorve, de que se trataba, y sobre que andaba el pleito, alegaban los Aragoneses estar en los Edetanos, bien apartada de la otra. Este parecer, contra lo que tenian ántes determinado, prevaleció finalmente los años adelante. El de 1261, á los veinte y siete de octubre, falleció don Sancho, arzobispo de Toledo. Entró en su lugar Pascual ó Pascasio, que era dean de aquella iglesia, el mismo que llevó la cruz delante el arzobispo don Rodrigo en las Navas de Tolosa. Fué natural de Almoguera pueblo de la Alcarria. Debia sèr muy viejo, y asi parece murió electo por junio luego siguiente. Su sepultura está en la capilla de santa Lucia iglesia Mayor de la misma ciudad.

(2) Anteriores á don Fernando se hallan escrituras y otros documentos públicos escritos en lengua vulgar; y es probable que don Alonso el Sabio mandó que se observase este uso, prescribiendo la forma de las escrituras y privilegios.

CAPITULO XIII.

Como los reyes de Aragon y de Sicilia emparentaron.

Falleció en Tarento, ciudad en lo postrero de Italia, algunos años ántes deste tiempo el emperador Federico, aquel cuyo nombre por haber perseguido á los pontífices romanos fué aborrecido en los siglos adelante y siempre tenido por infame. Su hijo Conrado que le sucedió en sus estados, cuatro años adelante, como de Suevia hobiese pasado en Italia y en Sicilia, dió fin á sus dias de su muerte natural, ó lo que se dijo por la fama, con yerbas que le dió Manfredo su hermano bastardo. Este no obstante que el difunto nombró por su heredero á Conradino su hijo habido en una hija del duque de Baviera, que por ser de pequeña edad le dejára en Suevia provincia de Alemaña; encendido en deseo de reinar, y no haciendo caso por su pequeña edad de su sobrino, se apoderó con las armas y por fuerza de Sicilia y del reino de Nápoles contra derecho y contra voluntad de los pontífices romanos, cuyo feudo eran aquellos reinos desde su primera institucion, y que por esta causa claramente amenazaban, si no desistia, le harian todo mal y daño; mas él no hacia caso ni se movia por estas palabras, ni temia las censuras eclesiásticas, ni aun hacia caso ni tenia cuenta con la fama que de sus cosas corria: el deseo que tenia de reinar lo atropellaba todo. Antes hizo guerra en Toscana, donde era grande el poder de los Guelfos parcialidad aficionada á los papas, de la cual provincia fácilmente vencidos los contrarios se apoderó.

Con estos principios y aumento las cosas de Manfredo se aseguraron de tal guisa que con dificultad se pudieran mudar en contrario, si el señorío y estado ganado por malas mañas pudiera ser duradero. Los papas intentaban todos los caminos para abatir aquel reino que contra justicia y contra razon se fundára. Enviaron predicadores por todas las partes que no cesaban de reprehendelle en sus sermones como impío y enemigo de la religion cristiana. Poca ayuda tenia el papa en los demas príncipes, y poco le prestaban todas aquellas diligencias. Carlos hermano legítimo de san Luis de Francia, y él por sí conde de Anjou y de la Proenza, fué convidado á pasar á Italia con esperanza que se le dió de hacelle rey de Sicilia. Manfredo avisado destas práticas y intentos, y visto, si esto se hacia, cuan gran riesgo corrian sus cosas, trataba para afirmarse de buscar socorros de todas partes, y porque los cercanos le faltaban, determinó acudir á los de léjos. En primer lugar acometió á aliarse con don Jaime rey de Aragon, cuya fama de sus hazañas y la gloria y de las cosas por él hechas volaba de tiempo atrás por todas partes. Parecióle para mas obligalle trabar con él parentesco: ofreció á Constanza su hija para que casase con don Pedro su hijo mayor y heredero; envió sobre el caso embajadores á Barcelona.

Al rey de Aragon no le parecia aquel partido de menospreciar, mayormente que con la doncella de presente le ofrecian de dote ciento y veinte mil ducados, suma muy grande para aquel tiempo, demas de la esperanza cierta de heredar el reino de Sicilia y juntalle con el de Aragon á causa que Manfredo no tenia hijos varones. Asentado el negocio y concertado, despachó en embajada al pontífice Alejandro fray Raimundo de Peñafuerte de la órden de santo Domingo, varon prudente, erudito y santo, para que con la mucha autoridad que tenia, reconciliase con el pontífice á Manfredo, y se compusiesen las diferencias pasadas. El pontífice no se movió por las palabras ni razones de fray Raimundo, ántes hizo grandes amenazas contra Manfredo. Cargóle que no solo contra justicia tenia usurpados aquellos estados, sino que era bastardo y hombre impío: avisábale de muchos otros excesos, en particular que publicó fingidamente que era muerto Conradino su sobrino: por engaño y por este camino se apoderó del reino y tomó las armas contra la iglesia. «No se puede (dice) ni se debe »conceder alguna cosa al que hace guerra y tiene empuñadas las armas: por ventura se »podria condescender en algo, si con humildad rogase. Esto dirás á tu rey, y amonéstale »de mi parte que no mezcle sus cosas con un hombre tan malvado; que de otra manera po»drá temer la venganza de Dios y nuestra indignacion, que en la tierra tenemos sus veces.»

Esta respuesta tuvo dudoso y suspenso el ánimo del rey de Aragon; pero prevaleció el provecho y útil contra lo que fuera razon y honesto. Hiciéronse los desposorios en Mompeller en la iglesia de santa María el año 1262 con toda muestra de alegria, juegos y regocijos. De allí vuelto el rey á Barcelona, á veinte y uno del mes de agosto dividió entre sus hijos sus reinos y estados en esta forma. Cataluña desde el cabo de Creus (que los antiguos llamaban promontorio de Venus) y todo Aragon y Valencia se adjudicó á

don Pedro su hijo: á don Jaime lo de Ruisellon, lo de Cerdania, Colibre, Confluencia, Valespira, á tal que por las dichas ciudades fuese sujeto al rey de Aragon y le hiciese homenage: demas desto que todas ellas se gobernasen por las leyes de Cataluña, y no pudiesen en particular y por su autoridad batir moneda. Demas desto le dió á Mallorca



D. Jaime I de Aragon *El Conquistador*.

con título de rey, y á Mompeller en la Francia. Por esta manera puso el padre en paz á los dos hermanos, que comenzaban á tener diferencias sobre la sucesion y juntamente alborotarse. Los grandes divididos en bandos, sin cuidado ninguno de hacer el deber, ántes con deseo cada cual de adelantarse y mejorar sus haciendas, avivaban el fuego y la llama de la discordia entre aquellos dos príncipes mozos y hermanos.

CAPITULO XIV.

Que los Merinos se apoderaron de Africa.

Entretanto que estas cosas se hacian en España, una nueva guerra muy grave, y la mayor de todas las pasadas, parecia de presente amenazalla, á causa de un nuevo imperio que se fundó estos años en Africa. Vencidos los Almohades y muertos, el linage de los Merinos levantaba por las armas y despertaba el antiguo esfuerzo de su nacion, que parecia estar abatido y flaco por la flojedad de los reyes pasados. Trataban otrosí de pasar la guerra en España con esperanza cierta de reparar en ella la antigua gloria y el imperio de su nacion que casi estaba acabado. Despues que Mahomad por sobrenombre el Verde fué por las armas de los cristianos vencido en las Navas de Tolosa, y despues que murió de su enfer-

medad, sucedió en su lugar Arrasio su nieto, hijo de Bussafo que finó en vida del rey su padre, en tiempo que el imperio de los Almohades se extendia en Africa desde el mar Atlántico, que es el Océano, hasta la provincia de Egipto. Pusieron por gobernador de Tremecen, ciudad puesta á las marinas del mar Mediterráneo, en nombre del nuevo rey un moro llamado Gomaranza, del linage de los Moros Abdalveses muy noble y poderoso en aquellas partes. Este por hacer poco caso de su rey, ó por fiarse mucho de sus fuerzas, fué el primero que se determinó de empuñar las armas contra él. Arrasio acudió con su ejército á aquellas alteraciones, pero fué muerto á traicion: ningunas asechanzas hay mas perjudiciales que las que se arman debajo de muestra de amistad; un pariente de Gomaranza, que salió del castillo con muestra de dar aviso al rey de lo que pasaba, fué el que le dió la muerte, y el ejecutor de tan grave maldad.

Muerto el rey, las gentes que le seguian, fueron vencidas y desbaratadas con una salida que el traidor levantado hizo del castillo Tremesessir, en que el rey le tenia cercado. Los que escaparon de la matanza, se recogieron á Fez, que caia cerca de aquella parte de Africa que se llama el Algarve, que es lo mismo que tierra llana. Recogió y acaudilló estas gentes Bucar Merino, gobernador que era de Fez, confiado y deseoso de vengar á su señor: con que en una nueva batalla deshizo á los traidores, y en premio de su trabajo, y porque no pareciese hacia la guerra con su riesgo y en provecho de otro, se determinó mudar el nombre de gobernador en apellido de rey, y apoderarse para sí y para sus decendientes, como lo hizo, del imperio de Africa. Por esta manera, no vengada la traicion, sino trocado el traidor, Bucar Merino se hizo fundador de un nuevo imperio en Africa; porque Almorcanda que era del linage de los Almohades, y en Marruecos sucediera en lugar de Arrasio, como saliese en busca de Bucar, fué vencido en una batalla cerca de un pueblo llamado Merquenosa, que está una jornada de la ciudad de Fez. Resultó que de un imperio en Africa se hicieron dos, que duraron por algun tiempo, el de Marruecos y el de Fez. A Bucar sucedió su hijo Hiaya. Por muerte deste, que falleció en su pequeña edad, su tio Jacob Abenjuzeph que gobernaba el reino en su nombre, hombre de gran ingenio y de gran experiencia en las armas, no solo quedó por señor de lo de Fez, sino con facilidad increible ganó para su familia y decendientes el imperio de Marruecos y casi de toda la Africa.

Ninguna nacion hay en el mundo mas mudable que la africana, que es la causa porque ningun imperio ni estado puede entre aquella gente durar largo tiempo. Budebusio, que era del linaje de los Almohades, moro de grande poder, por estar sentido que Almorcanda le hobiese sido preferido para ser rey de Marruecos (que no era mas pariente que él, ni tenia deudo mas cercano con los reyes Almohades difuntos) se determinó probar ventura si podia salir con aquel imperio; y como le faltasen las demas ayudas, acudió á Jacob rey de Fez. Prometióle, si le ayudaba, mas tierras de las que tenia, y en particular todo lo que hay desde tierra de Fez hasta el rio Nadabo. No era de desechar este partido, en especial que se ofrecia ocasion por la discordia de los Almohades de apoderarse él de todo el imperio de Africa: bastante motivo para intentar la nueva guerra: así que, juntadas sus gentes, marcharon contra el enemigo. Almorcanda, que no estaba bien arraigado en el imperio, ni tenia fuerzas bastantes, desamparada la ciudad de Marruecos, dejó tambien el reino á su contrario. Con esta victoria apoderado de aquel estado, no quiso pasar por lo que concertó con Jacob, aunque muchas veces le hizo sobre ello instancia; y ordinariamente los que en el peligro se muestran mas humildes, en la prosperidad usan de mayor ingratitud, en tanto grado que el nuevo rey Budebusio daba muestra de querer acometer con las armas la ciudad de Fez.

Por esta manera una nueva guerra se despertó y se hizo por espacio de tres años. El pago de quebrantar la palabra fué que Jacob, ganado que hobo una victoria de su enemigo y contrario, se apoderó de Marruecos: despues desto como quier que todo le sucediese prósperamente, quedó por rey de toda Africa, sacadas dos ciudades la de Tremecen y la de Tunez. En aquella revuelta dos señores del linage y secta de los Almohades las tomaron, y con las fuerzas de su parcialidad, y por caer léjos, asi ellos como sus decendientes las defendieron con nombre de reyes, bien que de poco poder y fuerzas. Deste linage sin que faltase la línea, decendió Muleasse rey de Tunez, aquel que pocos años há echado de su reino, si con justicia ó sin ella no hay para que tratallo aquí, pero auyentado, y que andaba desterrado sin causa y sin ayuda, el emperador Cárlos V con las armas y poder de España le restituyó en el reino de sus padres despues que echó de Tunez con una presteza admirable

á Aradieno Barbaroja gran cosario, por merced de Soliman emperador de los Turcos, y en su nombre Señor de aquella ciudad y reino: ocasion, á lo que parecia, para hacer que toda Africa volviese al señorío de cristianos.

CAPITULO XV.

Que se renovó la guerra de los Moros.

Estos eran los linages de los Moros que estaban apoderados de Africa. En España Mahomad Alhamar era rey de Granada, de Murcia Hudiel: pequeñas sus fuerzas, y muy menoscabada la magestad de su estado, y el uno y el otro eran tributarios de don Alonso rey de Castilla. Estos cansados de la amistad de los nuestros, y con esperanza del socorro de Africa á causa que el nombre de Jacob rey de Marruecos comenzaba á cobrar gran fama, trataron entre si de levantarse. Los que poco ántes eran competidores y enemigos muy grandes, al presente se confederaron y hicieron alianza, como suele acontecer que muchas veces grandes enemistades con deseo de hacer mal á otros se truecan en benevolencia y amor: quejábanse de los agravios que se les hacian, de los tributos muy graves que pagaban, de la miseria de su nacion: que se hallaban reducidos á grande estrechura y á un rincon de España los que poco ántes eran espantosos y bienaventurados: que no les quedaba sino el nombre de reyes, vano y sin reputacion: miserable estado, servidumbre intolerable estar sujetos á las leyes de aquellos á quien ántes las daban; además que cuidaban no pararian los cristianos hasta tanto que con el ódio que los tenian, echasen de España las reliquias que de su gente quedaban: menguado y envejecido el esfuerzo con que sus antepasados vinieron á España, lo que de ellos ganaron, no lo podian sustentar sus decendientes: falta y afrenta notable. Concluian que el linaje de los Merinos nuevamente se despertára en Africa, y allí prevalecian: que sería á propósito hacellos pasar en España, pues ellos solos podian dar remedio y reparar sus pérdidas y trabajos. Trataban estas cosas en secreto y por embajadores, porque si el negocio fuese descubierto, no les acarrease su perdicion, por no estar aun apercebidos de fuerzas bastantes.

El rey don Alonso ó por no ignorar estas prácticas y intentos, ó con deseo de desarraigar los Moros de todo punto de España, de dia y de noche pensaba como volveria á la guerra contra ellos. Pretendia con las armas en el Andalucía sujetar algunas ciudades y castillos que rehusaban obedecer, y no se le querian entregar, y era razon sujetallos. Para este efecto el pontífice Máximo Alejandro cuarto dió la cruzada, que era indulgencia plenaria para todos los que, tomada la señal de la cruz, fuesen á aquella guerra y la ayudasen á sus expensas. Tratóse con los reyes comarcanos que enviasen socorros, y en particular por sus embajadores pidió al rey de Aragon con quien tenia mas parentesco que con los demas, diese licencia á sus vasallos para tomar las armas y con ellas ayudar intentos tan santos; pues constaba que en la confederacion hecha en Soria poco ántes quedó este punto asentado.

El rey de Aragon ni precisamente negó lo que se le pedia, ni otorgó con ello absolutamente: solo sacó desta cuenta á los señores que por sus estados ó por tirar gages dél los tenia obligados; pero concedió que así los vasallos destos como los demas del pueblo, si quisiesen, pudiesen tomar para el dicho efecto las armas y alistarse. Pretendia en esto este príncipe, como viejo y astuto, que los grandes de cuya voluntad no estaba muy asegurado, si pasaban á Castilla, no se apercibiesen de fuerzas y ayudas contra él. Con esta respuesta el rey don Alonso se irritó en tanta manera que, dejada la guerra de los Moros, trataba de emplear sus fuerzas contra Aragon: detúvole de romper el respeto del provecho público, y el deseo que tenia de dar principio á la empresa contra los Moros. Con esta determinacion los castillos que en la confederacion de Soria quedó concertado diese para seguridad, y hasta entonces se dilatára, sin embargo, por la instancia que sobre ello le hacian, los entregó á don Alonso Lopez de Haro: para que los tuviese en fieldad le alzó el homenage, como era necesario, con que estaba obligado á los reyes de Castilla: los castillos eran Cervera, Agreda, Aguilar, Arnedo, Autol.

Entretanto que con estas contiendas se pasaba la buena ocasion de comenzar la guerra, los Moros, que no ignoraban donde iban á parar tantos apercebimientos, acordaron ganar por la mano, y se apoderaron del castillo de Murcia y de otros pueblos por aquella comar-

ca en que tenian puestas guarniciones de cristianos: sobornaron otrosí á los Moros de Sevilla, que con engaño ó por fuerza dentro del palacio real matasen al rey. Como este intento se estorbase porque los santos patrones de España apartaron tanto mal, ellos con gentes que de todas partes juntaron, por otra parte acometieron las tierras de cristianos con tal denuedo y priesa que la ciudad de Jeréz, Arcos, Béjar, Medina Sidonia, Roca, Sanlúcar, todos estos pueblos volvieron en un punto á poder de Moros. En esta guerra se señaló mucho el esfuerzo y lealtad de Garci Gomez alcaide de la fortaleza de Jeréz, que muertos ó heridos todos los soldados que tenia de guarnicion, no quiso todavía entregar la fortaleza, ni le pudieron persuadir á hacello por ningun partido que le ofreciesen, puesto que ninguna esperanza le quedaba de podella defender: hombre señalado y excelente. Los Moros maravillados de tan grande esfuerzo, sin mirar que era enemigo, con deseo que tenian de salvar la vida al que de su voluntad con tanta obstinacion se ofrecia á la muerte, con un garfio de hierro que le echaron, le asieron, y derribado del adarve, con gran diligencia y humanidad le hicieron curar las heridas y le salvaron la vida.

El rey don Alonso que era ido á lo mas dentro de España con intento de aprestar lo necesario para la guerra, el año siguiente acudió con gentes á aquel peligro. En este viaje no léjos de las ruinas de Alarcos en una aldea que se llamaba el Pozuelo de san Gil, en los oretanos una legua del rio Guadiana, en muy buen sitio rodeado de muy fértiles campos y apacibles, por la comodidad del sitio fundó un pueblo bien grande con nombre de Villa-Real: nombre que adelante don Juan el segundo rey de Castilla le mudó en el que hoy tiene de Ciudad-Real. Pretendia en esto el rey que por estar este pueblo asentado en la raya del Andalucía sirviese como de un fuerte baluarte para impedir las entradas de los bárbaros, y para que dende los nuestros hiciesen correrías y cabalgadas. De aquel lugar pasó á tierra de Moros: con su entrada todos los pueblos y campos por do pasaba fueron trabajados, en especial el año 1263 los Moros en todos los lugares padecieron mucho mal y daños sin cuento. En este año gran número de soldados aventureros acudieron convidados de la franqueza que les prometian, de un tributo que se llamaba Martiniega, á tal que con armas y caballo cada un año por espacio de tres meses á su costa siguiesen la guerra y los reales del rey.

Los reyes moros por entender que no podrian ser bastantes para tan grande avenida de los nuestros, tan gran pujanza y tantos apercebimientos, lo que ántes intentaron y lo tenian acordado, de nuevo y con mayor instancia importunaron al rey de Marruecos para que les ayudase en la guerra. Declaráronle por sus embajadores el riesgo grande en que se hallaban, sino les acudia brevemente. Oyó aquel rey su demanda y otorgó con ellos: envióles mil caballos ligeros de Africa, los cuales con cierto motin que levantaron, pusieron en peor estado las cosas de los Moros, tanto que Jeréz con todos los demas pueblos que ántes se perdieron, volvieron á poder del rey don Alonso. Junto al Puerto de Santa María, que los antiguos llamaron puerto de Mnesteo, se edificó un pueblo de aquel nombre, reparados los edificios antiguos, cuyas ruinas y paredones todavía quedaban como rastros de su grandeza y antiguedad. En Toledo otrosí á expensas del rey se edificó la iglesia de santa Leocadia detrás del alcázar.

Concluidas estas cosas el año de 1264 volvió el rey á Sevilla: las gentes porque se llegaba el invierno, parte enviaron á invernar, los mas, con licencia que les dieron, se volvieron á sus casas. La fama, que suele hacer todas las cosas mayores, corria á la sazon, y por dicho de muchos se divulgaba que los enemigos llamaban de Africa, no ya socorros, sino ejército formado, cuidadosos de la guerra que los fieles les hacian, y con esperanza cierta de reparar su antiguo imperio en España. Estas nuevas y rumores pusieron en grande cuidado á los Castellanos y Aragoneses que estaban mas cercanos al peligro, y eran los primeros en quien descargaria aquella tempestad, y contra quien se enderezaban las fuerzas de los contrarios. El rey don Alonso aquejado del recelo desta guerra fué el primero que convidó al rey don Jaime de Aragon para que juntase con él sus fuerzas: que pues el peligro era comun, y aquellas gentes amenazaban á ambas naciones y coronas, era justo que de entrambas partes se acudiese al reparo: que si no le movia el parentesco y amistad, á lo menos le despertase el peligro y afrenta de la religion cristiana.

Don Pedro Yañez maestre de Calatrava, enviado con esta embajada, en Zaragoza á los siete de marzo propuso lo que por su rey le fué mandado: llevaba cartas de la reina doña Violante, en que suplicaba á su padre con grande instancia ayudase á la cristiandad, á ella que era su hija, y á sus nietos en aquel aprieto. Era cosa muy honrosa al rey don Jaime

que un rey tan poderoso se adelantase á pedille socorro, y á convidalle que hiciesen liga. Las cosas de Aragon no estaban sosegadas, ni sus hijos bastantemente apaciguados en la discordia que entre sí tenian: los grandes del reino divididos en estas parcialidades, y el pueblo otro que tal; de que resultaban latrocinios y libertad para toda suerte de maldades y desafueros tan grandes que forzó á las ciudades puestas en las montañas de Aragon (1) á ordenar entre sí hermandades para reprimir aquellos insultos, y con nuevas leyes y severas que se ordenaron, hacer rostro al atrevimiento de los hombres facinorosos: la grandeza de los castigos que daban á los culpados, hacia que todos escarmentasen. Por cualquier delito, puesto que no muy grande, daban pena de muerte: los pecados ligeros castigaban con azotes, ó con otra afrenta; con que los malhechores quedaban castigados, y la grandeza de la pena avisaba á los demas que se guardasen de pecar.

Demas desto las voluntades de los grandes estaban enagenadas del rey: estrañaban mucho que las honras y cargos se daban á hombres extraños ó bajos: que los fueros no se guardaban, ni la autoridad del justicia de Aragon, que está por guarda de su libertad y leyes: que con los tributos no solo el pueblo, sino tambien los nobles y hidalgos se hallaban cargados y oprimidos: que ántes sufririan la muerte que pasar por que les quebrantasen sus fueros y derecho de libertad. Estas eran las quejas comunes: demas desto cada cual donde le apretaba el calzado tenia su particular dolor y desabrimiento. Por esta causa como el rey en Barcelona para juntar dinero pidiese en las córtes le concediesen el Bovatico, don Ramon Folch vizconde de Cardona hizo contradiccion con grande resolucion y porfía: afirmaba que si el rey no mudaba estilo, y desistia de aquellos agravios, no mudaria él de parecer ni se apartaria de aquel intento. Hiciéralo como lo decia, si los otros caballeros no le avisáran que en mala sazon alborotaba la gente: que era mejor aguardar un poco de tiempo que dejar pasar aquella buena coyuntura de ayudar al comun, principalmente que con el ejemplo de los Catalanes convenia mover á los Aragoneses, gente mas determinada y mas constante en defender sus libertades.

Tuviéronse córtes en Zaragoza con el mismo intento de juntar dinero; pero gran parte de los señores y nobleza hicieron contradiccion á la voluntad del rey. Fernan Sanchez, hijo del rey, y don Simon de Urrea su suegro fueron los que mas se señalaron como caudillos de los alterados. Pasaron tan adelante, que dejadas las córtes se aliaron entre sí en Alagon contra las pretensiones y fuerzas del rey. La cosa amenazaba guerra y mayores males, si no fuera que personas religiosas se pusieron de por medio para que la diferencia se compusiese por las leyes y tela de juicio sin que se pasase á las manos y á rompimiento. El mismo rey, fuese de corazon ó fingidamente, no rehusaba (á lo que decia) emendar todo aquello en que hasta entonces le cargaban: como prudente que era y mañoso, consideraba que la furia de la muchedumbre es á manera de arroyo, cuya creciente al principio es muy brava arrebatada, pero luego se amansa. Hiciéronse treguas. Señaláronse jueces sobre el caso, que fueron los prelados de Huesca y de Zaragoza, que con su prudencia compusieron aquellos debates; sobre todo la astucia del rey que daba la palabra de hacer todo aquello que pretendian, y sobre que aquellos nobles andaban alborotados.

Sosegado el alboroto, se hicieron levas de soldados para comenzar por aquella parte la guerra año de nuestra salvacion de 1265. El rey don Alonso con sus gentes entró por las tierras de Granada muy pujante: el rey don Jaime se encargó de hacer la guerra contra el rey de Murcia. Todo lo hallaron mas fácil que pensaban, ca no hallo que de Africa viniese algun número de gente señalado: la causa no se sabe, sino que no hay que fiar en los Moros ni en sus promesas, que tienen la fé colgada de la fortuna y de lo que sucede. El rey don Jaime por la parte del reino de Valencia entrado que hobo en las tierras de Castilla, ganó á Villena de los Moros, y se la restituyó á don Manuel hermano del rey don Alonso de Castilla que era yerno suyo, casado con doña Constanza su hija: despues desto sujetó á Elda, Orcelis y á Elche con otros muchos lugares que por aquella comarca quitó á los Moros parte por fuerza, parte que se le entregaron. Demas desto pasado el rio de Segura, atajó las vituallas que llevaban los Moros á Murcia en dos mil bestias de carga con buena guarda de soldados. En el entretanto el rey don Alonso no se descuidaba en la guerra contra los Moros de Granada, y en hacer todo el mal y daño á los pueblos y campos circunstantes, tanto que los puso en necesidad de pedir á los nuestros se renovase la antigua confederacion.

(1) Siguieron su ejemplo las demas del reino.

Los reyes don Jaime y don Alonso para tomar su acuerdo en presencia sobre lo que á la guerra tocaba, de propósito por la comodidad del lugar se juntaron en la ciudad de Alcaráz. Estuvo presente á estas vistas la reina doña Violante. Detuviéronse algunos dias; y concertado lo que pretendian, y hechas sus avenencias, volvieron á la guerra. Las gentes de Aragon como apercebidas de todo lo necesario, de Orcelis marcharon la via de Murcia, y se pusieron sobre ella por el mes de enero del año 1266. Está aquella ciudad asentada en un llano en comarca muy fresca por do pasa el rio de Segura, y sangrado con acequias, riega asi bien los campos como la ciudad, que está en gran parte plantada de moreras, cidros, y de naranjos y de toda suerte de agrura, y representa un paraiso en la tierra: en nuestro tiempo el principal esquilmo y provecho es el que se saca de la seda, fruto de que se sustenta casi toda la ciudad. Estaba entonces muy pertrechada y fortificada: no solo tenian aquellos ciudadanos cuenta con la recreacion, sino se pertrechaban para la guerra, en particular tenian muy buena guarnicion de soldados; así temian menos al enemigo: por el mismo caso los Aragoneses sospechaban que el cerco duraria largo tiempo. Al principio se hicieron algunas escaramuzas con salidas que hacian los Moros, en que siempre los cristianos se aventajaban. No pasó mucho tiempo que los Moros por la buena maña del rey de Aragon, perdida la esperanza de poderse defender, se rindieron á partido y entregaron la ciudad.

Por otra parte entre el rey don Alonso y los de Granada en una junta que tuvieron en Alcalá de Benzayde, se hizo confederacion y concierto debajo destas condiciones: el rey de Granada se aparte de la liga y amistad del rey Hudiel de Murcia: pague en cada un año cincuenta mil ducados, como ántes acostumbraba; al contrario el rey don Alonso alce la mano de amparar en su daño los señores Moros de Guadix y de Málaga, á tal empero, que el rey Moro les otorgue treguas por espacio de un año: al rey de Murcia si acaso viniese á poder de cristianos, se le haga gracia de la vida. Tomado este asiento, el rey don Alonso con deseo de tomar la posesion de la ciudad de Murcia, vuelto ya el rey don Jaime luego que la rindió, á su tierra, se apresuró para ir allá. En este viage en el lugar de Santisteban Hudiel rey de Murcia le salió al encuentro, y echado á sus pies, pidió perdon de lo pasado: confesaba su yerro y su locura que le despeñó en aquellos males: pedia tuviese misericordia de su trabajo, y de tantas miserias como eran las en que se hallaba. Por esta manera fué recebido en gracia y perdonado; mas que de allí adelante no fuese ni se llamase rey, y se contentase con las heredades y rentas que le señalaron para sustentar la vida. El nombre de rey se dió á Mahomad, hermano de aquel Abenhut de quien arriba se dijo fué muerto en Almería. Dejáronle solamente la tercera parte de las rentas reales; y que con lo demas acudiese al fisco real de Castilla. Este fué el remate desta guerra que tenia puesta la gente en gran recelo y cuidado.

CAPITULO XVI.

Que la emperatriz de Grecia vino á España.

En el mismo tiempo que el Andalucia y reino de Murcia estaban encendidos con la guerra contra los Moros, lo demas de España gozaba de sosiego, por lo menos las alteraciones eran de poco momento: cosa de maravilla por la diversidad de principados, y la grande libertad de los caballeros y del pueblo. Solo Gonzalo Yañez Bazan, persona principal entre los Navarros, renunciado que hobo por públicas escrituras la naturalidad, como en aquel tiempo se acostumbraba en la frontera de Aragon con voluntad del rey don Jaime edificó un castillo llamado Boeta, desde donde trabajaba y hacia daño en los campos comarcanos de Navarra. La pesadumbre que por esta causa recebia aquella gente, se mudó en gran alegria por traer en el mismo tiempo á Navarra para poner entre las demas reliquias de la iglesia Mayor de Pamplona una parte no pequeña de la corona de espinas que fué puesta en la cabeza de Cristo hijo de Dios. San Luis rey de Francia les hizo donacion della: Balduino emperador de Constantinopla, ya que iba de caida el poder de los Franceses en aquel imperio, por la falta de dineros que padecia, se la empeñó por cierta cantidad con que le socorrió. Esto le hizo aborrecible á sus ciudadanos por atreverse á privar aquella ciudad de una reliquia y prenda tan grande y tan santa. Esta corona se ve hasta el dia de hoy, y se conserva con gran devocion en París en la capilla santa y real de los reyes de Francia: es

á manera de un turbante, y della se tomó la parte que al presente se trajo á Navarra. Esto en España.

De Italia venian nuevas que el año pasado el rey Manfredo fué despojado del reino y de la vida por Cárlos hermano de san Luis rey de Francia, y que como vencedor en su lugar se apoderó de aquellos estados. Urbano y despues Clemente cuarto pontifices romanos con esperanza y promesa de dalle aquel reino le llamaron á Italia, y llegado que fué á Roma, le coronaron por rey de Sicilia y de Nápoles. La batalla, que fué brava y famosa, se dieron cerca de Benevento, con que el poder y riquezas de los Normandos que tantos años florecieron en aquellas partes, quedaron por tierra. Concertó el nuevo rey y obligóse de pagar cada un año á la iglesia romana en reconocimiento del feudo cuarenta mil ducados, y que no pudiese ser emperador, puesto que sin pretendello él le ofreciesen el imperio. El rey don Jaime alterado como era razon por el desastre y caida de Manfredo su consuegro, revolvia en su pensamiento en que manera tomaria emienda de aquel daño. Así apenas hobo dado fin á la guerra de Murcia, cuando se partió á lo postrero de Cataluña para si en alguna manera pudiese ayudar á lo que quedaba de los Normandos, y apoderarse del reino, que por la afinidad contraida con Manfredo pretendia ser de su hijo.

En el entretanto don Alonso rey de Castilla se ocupaba en asentar las cosas de Murcia, llevar nuevas gentes para que poblasen en aquella comarca, edificar castillos por todo el distrito para mayor seguridad. No bastaba Castilla para proveer de tanta multitud como se requeria para poblar tantas ciudades y pueblos. De Cataluña hizo llamar y vinieron muchos que asentaron en el nuevo reino. No dejaba asimismo, no obstante lo concertado, de ayudar de secreto á los de Guadix y á los de Málaga. Para quejarse deste agravio, y que el rey don Alonso no guardaba lo concertado, el rey de Granada en persona vino á Murcia. La respuesta que se le dió, no fué á su gusto; volvióse mas enojado que vino: ocasion con que algunos señores que de tiempo atrás ofendidos del rey don Alonso se tenian por agraviados, hablaron en secreto con el Moro, y le persuadieron á que de nuevo tomase las armas. El principal en este trato fué don Nuño Gonzalez de Lara hombre de gran ingenio, de grandes riquezas, y que tenia muchos aliados. Pretendia que el rey tenia hechos muchos agravios á don Nuño su padre y á don Juan su hermano.

Deste principio resultaron nuevas alteraciones á tiempo que el rey se prometia paz muy larga, y estaba asaz seguro de lo que se trataba, tanto que era ido á Villa-Real para ver los edificios y fábricas que en el nuevo pueblo se levantaban. Dende despachó sus embajadores á Francia el año de 1267 al rey san Luis para pedille su hija doña Blanca por muger para el infante don Fernando su hijo mayor. Hecho esto, él se fué á la ciudad de Vitoria, para donde el rey de Ingalaterra le tenia aplazadas vistas, y prometido que en breve seria con él, para tratar cosas y negocios muy graves. Todavia no vino, sea mudado de voluntad, ó por no tener lugar para ello; envió empero á Eduardo su hijo mayor á tiempo que ya el rey don Alonso era vuelto á Burgos, y en sazon que la emperatriz de Constantinopla, huida de su casa y echada de su imperio, vino á verse con el rey: Balduino su marido y Justiniano Patriarchá, echados que fueron de Grecia por las armas de Michael Paleologo, en el camino segun se entiende cayeron en manos del soldan de Egipto. La emperatriz por nombre Marta con el deseo que tenia de librar á su marido, concertó su rescate en treinta mil marcos de plata. Para juntar esta suma tan grande fué primero á verse con el padre santo y rey de Francia: últimamente llegada á Burgos el año del señor 1268 suplicó al rey su primo solamente por la tercera parte desta suma. El rey se la dió toda entera; que fué una liberalidad de mayor fama que prudencia, por estar los tesoros tan gastados. Lo que principalmente los señores le cargaban, era que con vano deseo de alabanza consumió en esto los subsidios y ayudas del reino, y para suplir sus desórdenes desaforaba los vasallos: los ánimos una vez alterados las mismas buenas obras las toman en mala parte.

Algunos historiadores tienen por falsa esta narracion, y dicen que Balduino nunca fué preso del soldan de Egipto. Nos en esto seguimos la autoridad conforme de nuestras historias, puesto que no ignoramos muchas veces ser mayor el ruido y la fama que la verdad. El emperador Balduino, recobrada la libertad, por no poder volver á su imperio pasó á Francia, y en Namur ciudad suya y de los sus estados de Flandes pasó su vida: por do parece que los condes de Flandes se pueden intitular emperadores de Constantinopla no con menos razon que los reyes de Sicilia pretenden el reino de Jerusalem. Por un privilegio dado á los caballeros de Calatrava era mil y trecientos y dos, de Cristo mil y docientos y se-

senta y cuatro, á diez y siete de octubre se comprueba bastantemente que la iglesia de Toledo estaba vacante, y se convence, si los números allí no están estragados: cosa que suele acontecer muchas veces. En lugar sin duda de don Pascual arzobispo de Toledo, ó este año, ó lo que mas creo, algunos años ántes fué puesto otro don Sancho hijo de don Jaime rey de Aragon. Sospecho que el nuevo prelado sea por su poca edad, sea por otras causas, se detuvo en Aragon ántes de arrancar para venir á su iglesia, que dió ocasion á algunos para poner ántes de su eleccion una vacante de no menos que cuatro años. Queriale mucho su padre, que fué causa de venir por este tiempo á Toledo como luego se dirá.

CAPITULO XVII.

Que don Jaime rey de Aragon vino á Toledo.

Por el mismo tiempo en Italia andaban muy grandes alteraciones y revueltas á causa que Corradino Suevo pretendia por las armas contra la voluntad y mandado de los pontífices restituirse en los reinos de su padre. Seguíale y acompañábale desde Alemaña Federico duque de Austria. Don Enrique hermano del rey de Castilla desde Roma se fué con él, donde tenia cargo de senador ó gobernador: su nobleza suplia, á lo que yo creo, la falta de otras partes y de su inquieto natural. Demas destos señores los Gibellinos por toda Italia tomaron su voz y en su favor las armas. Con esta gente y pujanza rompió por el reino de Nápoles: en los Marsos parte del Abruzo, cerca del lago Fucino hoy el lago de Talliacozo, dió la batalla Corradino al nuevo rey Cárlos que salió al encuentro. Vencieron los Franceses mas por maña que por verdadero esfuerzo: fueron presos en la pelea Federico y don Enrique, Corradino en la huida y alcance que ejecutaron los Franceses con crueldad. A Corradino y Federico en juicio cortaron en Nápoles las cabezas: nuevo y cruel ejemplo, que tan grandes príncipes, á los cuales perdonó la fortuna dudosa y trance de la batalla, despues de ella en juicio los ejecutasen.

En el entretanto en Aragon se levantó una liviana alteracion á causa que Gerardo de Cabrera pretendia el condado de Urgel con color que los hijos de su hermano don Alvaro poco ántes difunto no eran legítimos. Don Ramon Folch, tio de los infantes de parte de madre, y otras personas principales por compasion de su edad y por otras prendas que con ellos tenian, se encargaron de amparallos. El rey don Jaime parecia aprobar la pretension de Gerardo, mayormente que traspasára su derecho en el mismo rey por no confiar en sus fuerzas. El rey de Granada por otra parte trataba de hacer guerra á los de Guadix y á los de Málaga en prosecucion de su derecho, y por lo que poco ántes se concertó en la confederacion que puso con el rey don Alonso, de quien extrañaba que de secreto ayudase á sus contrarios. Don Nuño de Lara y don Lope de Haro por estar desabridos con su rey y enagenados atizaban el fuego: prometian que si de nuevo tomaba las armas, se pasarian á él públicamente no solo ellos, sino otros muchos señores que estaban asímismo disgustados. Andaba fama destas prácticas, y se rugia lo que pasaba (que pocas cosas grandes de todo punto se encubren) pero no se podian probar bastantemente con testigos. Forzado pues el rey de la necesidad se partió para el Andalucía. Hállase que este año á treinta de julio dió el rey don Alonso y expidió un privilegio en Sevilla, en que hizo villa á Vergara pueblo de Guipuzcoa á la ribera del rio Deva, y le mudó el nombre que ántes tenia de san Pedro de Ariznoa, en el que hoy le llaman.

Compuestas en alguna manera las cosas del Andalucía, entrado ya el invierno, fué forzado á dar la vuelta para recebir y festejar al rey don Jaime su suegro, que venia á Toledo á instancia de don Sancho su hijo para hallarse presente á su misa nueva que queria cantar el mismo dia de Navidad. El dia señalado don Sancho dijo su misa de pontifical: halláronse presentes para honralle los dos reyes de Castilla y Aragon padre y cuñado, la reina su hermana, y el infante don Fernando. Detuviéronse en Toledo ocho dias no mas porque el rey de Aragon, aunque se hallaba en lo postrero de su edad, ardia en deseo de abreviar y comenzar la jornada que pretendia hacer para la guerra de la Tierra Santa, sin perdonar á trabajo, ni hacer caso de los negocios de su reino que le tenian embarazado, muchos y graves, por la gran gana de ensanchar el nombre cristiano y lustrar en la Suria la gloria antigua de los cristianos que parecia estar añublada: gran príncipe y valeroso, digno que le sucediera mas á propósito aquella jornada.

CAPITULO XVIII.

Que el rey de Aragon partió para la Tierra Santa.

Las cosas de la Tierra Santa estaban reducidas á lo postrero de los males y apretura. El reino que fundó el esfuerzo de los antepasados, la cobardía y flojedad de los que en él sucedieron, le tenian en aquel estado: además que los principes cristianos ocupados en las guerras que se hacian entre sí por cumplir sus apetitos particulares, poco cuidaban del bien público y de la afrenta de la cristiana religion. El vigor y ánimo con que tan grandes cosas se acabaron, por la inconstancia de las cosas humanas se envejecia; y porque tantas veces los príncipes sin provecho alguno por mar y por tierra en gran número acudieran para ayudar á los cristianos los años pasados, la esperanza de mejoria era muy poca, y todos desalentados. A la sazon se ofrecia una buena ocasion que casi en un mismo tiempo despertó para volver á las armas á España, Ingalaterra y Francia. Esta fué que los Tártaros salidos de aquella parte de Scythia, como algunos piensan, en que Plinio antiguamente demarcó los Tractaros, hecha liga con los de Armenia, habian acometido con las armas aquella parte de la Suria que estaba en poder de los Sarracenos, con gran esperanza al principio de los fieles que podrian recobrar las riquezas y poder pasado; pero despues todo fué de ningun efecto, y se fué en flor lo que pensaban.

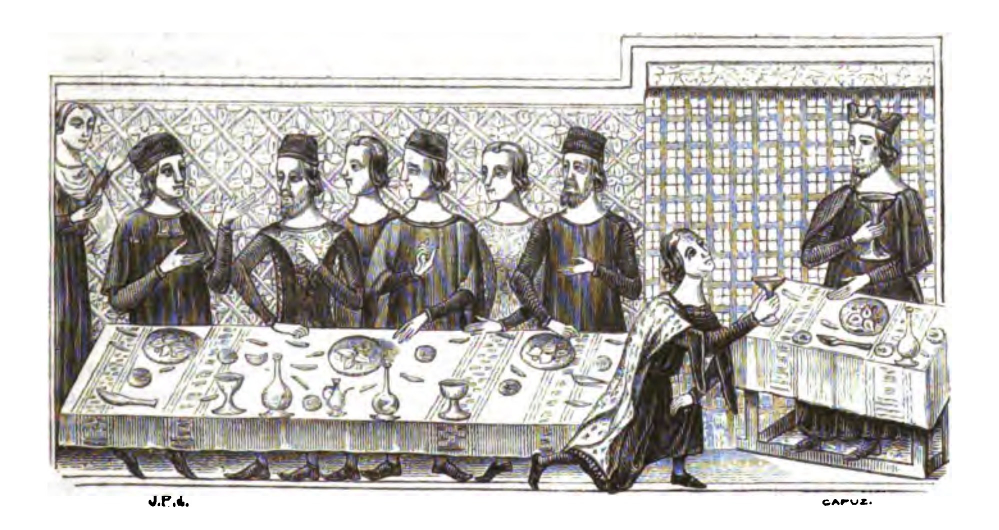
En el tiempo que Inocencio cuarto celebraba un concilio general en Leon de Francia, fueron por él enviados cuatro predicadores de la sagrada órden de Santo Domingo, cuya fama en aquella sazon era muy grande, á la tierra de los Tártaros para acometer si por ventura aquella gente áspera en su trato, dada á las armas, sin ninguna religion ó engañada, se pudiese persuadir á abrazar la cristiana. Con esta diligencia se ganó aquella gente: humanáronse aquellos bárbaros con la predicacion, y comenzaron á cobrar aficion á los cristianos mas que á las otras naciones. El rey de aquella gente, que vulgarmente llamaban el gran Cham, que quiere decir rey de los reyes, no cesaba con embajadores que enviaba á todas partes, de despertar los príncipes de Europa para que tomasen las armas. Acusábalos y dábales en cara que parecia no hacian caso de la gloria del nombre cristiano. Esta instancia que hizo los años pasados, y no se dejó los de adelante, en este tiempo se continuó con mayor porfia y cuidado, en particular envió al rey de Aragon en compañia de Juan Alarico natural de Perpiñan (al cual el rey ántes movido por otra embajada despachó para que fuese á los Tártaros) nuevos embajadores, que en nombre de su rey prometian todo favor, si se persuadiese de tomar las armas y juntar en uno con ellos las fuerzas. Estos embajadores repararon en Barcelona: Alarico pasó á Toledo, y en una junta de los principales dió larga cuenta de lo que vió, y de toda su embajada; palabras y razones con que los ánimos de los príncipes no de una manera se movieron.

El rey don Jaime se determinó ir á la guerra, magüer que era de tanta edad: don Alonso su yerno y la reina alegaban la deslealtad de los Griegos, la fiereza de los Tártaros: todo con intento de quitalle de aquel propósito, para lo cual usaban y se valian de muchos ruegos, y aun de lágrimas que se derramaban sobre el caso. Prevaleció empero la constancia de don Jaime: decia que no era justo, pues tenia paz en su casa y reino, darse al ócio, ni perdonar á ningun afan, ni á la vida que poco despues se habia de acabar, en tan gran peligro como corrian los cristianos. El rey don Alonso por velle tan determinado le prometió cien mil ducados para ayuda de los gastos de la guerra. Algunos señores de Castilla asimismo se ofrecieron á hacelle compañía en aquella jornada, entre ellos el maestre de Santiago y el prior de san Juan don Gonzalo Pereira. Concluidas las fiestas de Toledo, él se partió: en la ciudad de Valencia oyó los embajadores de los Tártaros, y fuera dellos otro embajador del emperador Paleologo, que le prometia, si tomaba aquella empresa, de proveelle bastantemente de vituallas y todo lo necesario. En Barcelona se ponia en órden y estaba á la cola una buena armada apercebida de soldados y todo lo demas. Antes que se pusiese en camino, á ruego de su hija doña Violante volvió desde Valencia al monasterio de Huerta. Despedido de sus hijos y de sus nietos, sin dar oidos á los ruegos con que pretendian de nuevo apartalle de aquel propósito, volvió donde surgia la armada, en que se contaban treinta naves gruesas y algunas galeras.

A cuatro de setiembre dia miércoles año de 1269, hechas sus plegarias y rogativas como es de costumbre, alzó anclas y se hizo á la vela. Era el tiempo poco á propósito y sujeto á

tormentas: en tres dias llegaron á vista de Menorca; mas no pudieron tomar puerto á causa que cargó mucho el tiempo, y una recia tempestad de viento derrotó las naves y la armada: dejáronse llevar del viento, que las echó á diversas partes. El rey arribó á Marsella en la ribera de Francia, y desde allí por mudarse el viento aportó al golfo Agathense ó de Agde. Algunas de las naves que pudieron seguir el rumbo que llevaban, llegaron á Acre pueblo de Palestina, entre las demas las naves de Fernan Sanchez hijo del rey. Movido por las amonestaciones de los suyos el rey se rehizo en Mompeller por algunos dias del trabajo del mar; y arrepentido de su propósito, á que parecia hacer contradiccion el cielo ofendido y enojado contra los hombres y sus pecados, puesto que menospreciaba cosas semejantes como casuales, ni miraba en agüeros, volvió á Cataluña sin hacer otro efecto.

En Castilla el rey don Alonso llegó hasta Logroño, en su compañía Eduardo hijo de rey de Ingalaterra, para recebir á su nuera, que concertado el casamiento en Francia, por Navarra venia á verse con su esposo. Las bodas se celebraron en Burgos con aparato el mayor y mas real que los hombres vieron jamás: don Jaime rey de Aragon abuelo del desposado á persuasion del rey don Alonso, y junto con él don Pedro su hijo mayor, Philipe hijo mayor del rey de Francia, Eduardo príncipe y heredero de Ingalaterra, el rey de Granada, el mismo rey don Alonso, sus hermanos y hijos, y su tio don Alonso Señor de Molina se hallaron presentes. De Italia, Francia y España acudieron muchos señores, entre ellos Guillen marques de Monferrat, de quien dice Jovio era yerno del rey don Fernando. Hallóse otrosí el arzobispo de Toledo don Sancho: quien dice que veló á los desposados. Con estas bodas se pretendia que el rey san Luis en su nombre y de sus hijos se apartase del derecho que se entendia tenia á la corona de Castilla, como hijo que era de doña Blanca hermana mayor del rey don Enrique, como arriba queda dicho y juntamente refutado. Concluidas las fiestas, el rey don Alonso acompañó al rey don Jaime su suegro para honralle mas hasta la ciudad de Tarazona.



De la crónica del rey don Jaime mandada escribir por el abad de Poblet en 1443, que existe en la biblioteca de S. Juan, copiamos exactamente este curioso dibujo, que representa el banquete que dió en Tarragona cuando se resolvió la conquista de Mallorca.

CAPITULO XIX.

San Luis rey de Francia falleció.

Los Ingleses y Franceses pasaron mas adelante que los Aragoneses en lo que tocaba á la guerra de la Tierra Santa; pero el remate no fué nada mejor, salvo que por esta razon se hizo confederacion entre Ingalaterra y Francia. En Paris en una grande junta de príncipes compusieron todas sus diferencias antiguas: este fué el principal fruto de tantos apercebimientos. Señaláronse de comun consentimiento en Francia los términos y aledaños de las tierras de los Franceses y Ingleses. Púsose por la principal condicion que en tanto que San Luis combatia á Túnez, do pretendia pasar á persuasion de Cárlos su hermano rey de Nápoles, que decia convenir en primer lugar hacer la guerra á los de Africa que siempre hacian daño en Italia y en Sicilia y en la Proenza, y á todos ponian espanto; que en el entretanto el inglés con su armada que era buena, pasase á la conquista de la Tierra Santa. Hízose como lo concertaron, que Eduardo hijo mayor del inglés con buen número de bajeles, rodeadas y costeadas las riberas de España y de Italia, á cabo de una larga navegacion surgió en aquellas riberas, y saltó con su gente en tierra de Ptolemayde. Los primeros dias la ayuda de Dios le guardó de un peligro muy grande: un hombre en su aposento le acometió, y le dió ántes que le acudiesen, una ó dos heridas: mataron aquel mal hombre allí luego: no se pudo averiguar quien era el que le enviára; dijose que los Asasinos, que era cierto género de hombres atrevidos y aparejados para casos semejantes.

San Luis con tres hijos suyos primero de marzo año de 1270 desde Marsella se hizo á la vela. Theobaldo rey de Navarra, puesto á su hermano don Enrique en el gobierno del reino, con deseo de mostrar su valor y ayudar en tan santa empresa acompañó al rey su suegro. Padecieron tormenta en el mar y recios temporales: finalmente desembarcaron en Túnez; asentaron sus ingenios, con que comenzaron á combatir aquella ciudad. Los bárbaros que se atrevieron á pelear, por dos veces quedaron vencidos; despues de esto como se estuviesen dentro de los muros llegó el cerco á seis meses. Los calores son extremos, la comodidad de los soldados poca: encendióse una peste en los reales, de que murieron muchos, entre los demas primero Juan hijo de S. Luis, y poco despues el mismo rey de cámaras que le dieron, falleció á veinte y cinco de agosto. Esta grande cuita y afán se acrecentára, y hobieran los demas de partir de Africa y dejar la demanda con gran mengua y daño (en tanta manera tenian enflaquecidas las fuerzas) sino sobreviniera Cárlos rey de Sicilia que dió ánimo á los caidos. Hízose concierto con los bárbaros que cada un año pagasen de tributo al mismo rey Cárlos cuarenta mil ducados, que era el que él debia por Sicilia y Nápoles á la iglesia Romana y al Papa: con esto embarcadas las gentes, pasaron á Sicilia. No aflojaron los males: en la ciudad de Trapana, que es en lo postrero de aquella isla, Theobaldo rey de Navarra falleció á cinco dias de diciembre. Esta fué la ocasion que forzó á dejar la empresa de la Tierra Santa, que tantas veces infelizmente se acometiera, y de dar la vuelta á sus tierras y naturales. Las entrañas de S. Luis sepultaron en la ciudad de Monreal en Sicilia: el cuerpo llevaron á S. Dionisio, sepultura de aquellos reyes cerca de Paris. El cuerpo del rey Theobaldo embalsamado llevaron á Pervino ciudad de Campaña en Francia, y pusieron en los sepulcros de sus antepasados. Su muger la reina doña Isabel el año luego siguiente á veinte y cinco de abril falleció en Hiera pueblo de la Proenza: enterráronla en el monasterio llamado Barra. A todos se les hicieron las honras y exequias como á reyes, con grande aparato, como se acostumbra entre los cristianos. Volvamos la pluma y el cuento á Castilla.

CAPITULO XX.

De la conjuracion que hicieron los grandes contra el rey don Alonso de Castilla.

El ánimo del rey don Alonso se hallaba en un mismo tiempo suspenso y aquejado de diversos cuidados. El deseo de tomar la posesion del imperio de Alemaña le punzaba, á que las cartas de muchos con extraordinaria instancia le llamaban. Los grandes y ricos hombres del reino andaban alterados y desabridos por las ásperas costumbres y demasiada severidad del rey, á que no estaban acostumbrados. Rugíase demas desto por nuevas que ve-

nian, que de Africa se aparejaba una nueva guerra con mayores apercebimientos y gentes que en ninguno de los tiempos pasados. Dado que Pedro Martinez almirante del mar el año pasado acometió y sujetó los Moros de Cádiz que halló descuidados; era dificultoso mantener con guarnicion y soldados aquella ciudad y isla: por esta causa (1) la dejaron al rey de Marruecos de cuyo señorio ántes era, resolucion á propósito de ganar la voluntad de aquel bárbaro y sosegalle. El rey don Alonso de Portugal envió á don Dionisio su hijo que era de ocho años, á su abuelo el rey de Castilla para que alcanzase dél libertad, y exencion para el reino de Portugal, y que le alzase la palabra que dió los años pasados y los homenages. Tratóse deste negocio en una junta de grandes: callaban los demas, y aun venian en lo que se pedia por no contrastar con la voluntad del rey que á ello se mostraba inclinado.

Don Nuño Gonzalez de Lara, cabeza de la conjuracion y de los desabridos y mal contentos, se atrevió á hacer rostro y contradiccion. Decia que no parecia cosa razonable diminuir la magestad del reino con cualquier color, y mucho menos en gracia de un infante. Sin embargo prevaleció en la junta el parecer del rey, que Portugal fuese exento; y con todo esto la libertad de don Nuño se le asentó mas altamente en el corazon y memoria que ninguno pensára. Juntado este desabrimiento con los demas fué causa que don Nuño y don Lope de Haro, y don Philipe hermano del rey se determinasen á mover práticas perjudiciales al reino, y al rey. Quejábanse de sus desafueros y de los muchos desaguisados que hacia: no tenia fuerzas bastantes para entrar en la liza, resolviéronse de acudir á las ayudas de fuera y estrañas. Así en el tiempo que el rey Theobaldo se ocupaba en la guerra sagrada, solicitó á don Enrique gobernador de Navarra el infante don Philipe que se fuese á ver con él, y hermanarse y hacer liga con aquellos grandes. El como mas recatado, por no despertar contra sí el peso de una gravísima guerra, dió por excusa la ausencia del rey su hermano. Los grandes, perdida esta esperanza, convidaron á los otros reyes, al de Portugal, al de Granada y al mismo emperador de Marruecos por sus cartas á juntarse con ellos y hacer guerra á Castilla, sin mirar por el gran deseo que tenian de satisfacerse, cuan perjudicial intento era aquel y cuan infames aquellas tramas.

Don Alonso rey de Castilla era persona de alto ingenio, pero poco recatado, sus orejas soberbias, su lengua desenfrenada, mas á propósito para las letras, que para el gobierno de los vasallos: contemplaba al cielo y miraba las estrellas; mas en el entretanto perdió la tierra y el reino. Avisado pues de lo que pasaba por Hernan Perez, que los conjurados pretendieron tirar á su partido y atraer á su parcialidad, atónito por la grandeza del peligro, que en fin no dejaba de conocer, volvió todos sus pensamientos á sosegar aquellos movimientos y alteraciones. Con este intento desde Murcia, do á la sazon estaba, envió á Enrique de Arana por su embajador á los grandes, que se juntaron en Palencia con intento de apercebirse para la guerra, por ver si en alguna manera pudiese con destreza y industria apartallos de aquel propósito. El y la reina su muger fueron á Valencia para tratar con el rey don Jaime, y tomar acuerdo sobre todas estas cosas. El como quier que por la larga experiencia fuese muy astuto y avisado, cuando vino á Burgos para hallarse á las bodas del infante don Fernando, antevista la tempestad que amenazaba á Castilla á causa de estar los grandes desabridos, reprehendió á don Alonso con gravísimas palabras y le dió consejos muy saludables. Estos eran: que quisiese ántes ser amado de sus vasallos que temido: la salud de la república consiste en el amor y benevolencia de los ciudadanos con su cabeza: el aborrecimiento acarrea la total ruina: que procurase grangear todos los estados del reino: si esto no fuese posible, por lo menos abrazase los prelados y el pueblo, con cuyo arrimo hiciese rostro á la insolencia de los nobles: que no hiciese justicia de ninguno secretamente por ser muestra de miedo y menoscabo de la magestad: el que sin oir las partes dá sentencia, puesto que ella sea justa, todavía hace agravio. Estas eran las faltas principales que en don Alonso se notaban; y si con tiempo se remediáran, el reino y él mismo se libráran de grandes afanes.

En la junta de los reyes y con las vistas ninguna cosa de momento se efectuó. Al rey don Alonso fué por tanto forzoso el año siguiente volver de nuevo á Alicante para verse con el rey su suegro, y rogalle enfrenase los nobles de Aragon para que no se juntasen con los rebeldes de Castilla como lo pretendian hacer; y porque el rey de Granada continuaba en hacer guerra contra los de Guadix y los de Málaga, le diese consejo á cual de las partes seria mas

(1) Cádiz se conquistó en 14 de setiembre de 1262. y no de 1270.

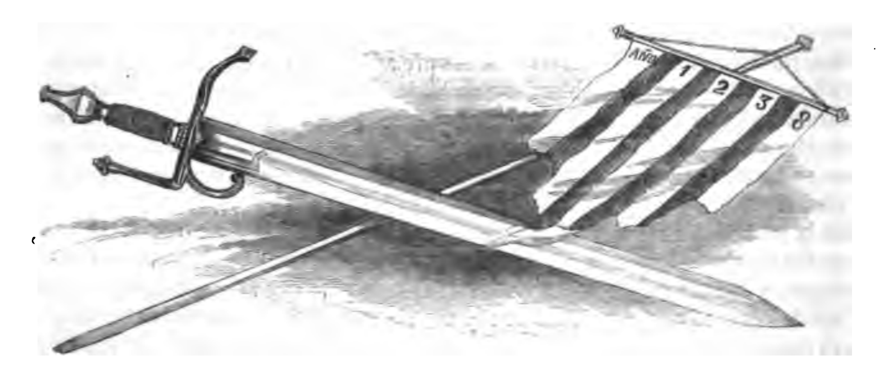
conveniente acudir. En este punto el rey don Jaime fué de parecer que guardase la confederacion antigua; que no debia de su voluntad irritar á los de Granada ni hacelles guerra. La embajada de Arana no fué de provecho alguno, ántes el rey de Granada á persuasion de los alborotados, quebrantada la avenencia que tenian puesta, fué el primero que se metió por tierras de cristianos talando y destruyendo, y metiendo á fuego y á sangre los campos comarcanos. Tenia consigo un número de caballos africanos que Jacob Abenjuzeph rey de Marruecos le envió delante. Sabidas estas cosas, el rey don Alonso mandó por sus cartas á don Fernando su hijo que á la sazon se hallaba en Sevilla, y se apercebia para la nueva guerra, que con todas sus gentes marchase contra el rey de Granada: él se partió para Burgos por ver si en alguna manera pudiese apaciguar los ánimos de los rebeldes.

En aquella ciudad se hicieron cortes de todo el reino, y en particular fueron llamados los alborotados con seguridad pública que les ofrecieron; y para que estuviesen mas sin peligro, se señaló fuera de la ciudad el hospital real en que se tuviesen las juntas. Habláronse el rey y los señores en diferentes lugares, con que quedaron las voluntades mas desabridas. Llegaron los disgustos á término que renunciada la fidelidad con que estaban obligados al rey, en gran número se pasaron á Granada el año de 1270. Don Nuño, don Lope de Haro, el infante don Philipe eran las tres cabezas de la conjuracion. Fuera destos don Fernando de Castro, Lope de Mendoza, Gil de Roa, Rodrigo de Saldaña: de la nobleza menor tan gran número que apenas se pueden contar. Al partirse con sus gentes quemaron pueblos, talaron los campos, y dieron en todo muestra de la enemiga que llevaban. El rey á grandes jornadas pasó á Toledo, de allí á Almagro; y porque no tenia esperanza de que se podrian reducir los grandes á su servicio, pretendia avenirse y sosegar al rey de Granada. Esto sobre todo deseaba: si no salia con ello, se resolvia de hacelle la guerra con todas sus fuerzas y con la mas gente que pudiese juntar.

CAPITULO XXI.

De nuevas alteraciones que sucedieron en Aragon.

En el tiempo que estas cosas pasaban en Castilla, Philipe rey de Francia que sucedió á su padre S. Luis, allegaba á su corona nuevos estados por muerte de Alonso su tio y de Juana su muger, que murieron á la sazon sin hijos, y eran condes de Potiers y de Tolosa; y no mucho despues Rogerio Bernardo conde de Fox fué despojado de su estado no por otra causa mas de que en cierta ocasion no quiso obedecer á los jueces reales; por lo cual las armas aragonesas á causa que parte del estado de aquel príncipe era feudo de Aragon, estuvieron para revolverse contra Francia. La prudencia del rey don Jaime atajó el daño: á su persuasion el de Fox puso su persona y todo su estado en manos del rey de Francia; con que se sosegaron aquellos debates. Dentro del reino de Aragon tenian sospechas de nuevas alteraciones á causa que el infante don Pedro, hijo primero y heredero del rey de Aragon, estaba desabrido con Fernan Sanchez su hermano bastardo por entender entre otras cosas que



En las casas consistoriales de Valencia existe la espada de don Jaime El Cosquistador y el pendon que sirvió para la conquista de dicha ciudad.

cuando volvió de la Tierra Santa, fué recebido con gran honra y festejado de Cárlos rey de Nápoles, y por esto sospechaba habia con él tratado cosas perjudiciales al reino.

Hallábase el dicho don Fernando en Burriana: allí don Pedro con buen número de soldados le tomó de sobresalto; y despues que por fuerza entró en la casa y buscó en todos los lugares á su hermano, escudriñó los escondrijos, quebró cerraduras, hinchólo todo de ruido y de alboroto: en el entretanto don Fernando y doña Aldonza su muger se pusieron en salvo. Estos fueron principios de grandes alteraciones, ca los nobles del reino con esta ocasion de la enemistad de los dos hermanos se dividieron en dos bandos con tan grande obstinacion que juntadas las fuerzas no dudaron los que seguian la parcialidad de don Fernando, de mover guerra contra el mismo rey; de que no resultó otro provecho sino que el vizconde de Cardona y otros señores parciales fueron por esta causa despojados de sus estados. El mismo Fernan Sanchez, cercado en el castillo de Pomar por su hermano, luego que le tuvo en su poder, le hizo ahogar con un lazo y despeñar en el rio Cinga que por allí pasa, unos decian con razon, otros que injustamente (1): lo cierto que quitado el capitan y cabeza los demas se sosegaron: este fué el fruto de aquel parricidio; pero la muerte de Fernan Sanchez sucedió tres años adelante. Dejó un hijo de pequeña edad llamado don Philipe, de quien deciende el linage de los Castros en Aragon.

A Rugerio de Lauria hizo donacion el rey don Jaime en tierra de Valencia de dos heredades que se llaman Raelo y Abricat, en premio de su trabajo, porque de lo último de Italia acompañó los años pasados á doña Constanza su nuera. Fué este caballero en lo de adelante persona de grande ingenio y excelente capitan, mayormente por el mar. Con don Enrique rey de Navarra, que por morir su hermano el rey Theobaldo sin hijos sucedió en aquel reino, y con quien los Aragoneses tenian diferencia por pretender que les quitáran aquel reino injustamente, como en su lugar queda dicho, todavía se concertaron treguas por muchos años. El rey don Jaime via los suyos alborotados, mas inclinados á las armas que á la paz y á la concordia; y por las diferencias que andaban, temia que la una de las partes, juntados con los Navarros, no le diesen en que entender. Esta fué la causa de tomar asiento con Navarra; y aun otro cuidado le aquejaba mas, de volver las fuerzas contra los Moros, de donde una cruel tempestad se aparejaba para España, sino se acudia al remedio con tiempo, como los hombres prudentes lo sospechaban, y comunmente se decia no sin causa.

CAPITULO XXII.

El rey don Alonso partió para tomar posesion del imperio.

Ardia el rey don Alonso en deseo de ir á Alemaña á tomar la corona y insignias del imperio: tanto mas y con mayor priesa que por autoridad del papa Gregorio décimo los señores de Alemaña cansados de los males que en aquella vacante se padecieron, muchos, muy graves y muy largos, y porque de años atrás era muerto Ricardo el otro competidor, se aparejaban para hacer nueva eleccion sin tener cuenta con el rey don Alonso. Alterado él con esta nueva, como era razon, pretendia recompensar la tardanza pasada con abreviar; y por esto aunque muy fuera de sazon, comenzó á tratar muy de veras de su ida á Alemaña. A las personas prudentes parecia se debia anteponer á esto el sosiego y el cuidado de la república. Los hombres mas livianos y de poca experiencia hinchados de vana esperanza le exhortaban á la jornada, sin faltar quien blasonase y dijese era bien aparejar armas, caballos y las demas cosas necesarias para hacer la guerra en Alemaña, y para sujetar á los que contrastasen á sus intentos. Algunos tomaban por mal agüero que tantas veces se le hobiese al rey don Alonso desbaratado aquel viage que tanto deseaba. Era este rey de su natural irresoluto y tardo, las cosas del reino embarazadas; y si hallára algun buen color, de buena gana desistiera de aquella pretension; pero por miedo de la infamia y mengua de reputacion se resolvió pasar adelante. Con este intento procuró con cualquier partido apaciguar los de Granada y los grandes.

En esto el rey de Granada Alhamar falleció al principio del año 1273. Fué hombre atrevido, astuto, y muy contrario á nuestras cosas. Hobo diferencia sobre la sucesion: prevaleció aquella parcialidad con la cual se juntaron los foragidos y grandes de Castilla, y dié-

(1) Habia causado muchos alborotos en Aragon, perdido el respeto á su padre, intentado matar á su hermano don Pedro el primogénito.

ronse las insignias reales á Mahomad por sobrenombre Miralmutio Leminio (1) hijo mayor del difunto. Este príncipe puesto que era de suyo contrario á nuestras cosas, y muchos le movian á hacer guerra; porque las fuerzas de su nuevo reino andaban en balanzas el rey don Alonso entendia que se inclinaba á la paz, y que fácilmente se podria efectuar. Demas desto algunos de los grandes se reducian á mejor partido y mas sanos propósitos; en particular don Fernando de Castro y Rodrigo de Saldaña sobre seguro vinieron á verse con él á Avila, do se hacian cortes del reino, por el mismo tiempo que en Alemaña procedieron á nueva eleccion apresuradamente, en que Rodulfo conde de Ausburg por voto de todos los electores fué nombrado por rey de romanos: señor, bien que de poca renta y estado pequeño, pero, que decendia del nobilísimo linage de los antiguos reyes franceses, y era en todas virtudes acabado. Los embajadores del rey don Alonso, que se hallaron á la sazon en Francfordia, aunque hicieron contradiccion y sus protestaciones, no fué defecto alguno: la aficion de ántes la tenian ya trocada en desabrimiento y ódio que todos le cobráran.

Despedidas las córtes de Avila, se fué el rey á Requena para tomar acuerdo con el rey su suegro en presencia sobre la guerra de los Moros. Allí por el trabajo del camino, ó por el desabrimiento y desgusto con que andaba, adoleció de una enfermedad no ligera. Y porque las demas cosas no sucedian á propósito, y la misma priesa por el gran deseo le parecia tardanza, juzgó seria lo mejor intentar de hacer las paces por industria de la reina y por la autoridad del primado don Sancho. Ellos para tratar desto sin dilacion se partieron para Córdoba. Al pontífice Gregorio décimo despachó á Aymaro fraile dominico, que despues fué obispo de Avila (y á Fernando de Zamora canónigo de Avila) y chanciller del rey. Estos en Civitavieja en que á la sazon estaba el pontífice, en consistorio declararon las causas porque la eleccion de Rodulfo pretendian ser inválida. Que no debia el pontífice moverse por los dichos de aquellos que ponian asechanzas y redes á sus orejas, y con engaños pretendian ganar gracia con otros, sino conservarse neutral como lo pedia la persona y lugar sacrosanto que representaba, y con esto ganar ambas las partes á ejemplo de sus antecesores Urbano y Clemente, que con igual honra y título por no perjudicar á nadie dieron á Ricardo y á don Alonso título de rey de Romanos. A los electores de Alemaña fué don Fernando obispo de Segovia para ponellos en razon, y procurar repusiesen lo atentado.

Con estas embajadas no se hizo efecto alguno por estar todos cansados de tan larga tardanza. Solo el año siguiente **1274** desde Leon de Francia, donde presente el pontífice se hacia concilio general de los obispos para reformar la disciplina eclesiástica, renovar la guerra de la Tierra Santa, y unir la iglesia griega con la latina, Fredulo fué enviado por nuncio al rey don Alonso para que le ofreciese los diezmos de las rentas eclesiásticas en nombre del pontífice para la guerra contra Moros, á tal que desistiese de la pretension y esperanza vana que tenia de ser emperador: que parecia cosa injusta con deseo de imperio forastero alterar la paz de la Iglesia que tan sosegada estaba. En este medio don Enrique rey de Navarra, muy apesgado y disforme por la mucha gordura de su cuerpo, falleció en Pamplona á veinte y dos de julio. De su muger doña Juana hija de Roberto conde de Artesia y hermano del rey S. Luis dejó una hija, llamada tambien doña Juana, en edad apenas de tres años, que sin embargo fué heredera de aquellos estados así porque el reino la jurára ántes, como por testamento de su padre que lo dejó así dispuesto: de que resultaron nuevas diferencias y discordias, y el reino de Navarra finalmente se juntó con el de Francia. La embajada de Fredulo no fué desagradable al rey don Alonso: respondió que se pondria á sí y toda aquella diferencia en manos del pontífice paraque él la determinase como mejor le fuese visto. Con esta respuesta el pontífice sin detenerse mas aprobó en público consistorio la eleccion de Rodulfo á 6 de setiembre, que hasta entonces por respeto de don Alonso se entretuvo: luego escribió cartas á todos los pirncipes en aquella sustancia. Al mismo Rodulfo mandó que lo mas presto que pudiese, se apresurase á pasar en Italia para coronarse.

Al concilio que se tenia en Leon se partió don Jaime rey de Aragon, aunque en lo postrero de su edad, por ser deseoso de honra y por otros negocios. Desde allí, sin hacer cosa de momento, dió la vuelta á su tierra, desabrido claramente con el pontífice porque rehusó de coronalle, si no pagaba el tributo que su padre el rey don Pedro concertó de pagar cada un año, en el tiempo que en Roma se coronó, como queda dicho en su lugar: al rey don Jaime le parecia cosa indigna que el reino ganado por el esfuerzo de sus antepasados fuese

(1) Su nombre era Alamir-Abu-Abdalla.

tributario á algun extraño. En este comedio el rey de Granada y los grandes foragidos por diligencia de la reina se redujeron al deber: para sosegar á los grandes les prometieron todas las cosas que pedian, el rey de Granada quedó que pagase cada año de tributo trescientos mil maravedís de oro, y de presente gran suma de dineros en pena de los daños y gastos. Demas desto se concertaron treguas por un año entre los de Guadix y de Málaga con aquel rey, por estar el rey don Alonso encargado del amparo de aquellas dos ciudades. Fué en aquella edad hombre señalado en España Gonzalo Ruiz de Atienza privado del rey, por cuya diligencia en gran parte y buena maña se concluyó aquel concierto. El rey de Granada y los grandes desde Córdoba partieron en compañía del infante don Fernando que se



halló en todas estas cosas: llegados á Sevilla, el rey don Alonso los acogió benignamente. (1) Ellos, cotejado el un tiempo con el otro, juzgaron les estaba mas á cuento y mejor obedecer á su príncipe con seguridad, que la contumacia con peligro y daño.

Concluido esto, las armas de Castilla debajo la conducta del infante don Fernando, y por mandado de su padre se movieron contra Navarra para conquistar aquel reino. Don Jaime rey de Aragon envió al tanto á don Pedro su hijo mayor, al cual renunció el derecho que pretendia tener á aquel reino, á ganar las voluntades de los Navarros que de suyo se inclinaban mas á los Aragoneses que á Castilla. Ni las mañas de Aragon ni las fuerzas de Castilla hicieron efecto, á causa que la reina viuda se recogió á Francia con su hija al amparo del rey su primo, por temer no le hiciesen fuerza, si se quedaba en Navarra en tiem-

(1) Bien conocidas son las cántigas que llevan el nombre de este sábio rey, mandadas hacer, segun unos, de su órden y, segun otros, escritas por él mismo: el ejemplar que se conserva en el archivo de la catedral de Toledo con notas marginales del puño de don Alonso está embellecido con multitud de perfiles paleográficos, arabescos y asuntos de dibujo que hacen de este libro el mas precioso monumento artístico y literario del siglo XIII. Por este carácter es uno de los mas interesantes el asunto que aquí presentamos copiado á la vista del original.

pos tan revueltos. Solo don Fernando acometió á tomar á Viana; y rechazado de allí por la fortaleza de aquella plaza y por el esfuerzo de los cercados, se apoderó de Mendavia y de otros menores pueblos. Todo lo halló mas dificultoso que pensaba, dado que ningun ejército bastante le salió al encuentro, que era causa de mayor tardanza: si bien las cosas de aquel reino estaban tan revueltas que los señores, divididos en parcialidades y aficiones, no podian conformarse para acudir á la defensa. Los mas se aficionaban á los Aragoneses, en especial Armengaudo obispo de Pamplona, y Pero Sanchez de Montagudo hombre principal y gobernador del reino.

Don Pedro infante de Aragon llegó hasta Sos, pueblo á la raya de los dos reinos: allí alegó de su derecho, que por la adopcion del rey don Sancho y por otros títulos mas antiguos se le debia el reino, por lo menos le debian acudir con sesenta mil marcos de plata, que poco ántes el rey Theobaldo concertára de pagar. Tratóse el negocio por muchos dias: los nobles acordaron desposar á la niña heredera del reino en ausencia con don Pedro, y por dote señalaron la posesion del reino. Añadióse que si aquello no surtiere efecto, pagarian docientos mil marcos de plata para los gastos de la guerra que pretendian hacer de consumo contra las fuerzas de Castilla, si todavía perseverasen en el propósito de darles molestia. Estas cosas se asentaron en Olite por el mes de noviembre. El rey don Alonso, determinado de todo punto de hacer el viaje de Francia, tenia á la misma sazon córtes del reino en Toledo para asentadas las cosas ponerse luego en camino. Encomendó el gobierno del reino á don Fernando su hijo, á los otros señores repartió diversos cargos: á don Nuño de Lara dió la mayor autoridad, determinó dejarle por frontero contra los Moros por si acaso se alterasen. Con estas caricias pretendia ganar á los parciales.

Acabadas las córtes á lo postrero del año el rey, la reina, sus hijos menores, y don Manuel hermano del rey comenzaron su viaje. Era grande el repuesto y representacion de magestad: por tanto hacian las jornadas pequeñas. Pasaron á Valencia, de allí á Tortosa y á Tarragona, ca el rey don Jaime desde Barcelona partió para recebillos y festeallos en aquella ciudad. Tuvieron las fiestas de Navidad en Barcelona al principio del año de **1275**. Halláronse presentes los dos reyes al enterramiento y honras de fray Raimundo de Peñafuerte de la órden de santo Domingo, que finó por aquellos dias en aquella ciudad: persona señalada en piedad y erudicion. El mismo año pasó desta vida don Pelayo Perez Correa maestre de Santiago, de mucha edad, muy esclarecido por las grandes cosas que hizo en guerra y en paz. Su cuerpo enterraron en Talavera en la iglesia de Santiago que está en el arrabal: así lo tienen y afirman comunmente los moradores de aquella villa; otros dicen que en Santa María de Tudia, templo que él edificó desde sus cimientos á las haldas de Sierramorena, en memoria de una batalla que los años pasados ganó de los Moros en aquel lugar muy señalada, tanto que vulgarmente se dijo y entendió que el sol se paró y detuvo su carrera para que el dia fuese mas largo, y mayor el destrozo de los enemigos, y mejor se ejecutase el alcance. Dicen otrosí que aquella iglesia se llamó al principio de Tentudia, por las palabras que el maestre dijo vuelto á la madre de Dios: SEÑORA, TEN TU DIA. A la verdad alterados los sentidos con el peligro de la batalla, y entre el miedo y la esperanza, quién pudo medir el tiempo? una hora parece muchas por el deseo, aprieto y cuidado: demas desto muchas cosas fácilmente se creen en el tiempo del peligro y se fingen con libertad.

El rey don Jaime no aprobaba los intentos de don Alonso su yerno, y con muchas razones pretendió apartalle de aquel propósito. La principal que sentenciado el pleito y pasado ya en cosa juzgada no quedaba alguna esperanza que el pontífice mudaria de parecer: así con tantos trabajos no alcanzaria mas de andar entre las naciones extrañas afrentado por el agravio recebido. Estos consejos saludables rechazó la resolucion de don Alonso. Dejados pues su muger y hijos en Perpiñan, pasó á la primavera por Francia hasta Belcaire, pueblo de la Proenza asentado á la ribera del Ródano, y por tanto de grande frescura, y que le tenian señalado para verse con el pontífice, que despedido el concilio que de los obispos tuvo en Leon, todavía se detenia en Francia. Allí en dia señalado en presencia del pontífice y de los cardenales que le acompañaban, el rey les hizo un razonamiento desta sustancia: «Si por alguna diligencia y cuidado mio yo hubiera alcanzado el imperio, muy honrosa cosa »era para mí que dejados tantos príncipes, se conformasen en un hombre extraño las vo»luntades de Alemaña; cuanto menos razon tendrá nadie de cargarme que defienda el lugar »en que sin yo pretendelle Dios y los hombres me han puesto? como quier que sea ántes »cosa torpe no poder conservar los dones de Dios, y de corazon ingrato no responder en el

»amor á aquellos que en voluntad se han anticipado. Por tanto es forzoso que sea tanto mas »grave mi sentimiento que por engaño de pocos he oido que deslumbrados los príncipes de »Alemaña (ó hombres poco constantes!) se han conformado en elegir un nuevo príncipe »sin oirnos, y sin que nuestra pretension y pleito esté sentenciado; en que si en algun tiempo »hobo duda, muerto el contrario era justo se quitase. Que no nos debe empecer la dilacion, »á que algunos dan nombre de tardanza y flojedad, como mas verdaderamente haya sido »deseo de reposo, y de sosegar las alteraciones de algunos, amor y celo de la religion cris- »tiana, prevencion contra los Moros, que de ordinario hacen en nuestras tierras entradas. »Al presente que dejamos nuestro hijo en el gobierno, que ya tiene dos hijos, con vuestra »licencia y ayuda, Padre Santo, tomaremos el imperio, apellido sin duda sin sustancia y »sin provecho; pero somos forzados á volver por la honra pública de España, y en particu- »lar rechazar nuestra afrenta, lo cual ojalá podamos alcanzar sin las armas y sin rompi- »miento, ca de otra manera determinados estamos por conservar nuestra reputacion y vol- »ver por ella ponernos á cualquier riesgo y afan. Yo, padres, ninguna cosa ni mayor ni mas »amada tengo en la tierra que vuestra autoridad: desde mis primeros años de tal manera »procedí que todos los buenos me aprobasen, y ganase yo fama con buenas obras. Con este »camino agradé á los pontífices pasados: por el mismo sin pretendello y sin procurallo me »llamaron al imperio. Seria grave afrenta y mengua intolerable quitarme por engaño en »esta edad lo que grangeé en mi mocedad, y amancillar nuestra gloria con perpétua infa- »mia. Razon es, beatísimo padre, que vuestra santidad y todos los demas prelados que »estais presentes, ayudeis á nuestros intentos en negocio que no se puede pensar otro al- »guno ni mayor, ni mas justificado. Procurad con efecto y hacer entienda el mundo lo que »las particulares aficiones y lo que la entereza y justicia pueden, y hasta donde cada una »destas cosas allega; por lo menos ahora que es tiempo, prevenid que la república cristia- »na con nuevas discordias que resultarán, no reciba algun daño irreparable.»

A esto replicó el pontífice en pocas palabras: declaró las causas porque con buen título pudieron criar nuevo emperador: que la muerte de Ricardo ningun nuevo derecho le dió: que él mismo prometió de ponerse en sus manos: resolucion saludable para todos en comun, y en particular no afrentosa para él mismo, pues no era mas razon que los españoles mandasen á los Alemanes, que á España los de aquella nacion: que los caminos de Alemaña son ásperos y embarazados, las ciudades fuertes, la gente feroz, las aficiones antiguas trocadas, ningunas fuerzas se podrian igualar á las de los Alemanes, si se conformasen: la infamia si se perdiese la empresa, seria notable: si venciese pequeño el provecho: que era mejor conservar lo suyo, que pretender lo ageno: la gloria ganada con lo que obrára, era tan grande que en ningun tiempo su nombre y con ninguna afrenta se podria escurecer. Hiciese á Dios, hiciese á la religion este servicio de disimular por su respeto, si en alguna cosa no se guardó el órden debido y se cometió algun yerro. Dichas estas palabras, abrazóle, y dióle paz en el rostro, como persona que era el papa de su condicion amoroso, y por la larga experiencia enseñado á sosegar con semejantes caricias las voluntades de los hombres alterados.

Con esto se dejó aquella pretension, intentó empero otras esperanzas: pretendia en primer lugar que era suyo el señorío de Suevia despues de la muerte de Corradino, por venir de parte de madre de los príncipes de Suevia: que Rodulfo demas de quitalle el imperio, en tomalle para sí le hacia otro nuevo agravio. Alegaba eso mismo que el reino de Navarra era suyo por derechos antiguos de que se valia: que los Franceses hacian mal en apoderarse del gobierno de aquel reino: por conclusion pedia que por mandado del pontífice el infante don Enrique su hermano fuese puesto en libertad, que Cárlos rey de Sicilia se escusaba para no hacello con voluntad del pontífice que no lo queria. Sin embargo como quier que el pontífice y los cardenales se hiciesen sordos á estas sus demandas tan justas á su parecer, bufada de coraje. Finalmente mal enojado se partió de Francia en sazon que el estío estaba adelante y cerca el otoño.

Vuelto en España no dejó de llamarse emperador, ni las insignias imperiales hasta tanto que el arzobispo de Sevilla por mandado del papa con censuras que le puso, hizo que desistiese; solamente le otorgaron los diezmos de las iglesias para ayuda á los gastos de la guerra de los Moros. Vulgarmente las llamamos tercias á causa que la tercera parte de los diezmos, que acostumbraban gastar en las fábricas de las iglesias, le dieron para que della se aprovechase; y aun como yo creo, y es así, no se las concedieron para siempre, sino

por entonces por tiempo determinado y cierto número de años que señalaron. Este fué el principio que los reyes de Castilla tuvieron de aprovecharse de las rentas sagradas de los templos: este el fruto que don Alonso sacó de aquel viaje tan largo y de tan grandes afanes: esta la recompensa del imperio que á sin razon le quitaron, alcanzando sin duda sin soborno y sin dinero, de fin y remate desgraciado.





LIBRO DECIMOCUARTO.

CAPITULO I.

Como el rey de Marruecos pasó en España.



ESTA misma sazon el rey de Marruecos Jacob Abenjuzeph como se viese enseñoreado de Africa, sabidas las cosas de España, es á saber que por la partida del rey don Alonso el Andalucía quedaba desapercebida y sin fuerzas, estaba dudoso y perplejo de lo que debia hacer. Por una parte le punzaba el deseo de vengar las injurias de su nacion tantas veces por los nuestros maltratada, por otra le detenia la grandeza del peligro; demas que de su natural era considerado y recatado, mayormente que para asegurar su imperio, que por ser nuevo andaba en balanzas, se hallaba embarazado con muchas guerras en Africa, cuando una nueva embajada que le vino de España, le hizo tomar resolucion y aprestarse para aquella empresa. Fué así que Mahomad rey de Granada como quien tenia mas cuenta con su provecho que con lo que habia jurado ni con lealtad, conforme á la costumbre de aquella nacion, luego que se partió de la presencia del rey don Alonso con quien se confederó en Sevilla, vuelto á su tierra, sin dilacion propuso en sí de abrir la guerra y apoderarse de toda la Andalucía: hazaña que sobrepujaba su poder y fuerzas.

Quejábase que lo que de su gente quedaba, estaba reducido en tanta estrechura que apenas tenia en que poner el pie en España, y eso á merced de sus enemigos, y con carga de parias que les hacian pagar cada un año. Que los de Málaga y de Guadix confiados de las espaldas que el rey don Alonso les hacia, nunca cesaban de maquinar cosas en daño suyo, y que no dudarian de movelle nueva guerra luego que el tiempo de las treguas fuese pasado. Puesto en estos cuidados via que no tenia fuerzas bastantes contra la grandeza y

riquezas del rey don Alonso, puesto que ausente. Resolvióse con una embajada de convidar al rey de Marruecos para que se juntase con él y le ayudase: príncipe poderoso en aquel tiempo y muy señalado en las armas. Decia ser llegado el tiempo de vengar las injurias y agravios recebidos de los cristianos: que los grandes imperios no se mantienen y conservan con pereza y descuido, sino con ejercitar los soldados y entretenellos siempre con nuevas empresas: que el derecho de los reinos y la justicia para apoderarse de nuevos estados consiste en las fuerzas y en el poder: mantener sus estados es loa de poco momento, conquistar los agenos oficio de grandes príncipes: que si ellos no acometian y amparaban las reliquias de la gente Mahometana en España, forzosamente serian acometidos en Africa: en cuanto se debia estimar con sujetar una provincia poner casi en otro mundo los trofeos de sus victorias y de su gloria, y en un punto juntar lo de Europa con lo de Africa.

Movido por esta embajada el rey de Marruecos determinó hacer guerra á España. Mandó levantar gente por todas sus tierras: no se oia por todas partes sino ruido de naves: soldados, armas, caballos y todo lo al. Ninguna cosa le aquejaba tanto como la falta del dinero, y el cuidado de encubrir sus intentos por temor que si los nuestros fuesen sabidores dellos, los hallaria apercebidos para la defensa, y para rechazar los contrarios. Por el uno y por el otro respeto con embajadores que envió al rey don Jaime de Aragon, le pidió dineros prestados, con color que se le habia rebelado un señor moro su vasallo y entrado en Ceuta: cosa que por el sitio de aquella plaza, que está cerca del estrecho de Gibraltar, era de consideracion, y sino se prevenia con tiempo, podria acarrear daño á las marinas de Africa y de España. Cuanto mayor era el cuidado de encubrir estos deseños, tanto la mal enfrenada fama se aumentaba mas, como acontece en las cosas grandes; que fué la causa para que ni el rey de Aragon le enviase dineros (1), ni los de Castilla se descuidasen en apercebirse de lo necesario. Verdad es que todo procedia de espacio por la ausencia del rey don Alonso, y porque su hijo don Fernando se detenia en Burgos, donde aportó despues que visitó el reino.

Envió pues el moro en primer lugar desde Africa alcaides que se apoderasen y tuviesen en su nombre las ciudades de Algecira y Tarifa, segun concertó que se las entregaria el rey de Granada, para que sirviesen como de baluartes, asiento y reparo de la guerra que se aparejaba. Despues desto echó en España gran gente africana, en número diez y siete mil caballos; y dado que no se refiere el número de los infantes, bien se entiende fueron muchos, conforme á la hazaña que se emprendia y el deseño que llevaban. Lo primero que se procuró, fué de reconciliar todos los Moros entre sí, y hacer olvidasen las discordias pasadas; lo cual con la autoridad del rey de Marruecos y á su persuasion se efectuó, que se avieron los de Málaga y Guadix con el rey de Granada. Tuvieron junta en Málaga para resolver en que forma se haria la guerra. Fueron de acuerdo que la gente se dividiese en dos partes, porque no se embarazasen con su multitud, y para con mas provecho acometer las tierras de cristianos. Con esta resolucion el rey de Marruecos tomó cargo de correr la campaña de Sevilla: el de Granada se encargó de hacer entradas por las fronteras de Jaen.

Era don Nuño de Lara frontero contra los Moros. Avisó al infante don Fernando que con toda presteza enviase toda la mas gente que pudiese, porque el peligro no sufria dilacion. El mismo arrebatadamente con la gente que pudo, se metió en Ecija por do era forzoso pasase el rey de Marruecos; ciudad bien fuerte, y que no se podia tomar con facilidad. Concurrió otrosí gran nobleza de las ciudades cercanas movidos por la fama del peligro, y convidados por las cartas que don Nuño les enviára. Confiados pues en la mucha gente, y porque los bárbaros no cobrasen mayor esfuerzo si los nuestros daban muestras de miedo, salió de la ciudad do se pudiera entretener, y puestos sus escuadrones en ordenanza, no dudó de encontrarse con el enemigo Trabóse la pelea, en que si bien los Moros al principio iban de caida, en fin vencieron por su muchedumbre, y los fieles fueron desbaratados y puestos en huida. El mismo don Nuño murió en la pelea, y con él docientos y cincuenta de á caballo, y cuatro mil infantes. Los demas se recogieron á la ciudad que caia cerca, como á guarida; lo que tambien dió á algunos ocasion para que no hiciesen el postrer esfuerzo. La cabeza de don Nuño, varon tan esforzado y valiente, enviaron al rey de Granada en presente, que le dió poco gusto por acordarse de la antigua amistad, y que por su medio alcanzó aquel reino que tenia: así la envió á Córdova para que junto con el cuerpo fuese sepultada.

(1) Le envió quinientos soldados, diez navios, diez galeras y treinta bajeles menores, á sueldo del rey de Marruecos.

Esta desgracia tan señalada, que sucedió el año de 1275 por el mes de mayo, causó gran tristeza en todo el reino no tanto por el daño presente cuanto por el miedo de mayor peligro que amenazaba. Algun consuelo y principio de mejor esperanza fué que el bárbaro, aunque victorioso y feroz, no se pudo apoderar de la ciudad de Ecija; pero sucedió otra nueva desgracia. Esta fué que don Sancho arzobispo de Toledo con el triste aviso desta jornada, juntado que hobo toda la caballería que pudo en Toledo, Madrid, Guadalajara y Talavera, se partió á gran priesa para el Andalucía. Los Moros de Granada talaban los campos de Jaen, robaban los ganados, mataban y cautivaban hombres, ponian fuego á los poblados, finalmente no perdonaban á cosa ninguna que pudiese dañar su furor y saña. A estos pues procuró de acometer el arzobispo con mayor osadía que consejo: herviale la sangre con la mocedad: deseaba imitar la valentia del rey su padre: pretendia quitar á los Moros la presa que llevaban y dado que los mas cuerdos eran de parecer que debian esperar á don Lope de Haro, que sabian marchaba á toda furia y en breve llegaria con buen escuadron de gente; que no era justo ni acertado acometer con tan poca gente todo el ejército enemigo; prevaleció el parecer de aquellos que decian, si le esperaban, á juicio de todos seria suya la gloria de la victoria.

So color de honra buscaron su daño: trabada la batalla, que se dió cerca de Martos á los veinte y uno de octubre, fácilmente fueron los fieles vencidos así por ser menos en número, como por ser soldados nuevos, los Moros muy ejercitados en el arte militar. La huida fué vergonzosa; los muertos pocos para victoria tan señalada. Prendieron al arzobispo don Sancho, y como quier que hobiese diferencia entre los bárbaros sobre de cual de los reyes seria aquella presa, y estuviesen á punto de venir á las manos, Atar señor de Málaga con la espada desnuda le pasó de parte á parte diciendo: «No es justo que sobre la cabeza deste perro »haya contienda entre caballeros tan principales.» Muerto que fué, le cortaron la cabeza, y la mano izquierda en que tenia el anillo pontifical. Este estrago fué tanto de mayor compasion y lástima que pudieran los bárbaros ser destruidos en aquella pelea, si los nuestros tuvieran un poco de paciencia, y no fueran tan amigos de su honra; porque don Lope de Haro sobrevino poco despues, y con su propio escuadron volvió á la pelea, y con maravillosa osadia forzó los Moros á retirarse, pero no pudo vencellos á causa de la escuridad de la noche que sobrevino.

El cuerpo, mano y cabeza del arzobispo don Sancho, todo rescatado á precio de mucho oro, enterraron en la capilla real de Toledo título de santa Cruz, en que estaban sepultados el emperador don Alonso y su hijo don Sancho el deseado. Sucedióle don Hernando abad de Covarruvias en el arzobispado; y amovido este á cabo de seis años por mandado del padre santo, que nunca quiso confirmar ni aprobar esta eleccion, ántes él mismo renunció el arzobispado, sucedió en la silla de Toledo por eleccion del papa don Gonzalo segundo deste nombre, que primero fué obispo de Cuenca y despues de Burgos. Este dicen que fué cardenal y Onuphrio lo afirma: en santa María la Mayor en Roma hay un sepulcro de mármol, suyo segun se dice, con esta letra.

HIC DEPOSITUS FUIT QUONDAM DOMINUS GONSALVUS
EPISCOPUS ALBANENSIS. OBIIT ANO DOMINI
M. CC. LXXXXVIIII.

Quiere decir: Aqui yace don Gonzalo obispo que ya fué Albanense. Finó año del señor mil y docientos y noventa y nueve: fué natural de Toledo, del linage de los Gudieles á lo que se entiende.

El año en que vamos, por estos desastres aciago, le hizo mas notable la muerte del infante don Fernando: murió de enfermedad en Villa-Real por el mes de agosto. Iba á la guerra de los Moros, y esperaba en aquella villa las compañías de gente que se habian levantado, cuando la muerte le sobrevino. No es menos sino que todo el reino sintió mucho este desman y faltas, endechas y lutos asaz: su cuerpo enterraron en las Huelgas. Su muerte causó al presente gran tristeza, y adelante fué ocasion de graves discordias, como quiera que el infante don Sancho su hermano porfiase que le venia á él la sucesion del reino por ser hijo segundo del rey don Alonso que todavia vivia: si bien don Fernando dejó dos hijos de su muger la infanta doña Blanca, llamados don Alonso y don Fernando, encarecidamente encomendados al tiempo de su muerte á don Juan de Lara, que fué hijo mayor de don Nuño de Lara.

El infante don Sancho como mozo que era, de ingenio agudo y de grande industria para cualquier cosa que se aplicase, en aquel peligro de la república se hizo capitan contra los Moros, y con su valor y diligencia refrenó la osadía de los enemigos. Puso guarniciones en

muchos lugares; y escusó la pelea con intento que el ímpetu con que los bárbaros venian, se fuese resfriando con la tardanza, que fué un consejo saludable. Tambien se alteraron los Moros de Valencia, que nunca fueron fieles; (2) y entonces perdido el miedo por la vejez del rey don Jaime, y llenos de confianza por lo que pasaba en el Andalucía, al principio de aquella guerra se estuvieron quedos y á la mira de lo que sucedia: como supieron que los suyos vencian, se resolvieron juntar con ellos sus fuerzas, y á cada paso en tierra de Valencia se hacian conjuraciones de Moros, si bien don Pedro infante de Aragon por mandado de su padre era ido con un escuadron de soldados á las fronteras de Murcia, y destruian los campos de Almeria con quemas y robos.

Las cosas de los Navarros no andaban mas sosegadas en aquel tiempo. Como Philipe rey de Francia hobiese concertado á doña Juana heredera de aquel reino con su hijo Philipe, que le sucedió despues y tuvo sobrenombre de Hermoso, envió por virrey de Navarra á Esteban de Belmarca de nacion francés, quitado aquel cargo á Pedro de Montagudo. No tenia bastante autoridad un hombre forastero para apaciguar los alborotos que andaban, y aquellas parcialidades tan enconadas; mayormente que Pedro de Montagudo movido de la afrenta que se le hizo en removelle del gobierno, y García Almoravides que siempre se mostró aficionado á los reyes de Castilla, se declararon por caudillos de los alborotados. Dentro de la misma ciudad de Pamplona se trabaron pasiones, y vinieron á las manos el un bando con el otro. La porfía y crueldad fué tal que se quemaban las mieses, y batian á las paredes los hijos pequeños con mayor daño del bando que seguia á los Franceses. Al mismo Pedro de Montagudo, que pasado el primer desgusto, inclinaba al bando francés, y que hora fuese por deseo de quietud, hora á persuasion de otros, ya tenia pensado de pasarse á su parte; como lo entendiesen los del bando contrario, le mataron. Indigno de tal desastre por sus muchas virtudes, de que ningun ciudadano de su tiempo era mas adornado: varon noble, rico, de buena presencia, prudente, y de grandes fuerzas corporales.



Del libro de las Cantigas á que hemos hecho referencia en otra nota trasladamos este dibujo que no solo muestra los trages del pueblo en el siglo XIII, sino el entusiasmo que ya en aquella época escitaba la diversion de toros.

(2) Los mas revoltosos fueron echados de Valencia en el año 1247, en número de cien mil personas.

CAPITULO II.

De la muerte del rey don Jaime de Aragon.

El año siguiente, que del nacimiento de Cristo se contaba 1276, fué señalado por la muerte de tres pontífices romanos: estos fueron Gregorio décimo, Inocencio quinto y Adriano quinto. El pontificado de Inocencio fué muy breve, es á saber de cinco meses y dos dias. El de Adriano de solos treinta y siete dias, en cuyo lugar sucedió Juan vigésimo-primero deste nombre, natural de Lisboa, hombre de grande ingenio: de muchas letras y doctrina, mayormente de dialéctica y medicina, como dan testimonio los libros que dejó escritos en nombre de Pedro Hispano, que tuvo ántes que fuese papa. Hay un libro suyo de Medicina, que se llama Tesoro de pobres. Su vida no fué mucho mas larga que la de sus antecesores. A los ocho meses y ocho dias de su pontificado en Viterbo murió por ocasion que el techo del aposento en que estaba se hundió. Sucedióle Nicolao tercero natural de Roma, y de la casa Ursina. En este mismo tiempo en Castilla se abrian las zanjas y echaban los cimientos de guerras civiles que mucho la trabajaron. Fué asi que el infante don Sancho grangeaba con diligencia las voluntades de la nobleza y del pueblo: usaba de halagos, cortesia y liberalidad con todos, como quiera que todo esto faltase en el rey su padre, por do el pueblo habia comenzado á desgraciarse. Aumentó este disgusto la jornada de Francia tan fuera de sazon y propósito; y casi siempre acontece que á quien la fortuna es contraria, le falta el aplauso de los hombres.

Deseaba el vulgo novedades, y juntamente (como acontece) las temia: algunos de los principales á punto de alborotarse, otros por ser mas recatados se entretenian, disimulaban y estaban á la mira. Don Lope de Haro, que era de tanta autoridad y prendas, se habia reconciliado en Córdova con el infante don Sancho: con los Moros, cuya furia algun tanto amansaba, se asentaron treguas por espacio de dos años; el rey de Marruecos hecho este concierto desde Algecira, do tenian sus reales y su gente, pasó en Africa. Don Sancho á gran priesa se fué á Toledo con color de visitar al rey su padre, que poco ántes de Francia por el camino de Valencia y de Cuenca era llegado á aquella ciudad, fuera de que publicaba tener negocios del reino que comunicar con él. Esta era la voz: el cuidado que mas le aquejaba, era de asentar el derecho de su sucesion, que pretendia encaminar con voluntad de su padre y de los grandes. Comenzóse á tratar este negocio: encargóse don Lope de Haro de dar principio á esta prática que dió mucho enojo al rey don Alonso: llevaba mal se tratase en su vida tan fuera de sazon de la sucesion del reino, junto con que se persuadia que conforme á derecho sus nietos no podian ser excluidos, y por el amor que en particular les tenia, pesábale grandemente que se tratase de hacer novedad. Mas por consejo del infante don Manuel su hermano, ya grande amigo de don Sancho, se determinó que se llamasen y juntasen cortes en Segovia, con intento que allí se determinase esta diferencia. Tratóse el negocio en aquellas cortes, y ventiladas las razones por la una y por la otra parte, en fin se vino á pronunciar sentencia en favor de don Sancho: si con razon y conforme á derecho, ó contra él, no se sabe, ni hay para que aquí tratallo. Lo cierto es que prevaleció el respeto del procomun y el deseo del sosiego del reino. Todos se persuadian que si don Sancho no alcanzára lo que pretendia, no reposaria ni dejaria á los otros que reposasen. Su edad era á propósito para el gobierno, su ingenio, industria y condicion muy aventajadas: el amor que muchos le tenian, grande, su valor muy señalado. Esto pasaba en Castilla.

En Aragon el rey don Jaime usaba de toda diligencia para sosegar el alboroto de los Moros, si pudiese por maña, y si no por fuerza. Con este intento discurria por las ciudades, villas y lugares del reino de Valencia: hobo en diversas partes muchos encuentros; cuando los unos vencian, cuando los otros. En particular al tiempo que el rey estaba en Játiva, los suyos fueron destrozados en Luxen: el estrago fué tal y la matanza que desde entonces comenzó el vulgo á llamar aquel dia, que era martes, de mal agüero y aciago. Murió en la batalla Garci Ruyz de Azagra hijo de Pedro de Azagra señor de Albarracin, noble príncipe en aquel tiempo: fué preso el comendador mayor de los Templarios. La causa principal de aquel daño fué el poco caso que hicieron del enemigo: cosa que siempre en la guerra es muy perjudicial. El rey por la tristeza que sintió de aquella desgracia, y por tener ya quebrantado el cuerpo con los muchos trabajos, á que se llegó una nueva enfermedad que le sobrevino, dejó el cuidado de la guerra al infante don Pedro su hijo, y él se fué á Algecira,

que es una villa en tierra de Valencia. Allí aquejado del mal y desafiuciado de los médicos, entregó de su mano el reino á su hijo que presente estaba: dióle asimismo consejos muy saludables para saberse gobernar. Esto hecho, él se vistió el hábito de S. Bernardo con intento de pasar lo que le quedaba de vida en el monasterio de Poblete, en que queria ser enterrado. No le dió la dolencia tanto lugar, falleció en Valencia á veinte y siete de julio: príncipe de renombre inmortal por la grandeza de sus hazañas, y no solo valiente y esforzado, sino de singular piedad y devocion, pues afirman dél edificó dos mil iglesias: yo entiendo que las hizo consagrar ó dedicar conforme al rito y ceremonia cristiana, y de mezquitas de Mahoma las convirtió en templos de Dios.

En las cosas de la guerra se puede comparar con cualquiera de los famosos capitanes antiguos: treinta veces entró en batalla con los Moros, y siempre salió vencedor, por donde tuvo sobrenombre y se llamó el rey don Jaime el Conquistador. Reinó por espacio de sesenta y tres años: fué demasiadamente dado á la sensualidad, cosa que no poco escureció su fama. De la reina doña Violante tuvo estos hijos: don Pedro, don Jaime, don Sancho el arzobispo ya muerto, doña Isabel reina de Francia, doña Violante reina de Castilla, doña Constanza muger del infante don Manuel; otras dos hijas, María y Leonor, murieron niñas: todos estos fueron hijos legítimos. De doña Teresa Egidia Vidaura tuvo á don Jaime señor de Exerica, y á don Pedro señor de Ayerve. que á la muerte declaró por hijos legítimos, y llamó á la sucesion del reino caso que los hijos de doña Violante no tuviesen sucesion.

De otra muger de la casa de Antillon hobo á Fernan Sanchez, el que arriba contamos que fué muerto por su hermano. Deste deciendén los de la casa de Castro, que se llamaron así á causa de la Baronía de Castro, que tuvo en heredamiento. De Berenguela Fernandez dejó otro hijo llamado Pero Fernandez, á quien dió la villa de Hijar: de todos decendieron muy nobles familias en el reino de Aragon. Lo que mas es de considerar que en la sucesion del reino sustituyó los hijos varones de doña Violante, doña Constanza y doña Isabel sus hijas despues de los cuatro hijos arriba nombrados, y declarados por legítimos; pero con tal condicion que ni sus madres ni ninguna otra muger pudiese jamás heredar aquella corona. Dejó mandado á su hijo echase los Moros del reino por ser gente que no se puede jamás fiar dellos: mandamiento que si en aquella edad, y aun en la nuestra y de nuestros padres se hobiera puesto en ejecucion, se escusaran muchos daños, porque la obstinacion desta gente no se puede vencer ni ablandar con ninguna arte, ni su deslealtad amansar con ningunas buenas obras: no hacen caso de argumentos y razones, ni estiman la autoridad de nadie.

El infante don Pedro dado que su padre era muerto, no se llamó luego rey: solo se nombraba heredero del reino en sus provisiones y cartas hasta tanto que se coronase, que se hizo en Zaragoza despues de apaciguados los alborotos de Valencia, y fué á diez y seis de noviembre: esta honra se guardó para aquella nobilísima y hermosísima ciudad: la reina tambien fué coronada, y los caballeros principales, hecho su pleito homenage, juraron á don Alonso su hijo, que entonces era niño, por heredero de aquellos estados. A don Jaime hermano del nuevo rey se dieron las islas de Mallorca y Menorca con título de rey, como su padre lo dejó mandado en su testamento, y como arriba queda dicho que lo tenia determinado: diéronle otrosí el condado de Ruysellon y lo de Mompeller en Francia. Tuvo este príncipe por hijos á don Jaime, don Sancho, don Fernando, don Felipe. Esta division del reino fué causa de desabrimientos y sospechas que nacieron entre los hermanos, que adelante pararon en enemistades y guerras. Quejábase don Jaime que le quitaron el reino de Valencia, del cual le hizo tiempo atrás donacion su padre, y que por el nuevo corte que se dió, quedaba por feudatario y vasallo de su hermano, cosa que le parecia no se podia sufrir: su cólera y su ambicion sin propósito le aguijonaban, y aun le despeñaban sin reparar hasta tanto que le despojaron de su estado.

CAPITULO III.

Que las discordias de Navarra se apaciguaron.

Lo de Navarra no andaba mas sosegado que las otras partes de España, ántes ardia en alborotos y discordias civiles: cada cual acudia al uno de los bandos. Philipo rey de Francia como se viese encargado de la defensa y amparo del nuevo reino, determinó de ir en per-

sona á sosegar aquellas revueltas con mucha gente de guerra que consigo llevaba. Era el tiempo muy áspero, y las cumbres del monte Pirineo por donde era el paso, cargadas y cubiertas de nieve: allegábase á esto la falta de los bastimentos á causa de la esterilidad de la tierra. Movido por estas dificultades él se volvió del camino, envió en su lugar á Carlos conde de Arras con la mayor parte y mas escogida de su gente. Era este caballero persona de grande autoridad por ser tio de la reina Juana: así con su llegada hizo mucho efecto. El bando contrario maltratado por los Franceses, junto á un pueblo llamado Reniega, se retiró á un barrio de Pamplona que se llama Navarrería: íbanles los Franceses á los alcances y apretábanles por todas partes. Por esto García de Almoravides caudillo de aquella gente, y en su compañía sus parientes y aliados con la escuridad de la noche por entre las centinelas contrarias se fueron por la parte que cada cual pudo por poblados y despoblados, y se salieron de toda la tierra. Algunos dellos fueron á parar á Cerdeña, en que por haber hecho allí su morada hay generacion dellos el dia de hoy. Pamplona fué tomada de los enemigos, y le echaron fuego. Los que quedaron despues deste estrago escarmentados con el ejemplo de los otros tuvieron por bien de sosegarse: otros acusados por rebeldes y alborotadores del reino, llamados, como no compareciesen, fueron en ausencia condenados de crimen *læsæ majestatis*, y se ausentaron de su patria.

El general francés, apaciguada que fué la discordia de los Navarros, y fundada la paz de la república, pasó en Castilla al llamado del rey don Alonso, y dél fué muy bien recebido y tratado magnifica y espléndidamente, como pariente muy cercano que era. Con la mucha familiaridad y conversacion el rey don Alonso se adelantó á decir que no le faltaban á él cortesanos de la misma casa del rey de Francia, que le diesen aviso y descubriesen los secretos del rey y de sus grandes. Esto quier fuese verdad, ó fingido para tentar el ánimo del francés, el lo tomó tan de veras que desde entonces Broquio camarero del rey de Francia comenzó á ser tenido por sospechoso. Acrecentaron la sospecha unas cartas suyas que enviaba al rey don Alonso en cifra, que vinieron en poder de los que le calumniaban, por haberse muerto en el camino el correo que las llevaba. Pasó el negocio tan adelante que fué condenado en juicio y pagó con la cabeza; pero esto avino algun tiempo adelante.

Doña Violante reina de Castilla como viese que la edad de sus nietos (que ella mucho queria) era menospreciada, y que anteponian á don Sancho, y que ella no estaba muy segura (en tanta manera pervierte todos los derechos la execrable codicia de reinar) pensó de huirse: con este intento hizo que el rey de Aragon su hermano viniese al monasterio de Huerta so color de querelle allí hablar. Acompañaban á la reina sus nietos por manera de honralla, y así con ellos se entró en Aragon: procuró de estorbárselo el rey don Alonso desque supo lo que pasaba, pero fué por demas. El pesar que con esto recibió, fué tal y el coraje que ninguna pérdida suya ni de su reino le pudiera entristecer mas. El enojo y saña del rey se volvió contra aquellos que creyó ayudaron y tuvieron parte en la partida de la reina: mandó prender en Burgos, donde el rey y don Sancho eran idos de Segovia, al infante don Fadrique su hermano, y á don Simon Ruiz de Haro señor de los Cameros, varon de alto linage y de muy antigua nobleza. Ardia la casa real y la córte en discordias, y eran muchos los que favorecian á los nietos del rey. Simon Ruiz fué quemado en Treviño por mandado de don Sancho: á don Fadrique hizo cortar la cabeza (1) en Burgos con grande ódio del nuevo principado, pues eran estas las primeras señales y muestra que daba, mayormente que sin ser oidos los condenaron.

Los mas estrañaban este hecho, conforme como á cada cual le tocaban los muertos en parentesco ó amistad, pero el ódio estaba secreto y disfrazado con la disimulacion. Enviáronse embajadores el un rey al otro: el rey de Castilla pedia que se le enviase su mujer, y que aprobase la eleccion de don Sancho; escusábase el rey de Aragon con que no estaba aun del todo determinado el negocio, y alegaba que en su reino tenian refugio y amparo cuantos á él se acogiesen, cuanto mas su misma hermana. Pasaron tan adelante que hobiera el de Aragon movido guerra á Castilla (como algunos pensaban) si la rebelion de los Moros de Valencia no le embarazára; los cuales, confiados en la venida del rey de Marruecos, con las armas se apoderaron de Montesa; pero estos movimientos tuvieron mas fácil fin de lo que se pensaba. Los Moros despedidos de la esperanza del socorro de Africa que esperaban, entregaron al rey el mes de agosto año de nuestra salvacion 1277 á Montesa y otros muchos castillos que tomáran.

(1) Segun la crónica fué ahogado y Ferreras dice que los ministros lo quemaron dentro de su casa.

En este tiempo el rey don Alonso era venido de Burgos á Sevilla; de alli envió grande armada y mucha gente de guerra á cercar á Algecira por mar y por tierra. Aquella guerra ante todas cosas tenia los ánimos de los fieles puestos en cuidado: temian que los Africanos por la vecindad de los lugares y por tener ya asiento en España y guarida propria, no acudiesen muchas veces á nuestras riberas: sin embargo las discordias civiles por otra parte les tenian los ánimos tan ocupados que no se les daba mucho de todo lo al; todavia intentaron de quitalle aquel nido. El verano fué don Pedro hijo del rey don Alonso con poderoso ejército á la conquista de aquella ciudad. Dió la vuelta sin hacer algun efecto con mucha deshonra y pérdida de su gente, y nuestra armada por estar falta de marineros y de soldados con la venida del rey de Marruecos fué desbaratada y presa: deshízose el campo, los soldados unos se fueron á una parte, otros á otra. Hay quien diga que en aquel tiempo el rey de Marruecos edificó otra nueva Algecira poco distante de la primera. El cuerpo del rey don Jaime se llevó de Valencia, donde le depositaron en un sepulcro junto al altar mayor de la iglesia catedral, y se trasladó al monasterio de Poblete, entrado ya el verano. Las exequias del difunto se celebraron espléndidamente con gran concurso de caballeros principales que se juntaron en Tarragona por mandado del nuevo rey. (2)

CAPITULO IV.

De diversas hablas que tuvieron los reyes.

Con la partida de la reina doña Violante los reyes de Castilla y Francia comenzaron á estar muy cuidadosos por respeto de los niños infantes. El cuidado por entrambas partes era igual los intentos diferentes y aun contrarios. El de Castilla quisiera estorbar que no se pasasen en Francia, do para su inocente y tierna edad tenian muy cierta la acogida y el amparo, en especial que don Sancho su hijo le ponia en esto con el deseo que tenia de asegurarse, sin descuidarse de continuar en grangear las voluntades de grandes y pequeños con la nobleza de su condicion, agudeza de ingenio, y agradables costumbres; y con valor y diligencia apercebirse para todo lo que podia suceder. El de Francia temia que si venian á manos y poder de su tio, correrian peligro de las vidas, por lo menos de perder la libertad. Sabia muy bien cuan deseosos son los hombres naturalmente de mando, y que la ambicion es madre de crueldad y fiereza. Habíanse enviado sobre esta razon diversas veces de parte de Castilla y de Francia muy solemnes embajadas al rey de Aragon: cosa muy honrosa para aquel príncipe, que fuese como juez árbitro para concertar dos reyes tan poderosos, muy á propósito para sus intentos tener suspensos aquellos príncipes y en su poder los dos infantes. Ventilado el negocio, finalmente se acordó que doña Violante tornase con su marido, y que los infantes quedasen en Aragon sin libertad de poder ausentarse: lleváronlos al castillo de Játiva, y alli los pusieron á recado.

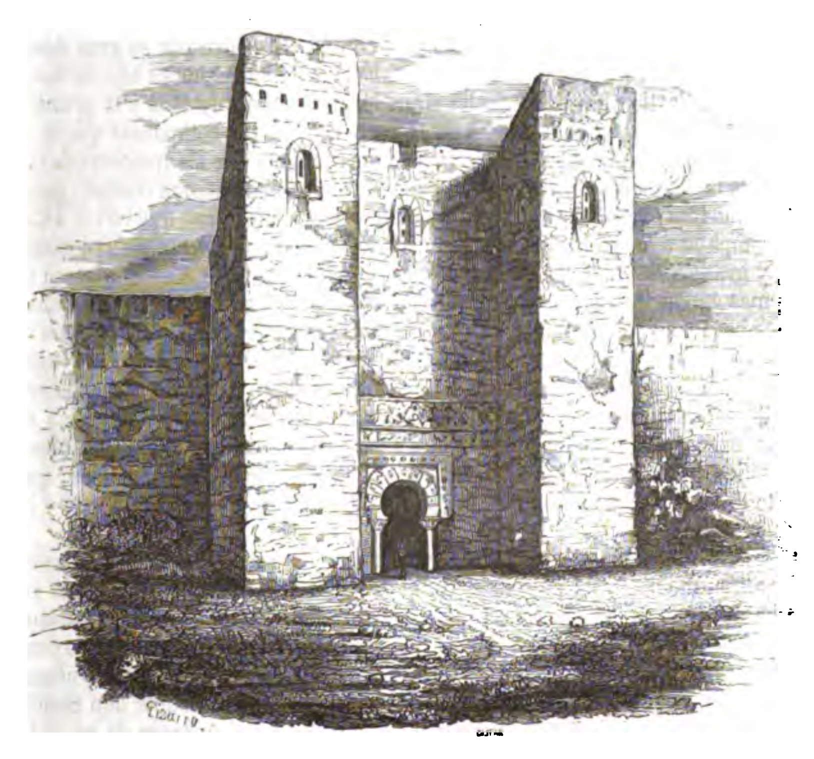
Esta resolucion dió mucha pena á doña Blanca su madre por parecelle que en quien fuera justo hallar amparo, alli se les armaba celada, y con nuevos engaños les quitaban la libertad. Partióse pues para Aragon; mas no alcanzó cosa alguna, porque las orejas del rey las halló sordas á sus ruegos y lágrimas: no hacia caso de todo lo que se podia decir y pensar á trueco de enderezar sus particulares. Desde allí muy enojada pasó en Francia á hablar al rey su hermano, y movelle á hacer la guerra contra Castilla y Aragon, si no condescendian con lo que era razon, y ella pretendia. Era muy á propósito el reino de Navarra, que se tenia por los Franceses, para estos intentos, por confiar contra Castilla y Aragon por diversas partes. Puso esto en cuidado al rey de Aragon y al infante don Sancho· para tomar acuerdo de lo que se debia hacer, determinaron venir á habla. Señalaron para ello cierto lugar entre Requena y Buñol: acudieron allí, y se juntaron el dia aplazado á catorce de setiembre del año del señor de 1279. En esta junta y habla, echados á parte todos los desabrimientos y enojos pasados, trabaron entre sí amistad y pusieron confederacion para valerse al tiempo de necesidad.

Concluida esta habla, el rey de Aragon tomó el camino de Cataluña, que estaba alterada por las discordias de la gente principal. Armengol de Cabrera era el principal atizador de

(2) El cadaver fué llevado á Poblet; pero cuando en la última guerra civil se arruinó este precioso monumento fué trasladado á la catedral de Tarragona, donde hemos tenido ocasion de admirar su agigantada estatura y el buen estado en que se conserva, pues hasta la cicatriz que tenia en la frente se reconoce.

estas revueltas, hijo de Alvaro de Cabrera, al cual el rey poco antes diera el condado de Urgél como á su feudatario y por respeto del conde de Fox: todo esto no bastó para ganalle. El rey visto lo que pasaba, se puso sobre la ciudad de Balaguer cabecera de aquel estado: prendió al dicho Armengol y á su tio Rogerio Bernardo, conde de Fox con otros señores que dentro halló: túvolos presos largo tiempo, en especial al de Fox que se le rebelára mas veces y mas feroz se mostraba: con tanto calmaron las alteraciones de los Catalanes. Don Sancho se encaminó á Badajoz donde su padre estaba, que era venido desde Sevilla á verse con don Dionisio su nieto rey de Portugal con intento de hacer las paces entre él y don Alonso su hermano, al cual pretendia por fuerza de armas echar del estado que su padre le dejó en Portugal. Alegaba diversas razones para dar color á esta su pretension, de que recebian mucho descontento las gentes de Portugal por ver que entraba con tan mal pie en el reino, y que apenas era muerto su padre, cuando pretendia despojar á su hermano y trabar con él enemistad. Falleció en Lisboa al principio deste mismo año el rey don Alonso de Portugal padre de don Dionisio. Vivió setenta años, reinó treinta y dos: en el monasterio de santo Domingo de aquella ciudad que él edificó, enterraron su cuerpo.

Don Sancho luego que se hobo visto con su padre, fué por su órden á hacer levas de gente por todo el reino, y apercebirse de soldados contra el rey de Granada, que á la sazon sabia estar ocupado en la obra del alcázar de aquella ciudad llamada el Albambra (1), fábrica de gran



Entrada principal de la Alhambra.

primor y en que gastó gran tesoro, ca era este rey moro no menos diestro en semejantes primores que en el arte militar. Para movelle guerra no podian faltar achaques, y siempre los hay entre los príncipes cuyos estados alindan: lo que yo sospecho es que el rey de Granada en la guerra de Algecira dió favor al de Marruecos; de lo cual por estar agraviados los nuestros, en el asiento que se tomó poco ántes desto con los Africanos, no fueron comprehendidos los de Granada. Dionisio rey de Portugal sea por no fiarse de su abuelo como quier que sean dudosas é inconstantes las voluntades de los hombres, sea por pensar se inclinaba

(1) Reservamos para la época de la conquista de Granada presentar todas las bellezas interiores de este precioso palacio, objeto de admiracion universal.

mas á su hermano (como de ordinario siempre favorecemos la parte mas flaca, y aun el que es mas poderoso, en cualquier diferencia, puesto que tenga mejor derecho, siempre parece que hace agravio) si bien habia llegado á Yelves, que está tres leguas de Badajoz, repentinamente mudado de parecer volvió atrás. Fué grande el enojo que el rey don Alonso recibió por esta liviandad: así perdida la esperanza de verse con su nieto, muy desabrido dió la vuelta para Sevilla.

En este tiempo Conrado Lanza general de la mar por el rey de Aragon, persona de grande autoridad para con todos por ser pariente cercano de la reina doña Costanza, con una armada que aprestó de diez galeras, corrió las marinas de Africa, mayormente las de Túnez y Tremecén en castigo de que aquellas ciudades no querian pagar el tributo que algunos años ántes concertaron: cierto autor afirma que esta empresa fué y se enderezó para meter en posesion del reino de Túnez á Mirabusar, á quien su hermano le echára del. Todos concuerdan que la presa que de allí llevaron los Aragoneses, fué grande, y que en el estrecho de Gibraltar de diez galeras que encontraron del rey de Marruecos y las vencieron, parte tomaron, parte echaron á fondo. El rey de Aragon en Valencia, donde se entretenia muy de ordinario, hizo donacion á don Jaime su hijo, habido fuera de matrimonio, del estado de Segorbe por el mes de noviembre.

En Castilla de cada dia se aumentaba la aficion que los naturales tenian al infante don Sancho, y aun á muchos parecia que trataba de cosas mayores de lo que al presente mostraba; y que luego que concluyese con los sobrinos, menospreciaria á su padre, que ya por su edad iba de caida, y le quitaria el mando y la corona. El padre por su gran descuido de ninguna cosa menos se recataba que desto, sin saber las prácticas de su hijo así las públicas como las secretas. Partió pues don Sancho el año luego siguiente de 1280 á la primavera con el ejército que tenia levantado, la vuelta de Jaen, y con nuevas compañías que su padre le envió desde Sevilla aumentado su ejército, entro muy pujante por las fronteras de Granada, taló y robó toda la campaña sin parar hasta ponerse á vista de la misma ciudad: quemó muchas aldeas y pueblos, recogió gran presa de gente y de ganados, con que volvió á Córdoba: desde allí acompañó á su padre hasta Sevilla. Con el buen suceso desta guerra ganó mayor autoridad, y grangeó del todo las voluntades de la gente: cosa que él estimaba en mas que todas las demas ganancias, por asegurarse en la sucesion del reino, que era el cuidado que mas le aquejaba. Principalmente que Philipe rey de Francia con la aficion que tenia á los dos infantes sus sobrinos, hacia instancia que fuesen puestos en libertad, y que en lugar de su abuelo que los pedia, se los entregasen á él. Envió pues sobre esta razon embajadores á los dos reyes: llevaron órden que al principio tratasen el negocio amigablemente, ca no tenia perdida la esperanza que hobiesen de dar oidos á tan justa demanda; si no se allanasen como deseaba, les diesen á entender que tendrian en los Franceses enemigos mortales: que él estaba resuelto de amparar la inocente edad de aquellos mozos por todas las vias y maneras que pudiese.

Como los nuestros no se moviesen por amenazas ni por ruegos, se trató y acordó que para tomar algun medio, y en presencia componer todas las diferencias, los tres reyes se juntasen á habla, para lo cual se dieron unos á otros la palabra y seguridad bastante. Con esta determinacion el rey de Francia llegó á Salvatierra, el rey de Castilla á Bayona, ciudad que está en los pueblos dichos antiguamente Tarbellos en los confines de Guiena. No se juntaron los reyes para tratar de las condiciones y del asiento: el infante don Sancho desbarató la junta con su astucia y con sus mañas, por temer no alcánzasen de su padre, que claramente via estar aficionado á los nietos, alguna cosa que le empeciese á él. Lo que solamente se pudo alcanzar, fué que Cárlos príncipe de Taranto hijo del rey de Sicilia interviniese entre los reyes, y llevase los recados de la una parte á la otra; y sin embargo no se concluyó cosa ninguna porque todos los intentos de los príncipes desbarataba con sus mañas don Sancho, si bien lo que los Franceses pedian, parecia muy justificado, esto es, que se le diese al infante don Alonso la ciudad de Jaen con nombre de rey, y como á feudatario y dependiente de los reyes de Castilla.

Desbaratada que fué la junta, todavía los reyes de Francia y Aragon se vieron en Tolosa para tratar deste negocio entre sí. El fruto desta habla no fué mayor que el de ántes, en tanto grado que parecia hacian burla del rey de Francia. Solo se sacó desta junta que el rey de Francia prometió debajo de juramento dejaria el estado de Mompeller á don Jaime rey de Mallorca, porque ántes desto pretendia ser suyo y quitársele. Muy alegre quedó el

infante don Sancho de que con todo el esfuerzo que aquel rey hizo, y con tantas porfias, no se habia alcanzado de los reyes cosa alguna que fuese en pro de los infantes sus sobrinos. Solo se recelaba de la inconstancia de su padre, por la compasion que mostraba tener de aquella tierna edad, no viniese á favorecer los nietos, ca de estar mudado de parecer se vian manifiestas señales; y muchos, que con diligencia y cuidado consideran los enojos de los príncipes y sus inclinaciones, por entender esto no cesaban de irritar al rey don Alonso contra su hijo, y contalle y encarecelle sus desacatos. Decian que estaba apoderado de todo el gobierno, que todo lo trastornaba y revolvia conforme á su antojo: que no estimaba en nada su real autoridad y grandeza.

Era el rey don Alonso de ingenio vario, mudable, doblado: tenia en sus acciones una maravillosa inconstancia, falta que con la edad suele tomar mas fuerza. Don Sancho por entender estas cosas determinó ayudarse de socorros extraños y de fuera, y hacerse amigo del rey de Aragon y prendelle, en que puso mucha diligencia. Envióle sobre esta razon y con este intento sus embajadores, primero á don Gonzalo Giron maestre de Santiago, despues al marqués de Monferrat: la suma de la embajada era que se juntasen para tratar de sus haciendas y de cosas de mucha importancia. Acordado esto, los reyes don Alonso, don Pedro, y tambien el infante don Sancho se juntaron entre Agreda y Tarazona en un pueblo que se llama el Campillo. Fué esta junta á veinte y siete de marzo del año de 1281. Asentóse confederacion entre aquellos dos reinos de tal guisa que los que fuesen amigos de uno, fuesen amigos del otro, y lo mismo de los enemigos sin exceptar á persona alguna: que el que primero quebrantase este concierto, pagase de pena diez y seis mil libras de plata. Dieron al rey de Aragon en esta junta á Palazuelos, Teresa, Jera, Ayora; y á don Manuel hermano del rey don Alonso; cuyas eran estas villas, dieron en recompensa la villa de Escalona.

Esto fué lo que se trató en público: de secreto se acordó que los dos reyes acometiesen el reino de Navarra, y se enseñoreasen dél: señalaron otrosí la parte que á cada cual habia de pertenecer acabada la conquista, ultra desto se le concedió á don Sancho que los infantes estuviesen en el castillo de Játiva á buen recado. El cual despedida la junta, en Agreda donde fué con los dos reyes, para obligar mas al rey de Aragon y ganalle mas la voluntad le prometió y aseguró muy de veras que como su padre falleciese, le dejaria todo el reino de Navarra para que le encorporase en la corona de Aragon, y ultra desto le daria en Castilla la villa de Requena con todos los lugares de su jurisdiccion, que estan hacia el reino de Murcia y á la raya del de Valencia. Andaba su partido en balanzas, y su ánimo dudoso entre el miedo y la esperanza: por esto no le parecia vergonzoso y feo comprar su seguridad á costa de tantas promesas.

Don Juan Nuñez de Lara en aquellos tiempos varon grave y poderoso segun se ve en las historias, era señor de Albarracin por via de dote con doña Teresa hija de don Alvaro de Azagra que fué señor de Albarracin, y por consiguiente nieta de don Pedro Rodriguez de Azagra. Dende allí por la fortaleza del lugar, y por estar á las rayas de Aragon y Castilla tenia costumbre de hacer correrias en ambas partes y solia llevarse muchos despojos, además que recebia debajo de su amparo y proteccion á todos aquellos que de los dos reinos acudian á él por delitos que hobiesen cometido. Particularmente don Lope Diaz de Haro, señor tan poderoso, se vino y metió en aquella ciudad por estar muy mal enojado con don Sancho y con el rey de Castilla á causa de la muerte del infante don Fadrique y del señor de los Cameros. Trataron entre sí don Sancho y el rey de Aragon en Tarazona de dar órden de conquistar aquella ciudad y deshacer á don Juan de Lara. El rey don Alonso se fué á Burgos á celebrar las bodas de sus hijos don Pedro y don Juan. A don Pedro dió por muger una hija del señor de Narbona, y á don Juan una hija del marqués de Monferrat; que fué lo mas que se sacó y se efectuó con tantas juntas y coloquios y vistas de reyes, tantos gastos y trabajos. España á esta sazon sosegaba, si bien parecia que la amenazaba alguna cruel tempestad, á causa de estar todas las voluntades asi bien de los grandes, como de los pequeños, muy alteradas y desabridas, y la pretension que andaba sobre la sucesion del reino.

CAPITULO V.

Como don Sancho se rebeló contra su padre.

Las vehementes sospechas que entre don Sancho y su padre el rey don Alonso se despertaron, de pequeños principios poco á poco como acontece vinieron á parar en discordia manifiesta y en guerra. Llevaba mal el rey don Alonso verse á causa de su vejez poco estimado de muchos: dábale pena el deseo que sentia en sus vasallos de cosas nuevas. Para acudir á este daño tan grande, y ganar reputacion entre los suyos, con gente de guerra que juntó, se determinó hacer una nueva entrada en tierra de Moros, con que les robó y taló la campaña y les hizo otros daños, dado que su edad era mucha, y el cuerpo tenia quebrantado por los muchos trabajos y pesadumbres. Ninguna cosa mas le aquejaba que la falta del dinero, cosa que desbarata los grandes intentos de los príncipes. Trataba de hallar algun medio para recogello. Parecióle que el camino mas fácil sería batir un nuevo género de moneda, así de cobre como de plata, de menor peso que lo ordinario, y mas baja de ley, y que tuviese el mismo valor que la de ántes: mal arbitrio, y que no se sufre hacer sino en tiempos muy apretados y en necesidad extrema. Resultó pues desta traza un nuevo daño, es á saber que se encendió mas el ódio que públicamente los pueblos tenian concebido contra el rey, mayormente que se decia por cosa cierta que en las causas civiles y criminales y en castigar los delitos no tenia tanta cuenta con la justicia como con las riquezas que las partes tenian; y que á muchos despojaba de sus haciendas por cargos y acusaciones fingidas que les imponian: cosa que no se puede excusar con ningun género de necesidad; y con ninguna cosa se ganan mas las voluntades de los vasallos para con su príncipe, que con una entereza y igualdad en hacer á todos justicia.

Envió por embajador á Francia á Fredulo obispo de Oviedo, francés que era de nacion. Echaron fama que para visitar al rey Philipo, y por su medio alcanzar del sumo pontífice la indulgencia de la Cruzada para los que fuesen á la guerra de los Moros: el principal intento era comunicar y tratar con él la manera como pondrian en libertad á sus nietos, fuese por la compasion que tenia de aquella inocente edad, y por la aficion que tenia á los infantes como á sus nietos, ó lo que yo mas creo, por el aborrecimiento que habia cobrado á don Sancho su hijo, por cuyo miedo los años pasados mas que por su voluntad, los privó de la sucesion del reino. No se le encubrieron á don Sancho las pretensiones de su padre como quiera que no pueda haber secreto en semejantes discordias domésticas. Acordó de prevenirse, en particular para ayudarse del socorro de los Moros se partió para Córdova: allí asentó confederacion con el rey de Granada, y para ganalle mas le soltó las dos partes del tributo que pagaba, partido que poco ántes pretendió el moro del rey don Alonso, y él no lo quiso aceptar. Demás desto por negociacion del infante don Juan, que ya era del bando del infante don Sancho su hermano, los grandes de Castilla y de Leon, que muy de átrás andaban desabridos por la severidad del rey y su aspereza, se declararon por su hijo. La memoria fresca del triste suceso del señor de los Cameros y del infante don Fadrique atizaba mas estos desabrimientos.

Tratábanse estas cosas al principio del año de 1282 del nacimiento de Cristo nuestro Señor. En el mismo año por el mes de agosto en la villa de Troncoso se celebraron las bodas entre Dionisio rey de Portugal y doña Isabel hija mayor del rey de Aragon. Esta es aquella reina doña Isabel que por sus grandes virtudes y notable piedad es contada entre los santos del cielo, y su memoria se celebra en aquel reino con fiesta particular. Este rey sin tener respeto á su abuelo, atraido con la destreza y mañas de don Sancho, se juntó con él y se declaró por su amigo y aliado sea por algun enojo que tenia con su abuelo, sea por tener por esta via esperanza de mejor partido y remuneracion. El rey don Alonso miraba poco las cosas por venir así por su larga edad, como por la comun tacha de nuestra naturaleza, que en sus propios negocios cada cual es menos prudente que en los agenos: estorba el miedo, la codicia y el amor proprio, y ciega para que no se vea la verdad. Hizo llamar á cortes para la ciudad de Toledo, por ver si en alguna manera se pudieran sosegar las voluntades de su hijo y de la gente principal sin poner mano á las armas. Por seguir el camino mas blando, que era apaciguallos amigablemente, ni se apercibió como fuera menester, ni usó de bastante recato.

Don Sancho por otra parte confiado en el favor y ayuda de la nobleza, y por estorbar la traza y ardid de su padre llamó asimismo á cortes para Valladolid: acudió á su llamado mucha mas gente que á Toledo (1). Tenia deseo de dejar sucesion: casó con doña Maria hija de don Alonso señor de Molina, que era su parienta en tercero grado. Deste matrimonio le nacieron don Fernando su primogénito y otros hijos. En aquellas cortes todo lo que se hizo, fué conforme al parecer de los grandes que allí se juntaron, porque don Sancho les otorgó todo aquello que se atrevieron á pedir así en pro de cada cual dellos, como para el público, además de muy mayores mercedes que les prometió para adelante: camino que le pareció el mejor de todos para ganar las voluntades de grandes y pequeños. Proveyéronse nuevos oficios y cargos, hiciéronse nuevas leyes: cuanto cada uno tenia de fuerzas y autoridad, tanta mano metia en el gobierno del reino. Cundió el deseo de cosas nuevas, y de levantarse contra su rey, y llegó hasta la gente vulgar. Tal era la disposicion de los corazones en aquella sazon, que hazaña tan grande como quitar el ceptro á su rey unos se atreviesen á intentalla, muchos la deseasen, y casi todos la sufriesen: sin faltar quien enmedio del aplauso y voceria llamase rey á don Sancho, y le diese nombre de padre de la patria con todos los demás títulos de príncipe. Mas él constantemente lo deshechó con decir que mientras su padre fuese vivo no sufriria le quitasen el nombre y honra de rey, hora fuese por mostrarse modesto y despreciar un vano apellido pues en efecto todo lo mandaba, ó por encender mas las voluntades del pueblo con entretenellos.

Pasó el negocio tan adelante que sin embargo el infante don Manuel tio de don Sancho en nombre suyo y de los grandes por sentencia pública que se pronunció en las cortes, privó al rey don Alonso de la corona. Castigo del cielo sin duda, merecido por otras causas y por haberse atrevido con lengua desmandada y suelta, confiado en su ingenio y habilidad, á reprehender y poner tacha en las obras de la divina providencia, y en la fábrica y compostura del cuerpo humano: tal es la fama y voz del vulgo desde tiempo antiguo continuada de padres á hijos. Este atrevimiento castigó Dios con tratalle desta manera: revés que dicen él habia alcanzado por el arte de astrologia en que era muy ejercitado, si arte se puede llamar, y no ántes engaño y burla que siempre será reprehendida, y siempre tendrá valedores. Añaden que deste conocimiento procedieron sospechas, y que con el miedo se hizo cruel: de que resultó el ódio que le tenian, y del ódio procedió su perdicion y caida. Las bodas del infante don Sancho se celebraron en Toledo: el aparato no fué muy grande por estar en víspera de la guerra civil todo revuelto.

El rey don Alonso reducido á estos términos, por verse desamparado de los suyos, acudió á pedir socorro y dineros prestados al rey de Marruecos: envióle en prendas su real corona que era de gran valor. Alonso de Guzman, señor de Sanlúcar, por desabrimientos que tuvo con el rey don Alonso, residia á la sazon en Marruecos: la causa en particular no se sabe, lo cierto es que era estimado en mucho de aquel rey moro, y que le hizo capitan de sus gentes. Hoy dia se muestra una carta del rey don Alonso para él muy humilde por el aprieto en que se hallaba, que fué la mayor miseria, estar forzado á rogar y humillarse á su mismo vasallo que le tenia ofendido. Por la carta le ruega se acuerde de la amistad antigua que entre ellos habia, y de su nobleza: ponga en olvido los desgustos y cosas pasadas, y le favorezca en aquel aprieto: sea parte para que se le envien dineros y gente de guerra, pues puede y alcanza tanto con el rey moro. Prométele que tendrá perpetua memoria deste beneficio y servicio, y que en efecto podrá esperar de su benignidad cualquier cosa por grande y dificultosa que sea, que corresponderá en todo á su deseo.

El rey bárbaro lleno de esperanzas, y por parecelle se le ofrecia buena ocasion de mejorar su partido á causa de las discordias de Castilla, hizo aun mas de lo que se le pedia.

(1) Se celebraron con asistencia de la reina doña Violante, don Sancho y los dos infantes sus hermanos, su tia el infante don Manuel, los maestres de Calatrava y Santiago, los prelados, ricos hombres y diputados de las villas y ciudades; y á propuesta del infante don Manuel se dió el gobierno del estado á don Sancho. Hubo algunos diputados que quisieron tomase el título de rey; pero no lo quiso admitir. Daban por motivo de esta rebelion que el rey les habia hecho muchos desafueros, agravios é injusticias, violado los fueros y privilegios del reino. Hicieron entre si hermandad, y se obligaron á obedecer al infante don Sancho y sus sucesores, quien por su parte se obligó á guardarles religiosamente todos sus fueros, privilegios, libertades etc. Además determinaron que se pudiesen juntar todos los años en Burgos el dia de la Trinidad por sí ó por sus procuradores; y que si alguno trajese órden del rey ó del infante heredero para impedir estas juntas anuales, fuese castigado con pena de la vida. Tambien que se nombrasen dos hombres buenos de cada lugar, los cuales debian juntarse cada año en donde la hermandad quisiese para oir las quejas, administrar justicia, y procurar la observancia de lo capitulado. Pero el infante don Sancho cuando se vió seguro en el trono se burló de todas las promesas que habia hecho.

Con acuerdo del rey don Alonso pasó en Algecira; y en Zahara villa del reino de Granada se vió con él. Usaron entre los dos de grandes comedimientos y cortesias. Dióselе al rey don Alonso mas alto lugar y silla: honra que se le hizo por ser huesped, y porque el de Marruecos ganó el reino que tenia. Don Alonso procedia de casta de reyes, y desde su niñez fué criado como quien habia de ser rey; por tanto era mayor en dignidad: que fueron todas razones del mismo bárbaro. Tratóse en esta habla de la forma que se debia tener en hacer la guerra, pues la esperanza de hacer y asentar paces con su hijo era ninguna, aunque desto tambien se movió plática. De las ciudades de la Andalucia Sevilla se tenia por el rey don Alonso, Córdova por don Sancho su hijo. Los Moros tomaron á su cargo de cercar aquella ciudad como lo hicieron, despues de talar y robar los campos comarcanos. Acudió el rey don Alonso desde Sevilla al cerco con la gente de guerra que allí pudo ayuntar. Córdova se defendió valerosamente por el esfuerzo de los ciudadanos, y la buena diligencia de don Sancho, que se previno con presteza contra la venida de los enemigos. Así el rey moro á los veinte dias que puso el cerco, le alzó: para la priesa que traia, cualquier dilacion le era pesada. Todavia con voluntad del rey don Alonso pasó por Sierramorena, y llegó hasta Montiel: hizo gran daño en toda aquella tierra, y grandes despojos con que se volvió á Ecija. Este fué el fruto de la discordia civil y no otro.

Acudió allí el rey don Alonso; pero luego se retiró secretamente y se fué á Sevilla, de donde era venido por aviso que le dieron que el rey moro trataba de le prender: si fué verdad ó mentira, no se sabe. Lo que consta es que el moro mostró gran sentimiento y pesar de que en su lealtad se pusiese duda, en tanto grado que dejada España se pasó en Africa; restituyó empero á don Alonso mil caballos escogidos que con su licencia tiraban sueldo del rey moro, que fué señal de no ir de todo punto desabrido. Era caudillo desta gente Hernan Ponce: cuéntase, que como junto á Córdova se encontrasen con diez mil caballos de los enemigos, fué tan brava la carga que les dieron, que los rompieron y pusieron en huida: tan grande era su valor y esfuerzo, tan señalada su destreza, conocida y aprobada en muchas guerras. En Sevilla el rey don Alonso en una solemne junta que tuvo, privó á su hijo don Sancho de la sucesion del reino con palabras muy sentidas y graves, y mil denuestos y maldiciones que descargó sobre su cabeza, como se puede pensar de padre tan ofendido. Pasó esto á ocho dias del mes de noviembre. El infante don Sancho hacia poco caso de aquellas maldiciones y saña: renovó la confederacion con el rey de Granada, y en la comarca de Córdova, donde estaba, se apercebia para todo lo que pudiese suceder: la gente de guerra para que invernasen, repartió por aquellos lugares.

CAPITULO VI.

De la conjuracion que hizo Juan Prochita contra los Franceses en Sicilia.

Este año fué notable no solamente por el desafuero que hicieron al rey don Alonso, y las discordias de Castilla, sino mucho mas por la conjuracion muy famosa de Juan Prochita. Este fué señor de la isla de Prochita, que cae junto á Sicilia, varon de grande ingenio, y que fué muy estimado y grande amigo del rey Manfredo: los años pasados por no ser maltratado de los Franceses, que entonces tenian el mando y buscaban todas las ocasiones de descomponer la gente poderosa, se recogió á Aragon. Los reyes de Aragon don Jaime y don Pedro holgaron de su venida por ser persona de tanto valor, por medio del cual podrian cobrar los reinos de Sicilia y Nápoles, que pretendian contra derecho les quitaron. No solo le recogieron con mucha alegría y muestras de amor, sino le heredaron de grandes posesiones con que pudiese sustentar su vida, particularmente le dió el rey don Pedro en tierra de Valencia á Lujen, y á Benizan, y á Palma. Los Gibelinos oprimidos por el mando que los Franceses tenian en toda Italia, gente feroz y soberbia (asi lo publicaban ellos) comenzaron á volver los ojos á los Aragoneses, ca tenian esperanza que con su ayuda podrian desechar aquel pesadísimo yugo y imperio. Vió Italia en aquella sazon (lo que en el mas misero cautiverio se puede esperar) que les vedasen el poder hablar libremente: señorio insufrible, y que se extendia hasta Roma, donde el rey de Nápoles, puesto allí un su vicario ó teniente, tenia el gobierno de todo con nombre de senador.

Nicolao pontífice romano procuraba con todas veras librar á Roma de aquella sujecion. Para esto lo primero que hizo, fué declarar por un edicto ó bula que ninguno en Roma pu-

diese ser senador mas que por un año: quitó otrosí la facultad á los reyes y á sus parientes de poder tener y ejercitar aquel gobierno ó magistrado. A Cárlos rey de Sicilia le privó del nombre y autoridad de vicario, nombre de que usaba en Italia como lugarteniente de los emperadores, con color que esta era la voluntad del emperador Rodulfo. Todo esto aunque iba encaminado á enflaquecer las fuerzas del rey Cárlos, pero como era conforme á razon lo que se ordenaba, aun no se movian las armas ni se llegaba á rompimiento. Lo que algunos autores defienden, ó porfian, que el papa Nicolao tenia determinado hacer de la familia y casa Ursina de que él decendia, dos reyes en Italia, el uno en Lombardia y el otro en Toscana, para estorbar á los Tramontanos la entrada de Italia, la mas frecuente fama y casi el comun consentimiento de todos lo condena como falso.

De cualquier manera que esto sea, Carlos viudo de la primera muger casó con hija del emperador Balduino desposeido: con esto trataba de volver á aquella pretension, y ayudar con sus fuerzas á Philipo su cuñado para recobrar el imperio de Constantinopla. Procuraba para salir con este intento de hacerse amigo de don Alonso rey de Castilla. Para mas prendalle procuró que le diese su hija doña Violante para casalla con el emperador Philipo. Estas pretensiones se deshicieron con las artes de los Aragoneses, y aun expresamente se estableció en el Campillo, donde como dicho es los reyes se hablaron, que el rey de Castilla no emparentase con Franceses. A doña Beatriz hija del rey Manfredo, hermana de doña Constanza reina de Aragon, la tenia el rey Cárlos presa sin querella en manera alguna poner en su libertad, aunque sobre ello habia sido importunado. Esto se juntaba con otras causas y razones de discordias y enojos.

Juan Prochita con la ocasion destas disensiones y desgustos intentó de cobrar su patria y estado: fué una y segunda vez á Constantinopla en hábito desconocido. Puso al emperador Paleologo, que ya ántes tenia recelo de sus cosas, en mayor sospecha y cuidado. Avisóle que el rey Cárlos de Nápoles, juntadas sus fuerzas con las de Francia, tenia una poderosa armada puesta en órden para ir contra él: que los Franceses tenian sus fuerzas enteras: á los Griegos enflaquecian los bandos que entre ellos andaban, demas de otras desgracias, de tal manera que no podian resistir al poder de aquellos dos reyes. «Los sucesos de las guerras »pasadas (dice) os pueden servir de aviso. Séame lícito decir la verdad: en vos no cabe so»berbia, y es cosa muy loable y magnífica saberse el hombre gobernar en el enojo y peli»gro. Por ventura con estaros en vuestra casa entorpecido esperareis que os acometan con »la guerra, y que acrecentados con sus fuerzas y las de vuestros vasallos, que andan des»gustados y revueltos (lo que me pone temor decillo) os echen de vuestro estado? Gran »carga teneis sobre los hombros, tal que si no la regís con maña, os oprimirá con su peso: »mejor seria que á vuestros enemigos les diésedes en que entender en sus casas, porque los »Sicilianos con la memoria del antiguo gobierno, y por el aborrecimiento que tienen al »nuevo, están desgustados de suerte que mas les falta cabeza á quien seguir, que deseo de »rebelarse. No cesan de importunar á los reyes de Aragon que les den socorro y se apode»ren de toda la isla. Fuera desto el pontífice romano está muy desgustado con los Franceses: »si ayudáredes sus pretensiones: sin duda con poco trabajo y costa ahorrareis de grandes »tempestades, y revolvereis sobre ellos el daño que contra vos procuran. Finalmente os per»suadid que los Franceses jamás os serán amigos. El poder y fuerzas que alcanzan, quién no »lo sabe?»

El emperador tenia por cierto era verdad todo que Prochita le decia; mas no queria empeñarse mucho en el negocio, ni del todo declararse. Prometió que él ayudaria las pretensiones del rey de Aragon con dineros de secreto porque estas práticas no se entendiesen. Concertado esto, el Prochita se volvió á Italia: fuese á ver con el papa, que estaba en Roca Soriana junto á Viterbo. Avisóle de todo lo que pasaba, y con tanto dió la vuelta á Sicilia á tratar con los principales de la isla que se rebelasen. Fué el descuido ó seguridad de los Franceses tal y el silencio de los conjurados, que jamás se entendió cosa alguna. Falleció en esta sazon el papa Nicolao: por su muerte fué puesto en su lugar Martin cuarto natural de Turon de Francia; que favorecia el partido del rey Cárlos de tal manera que á contemplacion suya declaró por descomulgado al emperador griego, como á scismático, y que no queria obedecer á la Iglesia Romana.

El rey de Aragon envió al nuevo sumo pontífice por su embajador un varon en aquel tiempo muy señalado y de gran prudencia, llamado Hugo Metaplana para que procurase entender sus intentos, dado que la voz era para hacer canonizar á fray Raimundo de Peñafuerte. El

pontífice no quiso otorgar con esta demanda: decia que no se debia conceder cosa alguna á quien rehusaba de pagar el tributo que debia á la Iglesia Romana; ántes revocó la concesion que de los diezmos eclesiásticos hicieron sus antecesores al rey don Jaime su padre. Lo que pudiera atemorizar al aragonés, le encendió mas para aprestar la jornada, porque si se detenia, no sucediese alguna cosa que la estorbase: apercibió una grande armada en las costas de Aragon con voz de pasar en Africa, en que dos hijos del rey de Tunez despojado por Conrado Lanza, como arriba se tocó de aquel reino, competian entre sí sobre el señorio de Constantina y Bugia, ciudades que quedaron en poder de su padre. Esta era la fama: el mayor y mas verdadero cuidado de acudir á lo de Sicilia. El pontifice envió á saber por sus embajadores la causa de aquel aparato; y como no cesasen de preguntar lo que les era mandado, el rey encendido en cólera les respondió: «Quemaria yo mi camisa si pen»sase era sabidora de mis puridades.» La misma respuesta dió al rey de Francia, que á entrambos tenian puestos en cuidado las cosas del rey Cárlos, tanto mas que sabian muy bien la enemiga que los Aragoneses tenian contra él.

El emperador griego, segun que lo tenia prometido, acudió con buena suma de dinero. La conjuracion de los Sicilianos se vino á ejecutar en el mas santo tiempo de todo el año (que parecia gran maldad) es á saber el tercero dia de la Pascua de Resurreccion que fué á treinta y un dias del mes de marzo, cuando por todas partes se hacian juegos y alegrías, muestras mas de seguridad y contento que de temor y matanza. Al mismo tiempo y hora que al son de las campanas despues de comer llamaban los pueblos á vísperas, se ejecutó la matanza de los Franceses (que bien descuidados estaban) en toda la isla en un momento: de que vino el proverbio de las Vísperas Sicilianas. Apoderáronse otrosí los Sicilianos de toda la armada que en los puertos de Sicilia tenian aprestada contra el emperador griego; ya declarado por enemigo por el papa Nicolao cuarto. Desta manera pasó este hecho, segun que lo divulgó la fama, y lo dejaron escrito muchos autores.

Otros afirman que este estrago tuvo principio en Palermo, donde como la gente en aquel dia señalado fuese á visitar la iglesia de Sancti Spiritus que está en Monreal una lengua distante, un cierto francés llamado Droqueto quiso con soltura catar á una muger para ver si llevaba armas. Aquel desaguisado tomó por ocasion el pueblo para levantarse. En el campo, en la ciudad y en el castillo se hizo gran matanza de Franceses sin tener respeto á mugeres, niños, ni viejos, con tan grande furia y deseo de satisfacer su saña, que aun las mugeres que entendian estar preñadas de los Franceses, porque dellos no quedase rastro alguno las pasaban á cuchillo. La misma ciudad de Palermo fué saqueada como si fuera de enemigos: que el pueblo alborotado no tiene término ni órden; y cualquier grande hazaña casi es forzoso vaya mezclada con muchos agravios y sin razones. Las demas ciudades y pueblos en muchas partes con el ejemplo de los Panormitanos acudieron asimismo á las armas; solo Mecina por algun tiempo estuvo sosegada á causa de hallarse presente Herberto Aurelianense, gobernador de toda la isla por los Franceses: miedo y respeto que no fué bastante ni duró mucho tiempo, ántes en breve los Mecineses á ejemplo de las otras ciudades, tomadas las armas, echaron fuera la guarnicion de los soldados y al mismo gobernador. Solo Guillen Porceleto provenzal de nacion; y que tenia el gobierno de Calatafimia, en lo mas recio del alboroto le dejaron ir libremente, porque la opinion de su bondad y modestia le amparó para que no se le hiciese algun agravio. Este fué el suceso y la manera de la conjuracion de Juan Prochita, mas famosa que loable.

Los Sicilianos, amansado aquel primer ímpetu, puesto que entendian el peligro en que quedaban, y que algunos se comenzaban á arrepentir de lo hecho, todavía determinados de ántes morir que tornar á poder de los Franceses, acordaron de acudir de nuevo al rey de Aragon para pedille los ayudase. A la sazon que esto pasaba en Sicilia, estaba él en Tortosa con su armada aprestada. Pensaba ántes que llegase la nueva de Sicilia, de pasar en Africa. Hízolo así. Dende robadas y destruidas todas aquellas marinas, volvió repentinamente las velas, y mudado el camino, llegó á Córcega. Allí tuvo aviso de todo lo sucedido en Sicilia, y que el rey Cárlos á gran priesa era partido de Toscana y con gente de guerra que juntára de todas partes tenia puesto sitio sobre Mecina tan apretado que de muchos años á aquella parte no se dió á ciudad ninguna bateria mas recia ni mas brava. Todos hacian el postrer esfuerzo: los Franceses ardian en deseo de vengarse, y con la sangre de los Sicilianos pretendian hacer las exequias de sus ciudadanos y amigos muertos; los cercados por en-

tender esto se defendian valerosamente con tanto corage, que hasta las mugeres, niños y viejos acudian á todas partes, no esquivaban ni trabajo ni peligro.

A esta sazon llegó el rey de Aragon á Palermo: en aquella ciudad se coronó, y fué de todos saludado por rey, que era meter nuevas prendas: acrecentó su armada con las naves que los Sicilianos tomaron al principio deste alboroto, y las tenian apercebidas para ir contra los griegos. Los cercados con la esperanza del socorro que les venia á buen tiempo, cobraron mayor ánimo, tanto que el rey Cárlos fué forzado de alzar el cerco de Mecina, y con tristeza y vergüenza, pasado el Faro, dar la vuelta á Italia. Fué este para los Aragoneses un principio de grandes desabrimientos, y de gloria y honra no menor. Enviáronse los reyes cartas llenas de saña y denuestos con que mas se irritaron las voluntades, hasta llegar á declararse la guerra por ambas las partes. El aragonés esperaba nuevo ejército de España, el rey Cárlos de la Proenza y de Marsella: todo les era á los Aragoneses llano en Sicilia, á los Franceses dificultoso. Los reales destos puestos junto al estrecho de Mecina á la vista de Sicilia: los soldados Aragoneses repartidos en muchas partes y enviados á las ciudades para mas asegurallas y defendellas: el rey don Pedro con recelo de perder lo adquirido por ser el enemigo tan poderoso y los socorros que él esperaba muy léjos, acordó de valerse de ardid y maña.

Era el rey Carlos muy valiente por su persona, de grandes fuerzas y destreza, de que él mucho se preciaba. Envióle el de Aragon á desafiar con un rey de armas: que si confiaba



Sello de don Pedro III de Aragon, *El Grande.*

en sus fuerzas y valor, saliese á hacer campo con él: perdonasen á tantos inocentes como de fuerza moririan en aquella demanda: que por quien quedase el campo, fuese señor de todo lo demas; y cesaria la causa de la guerra que tenian entre manos. Asi lo cuentan los historiadores Franceses. Los Aragoneses al contrario afirman que primero fué desafiado el rey don Pedro del francés, y que el mensagero fué Simon Leontino de la órden de los predicadores: lo que se sabe de cierto es que aceptado el riepto, se concertaron que peleasen los dos reyes con cada cien caballeros. Altercóse sobre señalar la parte en que se haria el campo, al fin se escogió Bordeaux cabeza de la provincia de Guiena en Francia, que pareció á propósito por estar entonces en poder de Eduardo rey de Ingalaterra: señalóse el dia de la pelea, y juraron las condiciones de una parte y otra.

El padre santo como supiese todas estas cosas, y lo que en Sicilia pasaba, amonestó al rey de Aragon dejase aquella empresa: que no perturbase la paz pública con desenfrenada ambicion. Finalmente porque no quiso obedecer, á los nueve dias del mes de noviembre le declaró por descomulgado: en Montefiascon se pronunció la sentencia. Al rey de Ingalaterra le envió á mandar con palabras muy graves que no diese campo á los reyes ni lugar para pelear en su tierra. No aprovechó esta diligencia. La reina doña Constanza por mandado de su marido se fué á Sicilia por ser la señora natural, y porque con la ausencia del rey no se mudasen los Sicilianos. Llegó á Mecina á veinte y dos dias del mes de abril del año del Señor de 1283. Acompañóla don Jaime su hijo, á quien el padre pensaba dar el reino de Sicilia. Los reyes se aprestaban para su desafio. El rey Carlos pasó en Francia, do tenia cierta la ayuda y favor de su gente, y las voluntades aficionadas. El rey don Pedro con su armada pasó en España.

A primero de junio que era el dia aplazado para la batalla, el rey don Carlos con el escuadron de sus caballeros se presentó en Bordeaux. El rey don Pedro no pareció. Los escritores Franceses atribuyen este hecho á cobardía; y que quisieron engañar los ánimos sencillos de los Franceses con aquella muestra de honra que les ofrecieron, como quier que el rey de Aragon en aquel medio tiempo pretendiese fortalecerse, juntar armas y gente. Nuestros historiadores le escusan: dicen que fué avisado el rey don Pedro del gobernador de Bordeaux se guardase de las asechanzas de los Franceses: que le tenian armada una zalagarda, y que el rey de Francia venia con grande ejército; por ende hiciese cuenta que los cien caballeros aragoneses habian de combatir contra todo el poder de Francia. A la verdad los Franceses mas cercano tenian el socorro que los Aragoneses. Con este aviso dicen que el rey de Aragon entregó al gobernador de Bordeaux el yelmo, el escudo, la lanza y la espada de su mano á la suya en señal que era venido al tiempo señalado; y por la posta se libró de aquel peligro, y se pasó á Vizcaya, que cae cerca. Dejó por lo menos materia á muchos discursos, opiniones y dichos: ocasion y aparejo para nuevas guerras y largas.

CAPITULO VII.

De la muerte de don Alonso rey de Castilla.

Luego que el rey de Aragon volvió á su tierra, trató en un mismo tiempo de efectuar dos cosas: la una era echar á don Juan Nuñez de Lara de Albarracin, á causa que por la fortaleza de aquella ciudad muchas veces corria libremente las fronteras de Aragon; la otra apaciguar los señores aragoneses y catalanes que en tiempo tan trabajoso, en que tenian entre manos tantas guerras con los forasteros, y tan fuera de sazon andaban alborotados. Quejábanse que eran maltratados del rey, casi como si fueran esclavos: que no se tenia cuenta con las leyes, ántes les quebrantaban todos sus fueros y libertad, finalmente que los desaforaba. No faltaban entre ellos lenguas sueltas para alborotar los pueblos so color de defender la libertad de la patria. Para acudir á estas revueltas se juntaron cortes primero en Tarazona, despues en Zaragoza, y últimamente en Barcelona: ofreció el rey de enmendar los daños y desórdenes pasados, y expedir en esta razon nuevas provisiones; con que la gente se apaciguó. Fuéronles muy agradables aquellos halagos y blandura, si bien sospechaban que otro tenia en el pecho, y que no procedian tanto de voluntad cuanto del aprieto en que el rey se hallaba.

La guerra con los Franceses, que era de tanta importancia, le tenia puesto en cuidado; y el recelo que si se ocupaba en las cosas de Italia y Sicilia, no se alborotasen en Aragon sus vasallos, le hizo ablandar. Demas desto la descomunion que contra él fulminó el papa, como poco ántes se dijo, le tenia muy congojado; y mas en particular una nueva sentencia que en veinte y uno del mes de marzo pronunció en Civitavieja, en que como inobediente á sus mandamientos le privaba de los reinos de su padre, y daba la conquista dellos á Carlos de Valoes hijo menor del rey de Francia: rigor que á muchos pareció demasiado, y que no era bastante causa para esto haberse apoderado de Sicilia, pues los mismos Sicilianos puestos en aquel aprieto le llamaron y convidaron con aquel reino para que los ayudase; demas que le pertenecia el derecho del rey Manfredo, ultra de la voluntad y consentimiento que tenia por su parte del pontifice Nicolao tercero que se allegaba á lo demas.

Si los negocios de Aragon andaban apretados, en Castilla no tenian mejor término por

las alteraciones que prevalecian entre el rey don Alonso y su hijo. La mayor parte seguia á don Sancho: don Alonso por verse desamparado de los suyos acudia á socorros extraños: segunda vez hizo venir al rey de Marruecos en España, si bien porque la sonada no fuese tan mala, dió á entender que era contra el rey de Granada que favorecia á sus contrarios y tenia hecha liga con don Sancho. Esta empresa no fué de efecto memorable á causa que los Africanos hallaron á los contrarios mas apercibidos de lo que pensaban; y el rey de Granada con tener puesta guarnicion en sus ciudades y plazas huia de encontrarse con el enemigo, y no queria ponello todo al trance de una batalla: con tanto el de Marruecos dió la vuelta para Africa. El rey don Alonso ya que esta traza no le salió como pensaba, acudió á otra diferente: solicitó al francés para que le acudiese contra su hijo, demás desto procuró ayudarse de la sombra de religion y cristiandad: fué así que por sus embajadores acusó á don Sancho delante el pontifice Martino Cuarto de impio, desobediente y ingrato; y que en vida de su padre le usurpaba toda la autoridad real sin querer esperar los pocos años que le podian quedar de vida por su mucha ambicion y deseo de reinar.

Dió oidos el pontifice á estas quejas. Expidió su bula en que descomulgó todos aquellos que contra el rey don Alonso siguiesen á su hijo don Sancho. Nombró jueces sobre el caso, los cuales en todas las ciudades y villas que le seguian, pusieron entredicho como se acostumbra entre los cristianos: de suerte que en un mismo tiempo, aunque no por una misma causa, en Aragon y Castilla estuvo puesto entredicho y tuvieron los templos cerrados: cosa que dió gran pesadumbre á los naturales, y todavía se pasó en esto adelante sin embargo que don Sancho amenazaba de dar la muerte á los jueces y comisarios del papa, si los hobiese á las manos (1). Todo esto y el escrúpulo y miedo de las censuras fué causa que muchos se apartaron de don Sancho; entre los primeros sus hermanos los infantes don Pedro y don Juan conforme á la inclinacion natural comenzaron á condolerse de su padre. Entendió esto don Sancho: entretuvo á don Pedro con promesa de dalle el reino de Murcia: don Juan dado que dió muestras de estar mudado de voluntad, de secreto se partió, y por el reino de Portugal se fué á Sevilla do su padre estaba. Muchos pueblos arrepentidos de la poca lealtad que á su rey tuvieron, buscaban manera para alcanzar perdon, y salir de la descomunion en que los enlazaron; y luego que lo alcanzaron, se le rindieron con todas sus haciendas. En este número fueron Agreda y Treviño; y muchos caballeros principales como don Juan Nuñez de Lara y don Juan Alonso de Haro, y el infante don Diego se juntaron con el campo de Philipo rey de Francia que venia en ayuda del rey don Alonso, y con él entraron por tierras de Castilla, robaron y talaron los campos hasta Toledo sin hallar resistencia.

Tenia el rey Philipo un hijo llamado tambien Philipo, por sobrenombre el Hermoso, que este presente año (otros dicen el siguiente) casó con la reina de Navarra doña Juana, y por este casamiento en dote hobo aquel reino. Este príncipe conforme al desordenado apetito de los hombres comenzó á alegar el derecho de los reyes sus antecesores, y por el pretendia ensanchar los términos de aquel nuevo reino, para el cual intento no poco ayudaban las discordias de los nuestros. Don Sancho, cuanto le era concedido en tantas revueltas y avenidas de cosas, acudia á todas partes con diligencia: sosegó la ciudad de Toro que se le queria rebelar, salió al encuentro á don Juan Nuñez de Lara que con su gente y un escuadron de Navarros destruia los campos de Calahorra, Osma y Sigüenza y sus distritos: hízole retirar á Albarracin mas que de paso. Despues desto por embajadores que en esta razon se enviaron, se acordó que el padre y el hijo se viesen y hablasen con seguridad que se dieron de ambas partes.

Con esta resolucion el rey don Alonso fué á Constantina, don Sancho á Guadalcaná. Grande era la esperanza que todos tenian que por medio desta habla se podria todo apaciguar, ca muchas veces despues de las injurias se suelen con el buen término soldar las quiebras y agravios. Ayudaba para esto que don Sancho fuera de usurpar el reino, en lo demas se mostraba muy cortés, y hablaba con mucho respeto de su padre sin jamás usar de denuestos ó desacatos. Lo que se enderezaba saludablemente á bien, lo estorbaron y desbarataron personas muy familiares de don Sancho, que tenian mala voluntad á su padre. Pusiéronle

(1) Es curioso que porque el papa Martin descomulgaba en los reinos de Castilla y Leon, y ponia entredicho si no obedecian al rey don Alonso, el infante don Sancho mandase matar al que trajese estas cartas, apelando al papa futuro, ó para el primer concilio que se tuviese. ó para delante de Dios, del agravio que se hacia á su tierra.

muchas sospechas delante para que no se fiase ni asegurase. La verdad era que de las discordias de los reyes y trabajo de la república muchos pretendian sacar para sí provecho; que fué causa que sin verse ni hablarse se partieron el rey don Alonso para Sevilla, y don Sancho para Salamanca, si bien de consentimiento de ambos doña Beatriz reina de Portugal viuda á la sazon, y doña María muger de don Sancho en Toro, en que á la sazon parió una hija que se llamó doña Isabel, se juntaron con intento de componer estas diferencias. pusieron todo su esfuerzo en ello, mas no pudieron efectuar cosa alguna, ántes cada dia se enconaban mas los ódios y enemistades, y se aumentaba el afan y miseria del reino.

En este estado se hallaban las cosas cuando al rey don Alonso poco despues desto sobrevino la muerte, que fué algun alivio de tan grandes males. Falleció en Sevilla de enfermedad, recebidos los santos sacramentos de la penitencia y Eucaristía como se acostumbra, quien dice á cinco, quien á veinte y un dias del mes de abril, á lo menos fué el año de 1284. Por su testamento, que otorgó el mes de noviembre próximo pasado, nombró por heredero del reino, primero á don Alonso y luego á don Fernando sus nietos: caso que los dos muriesen sin sucesion, llama á Philipo rey de Francia, ca traia orígen de los antiguos reyes de Castilla como nieto que era de la reina doña Blanca, y bisnieto del rey don Alonso el de las Navas. De sus hijos y hermanos no hizo mencion alguna por ódio de don Sancho; ántes por aquel testamento pretendia mover contra él las fuerzas de Francia. Ver-



Sepulcro de Alonso X, *El Sabio*.

dad es que á la hora de su muerte á instancia de su hijo el infante don Juan le mandó á Sevilla y á Badajoz, y al infante don Diego el reino de Murcia, á ambos con nombre de reyes, pero como á feudatarios y movientes de los reyes de Castilla.

Su corazon mandó se enterrase en el monte Calvario movido de la santidad de aquel lugar, su cuerpo en Sevilla ó en Murcia: no se cumplió su voluntad enteramente: el corazon y entrañas están en Murcia junto al altar mayor de la iglesia catedral, el cuerpo está enterrado en Sevilla cerca dél túmulo de su padre y madre. El sepulcro y lucillo no es muy rico, ni era necesario porque su vida (si bien tuvo faltas) y las cosas que por él pasaron, merecian que su memoria durase y su nombre fuese inmortal. Grande y prudentísimo rey, si hobiera aprendido á saber para sí; y dichoso, si en su postrimería no fuera aquejado de tantos trabajos, y no hobiera amancillado las dotes excelentes de su ánimo y cuerpo con la avaricia y severidad extraordinaria de que usó. El fué el primero de los reyes de España que mandó que las cartas de ventas y contratos y instrumentos todos se celebrasen en lengua española, con deseo que aquella lengua que era grosera, se puliese y enriqueciese: con el mismo intento hizo que los sagrados libros de la Biblia se tradujesen en lengua castellana. Asi desde aquel tiempo se dejó de usar la lengua latina en las provisiones y privilegios reales y en los públicos instrumentos, como ántes se solia usar: ocasion de una profunda ignorancia de letras que se apoderó de nuestra gente y nacion, así bien eclesiásticos como seglares.

CAPITULO VIII.

De los principios del rey don Sancho.

Por la muerte del rey don Alonso, si bien el derecho de su hijo don Sancho era dudoso, sin contradicion sucedió en el reino y estados de su padre. Estaba á la sazon en Avila apenas convalecido de una dolencia que poco ántes tuvo en Salamanca, tan peligrosa que casi le desauficiaron los médicos. Mucho le hizo al caso la edad entera para que el cuerpo con medicinas saludables se alentase. Tomó el nombre de rey, de que hasta entonces se habia abstenido por respeto y reverencia de su padre. El sobrenombre de Fuerte que le dieron, le ganó por la grandeza de su ánimo y sus hazañas hasta entonces mas dichosas que honrosas, y es así que por la mayor parte los títulos magníficos mas se grangean por favor de la fortuna que por virtud: la honra verdadera no consiste en el resplandor de los nombres y apellidos, sino en la equidad, inocencia y modestia. Era sin duda osado, diestro, astuto, y de industria singular en cualquier cosa á que se aplicase. Reinó por espacio de once años y algunos dias. Su memoria quedó amancillada por la manera cómo trató á su padre: cuanto á lo demás se puede contar en el número de los buenos príncipes. El reino que con malas mañas adquirió, le mantuvo y gobernó con buenas artes. En Avila hizo las honras de su padre magnífica y suntuosamente.

En Toledo tomó las insignias y ornamentos reales, mudado el luto en púrpura y manto real. Los caballeros principales del bando contrario venian á porfía á saludar al nuevo rey, muestra de querer recompensar los disgustos pasados con mayores servicios y lealtad: cuanto mas fingido era lo que hacian algunos, tanto mostraban mas alegría y contento en el rostro y talante, que suele muchas veces engañar. Don Sancho con una profunda disimulacion pasaba por todo, si bien tenia propósito de derramar la ira concebida en su ánimo, y vengarse luego que hobiese asegurado su reino. Los pueblos, los grandes, toda la gente de guerra le juraron por rey; y doña Isabel hija del nuevo rey, de edad de dos años, fué declarada y jurada por heredera del reino de consentimiento de todos los estados, caso que su padre no tuviese hijo varon. Esta prevencion se enderezaba contra los Cerdas de quien algunos decian públicamente, y muchos eran deste parecer, que se les hacia notable injuria y agravio en despojallos del reino de su abuelo: muchos, si bien en lo público callaban, de secreto estaban por ellos.

El mayor cuidado que tenia don Sancho, era de grangear con nuevos regalos y buenas obras al rey de Aragon, en cuyo poder los infantes quedaron; y á la sazon trataba de ir á cercar y apoderarse de Albarracin, no pudiendo ya llevar en paciencia los disgustos que cada dia le daba don Juan de Lara, confiado en la fortaleza del sitio y en el socorro que tenia cierto de los Navarros. Era este caballero muy diestro, bien hablado, de grande maña para sembrar envidias y rencores entre los reyes, poderoso en revolver la gente, y que acostumbraba vivir de rapiña y cabalgadas, con que tenia trabajadas las fronteras de Castilla y Aragon. Esta convidó al nuevo rey don Sancho, ya que él no podia ir en persona por estar ocupado con los cuidados del nuevo reino, á enviar un buen escuadron en ayuda

del rey de Aragon y contra el comun enemigo. Hecho esto, él se dió priesa á ir á Sevilla á causa que su hermano don Juan procuraba apoderarse de aquella ciudad conforme á lo que su padre dejó mandado en su testamento. Tenia el infante sus valedores y aliados: los ciudadanos no venian en ello, y claramente decian que aquella cláusula del testamento del rey don Alonso en ninguna manera se debia cumplir. Ayudábanse, y alegaban la mucha edad del difunto, la fuerza de la enfermedad, la importunidad del infante para muestra que no tenia á la sazon su entero juicio: que no era justo escurecer la magestad del reino con quitalle una ciudad tan principal como aquella. Ayudaba á los ciudadanos que ya se aprestaban para tomar las armas, Alvar Nuñez de Lara como cabeza de los demas. Todos estos debates cesaron con la venida del nuevo rey don Sancho, que hizo desistir á su hermano.



Doña Maria, *La Grande.*

Llegaron á aquella ciudad embajadores del rey de Marruecos para asentar con él nueva amistad, mas muy fuera de sazon (1) y imprudentemente fueron despedidos con palabras afrentosas, de que resultó ocasion á los Moros de pasar de nuevo en España y emprender una nueva guerra. Don Sancho para hacelles resistencia, por estar arrepentido de lo hecho, ó porque de suyo estaba resuelto en hacer guerra á los bárbaros, aprestó una grande armada. Eran en aquel tiempo los Ginoveses muy poderosos en el mar, y diestros y experimentados en el arte del navegar: llamó pues desde Génova, y convidó con grandes ofertas á Benito Zacharias para que viniese á servirle. Hízolo así, y trujo consigo doce galeras. Nombróle el rey por su almirante, el cual oficio le dió por tiempo señalado; y por juro de heredad le hizo merced del Puerto de Santa María con cargo de traer á su costa una galera armada y sustentada perpetuamente. Juntáronse córtes en Sevilla. Tratóse de reformar el gobierno del reino, que con una creciente y avenida de males y vicios á causa de las re-

(1) Preguntando los embajadores del rey de Marruecos á don Sancho si queria la paz ó la guerra, les respondió que en la una mano tenia el pan y en la otra el palo.

vueltas pasadas andaba muy estragado. Demas desto en estas córtes se revocaron los decretos y ordenanzas, que por la necesidad y revuelta de los tiempos mas se habian violentamente alcanzado, que graciosamente concedido así por el rey don Alonso como por el mismo don Sancho. Despedidas las córtes, se apresuró para ir á Castilla por tener nueva que todavia algunos pretendian defender el bando contrario, y que trataban entre sí secretamente de restituir la corona á los hermanos Cerdas: pretensiones que todas se desbarataron con la venida de don Sancho: parte de ellos mudaron de parecer, parte pagaron con las cabezas, con cuyo ejemplo y castigo los demas quedaron escarmentados para no continuar en porfías semejantes.

Esto pasaba en España. En el mismo tiempo Rogerio Lauria, general de la armada de los Aragoneses en el reino de Sicilia, despues que venció junto á Malta veinte galeras francesas, muerto el general por nombre Guillelmo Cornuto francés de nacion en la batalla que se dió á ocho de junio, como diese la vuelta hácia Nápoles, presentó la batalla á Cárlos llamado el Cojo, príncipe de Salerno, hijo del rey Cárlos, que halló apercebido para ir sobre Sicilia con una gruesa armada á vengar las injurias y daños pasados. Muchos le avisaron del peligro que corria, y en particular el legado del papa que iba en su compañía; mas él con el brio de su edad se resolvió de pelear con el enemigo: acuerdo perjudicial. Fué muy bravo el combate: en fin el francés quedó vencido y preso con otros muchos. Sobre el número de los bajeles que pelearon de la una y de la otra parte, no concuerdan los autores, sin que se pueda del todo averiguar la verdad. La opinion mas ordinaria es que las galeras Aragonesas eran cuarenta y dos, las de los enemigos setenta; y lo mas cierto que se dió la batalla á veinte y tres de junio.

Ejecutaron la victoria los Aragoneses, ganaron muchas plazas en Italia: todo se les allanaba como á vencedores, á los vencidos todas las cosas les eran contrarias. Pareció aquella desgracia tanto mayor que el rey Cárlos tres dias despues de la pelea surgió en el Puerto de Gaeta con veinte galeras que traia de la Proenza. Allí supo que á su hijo llevado á Sicilia condenaron á muerte los Sicilianos en la ciudad de Mecina, do le tenian preso, con intento de vengar la muerte que los Franceses dieron los años pasados á Corradino, preso despues que le vencieron en otra batalla. La prudencia de la reina le valió, porque con mostrarse muy airada, le mandó guardar para dar parte al rey como era necesario, y para que con el largo cautiverio y tormentos, los cuales si faltan, la muerte á lo último es el remate de los males, el castigo fuese mayor. Verdad es que no fué parte para que los del pueblo con el ódio mortal que tenian á la gente francesa, no quebrantasen las cárceles y pasasen á cuchillo otros sesenta compañeros que con el príncipe tenian presos.

A la misma sazon el rey de Aragon, como si le faltára guerra con los extraños, tenia puesto cerco á la ciudad de Albarracin, y con todo su poder y diligencia la combatia. Ofrecíanse grandes dificultades: las murallas de la ciudad eran muy altas, las torres de piedra de buena estofa, las puertas de hierro con gruesos y fuertes cerrojos, el sitio muy áspero y inaccesible. Demas desto los soldados que dentro la defendian, acostumbrados á trabajos y hambre, no enflaquecidos con alguna discordia, ni afeminados con deleites, muchos en número, y que tenian grande uso en la guerra por andar cada dia las armas en la mano, gran valor y osadia, eran docientos hombres de á caballo, y buen número de infantes. Solamente tenian falta de mantenimientos: no se proveyeron ántes á causa que jamás pensaron que aquella ciudad pudiera ser cercada. Pasaron algunos dias, y con el tiempo crecia la falta. Don Juan Nuñez de Lara, visto el peligro en que se hallaba, dijo en una junta que queria ir á Navarra, do tenia cierta la guarida y el socorro. Amonestóles no desfalleciesen ántes defendiesen la ciudad con el esfuerzo y valor que dellos se esperaba. Era todo esto fingido, y él tenia determinado de huirse y no volver: su semblante no conformaba con las palabras; sin embargo le dejaron partir. Despues de su ida se sustentó la ciudad algun tiempo hasta tanto que, perdida la esperanza de ser socorridos, la rindieron el mismo dia de S. Miguel. Eran los soldados por la mayor parte Franceses y Navarros: dejáronlos ir libremente, y de los lugares comarcanos trajeron gente para poblar aquella ciudad así de sus antiguos moradores como de otros que de nuevo poblaron y labraron la tierra. Tenia el rey un hijo en doña Inés Zapata, que se llamaba don Hernando, al cual ántes desto diera en el reino de Valencia á Algecira y á Liria: á este hizo merced de la ciudad de Albarracin luego que vino á su poder.

Con tanto se dió fin á esta empresa y á aquel estado y principado, que por muchos años

estuvo en poder de los Azagras, caballeros de los mas nobles y señalados de aquella era, cuya genealogía y decendencia pareció poner en este lugar. Pedro Rodriguez de Azagra el fundador que fué deste estado, siendo ya viejo, dejó por su heredero á Hernan Rodriguez de Azagra su hermano, por ventura por no tener él sucesion. Este Hernando de Azagra otorgó su testamento (que se ha conservado hasta el dia de hoy) á veinte y dos de junio era de mil y docientos y treinte y uno: por el testamento se entiende que tuvo dos hijos, uno legitimo en su muger doña Teresa Ibañez heredero de aquel estado, otro bastardo que fué comendador de Santiago: el uno y el otro se llamó Pero Fernandez. He visto asimismo el testamento de este Pero Fernandez señor de Albarracin, su fecha á dos de abril año del Señor de mil y docientos y cuarenta y uno, asáz breve: dechado y muestra muy verdadera de las costumbres, llaneza y simplicidad de aquel siglo. Tuvo estos hijos legitimos: Pero Fernandez, Garci Fernandez, doña Teresa y don Alvaro (2). Este le sucedió en aquel estado, y tuvo una sola hija llamada doña Teresa, que casó con don Juan Nuñez de Lara hijo de don Nuño de Lara, y en dote llevó aquel estado, que le quitó el rey de Aragon. De don Juan Nuñez de Lara y doña Teresa de Azagra nacieron don Alvaro y don Juan: de ambos se tornará á hacer mencion adelante en su lugar.

CAPITULO IX.

De las muertes de tres reyes.

Concluida aquella empresa de Albarracin, restaba otro mayor cuidado al rey de Aragon, es á saber la tempestad que le amenazaba de Francia, la mas brava, grave y memorable de cuantas en aquellos tiempos sucedieron, así por ser grandes las fuerzas de aquella nacion, como la autoridad con que se hacia, que era á instancia del sumo pontífice, que encendia los corazones de los contrarios y los alentaba. El rey de Aragon no tenia fuerzas bastantes para contrastar á Francia, mayormente que se le allegaba lo de Navarra y de Nápoles. Acudió á buscar socorros de fuera, en particular envió embajadores á Alemaña para dar un tiento al emperador Rodulfo si por ventura movido á compasion del bando Gibelino, que era maltratado y oprimido por los Franceses en Italia, quisiese favorecelle y y para este efecto bajar á Italia. Era el emperador de su naturaleza considerado y recatado, y que se agradaba mas de los consejos seguros que de las empresas peligrosas, demas que á la sazon le tenia embarazado la guerra que hacia á los Esguizaros. Así esta diligencia no fué de efecto alguno, ni los embajadores fuera de buenas palabras trajeron cosa alguna en que se pudiese estribar.

El rey don Sancho á ruego del rey de Aragon que se deseaba ver con él, partió para Soria: en aquella comarca tuvieron su habla en Ciria y Borobia, que son pueblos cerca el uno del otro. Allí con nueva confederacion que asentaron confirmaron, la amistad que de ántes tenian, y prometieron de no faltarse el uno al otro en los peligros y ocurrencias. El rey de Marruecos como enemigo que era ordinario y muy pesado de España, pretendia hacer la guerra de nuevo por la parte del Andalucía. Los Franceses corrian las fronteras de Aragon con tanto mayor peligro de aquel reino que don Jaime rey de Mallorca, que de razon debiera acudir á los Aragoneses, se habia juntado con Francia. En todas partes se via mucho peligro y nuevas muestras de trabajos. Cercaron los Moros á Jerez de la Frontera en número de diez y ocho mil hombres de á caballo, que corrian la campaña hasta Sevilla con robos que hacian en gran cantidad de hombres y ganados. Acudió con presteza al rey don Sancho á Toledo, do le esperaba Cárlos conde de Artoes embajador que era venido de parte del rey de Francia. La suma de la embajada contenia dos cosas: que por su medio los hermanos Cerdas fuesen puestos en libertad, y que no tuviese comunicacion con el rey de Aragon que estaba descomulgado por el papa. Respondió á esto el rey don Sancho que dentro de muy pocos dias enviaria sus embajadores con poderes muy bastantes al rey de Francia para asentar aquellas haciendas. Esta respuesta dió en público: de secreto rogó ahincadamente al embajador que le hiciese muy amigo de su rey. Hay quien asimismo escriba que este tiempo fué cuando el rey don Sancho le tentó para que le descubriese los secretos del reino de Francia, y que Broquio, por entenderse que era espia, fué justiciado como de suso queda dicho.

(2) Don Alvaro fué el primogénito, y don Juan Nuñez de Lara fué nieto.

El rey de Aragon, juntadas sus huestes contra las de Francia, se puso sobre Tudela que está en la frontera de Navarra, y la combatia con todas sus fuerzas: todo con intento de divertir los Franceses, que entendia pretendian acometer por la parte de Ruisellon, y para dalles en que entender en su misma casa con aquella nueva guerra. Defendióse aquel pueblo, sobre todo por el valor y diligencia de don Juan Nuñez de Lara, persona mas venturosa en las cosas agenas que en sus haciendas y estado. Solamente destruyeron la campaña, y bastecieron las fronteras de Aragon con soldados y municiones para que pudiesen resistir á la furia del enemigo. Hecho esto, ya que sobrevenia el invierno, el rey de Aragon dió vuelta para Zaragoza, en que estuvo al fin deste año y principio del siguiente de 1285 del nacimiento de Cristo, cuando á siete dias del mes de enero Cárlos rey de Nápoles pasó desta vida en Fogia, pueblo de la Pulla, cansado de las desgracias, y aquejado con el dolor de la prision y cautiverio de su hijo. Fuera este príncipe esclarecido así en la guerra como en la paz, si los fines correspondieran con los principios. La larga edad le entregó á la fortuna mudable como á otros muchos. Demas que el vigor y gallardia que los Franceses trajeron á Italia « se trocára y perdiera del todo con el mucho regalo y vicio de aquella tierra, y con los deleites demasiados: de tal forma que para con los extraños eran flacos, solo para con los vasallos y naturales mostraban ferocidad. Los gobernadores de la ciudades y pueblos hacian odioso á su príncipe con cuidar solamente de su ganancia, cohechar la gente y mirar poco por el bien comun.

Esta muerte del rey de Nápoles hinchó de buenas esperanzas y alegria al rey de Aragon, al contrario al rey de Francia fué muy pesada. Para aliviar la tristeza con causalla á sus enemigos hizo levas de gente por todas partes. Juntó un gran ejército, en que se contaron veinte mil de á caballo y ochenta mil de á pie: tenia aprestada una armada en las fosas Marianas, que hoy se llaman Aguas muertas, en que se contaban ciento y veinte bajeles, parte galeras reales, parte naves gruesas y otros vasos pequeños. Determinó ir en persona á esta jornada, y en su compañia Philipo y Cárlos sus hijos, y don Jaime rey de Mallorca, que seguia al francés por grandes desgustos que tenia contra el aragonés su hermano. Hallóse otrosí con los demás el cardenal Gervasio, que envió por su legado al papa Martino cuarto; por cuya muerte, que sucedió en Perosa á veinte y nueve dias del mes de marzo, fué puesto en su lugar Honorio IV ciudadano romano de casa Sabela, no menos aficionado á los Franceses que lo fué el pasado.

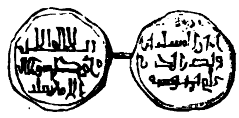
Hízose la masa del ejército en Narbona: dende marcharon la vuelta de Perpiñan. Este lugar se entregó al rey don Jaime, y recibieron á los Franceses dentro de las murallas. Lo mismo por su ejemplo hicieron los demas lugares de Ruisellon y de aquella comarca, fuera de uno que se llama Génova, ca con esperanza que seria presto socorrido, y por el aborrecimiento que tenia al rey don Jaime, y por no volver á su poder, determinó de hacer resistencia. Engañóle su esperanza, por que el lugar fué tomado por fuerza, y todos los moradores pasados á cuchillo, hasta encruelecerse contra las mismas casas y edificios que abatieron y quemaron. El bastardo de Ruisellon, hombre de noble linage y atrevido, que dentro se halló, entrado el pueblo, se subió á la torre de la iglesia: valiéronle para escapar de la muerte mas los ruegos del rey don Jaime que la fortaleza y santidad del lugar en que estaba. Sin embargo se mostró agradecido á los Franceses, porque como quier que el rey de Aragon estuviese apoderado de la entrada y estrechuras de los montes Pirineos de tal suerte que los enemigos no tenian esperanza de poder pasar por allí, los guió por unos senderos que él sabia, por donde con cierto rodeo subieron á las cumbres del monte sin peligro ninguno, y se pusieron sobre el mismo campo de los Aragoneses. Con esto y con el espanto que ellos desto cobraron, los reyes con seguridad pasaron adelante hasta llegar á la comarca de Ampurias. Allí con facilidad se apoderaron de algunas plazas, en particular de Peralada y Figueras, sin reparar hasta ponerse sobre Girona, que es una ciudad muy noble y grande en los pueblos que antiguamente se llamaron Ausetanos. Está puesta en un sitio cuesta abajo: al pie del sitio el rio llamado ántes Thici, y ahora Tera, tiene comidas aquellas riberas junto á la ciudad de suerte que le hace gran reparo. Los muros son de buena estofa: las torres de piedra y fuertes: en lo mas alto de la ciudad está la iglesia Mayor que es silla episcopal, y junto á ella las casas obispales de muy buen edificio y grande. Mas arriba de la iglesia Mayor hay una torre á manera de alcazar, que llaman Gironela.

El vizconde de Cardona don Ramon que tenia por capitan aquella ciudad, la fortaleció con nuevos reparos: echó por tierra todas las casas del arrabal, solo perdonó á la igle-

sia de S. Felix por su mucha devocion y antigüedad. El valor y diligencia de que usó, fué grande, con que muchas veces desbarató y pegó fuego á los ingenios, máquinas y pertrechos de los Franceses. El rey de Aragon otrosí con buen golpe de gente que consigo tenia, andaba por allí cerca. No eran sus fuerzas bastantes para acometer al enemigo y dalle la batalla; pero buscaba alguna ocasion para armalle alguna celada y meter socorro en la ciudad. Habia ya tres meses que la tenian cercada, cuando don Sancho rey de Castilla envió por sus embajadores á don Martin obispo de Calahorra y á Gomez García de Toledo abad de Valladolid para acordar, si pudiese, estas diferencias. No hicieron efecto alguno, ántes fueron forzados á dar la vuelta cargados de muchos baldones y palabras injuriosas que les dijeron, casi sin dalles lugar para hablar al rey de Francia. La ocasion debió ser la grande confianza que tenian de salir con la victoria, ó por sospechar que so color de embajadores venian á espiar las fuerzas y intentos de los Franceses.

Era fama que al rey don Sancho no le faltaba voluntad de juntar sus fuerzas con las de Aragon, y que se entretenia á causa de la guerra que traia muy encendida en el Andalucia con los Moros de algunos meses atrás, ca tenian puesto sitio sobre Jerez de la Frontera, de la cual ciudad con todo su esfuerzo pretendian apoderarse porque les venia muy á propósito para sus intentos. Esquivaba el rey don Sancho la batalla por no poner á riesgo de lo que podia suceder, todo lo demas: por esto á veces estaba en Sevilla, otras iba á Nebrija, siempre apercebido para todas las ocasiones, y para estorbar las correrías y cabalgadas de los Moros. Con este ardid y por esta forma á cabo de seis meses que los Moros tenian cercada á Jerez, alzaron el cerco forzados de la falta de todas las cosas necesarias, y por miedo del rey don Sancho, si mudado de propósito les quisiese dar la batalla. Preguntó uno á la vuelta al rey bárbaro despues que pasó el rio Guadalete con tanta priesa que mas parecia huida que retirada, cual fuese la causa de aquella resolucion, y del miedo que mostraba. Respondió: Yo fuí el primero que entronicé y honré la familia y linage de Barrameda con título y magestad real: mi enemigo trae decendencia de mas de cuarenta reyes, cuya memoria tiene gran fuerza, y en el combate á mi pusiera temor y espanto, á él diera atrevimiento y esfuerzo, si llegáramos á las manos.

Parecia que el cielo ofrecia muy buena ocasion de hacer efecto y destruir al enemigo, si le siguiera en aquella retirada; pero al rey mas agradaban los prudentes consejos con razon que los arriscados, aunque honrosos, y no todas veces de provecho. Así contento de fortificar y bastecer aquella ciudad se tornó á Sevilla, sin embargo que los soldados se quejaban porque dejaban ir el enemigo de entre manos, y con ansia pedian los dejasen seguille, hasta amenazar que si perdian esta ocasion, no tomarian mas las armas para pelear; mas el rey inclinado á la paz no hacia caso de aquellas palabras. Enviáronse embajadores de una parte y otra sobre estas cosas, y viniéronse á hablar los reyes á los esteros de Guadalquivir, otros dicen que fué en un lugar llamado Rocaferrada: allí hicieron sus avenencias. Acordaron que el rey moro pagase para los gastos de la guerra dos cuentos de maravedís (este era un género de moneda usada en España que no tenia siempre un valor) y con este concierto

Maravedis de plata.

se dejaron las armas (1). Mucha gente principal se desabrió por esta causa, en particular el infante don Juan hermano del rey, y don Lope Diaz de Haro en tanto grado que por el desgusto desde Sevilla se fué cada uno á los lugares de su señorío, sin mirar que á los grandes capitanes mas veces fué provechosa la tardanza y detenimiento que la temeridad y osadia: á ellos pertenece mirar lo que conviene, á los demás les es dado el obedecer y la gana de pelear, que asi se reparten los oficios de la guerra. De allí á poco murió el rey bárbaro de Marruecos · dejó por su sucesor á su hijo Juzeph.

(1) El maravedi fué en su origen moneda de los árabes introducida por los Almoravides. Los hubo de oro y de plata; pero despues, como dice Mariana tuvieron varias alteraciones, y generalmente fué imaginaria.

Volvamos á Girona y á su cerco. El rey de Aragon con deseo de atajar el bastimento que del puerto de Rosas, donde se tenia la armada de los enemigos, traian para sus reales, trataba de armalles alguna celada en los lugares que para ello le parecian mas á propósito. Entendido esto por las espias, el condestable de Francia llamado Rodolfo, y Juan Ancurtó Haricurt mariscal, que es como maestre de campo, varones muy fuertes y arriscados, comunicado el caso entre sí y con el conde de la Marcha, se fueron al lugar de la celada con trecientos caballos escogidos, y no mas. Pretendian que los Aragoneses por ser tan poca su gente, no rehusasen la batalla. Pelearon á quince de agosto. Fué este encuentro y esta batalla muy reñida. Los Aragoneses eran mas en número: los Franceses no les daban ventaja ni en el esfuerzo ni en la arte de pelear. El rey de Aragon hizo aquí todo lo que en un prudente capitan y valeroso soldado se podia desear. Hiriéronle malamente en la cara; y como procurase salir de la batalla, un caballero francés le asió las riendas del caballo y le prendiera fácilmente, si el rey en aquel peligro no las cortára con la espada que tenia en la mano desnuda, y así se escapó á uña de caballo: así lo escribe Villaneo que hizo errar á los demas, porque los historiadores Aragoneses todos afirman que el rey salió sano y salvo de la pelea, y murieron tantos de una parte como de otra, aunque el campo quedó por los Franceses. Si el caso pasó desta manera, ó se mudó por la aficion de los escritores, no se sabe; lo que consta es que por la gran calor y las inmundicias, y el tiempo que era el mas peligroso de todo el año, sobrevino peste en el campo de los Franceses; y sin embargo los cercados con las nuevas deste encuentro, perdida la esperanza de defenderse, se dieron á los Franceses á partido que entregada la ciudad, pudiesen los cercados irse donde quisiesen, y sacar consigo toda la ropa y hacienda que pudiesen llevar. Muchos ejemplos de crueldad se usaron en los rendidos, y hasta las iglesias de los santos fueron violadas. El sepulcro de S. Narciso que es patron y abogado de aquella ciudad, y tenido y reverenciado con gran devocion y estima, fué desbaratado de los soldados, que robaron todas las riquezas, votos y donativos de los fieles que allí hallaron en gran cantidad: tal es la condicion de la guerra. Castigó el santo bienaventurado en venganza de su morada aquel desacato con aumentalles la pestilencia; así se tuvo por cierto entre todos. Quitó otrosí el entendimiento á los capitanes, porque tomada que fué la ciudad, como quier que determinasen de irse por tierra desde allí á Francia, venido el otoño (mal pecado) despidieron muchas naves de particulares que tenian en el puerto de Rosas por ahorrar de costa y desembarazarse: muy mal acuerdo, como lo mostró el suceso.

Fué así que Rugier Lauria tomado que hobo la ciudad de Taranto en lo postrero de Italia, á gran priesa costeó todas aquellas marinas para venir á dar socorro al rey de Aragon. Llegado á España, y vista tan buena ocasion, presentó la batalla al armada de los Franceses, que se hallaba fuera del puerto maltratada y en pequeño número, y valerosamente la venció. Prendió á Juan Escoto general de la armada francesa y tomó quince galeras: otras doce se retiraron y se metieron en el puerto de Rosas de que salieron; las cuales quemaron los soldados que iban en ellas, y juntamente el lugar (tal era el miedo que cobraron) y desta manera se fueron al campo del rey de Francia con la nueva del daño recebido. El francés por ver que todas las cosas le salian mas dificultosas de lo que el pensaba, y afligido por la poca salud que tenia, reparó y fortaleció la ciudad de Girona, y puso en ella buena guarnicion de soldados: con tanto dió la vuelta ácia Ruisellon con lo que del ejército le quedaba. Al pasar los montes Pirineos tuvieron él y los suyos grande afán, y corrieron gran riesgo á causa que los Aragoneses tenian tomados todos los pasos, y hacian lo posible por prender al rey de Francia, que por su enfermedad llevaban en hombros en una litera sus soldados. Grande fué el daño que recibieron: gran cantidad de bagage y carruage les tomaron en este camino. Lo que fué mas pesado, que del movimiento del camino al rey se agravó la enfermedad de suerte que en Perpiñan á seis de octubre pasó desta vida. Su cuerpo como lo dejó mandado llevaron su muger y hijos á la iglesia de S. Dionisio que está junto á Paris. Sucedióle en el reino Philipo su hijo que ya era rey de Navarra: llamóse por sobrenombre el Hermoso por su estremada gracia y donaire.

La partida de los Franceses fué causa que en breve tornaron á poder de los Aragoneses todas las tierras que les tomáran. Demas desto el infante don Alonso, enviado por su padre, se apoderó de la isla de Mallorca en pago del favor que aquel príncipe dió al rey de Francia, y de la amistad que con él trabó contra su mismo hermano. Pretendia el aragonés seguir la foruna que se le mostraba risueña: procuraba ir adelante y mejorar su partido, trazaba

nuevas empresas cuando la muerte asímismo le atajó los pasos, que le sobrevino en Villafranca á ocho de noviembre en lo mejor de sus dias, y en el mayor vigor de su edad, que no tenia mas de cuarenta y seis años. Ganó sobrenombre de Grande por dejar acrecentado su reino con el de Sicilia, y por las cosas señaladas que hizo. Asentábale bien el estado real por ser de buena presencia, de cuerpo grande, de ánimo generoso, muy diestro en las armas, particularmente en jugar de la maza. En ganar las voluntades de los hombres con buenas palabras, cortesía y liberalidad fué muy señalado; solo dejó nota de sí por la descomunion en que estuvo enlazado hasta el fin de su vida, cuya imaginacion se dice que le aquejó mucho, y se le ponia delante á la hora de su muerte: por lo menos es bien y provecho para todos que así se entienda. Puesto que de aquel escrúpulo y congoja en el artículo de la muerte le absolvió el arzobispo de Tarragona, tomándole primero juramento seria obediente á la santa Iglesia Romana, á la cual ántes se mostró inobediente.

Su cuerpo sepultaron en el monasterio de Santa Cruz que está allí cerca. Sus hijos fueron don Alonso el mayor, que en su testamento nombró por heredero de sus reinos sin hacer mencion alguna del reino de Sicilia: demas deste, don Jaime, don Fadrique, don Pedro, doña Isabel, doña Costanza: todos habidos en la reina doña Costanza su muger. Hallóse á su muerte Arnaldo de Villanova que vino de Barcelona para asistille y curalle, médico muy nombrado y docto en aquellos tiempos, bien que de mayor fama que aprobacion por dejar amancillado su noble ingenio y sus grandes letras con supersticiones y opiniones reprobadas que tuvo: tanto que poco adelante fué condenado por los inquisidores, y sus libros, que compuso y sacó á luz en gran número, juntamente reprobados. Hay quien diga, por lo menos el Tostado lo testifica, que intentó con simiente de hombre y otros simples que mezcló en cierto vaso, de formar un cuerpo humano, y que aunque no salió con ello lo llevó muy adelante. Si fué verdad ó mentira, poca necesidad hay aquí de averiguallo.

CAPITULO X.

De cierta habla que hobo entre los reyes de Francia y Castilla.

La desgracia deste año, por la muerte de tantos príncipes aciago, alivió en alguna manera el parto de la reina de Castilla. En ausencia del rey que era ido á Badajoz á dar órden en cosas del reino y apaciguar los alborotos que allí andaban, parió á los seis de diciembre un hijo en Sevilla por nombre don Hernando, que poco despues muy niño sucedió á su padre en el reino. El cuidado de crialle y amaestralle se encargó á Hernan Ponce de Leon caballero principal, y para ello señalaron la ciudad de Zamora por el saludable cielo de que goza, la fertilidad y regalo de sus campos y comarca. Demás desto el año próximo siguiente de **1286** le juraron en cortes por heredero del reino, todo á propósito de asegurar la sucesion, que era el mayor cuidado que aquejaba á su padre, así por los hermanos Cerdas, como por ser cosa manifiesta que á causa del parentesco entre él y la reina el casamiento no era válido. Deseaba alcanzar dispensacion de los sumos pontífices sobre el dicho parentesco; pero nunca pudo salir con ello por la contradiccion que los reyes de Francia le hacian. La causa es de creer era el dolor de que hobiese usurpado el reino, y despojado á los Cerdas deudos tan cercanos de aquella corona. Por tanto procuraba el rey don Sancho por todas las vias y maneras posibles ganallc la voluntad, con el cual intento segunda vez envió sus embajadores, que fueron los mismos que el año pasado, es á saber don Martin obispo de Calahorra y don García abad de Valladolid á Francia, donde á seis dias de enero el nuevo rey Philipo se coronó y ungió por rey de Francia y de Navarra en la ciudad de Rems con las ceremonias y solemnidades acostumbradas.

En tiempo deste rey y por su mandado se edificó en París en la isla de Secana ó Seine el palacio real que allí se ve á manera de un grande alcázar, en que poco adelante se asentó la audiencia ó parlamento; y la administracion de la justicia que ántes seguia la corte sin tener asiento estable, se puso en lugar determinado y tribunales conocidos. Labróse otrosí en la misma ciudad á expensas de la reina el colegio que llaman de Navarra, de los mas insignes que hay en el mundo, así por la grandeza del edificio, como por el gran número que tiene de maestros y concurso de estudiantes. Dícese por cierto que en los buenos tiempos de Francia moraban dentro dél setecientos estudiantes ocupados en sus estudios: mu-

dadas las cosas y alteradas, á la sazon que profesamos la teología en aquella universidad, apenas en el dicho colegio se contaban quinientos entre oyentes y maestros. Deste número algunos sustentaba el colegio á su costa, los demás viven á la suya y de sus padres. Tuvieron estos reyes muchos hijos, es á saber Luis, Philipo, Carlos, Isabel y otra hija que murió en tierna edad. Esto en Francia.

En Sicilia el infante don Jaime luego que supo la muerte de su padre, tomó las insignias de rey en Mecina á dos de febrero, y se llamó rey de Sicilia, príncipe de la Pulla y de Capua como aquel que poseia parte del reino de Nápoles, y tenia esperanza de apoderarse de las demás ciudades y fuerzas del reino, dado que todas las tierras y partes de aquel reino estaban pertrechadas y fortificadas contra los intentos de los Sicilianos; y esto por el mucho valor y diligencia de Roberto conde de Artoes, á quien el rey de Francia, muerto el rey Carlos, encargó el gobierno de Nápoles. Don Alonso el tercero rey de Aragon por estar algunos meses ocupado en aprestar una armada para ir sobre Mallorca y Menorca, cosa que su padre á la hora de su muerte dejó muy encomendada, dilató su coronacion. Finalmente á los catorce dias del mes de abril el mismo dia de Pascua Florida de Resurreccion tomó la corona en Zaragoza y las demás insignias reales. Hizo la ceremonia don Jaime obispo de Huesca por estar á la sazon vaca la silla arzobispal de Tarragona, cuya era aquella preeminencia por antigua costumbre. Juró el rey de guardar los privilegios, fueros y libertades de aquel reino. Tratóse con muchas veras y gran porfia de reformar las gastos de la casa real; particularmente en las cortes que de allí á pocos dias se tuvieron en Huesca, concedió á los señores y caballeros de Aragon á su instancia que los Valencianos, poco ántes deste tiempo encorporados en aquella corona, se gobernasen conforme á las leyes de Aragon.

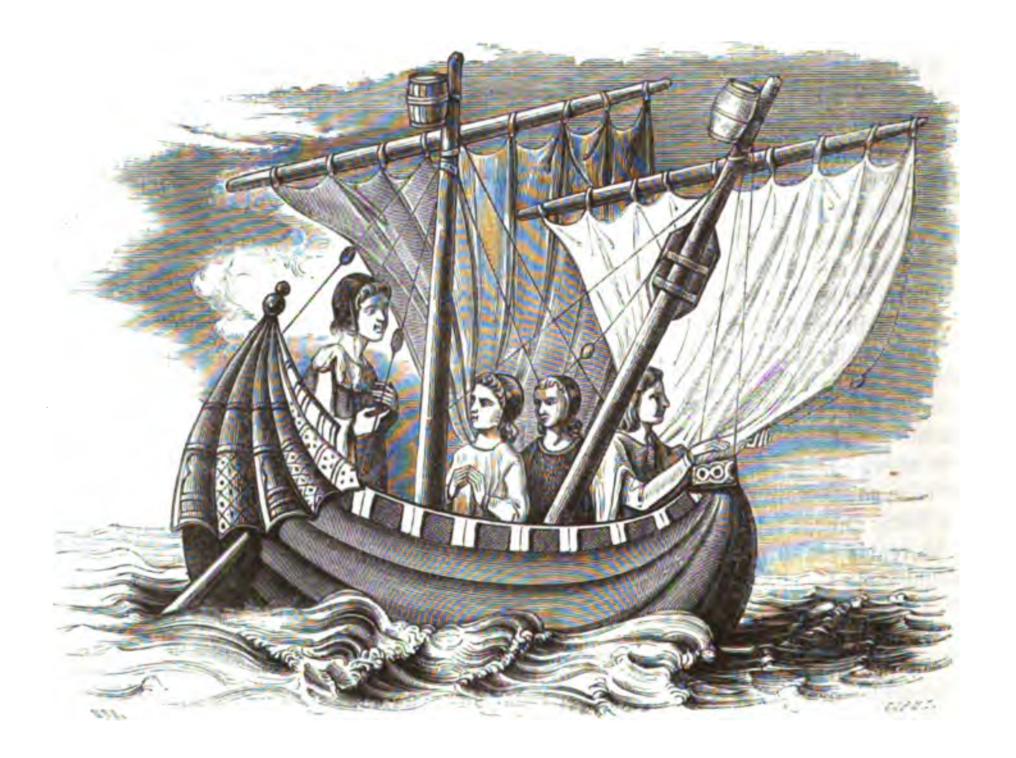
Fallecieron este mismo año grandes personas eclesiásticas, entre otros don Miguel Vincastrio obispo de Pamplona: sucedióle en la silla don Miguel Legaria. La iglesia de Toledo gobernaba todavia el arzobispo don Gonzalo, varon de grande autoridad, y que podia muchos con los reyes: acompañó al rey don Sancho que iba á los confines de Francia, ca quedó concertado por medio de la embajada de que se hizo mencion, que los dos reyes de Castilla y Francia se juntasen en Bayona para se hablar, y tratar allí en presencia de todas sus haciendas, y concordar sus diferencias. Nunca los reyes se vieron, no se sabe que fuese la causa desto: puédese sospechar que nacieron como es ordinario algunas sospechas de una parte y otra, ó por otros respetos y puntos. Así se detuvieron el rey don Sancho en S. Sebastian, y el rey de Francia en Montemarsano. Hóbose de tratar del concierto por terceros: por parte del rey don Sancho don Gonzalo arzobispo de Toledo fué á Bayona, y por parte del rey de Francia el duque de Borgoña. Trataron de hacer las amistades con grande ahinco de entrambas partes. Los Franceses no venian en ningun acuerdo de concordia, si el rey don Sancho no repudiaba la reina pues de derecho por razon del parentesco no podia estar casado con ella, y se casaba con una de dos hermanas del rey de Francia, es á saber Margarita, que despues casó con Eduardo rey de Ingalaterra, ó con Blanca que vino á casar con el duque de Austria.

Don Sancho sintió esto gravemente. Pareciale cosa pesada dejar una muger tan esclarecida, y en quien tenia un hijo y una hija: así llamados los terceros, sin concluir cosa alguna tomó el camino para Victoria do se quedára la reina. Lo que resultó fué enojarse malamente con el abad de Valladolid por saber que muy fuera de tiempo y sazon movió plática deste nuevo casamiento, que dió ocasion á los Franceses para hacer en ello instancia. Revolvia en su pensamiento como podria satisfacerse de aquel enojo. Comunicólo con la reina, que destas nuevas estaba con grandísimo pesar. Parecióles muy á propósito pedille cuenta de las rentas reales que estuvieron á su cargo, y achacalle algun crímen de no las haber administrado bien: encomendaron á don Gonzalo arzobispo de Toledo que tomase estas cuentas. El rey don Sancho ó por cumplir algun voto que hobiese hecho, ó por su devocion se fué á Santiago de Galicia: en el camino en el monasterio de Sahagun halló que los huesos del rey don Alonso el VI y de doña Isabel y doña María sus mugeres estaban enterrados pobremente, procuró se pasasen á mejor lugar con sus túmulos y en ellos sus letreros.

Vuelto á Valladolid, honró á don Lope Diaz de Haro señor de Vizcaya, á quien él tenia grande obligacion, y por quien principalmente tenia el reino: Hízole mayordomo de la casa real y su alferez mayor. Dióle asimismo en tenencia muchos castillos y muy fuertes en todo el reino; y ultra desto á primero de enero le engrandeció con título y honra de conde

(1): para que esta merced fuese mas señalada, le dió privilegio y cédula real en que declaraba ser su voluntad que todas estas honras, privilegios y prerrogativas las heredase don Diego Lope de Haro su hijo, muerto que fuese el padre. Al hermano de don Lope de Haro, que se llamaba don Diego de Haro, le hizo capitan de la frontera contra los Moros. De aquí vino á crecer grandemente la autoridad y poder de aquella familia en estado y renta. En particular comenzó don Lope de Haro á tener mucha privanza y favor con el rey, y atropellar á quien á él se le antojaba, de que muchos se quejaban y murmuraban movidos algunos de buen celo, otros de envidia que pudiese mas uno solo que toda la demás nobleza, y claramente decian que los tenia oprimidos como si propiamente fueran esclavos; que don Lope de Haro era el que reinaba en nombre de don Sancho. En especial llevaban mal esto los Gallegos y los de Leon, y acusaban á don Lope de Haro entre otras cosas que siendo muy áspero y severo con los demás, solamente favorecia y daba todos los provechos y honras á sus parientes y amigos.

No dura mucho el poder de los privados cuando no se templan y humanan. Andaba don Lope muy ufano porque demas de lo dicho emparentó con la casa real por medio de su hija doña Maria, que casó con el infante don Juan. Al mismo rey pretendia apartar de su muger por casalle con Guillelma su prima, hija que era de Gaston vizconde de Bearne. Para salir con esto no cesaba de poner mala voz en el casamiento primero y acusalle. Llevaba el rey muy mal estas práticas, mayormente que á la misma sazon le nació otro infante de la reina por nombre don Alonso. Deseaba descomponer á don Lope, pero la revuelta de temporales tan turbios no daban para ello lugar: ni aun se atrevia á declararse y dar muestra de su enojo y desabrimiento, ántes le traia en su compañía en el mismo lugar de autoridad que ántes, y visitado que hobo el reino de Toledo, se partió para Astorga, y en su compañía don Lope. La voz era para hallarse á la misa nueva de don Merino obispo de aquella ciudad, y honralle con su presencia por ser de nobilísimo linage y deudo del rey de Francia. Su intento principal era apaciguar á los Gallegos que andaban alborotados, y reprimir las entradas y correrías de Portugueses, que hacian por aquellas comarcas el infante don Alon-



(1) Conde era como capitan general de provincia; pero san Fernando abolió esta dignidad, que desde entonces acá no ha sido mas que un título honorífico hereditario por los muchos alborotos que los condes de Castilla habian causado.

so hermano del rey de Portugal, y en su compañía don Alvar Nuñez de Lara hijo de don Juan de Lara, como hombre feroz que era y desasosegado, y acostumbrado á vivir de rapiña.

Eran á propósito para esto los pueblos de Portalegre y de Ronca, que don Alonso poseia en las fronteras de Portugal y á la raya de Castilla. El cuidado de sosegar los Gallegos encargó á don Lope de Haro: sobre lo de Portugal se comunicó con aquel rey, con que juntadas sus fuerzas y hecha liga, se puso sobre la villa de Ronca: talaron los campos, pusieron fuego á las alquerias y edificios que estaban fuera del pueblo; movidos deste daño los de dentro, y por miedo de mayor mal se rindieron. Halláronse presentes en aquel cerco los dos reyes: don Dionisio el de Portugal aconsejó á don Sancho que si queria ver su reino sosegado, procurase abatir á don Lope de Haro, y para este efecto recibiese en su gracia y autorizase á don Alvar Nuñez de Lara, porque á causa de las grandes riquezas y poder de aquel linaje igual á su nobleza era á propósito para contraponelle y amansar el orgullo de aquel personaje. Hízolo así: don Lope que bien entendia donde iban encaminadas estas mañas y cautelas, como hombre altivo y que no podia sufrir igual, resentido desta injuria buscó ocasion para recogerse á Navarra. Dió á entender que iba á visitar á Gaston vizconde de Bearne, como quier que á la verdad se tenia por agraviado del rey que con aquel desvio y mal tratamiento desdoraba las mercedes pasadas. La privanza y poder acerca de los reyes nunca es segura, mayormente cuando es demasiada. Con su ida los Navarros, á quien no faltaba voluntad de hacer guerra á Castilla por los desabrimientos pasados, y por lo que pretendian que de aquel reino les tenian malamente usurpado, tomaron las armas. Era virrey en aquella sazon de Navarra Clemente Luneo francés de nacion. Muchas veces salieron los Navarros á correr las fronteras así de Castilla como de Aragon sin suceder cosa alguna memorable, salvo que tomaron á los Aragoneses la villa de Salvatierra, y pusieron en ella guarnicion de soldados Navarros.

Con mas próspera fortuna hacian los Aragoneses la guerra en Italia. Rugier Lauria, bravo caudillo, y señalado por las victorias pasadas, acometió de improviso la armada de los



De las mismas cántigas de don Alonso el sabio á que en otras notas nos hemos referido, tomamos los curiosos diseños de embarcaciones que intercalamos en estas dos planas: ellos pueden dar una idea del estado de la marina en nuestra nacion en el siglo XIII.

enemigos, que tenian muy poderosa por el gran número de bajeles, junto á Nápoles. Fué muy reñida y sangrienta la batalla que se dió á diez y seis dias del mes de junio. La victoria quedó por los Aragoneses: tomaron cuarenta y dos bajeles, los cautivos fueron cinco mil y entre ellos muchos por su linaje y hazañas muy señalados. Los mas dellos se rescataron por dinero, solo á Guido de Monforte ni por ruegos ni por algun rescate quisieron dar libertad: esto por dar contento á los reyes de Aragon y de Ingalaterra sus enemigos capitales, á causa que este caballero era bisnieto de Simon conde de Monforte, aquel que como arriba se dijo venció en batalla y mató á don Pedro rey de Aragon en la guerra de Tolosa. El nieto deste Simon llamado asi mismo Simon prendió al emperador Ricardo (que fué elegido en competencia de don Alonso el Sabio, y era hermano del rey Enrique de Ingalaterra) los años pasados en la batalla de Leuvis, que hobo entre los Franceses y Ingleses, do estuvo un monasterio famoso de san Pancracio. Este Guido en venganza de su padre Simon, que poco despues fué por los Ingleses muerto en otra batalla que se dió cerca de Vigornia en Ingalaterra, al tiempo que Eduardo rey de Ingalaterra volvia de la guerra de la Tierra Santa, mató con grande impiedad y crueldad á Enrique hijo del emperador Ricardo en Viterbo en la iglesia Mayor donde oia misa. Esto hecho, con las armas se hizo camino para huir, y se fué á valer á su suegro el conde del Anguilara, llamado Rubro. Comunmente cargaban á Carlos rey que era á la sazon de Nápoles y Sicilia, de que no vengó esta muerte como vicario que era en aquel tiempo del imperio, y como tal tenia puesto al dicho Guido en el gobierno de Toscana. Los historiadores Ingleses y Franceses afirman que Guido despues que fué preso en la batalla naval susodicha, fué entregado en poder del rey de Ingalaterra. Un historiador Siciliano de aquel tiempo porfía que falleció en Sicilia de una enfermedad, de que solo á juicio de los médicos le pudiera sanar la comunicacion con muger, y que él no quiso venir en ello por no hacer injuria al matrimonio, y por no sujetarse á la deshonestidad; que si fué así, es tanto mas de loar este caballero que su muger Margarita despues que dél enviudó, se dice hizo poco caso de lo que debiera, y vivió con poco recato. Dejó este caballero una hija llamada Anastasia, que casó con Romano Ursino pariente cercano del papa Nicolao Tercero y conde de Nola. La nobilísima sucesion que procedió deste casamiento, se continuó en aquella casa y estado hasta nuestros tiempos cuando últimamente faltó, y la ciudad de Nola volvió á la corona real.

CAPITULO XI.

Que se trató de librar los hermanos Cerdas, y Cárlos príncipe de Salerno fué puesto en libertad.

Sosegados estaban los Aragoneses y muy pujantes en fuerzas, riquezas y gloria por sus hazañas grandes y memorables: solamente en la costa de Cataluña inquietaba á los naturales con sus armas don Jaime rey de Mallorca, bien que no hizo cosa alguna digna de memoria. El nombre del rey don Alonso de Aragon era célebre. Tenia en su mano puesta la paz y la guerra á causa de los grandes príncipes que tenia en su poder detenidos: los hermanos Cerdas en el castillo de Morela, el príncipe de Salermo en el de Siurana, ambos muy fuertes y con buena guarda. Cansados pues estos príncipes de tan larga prision, y movidos por miedo de mayor mal se inclinaban á la paz con las condiciones que él quisiese: tenian grandes reyes por intercesores, muchas embajadas de Francia y de Castilla venian al rey de Aragon sobre el caso, la autoridad de Eduardo rey de Ingalaterra que se interpuso con los demas por medianero, era de mas peso y eficacia á causa que el Aragonés pretendia tomalle por suegro y casarse con su hija Leonor. Acordaron pues estos reyes de verse y hablarse en la ciudad de Oloron, que se llamó antiguamente Lugduno, y está en los confines de Francia en los pueblos llamados Coquenos: hoy está en el principado de Bearne á las haldas de los montes Pirineos, el emperador Antonino la llamó Illuro.

En aquella junta y habla por grande instancia del rey de Ingalaterra se alcanzó que dentro de un año Cárlos príncipe de Salerno fuese puesto en libertad con estas condiciones: que el reino de Sicilia quedase por don Jaime: que el preso alcanzase del papa consentimiento para esto, junto con alzar las censuras puestas contra los Aragoneses: item que pagase treinta mil marcos de plata: últimamente que Carlos de Valoes se apartase de la pretension que tenia al reino de Aragon que le adjudicára el pontífice Martino: que dentro de tres años, si todo esto no se cumplia, fuese aquel príncipe obligado á tornarse á la prision, y sin embargo

diese en rehenes á sus tres hijos Roberto, Cárlos y Luis, ultra desto sesenta caballeros de los mas nobles de la Proenza. Graves condiciones eran estas; pero como al vencedor eran estos conciertos provechosos, así á los vencidos era forzoso aceptallos de cualquiera manera que fuesen, que una vez puestos en libertad confiaban no les faltaria ocasion de mejorar su partido. Cárlos príncipe de Salerno puesto que fué (segun lo asentado) en libertar el año del señor de 1288 desde Aragon pasó á Francia, desde allí á Toscana: apaciguados ende los alborotos de los Gibelinos, en Roma finalmente le declaró por rey de Pulla y de Sicilia el papa Nicolao IV el que al principio deste año sucedió en lugar de Honorio. Púsole la corona real en su cabeza con todas las demas insignias y vestiduras reales. Pretendia el pontífice no ser válido el concierto pasado, como hecho sin su licencia, de un reino que de tiempo antiguo era feudatario de la iglesia romana. Esto alteró grandemente el ánimo del rey de Aragon, tanto mas que entendia y le avisaban que el rey don Sancho queria dejar su amistad y avenirse con el rey de Francia á persuasion del sumo pontífice, parecer que aprobaban la reina y don Gonzalo arzobispo de Toledo, aunque muchos grandes juzgaban debia ser preferida la amistad del rey de Aragon así por la vecindad de los reinos como por tener en su poder los hermanos Cerdas.

Destos principios se alteraron algunos, y por la muerte de don Lope de Haro, como luego se contará, sus parientes y amigos se pasaron á Aragon, y fueron causa de nuevas y largas guerras: pretendian y procuraban satisfacerse de sus particulares disgustos con las discordias y males comunes. El rey don Sancho por el mismo caso se vió puesto en necesidad de darse priesa á hacer la confederacion con el rey de Francia. Enviaron los dos reyes sus embajadores á Leon de Francia, do los esperaba el cardenal Juan Cauleto enviado por el legado del sumo pontífice para este efecto. Por el rey de Francia vinieron Mornay y Lamberto caballeros principales de su corte; el rey don Sancho envió á don Merino obispo de Astorga. El concierto se hizo desta manera: el rey don Sancho prometia de dar á don Alonso de la Cerda el reino de Murcia á tal que no se intitulase en ninguna manera rey de Castilla, y el reino de Murcia le tuviese como moviente y feudatario de Castilla: que si don Alonso muriese sin hijos, sucediese don Hernando su hermano menor: el de Castilla enviase mil caballos en ayuda al rey de Francia, que queria mover guerra á Aragon; y si fuese necesario, diese paso y entrada segura por sus tierras al ejército francés: item que los hermanos Cerdas luego que alcanzasen libertad con el poder y industria de los dos reyes, se entregasen en poder del rey de Francia.

Este concierto dió mucho disgusto á doña Blanca, madre de los infantes, en tanto grado que dejado su hermano, se fué á Portugal. Como muger varonil pretendia buscar nuevos socorros contra las fuerzas de Castilla, puesto que mas fué el trabajo que en esto tomó, que el fruto que sacó. El rey Dionisio de Portugal, echados los Moros de toda su tierra, gozaba de una tranquila paz, ni le podian convencer á que la alterase en pro de otros y daño suyo. Qué prudencia fuera ponerse en peligro cierto con esperanza incierta, y escurecer la gloria ganada, y alterar la quietud y reposo de su reino con mover las armas fuera de tiempo? Tuvo este rey muy buenas partes, y en especial muy noble generacion de hijos y hijas. De doña Isabel su muger tuvo antes desto una hija llamada doña Isabel, y este año le nació otra que se llamó doña Costanza: de allí á dos años otro hijo que se llamó don Alonso, que fué heredero del reino. De mugeres solteras tuvo estos hijos: á don Alonso de Alburquerque, de quien trae su decendencia una familia deste sobrenombre nobilísima en Portugal, y á don Pedro que fué dado á los estudios de las letras, como da testimonio un libro que compuso de los linajes y de la nobleza de España; y á don Juan y á don Fernando, y ultra destos dos hijas que la una casó con don Juan de la Cerda, y la otra se metió monja.

CAPITULO XII.

De nuevas alteraciones que se levantaron en Castilla.

Castilla por lo que tocaba á los Moros, sosegaba á causa de la amistad que tenian con el rey de Granada: con Africa poco ántes se asentaron treguas con Juzeph rey de Marruecos. La guerra civil y doméstica tenia á todos puestos en mayor cuidado. Sucedió este daño por la muerte de don Lope de Haro, que le dieron dentro de palacio, y en presencia del mismo rey, si con razon ó sin ella, no se averigua bastantemente. Para que todo esto mejor se en-

tienda, será bien relatar los principios por do se encaminó esta desgracia. Por muerte de don Alvar Nuñez de Lara, que falleció poco despues que tornó en gracia del rey don Sancho, don Lope de Haro su competidor volvió á Castilla y á la corte con esperanza de recobrar la cabida y autoridad que ántes tenia, pues era muerto su contrario; pero la naturaleza, que no permite viva alguno sin competidor y sin contraste, en el mismo punto que murió, hizo que don Juan hermano del difunto subiese al mismo grado de dignidad, y al favor y gracia del príncipe que su hermano tuvo, con mucho gusto del pueblo y no menor pesar y dolor de don Lope de Haro. Quejábase que con aquellas artes y mañas se le hacia notable agravio, y que todo se encaminaba á disminuir su autoridad y menoscaballa. Era el sentimiento en tanto grado que no temia de dar muestras dél al mismo rey, y formar quejas en su presencia.

Como el infante don Juan su yerno con un escuadron de gente corriese la campaña de Salamanca, y con sus ordinarias correrías llegase hasta Ciudad-Rodrigo, y el rey se quejase desto con don Lope de Haro; tuvo atrevimiento de confesar que todo aquello se hacia por su consejo y voluntad, hasta añadir que si el rey iba á Valladolid, su yerno vendria á Cigales, que es un pueblo allí cerca, y era tanto como amenazalle: soltar la rienda á la mala condicion y irritar con esto la ira de los reyes cosa es muy perjudicial. Verdad es que por entonces el rey tuvo sufrimiento y disimuló lo mejor que pudo, hasta que se ofreciese ocasion para castigar tan gran locura y desacato. Fué el rey á Valladolid, habló con don Juan su hermano: dióse órden como aquellos alborotos algun tanto sosegasen. Partido de Valladolid, fué primero á Roa, y de allí á Berlanga y á Soria. Despues tomó el camino para Tarazona para verse con el rey de Aragon, y alcanzar dél que le entregase los hermanos Cerdas. Estorbóse esta vista de los reyes por las malas mañas de don Lope de Haro, que como tercero iba de una parte á otra, y á cada cual de las partes referia en nombre del otro condiciones para asentar la paz muy pesadas y muy contrarias de lo que los mismos príncipes pretendian. Todo iba enderezado á derribar por medio de los hermanos Cerdas al rey don Sancho, de quien tenia de todo punto el ánimo enagenado, que fué la causa de no efectuarse cosa alguna, y de volverse el rey á Alfaro, que es una villa de Castilla puesta á los confines de Aragon y de Navarra.

Acudieron el infante don Juan y don Lope de Haro su suegro á hacer reverencia y compañía al rey sin guarda bastante con que se asegurasen. Halláronse presentes don Gonzalo arzobispo de Toledo, y don Juan Alonso obispo de Plasencia, el obispo de Calahorra, el de Osma y el de Tuy: allende destos el dean de Sevilla que era chanciller mayor, y el abad de Valladolid, todos llamados á consejo para tratar de cosas importantes. Llegados don Juan y don Lope á besar al rey la mano, mandóles le volviesen á la hora todos los castillos y plazas que tenian en su poder, y para esto alzasen el juramento á los soldados que tenian de guarnicion, y diesen las contraseñas por do entendiesen por cierto que era tal su voluntad. Fuéles este mandato muy pesado: escusábanse de obedecer, mandólos prender: don Lope de Haro, puesta mano á la espada, y revuelto el manto al brazo, con palabras muy injuriosas, y llamar al rey tirano, fementido, cruel, con todo lo demas que se le vino á la boca y que el furor y rabia le daban: se fué para él con intento de matalle. Locura grande y demasiado atrevimiento, que le acarreó su perdicion: los que estaban presentes, pusieron asimismo mano á sus espadas, y del primer golpe le cortaron la mano derecha y consiguientemente le acabaron. Caballero que fué arriscado y fuerte, mas su arrogancia y poder demasiado, junto con la envidia que muchos le tenian, redujeron á estos términos.

Don Juan su yerno despues que hirió á algunos de los criados del rey, como vió muerto á su suegro, se huyó y acogió al aposento de la reina, que se puso delante para amparalle del rey que venia en su seguimiento con la espada desnuda, y por sus ruegos y lágrimas hizo tanto que le libró de la muerte. Pusiéronle en prisiones para estar á juicio y dar razon deste y de los demas desacatos. Forzosa cosa es pasar muchas cosas en silencio por seguir la brevedad que llevamos; mas quién podria contar por menudo y á la larga todas las tramas que en esto hobo de traicion y deslealtad? quién decir todo lo que pasó en tan grande ruido y alboroto? y encarecer la turbacion y desasosiego de toda la casa real? La suma es que quitadas delante las cabezas, los alborotos se apaciguaron por entonces, y con el ejemplo fresco de aquella culpa, y de aquel castigo, los demás se tuvieron á raya para que luego no se alterasen. Pero como se hobieron un poco sosegado, en secreto, y públicamente en corrillos comenzaron á murmurar deste hecho del rey. Decian que con muestras de amor engañó á tan grandes príncipes: los parientes y aliados de los dos unos se salian de la corte, otros de que hobo

gran número, se fueron del reino. Por todo esto bien se dejaba entender que se armaba alguna gran tempestad; que fué la causa principal de abreviar la confederacion y liga con el rey de Francia en Leon, como arriba queda dicho.

Doña Juana muger del difunto don Lope de Haro y hija de don Alonso señor de Molina toda cubierta de luto se fué á ver con la reina su hermana en Santo Domingo de la Calzada, donde estaba la corte. Pretendia con esto recoger las reliquias del naufragio de su casa. Hizo tanto, que con sus lágrimas y á ruego de la reina se amansó el rey para que no despojase á su hijo del señorío de Vizcaya, como lo pretendia hacer; y ya por fuerza se habia apoderado de la villa de Haro y del castillo de Treviño. Demas desto con deseo de sosiego y de apaciguallo todo la reina prometió á su hermana que si su hijo, don Diego de Haro, como era forzoso, llevase en paciencia la muerte de su padre, y se pusiese en manos del rey, le haria dar el lugar y autoridad que su padre tenia. Doña Juana como muger inconstante pensó que estas promesas procedian de miedo: así mudó luego de parecer y trocó la humildad pasada en cólera, tanto que con deseo de vengarse atizaba á su hijo, y le aconsejaba que renunciada la fe y lealtad que al rey tenia prometida, se desnaturalizase, y se pasase á Aragon. Doña Maria muger del infante don Juan que tenian preso, se pasó á Navarra, cerca de la cual estaba. En su compañía se salieron otrosí de Castilla muchos de sus aliados, dado que la mayor parte (como suele acontecer en estas revueltas) dudosos y suspensos se estuvieron en sus casas para tomar consejo conforme al tiempo y como las cosas se rodeasen.

Gaston vizconde de Bearne, sabido lo que pasaba, vino á gran priesa á Aragon en favor de sus deudos, resuelto de poner á cualquier riesgo su persona y estados por los amparar. A instancia de todos estos señores el rey de Aragon puso en libertad á los hermanos Cerdas. Y para hacer mayor pesar al rey don Sancho por el mes de setiembre en Jaca donde hizo traer los infantes, nombró á don Alonso el mayor dellos por rey de Castilla y de Leon, de que resultaron nuevas guerras y grande ocasion para discordias; y es cosa forzosa que los grandes reinos sean muchas veces combatidos de nuevas y grandes tempestades. Por medio de los Cerdas y con el favor de los Aragoneses se movió guerra á Castilla. El pueblo estaba no mas deseoso que medroso de cosas nuevas. Los caballeros principales de Castilla no eran de un mismo parecer: los mas prudentes con deseo de sosiego seguian el partido del rey don Sancho, y querian agradalle á él, pues tenia el mando y señorío. El en aquellos dias fué á Victoria, que es en Alava: allí la reina parió un hijo que se llamó don Enrique. La ida se enderezaba así para verse en Bayona con el rey de Francia, segun que lo tenian determinado por sus embajadores, como para acabar de conquistar los lugares y tierras de Vizcaya y ponelles debajo de su señorío.

Esta guerra fué mas dificultosa de lo que se pensó, por la aspereza de los lugares, la falta de bastimento, y la condicion de la gente, constante en guardar la fe y lealtad á sus señores. Teníase esperanza por medio del maestre de Calatrava don Ruy Perez Ponce de poder ganar á don Diego de Haro hermano de don Lope, al cual ántes deste tiempo el rey hizo capitan de la frontera y al presente le ofrecia mucho mayores honras y premios, hasta dalle intencion que le daria el señorío de Vizcaya; pero él sin hacer caso de todo esto quiso mas irse desterrado á Aragon. Decia no se debia confiar de quien socolor de amistad maltrató de tal manera á tales príncipes sus parientes y amigos. Así se partió determinado de favorecer y amparar con su consejo y hacienda y diligencia á su sobrino. Todo parecia estar á punto de romper: los pueblos resonaban con aparatos y pertrechos de guerra, cuando al mismo punto que querian acometer las fronteras de Castilla, falleció de enfermedad don Diego de Haro hijo de don Lope en gran pró y beneficio del rey don Sancho y de sus cosas. Con su muerte se resfriaron las voluntades de los que seguian su bando; y Vizcaya que hasta entonces hacia resistencia, toda ella vino en poder del rey por el esfuerzo y valor de Diego Lopez de Salcedo, á quien se cometiera todo el peso de aquella conquista, y de quien así en guerra como en paz se hacia mucho caso.

CAPITULO XIII.

De algunas hablas que tuvieron los reyes.

El rey don Sancho dado que hobo fin á las cosas de Vizcaya, y que las vistas con el rey de Francia se remitieron para otro tiempo, dejó á su hermano el infante don Juan con buena guarda preso en el alcázar de Burgos, y despues le pasaron á Curiel; y él con el cuidado que

tenia de la guerra de Aragon y de su reino, que de nuevo andaba en balanzas, se partió para Sabugal, que es una villa á la raya de Portugal. Allí se juntaron él y el rey de Portugal para tratar entre los dos de sus haciendas: hicieron liga contra los Aragoneses y los desterrados de Castilla, que se apercebian para la guerra socolor de poner en posesion á don Alonso de la Cerda, que ya se intitulaba rey de Castilla, en el reino de su abuelo. Apartados los reyes, y vueltos destas vistas, don Sancho recogidas sus fuerzas por todas partes y la gente de guerra que tenia, se fué á encontrar con los Aragoneses á la villa de Almazan. En el mes de abril del año del Señor de 1289 se juntaron los dos campos, mas no sucedió cosa digna de memoria; solo la villa de Moron fué tomada por los Aragoneses por fuerza de armas, y Almazan fué cercado.

De la otra parte el rey don Sancho con una entrada que hizo por las fronteras de Aragon, destruia la campaña, robaba ganados, y ponia á fuego villas y lugares. Don Diego Lopez de Haro de la misma manera con sus correrias talaba todos los campos y términos de Cuenca y Huete, demas de un escuadron de enemigos con quien se encontró, y los venció y puso en huida junto á la villa de Pajaron. En esta refriega murió Rodrigo de Sotomayor capitan de los Castellanos. Las banderas que les tomó, envió don Diego á la ciudad de Tiruel. La estrechura del lugar fué causa deste reves: los Aragoneses peleaban mejorados del lugar, y por todas partes estaban sobre los enemigos. En ninguna parte podian reposar, unos daños sucedian á otros, como si anduvieran en rueda: los que con su daño pagaban las discordias de los príncipes, eran los inocentes. Verdad es que las mas ciudades y villas tenian la voz de don Sancho unas por miedo, otras, por voluntad. Solo en Badajoz se encendió una revuelta muy grande: estaban aquellos ciudadanos de tiempo antiguo divididos en dos bandos, es á saber los Bejaranos y los Portugaleses. Fueron los Bejaranos despojados de sus haciendas por los contrarios, y forzados á ausentarse de la ciudad. Hicieron recurso al rey para que deshiciese el agravio. Mandólo asi: los dañadores no quisieron obedecer á este mandato. Acudieron los Bejaranos á las armas, y con gente que tenian apercebida, mataron gran número del otro bando, y echaron los que quedaban, de la ciudad.

A este atrevimiento de quererse vengar por sus manos añadieron otro mayor, y fué que como se hobiesen fortificado en lo mas alto de la ciudad, apellidaron por rey á don Alonso de la Cerda. Dió esto grande pesadumbre al rey don Sancho: el daño que resultó á aquella ciudad fué notable. Grande es la furia del pueblo puesto en armas, las fuerzas de los reyes son mayores: vióse por experiencia, que luego que el rey envió su campo sobre ellos, la osadia se les trocó en miedo. Rindiéronse á partido, salvas las vidas. No les guardaron el concierto: todos los Bejaranos fueron pasados á cuchillo en número de cuatro mil entre hombres y mugeres. El mismo trabajo corrió Talavera villa principal en el reino de Toledo: por seguir la voz de don Alonso de la Cerda hasta cuatrocientos de los mas nobles fueron justiciados y descuartizados públicamente á la puerta que desde aquel tiempo comenzó el vulgo á llamalla la puerta de Cuartos.



Puerta de Cuartos.

Así lo testifican los de aquel lugar como cosa recebida de mano en mano de sus antepasados, sin que haya autor ni testimonio mas bastante. Lo cierto es que con el castigo destos dos pueblos quedaron avisados los demas para no se demandar; y es así que todo grande ejemplo y hazaña es casi forzoso tenga mezcla de algunos agravios; pero lo que se peca contra los particulares, se recompensa con el provecho y sosiego comun.

El año próximo siguiente de 1290 se trató de nuevo que los reyes de Francia y de Castilla se viesen y hablasen. Acordado esto, llegaron en un mismo dia á Bayona pueblo de la Guiena señalado para esta junta. Lo mas principal que entre los reyes se resolvió, fué que el de Francia alzó la mano de ayudar á los hermanos Cerdas: renunció otrosí el derecho, si alguno tenia, al reino de Castilla como bisnieto de la reina doña Blanca, que no faltaba quien le pusiese en seguir esta demanda; demas desto se resolvió de hacer por ambas partes la guerra al reino de Aragon. Al mismo tiempo Tolosa, Segura y Villafranca, que se comenzáran á edificar en la parte de Vizcaya en tiempo del rey don Alonso, se acabaron en este por la diligencia del rey don Sancho, de que hay hoy dia públicos instrumentos despachados en esta razon en Victoria y en Valladolid, donde se vino desde Bayona. El rey de Aragon, sabida la confederacion de los dos reyes, y visto que no tenia fuerzas para contrastar con Castilla, Francia y Italia, mucho se inclinaba á la paz, sin embargo que Cárlos rey de Nápoles no cumplia lo que se asentó en el concierto pasado; de que el rey de Ingalaterra por cuya instancia fué puesto en libertad, se sentia muy agraviado que hiciese burla de su fe y palabra.

Acudieron por todas partes al papa á poner en sus manos estas diferencias. Respondió enviaria sus legados, que oidas las partes, con condiciones acordasen todos estos debates. Nombró para esto dos cardenales, es á saber Benito Colona y Gerardo de Parma, para que fuesen á Francia y lo compusiesen todo. En este comedio Carlos rey de Nápoles y el rey de Aragon con seguro que se dieron el uno al otro, se vinieron á hablar en Junquera pueblo de Cataluña. Allí platicaron sobre muchas cosas, y asentaron treguas por algunos meses mientras que los legados tomasen algun buen medio para asentar con firmeza la paz: cosa que á todos venia bien y á que todos se inclinaban, Carlos con esperanza de recobrar el reino de Sicilia, el aragonés porque se alzase el entredicho que tanto duraba en su reino, y por escusar la guerra que de Francia le amenazaba, demas del deseo que le punzaba, apaciguadas estas diferencias, de volver sus armas contra Castilla.

CAPITULO XIV.

Que don Juan de Lara se pasó á Aragon.

Don Juan Nuñez de Lara, personage de gran reputacion, poder y riquezas, comenzaba de nuevo á aficionarse al partido de Aragon así por su poca constancia como por la intencion que le daban de restituille la ciudad de Albarracin: cosa muy ordinaria, que los hombres hacen mas caso de su interés que de lo que es justo y loable. El rey don Sancho por tener entendido seria de grande importancia para todo su ida ó su quedada, hizo todo lo posible para sosegalle hasta nombralle por general de las fronteras de Aragon y hacelle otros regalos: no aprovechó nada todo esto, mayormente que en Burgos, donde la corte estaba, un page le dió ciertas cartas en que le avisaban mirase por sí que le tenian armada celada. Corrió la fama que fué asi verdad: yo mas creo fué mentira, como lo afirman autores de crédito; que aquellas cartas fueron echadizas por personas que les pesaba que un caballero tan valeroso hobiese vuelto á la gracia del rey, como hombres que tenian mas cuenta con sus intentos particulares que con el bien comun.

Don Juan que de su naturaleza era sospechoso, dió crédito á lo que las cartas decian, y á gran furia salió de la corte, y por el reino de Navarra se pasó á Aragon sin que fuese parte para estorballo la diligencia que el rey puso por medio de la reina, y con ir él mismo en pos dél hasta Valladolid. Sentia mucho su partida por ver que le amenazaba una grave tempestad, si caballero tan poderoso y de tantos amigos se juntase con los demas foragidos. No era este recelo fuera de propósito; que luego con mucha gente entró por las fronteras de Castilla hasta Cuenca y Alarcon, taló y robó toda la campaña, hizo todo el mal y daño que pudo. Acudieron las gentes del rey don Sancho; pero en un encuentro las desbarató y les tomó muchas banderas, rindió y sujetó la villa de Moya, y con gran número de cautivos y ganados

dió la vuelta para Valencia, desde donde el rey de Aragon, don Diego de Haro y don Juan de Lara con gente que tenian aprestada, todos juntos volvieron á entrar por la parte de Molina, Sigüenza, Berlanga y Almazan: sin hallar quien les fuese á la mano, destruyeron toda la tierra.

Aquejaba este daño mucho al rey don Sancho, deseaba acudir con sus gentes desde Cuenca, do era venido para remediar los daños. Poco efecto hizo: unas cuartanas que muy fuera de sazon le tenian trabajado, le embarazaban y debilitaban de suerte que no podia hacer cosa alguna, ni dar órden en lo que convenia, de que recebia mas pesadumbre que de la misma enfermedad. Llegó á términos de estar desahuciado de los médicos. La reina que en Valladolid aquellos dias parió un hijo que se llamó don Pedro, aun no bien convalecida del parto con el aviso se puso en camino para visitar al rey. Su venida dió al doliente mucho contento, y fué muy provechosa para el bien comun su llegada. Con su buena maña redujo á don Juan de Lara, que ya estaba arrepentido de su liviandad por salille vana la esperanza de recobrar á Albarracin. Concertaron que doña Isabel hija de doña Blanca y del hermano de la reina, doncella de muy excelentes partes, casase con el hijo de don Juan de Lara, que tenia el mismo nombre que su padre. Era la dote el señorío de Molina, porque el padre de la novia no tenia hijo varon. Asentado esto, se celebraron las bodas en Cuenca con grande magestad y aparato.

Concluidas las fiestas, el rey y la reina se fueron para Toledo, y en su compañía don Juan Nuñez de Lara. Aposentárole en el monasterio de S. Pablo, que era de la órden de Santo Domingo, fuera de los muros de la ciudad á la ribera de Tajo. Un dia muy noche se entretenia en jugar á los dados con un judío muy rico. Vino al improviso un su criado llamado Nuño Churuchao: avisóle se pusiese en cobro, porque tenian ordenado de matalle; que la noche pasada metieron muchas armas dentro de palacio. Dió él luego crédito á este aviso: quisiera huir, pero no le fué posible por estar cerradas las puertas de la ciudad, y dentro las cabalgaduras y criados. Pasó la noche con este miedo y cuidado, que se le hizo muy larga. Al alba del dia, llamados sus criados y caballeros les dijo el peligro en que se hallaba: ellos sin embargo le aconsejaron que no hiciese movimiento, que pues la noche se pasó sin muestra ninguna de tales asechanzas, que entendiese era mentira; porque á qué propósito dilatallo, si tal pensaran? para qué esperar á que viniese el dia? por ventura para que fuese testigo de la traicion? qué mas querian sus contrarios que velle ido de la corte, en que tenia tanto poder y mando que á todos causaba envidia, y sus riquezas les hacian temblar? Que en la ciudad todo lo vian sosegado, que se acordase del engaño pasado; y finalmente que aquel su consejo ó seria para él saludable, ó si todavia fuese necesario huir el peligro, que era lo peor que se podia esperar, que esto seria la noche siguiente que de dia al seguro no se atreverian á acometer tal hazaña. Con estas razones se mitigó su miedo. Avisado el rey de aquel recelo y sobresalto, sintió mucho que se pusiese duda en su fe y palabra. Cuidaba como le quitaria aquella sospecha: cuanto mas el rey procuraba dalle satisfaccion, él sospechaba que no debian engañalle los que le avisaron: y que aunque la verdad no se podia averiguar, que se la querian encubrir con artificio y maña.

En este tiempo se asentó de nuevo la confederacion con el rey de Granada á tal que pechase el tributo que debia, conforme á los conciertos pasados. Fué necesario acudir á esto porque andaba en balanzas, como es la costumbre de aquella gente ser poco constantes. Hernan Ponce de Leon, que era frontero de los Moros, fué el principal medio para que estos reyes se conservasen en paz y amistad. De Toledo fueron los reyes primero á Burgos, y de allí á Palencia donde se hacia capítulo general de la órden de Sto. Domingo. Don Juan de Lara no se podia sosegar con ningunos beneficios y buenas obras; y no se contentaba con maquinar él solo revueltas, sino que atizaba y persuadia á los grandes de la corte que procurasen de intentar cosas nuevas: con esto andaban muchas voluntades torcidas y enagenadas del rey. Para remedio desto sacaron de la prision en que estaba, á don Juan hermano del rey, que era muy bien quisto de grandes y pequeños. Hizo el juramento y pleito homenage de ser fiel al rey y al príncipe don Fernando su hijo, y besó la mano del niño como heredero del reino, conforme á la costumbre que se guarda en Castilla. Demás desto por su medio muchos mudaron parecer, y abrazaron los consejos mas saludables. Por industria del rey, que fué á Santiago de Galicia, so color de devocion y visitar aquella santa casa, se redujo asimismo á mejor partido, y á que dejase las armas don Juan Alonso de Alburquerque caballero principal, que en Galicia andaba alborotado á persuasion de don Juan de Lara.

Estas cosas pasaban en Castilla el año de 1291, cuando al principio del mes de febrero los cardenales que el sumo pontífice enviára á Francia por legados (como arriba dijimos) en Tarascon pueblo de la Gallia Narbonense compusieron las diferencias que resultaban entre los reyes de Aragon y Francia. Estuvo presente Carlos rey de Nápoles, y los dos reyes enviaron sus embajadores con amplios poderes para venir en el concierto. Las condiciones de la paz fueron estas: el rey de Aragon envie á Roma sus embajadores, é humildemente pida perdon de la contumacia é inobediencia pasada: peche en cada un año á la iglesia romana treinta onzas de oro en razon de tributo y feudo, como su bisabuelo lo prometió: con una buena armada pase en favor de la Tierra Santa; á la vuelta aconseje á su madre y hermano, y procure partan mano de las cosas de Sicilia: por conclusion publique un edicto riguroso en que mande á todos los Aragoneses soldados y caballeros salgan de aquella isla: Carlos de Valoes renuncie el derecho que el papa le dió sobre el reino de Aragon: demás desto se añadió que el padre santo recibiria en su gracia al aragonés, y enviaria un prelado á quitar el entredicho que tenia puesto en todo aquel reino; al cual el rey de Aragon entregaria los rehenes que de parte del rey Carlos de Nápoles tenia en su poder.

Al concluir estos conciertos no se hallaron los embajadores de Sicilia, y esto por industria del rey de Aragon con intento que no les desbaratasen todo, ca sabia cierto no vendrian en aquellas condiciones: maña de que el rey don Jaime y toda Sicilia se agraviaron en gran manera. Quejábanse los hobiese engañado y desamparado quien mas que todos los debiera favorecer; sin embargo querian llevar adelante lo comenzado, y poner las vidas y la sangre en la demanda ántes que volver al señorio de Franceses: la resolucion fué tal y tan grande, que al fin salieron con su intento. Por esta causa la esperanza que tenian de recobrar á Sicilia, salió vana á los Franceses; y aun la ida del rey de Aragon á la Tierra Santa no se efectuó á causa que á la misma sazon vino nueva que Elpis emperador de Egipto y su hijo Melesayte con un cerco muy apretado que pusieron sobre Ptolemayde, ciudad que solo quedaba allí en poder de cristianos, la combatieron de suerte que la entraron por fuerza, y todos los moradores y soldados pasaron á cuchillo: los edificios al tanto los abatieron por tierra hasta no dejar rastro ni señal alguna de ciudad. Este fué el remate de la guerra sagrada, y de aquella empresa de la Tierra Santa. Tal fué la voluntad de Dios. La pereza y poquedad de los fieles vergonzosa acarreó esta mengua y daño.

Viéronse segunda vez los reyes de Aragon y el de Nápoles en Junquera: tornaron á tratar de la paz, á que el uno y el otro mucho se inclinaban por estar cansados de los trabajos pasados, y temerosos de lo porvenir. Por esta causa luego que se despidió esta junta, el rey Carlos casó su hija mayor llamada Clemencia con Carlos de Valoes, y por dote el condado de Anjou y el estado de Maine; con tal condicion empero que partiese mano de la pretension de Aragon. Estaba al tanto muy resuelto el rey de Aragon en cumplir todo lo puesto y concertado cuando la muerte muy fuera de lo que pensaba, le atajó los pasos; que le sobrevino en Barcelona en sazon que se aprestaba para hacer traer á doña Leonor su esposa, y todo andaba lleno de fiestas y contento. Falleció en la flor de su juventud en edad de veinte y siete años á diez y ocho dias del mes de junio. Si tuviera mas larga vida, fuera muy señalado príncipe, conforme á las grandes muestras que daba de valor y de virtud. Ante todas cosas merece ser alabado por mostrar como mostró la paz del mundo, bien que no se la pudo dar. Su cuerpo enterraron en el monasterio de S. Francisco de aquella ciudad y en el hábito de la misma órden: las exequias y honras como era razon con grande aparato y muy solemnes.

CAPITULO XV.

Como los tres reyes de España emparentaron entre sí.

Con el aviso de la muerte del rey de Aragon, porque no dejaba hijos, su hermano don Jaime luego desde Sicilia acudió y vino á Aragon á tomar posesion de aquel reino que le pertenecia así por el derecho de parentesco, como por el testamento de su hermano, ca le nombró por su sucesor. Así sin contradiccion en Zaragoza á veinte y cuatro dias del mes de setiembre fué ungido y coronado, en la iglesia de S. Salvador con las ceremonias acostumbradas. Tocante al testamento de su hermano en que dejaba por heredero del reino de Sicilia á don Fadrique su hermano menor, no quiso pasar por esta cláusula, ni consentir que

saliese de su poder el reino que los Sicilianos le dieron con mucha voluntad y á instancia de su mismo padre. Pretendian á la misma sazon su amistad don Alonso de la Cerda que presente se halló, y el rey don Sancho por sus embajadores, ambos con muchas veras. En esta competencia pareció inclinarse mas el aragonés á la parte de don Sancho, y aficionarse mas á la fortuna que á la justicia de las partes, sin memoria de la voluntad que su padre y hermano mostraron en aquel caso. A la verdad las fuerzas de los Cerdas, que con presteza y calor por ventura prevalecieran, con la tardanza estaban flacas: las del bando contrario de cada dia se acrecentaban mas y prevalecian, mayormente despues que don Juan Nuñez de Lara por industria de la reina, como ya se dijo, trocó parecer y partido; tanto mas que en aquel mismo tiempo el rey don Sancho puesta su alianza y amistad con Portugal, concertó á don Fernando su hijo mayor y heredero de sus estados con doña Costanza hija del portugués. Para seguridad de que se efectuaria el casamiento, entregó algunos castillos y villas de Castilla para que hasta tanto que se celebrase, estuviesen como en tercería.

Asentaron pues los reyes de Aragon y Castilla su amistad por medio de sus embajadores; y para que fuese mas firme, acordaron de verse en Montagudo, villa á propósito para esta habla por estar á la raya de los dos reinos. Allí á veinte y nueve de noviembre se concertaron los reyes de tal guisa que los mismos tuviesen por amigos y por enemigos; y que en ninguno de los dos reinos se diese acogida, favor ni ayuda á los foragidos del otro, ántes los entregasen á su señor. Demas desto porque á la sazon el rey de Marruecos sin embargo de las treguas tenia cercada á Beja, pueblo que algunos tienen que Ptolomeo y Tito Livio llaman Bigerra en la comarca de los Bastetanos, en particular se acordó que para ayuda de aquella guerra, si fuese necesario, acudiese el aragonés con veinte galeras. Para que todo fuese mas firme concertaron que doña Isabel hija del de Castilla, si bien no pasaba de nueve años, casase con el de Aragon. Los desposorios se celebraron en Soria á primero de diciembre, y la niña fué entregada en poder de su esposo con esperanza de alcanzar dispensacion sobre el parentesco de los novios: la priesa que los reyes tenian, no sufria mas dilacion.

Celebrados los desposorios, los reyes pasaron á Calatayud, allí se hicieron grandes regocijos, fiestas y convites. Hobo justas y torneos, en que Rugier Lauria que en compañía del rey de Aragon era venido desde Sicilia, se señaló entre todos y se aventajó por la gran destreza que tenia en las armas. Los grandes de Aragon desde los años pasados andaban alborotados, así entre sí como contra los reyes, en tanto grado que pretendieron reformar los gastos de la casa real en tiempo del rey don Alonso, y porfiaban en hacer mudar las leyes y magistrados, y dar una nueva traza en el gobierno. Todas estas porfías eran demasiadas, como sea verdad que así la libertad como el señorío y mando tienen su tasa y medida no menos que las demas cosas del mundo. Estos caballeros por medio del rey don Sancho se reconciliaron, y alcanzaron perdon de lo pasado. Los reyes se despidieron á la salida del año, cuando el rey bárbaro, alzado el cerco que tenia puesto, dió la vuelta para Africa por recelo de una grande armada que Benito Zacarias aprestaba en la costa de Galicia, demas que la villa por su fortaleza y por el valor de los nuestros hacia grande resistencia.

Con tantas cosas como en un tiempo se acabaron, tornó la paz á España despues de tan largo tiempo, y quedaron apaciguados los enemigos domésticos y extraños. Solo don Juan de Lara no sabia sosegar, y parece que maquinaba novedades: ni se fiaba del rey, ni del todo dejaba las armas; por lo cual la guerra se volvió contra él, y por fuerza le quitaron á Moya y Cañete, pueblos de que el rey le hizo merced cuando se tornó de Aragon, y se concertó el casamiento de su hijo. Don Juan desconfiado de sus fuerzas y por no quedar en España á quien acudir á causa de los conciertos pasados, se fué desterrado á Francia. En su seguimiento partió luego don Gonzalo arzobispo de Toledo, enviado por embajador del rey don Sancho para aplacar aquel rey, y prevenille que por medio de don Juan y por sus siniestras informaciones no diese lugar á que se enturbiase la amistad antigua; en particular llevaba órden de dar razon de la concordia que se asentára con los Aragoneses: que dijese fué pura necesidad para sosegar á los suyos, y escusar las guerras civiles que de nuevo amenazaban. Respondió á esto el francés que no recebia desgusto, ántes que su hermano Carlos renunciaria de voluntad el derecho que tenia al reino de Aragon, á tal que por su medio el aragonés restituyese la isla de Sicilia á la iglesia romana.

Entretanto que esto pasaba, al principio del año de 1292 el almirante de Castilla Benito Zacarías peleó en la costa de Africa con veinte galeras de Moros; desbaratólas y tomó las

trece. Esta pérdida desbarató el propósito que el de Marruecos tenia de pasar de nuevo en España con grandes gentes que para este efecto tenia juntas en Tánger. Convidó asímismo al rey don Sancho esta victoria para que se pusiese con su gente sobre Tarifa, que despues de un largo cerco ganó á veinte y uno de setiembre. El rey de Portugal dado que sobre ello le hicieron instancia, no envió algun socorro para aquella empresa por razones que debió tener bastantes. La reina de Castilla á la sazon en Sevilla parió un hijo que se llamó don Philipe. Tomada que fué Tarifa, primero quedó en ella por gobernador don Rodrigo maestre de Calatrava: despues Alonso Perez de Guzman se ofreció de defender aquella plaza con solo que le diesen la tercera parte de lo que á otros se solia dar. Era rico de dinero, que tenia allegado no solo en España, sino en Africa en el tiempo que sirvió al rey de Marruecos en muchas guerras contra otros Moros. Con el dinero compró muchos lugares en el Andalucía, y los encorporó en el estado que le dejó su padre en Sanlúcar de Barrameda. Hacia otrosi grandes limosnas, por donde le dieron sobrenombre de Bueno: titulo que mantienen los de su casa, mas ilustre que los que otros príncipes toman con soberbia y arrogancia. Deste caballero decienden los duques de Medina Sidonia, señores de los principales de España asi en renta como en vasallos y nobleza.

Tuvo don Alonso un hijo llamado don Juan, y un nieto del mismo nombre que casó con doña Beatriz hija bastarda del rey don Enrique el II. Dióle en dote la villa de Niebla con título de conde, por lo cual á su hijo y heredero en aquel estado llamó don Enrique. A este sucedió don Juan su hijo, el que por merced del rey don Enrique el cuarto se intituló duque de Medina Sidonia. Don Juan tuvo un hijo llamado don Enrique y un nieto que se llamó don Juan, al cual el rey don Fernando el Católico dió el marquesado de Casasa en recompensa del trabajo y diligencia que puso en la conquista de la ciudad de Melilla y castillo de Casasa en la costa de Africa. A este don Juan sucedieron dos hijos que dejó, uno en pos de otro, es á saber don Alonso que no tuvo muy entero juicio, y despues dél don Juan, cuyo hijo mayor que tenia el mismo nombre, murió en vida de su padre: por esta razon al dicho don Juan en nuestros dias sucedió un nieto suyo por nombre don Alonso, que hoy dia vive y tiene aquel estado. Esto cuanto á los señores y duques de Medina Sidonia. Volvamos con nuestro cuento á los reyes.

CAPITULO XVI.

De la muerte del rey don Sancho.

Con gran cuidado y diligencia procuraban á un mismo tiempo componer las diferencias entre Francia y Aragon y concertar aquellos príncipes por una parte el papa Nicolao cuarto, y por otra el rey de Castilla don Sancho. Envió el pontífice á Aragon sobre el caso á Bonifacio Calamandra caballero de san Juan: la muerte atajó sus intentos que fué á cuatro de abril: grave daño; y el mayor, que por diferencias que resultaron entre los cardenales, estuvo aquella silla vaca mas de dos años. Suplió la falta que el pontífice hizo, cuanto á las cosas de Aragon, la buena diligencia del rey don Sancho, que movido por la buena respuesta que le dió el rey de Francia, envió á convidar al rey de Aragon que se llegase á Guadalajara, ca esperaba otorgaria con lo que le pidiese. Tratóse allí de las condiciones de la paz: no se concluyó por entonces cosa alguna, solo acordaron que de nuevo se viesen. Señalaron para el habla la ciudad de Logroño. Convidaron otrosí á Cárlos rey de Nápoles para que se hallase en la junta y terciase. Al cual en esta sazon el Aragonés, conforme á lo que su hermano asentó, restituyó sus hijos que tenia en rehenes. No vino Cárlos: la causa no se sabe; pero el año próximo siguiente 1293 los reyes de Castilla y Aragon se juntaron en Logroño. En aquella junta nacieron




Moneda de don Sancho IV.

entre ellos nuevas sospechas: este fué el fruto de la habla (1). El suegro trataba á su yerno muy ásperamente, y encaminaba como artero las cosas á su provecho y comodidad.

Dende aquel tiempo el rey de Aragon comenzó á tener poca aficion á doña Isabel su esposa, y poner los ojos en otro nuevo casamiento: era menester algun color; achacaba el deudo en que el papa aun no habia dispensado. Pasó el negocio á que por medio y á instancia de Calamandra se vino á ver con Cárlos rey de Nápoles en Junquera. En esta junta trataron de sus haciendas y de emparentar, todo con mucho secreto porque no se divulgase. El tiempo que descubre las puridades, dió á entender que sus vistas se enderezaron sobre la restitucion de Sicilia, y sobre casarse de nuevo el rey de Aragon con Blanca hija del rey Cárlos. Este fué en sazon que en Castilla el rey don Sancho por un su privilegio dado en Valladolid, que hoy está entre los papeles de la iglesia de Toledo, otorga haya escuelas en Alcalá de Henares con las mismas prerogativas que en la universidad de Valladolid. Asímismo por muerte de doña Isabel muger de don Juan de Lara el Mozo, el señorio de Molina recayó en poder de los reyes como deudos mas cercanos. (2) Don Juan de Lara el mozo ó por el sentimiento de la pérdida de aquel estado, ó por imitar la inconstancia y ejemplo de su padre, y juntamente con él el infante don Juan hermano del rey, habido su acuerdo de consuno, comenzaron á alborotarse. El rey como sagaz con intento de atajar la guerra que amenazaba, si aquellos desgustos pasaban adelante, procuró de ablandallos y sosegallos con tanto cuidado que en breve tiempo se amansó aquella tempestad.

Don Juan de Lara y su padre que por este tiempo volvió de Francia, se reconciliaron con su rey y mostraron mudar propósito. El infante don Juan hermano del rey de Portugal, do se retiró, junto con Juan Alonso de Alburquerque hacian correrias por la campaña de Leon. Envió el rey á don Juan de Lara el viejo con gente para que los reprimiese; que con estos halagos y hacer dél confianza pretendia finalmente le fuese fiel, y que con la destreza de su ingenio y maña apaciguase aquellos movimientos. Sucedió al revés la traza, porque fué vencido en una refriega, y vino en poder de los enemigos. Desde allí, puesto que fué en libertad, se vino para el rey, que estaba en Toro muy regocijado porque le nació á la sazon una hija en aquella ciudad que se llamó doña Beatriz. Corria nueva que el rey de Granada trataba de hacer guerra, y que el rey de Marruecos queria tornar á pasar en España: envió el rey á don Juan de Lara con sus dos hijos don Juan y don Nuño á las fronteras del Andalucía. Todo este aparato se deshizo á causa que los reyes Moros se estuvieron sosegados, y don Juan de Lara capitan de nuestra gente murió en Córdoba en aquel mismo tiempo.

Sosegada esta tormenta, levantó de nuevo otra el infante don Juan hermano del rey; la cual como quier que el rey de Portugal, por no dar muestra con tenelle en su tierra queria perturbar la paz, mandase salir de su reino, en una nave se pasó á Tánger. El rey de Marruecos por pensar era á propósito su venida para por su medio hacer guerra á España, despues de recebille muy cortesmente y tratalle con grande honra y regalo, le envió con cinco mil ginetes á combatir á Tarifa. Pasó pues en España y combatió aquella plaza con grande porfía y con todos los ingenios que se puede pensar. Los de dentro confiados en las buenas murallas, y animados por su caudillo y cabeza Alonso Perez de Guzman resistian con valor y ánimo. Aconteció que un solo hijo que este caballero tenia, vino á poder del infante y de los Moros; sácanle á vista de los cercados: amenazan si no se rinden, de degollalle. No se mudó el padre por aquel lastimoso espectáculo, ántes decia que cien hijos que tuviera, era justo aventurallos todos por no amancillar su honra con hecho tan feo como rendir la plaza que tenia encomendada. A las palabras añade obras: échales desde el adarve una espada con que ejecutasen su saña, si tanto les importaba. Esto hecho, se fué á yantar. Desde á poco dió la vuelta por el grande alarido que levantaron los soldados por ver degollar delante sus ojos aquel niño inocente, que fué estraño caso y crueldad mas que de bárbaros. Hizo mas atroz el caso ejecutarse por mandado del infante don Juan. Acudió pues el padre á ver lo que era; y sabida la causa, dijo con mesurado semblante: «Cuidaba que los enemigos habian entrado la ciudad;» y con tanto se volvió á comer con su muger sin dar muestra alguna de ánimo alterado. En tanto grado pudo aquel caballero enfrenar el afecto paterno y las lágrimas: digno de ser comparado con los varones entre los antiguos mas señalados. Considerado esto los

(1) El de Aragon no asistió en persona, sino por medio de sus ministros. El de Castilla formó las capitulaciones en romance, y á ellas respondieron los delegados por una memoria escrita en latin.

(2) No por muerte de doña Isabel, sino de doña Blanca su madre. como consta del testamento que esta hizo en Molina el 10 de mayo de 1293.

bárbaros que por ningunas artes ni fuerza podria ser vencido el que por amor de su único hijo no quiso torcer un punto ni apartarse del deber, desconfiados de la victoria se volvieron á Africa; demas que de su voluntad restituyeron al rey de Granada la ciudad de Algecira con gran contento de los nuestros, que se recelaban de aquella entrada y paso que los de Africa tenian, podria resultar algun grave daño de España.

Por este tiempo puesto en libertad aportó á España el infante don Enrique, tio del rey don Sancho, que muchos años estuvo preso en Nápoles. Holgó el rey mucho con él, y juntos se fueron desde Burgos á Vizcaya contra Diego Lopez de Haro que con ayuda de Aragon pretendia recobrar aquella provincia. Apaciguados aquellos movimientos, y echado don Diego de aquella tierra, se tornaron á Valladolid, y desde allí á Alcalá de Henares. Allí llegó la nueva al rey de lo sucedido en Tarifa, por lo cual el mes de enero del año de 1295 escribió á Alonso Perez de Guzman una carta en que alaba mucho su constancia y su lealtad,



pues por ella pospuso la salud y vida de su hijo: compárale al santo Abraham, y el sobrenombre de Bueno que por sus virtudes y favor de la gente ganára, manda se le ponga entre sus títulos, y se lo llamen: promete de gratificar tantos servicios y tantos trabajos: convídale á que lo venga á ver, que su vista le dará gran contento: que él por estar impedido de enfermedad no lo podia hacer, puesto que mucho lo deseaba. Esta carta original conservan

los duques de Medina Sidonia para memoria y en testimonio de la fé y lealtad de sus antepasados: tesoro de mas estima que el oro y las perlas de Levante.

Tres meses despues desto á veinte y cinco dias del mes de abril el rey recebidos los sacramentos falleció en la ciudad de Toledo. Sobrevínole en Alcalá la dolencia de que finó: por ver si mejoraria se hizo llevar en hombros á Toledo con gente que de trecho en trecho se mudaba: poco prestó la mudanza del cielo y del aire. Reinó once años y cuatro dias. Fué igual á los príncipes mas señalados en fortaleza, justicia y prudencia: grandemente astuto y sagaz: en muchas cosas y en muchas partes dejó rastros y muestras de crueldad: falta que le hizo odioso á los presentes, y su memoria poco agradable á los de adelante. Declaró por su sucesor á su hijo don Fernando el cuarto deste nombre, y señaló á la reina por su tutora y para el gobierno del reino, sin embargo que no era su legítima muger por el impedimento del parentesco en que nunca se dispensó (1). Despues de la reina mandó que tuviese el se-



gundo lugar en todo don Juan de Lara; cláusula que puso contra su voluntad por acordarse de las revueltas pasadas, pero era forzoso ganalle con hacer dél confianza, y aplacalle con buenas obras como quien echaba bien de ver cuantos males amenazaban al reino por su muerte: su cuerpo fué sepultado en aquella ciudad en la capilla real, que en aquel tiempo estaba detras del altar mayor. Enterróle y dijo la misa el arzobispo don Gonzalo: las honras fueron muy solemnes: grandes alabanzas se dijeron del defunto: sin duda tuvo valor para sobrepujar la fuerza de una recia tempestad, y hacer rostro á la fortuna; y que si bien su derecho para la corona no era muy cierto, y que los pareceres no se conformaban con las armas, en que al fin suele consistir el derecho de reinar, aseguró el reino para sí y para sus decendientes. En tiempo del rey don Sancho florecieron dos juristas muy famosos, Guillen Galvan en Aragon, y en Castilla García Hispano, que compuso comentarios sobre las epístolas Decretales.

(1) Con el nombre de *ruinas del palacio de doña María la Grande* se enseñan todavía en Toledo los restos de la vivienda de esta reina.

CAPITULO XVII.

Como alzaron á don Fadrique por rey de Sicilia.

Tenia á la sazon la silla de S. Pedro Bonifacio VIII sucesor de Celestino V aquel que traido del yermo por voto de todos los cadenales, y puesto en el gobierno de la iglesia, como el peso fuese mayor que sus fuerzas, á cabo de seis meses despues que entró en el pontificado, voluntariamente le renunció: ejemplo de que los venideros se maravillasen, todos le alabasen, y ninguno le imitase. Tanto mas digno de reprehension fué su sucesor, que tornándose al yermo para gozar de la acostumbrada soledad, le estorbó su camino, y le hizo poner en prision. Recelábase no se levantase algun alboroto á causa que muchos no tenian por válida ni legal aquella renunciacion: murió en la prision año y medio adelante. Canonizóle el papa Clemente quinto y púsole en el número de los santos. Lo mismo este presente año hizo tambien Bonifacio de S. Luis rey de Francia. Hay un elogio de Petrarchá en el libro segundo de la vida solitaria en alabanza del papa Celestino por estas palabras: «Quien (dice) hobo jamás de tan admirable corazon que menospreciase el papado? la mas alta dignidad que hay »en la tierra: cosa tan deseada y tan admirable, que quieren decir que este nombre de pa»pa se deriva de pape, palabra de admiracion en latin. Quién jamás, en especial desque co»menzó á ser tenido en tanta estima, hizo tan poco caso dél como Celestino? aquel Celestino »digo que con tanta codicia apetecia el antiguo nombre y lugar de ermitaño, y la mansa »pobreza amiga de las buenas costumbres. A muchos oí que contaban habelle visto huir »con tanto gozo y con tales muestras de alegria espiritual que daba con los ojos y con todo el »rostro, cuando salido del consistorio finalmente vuelto en sí se vió libre, como si verda»deramente no hobiera librado sus hombros de un liviano peso, sino su cuello de un cruel »alfange.» Hasta aquí Petrachá.

Por la buena maña de Bonifacio, que era muy ejercitado en negocios, de muchas letras y doctrina, lo que tantas veces se habia intentado en vano se concertó la paz entre los Aragoneses y Franceses. En Anagni para concluirlo se juntaron con el papa Cárlos rey de Nápoles y los embajadores de Francia y Aragon, personages de gran cuenta. Las capitulaciones fueron estas: Blanca hija del rey de Nápoles case con el rey de Aragon: lleve en dote setenta mil libras de plata: Sicilia y todo lo demas de que los Aragoneses están apoderados en Calabria, vuelva y se restituya á la Iglesia Romana: si los Sicilianos no vinieren en este asiento, el rey de Aragon acuda con tanto número de gente para sujetallos cuanto los jueces árbitros señalaren: Cárlos de Valoes renuncie el derecho que pretende á la corona de Aragon: el pontífice quite el entredicho y censuras á todos los que por razon destas diferencias están en ellas enlazados: los rehenes se pongan en libertad. Tratóse del rey de Mallorca (1), y á grande instancia del pontífice y del rey de Francia se alcanzó que fuese restituido en su reino. Esto fué lo que se dijo en público: de secreto el pontífice dió intencion al rey de Aragon de entregalle las islas de Cerdeña y Córcega, que por estar y caer mas cerca de España eran muy á propósito para las cosas de Aragon. Hay hoy dia bula de Bonifacio sobre este concierto, su data á veinte y siete de junio.

Esta nueva, luego que se publicó por la fama, hinchó de alegria todas las demas partes de la cristiandad; solo á los Sicilianos fué muy pesada, ca tenian por lo último de los males tornar al señorio de Franceses. El mismo infante don Fadrique, á quien el rey su hermano cuando se partió dejó el gobierno de Sicilia, y con él Rugier Lauria, Juan Prochita y Manfredo Lanza, todos caballeros principales, por mandallo así el pontífice, y por el cuidado en que aquellas capitulaciones los tenian puestos, fueron á hacelle reverencia en una armada que aportó á las marinas de Roma. Prometia el pontífice á don Fadrique de casalle con Catarina hija de Philipo y nieta de Balduino emperador que fué de Constantinopla, con tal que no contradijese á lo que tenian asentado; y en dote le ofrecian el imperio de Grecia, que pensaban recobrar todos juntos con sus armas y poder. No era este partido de desechar, si las obras se conformáran con las palabras.

El rey de Aragon desque una y segunda vez fué requerido por los Sicilianos no los desamparase en aquel aprieto, como no les acudiese por el deseo que tenia de la paz, y por pa-

(1) Entonces nada se trató de la restitucion del reino de Mallorca, pero despues el rey de Aragon condescendió á las instancias del papa, y cedió aquel reino.

recelle no era lícito hacello; finalmente en la ciudad de Palermo sobre esta razon juntaron cortes generales, en que alzaron los estandartes de aquel reino por el infante don Fadrique (2): sin embargo don Jaime su hermano casó con la nueva esposa, las bodas se celebraron en Villabeltran por el mes de octubre. Doña Isabel con quien ántes se desposára, fué enviada á Castilla. Publicóse un edicto en que mandó á los soldados Aragoneses y á los caballeros que en Sicilia se hallaban, la desamparasen y volviesen á sus casas. Desta manera vinieron á tener alegre y agradable remate aquellos principios de cosas tan grandes, y aquellas alteraciones que tanto tiempo duraron. Volvió la paz á Aragon, y no se perdió de todo punto el reino de Sicilia, contra la cual claramente se armaba una nueva tempestad de guerras. Los Navarros sosegaban debajo el señorio de Francia: tenian por su Virrey á Hugon Confluencio, francés de nacion, y mariscal de campaña en Francia. Los gobiernos y tenencias de las ciudades y castillos de aquel reino se daban indiferentemente á personas de ambas naciones Navarros y Franceses; lo que era algun alivio para que la gente de la tierra disimulase el desgusto que tenian concebido en sus pechos, pues aunque eran señoreados y gobernados por extraños, no usurpaban para sí todas las honras y cargos.

(2) No fué reconocido rey de Sicilia hasta el año 1296.





LIBRO DECIMOQUINTO.

CAPITULO I.

De nuevos alborotos que sucedieron en Castilla.



EN Castilla no podian las cosas tener sosiego: los nobles divididos en parcialidades, cada cual se tomaba tanta mano en el gobierno, y pretendia tener tanta autoridad cuantas eran sus fuerzas: el pueblo, como sin gobernalle, temeroso, descuidado, deseoso de cosas nuevas, conforme al vicio de nuestra naturaleza, que siempre piensa será mejor lo que está por venir que lo presente. Cualquiera hombre inquieto tenia grande ocasion para revolvello todo, como acontece en las discordias civiles. Por las ciudades, villas y lugares, en poblados y despoblados cometian á cada paso mil maldades, robos, latrocinios y muertes, quien con deseo de vengarse de sus enemigos, quien por codicia, que se suele ordinariamente acompañar con crueldad. Quebrantaban las casas, saqueaban los bienes, robaban los ganados, todo andaba lleno de tristeza y llanto: miserable avenida de males y daños. La reina era menospreciada por ser muger, el rey por su tierna edad no tenia autoridad ni fuerzas, puesto que luego el siguiente dia despues que su padre falleció en Toledo, le alzaron por rey con todo aquel homenage y ceremonias que se suelen hacer á los príncipes. La reina mandó luego franquear la gente de cierta imposicion puesta sobre los mantenimientos, que los Españoles llaman Sisa; la cual imposicion fué harta parte para la mala satisfaccion y disgusto que todos tenian contra su marido el rey don Sancho.

Con este regalo se amansó el pueblo, y fué causa que se mostrase constante en la fe y

lealtad que juraron, si bien los príncipes comarcanos por su gran codicia y ambicion casi todos estaban con las armas á punto para correr á la presa, sin que hobiese quien se lo estorbase. Ocasiones y títulos para mover la guerra no les podian faltar en tiempos tan revueltos y desasosegados. Juan Nuñez de Lara que quedó mas obligado á guardar lealtad, conforme á su natural inconstancia claramente inclinaba á favorecer á los enemigos. Acordábase que en tiempo del rey don Sancho corrió riesgo de la vida: esto y la esperanza de acrecentar á rio vuelto su estado, y cobrar las villas que los dias pasados le quitaron, le convidaban á ser parte en las revueltas. El infante don Enrique por su larga prision mas mal acondicionado y desabrido de lo que de suyo era, inconstante y usado á malas mañas, como tal pretendia apoderarse del gobierno. Teníase por agraviado del rey porque en su testamento no hizo dél mencion, ni le encomendó alguna parte de las cosas. Con esta pretension en Berlanga lo primero tuvo particulares juntas, poco despues divulgada la fama, muchos lugares de aquella comarca se le allegaron, en particular la real ciudad de Burgos mas que todos favorecia estas sus pretensiones.

Por este mismo respeto se juntaron de todo el reino cortes en Valladolid, en que los nobles se mostraron tan de parte de don Enrique que aunque el rey y la reina acudieron para hallarse presentes, no los dieron entrada en la villa hasta ya tarde, y haciéndoles dejar su acompañamiento y cortesanos para tener mas libertad de determinar lo que les pluguiese. Acordóse en aquellas cortes que don Enrique tuviese el gobierno del reino: el cuidado de criar al rey se quedó á la reina, y sin embargo todos los presentes de nuevo hicieron pleito homenage al niño rey. Dejó el rey don Sancho en su testamento á su hijo el infante don Enrique el señorio de Vizcaya como adquirido por las armas. Diego Lopez de Haro por la parte de Navarra entró con grande furia en aquella provincia, y se apoderó de todos los pueblos della, parte por fuerza, parte por voluntad, fuera de Balmaseda y Orduña. Favorecian estas pretensiones de don Diego de Haro los hermanos Laras, porque sin acordarse de los antiguos bandos y diferencias que solian tener entre sí estos dos linages, se hicieron á una en ódio de don Enrique, ca les pesaba en el alma le encargasen el gobierno del reino, alterado en esta parte el testamento del rey don Sancho y contra su voluntad.

El infante don Juan tio del rey desde Africa, donde hasta esta sazon se detuvo, dió la vuelta á Granada para pretender el reino de Castilla. Parecíale seguia en esto el ejemplo del rey don Sancho su hermano, y aun se le aventajaba en el derecho á causa que el nuevo rey don Fernando no era nacido de legítimo matrimonio. Fué cosa maravillosa los muchos que por esta causa se alborotaron: con que tuvo comodidad de apoderarse de Alcántara y algunos otros lugares á la raya de Portugal. El rey Dionisio de Portugal le favorecia y estaba declarado por su parte, tanto que al tiempo que se hacian las cortes en Valladolid, envió por sus reyes de armas á denunciar la guerra á Castilla. Gran miedo se mostraba por todas partes, grandes revueltas y tempestades de guerras; todos empero estos trabajos se pudieran disimular, si como nunca las desgracias paran en poco, no se levantára otro mayor torbellino por la parte de Aragon. En Bordalua, que es en el distrito de Hariza, se juntaron el rey de Aragon y don Alonso de la Cerda que se intitulaba rey de Castilla y de Leon. Hicieron allí sus conciertos á veinte y uno de enero año del Señor de 1296. Las capitulaciones fueron estas: que juntasen sus fuerzas para que don Alonso recobrase el reino de su abuelo: el reino de Murcia se diese al rey de Aragon: al infante don Juan el reino de Leon, Galicia y Sevilla: la ciudad de Cuenca, Alarcon, Moya y Cañete fuesen para el infante don Pedro de Aragon en premio del trabajo que en aquella empresa tomaba, como general que señalaron para aquella guerra.

Entraban en aquel concierto la reina doña Violante abuela de don Alonso, los reyes de Francia, Portugal y Granada; y poco despues se les allegó don Juan de Lara por el deseo que tenia de recobrar á Albarracin. Al contrario don Diego de Haro por la buena industria de la reina se reconcilió con el rey: hiciéronle merced del estado de don Juan de Lara que se pasára á los Aragoneses, para que le tuviese juntamente con el señorio de Vizcaya. Destos principios y por esta forma grangearon otros muchos grandes, particularmente á don Juan Alonso de Haro con hacelle merced de los Cameros, estado que pretendia él serle debido. Por todas partes se procuraban ayudas contra las tempestades de guerras que amenazaban. El campo de los Aragoneses debajo de la conducta de don Alonso de la Cerda y del infante don Pedro entró en Castilla por el mes de abril: en Baltanás se le juntaron el infante don Juan y don Juan Nuñez de Lara. No pararon hasta llegar á Leon, ciudad que fué anti-

guamente rica y grande, á la sazon de pequeño número de moradores, pobre de armas y de gente, que fué la causa de rendirse á los enemigos con facilidad, principalmente que tenian inteligencias secretas con algunos ciudadanos. En aquella ciudad fué alzado el infante don Juan por rey de Leon, Galicia y Sevilla. Poco despues en Sahagun dieron á don Alonso de la Cerda titulo de rey de Castilla, y alzaron por él los pendones con la misma facilidad y priesa en cumplimiento todo de lo que tenian concertado. De alli pasaron á ponerse sobre Mayorga, que está á cinco leguas de Sahagun. Defendióse la villa valerosamente por tener buenas murallas y estar guarnecida de gente y armas: el cerco duró hasta el mes de agosto.

Mandaron á la sazon juntar en Valladolid todos los grandes del reino y los procuradores de las ciudades. Acudió el primero don Enrique; y luego que se apeó, vestido como estaba de camino se fué á ver con la reina que en el castillo oia misa. Hecha la acostumbrada mesura, con muestra fingida de gran sentimiento le declaró el peligro que todo corria. «Tres »reyes se han conjurado en nuestro daño: á estos sigue gran parte de los grandes del reino: »contra tanta potencia y tempestad qué reparo es una muger, un viejo y un niño? Paréce»me señora que las fuerzas se ayuden con maña. Injustamente (respondió ella) y con malos »medios procuran despojar á mi hijo del reino de su padre: espero en Dios tendrá cuidado »de defender su inocente edad. Este es el refugio mas cierto y la esperanza que tengo. Está »bien: no se remedian los males (dijo don Enrique) ni los santos se grangean con votos y »lágrimas femeniles. Los peligros se han de remediar con velar, cuidar y rodear el pensa»miento por todas partes: así se ha conservado la república en los grandes peligros: en »el sueño y descuido está cierta la ruina y perdicion: mi parecer es que os caseis señora »con don Pedro infante de Aragon, él soltero y vos viuda. Deseo os agradase este mi consejo »cuanto seria saludable. Poned señora los ojos y las mientes en matronas asáz principales, »que por este camino sin tacha y sin amancillar su buen nombre mantuvieron á sí y á sus »hijos en sus estados, de suerte que ni á ellas ser mugeres empeció, ni á los infantes su tier»na edad.»

Turbóse la reina con estas razones. Respondióle con libertad y con el rostro torcido y aun demudado. «Afuera señor tal mengua: no me menteis cosa de tanta deshonra é infamia: »nunca me podré persuadir de conservar el reino á mi hijo con agraviar á su padre, ni ten»go para que imitar ejemplos de señoras forasteras, pues hay tantos de mugeres ilustres de »nuestra nacion, que conservaron la integridad de su fama, y con vida casta y limpia en «su viudez mantuvieron en pie los estados de sus hijos en el tiempo de su tierna edad. »No faltarán socorros y fuerzas: no fallecerá la divina clemencia; y una inocente vida pres»tará mas que todas las artes. Cuando todo corra turbio, y el peligro sea cierto, yo tengo »de perseverar en este buen propósito: no quiero amancillar la magestad de mi hijo con fla»queza semejante.»

Desta manera se desbarató el intento de don Enrique. Hacian levas de gente para acudir al peligro. Juntáronse hasta cuatro mil caballos; mas no pudieron persuadir á don Enrique que fuese con ellos á desbaratar el cerco que sobre Mayorga tenian puesto. Daba por escusa que era forzoso acudir á la guerra del Andalucía. Solamente fueron á Zamora por sosegalla, y aseguralla en la fé y lealtad de su rey, que andaba en balanzas. Las cosas casi desiertas y desamparadas los santos patrones y abogados de Castilla las sustentaron. Con la tardanza del cerco se resfrió la furia con que los enemigos al principio vinieron: asímismo el excesivo calor del verano, la destemplanza del cielo, y la falta que de todas las cosas se padecia en el ejército, causó grandes enfermedades. Esto y la muerte que sucedió del infante don Pedro su general, los forzaron de tornarse á su tierra sin hacer cosa alguna memorable. Muchos dellos faltaron en esta jornada: el campo en que se contaban mil hombres de armas y cincuenta mil soldados, volvieron asaz menoscabados en número, menguados de fuerzas y contento. El rey de Aragon en el mismo tiempo por las fronteras de Murcia por donde entró tuvo mejor suceso, que tomó á Murcia y todos los lugares y villas á la redonda, y lo metió en su reino, escepto la ciudad de Lorca y las villas de Alcalá y Mula que se mantuvieron por el rey don Fernando. En tantas turbaciones y peligros de Castilla don Enrique, en cuyo poder estaba el gobierno de todo el reino, no hacia grande esfuerzo para favorecer á alguna de las partes, ántes se mostraba neutral, y parecia que llevaba mira de allegarse á aquella parte que mejor suceso y fortuna tuviese. Por donde ni los enemigos tuvieron que agradecelle, y incurrió en gravísimo ódio de todos los naturales, y en gran sospecha que la

guerra que se hacia, era por su voluntad, y que todo el mal y daño recebido no fué por falta de nuestros soldados ni por valor de los enemigos, sino por engaño suyo y maña.

La reina contra estas mañas de don Enrique usaba de semejante disimulacion, no se daba por entendida; otros caballeros principales á las claras se lo daban en rostro. En este número Alonso Perez de Guzman, á dicho y por confesion de todos, tuvo el primer lugar, porque defendió las fronteras de Andalucía contra las insolencias y correrias de los Moros; y lo que era mas dificultoso, contrastó con grande ánimo y mas que todos á las pretensiones del infante don Enrique, ca por no dar tanto que decir á las gentes y por no parecer que se estaba ocioso, con gente de guerra que juntó, marchó la vuelta del Andalucía para refrenar los insultos de los Moros. Tuvo con ellos una refriega junto á Arjona, en que fué vencido, y su persona corrió mucho riesgo á causa que le cortaron las riendas del caballo, y por no tener con que regille, estuvo en términos de ser preso, si Alonso Perez de Guzman no le proveyera en aquel aprieto de otro caballo con que se pudo salvar.

Despues deste encuentro se trató de renovar las paces con los Moros. Pedia el rey de Granada á Tarifa, y ofrecia en trueco otros veinte y dos castillos, demas que daria de presente veinte mil escudos, y contaria adelantado todo el tributo de cuatro años que acostumbraba á pagar. Este partido parecia bien á don Enrique por el aprieto en que las cosas se hallaban, y falta que tenian de dinero. Alonso Perez de Guzman era de contrario parecer y mostraba con razones bastantes seria cosa muy perjudicial así fiarse de aquel bárbaro, como entregalle á Tarifa. Esta diferencia estaba encendida, y amenazaba nueva guerra. Llegaron á término que los Moros con su gente y con la nuestra (cosa asaz vergonzosa) se pusieron sobre aquella ciudad. Hallábase Alonso de Guzman sin fuerzas bastantes: los suyos le desamparaban, y le eran contrarios los que debieran ayudar: acordó de buscar ayuda en los extraños. El rey de Portugal era enemigo declarado, y movia las armas contra Castilla. Parecióle dar un tiento al rey de Aragon si por ventura se moviese á favorecelle, vista la afrenta de los cristianos y el peligro que todos corrian. Escribióle una carta deste tenor: «Mucha pena »me dá ser cargoso ántes de hacer algun servicio. El deseo de la salud y bien de la patria co»mun, el respeto de la religion me fuerzan acudir á vuestro amparo y proteccion, lo cual »hago no por mi particular, que de buena gana acabaria con la vida si en esto hobiese de »parar el daño, y esperaria la muerte como fin destas miserias y desgracias. Lo que toca á »la república, siento en grande manera que no sea tan trabajada y maltratada por los Moros »cuanto por la deslealtad de algunos de los nuestros. O gran maldad! Porque qué cosa pue»de ser mas grave que encaminar aquellos mismos del daño que tenian obligacion de des»vialle? Qué cosa mas peligrosa que en muestra de procurar el bien comun armar la celada? »Quieren y mandan que Tarifa, ciudad que nos está encomendada, sea entregada á los Mo»ros. Y dado que usan de otros colores, la verdad es que quitada esta defensa y baluarte for»tisimo contra las fuerzas de Africa, pretenden que España quede desnuda y flaca en medio »de tantos torbellinos, y por este medio reinar ellos solos, y adelantar sus estados con la des»truicion de la patria comun. Valerosos caballeros por cierto y esforzados, esclarecidos de»fensores de España: yo tengo determinado con la misma fé y constancia porque menos»precié los dias pasados la vida de mi único hijo, de mantenerme en la lealtad sin mancilla »con mi propia sangre y vida, que es lo que solo me resta. Si me enviáredes señor algun »dinero y algun socorro por el mar, desde aquí vos juro de tener esta plaza por vuestra has»ta tanto que llegado el rey mi señor á mayor edad seais enteramente pagado de todos los »gastos. Los enojos pasados, si algunos hay de por medio, la caridad y amor que debeis á »la patria, los amanse. Tened por cierto que será cosa muy honrosa para vos defender la »tierna edad de un rey huérfano de las injurias y daños de los extraños, y mucho mas de los »engaños y embustes de sus mismos vasallos.»

La respuesta que á esta carta dió el rey de Aragon, fué loar mucho su lealtad y constancia, pero que por haber puesto poco ántes confederacion con los Moros no podia faltar á sus palabra; que si ellos la quebrantasen, él no faltaria de acudir á la esperanza que dél tenia y á favorecer la causa comun. Moviase á la misma sazon otra guerra de parte de Portugal: aquel rey con toda su gente entró hasta Salamanca. Acudiéronle luego el infante don Juan tio del rey don Fernando, y don Juan Nuñez de Lara despues que el campo de los Aragoneses dió la vuelta á su tierra. Entraron en consulta sobre lo que se debia hacer en esta jornada: parecióles poner sitio sobre Valladolid en que tenian al rey don Fernando. Con este acuerdo llegaron á Simancas, que está á dos leguas de aquella villa. Allí muchos caballeros se par-

tieron del campo de los Portugueses por tener por cosa muy fea que un rey fuese perseguido y cercado de sus mismos vasallos. El rey portugués con recelo que los demas no hiciesen otro tanto, y que despues tomados los caminos no le fuese la vuelta dificultosa, mayormente que entraba ya el invierno, se partió á mucha priesa primero á Medina del Campo, y desde allí á Portugal, despedido y desbaratado su ejército.

La gente que la reina tenia aprestada para acudir á esta guerra, fué por su mandado á cercar la villa de Paredes. No se hizo efecto alguno á causa que don Enrique con la gente que tenia levantada en el reino de Toledo y en Castilla, desbarató aquella empresa. Decia no era razon estorbar las cortes que tenian llamadas para Valladolid, con aquella guerra por caer aquella villa muy cerca. Este era el color que tomó, como quier que de secreto estaba desabrido con el rey don Fernando, y inclinado á la parte de los contrarios. La reina con paciencia y disimulacion pasaba por aquellos embustes, y con muestra de amor pretendia ganalle, y en aquel mismo tiempo le hizo merced de Santisteban de Gormaz y Calecantor. Con la misma maña atrajo á don Juan de Lara á su voluntad, puesto que no se podian asegurar dél, ca si le dieran á Albarracin, fácilmente se pasára á los Aragoneses. Tuviéronse pues las cortes en Valladolid á la entrada del año 1297. En ellas por la gran falta que tenian de dinero, prometieron los pueblos de acudir con gran cantidad para los gastos de la guerra, y así lo cumplieron poco despues. En el mismo tiempo por el valor y diligencia de Juan Alonso de Haro fueron los Navarros puestos en huida, los cuales de rebate se apoderaron de parte de la ciudad de Nájara: su intento era recobrar el distrito antiguo de aquel reino, y en particular toda la Rioja.

Don Jaime rey de Aragon en Roma, donde era ido llamado del papa, fué declarado por rey de Cerdeña y Córcega. (1) Acudieron desde Sicilia doña Costanza su madre y doña Violante su hermana, Rugier Lauria general del mar, y Juan Prochita. Estaba concertada por medio de embajadores doña Violante con Roberto duque de Calabria, heredero que habia de ser del reino de Nápoles. Celebróse este casamiento, y el mismo pontífice Bonifacio veló á los nuevos casados: las fiestas y regocijos fueron muy grandes. El rey don Fadrique se apercebia para defender el reino que le dieron con tanta voluntad. Declaróse la guerra contra él como contra quien alteraba la paz comun de toda la cristiandad: nombraron por general desta guerra á su mismo hermano el rey de Aragon: resolucion la mas estraña que se pudo pensar, armar un hermano contra otro y quebrantar el derecho natural; pero tanto pudo la fé y el escrúpulo, y el mandato del resoluto pontífice. Ordenadas pues las cosas desta manera, el rey don Jaime se partió para Aragon con intento de aprestarse para la guerra. Rugier Lauria fué enviado á Nápoles para servir á aquellos príncipes en aquella demanda. La reina doña Costanza y Juan Prochita se quedaron en Roma, movidos por la devocion y santidad de aquella ciudad, cansados de tantos trabajos, y por compasion del miserable estado en que vian puesta á Sicilia. No falta quien diga que murieron en Roma: la mas verdadera opinion, con que concuerdan autores muy graves, es que la reina doña Costanza cinco años adelante falleció en Barcelona, y que fué allí sepultada en el monasterio de S. Francisco, en que hoy se ve un túmulo suyo con su letrero y nombre desta señora grabado en la piedra.

CAPITULO II.

Que el rey don Fernardo de Castilla se desposó.

Vuelto que fué el rey de Aragon á su tierra, le tornaron los Navarros los pueblos Lerda, Ulia, Filera y Salvatierra, como se decretó en los conciertos que en Anagni se hicieron, y hasta este tiempo no se habia efectuado. El año próximo siguiente, que fué de 1298, era virrey de Navarra por los Franceses Alonso Roneo de nacion francés. Don Fernando hermano bastardo del rey de Aragon por voluntad del mismo rey y por su mandado fué despojado de la ciudad de Albarracin, y la entregaron á don Juan Nuñez de Lara que parecia tener mejor derecho, y se sabia claramente que se hizo agravio á su padre en quitársela, á lo menos se decia así. Este era el color que se tomó: lo que pretendia á la verdad el rey de Aragon con esto, era tornar en su amistad un caballero tan poderoso y tenelle de su bando.

(1) Fué por concesion del papa bajo ciertas condiciones en favor de la santa Sede.

Don Juan de Lara hizo su juramento y pleito homenage en la ciudad de Valencia á los siete dias del mes de abril de guardar á aquel rey fe y lealtad, mayor es á saber que solia. Estas prevenciones hacia el rey de Aragon porque pensaba de acometer en un mismo tiempo con sus armas los reinos de Castilla y de Sicilia: pretensiones mas árduas de lo que su estado ni riquezas podian llevar. El rey de Sicilia por habelle todos desamparado estaba mas cercano al naufragio.

El rey de Castilla se reconcilió con don Dionisio rey de Portugal por medio de dos casamientos que se concertaron. El uno fué de doña Costanza hija de don Dionisio, bien que no era de edad para casarse, con el rey don Fernando, como ántes lo tenian tratado. En Alcañiz, que es un lugar cerca de Zamora á la raya de Portugal, en que los reyes se juntaron á vistas para tratar de las paces, se celebró con solemnidad el desposorio. Las muestras de alegria pública, por la esperanza cierta que todos tenian de perpetua concordia, fueron tanto mayores que doña Beatriz hermana del rey don Fernando se desposó tambien á trueco (que fué el otro matrimonio) con el infante don Alonso, hijo de don Dionisio y heredero de su reino, aunque no tenia él mas de ocho años. Para mayor seguridad la reina madre de la doncella la entregó á su suegro, y así la llevaron á Portugal. Era tan grande el deseo de efectuar y establecer esta paz y concordia, que aunque no se dió en dote cosa alguna á doña Costanza, al de Portugal le dieron con su esposa á Olivenza y Congüela, y otro pueblo que se llama el campo de Moya, con alguna nota de la grandeza de Castilla y grandísima señal de miedo; pero tal era el estado de las cosas y la revuelta de los tiempos, que no se avergonzaron de rescatar la paz con su deshonra y menoscabo.

Lo que el rey de Portugal hizo cuando se tornó á su tierra, solamente fué dar trecientos hombres de á caballo escogidos, y por capitan dellos á Juan Alonso de Alburquerque para que estuviesen en servicio del rey de Castilla contra don Juan tio del rey don Fernando, que se intitulaba rey de Leon como arriba dijimos. Esta ayuda de Portugal y toda esta costa fué de mas ruido que provecho, y así los caballeros se tornaron á Portugal sin dejar hecha cosa alguna. Por otra parte don Alonso de la Cerda habia tomado á Almazan y otros lugares que están allí á la redonda á la raya de Aragon, y puesto allí soldados de guarnicion. Sigüenza fué acometida por los soldados de don Juan de Lara, que cae cerca de la misma raya; pero por el gran valor de los ciudadanos se defendió y estuvo constante en su fé. Los conjurados tenian gran falta de dineros, que lo demas parecia que les era fácil y favorable; y porque no faltase para las provisiones y pagas batieron moneda con las insignias y nombre de rey, baja de ley de manera tal que si la ensayaban y hundian, se perdia gran parte del valor.



Moneda de don Fernando IV.

Don Dionisio rey de Portugal á ruego de su yerno vino con buen escuadron de gente de guerra en su favor y ayuda por la parte de Ciudad-Rodrigo; pero con mayor sosiego y gana de paz que las cosas tan revueltas requerian: así sin hacer efecto alguno casi como enojado se tornó á Portugal. La causa de su enojo fué querer que al infante don Juan que usurpaba titulo de rey, le dejasen para él y sus herederos y sucesores la provincia de Galicia, de que por fuerza de armas estaba apoderado, y que la ciudad de Leon la gozase por sus dias. La reina y los grandes de Castilla no eran deste parecer, porque debajo de aquella muestra de paz se encerraban deshonor, daño y menoscabo del reino, cuya autoridad se disminuia, y cuyas fuerzas se enflaquecian con quitalle una provincia tan principal. Con la vuelta del rey de Portugal algunos grandes de Castilla que hasta entonces por miedo estuvieron sosegados, comenzaron muy fuera de tiempo á alborotarse. Parece que de la revuelta del reino querian tomar ocasion unos para vengar sus injurias, otros para acrecentar sus estados. El sufrimiento de la reina fué maravilloso y su disimulacion, porque de su voluntad acudia á sus codicias, y les daba las villas y castillos que ellos pretendian,

á trueco de conservar la paz; que es gran prudencia en tiempos revueltos acomodarse á la necesidad, y no hay ninguno tan amigo de las armas que no quiera mas alcanzar lo que desea con sosiego, que poner su persona al peligro.

Sobre el reino de Sicilia andaba la guerra muy brava. El crédito de Rugier Lauria era grande, mucho lo que ayudaba á la parte de Francia; que parece llevaba consigo la victoria y buena andanza á la parte que se acostaba y allegaba. Por su buena diligencia se ganaron muchas plazas que estaban por los Sicilianos, en lo postrero de Italia, que fué la causa de que en Sicilia le acusaron de aleve; y como fuese por sentencia condenado le despojaron de un grande estado que en aquella isla tenia, merced de los reyes pasados en premio de sus grandes méritos y servicios. Desde á poco como se hobiese apoderado en la Callabria de la ciudad de Cantanzaro, y pretendiese ganar el castillo que todavía se tenia por los contrarios, fué vencido en una batalla por menor número de soldados que los que él tenia. El hacer pocó caso de sus enemigos fué ocasion deste daño, que el popar el enemigo siempre es peligroso, demás que se dice peleó con el sol de cara, otro daño no menor: muchos fueron los muertos; los mas se salvaron por la escuridad de la noche. El mismo capitan Rugier con algunas heridas que le dieron en la batalla, se estuvo escondido en unos lugares allí cerca hasta tanto que se pudo escapar, y pasó en Aragon con gran deseo de vengarse. Fué tanto mayor la pesadumbre que recibió desta desgracia, que nunca tal le aconteció, como el que siempre salió victorioso en las demas batallas.

Desde Aragon el rey y Rugier caudillos de aquella empresa, señalados por los principes confederados de comun consentimiento, se hicieron á la vela con una gruesa armada que ya tenian aprestada, en que se contaban no menos de ochenta galeras. Llegaron con buen tiempo á Roma: el sumo pontífice les bendijo el estandarte real, y á ellos echó su bendicion. En Nápoles se les juntó Roberto duque de Calabria con otra armada que tenia á punto. Corrieron las marinas de Sicilia, donde todo al principio lo hallaron mas fácil de lo que pensaban. Apoderáronse de la ciudad de Pati (que se entiende Ptolomeo llamó Agathyrion) y de otros castillos por aquella comarca. Desde allí, doblado el promontorio Peloro, que es el cabo de Melazo cerca de Mecina, y pasado el estrecho, no pararon hasta ponerse sobre la ciudad de Siracusa. El cerco fué muy apretado por mar y por tierra, y sin embargo duró muchos dias: esto, y por estar los lugares tan distantes, convidó á los ciudadanos de Pati para que echada la guarnicion que tenian, volviesen al poder del rey don Fadrique. Trataban de combatir el castillo, que todavia se tenia por Aragon.

Acudió por mandado del rey de Aragon Juan Lauria con veinte galeras para socorrer los cercados: proveyó el castillo de vituallas y lo demás necesario para la defensa; á la vuelta empero fué preso él y diez y seis galeras de las que llevaba, por los de Mecina, que puesta su armada en órden le salieron al encuentro y le vencieron. Es aquel estrecho muy peligroso á causa de las grandes corrientes y remolinos que tiene: altéranse las olas sin órden y á manera de vientos combaten entre sí y corren á fuer de un arrebatado raudal hora ácia una parte, hora ácia la contraria, de que resultan remolinos y peligros muy grandes para los que navegan. La experiencia que desto tenian, ayudó mucho á los Sicilianos, y fué causa que los Aragoneses se perdiesen por saber poco de aquel paso. La ciudad de Siracusa en el entretanto se defendia valerosamente: ayudaba mucho la presencia del rey don Fadrique que se puso en los lugares cercanos, y estaba alerta para aprovecharse de la ocasion. Por estas dificultades los Aragoneses fueron forzados á alzar el cerco, en especial, que el ejército le tenian muy menoscabado, muertos mas de diez y ocho mil hombres, que pereciéron á causa de los grandes calores á que no estaban acostumbrados; y de la falta de las cosas necesarias procedieron graves enfermedades. Pusieron acusacion á Juan Lauria en Mecina: mandáronle que desde la cárcel hiciese su descargo; finalmente se vino á sentencia, y le cortaron la cabeza como á traidor.

Fué increible el dolor que Rugier Lauria su tio recibió deste caso: bufaba de corage y de pesar, que bien entendió aquella afrenta y aquel daño se hacia á su persona propia. No pudo acudir luego á la venganza porque en compañía del rey de Aragon era pasado en España: dende, pasados los frios del invierno, ambos volvieron sobre Sicilia con mucho mayor armada que ántes; juntáronseles en el camino dos hijos del rey de Nápoles, es á saber Roberto y Philipo. Llegaron todos juntos al cabo de Orlando, que está cerca de la ciudad de Pati: el número de las galeras era cincuenta y seis, sin otros muchos bajeles. El rey don Fadrique como viese animada su gente por la victoria pasada, acordó de representar

la batalla á sus enemigos, dado que su armada era mucho menor, que no pasaba de hasta cuarenta galeras. Peleó valerosamente, mas al fin fué desbaratado, sus galeras parte tomadas por los contrarios, parte se pusieron en huida. Fué grande la crueldad de que el general Rugier Lauria usó con los cautivos, hizo morir gran número dellos con deseo de vengarse: entre los otros degollaron á Conrado Lanza hombre muy principal, de que resultó grande ódio contra la gente catalana. El mismo don Fadrique estuvo en gran riesgo de ser preso, porque como quier que hobiese defendido su galera por largo espacio, ya que la iban á tomar, cayó desmayado: los suyos sacaron la galera de la batalla, con la cual y otras pocas se retiraron á Mecina.

Con tanto el rey de Aragon á instancia que le hicieron desde España, y causas que alegaban, y razones verdaderas ó aparentes, sin pasar adelante dió la vuelta no sin queja del papa y del rey de Nápoles: verdad es que los mas cuerdos aprobaban este acuerdo; que sin duda era cosa recia por negocios agenos poner los suyos en balanzas y su persona á riesgo, fuera de que ganada aquella victoria, no dejaba de condolerse del rey don Fadrique, que en fin era su hermano. Dióse aquella batalla memorable, y de las mas señaladas de aquel tiempo, un dia sábado á cuatro del mes de julio año de 1299. En el mismo año falleció en Roma don Gonzalo cardenal y arzobispo de Toledo, como lo reza la letra de su sepultura en Santa María la Mayor de aquella ciudad. Sucedióle su sobrino don Gonzalo tercero. Su padre Dia Sanchez Palomeque, su madre doña Teresa Gudiel hermana del cardenal, ciudadanos de Toledo. Sobre el tiempo en que le eligieron, hay dificultad: quien dice que algunos años ántes, cuando su tio despues de la muerte del rey don Sancho partió para Roma, á lo que se entiende, á negociar dispensase el papa en aquel su casamiento: quien que cuando el papa Bonifacio octavo le hizo cardenal por el mes de diciembre del año próximo pasado de mil y docientos y noventa y ocho, por ser aquellas dignidades incompatibles, y costumbre que el obispo á quien daban capelo, dejase el obispado: quien que subió á aquella silla por muerte del cardenal. Esto nos parece mas probable por hallarse en papeles que este año por el mes de agosto se llama electo de Toledo; así los años ántes tuvo por su tio el gobierno de aquella iglesia, mas no la dignidad.

Volvamos á Sicilia, donde los Franceses se quedaron para llevar su intento adelante, seguir la victoria y ejecutalla; pero hicieron un yerro manifiesto, que dividieron el ejército en dos partes. Roberto y Rugier Lauria se encargaron de cercar á Rendazo, que es una plaza muy fuerte, puesta entre Pati y Catania casi á la mitad del camino. Philipo duque de Taranto fué con parte de la armada á correr las marinas del cabo de Trapana: acudió á aquella parte el rey don Fadrique, tomó á los contrarios de sobresalto: y con su arrebatada venida se dió la batalla en que fueron vencidos los Franceses, y Philipo su general preso; que fué una buena ocasion para hacer las paces y confederarse aquellas dos naciones con una alianza que se hizo, tan dichosa y acertada cuanto la guerra era desgraciada.

CAPITULO III.

Del año del jubileo.

Corria á la sazon el año postrero deste siglo: es á saber el de nuestra salvacion de 1300, año muy señalado por una ley que hizo y publicó para que se guardase perpetuamente, el pontífice Bonifacio, tomada en parte de la costumbre antigua de la ciudad de Roma, que celebraba su fundacion con ciertos juegos y fiestas cada cien años, en parte de la usanza y ley del pueblo judaico donde cada cincuenta años habia jubileo. Ordenó pues que al fin de cada cien años se concediese plenaria indulgencia y remision de todos los pecados á todos los que en aquel año devotamente visitasen las iglesias de Roma, iglesias llenas de devocion, de sagradas reliquias y antigüedad. Esta ley era á propósito y se enderezaba para ennoblecer la magestad de Roma, y para aumentar el culto de la religion; la cual Clemente sexto redujo á cada cincuenta años, y mas adelante Sixto cuarto con otra nueva ley y constitucion que hizo, atenta la humana flaqueza y la brevedad de la vida, mandó que se guardase y celebrase el jubileo cada veinte y cinco años. Fué grande el concurso de gente que aquel año acudió á la ciudad de Roma á fama deste jubileo. Entre otros vino Carlos de Valoes casado en segundo matrimonio con madama Catarina hija de Philipo, nieta del emperador Balduino, y asi pretendia cobrar el imperio de Grecia á él debido como en dote de su mu-

ger. Si salia con la empresa, publicaba renovaria la guerra de la Tierra Santa que tenian olvidada de tantos años atrás: cosa honrosa para el sumo pontífice, que en su tiempo y con su favor se tornasen á tomar las armas para la guerra sagrada. Venia el papa bien en esto: prometia que no saldrian vanas las esperanzas de Carlos, con tal que desde Francia tornase á Italia á la primavera con ejército bastante.

En Vizcaya que estaba en poder de Diego Lopez de Haro hermano de don Lope Diaz de Haro, aquel que dijimos fué muerto en Alfaro en tiempo del rey don Sancho, se edificó la villa de Bilbao, la mas noble de toda aquella provincia á la ribera del rio Nervio: los moradores por la mucha anchura que lleva, le llaman Ibaisabelo. Está dos leguas del mar; y porque allí se traen muchas mercadurías que de las naves se descargan, hay gran comercio y concurso de gente. Los mercaderes de Bermeo, por la comodidad del lugar, los mas dellos se pasaron á morar y hacer su asiento en aquella poblacion nueva. A los moradores se les concedió que viviesen conforme á los fueros de Logroño. En Lérida otrosí fundó el rey de Aragon universidad, y le concedió los privilegios acostumbrados: llamaron maestros que leyesen en ella todas las ciencias con salarios que les señalaron. En aquel tiempo era virrey de Navarra por los Franceses Alonso Roleedo (1), sin que sucediese cosa en aquella provincia por entonces que de contar sea, sino que gozaban de una paz y sosiego grande que es lo mas principal que se puede desear, como quier que las otras provincias de España estuviesen continuamente atormentadas con guerras y desasosiegos. Este envió á Valladolid un embajador á la reina (que era la que tenia en pie las cosas entonces con su valor y prudencia) á pedille restituyese todo el término desde Atapuerca (que es una villa así llamada junto á Burgos) hasta las fronteras de Navarra: alegaba que les pertenecia, y que antiguamente lo quitaron á gran tuerto los reyes de Castilla á los Navarros sin otro derecho mas del que consiste en la fuerza. La reina mandó fuesen muy bien tratados los embajadores, y que expléndidamente los hospedasen. La respuesta que les dió, fué que bien entendia no se pedia aquello de órden ni por voluntad del rey de Francia; y que el derecho de reinar mas consiste en la posesion fresca y nueva, y en el uso della, que en títulos y papeles viejos y olvidados.

Los embajadores, visto el mal despacho que les daban, acudieron á don Alonso de la Cerda y á don Juan Nuñez de Lara, ca pensaban por aquel camino alcanzar mas fruto de su embajada. Estos señores acometido que hobieron á Palencia, que casi estuvieron á pique de tomalla por traicion de algunos ciudadanos, como no les salió bien la empresa, estaban retirados en Dueñas. Allí oidos los embajadores, hicieron mercedes con larga mano del señorío ageno; y fué don Juan de Lara á Francia para que en presencia de aquel rey tratase de todas las condiciones, y incitase á los Franceses á que con brevedad les acudiesen con el socorro de gente necesario. Poco fruto sacaron de toda aquella diligencia, si bien los mismos hermanos Cerdas fueron asímismo á Francia en pos de don Juan Nuñez de Lara; pero ni los unos ni los otros sacaron de su trabajo mas que buenas y corteses palabras, como quiera que al francés le fuese mas en la guerra de Flandes que andaba trabada entre aquellas dos naciones, que en la que tan lejos les caia, y les era de menos importancia. Solamente, hecha su confederacion, Philipo rey de Francia les dió licencia para que pudiesen hacer gente en Navarra. Hiciéronlo así, y un escuadron de soldados entró por aquella parte en el distrito de Calahorra. Salióles al encuentro don Juan Alonso de Haro señor de los Cameros, y en un rebate que tuvo con ellos, los venció, y prendió á su caudillo don Juan Nuñez de Lara; al cual no quiso poner en libertad hasta tanto que restituyese todos los castillos y pueblos del reino que le entregáran en tenencia: ultra desto juró que guardaria lealtad al rey don Fernando y le seria buen vasallo.

Desto mismo tomó ocasion el rey de Aragon para poner debajo de su corona la ciudad de Albarracin, que ántes restituyó al dicho don Juan. Junto con esto el infante don Juan tio del rey don Fernando, dejadas las armas en que tenia poco remedio contra las fuerzas de su sobrino que de cada dia iban en aumento, se resolvió de seguir mejor partido. Tratóse dello, y el concierto se hizo el año del señor de 1301. Las capitulaciones del asiento fueron estas: que ante todas cosas dejase el nombre de rey que usurpára: que restituyese todas las ciudades y pueblos de que se apoderó en el tiempo de la guerra: que el principado de Vizcaya que pretendia ser dote de su muger, le dejase á don Diego Lopez de Haro, y á él

(1) Segun Moret Robray.

diesen en trueco á Medina de Ruyseco, Castronuño, Mansilla, Paredes y Cebreros: lugares de que le hicieron merced la reina y el rey su hijo por excusar nuevas alteraciones, y para que tuviese con que sustentar su vida como persona que era tan principal.

CAPITULO IV.

De Raimundo Lullo.

Dos cosas sucedieron este año ni muy pequeñas, ni muy señaladas, de que pareció todavia hacer mencion en este lugar. La una fué la muerte de Raimundo Lullo, persona que tuvo gran fama de santidad y de doctrina; la otra el agravio que se hizo á don Garci Lopez de Padilla maestre de Calatrava en deponelle de aquella dignidad. Raimundo fué catalan de nacion, nacido en la isla de Mallorca. Ocupóse siendo mas mozo en negocios y mercadurias con pretension de adelantarse en riquezas, y seguir en esto las pisadas de sus antepasados, gente de honra y principal. Llegado á mayor edad se recogió al yermo, cansado de las cosas deste mundo, y con deseo de huir la conversacion de los hombres. En aquella soledad escribió un arte que por nuevos atajos y senderos en breve introduce al lector en conocimiento de las artes liberales, de la filosofia, y aun tambien de las cosas divinas. (1) Cosa de grande maravilla, que persona tan ignorante de letras que aun no sabia la lengua Latina, sacase como sacó á luz mas de veinte libros, algunos no pequeños, en lengua catalana; en que trata de cosas asi divinas como humanas, de suerte empero que apenas con industria



(1) Lullo está hoy acreditado como el sábio mas profundo y universal de su siglo. En 1487, siglo y medio despues de su muerte, sus paisanos le erigieron este sepulcro de alabastro en la iglesia del convento de Franciscanos de Palma.

y trabajo los hombres muy doctos pueden entender lo que pretende enseñar. tanto que mas parecen deslumbramientos y trampantojos, con que la vista se engaña y deslumbra, burla y escarnio de las ciencias, que verdaderas artes y ciencias, puesto que él testifica alcanzó lo que enseña, por divina revelacion en un monte en que se le apareció Cristo nuestro Dios y Señor como enclavado en la Cruz. Lo que en él merece sin duda ser alabado, es que con deseo de extender la religion cristiana, y convertir los Moros, pasó en Africa, y llegado á Bugia en la costa de Mauritania, como quier que no cesase de amonestar y reprehender aquella gente bárbara, de dos veces que allá fué, la primera le prendieron y maltrataron, la segunda le mataron á pedradas.

Su cuerpo, traido á Mallorca, de aquellos isleños es tenido en grande veneracion, dado que no está canonizado, ni su nombre puesto en el número de los santos. Sobre sus libros hay diversas opiniones. Muchos los tachan como sin provecho y aun dañosos, otros los alaban como venidos del cielo para remedio de nuestra ignorancia. A la verdad quinientas proposiciones sacadas de aquellos libros fueron condenadas en Aviñon por el papa Gregorio undécimo á instancia de Aymerico fraile de la órden de los predicadores, y inquisidor que era en España; ciento de las cuales proposiciones puso Pedro arzobispo de Tarragona en la segunda parte del directorio de los inquisidores. Si va á decir verdad, muchas dellas son muy duras y mal sonantes, y que al parecer no concuerdan con lo que siente y enseña la Santa madre Iglesia. Esto nos parece: debe ser por nuestra rudeza y groseria, que impide no alcancemos y penetremos aquellas sutilezas en que los aficionados de Raimundo hallan sentidos maravillosos y misterios muy altos como los que tienen ojos mas claros; ó por ventura adivinan y fingen que ven, ó sueñan lo que no ven, y procuran mostrarnos con el dedo lo que no hay: de los cuales hay en este tiempo gran número y cátedras en Barcelona, Mallorca y Valencia para declarar los dichos libros, buscados con gran cuidado y estimados despues que fueron reprobados, que si no se hiciera de ellos caso, el tiempo por ventura los hobiera sepultado en el olvido. Esto de Raimundo de Lullo. Sus discípulos dicen que fué de noble linage, y que falleció en edad de setenta y cinco años el de Cristo de mil y trecientos y quince. Sospecho que en esto se engañan por lo que de los libros del mismo se saca: lo cierto, que fué casado, y que dejó muger y hijos pobres, por donde se ve que no fué tan grande alquimista como algunos le hacen.

Al maestre de Calatrava derribó el desabrimiento que contra él tenian los caballeros de su órden, causado de su severidad y récia condicion. Ofrecióseles buena ocasion para ejecutar su saña, y fué que los nuestros no tenian fuerzas para reprimir á los Moros por ser los tiempos tan revueltos y turbios; y aun hallo que el año pasado los Moros se apoderaron de la villa de Alcaudete, y la quitaron á los caballeros de Calatrava. Acometieron á Vaena; pero ya que tenian ganada buena parte de aquella villa, fueron lanzados por el valor y esfuerzo de los soldados que dentro tenia. Pusieron cerco á Jaen, y la combatian con todo su poder. Imputaron todo este daño al maestre, y en particular le achacaron que por su culpa se perdió Alcaudete, demas que decian de secreto tenia inteligencias y favorecia á don Alonso de la Cerda. Esta era la voz y el color, como quier que (mal pecado) aborreciesen su áspera condicion y su severidad: su valor y esfuerzo y gran destreza en las armas los atemorizaba, y por el miedo le aborrecian. Juntaron capítulo en que absolvieron del maestrazgo á don Garci Lopez de Padilla, y pusieron en su lugar á don Aleman comendador de Zorita á sin razon y contra justicia, como poco despues lo sentenciaron los jueces que sobre este caso señaló el papa, es á saber, los padres de la órden del Cistel.

Volvió pues á su dignidad al fin deste año, y gobernó mucho tiempo aquella órden; mas como el aborrecimiento que le tenian los caballeros quedase mas reprimido que remediado, adelante al cabo de su vejez le tornaron á poner nuevos capítulos y acusaciones con que de nuevo le depusieron, y en su lugar eligieron al maestre don Juan Nuñez de Prado no con mejor derecho que al pasado. Verdad es que como quier que don García por la vejez se hallase muy cansado, y sin fuerzas no solo para los trabajos de la guerra, sino aun para las cosas del gobierno, de su voluntad dejó á su contrario el Maestrazgo, que tan contra justicia y sin razon le quitaron; solo se reservó algunos pueblos en Aragon con que pasar su vejez: caballero de gran valor no solo por sus grandes hazañas, sino en particular por menospreciar aquella dignidad y honra con deseo de la paz y sosiego, perdonando con ánimo muy generoso el agravio recebido de sus contrarios. Volvamos con nuestro cuento al camino y órden que llevamos.

CAPITULO V.

De las bodas del rey don Fernando.

Tratábase con gran cuidado de alcanzar dispensacion del papa para efectuar los casamientos que entre Portugal y Castilla tenian concertados, ca eran prohibidos por derecho á causa del parentesco entre los desposados. Tenian esperanza otorgaria con lo que pretendian, porque demas de ser el negocio muy justificado, el pontífice Bonifacio se preciaba traer su origen y decendencia de España, con que parecia favorecer á los Españoles, y aun comenzaba á desabrirse con los Franceses. Los reyes de Castilla y de Portugal sobre esta razon se juntaron en Plasencia: acordaron de enviar sus embajadores á Roma, por cuyo medio consiguieron lo que deseaban. Demas desto dispensó tambien el pontifiçe en el casamiento de la reina doña María y del rey don Sancho, que tenia la misma falta, si bien don Sancho era ya muerto, y muchos decian no poderse revalidar los casamientos de difuntos que de derecho eran nulos, como gente que ignoraba cuan grande sea la autoridad de los sumos pontífices, cuyos términos extienden algunas veces por respetos que tienen y consideraciones, otras por el bien y en pro comun. Como vino la dispensacion, con nuevo gozo y alegria se hizo el casamiento del rey don Fernando y doña Costanza en Valladolid, y se celebraron las solemnidades de las bodas, que dilatáran hasta entonces así por la edad del rey como por el parentesco que lo impedia.

Ordenaron la casa real, y el rey se encargó del gobierno (1) don Juan Nuñez de Lara fué nombrado por mayordomo de palacio: al infante don Enrique tio del rey dieron á Atienza y á Santisteban de Gormaz en recompensa del gobierno del reino que le quitaban. Todas estas caricias no bastaban para sanar su mal pecho, porque se halla que á un mismo tiempo con trato doble y muestras fingidas de amistad tenia suspensos á los Aragoneses y á los Moros. Era su condicion y costumbres estar siempre á la mira de lo que sucediese, y seguir el partido que le pareciese estalle mejor, que fué la causa de hacer se alzase el cerco que tenia sobre Almazan, villa que se tenia por los Cerdas; y la gente de guerra de Castilla que estaba sobre ella, fué enviada á otras partes. En Hariza se vió con el rey de Aragon sobre sus haciendas y aliarse, todo con la misma llaneza que tenia de costumbre con los demas. Tuvo el rey de Aragon cercada mucho tiempo á Lorca, ciudad bien fuerte en el reino de Murcia y al principio del año del señor de 1302 la vino á ganar.

Hay una villa muy noble en Castilla la Vieja á la ribera del rio Duero, que se llama Peñafiel: allí se celebró concilio de los obipos y prelados de la provincia de Toledo. Abrióse á primero dia del mes de abril. Presidió en este concilio don Gonzalo arzobispo de Toledo. Entre otras constituciones mandaron que los clérigos no tuviesen concubinas públicamente pena de ser por ello castigados: tales eran las costumbres de aquel siglo, que les parecia hacian harto en castigar los pecados públicos. Esto contiene el tercer canon. El sexto manda que al sacerdote que revelare los pecados sabidos en confesion, se le dé cárcel perpetua y para su sustento solamente pan y agua. El octavo canon manda que se paguen á la iglesia los diezmos de todas aquellas cosas que la tierra produce, aunque no sea cultivada. Prohíbese en él nono que las hostias con que se ha de decir misa, no se hagan sino por mano de los sacerdotes ó en su presencia. Demas desto se determinaron otras muchas cosas provechosas para aumento del culto divino. (2) El mes de mayo siguiente murió Mahomad Miro rey de Granada: sucedióle su hijo mayor Mahomad Alhamar. Dió este trueco mucho contento á los nuestros por dos respetos, el uno que hobiese faltado el padre, que era valeroso y de grande industria: el otro por suceder su hijo que era ciego. Verdad es que Farranquen señor de Málaga, que era su cuñado, hombre de valor y lealtad para con el nuevo rey, se encargó del gobierno público así de las cosas de la guerra como de la paz.

En Sicilia por el mismo tiempo á cabo de tantas alteraciones y guerras en fin se asentó la paz. Fué asi que junto á la isla de Ponza en una batalla naval fueron vencidos los Sicilianos, y preso Conrado Doria Ginovés, general que era de la armada: los Sicilianos por esta rota comenzaron á temer, y los franceses cobraron esperanza de mejorar su partido, tanto

(1) A los diez y seis años y poco mas de siete meses.

(2) Ademas se acordó fulminar censuras y entredichos contra cualesquieras personas que violasen las inmunidades eclesiásticas que el moro ó judio que abrazase la religion cristiana no perdiera sus bienes.

que sin tardar se pusieron sobre Mecina, que es el baluarte y fuerza principal de toda la isla: llegó á peligro de perderse, defendióse empero por la constancia y valor de los ciudadanos y la buena diligencia del rey don Fadrique, que sabia muy bien cuanto le importaba aquella ciudad. La reina doña Violante acompañó á Roberto su marido en aquella jornada, que á la sazon estaba en Catania. A su instancia y por sus ruegos los dos príncipes se juntaron para verse y tratar de sus cosas en las marinas de Siracusa en la torre llamada de Maniaco. Procuraron asentar las paces: solo pudieron acordar treguas por algunos dias con esperanza que se dieron que en breve se concluiria lo que todos deseaban. Hízose así, sin embargo que sobrevinieron á mala sazon dos cosas que pudieran entibiar y aun desbaratar todas estas prácticas, es á saber, la muerte de doña Violante que falleció en Termini, ciudad que se tenia por los franceses, no lejos de Palermo: el otro inconveniente fué la venida de Carlos de Valoes, que con intento de recobrar el imperio de los Griegos abajó á Italia, y por hallar en Toscana las cosas muy alteradas pasó en Sicilia. Contra este peligro proveyó el rey don Fadrique que alzasen todos los bastimentos y los recogiesen en las plazas mas fuertes, y los que no pudiesen recoger, los echase á mal: todo esto con intento de excusar de venir á batalla con los enemigos. Con esto y con que se resfrió aquella furia con que los franceses vinieron, los redujo á términos de mover ellos mismos tratos de paz, que tambien él mucho deseaba.

Finalmente entre Jaca y Calatabelota, plaza en que don Fadrique se hallaba, por ser lugar muy fuerte, los tres príncipes se juntaron. Hobo muchos dares y tomares sobre asentar el concierto; por conclusion las paces se asentaron con las capitulaciones siguientes: Philipo príncipe de Taranto sea puesto en libertad: asimismo todos los cautivos de la una y de la otra parte; el rey don Fadrique deje todo lo que tiene en la tierra firme de Italia; y al contrario los franceses, las ciudades y fuerzas de que en Sicilia están apoderados: doña Leonor hermana de Roberto case con don Fadrique, con retencion de Sicilia en nombre de dote hasta tanto que por permision y con ayuda del papa conquiste á Cerdeña ú otro cualquiera reino; si esto no sucediere, sus herederos dejen á Sicilia luego que los reyes de Nápoles contaren docientos y cincuenta mil escudos: á los foragidos y desterrados de Sicilia y de Italia sea perdonada su poca lealtad por la una y por la otra parte. Hiciéronse estos conciertos el postrer dia del mes de agosto; con que todos dejaron las armas. Juan Villaneo que se halló en esta guerra, y Dante Aligerio, poeta de aquellos tiempos en extremo elegante y grave, tachan á Carlos de Valoes, y le cargan de que en Toscana lo alborotó todo con discordias y guerras civiles, y en Sicilia concertó una paz infame; finalmente que con tanto estruendo y aparato en efecto no hizo nada. Fué este año muy estéril, en especial en España por la grande sequedad y á causa que las tierras se quedaron por arar por haberse consumido, como se decia comunmente, y lo afirman graves autores, en aquellas alteraciones la cuarta parte por lo menos de los labradores y gente del campo.

CAPITULO VI.

De la muerte del pontífice Bonifacio.

Por este tiempo el hijo mayor de don Jaime rey de Mallorca, que tenia el mismo nombre de su padre, renunciado el derecho que tenia á la herencia de aquellos estados, se metió fraile Francisco: con que sucedió por muerte de aquel rey su hijo menor don Sancho; y como estaba obligado hizo homenage por aquellos estados y juró de ser leal al rey de Aragon. En Castilla no estaban las cosas muy sosegadas, en particular se padecia grande falta de dineros. Tuviéronse cortes en Búrgos y en Zamora, en que se reformaron los gastos públicos, y las ciudades sirvieron con gran suma de dineros. Demas desto el papa Bonifacio concedió á la reina madre una bula, en que le perdonaba las tercias de las iglesias que cobraron los reyes don Alonso, don Sancho y el mismo don Fernando sin licencia de la sede apostólica hasta entonces, y de nuevo se las daba y hacia gracia de ellas por término de tres años. Los ánimos de los grandes andaban muy desabridos con la reina madre: quejábanse que las cosas se gobernaban por su antojo sin razon ni órden. Los infantes don Enrique y don Juan tios del rey, y con ellos don Juan hijo del infante don Manuel, don Juan de Lara y don Diego de Haro con otros caballeros principales buscaban traza y órden para poner con artificio y maña mal á la reina con su hijo, y desabenillos. Para dar principio á esto apre-

miaron al abad de Santander que era canciller mayor, diese cuentas del patrimonio real, cuya administracion tuvo á su cargo: maña que se enderezaba contra la reina, por cuya instancia le encomendaron aquellos cargos y honras. Poco aprovecharon por este camino, porque conocida su inocencia y integridad, cayeron por tierra todas estas tramas.

Philipo rey de Francia al principio del año 1303 envió sus embajadores para pedir aquellos pueblos de Navarra sobre que tenian diferencias: fueron despedidos sin alcanzar cosa alguna. El rey de Aragon envió á ofrecer condiciones de paz que tambien desecharon. Prometia que volveria toda la tierra de Murcia de que estaba apoderado, á tal que le entregasen á Alicante. Esto no le pareció á propósito á la reina, ántes á don Juan de Lara que comenzaba á privar con el rey, hizo quitar el cargo que tenia: y poner en su lugar al infante don Enrique para que fuese mayordomo mayor de la casa real. No le duró mucho el mando, que poco despues le dejó: si de grado ó contra su voluntad no se sabe. Lo cierto es que destas cosas y principios procedieron entre el rey y su madre algunas sospechas, y division entre los grandes. En particular don Juan de Lara y el infante don Juan, olvidadas las diferencias y disgustos pasados, hechos á una, tenian grande mano y privanza acerca del rey. Los ruines y gente de malas mañas con chismes y decir mal de otros, que suele ser camino muy ordinario, eran antepuestos á los buenos y modestos. El infante don Enrique y don Juan hijo del infante don Manuel, y don Diego de Haro llevaban mal que la reina madre fuese maltratada, á quien ellos se tenian por muy obligados por muchos respetos, principalmente se quejaban que las cosas se trastornasen al albedrío y antojo de dos hombres semejantes. Pasaron en este sentimiento tan adelante que comunicado el negocio entre sí, enviaron á llamar á don Alonso de la Cerda para concertarse con él. Fué con esta embajada Gonzalo Ruiz á Almazan para mover estas práticas, y procurar que los Aragoneses hiciesen entrada en Castilla, sin tener cuenta con la fe y lealtad que debian, á trueco de llevar adelante sus pasiones y bandos.

Esto pasaba en Castilla al mismo tiempo que con increible osadia y impiedad fué amancillada la sacrosanta magestad de la Iglesia romana con poner mano en el papa Bonifacio. El caso por ser tan exorbitante será bien contar por menudo. Estaban los Franceses por una parte, y por otra los de casa Colona, caballeros de Roma, en un mismo tiempo desabridos con el papa Bonifacio por agravios que pretendian les hiciera. Las causas del disgusto al principio eran diferentes, mas á la postre se aliaron para satisfacerse del comun enemigo. Parecia que el papa hizo burla de Carlos de Valoes por no acordarse de las promesas que le tenia hechas: el rey de Francia se entregaba en los bienes de las iglesias y en sus rentas. Apamea es una ciudad que cae en la Gallia Narbonense, (1) ántes era de la diócesi de Tolosa, y el papa Bonifacio la hizo catedral. El rey tenia preso al obispo desta ciudad porque claramente reprehendia aquel sacrilegio: lo uno y lo otro llevaba el pontífice muy mal: enviáronse embajadores de una parte y de otra sobre el caso. Lo que resultó fué quedar mas desabridas las voluntades. Paró el debate en que se pronunció contra el rey sentencia de descomunion, que es el mas grave castigo que á los rebeldes se suele dar. Demas desto los obispos de Francia fueron llamados á Roma para proceder contra el rey. Grande es la autoridad de los sumos pontífices, pero las fuerzas de los reyes son mas grandes: así fué que por órden del rey Philipo de Francia para hacer rostro al pontífice se juntaron muchos obispos, y tuvieron concilio en Paris. En él se decretó que el papa Bonifacio era intruso, y que la renunciacion de Celestino no fué válida. Hobo denuestos sobre el caso de la una y de la otra parte. Hoy dia hay cartas que se escribieron llenas de vituperios y ultrages: si verdaderas, si fingidas, no se puede averiguar; mejor es que sean tenidas por falsas.

Los de casa Colona fueron perseguidos y forzados á andar huidos de Roma, desterrados y despojados de sus haciendas por espacio de diez años, como el Petrarchá lo atestigua, y encarece lo mucho que padecieron. Estos señores desde tiempo antiguo fueron capitanes del bando de los Gibelinos contrarios de los pontífices romanos, de quien se hicieron mucho tiempo temer por su nobleza, riquezas y parentelas. A Pedro y Jacobo que eran cardenales, y de aquel linage y familia, por edicto público los privó del capelo: Estéfano Colona, cabeza de aquella familia fué forzado á irse á Francia; lo mismo hizo Sarra Colona, que era enemigo capital de Bonifacio: nuevos daños y desastres que en esta huida se le recrecieron, le acrecentaron la saña, porque un capitan de corsarios le prendió y puso al remo. El rey dió cargo á Guillelmo Nogareto natural de Tolosa, hombre atrevido, de apelar de la sen-

(1) Hoy Pamiers.

tencia de Bonifacio para la santa sede apostólica romana privada entonces de legitimo pastor. Estos dos comunicaron entre si como podrian desbaratar los intentos del pontifice: si fué con consentimiento del rey ó por su mandado, aun entonces no se pudo averiguar; en fin ellos vinieron á Toscana, y se estuvieron en un pueblo llamado Staggia mientras que fuesen avisados por espias encubiertas, y tuviesen oportunidad para acometer la maldad que tenian ordenada.

El papa se hallaba en Anagni. Cecano y Supino personas principales, hijos de Maffio caballero de la misma ciudad de Anagni, fueron corrompidos á poder de dinero para que ayudasen á poner en efecto esta maldad. Ya que todo lo tenian bien trazado, metieron dentro de Anagni trecientos caballos ligeros y un buen escuadron de soldados: Sarra Colona era el principal capitan. Al alva del dia se levantó un estruendo y voceria de soldados, que con clamores y voces apellidaban el nombre del rey Philipo. Los criados del papa todos huyeron. Bonifacio, conocido el peligro, revestido con sus ornamentos pontificales se sentó en su sacra cátedra: en aquel hábito que estaba, llegó Sarra Colona y le prendió. Escarneciendo dél Nogareto, y haciéndole mil amenazas, le respondió Bonifacio con grande constancia: «No hago yo caso de amenazas de Paterino.» Este fué abuelo de Nogareto, y convencido de la heregia y impiedad de los Albigenses, murió quemado. Con aquella voz del pontífice cayó la ferocidad de Nogareto. Pusieron guardas al pontífice, y saqueáronle su palacio. Dos cardenales solamente estuvieron perseverantes con el pontifice, el cardenal de España Pedro Hispani, y el cardenal de Ostia: todos los demas se pusieron en huida.

Desde allí á tres dias los ciudadanos de Anagni por compasion que tuvieron de su pastor, y por miedo que no fuesen imputados de ser traidores contra el sumo pontífice su ciudadano, con las armas echaron de la ciudad á los conjurados. El pontífice se tornó luego á Roma y del pesar y enojo que recibió: le dió una enfermedad de que con grandes bascas á manera de hombre furioso falleció á los doce dias de octubre, y á los treinta y cinco de su prision. Dichoso pontífice, si cuan fácilmente acostumbraba á burlarse de las amenazas, tan fácilmente pudiera evitar las asechanzas de sus enemigos. Con su desastre se dió aviso que los imperios y mandos de los eclesiásticos mas se conservan con el buen crédito que dellos tienen, y con buena fama (que deben ellos procurar con buenas obras) y con la reverencia de la religion, que con las fuerzas y el poder. Villaneo dice en su historia que Bonifacio era muy docto, y varon muy excelente por la grande experiencia que tenia de las cosas del mundo; pero que era muy cruel, ambicioso, y que le amancilló grandemente la abominable avaricia por enriquecer los suyos, que es un grandísimo daño y torpeza afrentosa. Hizo veinte y dos obispos y dos condes de su linage. Por el sexto libro de los decretales que sacó á luz, mereció gran loa cerca de los hombres sabios y eruditos.

Fué en su lugar elegido por sumo pontífice en el próximo cónclave Nicolao natural de la Marca Trevisana, general que fué ántes de la órden de los predicadores. En su pontificado se llamó Benedicto undécimo en memoria de Bonifacio que tuvo este nombre ántes de ser papa, y era criatura suya, ca le hizo ántes cardenal. Fué este papa para con los Franceses demasiadamente blando, por que les alzó el entredicho que tenian puesto, y revocó todos los decretos que su predecesor fulminó contra ellos. Verdad es que Sarra Colona y Nogareto fueron citados para estar á juicio; y porque no acudieron al tiempo señalado, los condenaron por reos del crímen *læsæ majestatis*, y fulminaron contra ellos sentencia de descomunion. Á Pedro y Jacobo Colona, bien que los admitió en su gracia, no les permitió usasen del capelo y insignias de cardenales, conforme á lo que por su antecesor quedó decretado.

CAPITULO VII.

De la paz que entre los reyes de España se hizo en el Campillo.

Los Españoles cansados de trabajos y alteraciones tan largas gozaban de algun sosiego; mas les faltaban las fuerzas, que la voluntad ni ocasion para alborotarse. Las diferencias que aquellos príncipes tenian entre si, eran grande y necesario apaciguallas. Los reyes de Castilla y de Aragon altercaban sobre el reino de Murcia. Don Alonso de la Cerda se intitulaba rey de Castilla, sombra vana y apellido sin mando. El nuevo rey de Granada conforme á la enemiga que con los fieles tenia, hizo entrada por las tierras que poseia el rey de Ara-

gon: demas desto tomó á Bedmar, que es una villa no lejos de Baeza. Estas eran las discordias públicas y comunes: otra particular de no menos importancia andaba entre la casa de Haro y el infante don Juan tio del rey. Pretendia el infante el señorío de Vizcaya como dote de su muger: cuidaba salir con su intento á causa del deudo y cabida que con el rey tenia, los de la casa de Haro por lo mismo andaban muy desabridos, y parece que se inclinaban á tomar las armas. El rey don Fernando, como á quien la edad hacia mas recatado por el mucho peligro que desta discordia podia resultar, deseaba con todo cuidado componer estas diferencias. La autoridad del rey de Aragon á esta sazon era muy grande, y parece que tenia puestas en sus manos las esperanzas y fuerzas de toda España. Enviáronle pues por embajador á don Juan tio del rey para que con él y por su medio se tratase de tomar algun buen medio y dar algun corte en todos estos debates. En Calatayud por el mes de marzo año del Señor de **1304** despues de muchos dares y tomares por conclusion acordaron, que de consentimiento de las partes se señalasen jueces para tomar asiento en todas estas diferencias, y que para que esto se efectuase, mientras se trataba, hobiese treguas. Señalaron tiempo y lugar para que los reyes se viesen.

En el entretanto el rey don Fernando con el cuidado en que le ponian las cosas del Andalucia, partió de Burgos do á la sazon estaba y por el mes de abril llegó á Badajoz con intento de visitar al rey su suegro, con quien eso mismo tenia algunas diferencias, y pretendia cobrar ciertos lugares que en su menor edad le empeñaron. Lo que resultó destas vistas, fué lo que suele, desabrimientos y faltar poco para quedar del todo enemigos. Solamente se pudo alcanzar del portugués ayudase á su yerno con algunos dineros que le prestó: con que se partió la vuelta del Andalucía. No se llegó á rompimiento con los Moros, ántes á pedimento del mismo rey de Granada el rey don Fernando envió embajadores á aquella ciudad y él se detuvo en Córdova. Por medio desta embajada se tomó asiento con el rey moro: concertóse, y prometió de nuevo de pagar el mismo tributo que se pagaba en tiempo de su padre: con que deshicieron los campos. El infante don Enrique cargado de años falleció por este tiempo en Roa: su cuerpo enterraron en el monasterio de S. Fran-



Anverso del sello de don Fernando IV, el Emplazado, menos la leyenda del contorno.

cisco de Valladolid. Tuvo este príncipe ingenio vario y desasosegado, extraordinaria inconstancia en sus costumbres, y hasta lo postrero de su edad grande apetito de gloria y mando: codicia desenfrenada, y la postrera camisa de que se despojan aun los hombres sábios.

Muy grande contento fué el que recibió todo el reino con la muerte deste caballero, ca todos se recelaban no desbaratase todas las práticas que se comenzaban de paz. No dejó hijos, que nunca se casó (1): así las villas de su estado se repartieron entre otros caballeros, y la mayor parte cupo á Juan Nuñez de Lara por la mucha privanza que con el rey á la sazon alcanzaba. En prosecucion de lo concertado en Calatayud de consentimiento de las partes fué nombrado por juez árbitro para componer aquellas diferencias Dionisio rey de Portugal, y por sus acompañados el infante don Juan de la parte de Castilla, y por la de Aragon don Jimeno de Luna obispo de Zaragoza. Los reyes de Portugal y Aragon tuvieron primero habla en Torrellas, que es una villa á la raya de Aragon y á las haldas de Moncayo, puesta en un sitio muy deleitoso. Allí los jueces, oido lo que por las partes se alegaba, pronunciaron sentencia, y fué que el rio de Segura partiese término entre los reinos de Aragon y Castilla: cosa de grande comodidad y ventaja para el aragonés, porque se le añadió lo de Alicante con otros pueblos de aquella comarca; y de su bella gracia le otorgaron lo que él con tanto ahinco ántes deseaba.

Pronuncióse la sentencia á los ocho del mes de agosto, y luego el dia siguiente los tres reyes se juntaron en el Campillo que está allí cerca, y por la memoria del concierto que en aquel lugar se hiciera veinte y tres años ántes desto entre don Alonso rey de Castilla y don Pedro rey de Aragon, parecia de buen agüero. Confirmóse allí lo asentado: desde allí los reyes fueron á Agreda, y pasaron á Tarazona. Grandes regocijos y recibimientos les hicieron: muy señalada fué esta junta porque fuera de los tres reyes se hallaron asimismo presentes tres reinas, las dos de Castilla suegra y nuera, y doña Isabel reina de Portugal, persona muy santa, demas de la infanta doña Isabel hermana del rey don Fernando, la



Reverso del sello anterior de don Fernando el Emplazado.

(1) Consta por la crónica de don Fernando que estuvo casado con doña Juana hermana de don Juan Nuñez de Lara, de la cual no tuvo sucesion; pero ántes y fuera de matrimonio tuvo de doña Mayor á don Enrique Henriquez.

que estuvo primero desposada con el rey de Aragon. El acompañamiento y corte era conforme á la calidad de principes tan grandes, en particular el rey de Portugal se señaló mas que todos conforme á la condicion de aquella nacion, por ser deseoso de honra, y á causa de la larga paz rico de dineros: se dice que trujo en su compañía de Portugal mil hombres de á caballo; y que en todo el camino no quiso alojar en los lugares, sino en tiendas y pabellones que hacia armar en el campo.

En lo que tocaba á la pretension de los Cerdas, los reyes de Aragon y Portugal nombrados por jueces árbitros, llegado el negocio á sentencia, mandaron que don Alonso en adelante no se llamase rey: que restituyese todas las plazas y castillos de que estaba apoderado. Señaláronle á Alba, Bejar, Valdecorneja, Gibraleon, Sarria con otros lugares y tierras para que pudiesen sustentar su vida y estado; recompensa muy ligera de tantos reinos. Pocas veces los hombres guardan razon, principalmente con los caidos: todos les faltan y se olvidan. El rey de Francia no acudia, solo el rey de Aragon sustentaba el peso de la guerra contra Castilla: deseaba por tanto concertar aquellos debates de cualquier manera que fuese. Esta sentencia dió tanta pesadumbre á don Alonso de la Cerda, que aun no se quiso hallar presente para oilla, ántes se partió echando mil maldiciones á los reyes.

Restaba de acordar la diferencia del infante don Juan y Diego Lopez de Haro. El rey tenia prometido al infante que efectuadas las paces, él mismo le pondria en posesion del señorío de Vizcaya. Concluida pues y despedida la junta de los reyes, don Diego de Haro fué citado para que en cierto dia que le señalaron, pareciese en Medina del Campo, para donde tenian convocadas las cortes del reino. Señaláronse jueces árbitros que determinasen la causa. Don Diego Lopez de Haro, sea por fiar poco de su justicia y entender tenia usurpado aquel estado, ó por sospechar que el rey no le era nada favorable, sin pedir licencia para partirse se salió de las cortes; las cuales acabadas que fueron, como entendiesen que don Diego de Haro no haria por bien cosa ninguna, y el infante don Juan que siempre andaba al lado del rey, diese priesa á que el negocio se concluyese; en Valladolid vistas sus probanzas, se sentenció en su favor, solamente se difirió la ejecucion para otro tiempo: en que se pretendia que con alguna manera de concierto entre las partes se atajase la tempestad de la guerra que podia desto resultar (2).

En el año del Señor de 1305 estaban las cosas desta manera en Castilla, unas diferencias soldadas, otras para quebrar, y á diez y siete dias del mes de enero Rugier Lauria general del mar murió en Cataluña: capitan sin segundo y sin par en aquel tiempo, determinado en sus consejos, diestro por sus manos, querido y amado de los reyes, en especial del rey don Pedro, que con su ayuda y por su valor sujetó á Sicilia. El solo dió fin á grandes hazañas con próspero suceso: los reyes nunca hicieron cosa memorable sin él: su cuerpo sepultaron en el monasterio de Sta. Cruz con su túmulo y letra, junto al enterramiento del rey don Pedro en señal del grande amor que le tuvo. A los seis dias del mes de abril murió doña Juana reina de Navarra en París: su cuerpo enterraron en el monasterio de San Francisco con real pompa y célebre aparato: está de presente metido este monasterio dentro del colegio de Navarra. Sucedió luego á su madre difunta en el reino Luis, que tuvo por sobrenombre Hutino: tomó la corona real en Pamplona, despues fué tambien él rey de Francia por muerte de su padre. Dejó la reina doña Juana allende deste otros hijos, á Philipo que tuvo por sobrenombre el Largo, á Carlos que tuvo por sobrenombre el Hermoso, que adelante vinieron á ser todos reyes de Francia y Navarra. Dejó otrosí dos hijas, la una murió siendo niña, la otra por nombre madama Isabel casó con Eduardo rey de Ingalaterra, la mas hermosa doncella que se halló en su tiempo.

CAPITULO VIII.

Clemente quinto pontífice Máximo.

El pontificado de Benedicto no duró mas de ocho meses y seis dias. Siguióse una vacante larga de diez meses y veinte y ocho dias. Grandes disensiones anduvieron en este cónclave, muy encontrados los votos de los cardenales, así Italianos, como Franceses que eran en

(2) Despues de varias disputas se acordó en Burgos el año 1306 una concordia, por la cual don Diego y su hijo renunciaron todos sus derechos, y doña María fué reconocida por señora de Vizcaya para despues de los dias de don Diego.

gran número, porque á devocion de los reyes de Nápoles los papas criaron los años pasados muchos cardenales de la nacion francesa. En fin se concertaron desta suerte, que los Italianos nombrasen tres cardenales Franceses para el pontificado, y que destos eligiese el bando contrario uno que fuese papa. Salieron tres arzobispos nombrados, que estaban muy obligados á la memoria de Bonifacio como criaturas suyas. Destos tres en ausencia fué elegido Raimundo Gotto arzobispo de Bordeaux, primero comunicado el negocio con Philipo rey de Francia. Procuró el rey de Francia que se viniese ántes de aceptar á ver con él en la villa de Angelina, que cae en la provincia de Xantoigne, donde dicen hizo que debajo de juramento le prometiese de poner en ejecucion las cosas siguientes: que condenaria y anatematizaria la memoria de Bonifacio octavo: que restituiria en su grado y dignidad cardenalicia á Pedro y á Jacobo de casa Colona, que por Bonifacio fueron privados del capelo: que le concederia los diezmos de las iglesias por cinco años, y conforme á esto otras cosas feas y abominables á la dignidad pontifical; pero tanto puede el deseo de mandar. Con esto á los cinco dias del mes de junio fué declarado por pontífice, y tomó nombre de Clemente quinto. Mandó luego llamar todos los cardenales que viniesen á Francia, y en Leon tomó las insignias pontificales á once de noviembre. Acudió increible concurso de gente.

Aguó la fiesta y destempló el alegria un caso de mal agüero, como muchos lo interpretaron. El mismo dia que se celebraba esta solemnidad, mientras el nuevo pontífice hacia el paseo con grande acompañamiento y pompa, le derribó del caballo una gran pared que cayó por ser muy vieja y carcomida, y por el peso de la muchedumbre de gente que sobre ella cargó á ver la fiesta. Cayósele la tiara que llevaba en la cabeza, y se perdió de ella un carbunco de gran valor. El rey de Francia que iba á su lado, se vió en gran peligro: Juan duque de Bretaña pereció allí, los reyes de Ingalaterra y de Aragon (1) escaparon con mucho trabajo. Fué grande el número de los que murieron, parte por tomalles la pared debajo, parte por el aprieto de la mucha gente. Con estos principios se conformó lo demás: todo andaba puesto en venta así lo honesto como lo que no lo era. Crió doce cardenales á contemplacion y por respeto del rey Philipo de Francia. Todavía como le hiciese instancia sobre condenar la memoria del papa Bonifacio segun que lo tenia prometido, dió por respuesta que negocio tan grave no se podia resolver sino era con junta de un concilio general. Por este camino se desbarató la pretension de aquel rey; y esta dicen fué la principal causa para juntar el concilio de Viena que se celebró, como poco adelante se dirá. Trasladó la silla pontifical desde Roma á Francia, que fué principio de grandes males, ca todo el orbe cristiano se alteró con aquella novedad, y en particular toda Italia, de que resultaron todas las demas desgracias y un gran torbellino de tempestades. Lo que se proveyó para el gobierno de Italia y del patrimonio que allí la Iglesia tiene, fué enviar tres cardenales por legados para con poderes bastantes gobernar aquel estado así en tiempo de guerra como de paz.

En Castilla por el mismo tiempo se despertaron nuevas alteraciones. No hay cosa mas deleznable que la cabida y privanza con los reyes. Don Juan Nuñez de Lara comenzó á ir de caida por estar el rey don Fernando cansado dél. Quitóle el oficio de mayordomo de la casa real, y puso en su lugar á don Lope hijo de don Diego Lopez de Haro. El color que se dió, fué que don Juan de Lara era general de la frontera, contra los Moros, y no podia servir ambos cargos, como quier que á la verdad el rey pretendiese sobre todo con aquella honra ganar la casa de Haro, y apartalla de la amistad que tenia trabada muy grande á la sazon con los de Lara. Entendiéronse facilmente estas mañas, como suele acontecer, que en las cosas de palacio no hay nada secreto; por donde estos dos caballeros se unieron y ligaron con mayor cuidado y determinacion que tenian de desbaratar aquellos intentos. Parecia que el negocio amenazaba rompimiento: acudieron Alonso Perez de Guzman y la reina madre, y con su prudencia hicieron tanto que estos caballeros se apaciguaron, ca volvieron á cada cual dellos las honras y cargos que solian tener.

Demas desto se tomó asiento entre el infante don Juan y la casa de Haro con estas condiciones: que don Diego de Haro por sus dias gozase el señorío de Vizcaya, y despues de su muerte tornase al infante don Juan: que Orduña y Balmaseda quedasen por don Lope hijo de don Diego de Haro por juro de heredad, y de nuevo se le hizo merced de Miranda de Ebro y Villalba de Losa en recompensa de lo que de Vizcaya les quitaban. El deseo que el

(1) El de Aragon ya se habia retirado á su reino despues de la conferencia con el papa Clemente de Mompeller.

rey tenia de apaciguar las diferencias destos grandes, con que todo el reino andaba alborotado, era tan grande que ninguna cosa se le hacia de mal á trueco de concordallos.

El alegria que todos recibieron por esta causa, fué grande; solo don Juan de Lara recibió pesadumbre así por parecelle le habian agraviado en tomar asiento con su suegro don Diego de Haro sin dalle á él parte, como por tener costumbre de aprovecharse de los trabajos agenos, y sacar ganancia de las alteraciones que sucedian entre los grandes. Esto fué en tanto grado que por parecelle forzoso correr él fortuna despues de tomado aquel asiento, y que no le quedaba esperanza de escapar si no se valia de alguna nueva trama, renunciada la fe y lealtad que al rey tenia jurada, se retiró á Tordehumos, plaza muy fuerte así por su sitio como por sus murallas y reparos, donde con sus fuerzas y las de sus aliados pensaba defenderse del rey que sabia tenia muy ofendido. Acudieron en breve los del rey, pusieron cerco sobre aquel lugar; pero como quier que no faltasen muchos de secreto aficionados á don Juan de Lara, la guerra se proseguia con mucho descuido, y el cerco duró mucho tiempo. Llegaron á tratar de concierto, y porque el rey se hacia sordo á esto, los soldados se desbandaron y se fueron unos á una parte, otros á otra.

Entre los demas que favorecian á don Juan de Lara, era el infante don Juan. Pasó el negocio tan adelante, que al rey fué forzoso perdonalle: solamente por cierta muestra de castigo le quitó las villas de Moya y Cañete, que (como arriba queda dicho) se las diera el rey don Sancho. Poco duró este sosiego, porque como don Juan de Lara y el infante don Juan entendiesen y tuviesen aviso que el rey pretendia vengarse de ellos (si fué verdad ó mentira no se sabe) pero en fin por pensar los queria matar, se concertaron entre sí, y resolutamente se rebelaron. El infante don Juan brevemente se aplacó con las satisfacciones que le dió el rey: sosegar á don Juan de Lara era muy dificultoso, que de cada dia se mostraba mas obstinado. A esta sazon don Alonso de la Cerda como quier que se hallase desamparado de todos, y juzgase que era mejor sujetarse á la necesidad que andar toda la vida descarriado y pobre, despojado del reino que pretendia, y perdido el estado que le señalaron, envió á Martin Ruiz para que en su nombre tomase posesion de los pueblos que los jueces árbitros le adjudicaron. Así perdida la esperanza de cobrar el reino, en lo de adelante comunmente le llamaron don Alonso el Desheredado.

CAPITULO IX.

Que la guerra de Granada se renovó.

El vulgo de ordinario, y mas entre los Moros, de su natural es inconstante, alborotado, amigo de cosas nuevas, enemigo de la paz y sosiego. Así en este tiempo comenzaron los Moros de Granada á alborotarse en gran daño suyo y riesgo de perderse, como quiera que por todas partes estuviesen rodeados de enemigos, y aquel reino de Granada reducido á gran estrechura y puesto en balanzas. La ocasion de alborotarse fué que el rey era inútil para el gobierno, y como ciego pasaba en descuido su vida: su cuñado el señor de Málaga era el que lo mandaba todo, y en efecto era el que en nombre de otro reinaba. Pareciales cosa pesada tener dos reyes en lugar de uno, porque fuera de los demas inconvenientes se doblaba el gasto de la casa real á causa que el de Málaga no tenia menos corte, acompañamiento y casa, que si fuera verdadero rey, puesto que el nombre le dejaba á su cuñado. Decian seria mucho mejor nombrar otro rey que fuese hombre que los gobernase, á quien todos tuviesen respeto, obedeciesen á sus mandamientos, y con su autoridad se defendiesen y vengasen de sus enemigos. Al vulgo que andaba alterado, atizaban los principales; mayormente Aborrabes un caballero que venia de los reyes de Marruecos, con su gente y la de sus aficionados se apoderó de la ciudad de Almeria, y se intituló rey della. La mayor parte del pueblo se inclinaba á favorecer á Mahomad Azar hermano que era menor del rey ciego, que daba muestras de valor, y se vian en él señales de otras virtudes. Fué Aborrabes echado por el bando contrario de Almería· él con deseo de apoderarse de Ceuta, ciudad que los Granadinos tenian en la frontera de Africa, intentó ayudarse de los cristianos.

Por todo esto se ofrecia buena ocasion para hacer la guerra á los Moros y echallos de todo punto de España. Comunicaron entre sí este negocio por cartas los reyes de Aragon y Castilla: acordaron de juntarse en el monasterio de Huerta, que está la raya de los dos reinos. Hízose la junta al principio del año de mil y trecientos y nueve. Allí y en Monreal

(1) do los reyes pasaron, lo primero que se trató, fué de apaciguar á don Alonso de la Cerda, templada en alguna manera la sentencia que los jueces arbitros dieron: recelábanse que mientras los dos reyes estaban ocupados en la guerra de los Moros, no alborotase á Castilla con ayuda de sus parciales y aficionados. Tomada esta resolucion, acordaron emprender la guerra de Granada, y para apretar mas á los Moros acometellos por dos partes, y en un mismo tiempo poner cerco sobre Algecira y sobre Almeria. Demas desto concertaron que la infanta doña Leonor hermana del rey don Fernando casase con don Jaime hijo mayor del rey de Aragon. Por dote le señalaron la sexta parte de todo lo que en aquella guerra se ganase, y en particular la misma ciudad de Almeria. Concluida la junta y despedidos los reyes, todo comenzó á resonar con el estruendo de las armas, provision de dinero, juntas de soldados y gente de á caballo, de bastimento y bagage necesario. Tenian los dos principes soldados muy diestros, muy unidos entre sí, no aficionados con las discordias civiles; en especial los Aragoneses ponian miedo á los Moros, por la fama que corria de haber sujetado sus enemigos, y alcanzado tantas victorias.

El rey don Fernando á ruego de su madre fué á Toledo para hallarse presente á trasladar los huesos del rey don Sancho su padre en un sepulcro muy honroso que la reina tenia apercebido con todo lo demas necesario y conveniente á las exequias y honras de su marido. Tenia el rey don Fernando condicion apacible, una honestidad natural (como acostumbraba decir Gutierre de Toledo que se crió con él desde su niñez) gran modestia en su rostro, su cuerpo bien proporcionado y apuesto de grande ánimo, muy clemente. Aconteció que el mismo dia de Navidad un caballero muy principal á quien él tenia señalado para el gobierno de Castilla, se vino á despedir dél para ir á su cargo. El rey dejado los dados con que acaso se entretenia, le advirtió que en Galicia hallaria muchos caballeros nobles que andaban alborotados: que aunque mereciesen pena de muerte, le encargaba se guardase de ejecutar el castigo, solamente se los enviase, que se queria servir dellos en la guerra de los Moros. Engrandeció el caballero el acuerdo tan clemente del rey, que aunque pareció á muchos blando en demasia y temerario, la experiencia mostró ser muy acertado. No hobo en toda la guerra contra los Moros quien se señalase mas que aquellos hidalgos. Estimulábalos grandemente el deseo de borrar la deshonra pasada, y la voluntad de servir al rey la clemencia de que con ellos usára: sus valerosas hazañas no se podian encubrir, en todas partes y ocasiones peleaban contra los Moros con ódio implacable, y entre sí tenian competencia de aventajarse en valor y ánimo.

Finalmente desde Toledo partieron al Andalucía. El campo de los Castellanos llegó sobre Algecira á veinte y siete dias del mes de julio. A mediado el siguiente mes de agosto puso su cerco sobre Almeria el rey de Aragon. Con los Aragoneses vinieron don Fernando hijo de don Sancho rey de Mallorca, mancebo de los fuertes y valerosos que en su tiempo se hallaban, don Guillen de Rocaberti arzobispo de Tarragona, don Ramon obispo de Valencia y canciller del rey, don Artal de Luna gobernador de Aragon con otros prelados y caballeros. Al rey don Fernando seguian los caballeros de la casa y familia de Haro: don Juan de Lara poco ántes vuelto en amistad del rey, don Juan tio del rey, y el arzobispo de Sevilla, y otros muchos caballeros principales. Gisberto, Vizconde de Castelnovo, fué con parte de la armada de los Aragoneses sobre Ceuta, que está en la frontera y riberas de Africa, y la tomó. Los despojos hobieron los Aragoneses, la ciudad se dejó á Aborrabes como lo tenian con él capitulado. Los de Granada, habido sobre ello su acuerdo, porque si venian á repartir su gente, no serian bastantes para sustentar ambas guerras, determinaron de defender la ciudad de Almeria, fuese por la confianza que hacian de la fortaleza de Algecira, demas que tenia harta gente de defensa y las provisiones necesarias, ó por rabia de que los Aragoneses les hobiesen ganado á Ceuta, y se hobiesen entremetido en aquella guerra sin pretender contra ellos algun derecho, ni haber recebido agravio.

El mismo dia de la festividad de S. Bartolomé los Moros con toda su gente se presentaron á vista de aquella ciudad. Los Aragoneses visto que les representaban la batalla, de buena gana fueron á acometellos: á los principios no se conoció ventaja en ninguno de los campos, porque los Moros peleaban con grandísimo esfuerzo; pero en fin fueron vencidos y puestos en huida con gran daño y matanza. Los bosques que alli cerca estaban, dieron á

(1) Fué en Alcalá de Henares, y entre otras cosas se estipuló que se abriese la campaña lo mas tarde el dia de S. Juan de 1309: y para los gastos de esta guerra se concedió á los reyes de Castilla y de Aragon una cruzada por el papa Clemente V.

muchos la vida, que se metieron por aquellas espesuras y escaparon. No hay alegria cumplida en las cosas humanas. Mientras que los nuestros con demasiada codicia y poco recato iban en seguimiento de los bárbaros y ejecutaban el alcance, los de Almeria salen de la ciudad, y acometen el real de los Aragoneses que tenia poca defensa, y por capitan á don Fernando de Mallorca. Ganaron el baluarte y trincheas, y saquearon y robaron algunas tiendas. Acudieron los nuestros; y aunque con mucha dificultad, en fin lanzaron los Moros, y los forzaron á retirarse dentro de la ciudad. Esto hizo que el contento de la victoria ganada no se les aguase tanto, si perdieran los reales; demas que aquel peligro fué aviso para que en adelante tuviesen mayor recato. Todo era menester, porque segunda vez á los quince de octubre grande morisma, que llegaban á mas de cuarenta mil, acometieron las estancias de los Aragoneses; pero sucedióles lo mismo que en el rebate pasado.

No con menos esfuerzo apretaban los de Castilla por mar y por tierra el cerco de Algecira; mas las fuertes murallas, y los muchos soldados que dentro tenian, impedian á los cristianos para que sus asaltos no hiciesen efecto. Como se detuviesen muchos meses, acordaron de acometer á Gibraltar, villa puesta sobre el monte Calpe, con esperanza de apoderarse della porque no tenia tanta defensa. Fueron para este efecto el arzobispo de Sevilla y don Juan Nuñez de Lara con parte del ejército. Alonso Perez de Guzman, caballero el mas señalado que se conocia en aquellos tiempos, y iba en compañia de los demas, en un rebate que tuvieron con los Moros en el monte Gausin, quedó muerto (2): daño que fué muy



notable, dolor y sentimiento de todo el reino. Verdad es que la villa de Gibraltar se entregó al mismo rey don Fernando, que acudió para este efecto, como lo concertaron para que los cercados se rindiesen con mas reputacion, y fuese del rey la honra de ganar aquella plaza. Dióse libertad á los Moros para pasar en Africa y llevar consigo sus bienes.

Entre los demas un moro muy viejo ya que queria partirse, habló (segun dicen) al rey

(2) Murió despues de haber tomado á Gibraltar el 19 de setiembre de 1309. En la cartuja de Santi-ponce se ve su sepulcro segun aqui lo representamos ejecutado, como se deja conocer, en época muy posterior á su muerte por el célebre Montañés.

desta manera: «Qué desdicha es esta mia por mi mal hado ó por mis pecados causada? que »toda mi vida ande desterrado, y á cada paso me sea forzoso mudar de lugar, y hacer alar»de de mi desventura por todas las ciudades. Don Fernando tu bisabuelo me echó de Sevi»lla, fuíme á Jerez de la frontera. Esta ciudad conquistó tu abuelo don Alonso, y á mí fué »necesario recogerme á Tarifa. Ganó esta plaza tu padre el rey don Sancho, á mi por la mis»ma razon fué forzoso pasar á Gibraltar. Cuidaba con tanto poner fin á mis trabajos, y es»peraba la muerte como puerto seguro de todas estas desgracias. Engañóme el pensamiento: »al presente de nuevo soy forzado á buscar otra tierra. Yo me resuelvo pasar en Africa por »ver si con tan largo destierro puedo amparar lo postrero de mi triste vejez, y pasar en so»siego esto poco de vida que me puede quedar.»

Los soldados que estaban sobre Algecira, dado que era gente feroz y denodada, cansados con los trabajos, y malparados con los frios del invierno, á cada paso desamparaban las banderas, no solo la gente baja, sino tambien la principal y los señores, que demas de lo dicho andaban desabridos porque el rey daba oido á gente baja y de intenciones dañadas.

El infante don Juan y don Juan Manuel fueron de poco provecho en esta guerra, ántes ocasion de mucho daño, porque partidos ellos, con su ejemplo muchos se salieron del campo y desampararon los reales. Don Diego Lopez de Haro murió en la demanda de enfermedad. Su cuerpo llevaron á Burgos y enterraron en el monasterio de S. Francisco. El señorio de Vizcaya, segun que lo tenian capitulado, recayó en doña Maria (3) muger del infante don Juan: cosa nueva que en aquel estado sucediese muger, en que hasta entonces se continuó la sucesion por linea de varon. La muerte deste caballero y las continuas lluvias que sobrevinieron, por ser el tiempo mas áspero de todo el año, forzaron á que el cerco de Algecira se alzase. Capitularon empero que los Moros restituyesen (como lo hicieron) las villas de Quesada y Bedmar, que tomaron el tiempo pasado á los nuestros, y para los gastos de la guerra pagasen cuarenta mil escudos. La villa de Quesada poco adelante dió el rey á la iglesia de Toledo, cuya solia ser. Este fué el fruto que de tanto ruido, tantas pérdidas y trabajos se sacó.

Los Aragoneses si bien tenian en sus reales grande abundancia de todas las cosas necesarias, asimismo por la poca esperanza de salir con la empresa, como les restituyesen los Aragoneses que allí tenian cautivos, se partieron de sobre Almería, que fué á los veinte y seis dias del mes de febrero año de 1310, sin suceder otra cosa digna de memoria, salvo que en el mayor calor desta guerra el ciego rey Moro fué despojado del reino por su hermano Azar, y en Almuñecar puesto en prisiones con buena guarda: grande desgracia y caida, él que era rey, ser privado de la libertad: mal que se pudiera llevar en paciencia, si no pasára adelante; poco despues en Granada do le hizo volver, sin respeto de lo que se diria, ni compasion del que era su hermano, por asegurarse le mandó cruelmente matar: así pervierte todas las leyes de naturaleza el deseo desenfrenado de reinar. Don Juan Nuñez de Lara al fin de la guerra pasada fué por embajador á Francia, y cumplido con su cargo, tornó al rey de Castilla que era venido á Sevilla, despedido que hobo su ejército. Llevaba órden de impetrar (como lo hizo) los diezmos de las rentas eclesiásticas para ayuda á los gastos de la guerra contra Moros: demas desto de avisar al pontífice Clemente que no debia en manera alguna proceder contra la memoria del papa Bonifacio, por los grandes inconvenientes que de hacer lo contrario resultarian, contra lo que pretendia el rey de Francia, y que el pontífice no estaba fuera de hacello, segun avisaban personas de autoridad.

En Vizcaya en aquella parte que llaman Guipuzcoa, por mandado del rey, y á costa de los de aquella provincia se fundó la villa de Azpeitia, como se entiende por la provision real que en esta razon se despachó en Sevilla al principio deste año, desde donde el rey don Fernando se partió para Burgos para celebrar las bodas de la infanta doña Isabel su hermana, aquella que repudió el rey de Aragon, y de nuevo la tenian concertada con Juan duque de Bretaña. El cargo de mayordomo de la casa real se dió á don Juan Manuel, sin que el infante don Pedro hermano del rey, que tenia aquel oficio, mostrase sentimiento alguno. Demas desto el mismo don Juan era frontero de Murcia contra los Moros, dado que en su lugar servia este cargo Pero Lopez de Ayala. Todo esto se enderezaba á obligar mas á aquel caballero, que era muy poderoso, y fué tan dichoso en sus cosas, que dos hijas suyas doña Costanza habida en su primera muger fué reina de Portugal, y doña Juana lo fué de Cas-

(3) Gozó muy poco tiempo de su señorio pues don Lope Diaz de Haro, hijo y heredero de don Diego, entró en la posesion de él por órden del rey en 29 de enero de 1311,

tilla, la cual hobo en doña Blanca hija de Fernando de la Cerda y de doña Juana de Lara.

En este viaje pasó el rey por Toledo en sazon que por muerte de don Gonzalo que finó este mismo año, vacaba aquella iglesia. Sucedióle don Gutierre Segundo, natural y Arcediano de Toledo. Su padre Gomez Perez de Lampar, alguacil mayor de Toledo: su madre Horabuena Gutierrez: su hermano Fernan Gomez de Toledo, camarero mayor, y muy privado del rey, que por su respeto acudió á su hermano con su favor, y obró tanto que los canónigos apresuraron la eleccion, y dieron sus votos á don Gutierre, mayormente que se recelaban no se entremetiese el papa y les diese prelado de su mano. Partió el rey de Toledo para Burgos á las bodas que se festejaron como se puede pensar. Del infante don Juan tio del rey no se tenia bastante seguridad por ser de su condicion mudable, y por cosas que del se decian; y claramente se dejaba entender que de tal manera haria el deber, que no duraria mas el respeto de lo que le fuese necesario. Por esta causa en Burgos, ca acudió á las fiestas de aquellas bodas de la infanta aunque con seguridad que le dieron, trataban por órden del rey de dalle la muerte. Don Juan Nuñez de Lara como dello tuviese noticia, procuró estorballo, afeando en grande manera aquel intento; y sin embargo el infante don Juan luego que supo lo que pasaba, se salió secretamente de la corte.

Muchos caballeros movidos de caso tan feo, sin tener cuenta con el rey y con su autoridad; ni con la solemnidad de las bodas, le hicieron compañia. Pero todas estas alteraciones (1) que amenazaban mayores males, apaciguó la reina madre con su prudencia, sin cesar hasta reconciliar el infante don Juan con el rey su hijo. En Palencia sobrevino al rey una tan grave enfermedad, que no pensaron escapára. La buena diligencia de los médicos, la fuerza de la edad, y la mudanza del aire le sanaron, porque luego que pudo, se fué á Valladolid. En Barcelona murió doña Blanca reina de Aragon á catorce dias del mes de octubre: señora dotada de grande honestidad y de todo género de virtudes. Dejó noble generacion, es á saber los infantes don Jaime, don Alonso, don Juan, don Pedro, don Ramon Berenguel: las hijas fueron doña María, doña Costanza, doña Isabel, doña Blanca, doña Violante. Doña Blanca pasó su vida en el monasterio de Jixena en que fué abadesa: las demas casaron con grandes príncipes, y por sus casamientos muchos linages nobilísimos emparentaron con la casa real de Aragon. El cuerpo de la reina sepultaron en santa Cruz, que es un monasterio muy noble en Cataluña. Las exequias se hicieron con toda la solemnidad que era justo y se puede pensar.

CAPITULO X.

Como estinguieron los caballeros Templarios.

Los obispos de toda la cristiandad se juntaban por este tiempo llamados por edictos de Clemente pontifice para asistir al concilio de Viena, ciudad bien conocida en el Delfinado de Francia. A las demas causas públicas que concurrian para juntar este concilio, se allegaba una la mas nueva y sobre todas urgentísima, que era tratar de los caballeros Templarios, cuyo nombre se comenzára á amancillar con grandes fealdades y torpezas, y era á todos aborrecible. Querian que todos los prelados diesen su voto y determinasen lo que en ello se debia de hacer, pues la causa á todos tocaba. El principio desta tempestad comenzó en Francia. Achacábanles delitos nunca oidos no tan solamente á algunos en particular; sino en comun á todos ellos y á toda su religion. Las cabezas eran infinitas: las mas graves estas: que lo primero que hacian cuando entraban en aquella religion, era renegar de Cristo y de la Vírgen su madre y de todos los santos y santas del cielo: negaban que por Cristo habian de ser salvos, y que fuese Dios: decian que en la cruz pagó las penas de sus pecados mediante la muerte: ensuciaban la señal de la cruz y la imágen de Cristo con saliva, con orina y con los pies, en especial porque fuese mayor el vituperio y afrenta, en aquel sagrado tiempo de la semana santa, cuando el pueblo cristiano con tanta veneracion celebra la memoria de la pasion y muerte de Cristo: que en la santísima Eucaristia no está el cuerpo de Cristo, el cual y los demas sacramentos de la santa madre iglesia los negaban y repudiaban: los sacerdotes de aquella religion no proferian las místicas palabras de la consagracion cuando

(1) Sucedieron en el año 1311, como lo ha demostrado Salazar en sus *Reparos históricos*.

parecia que decian misa, porque decian que eran cosas ficticias é invenciones de los hombres, y que no eran de provecho alguno: que el maestre general de su religion, y todos los demas comendadores que presidian en cualquiera casa ó convento suyo, aunque no fuesen sacerdotes, tenian potestad de perdonar todos los pecados: solia venir un gato á sus juntas; á este acostumbraban arrodillarse y hacelle gran veneracion como cosa venida del cielo y llena de divinidad: ultra desto tenian un ídolo unas veces de tres cabezas, otras de una sola, algunas tambien con una calavera, y cubierto de una piel de un hombre muerto: deste reconocian las riquezas, la salud y todos los demas bienes, y le daban gracias por ellos. Tocaban unos cordones á este ídolo, y como cosa sagrada los traian revueltos al cuerpo por devocion y buen agüero. Desenfrenados en la torpeza del pecado nefando hacian y padecian indiferentemente. Besábanse los unos á los otros las partes mas sucias y pudendas de sus cuerpos; seguian sus apetitos sin diferencia, y esto con color de honestidad como cosa concedida por derecho y conforme á razon. Juraban de procurar con todas sus fuerzas la amplificacion de su órden asi en número de religiosos como en riquezas sin tener respeto á cosa honesta y deshonesta. Referir otras cosas dellos da pesadumbre y causa horror.

Qué dirá aqui el que esto leyere? Por ventura no parecen estos cargos impuestos y semejables á consejas que cuentan las viejas? Villaneo sin duda y S. Antonino y otros los defienden desta calumnia: la fama y la comun opinion de todos los condena. Necesario es que confesemos que las riquezas con que se engrandecieron sobremanera, fueron causa de su perdicion, sea por haberse con tanta sobra de deleites amortiguado en ellos aquella nobleza de virtudes y valor con que dieron cabo á tan esclarecidas hazañas asi en el mar como en la tierra, sea que el pueblo ardiese de envidia por ver su pujanza, y los principes por esta via quisiesen gozar de aquellas riquezas. Apenas se podria creer que tan presto hobiesen estos caballeros degenerado en comun en todo género de maldad, si no tuvieramos el testimonio de las bulas plomadas del papa Clemente (que el dia de hoy están en los archivos de la Iglesia Mayor de Toledo) que afirma no era vana la fama que corria; ántes que en presencia del mismo papa fueron examinados sesenta y dos caballeros de aquella órden, que confesado que hobieron las maldades susodichas, pidieron humildemente perdon. Los primeros denunciadores fueron dos caballeros de aquella órden, es á saber el prior de Monfalcon, que es en tierra de Tolosa, y Nofo foragido de Florencia, testigos al parecer de muchos no tan abonados como negocio tan grave pedia. Arrimáronseles otros, y entre ellos un camarero del mismo papa, que de edad de once años tomó aquel hábito, y como testigo de vista deponia de las culpas susodichas.

Las cabezas destas acusaciones se enviaron al rey de Francia á Potiers do estaba con el pontífice Clemente, por cuyo órden á un mismo tiempo, como si tocaran al arma, todos los Templarios que se hallaban en Francia, fueron presos á los trece dias de octubre tres años ántes deste en que va la historia. Pusiéronlos á cuestion de tormento: muchos ó todos por no perder la vida, ó porque asi era verdad, confesaron de plano, muchos fueron condenados y los quemaron vivos. Entre otros el gran maestre de la órden Jacobo Mola Borgoña de nacion, ya que le llevaban á la hoguera, puesto que le daban esperanza de la vida y que le darian por libre, si públicamente pedia perdon, habló desta manera, como lo afirman autores de mucho crédito: «Como quiera que al fin de la vida no sea tiempo de mentir sin »provecho, yo niego y juro por todo lo que puedo jurar, que es falso todo lo que ántes de »ahora se ha acriminado contra los Templarios, y lo que de presente se ha referido en la »sentencia dada contra mí, porque aquella órden es santa, justa y católica: yo soy el que »merezco la muerte por haber levantado falso testimonio á mi órden, que ántes ha servido »mucho y sido muy provechosa á la religion cristiana, y imputádoles estos delitos y mal»dades contra toda verdad á persuasion del sumo pontífice y del rey de Francia; lo que »ojalá yo no hobiera hecho. Solo me resta rogar, como ruego á Dios, si mis maldades dan »lugar, me perdone; y juntamente suplico que el castigo y tormento sea mas grave, si por »ventura por este medio se aplacase la ira divina contra mí, y pudiese mover con mi pa»ciencia á los hombres á misericordia. La vida ni la quiero ni la he menester, principalmen»te amancillada con tan grande maldad como me convidan á que cometa de nuevo.» De otros muchos se cuenta que dijeron lo mismo, y que uno dellos fué un hermano del Delfin de Viena, persona nobilísima, cuyo nombre no se sabe, dado que consta del hecho.

El año próximo siguiente expidió el papa sus letras apostólicas á postrero de julio, en que comete á los arzobispos de Toledo y Santiago y les manda procedan contra los Templarios en

Castilla. Dióles por acompañado á Aymerico inquisidor y fraile dominico (por ventura aquel que compuso el directorio de los inquisidores que tenemos) y junto con él otros prelados. En Aragon se dió la misma órden á los obispos don Ramon de Valencia y don Jimeno de Zaragoza: lo mismo se hizo en las demás provincias de España y de toda la cristiandad. Dióse á todos órden que formado el proceso y tomada la informacion, no se procediese á sentencia sino fuese en los concilios provinciales. Gran turbacion y tristeza fué esta para los Templarios y todos sus aliados: nuevas esperanzas para otros, que les resultaban de su desgracia y trabajo. En Aragon acudieron á las armas para defenderse en sus castillos: los mas se hicieron fuertes en Monzon por ser la plaza á propósito. Acudió mucha gente de



Castillo de Monzon.

parte del rey, y por conclusion los Templarios fueron vencidos y presos. En Castilla Rodrigo Ibañez comendador mayor ó maestre de aquella órden, y los demas Templarios fueron citados por don Gonzalo arzobispo de Toledo para estar á juicio. El rey los mandó á todos prender, y todos sus bienes pusieron en tercería en poder de los obispos hasta tanto que se averiguase su causa.

Juntóse concilio en Salamanca en que se hallaron Rodrigo arzobispo de Santiago, Juan obispo de Lisboa, Vasco obispo de la Guardia, Gonzalo de Zamora, Pedro de Avila, Alonso de Ciudad-Rodrigo, Domingo de Plasencia, Rodrigo de Mondoñedo, Alonso de Astorga, y Juan de Tuy, y otro Juan obispo de Lugo. Formóse el proceso contra los presos: tomáronles sus confesiones, y conforme á lo que hallaron, de parecer de todos los prelados fueron dados por libres, sin embargo que la final determinacion se remitió al sumo pontífice, cuyo decreto y sentencia prevaleció contra el voto de todos aquellos padres y toda aquella órden fué extinguida. En virtud deste decreto el rey don Fernando se apoderó de todo lo que los Templarios poseian en Castilla así bienes como pueblos. En Galicia tenian á Ponfer-

rada y el Faro: en tierra de Leon Balduerna, Tavara, Almansa, Alcañices: en Extremadura á la raya de Portugal Valencia, Alconeta, Jerez de Badajoz, Fregenal, Nertobriga, Capilla y Caracuel: en el Andalucía Palma: en Castilla la Vieja Villalpando: en la comarca de Murcia Caravaca y Alconchel: en el reino de Toledo Montalvan: demas destos á S. Pedro de la Zarza y á Burguillos, sin otros pueblos, posesiones y casas por todo el reino que no se pueden por menudo contar.

Refieren que los Templarios tenian en España doce conventos, de los cuales en una bula del papa Alejandro tercero se nombran cinco que son estos: el de Montalvan, el de San Juan de Valladolid, el de S. Benito de Torija, el de S. Salvador de Toro, y el de S. Juan de Otero en la diócesi de Osma. En los archivos de la iglesia Mayor de Toledo está la citacion que el arzobispo don Gonzalo hizo á los Templarios conforme á la comision que tenia del papa Clemente, su data en Tordesillas á los quince de abril del mismo año que murió, de 1310. En esta citacion se cuentan veinte y cuatro baylias de los Templarios todas en Castilla que eran como encomiendas, es á saber la baylia de Faro, la de Amotiro, la de Goya, la de S. Felix, la de Canabal, la de Neya, la de Villapalma, la de Mayorga, la de Sta. Maria de Villasirga, la de Vilardig, la de Safines, la de Alcanadre, la de Caravaca, la de Capella, la de Villalpando, la de S. Pedro, la de Zamora, la de Medina de Luytosas, la de Salamanca, la de Alconcitar, la de Ejares, la de Cidad, la de Ventoso, las casas de Sevilla, las de Córdova, la baylia de Calvarzaes, la de Benavente, la de Juneo, la de Montalvan con las casas de Cebolla y de Villalva que le pertenecen. Hasta aquí la citacion. Otras casas, heredades y lugares que tenian, debianse reducir y ser miembros de las baylías susodichas.

En la ciudad de Maguncia en Alemaña como se tratase deste negocio en un concilio de prelados conforme al órden del papa, cuentan que uno llamado Hugon con otros veinte caballeros de aquella órden entró denodadamente en la sala en que se hacia la junta, y á altas voces protestó que si alguna cosa allí se decretase contra su religion, que desde entonces apelaba para el sumo pontífice sucesor de Clemente. Los prelados atemorizados con aquella ferocidad dijeron que no tuviesen pena, que todo se haria bien y se miraria por su justicia. Dieron noticia de lo que pasaba al papa, que cometió al mismo arzobispo de Maguncia de nuevo tomase informacion y procediese á sentencia. Hiciéronse las diligencias necesarias, y considerado el proceso y cerrado, los dieron por libres de todo lo que les achacaban. Finalmente el concilio Vienense se abrió el año de 1311 á diez y seis dias del mes de octubre. Muchas cosas se ventilaron. Por lo que tocaba al papa Bonifacio, se acordó no era lícito condenalle ni imputalle el crimen de heregia, como pretendian. Tratóse con muchas veras de renovar la guerra de la Tierra Santa, pero fué de poco efecto. Acerca de los Templarios se decretó que su nombre y órden de todo punto se extinguiese: decreto que á muchos pareció muy recio, ni se puede creer que aquellos delitos se hobiesen extendido por todas las provincias, y que todos en general y cada cual en particular estuviesen tocados de aquella contagion. Verdad es que el naufragio y desastre destos caballeros dió á todos aviso para huir semejantes delitos, mayormente á los eclesiásticos, cuyas fuerzas mas consisten en una entera y loable opinion de virtud y bondad, que en otra cosa alguna.

Los bienes y haciendas de los Templarios adjudicaron á los caballeros de la órden de S. Juan, que en aquella sazon ganaron á los Turcos la isla de Rodas: conquista con que se adelantaron en gracia y reputacion, y aun esperaban que se podria por medio dellos renovar la guerra de la Tierra Santa. Sola España no admitió esta adjudicacion por las grandes guerras que tenia contra los Moros por este tiempo y cada dia se esperaban mas. Halláronse en este concilio Philipo rey de Francia y tres hijos suyos, Carlos de Valoes su hermano, y gran número de embajadores de los otros reyes y príncipes. Asistieron trecientos obispos, otros dicen ciento y catorce, dos patriarcas, el de Alejandria y el de Antioquía; y el romano pontífice, que sobrepujaba á todos los demas en autoridad y preeminencia. La divisa de los Templarios era una cruz roja con dos traviesas como la de Caravaca en manto blanco: al contrario los caballeros de S. Juan traian y traen cruz blanca de la forma que vemos en manto negro.

CAPITULO XI.

De la muerte de don Fernando el cuarto rey de Castilla.

Todo el orbe cristiano estaba alterado con el desastre y caida de los Templarios. Los culpados fueron castigados; los que no tenian culpa quedaron libres, y por decreto de los prelados de Viena se les señalaron pensiones en cada un año de las rentas de los mismos conventos, con que pudiesen pasar su vida: solamente les quitaron el hábito y insignia de aquella órden. En Castilla todo lleno de fiestas y regocijos con el nacimiento del infante don Alonso que la reina doña Costanza parió á tres dias del mes de agosto, el cual poco despues sucedió en el reino de su padre. Fué tanto mayor la alegria, que hasta entonces tenian poca esperanza de sucesion porque la reina no se habia hecho preñada y daba muestras de estéril. Tenian concertado casamiento por medio de embajadores entre don Pedro hermano del rey don Fernando y doña Maria hija del rey de Aragon: para efectualle vinieron los reyes el de Castilla y de Aragon á verse en Calatayud. Hallóse al tanto allí la reina doña Costanza ya convalecida del parto, y gran número de caballeros así Castellanos como Aragoneses ilustres por sus hazañas y por su nobleza. Celebráronse las bodas la misma Pascua de Navidad, grandes fiestas, justas y torneos con que el pueblo se alegró asáz. Doña Leonor hermana del rey don Fernando, que ántes de ahora estaba tratado de casalla con don Jaime hijo del rey de Aragon, se desposó asimismo con él, y fué entregada en poder de su suegro. Trataron de renovar la guerra contra los Moros á la primavera.

Tenian cierta diferencia los reyes de Portugal y Castilla, y aun llegaban á términos de venir sobre ello á las puñadas. El rey don Fernando pretendia cobrar las villas de Mora y de Serpa, que caen en los confines de Portugal junto al cabo de S. Vicente, que siendo él niño entregaron al rey de Portugal contra toda justicia y razon. Para concertar esta diferencia nombraron por juez árbitro al rey de Aragon, que tenia grande industria y buena mano para cosas semejantes. Hecho esto, se despidieron unos de otros, y don Juan hermano del rey de Aragon fué sobre el caso por embajador á Portugal. El rey don Fernando se vino á Valladolid, adonde llamó á cortes á todos los de su reino para tratar de las provisiones que pretendia hacer para la guerra contra los Moros (1). Pidió ser favorecido de dineros: los procuradores de las ciudades se los concedieron de muy pronta voluntad, porque de buena gana sufrian el menoscabo de dinero y la graveza de los tributos los pueblos y toda la gente comun por el gran deseo que tenian de desarraigar aquella nacion de España: no echaban al cierto de ver que muchas veces con honestas ocasiones se quèbrantan y pierden los derechos de la libertad: que lo que se concede en los tiempos trabajosos, pasado el peligro, se queda perpetuo y se cobra aun cuando el peligro es pasado.

El infante don Pedro hermano del rey nombrado por general contra los Moros, llegada la primavera del año de 1312, aprestado su ejército, fué sobre Alcaudete, que como dijimos arriba se perdió y le tomaron los Moros. El rey fué en pos dél hasta Martos. Allí sucedió una cosa muy notable por su mandado dos hermanos Carvajales, Pedro y Juan, fueron presos. Achacábanles la muerte de un caballero de la casa de los Benavides que mataron en Palencia al salir del palacio real. No se podia averiguar quien fuese el matador, por indicios muchos fueron maltratados. En particular estos caballeros, oido su descargo, fueron condenados de haber cometido aquel crimen contra la magestad, sin ser convencidos en juicio ni confesar ellos el delito: cosa muy peligrosa en semejantes casos. Mandáronlos despeñar de un peñasco que allí hay, sin que ninguno fuese parte para aplacar al rey, por ser intratable cuando se enojaba, y no saber refrenarse en la saña. Los cortesanos por saber muy bien esta su condicion se aprovechaban della á propósito de malsinar y derribar á los que se les antojaba. Al tiempo que los llevaban á ajusticiar, á voces se quejaban que morian injustamente y á gran tuerto: ponian á Dios por testigo, al cielo y á todo el mundo: decian que pues las orejas del rey estaban sordas á sus quejas y descargos, que ellos apelaban para delante el divino tribunal, y citaban al rey para que en él pareciese dentro de treinta dias.

Estas palabras que al principio fueron tenidas por vanas, por un notable suceso, que por ventura fué acaso, hicieron despues reparar y pensar diferentemente. El rey muy des-

(1) Tambien en ellas se propusieron y decretaron muchas cosas á beneficio del pueblo.

cuidado de lo hecho, se partió para Alcaudete donde su ejército alojaba: allí le sobrevino una enfermedad tan grande, que fué forzado dar la vuelta á Jaen, bien que los Moros movian práctica de entregar la villa. Aumentábase el mal de cada dia, y agravábase la dolencia de suerte que el rey no podia por sí negociar. Todavia alegre por la nueva que le vino que la villa era tomada, revolvia en su pensamiento nuevas conquistas, cuando un jueves que se contaron siete dias del mes de setiembre, como despues de comer se retirase á dormir, á cabo de rato le hallaron muerto. Falleció en la flor de su edad que era de veinte y cuatro años y nueve meses, en sazon que sus negocios se encaminaban prósperamente. Tuvo el reino por espacio de diez y siete años, cuatro meses y diez y nueve dias, y fué el cuarto de su nombre. Entendióse que su poco órden en el comer y beber le acarrearon la muerte: otros decian que era castigo de Dios porque desde el dia que fué citado, hasta la hora de su muerte (cosa maravillosa y extraordinaria) se contaban precisamente treinta dias. Por esto entre los reyes de Castilla fué llamado don Fernando el Emplazado.

Su cuerpo depositaron en Córdova, porque á causa de los calores que todavia duraban, no pudo ser llevado á Sevilla ni á Toledo do tenian los enterramientos reales. Acrecentóse la fama y opinion susodicha, concebida en los ánimos del vulgo, por la muerte de dos grandes principes, que por semejante razon fallecieron en los dos años próximos siguientes: estos fueron Philipo rey de Francia y el papa Clemente, ambos citados por los Templarios para delante el divino tribunal al tiempo que con fuego y todo género de tormentos los mandaban castigar y perseguian toda aquella religion. Tal era la fama que corria, si verdadera si falsa, no se sabe, mas es de creer que fuese falsa: en lo que sucedió al rey don Fernando nadie pone duda. No se sabe lo que determinó el rey de Aragon sobre la diferencia entre los reyes de Castilla y Portugal; bien se entendia empero favorecia mas al portugués, y le parecia que el rey don Fernando no tenia razon, lo cual con su muerte y la turbacion de los tiempos que se siguió luego en Castilla, prevaleció; y aquellos pueblos sobre que era la diferencia, se quedaron todavia, y están en posesion y debajo del señorío de Portugal.

CAPITULO XII.

De los principios del reinado de don Alonso el onceno rey de Castilla.

Por la muerte del rey don Fernando se siguieron en Castilla grandes torbellinos de tempestades y discordias civiles, como era forzoso, por ser el rey niño que no tenia mas de un año y veinte y seis dias: lo mismo que estar el reino sin reparo y sin gobernalle. Este es el inconveniente que resulta de heredarse los reinos; mas que se recompensa con otros muchos bienes y provechos que dello nacen, como lo persuaden personas muy doctas y sabias: si con razones aparentes ó con verdad, aquí no lo disputamos. Luego que falleció el rey, alzaron á don Alonso su hijo por rey de Castilla á instancia y por diligencia del infante don Pedro su tio que estaba en Jaen, donde acudió luego que Alcaudete se entregó. Alzáronse allí los estandartes reales por el nuevo rey como es de costumbre, y el infante por lo que hizo movido por la obligacion y fidelidad que debia, adelante fué mas amado de todos, y las voluntades del pueblo le quedaron mas aficionadas. El niño rey estaba á la sazon en Avila: nombraron por su aya para crialle y dotrinalle á Vataza una señora nobilísima, nieta de Teodoro Lascaro emperador que fué de Grecia, que vino de Portugal en compañia de la reina doña Costanza y por su aya. Volvió adelante á Portugal, allí murió: yace en la iglesia Mayor de Coimbra, con su letrero que así lo reza.

La reina doña María abuela del niño residia en Valladolid retirada del gobierno sea por voluntad, sea por habérsele quitado. La reina doña Costanza, que acompañó á su marido cuando fué á la guerra, se hallaba en Martos, cargada de tristeza, luto y lágrimas, como la que perdió su marido en la flor de su mocedad, y no sabia lo que sucederia para adelante. El infante don Juan era ido á Valencia, don Juan de Lara á Portugal, el uno y el otro en desgracia del rey don Fernando por disgustos que sucedieron poco ántes de su muerte. Era forzoso proveer quien ayudase á la tierna edad del rey, y de presente gobernase las cosas; persona que fuese señalada en valor y nobleza. Muchos se entremetian sin ser llamados. Era negocio peligroso anteponer uno á los demas. La desordenada codicia de mandar salia de madre por no señalarse alguno á quien los demas tuviesen respeto: muchos no tenian ver-

güenza ni temor ni cuenta con las cosas divinas ni con las humanas á trueco de salir con su pretension. Don Alonso señor de Molina hermano de la reina doña María el infante don Felipe tio del rey, y don Juan Manuel echaban sus redes para apoderarse del gobierno, bien que secretamente y con modestia. Los infantes tio y sobrino, es á saber don Juan y don Pedro mas á la rasa. Don Pedro iba mas adelante así por ser el deudo mas cercano del rey, como por la aficion que todos le tenian. Don Juan por su edad era mas á propósito, sino fuera de condicion inquieta y mudable, tanto que á muchos pareció nació solamente para revolver el reino.

No se via amor, ni lealtad: el deseo de acrecentar cada cual su estado les tenia ocupadas las voluntades. Las reinas por ser mugeres no eran bastantes para cosas tan graves, bien que todos entendian su autoridad y favor seria de gran momento á cualquiera parte que se arrimasen, dado que no se concertaban entre sí, como nuera y suegra. Las cosas del Andalucía quedaron á cargo del infante don Pedro: hizo paces con el rey moro, que á entrambas partes estuvieron bien, en especial que el infante no podia atender á la guerra por estar ocupado en sus pretensiones. Por otra parte Farraquen señor de Málaga procuraba vengar la cruel muerte del rey Alamar no tanto confiado en sus fuerzas, cuanto en la mala satisfaccion que los Moros tenian con su rey así por otras causas, como por la muerte que diera á su hermano. Asentada pues esta confederacion, el infante don Pedro y la reina doña Costanza comunicaron entre sí en que forma se gobernaria el reino, y sobre la crianza del rey. Acordaron de ir luego á Avila, con esperanza que los ciudadanos no les negarian su demanda, y si hiciesen resistencia, valerse contra ellos de las armas.

Por otra parte don Juan tio del rey don Fernando, y don Juan de Lara hicieron entre sí liga. La semejanza de las costumbres y el peligro que ambos corrian, los hacian conformes en las voluntades. Procuraban pues con todo cuidado y diligencia de traer á su bando á la reina doña María, con esperanzas que le darian á criar su nieto. Don Juan de Lara fué el primero que llegó á Avila, pero no pudo haber á las manos al rey, porque el obispo don Sancho le metió dentro de la iglesia Mayor, y allí se hizo fuerte con él y le defendió. Vinieron luego don Pedro y la reina doña Costanza: sucedióles lo mismo que á don Juan de Lara. Tratóse de medios: acordaron que el rey no se entregase á ninguna de las partes, si primero en cortes no se acordase á quien se debia de entregar. Sobre que esto así se cumpliria, todos los ciudadanos de Avila se hermanaron. Dió este consejo don Juan de Lara con esperanza de excluir al infante don Pedro. Hiciéronse cortes del reino en Palencia á la entrada de la primavera: torpes sobornos, grandes cautelas y trazas. Los que mejor sentian, nombraban á don Pedro y á la reina doña María su madre, que mucho inclinaba en favor de su hijo para el gobierno del reino. Otros anteponian á don Juan y á la reina doña Costanza, que por mañas del bando contrario estaba ya encontrada con el infante don Pedro. De aquí nació ocasion de nuevos alborotos. Los grandes y las ciudades andaban muy desconformes, y cada cual seguia diverso parecer, y por un gobierno tenian dos: triste y miserable estado.

Don Pedro confiado en su poder, y en la benevolencia y favor que el vulgo le mostraba, y en la ayuda que de fuera le podria venir, hizo avenencia con don Juan Manuel desta manera: que si salia con la empresa, le dejaria el gobierno de los reinos de Toledo y de Murcia, así se ponia en almoneda el mando y la magestad del reino era tenida por cosa de burla. Fuese á ver con el rey de Aragon su suegro á Calatayud al principio del año de 1313. Cuéntale por estenso los engaños de los contrarios, sus cautelas y mañas, y el peligro, si esta disension pasaba adelante, que forzosamente pararia en guerra perjudicial; que debia moverse por su justa demanda, y favorecer á su yerno, mayormente en cosa tan puesta en razon. Asi de consentimiento de los dos despacharon á Miguel Arbe por embajador al rey de Portugal, por ver si con su autoridad se refrenasen las pretensiones de los reboltosos, y pudiesen hacer que el gobierno del reino quedase en poder del infante don Pedro, y que á la reina doña Costanza se le encargase el cuidado de criar su hijo: que desta forma les parecia se satisfacia á las partes. Los ciudadanos de Avila, que eran tanta parte en este negocio, no se llegaban con calor á ninguna de las partes: á ambas henchian de esperanzas unas veces, otras amenazaban con miedos. Finalmente vinieron á seguir el partido de don Pedro y de la reina doña María su madre. Esto agradó á los mas principales de la ciudad y al pueblo, con tal condicion que no sacasen al rey de la ciudad.

En este tiempo Azar rey de Granada fué forzado á retirarse dentro del Alhambra por

miedo de los ciudadanos que se rebelaron contra él. Ismael hijo de Farraquen fué el autor de esta rebelion y el capitan. El infante don Pedro que se hallaba en Sevilla, movido de la injuria que se hacia al rey de Granada su aliado, y del peligro que corria, pospuesto todo lo al, determinó de ir allá. Llegó tarde, ya que las cosas estaban perdidas, porque Azar vino á concierto con su enemigo, en que hizo dejacion del reino y del nombre de rey con retencion de Guadix para su habitacion, ciudad puesta en los deleitosos campos y bosques de los Turdulos, pueblos antiguos de España. Verdad es que el infante ya que no le pudo favorecer en tiempo, procuró vengalle, porque tomó á los Moros un castillo muy fuerte en la comarca de Granada llamado Rute: hizo otrosí grandes correrias por toda aquella campaña. Habia reinado Azar cuatro años y siete meses cuando fué despojado de aquel estado: mas dichoso y mas modesto en el tiempo que reinó su hermano, que en el que él mismo tuvo el mando. Sucedióle su competidor Ismael, hijo de su hermana y de Farraquen.

Con la toma de Rute el crédito del infante don Pedro se aumentó mucho, y ganó grandemente las voluntades de todos, por acabar en tres dias con lo que los reyes pasados no pudieron salir, que era ganar aquella fuerza que muchas veces acometieron á tomar. No pasó adelante en la guerra de los Moros por las revueltas que dentro del reino andaban, á que era forzoso acudir sin cuidar mucho de las cosas de fuera. Los grandes del reino y los procuradores de las ciudades se juntaron en el monasterio de Sahagun por ver si podrian concordar aquellos debates. Durante la congregacion y junta la reina doña Costanza por el mes de noviembre pasó desta vida. Fué gran parte para su muerte la pesadumbre que tenia de ver á su hijo fuera de su poder, y la necesidad y pobreza que padecia, tan grande que para pagar sus deudas y el gasto de su casa aun el oro y joyas que tenia para su persona, no bastaban, como ella misma lo declaró en el testamento que otorgó á la hora de su muerte.

La falta de la reina doña Costanza obró que se pudieron encaminar mejor los negocios á causa que el infante don Juan desamparado que se vió deste arrimo, acudió á la reina doña Maria y á su hijo el infante don Pedro. Concertáronse en esta forma: que la crianza del rey estuviese á cargo de la reina su abuela: los infantes gobernasen el reino, cada cual en aquella parte y aquellas ciudades que le siguieron en las cortes que poco ántes se tuvieron en la ciudad de Palencia: manera de gobierno bien extraordinaria, y sujeta á grandes inconvenientes; pero era forzoso conformarse con el tiempo y llegar hasta lo que las cosas daban lugar. Al rey llevaron á Toro, ciudad muy apacible y de cielo muy saludable. Lo que principalmente pretendieron, fué sacalle de poder de los de Avila, y vengarse de las afrentas que á todos ántes hicieron. Corria á esta sazon el año de 1314 cuando en el reino de Toledo se despertaron nuevos alborotos y bandos, y aun donde quiera se cometian mil maldades, robos, fuerzas y muertes: grande era la avenida de miserias, sin que hobiese fuerzas bastantes para atajar tantos daños. Acordaron buscar otra mejor manera de gobierno: juntaron cortes en Burgos (1), en que se determinó que el gobierno supremo del reino estuviese en poder del consejo real, al cual se suele apelar de todos los tribunales con las mil y quinientas, que ha de pagar el que apela en caso que sea condenado: ordenaron otrosí que el consejo siguiese siempre la corte do quiera que el rey y la reina estuviesen: que los dos infantes determinasen los negocios de menor cuantía, sin dalles facultad para enagenar las rentas reales, ni poder nombrar otro en su lugar, caso que alguno de los tres infantes y reina falleciesen.

A la misma sazon fallecieron de su enfermedad tres grandes personages, es á saber don Pedro hermano de la reina, que murió poco ántes deste tiempo, y don Tello su hijo, que venia á gran priesa para hallarse en las cortes. En las mismas cortes falleció sin hijos don Juan Nuñez de Lara mayordomo que á la sazon era de la casa real; el cargo por su muerte se proveyó á don Alonso hijo del infante don Juan. Tenia don Juan Nuñez de Lara una hermana por nombre doña Juana, que casó con don Fernando de la Cerda: deste matrimonio nacieron dos hijos, que fueron doña Blanca y don Juan de Lara, que tomó este apellido porque finalmente heredó el estado de la casa de Lara. Esto en Castilla. El rey de Aragon por el mes de noviembre envió á Alemaña á doña Isabel su hija, que tenia concertada con Federico duque de Austria, para que se efectuase el casamiento; al cual á la sazon los tres electores, el de Colonia, el de Sajonia y el Palatino, nombráran por rey de romanos, los

(1) Se celebraron en el año 1315.

otros tres electores señalaron á Ludovico Bavaro: á estos se llegó Winceslao rey de Bohemia. Por donde este partido pareció tener mejor derecho, por lo menos tuvo mas dicha: en una batalla que se dió de poder á poder, venció y prendió á su competidor. Mas este Ludovico se hizo adelante muy aborrecible por perseguir á los pontífices romanos, y en prosecucion desto elegir un nuevo y falso papa, de que resultaron grandes males.

CAPITULO XIII.

Del principio que tuvieron los Turcos.

Tenia por este tiempo el imperio de Grecia Andrónico hijo de Miguel Paleólogo, hombre impio y mal cristiano, ca renunció la santa fe católica romana que los griegos de comun consentimiento recibieran los años pasados. Pasó en esto tan adelante que publicó á su padre por descomulgado, y no permitió que á su cuerpo diesen sepultura y le hiciesen las honras acostumbradas: tal fué el principio que dió á su imperio, desdichado y desgraciado. El ódio que con los romanos tenia era tan grande que no eran tenidos por legítimos los matrimonios que se hacian entre Griegos y Latinos, si la una de las partes no renunciaba la creencia de sus antepasados. Muchos por ser católicos, que era tenido por el mas grave delito, hacia condenar por hereges. Fué castigo del cielo que en este mismo tiempo los Turcos comenzaron á tener nombre: gente hasta entonces no conocida, adelante muy encumbrada por nuestras pérdidas y daños que de ellos se han recibido muy grandes y ordinarios mas por el descuido de los príncipes (que pudieran al principio atajar el fuego) que por su valor y industria.

En aquella parte de Scythia por do corre el rio Volga tuvo antiguamente esta gente su asiento. De allí un gran número se derramó en las partes de Europa el año del señor de setecientos y sesenta. Tuvieron una batalla con los Húngaros, gente entonces muy poderosa, en la cual como quedasen muy maltratados, se retiraron á Asia convidados de la fertilidad de la tierra y del poco valor de los naturales, ca los deleites y regalo los tenian muy estragados. En aquella tierra los Turcos se hicieron fuertes en las montañas, con cuya aspereza mas que con las armas, se mantuvieron largo tiempo. Su nombre no era muy conocido, ni tuvieron caudillo muy señalado. Sustentábanse de robos y correrias: en las guerras asentaban al sueldo de la parte que les hacia mejor partido, cuando los príncipes comarcanos los convidaban para ayudarse dellos, en especial acudian al soldan de Egipto. Fuera muy fácil deshacellos, si alguno tuviera celo del bien comun; pero lo pasado mas se puede llorar que emendar.

En la guerra de la Tierra Santa que emprendió Jofre de Bullon, príncipe señalado en valor y religion, comenzaron los Turcos á ganar alguna fama por las rotas que dieron y recibieron muchas veces que con los fieles vinieron á las manos. Estaban divididos debajo de muchos señores y caudillos hasta tanto que en tiempo del emperador Andrónico un cierto Othoman hijo de Zico, hombre, bien que de baja suerte, de grandes fuerzas y ánimo, con dar la muerte á muchos de aquellos señores, y maltratar á otros, se hizo señor de todos los Turcos que andaban desparcidos á manera de Alarves. Este fué el primer fundador del imperio de los Turcos tan extendido en nuestro tiempo, y de quien la familia de los Othomanos tomó este apellido. Deste por continua sucesion traen su descendencia aquellos emperadores; en que los hijos muchas veces han heredado el estado de los padres, por lo menos los hermanos se han sucedido uno á otro, como se ve por el árbol de su genealogía que pareció poner en este lugar.

Othoman tuvo hijo que le sucedió en el imperio por nombre Orcanes, al cual sucedió su hijo Amurates: á este Bayacete su hijo, muy nombrado por la jornada que tuvo con el Taborlan, y por su grande desgracia, que fué vencido y preso en aquella batalla. Bayacete tuvo un hijo por nombre Calapino que le sucedió, y á Calapino dos hijos suyos uno en pos de otro, que se llamaron el primero Moisés, el segundo Mahomad: hijo deste Mahomad fué Amurates, aquel que cansado de las cosas del mundo renunció el imperio, y se retiró á hacer vida sosegada en lo mejor de su edad y cuando su imperio llegaba á la cumbre: cosa que le dió mas nombradía que todas las otras hazañas que acabó, bien que fueron muy grandes: bienaventurado si por la verdadera y católica religion menospreciára las riquezas y grandeza de aquel estado. En lugar de Amurates fué puesto su hijo Mahomad, el que pa-

sados mas de cien años adelante deste en que vamos, se apoderó por fuerza de armas de la gran ciudad de Constantinopla. A Mahomad sucedió Bayacete: luego Selim: tras este Soliman: despues otro Selim: últimamente Amurates, y otro Selim, y al presente Mahomad, abuelo, padre y hijo que por su órden heredaron aquel imperio. Desta manera y por estos grados y de tan flacos principios se ha extendido el imperio de los Turcos, acrecentado y engrandecido por descuido y poquedad de los nuestros, mayormente por las discordias que entre si han tenido, sin saberse conformar ni juntar las fuerzas contra el comun enemigo de la cristiandad.

CAPITULO XIV.

Que los Catalanes acometieron el imperio de Grecia.

Luego que los Turcos se hobieron enseñoreado de gran parte de la Asia menor, comenzaron á poner sus pensamientos en lo de Europa, y en la Romania, que antiguamente se llamó Thracia. Enfrenólos por algun tiempo y reprimió sus intentos el estrecho del mar aledaño destas dos provincias: que por lo demas los Griegos estaban tan sin fuerzas y ánimo que fácilmente pudieran salir con su pretension: los regalos y deportes de todas suertes tenian abatido el valor de aquella gente. En la paz eran reboltosos, blasonaban largo; pero para la guerra eran muy flacos: propias condiciones de gente cobarde. Considerado pues el gran peligro que las cosas corrian, el emperador Andrónico determinó de ampararse á sí y á su imperio, y valerse de ayudas y socorros de fuera. Los Catalanes despues que se asentó en Sicilia la paz entre los príncipes, segun arriba queda contado, por no sufrir el reposo como gente acostumbrada á andar siempre en la guerra, dieron en ser cosarios por el mar, y en esto se ejercitaban.



Soldado Catalan del siglo XIII.

Fué llamado de Grecia Rugier de Brindez, el principal capitan de los Catalanes, debajo de grandes promesas que aquel emperador le hizo. Era este varon muy insigne en el arte militar, y que tenia adquirida gran fama por sus grandes proezas. Traia su orígen de Alemania, su padre Ricardo Floro, familiar y contínuo del emperador Federico: tuvo en Brindez muchas posesiones, y en servicio de Coradino fué muerto en la batalla de Manfredonia. Su hijó fué primero caballero de la órden de los Templarios, despues sirvió á don Fadrique

rey de Sicilia en las guerras pasadas, en que mostró su esfuerzo y valentia en muchas ocasiones, y ganó fama y gloria de guerrero, y su nombre fué conocido aun cerca de los extrangeros. Con licencia pues de su rey fué al llamado de los Griegos á Constantinopla con una armada de treinta y ocho velas, en que se contaban diez y ocho galeras, mil y quinientos caballos y hasta cuatro mil infantes: pequeño ejército para tan grande empresa; pero todos eran de extremado valor, soldados viejos de grande experiencia, y los que mantuvieron todo el peso de la guerra de Sicilia y ganaron tantas victorias.

Llegada que fué esta armada á Constantinopla, dieron á Rugier por muger una hija del emperador de Zaura y de una hermana de Andrónico, y el primer lugar y autoridad despues del emperador: añadiéronle á esto titulo y nombre de gran capitan, que llamaban Megaduque. Con estos halagos ganaron las voluntades de los Catalanes, encendieron sus ánimos en deseo de verse ya con los enemigos; pasaron con su armada lo mas cercano de la Asia. En la primera batalla que dieron, pasaron á cuchillo tres mil hombres de á caballo de los Turcos y diez mil infantes. Tras esto en la Phrygia y en la Meonia donde se adelantaron, tuvieron otro encuentro con los Turcos junto á Filadelfia, ciudad señalada por el rio Pactolo que con hermosas y deleitables riberas la riega: sucediéles tan prósperamente como en la batalla pasada, no fué menor el estrago y matanza de los enemigos. Finalmente junto á Dania ciudad de la provincia de Cilicia no lejos de la nombrada Efeso, en el estrecho del monte Tauro que llaman Puerta de hierro, trabaron una batalla con los Turcos con el mismo esfuerzo y ventura.

Estas victorias de presente muy señaladas para adelante fueron muy provechosas, porque se mejoraron de armas, de caballos y dineros de que se hallaban necesitados. La fama que ganaron fué grande, tanto que los naturales cobraron esperanza de destruir por su medio aquella nacion de Turcos, y poner la cristiana en su libertad. Verdad es que á mala coyuntura falleció el suegro de Rugier, por cuya muerte los hijos del difunto fueron despojados del estado de su padre por un tio suyo, que se apoderó injustamente por fuerza de aquel imperio. Esto puso en necesidad á Rugier de dar la vuelta, mayormente que el emperador Andrónico le mandaba tornar. Con su venida en breve sosegó aquella tempestad muy á su gusto: para esto y para todo el progreso de la guerra hizo mucho al caso Berenguel Entenza, caballero catalan, el cual sabido lo que en Levante pasaba, acudió con trecientos hombres de á caballo y mil infantes, toda gente escogida. Diéronle luego titulo de Gran capitan, y á Rugier nombre de César, que era la dignidad de mayor autoridad en tiempo de paz y de guerra, que en aquel imperio se podia dar despues del mismo emperador: tan grande, que no la dieran á nadie por espacio de cuatrocientos años.

Hasta aqui todo procedia muy prósperamente, si la fortuna ó desgracia supiera estar queda sin dar la vuelta que suele de ordinario. Fué asi que los Griegos tomaron ocasion de aborrecellos asi bien por envidia destas preeminencias que les dieron, como porque los soldados que invernaban en Calipoli, comenzaron á alborotarse con color que no les pagaban. Derramábanse por la comarca, cometian robos, violencias y adulterios, todo lo ensuciaban con maldades en gran daño de la tierra y peligro suyo y de sus capitanes. La indignacion que desto concibió el emperador, fué grande: para vengarse procuraron que Rugier viniese á Andrianópoli con muestra de querer comunicar con él cosas de grande importancia. Llegado que fué descuidado de semejante traicion, le mataron sin respeto de sus muchas hazañas: así es, mas fuerza tiene una injuria para mover á venganza que muchos servicios para sosegar el disgusto, porque la obligacion nos es carga pesada, la venganza descarga de cuidados; ademas que ordinariamente los grandes servicios se suelen recompensar con alguna notable deslealtad.

Muerto que fué Rugier, grande multitud de Griegos se puso sobre la ciudad de Calipoli: los Catalanes se defendieron con gran valor, y no contentos con esto, ganaron de los contrarios muchas victorias, particularmente en una batalla les degollaron seis mil de á caballo y veinte mil infantes, los demas huyeron: ganáronles los reales, cosa maravillosa, y que apenas se pudiera creer, si Ramon Montaner que se halló en estos hechos, no lo afirmára en su historia como testigo de vista. Pasó tan adelante Berenguel Entenza en vengar la muerte de Rugier, que llegó con su armada á vista de Constantinopla: taló aquellas marinas, hizo robos de ganados, mató cuantos se le pusieron delante, puso fuego á las alquerias y cortijos de aquella ciudad. A Calojuan hijo del emperador Andrónico, que le salió al encuentro, venció y desbarató en una batalla. Llevaban los Catalanes con tanto muy bien encaminados

sus negocios. En esto una armada de Ginoveses debajo la conducta de Eduardo Doria llegó á aquellas partes, que fué causa que el partido de los Griegos se mejorase, y empeorase el de los Catalanes. Con muestra de amistad y confederacion los Ginoveses se apoderaron de la armada Catalana y prendieron á su general Entenza, digno al parecer de aquella desgracia por haber llamado á los Turcos en su favor: cosa que siempre se ha tenido por fea entre los cristianos.

Quedaba Roberto de Rocafort que estaba en guarda de Calipoli, con cuyo amparo y debajo de su gobierno los Catalanes hacian grandes correrias, ganaban muchas victorias asi de los Griegos, como de los Ginoveses. Ensoberbecido Rocafort con estos sucesos no queria reconocer á ninguno por superior: cometia todo género de maldades sin que nadie le fuese á la mano. Entenza despues que á cabo de mucho tiempo fué puesto en libertad, acudió á Cataluña donde vendidos muchos lugares heredados de su padre, con el dinero que allegó, aprestó una armada en que otra vez pasó en Grecia. Llegado que fué, Rocafort no le quiso reconocer por superior, de que resultaron entre ellos discordias, y armarse el uno al otro celadas. Sabido el peligro que las cosas corrian por la discordias destos dos capitanes, el rey de Sicilia don Fadrique, por cuyo órden pasaron primeramente á Levante, envió á don Fernando hijo menor del rey de Mallorca para si por ventura con su autoridad y buena maña pudiese concertar aquellas diferencias. Poco aprovechó esta diligencia: solo les persuadió que pues la comarca de Calipoli la tenian destruida, juntadas sus fuerzas, marchase la vuelta de Nápoles, ciudad que es de la Thracia á los confines de Macedonia, muy principal por su fertilidad y por dos caudalosos rios que junto á ello pasan, es á saber Neso y Estrimon.

En este camino los dos capitanes vinieron á las manos: Berenguel Entenza fué muerto en la pelea con otros muchos. Al infante don Fernando fué forzoso dar la vuelta á Sicilia. En el camino fué preso junto á la isla de Negropote por ciertas galeras francesas que por alli andaban. Con esta armada puso confederacion Rocafort, como el que tenia entendido no podria alcanzar perdon de los Aragoneses ni de los Sicilianos. Mas era tanta su soberbia, que puesta esta amistad, menospreciaba á los Franceses y hacia dellos poco caso. Por esta causa prendieron á él y á un hermano suyo, y vueltos á Italia, los entregaron en poder de Roberto rey de Nápoles su capital enemigo, y él los mandó encerrar en Aversa. Allí estuvieron con buena guarda hasta tanto que del mal tratamiento murieron: castigo muy merecido por sus maldades. Don Fernando de Mallorca andaba mas libre, porque su prision no era tan estrecha, y poco despues á instancia de los reyes de Aragon y Sicilia fué puesto en libertad: llegó á Mecina, donde casó con doña Isabel nieta de Luis el postrer príncipe de la Morea, francés de nacion, y que poco ántes falleció sin dejar hijo varon.

Partidos que fueron de Levante los Franceses, los Catalanes, que todavia quedaban algunos, por do quiera que iban, todo lo asolaban. Sucedió que Gualtero de Brena duque de Atenas, del linage de los Franceses, tenia guerra con algunos señores comarcanos: este convidó á los Catalanes para que le ayudasen: poco les duró la amistad: con color que no les pagaba, se amotinaron, y en cierta refriega, muerto el duque, con la misma furia se apoderaron de la ciudad y la pusieron á saco; verdad es que el nombre del duque de aquella ciudad reservaron para don Fadrique rey de Sicilia. Deseaban que les acudiese, como los que sabian muy bien el riesgo que corrian si no les venia socorro de otra parte. Aceptó pues el rey don Fadrique aquella oferta, y envió gobernadores para las ciudades y capitanes para la guerra, que todavía se continuó con diversos trances que sucedieron. Este estado mandó él despues en su testamento á don Guillen su hijo menor, á este sucedió don Juan su hermano, á don Juan don Fadrique su hijo; por cuya muerte, que falleció sin dejar sucesion, recayó este principado en el rey de Sicilia don Fadrique, bisnieto del primer don Fadrique por cuyo mandado fueron los Catalanes á Grecia la primera vez.

De aquí los reyes de Aragon se intitulan; como reyes que son de Sicilia, duques de Atenas y Neopatria hasta nuestra edad: estados de título solo y sin renta. Fué esta guerra muy señalada por el esfuerzo de los soldados, por las batallas que se dieron, por los diversos trances y sucesos, finalmente por los muchos años que duró, que llegaron á doce no menos. Cosa maravillosa, que se pudiese mantener tan poca gente tan lejos de su tierra, rodeada de tantos enemigos, y dividida entre sí con parcialidades y bandos perpetuos. Esto movió al papa Clemente para que el mismo año que falleció, escribiese al rey de Aragon muy apretadamente forzase á los Catalanes por su edictos á salir de Grecia. Hizo ins-

tancia sobre esto á ruego de Carlos de Valoes que poseia en la Morea algunas ciudades en dote con su muger, demás de las lágrimas y quejas ordinarias que le venian de los naturales de aquella tierra, que se quejaban y plañian ser maltratados con todo género de molestias ellos y sus haciendas, hijos y mugeres por un pequeño número de ladrones, gente mala y desmandada.

CAPITULO XV.

Del pontífice Juan vigésimo segundo.

Los dos años siguientes fueron señalados por los nuevos reyes que en Francia hobo, y por la vacante de Roma, que duró dos años y casi cuatro meses. Fué así que el rey Luis Hutin de una grave dolencia que le sobrevino, falleció en el bosque de Vincena, que es cuatro millas de la ciudad de París, á los cinco dias del mes de junio año del Señor de 1315. De su primera muger Margarita hija del duque de Borgoña tuvo una hija que se llamó Juana. La dicha Margarita fué convencida de adulterio: así dentro de la prision donde la tenian la mandó ahogar. A todos les pareció esta justa causa de dolor y tristeza; y es cosa de admiracion que en un mismo tiempo fueron acusadas de adulterio tres nueras del rey Philipo el Hermoso: demasiada licencia, deshonestidad, y soltura notable para unas señoras tan principales. Las dos dellas, es á saber, las mugeres de Luis y de Carlos fueron convencidas en juicio: á los adúlteros cortaron sus partes vergonzosas, y desollados vivos, los arrastraron por las calles y plazas públicas, finalmente los ahorcaron. Casó la segunda vez con Clemencia hija del rey de Hungria que quedó preñada al tiempo que su marido falleció, y parió un hijo que se llamó Juan, con esperanza heredaria el reino de su padre; pero muerto el niño dentro de veinte dias, Philipo su tio, que tenia por sobrenombre el Largo, y hasta entonces era gobernador del reino, de consentimiento de todos los estados se coronó y tomó las insignias reales. A la infanta doña Juana excluyeron de la herencia y reino de su hermano por la ley Sálica, hora fuese verdadera, hora de nuevo fingida ó ampliada en favor y gracia del mas poderoso. Las palabras de la ley son estas: En la tierra Sálica (quiere decir de los Francos) no sucedan las mugeres. Del reino de Navarra no podia ser despojada, por considerar que su abuela del mismo nombre le hobo pocos años ántes por razon de herencia.

Mayor alteracion resultó sobre el pontificado romano. Los cardenales italianos procuraban con todas sus fuerzas que se eligiese un pontifice de su nacion, y que la silla pontifical se tornase á Roma. Sobrepujaban en número los Franceses, y salieron finalmente con su pretension. En Carpentraz ciudad de la Francia Narbonense y del condado de Aviñon, do Clemente pontífice falleció, mientras estaban en cónclave sobre la eleccion del nuevo pontífice, se alborotó gran número de la gente de la tierra, y comenzaron á quebrantar las casas de los Italianos y á roballas, apoderándose de la ciudad, y pusieron en huida á los cardenales de ambas naciones. Las cosas amenazaban scisma. De allí á mucho tiempo se tornaron á juntar en Leon de Francia. En aquella ciudad Jacobo Ossa de nacion francés, cardenal y obispo Portuense, fué elegido por sumo pontífice á los siete dias del mes de agosto el año diez y seis de aquel siglo y centuria. Tomó por nombre en su pontificado Juan vigésimosegundo. Hizo á Tolosa y á Zaragoza sillas metropolitanas (1) con deseo de hacerse grato á los Franceses y Aragoneses. A Zaragoza le dió por sufragáneas las iglesias de Pamplona, Calahorra, Huesca, Tarazona, que todas y la misma Zaragoza eran sufragáneas de Tarragona: á Cahors ciudad de Francia hizo silla obispal; esta honra quiso hacer á su patria. Canonizó á Santo Tomás de Aquino, teólogo prestantísimo de la órden de los predicadores, y á S. Luis obispo de Tolosa. Este fué hijo de Carlos el mas mozo rey de Nápoles cuñado del rey de Aragon. Estas cosas ilustraron mas que otra alguna el largo pontificado deste papa, demas de las anatas que impuso primeramente sobre los beneficios eclesiásticos.

En Castilla no tenian las cosas sosiego, y sin embargo acudian á hacer la guerra contra los Moros. Azar, no pudiendo sufrir la gran caida que habia dado, y la vida particular en que vivia, aunque harto mas dichosa de la que ántes tenia, usurpaba el título de rey contra

(1) Segun Zurita la iglesia de Zaragoza se erigió el 13 de julio de 1318 y el 15 de diciembre del mismo año se publicó solemnemente en el concilio de la misma ciudad.

el concierto ántes hecho. Este como mas flaco de fuerzas, y que no tenia poder bastante para contrastar con su enemigo, pretendia valerse de los cristianos. A los nuestros no estaba mal acudir á aquel rey que era su confederado, demas de la ocasion que se ofrecia de sujetar por medio de aquellas revueltas toda aquella nacion. Acordaron pues de hacer guerra á los Moros: el cuidado se encomendó al infante don Pedro asi por tener edad á propósito, como por estar de su parte muchos de entre los Moros á causa de la confederacion que poco ántes con ellos asentó: demas que el infante don Juan su tio se hallaba embarazado y triste por la muerte de don Alonso su hijo mayor, que le sobrevino al principio desta guerra en un pueblo llamado Morales cerca de la ciudad de Toro: su cuerpo sepultaron en la ciudad de Leon en la iglesia de Santa Maria de Regla.

Por el mismo tiempo don Fernando de Mallorca como en la Morea pretendiese recobrar el estado y dote de su muger, y para esto ayudarse de los Catalanes, pasó desta vida en lo mas recio de la guerra: su cuerpo traido á España, le enterraron en Perpiñan en el monasterio de Santo Domingo. Este fin tuvo aquel caballero, persona de las mas señaladas que en aquel tiempo se hallaban: dejó de su muger un hijo muy pequeño llamado don Jaime como su abuelo. El infante don Pedro llegado al Andalucía no cesaba de apercebirse de todo lo necesario para la guerra. Estaba la ciudad de Guadix muy falta de bastimentos; que los Moros habian talado todos aquellos campos. Deseaban los cristianos proveelles de lo necesario, pero los bastimentos y recua que tenian juntada, era necesario que pasase por tierras de los enemigos, y por esta causa que llevase mucha escolta. Acudieron los maestres de Santiago y Calatrava: juntóse gran golpe de gente, y el mismo infante por caudillo principal. Saliéronles al encuentro hasta un pueblo llamado Alaten la gente de á caballo de Granada en gran número y muy gallarda, y por su caudillo Ozmin soldado muy señalado. Acometieron los de la una y de la otra parte con grande ánimo: trabóse la batalla, que fué muy reñida y al principio dudosa; mas al fin el campo quedó por los fieles con muerte de mil y quinientos ginetes Moros que perecieron en la refriega y en la huida, entre ellos cuarenta de los mas nobles de Granada, por donde aquella rota fué para los Moros de gran tristeza y dolor. Ganada esta victoria, todo lo demás se allanó. Guadix quedó bastecida; y dos fuerzas, es á saber Cambil y Algabardos, se ganaron de los Moros por fuerza de armas.

Este buen suceso, que debiera ser parte para ganar las voluntades y favor de todos, fué ocasion en muchos de envidia y de buscar maneras para desbaratar los intentos del infante: su tio don Juan de secreto atizaba á los demas. Buscaban algun color para salir con lo que pretendian: parecióles el mas á propósito pedir á los gobernadores diesen fiadores, y pusiesen en terceria algunos pueblos de sus estados para seguridad que gobernarian bien el reino y las rentas reales. Juntáronse sobre esta razon cortes primero en Burgos, y despues en Carrion. Salieron con todo lo que pretendian: prueba con que se descubrió mas el valor y virtud del infante don Pedro. Tratóse demas desto de recoger algun dinero por la gran falta que dél tenian. Los naturales no podian oir que se tratase de nuevas derramas, por ser muchos los pechos que el pueblo pagaba: pero todo se consumia en la guerra contra los Moros, y en sosegar las revueltas que en el reino andaban. Pareció buena traza acudir al pontífice nuevo y por sus embajadores suplicalle concediese las décimas de las rentas eclesiásticas para proseguir la guerra contra los Moros. demas desto otorgase indulgencia y la cruzada á todos los que á sus expensas para aquella guerra tomasen las armas. Lo uno y lo otro concedió el pontífice benignamente: los pueblos al tanto acudieron con alguna suma de dineros. Con esto nuestro ejército se aumentó y por tres veces hicieron entradas en tierra de Moros, con que trabajaron aquella comarca y trajeron presas de gentes y de ganado; en que pasaban tan adelante, que llegaban á vista de la misma ciudad de Granada. Los Moros esquivaban de venir á batalla, la cual mucho deseaban los nuestros. Trataron los Moros de cercar á Gibraltar, pero previnieron sus intentos, ca la abastecieron muy bien de gente y vituallas; por esto los bárbaros desistieron de aquella demanda, y al contrario la villa y castillo de Belmes se ganó de los Moros.

Corria en esta sazon el año del Señor de 1316, en que por muerte de Rocaberti arzobispo de Tarragona, por votos de aquel cabildo, como entonces se acostumbraba, salió elegido el infante don Juan hijo tercero del rey de Aragon. Acudieron al padre santo para que confirmase la eleccion: nunca lo quiso hacer: no refieren las causas que para ello tuvo, puédese sospechar que por alguna simonía, ó lo mas cierto por no tener el infante edad

bastante. No se usaba entonces tan de ordinario dispensar en las leyes eclesiásticas á contemplacion de los príncipes. Los pontífices tenian cierta entereza y grandeza de corazon para contrastar á las codicias desordenadas de los mas poderosos reyes y emperadores. En fin hobieron de desistir de aquella pretension, y pasar á don Jimeno de Luna, que era arzobispo de Zaragoza, á la iglesia de Tarragona. Don Pedro de Luna fué proveido en el arzobispado de Zaragoza, y al infante don Juan dieron el abadía de Montaragon, que vacó por la promocion del nuevo arzobispo don Pedro.

CAPITULO XVI.

Los infantes don Pedro y don Juan murieron en la guerra de Granada.

El año siguiente de 1317 con diversas embajadas que el rey de Aragon envió sobre el caso, alcanzó últimamente del sumo pontífice que de los bienes que los Templarios solian tener en el reino de Valencia, se fundase una nueva caballería debajo la regla del Cistel, y sujeta á la órden de Calatrava, aunque con su maestre particular. Señaláronle por hábito y por divisa una cruz roja simple y llana en manto blanco. El principal asiento y convento se fundó en Montesa, de donde tomó el apellido. La renta no era mucha: en las hazañas



Caballero de Montesa.

contra los Moros, que corrian aquellas marinas de Valencia, no se señalaron menos que las otras órdenes. Desde á poco eso mismo en Portugal por concesion del mismo pontífice se fundó otra milicia que llaman de Cristo, la mas señalada de aquel reino. La insignia que traen, es una cruz roja con unos torzales blancos por en medio. Aplicaron á esta milicia los bienes y tierras que en aquel reino tenian los Templarios. Su principal asiento y convento al principio fué en Castro Marin: adelante se pasaron á Tomar.

Todo esto iba bien encaminado, si el sosiego que de los Portugueses gozaban de mucho tiempo atrás, no se comenzára á enturbiar con alborotos que dentro del reino resultaron. El infante don Alonso estaba disgustado con el rey Dionisio su padre: lo que le desasosegaba, era la ambicion y deseo de reinar, enfermedad mala de curar; dado que se publicaban otras quejas, es á saber que don Alonso Sanchez hijo bastardo del rey tenia mas cabida con su padre de lo que la razon pedia: que era mayordomo de la casa real: que se hallaba en las consultas de los negocios mas importantes: finalmente que todo colgaba de su parecer y voluntad; lo mas áspero de todo, que á su persuasion trataban de desheredar al mismo don Alonso. Estas quejas y colores, fuesen verdaderos ó falsos, luego que se divulgaron, dieron ocasion á muchos de apartarse del rey, los que hacian mas caso de sus particulares esperanzas, que del respeto y lealtad que debian á su señor. Los grandes y ricos hombres divididos. Don Alonso se apoderó de las ciudades de Coimbra y de Porto: todos los foragidos, ladrones, homicianos y facinerosos hallaban en él acogida y amparo. La paciencia del rey fué muy señalada, que pasaba por todo por ver si por buena via se podria apartar su hijo del camino que llevaba. Entendia muy bien que si venian á las manos, de cualquiera manera que sucediese, alcanzaria tanta parte del daño y de la desgracia á los unos como á los otros. Esto cuanto á Portugal.

En Aragon falleció en este tiempo la reina doña Maria. Esta señora era hermana del rey de Chipre; y el año próximo pasado la trujeron de aquella isla para que casase con el rey de Aragon. Las bodas se celebraron en Girona, y las honras de su enterramiento en Tortosa, do en el año del Señor de 1318 al fin del mes de marzo murió: enterróse en el monasterio de S. Francisco de aquella ciudad. El año próximo 1319 fué muy señalado por dos cosas notables que en él acaecieron: la una el desastrado fin de los dos infantes don Juan y don Pedro gobernadores de Castilla, la otra fué la renunciacion de don Jaime heredero de Aragon. El infante don Juan sentia en el alma que su competidor don Pedro fuese creciendo cada dia mas en poder y autoridad: sus esclarecidas hazañas se la daban, y virtudes sin par. No podia llevar en paciencia que todos los negocios así de paz como de guerra le acudiesen. Lo que mas le punzaba, era que don Pedro solo administraba las décimas que se concedieron por el papa de las rentas eclesiásticas, sin dalle parte. Don Pedro cuanto las cosas por él hechas eran de mas valor y estima, tanto menos le parecia que era justo sufrir agravios é injurias de nadie. Si iba adelante esta competencia, se echaba de ver que vendrian sin duda á rompimiento y á las manos.

A fama y color de la guerra con los Moros tenia levantada don Juan mucha gente en toda tierra de Campos y Castilla la Vieja. La reina con su industria y saber puso fin á estas pasiones: en Valladolid, donde á la sazon se tenian cortes del reino, los concordaron desta manera, que ambos acometiesen la morisma por dos partes, dividido el ejército y el dinero al tanto para las pagas. Lo que prudentemente se ordenó, desbarató otro mas alto poder. En estas cortes don fray Berenguel poco ántes instituido en arzobispo de Santiago por el pontífice Juan, por comision suya y en su nombre propuso el negocio de don Alonso de la Cerda, y amenazó que procederia con censuras y todo rigor, si no obedecian á demanda tan justa. Hacia lástima ver un caballero como aquel, nacido con esperanza de reinar, derrocado de su grandeza, pobre, ahuyentado, vagamundo. Es perversa la naturaleza de los hombres, que muchas veces y con grande ahinco torna á desear lo que ántes desechaba y menospreciaba, con igual desatino en lo uno y en lo otro y temeridad. Así le acaeció á don Alonso de la Cerda, que ahora tornaba á pedir la posesion de aquellos lugares que los años pasados le fueron adjudicados, y él los menospreció. Los grandes daban sus escusas: decian estar juramentados, y que conforme al pleito homenage que hicieron, no podian en ninguna manera consentir en cosa que fuese en daño y diminucion del patrimonio real, entretanto que el rey no tuviese edad competente. Lo que se pudo alcanzar fué que á don Fernando hermano de don Alonso le diesen cargo de mayordomo de la casa real: frívola recompensa de tantos daños.

Con tanto la reina se fué á Ciudad-Rodrigo para verse con el infante don Alonso de Portugal su yerno, y hacer las amistades entre él y su padre. Todo el trabajo que en esto se tomó, fué perdido. Los infantes don Pedro y don Juan se partieron para el Andalucía cada uno por su parte. Ismael rey de Granada determinó de apercebirse contra esta tempestad de la ayuda de los Africanos: para esto dió al rey de Marruecos á Algecira y Ronda con todos los lugares de su contorno, cosa que era á propósito para los intentos de ambas las par-

tes, dado que el de Granada compraba caro la amistad de la gente africana. Don Pedro ganó por fuerza de armas la villa de Tiscar, que está en un sitio muy áspero y fuerte de su naturaleza, y que tenía gran copia de gente: el castillo rindió Mahomad Andon cuya era la villa. Parecia que con esta victoria se mejoraba mucho nuestro partido: que la guerra y todo lo demas sucederia muy bien; mas el infante don Juan con desordenada ambicion de loa lo desbarató todo, y acarreó la ruina y perdicion para sí y todos los demas, y gran pérdida para toda España. Estaba en Vaena muy codicioso de mostrar su gallardía: determinó de pasar adelante con su gente hasta ponerse á la vista de Granada: desatinado acuerdo por el tiempo tan trabajoso, del año y los grandes calores que hacia. Verdad es que en Alcaudete se juntaron los dos infantes con toda su gente, en que se contaban nueve mil de á caballo y gran número de infantes. Entran por las tierras de los Moros, destruyen y talan cuanto topaban: don Juan regia la avanguardia deseoso grandemente de señalarse, don Pedro la retaguardia, y en su compañia los maestres de Santiago, Calatrava y Alcántara, y los arzobispos de Toledo y Sevilla, la flor de Castilla en nobleza y hazañas. Tomaron la villa de Alora, pero por la priesa que llevaban, quedó el castillo por ganar.

Un sábado víspera de S. Juan Bautista llegaron á vista de Granada: estuviéronse en sus estancias aquel dia y el siguiente sin hacer cosa de momento: el dia tercero, vistas las dificultades en todo, comenzaron á retirarse, don Pedro en la avanguardia, y don Juan en el postrer escuadron con el bagage. Avisados los Moros desta retirada, salieron de la ciudad hasta cinco mil ginetes, y gran multitud de gente de á pie mal ordenada: su caudillo era Ozmin. No llevaban esperanza de victoria ni intento de pelear, sino solamente como quien tenia noticia de la tierra, pretendian ir picando nuestra retaguardia. Hallábanse los nuestros alejados del rio al tiempo que el sol mas ardia, sin ir apercebidos de agua, cosa que á los Moros presentaba ocasion de acometer alguna faccion señalada. Embistieron pues con ellos, trabóse la pelea por todas partes, no se oia sino voceria y alaridos de los que morian, de los que mataban, unos que exhortaban, otros que se alegraban, otros que gemian, ruido de armas y de caballos. Don Pedro oidas aquellas voces, revolvió con su escuadron para dar socorro á los que peleaban. Los soldados desparcidos y cansados apenas podian sustentar las armas: no habia quien rigiese, ni quien se dejase gobernar. Empuñada pues la espada y desnuda, como quier que el infante don Pedro animase su gente, con el trabajo y pesadumbre que sentia, y la demasiada calor que le aquejaba (mal pecado) cayó repentinamente desmayado, y sin podelle acudir rindió el alma. Lo mismo sucedió al infante don Juan salvo que privado de sentido llegó hasta la noche.

Publicada esta triste nueva por el ejército, los soldados lo mejor que pudieron, se cerraron entre sí y se remolinaron. Los Moros por entender que pretendian volver á la pelea, robado el bagage, se retiraron. Esto y la escuridad de la noche que sobrevino, fué ocasion que muchos de los fieles se pusieron en salvo. Los cuerpos de los infantes llevaron á Burgos y allí los sepultaron. Don Juan dejó un hijo de su mismo nombre, al cual por la falta natural que tenia, llamaron vulgarmente don Juan el Tuerto: las costumbres no hicieron á la presencia ventaja. Doña María muger del infante don Pedro en Córdova, do quedó muy cargada, parió una hija por nombre doña Blanca, de cuya tutela y del gobierno del estado que por muerte de su padre heredára, se encargó Garci Lasso de la Vega merino mayor de Castilla, y que tuvo grande familiaridad y privanza con el difunto. Tras esta desgracia tan grande se siguieron nuevas disensiones, causadas de las competencias que nacieron entre los grandes de Castilla sobre el gobierno del reino que cada cual pretendia, y todos deseaban salir con él, hora fuese por buenas vias, hora por malas.

A la misma sazon Aragon se alteró por un caso muy extraordinario. Fué así que don Jaime hijo mayor de aquel rey estaba determinado de renunciar su mayorazgo y herencia. Las causas que le movieron para tomar esta resolucion, no se saben: sus costumbres mal compuestas y la severidad de su padre pudieron dar ocasion á cosa tan nueva. Recibió el rey gran pena desta determinacion: rogóle y mandóle como á hijo no hiciese cosa con que amancillase su fama, y fuese ocasion á su patria y á su padre, de perpetua tristeza. Hablóle cierto dia en esta sustancia; «Mi vejez (dice) no puede ya dar á mis vasallos cosa mas »provechosa que un buen sucesor, ni tu mocedad les puede ayudar mejor que con selles »buen príncipe. Con este intento procuré fueses enseñado desde tu primera edad en cos»tumbres reales: no parecia faltarte natural para ser digno del cetro, aunque no fueras hi»jo del rey como lo eres. Teniate aparejada para muger una nobilísima doncella, que ha

»sido de mi tratada como quien es, con casa y estado muy principal. Si á esto se puede »añadir algo, yo soy presto de lo hacer; pero veo que mi esperanza me ha burlado, y á ti »ha estragado el sobrado regalo para que en esa edad rehuses tomar sobre tus hombros »el gobierno que yo sustento en lo postrero de la mia. Por ventura es justo anteponer tu »particular reposo al pro comun? á la obediencia que debes á tu padre y al juramento con »que nos obligamos que doña Leonor tu esposa (de quien tú debieras tener compasion) ha »de ser tu muger y reina de Aragon? Por ventura te cansa esperar la muerte deste triste »viejo, que ya segun órden natural no le pueden quedar muchos dias? Puesto que alegues »otras causas, la codicia de reinar es la que te punza y reduce á estos términos. Nadie pue»de poner ley á la voluntad de Dios, de quien dependen los años y la vida: lo que es de »mi parte, yo desde luego de muy buena gana te renuncio el reino. Solo te ruego te apar»tes de ese propósito, que no puede dejar de ser enojoso á mí y á nuestra comun patria. »Asi te lo pido por Dios y por todos los santos que están en el cielo te lo amonesto y te lo »aconsejo; y advierte que con esa acelerada priesa no te despeñes de suerte que cuando »quieras, no tengas reparo ni te quede remedio de volver atrás.»

A todas estas razones el determinado mancebo respondió en pocas palabras que él estaba resuelto de seguir aquel su parecer, y trocar le vida de rey, sujeta á tantas miserias, con el reposo de la particular y bienaventurada. Con esto en la ciudad de Tarragona en las cortes que alli se juntaron, hizo renunciacion en pública forma del derecho que tenia á la sucesion á los veinte y tres dias del mes de diciembre. Halláronse presentes á este auto muchos grandes y prelados; entre los demas el infante don Juan de Aragon, electo de Toledo por muerte del arzobispo don Gutierre segundo que finó á los cuatro de setiembre. Su mucha virtud y la diligencia de don Juan Manuel su cuñado le ayudaron á subir á aquella dignidad. Hecha la renunciacion, don Jaime luego tomó el hábito de Calatrava, despues se pasó á la órden de Montesa. Doña Leonor su esposa fué enviada doncella á Castilla. Sobre este hecho hobo diversas opiniones; unos le alababan, otros le reprehendian: sus costumbres y torpeza, y la vida suelta que despues hizo, dieron muestra que no por deseo de darse á la virtud y piedad renunciaba el reino, sino por su liviandad y ligereza. Por la cesion de don Jaime entró en aquel derecho de la sucesion don Alonso su hermano hijo segundo del rey, que á la sazon en doña Teresa su muger tenia un hijo sietemesino niño de pocos dias, llamado don Pedro. El dote desta señora fué el condado de Urgel, que le dejó en su testamento don Armengol su tio hermano de su abuela. Desta forma en un mismo tiempo los reinos de Portugal y Aragon fueron trabajados con desabrimientos domésticos de padres á hijos; y dado que los propósitos de los dos hijos de aquellos reyes eran diferentes, pero la tristeza y daño de los padres corrieron á las parejas y fueron iguales.

CAPITULO XVII.

De la muerte de la reina doña María.

El daño que los nuestros recibieron en Granada, fué ocasion que los Moros soberbios y pujantes, y deseosos de seguir la victoria ganaron á Huescar en el adelantamiento de Cazorla, y á Ores y á Galera, pueblos que eran de los caballeros de Santiago. Por otra parte se apoderaron por fuerza de Martos, villa fuerte y buena, en cuyos moradores ejecutaron todo género de crueldad sin respeto alguno, ni hacer diferencia de mugeres, niños, ni viejos, salvo que muchos escaparon en el peñasco que allí cerca está, y en la fortaleza. En Castilla andaban grandes alborotos, nuevas esperanzas de muchos: todos los que en nobleza y estado se adelantaban, pretendian apoderarse del gobierno del reino. La reina doña Maria por lo que se capituló los años pasados, pretendia tocalle todo el gobierno; y con deseo de apaciguar estas alteraciones despachó sus cartas á todas las ciudades, en que les amonestaba no se dejasen engañar de nadie en menoscabo de su honra y de la lealtad á que eran obligados. Sin embargo por ser muger era de muchos tenida en poco: parecíales no tenia fuerzas bastantes para peso tan grande. Muchos de los grandes en un mismo tiempo pretendian apoderarse de todo: los principales entre otros eran el infante don Philipe tio del rey, don Juan Manuel, y el otro don Juan el Tuerto señor de Vizcaya: todos muy poderosos y que poseian grandes riquezas, y nobilisimos por la real prosapia de que descendian.

A estos se entregó el cuidado y mando del reino, no de comun consentimiento de los

pueblos, ántes andaban divisos en bandos y pareceres: todas las cosas se hacian inconsideradamente y como á tiento. Juntáronse las ciudades y villas, no todas en uno, sino segun las comarcas y provincias: grandes miedos se representaban y peligros. Resultó destas juntas que á don Philipe señaló el Andalucia para que los gobernase: el reino de Toledo y la Extremadura á don Juan Manuel: la mayor parte de Castilla la Vieja seguian á don Juan señor de Vizcaya. Dentro de las ciudades se vian mil contiendas por los bandos que cada uno seguia. Mudábanse á cada paso los gobiernos: los mismos se aficionaban hora á una parte, hora á otra conforme como á cada cual le agradaba. El vulgo con la esperanza del interés se vendia al que mas le daba, vario como suele é inconstante en sus propósitos. De aquí se seguia libertad para acometer todo género de maldades, muertes, robos y latrocinios: miserable avenida de calamidades. Los mas poderosos atropellaban a los pequeños. Los que regian la república y la gente principal usurpaban para sí las rentas y patrimonio real: infame latrocinio y torpísimo robo. Finalmente ningun género de desventura se puede pensar que no padeciese aquella provincia. Don Fernando de la Cerda tenia pocas fuerzas, y era tenido de todos por sospechoso, y por las antiguas competencias del reino no hacian cuenta dél: determinó de allegarse á don Juan señor de Vizcaya. A los 1320 años iban las cosas por esta órden en Castilla.

Este año se consagró en la ciudad de Lérida don Juan hijo del rey de Aragon en arzobispo de Toledo con grande alegría de ambos reinos, grandes esperanzas, y grande aplauso por pronosticar que aquel pontificado seria próspero, justo y dichoso. La reina doña Maria todavía no dejaba de recelarse que la venida de un príncipe como aquel podria enconar mas los ánimos de su gente que sanallos. Estas sospechas cesaron con las cartas que el papa envió á la reina doña Maria, y se le quitó del todo aquel miedo, porque la prometia que todo estaria sosegado y muy en su favor. Con los prelados de Aragon tuvo el nuevo arzobispo grandes diferencias sobre la preeminencia de la iglesia de Toledo. Llevaba su cruz delante, que es prerogativa de aquella dignidad. Esto pretendia él selle concedido como á primado de las Españas, asi por derecho y costumbre antigua, como por nueva confirmacion y privilegio de los sumos pontífices. Los prelados de Tarragona y de Zaragoza que se hallaron á su consagracion, lo contradecian: alegaban que estaba este negocio en litispendencia, y aun no por sentencia determinado. Andando en estos debates, como quiera que el arzobispo de Toledo no mudase de propósito determinado de conservar la dignidad de su iglesia, y confiado en el favor de su padre, el obispo de Zaragoza, donde entonces hacia el rey de Aragon cortes de su reino y estos prelados acudieron, pronunció contra el de Toledo sentencia de excomunion, mandó cerrar todas las iglesias y puso entredicho público: increible osadia confianza singular. El color que se tomó, fué una constitucion que hicieron los prelados de aquella corona los años pasados, en que so pena de descomunion se mandaba ningun prelado en provincia agena llevase cruz delante: este era el color y la capa para aquella determinacion.

Grande fué el enojo que desto recibió el rey de Aragon por ver á su hijo maltratado dentro de su reino y delante de sus ojos. Envió sobre ello cartas al sumo pontífice llenas de acedía y de mil amenazas: segun la saña hiciera algun sentimiento, si los suyos no le metieran por camino con decir que en aquello se trataba de la dignidad de sus iglesias y reino; y que no era justo por favorecer un particular negocio de su hijo defraudase y atropellase los públicos: con esto parece que se amansó el furor que en su ánimo tenia concebido. La respuesta que dió el sumo pontífice, fué ambigua, conque tuvo suspensas entrambas las partes; porque de tal manera reprendia el atrevimiento que el de Zaragoza tuvo y mandó reponer lo hecho, que ordenó otrosí fuese absuelto el arzobispo de Toledo de la descomunion por si acaso fué justa. Partido el nuevo prelado de Aragon, y llegado á Toledo, de tal manera se hobo con don Juan Manuel su cuñado casado con su hermana mayor doña Costanza, que el recelo que tenian no le favoreciese demasiadamente, de todo punto se quitó. De primera llegada no quiso que en su arzobispado cobrase las rentas reales, cuya administracion él pretendia pertenecelle, de donde resultó entre ellos un ódio inmortal.

A la misma sazon los Navarros, que todavia estaban sujetos á Francia, fueron muy mal tratados en Vizcaya. Falleció Philipe el Largo rey de Francia á dos de junio año de 1321 sin dejar sucesion: heredó el reino su hermano Carlos por sobrenombre el Hermoso, que fué igual á sus hermanos en valor; en la liberalidad, fortaleza y apostura sin par en tiempo deste rey los Vizcainos de rebato se apoderaron del Castillo de Gorrica, que cae en

aquella parte que llaman Guipuzcoa : pretendian que aquel castillo era suyo, y que los Navarros le poseian á sin razon. Acudieron de Navarra sesenta mil hombres (si los números ó la fama no están errados) llegaron á los diez y nueve de setiembre á Beotivara. Los Vizcainos hasta ochocientos en número como quier que se apoderasen de las estrechuras y hoces de aquellos montes, dende con galgas y cubas llenas de piedras, que dejaban rodar sobre los Navarros, los maltrataron de manera que los desbarataron y hicieron huir con muerte de mas gente que se pudiera pensar de número tan pequeño, demas que cautivaron á muchos. Caudillo de los Vizcainos era Gil Oñiz, de los Navarros Ponce Morentaina, francés de nacion, y gobernador de Navarra por el rey de Francia. Dan muestra que esta victoria fué de las mas señaladas de aquel tiempo, las coplas que hasta hoy dia se cantan, y los romances en las dos lenguas castellana y vizcaina compuestos en esta razon.

El papa envió por su legado á Castilla al cardenal Guillelmo Bayonense, obispo Sabino, por ver si con su diligencia y con la autoridad pontificia se pudiera poner fin á tantos males. Procuró el legado se juntasen cortes en la ciudad de Palencia en el mismo tiempo que la reina doña Maria, amparo que fué de todo en tiempo de tres reyes, y honra de Castilla, cargada de años, falta de salud, llena de congojas por los trabajos tan grandes como se padecian, de una enfermedad que le sobrevino en Valladolid, pasó desta vida primero de junio año de 1322. Muestras de su piedad y religion son el monasterio de las Huelgas, que á su costa fundó en aquella ciudad y ennobleció, do ella misma se mandó enterrar, y otros dos monasterios que fundó, uno en Burgos y otro en Toro, sin otros que hizo en diversas partes del reino.



Claustro de las Huelgas.

Las cortes de Palencia no parece fueron de efecto. Juntáronse por mandado del legado Guillelmo los obispos de toda Castilla en Valladolid para tener un concilio que fué muy señalado. En él á dos dias del mes de agosto se promulgaron muchas constituciones saludables: entre otras descomulga á todos aquellos que en tiempo de Cuaresma ó de las cuatro Témporas comieren carne, y á los que en tales dias la vendieren públicamente: que mientras se celebran los divinos oficios, los que no fueren cristianos, no se puedan hallar presentes; pero si los tales se bautizaren, puedan ser ordenados y tener beneficios para remedio de su pobreza: repruébase la purgacion vulgar, de que se usaba de ordinario en España. Demas desto hasta hoy dia se conservan las constituciones que por el mismo tiempo estableció el arzobispo de Toledo don Juan, en que (entre otras cosas) se manda que si los judios y moros no se salieren de las iglesias al tiempo que se celebran los divinos oficios, no se pase

adelante: que el dinero que se recogiere de la Cruzada, se le entregue al prelado para efecto de emplealle en la redencion de cautivos y remedio de los pobres: que los sacerdotes digan misa por lo menos cuatro veces al año; y que no la digan sin primero rezar los maitines: que los bienes adquiridos por via de la Iglesia no se puedan dar ni mandar á los hijos, dado que sean habidos de legitimo matrimonio. Quién dice que los sacerdotes y obispos son señores destos bienes, y que los pueden dispensar á su voluntad y alvedrío?

El mismo año el rey de Granada Ismael fué muerto en el Alhambra por los suyos, que se hermanaron contra él: cabeza de los matadores fué el señor de Algecira, y Ozmin participante, por estar el uno y el otro muy indignados desde el tiempo que tomaron á Martos, á causa que al señor de Algecira quitó una cautiva muy hermosa, y á Ozmin mataron un sobrino, que él mucho queria, en aquel combate. Apenas se sabia la muerte deste rey, cuando Mahomad su hijo de edad de doce años fué puesto en una silla y en hombros llevado por todas las calles de la ciudad, y saludado por rey. El gobernador de la ciudad con esta presteza dió muestra de su amor y fidelidad, y hizo que los contrarios quedaron atónitos, como acontece cuando toman al pueblo de sobresalto: que si no hobiera ganado por la mano, los conjurados pensaban poner rey á su voluntad; mas con esta presteza fueron forzados á salirse de la ciudad, y por miedo de ser castigados se desterraron y esparcieron unos á una parte y otros á otra.

CAPITULO XVIII.

Que el rey don Alonso el Onceno de Castilla se encargó del gobierno de su reino.

Por la muerte de la reina doña Maria se doblaron los trabajos, todo era alborotos, muertes y robos. La esperanza de remedio tenian todos puesta en el rey, si llegase á edad de poder gobernar. En aquella su edad daba ya tales muestras, que parecia seria príncipe muy señalado: los hombres fácilmente favorecen á sus deseos, y de buena gana creen lo que querrian. Como llegase pues á edad de quince años, acordó en Valladolid encargarse del gobierno: aunque la edad era flaca para tan grande carga, las cosas no daban lugar á mayor tardanza. Era prudente mas que conforme á su edad: los vasallos por la natural aficion que tienen á sus reyes, deseaban grandemente que este negocio se apresurase. En particular Garci Lasso de la Vega y Alvar Nuñez Osorio caballeros de mucha prudencia, por la larga experiencia que tenian, y por su grande ingenio y maña procuraban adelantarse en la gracia y favor del rey con intento de alcanzar perdon de los desafueros que en la larga vacante se habian cometido, de acrecentar sus estados, y tambien de ayudar al comun. Recibiólos en su casa, y comenzó á dalles tanta cabida, que en gran parte se gobernaba por su consejo. Con los dos se juntó otro tercero: es á saber un Juzeph judio, natural de Ecija, despues destos dos caballeros tenia el primer lugar en privanza por ser hombre muy rico y como cabeza de los alcabaleros y arrendadores. Sabia muy bien los caminos de allegar dinero, cosa muy á propósito en aquella apretura, y aunque siempre suele ser ocasion de hacer á hombres semejantes muy agradables á los príncipes.

Despachó el rey sus cartas (1) para los gobernadores del reino, que acudieron con mucha presteza á Valladolid, cada cual con intento de adelantarse y ser el primero en ganalle la voluntad con servicios acomodados al tiempo, bien que los corazones no estaban muy llanos, como se echó luego de ver; porque quedando solo el infante don Philipe con el rey, don Juan Manuel y don Juan el Tuerto sin pedir licencia se salieron de la córte: mostrábanse muy desabridos con color que traian al rey engañado con malos consejos. Para prevenirse juntaron sus fuerzas contra todo lo que les podia suceder: hicieron solemne juramento y pleitesia entre sí en esta razon en Cigales; y para que esta confederacion fuese mas firme, se trató de casar á don Juan señor de Vizcaya, á la sazon viudo por muerte de su primera muger, con doña Costanza hija de su compañero don Juan Manuel. La manera con que entre los grandes de Castilla se hacia esta pleitesia antiguamente, era esta: leidas las capitulaciones de la confederacion, uno de los caballeros que se hallaban al concierto, en nombre de los concertados decia estas palabras: «Juro por Dios Omnipotente, y por su »gloriosisima madre, que todo lo que se ha declarado por su órden en el instrumento y es-

(1) En ellas se mandaba que nombrasen procuradores para las cortes que en Valladolid se celebraron en 1325, en las que se declaró la mayor edad del rey.

»critura pública que se ha leido, lo cumpliremos cada uno de nos sin intervenir en ello fraude »ni engaño. Que no iremos el uno sin el otro contra nuestros enemigos, ni contravendremos »en alguna guisa á lo que aqui se ha establecido. El que primero á sabiendas lo quebranta»re, en aquel mismo dia vos, Dios todo poderoso, le quitad en este mundo la vida, y en el »otro atormentad su ánima con crueles y eternas penas: haced que le falten las fuerzas y las »palabras; y en la batalla el caballo, las armas, las espuelas, y sus vasallos cuando mas lo »hobiere menester.» Dicho esto, los que estaban presentes respondian «Amen.» Otras veces se dividia una hostia consagrada en dos partes, y á cada uno dellos se daba la mitad, y luego se añadian los juramentos y maldiciones. Esta era la mas célebre solemnidad y rito para hacer amistades y alianzas entre los grandes y caballeros, que se guardó por largos años.

Tenia puestos en gran cuidado á todos los cortesanos y criados del rey la avenencia destos dos príncipes: temian que della podrian recrecerse nuevas guerras, quisieran desbaratalla. Buscaban para ello alguna ocasion: parecióles la mejor que el rey pidiese á don Juan Manuel su hija doña Costanza por muger. Suelen los príncipes procurar ántes el provecho, que tener cuenta con su palabra ni con el deber, y alli vuelven la proa de su pensamiento donde mas esperanza se muestra de interés, sin tener cuenta con lo que dellos publicará la fama. Don Juan Manuel con esto se fué secretamente á Peñafiel villa de su estado, y se entregó todo al rey, y su hija puesto que no era de edad para casarse, la puso en su poder. El otro don Juan muy triste por salille vana su esperanza, y verse cogido con sus mismas mañas, determinó de procurar el casamiento de doña Blanca hija del infante don Pedro que murió en la guerra de Granada, convidado por la gran dote que tenia, porque era señora de Almazan y Alcocer y las demas villas á la redonda que caen á la raya de Aragon, muy á propósito para las novedades que él maquinaba. Para estorbar estas pretensiones persuadieron al rey que despojase á doña Blanca del estado de su padre y de todas sus riquezas. Todas las grandes hazañas tienen mezcla de agravios; pero dicese que las injurias que se hacen á los particulares, se recompensan con el público provecho. El principal autor desto fué Garci Lasso para mostrarse muy aficionado del rey con dalle un consejo tan atroz, olvidado de los beneficios y mercedes que del infante don Pedro recibió: rara es la fe y amistad con los muertos.

Don Juan Manuel vuelto en gracia del rey trazaba como vengarse del arzobispo de Toledo, y armalle alguna celada. Fué así que el rey pidió cuenta al arzobispo de Toledo de las rentas y tributos reales: él agravióse mucho desto por entender se encaminaba todo por engaño de su émulo. Dió su satisfaccion al rey de todo lo por él hecho, y las causas que á ello le movieron. Hecho esto, y vuelto á don Juan Manuel, que acaso se halló presente, le maltrató con palabras muy injuriosas: dijéronse el uno al otro grandes baldones y vituperios segun que la cólera y enojo les atizaba. Apaciguóse por entonces aquella cuestion; y don Juan Manuel por la preeminencia y autoridad que acerca del rey tenia, para vengar su afrenta persuadió al rey que hiciese muchas cosas á disgusto del arzobispo, en particular que le quitase el cargo de canciller mayor, que despues de la persona real era el supremo magistrado y honra, y dende tiempo antiguo se daba siempre á los arzobispos de Toledo. No pudo sufrir esta afrenta su ánimo poco acostumbrado á recebir injurias; y asi mal enojado se partió de la corte y se salió de Castilla, y por medio del rey su padre alcanzó que le mudasen á la iglesia de Tarragona con nombre de patriarca de Alejandria, dignidad de solo apellido.

Don Jimeno de Luna era arzobispo de Tarragona: permutaron las iglesias, que fué trueco muy desigual: con tanto don Jimeno comenzó á ser arzobispo de Toledo como cuatro años adelante del en que vamos. Garci Lasso tuvo cargo de canciller: dende alli comenzó á caer aquel oficio y preeminencia, y escurecerse con los bajos ministros á quien se daba: en nuestro tiempo ha venido á disminuirse aquella autoridad y casi á no servir mas que de nombre. Duró mucho tiempo aun despues desto que ó los arzobispos mismos hacian aquel oficio, ó por lo menos nombraban otro en su lugar que le ejercitase, hasta tanto que en tiempo del rey don Pedro por su mucha severidad se desbarató todo esto, y á los dichos arzobispos en adelante solo quedó el título de canciller mayor de Castilla. El arzobispo don Juan entre otras cosas buenas que estableció en Toledo, fué una que el número de trece pobres que todos los dias se sustentaban en las casas arzobispales, los llegó á treinta como hoy se guarda. Esto pasaba en Castilla este año y algunos adelante.

El rey de Aragon conforme á lo que el papa Bonifacio le concedió, pretendia apoderarse de la isla de Cerdeña que poseia el comun de Pisa sin derecho bastante, en menoscabo de la iglesia romana debajo de cuyo amparo de largo tiempo atrás estuvo aquella isla. Envió para este efecto una gruesa armada debajo la conducta de don Alonso su hijo, que en espacio de doce años la sujetó, y en diversas batallas y encuentros venció siempre á los Pisanos. Verdad es que gran parte de los Aragoneses pereció de enfermedades causadas de los aires mal sanos de aquella tierra: de que resultó al infante don Pedro esperanza, si su hermano don Alonso falleciese (excluidos sus hijos) de suceder en aquel reino. Ayudaba para esto el fresco ejemplo de Castilla, el favor de muchos grandes que á porfia se le ofrecian, que fué causa de apresurar las paces con los Pisanos: asentáronse por el mes de junio año de 1324 con estas capitulaciones: Que los cautivos de una y otra parte fuesen puestos en libertad: volviese el trato y comercio acostumbrado en aquellas naciones: por los Pisanos quedase el castillo de Caller con los pueblos y territorio á él sujeto: todo lo demas de la isla fuese de los Aragoneses. Hecho este concierto, y tomada la posesion de la isla, el infante don Alonso vuelto á España negoció con su padre que declarase por herederos á sus hijos caso que él faltase y falleciese, para quitar debates, y los antepusiese al infante don Pedro su hermano. Hizose así, y en Zaragoza donde se juntaron cortes del reino, los infantes fueron jurados por herederos de su abuelo, puesto que su padre muriese ántes dél: asi varian y se alteran las constituciones y opiniones de los hombres.

El año siguiente de 1325 lunes á siete de enero falleció en Santaren Dionisio rey de Portugal príncipe muy señalado así por el mucho tiempo que reinó, es á saber cuarenta y cinco años, nueve meses y cinco dias, como por la grandeza de su ánimo, y por la felicidad que siempre tuvo; solo las discordias de su casa y debates que hobo entre padre y hijo, en su postrimería aguaron este contento. Su cuerpo enterraron en el monasterio de S. Bernardo legua y media de Lisboa, que él mismo fundó á su costa, en que se muestra su piedad y religion: la liberalidad y magnificencia se entienden por muchos pueblos que edificó, y otros que cercó, reparó y fortificó. Su muger doña Isabel, reina de vida y costumbres muy santas, vivió once años adelante: sus virtudes fueron tan señaladas y tan grande el celo del culto divino, el cuidado de remediar los pobres en tiempo de hambre, amparar las viudas y gente flaca, su inocencia y mansedumbre, que despues de muerta la canonizaron, y su cuerpo (que está en Coimbra en la iglesia de santa Clara, fundacion suya, y de la otra parte del rio Mondego) es reverenciado en toda aquella provincia con gran devocion. Fué tanta la humildad desta señora, que en su viudez andaba vestida del hábito de santa Clara, y servia á las monjas de aquel monasterio en el refitorio, en que algunas veces le hacia compañía su nuera la reina doña Beatriz. Tenia por su devocion junto al dicho monasterio las casas de su morada: falleció á cuatro de julio del año mil y trecientos y treinta y dos. Los papas Leon Décimo y Paulo Cuarto concedieron, el primero que se rezase della en el obispado de Coimbra, Paulo que se le hiciese fiesta con altar, oficio y imágen en todo el reino de Portugal.

Al rey Dionisio sucedió don Alonso su hijo mayor: tuvo sobrenombre de Fuerte por su condicion y inclinacion á las armas. De seis hijos que tuvo en su muger, don Alonso, don Dionisio, y don Juan murieron niños sin dejar en vida y en muerte cosa digna de memoria: doña María, don Pedro y doña Leonor alcanzaron de dias á sus padres. Este año en Cerdania falleció don Sancho rey de Mallorca, y por morir sin hijos nombró por su heredero á don Jaime hijo de don Fernando su hermano. El rey de Aragon pretendia ser suyo aquel reino por el testamento de don Jaime su abuelo, que fué el primero que le instituyó y dejó á su hijo menor. No faltaban razones por ambas partes. El niño don Jaime se aventajaba en la posesion, y en la compasion que le tenian por su tierna edad, y por la memoria de su padre: el rey de Aragon era mas poderoso. Interpúsose don Philipe tio del niño, persona eclesiástica, á quien el rey don Sancho nombró en su testamento por gobernador del reino, y tutor del nuevo rey hasta tanto que llegase á edad bastante, por cuya diligencia se concertaron desta manera: que doña Costanza nieta del rey de Aragon casase con don Jaime rey de Mallorca, y por dote llevase el derecho que pretendian sus abuelo y padre, para que su marido quedase con el reino sin que nadie le fuese á la mano.

CAPITULO XIX.

De la muerte del rey de Aragon.

Aun no sosegaba Castilla; la soltura pasada, los grandes ódios y enemistades traian todavia alborotada la gente principal, á la manera que despues de una brava tempestad no luego se sosiegan las olas del mar, ni luego se sigue bonanza; que fué ocasion al rey don Alonso para que sin embargo de su condicion que era mansa, castigase algunos reboltosos, de donde fué llamado don Alonso el Vengador. El primero entre los castigados fué don Juan señor de Vizcaya, que procuraba por malas mañas casar con doña Blanca, la cual y su madre se retiráran á Aragon. Encendia en él este deseo el grande estado de aquella señora: sino salia con su pretension, revolvia en su pensamiento de traer de Francia á don Alonso de la Cerda, y renovar las competencias pasadas: todo se enderezaba á dar pesadumbre al rey; que sabia cualquiera destas cosas le serian pesadas. Era forzoso atajar estos intentos: usar de fuerza, cosa peligrosa; de engaño y maña; mal sonante. Que se podia hacer? Venció el provecho á la honestidad: así con color de la guerra que apercebia el rey contra los Moros, llamó á don Juan para que se viese con él en la ciudad de Toro, con intencion que le dieron de casalle con la infanta doña Leonor hermana del mismo rey: partido mas honrado que lo que él pretendia.

Para allanar el camino despidieron de la corte á Garci Lasso, de quien don Juan se quejaba le era enemigo capital; que fué todo vencer una arte con otra. A la hora pues vino al llamado del rey: fué bien recebido, y convidado para comer en palacio el mismo dia de Todos Santos año del señor de 1327. La fiesta y el convite mas daban muestra de regocijo y seguridad que de temor ni sospecha: así desarmado y desapercebido, como estaba en el banquete fué muerto por mandado del rey. Los delitos por él cometidos parecian merecer cualquier castigo; pero quebrantar el derecho de hospedage, y debajo de seguridad matar persona tan principal á todos pareció cosa fea, puesto que no faltaba quien con razones aparentes pretendiese colorear aquel hecho. Una sola hija que quedó de don Juan, y estaba á criar en poder de su ama, fué llevada á Bayona, ciudad á la raya de Francia y entonces sujeta á los Ingleses. La madre del muerto doña María que estaba recogida de tiempo atrás en un monasterio de monjas de Perales, con el aviso del caso y con estas tristes nuevas bien se puede pensar cuan grande congoja recibió. Dícese que á instancia de Garci Lasso vendió al rey todo el señorío de Vizcaya: si de miedo ó de su voluntad, no se sabe, basta entender que era peligroso contrastar á la voluntad del rey en aquel trance, pero de mala sonada, y contra derecho por ser viva su nieta; que adelante, aplacado el enojo del rey, casó con don Juan de Lara como se referirá en su lugar, y vino á ser señora de Vizcaya. Los pueblos y castillos que don Juan heredó de su padre, y eran mas de ochenta, parte se ganaron por fuerza, parte se rindieron de su voluntad, y quedaron incorporados en la corona real.

Don Juan Manuel era frontero contra los Moros: y dado que amedrentado con aquel caso, y que echaba de ver lo poco que se podia fiar del rey, pues á son de bodas quitó la vida á un príncipe y deudo suyo tan cercano, todavia con gran cuidado y diligencia acudia á la guerra contra los Moros, que poco ántes de sobresalto ganaron el castillo de Rute, y pretendian con su caudillo Ozmin, que ya parece estaba en gracia de aquel rey, hacer entrada por las fronteras del Andalucía. Vino con ellos á las manos junto al rio Guadalhorza, donde los venció y mató gran número dellos. Don Juan Manuel, habida esta victoria, se fué á las tierras de su estado, dejada la guerra, y mal indignado contra el rey, de quien se publicaba tenia propósito de repudiar á doña Costanza su hija, y emparentar en Portugal, todo encaminado á su perdicion. No era su miedo vano, ca se trató de aquel nuevo casamiento; y en efecto doña María hija del rey de Portugal entró en lugar de doña Costanza. Autor deste consejo y mudanza fué Alvar Nuñez Osorio.

El pesar que desto sintió don Juan Manuel, fué cual se puede pensar; lo mismo el rey de Aragon tio de doña Costanza. Reinaba á la sazon don Alonso el cuarto en Aragon por muerte de su padre el rey don Jaime el segundo, que falleció en Barcelona un dia despues de la muerte de don Juan el Tuerto, do se hizo su enterramiento en la iglesia de Santa Cruz con real pompa y aparato. Doña Teresa su nuera murió cinco dias ántes del suegro en

Zaragoza, y se sepultó en el monasterio de S. Francisco de aquella ciudad. El luto y llanto de toda la provincia fué doblado á causa que en un mismo tiempo quedó huérfana de dos príncipes que mucho amaba. Sucedió pues al rey don Jaime su hijo don Alonso: tuvo en



Sello de Alonso IV de Aragon.

doña Teresa su muger estos hijos, don Pedro, don Jaime y doña Costanza; porque otros cuatro hijos que tuvieren, murieron en su niñez. Lo que hay mucho que loar en el rey don Jaime fué que los principados de Aragon, Cataluña y Valencia ordenó anduviesen siempre unidos sin dividirse. Fué tan enemigo de pleitos, que en aquella era eran asaz, que desterró perpetuamente de su reino como á prevaricador á Jimeno Rada, un abogado señalado de aquellos tiempos, por cuyas mañas muchos fueron despojados de sus haciendas.

Carlos rey de Francia y Navarra, por sobrenombre el Hermoso, falleció de enfermedad en el bosque de Vincena primer dia de febrero año de 1328; al cual el papa Juan vigésimo-segundo otorgó los diezmos de las rentas eclesiásticas en toda la Francia con tal condicion que hiciese la guerra al emperador Luis Bávaro, tan grande enemigo de la iglesia que el año ántes deste hizo papa en Roma en competencia del verdadero pontífice y en su perjuicio á Pedro Corbar con nombre de Nicolao quinto. Demás desto le mandó acudir él con parte de aquel interés, segun que lo publicaba la fama. Esta misma concesion se hizo ántes á instancia del rey Philipe el largo, pero con esta modificacion y palabras expresas, *si los obispos del reino juzgasen ser conveniente:* condicion muy honesta, de que ojalá usasen los demás pontífices contra las importunidades de los príncipes. La muger del rey Carlos, por quedar preñada á cabo de tres meses despues de la muerte de su marido parió una hija que se llamó Blanca. No podia conforme á las leyes y costumbres de Francia suceder en aquella corona. Asi un hijo de Carlos de Valoes que falleció dos años ántes del rey, por nombre Philipe, primo hermano de los tres reyes pasados por una parte, y Eduardo rey de Ingalaterra, como hijo de madama Isabel hermana de los mismos tres reyes, comenzaron á pretender aquel reino.

Los estados del reino conforme á la ley Sálica, se conformaron en dar la corona á Philipe

de Valoes, de que resultaron enemistades y guerras muy largas y graves entre aquellas dos naciones y los reyes de Ingalaterra tomaron apellido de reyes de Francia, y pusieron las flores de lis en sus escudos. A los Navarros sucedió mejor que quedaron libres del yugo de Francia, porque Juana hija del rey Luis Hutin casó con el conde de Evreux que se llamaba Philipo, y en Pamplona fueron declarados por reyes de Navarra de conformidad de todos los estados por el derecho que aquella señora tenia de parte de su madre: en que por ser cosa tan justificada fácilmente vino el nuevo rey de Francia, demas que el dicho conde era su deudo muy cercano por ser como era bisnieto de S. Luis rey de Francia. En esta sazon los Navarros por tener los reyes flacos se alborotaron, y como gente sin dueño se encarnizaron en los judíos que moraban en aquel reino, en particular en Estella cargó tanto la tempestad que degollaron diez mil dellos, si ya el número ó las memorias no van errados.

CAPITULO XX.

Nuevos casamientos de reyes.

A la misma sazon en Castilla se hacian apercebimientos muy grandes para la guerra contra los Moros nuevas levas de gente que se alistaba en el reino, socorros que pretendian de los reyes comarcanos. La tierna edad del rey moro, y las discordias que los suyos entre si tenian, presentaban ocasion para hacer algun buen efecto; mayormente que se pasó á los nuestros un hijo de Ozmin, llamado Abraham el Borracho por el mucho vino que bebia. Seguiale un buen escuadron de soldados: acordó el rey don Alonso de ir á Sevilla con toda presteza: dende corria las fronteras de los enemigos y les hacia notables daños. Tomóles á Olvera, Pruna y Ayamontes. En esto se gastó el verano, y pasado el otoño, los soldados, cargados de despojos y alegres dieron la vuelta para invernar en Sevilla. Don Alonso Jofre almirante que era del mar, acudió al tanto para dar al rey aviso de una victoria señalada que alcanzó en una batalla naval que trabó con los Moros, en que de veinte y dos galeras que traian, les tomó tres, y cuatro echaron á fondo. Eran estas galeras parte del reino de Granada y parte Africanas; mataron y cautivaron mas de mil y docientos Moros; por las cuales causas todos estaban muy gozosos, y aquella nobilisima ciudad resonaba con fiestas y regocijos.

Enviáronse embajadores para tratar del casamiento del rey. Don Juan Manuel, vista la resolucion de dejar á su hija, renunciada por sus reyes de armas la fé y lealtad que tenia jurada, se confederó con los reyes de Aragon y de Granada: junto con esto desde Chinchilla y Almansa, por ser plazas muy fuertes, hacia entradas por las tierras de Castilla: robaba y talaba por do quiera que pasaba, con gran daño en especial de los labradores, á la misma sazon que el rey en Sevilla dió titulo de conde de Trastamara, Lemos y Sarria á Alvar Nuñez Osorio, que era su mayor privado, cosa muy nueva; que hasta entonces en Castilla no se diera de mucho tiempo atrás á ninguno titulo de conde. La ceremonia que se hizo, fué muy tosca, como entre gente en aquella sazon falta de todo género de policía y primor. Echaron tres sopas en una taza de vino, y pusiéronselas delante: convidáronse por tres veces el rey y el conde sobre cual dellos tomaria primero: finalmente el rey tomó la una y el conde la otra. Concediósele que en los reales tuviese caldera y cocina á parte para su mesnada, y en la guerra propria y particular bandera con sus divisas y armas. Hiciéronse las escrituras y privilegios; y leidos, todos los presentes aclamaron con gran aplauso, viva el conde. Tal fué la costumbre y ceremonia con que se criaban los condes en aquella era.

En la ciudad de Córdova usó el rey de una severidad extraordinaria, y fué que hizo cortar la cabeza á Juan Ponce porque no obedeció á su mandato, en que le ordenaba restituyese el castillo de Cabra que tomára á los caballeros de Calatrava al tiempo que las cosas del reino andaban alborotadas, demás que le achacaban y cargaban de hombre sedicioso y pernicioso para la república. El mismo castigo se dió á otros muchos ciudadanos de Córdova, sea por ser de la misma parcialidad, ó porque fueron convencidos de otros delitos muy graves. En Soria en el monasterio de S. Francisco fué muerto á puñaladas Garci Lasso sin respeto del lugar sagrado y que estaba oyendo misa. El sentimiento del rey fué grande: poco ántes deste desastre le enviára desde Sevilla para atajar los intentos y pretensiones de don Juan Manuel el aborrecimiento que los caballeros le tenian muy grande por entender

trataba de destruir con sus malas mañas y descomponer toda la nobleza, fué causa desta desgracia. Escalona, una villa pequeña en el reino y tierra de Toledo, andaba alborotada y pretendia juntarse con los rebeldes y amotinados. De Castilla la Vieja asimismo avisaban que la gente se alborotaba; en particular Toro, Zamora y Valladolid estaban alzados contra el rey. El principal movedor destos alborotos era don Hernan Rodriguez de Balboa prior de S. Juan, confiado en sus riquezas, y en los muchos aliados y deudos que tenia en aquella provincia de los mas nobles y ricos. El color que tomaron, era quejarse que el nuevo conde Alvaro Osorio y un judío llamado Juzeph gobernaban todo el reino y le trastornaban á su voluntad: que tenian rendido al rey, como si les fuera esclavo, y como si le hobieran dado bebedizos.

Acudió el rey á Escalona; pero con las nuevas de Castilla alzó el cerco por acudir al mayor peligro y necesidad. Llegó á Valladolid: no le quisieron dar entrada hasta tanto que despidiese de palacio y de su corte al dicho Osorio. Hízose así; que es forzoso sujetarse á la necesidad. Sin embargo fué tan grande el sentimiento deste caballero, como persona acostumbrada á todo favor y privanza, que quitada la máscara se rebeló contra el rey, y trató de juntar sus fuerzas con don Juan Manuel, causa de su total perdicion. Ramiro Flores de Guzman con muestra que huia del rey, se hizo su amigo; y como un dia estuviese desapercebido y descuidado, le dió de puñaladas. Por su muerte el rey á la hora se entregó en sus castillos y tesoros, que tenia allegados muy grandes en el tiempo que tuvo el reino á su mandar y lo robaba todo sin reparo pusiéronle acusacion, hiciéronle cargos muchos y muy graves: no salió persona ninguna á la causa y defensa, y así fué convencido en juicio y dado por rebelde y traidor; pronunció la sentencia el mismo rey en la villa de Tordehumos. Tal fué la fin destos dos caballeros, que en aquel tiempo tuvieron tanta grandeza y pujanza. A Juzeph defendió su bajeza, y el menosprecio en que es comunmente tenida aquella nacion: lo que pudiera acarrear á otro su perdicion, eso le valió.

Celebráronse las bodas del rey en Ciudad-Rodrigo. Tratóse entre los dos reyes de Castilla y Portugal de aplacar al rey don Alonso de Aragon, y apartalle de la amistad de don Juan Manuel. Padeció buen medio ofrecelle la infanta doña Leonor hermana del rey de Castilla para que casase con ella, ca se hallaba viudo y libre del primer matrimonio por muerte de su primera muger doña Teresa. Aceptado este partido, y echas las escrituras y conciertos, llevaron la doncella á Aragon. Salió don Juan el patriarca arzobispo de Tarragona hasta Alfaro á recebilla y acompañalla. Efectuáronse las bodas en la ciudad de Tarazona: hallóse presente con el de Aragon el rey de Castilla, las alegrias y regocijos fueron grandes. Sucedió esto al principio del año de **1329**. Para que la amistad entre los reyes fuese mas firme, y meter prendas de todas partes, trataron de casar á doña Blanca hija del infante don Pedro (el que como queda dicho murió en la guerra de Granada (con el hijo mayor del rey de Portugal llamado don Pedro. Hechas las capitulaciones, la doncella fué entregada en poder de la reina de Castilla para que la enviase á Portugal.

Junto con esto los dichos tres reyes asentaron liga entre sí contra los Moros para juntadas sus fuerzas desarraigar de todo punto las reliquias de aquella gente malvada Asentóse demas desto, para mayor sosiego y paz de todos, que los rebeldes del un reino no tuviesen acogida en el otro. Quedó por este camino don Juan Manuel despojado del amparo del rey de Aragon: trató de valerse como pudiese; y para este efecto casó segunda vez con doña Blanca hija de don Fernando de la Cerda. Asimismo don Juan de Lara casó con doña María hija de don Juan llamado el tuerto, con esperanza que le dieron de juntar todas tres sus fuerzas para recobrar el señorío de Vizcaya que de derecho pertenecia á aquella doncella, y el rey por fuerza y contra razon se le tenia usurpado. Don Juan Manuel y don Juan de Lara llanamente estaban declarados contra el rey, otros de secreto y con sagacidad le eran contrarios, como eran don Pedro de Castro y don Juan Alonso de Alburquerque, hijo de Hernan Sanchez y nieto del rey Dionisio de Portugal: el principal y cabeza de los demas era don Juan de Haro señor de los Cameros. Estos todos llevaban tras sí gran parte del reino.

Los nuevos reyes de Navarra este mismo año vinieron á Pamplona. Allí les fué dada la posesion de aquel reino, pero debajo destas condiciones: que por espacio de doce años no se batiese nuevo género de moneda, á causa que en aquel tiempo era muy ordinario falsear la moneda y bajalla de ley: costumbre perjudicial y mala, contra la cual hay un decreto del pontífice Juan, que se promulgó en aquel tiempo y anda en las extravagantes: la

segunda condicion, que en los oficios de la casa real no se admitiesen forasteros, lo mismo cuanto á las tenencias de los castillos: que no pudiesen vender ni trocar el reino, ni enagenar el patrimonio real: que el primer hijo varon que tuviesen, luego que llegase á edad de veinte y un años cumplidos, fuese rey de Navarra, y tuviese el mando y gobierno; y que Philipo su padre acudiesen con cien mil coronas para los gastos: si falleciesen sin hijos, que los tres estados del reino nombrasen rey á su voluntad.

Desta suerte los Navarros para recebir leyes las dieron al que los habia de gobernar. Juraron los reyes estas condiciones, y con tanto fueron coronados y ungidos en la iglesia Mayor de aquella ciudad á los cinco dias del mes de marzo. Todos los presentes de cualquier suerte, estado y edad, en señal de alegria y regocijo, á voces pedian para sus reyes larga vida y toda buena andanza: las calles tenian cubiertas de flores y verdura, las paredes vestidas de ricos paños: no quedó género de contento que allí no se mostrase. Pareciales salir de unas escuras tinieblas á una luz muy resplandeciente y clara, y que toda aquella provincia con la venida de sus propios reyes como despues de un largo destierro, á cabo de cincuenta y cinco años que faltaban, era restituida en su antigua grandeza, sosiego y prosperidad. Fueron estos reyes muy dichosos en sucesion: los hijos Carlos, Philipe y Luis alcanzaron adelante grandes estados; las hijas Juana, María, Blanca y Inés casaron asimismo muy principalmente.

Los Flamencos á esta misma sazon andaban alterados, ca puesto primeramente en prision Luis su conde y señor, despues que se libró, le cercaron en Gante: huyó tambien del cerco, y acudió al amparo del rey de Francia. Envió él sus embajadores á Flandes sobre el caso, pero no hicieron efecto alguno: llegó el negocio á las armas y á las manos. Acudieron á esta guerra muchos príncipes y entre los demas Philipe rey de Navarra. Juntáronse los dos campos no lejos de la villa de Cassel: hobo algunas escaramuzas, y por el mes de agosto un dia en lo mas recio del calor, á tiempo que las guardas y centinelas estaban descuidadas, los Flamencos dieron de rebato sobre los reales de Francia: ganaron los baluartes y trincheas sin que les pudiesen ir á la mano: acometieron la tienda del rey, y ántes que se pudiesen armar ni subir á caballo, muchos de los Franceses fueron pasados á cuchillo. El rey mismo se vió en grande aprieto hasta tanto que acudió gente de la otra parte de los reales. Con esto los Flamencos, y por el peso de las armas y calor que hacia muy grande, desmayaron; y muertos muchos dellos, los lanzaron de los reales, y huyeron. Despues desta victoria todo quedó llano, y el conde fué restituido en su estado.

El de Navarra, concluida la guerra, dió vuelta á su reino, que halló lleno de latrocinios y maldades, á causa de la libertad que por la larga ausencia de los reyes la gente habia tomado. Tratóse del remedio: por consejo y parecer de personas principales y de letras se ordenaron y establecieron nuevas leyes, con que el pueblo fuese regido y mantenido en justicia y en paz: estas leyes son las que vulgarmente se llaman del fuero nuevo. Dado que hobieron asiento en las cosas de aquel reino, los nuevos reyes se volvieron á Francia con voz de favorecer al rey francés su deudo y amigo contra los ingleses, que tornaban con las armas á la demanda del reino. La verdad era que el amor de la patria los aquejaba: las riquezas otrosí de Francia, trages, vestidos y abundancia les hacia menospreciar la pobreza de Navarra. Dejaron para gobierno del reino á Enrique Soliberto de nacion francés: gran dolor de los naturales por duralles tan poco su alegría, y considerar cuan tarde caian en la cuenta, y como les engañaba su esperanza. Cuán breves son y engañosos los contentos deste mundo! la buena andanza cuán presto se pasa!

CAPITULO XXI.

Que la guerra contra los Moros se renovó.

Aquejaban á Castilla por una parte las discordias civiles, por otra el cuidado de la guerra contra los Moros. Lo que sobre todo apretaba, era la falta de dineros para hacer las provisiones y pagar á los soldados. Juntáronse cortes del reino en Madrid. En estas cortes se establecieron algunas notables leyes: una, que en la casa real ninguno tuviese mas que un oficio: otra, que sin llamar cortes no se impusiesen nuevos pechos: tercera, que no se diesen beneficios á los extrangeros. Los pueblos otrosí ofrecieron el dinero necesario para la guerra tanto con mayor voluntad que los Moros por el mismo tiempo se apoderáran de la villa de Priego, que está á la raya de los dos reinos, y era de la órden de Calatrava. No

fué necesario derramar sangre porque el mismo alcaide que la tenia en guarda, la entregó. Buscaban algun medio para sosegar á don Juan Manuel y sus consortes, y demas de esto para grangear al rey de Aragon y hacer que acudiese con sus fuerzas en ayuda desta guerra. Lo uno y lo otro se efectuó; y en particular para reducir à don Juan le restituyeron á doña Costanza su hija que hasta entonces la detuvieron en la ciudad de Toro, con que la cuita y la afrenta se doblaba: repudiada y tenella como presa. Por otra parte apretaron á Juzeph el judio de Ecija de quien se ha hablado, para que diese cuenta de las rentas reales que tenia á su cargo: todo á propósito de hallar ocasion para derriballe, que no podia faltar. Fué así que no hizo su descargo bastantemente: con esta color le privaron del cargo de tesorero general. Demas desto para adelante ordenaron que á ninguno que no fuese cristiano, se encargase aquel oficio. Asimismo que el tesorero no se llamase Almojarife, apellido que por ser arábigo era odioso, sino que adelante se nombrase tesorero general: ordenanza que dió satisfaccion á todo el reino.

El rey de Portugal envió quinientos caballos de socorro: el de Aragon y don Juan Manuel prometieron de hacer entrada en tierra de Moros por otra parte. Era don Juan Manuel frontero por la parte de Murcia, y por su teniente Pero Lopez de Ayala. El rey de Castilla juntado que tuvo su ejército, rompió por la parte del Andalucía en tierra de Granada: puso cerco sobre Teba de Hardales villa muy fuerte, que fué el año de 1330. Ozmin con seis mil ginetes que su rey le dió, estaba alojado en Turron tres leguas de Teba, desde donde hacia gran daño á nuestra gente, mayormente cuando salian á hacer forrage ó dar agua á los caballos, que por lo demas no se atrevia venir á batalla. En este medio los cristianos ganaron la villa de Pruna: Ozmin cautelosamente envió tres mil caballos al rio que allí cerca pasa, para dar vista á los enemigos, y por otra parte cuando la batalla estuviese mas trabada apoderarse él de nuestros reales. Fué el rey avisado deste intento. Envió adelante un grueso escuadron de gente contra los Moros, y él con los demas á punto se quedó en el real, que fué engañar una astucia con otra; además que los Moros fueron puestos en huida, y los nuestros en su seguimiento con el mismo ímpetu que llevaban, entraron por los reales contrarios que no tenian defensa, saquearon y robaron todas las tiendas y bagage. Con esto los de Teba, perdida la esperanza de defenderse, por el mes de agosto rindieron la villa, salvas solamente las vidas. Cañete otrosí y Priego sin dilacion hicieron lo mismo sin otros muchos castillos y fortalezas. Fué tanto mayor la honra que ganó el rey don Alonso, que ni el de Aragon, ni don Juan Manuel ayudaron como prometieron por su parte. (1). El uno aun no andaba bien llano, el otro se escusaba con los Ginoveses que le alborotaban la isla de Cerdeña, á que le era forzoso acudir, demas desto el socorro de Portugal se era tornado á su tierra. Todo esto fué ocasion de nuevo desabrimiento, en especial contra don Juan Manuel y sus aliados, y de tomar asiento con los Moros, como se hizo á la primavera, debajo que cada un año pagase de tributo doce mil ducados. Esto asentado, se dió lugar al comercio y trato de una parte á otra, y saca á los Moros de trigo y otras provisiones de Castilla. Todo lo cual se efectuó con tanto mayor voluntad que el rey en Sevilla, do se concertaron las paces se comenzaba á entregar á doña Leonor de Guzman de tal suerte que la tenia y trataba como si fuera su legítima muger. Esta señora en linage, apostura y riquezas se pudiera tener por dichosa: su padre fué Pero Nuñez de Guzman, su marido Juan de Velasco que poco ántes falleciera: con la conversacion del rey mas fama ganó que loa. Deste trato tuvo mucha generacion, y en particular un hijo que despues de su muerte y despues de grandes trances ultimamente vino á ser rey. El capitan Ozmin (2) falleció en la ciudad de Granada; dejó dos hijos Abraham y Abucebet. El rey moro, privado de tal amparo y consejo, y con deseo de intentar nuevas esperanzas pasó en Berbería para traer dende nuevas gentes y dar principio á una nueva guerra brava y sangrienta, cual fué la que adelante se encendió en España, segun que en el libro siguiente se declara.

(1) En los *índices latinos* de Zurita se lee que el de Aragon envió al maestre de Montesa, á los comendadores de Montalban y Alcañiz, y al vizconde de Cabrera con la mesnada del rey, y ademas una escuadra de diez galeras, y algunas otras naves menores, corrió los mares hasta el estrecho para impedir que viniesen socorros de Africa. Despues envuelto en guerra contra los Genoveses sobre la isla de Cerdeña, ya no le fué posible socorrer al de Castilla.

(2) Le llaman Othman ú Othoman los escritores árabes.



LIBRO DECIMOSEXTO.

CAPITULO I.

Que el rey de Granada pasó en Africa.



La tercera parte de la redondez de la tierra es Africa. Tiene por linderos á la parte del Occidente el mar Océano Atlántico, á la del Oriente á Egipto y el mar Bermejo, mar bajo y sin puertos: al Setentrion la baña el mar Mediterráneo. Combatida por el un costado y por el otro de las furiosas olas del mar Océano, de anchísima que es, se estrecha y adelgaza en forma piramidal hasta rematarse por la banda del Sur en una punta que llamaron primero cabo de las Tormentas, y hoy se llama el cabo de Buena Esperanza. Los moradores desta tierra son de muchas raleas, diferentes en leyes, ritos, costumbres, trages, color, y en todo lo al. Lo mas interior habitan los Ethiopes largamente derramados, todos de color bazo ó negro. Síguense luego los de Libia, y despues los Numidas, generaciones de gentes que se dividen entre sí, y parten términos por las altas cumbres y cordilleras del monte Atlante. Por la costa y ribera de nuestro mar se estienden los que por su propio nombre llamamos Africanos, Berberiscos ó Moros. En esta parte los campos son buenos de pan llevar y para ganados: arboledas hay pocas, llueve en ellos raras veces: tienen asímismo pocas fuentes y rios. Los hombres gozan de buena salud corporal, son acostumbrados al trabajo y muy ligeros: vencen las batallas mas con la muchedumbre de la gente, que con verdadero valor y valentia; sus principales fuerzas consisten en la gente de á caballo.

En esta provincia Albohacen noveno rey de Marruecos, de la familia y linage de los Merinos, poseia por este tiempo un anchísimo imperio: habia con perpétua y dichosa

guerra domado todos los príncipes comarcanos, y era el que parecia podia aspirar al señorío de toda España por ser muy temido de los cristianos, y por su persona hombre singular, de loables costumbres, dotado de muchas partes así del alma como del cuerpo. Traia guerra con Botexefin rey de Tremecén, llevando adelante en esto las enemistades que su padre con él tuvo. Esto era lo que le faltaba para acabar de sujetar toda aquella provincia, y lo que le hacia estorbo para acometer á España, á que le incitaban las antiguas victorias de sus antepasados, y encendíale el deseo de restituir en España y adelantar el imperio de los Moros. Mahomad rey de Granada, como el que tenia pocas fuerzas, pasó el mar para verse con Albohacen, deseoso de que fuesen compañeros en la guerra, y de revolver á Africa con España. Llegado á Fez, ciudad nobilísima de la Mauritania Tingitana, fué espléndida y magníficamente recebido y tratado del rey bárbaro, puestas en olvido las contiendas viejas que ántes tuvo, ca era enemigo de Ozmin y de su casa. Cada uno dellos procuró mostrarse al otro mas cortés, dadivoso y mas amigo. Llegaron á tratar de sus haciendas un dia para ello señalado. El rey de Granada habló al rey bárbaro en esta manera:

«En España (poderoso rey) apenas podemos sufrir la guerra: las fuerzas de mi reino »están ya gastadas, y la gloria de nuestra gente escurecida: no sabré facilmente decir si los »tiempos ó nosotros tenemos la culpa dello. En el postrer rincon de la Andalucía estamos »ya retirados, cercados de todo género de miseria, de manera que con dificultad conservamos la libertad y la vida. Tengo vergüenza de decirlo, pero en fin lo diré: ojalá se nos »concediera ser sujetos con algunas honestas y tolerables condiciones, y que pudiéramos estar »seguros de que nuestros enemigos nos las guardáran; pero habémoslas con quien piensa que »gana el cielo haciéndonos daño y engañándonos, y que para con nosotros no hay religion »ni juramentos que les obliguen á guardarnos las treguas y capitulaciones que nos prometieren. Hácennos entradas cada año, quémannos las mieses, echan fuego á los campos ar»ruinan los pueblos, y nos roban las mugeres, los niños y viejos, y los ganados: no podemos ya respirar; vémonos en estado que nos seria mejor morir de una vez que sustentar »vida tan llena de peligros y miserias. Donde está aquella valentia de nuestros antepasados, »con la cual con increible presteza, llenos de gloria y de victorias, corrieron la Asia, Africa »y España, y con solo el miedo y fama de su valor juntaron naciones tan divisas y apar»tadas? Torpe cosa es no imitar los hechos valerosos de nuestros mayores; empero no sus»tentar la autoridad, gloria y reinos que nos dejaron, es gran maldad y mengua.

«En estos trabajos y miserias hasta aquí nos ha sustentado la esperanza, puesta en tu »felicidad, virtud y grandeza sin par: ahora me ha forzado á que dejado mi reino pasase »en Africa á echarme á tus pies. Séame de provecho confesar la necesidad que tengo de tu »amistad y amparo. Real cosa es corresponder á la voluntad de aquellos de quien eres su»plicado; mas tomar la defensa de tu gente, amparar los miserables, ser tenido (como lo »eres) por escudo y defensor de la santa ley de nuestros abuelos, te igualará con los in»mortales. Sujetados ya todos los pueblos de Africa y rendidos á tu poder, se ha de aca»bar la guerra y dejar las armas, ó las has de volver contra otras gentes. Muchos grandes »príncipes fueron mas famosos durante el tiempo de la guerra, que despues de alcanzada la »victoria. Lo que se pierde con la descuidada y ociosa paz, se repara con las armas en la mano »con ganar nuevos reinos, fama y riquezas. Por vecinos tienes los Españoles, que solo un »angosto estrecho de tí los aparta; y ellos están divididos en muchos señoríos y se abrasan »con guerras civiles: tan enemigos son entre sí que no se juntarán puesto que vean armas »estrañas en su tierra. Tu tienes fortísimos ejércitos, práticos y experimentados con las con»tinuas guerras; en la entrada de España fortísimos castillos, muy á propósito para la guer»ra: á nos no faltan soldados, armas, bastimentos y dineros con que poder ayudar. Todo »lo que se ganare, será tuyo; yo me contentaré con la parte que darme quisieres de la »presa: el mayor premio que yo espero de la victoria, es la venganza de una tan mala y »abominable gente.»

El rey bárbaro respondió á esto que su venida le daba mucho contento, y le era muy agradable le solicitase para que juntasen las armas y hiciesen la guerra de consuno; que siempre les sucedió bien el tener ambas gentes amistad: por el contrario de las discordias se les recrecieran graves daños. Luego que hobiese dado fin á las resultas de las guerras de Africa, pasaria con todos sus ejércitos en España; de presente le parecia seria bien enviar delante á su hijo Abomelique con un buen golpe de gente de á caballo, que seria meter tales prendas en la empresa para continuar lo que entre ellos quedaba asentado. Entretanto

que esto pasaba en Africa, los Moros de Granada, y por sus capitanes Reduan y Abucebet, entraron en tierra de Murcia, talaron y robaron los campos, destruyeron en particular y quemaron á Guardamar (1): este es un pueblo llamado así porque está sobre el mar edificado á la boca del rio Segura. Con esta cabalgada llevaron cautivas mil y docientas personas. Venido el rey Mahomad á Granada, don Juan Manuel y los demas sediciosos se determinaron á tratar con él de conciertos: hiciéronse las amistades y alianza por medio de Pedro Calvillo que andaba de una parte á otra en estos tratos. Estaban los pechos de todos tan llenos de una diabólica discordia, que sin tener memoria de la cristiana religion ni misericordia de los suyos, por hacer pesar á su rey y vengar sus particulares enojos, no echaban de ver ni curaban destos grandísimos apercebimientos de guerra que contra la misma cristiandad se hacian, ni la tempestad que se armaba.

CAPITULO II.

Que Abomelique vino á España.

Vivia todavia doña Isabel reina de Portugal, y aunque en lo postrero de su edad, tenia corazon y buen ánimo para tomar cualquier trabajo por la comun salud y paz pública. Rogó al rey de Castilla fuese á Badajoz. Destas vistas ningun mayor provecho resultó que visitar el rey y acariciar con todo género de respeto y benevolencia á una santísima muger, abuela suya. Venia el rey desta ciudad cuando don Alonso de la Cerda, el que en vano tanto tiempo y tantas veces con grave peligro de la república movió guerra sobre el derecho del reino, con la edad mas cuerdo sin pensarlo nadie se encontró con él en el lugar de Burguillos, y echándose á sus pies le besó la mano, señal entre los castellanos de honra y protestacion de vasallage. Fué este hecho gratísimo al rey; y á don Alonso saludable y de importancia, ca fué restituido en su tierra, y se le dieron ciertas villas con cuyas rentas pudiese sustentarse. Habíase casado en Francia con una nobilísima señora llamada Madelfa, de la sangre de los reyes de Francia, en quien tuvo dos hijos, á don Luis y á don Juan. Don Luis que era el mayor, vino con su padre á España; á don Juan como pariente tan cercano el rey de Francia dió el ducado de Angulema, y despues le hizo su condestable, dignidad que hoy en Castilla ha quedado solo en una sombra y vano título casi sin poder ni jurisdiccion alguna; pero en Francia en las cosas de la guerra es la suprema potestad y autoridad despues de la real.

Llegó el rey á Talavera, villa que está en la Carpetania hoy reino de Toledo: en esta sazon Santolalla, que es un pueblo puesto en la mitad del camino entre Talavera y Toledo, era de don Juan Manuel. Deste pueblo salian bandas de gente perdida á saltear los caminos, mataban los hombres y robaban los campos: estos fueron presos por mandado del rey, y convencidos de sus delitos, los castigaron con pena de muerte. Un semejante ejemplo de justicia mandó hacer en Toledo, de donde se fué á Madrid y á Segovia y á Valladolid. En esta villa doña Leonor le parió un hijo que llamaron don Pedro, á quien dió el señorio de Aguilar del Campo para remediar la falta del dinero que padecia, con malo é imprudente acuerdo acuñó un género de moneda baja de ley, que llamaron cornados, de que se siguió gran carestía y falta en los mantenimientos en grave daño y enojo del pueblo porque falseada y adulterada la moneda luego cesaron los tratos y comercio.

Estando el rey en Burgos, le vinieron embajadores de aquella parte de Cantabria ó Vizcaya que llaman Alava, que le ofrecian el señorio de aquella tierra que hasta entonces era libre, acostumbrada á vivir por sí misma con propios fueros y leyes, escepto Victoria y Treviño que mucho tiempo ántes eran de la corona de Castilla. En los llanos de Arriaga, en que por costumbre antigua hacian sus concejos y juntas, dieron la obediencia al rey en persona: allí la libertad en que por tantos siglos se mantuvieron inviolablemente, de su propia y espontánea voluntad la pusieron debajo de la confianza y señorio del rey: concediósceles á su instancia que viviesen conforme al fuero de Calahorra: confirmóles sus privilegios antiguos, con que se conservan hasta hoy en un estado semejante al de libertad, ca no se les pueden imponer ni echar nuevos pechos ni alcabalas. De todos estos conciertos hay letras del rey don Alonso, su data en Victoria á dos dias de abril del año de nuestra salvacion

(1) Batieron las murallas con cañones, segun la carta que los habitantes de Alicante escribieron al rey don Alonso IV de Aragon.

de 1332. En esta ciudad instituyó el rey un nuevo género de caballería que se llamó de la Banda, de una banda ó faja de cuatro dedos en ancho que traian estos nuevos caballeros, de color rojo ó carmesí, que por encima del hombro derecho y debajo el brazo izquierdo rodeaba todo el cuerpo, y era el blason de aquella caballeria y señal de honra. No se admitian en



Caballero de la Banda.

esta milicia ó caballeria sino los nobles ó hijosdalgo, y que por lo menos diez años hobiesen servido en la guerra y en el palacio real. No se recebia otrosi en ella los mayorazgos de los caballeros y señores. El mismo rey fué elegido por maestre de toda esta junta y caballería: honra y traza con que los mancebos nobles y generosos se inflamaban y alentaban á acometer grandes hechos y acabar cosas árduas.

Esta caballería mucho tiempo fué tenida en grande estima: despues por descuido de los reyes que adelante reinaron, y por la inconstancia de las cosas se desusó de manera que al presente no ha quedado della rastro ni señal alguna. Visitó el rey la iglesia del apóstol Santiago en Compostella, y en ella se armó caballero, y en Burgos él y la reina fueron coronados por reyes. Hizo en ambas ciudades el oficio y ceremonia don Juan de Lima arzobispo de Santiago. La reina por su honestidad no fué ungida, demás que estaba preñada.

Halláronse presentes gran número de prelados: armó el rey caballeros á muchos señores y nobles, que le presentaron delante armados de todas piezas de punta en blanco; y aun se ordenó para adelante, y se guardó que desta misma suerte se diese siempre y tomase la órden de la caballería.

El público regocijo y contento que desto resultó, destemplaron y menoscabaron dos cosas de disgusto que sucedieron: la primera fué que se comenzó á tratar divorcio entre doña Blanca y don Pedro infante de Portugal; la segunda, que pretendia en lugar de doña Blanca recebir por muger y casarse con doña Costanza hija de don Juan Manuel: ambas á dos cosas eran pesadas y desabridas para el rey de Castilla. Doña Blanca era enfermiza y mañera, que no podia tener hijos. El principal autor y movedor deste divorcio Fernan Rodriguez de Balboa prior de S. Juan aconsejaba á la reina, cuyo canciller era, lo procurase para vengarse en esta forma del amancebamiento tan continuado y feo de su marido. En esta sazon el rey tuvo en la reina á don Fernando, que si viviera, fuera sucesor en el reino, y en doña Leonor su combleza á don Sancho á quien dió la villa de Ledesma. Los dos nacieron en un mismo tiempo en Valladolid. Demas desto Abomelique hijo del rey de Marruecos, como quedó concertado con el rey de Granada, pasó el estrecho de Cádiz, y en Algecira se intituló rey della y de Ronda. Vinieron con él de Africa siete mil ginetes con codicia, intento y esperanza de enseñorearse de toda España.

En el principio del año de 1333 á los trece de enero el arzobispo de Toledo don Jimeno de Luna celebró concilio en Alcalá de Ilenares, *indictione prima*, y del pontificado de Juan vigésimo segundo el año diez y siete. Abomelique asimismo se puso sobre Gibraltar luego por el mes de febrero: combatiéronla sus gentes con mantas, torres, y con todo género de máquinas militares. El rey se detuvo algunos dias en Castilla la Vieja para apaciguar algunos alborotos de gente sediciosa; pero envió delante á Jofre Tenorio almirante de la mar, y á los maestres de las órdenes militares para que por tierra socorriesen á los cercados: desigual ejército contra tan grandes fuerzas como eran las de los Moros. Padecian grande falta de mantenimientos en la villa por culpa y negligencia de su alcaide Vasco Perez, que por hacer de la guerra grangería no la tenia apercebida de almacen y municiones, ni de soldados. Por otra parte el rey de Granada hizo entrada en tierra de Córdova, grandes robos y quemas en los campos: tomó á Cabra, derribóle el castillo, y llevó cautivos todos sus moradores por traicion del alcaide que llamó á los Moros, y los metió dentro de la villa y les entregó el castillo.

Gibraltar despues de padecidos grandes trabajos, y perdida la esperanza de poderse defender, en el mes de junio se dió á partido: salvas la libertad y vidas de los soldados y de los vecinos. El alcaide Vasco Perez por acusarle su conciencia de la maldad cometida, y temer la indignacion del rey y el ódio del reino, se pasó en Africa. Esta pérdida causó de presente grande dolor y puso para lo de adelante grandísimo miedo, por acordarse que la general pérdida y destruicion que los Moros hicieron en España, comenzó y tuvo principio por aquella parte. El rey de Castilla pareciéndole que dejaba sosegados los sediciosos, hechos por todo el reino grandes llamamientos y juntas de gente de guerra, y puesto en órden un buen ejército, en lo recio del estio vino á Sevilla, tarde y sin ningun provecho para el socorro de Gibraltar que ya halló en poder de Moros. Diéronle esta nueva de la pérdida de Gibraltar en Jeréz: todavia con esperanza de cobrarla ántes que los Moros la fortificasen y municionasen, con grande presteza fué sobre ella. Hallóse en esta jornada don Jaime de Exerica con algunas compañías de Aragoneses.

Cerca del pueblo con varios sucesos se escaramuzó muchas veces, la batalla campal ambas partes la esquivaban. Abomelique no se descuidaba, ni se ensoberbecia con la victoria: el rey tenia esperanza de volver á ganar á Gibraltar. Desbarató sus intentos la falta de bastimentos que se comenzó á sentir en los reales, por que aunque se traia continuamente gran copia dellos por el mar, la gran muchedumbre de gente brevemente los consumia. Por esta mengua muchos soldados desamparaban el real, y caian en manos de Abomelique, que tenia puestas celadas en los lugares que para esto eran mas cercanos y á propósito. Puso en esto tanta vigilancia y cuidado, que cautivó muchos soldados, y en tan gran número, que con gran deshonra y mengua del nombre cristiano se dice que se vendia un cautivo por una dobla de oro. Acudió el rey de Granada, con cuya venida Abomelique, y por ver nuestro ejército disminuido y sus fuerzas quebrantadas, cobrado nuevo esfuerzo y ánimo se determinó de presentar al rey la batalla: con esta resolucion sacó todo el ejército tres veces en campaña.

Al rey de Castilla le pareció que era el mejor consejo el mas seguro, ca fuera temeridad con vana esperanza de un buen suceso arriscar el todo y ponerlo á la temeridad de la fortuna y trance de una batalla. Los mas cuerdos y prudentes juzgaban asimismo que si tomaban á Gibraltar, que era á lo que allí eran venidos, todo lo demas se haria bien: á esta causa se resolvió de escusar la batalla. Cerraron pues todos los reales con un foso y albarrada para estorbar los rebatos de los enemigos: tiróse este foso dende el mar haciendo un cierto seno y vuelta, y yéndose encorvando conforme á la disposicion de los lugares, de manera que con la otra punta del arco tocaba en la otra ribera. Estas dos cosas interpretaban y creian los enemigos que se hacian de miedo, con que les creció el ánimo y concibieron grande esperanza de la victoria.

Mientras esto aquí pasaba, don Juan Manuel, y don Juan Nuñez de Lara y sus amigos, puesta confederacion con el rey de Aragon, hacian gravísimos daños en la raya de Castilla. Habíaseles juntado don Juan de Haro señor de los Cameros, caballero rico, poderoso y de muchos vasallos: así de la parte que debian venir socorros y gente, de allí resultó daño gravísimo. Por esto á pedimento de los Moros les concedió el rey treguas por término de cuatro años, á tal empero que todavia el rey de Granada pechase y acudiese con las parias que solia: con tanto se quedó Gibraltar por los Moros no sin grande nota y menoscabo de la magestad real. El rey que consideraba prudentemente el peligro, juzgó aquellos partidos por honrados que eran mas conformes al tiempo y aprieto en que se hallaban las cosas, sin hacer caso de las murmuraciones del vulgo, ni de la que llaman honra la gente menos considerada.

CAPITULO III.

De las muertes de algunos principes.

Hechas las treguas, los reyes de Castilla y de Granada se hablaron, y en señal de amistad comieron á una mesa: hiciéronse asimismo á porfia ricos presentes, y diéronse el uno al otro joyas y paños de gran valor: cortés contienda y liberalidad en que el moro quedó vencido, camino por do se le ocasionó su perdicion y ruina. El rey de Castilla se volvió á Sevilla, salva y entera la fama de su valor, no obstante los malos sucesos que tuvo. Abomelique se partió para Algecira, y el rey de Granada caminó á Málaga con deseo de ver aquella ciudad. Allí los hijos de Ozmin (que á todas estas cosas se hallaron presentes) se conjuraron de matarle. Abominaban y blasfemaban dél: cargábanle que con la familiaridad y trato que tenia con los cristianos, á sí mismo y á su nacion y secta deshonraba. Acaso traia puesta una ropa que le dió el rey de Castilla: esto les encendió mas el enojo y saña que contra él tenian, y les dió mayor ocasion de calumniarle.

Andaba con el rey un cierto moro llamado Alhamar, de la sangre y alcuña de los primeros reyes de Granada, mas noble que señalado ni de grande cuenta. A éste tentaron primero los hijos de Ozmin, y le persuadieron que se vengase de la notoria injuria y agravio que se le hacia en tenerle usurpado el reino que de derecho le venia y que castigase el grande desacato que contra su secta se cometia. Concertada la traicion, estando el rey muy seguro y descuidado della, le mataron á puñaladas en veinte y cinco dias del mes de agosto. Reduan, que á este tiempo era el caballero de mas autoridad, y que habia sido alcaide y justicia mayor de Granada á la sazon ausente, no supo cosa alguna ni fué en esta cruel traicion, este procuró que un hermano del muerto, que se llamaba Juzeph Bulhagix, fuese alzado por rey de Granada, como lo hizo: cosa soberbia y muy odiosa dar el reino de su mano, mayormente dejando sin él á Farraquen hermano mayor del rey muerto. Desta manera andaban las cosas revueltas entre los Moros. Pasáronse al nuevo rey los de Aguilar don Gonzalo y don Fernando hermanos, señores de Montilla y de Aguilar, caballeros poderosos en el Andalucía. Estaban estos caballeros (aunque no se sabe la causa) desavenidos y mal enojados con su rey. Empezáronse á hacer robos y entradas en las rayas de los reinos, con que se rompieron las treguas que poco ántes se concertaron.

El rey de Castilla se detuvo en Sevilla mas tiempo del que se pensó, y aun del que él quisiera: esperaban en que pararian estos movimientos. Pasaron mas adelante los daños, y aun revolvieran guerra formada contra los cristianos, si Abomelique no fuera llamado de su padre, y le mandára volver á Africa para que le sirviese en la guerra de Tremecén. Con

su partida se volvieron á tratar treguas con el nuevo rey de Granada. Y en el principio del año de 1334 se concluyeron y asentaron por otros cuatro años, sin que el rey de Granada quedase obligado á pechar las parias y tributo que cada año solia. tanto era el deseo que tenia el rey de quedar libre para castigar los sediciosos y olborotados. En este tiempo de un parto de doña Leonor de Guzman le nacieron al rey dos hijos, don Enrique y don Fadrique, bien nombrados adelante.

Primero pasó el invierno que el rey pudiese desembarazarse de la Andalucía. A la primavera vino á Castilla, y fué á Segovia y de allí á Valladolid. Los grandes que estaban rebeldes, como no eran tan poderosos que pudiesen hacer guerra sino correrías y robos, comenzaron á ser molestados haciéndoseles daños y entradas en sus tierras, con que en el señorío de Lara fueron muchas villas tomadas por el rey, como Ventosa, Bustos, Herrera; y lo demas que en tierra de Vizcaya tenian aquellos señores, y no estaba acabado de allanar, se recibió á merced debajo del amparo real. En una junta que se hizo en Guernica debajo de un antiquísimo árbol á la usanza de Vizcainos, fué el rey en persona jurado y le prometieron fidelidad: algunas fuerzas y castillos quedaron todavía en aquella tierra por los de Lara, que no se quisieron dar al rey, confiados mas en ser inexpugnables por el sitio y naturaleza de los lugares, que en otra cosa alguna. Don Juan de Haro en su villa de Agoncillo por mandado del rey fué degollado: y toda su tierra como de rebelde confiscada. La villa de los Cameros dejó á sus hermanos don Alvaro y don Alonso, porque del todo no pereciese el señorío y el nombre de esta ilustrísima casa.

El alcaide del castillo de Iscar confiado en su fortaleza, y porque la tenia bien bastecida, cerró las puertas al rey, por lo cual siendo preso, le fué cortada la cabeza: aviso con que se entendió que ningun juramento, ni homenage hecho á los señores particulares, escusa los desacatos que contra los reyes se cometen. Por estos mismos dias en los postreros del mes de agosto parió la reina en Burgos un hijo que se llamó don Pedro, que por muerte de don Fernando su hermano por triste y desdichada suerte suya y de Castilla sucedió en fin en el reino. De doña Leonor nació al rey otro hijo llamado eso mismo don Fernando. En Aragon murieron dos hermanos de aquel rey uno en pos de otro. Don Jaime maestre de Montesa (1) murió en Tarragona, donde ántes renunció el derecho del reino; don Juan arzobispo de Tarragona en lugar de tierrá de Zaragoza que llaman Povo, á los diez y ocho de agosto: enterraron su cuerpo en la iglesia de Tarragona dentro de la reja del altar mayor. Iba á verse con el rey su hermano. Sucedióle en el arzobispado Arnaldo Cascomes obispo que era de Lérida.

El rey de Aragon aunque se hallaba en lo bueno de su edad, por sus continuas indisposiciones que le sobrevinieròn, luego que se volvió á casar, alzó la mano no solamente de las cosas de la guerra sino tambien del gobierno del reino; lo cual todo encargó á don Pedro su hijo mayor. La reina doña Leonor (como aquella que mandaba al rey) con sus continuos é importunos ruegos alcanzó dél que diese á sus hijos don Fernando y don Juan algunas villas y ciudades, entre las demas fueron Orihuela, Albarracin y Monviedro (2): recebia en esto notable agravio y perjuicio el infante don Pedro, ca le disminuian y acortaban un reino que de suyo no era muy grande. Acusábanle al rey un juramento que los años pasados hizo en Daroca, en que se obligó y estableció por ley perpetua que no enagenaria cosa de la corona real.

Murmurábase en el reino este hecho: rugíase que el rey no tenia valor, y se dejaba engañar de las caricias y mañas de la reina que le tenia como enhechizado. Desta ocasion entre la madastra y el alnado resultó un mortal ódio, de que se siguieron grandes alborotos en el reino. La reina para hallarse apercebida suplicó al rey de Castilla tuviese por bien que se viesen: otorgó él con los ruegos de su hermana: viéronse en Ateca aldea en tierra de Calatayud; el rey prometió á la reina de asistilla con sus fuerzas, y no faltarle cuando le hubiese menester. Don Juan de Exerica y su hermano don Pedro, que seguian la parcialidad de la reina, quedaron animados á la servir y amparar cuando se ofreciese, y por cuanto sus fuerzas alcanzasen.

(1) Ningun documento dice que hubiese en este tiempo maestre de Montesa llamado Jaime
(2) Fué la principal Tortosa con el título de marques.

CAPITULO IV.

De algunos movimientos de Navarros y Portugueses.

En el principio del año siguiente, que se contaba de 1335, don Juan Manuel atemorizado con el mal suceso de don Juan de Haro, y tomando escarmiento en el de Lara, se reconcilió con el rey. El contento del reino fué extraordinario por ver acabadas en tan breve tiempo cosas tan grandes, y por la esperanza de la paz y sosiego por todos tanto tiempo deseada. En las ciudades y villas se hicieron grandes regocijos, juegos y espectáculos públicos. En Valladolid se hizo un torneo, en que los caballeros de la Banda desafiaron á los demas caballeros, y fueron los mantenedores del torneo: el rey se halló en él, pero en hábito disfrazado porque se tornease con mayor libertad. Diéronse grandes encuentros y golpes sin hacerse mal ni herirse, salvo que algunos fueron de los caballos derribados. Despartióse el torneo, sin que se pudiese averiguar á cual de las partes se debiesen dar los premios y prez y las joyas que tenian aparejadas para el que mas se señalase.



Sello de Alonso XI.

Las cosas humanas, como son vanas é inconstantes, fácilmente se truecan y mudan y revuelven en contrario; y ansi este universal contento se anubló con nuevas que vinieron de que se volvian á alterar los humores. El rey de Portugal persistia en su intento de repudiar á doña Blanca y de casarse con doña Costanza, determinado si no pudiese cumplir su deseo por bien, de alcanzarlo por la espada, por lo menos meterlo todo á barato. El hijo mayor del rey de Aragon se concertó de casar con doña María hija del rey de Navarra, anteponiéndola en la sucesion del reino (aunque era menor de edad) á su hermana doña

Juana, si el rey muriese sin dejar hijos varones (1): el autor destos conciertos fué el virrey de Navarra don Enrique. Ambas á dos cosas fueron pesadas y desabridas para el rey de Castilla, porque se entendia que estas alianzas se hacian para ser mas poderosos contra él. A la verdad el infante de Aragon don Pedro por el ódio que tenia con su madrastra, se confederó con los Navarros, que tomaron de sobresalto el monasterio de Fitero que era del señorío de Castilla: exceso que por un rey de armas les fué demandado, y enviaron embajadores al rey de Aragon para quejarse destos desaguisados: escusóse aquel rey con su poca salud, y alegar que no era poderoso para ir á la mano á su hijo en lo que hacer quisiese. Con esta respuesta de necesidad se hubo de romper la guerra: envióse contra los Navarros un grueso ejército, y por capitan general Martin Portocarrero, porque don Juan Nuñez de Lara en quien el rey tenia puestos los ojos para que hiciese este oficio, se escusó de aceptarle. Juntáronse las gentes de la una parte y de la otra: dióse la batalla junto á Tudela: fué muy cruel y reñida: quedaron vencidos y destrozados los Navarros y muchos dellos anegados en el rio Ebro. Entendióse haberles sucedido este desastre por falta de capitan, porque el virrey don Enrique se quedó en Tudela por miedo del peligro, ó por respeto de la salud y bien público, que dependia de la conservacion de su persona. Don Miguel Zapata Aragonés no se halló en la batalla á causa que se entretuvo en fortalecer á Fitero, creyendo que el primer ímpetu de la guerra seria contra aquel pueblo; mas ya que se queria fenecer la batalla, se descubrió encima de unos cercanos montes de aquella campaña, con cuya llegada se rehizo el campo de los Navarros: los Aragoneses como quier que entraron descansados, entretuvieron por un rato la pelea; pero al fin fueron desbaratados y vencidos por los de Castilla, y preso su capitan: no fué tan grande el número de los muertos como se pensó. Los Castellanos se hallaron cansados con el continuo trabajo de todo el dia, demas que con la oscuridad de la noche que cerró, no se conocian, mayormente que todos por saber la lengua castellana apellidaban Castilla: ardid que les valió para que la matanza fuese menor.

Por otra parte los Vizcainos con su capitan Lope de Lezcano, destruida la comarca de Pamplona, tomaron en aquellos confines el castillo de Unsa. Con estos malos sucesos se reprimió la osadía y atrevimiento de los Navarros, y se castigó su temeridad. En un mismo tiempo se derramó la fama destas cosas en Francia y en España. Estaba entonces el rey de Castilla en Palencia enfermo de cuartanas, donde por lástima que tuvo de los Navarros, mandó á Portocarrero que no les hiciese mas guerra ni daños; parecíale quedaban bastantemente castigados, hora hobiesen tomado las armas de su voluntad, hora hobiesen sido á tomarlas forzados: sacóse el ejército de aquella provincia junto con el pendon del infante don Pedro, que le llevaron á la batalla porque los grandes señores no rehusasen de ir á esta guerra, como si fuera á ella la misma persona real del infante.

La fama destos sucesos movió á Gaston conde de Fox á que viniese á restaurar las cosas malparadas de los Navarros, obligado á ello por la antigua amistad que entre sí ambas naciones tenian, y facilitado con la vecindad destos dos estados. Venido el de Fox, acometieron á Logroño ciudad principal de aquella frontera. Salió contra ellos mucha gente de los pueblos comarcanos, y juntos con los ciudadanos de Logroño pasaron el rio Ebro. Dieron en los enemigos, peleóse bravamente, y fueron vencedores los Navarros. Recogiéronse en la ciudad los vencidos con propósito de se defender con el amparo y fortaleza de los muros. Ruiz Diaz de Gaona, capitan y ciudadano de Logroño, hizo en esta retirada un hecho memorable, que con una extraña osadia, ayudado de solos tres soldados, defendió á todo el ejército de sus enemigos que no pasasen el puente, porque mezclados con su gente no entrasen el pueblo; murió él en esta defensa, y sus compañeros que quedaron con la vida, defendieron el pueblo que no se perdiese, ca los Navarros viendo que no le podian tomar, se volvieron.

En el tiempo que las cosas se hallaban en este estado, sucedió que Juan arzobispo de Rems yendo en romería á Santiago, pasó acaso por esta tierra. Este prelado era un varon muy santo, y de grande autoridad entre estas dos naciones, por cuya solicitud y diligencia se concertaron y hicieron paces: tanto á las veces puede la diligencia de un solo hombre, y tan grandes bienes dependen de su autoridad. En este mismo tiempo de tres reyes Albohacen, Philipe de Francia y Eduardo de Ingalaterra vinieron tres honradas embajadas al rey de Castilla. Movianse á esto por la gran fama que tenia acerca de las naciones comarcanas.

(1) Porque doña Juana, que era la mayor, declaró que queria ser religiosa, como lo verificó tomando el hábito en el monasterio de Longcamps cerca de Paris.

De Africa le enviaron muy ricos presentes: pedian se confirmasen las treguas que tenian asentadas los nuestros con los Moros. El inglés ofrecia una hija suya para que casase con el infante don Pedro. El rey no aceptó este partido por la tierna y pequeña edad del infante, de quien sin nota de temeridad ninguna cosa cierta se podian prometer ni asegurar. Todo esto pasaba en Castilla el año de 1335 de nuestra salvacion.

Poco despues entrante el año prócsimo el rey de Aragon don Alonso murió en Barcelona á veinte y cuatro de enero: varon justo, pio y moderado; por esto tuvo por renombre y fué llamado el piadoso. Fué mas dichoso en el reinado de su padre que en el suyo, á causa de la poca salud que siempre tuvo, que por lo demas no le faltó virtud ni traza, como se pudo bien ver por las cosas que hizo en su mocedad. A don Jaime el hijo menor del primer matrimonio dejó el condado de Urgel, y don Pedro quedó por heredero del reino. Los hijos del segundo matrimonio dejó heredados en otros estados, segun que arriba queda apuntado. La reina doña Leonor por recelo que el nuevo rey por los enojos pasados no le hiciese algun agravio á ella y á sus hijos, á grandes jornadas se fué luego á Albarracin, donde por ser aquella ciudad fuerte y caerle cerca Castilla, si se le moviese guerra, pensaba podria muy bien en ella defenderse. Los de Exerica por tener en mas el acudir al amparo y servicio de la reina, que cuidar de lo que á ellos tocaba, se fueron tras ella.

Por estos mismos dias de Portugal nuevas tempestades de guerra se emprendieron. La avenencia que don Juan de Lara y don Juan Manuel hicieron con el rey, no era tan verdadera y sincera que se entendiese duraria tanto como era menester. Todos entendian que mas les faltaban fuerzas, y buena ocasion para rebelarse, que gana y voluntad de ponello por obra. Traia en mucho cuidado á don Juan Manuel la dilacion de los casamientos de Portugal, y no osaba hacerlos sin la voluntad y licencia del rey, ca temia no le tomase su estado patrimonial que tenia grandísimo en Castilla. Don Pedro Fernandez de Castro y don Juan Alonso de Alburquerque, que se apartaron de la obediencia del rey de Castilla, persuadian y solicitaban al rey de Portugal para que moviese guerra á Castilla. No pudieron estar secretos tantos bullicios de guerra y tantas tramas: así el rey hizo nueva entrada en las tierras de don Juan de Lara, y le tomó algunas villas y castillos, y á él le cercó en la villa de Lerma en catorce de junio.

Combatiéronla de dia y de noche con mantas, torres, trabucos, y con todo género de máquinas de guerra. Procuróse otrosí con los vecinos de la villa que entregasen á don Juan, ya con grandes amenazas, ya con promesas: afrecíanles la gracia del rey, y libertad á ellos y á sus hijos, con apercebimiento que si se tardaban en hacerlo, los destruirian. Ninguna cosa bastó para que no guardasen una singular y gran lealtad á don Juan, confiados en la fortaleza de la villa: ni los ruegos prestaron ni las amenazas para hacer que le entregasen. Vista su determinacion, cercaron toda la villa alrededor con fosos y trincheas. Talaron y destruyeron sus campos y heredades: enviaron otrosí algunas bandas de gente para que tomasen los pueblos de la comarca. Alargábase el cerco, y los cercados por no estar bien proveidos empezaron á sentir necesidad de bastimentos. Tenian poco socorro en don Juan Manuel, puesto que para mostrar su valor y ver si podria socorrerlos salido de allí secretamente, se entró en Peñafiel, villa de su estado y cercana de Lerma. Poco faltó para que el rey no le prendiese, ca sobrevino de repente. Tuvo noticia del peligro, huyó y escapóse. El de Alburquerque mudado propósito se redujo al servicio del rey.

El rey de Portugal por sus embajadores envió á rogar al rey que alzase el cerco de Lerma. Estrañaba que hiciese agravio y maltratase á un caballero de tanta lealtad, y en particular amigo suyo. Volviéronse los embajadores sin alcanzar cosa alguna. El rey de Portugal para satisfacerse juntó su ejército, rompió por las tierras de Castilla: á la raya cercó á Badajoz y la combatió con grande furia y cuidado. Envió asimismo con mucha gente á Alonso de Sosa para que robasen la tierra. Apellidáronse los de la comarca, encontraron los contrarios cerca de Villanueva, desbaratáronlos, mataron y prendieron muchos dellos; con que avisaron y escarmentaron los demas Portugueses para que no se atreviesen otra vez á hacer entrada semejante. El rey mismo por temer otro mayor daño si viniesen á las manos, con todo su ejército se tornó á Portugal.

La villa de Lerma asímismo destituida del socorro que de fuera esperaba, y cansada con los trabajos de un cerco tan largo, se entregó en los postreros de noviembre. A don Juan Nuñez de Lara sin embargo recibió el rey en su amistad, y por el camino que cuidaba perderse, alcanzó grandes mercedes nuevas, y se le volvió su patrimonial estado que tenia en

Vizcaya. Solo desmantelaron á Lerma en castigo de su rebelion, y para que otra vez no se atreviese á hacer lo mismo. En este año el rey de Marruecos aumentó sus reinos con el de Tremecén, cuyo rey su enemigo venció y mató. Los Moros de España cobraron con esto nuevas esperanzas, y á los nuestros creció el recelo de algunos nuevos y grandes daños que de aquella pujanza podrian resultar. Todos temian y con razon la guerra que de Africa amenazaba.

CAPITULO V.

Concédense treguas á los Portugueses.

Blandeaba el rey de Castilla con los grandes que andaban alterados, y les hacia buenos partidos por atraerlos á su servicio. Sus caricias prestaban muy poco por ser ellos hombres reboltosos, de seso mal asentado y astutos. Tuvo las pascuas de la Navidad de nuestro Señor Jesucristo del año 1337 en Valladolid. Alli en el principio deste año hizo merced á don Juan de Lara del cargo de su alferez mayor, ca estaba determinado de recompensar con mercedes los deservicios, y vengar con blanduras las injurias que le hacian. Con este artificio y con la intercesion de doña Juana, que era madre de don Juan de Lara, recibió en su servicio y perdonó á don Juan Manuel, hombre doblado, inconstante y que á dos reyes al de Castilla y al de Aragon, los entretenia y traia suspensos. Fingia quererse confederar con cada uno dellos con intento de que si rompiese con el uno, quedase el otro con quien ampararse.

Continuábanse todavía los desabrimientos y diferencias entre el de Aragon y doña Leonor su madrastra: tratóse de concordia por sus embajadores. Todavía el de Aragon bien que daba buenas palabras, al cabo no hacia cosa. El rey de Castilla á ruego de su hermana fué á Ayllon, villa que está en la raya de entrambos reinos. Allí la reina se le quejó de los agravios y crueldad de su alnado; y con muchas lágrimas le suplicó recibiese debajo de su proteccion y amparo á ella y á sus hijos, y á los grandes que seguian su parcialidad. El rey estuvo suspenso. Pareciale por una parte inhumana cosa no favorecer á su hermana, y por otra deseaba mucho no divertirse ántes de vengar los agravios recebidos del rey de Portugal. Finalmente mandó á don Diego de Haro que juntadas las fuerzas y soldados de Soria, Molina y Cuenca y de otros pueblos, hiciese entrada en Aragon. La reina doña Leonor por Burgos y Valladolid se fué á Madrid á esperar al rey (1), que en razon de aparejarse para la guerra de Portugal hacia grandes llamamientos de gentes para Badajoz, por donde cuidaba dar principio á aquella guerra. En esta sazon de doña Leonor le nació al rey otro hijo que se llamó don Tello. Lo que mas tenia enojado al rey de Portugal, era lo poco en que el de Castilla tenia á su hija la reina doña María, hasta decirse que trataba de repudiarla: pareciale que esta no era injuria que en manera alguna se pudiese disimular. De Badajoz con grandísimo ímpetu entró en Portugal: talaron los campos, y hicieron la guerra á fuego y sangre. La destemplanza del tiempo causó al rey una calentura en Olivencia, y le puso en necesidad de partirse de Badajoz en el mes de junio para Sevilla.

Por estos mismos dias Jofre almirante del mar por el rey de Castilla, talado que hobo y corrido la costa de Portugal, no léjos de Lisboa peleó con la armada de los Portugueses de quien era general Pecano Ginovés: la pelea fué brava y dudosa: al principio los Portugueses tomaron dos galeras de Castilla; recompensóse este daño con que los de Castilla rindieron la capitana de los Portugueses y abatieron el estandarte real. Esto causó grande temor en los enemigos, y por todas partes fueron desbaratados y puestos en huida. Era cosa horrenda ver en aquel espacioso y ancho mar huir, dar la caza, prender y matar, y todo cuanto alcanzaba la vista estar lleno de armas y tinto en sangre. Tomáronse ocho galeras, y seis echaron á fondo, y el general Pecano con Cárlos su hijo quedó preso: fué para aquella era esta victoria muy ilustre y rara, en tanto grado que á la vuelta salió el rey á recebir el almirante que entró en Sevilla con triunfal demostracion y aparato: la honra que se hace á la virtud, inflama los ánimos valerosos para emprender cosas mayores. Halláronse presentes el arzobispo de Rems embajador del rey de Francia, y el maestre de Rhodas, á quien para tratar de paces enviára por su legado Benedicto XI sumo pontífice que tres años ántes su-

(1) Habia convocado cortes en esta villa á fin de que le diesen socorros para la guerra de Portugal; pero como los pueblos estaban en gran miseria acudió á los obispos y abades, y estos con el clero de sus respectivas diócesis le dieron cuanto necesitaba.

cedió al papa Juan. Ambos con todas sus fuerzas procuraron concertar y poner paz entre estos dos reyes; pero no les fué posible concluirlo, ántes el rey de Castilla cobrada entera salud entró otra vez á robar y destruir á Portugal. La entrada fué por aquella parte por do solian habitar los antiguos Turdetanos, que ahora se llama el Algarve. Recibieron los Portugueses grave daño con esta entrada, y les causó mucho ódio contra su rey, por ver que con todos sus intentos ninguna cosa mas hacia que irritar y mover contra los suyos las armas y fuerzas de Castilla. Por otra parte hacia sin provecho alguno guerra en lugares apartados, conviene á saber á los Gallegos en Salvatierra destruia y quemaba los campos. Si se sentía con pocas fuerzas, para qué movia guerra? y si en ellas confiaba, por qué convidado rehusaba venir con los enemigos á las manos?

El rey de Castilla, venido el otoño, sin haber encontrado ningun ejército de sus enemigos se recogió á Sevilla. Este mismo año á veinte y cinco de junio murió Federico rey de Sicilia, ya cargado de edad, y famoso por la guerra que sustentó por tanto tiempo contra potencias tan grandes. En Catania en la iglesia de Sta. Agatha está un lucillo con un bulto ó estátua suya, y dos versos en latin deste sentido:

EL CIELO ALEGRE ESTÁ, LA TIERRA TRISTE.
SICANIA LLORA DE SU REY FADRIQUE
LA AUSENCIA. Ó MUERTE CUANTO MAL HICISTE!

Sucedióle en el reino su hijo don Pedro. Los ducados de Atenas y Neopatria mandó á Guillelmo su hijo segundo, á don Juan hijo tercero hizo otras mandas. Cuatro hijas que tenia, por su testamento las dejó excluidas de la sucesion del reino: ley que no fué perpetua, ni era conforme á lo que de ántes se solia usar en aquel reino, y adelante se usó. Andaba en la corte de Castilla Gil Alvarez de Cuenca arcediano de Calatrava, dignidad en la iglesia de Toledo, varon de conocido valor y prudencia para tratar negocios y cosas graves. El Arzobispo de Toledo don Jimeno de Luna finó en la su villa de Alcalá de Henares á los diez y seis de noviembre deste año, quien dice que del siguiente: sepultaron su cuerpo en la iglesia Mayor de Toledo en la capilla de S. Andrés. Por su muerte sucedió en aquella dignidad y iglesia el susodicho Gil Alvarez de Cuenca, que adelante se llamó y hoy le llaman comunmente don Gil de Albornoz. Procurólo el rey muy de veras, y hizo en ello tal instancia que las voluntades de los del cabildo, si bien estaban muy puestos en nombrar á don Vasco su dean, se trocaron y inclinaron á dar gusto al rey.

Las grandes virtudes y hazañas deste nuevo prelado mejor será pasallas en silencio que quedar en este cuento cortos. Fué natural de Cuenca, sobrino de su predecesor don Jimeno de Luna, su padre Garci Alvarez de Albornoz, su madre doña Teresa de Luna, personas ilustres, de mucha reputacion, y fama y hacienda. Crióse en Zaragoza en tiempo que don Jimeno su tio fué prelado de aquella ciudad. Su ingenio muy vivo y capaz empleó en el estudio de los derechos en Tolosa de Francia, no para darse al ócio, sino para habilitarse mas para los negocios. Ya que era de edad, se sirvió el rey dél en su consejo, despues le eligieron en Arzobispo de Toledo: últimamente criado cardenal, sirvió á los papas en empresas de grande importancia. Echó los tiranos de las tierras de la iglesia, que en Italia tenian usurpadas. En todas edades y estados fué igual, entero en las cosas de justicia, menospreciador de las riquezas, constante y sin flaqueza en los casos árduos. No se sabe en que fué mas señalado, si en el buen gobierno en tiempo de paz, si en la administracion y valor en las cosas tocantes á la guerra. Todos los hombres de letras tienen obligacion á celebrar sus alabanzas, por que en la Gallia Cisalpina, ó Lombardia, en la ciudad de Boloña instituyó un famoso colegio, en que hay cuatro capellanes y treinta colegiales todos españoles, con gruesas rentas para que estudien; de donde como de un alcázar de sabiduria han salido muchos excelentes varones en letras y erudicion, con que las letras resucitaron en España, y á su imitacion se han fundado otros muchos colegios por personas que imitaron su zelo, y tenian con que podello hacer. Dejó al cabildo de Toledo la villa de Paracuellos con carga de cierta pension con que mandó acudiesen cada un año á la iglesia de Villaviciosa, que él mismo fundó, y puso en ella canónigos reglares, cerca de la villa de Bribuega.

El arzobispo de Rems y el maestre de Rhodas andando de una parte á otra no cesaban de amonestar á los reyes de España, y procurar que se acordasen y hiciesen paces. Ponianles delante como los reinos se asuelan, con las guerras, y con la paz se restauran: que Africa amenazaba con una temerosisima guerra: muchas veces las discordias internas se concordaban y componian con el miedo de los males de fuera: que asi para los vencedores como

para los vencidos el único remedio era la paz. Con estas amonestaciones parecia que el rey de Castilla blandeaba algo, si bien era el que andaba mas léjos de acordarse; que el rey de Portugal grandemente deseaba concierto. Concluyóse que el rey de Castilla fuese á Mérida a tratar de medios de paz. En aquella ciudad se concertaron y hicieron treguas por un año en principio del de nuestra salud de 1338. No fué posible concordarlos del todo, ni hacer paces perpétuas.

CAPITULO VI.

Comó mataron á Abomelique

Del aparato y preparamentos de guerra que hacia el rey Albohacen, como en semejantes casos acaece, se decian mayores cosas de aquellas que en realidad de verdad eran. Refeириase que se juntaba todo el poder de los Moros, y se apellidaban todas las provincias de Africa: que pasaban á España con sus casas y mugeres y hijos para quedarse á morar y vivir de asiento en ella despues que toda la hobiesen ganado: que era tan innumerable la gente que venia, que ni se les podria estorbar el pasage, ni tampoco podrian ser vencidos. Corria fama que lo primero desembarcarian en la playa de Valencia, y alli cargaria aquella tempestad que se armaba. Estas nuevas tenian atemorizados los fieles, y mucho mas á los de Aragon. Hacíanse grandes provisiones de armas, caballos y bastimentos: todo era ruido



D. Pedro II de Aragon, *El Ceremonioso*. Copia ecsacta de un códice de la biblioteca del rey en Paris.

y asonadas de guerra; estaban todos alerta con gran cuidado y solicitud. Empezóse entre los nuestros á platicar de paz, porque juntas las fuerzas se podia tener esperanza de la victoria; divididas y sin concordia, era cierta la ruina de todos y su perdicion. A los embajadores ingleses que en nombre de su rey pedian paz y alianza, con dudosa respuesta entretenia el rey de Aragon. Decíales que su amistad les era, y seria siempre muy agradable, si se les permitiese guardar las alianzas que ántes con los demás tenian hechas. Tratábase de desposar el de Aragon con la infanta doña Maria hija del Navarro: diferíanse estas bodas por ser aun de poca edad la doncella y no de sazon para casarse: á esta causa le entretenian en Tudela; mas al fin con grande regocijo de ambas naciones se casaron en Aragon á veinte y cinco de julio. Velólos Philipe tio de la doña Maria, hermano de su padre, obispo de Jalon ó cabillonense en Francia.

Envióse una embajada al sumo pontífice romano suplicándole volviese los ojos á España, y que echase de ver que no poco á su santidad tocaba el grandísimo y cercano peligro que corria la cristiandad: que las décimas de las rentas eclesiásticas que se concedieran á los reyes de Aragon para subsidios y ayuda de la guerra contra los Moros, las mandase subir al justo y presente valor, porque si se cobraban segun los valores y por los padrones antiguos, serian de poco provecho: esto es lo que toca al rey de Aragon. El rey de Castilla era ido á Burgos á hacer cortes, en que con deseo de reformar el grande exceso que se via estar introducido en el comer y vestir, promulgó leyes que moderaban estos gastos: mandó tras esto á su almirante Jofre Tenorio se pusiese en el estrecho para estorbar el pasage á los Moros. Desde Burgos á ruego de su hermana doña Leonor fué á Cuenca, y en su compañia don Juan Nuñez de Lara y don Juan Manuel ya del todo reconciliados con el rey. Allí vino don Pedro de Azagra con embajada de paz de parte del rey de Aragon para que se aliasen contra los Moros. Ofrecia la tercera parte de la armada que fuese menester para estorbar el paso á los Moros. Respondió el rey que aceptaria su oferta, y que entonces le seria muy grata su amistad cuando hobiese satisfecho á su hermana doña Leonor en las quejas que tenia y en sus pretensiones.

En unas cortes de Aragon que se hicieron en Daroca, se consultaron todas estas diferencias, y se nombraron por jueces árbitros el infante don Pedro, tio hermano de padre del rey de Aragon, y don Juan Manuel, que para tratar desto era embajador del rey de Castilla. Concluyóse en que se diese perdon al señor de Exerica, y á la reina y á sus hijos se les confirmase todo aquello que les mandára su padre. Para que mas fácilmente tuviese el efecto esta concordia, vino bien que don Pedro de Luna arzobispo de Zaragoza que la contradecia, á esta sazon se hallaba ausente, citado por el papa para que pareciese en Roma á responder á cierto pleito y demanda puesta contra él. Firmó el rey de Castilla estos capítulos en Madrid, y la reina doña Leonor y sus hijos se volvieron á Aragon, do fueron bien recebidos casi con aparato real. Suelen acomodarse y conformarse con el tiempo así bien los reyes como las personas particulares, y usar de grandes disimulaciones para poder gobernar la república, mayormente en tiempos revueltos.

El arzobispo de Rems, y el maestre de Rhodas, y el arzobispo de Braga que era embajador del rey de Portugal para tratar de las paces, fueron despedidos por entonces del rey de Castilla por parecer pedian capitulaciones injustas. Lo que mas descontentaba, era que pedian á doña Costanza hija de don Juan Manuel para que se desposase con don Pedro heredero de Portugal. En el principio del año de 1339 murió don Vasco Rodriguez Cornado maestre de Santiago. En su lugar fué elegido por voto de los caballeros del hábito su sobrino don Vasco Lopez. Pesóle mucho al rey, y enojóse desta eleccion como quier que deseaba el maestrazgo para su hijo don Fadrique. Opusiéronle al nuevo maestre contra su persona muchos capitulos y defectos en la eleccion: si verdaderos, si falsos por hacer lisonja al rey, quien lo averiguará? El maestre por adevinar la tempestad que venia sobre él, se fué á Portugal, con que pareció darse por culpado: así en ausencia fué privado de la dignidad; y dada por ninguna la primera eleccion, fué elegido de nuevo por maestre don Alonso Melendez de Guzman, tio hermano de madre del niño don Fadrique, con asáz grande dolor y murmuracion de muchos, que echaban de ver una maldad y desconcierto tan grande, que no bastase el peligro grande del reino para que echasen dél la ambicion y sobornos.

Por este tiempo, quien dice dos años ántes, don Ruy Perez maestre de Alcántara fué al tanto privado del maestrazgo, y elegido en su lugar don Gonzalo Martinez, á quien otros

llaman Nuñez: algunos por la disimilitud y diversidad de los nombres hacen diverso y dividen lo que no se debe apartar, porque en la lengua antigua de Castilla Nuño y Martin son una misma cosa. Lo sobredicho se hizo con autoridad de don Juan Nuñez de Prado maestre de Calatrava, á quien por sus antiguas constituciones estaban sujetos los caballeros de Alcántara. Tratábase con grande calor lo tocante á la guerra de los Moros: para ella de todo el reino se juntaba grande ejército en Sevilla. Apercibióse brevisimamente el rey de Castilla, porque tuvo nuevas que Abomelique era de Africa pasado por el estrecho con cinco mil hombres de á caballo: era ya cumplido el tiempo de las treguas, y convenia que con la presteza se impidiese el intento de los Moros.

Hízose entrada en el reino de Granada, talaron los campos de Antequera y Archidona, y apenas las mismas ciudades se libraron desta furia. Lo mismo se hizo en los términos de Ronda; y por el esfuerzo de don Juan de Lara y de don Juan Manuel, y del maestre de Santiago fué desbaratada gran multitud de Moros que salieron de aquella ciudad á dar y cargar en nuestra retaguardia, en que iban estos capitanes. Ejecutaron los vencedores el alcance: muchos Moros que se recogieron á ciertas breñas, forzados del miedo se despeñaron de aquellos riscos por salvarse, se hicieron pedazos. Con esto los cristianos se volvieron á Sevilla, y de allí se enviaron muchas guarniciones para guardar las fronteras contra los Moros. Vino en esta sazon el almirante de Aragon Gilaberto con doce galeras, y órden de su rey que se juntase con la armada del rey de Castilla, y guardase el estrecho de Gibraltar. La falta de dineros era grande: para suplir esta necesidad en el mes de setiembre fué el rey á las cortes que tenia aplazadas para Madrid. Dejó por general en su lugar al maestre de Santiago, repartió otrosí entre los demas grandes, ricos hombres y capitanes el cuidado de lo que en su ausencia hacerse debia.

En Nebrija villa puesta á la boca de Guadalquivir, sentada en una campaña fertilísima, tenian juntada gran copia de trigo para el gasto de la guerra. Los Moros, cobrada osadía con la partida del rey, se concertaron de ir sobre esta villa y tomarla. Sabido esto por los nuestros, fuéles forzado (puesto que era en el rigor del invierno) de sacar las guarniciones y compañías de los alojamientos. Abomelique resuelto de hacelles rostro, asentó sus reales junto á Jeréz, y envió mil y quinientos caballos á Nebrija. Los de la villa se defendieron: robaron empero los Moros y estragaron los campos. Acudieron á la fama de lo que pasaba, de Tarifa Fernan Perez Portocarrero, y de Sevilla Alvar Perez de Guzman y don Pedro Ponce de Leon, señores principales; y el maestre de Alcántara con su gente, con que entrára á hacer cabalgadas en tierra de Moros, se juntó con estos capitanes: pequeño número en comparacion de la grande muchedumbre de los Moros. Marcharon de dia y de noche: vinieron á alcanzar cerca de Arcos á los mil y quinientos Moros, que caminaban muy despacio por ir embarazados con la grande presa que llevaban. Dieron con grande furia en ellos, y los desbarataron, apenas escapó ninguno que no fuese muerto ó preso, quitáronles toda la cabalgada que llevaban.

Con tan dichoso y buen suceso animados los nuestros entraron en consejo si acometerian á Abomelique, hecho que no era proporcionado con el pequeño número de gente que llevaban. Los pareceres variaban: unos considerada la gran multitud de los Moros, eran de parecer que no tentasen mas la fortuna; otros con ánimo feroz y generoso decian que no debian de tener miedo á los Moros, sino que confiados en Dios, y en el valor y esfuerzo de sus soldados, no perdiesen tan buena ocasion como se les presentaba de hacer un hecho memorable: que no vence el número, sino el ánimo, y que no era razon que en semejante coyuntura dejasen de arriscar sus personas y vidas que tan poco les podian durar. Siguióse al fin este parecer: la honrosa vergüenza pudo mas que la cobardia recatada. Los Moros descuidados con los prósperos sucesos pasados, levantado su real, con grandísimo desórden, marchaban la via de Arcos sin llevar adalides ni centinelas: infinitas veces ha sido total perdicion menospreciar al enemigo.

Los cristianos al amanecer entre dos luces, tocada la señal de arremeter, hirieron valerosamente en los Moros: á la pasada de un rio quinientos Moros hicieron un poco de resistencia, pero luego que los nuestros le pasaron, todo lo demas fué facil; en un momento los Moros fueron puestos en huida y destrozados. Abomelique (como suele acaecer en un repentino alboroto) huía á pie: así sin ser conocido fué muerto por los que seguian el alcance, que cuidaron fuese algun soldado particular: su primo Aliatar al tanto murió en la batalla; perecieron cerca de diez mil Moros, tal fama corria. Los nuestros robados los reales y el

carruage de los enemigos, y alegres con las dos victorias que ganaron, con mucha honra y contento volvieron sus soldados á los alojamientos de que los sacaron. Este año el arzobispo de Tarragona celebró concilio provincial en Barcelona, y en él con una solemnísima procesion el cuerpo de Sta. Eulalia se trasladó á otro mas honrado y conveniente lugar. El rey de Aragon fué á Aviñon á dar al papa la obediencia, y reconocerle, y hacer el homenage que tenia obligacion como feudatario de la iglesia por las islas de Cerdeña y Córcega.

CAPITULO VII.

Que los Moros fueron vencidos junto á Tarifa.

La muerte de Abomelique fué muy llorada y plañida en Africa: su padre la sintió ternísimamente; dolíanse y querellábanse que con su temprana y arrebatada muerte no habia podido llegar á ser tal rey como prometian sus buenas partes. Con esto muy mas inflamados y deseosos de vengarle se dieron gran priesa á aprestar la jornada que tenian pensado hacer en España. Para ello hicieron por todo el reino grandes llamamientos de gentes, y por toda la Africa enviaron asimismo ciertos hombres, que con muestra de santidad, con pretexto y color de religion y de un grande servicio de Dios incitasen los Moros á tomar las armas en defensa y aumento de la religion y secta de sus antepasados. Con esta voz se juntó un increible número de soldados, setenta mil de á caballo, y cuatrocientos mil de á pie: muchedumbre tan grande cual es cosa averiguada nunca alguno de los pasados reyes juntaron para pasar en España. Recogieron otrosi una flota de docientas y cincuenta naves y setenta galeras, armáronla de soldados, y basteciéronla de vituallas y de todo lo al.

Estaba el rey de Castilla con gran congoja y cuidado de la defensa que tenia de hacer á los Moros, cuando le sobrevino otra nueva pesadumbre. Diéronle grandes querellas de don Gonzalo Martinez, ó Nuñez, maestre de Alcántara. Acusábanle de muchos delitos, no sabré decir si fueron verdaderos, ó falsamente imputados; fué empero citado á que pareciese ante el rey en Madrid á responder á la acusacion que le ponian, y descargarse. Tuvo en poco el mandato del rey, y no quiso parecer, sino pasarse al rey de Granada, que fué remediar una culpa con otra mayor. No se sabe si esto lo hizo por tener mal pleito, ó con temor del poder y asechanzas de doña Leonor de Guzman que le era contraria. Demas desto el general de la armada del rey de Aragon, saltado que hobo con su gente en la playa de Algecira, fué muerto con una saeta en una escaramuza que trabó con los Moros. Sin embargo, venida la primavera, se partió el rey á la Andalucia, y los desiños del maestre don Gonzalo con la diligencia y presteza que se puso, fueron desbaratados. Cercáronle en Valencia, pueblo que cae en el distrito de la antigua Lusitania: rindiós al rey, fué preso y dado por traidor, y como tal degollado y quemado, á propósito todo que los demas escarmentasen con un castigo tan grande (1). Fué elegido en su lugar don Nuño Chamizo, varon de conocida virtud y grandes prendas.

Comenzaba Albohacen á pasar su ejército en España: envió delante tres mil caballos, que para hacer demostracion de su esfuerzo corrieron la tierra de Arcos, Jeréz y Medina Sidonia, y les talaron los campos; mas como se volviesen con grande presa, salieron los de Jeréz á ellos, cargaron de sobresalto sobre los que iban descuidados y seguros, desbaratáronlos, y quitáronles la presa con muerte de dos mil dellos. En este comedio, gastados cinco meses en pasar el estrecho, todo el ejército de los Moros se juntó cerca de Algecira por negligencia del almirante Tenorio. Todo el pueblo le cargaba la culpa de que él les pudo estorbar el paso: verdad es que muchas veces el pueblo con envidia é ingrato ánimo se queja de los hombres valerosos. No pudo sufrir esta afrenta el feroz corazon del almirante. Atrevióse á pelear con toda la armada de los enemigos, recibió una grande rota, murió él en la batalla, y fué echada á fondo su armada. Salváronse solamente cinco galeras, que huyendo aportaron á Tarifa. El rey se hallaba suspenso entre dos dificultades que le tenian puesto en gran cuidado: por una parte temia no le sucediese á España algun gran desastre, por otra el deseo de ganar honra y fama le solicitaba. En Sevilla donde proveia las cosas necesarias para la guerra, acordó de hacer junta de los prelados y grandes del reino para

(1) Mas bien que traicion acaso fué su desgracia efecto de la envidia de sus émulos: á lo menos cuando se examinó su causa sin pasion se le declaró inocente, y mandó restituir todos sus bienes á su hijo don Diego Gonzalez.

consultar lo tocante á la guerra. Desque estuvieron juntos, puesta la espada á la mano derecha y la corona á la siniestra, sentado en su real trono les hizo una plática en esta manera:

«Parientes y amigos mios, ya veis el peligro en que está todo el reino y cada uno en » particular. Pienso tambien que no ignorais en que estado estén nuestras cosas. Desde mis » primeros años juntamente con el reino me han fatigado continuas congojas y afanes: así » lo ha ordenado Dios; dame con todo eso mucha pena que nuestros pecados los hayan de » pagar los inocentes. Aun no teniamos bien sosegados los alborotos del reino, cuando ya » nos hallamos apretados con la guerra de los Moros, la mas pesada y de temer que España » ha tenido. Mis tesoros consumidos, y nuestros súbditos, cansados con tantos pechos, solo » en mentarles nuevos tributos se exasperan y azoran. Por ventura será bien hacer paz con » los Moros? pero no hay que fiar en gente sin fé, sin palabra y sin religion. Pediremos socorro » fuera de nuestros reinos? no era malo; mas á los reyes nuestros vecinos se les da muy poco » del peligro y necesidad en que nos ven puestos. Tendremos confianza de que Dios nos ayu- » dará y hará merced? temo que le tenemos mal enojado con nuestros pecados, y que no » nos desampare. No llega mi prudencia ni consejo á saber dar corte y remedio conveniente » á tan grandes dificultades. Vos amigos mios á solas lo podreis consultar, y conforme á » vuestra mucha prudencia y discrecion vereis lo que se debe hacer; que para que con ma- » yor libertad digais vuestros pareceres, yo me quiero salir fuera. Solo os advierto mireis » que de vuestra resolucion no se siga algun grave peligro á esta corona real, ni á esta es- » pada deshonra ni afrenta alguna: la fama y gloria del nombre español no se mengüe ni » escurezca.»

Ido el rey, hobo varios pareceres entre los que quedaron: los mas prudentes afirmaban



Doña Maria de Navarra, primera muger de D. Pedro IV *El Ceremonioso.*

que las fuerzas del rey no eran tantas que pudiesen resistir al gran poder de los Moros: que seria acertado hacer paz con el enemigo con algunos partidos razonables. Otros con mayor esfuerzo, deseosos de ganar honra y fama, fueron de voto que la guerra pasase adelante: decian no poderse hacer paz alguna que no fuese deshonrada y que les estuviese muy mal, porque de necesidad las condiciones della serian á gusto y ventaja del enemigo. Siguióse este parecer, y todos fueron de acuerdo que se procurase solicitar los reyes de Aragon y de Portugal para que juntasen sus gentes y armas con las del rey. Rehízose la armada en el Puerto de Sanlúcar, y dióse el cargo della á don Alfonso Ortiz Calderon prior de S. Juan. El rey de Aragon envió su armada con el capitan Pedro de Moncada. Los Ginoveses á costa del rey de Castilla ayudaron con quince galeras.

Juan Martinez de Leyva fué por embajador al sumo pontífice para alcanzar indulgencia á los que se hallasen en esta santa guerra. El papa vino en ello, y á todos los que tres meses sirviesen en ella á su costa, les concedió la Cruzada y jubileo plenísimo y remision de todos sus pecados, y cometió la publicacion destas indulgencias á don Gil de Albornoz arzobispo de Toledo. Para ganar al rey de Portugal el rey de Castilla dió licencia para que doña Costanza hija de don Juan Manuel se enviase á Portugal, y se desposase con el infante don Pedro. Así se celebraron las bodas en Ebora con real magestad y aparato: la dote fueron trecientos mil ducados. Demas desto doña María reina de Castilla por mandado del rey su marido fué á Portugal á suplicar al rey su padre quisiese juntar sus fuerzas con las de Castilla, y ayudar en esta santa demanda. Su padre se lo otorgó, y prometió de por su propia persona hacer el socorro que le pedian. Luego con el capitan Pecano, que ya estaba suelto de la prision, envió de Portugal doce galeras. El rey de Castilla por gratificar al rey de Portugal, y ganarle mas la voluntad, se partió á Portugal, y se hablaron junto á Juramena, pueblo sentado á la ribera de Guadiana. Quedaron los reyes muy amigos, olvidadas ya todas las antiguas querellas que entre sí tenian; que el miedo suele ser mas poderoso que la ira.

En el entretanto de todas partes acudian á Sevilla muchas gentes de guerra. Juntábase el ejército tanto con mayor priesa y diligencia, porque vino aviso que Albohacen y el rey de Granada tenian cercada á Tarifa. Sentaron sobre ella sus reales en veinte y tres de setiembre; combatíanla furiosamente con trabucos, con mantas y picos, con que pretendian arrimarse á los adarves y hacer entrada: para acrecentar el miedo á los cercados edificaban grandes torres de madera, y aunque los cercados tenian buena guarnicion, temíase miedo que no podrian mucho tiempo sufrir el cerco. El rey temeroso no entregasen la ciudad, por este temor con mucha diligencia solicitaba el socorro, y á los cercados se les daba cierta esperanza de brevemente acudilles. Despues que el rey tornó á Sevilla, dende á pocos dias llegó el rey de Portugal con mil caballos: gente de estimar mas por su esfuerzo y valor que por el número, que era pequeño.

Puestas en órden y apercebidas todas las cosas necesarias para la jornada, partieron de la ciudad de Sevilla, donde se hacia la masa, con determinacion de forzar al enemigo á que levantase el cerco, ó dalle la batalla. Tenian grande ánimo y esperanza de alcanzar victoria, no obstante que apenas tenian la cuarta parte de gente que los Moros. Los de á caballo eran catorce mil, y los de á pie serian hasta veinte y cinco mil. Con este ejército marcharon poco á poco la via de Tarifa. Los reyes Moros avisados del desiño que los nuestros llevaban, pegaron fuego á las máquinas y torres con que combatian la ciudad; y por si se viniese á las manos, para mejorarse de lugar ocuparon con sus gentes unos cerros cercanos á sus reales. No se fortificaron mucho, por tener entendido que consistia la victoria en venir luego á las manos. Llegaron los nuestros á una aldea que se llama la Peña del Ciervo: allí descubrieron los enemigos, y se hizo consejo de capitanes para consultar lo que se debia hacer. Tomóse resolucion que á la media noche se enviasen á Tarifa mil caballos y cuatro mil infantes para que estuviesen de guarnicion y asegurasen la plaza: juntamente llevaban órden al tiempo de la pelea de acometer á los enemigos por un lado, y echarlos de los cerros; á los demas se les mandó que descansasen y tomasen refresco, y que estuviesen apercebidos para dar al amanecer en los enemigos.

Hubo grande regocijo aquella noche en nuestros reales: hiciéronse muchos votos y plegarias, y á bandas y escuadras se prometian y conjuraban de en los peligros favorecerse los unos á los otros, y de no volver á sus casas si no era con la victoria. Al apuntar del alba los reyes y con su ejemplo los demas del ejército confesaron y recibieron el Santísimo

Sacramento de la Eucaristia: luego se formaron los escuadrones en órden de batalla. Dióse la avanguardia á don Juan de Lara, y á don Juan Manuel y al maestre de Santiago: la retaguardia se encomendó á don Gonzalo de Aguilar: don Pero Nuñez quedó de respeto con buen golpe de gente de á pie. El cuerpo y fuerzas del ejército quedó á cargo de los reyes, acompañados del arzobispo de Toledo don Gil de Albornoz, y de otros obispos y grandes del reino. El pendon de la Cruzada por mandado del papa le llevaba un caballero francés llamado Iugo: todos los soldados iban señalados con una cruz colorada en los pechos como aquellos que iban á pelear contra los infieles en defensa de la religion y de la cruz. El rey de Portugal tomó á su cargo de acometer al rey de Granada: haciale compañia con su gente los maestres de Alcántara y de Calatrava.

El rey de Castilla ya que tenia las haces en órden y á punto de arremeter contra Albohacen, animó á los suyos y los inflamó á la batalla con estas razones: «Tened por cierto, mis » caballeros, y creedme que esta desordenada muchedumbre de bárbaros, allegada de mu» chas gentes sin delecto ni órden alguno, la ha traido á nuestra España una profunda ava» ricia, y una sed insaciable de reinar, y un mortal é implacable ódio que tienen al nombre » cristiano, y no alguna justa causa que tengan para movernos guerra. No vos atemorice » su innumerable multitud, porque ella misma los ha de destruir. Los unos á los otros se » embarazarán de manera, que ni podrán guardar sus ordenanzas, ni entender lo que se les » mandare. Cuanto cada uno se mostrare mas sin miedo, y cuidare menos de su persona, » tanto estará mas seguro; que á ninguno le está bien poner la esperanza de su vida en los » pies, sino en sus manos y esfuerzo: volved valerosamente la cara al enemigo, y no las » espaldas ciegas para ser heridas de los contrarios. Vémonos en tiempo que ó hemos de dar» nos por esclavos á los Moros, ó tenemos de pelear animosamente por la patria, por nues» tras mugeres y hijos, y por nuestra santísima Fe, con cierta y no vana esperanza de al» canzar una gloriosísima victoria; que si otra cosa sucediere, dónde con mayor provecho » ni mas honradamente podemos arriscar las vidas que mañana se han de acabar? qué cosa » nos puede ser mas saludable, que con un brevísimo dolor ganar aquellas perpetuas sillas » celestiales? que es lo que aquella santísima Cruz nos promete, á quien tenemos por am» paro y guia en esta jornada, y lo que los obispos nos aseguran y conceden. Ea, pues, sol» dados y amigos, alegres y sin ningun recelo acometed y herir en vuestros mortales ene» migos.»

Dada la señal, luego empezaron los escuadrones á adelantarse y moverse hacia el enemigo. Corria entre los dos campos un rio que llaman el Salado, de quien esta memorable batalla y victoria tomó el nombre (que se llamó la del Salado) y dende á poco espacio entra en el mar. Los que primero le pasasen, eran los primeros á pelear. Envió el rey bárbaro dos mil ginetes para que estorbasen el paso. Entretanto él, arrogante y muy hinchado con la esperanza de la victoria que ya tenia por suya, habló á sus escuadrones en esta manera: «Si mirára solamente á nuestra edad, y á los grandes hechos que en Africa hemos » acabado, ninguna cosa nos faltaba ni para gozar desta vida, ni para que de nosotros en » los venideros tiempos quedase un glorioso nombre y perpetua fama, pues con vuestro » esfuerzo, valerosos soldados, tenemos ya sujetas todas las provincias que con nuestro im» perio confinan. El amor de nuestra nacion, y el deseo del aumento de nuestra sagrada y » paterna religion, y vuestros ruegos me hicieron pasar en España. Cosa fea seria no cum» plir en la batalla lo que en tiempo de la paz me teneis prometido; y mal parecerá ser » flojos en la pelea, y en sus casas hacer grandes amenazas y blasones. Cuando nuestros ene» migos fueran otros tantos como nos, estuviera yo en vuestro valor bien confiado: cuando » el peligro fuera cierto, sin duda tuviera por mejor quedar todos muertos en el campo, » que mostrar ninguna flaqueza: al presente teneis llana la victoria, nuestros enemigos son » pocos, mal armados, sin disciplina militar y con menos uso de la guerra; lo que mas al » presente se puede temer, es no sea caso de menos valer venir á las manos con gente se» mejante aquellos que han domado la poderosa Africa, pues de cualquiera manera que á » ellos les avenga, les será mucha honra contrastar con nosotros. Tened presentes aquellas » insignes victorias de Fez, de Tremecen y del Algarve. Pelead con aquel ánimo y con » aquella confianza que es razon tengan concebida en sus pechos los que están acostumbra» dos á vencer. Acometed con gallardia, tened firme en los peligros, menospreciad vuestros » enemigos, y aun la misma muerte.»

De parte de los cristianos guiaron al rio y llegaron los primeros don Juan de Lara y don

Juan Manuel: estuvieron un rato parados, no se sabe si de miedo, si por otra ocasion; pero es cierto que se sospechó y derramó por todos los escuadrones que estaban conjurados, y que lo hacian de propósito. Los dos hermanos Lassos, Gonzalo y García, pasado un pequeño puente, fueron los primeros que comenzaron á pelear. Cargó muy mayor número de enemigos que ellos eran: estaban estos caballeros muy apretados, socorriólos Alvar Perez de Guzman, siguiéronles los demas. El rey de Portugal caminaba á la parte siniestra por la ladera de los cerros. El rey de Castilla con un poco de rodeo que hizo la vuelta de la marina, con grande ímpetu dió en los Moros. Alzaron de ambas partes grandes alaridos, animábanse unos á otros á la batalla, peleábase por todas partes valerosamente. Deteníanse los escuadrones; y á pie quedo se matan, hieren y destrozan. Los capitanes hacen pasar los pendones y banderas á aquellas partes donde es la mayor priesa de la batalla, y donde ven que los suyos tienen mayor necesidad de ser acorridos.

Ciertas bandas de los nuestros se apartaron de la hueste por sendas que ellos sabian: dieron en los reales de los Moros, y desbaratada la guarnicion que los guardaba, se los ganaron. Destruyeron y robaron cuanto en ellos hallaron. Visto esto por los Moros que andaban en la batalla, y hasta entonces se defendian valientemente, comenzaron á desmayar y retraerse, y á poco rato volvieron las espaldas, y fueron puestos en huida. Fué grande la matanza que se hizo, murieron en la batalla y en el alcance docientos mil Moros, cautivaron una gran multitud de ellos; de los cristianos no murieron mas de veinte, cosa que con dificultad se puede creer, y que causa grande espanto. Los soldados de la armada fueron de poco provecho, porque todos los Aragoneses sin faltar uno se estuvieron dentro de sus naves. No se hallaron los Navarros en esta batalla, porque su rey don Philipe se hallaba embarazado en las guerras de Francia. Era gobernador de Navarra Reginaldo Poncio hombre de nacion francés.

Don Gil de Albornoz arzobispo de Toledo nunca se quitó del lado del rey de Castilla, que siendo en la batalla casi desamparado de los suyos, se iba á meter con grande furia donde se via el mayor golpe de los Moros; mas el arzobispo le echó mano del brazo y le detuvo: díjole con una grande voz no pusiese en contingencia una victoria tan cierta con arriscar inconsideradamente su persona. Ganóse esta batalla el año de 1340 de nuestra salvacion. Del dia varian los historiadores, empero nosotros de certísimos memoriales tenemos averiguado que esta nobilísima batalla se dió lunes treinta de octubre: como está señalado en el calendario de la iglesia de Toledo, do cada año por antigua constitucion con mucha solemnidad y alegria se celebra con sacrificios y hacimiento de gracias la memoria desta victoria.

CAPITULO VIII.

De lo restante desta guerra.

Los Moros vencidos y desbaratados se recogieron á Algecira: dende por no confiarse de la fortificacion de aquella ciudad, con temor de ser asaltados de los nuestros, el rey de Granada se fué á Marbella y Albohacen á Gibraltar, y la misma noche se pasó en África por miedo que su hijo Abderrahman, á quien dejara por gobernador del reino, no se alzase con él cuando supiese la pérdida de la batalla; que los Moros no guardan mucho parentesco ni lealtad con padres, hijos ni mugeres: cásanse con muchas segun la posibilidad y hacienda que cada uno alcanza, y con la multitud dellas y de los hijos se mengua y divide el amor: y las unas y las otras se estiman y quieren poco. Así Albohacen no sintió mucho le hobiesen cautivado en esta batalla á su principal muger Fátima hija del rey de Tunez, y otras tres de sus mugeres, y á Abohamar su hijo; otros dos hijos de Albohacen fueron muertos en la batalla. Los reales de los Moros se hallaron llenos de todo género de riquezas así del rey como de particulares, costosos vestidos, preseas, y tanta cantidad de oro y plata que fué causa que en España abajase el valor de la moneda y subiese el precio de las mercadurias. Nuestros reyes victoriosos se volvieron la misma noche á los reales: de los soldados los que ejecutaron el alcance, volvieron cansados de herir y matar, otros que tuvieron mas codicia que esfuerzo, tornaron cargados de despojos.

El dia siguiente se fueron á Tarifa repararon los muros que por muchas partes quedaron arruinados, basteciéronla, y pusieron en ella un buen presidio. El miedo que tenian los

Moros era grande, y parece fuera acertado poner luego cerco sobre Algecira; pero desistieron de la conquista de aquella ciudad á causa que no venian apercebidos de mantenimientos y mochila sino para pocos dias, de que se comenzaba á sentir falta. Por esto y porque ya entraba el invierno, les fué forzoso á los reyes volverse á Sevilla. Allí fueron recebidos con pompa triunfal: saliéles á recebir toda la ciudad, niños y viejos, eclesiásticos y seglares, y todos estados de gente. Llamábanlos con alegres y amorosas voces augustos, libertadores de la patria, defensores de la fé, príncipes victoriosos. En toda España se hicieron muchas procesiones para dar gracias á Dios nuestro Señor por tan alta victoria como les diera, grandes fiestas y alegrías, y luminarias por todo el reino.

El rey de Portugal de toda la presa de los Moros tomó algunos jaeces y alfanges para que quedasen por memoria y señal de tan insigne victoria. Diéronsele algunos esclavos, y volvióse á su reino, ganada grande fama y renombre de defensor de los cristianos y de capitan valeroso. Acompañóle su yerno el rey de Castilla hasta Cazalla de la sierra. De la presa de los Moros envió á Aviñon al papa Benedicto en reconocimiento un presente de cien caballos con sendos alfanges y adargas colgados de los arzones, y veinte y cuatro banderas de los Moros, y el pendon real y el caballo con que el mismo rey don Alonso entró en la batalla, y otras cosas. Salieron un buen espacio los cardenales á recebir el embajador por nombre Juan Martínez de Leiva, que llevaba este mandado. El papa despues de dicha la misa (como es de costumbre) en accion de gracias á nuestro Señor, delante de muchos príncipes y de toda la corte predicó y dijo grandes cosas en honra y alabanza del rey don Alonso.

Despues desto hizo el rey de Castilla almirante del mar á un caballero ginovés llamado Gil Bocanegra, y le encomendó guardase el estrecho de Gibraltar, por que los Moros no rehiciesen su armada y volviesen á entrar en España: esto por gratificar á los Ginoveses lo que sirvieron en esta jornada; y tambien porque como era acabada la guerra no mandasen volver sus galeras, como lo hicieron los Aragoneses y Portugueses, bien que despues las volvieron á enviar en mayor número que de ántes, á instancia y ruego del mismo rey de Castilla, que se recelaba y con él todos los hombres inteligentes y de mas prudencia juzgaban que los Moros no sosegarian, sino que rehecho que hobiesen su ejército á la primavera volverian á España y acometerian de nuevo su primera demanda.



De un ejemplar de las Leyes Palatinas promulgadas en 1337, copiamos este curioso dibujo que representa á D. Jaime III de Mallorca yendo de viaje

CAPITULO IX.

Del principio de las alcabalas.

Libres de un miedo tan grande asi el rey como los Españoles por la victoria que ganaron á los Moros cerca de Tarifa, creciéles el ánimo y deseo de desarraigar del todo las reliquias de una gente tan mala y perversa. Trataban de llegar dinero para la guerra, que se entendia seria larga. El oro y plata que se ganó de los Moros, lo mas dello se despendió en hacer mercedes y premiar los soldados, y en pagarles el sueldo que se les debia: el reino se hallaba muy falto y gastado con los tributos y pechos ordinarios: solo los mercaderes eran los que restaban libres, ricos y holgados; todos los demas estados pobres y oprimidos con lo mucho que pechaban. En Ellerena y en Madrid concedió el reino un servicio extraordinario, de que se llegó una razonable suma de dinero, pero era muy pequeña ayuda para tan grandes gastos como tenian hechos y se recrecian de nuevo.

Sin embargo en el principio del año de nuestra salvacion de 1341 desde Córdova, do se mandó juntar el ejército, se hizó entrada en el reino de Granada: alcanzaron una famosa victoria mas con industria y arte que con poder y fuerzas: enviaron algunas naves cargadas de mantenimientos para desmentir al enemigo con dar muestra que se queria poner cerco sobre Málaga; ocupáronse los Moros y embebeciéronse en bastecerla, y luego el rey de improviso cercó á Alcalá la Real, que se le entregó á partido en veinte y seis de agosto con que dejase salvos y libres á los de la villa. Causó esta pérdida grande dolor á los Moros por ver como fueron engañados. Tomada esta villa, Priego, Rutes, Benamexir y otras villas y castillos de aquella comarca se rindieron al rey, unas dellas por su voluntad se entregaron, y otras fueron entradas por fuerza: sucedian á los vencedores todas las cosas prósperamente, y á los vencidos al contrario: así acontece en la guerra.

Volvióse el ejército á invernar y en lugares convenientes se dejaron presidios para que guardasen las fronteras. Tenia el rey puesto todo su cuidado y pensamiento en cercar á Algecira, y en allegar para ello dineros de cualquiera manera que pudiese. Aconsejáronle que impusiese un nuevo tributo sobre las mercadurias. Esta traza que entonces pareció fácil, despues el tiempo mostró que no carecia de graves inconvenientes: es tan corto el entendimiento humano, que muchas veces viene á ser dañoso aquello que primero se juzgó prudentemente que seria provechoso y saludable. Tomado este consejo, el rey se partió para Burgos ciudad principal: dejó la frontera encargada al maestre de Santiago. Tuvo la Pascua de Navidad en Valladolid en el principio del año de 1342 (1). Llamó el rey á Burgos muchos grandes y prelados, y en particular á don Gil de Albornoz arzobispo de Toledo, y á don Juan de Lara, y don García obispo de Burgos para que terciasen y grangeasen las voluntades. Por la grande instancia que el rey y estos señores hicieran, los de Burgos concedieron al rey la veintena parte de lo que se vendiese, para que se gastase en la guerra de los Moros: concedióse otrosí por tiempo limitado, tan solamente mientras durase el cerco de Algecira. A imitacion de Burgos concedieron lo mismo los de Leon y casi todas las demas ciudades del reino. El ardiente deseo que entonces todos tenian de acabar la guerra de los Moros, los allanaba: ninguna cosa les parecia demasiada.

Adelante, perdido ya el miedo, el uso ha enseñado cuan oneroso sea este tributo si por rigor se cobrase. Los ministros reales por grangear el favor del rey procuraban acrecentar las rentas reales con mucha industria. El próspero suceso de muchos que han seguido este camino, hace que sean muy válidas mañas semejantes. Llamóse este nuevo pecho ó tributo Alcabala, nombre y ejemplo que se tomó de los Moros. Alentaron al reino para que esto concediese, unas nuevas que á esta sazon vinieron que los nuestros habian vencido la armada de los Moros. Estaban en Ceuta en la costa de Africa ochenta y tres galeras para renovar la guerra, y en el puerto de Bullon otras doce: á estas diez galeras nuestras que sobrevinieron á la primavera, ántes que tuviesen tiempo de poderse juntar con las demas de su armada, las embistieron y destrozaron: despues toda la armada de los Moros que aportó á la boca del

(1) Como entonces aun no se contaba en Castilla por las eras del César que empezaban el 1.° de enero, la Pascua de Navidad del año 1341 no podia ser al principio del año 1342. Fué en las cortes de Segovia celebradas en 1383 donde se mandó que dejaba la manera de contar los años por las eras del César, en adelante se contasen desde el nacimiento del Señor.

rio Guadamecil, fué vencida en una muy reñida y memorable batalla Tomaron y echaron á fondo veinte y cinco galeras de los enemigos, y mataron dos generales, el de Africa y el de Granada.

No se hallaron en esta batalla las galeras de Aragon; verdad es que al volver de Aragon do eran idas, vencieron junto á Estepona trece galeras que encontraron de los Moros, cargados de bastimentos: rindieron cuatro dellas y echaron dos al fondo; las demas se pusieron en huida, y se salvaron en la costa de Africa. No parecia sino que la tierra y el mar de acuerdo favorecian y ayudaban á la felicidad y fortaleza de los cristianos. Diéraseles mayor rota, si en Guadamecil fueran por mar y por tierra acometidos los Moros: con determinacion de hacerlo así era ido el rey á muy largas jornadas á Sevilla, y despues á Jeréz, en do le dieron la nueva de la victoria. Un caso que sucedió, forzó á los nuestros á dar la batalla: en la menguante del mar quedaron encalladas en unos bajíos tres naves de las nuestras; y como los Moros las acometiesen, fué forzoso para defendellas trabar aquella batalla muy reñida y porfiada.

CAPITULO X.

Del cerco de Algecira.

Con tantas victorias como por mar y por tierra se ganáran, tenian esperanza que lo restante de la guerra se acabaria muy á gusto: nuestra armada estaba junto á Tarifa en el puerto dé Xataréz. Allí fué el rey con el deseo grande que tenia de conquistar á Algecira, para por mar reconocer el sitio della y la calidad de su tierra. Parecióle que era una principal ciudad, y su campaña muy fértil, y los montes que la cercaban, hermosos y apacibles: veianse muchos molinos, aldeas y casas de placer esparcidos por aquellos campos cuanto la vista podia alcanzar. Con esto, y con que de los cautivos se sabia que la ciudad no estaba bien bastecida de trigo, se encendió mucho mas el ánimo del rey en el deseo de ganarla, y quitar á los Moros una guarida tan fuerte y segura como allí tenian; que ganada, todo lo demas juzgaba le seria fácil. Este ardor y deseo del rey le entibiaba el verse con pequeño ejército y pocos bastimentos; mas no obstante esto, con grande presteza juntó algunas compañías de los pueblos comarcanos y llamó de por sí á muchos grandes. Vino el Arzobispo de Toledo don Gil de Albornoz, don Bartolomé obispo de Cádiz, y los maestres de Calatrava y Alcántara con buena copia de caballeros.

Los concejos de Andalucía movidos con el deseo grande que tenian de que esta conquista se hiciese, enviaron á su costa mas gente de aquella que por antigua costumbre tenian obligacion de enviar; y como quier que al que desea mucho una cosa, cualquiera pequeña tardanza se le hace muy larga, el rey para proveer bastimentos y municiones y lo demas necesario á esta guerra se partió á la ciudad de Sevilla. Habíanse juntado dos mil y quinientos caballos, y hasta cinco mil peones: con este ejército se puso el cerco á Algecira en tres del mes de agosto. La guarda del mar se encomendó á las armadas de Castilla y de Aragon, porque los Portugueses despues de la batalla que se dió en el rio Guadamecil, se volvieron á Portugal sin que en ninguna manera pudiesen ser detenidos. Entendiase que los cercados confiados en la fortaleza de la ciudad, y en la mucha gente que en ella tenian, no se querian rendir, ni entregar la ciudad. Era la guarnicion ochocientos hombres de á caballo, y al pie de doce mil flecheros, bastante número no solo para defender la ciudad, sino tambien para dar batalla en campo abierto.

Hacian los Moros muchas salidas, y con varios sucesos escaramuzaban con los nuestros: ganóseles la torre de Cartagena puesta cerca de la ciudad. El rey estuvo un dia en harto peligro de ser muerto con un puñal que para ello un cautivo arrebató á un soldado: hiriérale malamente, si de presto no se lo estorbáran los que se hallaron con él. Entendiase que el cerco iria muy á la larga: comenzaron á traer madera y fagina, y hacer fosos y trincheas, que servian mas de atemorizar los cercados que no de provecho alguno. Entretanto que en esto andaban, en el mes de setiembre con grandísimo pesar del rey la armada de Aragon se fué con achaque de la guerra de Mallorca para donde el rey de Aragon se apercebia; verdad es que despues á ruegos del rey de Castilla le envió diez galeras de socorro con el vice-almirante Mateo Mercero: desde algunos dias le socorrió de otras tantas con el capitan Jaime Escrivá ambos caballeros Valencianos. Murió á esta sazon el maestre de Santiago

de una larga enfermedad, varon en paz y en guerra muy señalado, y en este tiempo por la privanza que tenia con el rey muy estimado. Dióse esta dignidad en los mismos reales á don Fadrique hijo del rey, si bien por su poca edad aun no era suficiente para el gobierno de la religion.

En el mes de octubre sobrevinieron tan grandes lluvias que todo cuanto tenian en los reales destruyó y echó á perder. Comenzaron asimismo á sentir muchas descomodidades, en particular era grande la falta de dinero; que por estar el reino muy falto y gastado le fué forzoso al rey de pedirle prestado á los príncipes amigos, al papa Clemente VI que sucedió á Benedicto, á los reyes de Francia y de Portugal. Don Gil de Albornoz arzobispo de Toledo fué para esto con embajada á Francia: prestó aquel rey cincuenta mil escudos de oro, veinte mil se dieron luego de contado, los demas en polizas para que á ciertos plazos se pagasen en bancos de Génova: el papa Clemente VI al tanto otorgó cierta parte de las rentas eclesiásticas. Era esto pequeño subsidio para tan grandes empresas; pero la constancia grande del rey lo vencia todo.

Los cercados por entender que mientras el rey viviese no podian tener sosiego ni seguridad hicieron grandes promesas á cualquiera que le matase; decian que se haria un gran servicio á Mahoma en matar á un tan gran enemigo de los Moros. No faltaban algunos que con semejante hazaña pensaban quedar famosos y ennoblecidos, sin temor del riesgo á que ponian sus vidas, que es lo que suele ser estorbo para que no se emprendan grandes hechos. Un moro tuerto de un ojo, que fué preso, confesó venia con intento de matar al rey, y que otros muchos quedaban hermanados para hacer lo mismo: así lo confesaron dende á pocos dias otros dos moros que fueron presos y puestos á cuestion de tormento; pero á los que Dios tiene debajo de su amparo, los libra de cualquier peligro y desman. Los reyes moros deseaban socorrer á los cercados: el rey de Marruecos estábase quedo en Ceuta por no estar asegurado de su hijo Abderrahman, al cual por este tiempo costó la vida el intentar novedades. El rey de Granada no se atrevia con solas sus fuerzas á dar la batalla á los nuestros: mas porque no pareciese que no hacia algo, envió algunas de sus gentes á que corriesen la tierra de Ecija, y él fué á Palma, pueblo que está edificado á la junta de los dos rios Jenil y Guadalquivir, saqueó y quemó esta villa. No osó dejar en ella guarnicion, ni detenerse mucho en aquella comarca, porque tenia aviso que las ciudades vecinas se apellidaban contra él. La otra gente fué desbaratada por Fernando de Aguilar, que salió á ellos y les quitó una grande presa que llevaban.

Era ya entrado el año de 1343, y en Algecira aun no se hacia cosa alguna que fuese de importancia, solamente se entendia en algunos pertrechos que Iñigo Lopez de Horozco por mandado del rey solicitaba. Hiciéronse fosos, trincheas, y en contorno de la ciudad se labraron unas torres ó castillos de madera, y trabucos y máquinas para batir los muros. Mas eran tantas las defensas, preparamentos y tiros que de antiguo tenia la ciudad, que con ellos todo el trabajo y diligencia de los nuestros era perdido y sin efecto, y las máquinas las hacian pedazos con piedras que de los muros arrojaban; especial, que el lugar no era á propósito para poder cómodamente arrimar las máquinas á la muralla, y ni los soldados podian tenerse en pie por la aspereza del lugar, ni menos sin gran peligro podian andar ni estar en los ingenios.

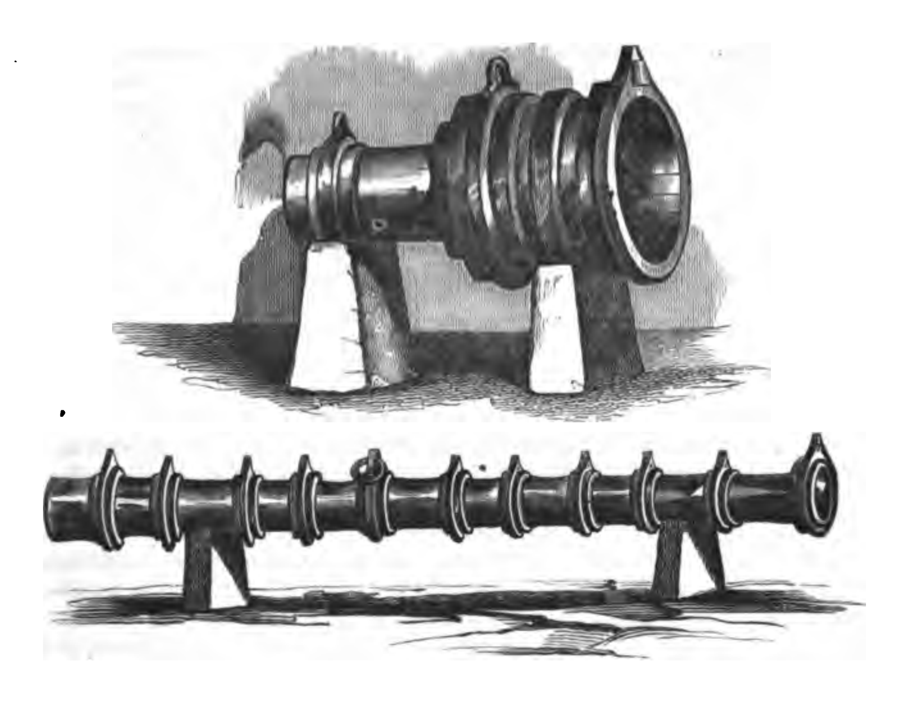
En el estrecho de Gibraltar hay dos senos en el tamaño desiguales, pero de una misma forma: Tarifa está puesta sobre el menor, y un poco apartada estaba Algecira, asentada sobre el mayor en un cerro de subida ágria y pedregosa; y dejado en medio un espacio, dividíase en dos partes, en la vieja y en la nueva: cada cual tenia sus muros enteros y barbacana, como si fueran dos pueblos: era esta ciudad en España la silla del imperio Africano, nobilísima y hermosísima. La grande diligencia del rey y la guarda de los soldados hacia que no entraban á los cercados bastimentos, excepto algunos pocos que sin verlos, cubiertos con la obscuridad de la noche, les metian en algunas barcas: muy pequeño refrigerio para los que ya padecian hambre y necesidad.

CAPITULO XI.

De la toma de Algecira.

Gastados muchos dias y trabajos en el cerco, no se hacia cosa de importancia. Los nuestros se hallaban dudosos y suspensos, pensaban de dia y de noche cual de dos cosas seria la mejor, si levantar el cerco porque era sin algun provecho el proseguirle y continuar, si esperar el fin de la guerra que en lo demas les era favorable. El rey se recelaba de perder algo de su honra y reputacion, principalmente que ya tenia consumido el dinero que le prestaron el papa y el rey de Francia (que el de Portugal ninguna cosa contribuyó) y tenia falta en bastimentos, y el número de los soldados cada dia era menor: los mas sagaces le aconsejaban que hiciese algun buen concierto con el enemigo. Siendo medianero, y llevando recaudos de una parte á otra Ruy Pavon, primero se trató de paz, y despues de que se hiciesen treguas; pero todos estos tratados salieron vanos por estar puesto el rey de Castilla en no hacer acuerdo ninguno con el rey de Granada, si primero no dejaba la amistad de Africa, la cual quitada, qué le quedaba al que se sustentaba y entretenia mas con las fuerzas agenas que con las suyas propias?

El rey de Granada, perdida ya la esperanza de concertarse con el rey, acercó sus reales al rio Guadiarro á cinco leguas de Algecira, con que ántes daba á entender el miedo que tenia, que no que se pensase venia con ánimo de presentar la batalla. En el puerto de Ceuta



Se sabe que en época muy anterior á la que señala Mariana en este capítulo se hizo en España la aplicacion de la pólvora á la impulsion de gruesos proyectiles En el Museo de Artillería se enseñan entre otras piezas antiguas, las dos cuyos dibujos ofrecemos: la primera llamábanla *Cervatana*, y se dice que sirvió á don Alonso VI de Castilla para el sitio que Madrid sufrió en el año 1084; la segunda llevaba el nombre de *Lombarda*; y por la forma de ambas se ve que conocian ya las relaciones entre la dimension y el alcance. Los proyectiles eran unas grandes piedras esféricas de las que existen algunas todavia en el Museo, ó bien una especie de metralla de piedras pequeñas tambien redondas.

tenian aprestada una gruesa armada, allegada de las fuerzas de toda la Africa, para luego que diese lugar el tiempo pasar en España. Venian estos de refresco y descansados· los cristianos se hallaban quebrantados con los contínuos trabajos y incomodidades. Las cosas de España que corrian gran riesgo, los santos patrones della las ampararon, y la perpétua felicidad y constancia grande con que el rey vencia todos los males y dificultades que ocurrian. Así en unos mismos dias le vino un buen número de gente de socorro de Ingalaterra, de Francia y de Navarra, lugares muy apartados los unos de los otros: acudieron muchos señores y nobles á ayudarle. De Ingalaterra con licencia del rey Eduardo los condes de Arbid y de Soluzber: de Francia el conde de Fox con su hermano don Bernardo y otros que se les juntaron. El papa Clemente VI Lemovicense, que el año ántes fué electo en lugar de Benedicto, tenia concedida Cruzada á los que se hallasen en esta santa guerra. El rey don Felipe de Navarra en el mes de julio, enviados delante muchos mantenimientos por mar, y dejando mandado le siguiese su ejército por tierra, vino con gran priesa por no dejarse de hallar en la batalla, que corria fama seria muy presto.

El rey como era razon recibió muy gran contento con la venida destos príncipes, y á los nuestros con la cierta esperanza de la victoria les creció el ánimo y el aliento para pelear. Vinieron ántes don Juan Nuñez de Lara y don Juan Manuel, y cada dia concurrian nuevas compañías de todo el reino. Los Moros como vieron tan reforzado el ejército del rey, rehusaban dar la batalla. Afrentábalos Albohacen por ello, enviábales á preguntar la causa de su miedo. Respondieron que en la batalla pasada experimentaron harto á su costa cuan grande fuese el esfuerzo y constancia de los cristianos, y que ahora tenian mayores fuerzas por tener mayor número de soldados que entonces tenian: que de léjos no se podia dar consejo conveniente al tiempo y ocasiones que ocurrian; si tuviese por bien de pasar el estrecho, que ellos en ninguna cosa contradirian á su voluntad: que conservar su ejército en tiempo tan peligroso y aciago les era mucho mas honra que pelear temerariamente con el enemigo, mas poderoso y mas bien afortunado.

En el entretanto no dejaban los Moros de pedir treguas con muchas embajadas. Quisieron los embajadores ver los reales: otorgó el rey con su deseo. Púsoles en admiracion el concierto y buena disposicion de los pabellones, los soldados repartidos por sus cuarteles, las calles de oficiales, las plazas como en una ciudad llenas de provision: parecíales todo tan bien que confesaron que los nuestros les hacian grande ventaja en la disciplina militar y policía, y que ellos en su comparacion sabian poco de aquel menester. Por el tratado de las treguas no se dejaba de combatir la ciudad con muchas armas y piedras que le arrojaban con los tiros: de la ciudad hacian otro tanto, en especial tiraban muchas balas de hierro con tiros de pólvora, que con grande estampido y no poco daño de los contrarios las lanzaban en los reales. Esta es la primera vez que deste género de tiros de pólvora hallo hecha mencion en las historias.

En el mes de agosto en Cervera en el condado de Urgel nació un niño con dos cabezas y cuatro piernas. Creyeron aquellos hombres con supersticioso y vano pensamiento que el tal era prodigio que pronosticaba algun mal: por tanto para evitarle con su muerte le enterraron vivo. Sus padres conforme á las leyes fueron castigados como parricidas por ejecutarse esta crueldad con su consentimiento. Este mismo año murió el rey Roberto en Nápoles mas famoso por la aficion y estudio de las letras que señalado por el ejercicio de las armas. Deste rey fué aquel dicho: mas quiero las letras que el reino. Volvamos á las cosas de Algecira. Los soldados extrangeros, en quien los primeros ímpetus son muy fervorosos y con la tardanza se resfrian, se fueron de los reales luego que vino el otoño, los de Ingalaterra llamados de su rey (así quisieron se entendiese) y el conde de Fox, que dió asimismo para irse por excusa el poco sueldo que á sus soldados se daba. Esto se decia: yo sospecho que les hizo volver á su tierra llevar mal los calores que en tiempo del estío hace en el Andalucía, y el estar quebrantados con las enfermedades y trabajos de la guerra. Aprueba nuestra congetura lo que despues sucedió, que el conde de Fox á la vuelta murió en Sevilla, y el rey Philipo de Navarra, habida licencia del rey, murió en Jeréz. Sucedieron ambas muertes en el mes de setiembre: sus cuerpos fueron llevados á sus tierras.

Con la ida destos príncipes cobraron avilenteza los enemigos, y mudado parecer se determinaron de dar la batalla. Sesenta galeras de los Moros que en el mes de octubre surgieron en Estepona, luego se pasaron á Gibraltar. Corria el rio Palmones entre los dos campos, y como dos y tres veces en diferentes dias llegasen á encontrarse en el rio, finalmente

al pasarle se vino á la batalla, en que los Moros mostraron no ser iguales con gran parte á los Españoles ni en fuerzas, ni en esfuerzo ni en disciplina militar: así fueron en poco tiempo vencidos y puestos en huida. En la ciudad se padecia extrema necesidad de mantenimientos á causa que nuestra armada en dos veces les tomó dos galeras cargadas de bastimentos. Entraron cinco barcas en el principio del año de 1344, y vueltos estos bajeles á Africa, dieron aviso que los cercados no se podian ya sustentar mas tiempo, ca estaban puestos en tan grande aprieto que les era fuerza perecer todos ó entregar la ciudad. Con estos Moros luego movieron prática y trataron de concertarse.

En veinte y seis de marzo se entregó la ciudad con estos partidos: que el rey de Granada, como feudatario del rey de Castilla, pechase las parias que cada año le solia dar ántes que se rompiese la guerra: que todos los cercados quedasen libres, y pudiesen irse con sus haciendas adonde quisiesen: concertáronse otrosí treguas con los reyes Moros por espacio y tiempo de diez años. Hechos los conciertos, muchos Moros se pasaron á Africa. El rey de Castilla entró en la ciudad con una solemne procesion en veinte y siete de marzo, y el siguiente dia se bendijo la iglesia Mayor, y se le puso por nombre Sta. María de la Palma, por ser domingo de Ramos ó de las Palmas, y se celebraron en él los divinos oficios con gran solemnidad y regocijo. Los campos se repartieron á los soldados, que á porfía pasaban sus casas y menage á la ciudad, y se querian allí avencindar por la fertilidad y frescura de aquellas vegas y campos.

Puestas en órden las cosas de Algecira, el rey se partió para Sevilla. Allí le vino embajada de Eduardo rey de Ingalaterra para pedir al rey don Alonso que su hijo legítimo don Pedro casase con su hija Juana. Don Alonso por entonces vino en ello, mas adelante no tuvieron efecto estos desposorios. Las voluntades de los príncipes son variables, y sin tener cuenta á las veces con su palabra conforme á las cosas y á las comodidades se mudan. En la batalla pasada de Tarifa cautivaron los nuestros dos hijas de Albohacen: estas por tenerle grato se le enviaron sin rescate. No quiso el bárbaro dejarse vencer de la liberalidad y cortesía del rey, ántes le envió luego desde Africa sus embajadores con muy ricos presentes. La fama desta victoria hinchó á toda España y á todos los cristianos de Europa de alegria por quedar acabada la guerra de los Moros, dos poderosos reyes vencidos, las fuerzas de Africa quebrantadas. Hiciéronse grandes fiestas y alegrias: todo género de gentes, niños, viejos, religiosos, de todos estados y edades visitaban los templos, daban gracias á Dios, cumplian sus votos: no dejaban ningun género de alegria, ni de religiosa demostracion de agradecimiento, con que publicaban el contento y regocijo singular que tenian concebido dentro de sus pechos.

CAPITULO XII.

De la guerra de Mallorca.

Durante el tiempo que las cosas sobredichas pasaban en el Andalucía, se revolvieron las armas de Aragon. Lo que resultó, fué que el rey de Mallorca quedó despojado de su reino paterno: grande desafuero del rey de Aragon don Pedro el Ceremonioso, que era el que tenia mas obligacion á le defender y amparar. La insaciable y rabiosa sed de señorear le cegó y endureció su corazon para que los trabajos y desastres de un rey su pariente no le enterneciesen, ni considerase lo mal que parecia un hecho tan feo delante los ojos de Dios y de los hombres. Mompeller es una noble y rica ciudad de la Gallia Narbonense, que en otro tiempo solia estar sujeta á los obispos de Magalona, por cuya permision ó disimulacion tuvo esta ciudad señores particulares que eran feudatarios destos prelados. Recayó este señorío primero en los Aragoneses, y despues en los reyes de Mallorca como y en la forma que arriba se mostró.

Desta manera poco á poco fué en diminucion la autoridad y señorío de los obispos de Magalona, ca prevalece mas la fuerza y antojo de los reyes que no la razon y la justicia. Como no pudiesen ellos recobrar su antigua autoridad y señorío, hicieron lo que pudieron, que fué vender (como vendieron mas de cincuenta años ántes deste tiempo) este derecho por cierto precio y cantidad á los reyes de Francia. Con color desta compra los Franceses no desistian de requerir á los reyes de Mallorca que les hiciesen el juramento y homenage que estaban obligados como sus feudatarios, y que á los vecinos de Mompeller se les permitiese

y con tibieza en fin se hobieron en este caso como suelen los hombres en peligro ageno. Volvió pues á renovar con gran furia la guerra en las islas y en los estados de Cerdania y de Ruysellon; pero no hizo otra cosa sino acarrearse la muerte. Cinco años adelante en una batalla que se dió en Mallorca, fué vencido y muerto por los Aragoneses: este fin tuvieron sus desdichas. Su cuerpo por mandado del rey de Aragon depositaron en Valencia: sus hijos y los de su hermano don Fernando, que poco ántes del tiempo de la guerra falleció, en pena del pecado y culpa (si así se puede llamar) agena, pasaron su vida huidos, desamparados, presos, sin casa ni sosiego alguno: desgracia que á muchos pareció injustísima, que los hijos fuesen privados del derecho del reino por cualesquier delitos de sus padres. En el mismo año que se ganó Algecira, y que el rey de Mallorca fué despojado del reino, con temeroso y descomunal ruido tembló la tierra en Lisboa, ciudad que está en la ribera del mar Océano; y con mucho espanto de las gentes temblaron los edificios y se cayó el cimborio de la iglesia mayor, principio y presagio segun se entendió de otros mayores males. Murió doña Costanza hija de don Juan Manuel, y muger del infante don Pedro de Portugal el año siguiente de **1345**. Sintieron ella y el marido menos su muerte porque él trataba amores con doña Inés de Castro dama muy apuesta que servia á la infanta, y la trataba casi con igual estado que á su muger. Lo que fué peor y sacrílego, que sacó la misma de pila al infante don Luis hijo de don Pedro que murió niño, y por el tanto entró en deudo con su padre. Quedaron dos hijos de doña Costanza don Fernando y doña María.

CAPITULO XIII.

De las revueltas que hobo en el reino de Aragon.

Concluida la guerra de los Moros con la felicidad que se podia desear, el rey de Castilla libre deste cuidado pensó de castigar los agravios y desafueros que en el tempestuoso tiempo de la guerra era necesario hobiesen cometido muchos de los jueces y grandes del reino. Junto con esto su mayor deseo era procurar que á ejemplo de los de Burgos y Leon asimismo los del Andalucía y reino de Toledo le concediesen las alcabalas de las mercadurias que se vendiesen. En lo demas las cosas estaban sosegadas, y todo el reino con una abundante paz florecia. En el reino de Aragon resultaron nuevas revueltas, de que primeramente fué la causa el inquieto y perverso ingenio del rey de Aragon, que pretendia ensanchar su reino con trabar unas guerras de otras. Quejábase que las fuerzas del reino quedaron enflaquecidas, y la magestad real disminuida con las dádivas y mercedes que sus antepasados indiscretamente hicieron.

Ensoberbecido otrosí con el próspero suceso que tuvo contra el rey de Mallorca, volvió su enojo contra su hermano carnal don Jaime, que le sintió estar inclinado á compadecerse y tener misericordia del rey desposeido. Ademas que á los que señorean, siempre les son sospechosos aquellos que están inmediatos á la sucesion del estado. Deciase en el reino que por fuero y costumbre antigua de Aragon era don Jaime sucesor y heredero del reino: que debian ser excluidas de la herencia paterna doña Costanza, doña Juana y doña María hijas del rey, habidas en la reina su muger. Por esta razon hecho vicario y procurador del reino, habia ganado las voluntades y amor de los nobles y del pueblo con su buen término, y trato llano y virtuoso sin fraude ni algun mal engaño. Llamóle el rey un dia, mandóle dejar el oficio de procurador.

Desta manera arrebatadamente y sin consejo se hacian todas las demas cosas, mayormente que por este tiempo, que corria el año de nuestra salvacion de **1346**, murió la reina de Aragon, muger de santísimas costumbres, y por el mismo caso desemejable de su marido: falleció cinco dias despues que parió un niño que vivió tan solamente un dia, con que el reino tuvo un breve contento, destemplado en mucho pesar. Sepultóse el cuerpo desta señora en Valencia en la iglesia de S. Vicente, si bien ella se mandó enterrar en Poblete, entierro antiguo de aquellos reyes. Para que el rey tuviese hijo varon con que se evitasen muchas revueltas en el reino, luego se trató de volver á casarle: para este fin enviaron embajadores al rey de Portugal á pedirle á su hija doña Leonor.

Deseaba su hermano don Fernando casarse con aquella infanta, confiado en el favor de su tio el rey de Castilla, y por estar él en la flor de su juvenil edad. Venció como era forzoso en esta competencia el rey de Aragon. Ayudó para ello primeramente don Juan Ma-

nuel, que por ser enemigo de doña Leonor de Guzman, y por el mismo caso tambien del rey de Castilla, toda su voluntad tenia puesta en la del rey de Aragon y en agradarle. Asi procuró y concluyó de casar á su hijo don Fernando con doña Juana prima hermana del rey de Aragon, y hija de don Ramon Berenguel: con que quedaba emparentado con tres casas reales en parentesco muy estrecho, y por esto era el mas poderoso de los grandes del reino.

Los nobles de Aragon y de Valencia juntamente con el pueblo se comenzaron á alborotar: conjuráronse todos de guardar su libertad, mirar por sus fueros, y si menester fuese, defenderlos con las armas. Tomaron por ocasion de este alboroto la fuerza que á don Jaime conde de Urgel se hizo para que desistiese y se apartase del derecho de la sucesion, y procuracion del reino, y que se hacian leyes y publicaban edictos en nombre de doña Costanza hija del rey de Aragon, como si ella hobiera de ser la sucesora y heredera del reino. Señalaron y nombraron por conservadores de la libertad á Jimeno de Urrea, Pedro Coronel, Blasco de Alagon y á don Lope de Luna, que era el mas principal de los nombrados por tener el señorío de Segorve, y estar casado con doña Violante tia del rey. Hicieron cabeza de todos, como era necesario, á don Jaime conde de Urgel; y llamaron de Castilla (donde residian con su madre por no confiarse del rey de Aragon) á sus hermanos don Fernando y don Juan con muchas cartas y embajadas que les enviaron, con que ellos se determinaron de ir á Aragon: llevaron consigo quinientos hombres de á caballo, que les dió para su guarda su tio el rey de Castilla.

El rey de Aragon no ignoraba que las fuerzas del pueblo alborotadas son furiosas en los principios, mas que despues con el tiempo y la dilacion se amansan y enflaquecen. Procuró hacer cortes en Zaragoza, en que para aplacar el pueblo, mas que por hacer el deber con sincera voluntad, restituyó á su hermano don Jaime la procuracion del reino, y dado por ninguno lo que primero tenia decretado, fué declarado por heredero y sucesor del reino. Con esto se volvieron á pacificar y sosegar las cosas; pero con la muerte que luego sucedió á don Jaime, se añubló la luz que comenzaba á resplandecer. El rey de Aragon por dar priesa á sus bodas se fué á Barcelona, ca tenia mandado llevasen allí su esposa los que la traian de las últimas partes de Portugal. En aquella ciudad de Barcelona luego que allí llegó, falleció el ya dicho conde de Urgel de enfermedad en fin del año de 1347; fué fama que le ayudaron con yerbas que le dieron, y que le vino este mal por la sospecha que dél se podia tener de que se queria alzar con el reino. Celebraron las bodas sin ninguna señalada solemnidad por estar todo el reino triste con la muerte y luto de don Jaime, y por la tempestad de revueltas que temian se les armaba. Enterróse su cuerpo en la misma ciudad en el monasterio de S. Francisco.

Los hermanos don Fernando y don Juan, que acabadas las cortes se tornaron á Castilla, comunicado el negocio en Madrid con su madre y con el rey su tio, se hicieron cabezas de los pueblos amotinados; ayudóles el rey de Castilla con ochocientos caballos. Con tanto don Fernando se fué á Valencia, y don Juan á Zaragoza. Su madre en Cuenca y en Requena, en que lo demas del tiempo residia, esperaba en que pararian estas alteraciones con grande cuidado de la salud de sus hijos. Enviáronse los reyes sus embajadores: de Castilla Fernan Perez Portocarrero para hacer las amistades entre los hermanos: de Aragon vino por embajador Muñoz Lopez de Tauste á quejarse de agravios, y á rogar que no se les diese ningun favor ni ayuda á los rebeldes. Otorgósele que el capitan Alvar García de Albornoz hiciese en Castilla seiscientos hombres de á caballo á sueldo del rey de Aragon; el cual rey no sin nota y menoscabo de la magestad real casi como quien pide perdon se fué á Valencia poco menos que á ponerse en manos de los conjurados: así se vió en términos de que le perdiesen el respeto, y le maltratasen.

Los del rey y los del pueblo, como gente desavenida, los unos no se fiaban de los otros, ántes se miraban á la cara, notábanse las palabras y semblantes del rostro, y con afrentas y malas palabras que se decian, parece buscaban ocasion de revolverse y venir á las manos. Llegó el pueblo á alborotarse y á tomar las armas, y con ellas en las manos entraron con furioso ímpetu y violencia en el palacio real con grande miedo de los cortesanos y de la gente de palacio. Llegó la cosa á términos que el rey de necesidad hobo de subir en un caballo, y aventurarse á ponerse en medio de la gente alborotada para que con sus palabras y presencia se apaciguase. Concedióse al infante don Fernando que durante la vida del rey fuese procurador del reino, y despues de la muerte le sucediese en él; y que las

hijas quedasen excluidas de la sucesion. Eran estos conciertos sacados por fuerza; y por esta razon se entendia que no serian firmes, ni durarian mucho.

Ido el rey, don Lope de Luna que ya se pasára á su servicio, no dejó las armas, ántes á los conjurados les era un importuno y molesto enemigo, disimulándolo primero el rey, y despues mandándoselo. Tenia sus gentes y reales en Daroca y su tierra. Don Fernando por impedir los intentos de don Lope partió de Zaragoza con quince mil hombres parte de á caballo y parte de á pie. Sentó su real cerca de Epila á la ribera del rio Jalon: no pudo tomar el pueblo porque era fuerte, quemó los campos y las mieses, que las querian ya segar: sobrevinieron en esto los del rey, pelearon á banderas tendidas; los conjurados por ser gente popular, y mas para hallarse en alborotos y sediciones que para pelear en batalla reñida, fueron vencidos y desbaratados.

Murieron en la batalla don Jimeno de Urrea y otros hombres principales, y su capitan don Fernando fué preso con una herida en la cara; mas el capitan Alvar García de Albornoz, á quien le dieron en guarda, le soltó y dejó ir libre á Castilla. Podíase temer cualquiera cosa de la severidad del rey su hermano, que debió ser la ocasion de soltalle. No se sabe si se hizo esto sin que lo supiese don Lope de Luna, ó si lo disimuló mudado de parecer y trocado de voluntad, como ordinariamente suele acontecer en las guerras civiles. Bien se mostró quedar el rey satisfecho dél, pues en premio de lo bien que en aquella guerra le sirvió, para honrarle le dió título de conde de Luna, cosa nueva y poco usada en Aragon. Despues desta victoria todo en Aragon quedó llano al rey; y asentada la paz en Zaragoza, totalmente se deshizo la union y liga de los conjurados de suerte que no se oyó mas su nombre. La sucesion del reino se confirmó á don Fernando: amplióse la autoridad del Justicia de Aragon, con cuyo oficio por ley antigua del reino se prevenia que el rey no pudiese quitarles su libertad.

Esto pasaba en Aragon el año de 1348 de nuestra salvacion. Este año una gravísima peste maltrató primero las provincias Orientales, y dellas se derramó y se pegó á las demas regiones, como á Italia, Sicilia, Cerdeña y Mallorca, y despues á todos los reinos y ciudades de España. Eran tantos los que morian, que se halló por cuenta en Zaragoza (1) que en el mes de octubre morian cada dia cien personas: como era una infeccion del aire, el curar los enfermos y tocarlos extendia mas la enfermedad por pegarse el mal á muchos; por donde los heridos ó se quedaban sin que hobiese quien los quisiese remediar, ó si los intentaban curar, daba luego la misma dolencia á los que se llegaban cerca del enfermo, y á los que le curaban. El ver tantos enfermos y muertes habia ya endurecido de manera los corazones de los hombres que no lloraban los muertos, y se dejaban los cuerpos por enterrar tendidos en las calles.

Desta peste y de su fiereza escribió largamente en sus epístolas Francisco Petrarchâ hombre deste tiempo, señalado en letras, mayormente en la poesía en lengua Toscana. Era grandísima lástima ver lo que pasaba en todos los pueblos y ciudades de España. La nueva reina de Aragon doña Leonor sin dejar hijos murió por este tiempo en Exerica, donde se retiró el rey por miedo de la peste: su cuerpo sepultaron en el mismo lugar sin pompa ni aparato real. Con su muerte quedó el rey libre para poderse casar tercera vez mas dichosamente que las pasadas, por los hijos que deste matrimonio tuvo. No se sosegaban los conjurados. Hizo el rey á los alterados de Valencia en general guerra, y en particular justicia de muchos despues de habida la victoria: con el rigor y grandeza del castigo pretendia espantar á los demas, y que tomasen escarmiento y supiesen que no se debe temerariamente irritar la cólera é indignacion de los reyes.

CAPITULO XIV.

Que se apaciguaron las discordias entre los caballeros de Calatrava.

Los caballeros de Castilla de la órden de Calatrava, y los de Aragon de la misma órden tenian entre sí grandes diferencias y scisma; en lugar de uno eligieron y tenian dos maestres, uno en Calatrava, otro en Alcañices. La cosa pasó desta manera. Don Garci Lopez, maestre desta religion mas de veinte años ántes deste en que vamos, fué acusado de gravísimos

(1) Zurita no habla de contagio en Aragon, sino en Valencia; y por esta razon el rey que á la sazon se hallaba en esta ciudad, se fué al reino de Aragon.

delitos y de traicion: oponíanle que siendo el rey menor de edad, robó el reino, y hizo muy poco caso de su religion y órden, de que en ellos se siguieron innumerables daños y desórdenes. Por estas y otras cosas le citaron para que pareciese delante del rey don Alonso de Castilla, y respondiese á lo que se le imputaba: no quiso parecer, ántes se fué á Aragon ó por miedo de ser castigado como merecia, y le acusaba su conciencia, ó lo que es mas de creer, con temor de las cautelas y potencias de sus enemigos, ca los que le acusaban, eran los mas poderosos y mas ilustres de su órden. Esta fué la principal causa y principio de las diferencias y contiendas que tanto despues duraron.

Con el favor del rey de Aragon don Garci Lopez residia en Alcañices pueblo de la órden, y allí conservaba su autoridad. Ejercitaba el oficio de maestre, no obstante que á instancia del rey de Castilla fuera condenado en rebeldía y privado del maestrazgo. Eligieron en su lugar á don Juan Nuñez de Prado, de quien era fama y se decia que era hijo no legítimo de doña Blanca tia del rey de Portugal, y abadesa del monasterio de las Huelgas de Burgos. Los abades de la órden del Cistel, que por instituto antiguo tenian poder de visitar esta religion, aprobaron y confirmaron la eleccion del nuevo maestre. Los freyles y caballeros Aragoneses no se quisieron rendir ni obedecerle, ántes muerto que fué don Garci Lopez, substituyeron en su lugar á don Alonso Perez de Toro, cuya eleccion de su voluntad, ó porque para ello fué inducido y engañado, confirmó Arnaldo abad de Morimonte en la Francia, á quien de oficio competia hacer semejante ratificacion. Intentóse muchas veces de concordar estos caballeros, que ambas partes veian serles muy dañosa su division. Sobre esta razon los reyes se enviaron diversas embajadas que no tuvieron hasta este tiempo efecto alguno, cuando por muerte de don Alonso Perez eligieron los de Alcañices á don Juan Rodriguez. Antes que esta postrera eleccion se confirmase, á instancia de los reyes de Castilla y de Aragon en Zaragoza, do á la sazon se hacian cortes, se juntaron ambos maestres y muchos caballeros de ambas naciones.

Litigada la causa, el rey de Aragon como juez árbitro que era, cerrado el proceso, por lo que dél resultaba sentenció conforme á las pretensiones y méritos de Castilla. Hízose otrosí constitucion que de allí adelante fuese habida por verdadera y canónica eleccion de maestre la que hiciesen aquellos caballeros en Calatrava: á don Juan Rodriguez se le quitó el oficio y título de maestre, y en recompensa se le dió la encomienda mayor de Alcañices con jurisdiccion sobre todos los freyles y caballeros de Aragon; y aun se proveyó que el maestre no pudiese proveer cosa alguna tocante al comendador mayor y los caballeros Aragoneses mientras durase la vida de los presentes, si no fuese con consejo de los abades de Poblete y de Veruela. Prevenian con esto que por envidia y emulacion no se les hiciese algun agravio. En esta forma se concordaron los caballeros de Calatrava y las divisiones que entre si tenian, se acabaron en veinte y cinco del mes de agosto. Los juicios de los hombres son varios: muchos fueron de parecer y murmuraban que en estas cosas no se procedió conforme al punto y rigor de derecho, sino por respeto y á voluntad del rey de Castilla.

En este mismo tiempo don Luis conde de Claramonte hijo de don Alonso de la Cerda, á quien llamaban el desheredado, ponia en órden una armada en la ribera de Cataluña con licencia y ayuda del rey de Aragon, y por concesion del papa que dos años ántes le adjudicára las islas de Canaria, llamadas por los antiguos Fortunadas. Dióle aquella conquista el sumo pontífice con título de rey, y que como tal hizo un solemne paseo en Aviñon. Púsole por condicion que aquellas gentes bárbaras hiciese predicar la fé de Cristo. Será bien, pues esta ocasion se ofrece, decir algo del sitio, de la naturaleza y del número de estas islas, y en que tiempo se hayan incorporado en la corona de los reyes de Castilla. Al salir de la boca del estrecho de Gibraltar en el mar Atlántico á la mano izquierda caen estas islas. Son siete en número, estendidas en hilera de levante á poniente, leste, oeste, veinte y siete grados apartadas de la línea equinoccial.

La mayor destas islas llámase la Gran Canaria, della las demas tomaron este nombre de Canarias. El suelo de la tierra es fértil para pasto y labor, hay en ellas tan grande multitud de conejos, que se han multiplicado de los que de tierra firme se llevaron, que destruyen las viñas y los panes de suerte que ya les pesa de haberlos llevado. En la isla que llaman del Hierro, no hay otra agua de la tierra, sino la que se destila y ragala de las hojas de un árbol, que es un admirable secreto y variedad de la naturaleza. Es cierto que don Luis, á quien por esta navegacion que quiso hacer, llamaron el infante Fortuna, nunca pasó á estas islas: si bien tuvo la conquista dellas, y la armada aprestada para irlas á

conquistar, las guerras de Francia se lo estorbaron y la batalla que Philipo rey francés perdió por estos tiempos junto á Cresiaco. Como cincuenta años adelante los Vizcainos y Andaluces, repartida entre si la costa, armaron una flota para pasar á estas islas con intento de hacer á los isleños guerra á fuego y á sangre, mas por codicia de robarlos que por allanar la tierra. Una grande presa que trujeron de la isla de Lanzarote, puso gana á los reyes de conquistarlas, sino que despues ocupados en otras cosas se olvidaron desta empresa.

Pasados algunos años, Juan Bentacurto de nacion francés volvió á hacer este viaje con licencia que le dió el rey de Castilla don Enrique Tercero deste nombre, con condicion que conquistadas quedasen debajo de la proteccion y homenage de los reyes de Castilla. Ganó y conquistó las cinco islas menores: no pudo ganar las otras dos por la muchedumbre y valentia de los isleños que se lo defendió. Envióse á estas islas un obispo llamado Mendo: el obispo y Menaute heredero de Bentacurto, no se llevaron bien, ántes tenian muchas contiendas, de tal guisa que estuvieron á punto de hacerse guerra. El francés solo miraba por su interés: el obispo no podia sufrir que los pobres isleños fuesen maltratados y robados sin temor de Dios, ni vergüenza de los hombres.

El rey de Castilla avisado deste desórden envió allá á Pedro Barba que se apoderó destas islas. Este despues por cierto precio las vendió á un hombre principal llamado Peraza, y deste vinieron á poder de un tal Herrera yerno suyo, el cual se intituló rey de Canaria, mas como quier que no pudiese conquistar la Gran Canaria ni á Tenerife, vendió las cuatro destas islas al rey don Fernando el Católico, y él se quedó con la una llamada Gomera, de quien se intituló conde. El rey don Fernando, que entre los reyes de España fué el mas feliz, valeroso sin par, envió diversas veces sus flotas á estas islas, y al fin las conquistó todas, y las incorporó en la corona real de Castilla. Volvamos á lo que se ha quedado atrás. En el año de 1349 doña Leonor hermana mayor de don Luis rey de Sicilia, nieto que fué de Federico, y en su menor edad sucedió al rey don Pedro su padre, casó con voluntad de su madre y en vida del rey su hermano con el rey de Aragon. Llevada á la ciudad de Valencia, se celebraron las bodas con gran regocijo y fiestas de todo el reino.

CAPITULO XV.

De la muerte del rey don Alonso de Castilla.

Levantaronse en este tiempo grandes revoluciones en Africa causadas por Abohanen, que conforme á la condicion de los Moros, y por codicia de reinar, atropellado el derecho paternal, y no escarmentado con la muerte de su hermano, se rebeló contra su padre Albohacen, y se alzó en Africa con el reino de Fez, y en España se apoderó de Gibraltar y de Ronda, y de todas las demas tierras que á los reyes de Africa en España quedaban, y puso en ellas sus guarniciones de soldados. Hacia cargo á su padre que por su descuido y cobardia con grande menoscabo y mengua del nombre africano sucedieran las pérdidas y desastres pasados: decia que si á él quisiesen llevar por guia y capitan, vengaria las injurias recebidas y tomaria emienda de aquellos daños. Con estas persuasiones el vulgo, amigo de novedades, se le arrimaba por el vicio general de la naturaleza de los hombres; y mas por la liviandad y ligereza particular de los Africanos en quien mas que en otras gentes reina esta inconstancia, esperaban que las cosas presentes serian mas á propósito y de mayor comodidad que las pasadas.

Estas revueltas de los Moros parecia á los nuestros que les daban la ocasion en las manos para hacer su hecho, si no estuviera de por medio el juramento con que se obligaron de tener treguas por diez años. Sin embargo los mas prudentes juzgaban que por ser ya otro el rey, diferente de aquel con quien asentaron las treguas, quedaban libres de la jura. El deseo de renovar la guerra y de conquistar á Gibraltar los acuciaba, cuya fortaleza les era un duro freno para que sus intentos no los pudiesen poner en ejecucion. El cuidado de proveerse de dineros tenia al rey congojado, bien que no perdia la esperanza que el reino le ayudaria de buena gana, por estar descansado con la paz de que ya cinco años gozaba. El vehemente deseo que todos tenian de desarraigar de España á sus enemigos, velo con que muchas veces se mueve y engaña el pueblo, los animaba á servir de buena gana y ayudar estos intentos. Publicáronse cortes para la villa de Alcalá de Henares: llamaron á ellas muchas ciudades del reino que no solian ser llamadas. Las del Andalucía, y de la Carpetania,

hoy reino de Toledo, por la mayor parte solian ser libres de las cargas de la guerra como quier que hacian frontera á los Moros, y de necesidad grandes gastos para defenderles la tierra. Al presente en esta ocasion (con color de honrarlos) se dejaron llevar: pretendian con grande fuerza que á imitacion de los de Castilla y de Leon, como repartida entre todos la carga, pechasen alcabala de todas las cosas que se vendiesen.

Entre las ciudades que se juntaron en estas cortes, los procuradores de la ciudad de Toledo alegaban que debian tener el primer lugar y voto. Los de Burgos, si bien la causa era dudosa, como estaban en posesion resistian valientemente y pretendian ser en ella amparados. Alegaban en favor de Toledo la grandeza de la ciudad, su antigüedad, su nobleza: la santidad de su famosísima iglesia, la magestad y autoridad de su arzobispo, que tiene primacía sobre todos los prelados de España, los hechos valerosos de sus antepasados: demás que en tiempo de los Godos era la cabeza del reino y silla de los reyes, y modernamente se le diera título de imperial. Decian ansí mismo parecia cosa injustísima y fuera de razon que hobiese de reconocer mayoria á ninguna ciudad aquella á quien Dios y los hombres aventajaron y la misma naturaleza, que la puso en el corazon de España en un lugar eminentísimo, en que se dividen y reparten las aguas: que si no le daban la autoridad y lugar que se le debia, no pareceria á todos sino que la llamaron á las cortes para hacer burla della, y desautorizalla: si la razon que Burgos alegaba tenia fuerza, la misma militaba por las demas ciudades del reino; y que á aquella cuenta no le quedaba á Toledo sino el postrer lugar, y aun á merced, si se le quisiesen dejar: que tocaba á todos y era comun la causa de Toledo: asi la deshonra que á ella se hiciese, manchaba y desautorizaba á toda España.

Los de Burgos se defendian con la preeminencia que tenian en Castilla, en que poseian el primer lugar de tiempo muy antiguo. Decian que contra esta posesion no era de importancia alegar actos ya olvidados y desusados, y que si la competencia se llevaba por via de honra, de donde se dió principio para restaurar la fé, y avivar las esperanzas de echar á los Moros de España? por esto con mucha razon era Burgos la silla y domicilio de los primeros reyes de Castilla: no era justo quitalles en la paz aquel lugar que ellos en la guerra ganaron con mucha sangre que sus antepasados derramaron; demás que sin suficiente causa no se le podian derogar los privilegios que los reyes pasados le concedieron. Los grandes en esta competencia andaban divididos, segun que tenian parentesco y amistades en alguna de las dos ciudades. Nombradamente favorecia á Toledo don Juan Manuel, y á Burgos don Juan Nuñez de Lara; los unos no querian conceder ventaja á los otros.

Despues que se hobo bien debatido esta causa, se acordó y tomó por medio que Burgos tuviese el primer asiento y el primer voto, y que á los procuradores de Toledo se les diese un lugar apartado de los demas enfrente del rey, y que Toledo fuese nombrado primero por el rey desta manera: YO HABLO POR TOLEDO, Y HARÁ LO QUE LE MANDARE: HABLE BURGOS. Con esta industria, y esta moderacion se apaciguó por entonces esta contienda; traza que hasta nuestros tiempos continuadamente se ha usado y guardado: así acaece muchas veces que los debates populares se remedian con tan fáciles medios como lo son sus causas. Diez y ocho ciudades y villas son las que suelen tener voto en las cortes: Burgos, Soria, Segovia, Avila y Valladolid: estas en Castilla la Vieja. Del reino de Leon es la primera la ciudad de Leon, despues Salamanca, Zamora y Toro. De Castilla la Nueva Toledo, Cuenca, Guadalajara, Madrid. Del Andalucia y de los Contestanos Sevilla, Granada, Córdova, Murcia, Jaen. Entre todas estas ciudades Burgos, Leon, Granada, Sevilla, Córdova, Murcia, Jaen y Toledo por ser cabeceras de reinos tienen señalados sus asientos y sus lugares para votar conforme á la órden que están referidas: las demas ciudades se sientan y hablan sin tener lugares señalados, sino como vienen á las juntas y cortes. En las cortes de Alcalá consta que se hallaron muchas mas villas y ciudades, porque el rey para ganar las voluntades de todo el reino, quiso esta honra repartirla entre muchos, y tenerlos gratos con este honroso regalo.

Pidióse en estas cortes el alcabala. Al principio no se quiso conceder: las personas de mas prudencia adevinaban los inconvenientes que despues se podian seguir: mas al cabo fué vencida la constancia de los que la contradecian, principalmente que se allanó Toledo si bien al principio se estrañaba de conceder nuevos tributos. El deseo que tenia que se renovase la guerra, y la mengua del tesoro del rey para poderla sustentar la hizo consentir con las demas ciudades. Concluido esto, de comun acuerdo de todos con increible alegria se decretó la guerra contra los Moros, y para ella en todo el reino se hizo mucha gente, y se

proveyeron armas, lanzas, caballos, bastimentos, dineros y todo lo al necesario. Juntado el ejército, fueron al Andalucía, asentaron sus reales sobre Gibraltar; cercáronla con grandes fosos y trincheas y muchas máquinas que levantaron. La villa se hallaba bien apercebida para todo lo que le pudiese acaecer, tenia hechas nuevas defensas y fortificaciones, muy altas murallas con sus torres, saeteras, traviesas, troneras á la manera que entonces usaban muchos y buenos soldados de guarnicion; que á la fama del cerco vinieron mnchos Moros de Africa.

Puesto el cerco, se quemaron y derribaron muchas casas de placer, y se talaron y destruyeron muy deleitosas huertas y arboledas que estaban en el contorno de la ciudad, por ver si los Moros mudaban parecer, y se rendian por escusar el daño que recebian en sus haciendas y heredades. Batieron los muros con los máquinas militares. Los Moros se defendian con grande esfuerzo, con piedras, fuego y armas que arrojaban sobre los contrarios. Todavia les dieron tal priesa que los Moros comenzaron poco á poco á desmayar, y á perder la esperanza de poder sufrir el cerco ni defender el pueblo: no esperaban ser socorridos por las alteraciones que todavia continuaban en Africa. Los que mas desfallecian eran los ciudadanos, con temor que si el pueblo se tomase por fuerza, por ventura no les querrian dar ningun partido ni perdonallos: mas los soldados que tenian en su defensa, no tenian tanto cuidado de lo que podria despues suceder. Gastábase el tiempo, y el cerco se alargaba.

En esto ciertos embajadores que el rey de Castilla ántes enviára al rey de Aragon para rogalle que le ayudase en esta guerra, y hiciese paces con él, vinieron á los reales, y en su compañia Bernardo de Cabrera, que en aquellos tiempos era tenido por varon sabio y grave: por esta causa el rey de Aragon le sacó de su casa, en que con deseo de descansar se retirára, para la administracion de los negocios públicos. Así por su consejo principalmente gobernaba el réino, por donde de necesidad de muchos era envidiado. Con su venida, que fué en veinte y nueve de agosto, se hizo paz y alianza entre los reyes con estas capitulaciones: que la reina doña Leonor y sus hijos hobiesen pacifica y enteramente todo aquello que el rey su marido y padre les mandó por su testamento: el rey de Castilla, cumplido esto, no les daria ningun favor ni ayuda para que levantasen nuevas revueltas en Aragon. Hecha la paz, envió el rey de Aragon cuatrocientos ballesteros con diez galeras, cuyo capitan era Raimundo Villano.

Doña Juana reina de Navarra, que despues de la muerte de su marido se quedó en Francia y vivió por espacio de cinco años, murió en la villa de Conflans puesta á la junta de los rios Oyse y Secuana, en seis de octubre: enterráronla en el monasterio de S. Dionisio junto al sepulcro de su padre el rey Luis Hutin. Fué esta señora de santisimas costumbres y dichosa en tener muchos hijos. Dejó por sucesor del reino á Cárlos su hijo de edad de diez y siete años. Quedáronle otros dos menores, don Philipo y don Luis, el que hobo despues en dote el estado y señorio de Durazo: tuvo otrosi estas hijas, las infantas Juana, María, Blanca y doña Inés, que con el tiempo casaron con grandes príncipes: la mayor con el señor de Ruan, la segunda con el rey de Aragon, y con la tercera en el postrer matrimonio se casó Philipo de Valoes rey de Francia: la menor de todas fué casada con el conde de Fox. En esta sazon era virrey de Navarra un caballero francés llamado Mossen Juan de Conflens.

Volvamos al cerco de Gibraltar. Los nuestros estaban con esperanza de entrar el pueblo, sino que las grandes fortificaciones y reparos que habian hecho los de dentro, la fortaleza de los muros les impedia que no le tomasen. Los Moros de Granada daban muchos rebatos en los reales, y paraban celadas á los nuestros, y cautivaban á los que se desmandaban del ejército. Salian muchas veces los soldados de la ciudad á pelear, y hacianse muchas escaramuzas y zalagardas. El cerco le tenian en este estado, cuando una grande peste y mortandad que dió en el real de los fieles desbarató todos sus deseños: morian cada dia muchos, y faltaban; con esto la alegria que ántes solian tener en los reales, toda se convirtió en tristeza y lloro, y descontento: tan grande es la inconstancia de las cosas. Don Juan de Lara y don Hernando Manuel, que por muerte de su padre era señor de Villena, eran de parecer y instaban que se levantase el cerco y se fuesen, ca decian no ser la voluntad de Dios que se tomase aquella villa, y que por ser en mal tiempo del año, el perseverar en el cerco seria yerro perniciosísimo y mortal, especialmente que al cabo la necesidad los forzaria á que se fuesen: que era locura estarse allí con la muerte al ojo sin ninguna esperanza de hacer cosa de provecho.

Movíanle algo estas razones al rey, mas con el deseo que tenia de salir con la demanda y ganar la villa que en su tiempo se perdiera, y con la esperanza que tenia concebida, y el

ánimo grande por los buenos sucesos pasados, se animaba y proseguia el cerco. Decia que los valerosos y de grande corazon peleaban contra la fortuna y alcanzaban lo que pretendian, y los cobardes en el miedo perdian las buenas esperanzas: que pues la muerte no se escusa, donde mejor podia acabar que en este trance, y pretension un hombre criado desde niño en la guerra? y en qué empresa mejor podia hallar la muerte á un rey cristiano, que cuando procuraba ampliar y defender nuestra santa fé y católica religion? Esta constancia, ó pertinacia del rey fué mala, dañosa y desastrada. Alcanzóle la mala contagion: dióle una landre de que murió en 26 de marzo del año de 1350, el primero en que por constitucion del papa Clemente se ganó el jubileo de cincuenta en cincuenta años, que de ántes se mandó ganar de ciento en ciento.

Fué asimismo señalado este año por la muerte de Philipe rey de Francia. Sucedióle su hijo Juan, rey de sublime y generoso corazon, sin doblez ni alguna viciosa disimulacion: tales eran sus virtudes; los grandes infortunios que á él y á su reino acontecieron le hicieron de los mas memorables. Este fin tuvo don Alonso rey de Castilla, undécimo deste nombre, muy fuera de sazon y ántes de tiempo á los treinta y ocho años de su edad: si alcanzára mas larga vida, desarraigára de España las reliquias que en ella quedaban de los Moros. Pudiérase igualar con los mas señalados príncipes del mundo así en la grandeza de sus hazañas, como por la disciplina militar y su prudencia aventajada en el gobierno, sino amancillára las demas virtudes, y las escureciera la incontinencia y soltura continuada por tanto tiempo. La aficion que tenia á la justicia y su celo, á las veces demasiado, le dió acerca del pueblo el renombre que tuvo de Justiciero. Por la muerte del rey su gente se alzó á la hora del cerco. Llevaron su cuerpo á Sevilla, y allí le enterraron en la capilla real. En tiempo del rey don Enrique su hijo le trasladaron á Córdova, segun que él mismo lo dejó mandado en su testamento.

Los Moros dado que los tenia él cercados, reverenciaban y alababan la virtud del muerto en tanto grado que decian no quedar en el mundo otro semejante en valor, y las demas virtudes que pertenecen á un gran príncipe; y como quier que tenian á gran dicha verse libres del aprieto en que los tenia puestos, no acometieron á los que se partian, ni les quisieron hacer algun estorbo ni enojo. En este cerco no se halló el arzobispo don Gil Albornoz, por ventura por estar ausente de España; por lo menos se halla que al fin deste año á diez y ocho de diciembre le crió cardenal el papa Clemente, que tenia bien conocidas sus partes desde el tiempo que fué á Francia á solicitar el subsidio ya dicho. Lorenzo de Padilla dice que esta fué la causa de renunciar el arzobispado por ser á la verdad incompatibles entonces aquellas dos dignidades; y que en su lugar fué puesto don Gonzalo cuarto, deudo suyo, de la casa, apellido y nombre de los Carrillos. Otros quieren que el sucesor de don Gil se llamó don Gonzalo de Aguilar, obispo que fué primero de Cuenca á la verdad como quier que se llamase, su pontificado fué breve, ca gobernó la iglesia de Toledo como tres años y no mas: fué prelado de prendas y de valor.



Los trages de los médicos, clase en todos tiempos y de todos los pueblos distinguida por la índole de su profesion; eran en el siglo XIV como los presenta este curioso dibujo tomado tambien de las *Leyes Palatinas*.

CAPITULO XVI.

Como mataron á doña Leonor de Guzman.

SIGUIERONSE en Castilla bravos torbellinos, furiosas tempestades, varios acaecimientos, crueles y sangrientas guerras, engaños, traiciones, destierros, muertes sin número y sin cuento, muchos grandes señores violentamente muertos, muchas guerras civiles, ningun cuidado de las cosas sagradas ni profanas: todos estos desórdenes, si por culpa del nuevo rey, si de los grandes, no se averigua. La comun opinion carga al rey tanto que el vulgo le dió nombre de Cruel. Buenos autores gran parte destos desórdenes la atribuyen á la destemplanza de los grandes, que en todas las cosas buenas y malas sin respeto de lo justo seguian su apetito, codicia y ambicion tan desenfrenada, que obligó al rey á no dejar sus excesos sin castigo.

La piedad y mansedumbre de los príncipes no solamente depende de su condicion y costumbres, sino asimismo de las de los súbditos. Con sufrir y complacer á los que mandan, á las veces ellos se moderan y se hacen tolerables; verdad es que la virtud, si es desdichada, suele ser tenida por viciosa. A los reyes al tanto conviene usar á sus tiempos de clemencia con los culpados, y les es necesario disimular y conformarse con el tiempo para no ponerse en necesidad de experimentar con su daño cuán grandes sean las fuerzas de la muchedumbre irritada, como le avino al rey don Pedro. De qué aprovecha querer sanar de repente lo que en largo tiempo enfermó? ablandar lo que está con la vejez endurecido, sin ninguna esperanza de provecho y con peligro cierto del daño? Las cosas pasadas (dirá alguno) mejor se pueden reprehender, que emendar ni corregir: es así, pero tambien las reprehensiones de los males pasados deben servir de avisos á los que despues de nos vendrán para que sepan regir y gobernar su vida.

Mas ántes que se venga á contar cosas tan grandes, será necesario decir primero en que estado se hallaba la república, que condiciones, que costumbres, que restaba en el reino sano y entero, qué enfermo y desconcertado. Luego que murió el rey don Alonso, su hijo don Pedro, habido en su legitima muger, como era razon fué en los mismos reales apellidado por rey, si bien no tenia mas de quince años y siete meses, y estaba ausente en Sevilla do se quedó con su madre. Su edad no era á próposito para cuidados tan graves: su natural mostraba capacidad de cualquier grandeza. Era blanco, de buen rostro, autorizado con una cierta magestad, los cabellos rubios, el cuerpo descollado: veíanse en él finalmente muestras de grandes virtudes, de osadía y consejo, su cuerpo no se rendia con el trabajo, ni el espíritu con ninguna dificultad podia ser vencido. Gustaba principalmente de la cetrería, caza de aves, y en las cosas de justicia era entero.

Entre estas virtudes se veian no menores vicios, que entonces asomaban, y con la edad fueron mayores: tener en poco y menospreciar las gentes, decir palabras afrentosas, oir soberbiamente, dar audiencia con dificultad no solamente á los estraños, sino á los mismos de su casa. Estos vicios se mostraban en su tierna edad: con el tiempo se les juntaron la avaricia, la disolucion en la lujuria, y la aspereza de condicion y costumbres. Estas faltas y defectos que tenia de su mala inclinacion natural, se le aumentaron por ser mal doctrinado de don Juan Alonso de Alburquerque, á quien su padre cuando pequeño se le dió por ayo para que le impusiese y enseñase buenas costumbres. Hace sospechar esto la grande privanza que con él tuvo despues que fué rey, tanto que en todas las cosas era el que tenia mayor autoridad, no sin envidia y murmuracion de los demas nobles, que decian pretendia acrecentar su hacienda con el daño público y comun, que es la mas dañosa pestilencia que hallarse puede.

Tenia el nuevo rey estos hermanos, hijos de doña Leonor de Guzman: don Enrique conde de Trastamara, don Fadrique maestre de Santiago, don Fernando señor de Ledesma, y don Tello señor de Aguilar. Demas destos tenia otros hermanos, doña Juana, que casó adelante con don Fernando y con don Philipe de Castro, don Sancho, don Juan y don Pedro, porque otro don Pedro y don Sancho murieron siendo aun pequeños. Sus hermanos no se confiaban de la voluntad del rey, ca temian se acordaria de los enojos pasados, en especial que la reina doña Maria era la que mandaba al hijo, y la que atizaba todos estos disgustos. Doña Leonor de Guzman, que se veia caida de un tan grande estado y poder

(nunca la mala felicidad es duradera) haciala temer su mala conciencia, y receläbase de la reina viuda. Partió de los reales con el acompañamiento del cuerpo del rey difunto; mas en el camino mudada de voluntad se fué á meter en Medina Sidonia, pueblo suyo y muy fuerte. Allí estuvo mucho tiempo dudosa, y en deliberacion si aseguraria su vida con la fortaleza de aquel lugar, si confiaria sus cosas y su persona de la fidelidad y nobleza del nuevo rey.

Comunicado este negocio con sus parientes y amigos, le pareció que podria mas acerca del nuevo rey la memoria y reverencia de su padre difunto y el respeto de sus hermanos, que las quejas de su madre; por esto no se puso en defensa, en especial que era fuerza hacer de la necesidad virtud á causa que Alonso de Alburquerque amenazaba, si otra cosa intentaba, que usaria de violencia y armas. Tomado este acuerdo, ella se fué á Sevilla, sus hijos don Enrique y don Fadrique, y los hermanos Ponces y don Pedro señor de Marchena, don Hernando maestre de Alcántara todos grandes personages, y Alonso de Guzman y otros parientes y allegados, unos se fueron á Algecira, otros á otras fortalezas y castillos para no dar lugar á que sus enemigos les pudiesen hacer ningun agravio, y poder ellos defenderse con las armas y vengar las demasías que les hiciesen.

El atrevido ánimo del rey, la saña é indignacion mugeril de su madre no se rindieron al temor, ántes aun no eran bien acabadas las obsequias del rey, cuando ya doña Leonor de Guzman estaba presa en Sevilla: la ira de Dios, que al que una vez coge debajo, le destruye, permitia que las cosas se pusiesen en tan peligroso estado. Su hijo don Enrique echado de Algecira, como debajo de seguro se fuese al rey, comunicado el negocio con su madre, dió priesa á casarse con doña Juana hermana de don Fernando Manuel señor de Villena, que ántes se la tenian prometida. Concluyó de presente estas bodas para tener nuevos reparos contra la potencia del rey y crueldad de la reina. Sucedió que el rey enfermó en Sevilla de una gravisima dolencia, de que estuvo desahuciado de los médicos: llegábase el fin del reino apenas comenzado. Concebíanse ya nuevas esperanzas, y como en semejantes ocasiones suele acaecer, el vulgo y los grandes nombraban muchos sucesores, unos á don Fernando marques de Tortosa, otros á don Juan de Lara ó á don Fernando Manuel, que eran los mas ilustres de España, y todos de la sangre real de Castilla: de don Enrique conde de Trastamara y de sus hermanos aun no se hacia mencion alguna.

Desde á pocos dias el rey mejoró de su enfermedad, con que cesaron estas pláticas de la sucesion, de las cuales ningun otro fruto se sacó mas de que el rey supiese las voluntades del pueblo y de los nobles, de que resultaron nuevas quejas y mortales ódios, ca por la mayor parte son odiosos á los principes aquellos que están mas cercanos para les suceder. Enojado pues desto don Juan de Lara, y no pudiendo sufrir que don Alonso de Alburquerque gobernase el reino á su voluntad, se partió de Sevilla, y se fué á Castilla la Vieja con ánimo de levantar la tierra; lo que podia él bien hacer por tener en aquella provincia grande señorio. Andaban ya estos enojos para venir en rompimiento cuando los atajó la muerte que brevemente sobrevino en Burgos á don Juan de Lara en veinte y ocho de noviembre: su cuerpo sepultaron en la misma ciudad en el monasterio del señor S. Pablo de la órden de los predicadores: dejó de dos años á su hijo don Nuño de Lara. Murió casi juntamente con el su cuñado don Fernando Manuel, y quedó dél una hija llamada doña Blanca.

Dió mucho contento la muerte destos señores á don Alonso de Alburquerque, que deseaba acrecentar su poder con los infortunios de los otros, y quitados de por medio sus émulos, pensaba á sus solas reinar, y en nombre del rey gozarse él del reino sin ningun otro cuidado. Sabidas por el rey estas muertes, partió de Sevilla por estar cierto que se podria con la presteza apoderar de sus estados. No fué este camino sin sangre, ántes en muchos lugares dejó rastros y demostraciones de una condicion áspera y cruel. Vino su hermano don Fadrique á la villa de Ellerena, do el rey habia llegado: recibióle con buen semblante, mas por lo que sucedió despues, se echó de ver que tenia otro en su pecho, y que su rostro y palabras eran dobladas y engañosas. Mandó en el mismo tiempo á Alonso de Olmedo que matase á su madre doña Leonor de Guzman en Talavera, villa del reino de Toledo donde la tenian presa; que fué un mal anuncio del nuevo reinado, cuyos principios eran tan desbaratados. En un delito cuántos y cuan graves pecados se encierran? Qué le valió el favor pasado? de qué provecho le fué un rey tan amigo? de qué tanta muchedumbre de hijos? todo lo desbarató la condicion fiera y atroz del nuevo rey; bien que por su poca edad, toda la culpa y ódio desta cruel maldad cargó sobre la reina su madre, que se quiso vengar del lar-

go enojo y pesar del amancebamiento del rey con la muerte de su combleza. Dende este tiempo porque esta villa era del señorío de la reina, se llamó vulgarmente Talavera de la Reina.

En Burgos dentro del palacio real, sin que le pudiesen defender los que le acompañaban, ca los prendieron, por mandado del rey fué preso y muerto Garci Lasso de la Vega: el mayor cargo y delito gravísimo era la aficion que tenia á don Juan de Lara. Era Garci Lasso adelantado de Castilla, sucedióle en este cargo Garci Manrique. Consultóse como el rey habria en su poder al niño don Nuño de Lara señor de Vizcaya. Previnolo doña Mencia, una principal señora que le tenia en guarda; que le escapó de la ira y avaricia del rey, ca huyó con él á Vizcaya con esperanza de poder resistirle con la fidelidad de los Vizcainos. La resolucion del rey era tan grande que fué en su seguimiento, y estuvo muy cerca de cogerlos; y como quier que en fin no los pudiese alcanzar, se determinó de apoderarse con las armas de todo su señorío, que fué mas fácil por la muerte del niño que avino dentro de pocos dias, y con apoderarse de doña Juana y doña Isabel sus hermanas: con esto incorporó en la corona real á Vizcaya, Lerma, Lara y otras villas y castillos.

Esto pasaba en el año de nuestra salvacion de **1351**, cuando en Aragon todo era fiestas, regocijos y parabienes por el nacimiento del infante don Juan, con que fenecieron todas las contiendas que resultaran sobre aquella sucesion, que mucho tiempo trabajaron aquel reino. Encargó el rey de Aragon la crianza de su hijo y le dió por ayo á Bernardo de Cabrera varon de conocida virtud y prudencia. Dió otrosí luego el rey al infante el estado de Girona con título de duque. De aquí tuvo origen lo que despues quedó por costumbre, que al hijo mayor de los reyes de Aragon se le diese este título y este estado á imitacion de los reyes de Francia, á quien pocos años ántes Humberto Delfin vendió por cierto precio su delfinado debajo de condicion que los hijos mayores de los reyes de Francia le poseyesen con título de Delfines, y trujesen las armas de aquel estado. Y él con raro ejemplo de santidad, tomado el hábito de los predicadores, trocó el señorío temporal por el estado monástico, y la vida del príncipe por otra mejor y mas bienaventurada.



Doña Leonor de Sicilia, tercera esposa de don Pedro IV.



D. Pedro I de Castilla.

Los reyes de Castilla y de Aragon en un mismo tiempo procuraban cada cual aliarse con el rey Carlos de Navarra, que el año ántes se coronó en la ciudad de Pamplona: pensaban que el que primero se confederase con él, y le tuviese de su parte, esforzaba y aventajaba su partido. Los que mejor sentian de las cosas, tenian por cierto que amenazaban de muy cerca grandes tempestades y revoluciones de guerra, y que era acertado prevenirse; en particular don Fernando marqués de Tortosa buscaba ayudas, y hacia muchos apercebimientos de guerra para acometer la frontera de Aragon. Parecióle al navarro de entretener los dos reyes con buenas esperanzas y muestras de amistad con entrambos, dado que por ruego del rey de Castilla vino á Burgos con su hermano don Philipe á verse con él. Entre estos reyes mozos hobo contienda de gala, liberalidad y cortesia. La conformidad de la edad y semejanza de condiciones los hizo muy amigos. A la verdad á este rey Carlos unos le llamaron el Malo, y otros le dieron renombre de Cruel. La ocasion, que en el principio de su reinado castigó con mas rigor del que era justo, un alboroto popular que se levantó en su reino. Como fueron los principios, tales los medios y los remates: los excesos de los príncipes castiga la libertad de la lengua, de que no pueden ellos enseñorearse como de los cuerpos.

Gastados algunos dias en Burgos en fiestas, juegos y banquetes, que era lo que pedia la edad de los reyes, el de Castilla se fué á Valladolid para tener cortes en aquella villa, y el rey Carlos se volvió á Pamplona. De allí dado que hobo órden en las cosas, con deseo de tornarse á Francia su natural y patria, se fué primero á Momblanco pueblo de Aragon por hacer placer al rey de Aragon en verle, ca deseaba mucho que se hablasen: platicáronse asímismo dos matrimonios, uno del rey Carlos con la hermana del rey de Sicilia, otro de doña Blanca, viuda de Philipo rey de Francia y hermana del mismo Carlos, con el rey de Castilla: escusóse él de entrambos; decia ser costumbre de Francia que no se casasen segunda vez las reinas viudas aunque quedasen mozas, y que él aun no tenia años y edad para tomar muger. Esto era lo público: de secreto pretendia y esperaba casar con Juana hija del rey de Francia, partido que venia mejor á las cosas de Navarra por la grandeza del señorío, no inferior al de un rey, que de su herencia paterna este príncipe tenia en el reino de Francia.

CAPITULO XVII.

Del casamiento del rey don Pedro.

En las cortes de Valladolid (1) se trataron entra otras cosas de menor importancia dos graves y de mucho momento. En Castilla la Vieja algunos pueblos tenian costumbre de tiempo inmemorial de á su voluntad mudar los señores que quisiesen: unos dellos podian elegir señor entre toda la gente al que les pareciese les venia mas á cuento, otros pueblos le escogian de un particular y señalado linage: los unos y los otros por esta razon se decian Behetrías, que parece Behetría quiere decir buena compañia y hermandad, de ΗΕΤÆΡΙΑ, que en griego quiere decir compañia, y es como decir gobierno popular con igualdad y como entre hermanos; por donde las cosas en ellos andaban muy revueltas y confusas, de que se tomaba una disoluta licencia para que se cometiesen grandes maldades.

Alonso de Alburquerque procuró con todas sus fuerzas que el rey diese á estos pueblos ciertos señores, y les quitase la libertad de poderlos ellos nombrar: cosa que él deseaba ó por el bien público, ó por su particular interés, que como era de los grandes el mas favorecido del rey, tenia esperanza que le haria merced de la mayor parte de aquellos pueblos. Contradecian esto Juan de Sandoval y otros ricos hombres y principales que en aquella tierra tenian su naturaleza, y otros respetos é intereses particulares. Decian que era gran sinrazon quitar á estos pueblos la libertad que de sus antepasados tenian heredada: en fin estos intentos no tuvieron efecto. Tratóse luego de casar al rey: don Vasco obispo de Palencia canciller mayor del rey, y don Alonso de Alburquerque persuadieron á su madre la reina que le quisiese casar en Francia, y que esto fuese luego; que á los mancebos ninguna cosa les para mayor peligro que los propios gustos y deleites de que están rodeados, demas que tambien importaba mucho que el rey se casase porque tuviese hijos que le sucediesen en el reino.

(1) En estas cortes se hicieron al rey cincuenta y cinco peticiones, ademas de veinte y ocho que dirigieron los nobles, y veinte y una los eclesiásticos.

Para este efecto don Juan de Roelas obispo de Burgos, y Alvar Garcia de Albornoz caballero de Cuenca se partieron por embajadores á Francia para que de seis hijas que tenia Pedro duque de Borbon, poderoso y nobilisimo principe de la sangre real de Francia, pidiesen una dellas, la que les pareciese que era la mas á propósito y mas digna de ser muger del rey. Vino en ello el duque su padre, mostróles las hijas escogieron á doña Blanca, con quien luego por poderes del rey se hicieron los desposorios. Parecia esta señora dichosa por las raras dotes de alma y cuerpo con que el cielo y naturaleza á porfia la enriquecieron y adornaron; pero fué desdichada con este matrimonio, que era lo que se esperaba seria el colmo de su felicidad: así la fortuna ó alguna cosa oculta se burla de las humanas esperanzas, y hace juego de nos y de todo aquello que estimamos.

Don Enrique conde de Trastamara, de las Asturias, donde se huyó despues de las muertes de su madre y de Garci Lasso, se pasó á Portugal desconfiado de la voluntad del rey, y por no ser tan poderoso que le pudiese resistir. El rey de Portugal movido de la lástima de don Enrique, y con miedo del peligro que corria el rey don Pedro por el ódio y enojo que el reino con él tenia, pareciale que le tocaba á él mirar por su persona pues era su nieto hijo de su hija: rogóle se viesen en Ciudad-Rodrigo; en aquellas vistas alcanzó dél que restituyese y perdonase á don Enrique. En tanta confusion y diversidad de voluntades y tantos enojos no era posible que hobiese quietud, ni las cosas podian estar sosegadas.

En el principio del año de 1352 se empezaron á mover discordias civiles en el Andalucía y en las Asturias, y en tierra de Murcia. Don Alonso Fernandez Coronel, muy rico y de grande autoridad entre los ricos hombres del Andalucía poseia á Aguilar por merced del rey; sobre el cual pueblo tuvo ántes mucho tiempo pleito con Bernardo de Cabrera, recelábase del rey porque cuando estuvo enfermo en Sevilla, se dejó decir que le debia suceder en el reino don Juan de Lara, cosa de que el rey tomó con él grande enojo. Confiado pues este caballero en la fortaleza de su villa de Aguilar fortificó y basteció las otras villas y castillos de su estado, y procuró de aliarse con muchos grandes. Hizo gente de guerra, y pidió á algunos príncipes de fuera del reino que le ayudasen en particular para este efecto envió á tierra de Moros á su yerno don Juan de la Cerda hijo de don Luis: no le quiso favorecer el rey de Granada por las treguas que tenia con el rey de Castilla; tampoco en Africa halló amparo alguno, ántes se dice que le ayudó y sirvió á Abohanen en una memorable batalla en que fueron quebrantadas las fuerzas de su padre Albohacen. De allí se volvió á Portugal, do anduvo huido y desbaratado, puesta la esperanza de recobrar su patria en sola la clemencia y misericordia agena. Su muger doña Maria Coronel por no poder sufrir la ausencia del marido quiso mas perder la vida (2), que dejarse vencer de malos y deshonestos deseos: así fatigada una vez de una torpe codicia, la apagó con un tizon ardiendo que metió con enojo por aquella misma parte donde era molestada: muger digna de mejor siglo, y digna de loa no por el echo, sino por el deseo invencible de castidad.

En el entretanto el rey de Castilla acudió á los movimientos y alteracion del Andalucía. Tomó muchas villas á don Alonso Coronel. Trataba y daba órden de cercar la villa de Aguilar, cuando juntamente tuvo aviso que don Enrique confiado en la fortaleza de Gijon levantaba bandera en las Asturias y se apercebia de armas, y que su hermano don Tello dende Montagudo en la raya de Aragon hacia muchos robos en sus tierras. El rey dejada la Andalucía, se partió á las Asturias, porque los movimientos de aquella provincia eran mas peligrosos. Llegado el rey, luego se rindieron los que tenian la fortaleza de Gijon á partido que el rey los perdonase á ellos y á don Enrique que andaba escondido en las montañas comarcanas.

En esta jornada quedó prendado el rey de la hermosura grande y apostura de doña Maria de Padilla, doncella que se criaba en la casa de don Alonso de Alburquerque. Comenzó esta comunicacion y favores en la villa de Sahagun olvidado de su esposa, y loco con estos nuevos amores, de donde resultó la total destruicion del rey y del reino: fué el medianero é intercesor destos deshonestos y desdichados conciertos Juan de Hinestrosa tio de la dama. Estos perversos hombres conquistaban la tierna edad y voluntad del rey con un pésimo género de servicio, que era proponerle todas las maneras de torpes entretenimientos, y ayudarle á conseguir sus deleites deshonestos sin ningun respeto de lo honesto, ni miedo de los

(2) Aun vivia en 1374, pues en él fundó el convento de Santa Inés de Sevilla.

hombres: en gravísimo perjuicio de la república grangeaban el favor y privanza del rey. En el palacio todo era deshonestidad, fuera dél todo crueldad, á la cual todos los demas vicios del rey reconocian y daban la ventaja.

Revolvió el rey con las armas contra Montagudo, y le tomó con otros pueblos á él cercanos, ca don Tello los habia desamparado y huidose á Aragon. Los reyes de Castilla y de Aragon convidados con la cercania de los lugares, acordaron de tratar de concordarse entre sí: no se vieron, pero enviáronse sus embajadas, y al fin se juntaron en tierra de Tarazona don Alonso de Alburquerque y Bernardo de Cabrera: allí concluyeron las paces segun que á ellos mejor les pareció. Concertóse que los reyes tuviesen los mismos por amigos y enemigos, que perdonasen á trueco el uno á don Tello y el otro á don Fernando de Aragon.

Concluidas estas cosas, tornó el rey á la Andalucia, y cercó la villa de Aguilar: los cercados con grande lealtad sufrieron cuatro meses el cerco hasta el mes de febrero del año de 1353 en que se tomó la villa por fuerza. Oía misa don Alonso Coronel cuando le dijeron que se entraba la villa: no dejó por tanto de oirla hasta que fué la sagrada hostia consumida: estaba cierto de su muerte, y sin ninguna esperanza de ser perdonado. Prendiéronle dentro de una torre en que se entró para defenderse. Fué castigado con las penas que se dan por las leyes aquellos que han ofendido á la magestad real: lo mismo avino á cinco compañeros suyos hombres principales, que con él hallaron. La villa mandó el rey desmantelar: así derribados los muros, dió perdon al pueblo (3) En el mismo mes de febrero á los veinte y cinco falleció don Gonzalo de Aguilar arzobispo de Toledo dicen en Sigüenza, y que allí yace sepultado. Las revueltas de Castilla que ya comenzaban, por ventura tenian al arzobispo don Gonzalo fuera de su iglesia donde murió. Sucedióle sin duda don Vasco, ó Blas (que el mismo es) que fué dean de Toledo, y á la sazon era obispo de Palencia y canciller del rey: su padre Fernan Gomez camarero del rey don Fernando el Emplazado, y hermano de don Gutierre el segundo, prelado de Toledo.

Partióse el rey de Aguilar para Córdova en sazon que doña María de Padilla le parió á su hija doña Beatriz. De allí se vino al reino de Toledo. En Torrijos que es una villa que está cinco leguas de Toledo, en un torneo que se hizo en las alegrias por las habidas victorias y nacimiento de la hija, fué herido del rey en una mano, de que estuvo en grande peligro de la vida á causa que con ningunos beneficios ni diligencia los cirujanos le podian restañar la sangre. A esta villa vino don Juan Alonso de Alburquerque de una embajada en que fué al rey de Portugal, y por su consejo se vino con él don Juan de la Cerda, á quien el rey recibió en su gracia con palabras amorosas, mas no se pudo alcanzar dél que le quisiese restituir los pueblos que tomó á su suegro; que ya comenzaba á señorear en él no la razon y equidad, sino el rigor, y la fuerza, el antojo y apetito. Daba por escusa que de la mayor parte tenia hecha merced á su hija, como si ya la recien nacida tuviera necesidad de dote para casarse, y de estado con que sustentarse.

Por este mismo tiempo doña Blanca de Borbon llegó á Valladolid acompañada del vizconde de Narbona y del maestre de Santiago don Fadrique que le salió á recebir: don Alonso de Alburquerque queria que se hiciesen luego las bodas. Era á la sazon el que lo mandaba todo con autoridad y señorío tan grande que á las veces decia al rey palabras pesadas. Pesábale, y con razon temia que los deudos de doña Maria de Padilla viniesen á ser los mas íntimos y privados del rey: por esto le queria casar; mas como se hallaba enlazado en los amores de doña María, no podia sufrir que le necesitasen á obedecer, especialmente que con los años se hacia mas fiero é indomable, ni ya don Alonso de Alburquerque podia tanto con él, y privaba menos: los ministros y consejeros muy privados suelen ser pesados á sus señores, mayormente si ellos se adelantan en la privanza, ó los señores se mudan de voluntad. De aquí tuvo principio su caida con menor sentimiento y lástima del pueblo, en cuanto todos creian que él fuera el principio por la mala crianza del rey, de todos los desórdenes pasados.

Celebráronse todavia las bodas en tres de junio con poca solemnidad y aparato, pronóstico de que serian desgraciadas: así lo sospechaba la gente. Fueron los padrinos don Alonso de Alburquerque y la reina de Aragon doña Leonor; halláronse presentes en la fiesta don Enrique y don Tello hermanos del rey, don Fernando y don Juan infantes de Aragon, don Juan Nuñez maestre de Calatrava, don Juan de la Cerda y otros ricos hom-

(3) Le mudó el nombre en castigo, mandado que en adelante se llamase Monte Real.

bres. Por estos mismos dias en Francia se celebraron otras bodas mas dichosas que las nuestras, por los muchos hijos que dellas procedieron, y el grande amor que hobo entre don Carlos rey de Navarra y su esposa madama Juana hija mayor del rey de Francia. Deste matrimonio tuvieron tres hijos, que fueron Carlos, Philipe y Pedro; don Philipe murió en sus primeros años: otras tres hijas María Blanca y Juana; Blanca falleció de edad de trece años, sus hermanas casaron con grandes príncipes. De otra señora le nació ántes desto al rey Carlos otro hijo llamado Leon, de quien descienden en Navarra los marqueses de Cortes. De don Pedro hijo legitimo del mismo rey se precian venir por linea femenina os marqueses de Falces, casa asimismo principal de Navarra.

CAPITULO XVIII.

Que el rey de Castilla dejó á la reina doña Blanca.

Aun no eran bien acabadas las fiestas de las bodas, cuando ya al rey de Castilla daba en rostro la novia, y no la podia ver por estar embebecido y loco con los amores de doña María de Padilla no mas hermosa que la reina, y de linage, aunque noble, humilde, si se compara con la excelencia real. Dende á dos dias el rey aderezó su partida para el castillo de Montalvan, que es una fortaleza sentada á la ribera del rio Tajo, donde dejó á su amiga que ántes era, ya combleza. La reina su madre, y su tia la reina doña Leonor avisadas de lo que el rey queria hacer, le hablaron en secreto y con muchas lágrimas le rogaron y conjuraron por Dios y por sus santos que no fuese á despeñarse, y á perder y destruir temerariamente su persona, fama, reino y todas sus cosas: que mirase lo que se diria en el mundo, que seria causa de que Francia le hiciese guerra, porque no sufriria tan grande agravio y mengua; además que daria ocasion para que los suyos se revolviesen, pues los estados se sustentan mas que con otra cosa, con la buena fama y opinion: y que contra aquellos que no están bien con Dios, y los deja de su mano, se conjuran y hacen á una los hombres y todos los males é infortunios del mundo: que tuviese lástima y le moviesen las lágrimas de su esposa, y no trocase su amor por una torpe deshonestidad, no viniese desta maldad á caer en su total destruicion.

No se movió el rey por cosa que le dijesen, ántes negó tener tal intento; pero luego hizo traer de secreto los caballos y se fué sin hablar á nadie. Don Enrique y don Tello, y los infantes de Aragon fueron tras él; que muchos de los grandes daban en acomodarse con el tiempo y en lisongear y saborear el gusto del rey, un pésimo género de servicio. Solo uno, que era don Gil de Albornoz, cardenal y ántes arzobispo de Toledo, como el que era en todo muy señalado, no dejaba de amonestarle lo que le convenia, y de palabra y por cartas le reprehendia: ocasion y principio de serle pesado y odioso; cuanto las causas de aborrecerle eran mas injustas, tanto era el ódio mayor. Antes deste tiempo con color que tenia en su tierra ciertos negocios tocantes á su casa, alcanzada licencia, se retiró á Cuenca. De allí pasó á Francia do los papas residian, ca tenia por mejor vivir desterrado que traer la vida al tablero por estar el rey enojado, en especial que tres años ántes, como ya se dijo, fuera criado cardenal por Clemente VI. Sucedió á Clemente Inocencio el año pasado, el cual con este prelado consultaba todos los negocios.

El rey y doña María de Padilla desde Montalvan se fueron á Toledo. En Valladolid se consultó de hacerle volver por fuerza: no se le encubrió este trato al rey. Indignóse grandemente contra don Juan Alonso de Alburquerque que fué el que movió esta plática, en tanto grado que para aplacarle le fué necesario darle en rehenes un hijo suyo llamado Gil; en fin con grandisimos ruegos de los grandes se alcanzó que quisiese volver á Valladolid á ver la reina, pero no estuvo con ella sino solo dos dias: tan desasosegado le traia y tan loco el amor deshonesto. Fué fama que le enhechizaron con una cinta, sobre la cual un judío hizo tales conjuros que le parecia al rey que era una grande culebra. Algunos tuvieron sospecha temeraria y desvergonzada que el rey no sin causa se apartó tan repentinamente de su muger doña Blanca sino porque halló cierta traicion de su hermano don Fadrique padre de don Enrique á quien en Sevilla no parió, sino crió una judía llamada doña Paloma; tronco de quien desciende la casa y familia de los Enriquez inserta en la casa real de Castilla, cosas que no me parecen verisimiles, ántes creo que despues que un deshonesto amor se apodera

del corazon y entrañas de un hombre aficionado no hay que buscar otros hechizos, ni causas para que parezca que un hombre está loco y fuera de juicio.

De Valladolid se fué el rey á Olmedo, villa de aquella comarca, y por su mandado vino allí de Toledo doña María de Padilla, sin que mas el rey tuviese memoria ni lástima de la reina su muger. Don Alonso de Alburquerque algunos dias se recogió en ciertas villas fuertes de su estado: despues por miedo que el rey no le hiciese fuerza, se pasó á Portugal. Parecióle que no se podia nada fiar de la fé y palabra de quien tenia en poco la santidad del matrimonio y la religion del sacramento. Don Fadrique maestre de Santiago habia estado mal con el rey desde que hizo matar á su madre: ahora vuelto á su amistad se vino á Cuellar, do entonces la corte estaba. Con su hermano don Tello se casó en Segovia doña Juana hija mayor de don Juan de Lara, llevó en dote el señorío de Vizcaya; favorecieron á este casamiento los deudos de doña María de Padilla con intento de hacerse amigos y tener obligados los hermanos del rey, que ya estaban mal con don Alonso de Alburquerque.

La reina doña Blanca residia en Medina del Campo en compañía de la reina su suegra: pasaba la vida mas de viuda que de casada, con algunos honestos entretenimientos: de allí por mandado del rey fué llevada á Arévalo con órden que no la dejasen hablar con su suegra, ni con ninguno de los grandes. Pusieron por guardas de la que no pretendia huir, á don Pedro Gudiel obispo de Segovia, y á Tello Palomeque caballero de Toledo. Mudó el rey los oficios de su casa, y hizo su camarero á don Diego García de Padilla, hermano de su amiga, dió la copa á Alvaro de Albornoz, y la escudilla á Pero Gonzalez de Mendoza, fundador de la casa de Mendoza (digo de la grandeza que hoy tiene) que entonces en aquella parte de Vizcaya que se llama Alava, poseia un pueblo deste nombre, de que se tomó este apellido de Mendoza: fué hijo deste caballero Diego de Mendoza, que el tiempo adelante llegó á ser almirante.

Estas mudanzas de oficios se hicieron en ódio de don Alonso de Alburquerque que en la casa real tenia obligados á muchos. Lo mismo se hizo en Sevilla donde el rey se fué, venido el otoño; que quitó en el Andalucía muchos oficios que el de Alburquerque á muchos gran-



Por su autenticidad presentamos estos trages de la época tomados de las estatuas yacentes que hemos visto en el convento de Pedralbes á una legua de Barcelona.

des y ricos hombres proveyó el tiempo de su privanza. Así se truecan y mudan las cosas deste mundo: no hay cosa mas incierta, mudable y sin firmeza que la privanza con los reyes especialmente si es grangeada con malos medios. Habíase el rey entregado de todo punto para que le gobernasen, á doña María de Padilla y á sus parientes: ellos eran los que mandaban en paz y en guerra, por cuyo consejo y voluntad el rey y reino se regian. Los grandes y los mismos hermanos del rey, conformándose con el tiempo, caminaban tras los que seguian el viento próspero de su buena fortuna, y á porfía cada uno pretendia con presentes servicios y lisonjas tener grangeada la voluntad de doña María de Padilla, con que se veia el reino lleno de una avenida de torpes y feas bajezas. En el invierno con las grandes y continuas lluvias salieron de madre los rios, especial en Sevilla la creciente fué tal, que por miedo no la asolase calafetearon fuertemente las puertas de la ciudad.

En el principio del año siguiente de 1354 como quier que don Juan Nuñez de Prado maestre de Calatrava en dias pasados se hobiese huido á Aragon por miedo que no le atropellasen, llamado del rey con cartas blandas y amorosas se vino á Sevilla de Almagro, pueblo principal de su maestrazgo. Allí por mandado del rey le prendió don Juan de la Cerda, que ya estaba favorecido y aventajado con nuevos cargos. El mayor delito que el maestre tenia cometido, era ser amigo de don Juan Alonso de Alburquerque, y ser parte en el consejo que se tomó de suplicar al rey volviese con la reina doña Blanca luego que la dejó. No paró en esto la saña, ántes hizo que á la hora eligiesen en su lugar por maestre á don Diego de Padilla sin guardar el órden y ceremonias que se acostumbraban en semejantes elecciones, sino arrebatada y confusamente sin consulta alguna, y al maestre don Juan Nuñez súbitamente le hicieron morir en la fortaleza de Maqueda en que le tenian preso. Dió el rey á entender que le pesaba de que le hobiesen muerto: no se sabe si de corazon, si fingidamente por evitar la infamia y ódio en que podia incurrir con una maldad tan atroz, y descargarse de un hecho tan feo con echar la culpa á otros. Pero como quier que no se hizo ninguna pesquisa ni castigo, todo el reino se persuadió ser verdad lo que sospechaban, que le mataron con voluntad y órden del rey.

Despues desto se hizo guerra en la tierra de don Juan Alonso de Alburquerque, que tenia muchas villas y castillos muy fuertes y bien bastecidos. Cercaron la villa de Medellin que está en la antigua Lusitania: desconfiado el alcaide de podella defender, dió aviso á don Alonso del estado en que se hallaba, y con su licencia la entregó. Asimismo se puso cerco á la villa de Alburquerque, plaza fuerte y que la tenian bien apercebida: así no la pudieron entrar. Levantóse el cerco, y quedaron por fronteros en la ciudad de Badajoz don Enrique y don Fadrique para que los soldados de Alburquerque no hiciesen salidas y robasen la tierra: esta traza dió ocasion á muchas novedades que despues sucedieron.

Fuése el rey á Cáceres: desde allí envió sus embajadores al rey don Alonso de Portugal, que en aquella sazon en la ciudad de Ebora celebraba con grandes regocijos las bodas de su nieta doña María con don Fernando infante de Aragon. Los embajadores, habida audiencia, pidieron al rey les mandase entregar á don Juan Alonso de Alburquerque para que diese cuenta de las rentas reales de Castilla que tuvo muchos años á su cargo; que sin esto no debia ni podia ser amparado en Portugal. Como don Juan Alonso estaba ya irritado con tan continuos trabajos, no sufrió su generoso corazon este ultrage. Respondió con grande brio á esta demanda de los embajadores: que el siempre gobernó él reino y administró la hacienda del rey su señor leal y fielmente: que estaba aparejado para defender esta verdad en campo por su persona: que retaba como á fementido á cualquiera que lo contrario dijese: cuanto á lo que decian de las cuentas, dijo estaba presto para darlas con pago, como se las tomasen en Portugal. Pareció que se justificaba bastantemente: con esto los embajadores fueron despedidos sin llevar otro mejor despacho.

A los hermanos del rey pesaba mucho que las cosas del reino anduviesen revueltas, y estuviesen expuestas para ser presa de cada cual. Pensaron poner en ello algun remedio: la comodidad del lugar los convidaba: acordaron de confederarse con don Juan Alonso de Alburquerque que cerca se hallaba. Enviáronle su embajada, y mediante ella concertaron de verse entre Badajoz y Yelves. Allí trataron de sus haciendas, y consultaron de ir á la mano al rey en sus desatinos y temerarios intentos. Arrimáronseles otros grandes. Las fuerzas no eran iguales á empresa tan grande: solicitaron al infante don Pedro hijo del rey de Portugal para que se aliase con ellos, con esperanzas que le dieron de le hacer rey de Castilla así por el derecho de guerra como el de parentesco, como nieto que era del rey don Sancho hijo de

doña Beatriz su hija. Dejóse de intentar esto á causa que el rey de Portugal luego que supo estas trazas, estuvo mal en ello y lo estorbó. Esta nueva tela se urdia en la frontera de Portugal.

El rey de Castilla con su acostumbrado descuido y desalmamiento echó el sello á sus excesos con una nueva maldad tan manifiesta y calificada que cuando las demas se pudieran algo disimular y encubrir, á esta no se le pudo dar ningun color ni escusa. Doña Juana de Castro viuda muger que fué de don Diego de Haro, á quien ninguna en hermosura en aquel tiempo se igualaba, pasaba el trabajo de su viudez con singular loa de honestidad. El rey que no sabia refrenar sus apetitos y codicias, puso los ojos en ella. Sabia cierto que por via de amores no cumpliria su deseo; procurólo con color de matrimonio. Fingió para esto que era soltero: alegó que no estaba casado con su muger doña Blanca: presentó de todo indicios y testigos; que en fin al rey no le podian faltar. Nombró por jueces sobre el caso á don Sancho obispo de Avila y á don Juan obispo de Salamanca. Ellos por sentencia que pronunciaron en favor del rey, le dieron por libre del primer matrimonio. No se atrevieron á contradecir á un principe furioso: venció el miedo del peligro al derecho y manifiesta justicia. O hombres nacidos no ya para obispos sino para ser esclavos! Asi pasaban los negocios por los desdichados bados de la infeliz Castilla.

Dado que se hobo la sentencia en Cuellar, do el rey era ido, se hicieron con grandísima priesa las bodas. El alcanzar lo que pretendia, al tanto que en las primeras, le causó fastidio. Detúvose muy poco tiempo con la novia: algunos dicen que no mas de una noche. El color fué que los grandes se aliaban contra el rey, y que convenia atajalles los pasos ántes que con la dilacion se hiciesen mas poderosos. Doña Juana de Castro se retrujo en Dueñas: allí cubria su injuria y afrenta con el vano titulo de reina. Destas bodas nació un hijo que se llamó don Juan para consuelo de su madre; juego que fué adelante de la fortuna.

A los principios de las guerras civiles que se tramaban en Castroxeriz villa de Castilla la Vieja, casó doña Isabel hija segunda de don Juan Nuñez de Lara con don Juan infante de Aragon. Llevó en dote el señorío de Vizcaya que el rey quitó á don Tello su hermano, á quien pertenecia de derecho por estar casado con la hermana mayor. La causa del enojo fué estar aliado con los demas grandes. No era cosa justa castigar la culpa del marido con despojar á la inocente muger de su estado patrimonial, si en el reinado de don Pedro valiera la razon y justicia, y se hiciera alguna diferencia entre tuerto ó derecho. En el mismo pueblo doña Maria de Padilla parió á doña Costanza su hija, que adelante casó en Ingalaterra con el duque de Alencastre.

Con los señores aliados se confederaban cada dia otros grandes; en especial don Fernando de Castro, hermano de doña Juana de Castro, por vengar con las armas la injuria que el rey hizo á su hermana, se confederó con ellos. Lo mismo hicieron los ciudadanos de Toledo por estar mal con la locura y desatino del rey, y tener lástima de la reina doña Blanca. Las ciudades de Córdoba, Jaen, Cuenca y Talavera siguieron la autoridad y ejemplo de Toledo: despues se les juntaron los hermanos infantes de Aragon. Favorecian las reinas doña Leonor y doña Maria este partido por parecerles que la enfermedad y locura del rey no se podia sanar con medicinas mas blandas. Desta suerte se abrian las zanjas y se echaban los fundamentos de unas crueles guerras civiles que mucho afligieron á España, y por largo tiempo continuaron; y el cielo abria el camino para que el conde don Enrique viniese a reinar.

CAPITULO XIX.

De la guerra de Cerdeña.

Pareceme será bien apartar un poco el pensamiento de los males de Castilla, y recrear al lector con una nueva narracion; que no va fuera de nuestro intento contar las cosas que en otras provincias de España acontecieron. El rey de Granada Juzeph Bulhagix despues que reinó por espacio de veinte y un años, le mataron este año sus vasallos. El autor principal desta traicion que fué Mahomad, á quien por la vejez llamaron Lago, tio que era de Juzeph, hermano de su padre y hijo de Farrachén señor de Málaga, se apoderó del reino, y le tuvo toda su vida con grandes trabajos y muchas desgracias que le sucedieron, como sea así que nunca sale bien el señorío adquirido con parricidio y maldad. El imperio de los Mo-

ros á grande priesa se iba á acabar por estar los señores dél divididos en bandos, y mudar reyes á cada paso.

Este mismo año el rey de Aragon en Huesca, ciudad antigua en los pueblos Ilergetes, fundó una universidad, y la dotó de suficientes rentas para sustentar á los profesores que enseñasen en ella las ciencias. Haciase esto en tiempo que todo Aragon estaba alborotado, y los pueblos llenos de ruido de armas, y aparejos de guerra que se hacian para pasar con el rey á Cerdeña. Tuvieron un tiempo los Pisanos usurpada esta isla: despues por concesion del papa Bonifacio Octavo los echaron della por fuerza de armas los Aragoneses. Duró entonces la guerra muchos años, en que hobo varios trances: el remate fué á los Aragoneses favorable. Erales muy dificultoso sustentar aquella isla por estar en el mar Mediterráneo lejos de la costa de España, y tener de una parte á Africa y de otra á Génova, tan cerca que solamente está en medio dellas la isla de Córcega como escala, de la cual divide á Cerdeña un angosto estrecho de mar. Los isleños deseosos de novedades, con las esperanzas que concebian temerarias, no les agradaba lo que era mas sano y seguro.

Poseian en aquella isla los Orias, linage nobilisimo de Génova, algunos pueblos. Estos confiados en las voluntades y aficion de la gente de la tierra se pusieron en querer echar de la isla á los Aragoneses con ayuda que para ello les hizo la señoría de Génova. Quejábanse los Ories que sin ser oidos y sin causa bastante les tomaron los Aragoneses á Sacer y Caller, dos fuertes ciudades y cabeceras, que solian ser suyas, y están asentadas en los postreros cabos de la isla. Rompida la guerra, ganaron la ciudad de Alguer, y pusieron cerco sobre Sacer: no la pudieron entrar porque los ciudadanos fueron fidelísimos á los Aragoneses, y la defendieron valientemente hasta tanto que el rey de Aragon les envió en socorro su armada, con que algun tiempo se entretuvo con varia fortuna la guerra.

Los Venecianos, que siempre fueron émulos y enemigos de los Ginoveses, enviaron sus embajadores al rey de Aragon para pedille se aliase con ellos, y juntadas sus fuerzas mejor, castigasen la soberbia y orgullo con que los Ginoveses andaban. Hechas sus alianzas, las armadas de Aragon y de Venecianos tres años ántes deste en el estrecho de Gallipoli junto á la ciudad de Pera, que en aquel tiempo era de Ginoveses, pelearon con gran porfía con las galeras de Génova, no obstante que el mar andaba muy alto, y levantaba grandes olas: fueron vencidos los Ginoveses, y les tomaron veinte y tres galeras; otras muchas con la fuerza de la tempestad dieron en tierra al través. Murió en la batalla Ponce de Santapau general de la armada de Aragon, y se perdieron doce galeras de las suyas. Esta victoria no fué de mucha utilidad, ni aun por entonces estuvo muy cierto cual de las dos partes fuese la vencedora, ántes cada cual dellas se atribuia la victoria.

Los papas Clemente é Inocencio por ver cuan grandes daños se seguian á la cristiandad destas discordias procuraron de apaciguar los Aragoneses y Venecianos con los Ginoveses: rogáronles instantemente hiciesen paces, á lo menos asentasen algunas buenas treguas: enviáronles para este efecto muchas veces sus legados que nunca los pudieron concordar. Estaban tan enconados los corazones que parecia no se podrian sosegar á menos de la total destruicion de una de las partes: á la de los Ginoveses en Cerdeña á esta sazon se allegó Mariano juez de Arborea, príncipe antiguo de Cerdeña, rico y poderoso por los muchos vasallos y allegados que tenia. Este caballero con la esperanza de la presa y ganancia se juntara con Mateo Doria cabeza de bando de los Ginoveses con la mayor parte de los isleños que le seguian. Con esto en brevísimo tiempo se apoderaron de las ciudades, villas y castillos de toda la isla, excepto de Sacer y Caller, que siempre fueron leales á los Aragoneses y se tuvieron por ellos. Llegó el negocio á riesgo de perderlo todo. No tenian fuerzas que bastasen á resistir al enemigo poderoso y bravo en el mar con la armada de Génova, y por ser las voluntades de los isleños tan inciertas é inconstantes.

Sabidas estas cosas en Aragon, se juntó una grande y poderosa armada de cien velas, entre las cuales se contaban cincuenta y cinco galeras. Iban en esta flota mil hombres de armas, quinientos caballos ligeros, y al pie de doce mil infantes, toda gente muy lucida, y de valor para acometer cualquier grande empresa. Hicieron otrosí mochila para muchos dias y matalotage, como se requeria. Vinieron á servir al rey de Aragon muy buenos soldados y caballeros de Alemaña, Inglaterra y Navarra. Todos los nobles del reino se quisieron hallar en esta famosa jornada, señaladamente don Pedro de Exerica, Rugier Lauria, don Lope de Luna, Otro de Moncada y Bernardo de Cabrera, que iba por general del mar, y por cuyo consejo todas las cosas se gobernaban. Juntóse esta armada en el puerto de Ro-

sas: de allí mediado el mes de junio alzaron anclas y se hicieron á la vela. Dejó el rey por gobernador del reino á su tio don Pedro. Tuvieron razonable tiempo, con que á cabo de ocho dias descubrieron á Cerdeña: surgieron á tres millas de Alguer y echaron la gente en tierra. Marchó luego el ejército la via de la ciudad, y tras ellos con su armada por la mar Bernardo de Cabrera.

El rey mostró este dia su valor y buen ánimo, ca iba delante los escuadrones para escoger los lugares en que se asentasen los reales. Hallábase en los peligros, y con su ejemplo animaba á los demas para que en las ocasiones se hobiesen esforzadamente: príncipe que si no fuera ambicioso, y no tuviera tan demasiada codicia de señorear, por lo demas pudiera igualarse con cualquiera de los antiguos y famosos capitanes. Descubriéronse en el mar hasta cuarenta galeras de los Ginoveses, mas para hacer ostentacion con su ligereza que fuertes y bien guarnecidas para dar batalla. El señor de Arborea con dos mil hombres de á caballo y quince mil de á pie asentó su real á vista de los Aragoneses: no osaron dar la batalla porque era gente allegadiza, sin uso ni disciplina militar, no acostumbrados á obedecer y guardar las ordenanzas, y que ni en vencer ganaban honra, ni se afrentaban por quedar vencidos.

Batieron los Aragoneses los muros de dia y de noche con máquinas y tiros y otros ingenios militares. Como el tiempo era muy áspero y la tierra mal sana comenzaron á enfermar muchos en el ejército de Aragon: el mismo rey adoleció; por esto de necesidad se hobo de tratar de acuerdo con el enemigo. Concluyóse la paz con feas condiciones para el rey de Aragon: estas fueron: Que el juez de Arborea y Mateo Doria fuesen perdonados, y se quedasen con los vasallos y pueblos que tenian: demas desto dió el rey al juez de Arborea muchos lugares en Gallura, que es una parte de aquella isla. Desta manera como contra lo que temian por sus deméritos, quedasen los enemigos premiados, para adelante se hicieron mas fieros y desleales. Entregóse la ciudad de Alguer al rey: á los vecinos se dió licencia para que fuesen á vivir donde les pareciese, y en su lugar se avecindaron en ella muchos de los soldados viejos catalanes.

La reina, que en compañía de su marido se halló presente á todo, hacia instancia por la partida. Por esa causa y por la muerte de Oto de Moncada, y de don Philipe de Castro y de otros nobles se apresuraron estos conciertos y se concluyeron en el mes de noviembre. Detúvose el rey en Cerdeña otros siete meses, en que se pusieron en órden las cosas, y se acabaron de allanar los isleños con castigar algunos culpados: el juez de Arborea y Mateo Doria que volvian á intentar ciertas novedades, se sosegaron de nuevo. Asentado el gobierno de la isla, y puesto por virrey en ella Olfo Prochita, volvió la armada en salvamento á Barcelona. El ruido y aparato desta empresa fué mayor que el provecho (1) ni reputacion que se sacó della; pero muchos grandes príncipes no pudieron á las veces dejar de conormarse con el tiempo, ni de obedecer á la necesidad, que es la mas fuerte arma que se halla.

CAPITULO XX.

De los alborotos y revueltas de Castilla.

Despues que el rey de Castilla combatió las villas y castillos de don Juan Alonso de Albur-querque, y le tomó la mayor parte dellos, como quisiese ir á cercar á su hermano don Fadrique que se hacia fuerte en el castillo de Segura, ya que se queria partir para aquella jornada, envió dende Toledo á Juan Fernandez de Hinestrosa á Castilla la Vieja para que trujese presa á la reina doña Blanca, y la pusiese á buen recaudo en el alcázar de Toledo. El color, que era causa de la guerra y de las revoluciones del reino. Fué este mandato riguroso en demasía, y cosa inhumana no dejar á una inocente moza sosegar con sus trabajos. Traida á Toledo, ántes de apearse fué á rezar á la iglesia Mayor con achaque de cumplir con su devocion: no quiso dende salir por pensar defender su vida con la santidad de

(1) La marina de Aragon se hizo temible á todas las naciones marítimas del Mediterráneo: en el combate que dió á 27 de agosto de 1355 perdieron los Genoveses treinta y tres galeras, y tuvieron ocho mil hombres muertos y tres mil doscientos prisioneros.

aquel sagrado templo, como si un loco y temerario mozo tuviera respeto á ningun lugar santo y religioso.

El rey avisado de lo que pasaba, se alborotó y enojó mucho. Dejó el camino que llevaba, vínose á la villa de Ocaña. Hizo que en lugar de su hermano don Fadrique fuese allí elegido por maestre de Santiago don Juan de Padilla señor de Villagera, no obstante que era casado: lo que jamás se hiciera: el antojo del rey pudo mas que las antiguas costumbres y santas leyes. Deste principio se continuó adelante que los maestres fuesen casados, y se quebraron las antiguas constituciones por amor de doña María de Padilla, cuyo hermano era el nuevo maestre. Crecian en el entretanto las fuerzas de los grandes. Vino de Sevilla don Juan de la Cerda para juntarse con ellos. Todos los buenos entraban en esta demanda. Cualquier hombre bien intencionado y de valor deseaba favorecer los intentos destos caballeros aliados.

Demas de su natural crueldad embravecia al rey la mala voluntad que veia en los grandes, y la rebelion de Toledo por ocasion de amparar la reina, sobre todo que no podia ejecutar su saña por no hallarse con bastantes fuerzas para ello. Acudió á Castilla la Vieja para juntar gente y lo demas necesario para la guerra. Con esta determinacion se fué á Tordesillas, do estaba su madre la reina. Los de Toledo llamaron al maestre don Fadrique para valerse dél: vino luego en su ayuda con setecientos de á caballo. Los demas grandes al tanto acudieron de diversas partes, y alojados en derredor de Tordesillas tenian al rey como cercado, con intento de cuando no pudiesen por ruegos, forzarle á que viniese en lo que tan justamente le suplicaban. Esto era que saliese del mal estado en que andaba con la amistad de doña María de Padilla, y la enviase fuera del reino: que quitase de su lado y del gobierno á los parientes de la dicha doña María; con esto que todos le obedecerian y se pasarian á su servicio. Llevó esta embajada la reina de Aragon doña Leonor. Valióle para que no recibiese daño el derecho de las gentes, ser muger, y la autoridad de reina, (y el parentesco que con el rey tenia; volvió empero sin alcanzar cosa alguna.

Con esto los grandes perdieron la esperanza de que de su voluntad haria cosa de las que le pedian; y como la reina y el rey su hijo se saliesen de Tordesillas, dieron la vuelta para Valladolid y intentaron de entrar aquella villa, mas no pudieron salir con ello. Fueron sobre Medina del Campo, y la ganaron sin sangre. Acudió á esta villa el maestre don Fadrique: en ella murió á la sazon Juan Alonso de Alburquerque con yerbas que le dió en un jarabe un médico romano que le curaba, llamado Paulo, inducido con grandes promesas á que lo hiciese, por sus contrarios, y en gracia del rey. Este fin tuvo un caballero como él era, entre los de aquella era señalado. Alcanzó en Castilla grande señorío, puesto que era natural de Portugal, hijo de don Alonso de Alburquerque, y nieto del rey don Dionis. De parte de la madre no era tan ilustre, pero ella tambien era noble. Privó primero mucho con el rey como el que fué su ayo: despues fué dél aborrecido, y acabó sus dias en su desgracia con tan buena opinion y fama acerca de las gentes, cuanto la tuvo no tal en el tiempo que con él estuvo en gracia. Su cuerpo (segun que él mismo lo mandó en su testamento los señores, como lo tenian jurado, le trajeron embalsamado consigo sin darle sepultura hasta tanto que aquella demanda se concluyese.

Enviaron los nobles de nuevo su embajada al rey con ciertos caballeros principales para ver si (como se decia) le hallaban con el tiempo mas aplacado y puesto en razon. Lo que resultó desta embajada, fué que concertaron para cierto dia y hora que señalaron, se viese el rey con estos señores en una aldea cerca de la ciudad de Toro, lugar á propósito y sin sospecha. El dia que tenian aplazado, vinieron á hablarse con cada cincuenta hombres de á caballo con armas iguales. Llegados en distancia que se pudieron hablar, se recibieron bien con el término y mesura que á cada uno se debia; y los grandes aliados conforme y segun se usa en Castilla besaron al rey la mano. Hecho esto, Gutierre de Toledo por su mandado brevemente les dijo: que era cosa pesada, y que el rey sentia mucho, ver apartados de su servicio tantos caballeros tan ilustres y de cuenta como ellos eran, y que le quisiesen quitar la libertad de poder ordenar las cosas á su albedrío: cosa que los hombres, mayormente los reyes, mas precian y estiman, querer bien y hacer merced á los que tienen por mas leales; empero que él les perdonaba la culpa en que por ignorancia cayeran, á tal que despidiesen la gente de guerra, deshiciesen el campo que tenian, y en todo lo al se sujetasen: en lo que le suplicaban tocante á la reina doña Blanca, que haria lo que ellos pedian; sino era que tomaban este color para intentar otras cosas mayores.

Los grandes habido su consejo sobre lo que el rey les propuso, cometieron á Fernando de Ayala que respondiese en nombre de todos. El, habida licencia, dijo: «Suplicamos á »vuestra alteza, poderoso Señor, que nos perdoneis el venir fuera de nuestra costumbre »armados á vuestra presencia: no nos atreviéramos si no fuera con vuestra licencia, y no la »pidiéramos, si no nos compeliera el justo miedo que tenemos de las asechanzas y zalagar»das de muchos que nos quieren mal, de quienes no hay inocencia ni lealtad que esté se»gura. Por lo demas todos somos vuestros: de nos como de criados y vasallos podeis señor »hacer lo que fuere el vuestro servicio y merced. La suerte de los reyes es de tal condicion »que no pueden hacer cosa buena ni mala que esté secreta, y que el pueblo no la juzgue y »sepa. Dicese, y nos pesa mucho dello, que la reina doña Blanca nuestra señora, á quien »en nuestra presencia recebistes por legítima muger, y como á tal le besamos la mano, se »teme mucho de doña María de Padilla que la quiere destruir. Sentimos otrosí en el alma »que haya quien con lisonjas os traiga engañado. Esto no puede dejar de dar mucha pena »á los que deseamos vuestro servicio. Sin embargo tenemos esperanza que se pondrá presto »remedio en ello, mayormente cuando con mas edad y mas libre de aficion echeis de ver y »conozcais la verdad que decimos, y el engaño de hasta aqui. Cuanto es mas dificultoso ha»cer buenos á los otros que á sí mismo, tanto es cosa mas digna de ser alabada el procurar »con grandísimo cuidado de no admitir en el palacio, ni dar lugar á que priven ni tengan »mano sino los que fueren mas virtuosos y aprobados. Muchos príncipes famosos vieron des»lustrado su nombre con la mala opinion de su casa. Qué muger hay en el reino mas noble »ni mas santa que la reina? cuan sin vanidades ni excesos en el trato de su persona? qué »costumbres? cuán suave y agradable condicion la suya? pues en apostura y hermosura »cual hay que se le pueda igualar? Cuando tal señora fuera extraña, cuando nosotros ca»lláramos, era justo que vos la consoláredes y enjugáredes sus continuas y dolorosas lágri»mas, y procurar (si fuese necesario) con vuestras gentes y armas restituilla en su antigua »dignidad, honra y estado. Mirad, señor, no os dejeis engañar de algunos desordenados »gustos, no cieguen de manera el entendimiento que se caiga en algun yerro por donde to»dos seamos forzados á llorar, y quedemos perpetuamente afrentados.»

Esto fué lo que estos caballeros dijeron al rey. No se pudo concluir caso tan grave en aquel poco tiempo que allí podian estar juntos: acordaron que señalasen cuatro caballeros de cada parte para que tratasen de algunos buenos medios de paz. Con esto se acabaron las vistas, y se despidieron. En la ejecucion puso tanta dilacion el rey que se entendió nunca haria cosa buena, en especial que dejadas las cosas en este estado, se partió de Toro para do tenia su amiga. La reina su madre, que de dias atrás era del mismo parecer que estos señores, visto este nuevo desórden, los hizo ir á Toro do ella estaba, y les entregó la ciudad.

Atemorizaron al rey estas nuevas: recelábase no se levantase todo el reino contra él. Por prevenir y atajar los daños volvió á Toro, y en su compañía Juan Fernandez de Hinestrosa, y Samuel Levi, un judío á quien queria mucho, y era su tesorero mayor. Recibióle la reina su madre con muestras grandes de amor: él le dijo que venia á ponerse en su poder y hacer lo que ella gustase. Quitáronle luego las personas que con él venian, y puestos en prision mudaron los principales oficios de la casa real. A don Fadrique hicieron camarero mayor, canciller mayor al infante don Fernando de Aragon, á don Juan de la Cerda alferez mayor, mayordomo á don Fernando de Castro, que casó entonces con doña Juana hermana del rey, y hija de doña Leonor de Guzman, dado que este matrimonio no fué válido, y se apartó adelante por ser los dos primos segundos.

Con esta demostracion de autoridad y acompañalle de tales personas se pretendia que estuviese á manera de preso, sin dalle lugar que pudiese hablar con todos los que quisiese. Esto hecho, teniendo por acabada su demanda, llevaron á enterrar el cuerpo de don Juan Alonso de Alburquerque al monasterio de la Espina, que es de la órden del Cistel en Castilla la Vieja. Quedara para siempre manchada la lealtad y buen nombre de los Castellanos por forzar y quitar la libertad á su natural rey y señor, si el bien comun del reino, y estar él tan mal quisto y disfamado no los escusara. Permitianle que saliese á caza: con esta ocasion y con grandes promesas que hizo á algunos de los grandes, y los grangeó, se huyó á Segovia, en su compañía Samuel Levi, que debajo de fianzas andaba ya suelto, y don Tello, á quien el rey mostraba amor, y aquel dia le tocaba la guarda de su persona: amistad que duró pocos dias.

De aquí resultaron otros nuevos y mayores alborotos. Los infantes de Aragon, y su madre la reina doña Leonor se fueron á la villa de Roa, que el rey se la dió á su tia los mismos dias que estuvo en Toro detenido. Don Juan de la Cerda se partió á Segovia para estar con el rey; don Fadrique á Talavera donde dejara sus gentes, don Fernando de Castro se volvió á Galicia con su muger que llevó en su compañia, don Tello á Vizcaya; don Enrique, y la reina madre se quedaron en Toro para defender la ciudad. Estas cosas acaecieron en el fin del año. En el principio del siguiente que se contó 1355, se hicieron cortes en Burgos, en que se hallaron los infantes de Aragon. El rey se quejó al reino del atrevimiento é insolencia de los grandes: pidió que le ayudasen para juntar un ejército con que los castigar, que no solamente cometieron delito contra él, sino en su persona: tenian eso mismo ofendido y agraviado á todo el reino; que era justo se vengase la injuria hecha á todos con las armas de todos: concedióle el reino un servicio extraordinario de dinero para pagar parte de la gente de guerra.

Mientras estas cosas pasaban en Castilla el rey de Navarra mató en Francia al condestable don Juan de la Cerda hijo menor del infante don Alonso el Desheredado. Parecióle al rey de Francia este hecho muy atroz: sintió mucho que hobiesen malamente y con asechanzas muerto un tal personage que era muy valeroso y su condestable, y á quien él queria mucho y le trataba familiarmente desde su niñez. La ocasion de su muerte fué que el rey le hizo merced del condado de Angulema, al cual el rey de Navarra decia tener derecho. Pretendia otrosí del rey de Francia los condados de Campaña y de Bria: alegaba para esto que fueron de su padre. No quiso el rey dárselos: por esto se enojó grandemente y quebró su ira con el condestable. Envió una noche secretamente unos caballeros suyos, que escalaron la fortaleza llamada de Aigle ó del Aguila en Normandia, en que se hallaba el condestable descuidado en su lecho: allí le mataron en ocho dias del mes de enero. Frossarte historiador francés concuerda en el dia, mas quita dos años de nuestra cuenta.

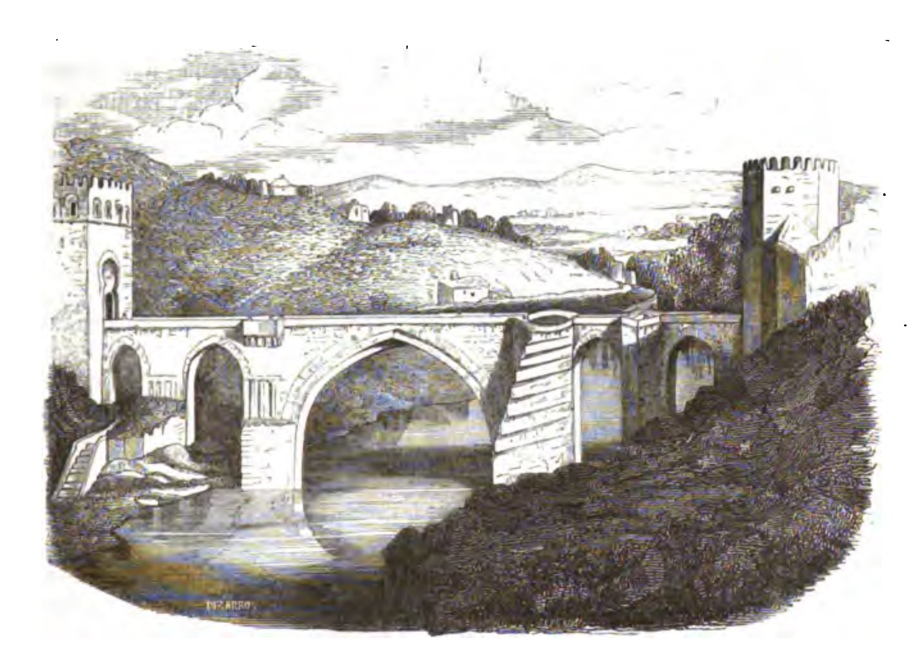
Publicada esta muerte, el rey de Francia no salió en público, ni se dejó hablar por espacio de cuatro dias. Hízose pesquiza, y fué citado el rey de Navarra: pidió en rehenes para su seguridad á Luis hijo del rey; pareció demasías lo que pedia, pero en fin vinieron en ello: con tanto fué á París á responder por sí en juicio. Alegaba que le pretendia el condestable matar: no se probaba este descargo bastantemente; mandóle el rey prender, y por ruegos é importunaciones de su muger y de su hermana viuda le perdonó, si bien se entendia por su condicion feroz no permaneceria en la fé y lealtad mucho tiempo, como en breve se experimentó. Pidió el rey de Francia al reino que le sirviesen con dineros para hacer guerra á los Ingleses: contradijolo el navarro: injuria que sintió grandemente aquel rey como era razon, y la guardó y quedó bien arraigada en su ofendido pecho para vomitarla á su tiempo.

Dijose arriba como don Pedro infante de Portugal tenia de muchos dias atrás amistad y trato con doña Inés de Castro: con esta misma el año pasado se casó clandestinamente con mengua de la magestad real: para quitar esta mancha y reducir y sanar á su hijo la hizo matar el rey en la ciudad da Coimbra. Era cosa injusta castigar la deshonestidad y culpa del hijo con la muerte de la amiga, en especial que le pariera cuatro hijos, es á saber don Alonso, que murió niño, don Juan y don Dionís y doña Beatriz. Luis rey de Sicilia falleció por el mes de julio en la ciudad de Catania: sucedióle su hermano don Fadrique, Simple de nombre, y en la edad, costumbres y entendimiento. El reinado de estos dos reyes hermanos fué trabajado de tempestades, guerras extrangeras y civiles: camino que se abrió al rey de Aragon para volverse á hacer señor de aquella isla. Pero dejemos este cuento por ahora, y volvamos á lo que se nos queda atrás.

CAPITULO XXI.

De muchas muertes que se hicieron en Castilla.

Despedidas las cortes de Burgos, el rey se fué á Medina del Campo. Alli por su mandado fueron muertos dos caballeros de los mas principales, el uno Pero Ruiz de Villegas adelantado mayor de Castilla, el otro Sancho Ruiz de Rojas; mandó otrosi prender algunos otros. A Juan Fernandez de Hinestrosa soltaron los de Toro debajo de pleitesia de volver á la prision, sino aplacase y desenojase al rey, mas no cumplió su promesa. Don Enrique y don Fadrique, juntadas sus gentes en Talavera, se fueron á encastillar en la ciudad de Toledo para prevenir los intentos del rey. Pasado el rio, quisieron entrar por el puente de S. Martin, (1) mas como les resistiesen la entrada algunnos caballeros de la ciudad, dieron vuelta por encima de los montes de que casi toda alrededor está cercada, y llegados á la otra parte de la ciudad, entraron por el puente que llaman de Alcántara. Hizose gran matanza en los judíos, y les robaron las tiendas de merceria que tenian en el Alcana: fueron mas de mil judíos los que mataron, lo cual no se hizo sin nota y murmuracion de muchos á quien tan grande desconcierto parecia muy mal.



Puente de S. Martin.

(1) D. Enrique lo destruyó entonces; pero habia sufrido ya otras vicisitudes. Una grande avenida destruyó hacia 1203 el antiquisimo que existia á poca distancia del actual y del cual aun se encuentran algunas ruinas. De la obra que entonces se hizo se conserva en Toledo memoria de una curiosa anécdota. Cercano el arquitecto á la terminacion de su obra advirtió un grave yerro que habia padecido y que debia arruinarla en cuanto le quitaran las cimbras: comunicó sus temores y pesadumbre á su esposa, quien tomó sin participarselo á su marido la osada resolucion de poner fuego á las maderas como lo hizo de noche viniendo en efecto al suelo todo el arco principal. De la destruccion de don Enrique lo reedificó el arzobispo don Pedro Tenorio, segun manifiesta la inscripcion que hay sobre el arco de la torre á la cabeza del puente. En 1690 fué nuevamente edificado bajo Carlos II: es de tres ojos aun que el rio solo pasa por uno: tiene fuertes torreones y en lo antiguo una capilla erigida por los Genoveses de la ciudad.

Avisado el rey del peligro en que la ciudad estaba, vino á grande priesa ántes que se pudiesen fortificar los contrarios en una plaza de suyo tan fuerte. Con su llegada los hermanos fueron forzados á desampararla con presteza: cosa que les valió no menos que las vidas. El rey vengó su enojo en los ciudadanos, mató algunos caballeros, y del pueblo mandó matar veinte y dos. Entre estos condenados era un platero viejo de ochenta años: un hijo que tenia de diez y ocho, se ofreció de su voluntad á que le matasen á él en cambio de su padre. El rey en lugar de perdonalle, que al parecer de todos lo merecia muy bien por su rara y excelente piedad, le otorgó el trueco y fué muerto: horrendo espectáculo para el pueblo, y misericordia mezclada con tanta crueldad. Los nombres de padre y hijo no se saben por descuido de los historiadores, el caso es muy cierto. Hizo otrosí el rey prender al obispo de Sigüenza don Pedro Gomez Barroso, varon insigne entre los de aquel tiempo y gran jurista: la causa, que favorecia á sus ciudadanos, y á la reina doña Blanca, que envió el rey presa á la fortaleza de Sigüenza.

Asentadas las cosas de Toledo, restaba reducir á su servicio las demas ciudades. Los de Cuenca por estar mas conformes entre sí cerraron las puertas al rey: no se atrevió á usar de violencia por ser aquella ciudad muy fuerte. Criábase entonces en ella don Sancho hermano del rey, y aunque se libró deste peligro presente, pocos dias despues Alvar García de Albornoz, hermano del cardenal don Gil de Albornoz, que le tenia en guarda, le escapó y llevó á Aragon. Púsose cerco á la ciudad de Toro, en que estaba la reina madre, don Enrique y don Fadrique, don Per Estevanez carpintero que se llamaba maestre de Calatrava, y todas las fuerzas de los caballeros de la liga. Durante el cerco que fué largo asáz, en Tordesillas doña María de Padilla parió una hija que fué la tercera, y se llamó doña Isabel. Don Juan de Padilla su hermano maestre de Santiago fué muerto en un rencuentro que tuvo entre Tarancon y Uclés: causóle la muerte la honra y estado en que el rey le puso; venciéronle don Gonzalo Mexia comendador mayor de Castilla y Gomez Carrillo, que favorecian y tenian la parte de don Fadrique. El rey con la edad hecho mas prudente no quiso que se proveyese el maestrazgo por dejar la puerta abierta para que su hermano se redujese á su servicio.



Moneda de D. Pedro I de Castilla.

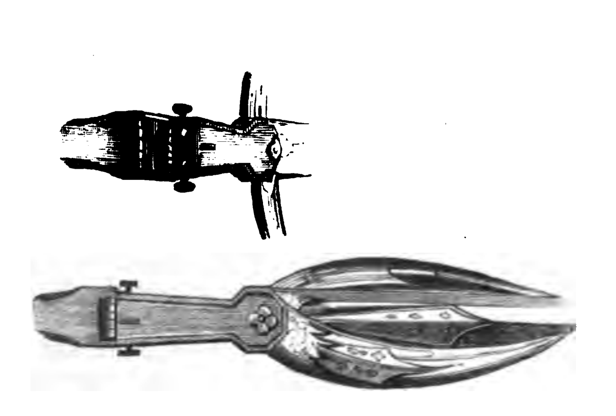
El papa Inocencio por estos dias envió al cardenal de Boloña para que pusiese en paz al rey y á estos grandes. Las cosas estaban tan enconadas que no pudo efectuar nada; solamente alcanzó que soltasen de la prision al obispo don Pedro Gomez Barroso. Don Enrique de Toro se huyó á Galicia, y escapó del peligro que le amenazaba y corria: aunque era mozo tenia sagacidad y cordura, de que dió bastantes muestras en todas las guerras en que anduvo. Don Fadrique, habida seguridad, salió de la ciudad y se fué al rey. Finalmente en cinco de enero del año de **1356** un cierto ciudadano dió al rey entrada por una puerta que él guardaba. Apoderado de la ciudad hizo matar á don Per Estevanez carpintero y Rui Gonzalez de Castañeda, y otros caballeros principales: matáronlos en presencia de la reina madre, que se cayó en el suelo desmayada de espanto y horror de un espectáculo tan terrible. Vuelta en su acuerdo, con muchas voces maldijo á su hijo el rey, y desde á pocos dias (2) con su licencia se fué á Portugal, donde no miró mas por la honestidad que ántes. Ninguna cosa se encubre en lugares tan altos: como tratase amores con don Martin

(2) Segun la *Crónica* aun se hallaba en la ciudad de Toro en 10 de enero del año 1357.

Tello caballero portugués, fué muerta con yerbas por mandado del rey de Portugal su hermano. Algunos afirman que la hizo matar su padre el rey don Alonso el cuarto, ca por fidedignos testimonios pretenden probar vivió hasta el año de mil y trecientos y sesenta y uno: otros mas acertados dicen que el dicho rey murió el año de cincuenta y siete.

El rey de Castilla se fué á Tordesillas, y allí hizo un torneo en señal de regocijo por las cosas que acabara. El lugar y el dia mas prometian placer y contento que miedo; no obstante esto, el rey otro dia de mañana hizo matar á dos escuderos de la guarda de don Fadrique. Cuando él lo supo, tuvo grande temor no hiciese otro tanto con él; mas esta vez no pusieron en él las manos. Este año tembló en muchas partes la tierra con grande daño de las ciudades marítimas: cayeron las manzanas de hierro que estaban en lo alto de la torre de Sevilla, y en Lisboa derribó este terremoto la capilla mayor que pocos dias ántes se acabara de labrar por mandado del rey don Alonso. Algunos pronosticaban por estas señales grandes males que sucederian en España: pronósticos que salieron vanos, pues el reinado del rey de Castilla y él en sus maldades continuaron por muchos años adelante; el pueblo por lo menos hizo muchas procesiones y plegarias para aplacar la ira de Dios.

Tomada la ciudad de Toro, el conde don Enrique por caminos secretos y escondidos se huyó á Vizcaya, do su hermano don Tello con la gente y aspereza de la tierra conservaba lo que quedaba de su parcialidad, ca venció en dos batallas ciertos capitanes que tenian la voz del rey. Desde allí don Enrique se fué en un navío á la Rochela, ciudad de Jantoigne en Francia, para estar á la mira, y esperar en que pararian los humores que removidos andaban. A esta sazon el rey de Navarra en un convite á que le convidó en Ruan Carlos el Delphin y duque de Normandía fué preso por el rey de Francia que de repente sobrevino, y le compelió á que desde la prision respondiese á ciertos cargos que se le hacian: el principal era de traicion, porque favorecia á los Ingleses contra lo que era obligado como príncipe por muchas vias y títulos sujeto á la corona de Francia. Desta manera se





Baston de D. Pedro I de Castilla.

El baston que usaba don Pedro le servia de apoyo y de arma ofensiva: la mitad inferior era una espada y tenia en el punto de engaste con el mango una media luna que servia para resguardo de la mano y para ofender al mismo tiempo. Esta media luna se componia de dos piezas que podian replegarse sobre el baston.

veian en aquel reino divididas las aficiones de los Españoles que en él residian; don Enrique tiraba gages del rey de Francia, don Philipe hermano del rey de Navarra llamaba los Ingleses á Normandía, y se juntó con ellos. Lo mismo hizo el conde de Fox enojado por la injuria, y agravio hecho al rey su cuñado. Así en un mismo tiempo en España y en Francia se temian muchas novedades y nuevas y temerosas guerras.





LIBRO DECIMOSÉPTIMO.

CAPITULO I.

Del principio de la guerra de Aragon.



NA guerra entre dos reinos y reyes vecinos y aliados, y aun de muchas maneras trabados con deudo, el de Castilla y el de Aragon, contará el libro diez y siete: guerra cruel, implacable y sangrienta, que fué perjudicial y acarreó la muerte á muchos señalados varones, y últimamente al mismo que la movió y le dió principio, con que se abrió el camino, y se dió lugar á un nuevo linage y descendencia de reyes; y con él una nueva luz alumbró al mundo, y la deseada paz se mostró dichosamente á la tierra. Póneme horror y miedo la memoria de tan graves males como padecimos. Entorpécese la pluma, y no se atreve ni acierta á dar principio al cuento de las cosas que adelante sucedieron. Embázame la mucha sangre que sin propósito se derramó por estos tiempos. Dése este perdon y licencia á esta narracion, concédasele que sin pesadumbre se lea: dése á los que temerariamente perecieron, y no menos á los que como locos y sandíos se arrojaron á tomar las armas y con ellas satisfacerse. Ira de Dios fueron estos desconciertos, y un furor que se derramó por las tierras.

Las causas de las guerras, mirada cada una por si, fueron pequeñas; mas de todas juntas como de arroyos pequeños se hizo un rio caudal, y una grande avenida y creciente de saña y de enojos. Cada cual de los dos reyes era de ardiente corazon y que no sufria demasías, en las condiciones y aspereza semejables; bien que el de Castilla por la edad, que era menor y mas ferviente, se aventajaba en esto, y en rigor, severidad y fiereza. Quere-

llábase el Aragonés que sus hermanos tuviesen en Castilla guarida, y hallasen en ella ayuda para alborotalle su reino. Sentia asimismo que don Fernando su hermano con color de asegurar al de Castilla que le seria leal, en hecho de verdad por darle á él molestia hobiese puesto guarnicion de Castellanos en las sus fortalezas de Alicante y de Orihuela. Por el contrario el rey de Castilla se quejaba que las galeras de Aragon á la boca de Guadalquivir tomaron ciertas naves que en tiempo de necesidad venian cargadas de trigo, de que resultó mayor hambre y carestía. Quejábase otrosi que los foragidos de Castilla eran recebidos y amparados en Aragon: que los caballeros Aragoneses de Calatrava y de Santiago no querian obedecer á sus maestres que eran de Castilla; en todo lo cual pretendia era agraviado, y decia queria tomar de todo emienda con las armas.

A estos cargos y causas de romper la guerra se allegó otra nueva, y fué en esta manera. El rey de Castilla apaciguado que hobo las alteraciones de Castilla la Vieja, y dada órden en las demas cosas, entrado ya el verano partió á la Andalucía para acabar de sosegar á Sevilla y los demas pueblos de aquella comarca. En Sevilla, fatigado con los cuidados y negocios, para tomar un poco de alivio determinó irse á las Almadrabas en que se pescan los atunes, que es una vistosa pesca y muy gruesa grangería. Hizo aprestar una galera, y en ella se fué desde Sevilla á Sanlúcar de Barrameda. Sucedió estar surgidas en aquel puerto dos naves gruesas. Acaso diez galeras de Aragon que iban en favor de Francia contra los Ingleses sus capitales enemigos, salidas del estrecho de Gibraltar, costeaban aquellas riberas del mar Océano. El capitan de las galeras que se llamaba Francisco Perellos, por codicia de la presa acometió y tomó aquellas dos naves delante los ojos del mismo rey. Pareció este un desacato insufrible. Encarecíanle los cortesanos en grande manera, como gente que deseaba se encendiese alguna guerra con que pensaban acrecentar sus haciendas, y ser mas estimados y honrados que en tiempo de paz, cuando por no ser tan necesarios los estimaban en menos: tal es la condicion de soldados y palaciegos.

Fué Gutierre de Toledo á reñir esta pendencia, y agraviarse del atrevimiento y demasía; mas el capitan aragonés, como quier que era hombre determinado y feroz, sin hacer caso de las amenazas y fieros dió por final respuesta: que aquellas mercadurías eran de Ginoveses, y que por derecho de la guerra las podia tomar por estar con ellos á la sazon rompida en la isla de Cerdeña por grande deslealtad de Mateo Doria Ginovés de nacion. Vista esta respuesta tan resoluta, el rey de Castilla envió al rey de Aragon una embajada con Gil Velazquez de Segovia uno de sus alcaldes. Mandóle representase las quejas arriba referidas. Que mandase restituir los navíos que sus galeras tomaron á tuerto: demas que le entregase al capitan dellas para castigalle conforme á su temeridad y locura.

Aprestaba á la sazon el de Aragon en Barcelona una armada para pasar en Cerdeña contra los rebeldes de aquella isla. Fuéle por esta causa enojosa la demanda de Castilla; respondió empero con blandura y humildad: que él contentaria al rey de Castilla, satisfaria los agravios que le proponia, y echaria de Aragon los Castellanos foragidos; asimismo, que vuelto el capitan, le castigaria segun su culpa mereciese: en lo que tocaba á los caballeros de Santiago y de Calatrava, dijo no pertenecia á su jurisdiccion aquel pleito por ser personas religiosas, y á él seria mal contado, si en sus cosas se empachaba: que se podria tratar con el sumo pontífice como causa y negocio eclesiástico, y lo que se determinase, él mismo lo tendria por bueno y pasaria por ello. No se satisfizo nada Gil Velazquez con esta respuesta, ántes de parte de su rey le desafió y denunció la guerra. Replicó el rey de Aragon: no me parece que esta es bastante causa para romper la guerra entre dos reyes amigos y confederados; mas yo lo dejo al juicio de Dios, que no permitirá pase sin castigo y emienda cualquier insolencia: yo no comenzaré la guerra, pero con la ayuda divina, si me la dieren, ni la rehusaré ni la temo.

Destos principios se vino á las manos. Residian en Sevilla muchos mercaderes Catalanes: todos en un punto fueron presos y confiscados sus bienes. Hicieron en ambos reinos levas de gentes y los demas apercibimientos: acudieron asimismo á procurar socorros de príncipes extrangeros; en particular don Luis hermano del rey de Navarra, que luego que en Francia prendieron al rey su hermano, se volvió á España para proveer á lo de acá, requerido por entrambas partes que se juntase con ellos, no quiso declararse por la una parte ni por la otra, sino como sagaz entretenellos con buenas esperanzas y estar á la mira, dado que de secreto mas se inclinaba al de Aragon como á mas amigo y deudo. Hízose por un mismo tiempo entrada por tres partes en el reino de Valencia. Don Hernando de Aragon pretendia

levantar los de aquel reino, por la parte que en él tenia, y por la memoria de las revoluciones pasadas, cosa en que mas confiaba que en las armas; mas no halló la entrada que él pensaba, ca estaban escarmentados por causa de los males y castigos pasados. Desta manera se entretenia la guerra, y continuaba en los postreros del mes de agosto con daño notable de los campos y aldeas de aquella frontera.

En estos mismos dias se dió en Francia la famosa batalla de Potiers, memorable por la matanza que de Franceses se hizo muy grande por mucho menor número de Ingleses: con que las fuerzas de aquel poderoso reino quedaron de todo punto quebrantadas. El mismo rey de Francia fué preso y Philipe el menor de sus hijos: murieron en el campo Pedro duque de Borbon padre de la reina doña Blanca, Gualter condestable de Francia, Roberto señor de Durazo y pariente del cardenal de Perigueux, que enviado por legado del papa Inocencio para concertar aquellas gentes y asentar las paces, se halló en aquella batalla, sin otros muchos personages de cuenta que allí perecieron. Sucedió aquella desgraciada batalla á diez y nueve dias del mes de setiembre deste año de 1356. Desta jornada resultaron dos cosas notables, y á propósito de nuestra historia. La una, que por órden de algunos vasallos suyos el rey de Navarra se soltó de la prision en que le tenian, y hallada entrada en Paris, se hizo capitan de muchos sediciosos, y alborotó el pueblo para que no acudiesen al Delphin que pretendia buscar socorros y allegar dineros para libertar al rey su padre, no sin grande ofension de aquella gente.

Con esta ocasion el Navarro en una junta que se tuvo en Paris, se querelló públicamente del agravio y afrenta pasada. Dijo que su derecho que tenia á la corona de Francia, era mejor que el de los que la pretendian por las armas, por ser como era nieto del rey Luis Hutin, hijo de su hija, como el inglés fuese hijo de madama Isabel hermana del mismo. No hay duda sino que el Navarro tramaba una nueva tela de discordias, si sus fuerzas fueran iguales á su voluntad y ánimo: en fin hizo tanto que le fueron restituidos sus bienes, y á los pueblos y estado que heredó de su padre, le añadieron el señorío de Mascon y de Bigorra; no pudo empero alcanzar por mas que andaban revueltas las cosas, que le entregasen á Bria, Campaña y Borgoña, estados á que pretendia tener derecho.

Sucedió asímismo que don Enrique conde de Trastamara despues desta batalla, en que se halló y salió salvo, se vino al rey de Aragon convidado con grandes promesas que le hizo. Esta fué la primera puerta que se le abrió, y el primer escalon para venir despues á ser rey de Castilla; este el principio de su prosperidad. La suma de las capitulaciones de los dos fué: que don Enrique se desnaturalizase de Castilla, y hiciese pleito homenage de ser perpetuamente vasallo y amigo del rey de Aragon: que fuesen suyas todas las ciudades y villas, excepto Albarracin, que tuvo el infante don Fernando de Aragon: que el rey le diese sueldo para seiscientos hombres de á caballo y otros tantos infantes que anduviesen debajo de su pendon y bandera.

Entrado el año de nuestra salvacion de 1357, con varios sucesos se hacia la guerra en las fronteras de Castilla y Aragon. Tomaron los Aragoneses á Alicante y los Castellanos á Embite y á Bordalua. Los principales capitanes del rey de Aragon eran el conde de Trastamara don Enrique, don Pedro de Exerica y el conde don Lope Fernandez de Luna; por el rey de Castilla don Fadrique maestre de Santiago, los dos hermanos infantes de Aragon, y don Juan de la Cerda. Servian sus capitanes con mayor fidelidad al rey de Aragon que los suyos al de Castilla: los unos constantes y firmes, y estotros dudosos y como á la mira de lo que resultaria destas guerras; especialmente que en general aborrecian las maldades y aspereza de condicion de su rey. Así al cabo el de Aragon con su buena industria y maña, de que hallo que en esta guerra se valió mas que de sus fuerzas, los vino á traer todos á su servicio y á tenerlos de su parte.

Don Juan de la Cerda y Alvar Perez de Guzman fueron los primeros que se apartaron del servicio del rey de Castilla; que todavía tenian presente la muerte de su suegro don Alonso Coronel señor de Aguilar á quien el rey hizo matar, y ellos eran casados con doña María y doña Aldonza sus hijas. Tenian otrosí miedo que el rey que con una desenfrenada lujuria habia puesto los ojos en doña Aldonza, se la queria tomar á su marido Alvar Perez: asi por ventura fueron dos las causas que compelieron á estos caballeros á apartarse del servicio de su rey, y á que de Seron, de donde hacian la guerra en la raya de Aragon, se pasasen á la Andalucía, en que tenian muchos parientes y amigos y grande estado. Pretendian con su autoridad y presencia levantar y alborotar aquella provincia, como lo co-

menzaron á poner por obra; puesto que era grande confianza y osadia, mas aina temeridad, atreverse á mover guerra civil en el medio y corazon de un reino tan poderoso.

A esta sazon el rey de Castilla con todo su ejército tenia sitiado un castillo de Aragon junto á la raya de Castilla, que se dice Tebal, ó Sisamon como otros dicen. Allí tuvo nueva como estos caballeros, desamparado Seron, se iban al Andalucía: fué luego en pos dellos. Siguiólos algun tanto, mas no los pudo alcanzar, que se fueron como si huyeran por la posta. Volvióse á encender la guerra con mayor furia que de primero. Tomó el rey de Castilla algunos pueblos de poca importancia: con el mismo ímpetu fué sobre Tarazona, ciudad principal, que está cerca de Navarra; ganóla y entróla por fuerza en nueve de marzo. Los ciudadanos perdida la parte alta de la ciudad que era la mas fuerte della, se dieron á partido, salvas las vidas y hacienda: asi los dejaron ir libremente á Tudela. Dijose que esta ciudad la perdieron los Aragoneses por culpa del alcaide Miguel de Gurrea, que la pudiera sustentar mucho mas tiempo, si tuviera mayor corazon y mas sufrimiento; asi por entender que no podria descargarse y satisfacer bastantemente á su rey, se pasó con su casa y familia al reino de Navarra. Pobló el rey la ciudad de soldados Castellanos, y avecindólos en ella; repartióles sus casas, campos y heredades.

El rey de Aragon despues que perdió esta ciudad, no se tenia por seguro dentro de los mismos muros de Zaragoza. Por esta causa con mayor ánsia y cuidado que de ántes, procuró nuevos socorros y ayudas de extrangeros; mayormente que en esta sazon don Juan de la Cerda en el Andalucía fué muerto y desbaratado por el concejo de Sevilla (1), de cuyas gentes fueron capitanes en aquella batalla Juan Ponce de Leon señor de Marchena, y el almirante Gil Bocanegra. Vino de Francia en servicio del rey de Aragon el conde de Fox, y y en su compañía muchos caballeros, soldados de fama. El señor de Labrit su contrario vino al tanto con un buen número de lanzas á ayudar al rey don Pedro de Castilla. El papa Inocencio envió á España á Guillen cardenal de Boloña por su legado para que pusiese paz entre estos dos reinos. Hizo muchas idas y venidas de los unos á los otros con grandísimo trabajo suyo: en fin concertó treguas por un año y tres meses mientras que algunos grandes trataban medios de paz, para lo cual fué nombrado por parte del rey de Aragon Bernardo de Cabrera, y por el de Castilla Juan Fernandez de Hinestrosa. En el entretanto los pueblos que ambas partes ganaran, se pusieron en fieldad y como en tercería en poder del cardenal legado, que puso pena de excomunion contra el primero que quebrantase las treguas.

Concluyéronse estas pláticas en diez y ocho dias del mes de mayo. En este mes murió en Lisboa don Alonso el Cuarto, rey de Portugal, de edad de setenta y siete años, y seis meses: reinó por espacio de treinta y un años, cinco meses y veinte dias: fué enterrado su cuerpo en la misma ciudad junto al altar de la Iglesia Mayor, do sepultaron su muger doña Beatriz. Sucedióle en el reino su hijo don Pedro por sobrenombre el Cruel. Un mes ántes le habia nacido un hijo de doña Teresa Gallega, á quien tenia por amiga, despues que su padre hizo matar á doña Inés de Castro. Era doña Teresa muger muy apuesta, por lo demas ninguna otra gracia tenia porque mereciese ser querida. Llamaron á su hijo don Juan, á quien los cielos tenian determinado de entregar el reino de su padre y abuelos, como se dirá adelante en su debido lugar. Volvamos á las cosas de Aragon y Castilla.

Hechas las treguas, los Aragoneses entregaron al cardenal legado los pueblos y fortalezas que tenian de Castilla: hiciéronlo de mejor gana por ser pocas las que ellos ganaran. El rey de Castilla si bien consintió en todas las demas capitulaciones, nunca se pudo acabar con él que quisiese sacar de Tarazona los soldados Castellanos que nuevamente hizo avecindar en ella. Mientras estas cosas se concluian, fuese á la ciudad de Sevilla para apaciguar las revueltas del Andalucía, y juntar una buena armada con que hacer guerra en los pueblos marítimos de Aragon luego que espirase el tiempo de las treguas; la paz ni la esperaba, ni aun la deseaba. En Sevilla dióse tanto á los amores de doña Aldonza Coronel que en su respeto no hacia ya caso de doña Maria de Padilla: cuán poco duran las privanzas y favores! cuán ciega é indómita bestia es un hombre sujeto á sus pasiones! ningunas dificultades ni trabajos eran bastantes para poder apartar al rey don Pedro de sus deleites y torpezas.

Cansado pues y mohino el legado de sus cautelas y marañas le descomulgó y puso en to-

(1) Le hizo prisionero, y el rey luego que lo supo le mandó matar.

da Castilla entredicho; todavia pareció que el legado en esto procedió con mas priesa y cólera de la que en tan grave caso se requeria: por esta causa el papa le envió á llamar, y le hizo salir de España. Todas eran trazas y mañas del rey de Aragon por hacer mas odioso al de Castilla, y que le tuviesen por un mal hombre, sacrílego y descomulgado, ca pretendia con esta infamia y mala opinion que los de su reino le desamparasen: maña en que ponia mas confianza que en su valor y fuerzas. Sucedióle al rey de Castilla otro nuevo disgusto. Tenia en su poder á doña Juana muger de su hermano don Enrique. Pedro Carrillo un caballero criado suyo tuvo manera para la sacar de Castilla y la llevó á Aragon y la entregó á su marido. Con esto se acabó de perder la esperanza que de paz podia quedar entre los dos hermanos. Los otros dos don Fadrique y don Tello tenian gana de rebelarse: ninguna otra cosa los detenia para que no se pasasen al de Aragon, sino que entendian no les podria dar igual recompensa á los grandes estados que dejaban en Castilla.

Esta tardanza en este mismo tiempo fué dañosa y mortal á muchos. Don Fernando de Aragon estaba en esta coyuntura en guarnicion de la villa de Jumilla, que él en aquella frontera ganára á los Aragoneses: tenia sus tratos secretos con Bernardo de Cabrera: en fin se pasó al rey de Aragon porque se le concedió la procuracion del reino y la restitucion de su estado; que en tiempo tan apretado y de tanta necesidad nada parecia demasiado. La rebelion de don Enrique y de don Fernando, como dió la vida á los Aragoneses, así causó la muerte á los hermanos de ambos, como adelante se verá. En Cerdeña en estos dias las cosas se mejoraban con la muerte de Mateo Doria que sucedió á buen tiempo, y el rey de Aragon se concertó con sus sucesores. Mariano el juez de Arborea no se acababa de sosegar, puesto que con tan gran pérdida como la de Oria poco se adelantaba su partido. La mayor parte de Sicilia en este mismo tiempo tenian ocupadas las guarniciones y soldados del rey Luis de Nápoles: Palermo y Mecina dos principales ciudades de aquella isla eran suyas. Don Fadrique llamado el Simple, que dos años ántes sucedió en aquel reino á su hermano el rey don Luis, era de poca edad, de corto ingenio y menos fuerzas y poder. El titulo de rey conservaba en sola la ciudad de Catania con cortas esperanzas á causa que volvia á revivir la parcialidad francesa, y tenia por vecinos á los reyes de Nápoles, y los isleños le eran desleales.

Con esto en tanto grado perdió el ánimo y esperanza de poder defenderse y sustentar su reino, que hizo donacion de Sicilia, Atenas y Neopatria á su hermana doña Leonor muger del rey de Aragon. Desta donacion envió al rey marido della escrituras públicas y auténticos instrumentos para convidarle y animarle á que le enviase sus gentes y armada con que defender á Sicilia. El rey de Aragon quisiera acudir á su cuñado, mas tenia tanto que hacer en su casa con una tan pesada y peligrosa guerra, y llena de grandes dificultades, que no pudo ayudar como quisiera á las cosas de Sicilia, que llegaron á término de estar de todo punto perdidas. El esfuerzo y lealtad de don Artal de Alagon conde de Mistreta y maestre justicier de Sicilia, que hizo rostro á los enemigos y los venció en una batalla en que mató muchos dellos, y hizo justicia de algunos del reino culpados, las entretuvo. La deslealtad de otros fué vencida con algunas mercedes que les hicieron; que en fin dádivas todo lo acaban y ablandan.

CAPITULO II.

De las muertes de algunos señores de Castilla.

El ardiente deseo de vengarse llevaba al despeñadero á los reyes de Castilla y de Aragon sin cuidar de lo bueno y justo, y sin que echasen de ver lo que en el mundo se podria decir dellos; en que se empeñaron de suerte que no tuvieron empacho de llamar los Moros en su ayuda. El rey moro de Granada envió golpe de gente de á caballo en favor del rey de Castilla con quien meses ántes se aviniera. El de Aragon llamó de Africa al rey de Marruecos para oponerle á su enemigo, balanzar las fuerzas y estar con él á la iguala: acuerdo infame y traza vergonzosa á la religion cristiana. Quejóse gravemente dello por sus cartas el padre santo Inocencio, y entre otras razones les escribió que se maravillaba mucho que el deseo de hacerse daño llegase á tanto estremo que no tuviesen miedo de traer á su tierra una peste tan contagiosa y mala, con que y con menor ocasion en otro tiempo se asoló y destruyó toda España. Fuera este cuidado y diligencia del pontifice buena y á buen tiempo;

mas las orejas los reyes tenian con un exceso de pasion y enojo de tal manera tapadas, que no oyeron sus paternales, santas y saludables amonestaciones.

Los grandes que seguian la opinion de Castilla, fueron por los Aragoneses solicitados, y aun persuadidos á que se pasasen á su parte. El primero el infante don Fernando de Aragon: la misma naturaleza inclinaba á que en este riesgo quisiese ántes favorecer á su hermano que al rey de Castilla su primo. Tuvo sus hablas secretas en la villa de Jumilla que ganara en esta guerra, como se tocó ya, y finalmente por la buena diligencia y persuasiones de Bernardo de Cabrera se pasó á su hermano el rey de Aragon. No pudieron estar secretos tratos de tan grande importancia: así en el principio del año de 1358 el maestre de Santiago don Fadrique tomó por fuerza de armas á Jumilla y la sacó del poder de los Aragoneses. Hecho esto, vínose el maestre á Sevilla; y entrado en el alcázar, por mandado del rey su hermano delante de sus ojos fué cruelísimamente muerto por unos ballesteros de maza del rey (1). Este fué el premio y mercedes que le hizo por el buen servicio que le acababa de hacer, bien es verdad que se sabe de cierto no andaba muy sosegado, y que trataba de pasarse á Aragon: sospecho que este trato debió de venir á noticia del rey, y que por esta causa se le aceleró la muerte.

Luego que fué muerto don Fadrique, se partió el rey á grande priesa á Vizcaya: las manos que ya tenia tintas en la fraternal sangre, queria en aquella provincia volverlas á ensangrentar con otro semejante ejemplo de severidad. Sospechólo su hermano don Tello, y huyóse á Francia en un navío, y de allí se fué á Aragon para vengar con las armas su injuria y la muerte del hermano. No faltó otro desdichado en quien en su lugar el cruel rey ejecutase su saña. Ido don Tello, el infante don Juan de Aragon, á quien se debia el señorio de Vizcaya por ser casado con doña Isabel hija de don Juan Nuñez de Lara, y tam-



(1) El alcázar de Sevilla es obra del reinado de Nazar en 1181 segun una inscripcion del salon de Embajadores Entre las muchas agregaciones y trabajos hechos posteriormente en él, merece especial atencion la portada interior profusamente adornada con labores arabescas, construida por don Pedro, y el patio principal con 104 columnas todo de mármol, obra de Cárlos I. De todas sus salas lo que mas sorprende por sus dimensiones, pavimento, ricos entallados y preciosos artesonados de oro es la de Embajadores. — La tradicion asegura que en la entrada del Salon de Embajadores, cuya vista presentamos, es donde fué asesinado don Fadrique, y no falta quien asegure que unas vetas rojizas que se ven en el suelo son manchas de su sangre.

bien el rey á la partida de Sevilla se le prometió, le suplicó fuese servido de dársele, pues con la huida de don Tello quedaba sin dueño y desamparado.

El rey ó porque le apretó mucho con esta demanda, ó por saber que era de acuerdo con los demas grandes que se eran pasados á Aragon, en Bilbao, do á la sazon estaban, le hizo matar á sus maceros; y aun escribe un autor que él mismo le acabó de un golpe de javalina que le dió con su propia mano: abominable crueldad. Su cuerpo le hizo echar de una ventana abajo, y caido en la plaza, dijo á muchos Vizcainos que le miraban: Veis ahí á vuestro señor, y al que demandaba el estado de Vizcaya. Mandóle despues llevar á Burgos, mas ni le dió sepultura, ni se le hicieron las debidas honras ni obsequias, ántes por mandado del rey lo echaron en lo profundo del rio, que nunca mas pareció: con esto echó el sello y acabó de suplir lo que á un caso tan atroz faltaba de crueldad, que era vengarse en el cuerpo de su primo hermano tan malamente muerto. Con la misma furia á la reina doña Leonor su tia madre del infante, y su infelicísima muger doña Isabel las hizo prender en Roa, y llevarlas dende presas al castillo de Castroxeriz.

Prosiguióse por todo el reino una grande carnicería; y de diversas partes le trujeron á Burgos seis cabezas de caballeros principales, que fueron para él un espectáculo tan grato y apacible cuanto era horrendo y miserable á los hombres buenos que le miraban. Tenia tambien determinado de matar otros muchos en Valladolid, si no se lo estorbara la entrada que repentinamente hicieron en Castilla don Enrique y el infante don Fernando: don Enrique destruia y asolaba la tierra de Campos, de Soria y Almazan: don Fernando hacia cruel guerra en el reino de Murcia. A entrambos incitaba el justo sentimiento de la muerte de sus hermanos, y el grave dolor que su memoria les causaba, los encendia en cólera y deseo de vengarlos y satisfacerse con las armas.

El rey de Castilla con miedo de la entrada que estos caballeros hicieron en su reino, se fué al Burgo de Osma para proveer lo necesario á esta guerra. De allí en el principio del mes de julio envió un ballestero de maza al rey de Aragon á quejarse porque le habia rompido malamente la tregua, y faltando á su verdad, hacia que sus gentes le entrasen en su tierra estando él descuidado y desapercebido con la seguridad de su palabra. A esto respondió el rey de Aragon que él era forzado á tomar las armas por el desafuero que él le hacia en no cumplir las condiciones de las treguas, demas que con la toma de la villa de Jumilla él primero las quebrara: que cualquiera dellos fuese el culpado, era cosa muy inhumana é injusta que pagase sus disgustos la sangre inocente de tantas gentes: que seria mejor que estas diferencias se acabase por combate de veinte con veinte ó cincuenta con cincuenta, ó de ciento con ciento (2).

En esta forma el rey de Aragon desafió al de Castilla con grandes amenazas y palabras de mucha confianza. Su enemigo como quier que era mas poderoso, y de grande corazon, ningun caso hizo de sus fieros y desafio. Envió á don Gutierre Gomez de Toledo, á quien pocos dias ántes dió el priorato de S. Juan, á que pusiese cobro en las cosas del reino de Murcia: á otros despachó á diversas partes, segun que le pareció convenia á la buena administracion de la guerra. El se partió á gran priesa á Sevilla: tenia allí puesta en órden una armada de doce galeras con las cuales se juntaron otras seis que vinieron de Génova. Con esta flota se determinó correr toda la costa del reino de Valencia, acometer y dar un tiento á las villas y ciudades marítimas. Fueron sobre Guardamar villa del infante don Fernando, que ganaron por fuerza de armas. No se tomó el castillo, porque sobrevino súbitamente una borrasca tan furiosa que dieron las galeras al través en tierra, y las hizo pedazos, solamente escaparon dos que por buena suerte se acertaron á hallar en alta mar.

Con tan grande y no pensado infortunio el fiero y soberbio corazon del rey no desmayó ni se quebrantó, ántes quemó el pueblo y las galeras destrozadas, y levantado el ejército, se fué por tierra á Murcia. Dende á pocos dias que llegó á aquella ciudad, envió á Sevilla á Martin Yañez privado suyo con órden que hiciese labrar otra nueva armada; y él juntado que tuvo de todas partes su ejército, se partió para Almazan do tenia muchos hombres de armas. Entró por aquella parte en las tierras de su enemigo: ganóle algunas villas y castillos así de los que tenian los Aragoneses en Castilla, como otros del reino de Aragon, y principalmente se hizo cruel guerra en el estado de don Tello. En fin del otoño se volvió el rey

(2) Los embajadores presentaron este duelo ante el papa Inocencio en la forma siguiente: «Si el rey don Pedro de Castilla osa firmar que no, es traidor: el rey de Aragon mi amo se lo probará combatiendo dos á dos.»

á Sevilla con intento de en pasando el invierno juntar una grande flota y hacer la guerra por el mar, ca le parecia que se haria desta manera mayor daño al enemigo: para este efecto su tío el rey de Portugal le envió diez galeras y tres el de Granada.

Este año fué señalado por el nacimiento de doña Leonor hija del rey don Pedro de Aragon, y de don Juan hijo de don Enrique, los cuales tenia Dios determinado que se ayuntasen en matrimonio y heredasen los reinos de Castilla. Nació doña Leonor en veinte dias del mes de febrero, y don Juan asímismo en veinte del mes de agosto. En este mismo año en las cortes de Valencia se estableció que las años no se contasen como solian por la era de César, sino por el nacimiento de Cristo. En el principio del año siguiente de 1359 el rey de Aragon puso cerco sobre Medinaceli, pueblo puesto en los confines de los antiguos Celtíberos, Carpetanos y Arevacos, que en tiempo antiguo fué una grande ciudad, mas en este solo era una mediana villa; empero fuerte por su sitio natural y por tener dentro buena guarnicion de gente que la defendió valerosamente, tanto que fué forzado el aragonés á volverse á Zaragoza sin empecerles, ni dejar hecha cosa que fuese de mucha consideracion ni momento. Estaba el rey de Castilla para ir á socorrer á Medinaceli cuando tuvo aviso que era llegado á Almazan el cardenal Guido de Boloña. Legado del papa Inocencio. Dióle el rey audiencia en esta villa: el legado de parte del papa le dijo que sentia tanto el padre santo hobiese guerra entre él y el rey de Aragon, y le tenia puesto en tan gran cuidado, que si no fuera por su mucha edad y por otros gravísimos negocios de la iglesia que se lo estorbaron, él mismo en persona viniera á poner paz entre ellos y hacerlos amigos. Que los reyes de Castilla siempre fueron columna de la iglesia, amparo y defensa no solamente de España, sino de toda la cristiandad; pero que visto como al presente, olvidado de todo punto de la guerra de los Moros, se ocupaba en hacerla á un príncipe cristiano, vecino y pariente suyo, no podia dejar de recebir grandísima pena y dolor: que cuando saliese con la victoria, ántes ganaria ódio y infamia que honra ni provecho alguno: que á ambos con paternal amor les rogaba, y de parte de Dios les amonestaba que tantas gentes, tesoros y armas los empleasen contra los enemigos de nuestra santa fé; si así lo hiciesen, su divina magestad les daria en las manos muy honradas y señaladas victorias como las alcanzaron sus antepasados, esclarecidos reyes.

Respondió á esto el rey que se recelaba de pláticas de paz por causa que el rey de Aragon le engañó ya una vez con color della y muestra de querer amistad: asi que estaba determinado y con entera resolucion de no venir en concierto ni acuerdo alguno, si no fuese que ante todas cosas echase de su reino los Castellanos foragidos, y restituyese á la corona de Castilla las ciudades de Orihuela y Alicante, y otros pueblos de aquella comarca, que en el tiempo de las tutorias de su abuelo el rey don Fernando los Aragoneses contra razon y justicia usurparon: demàs que por los gastos hechos en esta guerra el rey de Aragon le contase quinientos mil florines. El legado oido lo que decia el rey, fué á verse con el de Aragon: llevaba alguna esperanza de poderlos concertar, pues se comenzaba á hablar en condiciones.

El rey de Aragon oida la demanda, se escusaba y acusaba al enemigo como es ordinario. Decia: que el de Castilla fué el primero que sin justa causa movió la guerra: que no era cosa razonable ni se podia sufrir le pidiese, y él diese lo que heredó de sus padres y abuelos; ni tampoco á él le seria bien contado si menoscabase ó enagenase parte alguna de sus reinos: que este pleito en otro tiempo se litigó ante jueces árbitros, y oidas las partes pronunciaron sentencia en favor de Aragon; sin embargo, para mayor satisfaccion, y dar á todo el mundo á entender su justicia, él dejaria esta causa de nuevo en las manos del padre santo. Gastábase el tiempo en demandas y respuestas sin concluirse nada. Era lástima grande ver como estas dos nobles naciones corrian furiosamente á su perdicion, sin que nadie los pudiese reparar ni poner en paz, ni fuese siquiera parte para hacelles sobreseer la guerra con algunas treguas. Si hablaban en ellas, el rey de Castilla se escusaba con las grandes expensas y gastos hechos en juntar una gruesa armada que tenia à la cola, y aprestada para acometer las tierras marítimas de Aragon.

CAPITULO III.

Que la armada de Castilla hizo guerra en la costa de Aragon.

Dejadas pues las pláticas de paz, volvió á encruelecerse la guerra, renováronse las muertes y crecieron los ódios. El rey de Castilla estando en Almazan, procedió contra el infante don Fernando y contra los dos hermanos don Enrique y don Tello, y aunque ausentes, por sentencia que pronunció contra ellos, los declaró por rebeldes y enemigos de la patria. Con esto se acabó de perder la poca esperanza que les restaba de que se podrian concordar, mayormente que el rey hizo matar en la prision á la reina doña Leonor (1): hecho sin duda cruel y detestable, puesto que fuera muy culpada y mereciera muchas muertes: tanto mayor inhumanidad y fiereza lavar la culpa de los hijos con la sangre de su madre, sin tener respeto á que era muger, reina y tia suya. Doña Juana y doña Isabel de Lara hermanas y señoras de Vizcaya le fueron compañeras en este último trabajo: doña Juana fué llevada á Sevilla, donde pocos dias despues la hizo morir; á doña Isabel la mandó llevar con la reina doña Blanca, que en el mismo tiempo la hizo pasar del castillo de Sigüenza en que la tenia presa, á Jerez de la Frontera, que fué dilatar la muerte de ambas por pocos dias. La culpa de sus maridos don Tello y don Juan de Aragon descargó sobre las que en nada le erraron: así iban los temporales.

Estaba el corazon del rey tan duro y obstinado que ningun motivo por tierno y miserable que fuese, era poderoso para hacerle enternecer ó ablandar: parecia que le cegaba la divina justicia para que no huyese el cuchillo de su ira, que tenia ya levantado para descargalle sobre su cruel cabeza; con todo eso no dejaba de importunar con ruegos y plegarias á los santos patrones del reino que Dios tenia ya para otro guardado. Hacia estos votos al tiempo que se queria embarcar en la armada que tenia aprestada en Sevilla, en que se contaban cuarenta y una galeras, y ochenta naves tan bien bastecidas y municionadas, y con tanta caballería y gente de guerra, que era para poderse con ella intentar cualquier grande empresa: defendieron esta vez el reino de Aragon y le libraron los ángeles de su guarda, y la concordia grande que hobo entre los Aragoneses. Fueron adelante siete galeras á las islas de Mallorca y Menorca: descubrieron en el camino una gran carraca de Venecianos, y la tomaron no con otro mejor derecho sino porque se puso en defensa. Llevada á Cartagena, para que del todo este agravio no tuviese escusa ni descargo, el codicioso y hambriento rey le tomó muchas y muy ricas mercadurías de que venia cargada: el resto de la armada fué sobre Guardamar, y ganó la villa y castillo por combate. Desampararon los Aragoneses á Alicante por no se sentir con las fuerzas y municiones que eran menester para poder defender aquella plaza.

Iban en esta flota con el rey el almirante don Gil Bocanegra, el maestre de Calatrava y Diego Gonzalez hijo del maestre de Alcántara don Gonzalo Martinez, y otros muchos grandes y señores de todo el reino. Don Gutierre de Toledo prior de S. Juan quedó para con buen número de caballeros y soldados guardar estos pueblos que se ganaron; con lo demas de la armada se fué el rey á Tortosa. Salió el cardenal legado de aquella ciudad, y se vió con él en su galera á la boca del rio Ebro: dióle un tiento para el negocio de la paz, que fué tan sin fruto como las veces pasadas. De allí se fué la vuelta de Barcelona: surgió en aquella playa en diez y nueve dias del mes de mayo. Halló en ella doce galeras de Aragon, acometió por dos veces á tomallas: no lo pudo hacer, ni dañallas mucho por estar muy llegadas á la tierra, con que los ciudadanos con grande gallardía las defendieron.

Burlado pues de su intento partió con la flota para las islas que por allí caen: aportó á la de Ibiza: un lugar que tiene del mismo nombre, aunque fué reciamente combatido con tiros y máquinas de guerra, por estar en un sitio muy fuerte no pudo ser tomado. En el entretanto el rey de Aragon juntó con mucha presteza una armada de cuarenta galeras de los puertos mas cercanos á Barcelona: pasó con ella á Mallorca con deliberacion de pelear con la armada de Castilla. En esta isla se quedó el dicho rey por grandes importunaciones de sus caballeros que le suplicaron no quisiese arriscar su persona, y con ella el bien y salud del reino, ni ponello todo al riesgo y trance de una batalla. Movido con sus ruegos envió á

(1) Don Pedro IV de Aragon dice que ningun vasallo de Castilla quiso ejecutar órden tan cruel, y fué necesario que el rey encomendara á unos Moros su ejecucion.

Bernardo de Cabrera su almirante y al vizconde de Cardona con órden que peleasen con la flota del enemigo, que con estas nuevas, levantado de sobre Ibiza, era ido á Calpe con la misma resolucion de pelear. La armada de Aragon se entró en la boca del rio que desagua en el mar junto á Denia: pienso es el rio Júcar, que corre por aquella comarca.

Ambas flotas daban muestra de tener gran deseo de la batalla, el recelo era no menor; así quedó por todos el venir á las manos: con esto se fué en humo todo aquel ruido y asonadas de guerra tan bravas. El Aragonés se recogió á Barcelona en veinte y nueve dias de agosto: el rey de Castilla dende Cartagena envió su armada á Sevilla, y él se partió por tierra á Tordesillas por ver á doña María de Padilla que en aquella villa le parió un hijo por nombre don Alonso. El contento que el rey tuvo por su nacimiento muy grande, le duró muy poco, y se le volvió en pesar con su temprana muerte. A don Garci Alvarez de Toledo, que ya era maestre de Santiago despues de la muerte de don Fadrique, le encargó el rey la crianza deste niño y le hizo su ayo.

En las faldas del monte Cauno, que hoy se llama las sierras de Moncayo, se estienden los campos de Araviana, bien nombrados y famosos en España por la lastimosa muerte que en tiempos antiguos sucedió en ellos de los siete nobilísimos hermanos llamados los infantes de Lara. En estos campos don Enrique y su hermano don Tello con setecientos Aragoneses de á caballo que llevaban, se encontraron con los capitanes de la frontera de Castilla: venidos á las manos, pelearon muy esforzadamente: fueron los de Castilla vencidos y desbaratados: quedaron tendidos en el campo al pie de trecientos hombres de armas, y muertos y presos muchos y muy nobles caballeros. Entre los otros fué muerto su capitan Juan Fernandez de Hinestrosa, y don Fernando de Castro se escapó á uña de caballo: dióse esta batalla en el mes de setiembre. El pesar y enojo que el rey de Castilla recibió por este desman, fué tal que como fuera de sí y furioso por vengar su ira, y hartar su corazon, mandó matar á dos hermanos suyos que tenia presos en Carmona, á don Juan que era de diez y ocho años, y á don Pedro que no tenia mas de catorce, sin que le moviese á piedad la buena memoria de su padre el rey don Alonso, ni á misericordia la inocencia y tierna edad de dos inculpables hermanos suyos: ningun afecto blando podia mellar aquel acerado pecho.

Asombró esta crueldad á todo el reino: hízose el rey mas aborrecible que ántes: refrescóse la memoria de tantas muertes de grandes y señores principales como sin utilidad ninguna pública, ni particular injuria suya, ejecutó en pocos años un solo hombre, ó por mejor decir una carnicería cruel y fiera bestia, tan bárbara y desatinada, que no tuvo miedo de en un solo hecho quebrantar todas las leyes de humanidad, piedad, religion y naturaleza. Temblaban de miedo muchos ilustres varones, nadie se tenia por seguro, no habia conciencia tan sin mancha ni reprehension, que no temiese cualquier castigo de lo que ni por pensamiento le pasaba. Visto pues el grande peligro en que tenian sus vidas en Castilla, muchos prudentes y nobles caballeros se determinaron de asegurarlas en el reino de Aragon, escarmentados en tanto número de cabezas de hombres señalados.

No faltó en estos dias otra ocasion en que el rey mostrase la dureza de su injusto pecho. Tuvo aviso que doce galeras Venecianas habian de pasar forzosamente el estrecho de Gibraltar: envió veinte galeras para que las aguardasen y prendiesen en el estrecho. Quiso su suerte que al tiempo que pasaban, se levantase una recia tempestad: no fueron vistas de las galeras de Castilla, y así se libraron del peligro y daño que les tenia aparejado. Parecia que deseaba tener nueva ocasion de hacer guerra á los Venecianos no con mas justa causa de que queria con otra nueva maldad irritar aquella señoría, á quien poco ántes tenia agraviada con la toma de la carraca de sus mercaderes.

Grande porfía y trabajo puso el cardenal legado para que se volviese á tratar de paz, como se hizo en el principio del año de 1360. Enviáronse de ambas partes sus embajadores con poderes cumplidos para poderla efectuar con cualesquier capitulaciones: estuvieron cerca de concordarse. Blandeaba el de Castilla á causa que en la batalla de Araviana faltaron muchos caballeros Castellanos, otros cada dia se pasaban al rey de Aragon: entre los demas fueron Diego Perez Sarmiento adelantado mayor de Castilla, y Pedro de Velasco no menos noble y rico que el adelantado. Andaban las pláticas de la paz, pero ni en Tudela ni en Saduna, donde poco despues se volvieron á juntar los comisarios para tratar de las paces, no se concluyó ni hizo nada: los Aragoneses con los buenos sucesos se hallaban mas animados, el rey de Castilla con las pérdidas y desastres aun no perdia del todo su primera fiereza, no obstante que por faltarle tantos amparos y amigos andaba dudoso sin saber á

que parte se arrimar: vacilaba entre los pensamientos de paz y de la guerra, no sabia de quien fiarse: así cada dia mudaba los capitanes y otros oficiales. En este miserable estado se hallaba este rey, bien merecido por su sangrienta y terrible condicion.

CAPITULO IV.

De la muerte de la reina doña Blanca.

De tal manera andaban los tratos de la paz, que en el interin no se alzaba la mano de la guerra, ántes hacian nuevas compañías de soldados, buscaban dineros, pedian socorros extrangeros, y en todo lo al se ponia gran diligencia, especialmente de parte del rey de Aragon; que el de Castilla principalmente cuidaba y se ocupaba en vengarse y hacer castigos en sus nobles. Con este pensamiento partió de Sevilla para Leon por prender á Pero Nuñez de Guzman adelantado mayor de Leon. No salió con su intento á causa que el Adelantado fué avisado por un escudero suyo de la venida del rey, y se huyó á Portugal. Despues desto un dia que Per Alvarez Osorio comia en Leon con don Diego García de Padilla maestre de Calatrava de quien era convidado, por órden del rey le mataron allí en la mesa dos ballesteros de maza suyos, sin que el maestre supiese cosa alguna deste hecho. Pasó de Leon á Burgos: allí con semejante crueldad hizo matar al arcediano Diego Arias Maldonado, sin tener respeto á su dignidad y sagrados órdenes: causáronle la muerte unas cartas que recibió del conde don Enrique. A otros muchos á quien él queria matar, dió la vida la repentina entrada que los Aragoneses hicieron en Castilla. Debajo la conducta de los hermanos don Enrique y don Tello y del conde de Osona entraron con gran furia por la Rioja, y ganaron la villa de Haro y la ciudad de Nájara, donde dieron la muerte á muchos judíos por hacer pesar al rey que los favorecia mucho por amor de Simuel Leví, su tesorero mayor: hizose otrosí gran matanza en los pueblos comarcanos y gran estrago en los campos y heredades: con este ímpetu llegaron los pendones de Aragon hasta el lugar de Pancorvo. La ciudad de Tarazona volvió en estos dias á poder de los Aragoneses por entrega que hizo della el alcaide y capitan á quien el rey de Castilla la tenia encomendada, que se llamaba Gonzalo Gonzalez de Lucio: pienso que la entregó por algun miedo que tuvo de su rey, ó con esperanza de mejorar su hacienda (1).

El rey de Castilla juntado su ejército fué en busca de sus enemigos que tenian sus estancias en Nájara: asentó sus reales junto á Azofra, pueblo pequeño y de poca cuenta. En este lugar un clérigo de misa y de buena vida (así fué fama) vino de la ciudad de Santo Domingo de la Calzada, y dijo al rey que corria grande peligro que su hermano don Enrique le matase, porque Dios estaba con él muy airado: que esto se lo mandó decir el bienaventurado Santo Domingo de la Calzada, que le apareció en sueños en una soberana figura y representacion mas que humana. Costóle la vida su embajada, ca el rey le hizo quemar públicamente en los reales, muchos dudaron si con razon, ó sin ella. Levantó el rey su ejercito de Azofra, y mandó marchar para Nájara: llegado junto á la ciudad, salieron á él los enemigos; tuvieron un bravo rencuentro en que fueron desbaratados los de Aragon, y con mucho daño y pérdida los compelieron á volver las espaldas y huirse á la ciudad. Pudieran ser tomados á manos dentro della, si no fuera por el poco seso y menos cordura del rey, que no quiso creer los saludables consejos de los que eran de parecer los cercasen: parecióle que bastaba haberlos forzado á que huyesen, y se encerrasen dentro de los muros de la ciudad. Dende á dos ó tres dias los Aragoneses desampararon á Nájara y Haro, y metió el rey en ellas buenas guarniciones de soldados.

Puesto buen recaudo en aquella frontera, se volvió á Sevilla: trató y hizo con el rey de Portugal en esta sazon que se entregasen el uno al otro los caballeros que andaban huidos en sus reinos: asiento en que quebrantaron su palabra y fe pública, alteraron la costumbre de los príncipes, y violaron el derecho de las gentes, que fué causa de otras nuevas muertes. Mató el rey de Portugal á un Pero Cuello, y á otro cierto escribano llamado Alvaro, porque se le acordaba que estos por mandado de su padre dieron la muerte á su amiga doña Inés de Castro. Tuvo mejor dicha Diego Lopez Pacheco, que era uno de los que la ejecutaron, que fué avisado y tuvo lugar de huirse á don Enrique; el cual despues por los buenos servicios

(1) En recompensa de este servicio recibió cuarenta mil florines, y casó con doña Violante doncella de Urrea.

que le hizo, le dió un buen estado en Castilla, y fué en ella un fundador y cabeza de la casa de los Pachecos, rica y noble entre los grandes de España. Otros caballeros entregaron al rey de Castilla, que luego los hizo matar en Sevilla: uno dellos fué el adelantado de Leon Pero Nuñez de Guzman, otro Gomez Carrillo, que le cortaron la cabeza en una galera, en que por órden del rey iba desde Sevilla á Algecira con recados fingidos y cartas para que le recibiesen por alcaide y capitan de aquella ciudad. Queria el rey mal á este caballero y se recelaba dél porque un año ántes le habia tomado á su hermano Garci Lasso Carrillo su muger doña Mari Gonzalez de Hinestrosa, por lo cual se fué á Aragon el marido á servir á don Enrique: la mala conciencia hace á los hombres sospechosos, y por el miedo crueles y sanguinarios (2).

Asimismo en la villa de Alfaro hizo descabezar en la prision á un caballero que era su repostero mayor, por nombre Gutierre Fernandez de Toledo cuya muerte fué muy llorada en todo el reino porque era un muy buen caballero y de loables costumbres. El rey por evi-



Sello de don Pedro I de Castilla.

tar el ódio que le podia causar la muerte no merecida de un caballero tan bien quisto, fingió algunas causas porque le mandó matar, la principal que se inclinaba al partido de don Enrique; mas á la verdad su culpa fué decirle con ánimo libre y fiel las cosas que le cumplian; ca semejante libertad no puede dejar de ser peligrosísima con los malos príncipes, lo mas seguro es adularlos. La lisonja aun con los buenos reyes se puede usar sin peligro: esto hace que en los palacios de los príncipes crezca en tan gran número este perverso linage de gente aduladora, y que de ninguna cosa hay mayor mengua que de hombres que con lealtad y sano pecho digan la verdad, y adviertan de lo que importa.

Sabida la muerte de Gutierre de Toledo por sus sobrinos Gutierre Gomez de Toledo prior de S. Juan, y Diego Gomez su hermano, hobieron mucho miedo y enojo, y se fueron á Aragon. Al arzobispo de Toledo don Vasco compelió el rey á que á la hora saliese dester-

(2) El P. Mariana juzga á don Pedro como su siglo y como los escritores contemporáneos interesados en el descrédito de un rey que no alcanzó el triunfo sobre su competidor. La crítica de nuestros tiempos, mas ilustrada y justa, tal vez por la distancia, ni mira en don Pedro un mónstruo sediento de sangre y violaciones, ni un tirano furioso digno de la execracion de la posteridad. Sin duda aquel hombre de carácter férreo tuvo grandes vicios y defectos, cometió crímenes; pero no fueron obra exclusiva de su condicion natural y de su política: hoy todos reconocen que fué cruel como su siglo y que no era tan feroz el hombre que tres veces perdonó á un usurpador. Su pensamiento, su fin era destruir el poder anárquico de la grandeza que hacia del rey un juguete de sus caprichos y usurpaciones: su tendencia fué fortalecer el principio monárquico y, apesar de su muerte, lo consiguió en gran parte. Este importante reinado necesita un libro especial, y nosotros recomendamos á los que quieran ilustrarse sobre esta época tan mal juzgada por el autor, las obras de Merimee y Montoto recientemente publicadas.

rado del reino: diósele tanta priesa que no le concedieron tiempo para tomar otro vestido, ni llegar á su cámara á sacar un breviario, sino que súbitamente como le halló el mensagero oyendo misa, fué forzado á dejar á Toledo y partirse su camino, no por otro delito mas de haber (como era razon) sentido mucho la muerte de su hermano Gutierre Fernandez: fuése este prelado á Coimbra, donde en un monasterio de los predicadores acabó santamente su vida é injusto destierro: despues pasados algunos años se trasladó su cuerpo á la Iglesia Mayor de Toledo. Muchos á este arzobispo le llamaron don Blas, que me pareció advertir porque la variedad del nombre, como otras veces suele, no cause algun engaño. Ordenó su testamento en Coimbra luego el año siguiente á veinte de enero, en que dice que quiere ser sepultado delante del altar de nuestra señora del Coro de la iglesia de Toledo junto á la sepultura de don Gonzalo obispo Albanense y cardenal, y asi se hizo.

De aqui se saca que el cardenal don Gonzalo solamente estuvo depositado en Roma, como lo reza su lucillo de Santa María la Mayor en la letra que de suso queda puesta. Parece renunció don Vasco el arzobispado luego que le desterraron, pues se halla que aquel mismo año entró en su lugar don Gomez Manrique hijo de Pedro Manrique señor de Amusco y de Avia, y hermano de Garci Fernandez Manrique adelantado de Castilla, cepa y tronco de los duques de Nájara y de otras casas de Castilla de aquel apellido de Manrique. Fué don Gomez Manrique obispo de Palencia, y al presente lo era de Santiago: sucedióle luego en aquella iglesia de Santiago don Suero Gomez de Toledo sobrino de don Vasco, que debió ser manera de permuta y recompensa que se le hizo por la iglesia de Toledo que dejaba.

Mientras estas cosas pasaban en Castilla, el rey de Aragon envió cuatro galeras muy bien armadas de soldados y municiones, y bastecidas de todo lo demas en socorro del rey de Tremecen con quien estaba aliado. Encontraron con ellas cinco galeras de Castilla, que las rindieron y llevaron á Sevilla: allí los mas de los soldados Aragoneses por mandado del rey don Pedro fueron muertos en compañía de su capitan Mateo Mercero, sin tener memoria ni hacer caso de los buenos servicios que este caballero hizo ántes en el cerco de la ciudad de Algecira (3). Era tesorero mayor del rey Simuel Leví, que administraba á su alvedrío las rentas y patrimonio real, con que juntó las grandes riquezas, y alcanzó la mucha privanza y favor que al presente le acarrearon su perdicion. Hiciéronle diversos cargos, de que resultó echalle en la cárcel, y ponelle á cuestion de tormento, tan bravo que por no le poder sufrir rindió el alma. Apoderóse el rey de todos sus bienes; que en tiempo de mal príncipe el derecho del fisco nunca suele ser malo. Llegaban al pie de cuatrocientos mil ducados, otros dicen mas, sin los muebles y joyas, paños de oro y seda: cosa maravillosa, que un judío juntase tantas riquezas, y que no pudo ser sin grave daño del reino.

Al fin deste año Mahomad Lago rey de Granada fué echado del reino por una conjuracion que contra él hicieron sus vasallos. Levantaron por rey á un Arraez pariente suyo, por nombre Mahomad Aben Alhamar, á quien por el color de la barba y cabellos llamaban vulgarmente el rey Bermejo: decian que de derecho le venia á este el reino, por decender de la sangre real de los primeros reyes de Granada. De aquí sucedieron nuevas guerras: el rey de Castilla era amigo y aliado del rey desposeido, el cual se huyera á Ronda, que era entonces del rey de Marruecos. Sintió el de Castilla el trabajo de su amigo Mahomad, y propuso de favorecerle. Por el contrario el nuevo rey buscaba por todas partes socorros y ayudas de que valerse, y estaba muy inclinado á la parte del de Aragon, lo cual le vino á costar la vida, principalmente ayudó á su perdicion el llamar de Africa al rey Abohanen para que viniese á hacer guerra en España.

En el fin de este año asimismo doña Costanza hija del rey de Aragon fué desde Barcelona enviada á Sicilia para que casase con el rey don Fadrique, á quien su padre la tenia otorgada. Era capitan de la armada en que la llevaron, Olfo Prochita gobernador de la isla de Cerdeña por el rey de Aragon. Celebráronse las bodas en la ciudad de Catania á once dias del mes de abril del año siguiente de 1361, desde el cual tiempo las cosas de aquellas islas comenzaron á ponerse en mejor estado. Los enemigos Neapolitanos parte dellos fueron vencidos, y parte echados del reino: deste matrimonio nació doña María, que fué despues reina de Aragon y llevó en dote el reino de Sicilia. Finalmente en Castilla se hicieron pa-

(3) Fué tratado él y todos los soldados con la mayor crueldad; por lo que el papa Urbano V escribió al rey de Castilla exhortándole á que mandase moderar tan bárbaros procedimientos.

ces por la buena diligencia del cardenal legado, no con ánimos sinceros, ni se entendia que serian durables. Los capítulos dellas: que se restituyesen los unos á los otros los pueblos que se tomaron durante la guerra: que los foragidos de Castilla fuesen echados de Aragon, á tal que el rey de Castilla los perdonase.

En la villa de Deza, do el rey de Castilla tenia sus reales, se publicaron estas paces á voz de pregonero en diez y ocho dias del mes de mayo. Ayudó mucho á que esta concordia se asentase, el miedo grande de la guerra que el rey de Granada entonces hacia á Castilla. Para mayor firmeza desta paz acordaron que de ambas partes se diesen rehenes, que estuviesen en fieldad en poder del rey Carlos de Navarra, que en aquella sazon se hallaba en Francia de partida para España con mucho contento y regocijo que tenia, por un hijo que le naciera de la reina su muger, que se llamó Carlos. Gobernaba en el entretanto el reino de Navarra su hermano el infante don Luis. Hecha la paz, el rey de Aragon se partió de Calatayud para Zaragoza, el de Castilla á Sevilla, don Enrique y sus hermanos acordaron conformarse con el tiempo, y retirarse á Francia, escalon y camino para hacerse pujantes, y para hacer temblar á Aragon y Castilla, y renovarse la guerra con mayor furia y obstinacion que ántes.

Los trabajos y desdichas de la reina doña Blanca movian á compasion á muchos de los grandes de Castilla, y los obligaban á que tratasen de juntar sus fuerzas y armas para amparalla. No se le pudieron encubrir al rey estos pensamientos: cobró por esto mayor ódio á la reina, como si fuera ella la causa de tan grandes guerras y debates. Parecióle que quitada de por medio, quedaria libre él deste cuidado. Hizola morir con yerbas que por su mandado le dió un médico en Medina Sidonia en la estrecha prision en que la tenian, tanto que no se le permitia que nadie la visitase ni hablase: abominable locura, inhumano, atroz y fiero hecho, matar á su propia muger, moza de veinte y cinco años, agraciada, honestísima, inocentísima, prudente, santa de loables costumbres y de la real sangre de la poderosa casa de Francia.

No hay memoria entre los hombres de muger en España á quien con tanta razon se le deba tener lástima como á esta pobre, desastrada y miserable reina. De muchas tenemos noticia que fueron muertas y repudiadas de sus maridos, pero por alguna culpa ó descuido suyo, á lo menos que en algun tiempo tuvieron algun contento y descanso, con cuya memoria pudiesen tomar algun alivio en sus trabajos. En la reina doña Blanca nunca se vió cosa porque mereciese ser sino muy estimada y querida; sin embargo no amaneció para ella un dia alegre, todos para ella fueron tristes y aciagos. El primero de sus bodas fué como si la enterraran: luego la encerraron, luego la desecharon, luego la enviaron, no gozó sino de calamidades, pesares y miserias. Quitáronle sus damas y criados, privaba su émula: quien en tales trances la podia favorecer? todo socorro y alivio humano estaba muy lejos. «Mas á ti rey atroz, ó por decir mejor bestia inhumana y fiera, la ira é indignacion »de Dios te espera, tu cruel cabeza con esta inocente sangre queda señalada para la ven»ganza. De esas tus rabiosas entrañas se hará á aquel justo y contra ti severo Dios un agra»dable y suave sacrificio. La alma inculpable y limpia de tu esposa, mas dichosa en ser »vengada que con tu matrimonio, de dia y de noche te asombrará y perseguirá de tal guisa »que ni la vergüenza de lo torpe y sucio, ni el miedo del peligro, ni la razon y cordura, de »tu locura y desatino te aparten ni enfrenen para que fuera de seso no aumentes las oca»siones de tu muerte, hasta tanto que con tu vida pagues las que á tantos buenos y inocen»tes tienes quitadas.»

Es fama, y autores fidedignos lo dicen, que andando el rey á caza junto á Medina Sidonia, le salió al camino un pastor con trage y rostro temeroso, erizado el cabello, y la barba revuelta y encrespada, y le amenazó de muerte, sino tenia misericordia de la reina doña Blanca y hacia vida con ella. Añaden, que los que envió el rey con gran diligencia para averiguar si le enviára la reina, la hallaron hincada de rodillas que hacia sus castas y devotas oraciones, y tan encerrada y guardada de los porteros que se perdió toda la sospecha que se podia tener de que ella le hobiese hablado. Confirmóse mucho mas la opinon que comunmente se tenia de que fué enviado por Dios, con que despues que soltaron al pastor de la prision en que le echaron, nunca jamás pareció ni se supo que se hiciese dél. Doña Isabel de Lara hija de don Juan de Lara fué al tanto muerta con yerbas que le dieron en la prision en que en Jeréz la tenian. Un historiador, que fué y se llama el despensero mayor de la reina doña Leonor de Castilla, en unos comentarios que escribió de las cosas de su

tiempo que pasaron los años adelante, dice que la muerte de doña Blanca sucedió en Ureña, villa de Castilla la Vieja cerca de la ciudad de Toro: creo que se engañó (3).

CAPITULO V.

De la muerte del rey Bermejo de Granada.

Desta manera con la sangre de inocentes los campos y las ciudades, villas y castillos, y los rios y el mar estaban llenos y manchados: por donde quiera que se fuese se hallaban rastros y señales de fiereza y crueldad. Que tan grande fuese el terror de los del reino, no hay necesidad de decirlo: todos temian no les sucediese á ellos otro tanto, cada uno dudaba de su vida, ninguno la tenia segura. Esta comun tristeza en alguna manera se alivió con la muerte de doña María de Padilla; dió fin á sus dias en Sevilla entrado el mes de julio: si no se hobiera manchado con la deshonesta amistad que tuvo con el rey, muger por lo demas digna de ser reina por las grandes partes de que Dios así en el alma como en el cuerpo la dotó. El cuerpo de la reina doña Blanca fué depositado algunos años adelante en el sagrario de la iglesia mayor de Tudela por los caballeros Franceses que vinieron en ayuda del conde don Enrique, ca tenian intento de llevalla despues á enterrar en Francia en los sepulcros de sus antepasados. El entierro y obsequias de doña María se hicieron en todas las ciudades y villas del reino con aquella magestad, lutos, pompa y aparato como si fuera la legítima y verdadera reina de Castilla. Llevaron su cuerpo á enterrar á Castilla la Vieja al monasterio de Sta. María de Estudillo, que ella á sus expensas edificara.

En la ciudad de Toledo en el monasterio de las monjas de Sto. Domingo el real, que es de la órden de los predicadores, hay tres sepulcros, el uno es de doña Teresa, dama que fué de la reina madre del rey don Pedro, de la cual debajo de palabra de casamiento hobo una hija que se llamó doña María, que fué muchos años priora deste monasterio, y está enterrada en el segundo sepulcro: en el tercero están enterrados don Sancho y don Diego, hijos asímismo del rey don Pedro, habidos en una doña Isabel, de quien no se tiene noticia cuya hija fuese ni de que calidad y linage. A la verdad no habia muger alguna tan casta, ni tan fortalecida con defensas de honestidad y limpieza y todo género de virtudes, que tuviese seguridad de no caer en las manos de un rey mozo, loco, deshonesto y atrevido. No podian estar tan en vela los maridos, padres, y parientes que bastasen á poderle escapar la que él de veras una vez codiciaba: todo lo sobrepujaba y vencia su temeridad y desvergüenza grande.

Por este tiempo el rey de Portugal declaró pública y solemnemente en Lisboa que los hijos que arriba dijimos hobo en doña Inés de Castro, eran legítimos y de legítimo matrimonio, y como tales eran capaces para poder heredar el reino. Presentó por testigos del matrimonio clandestino que con ella contrajo, á don Gil obispo de la Guardia, y á Estevan Lovato su guarda-ropa mayor: con solemnes juramentos el rey y los testigos confirmaron ser así verdad como lo decian. Estuvieron presentes á esta declaracion los nobles del reino, y entre ellos don Juan Alfonso Tello conde de Barcelos, á quien el año ántes diera aquel título en la misma ciudad de Lisboa con grande fiesta y regocijo de todo el pueblo. Estos títulos se usaban muy poco en España, y en Portugal hasta entonces nunca jamás; en nuestros tiempos son innumerables los condes, marqueses y duques que hay: vicio y corrupcion de nuestra humana condicion, es desechar y menospreciar las cosas antiguas, y llenos de admiracion irnos embelesados tras las nuevas.

En el entretanto la guerra de Granada con grande ahinco y enojo de ambas partes se proseguia. Juntáronse en Castilla muchas compañías de todo el reino, y entraron por las tierras de los Moros haciéndoles grandes daños. Cercaron la ciudad de Antequera, á quien los antiguos llamaron Syngilia: no la pudieron tomar por ser plaza muy fuerte, y tener dentro buena guarnicion de valientes Moros que se la defendieron: talaron la vega de Granada, y sin hacer cosa señalada se volvieron á Castilla. Pocos dias despues entraron en el adelantamiento de Cazorla seiscientos Moros de á caballo y hasta dos mil peones, que hicieron una buena presa de cautivos y ganados. Sabido esto por los caballeros de la ciudad de Jaen y de los pueblos de su comarca, se apellidaron contra ellos, y les quitaron toda la

(3) Su muerte sucedió en el castillo de Jerez de la Frontera, donde se conservaba su sepulcro.

presa con muerte de muchos dellos y prision de otros, los demas se pusieron en huida. Estos fueron los principios de la guerra de los Moros.

Mayor tempestad de guerra se temia de la parte de Francia; daño que deseaba remediar el cardenal legado, que aquel estio se quedó en Pamplona por ser pueblo fresco, sano y de buen cielo, y á propósito para lo que él con grande solicitud pretendia. Esto era que el rey de Castilla perdonase los foragidos que andaban en Francia, y revocase la sentencia que contra ellos diera en Almazan declarándolos por rebeldes y enemigos de la patria: decia que el rey era obligado á hacer esto por ser uno de los capítulos y condiciones con que se concluyeron las paces de Aragon.

El fiero y duro corazon del rey no se ablandaba con tan justos y razonables ruegos; ántes parecia que forjaba en su pecho mucha mayor guerra contra Aragon de la que ántes hiciera. Por esto el cardenal legado á ruego é instancia del rey de Aragon por el derecho y poder que le dieron, y facultad que tenia, dió por ninguna la sentencia que en Almazan se pronunció contra don Enrique y sus consortes. Enójose mucho el rey de Castilla por esta declaracion, y crecióle con ella el deseo que tenia de vengarse. Propuso de ejecutar su ira y saña, concluido que hobiesen la guerra de los Moros, que todavia andaba muy encendida con varios sucesos que acontecian.

En particular en diez y ocho de febrero del siguiente año de 1362 junto á Acci, que ahora es la ciudad de Guadix, tuvieron los Moros de Granada una buena victoria de los Castellanos. El caso pasó desta manera. Don Diego García de Padilla maestre de Calatrava, y Enrique Enriquez adelantado de la frontera de Jaen y otros caballeros entraron en las tierras de los Moros con mil caballos y dos mil infantes con intento de combatir á Guadix; mas sin que los cristianos lo supiesen habia ya entrado en aquella ciudad para defendella gran número de soldados que de la comarca y de Granada vinieron á socorrella. Los nuestros sin recelo enviaron algunas compañias á que talasen y robasen los campos que llaman de Val de Alhama. Los Moros visto que estaban divididos, salieron con grande ímpetu de la ciudad, y dieron en los que quedaran, y trabaron con ellos una brava y reñida pelea que duró todo el dia. Todos pugnaban por vencer: al fin como quier que fuese muy mayor el número de los Moros, no obstante que los cristianos se defendieron valerosamente, los desbarataron y mataron muchos, á otros cautivaron, prendieron al maestre y lleváronle á Granada al rey Bermejo, que sin ningun rescate le envió luego al rey don Pedro, ca deseaba con este regalo desenojarle. El rey pensando que de miedo le hacia aquella cortesía, se ensoberbeció mas, y juntado que hobo sus gentes, para reparar la honra perdida y vengar la injuria de los suyos entró en el reino de Granada, y con grande furia destruyó los campos, quemó las aldeas, ganó algunas villas, y se volvió con rica presa á Sevilla.

A este mal suceso para el rey de Granada se le allegó otro peor, y fué que muchos caballeros del reino de los que ántes seguian su parcialidad y tenian su voz, le comenzaron á dejar y favorecer á su émulo Mahomad Lago, no obstante que estaba despojado y andaba huido. Como el rey Bermejo sintió las voluntades inclinadas á su enemigo, temió perder el reino. Consultó el negocio con los de quien mas se fiaba: en fin con seguro que alcanzó del rey de Castilla, se determinó de ir á Sevilla y ponerse en sus manos. Autor deste mal acertado y desdichado consejo fué Edriz, un caballero grande amigo del rey y su compañero en los peligros, y que tenia mucha autoridad entre los Moros, y era muy estimado y de gran nombre por la mucha prudencia que con la larga experiencia de los negocios alcanzaba. Vino el moro á Sevilla con cuatrocientos hombres de á caballo, y docientos de á pie que le acompañaban. Trujeron grandísimas riquezas de paños preciosos, oro, piedras, perlas, aljofar y otras joyas y cosas de gran valor. Ponia el moro la esperanza de su amparo contra el rey ofendido en lo que fué causa de toda su perdicion. Recibióle el rey con grande honra en el alcázar de Sevilla.

Llegado á su presencia, despues de hecha una gran mesura, uno de sus caballeros habló desta manera: «El rey de Granada que está presente, poderoso señor, por saber muy »bien que sus antepasados fueron siempre aliados, tributarios y vasallos de la casa de Cas»tilla, se viene á poner debajo del amparo de vuestra real alteza, cierto de que se procede»rá con él con aquella mansedumbre, equidad y moderacion cual los reyes de Granada la »solian hallar en vuestros antecesores; que si acaso recibian algun deservicio dellos (que »no es de maravillar segun son varias y mudables las cosas de los hombres) con mandarles »pagar parias y algunos dineros en que eran penados, los volvian á recebir en su gracia y

»amistad. Si entre ellos asimismo y en su casa nacian algunas diferencias y debates, todo »se componia y apaciguaba por el arbitrio y parecer de los reyes de Castilla. Estamos ale»gres que lo mismo nos haya acontecido de acudir á la vuestra merced: tenemos grande »confianza que nos será gran reparo el venir con esta humildad á echarnos á vuestros pies. »Mahomad Lago fué justamente echado del reino por su mucha soberbia con que trataba los »pueblos, y por su mucha avaricia con que les quitaba lo suyo: á nos de comun consenti»miento pusieron en su lugar y coronaron por descender derechamente de la real y antigua »alcuña y sangre de Granada, y ser legítimos herederos del reino, de que á tuerto y con »gran tiranía nos tenia despojados. Hacemos ventaja en poder y fuerzas á nuestro competi»dor, solamente á vos reconocemos y tenemos, con cuya felicidad y grandeza no nos pre»tendemos comparar. Tenemos cierta esperanza que pues la justicia claramente está de nues»tra parte, no dejaremos de hallar amparo en la sombra de un justo príncipe, y que los »ruegos de un rey hallarán benigna cabida en la piedad de vuestra real clemencia, mayor»mente que el seguro que se nos mandó dar, nos animó mucho y hizo ciertos que nuestra »venida seria á nos dichosa y á vos grata. Parécenos que tenemos suficientísimo amparo en »nuestra inocencia y justicia. Deseamos se entienda que vuestra prudencia la prueba, y »vuestra poderosa é invencible mano la ampara.»

A esto el rey de Castilla con engañoso y risueño rostro y blandas palabras respondió que holgaba con su venida, que tuviese buena esperanza de que todo se haria bien, y puestos los ojos en el rey, le dijo: «Este dia ni á vos ni á los vuestros os acarreará algun daño. »Entre nos hay todas las obligaciones de amistad, fuera de que no acostumbramos á traer »guerra con la fortuna y desgracia de los hombres, sino con la soberbia y presuncion de »los atrevidos y rebeldes.» Dicho esto, el maestre de Santiago don García de Toledo llevó al rey moro á que cenase con él. Al tiempo que cenaban, le echaron mano y le prendieron, sea por mudarse repentinamente la voluntad, sea por quitarse la máscara aquel desleal y cruel príncipe. No paró aquí la desventura: dentro de pocos dias el desdichado rey adornado de sus vestiduras reales, que eran de escarlata, y subido en un asno con treinta y siete caballeros de los suyos que tambien llevaban á ejecutar, le sacaron á un campo donde justician los malhechores, que está cerca de la ciudad y se dice de Tablada. Allí mataron al mal aconsejado rey y á los treinta y siete caballeros suyos.

Corrió fama que les causó la muerte las grandes riquezas que trujeron, y que el avariento ánimo del rey se acodició á ellas. Refieren otrosí algunos autores de aquel tiempo que el mismo tirano y cruel rey le mató de un bote de lanza: hecho feo, abominable, oficio de verdugo, y crueldad que parece mas grave y terrible que la misma muerte. No consideró el rey don Pedro cuan aborrecible y odioso se hacia, y lo que dél hablarian las gentes no solo entonces, sino mucho mas en los siglos venideros. Al tiempo que le hirió escriben que dijo estas palabras: «Tomad el pago de las paces que por tu causa tan sin sazon hice con »el rey de Aragon.» Y que el Moro le respondió: «Poca honra ganas rey don Pedro en ma»tar un rey rendido y que vino á ti debajo de tu seguro y palabra.» Envió el rey de Castilla el cuerpo del rey Bermejo á su competidor Mahomad Lago, que á la hora recobrado el reino, envió libres al rey don Pedro todos los cristianos que cautivaron los Moros en la batalla de Guadix.

CAPITULO VI.

Renuévase la guerra de Aragon.

Concluida la guerra de los Moros, y dado órden en las cosas del Andalucía, se volvió con mayor corage á la guerra de Aragon, aunque con disimulacion fingia el de Castilla que los apercebimientos que se hacian, eran para defenderse de la guerra que se temia de Francia, cuyo autor y cabeza principal se decia ser el conde don Enrique. Trató de aliarse con el rey de Ingalaterra; que no esperaba hallaria buena acogida en el rey de Francia, por entender no estaria olvidado de la muerte de su sobrina la reina doña Blanca, cuya venganza era de creer querria hacer con las armas. Quiso asimismo el rey de Castilla ayudarse del rey de Navarra, y para tratar dello se vieron en la ciudad de Soria: allí secretamente se conformaron contra el rey de Aragon. No tenia el Navarro causa ninguna justa de romper con el Aragonés: para hacer la guerra con algun color fingió y publicó que estaba agraviado dél,

porque siendo su cuñado y teniendo hecha con él alianza, no le favoreció cuando le tuvo preso el rey de Francia: que por esto no queria mas su amistad, ántes pretendia con las armas tomar emienda deste agravio.

Con esta resolucion juntó de su reino las mas gentes que pudo, y cercó en Aragon la villa de Sos, que tomó al cabo de muchos dias que la tuvo cercada. El rey de Castilla al tanto juntó un grueso ejército de diez mil caballos y treinta mil infantes, con que entró poderosamente en el reino de Aragon con intento de poner cerco sobre Calatayud. Rindió en el camino la fortaleza y pueblo de Hariza, y tomó á Ateca, Cetina y Alhama. Pasó adelante, y en el mes de junio asentó sus reales sobre Calatayud, que es una ciudad fuerte de la Celtiberia. Tenia dentro de guarnicion mucha gente valerosa, y muy leal al rey de Aragon. El mismo sabido el aprieto en que podian estar los cercados, les envió desde Perpiñan y Barcelona donde aquellos dias se hallaba, al conde de Osona hijo de Bernardo de Cabrera, para que él y don Pedro de Luna y su hermano don Artal y otros caballeros procurasen entrar en la ciudad, y animasen á los cercados y los entretuviesen mientras se les enviaba algun socorro. Encamináronse segun les era mandado, mas como llegasen una noche al lugar de Miedes que está junto á Calatayud, fué avisado dello el rey don Pedro: cargó de sobresalto sobre ellos, tomó el lugar á partido, y á estos señores los llevó presos á sus reales.

Hallábase el rey de Aragon muy desapercebido; las paces tan recien hechas le hicieron descuidar. Visto pues que á deshora venia sobre él una guerra tan peligrosa, envió luego á pedir su ayuda á Francia, y á rogar á don Enrique y á don Tello le viniesen á favorecer. Estos socorros se tardaban, la ciudad como no se pudiese mas defender por ser muy combatida, y faltar á los cercados municiones y bastimentos, con licencia de su rey se rindieron al rey don Pedro en veinte y nueve dias de agosto, salvas sus personas y haciendas, y con condicion que los vecinos quedasen libres y pacíficos en sus casas como lo estaban cuando eran de Aragon. Tomada esta ciudad, dejó en ella el rey con buena gente de guerra por guarnicion al maestre de Santiago, y él se volvió á Sevilla. En esta ciudad ántes que fuese sobre Calatayud, tuvo cortes, en que públicamente afirmó que doña María de Padilla era su legitíma muger por haberse casado con ella clandestinamente mucho ántes que viniese á España la reina doña Blanca: que por esta razon nunca fuera verdadero el matrimonio que con la reina se hizo: que tuviera secreto este misterio hasta entonces por recelo de las parcialidades de los grandes; mas que al presente por cumplir con su conciencia, y por amor de los hijos que en ella tenia lo declaraba. Mandó pues que á doña María de allí adelante la llamasen reina, y que su cuerpo fuese enterrado en los enterramientos de los reyes. No faltó aun entre los prelados quien predicase en favor de aquel matrimonio: adulacion perjudicial. Despues desto falleció en diez y siete de octubre su hijo don Alonso á quien pensaba dejar por heredero del reino.

El rey mismo acosado de la memoria destas muertes, y por los peligros en que andaba, en diez y ocho de noviembre otorgó su testamento (1). En él mandaba que enterrasen su cuerpo con el hábito de S. Francisco, y fuese puesto en una capilla que labraba en Sevilla, en medio de doña María de Padilla y de su hijo don Alonso: como hombre pio y religioso pretendia con aquella ceremonia aplacar á la divina magestad. Deste testamento, que hoy parece autorizado y original, se colige que no dejó de tener algun temor de Dios y cualque memoria y sentimiento de las cosas de la otra vida, no obstante que aquel su natural le arrebatase muchas veces, y ayudado con la costumbre le hiciese desbaratar. En este testamento sucesivamente llama á la herencia del reino las hijas de doña María de Padilla, y despues dellas á don Juan, el hijo que tuvo en doña Juana de Castro, como quier que no fuese compatible que todos pudiesen ser herederos legítimos del reino. De donde bien al cierto se infiere que la declaracion del casamiento con doña María no fué otra cosa sino una ficcion y una mal trazada maraña, como de hombre que (mal pecado) no tenia cuenta con la razon y justicia, sino que se dejaba vencer de su antojo y desordenado apetito, y queria hacer por fuerza lo que era su gusto y voluntad.

Presentó el rey en aquellas cortes por testigos de su casamiento unos hombres por cierto sin tacha ni sospecha, mayores de toda excepcion, á don Diego García de Padilla maestre

(1) Zurita dudó de su legitimidad y con efecto el original que se conserva está raspado y viciado en varias partes.

de Calatrava y á Juan Fernandez de Hinestrosa: el primero hermano, y el segundo tio de la doña María, y á un Juan Alfonso de Mayorga, y á otro Juan Perez clérigo, que con grandes juramentos atestiguaban por el matrimonio. Quién no diera crédito á testimonios tan calificados en una causa en que no iba mas de la sucesion y herencia de los reinos de Leon y de Castilla? Mandaba en una cláusula del testamento ya dicho que ninguna de sus hijas so pena de su maldicion, y de la privacion de la herencia del reino, se casase con el infante don Fernando de Aragon, ni con don Enrique, ni con don Tello sus hermanos, sino que su hija mayor doña Beatriz casase con don Fernando príncipe de Portugal, y llevase en dote los reinos de Castilla: señaló y nombró por gobernador y tutor á don Garci Alvarez de Toledo maestre de Santiago: encargaba otrosí, y mandaba que á don Diego de Padilla maestre de Calatrava, y á don Suero Martinez maestre de Alcántara los mantuviesen y conservasen en sus honras, oficios y dignidades.

Ordenadas las cosas de su casa, y asentado el estado del reino, en el corazon del invierno y principio del año de 1363 se reparó y rehizo la guerra con grande priesa y calor: tan codicioso estaba el rey de Castilla de vengarse del Aragonés. Alistó nuevas compañías de soldados por todo el reino, envió á pedir ayudas fuera dél, y en particular se confederó con el rey de Ingalaterra y con su hijo el príncipe de Gales. El primer ñublado desta guerra descargó sobre Maluenda, Aranda y Borgia, que con otros pueblos de menor importancia sin tardanza fueron tomados: puso otrosí cerco á la ciudad de Tarazona. Por otra parte el rey de Navarra entró en Aragon por cerca de Exea y Tiermas, estragó, asoló y robó los campos y labranzas de aquella comarca: puso gran miedo en todos aquellos pueblos y cuita con los grandes daños que les hizo, en especial se señaló la crueldad de los soldados castellanos que llevaba.

Vinieron á servir en esta guerra al rey de Castilla don Luis hermano del rey de Navarra acompañado de gente muy escogida y lucida, y don Gil Fernandez de Carvallo maestre de Santiago en Portugal con trecientos caballos, y otros señores de Francia. El rey de Aragon envió á rogar al rey moro de Granada que diese guerra en el Andalucía: no lo quiso hacer el moro por guardar fielmente la amistad que tenia puesta con el rey don Pedro, y mostrarse agradecido de la buena obra que dél acababa de recebir. Solicitó eso mismo el Aragonés los Moros de Africa á que pasasen en su ayuda, sin tener ningun cuidado de su honra y fama: escusábase con que el rey de Castilla tenia en su ejército á Farax Reduan capitan de seiscientos ginetes, que por mandado de Mahomad Lago rey de Granada le servian. Esperaban cada dia en Aragon á don Enrique que venia en su socorro acompañado de tres mil lanzas francesas; sin embargo las fuerzas del rey de Aragon no se igualaban en gran parte con las de Castilla: así se le rindieron Tarazona y Teruel, y por otra parte Segorbe y Exerica, y gran número de villas y castillos de menor cuenta. No tenian fuerzas que bastasen á resistir la fuerza y poder de los Castellanos, que entraron victoriosos, y llegaron con sus banderas á lo mas interior del reino. Cercaron á Monviedro, y le forzaron á que se diese á partido: en veinte de julio llegaron á dar vista á Valencia y se pusieron sobre ella. Causó esto gran miedo á todo Aragon, y se tuvieron de todo punto por perdidos.

Estaba á este tiempo muy falto de gente el ejército de Castilla, por las muchas guarniciones y presidios que dejaron en tantos pueblos como á la sazon se conquistaron: dió la vida al rey de Aragon don Enrique que en esta coyuntura llegó á España, y con su venida se reforzó tanto el ejército que pudo hacer rostro á su enemigo; mas él por no aventurar todas sus victorias y lo que tenia ganado, en el trance de una batalla, levantó su real de sobre Valencia, y retiróse á Monviedro, como á plaza fuerte, para desde allí proseguir la guerra. El Aragonés visto que no podia forzar al enemigo á que diese la batalla, tornóse á Burriana, que es un lugar fuerte que está cerca de allí en los Edetanos. Dos mil ginetes que envió el rey de Castilla en su seguimiento para que le estorbasen el camino, no hicieron cosa de momento.

Mientras esto pasaba en España, el rey de Francia Juan en Lóndres dos meses ántes desto falleció, donde era ido á rescatar los rehenes que allá dejó cuando le soltaron de la prision. Trajeron su cuerpo á la ciudad de Paris, que llevaron en hombros los oidores del Parlamento para le enterrar en el monasterio de S. Dionisio. Su hijo Cárlos Quinto deste nombre, conforme á las costumbres y uso antiguo de Francia fué ungido y recebido por rey en la ciudad de Rems. El nuevo rey Cárlos queria mal al de Navarra, teniale guardado el enojo por los desabrimientos que de ántes entre ellos pasaron. Para vengarse, luego que tomó la

posesion del reino, despachó contra él un famoso y valiente capitan suyo natural de la menor Bretaña, llamado Beltran Claquin, que despues hizo cosas muy señaladas en las guerras de Castilla. Este caudillo en las tierras que el rey de Navarra tenia en Francia, hizo cruel guerra, y con un ardid de que usó, le tomó en Normandia la villa de Mante, y otros capitanes ganaron la villa y castillo de Meulan y á Longavilla, y el mismo Beltran venció y desbarató en una batalla á don Philipe hermano del rey de Navarra, que murió por estos dias.

Por su muerte el Navarro se inclinó á tratar de hacer paces entre los reyes de España; demas que le pesaba del peligro y malos sucesos del rey de Aragon, que en fin era su pariente, y fueron ántes amigos y aliados; por el contrario le era odiosa la prosperidad del rey de Castilla, y sus hechos y modos de proceder eran muy cansados y desagradables. De consentimiento pues de los reyes don Luis hermano del rey de Navarra juntamente con el abad de Fiscan, que era nuncio apostólico, fueron á hablar al rey de Castilla, con quien hallaron al conde de Denia y Bernardo de Cabrera que eran venidos con embajada del rey de Aragon para echar á un cabo y concluir sus diferencias. Con la intercesion destos señores parece que el fiero corazon del rey comenzó á ablandarse; especialmente con el trato que movieron de dos casamientos, el uno del rey de Castilla con doña Juana hija del rey de Aragon, el otro del infante don Juan duque de Girona con doña Beatriz hija mayor del rey don Pedro.

Esto pasaba en lo público: de secreto se procuraba la destruicion de don Enrique conde de Trastamara y del infante don Fernando de Aragon como de los principales autores de las discordias de los dos reinos. El rey de Castilla pretendia esto muy ahincadamente, el de Aragon todavía estrañaba este trato: pareciale hecho atroz y feísimo matar á estos caballeros, sin nueva culpa ni ocasion, que estaban debajo de su seguro y palabra: no queria comprar la paz con el precio de la sangre de aquellos que dél hacian confianza. Todavía hora fuese por esta causa de complacer al de Castilla, hora por otra, el infante don Fernando por mandado del rey su hermano fué muerto en esta sazon en Castellon, un pueblo que está cerca de Burriana. Los antiguos ódios estaban ya maduros, demas que trataba entonces de pasarse en Francia con una buena compañía de soldados Castellanos que seguian su bando y amistad. Huiase su muger á Portugal: fué detenida primero y presa en el camino, despues enviada al rey su padre. Con la muerte del infante don Fernando quedó el conde don Enrique libre y desembarazado de un grandísimo émulo y competidor para la pretension del reino de Castilla.

Poco faltó que no se le añublase aquel contento: otro dia despues de la muerte de don Fernando sin saberlo él corrió gran riesgo su vida. Los reyes de Aragon y Navarra tenian concertado que juntamente con don Enrique se viesen en el castillo de Uncastel que era de Aragon en la raya de Navarra, y que allí le matasen. Recelóse el conde, puesto que no sabia nada destos tratos, de entrar en aquella fortaleza: para aseguralle la pusieron en poder de Juan Ramirez de Arellano, que para esto nombraron por alcaide de aquella fortaleza, y era natural de Navarra. Quien dice que esta habla de los reyes fué en Sos á la raya de Navarra. Hizo confianza don Enrique de aquel caballero, que debia ser buen cristiano, y entró debajo de su seguro: no le valió este recato menos que la vida, á causa que los reyes nunca pudieron acabar con el alcaide que permitiese se le hiciese ningun daño. Decia que el conde don Enrique era su amigo, y fió su vida de la palabra y seguridad que le dió: que por cosa de las del mundo él no mancharia su linage con infamia de semejante traicion, ni consentiria alevosamente la muerte de un tan gran príncipe. Cosa verdaderamente de milagro, que en un tiempo en que los corazones de los hombres se mostraban con tantas muertes encruelecidos y fieros, hobiese quien hiciese diferencia entre lealtad y traicion: grandísima maravilla, que un hombre extrangero tuviese tan grande constancia que se opusiese á la voluntad y determinacion de dos reyes, y mas que era camarero del Aragonés; la verdad es que Dios, á quien los hombres no pueden engañar ni impedir sus decretos, tenia ya determinado de dar al conde el reino de su hermano, y quitarle al que con tantas crueldades le tenia desmerecido. Por este tiempo en el mes de agosto en Catania de Sicilia dió fin á sus dias la reina de Sicilia doña Costanza. Dejó una hija llamada doña María, heredera que fué adelante del reino de su padre, y por ella su marido don Martin hijo de otro don Martin duque de Momblanc, y últimamente rey de Aragon.

CAPITULO VII.

Que don Enrique fué alzado por rey de Castilla.

Resfriado el calor con que se trataban las paces, y perdida gran parte de la esperanza que de concluillas se tenia, el rey de Aragon se fué á Cataluña á procurar nuevos socorros para defenderse, el rey de Castilla á Sevilla con tanta codicia de renovar la guerra que en el fin del año entró por Murcia en el reino de Valencia, y unas por combate y otras á partido ganó las villas de Alicante, Muela, Callosa, Denia, Gandia y Oliva. Pasó tan adelante que en el mes de diciembre puso cerco á la ciudad de Valencia cabecera de aquel reino. Esto causó en toda la provincia un miedo grandísimo; en especial al rey á quien tenia esta guerra puesto en gran cuidado, que á la sazon tuvo las pascuas de Navidad en la ciudad de Lérida. Poco despues se vió con el de Navarra en la fortaleza de Sos en veinte y tres dias del mes de febrero año de nuestra salvacion de 1364. Hallóse presente el conde don Enrique, reconciliado con los reyes, ó lo que yo tengo por mas cierto, porque no sabia el peligro en que estuvo en las vistas pasadas. Hizose liga entre ellos, y amistades no mas duraderas que otras veces: presto se desavernan y serán enemigos. Pensaban si venciesen, repartirse entre sí á Castilla, como presa y despojo de la victoria.

Don Enrique tenia concebida esperanza de apoderarse de las riquezas y reino de su hermano; y el haberse escapado de tantos peligros le parecia á él que era dello cierto presagio y prenda, como si hobiera ganado una grandísima victoria: finalmente su juego se entablaba bien, y mejor que el de sus contrarios. En el repartimiento de Castilla daban al rey de Navarra á Vizcaya y á Castilla la Vieja: el reino de Murcia y de Toledo tomaba para sí el rey de Aragon; que es cosa muy fácil ser liberal de hacienda agena. Solo á Bernardo de Cabrera no contentaban estos pretensos: parecíale que con ellos no se grangearia mas de irritar y echarse á cuestas las fuerzas y armas de Castilla, mas poderosas que las de Aragon, como los sucesos de las guerras pasadas bastantemente lo mostraban.

Tratóse entre estos príncipes de matar al dicho Bernardo de Cabrera: plática que no estuvo tan secreta que primero que lo pudiesen efectuar no viniese á su noticia, y de Almudevar donde esto se ordenaba, se huyese á Navarra: siguiéronle por mandado de don Enrique algunos capitanes de á caballo de los suyos, alcanzáronle en Carcastillo, y preso, le tuvieron en buena guarda hasta que despues en ciertos conciertos fué entregado al rey de Aragon, que estaba muy ansiado por el cerco de la ciudad de Valencia sin saber en lo que pararia. Con este cuidado juntó todo su ejército para irla á descercar con ánimo de dar la batalla al enemigo. Partió de Burriana con su campo, y llegado á vista de los enemigos, les presentó la batalla: escusóla el rey de Castilla: no se sabe por qué no se atrevió á venir á las manos con los Aragoneses. Ellos visto que los Castellanos se estaban quedos dentro de sus reales, con grande honra suya y afrenta de los enemigos en veinte y ocho de abril se entraron como victoriosos en la ciudad de Valencia.

La armada de Castilla que era muy poderosa, de veinte y cuatro galeras y de cuarenta y seis navios, dado que hobo un tiento á los pueblos de aquella costa, aportó á Monviedro. Allí se supo de las espías que el vizconde de Cardona tenia en el rio de Cullera diez y siete galeras aragonesas. El rey de Castilla tenia gran deseo de tomarlas, y parecíale que le seria cosa fácil por estar en parte que no se le podrian escapar: sacó su armada y con gran presteza cercó la boca del rio. Cargó repentinamente el tiempo, y sobrevino una furiosa tempestad que le forzó volverse á su puerto, por no ponerse á riesgo de correr fortuna, ó de dar al través en aquella ribera. Vióse el rey este dia en grandísimo peligro de perderse: así luego que saltó en tierra, fué en romería á la casa de nuestra señora Sta. María del Puch á dar gracias á nuestro Señor de haberle librado de las hondas del mar, y de las manos de sus enemigos que de la ribera esperaban por momentos cuando alguna grupada se le entregaria. Dícese que hizo esta romería á pie, descalzo, en camisa y con una soga á la garganta; que de su natural no era tan sin piedad ni tan indevoto, sino hiciera las cosas tan sin órden y sin justicia.

Con esto se volvieron los reyes, el de Aragon á Barcelona, y á Murcia el de Castilla, y de allí á Sevilla, en lo mas recio de las calores del estío, en el tiempo que en veinte y seis de julio en la ciudad de Zaragoza fué justiciado públicamente Bernardo Cabrera por senten-

cia que dió contra él el mismo rey de Aragon, y la ejecutó su hijo el infante don Juan. confiscaron las villas de Cabrera y Osona y otros muchos pueblos de su señorío: fiad en servicios y en privanzas. Caso es éste que si atentamente se considera, se echará de ver que el rey de Aragon cometió un delito feo y atroz, muy semejante á parricidio, en hacer matar el discípulo á su ayo, de quien fuera santísimamente doctrinado, mayormente que era inocente, y á todo el mundo eran manifiestos los grandes servicios que tenia hechos á la casa real de Aragon: causóle la muerte la incorrupta libertad con que decia su parecer. Es asi que los príncipes huelgan con la disimulacion y lisonja: demas que los reyes cometen muchas veces grandes yerros que á veces redundan en ódio de sus privados; esto fué lo que acarreó la muerte á este excelente varon, sin tener otra mayor culpa: conspiraron contra él para llegarle á este trance la reina, el rey de Navarra, don Enrique y el conde de Ribagorza.

Despues desto se volvió con nueva cólera á echar mano á las armas. El rey de Castilla tomó á Ayora en el reino de Valencia: don Gutierre de Toledo, que por muerte de don Suero era maestre de Calatrava, iba por mandado de su rey á bastecer á Monviedro: acometiéronle en el camino golpe de Aragoneses, y en un bravo rencuentro que tuvieron, le desbarataron y fué muerto en la pelea con otros muchos de los suyos. Por su muerte dieron el maestrazgo á don Martin Lopez de Córdova repostero mayor del rey. Esta pérdida renovó y dobló la afrenta al rey de Castilla, que á la sazon molestaba mucho las comarcas de Alicante y Orihuela, y tenia harta esperanza de ganar esta ciudad. El aragonés con toda su hueste, confiado y cierto que cada dia se reforzaria su ejército con gentes que le acudirian del reino, llegó á poner su campo á vista del enemigo; y como tambien alli representase la batalla al rey de Castilla, y él por no fiarse de los suyos la rehusase, socorrió á Orihuela con gente y bastimentos: con que se volvió á Aragon.

Esto pasaba en el fin deste año. En el principio del siguiente de 1365 de nuestra salvacion el rey de Aragon cercó á Monviedro, y le apretó de suerte que forzó á los Castellanos á que se le entregasen á partido; por el contrario el rey de Castilla con un largo cerco ganó tambien la ciudad de Orihuela. En siete dias del mes de junio deste mismo año murió en Orihuela, la cual el rey don Pedro tenia cercada, Alonso de Guzman despues que hizo grandes servicios á don Enrique, cuya parcialidad seguia: murió en la flor de su mocedad, era hombre de grande valor, de agudo ingenio, de maduro y alto consejo. Sucedióle en el señorío de Sanlúcar, y en lo demas de su estado Juan de Guzman su hermano. Don Gomez de Porras prior de S. Juan sea con miedo que tuvo del rey don Pedro por rendir como rindió á Monviedro, sea por hacer amistad á don Enrique, se pasó á la parte de Aragon con seiscientos caballos que en aquella ciudad tenia de guarnicion.

Deste principio, aunque pequeño, se comenzaron á enflaquecer, ó por mejor decir ir muy de caida las fuerzas del rey de Castilla: que asi muchas veces acontece que de pequeñas ocasiones (en la guerra mayormente) sucedan desmanes muy grandes. Allegóse tambien á esto que como quier que á la sazon hobiese paces entre Francia é Ingalaterra, vinieron muchos soldados de Francia en ayuda de Aragon; que como vivian de lo que ganaban en la guerra, les era forzoso hecha la paz sustentarse de las haciendas que robaban á los miserables pueblos. Estos mismos ladrones que andaban por Francia vagamundos y desmandados, tuvieron cercado al mismo papa Urbano, y le forzaron á comprar con mucha suma de dineros su libertad y la de su sacro palacio. La voz era que les daba trecientos mil florines por modo de salario y debajo de nombre de sueldo: capa con que cubrieron la afrenta del papa y aquel sacrilegio. Habiales dado el rey de Francia otra tanta cantidad por echar de su tierra una tan cruel pestilencia como esta. El sumo pontífice librado deste peligro, pensó pasar su silla á Italia, dado que por entonces aquel propósito no duró mucho: sentia el castigo de Dios, y temíale mayor de cada dia por haber sus antecesores desamparado su sagrada casa. Muerto pues el cardenal don Gil de Albornoz, quiso visitar, y asi lo hizo, el patrimonio de la iglesia que le dejó ganado, y poner en paz y justicia á sus súbditos.

Vino pues (como deciamos) á España desta gente de Francia una grande avenida de soldados Alemanes, Ingleses, Bretones y Navarros, y de otras naciones por codicia de la ganancia y robo. Llamólos el conde don Enrique, á quien querian bien desde el tiempo que estuvo en las guerras de Francia. Señalábanse entre ellos muchos caballeros y señores de cuenta, muy valientes soldados y valerosos capitanes: los mas principales eran Beltran Claquin Breton, y Hugo Carbolayo inglés. La cabeza y caudillo desta gente Juan de Borbon,

que queria venir á vengar la muerte de su hermana doña Blanca, no se sabe por que causa se quedó en Francia; cierto es que no vino á España: toda esta gente entre los de á caballo y de á pie llegaban como á doce mil hombres de guerra; Frosarte historiador francés de aquella era dice que venian en aquel ejército treinta mil soldados. El primero dia de enero del año 1366 llegaron á Barcelona las primeras banderas deste campo, las demas desde á pocos dias. El rey de Aragon hizo á todos muy buena acogida, y convidó á un gran banquete á los mas principales capitanes. Dióles de contado una gran cantidad de florines, y prometióles otra paga mucho mayor para adelante; á Beltran Claquin dió el estado de Borgia con título de conde, porque con mayor gana le sirviese en esta guerra.

Estos apercebimientos tan grandes despertaron al rey de Castilla que estaba en Sevilla, aunque no era de suyo nada lerdo ni descuidado. Partióse á Burgos, y en cortes que allí tuvo, pidió al reino ayuda para esta guerra: todo era sin provecho lo que intentaba, por tener enojado á Dios, y las voluntades de los hombres no le eran favorables. Monsiur de Labrit era venido de Francia en su ayuda: aconsejábale que procurase con mucho dinero hacer que los extrangeros se pasasen á él, y desamparasen á su hermano don Enrique; ofrecia su industria para acabarlo con ellos, porque conocia su condicion, que no era mal aparejada para cosas semejantes, ademas que tenia entre ellos muchos parientes y amigos que le ayudarian en esto: ciega Dios los ojos del alma á aquellos á quien es servido de castigar; no aciertan en cosa: así estuvieron cerradas las orejas del rey don Pedro que no oyeron un consejo tan saludable; como era hombre tan fiero no hacia caso del peligro que le corria.

Entretanto en la ciudad de Zaragoza, do estaban los soldados extrangeros, se vieron el rey de Aragon y el conde don Enrique: en estas vistas en cinco del mes de marzo confirmaron de nuevo la alianza que primero tenian hecha, y se declaró la parte del reino de Castilla que habia de dar al Aragon don Enrique, caso que se apoderase de aquel reino; para mayor amistad y firmeza de lo capitulado se concertó que la infanta doña Leonor hija del rey de Aragon casase con don Juan hijo del conde don Enrique. Acabadas las vistas, el rey se quedó en Zaragoza para esperar el fin que tendrian cosas tan grandes: el conde don Enrique ya que tuvo junto todo el ejército, entró poderosamente en el reino de Castilla por Alfaro. Estaba allí por capitan Iñigo Lopez de Horozco: no se quisieron detener en combatir esta villa que era fuerte, por no gastar en ello el tiempo que les era menester para cosas mayores. Sabian muy bien que en las guerras civiles ninguna cosa tanto aprovecha como la presteza: toda tardanza es muy dañosa y empece.

Dejado Alfaro, marchó el ejército con buena órden derecho á Calahorra, ciudad que baña el rio Ebro, y es de las mas principales de aquella comarca. Luego que llegó el conde don Enrique, le abrieron las puertas don Fernando obispo de aquella ciudad, y Fernan Sanchez de Tovar que la tenia por el rey de Castilla. Entró el conde en ella lúnes diez y seis dias del mes de marzo: no se sabe si la entregaron por no estar tan bien fortificada y bastecida que se pudiese poner en defensa, ó porque los ciudadanos estuviesen mal con el rey don Pedro. Aquí en Calahorra se hizo consejo para determinar como se procederia en esta guerra; los pareceres eran diferentes y contrarios: unos decian que era bien ir luego á Burgos como á cabeza de Castilla, otros fueron de parecer que el conde don Enrique tomase título de rey (1) para que, perdida del todo la esperanza de reconciliarse con su hermano, con mayor ánimo y constancia se hiciese la guerra, y para meter á todos en la culpa y empeñarlos. Beltran Claquin como quier que era varon de grande pecho y ánimo, y por la grande experiencia que tenia en las cosas de la guerra, el hombre de mas autoridad que venia en el ejército, dicen que habló desta manera: «Cualquiera que hobiere de dar parecer y »consejo en cosas de grande importancia, está obligado á considerar dos cosas principales: »la una cual sea lo mas útil y cumplidero al bien comun, la otra si hay fuerzas bastantes »para conseguir el fin que se pretende. Como es cosa inhumana y perjudicial anteponer sus »intereses particulares al bien público y pró comun, así intentar aquello con que no po»demos salir, y á lo que no allegan nuestras fuerzas, no es otra cosa sino una temeridad y »locura. Ninguna cosa señor te falta para que no puedas alcanzar el reino de Castilla: todo »está bien pertrechado; por tanto mi voto y parecer es que lo pretendas, ca será utilísimo

(1) Al principio rebusó tomar el título de rey; pero lo tenia ya estipulado con los reyes de Aragon y de Francia y hasta el papa Urbano V se llamará á Aviñon para reconocerle rey de Castilla, excomulgando y privando del reino á don Pedro.

»á todos, á ti muy honroso, y á nos de grandísima gloria, si con nuestras fuerzas y debajo »de tu pendon, y siguiéndote como á cabeza y capitan, echáremos del mundo un tirano y »un terrible mónstruo que en figura humana está en la tierra para consumir y acabar las »vidas de los hombres. Restituirás á tu patria y al nobilísimo reino de tu padre la libertad »que con su muerte perdió, y darásle lugar á que respire de tan innumerables trabajos y »cuitas como desde entonces hasta el dia de hoy han padecido. Por ventura no vés como las »casas, campos y pueblos están cubiertos de la miserable sangre de la nobleza y gente de »Castilla? no miras tus parientes y hermanos cruelmente muertos? que ni aun á las mugeres »ni niños no se ha perdonado: no tienes lástima de tu patria? no sientes sus males, y te »compadeces y avergüenzas de su miserable estado? tantos destierros, confiscaciones de »bienes, perdimientos de estados, robos, muertes? tan grandes avenidas y tempestades de »trabajos quién aunque tuviese el corazon de acero, las podria mirar con ojos que no se des-



Beltran Claquin.

»hiciesen en lágrimas? No lo has de haber con aquellos antiguos y buenos reyes de Castilla »los Fernandos y Alonsos, aquellos que confiados mas en el amor que le tenian sus vasallos »que en las armas, alcanzaron de los Moros tan señaladas y gloriosas victorias. Ofrécesete un »enemigo, que en ser aborrecido puede competir con el tirano que mas mal quisto haya si»do en el mundo, desamado de los estraños, insufrible y molestísimo á los suyos: una car»ga tan pesada, que cuando no hubiera quien la derribára, ella misma se viniera por sí al »suelo. Falto y desguarnecido de gente; y si tiene algunos soldados, estarán como su prínci»pe corrompidos y estragados con los vicios, y que vendrán á la batalla ciegos, flacos y »rendidos. Tú tienes un valeroso ejército, en que se halla toda la flor de Francia, Ingala»terra, Alemania, y Aragon, y lo mejor del propio reino de Castilla, todos soldados viejos »muy ejercitados, y que se han hallado en grandes jornadas: tienes muchos reyes amigos,

»y sobre todo tu ventura y felicidad y grande benevolencia, con que de todo este ejército »eres amado. Deséate toda Castilla, los buenos del reino te esperan, y te quieren favorecer »y servir, no habrá ninguno que sabido que te han alzado por rey, no se venga á nuestros »reales. A otros pudiera en algun tiempo ser provechoso el nombre de rey, mas á ti en este »trance es necesario del todo para sustentar la autoridad que es menester para que te res»peten, y para descubrir las aficiones y voluntades de los hombres. Si como yo lo espero, el »cielo nos ayuda, á ti se te apareja una gloria grande, nos quedaremos contentos con la »parte de la merced y honra que nos quisieres hacer; si sucediere al revés (lo que de pen»sarlo tiemblo) no puede avenirte peor de lo que de presente padeces. Todos corremos el »mismo riesgo que tú: por tanto nuestro consejo se debe tener por mas fiel y seguro, pues »es igual para todos el peligro. No há lugar ni conviene entretenerse cuando la tardanza es »peor que el arrojarse. Ea pues ten buen ánimo, ensancha y engrandece el corazon, y to»ma á la hora aquel nombre, para el cual te tiene Dios guardado de tantos peligros. Ayú»date con presteza, y haz de tu enemigo lo que él pretende hacer de ti: acábale desta vez: »ó si fuere menester, muere valerosamente en la demanda; que la fortuna favorece y teme »á los fuertes y esforzados, derriba á los pusilámines y cobardes.»

Despues que Beltran acabó su plática, todos los demás caudillos del ejército rodearon á don Enrique, y le animaron á que se llamase rey: trujéronle á la memoria pronósticos en esta razon; aseguráronle que Dios y los hombres le favorecian. Con esto despliegan los pendones, y con mucho regocijo por las calles públicas de la ciudad dicen á voces: Castilla, Castilla por el rey don Enrique. El nuevo rey segun el estado y méritos de cada uno hizo muchas mercedes: á unos dió ciudades, y á otros villas, castillos, lugares, oficios y gobiernos: holgaba de parecer liberal, y era fácil serlo de hacienda agena. Cada uno pensaba que cuanto pidiese, tanto se hallaria; que todo le seria concedido: á Beltran Claquin dió á Trastamara, y á Hugo Carbolayo á Carrion, al uno y al otro con título de Condes: á los hermanos del nuevo rey, á don Tello restituyó el estado de Vizcaya, á don Sancho dió el de Alburquerque: el maestrazgo de Santiago se dió á don Gonzalo Mexía; y á don Pedro Muñiz, que tambien él era muy querido de don Enrique, dieron el maestrazgo de Calatrava: á don Alonso de Aragon conde de Denia y Rivagorza, que era tio hermano del padre del rey de Aragon, le hizo merced de Villena con título de marques, y con todo el señorío que fué de don Juan Manuel; á otros dió villas y castillos con que los contentó de presente, y los heredó en el reino para adelante.

CAPITULO VIII.

Que el rey don Pedro fué echado de España.

Con los dos reyes que se intitulaban de Castilla, el reino andaba alborotado. El rey don Pedro por su mucha crueldad tenia poca parte en las voluntades de sus pueblos, todos deseosos de poder rebelar y vengar las sangre de sus parientes: ninguna cosa los tenia, sino el miedo que si les fuese contraria la fortuna, serian sin misericordia castigados. Los dos reyes con grande porfía y ahinco comenzaron la contienda sobre el reino: cada cual tenia por sí grandes ayudas y valedores. De parte de don Enrique estaba el ejército extrangero, el ódio de su competidor, y el ser los hombres naturalmente aficionados á cosas nuevas. A don Pedro ayudaba que casi ántes fué rey que hobiese nacido, que era hijo de rey y descendia de otros muchos reyes, y que él solo quedaba por heredero legítimo de todos ellos: en ambos el nombre y magestad real era respetado y venerable. Punzaba á don Pedro la ofensa que se le hacia: á don Enrique le encendia en cólera y animaba á la venganza la sangre que de su madre y hermanos, amigos y parientes derramaron, y los grandes trabajos que el reino padecia; finalmente mayor cuidado tenia de sustentar el nuevo nombre de rey que su própia vida.

Con esta resolucion don Enrique y los suyos se determinaron ir luego á Burgos: en el camino pasaron cerca de Logroño, mas no quisieron llegar á él porque entendieron que los ciudadanos no harian nada de su voluntad, y que si les cercaban, seria cosa muy larga: Navarrete y Briviesca se dieron luego. Mientras esto así pasaba, don Pedro se hallaba en Burgos con pocos amigos, ca muchos dellos él mismo los hizo matar: suspenso y dudoso de lo que haria, no se atrevia á fiarse de nadie, ni tomar resolucion si se iria, si esperaria á su

enemigo. Resolvióse finalmente en ir con grande presteza á Sevilla, porque tenia en aquella ciudad sus hijos y tesoros, y temia perderlo todo. No se atrevió arriscarse, por saber cuan pocos eran los que le querian bien. Los de Burgos todavía le ofrecieron su ayuda: él se lo agradeció, y dijo que entonces no se queria valer de su buen ofrecimiento y lealtad, ántes les alzó el homenage que le tenian hecho, para que si se viesen en aprieto, pudiesen entregarse á don Enrique sin incurrir infamia ni caso de traicion. Cególe Dios para que no aceptase el favor que le hacian, mayormente que como toda su perdicion le viniese por su crueldad, acrecentó de nuevo el ódio que le tenian, con que al tiempo que se queria partir, hizo matar á Juan Fernandez de Tovar no por otra culpa sino porque su hermano acogió en Calahorra á don Enrique.

Esto hecho, se partió de Burgos en veinte y ocho dias del mes de marzo: dende el camino mandó á los capitanes y alcaides de las villas y castillos que tomára en Aragon, les pegasen fuego, y desamparados, sacasen luego las guarniciones, y que lo mas presto que pudiesen, se fuesen para él á Toledo. Desta suerte en un instante perdió lo que con gran costa y trabajo en muchos años tenia ganado: uno destos pueblos fué la ciudad de Calatayud; la libertad que cobró en el postrero de marzo, hasta hoy la celebra con fiesta solemne y procesion en que van fuera de la ciudad á Santa María de la Peña á cumplir el voto que entonces hicieron en memoria de la merced recebida. Llegó el rey don Pedro á Toledo: allí se detuvo algunos dias en asegurar aquella ciudad y dejalla á buen recaudo; mandó quedar en ella por general á don Garci Alvarez de Toledo Maestre de Santiago.

Partido el rey don Pedro de Burgos, los de la ciudad enviaron por sus cartas á llamar á don Enrique. Diéronle título de conde, pero ofrecíanle la corona de rey, si la fuese á tomar en su ciudad, pues por su antigüedad y nobleza se le debia que en ella y no en otra diese principio á su reinado: aceptó su oferta, y luego se partió para aquella ciudad, en que le recibieron con grandes aclamaciones y regocijos; en el monasterio de las Huelgas fué coronado y recebido por rey de Castilla. Con el ejemplo de Burgos las mas ciudades y fortalezas del reino de su propia voluntad en espacio de veinte y cinco dias despues de su coronacion le vinieron á dar la obediencia. Con esto no quedó nada inferior á su contrario ni en fuerzas, ni en vasallos: los grandes y los pueblos todos á porfia deseaban con apresurarse ganar la gracia del nuevo rey.

Asentadas las cosas de Castilla y Leon, se fué don Enrique á Toledo: allí sin ninguna dificultad, ántes con mucho regocijo le abrieron las puertas. Renunció el maestre de Santiago don Garci Alvarez de Toledo: dióle el rey don Enrique en recompensa del maestrazgo y de que se pasó á su servicio, lo de Oropesa y de Valdecorneja; con que don Gonzalo Mexía quedó sin contradiccion por maestre de Santiago. Por muerte de don Garci Alvarez lo de Oropesa quedó á su hijo Fernan Dálvarez de Toledo, que en su muger doña Elvira de Ayala tuvo á García Alvarez de Toledo señor de Oropesa, y á Diego Lopez de Ayala cabeza de los Ayalas de Talavera señores de Cebolla. Lo de Valdecorneja quedó á otro Fernan Dálvarez de Toledo hermano ó sobrino del maestre, y dél vienen los duques de Alba: llámanse Valdecorneja el Barrio, Dávila, Piedrahita, Horcajada y Almiron.

Apoderado don Enrique de tan principal ciudad como Toledo, todo lo demas del reino quedó llano, de manera que don Pedro no se atrevió mas á estar en el reino, ántes perdida del todo la esperanza, se determinó de ponerse en salvo en una galera, en que embarcó sus hijos y tesoros, con que se fué á Portugal. Al que Dios comenzaba á desamparar, parecia que le faltaba el consejo y tambien el favor de los hombres: el rey de Portugal no le quiso tener en su reino, ántes le envió á decir que no cabian dos reyes en una provincia; don Fernando hijo del rey de Portugal estaba inclinado á don Enrique: favorecíale, y enviábanse muchos recados el uno al otro, y estaba mal con el rey don Pedro. Verdad es que en Portugal no se le hizo ningun desaguisado por no violar el derecho de las gentes, ántes se le dió paso seguro para Galicia, para do se encaminaba con intento de juntar en aquellos pueblos alguna flota en que pasarse á Bayona de Francia: llegado á Compostella, hizo matar á don Suarez arzobispo de Santiago, y al dean de aquella iglesia que se decia Perálvarez, ambos naturales de Toledo (1): no amansaban tantos peligros el cruel ánimo del rey, y él mismo sin necesidad aumentaba las causas de su destruicion. Ordenó su partida á Francia: pare-

(1) Acerca de este hecho la crónica y la tradicion están muy desacordes y confusas. La crónica abreviada dice: que el rey gritaba que no le matasen.

cióle que le era muy peligroso ir por tierra, así allegó de aquella costa una armada de veinte y dos navíos y algunos otros bajeles menores. Embarcóse en ella con don Juan su hijo y otras dos hijas, que doña Beatriz la mayor era muerta, aunque Polidoro escribe que falleció en Bayona de Francia. Con buen viento llegaron á Bayona en la Guiena, que á la sazon se tenia por los Ingleses: llevó consigo una buena parte de sus tesoros; verdad es que la mayor cantidad dellos, que enviaba en una galera con su tesorero Martinez Yañez (2), se la tomaron los ciudadanos de Sevilla con deseo de hacer algun notable servicio á don Enrique, al cual todo se le allanaba. Córdoba se le habia entregado, y por horas le esperaban en Sevilla. Desta manera entendió don Pedro por su mal que las cosas humanas no permanecen siempre en un ser, y que muchas veces muy grandes príncipes por mas dichosos y mas poderosos que fuesen, aunque estuviesen rodeados de grandes ejércitos, fueron destruidos por ser mal quistos del pueblo, y llevaron el pago que sus obras merecian.

El nuevo rey don Enrique despues de llegado á Sevilla asentó paces con los reyes de Portugal y de Granada. Hecho esto, del ejército de los extrangeros escogió mil y quinientas lanzas, y por sus capitanes Beltran Claquin y don Bernal hijo del conde de Fox señor de Bearne: con tanto como si todo lo al quedara llano, despidió los demas soldados. De Aragon le enviaron á su muger y á su nuera la infanta doña Leonor, en cuya compañía vinieron don Lope Fernandez de Luna arzobispo de Zaragoza y otros señores principales. Era necesario asentar el gobierno del reino, y poner buen recaudo en las rentas reales, proveer de dineros, porque el tesoro real le halló muy consumido con la guerra pasada: no se ponia duda sino que de Francia bajaria otra tempestad de guerra, y que don Pedro por ser de corazon tan ardiente no sosegaria hasta que dejase juntamente el reino y la vida. Por tanto se hicieron en Burgos cortes generales de todo el reino, y en ellas el infante don Juan hijo de don Enrique fué jurado por sucesor y heredero del reino para despues de los dias de su padre. En estas cortes asímismo se concedió la décima parte de las cosas que se vendiesen, sin limitar al tiempo desta concesion: la gana de que se administrase bien la guerra, y el aborrecimiento que tenian á don Pedro, les hizo en parte que no advirtiesen por entonces cuán grave carga habia de ser este tributo en los tiempos venideros; la ciega codicia de venganza, y el dolor y peligro presente fácilmente turba y desbarata la corta providencia de los entendimientos de los hombres.

Hizo don Enrique merced á la ciudad de Burgos de la villa de Miranda de Ebro por los servicios que le hicieron en su coronacion, y en recompensa de la villa de Briviesca que era de Burgos y la diera á Pedro Fernandez de Velasco su camarero mayor; y porque la villa de Miranda era de la iglesia de Burgos, le dió en pago sesenta mil maravedís de juro cada un año situados en los diezmos del mar, para que se gastasen en las distribuciones ordinarias de las horas nocturnas y diurnas, y se repartiesen entre los prebendados que asistiesen á los divinos oficios en la dicha Iglesia Mayor, que ántes desto no tenian estas distribuciones. Era á la sazon obispo de Burgos don Domingo único deste nombre, cuya eleccion fué memorable: por muerte de su antecesor don Fernando los votos del cabildo se dividieron sin poderse concordar en dos bandos: conviniéronse en que aquel fuese de comun consentimiento de todos electo por obispo, á quien nombrase el canónigo Domingo, como árbitro que le hacian desta eleccion, ca le tenian por hombre santo y de buena conciencia. El aceptado que hobo la accion que le daban, sin hacer caso de ninguno de los competidores, dijo por sí aquella sentencia que despues se mudó en refran: «Obispo por obispo séaselo Domingo.» Holgaron todos los canónigos que se hobiese nombrado, y recibiéronle por su prelado: diéronle las insignias Episcopales, é hiciéronle consagrar.

En estos dias el arzobispo don Lope de Luna vino otra vez á Castilla enviado por el rey de Aragon con embajada á don Enrique para pedille cumpliese con él lo que tenia capitulado, y acusalle los juramentos que le tenia hechos y las pleitesías, en particular queria le pagase mucha suma de moneda que le prestára. El rey don Enrique le respondió que él confesaba la deuda, y ser así todo lo que el rey decia; todavía que aun no estaban sosegadas las cosas del reino, y que si no era con grande riesgo de alguna gran revuelta y escándalo, no podia tan presto enagenar de la corona real tantas villas y ciudades como le prometió: que pasado este peligro, él estaba presto para cumplir lo asentado: que le tenia en

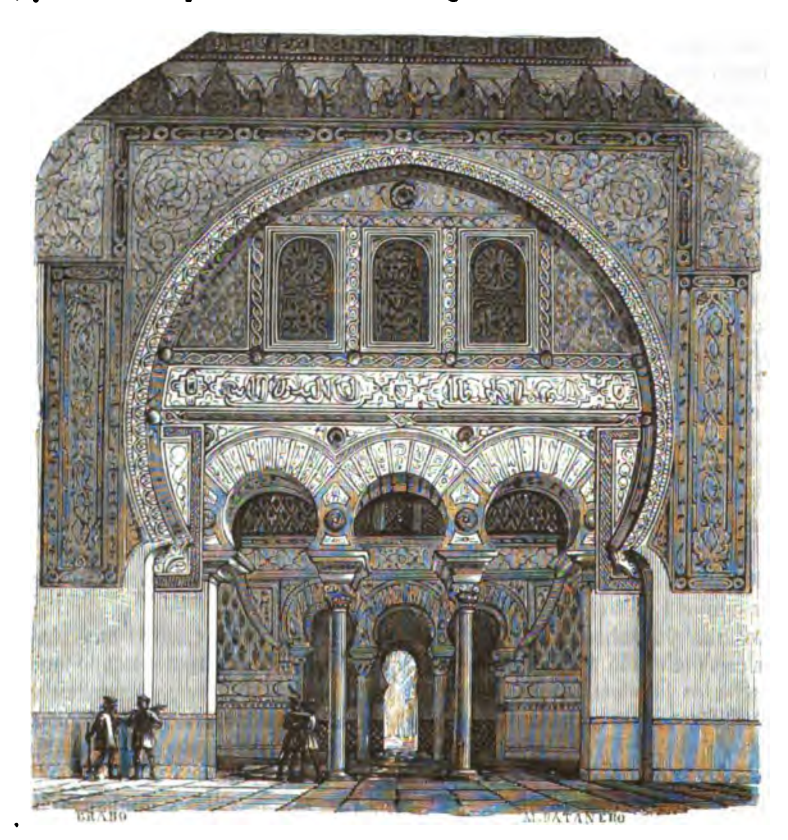
(2) Llevaba 36 quintales de oro y muchas joyas, y el rey don Pedro se llevó á Bayona treinta y seis mil doblas en moneda de oro.

lugar de padre, y le debia el ser, vida y reino que poseia, y todo lo al. Esto decia por entretener al rey de Aragon; por lo demas muy resuelto de no enagenar ninguna parte de lo que antiguamente era reino de Castilla. Desta manera suelen los príncipes mirar mas por lo que les es útil y provechoso que tener cuenta con el deber y promesas que tengan hechas y juradas.

CAPITULO IX.

De las guerras de Navarra.

Estas cosas pasaban en Castilla: entre los Navarros y Franceses con varia fortuna se proseguia en Francia la guerra que tres años ántes deste se comenzára, aunque con mayor daño del rey de Navarra por estar ausente y ocupado en negocios de su reino: tomáronle algunas villas y ciudades, cercáronle y combatieron otras. Los reyes de Francia y de Aragon hicieron liga en la ciudad de Tolosa, que es en la Galia Narbonense, por sus procuradores que cada uno dellos para este efecto envió: el principal en asentar los capítulos desta liga fué Luis duque de Anjou hermano del rey de Francia. Quedaron de acuerdo que el rey de Aragon hiciese guerra al de Navarra dentro de su reino, y que el rey de Francia le ayudase con quinientas lanzas pagadas á su costa; todo sin tener ningun respeto al estrecho parentesco que con él tenian, porque entrambos reyes eran sus cuñados por estar el de Navarra casado con hermana del rey de Francia, y el de Aragon tenia asímismo por muger una hermana del mismo Navarro. Aquellos príncipes que tenian obligacion á defendelle cuando otros le movieran guerra, esos se conjuraban contra él: ó fiera codicia de reinar! El mal modo de proceder del rey Cárlos de Navarra y su aspereza le hacian odioso á los reyes sus vecinos, y era la causa que tuviese muchos enemigos.



Salon de Embajadores.

Entendida esta liga por el Navarro, él se estuvo quedo en España para hacer resistencia al rey de Aragon, mayormente que ya por su mandado Luis Coronel desde Tarazona hacia

guerra en Navarra, robaba y destruia toda aquella frontera: á la reina su muger envió á Francia, dado que preñada, para que procurase aplacar al rey su hermano, y buscase algun remedio para salir del aprieto en que se hallaban; esta ida no fué de provecho alguno, á causa que el rey de Francia pensaba y pretendia quedarse desta vez con toda la tierra que el de Navarra tenia en su reino. Estando pues la reina en su villa de Evreux en Normandía, en el postrero dia del mes de marzo parió al infante don Pedro su segundo hijo, conde que fué de Moretano ó Mortaigne en Normandía, y con él en el medio del estío se volvió á Navarra. Por no hallar buena acogida en el rey de Francia, de necesidad el Navarro hobo de buscar de quien favorecerse: parecióle el mejor medio de todos aliarse y juntar sus fuerzas con el rey don Pedro que andaba desterrado, y le rogaba hiciese liga con él; y como los hombres cuando se ven en algun grande aprieto, son muy liberales, para traelle á su amistad le hacia una muy larga promesa de pueblos en Castilla, ca le ofrecia toda la tierra de Guipúzcoa, Calahorra, Logroño, Navarrete, Salvatierra y Victoria: parecen hoy dia (si no son fingidas) las escrituras que hicieron deste concierto en este año en la ciudad de Lisboa, cuando el rey don Pedro desde Sevilla se retiró á Portugal.

Al presente el rey don Pedro desde Bayona procuraba socorros para poder volver á cobrar el reino de Castilla; en particular solicitaba á Eduardo príncipe de Gales, que por su padre el rey de Ingalaterra gobernaba el ducado de Guiena, para que le ayudase con sus gentes. Viéronse en Cabreron, que es un pueblo cerca de la canal de Bayona: hallóse en aquellas vistas don Carlos rey de Navarra: convidólos á comer el príncipe, sentáronse con este órden en la mesa: don Pedro á la mano derecha y luego junto á él el príncipe, y á la mano izquierda se sentó solo de por sí el rey de Navarra. Confederáronse allí estos tres príncipes, y confirmaron con solemne juramento los conciertos que hicieron, que fueron estos: que el rey don Pedro fuese restituido en su reino, y que al príncipe Eduardo se le diese en recompensa de su trabajo el señorío de Vizcaya: que el rey de Navarra hobiese á Logroño y que don Pedro dejase en Guiena sus hijas para seguridad y prenda de que cumpliria lo capitulado, y pagaria (alcanzada la victoria) el dinero que se le prestaba para el sueldo de la gente de guerra.

Sabida esta liga por el rey de Aragon, receloso del daño que della le podia venir, para hallarse con mayores fuerzas y poder mejor resistir á sus enemigos renovó con el rey de Francia la confederacion y amistades que con él tenia hechas. El rey de Navarra estaba con gran cuidado y miedo no descargasen estos nublados sobre su reino, como el que caia en medio de dos enemigos tan poderosos como eran los reyes de Francia y Aragon. Por otra parte temia á los Ingleses: juzgaba que para pasar en Castilla ó les habia de dar el camino por sus tierras, ó se le abririan con las armas. Hallábase muy congojado: aquejado con este pensamiento no sabia que consejo se tomase. La peor resolucion que él pudo tomar, fué quedarse neutral, porque desta manera á ninguno obligaba, y á todos dejó querellosos; todavia despues que lo hobo todo bien ponderado, tomó por mejor partido concertarse con el rey don Enrique, hora lo hiciese con disimulacion y engaño, hora que hobiese mudado su voluntad y quisiese salir fuera de la liga hecha con don Pedro y el príncipe de Gales. Como quiera que esto fuese, él tuvo sus hablas con el rey don Enrique en Santacruz de Campezo, que es una villa en la frontera de Navarra: halláronse presentes don Gomez Manrique arzobispo de Toledo, que fuera elegido en lugar de don Vasco, don Alonso de Aragon conde de Denia y marqués de Villena, don Lope Fernandez de Luna arzobispo de Zaragoza, y Beltran Claquin. La confederacion que estos príncipes hicieron, fué que el rey de Navarra no diese paso á los Ingleses: que en la guerra que esperaban, ayudase con su persona y con todo su ejército al rey don Enrique, y que para seguridad diese ciertas villas y castillos en rehenes de que cumpliria estos conciertos; por el contrario que don Enrique le diese á él á Logroño, la misma ciudad que poco ántes don Pedro le prometió.

En estos dias don Luis hermano del rey de Navarra se casó con Juana duquesa de Durazo en la Macedonia, hija mayor de Carlos de quien heredó este estado, y á quien algunos años despues el papa Urbano VI dió la envestidura del reino de Nápoles. Y porque comunmente se yerra en la decendencia destos príncipes, me pareció ponerla en este lugar; Carlos segundo rey de Nápoles tuvo por hijo á Juan duque de Durazo: hijos de Juan fueron Carlos y Luis: Carlos fué padre de Juana y Margarita; de Luis el otro hijo de Juan nacieron Carlos que vino á ser rey de Nápoles, y Juana la que dijimos casó con el infante don Luis hermano del rey de Navarra.

Las vistas del rey de Navarra y de don Enrique, que se hicieron en Campezo, fueron en el principio del año de 1367, en el cual (quien dice el año siguiente) en diez y ocho de enero murió en Estremoz villa de Portugal el rey don Pedro. Vivió por espacio de cuarenta y seis años, nueve meses y veinte y un dias: reinó nueve años y otros tantos meses, y veinte y ocho dias. Enterráronle en el monasterio de Alcobaza junto á doña Inés de Castro: hízosele un real y solemnísimo enterramiento con grande aparato y pompa. Entre otras cosas dejó buena renta para seis capellanes que allí dijesen cada dia misa por su ánima y por las de sus antepasados: fué aventajado en ser justiciero: lloráronle mucho sus vasallos, y sintieron su muerte como si con él en la misma sepultura se hobiera enterrado la pública alegria y bien de todo el reino. Tenia mandado que sus despenseros no comprasen ninguna cosa fiada, sino todo de contado y por justo precio. Hizo muy santas leyes contra la avaricia de los jueces y abogados, para que con su codicia y largas no fuesen los pleitos inmortales. Fué severísimo contra los malhechores, especialmente era rigurosísimo contra los adúlteros: llegó á que por haber cometido este delito el obispo de Portu, con sus propias manos le maltrató muy reciamente: así se decia vulgarmente que traia consigo un azote para castigar á los que cogiese en algun delito. Tenia costumbre de distribuir cada año muchos marcos de plata, parte labrada y parte acuñada, entre los suyos, segun la calidad y méritos de cada uno. Refiérese dél aquella sentencia: «Que no era digno de nombre de rey el que »cada dia no hiciese bien y merced á alguna persona.» Hizo el puente y villa de Limia en Portugal: dejó por heredero de su reino á su hijo don Fernando, cuyo reinado no fué tal y tan feliz como el del padre. Con los embajadores que el rey de Aragon envió á su padre, asentó él paces en cuatro dias del mes de marzo deste año en los palacios de Alcanhaaes, que son cerca de Santarén. Tuvo amores deshonestos con doña Leonor de Meneses muger de Lorenzo Vazquez de Acuña á quien se la quitó. El marido por tanto anduvo mucho tiempo huido en Castilla, y se dice dél que traia en la gorra unos cuernos de plata como por divisa y blason, para muestra de la deshonestidad del rey y de su afrenta, mengua y agravio.

CAPITULO X.

Que don Enrique fué vencido junto á Nájara.

Toda Castilla y Francia ardian llenas de ruido y asonadas de guerra: hacíanse muchas compañias de hombres, de armas, ginetes é infanteria; todo era proveerse de caballos, armas y dineros: las partes ambas igualmente temian el suceso, y esperaban la victoria. Don Enrique en Burgos, do era ido, se apercebia de lo necesario para salir al camino á su enemigo, que sabia con un grande y poderoso campo era pasado los Pirineos por las estrechas sendas y montañas cerradas de Roncesvalles. Llegó á Pamplona sin que el rey Carlos de Navarra le hobiese hecho ningun estorbo á la pasada, ca estaba á la sazon detenido en Borgia. Prendióle andando á caza cerca de allí un caballero breton llamado Olivier de Mani, que la tenia en guarda por Beltran Claquin su primo. Entrambos los reyes sospecharon que era trato doble, concierto con este capitan que le prendiese, para tener color de no favorecer á ninguno dellos, y despues escusa aparente con el que venciese. A los príncipes ningun trato que contra ellos se haga, aunque sea con mucha cautela, se les puede encubrir; ántes muchas veces les dicen mas de lo que hay, y eso lo malician y echan á la peor parte.

Don Enrique partió de Burgos con un lucido y grueso ejército de mucha infanteria y cuatro mil y quinientos hombres de á caballo, en que iba toda la nobleza de Castilla y la gente que de Francia y Aragon era venida en su ayuda. Llegó con su campo al encinar de Bañares: llamó á consejo los mas principales del ejército, y consultó con ellos lo tocante á esta guerra. Los embajadores de Francia, que eran enviados á solo este efecto, y Beltran Claquin procuraron persuadir que se debia en todas maneras escusar de venir á las manos con el enemigo y no darle la batalla, sino que fortificasen los pueblos y fortalezas del reino, tomasen los puertos, alzasen las vituallas, y le entretuviesen y gastasen; que la misma tardanza le echaria de España por ser esta provincia de tal calidad que no puede sufrir mucho tiempo un ejército y sustentarle. Que se considerase el poco provecho que se sacaria cuando se alcanzase la victoria, y lo mucho que se aventuraba de perder lo ganado, que era no menos que los reinos de Castilla y Leon, y las vidas de todos. Que en el ejército de don Pe-

dro venia la flor de la caballeria de Ingalaterra, gente muy esforzada y acostumbrada á vencer, á quien los Españoles no se igualaban ni en la destreza en pelear, ni en la valentía y fuerzas de los cuerpos. Finalmente que se acordasen que no es menos oficio del sabio y prudente capitan saber vencer al enemigo con industria y maña que con fuerza y valentia.

Esto dijeron los embajadores de Francia de parte de su rey, y Beltran Claquin de la suya. Otros que tenian menos experiencia, y menor conocimiento del valor de los Ingleses, y eran mas fervorosos y esforzados que considerados y sufridos, instaron grandemente en que luego se diese la batalla. Decian que las cosas de la guerra dependian mucho de la reputacion, y que se perderia si se rehusase la batalla, por entenderse que tenian miedo del enemigo, y serian tenidos por cobardes y de ningun valor. Que si el ánimo no faltaba, sobraban las fuerzas y ciencia militar para desbaratar y vencer dos tantos Ingleses que fuesen. Sobre todo que á tan justa demanda Dios no faltaria, y con su favor esperaban se alcanzaria una gloriosa victoria. Aprobó don Enrique este parecer: mandó marchar su campo la via de Alava para hacer rostro á algunas bandas de caballos ligeros del enemigo que se habian adelantado y robaban aquella tierra. Llegó con su ejército junto á Saldrian, y á vista del de su enemigo asentó su campo en un lugar fuerte (porque le guardaban las espaldas unas sierras que allí están) con que podia pelear con ventaja, si no le forzaban á desamparar aquel sitio.

Considerado esto, los Ingleses levantaron sus reales y tiraron la via de Logroño, ciudad que tenia la voz de don Pedro, con intento de traer á don Enrique á la batalla, ó entrar en medio del reino por donde tenian esperanza que todas las cosas podrian acabar á su gusto. Entendido por don Enrique, que estaba en Navarrete, el fin del enemigo, volvió atrás camino de Nájara, que es una ciudad que se piensa ser la antigua Tritio Metallo en los Autrigones; y de que sea ella, no es pequeño indicio que dos millas de allí está una aldea que retiene el mismo nombre de Tritio. Esta ciudad alcanza muy lindo cielo y unos campos muy fértiles, y por muchas cosas es un noble pueblo, y con el suceso desta batalla se hizo mas famoso. Escribiéronse estos príncipes: cada cual daba á entender al otro la justicia que tenia de su parte, y que no era él la causa de esta guerra; ántes la hacia forzado y contra su voluntad, y tenia mucho deseo y gana de que se concordasen, y no se viniese al riesgo y trance de la batalla por la lástima que significaban tener á la mucha gente inocente que en ella pereceria. Mas como quier que no se concordasen en el punto principal de la posesion del reino, perdida la esperanza de ningun concierto, ordenaron sus haces en guisa de pelear. Don Enrique puso á la mano derecha la gente de Francia, y con ella á su hermano don Sancho con la mayor parte de la nobleza de Castilla: á su hermano don Tello y al conde de Denia mandó que rigiesen el lado izquierdo: él con su hijo el conde don Alonso se quedó en el cuerpo de la batalla.

Los enemigos que serian diez mil hombres de á caballo y otros tantos infantes, repartieron desta manera sus escuadrones. La avanguardia llevaban el duque de Alencastre, y Hugo Carbolayo que se era pasado á los Ingleses: el conde de Armeñac y monsiur de Labrit iban por capitanes en el segundo escuadron; en el postrero quedaron el rey don Pedro y el príncipe de Gales y don Jaime hijo del rey de Mallorca, el cual despues que se soltó de la prision en que le tenia el rey de Aragon, casára con Juana reina de Nápoles. Halláronse en esta batalla trecientos hombres de á caballo Navarros, que con su capitan Martin Enrique los envió el rey Cárlos de Navarra en favor del rey don Pedro. Corria un rio en medio de los dos campos: pasóle don Enrique, y en un llano que está de la otra parte, ordenó sus haces. En este campo se vinieron á encontrar los ejércitos con grandísima furia y ruido de las voces, de los combates, del quebrar de las lanzas y el disparar de las ballestas. El escuadron de la mano derecha que regia Beltran Claquin, sufrió valerosamente el ímpetu de los enemigos, y parecia que llevaba lo mejor; empero en el otro lado quitó don Tello á los suyos la victoria de las manos: con mas miedo que vergüenza volvió en un punto las espaldas, sin acometer á los enemigos ni entrar en la batalla. Como él y los suyos huyeron, dejaron descubiertos y sin defensa los costados de Beltran y de don Sancho, por donde pudieron fácilmente ser rodeados de los enemigos, y apretándolos reciamente por ambas partes, los vencieron y desbarataron.

Hízose gran matanza, y fueron presos muchos grandes y ricos hombres, entre ellos los capitanes mas principales del ejército. Don Enrique con mucho esfuerzo y valor procuró de-

tener su escuadron que comenzaba á criar y retirarse: por dos veces metió su caballo en la mayor priesa de la batalla con grandísimo peligro de su persona; mas como quier que no pudiese detener á los suyos por la gran muchedumbre de enemigos que cargó sobre ellos y los desbarató (mal pecado) perdida del todo la esperanza de la victoria, se salió de la batalla y se acogió á Nájara: de allí por el camino de Soria se fué á Aragon acompañado de Juan de Luna y Fernan Sanchez de Tovar y Alfonso Perez de Guzman, y algunos otros caballeros de los suyos. A la entrada de aquel reino le salió á ver y consolar don Pedro de Luna, que despues en tiempo del gran scisma fué el papa Benedicto. No paró el rey don Enrique hasta que por los puertos de Jaca entró en el reino de Francia, sin detenerse en Aragon por no se fiar de aquel rey, si bien era su consuegro. Hallábase en gran cuita, poca esperanza de reparo: por semejantes rodeos lleva Dios á los varones excelentes por estos altos y bajos hasta ponerlos de su mano en la cumbre de la buena andanza que les está aparejada. Los demas de su ejército se huyeron por las villas y pueblos de aquella comarca, todos esparcidos sin quedar pendon enhiesto, ni compañía entera, ni escuadra que no fuese desbaratada.

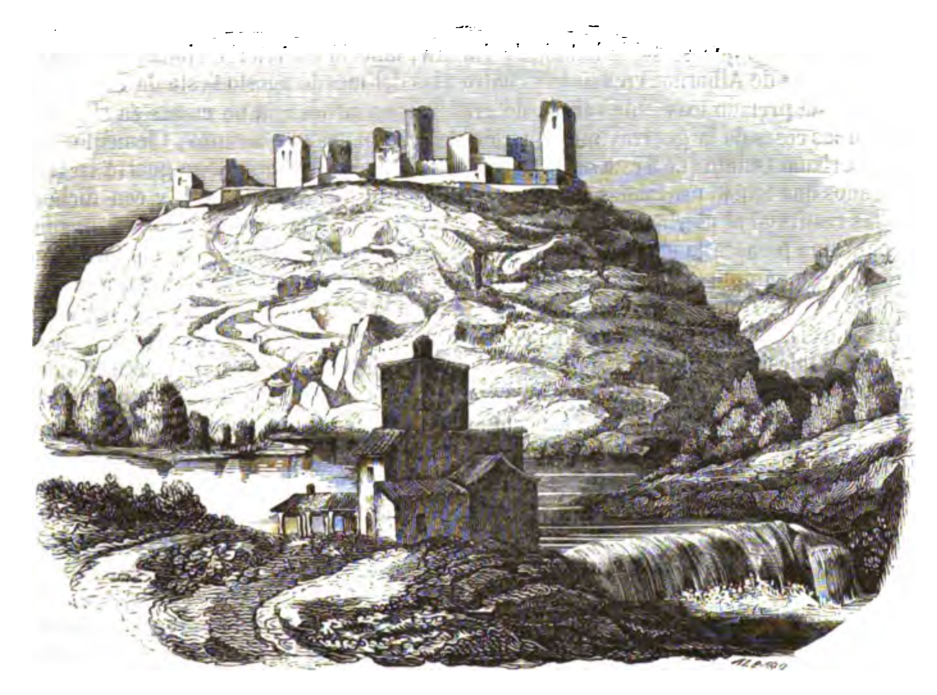
Despues de la batalla hizo matar el rey don Pedro á Iñigo Lopez de Horozco, á Gomez Carrillo de Quintana, á Sancho Sanchez de Moscoso comendador de Santiago, y á Garci Jofre Tenorio hijo del almirante Alfonso Jofre, que todos fueron presos en la pelea: otros muchos dejó de matar por no los haber á las manos, que por ningun precio se los quisieron



entregar los Ingleses cuyos prisioneros eran; emas que el príncipe de Gales le reprendió con palabras casi afrentosas porque despues de alcanzada la victoria continuaba los vicios que le quitaban el reino. Uno de los presos fué don Pedro Tenorio adelante arzobispo de Toledo. Llevó en esta batalla el pendon de don Enrique Pero Lopez de Ayala, aquel caballero que escribió la historia del rey don Pedro, y fué uno de los presos. Por esta razon algunos no dan tanto crédito á su historia, como de hombre parcial: dicen que por ódio que tenia al rey don Pedro, encareció y fingió algunas cosas; á la verdad fué uno de aquellos contra quien en Alfaro él pronunció sentencia en que los dió por rebeldes y enemigos de la patria.

Dióse esta batalla sábado tres de abril deste año de 1367. Don Tello llevó á Burgos las tristes nuevas deste desgraciado suceso. La reina doña Juana muger de don Enrique sabida la rota tuvo gran miedo de venir á manos de don Pedro: así ella y sus hijos con gran priesa se fueron de Burgos á la ciudad de Zaragoza. En esta sazon en Burgos se hallaban don Gomez Manrique arzobispo de Toledo, y don Lope Fernandez de Luna arzobispo de Zaragoza, que se quedaron con la reina. Estos la acompañaron en este viage de Aragon: llegada allí, no halló en el rey tan buena acogida como pensaba; que es cosa comun y como natural en los hombres desamparar al caido, y hacer aplauso y dar favor al vencedor. Olvidado pues el rey de Aragon (1) ya de las amistades y confederaciones que tenia hechas con don Enrique, tenia propósito de moverse al son de la fortuna, y llegarse á la parte de los que prevalecian. A esta causa era ya venido en Aragon por embajador Hugo Carbolayo inglés: y porque no podian tan presto y facilmente concluirse paces se hicieron treguas por algunos meses.

Despues de la victoria el rey don Pedro con todo su ejército se fué á Burgos, prendió en aquella ciudad á Juan Cordollaco pariente del conde de Armeñac y arzobispo de Braga, que era de la parcialidad del rey don Enrique. Hízole el rey llevar al castillo de Alcalá de Gua-



Restos del castillo de Alcalá de Guadayra.

dayra y meterle en un silo, en que estuvo hasta la muerte del mismo don Pedro, cuando mudadas las cosas fué restituido en su libertad y obispado. El rey don Pedro sin embargo se hallaba muy congojado en trazar como podria juntar tanto dinero como á los Ingleses de los sueldos debia y él recibió prestado del príncipe de Gales: no sabia asimismo como podria cumplir con él lo que le tenia prometido de darle el señorio de Vizcaya, porque ni los Vizcainos que es gente libre y feroz, sufririan señor extraño, ni el tesoro y rentas reales, consumidos con tan excesivos gastos como con estas revoluciones se hicieron, no alcanzaban

(1) No fué olvido sino que supo que el duque de Alencaster, hermano del príncipe de Gales, venia con su ejército vencedor á entrarse en el reino de Aragon.

con gran parte á pagar la mitad de lo que se debia. Por esta causa con ocasion de ir á juntar este dinero se fué don Pedro muy apriesa á Toledo, de allí á Córdova.

En esta ciudad en una noche hizo matar diez y seis hombres principales: cargábales fueron los primeros que en ella dieron entrada al rey don Enrique. En Sevilla mandó asimismo matar á Micer Gil Bocanegra y á don Juan hijo de Pero Ponce de Leon señor de Marchena, y á doña Urraca de Osorio madre de Juan Alfonso de Guzman, y á otras personas. A doña Urraca hizo quemar viva, fiereza suya, y ejecucion en que sucedió un caso notable. En la laguna propia en que hoy está plantada una grande alameda, armaron la hoguera. Una doncella de aquella señora por nombre Isabel Dávalos natural de Ubeda luego que se emprendió el fuego, se metió en él para tenella las faldas porque no se descompusiese, y se quemó junto con su ama: hazaña memorable, señalada lealtad, con que grandemente se acrecentó el ódio y aborrecimiento que de atrás al rey tenian. Con los infortunios, destierro y trabajo que habia padecido, parece era razon hobiera ya corregido los vicios que de ántes parecian tener escusa con la mocedad, licencia y libertad, si su natural no fuera tan malo. Por el contrario la afabilidad y buena condicion del rey don Enrique causaba que todos tenian lástima de sus desastres, y le amaban mas que ántes: con esto se volvió á la plática de envialle á llamar y restituille en los reinos de Castilla. El rey de Navarra de Borgia, do le tenian arrestado, se vino despues de dada la batalla á Tudela; á Mosen Olivier que le hizo compañia en aquella villa, le hizo prender, y no le quiso soltar de la prision hasta que le entregó á su hijo el infante don Pedro, que quedó en Borgia para seguridad que se cumpliria lo que los dos capitularon.

Este mismo año que se dió la batalla de Nájara, falleció en Viterbo ciudad de Italia el cardenal don Gil de Albornoz en veinte y cuatro dias del mes de agosto fiesta de San Bartolomé. Fué este prelado excelente varon, de gran valor y prudencia no menos en el gobierno que en las cosas de la guerra, muy querido de tres papas que alcanzó, Clemente, Inocencio y Urbano Quinto que á esta sazon gobernaba la Iglesia Romana. Hizo guerra en Italia á los tiranos que tenian usurpadas muchas ciudades y tierras de la Iglesia, y con dichosas armas las restituyó al patrimonio y estado de San Pedro; con que abrió el camino á sus sucesores para que pasasen la silla apostólica á la antigua ciudad de Roma, que no tardó mucho tiempo en cumplirse. Depositaron su cuerpo en el monasterio de S. Francisco de la ciudad de Asís: despues sosegadas las cosas de España con la muerte del rey don Pedro (por haberlo él así mandado en su testamento) le trasladaron á la ciudad de Toledo: está enterrado en la iglesia Mayor en la capilla de S. Ildefonso. Concedió el romano pontífice indulgencias á los que le trajesen en hombros; y fué tanta la devocion de los pueblos, que por do quier que pasaba, salian á bandas á los caminos por ganar los perdones; y de esta manera le trajeron hasta Toledo.

CAPITULO XI.

Del maestre de S. Bernardo.

El maestre de S. Bernardo (dignidad cuyo nombre y noticia apenas ha llegado á nuestros tiempos) se halló en la batalla de Nájara con otros muchos en favor de don Enrique, donde fué preso y muerto por mandado del rey don Pedro, y le confiscaron muchos pueblos que poseia en las behetrias. No cuenta esto ninguno de los historiadores, sino solamente el despensero mayor de la reina doña Leonor, de quien arriba hicimos mencion. Verdad es que no escribe el nombre del maestre, ni que principio ó autoridad tuviese esta dignidad, cosa en aquel tiempo muy sabida, al presente de todo punto olvidada: el tiempo todo lo gasta. Solo consta que este maestre era hombre de religion y eclesiástico, porque el rey don Pedro fué descomulgado por la muerte que le dió. Lo que yo sospecho es que cuando el rey don Pedro por consejo de Juan Alfonso de Alburquerque (como de suso se dijo) quiso encorporar las behetrias en la corona real, ó lo que es mas cierto, darlas á algunos señores particulares que las pretendian con mas codicia de estados que de hacer lo que era razon y justicia; entonces de su voluntad y con facultad del papa con color de religion se debieron de sujetar á la órden de S. Bernardo á imitacion de los caballeros de Calatrava y Alcántara, y eligieron una cabeza con título que le dieron de maestre de S. Bernardo, para que como las demas religiones militares hiciesen guerra á los Moros.

Este color y diligencia, aunque fué á propósito para que aquellos pueblos se mantuviesen en la libertad en que por tantos siglos inviolablemente se mantuvieron; dió empero ocasion para que el rey se indignase contra ellos: por esta causa creo yo que el dicho maestre se llegó á la parte de don Enrique: esto pudo ser, mas no es mas que congetura y pensamiento. Lo que se sigue es cierto, que el sumo pontifice Urbano quinto por esta muerte y porque tenia fuera de sus iglesias á los obispos de Calahorra y de Lugo, envió un arcediano con órden que le notificase como estaba descomulgado, y por tal le publicase. Este arcediano como quier que temiese la crueldad de don Pedro y el poco respeto que tenia á la Iglesia, usó con él de cautela y maña; esto fué que se vino por el rio en una galeota muy ligera á Sevilla, y se puso á la ribera del campo de Tablada cerca de la ciudad: aguardó á que el rey pasase por aquella parte: sucedióle como lo deseaba: preguntóle si queria saber nuevas de Levante, que le diria cosas maravillosas y jamás oidas, porque acababa de llegar de aquellas partes. Llegóse el rey cerca para oirle, y él le intimó entonces las bulas del papa: esto hecho, luego con grandisima velocidad se fué el rio abajo á vela y remo: ayudábale la menguante en que las aguas de la creciente del Océano volvian á bajar, así pudo mas ligeramente escaparse.

El rey enojóse mucho con la burla, y como fuera de sí, desnuda la espada, y arrimadas las espuelas al caballo, se lanzó en el rio: tiró una gran cuchillada al arcediano, que por no le poder alcanzar dió en la galeota, sin desistir de seguille hasta tanto que el caballo no podia nadar de cansado: corriera gran peligro de ahogarse, si no le acorrieran prestamente con un barco en que le recogieron muy encolerizado. Decia á grandes voces que él quitaria la obediencia al papa que tan violenta y sóciamente regia la Iglesia: procuraria otrosí que hiciesen lo mismo los reyes de Aragon y de Navarra; ademas que aquella injuria él la vengaria muy bien con las armas y con hacer guerra á sus tierras. Esto dijo con los ojos encarnizados y hechos ascuas, y con la voz muy fiera, alta y descompuesta: las afrentas, amenazas y desacatos que dijo contra el papa, mas le desdoraron á él que agraviaron al padre santo. Mandó luego apercebir una armada y hacer grandes llamamientos de gentes de guerra.

El papa vista la furiosa condicion del rey don Pedro, se determinó de aplacalle de la mejor menera que pudiese: para hacello con mayor autoridad le envió un legado que fué un sobrino suyo cardenal de S. Pedro, que le absolvió de la excomunion, y hizo las amistades entre él y su tio con estas condiciones: Que consumido el oficio y nombre de maestre de S. Bernardo, todos aquellos pueblos de allí adelante tuviesen su antiguo nombre de behetrías y fuesen del patrimonio real, á tal empero que no pudiesen ser entonces ni en algun tiempo dados, ni vendidos, ni enagenados: guardóseles este respeto y preeminencia por ser bienes de religion y eclesiásticos. Demas desto que la tercera parte de las décimas que llevaba á la sazon el papa de los beneficios, fuese del rey para ayuda á la guerra de los Moros. Que el papa otrosí sin consentimiento de los reyes de Castilla no pudiese en sus reinos dar obispados ni maestrazgos, ni el priorato de S. Juan, ni otros mayores beneficios. Esto se le concedió teniendo consideracion al sosiego comun y al bien general de la paz, puesto que era contra la costumbre y uso antiguo. Es cosa notable y maravillosa que por contemplacion ni respeto de ningun principe quisiese el papa perder en España tanto de su derecho y autoridad: en tanto se tuvo en aquella era el sanar la locura de un rey, que primero con sus trabajos y ahora con la victoria andaba desatinado.

CAPITULO XII.

Que don Enrique volvió á España.

Llegado don Enrique á Francia, no perdió el ánimo sabiendo cuan várias y mudables sean las cosas de los hombres, y que los valientes y esforzados hacen rostro á las adversidades, y vencen todas las dificultades en que la fortuna los pone; los cobardes desmayan y se rinden á los trabajos y desastres. El conde de Fox, á cuya casa primero aportó, le recibió muy bien y hospedó amigablemente, aunque con recelo no le hiciesen guerra los Ingleses porque le favorecia. De allí fué á Villanueva, que es cerca de Aviñon, para hablar á Luis duque de Anjou y hermano del rey de Francia, en quien halló mejor acogimiento del que él podia esperar: socorrióle con dineros, y dióle consejos tan buenos que fueron parte para que sus

cosas tuviesen el próspero suceso que poco despues se vió. Envió por inducimiento y aviso del duque con su embajada á pedir al rey de Francia su ayuda y favor para volver á Castilla. Fué oido benignamente, y determinóse el rey de favorecelle: á la verdad la mucha prosperidad y buenos sucesos de los ingleses le tenian con mucho miedo y cuidado; tenia asimismo en la memoria los agravios que don Pedro le habia hecho, y la enemiga que tenia con él. Respondióle pues con mucho amor, y propuso de le ayudar con gente y dineros: dióle el castillo de Perapertusa en los confines de Ruysellon, en que tuviese á su muger y hijos, ca desconfiados del rey de Aragon se retiraron á Francia: mandóle otrosí dar el condado de Seseno, en que pudiese vivir en él entretanto que volvia á cobrar el reino de Castilla, de donde cada dia se venian á él muchos caballeros que fueron presos en la batalla de Nájara, y estaban ya rescatados, y librados de la crueldad del rey don Pedro; que los Ingleses los escaparon de sus manos.

De los primeros que se pasaron y acudieron en Francia á don Enrique, fué don Bernal hijo del conde de Fox, señor de Bearne, á quien el rey don Enrique despues de acabada la guerra en remuneracion de este servicio le dió á Medinaceli con titulo de conde. Fué casado este príncipe con doña Isabel de la Cerda hija de don Luis y nieta de don Alonso de la Cerda el Desheredado; de quien los duques de Medinaceli (sin haber quiebra en la línea) se precian descender. Hallóse tambien con don Enrique el conde de Osona hijo de Bernardo de Cabrera, el cual despues que estuvo preso en Castilla, sirvió en la guerra á don Pedro por el gran sentimiento que tenia de la muerte de su padre: finalmente puesto en su entera libertad se pasó á don Enrique con propósito de servílle y seguir su fortuna hasta la muerte. Demas desto le avino bien á don Enrique en que el príncipe de Gales se volvió en estos dias á Guiena, enojado y mal satisfecho de don Pedro porque ni le entregó el señorío de Vizcaya que le prometió, ni le pagó los empréstitos que le hiciera, ni á muchos de los suyos el sueldo que les debia.

Demas desto en Castilla le comenzaba á ayudar la fortuna, ca muchos grandes y caballeros habian tomado su voz y hacian guerra á don Pedro; en particular se tenian por él las provincias de Guipúzcoa y Vizcaya, y las ciudades de Segovia, Avila, Palencia, Salamanca, y la villa de Valladolid y otros muchos pueblos del reino de Toledo: cada dia se reforzaba mas su bando y parcialidad, su enemigo mismo le ayudaba con hacerse por momentos mas odioso con su mal modo de proceder y desvariados castigos que hacia en los suyos. Juntado pues don Enrique su ejército, entró en Aragon por las asperezas de los Pirineos llamadas Valdeandorra: pasó por aquel reino con tanta presteza que primero estuvo dentro de Castilla, que pudiese el rey de Aragon atajarle el paso, si bien puso para estorbársele toda la diligencia que pudo.

Llegado don Enrique á la ribera del rio Ebro, preguntó si estaba ya en tierra de Castilla: como les respondiesen que sí, se apeó de su caballo, y hincado de rodillas hizo una cruz en la arena y besándola dijo estas formales palabras: «Yo juro á esta significanza de cruz »que nunca en mi vida por necesidad que me venga, salga de Castilla; ántes que espere ai »la muerte, ó estaré á la ventura que me viniere.» Fué importante esta ceremonia para asegurar los corazones de los que le seguian é inflamallos en la aficion que le tenian. Vuelto á subir en su caballo, fué con todo su campo á Calahorra, que por aquella parte es la primera ciudad de Castilla: entró en ella el dia del arcángel S. Miguel con mucho contento y regocijo de los ciudadanos y de muchos del reino que luego de todas partes le acudieron, ca andaban unos desterrados, y otros huidos de miedo de la crueldad del rey su hermano.

De Calahorra se partió á Burgos: allí fué recebido con una muy solemne procesion por el obispo, clerecía y ciudadanos de aquella ciudad. Halló en el castillo preso á don Felipe de Castro un grande del reino de Aragon casado con su hermana doña Juana, que le prendieron en la batalla de Nájara: mandóle luego soltar, y hízole donacion de la villa de Paredes de Nava y de Medina de Rioseco y de Tordehumos. Por el contrario prendió en el mismo castillo á don Jaime rey de Nápoles y hijo del rey de Mallorca, que se quedara en Burgos despues que se halló en la batalla por la parte del rey don Pedro, y ahora cuando vió que recebian á don Enrique, se retiró al castillo para defenderse en él con el alcaide Alfonso Fernandez. Con el ejemplo de la real ciudad de Burgos otras muchas ciudades tomaron la voz de don Enrique, quitado el miedo que tenian: el cual no suele ser buen maestro para hacer á los hombres constantes en el deber y en hacer lo que es razon. Sosegadas las cosas

en Burgos, pasó con su campo sobre la ciudad de Leon, que á cabo de algunos dias se le rindió á partido el postrero dia de abril del año de 1368.

En la imperial ciudad de Toledo unos querian á don Enrique: la mayor parte sustentaba la opinion de don Pedro, escarmentados del riguroso castigo que hizo allí los meses pasados, y de miedo de la gente de guerra que tenia allí de guarnicion, que eran muchos ballesteros, y seiscientos hombres de armas, cuyo capitan era Fernando Alvarez de Toledo alguacil mayor de la misma ciudad. Tenia don Enrique en su ejército mil hombres de armas: con estos y con la infantería que era en mayor número, no dudó de venir sobre una ciudad tan grande y fuerte como Toledo, y tenerla cercada. Tenia por cierto que apoderado que fuese de una ciudad y fuerza semejante, todo lo demas le seria fácil de acabar. Asentó sus reales en la vega que se tiende á la parte del setentrion á las aldas de la ciudad: puso muchas compañías en los montes que están de la otra parte del rio Tajo: este gran rio como con un compás rodea las tres cuartas partes de la ciudad, corre por la parte del levante, y revuelve ácia mediodia y poniente. Para que se pudiese pasar de los unos reales á los otros, y se favoreciesen en tiempo de necesidad, mandó fabricar un puente de madera que fué despues muy provechoso. Los Toledanos sufrian constantemente el cerco, puesto que harto inclinados á don Enrique; mas no osaban admitille en la ciudad por miedo no lo pagasen los rehenes que consigo se llevara don Pedro, que eran los mas nobles de Toledo.

La ciudad de Córdova en este tiempo, quitada la obediencia á don Pedro, seguia la parte de don Enrique con tanto pesar y enojo de su contrario que no dudó de pedir al rey de Granada le enviase su ayuda para irla á cercar. Envióle Mahomad gran número de Moros ginetes, con que y su ejército puso en gran estrecho la ciudad, y la apretó de manera que un dia estuvo á punto de ser entrada, ca los Moros á escala vista subieron la muralla y tomaron el alcázar viejo. Acudieron los Cordoveses, considerado el peligro y cuán sin misericordia serian tratados si fuesen vencidos, y pelearon aquel dia con gran desesperacion, y rebatieron tan valerosamente los Moros que mal de su grado los forzaron á salir de la ciudad: á muchos hicieron saltar por los adarves, y les tomaron las banderas y fueron en pos dellos hasta bien lejos. Señaláronse mucho este dia en valor las mugeres Cordovesas, ca visto que era entrada la ciudad por los Moros, no se escondieron, ni cayeron en sus estrados desmayadas, sino con varonil esfuerzo salieron por las calles y á los lugares en que sus maridos y hijos peleaban, y con animosas palabras los incitaron á la pelea; con esto los Cordoveses tomaron tanto brio y corage que pudieron recobrar la ciudad que ya se perdia, y hacer gran estrago y matanza de sus enemigos.

Desesperados los reyes de poder ganar la ciudad, levantaron el cerco: don Pedro se fué á Sevilla á proveer lo necesario para la guerra, que todo se hacia mas de espacio y con mayores dificultades de lo que él pensaba: el rey de Granada sin que don Pedro le fuese á la mano, saqueó y robó las ciudades de Jaen y Ubeda que á imitacion de Córdova seguian el bando de don Enrique; taló otrosí lo mas de los campos del Andalucía, con que llevaron los Moros á Granada gran muchedumbre de cautivos, tanto que fué fama que en sola la villa de Utrera fueron mas de once mil almas las que cautivaron. Con esto toda la Andalucía se veia estar llena de llantos y miseria: por una parte los apretaban las armas de los Moros, por otra la crueldad y fiereza de don Pedro.

CAPITULO XIII.

Que el rey don Pedro fué muerto.

El rey don Pedro desamparado de los que le podian ayudar, y sospechoso de los demás, lo que solo restaba, se resolvió de aventurarse, encomendarse á sus manos, y ponerlo todo en el trance y riesgo de una batalla: sabia muy bien que los reinos se sustentan y conservan mas con la fama y reputacion que con las fuerzas y armas. Teníale con gran cuidado el peligro de la real ciudad de Toledo: estaba aquejado, y pensaba como mejor podria conservar su reputacion: esto le confirmaba mas en su propósito de ir en busca de su enemigo y dalle la batalla. Procuráronselo estorbar los de Sevilla: decíanle que se destruia, y se iba derecho á despeñar; que lo mejor era tener sufrimiento, reforzar su ejército, y esperar las gentes que cada dia vendrian de sus amigos y de los pueblos que tenian su voz. Esto que le aconsejaban, era lo que en todas maneras debiera seguir, si no le cegaran la grandeza de sus maldades, y la divina justicia ya determinada de muy presto castigallas.

Estando en este aprieto sucedióle otro desastre, y fué que Victoria, Salvatierra y Logroño que eran de su obediencia, fatigadas de las armas del rey de Navarra, y por falta de socorro por estar don Pedro tan lejos, se entregaron al navarro. Ayudó á esto don Tello, el cual si estaba mal con don Pedro, no era amigo de su hermano don Enrique, y así se entretenia en Vizcaya sin querer ayudar á ninguno de los dos. Proseguíase en este comedio el cerco de Toledo. Y como quier que aquella ciudad estuviese (como dijimos) dividida en aficiones, algunos de los que favorecian á don Enrique, intentaron de apoderalle de una torre del muro de la ciudad que miraba al real, que se dice la torre de los Abades. Como no les sucediese esa traza, procuraron dalle entrada en la ciudad por el puente de S. Martin, sobre lo cual los de un bando y del otro vinieron á las manos, en que sucedieron algunas muertes de ciudadanos. Sabidas estas revueltas por el rey don Pedro, dióse muy mayor priesa á irla á socorrer, por no hallarla perdida cuando llegase. Para ir con menor cuidado mandó recoger sus tesoros, y con sus hijos don Sancho y don Diego llevallos á Carmona, que es una fuerte y rica villa del Andalucía y está cerca de Sevilla.

Hecho esto, juntó arrebatadamente su ejército, y aprestó su partida para el reino de Toledo. Llevaba en su campo tres mil hombres de á caballo; pero la mitad dellos (mal pecado) eran Moros, y de quien no se tenia entera confianza, ni se esperaba que pelearian con aquel brio y gallardia que fuera necesario. Dícese que al tiempo de su partida consultó á un moro sábio de Granada llamado Benagatin, con quien tenia mucha familiaridad; y que el moro le anunció su muerte por una profecía de Merlin hombre inglés que vivió ántes de este tiempo como cuatrocientos años. La profecía contenia estas palabras: «En las partes de »Occidente, entre los montes y el mar, nacerá una ave negra, comedora y robadora, y »tal que todos los panales del mundo querrá recoger en si, todo el oro del mundo querrá »poner en su estómago, y despues gormarlo há, y tornará atrás. Y no perecerá luego por es»ta dolencia, caérsele han las peñolas, y sacarle han las plumas al sol, y andará de puerta »en puerta, y ninguno la querrá acoger, y encerrarse há en la selva, y allí morirá dos ve»ces, una al mundo y otra á Dios, y desta manera acabará.» Esta fué la profecia, fuese verdadera ó ficcion de un hombre vanísimo que le quisiese burlar: como quiera que fuese, ella se cumplió dentro de muy pocos dias.

El rey don Pedro con la hueste que hemos dicho, bajó del Andalucia á Montiel, que es una villa en la Mancha y en los Oretanos antiguos, cercada de muralla, con su pretil, torres y barbacana, puesta en un sitio fuerte y fortalecida con un buen castillo. Sabida por don Enrique la venida de don Pedro, dejó á don Gomez Manrique arzobispo de Toledo para que prosiguiese el cerco de aquella ciudad, y él con dos mil y cuatrocientos hombres de á caballo, por no esperar el paso de la infanteria, partió con gran priesa en busca de don Pedro. Al pasar por la villa de Orgaz, que está cinco leguas de Toledo, se juntó con él Beltran Claquin con seiscientos caballos extrangeros que traia de Francia: importantísimo socorro y á buen tiempo, porque eran soldados viejos, y muy ejercitados y diestros en pelear. Llegaron al tanto allí don Gonzalo Mexía maestre de Santiago y don Pedro Muñiz maestre de Calatrava, y otros señores principales que venian con deseo de emplear sus personas en la defensa y libertad de su patria.

Partió don Enrique con esta caballeria: caminó toda la noche, y al amanecer dieron vista á los enemigos ántes que tuviesen nuevas ciertas que eran partidos de Toledo. Ellos cuando vieron que tenian tan cerca á don Enrique, tuvieron gran miedo, y pensaron no hobiese alguna traicion y trato para dejarlos en sus manos: á esta causa no se fiaban los unos de los otros; recelábanse tambien de los mismos vecinos de la villa. Los capitanes con mucha priesa y turbacion hicieron recoger los mas de los soldados que tenian alojados en las aldeas cerca de Montiel; muchos dellos desampararon las banderas de miedo, ó por el poco amor y menos gana con que servian. Al salir del sol formaron sus escuadrones de ambas partes, y animaron sus soldados á la batalla. Don Enrique habló á los suyos en esta sustancia: «Este dia, valerosos compañeros, nos ha de dar riquezas, honra y reino, ó nos »lo ha de quitar. No nos puede suceder mal, porque de cualquiera manera que nos avenga »seremos bien librados: con la muerte saldremos de tan inmensos é intolerables afanes como »padecemos; con la victoria daremos principio á la libertad y descanso que tanto tiempo há »deseamos. No podemos entretenernos ya mas, si no matamos á nuestro enemigo: él nos »ha de hacer perecer de tal género de muerte, que la ternemos por dichosa y dulce si fuere »ordinaria, y no con crueles y bárbaros tormentos. La naturaleza nos hizo gracia de la vida

»con un necesario tributo que es la muerte: esta no se puede escusar, empero los tormen»tos, las deshonras, afrentas é injurias evitáralas vuestro esfuerzo y valor. Hoy alcanzareis »una gloriosa victoria, ó quedareis como honrados y valerosos tendidos en el campo. No »vean tal mis ojos, no permita vuestra bondad, Señor, que perezcan tan virtuosos y leales »caballeros. Mas qué muerte tan desastrada y miserable nos puede venir que sea peor que »la vida acosada que traemos? No tenemos guerra con enemigo que nos concederá partidos »razonables, ni aun una tolerable servidumbre cuando queramos ponernos en sus manos: »ya sabeis su increible crueldad, y teneis bien á vuestra costa experimentado cuán poca se»guridad hay en su fe y palabra. No tiene mejor fiesta ni mas alegre que la que solemniza »con sangre y muertes, con ver destrozar los hombres delante de sus ojos. Por ventura »habémoslo con algun malvado y perverso tirano, y no con una inhumana y feroz bestia, »que parece ha sido agarrochada en la leonera para que de allí con mayor braveza salga á »hacer nuevas muertes y destrozos? Confio en Dios y en su apóstol Santiago que ha caido »en la red que nos tenia tendida, y que está encerrado donde pagará la cruel carnicería que »en nos tiene hecha: mirad, mis soldados, no se os vaya: detenedla, no la dejeis huir, no »quede lanza, ni espada que no pruebe en ella sus aceros. Socorred por Dios á nuestra mi»serable patria, que la tiene desierta y asolada: vengad la sangre que ha derramado de »vuestros padres, hijos, amigos y parientes. Confiad en nuestro Señor, cuyos sagrados »ministros sacrílegamente ha muerto, que os favorecerá para que castigueis tan enormes »maldades, y le hagais un agradable sacrificio de la cabeza de un tal mónstruo horrible, y »fiero tirano.»

Acabada la plática, luego con gran brio y alegría arremetieron á los enemigos: hirieron en ellos con tan gran denuedo que sin poder sufrir este primer ímpetu en un momento se desbarataron. Los primeros huyeron los Moros, los Castellanos resistieron algun tanto; mas como se viesen perdidos y desamparados, se recogieron con el rey don Pedro en el castillo de Montiel. Murieron muchos de los Moros en la batalla, muchos mas fueron los que perecieron en el alcance: de los Cristianos no murió sino solo un caballero. Ganóse esta victoria un miércoles catorce dias de marzo del año de 1369. Don Enrique visto como don Pedro se encerró en la villa, á la hora le hizo cercar de una horma, pared de piedra seca, con gran vigilancia porque no se les pudiese escapar. Comenzaron los cercados á padecer falta de agua y de trigo, ca lo poco que tenian, les dañó de industria (á lo que parece) algun soldado de los de dentro, deseoso de que se acabase presto el cerco.

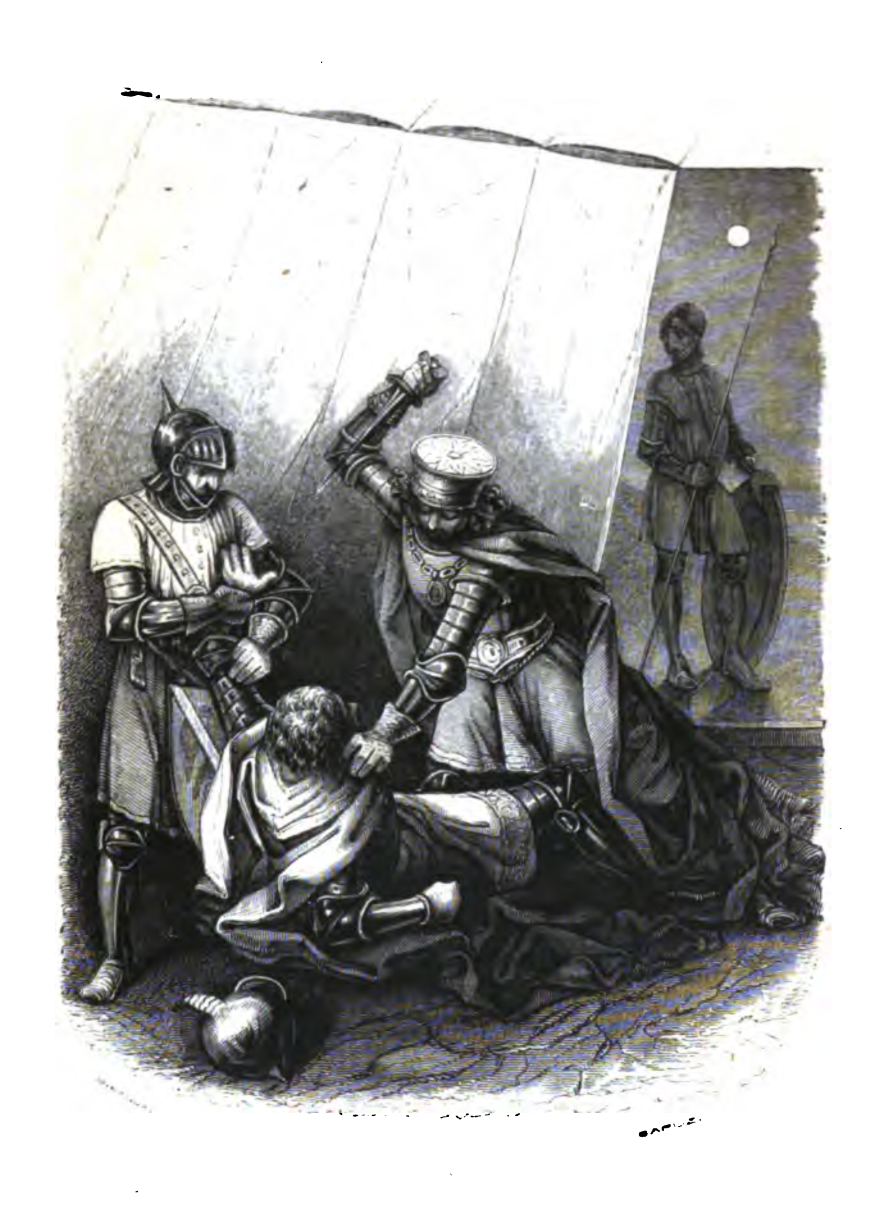
Don Pedro entendido el peligro en que estaba, pensó como podria huirse del castillo mas á su salvo. Hallábase con él un caballero que le era muy leal, natural de Trastamara: deciase Men Rodriguez de Sanabria: por medio deste hizo á Beltran Claquin una gran promesa de villas y castillos y de docientas mil doblas castellanas, á tal que dejado á don Enrique le favoreciese y le pusiese en salvo. Estrañó esto Beltran: decia que si tal consintiese, incurriria en perpetua infamia de fementido y traidor; mas como todavía Men Rodriguez le instase, pidióle tiempo para pensar en tan grande hecho. Comunicado el negocio secretamente con los amigos de quien mas se fiaba, le aconsejaron que contase á don Enrique todo lo que en este caso pasaba: tomó su consejo. Don Enrique le agradeció mucho su fidelidad, y con grandes promesas lo persuadió á que con trato doble hiciese venir á don Pedro á su posada, y le prometiese haria lo que deseaba: concertaron la noche: salió don Pedro de Montiel armado sobre un caballo con algunos caballeros que le acompañaban: entró en la estancia de Beltran Claquin con mas miedo que esperanza de buen suceso. El recelo y temor que tenia, dicen se le aumentó un letrero que leyó poco ántes, escrito en la pared de la torre del homenage del castillo de Montiel, que contenia estas palabras: «esta es la torre de la estrella:» ca ciertos astrólogos le pronosticáran que moriria en una torre deste nombre. Ya sabemos cuán grande vanidad sea la destos adevinos, y como despues de acontecidas las cosas se suelen fingir semejantes consejas.

Lo que se refiere que le pasó con un judío médico, es cosa mas de notar. Fué así que por la figura de su nacimiento le habia dicho que alcanzaria nuevos reinos, y que seria muy dichoso. Despues cuando estuvo en lo mas áspero de sus trabajos, díjole: Cuán mal acertastes en vuestros pronósticos. Respondió el astrólogo: Aunque mas yelo caiga del cielo, de necesidad el que está en el baño ha de sudar. Dió por estas palabras á entender que la voluntad y acciones de los hombres son mas poderosas que las inclinaciones de las estrellas.

Entrado pues don Pedro en la tienda de don Beltran, díjole que ya era tiempo que se fuesen: en esto entró don Enrique armado: como vió á don Pedro su hermano, estuvo un poco sin hablar como espantado: la grandeza del hecho le tenia alterado y suspenso, ó no le conocia por los muchos años que no se vieran. No es menos sino que los que se hallaron presentes, entre miedo y esperanza vacilaban. Un caballero francés dijo á don Enrique señalando con la mano á don Pedro: Mirad que ese es vuestro enemigo. Don Pedro con aquella natural ferocidad que tenia, respondió dos veces: Yo soy, yo soy. Entonces don Enrique sacó su daga, y dióle una herida con ella en el rostro: vinieron luego á los brazos, cayeron ambos en el suelo: dicen que don Enrique debajo, y que con ayuda de Beltran, que les dió vuelta y le puso encima, le pudo herir de muchas puñaladas con que le acabó de matar: cosa que pone grima: un rey, hijo y nieto de reyes revolcado en su sangre derramada por la mano de un su hermano bastardo: estraña hazaña! A la verdad cuya vida fué tan dañosa para España, su muerte le fué saludable: y en ella se echa bien de ver que no hay ejércitos, poder, reinos, ni riquezas que basten á tener seguro á un hombre que vive mal é insolentemente. Fué este un extraño ejemplo para que en los siglos venideros tuviesen que considerar, se admirasen y temiesen; y supiesen tambien que las maldades de los príncipes las castiga Dios no solamente con el ódio y mala voluntad con que mientras viven son aborrecidos, ni solo con la muerte, sino con la memoria de las historias, en que son eternamente afrentados y aborrecidos por todos aquellos que las leen; y sus almas sin descanso serán para siempre atormentadas. Frossarte historiador francés deste tiempo dice que don Enrique al entrar de aquel aposento dijo: donde está el hideputa judio, que se llama rey de Castilla? y que don Pedro respondió: Tú eres el hideputa, que yo hijo soy del rey don Alonso. Murió don Pedro en veinte y tres dias del mes de marzo en la flor de su edad de treinta y cuatro años y siete meses: reinó diez y nueve años menos tres dias. Fué llevado su cuerpo sin ninguna pompa funeral á la villa de Alcocer, do le depositaron en la iglesia de Santiago. Despues en tiempo del rey don Juan el segundo le trasladaron por su mandado al monasterio de Santo Domingo el real de Madrid de la órden de los predicadores. Prendieron despues de muerto el



Copia de la estátua sepulcral del rey D. Pedro que hay en el convento de Sto. Domingo el Real en Madrid.



Muerte del rey D. Pedro.

rey don Pedro á don Fernando de Castro, Diego Gonzalez de Oviedo hijo del maestre de Alcántara, y Men Rodriguez de Sanabria, que salieron con él de la villa para tenelle compañía. Estos tiempos tan calamitosos y revueltos no dejaron de tener algunos hombres señalados en virtud y letras: uno destos fué don Martin Martinez de Calahorra canónigo de Toledo, y Arcediano de Calatrava dignidad de la Santa Iglesia de Toledo, que está enterrado en la capilla de los reyes viejos de aquella iglesia con un letrero en su sepulcro, que dice como por honra de la santidad y grandeza de la iglesia de Toledo, no quiso aceptar el obispado de Calahorra para el cual fué elegido en concordia de todos los votos del cabildo de aquella iglesia.

CAPITULO XIV.

Que don Enrique se apoderó de Castilla.

Con la muerte del rey don Pedro enriquecieron unos y empobrecieron otros: tal es la usanza de la guerra, y mas de la civil: todas las cosas en un momento se trocaron en favor del vencedor; dióse á la hora Montiel. Llegada la nueva de lo sucedido á Toledo, tuvieron gran temor los vecinos de aquella ciudad. Padecian á la sazon necesidad de bastimentos: acordaron de hacer sus pleitesías con los de don Enrique que los tenia cercados; entregáronles la ciudad y todos se pusieron en la merced del nuevo rey, pues con la muerte de don Pedro se entendia quedaban libres del homenage y fidelidad que le prometieran. Entre los principes extrangeros se levantó una nueva contienda sobre quien tenia mejor derecho á los reinos de Castilla. Convenian todos en que don Enrique no tenia accion á ellos por el defecto de su nacimiento: demas desto cada uno pensaba quedarse en estas revueltas con lo que mas pudiese apañar; que desta suerte se suelen adquirir nuevos reinos y aumentarse los antiguos.

El rey de Navarra, segun poco ha dijimos, se apoderára de muchos y buenos pueblos de Castilla: al rey de Aragon por traicion de los alcaides se le entregaron Molina, Cañete y Requena; el rey de Portugal pretendia toda la herencia y sucesion, y se intitulaba rey de Castilla y de Leon por ser sin contradiccion alguna visnieto del rey don Sancho, nieto de doña Beatriz su hija: teníanse ya por él Ciudad-Rodrigo, Alcántara y la ciudad de Tuy en Galicia. El rey de Granada tramaba nuevas esperanzas receloso por la constante amistad que guardó á don Pedro. La mayor tempestad de guerra que se temia, era de Ingalaterra y Guiena, á causa que Juan duque de Alencastre hermano del príncipe de Gales se casára con doña Costanza hija del rey don Pedro, y el conde Cantabrigense hermano tambien del mismo príncipe tenia por muger á doña Isabel hija menor dél mismo, habidas ambas en doña Maria de Padilla. Desta suerte dentro del nobilísimo reino de Castilla se temian discordias civiles, y de fuera le amenazaban grandes movimientos y asonadas nuevas de guerras.

El remedio que estos temores tenian, era con presteza ganar las voluntades de las ciudades y grandes del reino. Como don Enrique fuese sagaz, y entendiese que era esto lo que le cumplia, luego que puso cobro en Montiel, se partió sin detenerse á Sevilla, do fué recebido con gran triunfo y alegria. Todas las ciudades y villas del Andalucía vinieron luego á dalle la obediencia, excepto la villa de Carmona, en que don Pedro dejó sus hijos y tesoros y por guarda al capitan Martin Lopez de Córdova maestre que se llamaba de Calatrava; que todavia hacia las partes de don Pedro aunque muerto. En los dias que el rey don Enrique estuvo en Sevilla, por no tener á un tiempo guerra con tantos enemigos pidió treguas al rey moro de Granada, no sin diminucion y nota de la magestad real; mas la necesidad que tenia de asegurar y confirmar el nuevo reinado, le compelió á que disimulase con lo que era autoridad y pundonor.

No se concluyó desta vez nada con el moro: por esto puesto buen cobro en las fronteras, y asentadas las cosas de Andalucía, el nuevo rey volvió á Toledo por tener aviso que de Burgos eran allí llegados la reina su muger, y el infante su hijo. En esta ciudad se buscó traza de allegar dineros para pagar el sueldo que se debia á los soldados extraños, y lo que se prometió á Beltran Claquin en Montiel por el buen servicio que hizo en ayudar á matar al enemigo. Juntóse lo que mas se pudo, del tesoro del rey, y de los cojedores de las rentas reales. Todo era muy poco para hartar la codicia de los soldados y capitanes extraños, que decian públicamente y se alababan tuvieron el reino en su mano, y se le dieron á don

Enrique; palabras al rey afrentosas, y para el reino soberbias: la dulzura del reinar hacia que todo se llevase fácilmente. Para proveer en esta necesidad hizo el rey labrar dos géneros de moneda (1), baja de ley y mala, llamada cruzados la una, y la otra reales: tra-




Moneda de D. Enrique II.

za con que de presente se sacó grande interés, y con que salieron del aprieto en que estaban; pero para lo de adelante muy perniciosa y mala, porque á esta causa los precios de las cosas subieron á cantidades muy excesivas (2). Desta manera casi siempre las trazas que se buscan para sacar dineros del pueblo, puesto que en los principios parezcan acertadas, al cabo vienen á ser dañosas, y con ellas quedan las provincias destruidas y pobres.

Todas estas dificultades vencia la afabilidad, blandura y suave condicion de don Enrique, sus buenas y loables costumbres; que por excelencia le llamaban el Caballero: ayudábanle otrosí á que le tuviesen respeto y aficion la magestad y hermosura de su rostro blanco y rubio, ca dado que era de pequeña estatura, tenia grande autoridad y gravedad en su persona. Estas buenas partes de que la naturaleza le dotó, la benevolencia y aficion que por ellas el pueblo le tenia, las aumentaba él con grandes dádivas y mercedes que hacia. Por donde entre los reyes de Castilla él solo tuvo por renombre el de las Mercedes: honroso título, con que le pagaron lo que merecia la liberalidad y franqueza que con muchos usaba. A la verdad fuéle necesario hacerlo desta manera para asegurar mas el nuevo reino, y gratificar con estados y riquezas á los que le ayudaron á ganarle, y tuvieron su parte en los peligros: ocasion de que en Castilla muchos nuevos mayorazgos resultaron estados y señorios.

Avivábanse en este tiempo las nuevas de la guerra que hacian en las fronteras los reyes de Portugal y de Aragon: proveyó á esto prestamente con un buen ejército que envió á la frontera de Aragon, cuyos capitanes Pero Gonzalez de Mendoza, Alvar Garcia de Albornoz cobraron á Requena, echados della los soldados Aragoneses. El por su persona fué á Galicia, en que tenia nuevas que andaban los Portugueses esparcidos y desmandados, y con gran descuido; y que por ir cargados de lo que robaban en aquella tierra, podrian fácilmente ser desbaratados: cercó en el camino á Zamora, y sin esperar á ganarla entró en Portugal por aquella parte que está entre los rios Duero y Miño, que es una tierra fértil y abundosa: destruyó y corrió los campos de toda aquella comarca, quemó y robó muchas villas y aldeas, ganó las ciudades de Braga y Berganza. Desta manera puesto grande espanto en los Portugueses, y vengadas las demasias y osadía que tuvieron de entrar en su reino, se volvió para Castilla: hallóse con el rey don Enrique en esta guerra su hermano el conde don Sancho, ya rescatado por mucho precio de la prision en que estuvo en poder de los Ingleses despues que le prendieron en la batalla de Nájara.

El rey de Portugal no se atrevió á pelear con don Enrique, aunque ántes le enviara á desafiar, por no estar tan poderoso como él, ni se le igualaba en la ciencia militar, ni en la experiencia y uso de las cosas de la guerra. Valió á los Portugueses la nueva que don Enrique tuvo de los daños y robos que el rey de Granada hacia en el Andalucía, junto con la pérdida de la ciudad de Algecira que el moro tomó y la echó por el suelo de manera tal que jamás se volvió á reedificar: debiéralo de hacer en venganza de las muchas vidas de

(1) Fueron tres especies de moneda: reales, cruzados y coronas, y se hizo principalmente para pagar al duque M. Beltran.

(2) Entre las 68 leyes que hicieron las cortes que el rey celebró en Toro el dia 1.° de setiembre de 1369 algunas fijaron los precios de ciertos artículos sobre que especulaba la avaricia.

Moros que aquella ciudad costara. Demas desto el rey tenia necesidad de volver á Castilla para proveer todavia de dineros con que pagar los soldados extraños, y despachar á Beltran, que en esta sazon era solicitado del rey de Aragon para que pasase en Cerdeña á castigar la gran deslealtad del juez de Arborea Mariano, que de nuevo andaba alzado en aquella isla, y tenia ganados muchos pueblos, y se entendia aspiraba á hacerse señor de toda ella.

Habia enviado el rey de Aragon contra él á don Pedro de Luna señor de Almonacir, el cual sin embargo que tenia parentesco de afinidad con Mariano, por estar casado con doña Elfa parienta suya, le apretó reciamente en los principios, y puso brevemente en tanto estrecho que por no se atrever á esperar en el campo, aunque tenia mayor ejército que el aragonés se encerró dentro los muros de la ciudad de Oristan. Túvole don Pedro cercado muchos dias; y como quier que por tener en poco al enemigo, en sus reales faltase la guarda y vigilancia que pide la buena disciplina militar, el juez que estaba siempre alerta y esperaba la ocasion para hacer un notable hecho, salió repentinamente con su gente, y dió tan de rebato sobre sus enemigos, y con tan grande presteza que primero vieron ganados sus reales, presos y muertos sus compañeros, que supiesen que era lo que venia sobre ellos. Finalmente fué desbaratado todo el ejército, y muerto el general don Pedro de Luna, y con él su hermano don Filipe.

Pasados algunos dias, Brancaleon Doria, que en estas revoluciones seguia la parcialidad del señor de Arborea, quier por algun desabrimiento que con él tuvo, quier con esperanza de mayor remuneracion se reconcilió con el rey: con que alcanzó no solamente perdon de los delitos que tenia cometidos, sino tambien favores y mercedes. Poco tiempo despues el juez de Arborea forzó á la ciudad de Sacer, que es la mas principal de Cerdeña, á que se le rindiese: con que se perdió tanto como fué de provecho reducirse al servicio del rey de Aragon un señor tan poderoso é importante como era Brancaleon. Estuvo entonces esta isla á pique de perderse: para entretenerla lo mejor que ser pudiese mientras el rey iba á socorrella, envió allá por capitan general á don Berenguel Carroz conde de Quirra: fuera desto con grandes promesas solicitó á Beltran Claquin quisiese pasar en Cerdeña y tomar á su cargo aquella guerra. Era muy honroso para él que los príncipes de aquel tiempo le hacian señor de la paz y de la guerra, y que tenia en su mano el dar y quitar reinos.

Estaba para conceder con los ruegos del rey de Aragon, cuando otra guerra mas importante que en aquella coyuntura se levantó en Francia, se lo estorbó, y llevó á su tierra. Los pueblos del ducado de Guiena se hallaban muy fastidiados y querellosos del gobierno de los Ingleses, que les echaron un intolerable pecho que se cobraba de cada una de las familias; esto para restaurar los excesivos gastos que el rey Eduardo hiciera en la entrada de su hijo el príncipe de Gales en España cuando restituyó en su reino de Castilla á don Pedro. Llevaron muy mal esta carga los Guieneses, y lamentaban la opresion y servidumbre: mas les faltaba cabeza que los favoreciese y acaudillase, que no gana de rebelarse. No tenian otro príncipe mas á propósito á quien se entregar, que el rey de Francia: avisáronle de su determinacion, y suplicáronle tuviese lástima de aquel noble estado que en otro tiempo fué de su corona, y al presente le tenian tiranizado y en su poder sus capitales enemigos.

Pareció al francés que era esta buena ocasion para pagarse de lo que los Ingleses hicieron en la batalla de Potiers. Por esto holgó con la embajada, y los animó y confirmó en su propósito: prometióles de encargarse de su defensa; que les exhortaba no dudasen de echar de su tierra los presidios de los Ingleses, que él los socorreria con un buen ejército. Animáronse con esto los Guieneses, los primeros que arbolaron banderas y tomaron cajás por Francia, fueron los de Cahors. El rey visto que ya estaba rompida la guerra, y que para empresa de tan gran riesgo é importancia le faltaba un prudente y experimentado capitan de quien se pudiese fiar, juzgó que Beltran Claquin era el mejor de los que podia escoger, y el que con mas amor y lealtad le serviria. Con este acuerdo le envió á llamar á España: juntamente rogó al rey de Navarra se fuese á ayudar en esta guerra. Determinóse el navarro de pasar á Francia, dado que á la sazon tenia en Aragon á Juan Cruzate Dean de Tudela para que tratase de confederalla con aquel rey. Dejó en Navarra por gobernadora del reino á la reina doña Juana su muger; y partido de España, se quedó en Chireburg, una villa fuerte de su estado que está en Normandía. No se atrevió á fiarse del

rey de Francia por las antiguas contiendas que entre sí tuvieran: demas desto como hombre astuto queria desde allí estarse á la mira sin arriscarse en nada (propio de gente doblada) y visto en que paraban estos movimientos, despues inclinarse á aquella parte de que con menos costa y peligro pudiese sacar mayor ganancia é interés.

Procuraba el rey de Francia amansar y sosegar la feroz é inquieta condicion del navarro, por saber que muchas veces de pequeñas ocasiones suelen resultar irreparables daños y mudanzas notables de reinos: envióle con este fin una amigable embajada con ciertos caballeros principales de su corte. Poco se hacia por medio de los embajadores: acordaron de hablarse en Vernon, que es una villa asentada en la ribera del rio Seina ó Secuana en los confines de los estados de ambos reyes. Concertaron en aquellas vistas que el rey de Navarra dejase al de Francia las villas de Mante y Meulench, y el condado de Longavilla, que eran los pueblos sobre que tenian diferencia; y que el rey de Francia diese en recompensa al navarro la baronía y señorío de Mompeller; empero estas vistas y conciertos se hicieron mas adelante de donde ahora llega nuestra historia, que fué en él año de mil y trecientos y setenta y cinco. Volvamos á lo que se queda atrás, y lo que pasaba en Castilla.

CAPITULO XV.

Como murió don Tello.

Muy alegre se hallaba don Enrique con la victoria que alcanzó de su enemigo: su fama se estendia y volaba por toda Europa, como del que fundára en España un nuevo y poderoso reino, bien que por estar rodeado de tantos enemigos no dejaba de ser molestado de varios y enojosos pensamientos. Representábasele que muchas veces un pequeño yerro suele estragar y ser ocasion que se pierdan poderosos estados. Todos los buenos en Castilla le querian bien y se agradaban de su señorío: no era posible tenellos á todos contentos, forzosamente los que tenian recebidas algunas mercedes de don Pedro, ó por su muerte perdieron sus comodidades é intereses, defendian las partes del muerto, y les pesaba del buen suceso de don Enrique. Los Portugueses tenian en este tiempo en Ciudad-Rodrigo una buena guarnicion de hombres de armas: dende hacian grandes daños en las tierras de Castilla, corrian los campos, robaban y quemaban las aldeas, con que los labradores, como mas sujetos á semejantes daños, eran malamente molestados.

Para remedio de estos males y reducir á su servicio esta ciudad, que es de las mas principales de aquella comarca, el rey con toda su hueste la cercó en el principio del año de **1370**. Pensaba hallarla desapercebida, y hacer que por fuerza ó de grado se la entregasen: hallóse en todo engañado, la ciudad bien prevenida, y se la defendieron valerosamente los Portugueses, por donde el cerco duró mas tiempo de lo que el rey tenia imaginado: la aspereza de aquel invierno fué grande, no pudo por ende el ejército estar mas en campaña, y fué forzoso levantar el cerco é irse á Medina del Campo á esperar el buen tiempo. Tuvo cortes en aquella villa. Lo principal que de ellas resultó, fué un gran socorro y servicio de dineros que los procuradores de las ciudades le hicieron para que acabase de allanar el reino, por ser ya consumido lo que montaron los intereses que se sacaron de las monedas de cruzados y reales (que el año pasado se acuñaron y arrendaron) gastados en pagar sueldos y premiar capitanes, y en satisfacer su demasiada codicia.

Debíansele á Beltran Claquin ciento y veinte mil doblas que le prometió don Enrique porque le entregase en Montiel al rey don Pedro, que para en aquella era fué una grandísima cantía. Dióle en precio de las setenta mil á don Jaime hijo del rey de Mallorca y rey de Nápoles, que era el rescate que la reina su muger señora riquísima tenia prometido: lo demas se le dió en oro de contado, y ultra de sus pagas le hizo el rey merced de la ciudad de Soria, y de las villas de Almazan, Atienza, Montagudo, Molina y Seron. Con estas riquezas y grande estado que por su valor adquirió, ganada ultra desto una fama y gloria inmortal, se volvió á nuevas esperanzas que se le representaban en Francia. Maurello Fienno que era condestable de Francia, hizo dejacion del cargo; con que el rey e proveyó á don Beltran: él con su valor reprimió los brios de los Ingleses que abrasaban todo aquel reino, y alcanzó dellos grandes victorias, unas con esfuerzo y otras con industria y arte, con que restituyó á su gente la honra y gloria militar perdida de tantos años atrás.

En el mes de julio deste año se concordaron en Tortosa los Aragoneses y Navarros, y se

aliaron: la voz era favorecerse los unos á los otros contra sus enemigos; en realidad de verdad no era otra cosa sino juntar sus fuerzas para hacer guerra á don Enrique. Fueron entonces restituidas por la reina de Navarra al rey de Aragon las villas de Salvatierra y la Real, que antiguamente eran de aquel reino: hicieron este acuerdo con los Aragoneses don Bernardo Folcaut obispo de Pamplona, y Juan Cruzate dean de Tudela, á quien el rey Cárlos de Navarra al tiempo de su partida dejó por consejeros y coadjutores de la reina para la gobernacion del reino. En Castilla consultaba el rey á cual parte seria mejor acudir primero: resolvióse en enviar á Galicia á Pedro Manrique adelantado de Castilla, y á Pedro Ruiz Sarmiento adelantado de Galicia, que llevaron algunas compañías de hombres de armas y otras de infanteria para defender aquella comarca de los Portugueses, que se apoderáran de las ciudades de Compostella, Tuy, y del puerto de la Coruña: envió asimismo á mandar á su hermano don Tello que él por su parte fuese á la defensa de aquella provincia.

Despachados estos socorros para Galicia, y despedidas las cortes, partióse luego á Sevilla con la fuerza de su ejército. A la verdad en el Andalucia era la mayor necesidad que se tenia de su persona, por la guerra que en ella hacian los Moros, y estar todavía Carmona rebelada, y la armada de Portugal que por aquella costa hacia mucho daño, y tenia tomada la boca del rio Guadalquivir. Fueron en esta coyuntura muy á propósito las treguas que los maestres de Santiago y Calatrava asentaron con el rey de Granada: recibió gran contento el rey don Enrique con esta nueva, porque si en un mismo tiempo fuera acometido de tantos enemigos, parece que no tuviera bastantes fuerzas para podellos resistir á todos, dividido su ejército en tantas partes. Traian los Portugueses en su armada diez y seis galeras y veinte y cuatro naves: mandó el rey en Sevilla echar veinte galeras al agua, que no se pudieron poner todas en órden de navegar por falta de remos y jarcias, que los tenian dentro de Carmona por órden del rey don Pedro que las mandó allí guardar para quitar la navegacion á Sevilla, si se intentase rebelar. Por esto hizo venir de la costa de Vizcaya otra armada de navíos y galeras, con que los Castellanos quedaron tanto mas poderosos en el mar, que los Portugueses no osaron esperar la batalla; ántes perdidas tres galeras y dos navios que les tomaron los contrarios, se volvieron desbaratados á Portugal.

A este tiempo se hallaba menoscabada la flota Portuguesa á causa que algunas de las galeras eran idas á Barcelona á llevar á don Martin obispo de Ebora, y á don Juan obispo de Silves, y á fray Martin abad del monasterio de Alcobaza, y á don Juan Alfonso Tello conde de Barcelos, que iban por embajadores para hacer alianza con el rey de Aragon. Mediante la diligencia destos prelados y del conde se confederaron estos reyes contra don Enrique, en esta forma: que el reino de Murcia y la ciudad de Cuenca, y toda s las villas y castillos de aquella comarca fuesen para el rey de Aragon, lo demas de Castilla quedase por el rey de Portugal, como señor y rey que ya se intitulaba de Castilla: item que para mayor firmeza desta avenencia tomase el rey de Portugal por muger á la infanta doña Leonor hija del rey de Aragon con cien mil florines de dote: conciertos que no tuvieron efecto por causa que el rey de Portugal se embebeció en otros amores, y aun se casó de secreto con doña Leonor Tellez de Meneses hija de Alonso Tello hermano del conde de Barcelos; asímismo el rey de Aragon aflojó en lo tocante á la guerra de Castilla por el peligro en que tenia su isla de Cerdeña, que le traia en gran cuidado.

Por estos dias en quince del mes de octubre murió en Galicia don Tello señor de Vizcaya: fué hombre de buenas costumbres y en todas sus cosas igual; padeció muchos trabajos, y al cabo vino á estar desavenido con el rey su hermano. Díjose entonces á la sorda que un médico de don Enrique, llamado maestre romano, le dió yerbas con que le mató: mentira que se creyó vulgarmente, como suele acontecer; lo cierto fué que murió de su enfermedad. Dió el rey al infante don Juan su hijo el señorío de Vizcaya y de Lara, que era de su tio don Tello (1): estados que desde entonces hasta hoy han quedado incorporados en la corona real de Castilla. Enterraron el cuerpo de don Tello en el monasterio de S. Francisco de la ciudad de Palencia: el entierro y obsequias se le hicieron con grande pompa y magestad.

(1) La crónica dice que «ambos señoríos pertenecian por herencia á la reina doña Juana madre del infante don Juan I, heredero.»

CAPITULO XVI.

De las bodas del rey de Portugal.

De grande importancia fueron las treguas que tan á tiempo se hicieron con el rey de Granada, y no de menor momento echar de la costa de Castilla la armada de los Portugueses. Lo que restaba, era concluir el cerco de Carmona, que no solo importaba el ganarla por hacerse señor de una tan buena villa, sino tambien era de mucha consideracion, por lo que tocaba á todo el estado de la guerra quitar aquella guarida á todos los de la parcialidad de don Pedro, que necesariamente eran muchos, y los mas soldados viejos y muy ejercitados en las armas. Determinóse pues el rey don Enrique de echar á una parte el cuidado en que le tenia puesto esta villa: venida la primavera del año de 1371, llegó con todo su ejército sobre Carmona y la sitió. Fué este cerco largo y dificultoso, y pasaron entre los cercados y los del rey algunos hechos notables en las continuas escaramuzas y rebatos que tenian: los de la villa peleaban con grande ánimo y valor, y muchas veces á la iguala con los que la tenian cercada: tan confiados, y con tan poco temor de sus enemigos, que de dia ni de noche no cerraban las puertas, ní jamás rehusaban la escaramuza, si los del rey la querian; ántes los tenian siempre alerta con sus continuas salidas.

Sucedió que un dia se descuidaron las centinelas por ser el hilo de mediodia: los soldados recogidos en sus tiendas por el excesivo calor que hacia: advirtiéronlo desde la muralla los cercados, salieron de improviso de la villa, arremetieron furiosamente, ganaron en un punto las trincheas, y con la misma presteza sin detenerse corrieron derechos á la tienda del rey para con su muerte fenecer la guerra. Dios y el apóstol Santiago libraron en este dia al rey y al reino; que estuvo muy cerca de suceder un gran desastre si algunos caballeros visto el peligro no le acorrieran prestamente, y acudieran á entretener aquella furia é ímpetu de los enemigos hasta tanto que llegaron mas gente, con cuya ayuda despues de pelear gran rato con ellos dentro de los reales, los forzaron á que se retirasen á la villa tan mal parados, que no se fueron alabando de su osadía.

El rey visto que no podia ganar por fuerza esta villa, mandóla escalar una noche con gran silencio: subieron cuarenta hombres de armas y ganaron una torre, pero como lo sintiesen las centinelas y escuchas, tocaron al arma: alborotáronse los de la villa primero por pensar que del todo era entrada; mas vueltos sobre si, y cobrado esfuerzo, rebatieron los que subieran en la muralla: con el grande peso y priesa de los que bajaban, se quebraron las escalas, con que quedaron dentro de la villa presos los mas de los que estaban en la torre; venido el capitan Martin Lopez de Córdoba, que aquella noche no se halló en la villa, sin ninguna misericordia los hizo matar: el rey recibió desto grande enojo, y despues de tomada la villa vengó sus muertes con la de aquel que los mandára matar. Aprestóse pues mas de allí adelante el cerco: no los dejaban entrar bastimentos. El capitan Martin Lopez de Córdoba forzado de la hambre y necesidad se dió finalmente á partido; sin embargo, no obstante la seguridad que el maestre de Santiago le dió (á quien se rindió) le mandó el rey justiciar en Sevilla, sin respeto del seguro y palabra, á trueco de vengar el enojo y pesar que le hizo en matalle sus soldados. Vinieron á poder del rey los tesoros y hijos inocentes de don Pedro para que pagasen con perpetua prision los grandes desafueros de su padre.

Concluida esta guerra, el rey don Enrique hizo que los huesos de su padre el rey don Alonso, como él lo dejára mandado en su testamento, fuesen trasladados á Córdoba á la capilla real que está detrás del altar mayor de la iglesia catedral, do se ven dos túmulos, el uno del rey don Alonso y el otro de su padre el rey don Fernando, que tambien está en ella sepultado: aunque son humildes y de madera, no de mala escultura para lo que el arte alcanzaba en aquella era. A la sazon que el rey don Enrique estaba sobre Carmona, tuvo nuevas como Pero Fernandez de Velasco le ganó la ciudad de Zamora y la redujo á su servicio, echados della los Portugueses, y que sus adelantados Pero Manrique y Pero Ruiz Sarmiento tenian sosegada la provincia de Galicia, ca vencieron en una batalla á don Fernando de Castro, que era el principal autor de las revueltas de aquella comarca, y el que mas se señalaba en favor de los Portugueses; y asi perdida la batalla, se fué con ellos á Portugal.

En un cuerpo muelle y afeminado con los vicios no puede residir ánimo valeroso ni esforzado, ni se puede en los tales hallar la fortaleza que es necesario para sufrir las adversidades. Quebrantóse mucho el corazon del rey don Fernando de Portugal con los malos sucesos que hemos referido tuvo en la guerra con don Enrique: así oyó de buena gana los tratos de paz en que de parte del rey de Castilla le habló Alfonso Perez de Guzman alguacil mayor de Sevilla, por cuya buena industria en primero de marzo se concluyeron las paces en Alcautin villa de Portugal con estas condiciones: que el rey de Castilla le restituyese los pueblos que durante la guerra le ganára: que la infanta doña Leonor hija del rey de Castilla casase con el de Portugal: el dote fuese Ciudad-Rodrigo y Valencia de Alcántara en Extremadura, y Monreal en Galicia. Tuvo el Portugués gran ocasion de ensanchar su reino; mas todo lo pervirtieron los encendidos amores que tenia con doña Leonor de Meneses (como de suso se dijo) que pasaban muy adelante, y estaban muy arraigados por tener ya en ella una hija que se llamaba doña Beatriz. Esto le hizo mudar intento, y no efectuar el casamiento con doña Leonor infanta de Castilla. Envió á su padre una embajada para desculparse de su mudanza, y para que le entregasen las villas y ciudades que él tenia de Castilla, en señal que queria ser su amigo.



D. Enrique II (de su sello.)

Aceptó don Enrique el partido y escusas de aquel rey. En el entretanto él se casó públicamente con doña Leonor de Meneses: fueron padrinos don Alfonso Tello conde de Barcelos y su hermana doña María, tios de la novia hermanos de su padre: casamiento infeliz, y causa de grandes males y guerras que por su ocasion resultaron entre Portugal y Castilla. Antes que este matrimonio se efectuase, como entendiesen los ciudadanos de Lisboa lo que el rey queria hacer, pesóles mucho dello, y tomadas las armas fueron con gran tropel y alboroto al palacio del rey. Daban voces, y decian que si pasase adelante semejante casamiento, seria en gran menoscabo y desautoridad de la magestad del reino de Portugal: que con él se ensuciaba y escurecia la esclarecida sangre de los reyes. Mas el obstinado ánimo del rey no quiso oir las justas querellas de los suyos, ni temió el peligro en que se metia; ántes se salió escondidamente de Lisboa, y en la ciudad de Portu públicamente celebró sus bodas,

mudado el nombre que doña Leonor tenia de amiga, en el de reina. Dióle un gran señorio de pueblos para que los poseyese por suyos, y mandó á los señores y caballeros que se hallaron presentes, le besasen la mano como á su reina y señora. Hiciéronlo todos hasta los mismos hermanos del rey, excepto don Donís, el cual claramente dijo no lo queria hacer; de que el rey se encolerizó de suerte que puesta mano á un puñal, arremetió á él para herille: libróle por entonces Dios: anduvo por el reino escondido hasta que se pasó al servicio y amistad del rey de Castilla.

Desde entonces la nueva reina comenzó á mandar al rey y al reino, que no parecia sino que le tenia dados hechizos y quitádole su entendimiento: ella era la gobernadora por cuya voluntad todas las cosas se hacian. Los caballeros de la casa de los Vazquez de Acuña se fueron desterrados del reino por miedo della, que estaba mal con ellos por la memoria de su primer casamiento, y porque ellos fueron los autores del alboroto de Lisboa. Por el contrario los parientes y allegados de doña Leonor fueron muy favorecidos del rey, y les dió nuevos estados y dignidades: á don Juan Tello primo hermano de la reina, hijo del conde de Barcelos, dió el condado de Viana: á don Lope Diaz de Sosa su sobrino, hijo de su hermana doña María Tellez de Meneses, el maestrazgo de la caballeria de Christus; á otros muchos sus deudos hizo otras mercedes muy grandes.

El mas privado del rey y de la reina era don Juan Fernandez de Andeiro, gallego de nacion, que en las guerras pasadas de la Coruña, de do era natural, vino á servir al rey, y por esta causa le hizo conde de Oren. Con este caballero tenia la reina mucha familiaridad, y estaba muchas veces con él en secreto y sin testigos, de que comunmente se vino á tener sospecha que era deshonesta su amistad; y públicamente se decia que los hijos que paria la reina, no eran del rey, sino deste caballero. No se supo si esto era como se decia; que muchas veces el vulgo con sus malicias escurece la verdad, por ser los hombres inclinados á juzgar lo peor en las cosas dudosas, en especial cuando se atraviesan causas de envidia y ódio.

En el fin deste año el rey don Enrique tuvo cortes en Toro, en que por estar ya restituidos los pueblos que el rey de Portugal tenia en Castilla (que fué una de las cosas con que él se hizo á los suyos mas odioso) se decretó que á la primavera se enviase ejército á la frontera de Navarra para cobrar las ciudades y villas que las revoluciones pasadas los Navarros usurparon en Castilla. Al arzobispo de Toledo don Gomez Manrique por sus muchos servicios dió el rey la villa de Talavera, y en trueque á la reina cuya era aquella villa, la ciudad de Alcaráz que era del arzobispo, el cual adquirió tambien á su dignidad la villa de Yepes. Ordenóse en estas cortes que los Judíos y Moros que habitaban en el reino mezclados con los cristianos, que era una muchedumbre grandísima, trujesen cierta señal con que pudiesen ser conocidos: mandóse tambien bajar el valor de las monedas de cruzados y reales, que dijimos se acuñaron para del aprovechamiento é interés que se sacase dellas pagar los soldados extraños; no pareció que era bien por entonces consumillas por estar muy gastado el tesoro y hacienda real.

En estas mismas cortes quisiera el rey que se repartieran entre los señores los otros pueblos de las behetrías que no fueron de la caballería de S. Bernardo. Decia el rey que esta licencia que tenian aquellos pueblos de mudar señores, era de mucho inconveniente y causa de grandes escándalos y revueltas. Suplicáronle algunos grandes fuese servido de no hacer novedad en este caso por algunas razones que le representaron: á la verdad lo que principalmente les movia, no era el pro comun, sino su particular interés; así se quedaron en el estado que ántes. Despedidas las cortes, el rey don Enrique envió su ejército á Navarra como en ellas se acordára. Hízose la guerra algunos dias en aquel reino. Despues se convino con la reina gobernadora que aquellos pueblos sobre que era la diferencia, se pusiesen en secreto y fieldad del sumo pontífice Gregorio XI, (1) Lemosin de nacion, que fué en el principio deste año elegido por papa en lugar de su antecesor Urbano V. Este papa Gregorio ilustró asaz su nombre con la restitucion que hizo de la silla apostólica á su antiguo asiento de la ciudad de Roma. Entre los cardenales que crió, el primero fué don Pero Gomez Barroso (2) arzobispo de Sevilla, que falleció el cuarto año adelante en la ciudad de Aviñon. Era este prelado natural de Toledo, y los años pasados tuvo el obispado de Si-

(1) Fué elegido el 30 de setiembre de 1370, no 71.
(2) Se llamaba don Pedro Gomez de Albornoz.

güenza. Dió asimismo el capelo á don Pedro de Luna, aragonés, hombre de negocios, y que con sus muchas letras colmaba la nobleza de su linage. Púsose en los conciertos que el legado del papa, cuya venida de cada dia se esperaba, fuese juez de todas las diferencias y pleitos que tenian Castilla y Navarra.

Tomó estos pueblos en fieldad un caballero navarro que se decia Juan Ramirez de Arellano, muy obligado á don Enrique por la merced que le hizo del señorío de los Cameros en remuneracion del gran servicio con que le obligó, cuando no le quiso entregar á los reyes de Aragon y de Navarra en las vistas de Uncastel ó de Sos. Hizo este caballero juramento y pleito homenage de tener estos pueblos en nombre de su santidad, y de entregallos á aquel en cuyo favor se pronunciase la sentencia. Desta manera cesó por entonces la guerra entre Navarra y Castilla; sin embargo poco despues el rey don Enrique fué á Burgos, y envió su ejército á la frontera de Navarra, y contra lo capitulado se apoderó de Salvatierra y de Santacruz de Campezo. Hecho que algunos escusaron, y decian que lo pudo hacer porque como estas villas de su voluntad se dieron al de Navarra, así él las podia ahora recebir que de su voluntad tomaban su voz, y se querian reducir á su servicio y obediencia. Logroño y Victoria ni por fuerza ni de grado quisieron por entonces mudar opinion, sino permanecer y tenerse por el rey de Navarra.

CAPITULO XVII.

De otras confederaciones que se hicieron entre los reyes.

Mayor era el miedo de la guerra que amenazaba de la parte del rey de Aragon, enemigo poderoso, y que se tenia por ofendido. A muchas ocasiones que se ofrecian para estar mal enojado, se allegó otra de nuevo, esto es la libertad que se dió al infante de Mallorca don Jaime rey de Nápoles contra lo que el aragonés deseaba, y tenia rogado por medio del arzobispo de Zaragoza que no le diese libertad por ningun tratado que sobre ello le moviesen. Recelábase, y aun tenia por cierto que pretenderia con las armas recobrar á Mallorca como estado que fué de su padre. Por esta causa se trataron de aliar el aragonés y el duque Juan de Alencastre para quitar el reino á don Enrique: intentos que se resfriaron por una muy reñida guerra que á esta sazon se encendió entre los Franceses é Ingleses (1). Al rey de Aragon tenia eso mismo con cuidado la guerra de Cerdeña; ademas que se temia del infante de Mallorca no viniese con las fuerzas de Francia, do se hacian muchas compañías de gente de guerra, á conquistar el estado de Ruysellon: fama que corria hasta decirse cada dia que llegaba.

El papa Gregorio XI deseoso de poner paz entre estos príncipes, envió á Aragon al cardenal de Cominge para que los concordase: venido, concertó se ratificáse el compromiso que tenian hecho, y se pusieron graves penas contra el que quebrantase las treguas que para este efecto se concertaron en cuatro dias del mes de enero del año de 1372. Todavía el rey don Enrique por recelo que el papa no favoreciese en la sentencia mas al rey de Aragon que á él, entretuvo la conclusion mucho tiempo con dilaciones que buscaba y procurar otros medios para la concordia. En estos dias el mismo rey de Castilla se puso sobre la ciudad de Tuy y la tomó, que la tenian por el rey de Portugal Men Rodriguez de Sanabria y otros foragidos de Castilla. Envió otrosí en ayuda del rey de Francia, para mostrarse grato de la que dél tenia recebida, doce galeras con su almirante Micer Ambrosio Bocanegra, capitan famoso y de ilustre sangre.

El almirante juntado que se hobo con la armada de Francia, desbarató y venció la flota de los Ingleses junto á Rochela: tomóles todos sus bajeles que eran treinta y seis navios, prendió al conde de Peñabroch general de los Ingleses y á otros muchos señores y caballeros, y les tomó una grandísima cantidad de oro que llevaban para los gastos de la guerra que querian hacer en Francia. Lo cual todo juntamente con el general y los prisioneros, que eran sesenta caballeros de espuelas doradas y de timbre, envió á Burgos al rey don Enrique en señal de su victoria, que fué de las mas señaladas que en aquel tiempo hobo en el mar Océano. Deste Ambrosio Bocanegra primer almirante de Castilla decienden como de ce-

(1) Los reyes de Castilla y Aragon convinieron en dejar la decision de su querella al arbitrio del sumo pontífice y sacro colegio.

pa los condes de Palma. La Rochela que es una ciudad muy fuerte de Francia en Jantogne, entonces se tenia por los Ingleses, con esta victoria se entregó al rey de Francia, á causa que los ciudadanos, perdida la flota de los Ingleses, tomaron las armas y echaron fuera la guarnicion que tenian dentro de la ciudad: derribaron asimismo un castillo que les labraron los Ingleses, y levantaron banderas por Francia (2).

Tenia el rey de Aragon tres hijos en su muger la reina doña Leonor hija del rey de Sicilia: estos eran el infante don Juan heredero del reino, y don Martin y doña Costanza, la que arriba dijimos casó con don Fadrique rey de Sicilia. En el mes de junio deste año se celebraron las bodas del infante don Martin con la condesa doña Maria de Luna, única heredera del conde don Lope de Luna. Llevó en dote los estados de Luna y de Segorve, y el rey padre dél le dió mas la baronía de Exerica con título de condado, y poco despues le hizo condestable del reino. El infante don Juan desposó con doña Marta hermana del conde de Armeñaque con dote de ciento y cincuenta mil francos: deste matrimonio nació la infanta doña Juana que casó adelante con Mateo conde de Fox. En veinte y dos dias del mes de agosto á don Bernardino de Cabrera, nieto de don Bernardo de Cabrera, hijo de su hijo el conde de Osona que por este tiempo falleció, le restituyó el rey el estado que era de su abuelo, escepto la ciudad de Vique con una legua en contorno. Túvose lástima á una nobilísima casa como esta, y al rey y á la reina remordia la conciencia de la injusta muerte de tan gran señor y buen caballero como fué don Bernardo.

Entre Castilla y Portugal se volvió á encender la guerra con mayor cólera y peligro que ántes, por ocasion que los Portugueses tomaron ciertas naves vizcainas que iban cargadas de hierro y acero, y de otras mercadurias de las que lleva aquella provincia. No se sabe que fuese la causa por que los Portugueses rompiesen la guerra. A los foragidos de Castilla que eran muchos, por ventura pesaba de la paz, y temian de ser en algun concierto entregados á su señor como se hiciera en tiempo del rey don Pedro. Hallábase á la sazon el rey don Enrique en Zamora: dende envió su embajador á Portugal á que pidiese la restitucion de los navíos, emienda y satisfaccion de los daños, con órden de denunciarles la guerra, si no lo quisiesen hacer. Destos principios se vino á las armas. Don Alonso hijo bastardo del rey de Castilla fué despachado para que diese guerra á Portugal por la parte de Galicia, y cercase á Viena: al almirante Bocanegra se dió órden que armase doce galeras en Sevilla, y fuese con ellas á correr la costa de Portugal.

Tenia don Enrique buena ocasion para hacer alguna cosa notable por estar el rey don Fernando mal avenido con los de su reino. Por no perder esta oportunidad dejó en Zamora el carruage que le podia embarazar, y entró en Portugal poderosamente destruyendo los campos, robando los ganados, y quemando los lugares y aldeas que topaba. Tomó las villas de Almoida, Panel, Cillorico y Linares. Esto fué en los postreros dias deste año. En esto tuvo cartas del cardenal Guido de Boloña, que era llegado á Castilla por legado del papa Gregorio á poner paz entre él y el rey de Portugal. Envióle don Enrique á rogar le esperase en Guadalajara, do quedó la reina. Replicóle el cardenal que no era justo estarse él quedo sin hacer diligencia en aquello para que el papa le mandaba, que era estorbar la guerra que tan trabada veia: con esto se dió priesa á caminar hasta que llegó á Ciudad Rodrigo con intento de hablar á ambos los reyes.

En el entretanto Portugal se abrasaba en guerra, y era miserablemente destruido, ca en principio del año de 1373 el rey don Enrique tomó por fuerza de armas y forzó la ciudad de Viseo, que se entiende es la que antiguamente se llamaba Vico Acuario: de alli dió vista á la ciudad de Coimbra; no le pareció detenerse en cercalla, ántes se determinó de ir en busca de su enemigo, que tenia nueva alojaba con su ejército en Santarén. Quisiera mucho venir con él á las manos y darle la batalla; pero aunque llegó cerca del pueblo, no osó el portugués salir de los muros por no tener suficiente ejército para poder hacer jornada, ni tampoco se fiaba de la voluntad de sus soldados. Sabia que tenia á muchos descontentos; en particular su hermano don Donis se era pasado á Castilla por medio de Diego Lopez Pacheco caballero portugués, al cual en remuneracion de haber hecho lo mismo le hizo el rey merced de Bejar. Este persuadió al infante don Donis, que vió andaba congojado y desa-

(2) El combate naval se dió el 23 de junio de 1371, y la Rochela no se entregó hasta el 15 de agosto de 1372. Rendida esta plaza, el rey de Castilla envió una gruesa armada contra los Ingleses al mando de Ruy Diaz de Rojas, cuyas tropas derrotaron á los Ingleses haciendo prisionero á su caudillo.

brigo, hiciese lo que él, y con esto se vengase de los agravios que de su hermano tenia recebidos.

Visto pues que el rey de Portugal esquivaba la batalla, el de Castilla pasó á Lisboa. Luego que llegó, se apoderó de los arrabales de la ciudad, que entonces no estaban cercados: en que los soldados pusieron fuego á muy ricos edificios: la parte alta de la ciudad que llamaban la villa, era fuerte y bien cercada, y tenia dentro gente valerosa que la defendió esforzadamente que fué causa que don Enrique no la pudo ganar, pero quemó muchos navios que surgian en el puerto, otros tomó el armada de Castilla que por mandado del rey era allí venida: fueron muchos los cautivos que prendieron, y grande el despojo que se hobo. En este medio tiempo el cardenal Legado no reposaba, hablaba muchas veces al un rey y al otro, sin escusar ningun trabajo ni el riesgo en que ponia su salud con tantos caminos como hacia. Tanta diligencia puso, que en veinte y ocho dias del mes de marzo los reyes y el legado se hablaron en el rio Tajo en una barca junto á Santaren, y se concertaron debajo de las condiciones siguientes: que el rey de Portugal dentro de cierto término que señalaron, echase de su reino los foragidos de Castilla, que serian como quinientos caballeros: que los pueblos tomados por ambas las partes en aquella guerra se restituyesen: que doña Beatriz hermana del rey de Portugal casase con don Sancho hermano del rey de Castilla y conde de Alburquerque; y doña Isabel hija natural del mismo rey de Portugal casase con don Alonso conde de Gijon hijo bastardo del rey don Enrique. Estas fueron las condiciones con que se hicieron las paces: el rey don Fernando dió ciertos rehenes para seguridad que cumpliria lo capitulado.

Celebráronse luego en Santaren las bodas de don Sancho y doña Beatriz: doña Isabel se puso en poder del rey don Enrique; que á causa de su edad de solos ocho años no podia efectuarse el matrimonio. Compuestas en esta forma las diferencias que estos príncipes tenian hechos amigos se partieron de Santarén: el rey don Enrique volvió toda la fuerza de la guerra contra Navarra, y con su ejército fué á la ciudad de Sto. Domingo de la Calzada para entrar por aquella parte. Intervino tambien el legado apostólico entre estos reyes, y por su medio se concordaron. El rey de Navarra restituyó al de Castilla las ciudades de Logroño y Victoria: demas desto se concertaron desposorios entre doña Leonor hija de don Enrique y don Carlos hijo del rey de Navarra, y que se diesen al navarro ciento y veinte mil escudos de oro pagados á ciertos plazos por razon de la dote, y en recompensa de lo que tenia gastado en la fortificacion y reparos de los dichos pueblos que entregó al de Castilla. Viéronse los reyes en Briones, villa que está á los mojones de los dos reinos: allí se hicieron los desposorios de los dos infantes don Carlos y doña Leonor, y por prenda y mayor firmeza destas paces el rey de Navarra envió á Castilla al infante don Pedro que era el menor de sus hijos, para que se criase en ella.

Cuando el rey de Navarra volvió de Francia en España, halló que don Bernardo obispo de Pamplona y Cruzate dean de Tudela, los que arriba dijimos dejó por coadjutores de la reina para lo tocante al gobierno, no habian administrado las cosas como era razon y eran obligados: indignóse mucho contra ellos, tanto que de miedo se ausentaron fuera del reino: el dean fué por asechanzas muerto en el camino, sospechóse que por mandado del rey: el obispo fué mas dichoso, que tuvo lugar de huirse en Aviñon; de allí pasó á Roma con el papa Gregorio, y murió en Italia sin volver mas á España. Tales fines suelen tener los que no corresponden á la confianza que dellos hacen los príncipes, aunque tambien es verdad que muchas veces en los reinos se peca á costa y riesgo de los que gobiernan, sin culpa ninguna suya; esto especialmente acontece cuando los reyes son fieros é implacables, como se refiere lo era el rey Carlos de Navarra.

CAPITULO XVIII.

De las paces que se hicieron con el rey de Aragon.

Despedidas las vistas de Briones, y asentada la esperanza de la paz de España, el rey de Castilla se fué al reino de Toledo, y el de Navarra se tornó á su reino: dende envió á la reina su muger á Francia para que aplacase y satisfaciese aquel rey, que estaba malamente airado contra él por entender hobiese persuadido á ciertos hombres que le diesen yerbas, los cuales fueron presos, y convencidos del delito pagaron con las cabezas. El navarro par-

tida su muger, fué en persona á la villa de Madrid para tratar con el rey don Enrique que dejase la parte de Francia, y favoreciese á los Ingleses: que si pagaba lo que el rey don Pedro debia al príncipe de Gales del sueldo que él y sus soldados ganaron cuando vinieron á Castilla ha restituille en el reino, el rey de Ingalaterra y sus hijos el príncipe y el duque de Alencastre se apartarian de la demanda del reino de Castilla, y de los demas derechos que contra él pretendian. Respondió el de Castilla que en ninguna manera desampararia al rey de Francia ni dejaria su amistad, ca tenia muy en la memoria el grande amparo que halló en él cuando salió huido de Castilla; todavía si ellos hiciesen paces con Francia, que de muy buena gana entraria á la parte, y satisfaria con dineros á los Ingleses cuanto señalasen los jueces que para arbitrarlo se podrian nombrar de conformidad. Con tanto el navarro sin alcanzar lo que pretendia, se volvió á Pamplona, don Enrique partió para el Andalucía.

Siguióse otra pretension y demanda de una buena parte de Castilla. La condesa doña María hija de don Fernando de la Cerda y de doña Juana hermana de don Juan de Lara el Tuerto, en Francia casara con el conde de Alanzon nobilísimo señor de la sangre real de Francia, de quien tenia muchos hijos: envió un embajador á pedir al rey le mandase entregar los estados de Vizcaya y Lara, que por ser hija de doña Juana de Lara y ser muertos todos los que la precedian en derecho, le pertenecian. Venido el rey del Andalucía á Burgos, se trató en aquella ciudad este negocio, que tuvo muy apretados al rey y á su consejo: por una parte parecia que esta señora pedia razon en que se le admitiese su demanda y se le hiciese justicia; por otra era cosa dura, y de que podian resultar grandes daños, enagenar dos estados de los mas grandes y mas ricos de Castilla, y ponerlos en poder de Franceses.

Despues de muchas consultas y acuerdos respondió el rey con artificio á la condesa holgaria volviesen estos estados á su casa, á tal que le enviase para dárselos dos hijos que se quedasen á vivir en su corte: que Vizcaya y Lara eran tan grandes señoríos, que era forzoso á los reyes de valerse muchas veces del servicio de los señores que los poseian, y por esta causa no podian dejar de residir dentro del reino. Con esta apariencia de buen despacho, y de venir en lo justo, fué despedido el embajador; mas bien se entendió que no le daban nada, por ser cosa cierta que ninguno de cinco hijos que tenia la condesa, aceptaria la oferta del rey, como ninguno lo aceptó. Los tres poseian en su tierra tres grandes condados, de Alanzon, Percha y Estampas, y no se quisieron desnaturalizar de su patria, en que eran ricos y poderosos: los otros dos eran prelados, y no podian heredar estados seculares.

Por el mes de octubre deste año Baltasar Espínula ginovés vino á Aragon con embajada de los Ingleses para confederarse con aquel rey contra el de Castilla; prometíanle en caso que se ganase aquel reino, las ciudades de Murcia, Cuenca, Soria, y todas las villas adyacentes á ellas. El de Aragon, oida esta demanda, como era sagaz y de grande ingenio no hizo caso destas ofertas por tener en mas la amistad del rey don Enrique, que en aquella sazon era tenido por famoso capitan, muy poderoso por lo mucho que sus vasallos le querian, y le caia muy cerca de sus estados: ademas que era mucho de temer tomar por enemigo al que tenia tanta noticia de los cosas de Aragon, y en aquel reino muchos aficionados que ganara el tiempo que anduvo en él huido; y aun en Aragon se tenia entendido que Dios con particular providencia le puso de su mano en aquel reino, y le quitó á su contrario. Muchos asimismo se amedrentaban por señales que se vieron en el cielo, en especial un gran temblor de tierra que por el mes de febrero sucedió en el condado de Ribagorza, con que se hundieron muchos pueblos. Los supersticiosos interpretaban que por aquella parte amenazaba algun gran desastre al reino. Dióse á esto mas crédito por que en los confines de Ruysellon se vian ya juntas muchas compañías de hombres de armas Franceses, que tenia asoldadas el infante de Mallorca para hacer guerra en aquel estado. En fin los pretensos de los Ingleses salieron vanos, y por medio de don Luis duque de Anjou se comenzó á tratar con mucho calor la paz entre Aragon y Castilla.

Vino el duque á Carcasona con deseo de efectuar estas amistades, por miedo que tenia, si las discordias se continuaban, no se apoderasen de España los Ingleses capitales enemigos de Francia. Enviáronse á Aragon embajadores sobre este hecho: pedia don Enrique que la infanta doña Leonor hija del rey de Aragon, que estaba prometida á su hijo el infante don Juan, le fuese entregada. No rehusaba el aragonés de hacer cosa tan justa, si don Enrique le entregase aquellas ciudades que le tenia prometidas. Escusaba él de darlas: alegaba que no tenia obligacion á cumplir aquella promesa, pues no solo no le ayudó cuando andaba huido y desterrado, ántes hizo liga contra él con su cruel enemigo. Finalmente se

concordaron de dejar sus diferencias en mano del legado el cardenal Guido de Boloña, que fué al presente mas dichoso que ántes en hacer las paces entre los Españoles.

En el tiempo que estas cosas se trataban en Aragon, en quince de octubre el papa Gregorio XI confirmó la regla de los monges, que comunmente en España se llaman frailes de San Gerónimo, cuyo instituto es aventajarse á las demas religiones en guardar con gran paciencia una estrecha y loable clausura, y ocuparse los dias y las noches con suavísimo canto y dulce melodia en perpetuas alabanzas de Dios: ha crecido mucho en España esta religion y poseen muchas y muy ricas casas de magníficos y suntuosísimos edificios. El hábito destos religiosos es las túnicas y lo interior de lana blanca, las capas de paño buriel.



Monge Gerónimo.

Dieron principio á esta santa religion ciertos ermitaños Italianos, que encendidos con el deseo de servir á nuestro Señor hicieron su habitacion en un lugar apartado cerca de la ciudad de Toledo, en que al presente está el monasterio de aquella órden llamado de la Sisla, del nombre de una aldea que allí estaba antiguamente. Creció la opinion de su santidad; con que tomaron su modo de vivir y se le juntaron algunos hombres principales, que fueron Fernando Yañez, capellan mayor de los reyes viejos y canónigo de la santa iglesia de Toledo, y don Alonso Pecha obispo de Jaen que renunció su obispado, y su hermano Pedro Fernandez Pecha camarero que fuera del rey don Pedro. El primer monasterio que se fundó debajo destas constituciones y regla, fué junto á la ciudad de Guadalajara, encima de un pueblo que se llama Lupiana, en una ermita que les dió este mismo año el arzobispo don Gomez Manrique. Despues por la magnificencia de los reyes y otros señores de Castilla se han edificado otras muchas casas. Los años adelante salió tambien desta religion la de los Isidorianos, ó Isidros.

En el mes de diciembre, como quier que no se concertasen las paces entre los reyes de Castilla y de Aragon, se hicieron treguas hasta el dia de Pentecostés Pascua de Espíritu Santo: asentaron estas treguas los procuradores destos reyes, que fueron por el de Aragon don Juan conde de Ampurias su primo hermano y yerno, ca estaba casado con doña Juana hija del rey, y por el de Castilla Juan Ramirez de Arellano señor de los Cameros. En el año de 1374 Juan duque de Alencastre con un grueso ejército pasó al puerto de Cales llamado

Iccio por los antiguos, que está en los Morinos, provincia de la Gallia Bélgica. Juntóse con él Juan de Monforte duque de Bretaña que andaba en deservicio del rey de Francia, y favorecia á los Ingleses por estar casado con una hermana del de Alencastre. Entraron estos príncipes con sus gentes en el Artoes y Vermandoes: hicieron gran estrago en los campos, villas y aldeas que topaban, y hartos ya de los robos y muertes con que dejaron asoladas aquellas provincias, enderezaron su camino al ducado de Guiena; y pasado el rio Ligeris, llamado hoy Loire, llegaron á Burdeos con pensamiento de entrar en España y conquistar el reino de Castilla (1). Enviaron sus embajadores á los reyes de Aragon y de Navarra para que les asistiesen y ayudasen; mas el aragonés y el navarro eran prudentes y sagaces: no quisieron por una esperanza incierta de interés ponerse en un peligro cierto de ser destruidos, sino como muchos hombres suelen hacer, les pareció seria mejor estarse á la mira, y tomar el partido conforme las cosas se encaminasen.

El rey don Enrique avisado de la tempestad que sobre él venia, estaba con gran cuidado. Acudió á Burgos para resistir y juntar sus gentes de todas las partes del reino, y hacer de nuevo otras muchas compañías. Llamó particularmente á los soldados viejos, cuyo valor tenia experimentado en las guerras pasadas. Acudieron al tanto todos los grandes con gran deseo de servir y acompañar á su rey. Los mismos que en las revueltas pasadas le fueron contrarios, en esta ocasion le querian recompensar, y con su diligencia y alegria dar ciertas muestras del amor y lealtad con que le servian, de suerte que los que de ántes andaban divisos en bandos y parcialidades, visto el riesgo que corrian de ser señoreados por extraños, se juntaron en una conformidad para defender su patria y su libertad; verdad es que en diez y nueve de marzo sucedió en aquella ciudad un gran desastre que causó en todos gran pesar y tristeza, esto es que el conde de Alburquerque don Sancho hermano del rey por apaciguar una revuelta que se levantó entre sus soldados y los de Pero Gonzalez de Mendoza sobre las posadas, sin ser conocido, por ser la refriega de noche, fué herido en el rostro con una lanza por un hombre de armas, de que desde á un rato murió. Alborotóse el rey como era razon por la muerte tan desgraciada de su hermano, pero no hizo demostracion por suceder acaso y por ignorancia (2). La condesa doña Beatriz muger del muerto quedó preñada, y parió á doña Leonor que casó con el infante don Fernando adelante rey de Aragon.

Despues que el rey don Enrique tuvo junto su ejército, partió de Burgos, y cerca de la villa de Bañares hizo alarde: halló que tenia mil y docientos caballos y cinco mil infantes, todos gente escogida, y que con su valor suplian el pequeño número y estaban prestos para acudir á la parte que fuese menester. Amenazaba esta hueste principalmente así á los de Aragon porque ya espiraban las treguas, como á los Ingleses de Francia, de quienes se tenian nuevas sordas que no pasaban ya en España, porque su ejército se hallaba muy menoscabado y menguado, á causa que Philipo duque de Borgoña, y un famoso capitan llamado Juan de Viena, que era almirante de Francia, vinieron en pos dellos, y por todo el camino les hicieron grandes daños, que de treinta mil combatientes que eran, casi no llegaban á seis mil cuando entraron en Burdeos. Ofrecíase buena ocasion de hacer alguna cosa notable, y echar á los Ingleses de toda Francia: parecia que ya la fortuna y buena dicha de la guerra los desamparaba, y favorecia á los Franceses. Luis duque de Anjou escribió al rey don Enrique que juntasen sus fuerzas y cercasen á Bayona, ciudad de los antiguos Tarbellos. Decia que esto importaba mucho para ganar reputacion, si diesen á entender que eran poderosos no solamente para defenderse de sus enemigos, sino tambien para irles á hacer guerra dentro de su casa.

Con esto animado el rey don Enrique pasó á Bayona, y la cercó en los postreros del mes de junio; mas como sobreviniesen muchas aguas, que impedian las labores que se hacian para combatir la ciudad, y faltasen bastimentos, que por ser muy estéril la provincia de Vizcaya de que se proveian, bastecia mal el ejército, cansados todos con estas descomodidades, levantaron el cerco y se volvieron á Castilla: asimismo el duque de Anjou no pudo venir, como tenia prometido, por estar ocupado en el cerco de Montalvan. Sirvió muy bien en esta jornada al rey don Enrique Beltran de Guevara señor de la villa de Oñate y de la

(1) Ya desde 1372 el duque de Alencastre y su muger se intitulaban reyes de Leon de Toledo y Galicia.

(2) A pesar de que el conde don Sancho hermano del rey, no habia sido conocido por los amotinados, el rey mandó hacer averiguaciones sobre los delincuentes, y por ellas ocho fueron condenados á muerte como traidores, y sus bienes confiscados.

casa de Guevara; y á la venida de Bayona en remuneracion de sus servicios le hizo merced del valle de Leñiz con su acostumbrada largueza en hacer dádivas: cosa que puso en necesidad á los reyes sus decendientes de reformallas.

En el mes de agosto el infante de Mallorca entró por el condado de Ruysellon con un grande y poderoso ejército, con el cual las fuerzas de los Aragoneses no se pudieran igualar, si se hubiera de hacer jornada y dar la batalla. Prevaleció en este aprieto la buena dicha de Aragon, que en esta entrada no hizo el infante cosa notable mas de desbaratar algunas banderas de enemigos con muy poco provecho suyo, y llevar alguna presa de hombres y de ganados. Los que en esta entrada del infante padecieron mayores daños, fueron los del condado de Urgel. Por otra parte el señor de Bearne y Jofre Recco Breton, que tenian muchos pueblos y vasallos en Castilla, sea por órden del rey don Enrique, ó de su propio motivo, hicieron entrada en los campos de Borgia, y molestaron con guerra toda su tierra combatiendo algunas villas, destruyendo y abrasando las aldeas, labranzas, rozas y heredades de aquella comarca.

En estos dias el rey de Aragon envió á Ingalaterra á Frances de Perellos vizconde de Roda á pedir ayuda al duque de Alencastre, y á convidalle se confederase con él; y como este embajador con recio temporal corriese fortuna y aportase á la costa de Granada, fué preso por mandado del rey moro, y encarcelados los mercaderes catalanes en venganza de que Pedro Bernal, capitan de unas galeras de Aragon, pocos dias ántes tomara una nave del rey de Granada que enviaba á Tunez con ciertos recados suyos: pretendia el moro otrosí en prender estos Aragoneses hacer placer al rey de Castilla, cuyos enemigos eran. Con tantos desastres y malos sucesos, qué podian hacer los de Aragon? de quién velerse? qué ayudas podian buscar? El rey don Enrique pretendia sanar al rey de Aragon, y no destruir al que con su ayuda fué parte para que él llegase á la cumbre de alteza en que al presente se veia: con este fin envió otra vez á Barcelona por embajadores á Juan Ramirez de Arellano y al obispo de Salamanca para que hiciesen paz con él.

En tres de noviembre deste año en el castillo de Evreux en Normandía murió doña Juana reina de Navarra, por cuyas lágrimas muchas veces su hermano el rey de Francia perdonó grandes ofensas que su marido le tenia hechas. Al presente en esta ida que hizo á Francia, como quier que hallase cerradas las orejas del hermano, recibió tan grande pena que della le sobrevino una dolencia que la acabó. (3) Su cuerpo sepultaron en el monasterio de San Dionisio entre los reyes sus antepasados: hiciéronle las obsequias con real pompa y aparato. Su marido dió nuevas ocasiones para que con mucha razon el pueblo le aborreciese, porque persiguió con muertes, destierros y confiscaciones de bienes á los parientes y allegados de aquellos que en las revueltas y calamidades de aquel tiempo siguieran el partido de sus enemigos. Si estos castigos él los hiciera en las personas de los que le ofendieron, pudiérale escusar el dolor de la ofensa y el deseo de la venganza; mas pagaban los inocentes por los culpados.

Sobre los trabajos que hemos referido que padecia el reino de Aragon con las guerras, le vino otro muy mayor de una gran hambre que en este año padeció toda aquella provincia; mas algun tanto se remedió con trigo que se trujo de Africa. Fuéles por otra parte provechosa esta hambre porque compelidos de ella se fueron del reino sus enemigos. En Castilla asímismo, do pasaron los Franceses á buscar mantenimientos, luego en principio del año de 1375 murió de enfermedad su capitan el infante de Mallorca don Jaime rey de Nápoles: enterraron su cuerpo en la ciudad de Soria en el monasterio de S. Francisco. Acompañó en esta guerra al infante su hermana doña Isabel, que estaba casada con el marques de Monferrat, animada de la esperanza que tenia de vengar las injurias que el rey su padre recibió del rey de Aragon. Esta señora, muerto su hermano, se hizo cabeza, y debajo de su conducta se volvió el ejército de los Franceses á sus casas.

En aquella tierra renunció ella y cedió los derechos paternos que tenia contra la casa de Aragon en Luis duque de Anjou, hermano del rey de Francia; de que se recrecieron nuevos pleitos y debates en sazon que las paces entre los reyes de Castilla y de Aragon se concluyeron por intervencion y diligencia de la reina de Castilla doña Juana, que para este efecto fué á la villa de Almazan: por parte del rey de Aragon se hallaron allí el arzobispo de Zaragoza y Ramon Alaman de Cervellon. En doce dias del mes de abril se concluyeron

(3) Murió el 3 de noviembre de 1773, y no el 72.

y firmaron las paces con estas condiciones: que la infanta doña Leonor, que ántes estaba otorgada al infante don Juan, le fuese entregada para que se celebrase el matrimonio: en dote le señalaron docientos mil florines, que al rey don Enrique dió prestados el rey de Aragon en los principios de las guerras civiles: que Molina se restituyese al de Castilla, que á ciertos plazos contaria al de Aragon ciento y ochenta mil florines por los gastos de la guer-



Doña Juana, muger de D. Enrique II.

ra. La nueva desta concordia, que se entendia seria por muchos tiempos, se festejó en ambos reinos con parabienes por la paz, y grandes banquetes que se hicieron, juegos, fiestas y alegrias por la esperanza que tenian, que despues de tantas tempestades y guerras se seguiria en toda España la quietud y sosiego por tanto tiempo deseado, y la luz clara se les mostraria despues de una escuridad tan larga y tan espesas tinieblas.

CAPITULO XIX.

Algunos casamientos de Principes.

Fué este año dichoso no solamente para España, sino tambien para todo el mundo y toda la cristiandad á causa que Gregorio XI pontifice Máximo, honra de los papas, dejado Aviñon, donde estuvo la silla apostólica por espacio de setenta años, la restituyó al sagrado asiento y casa de sus antecesores, y se fué á residir lo que le restaba de vida á la santa ciudad de Roma: varon verdaderamente grande y digno de loa inmortal. Las grandes revoluciones de Italia no sufrian la ausencia de los papas. La vírgen santísima Catharina de Sena, de quien hay doce cartas escritas á Gregorio, fué la que principalmente le movió á tomar este saludable consejo contra lo que sentian algunos cardenales. Decíale con un celo santo y elocuencia del cielo que en cosa tan claramente conveniente, y que á él solo tocaba, no tomase acuerdo con nadie, sino que usase de su propio arbitrio y parecer. Beltran Claquin por haber ganado grandes honras en Francia, y acrecentado su estado con el condado de Longavilla, vendió en esta sazon al rey don Enrique la ciudad de Soria, y las villas

de Atienza y Almazan y los demas pueblos que le diera en Castilla, por precio de docientas y sesenta mil doblas, que para aquel tiempo fué una suma asáz grande: la mayor parte le pagó en veinte y seis prisioneros nobilísimos de los que prendió la armada de Castilla en la batalla de la Rochela; por el dinero restante le dió en rehenes á un hijo de don Juan Ramirez de Arellano, llamado como su padre, por estar el tesoro del rey tan gastado que no se pudo contar de presente.

Para celebrar las bodas de los infantes de Castilla y de Navarra se escogió la ciudad de Soria por estar en los confines de ambos reinos; y por hallarse en lugar tan acomodado para ello quiso el rey don Enrique hacer juntamente las bodas de ambos hijos como lo tenia concertado. A la infanta doña Leonor trujeron de Aragon á Soria Lope de Luna arzobispo de Zaragoza y el embajador Cervellon con gran acompañamiento de señores y caballeros de aquel reino. Vino otrosí á esta ciudad á celebrar su matrimonio el infante don Carlos hijo del rey de Navarra. Hízose el casamiento de doña Leonor hija de don Enrique en veinte y siete dias del mes de mayo. Túvose respeto en dar el primer lugar al infante de Navarra por ser huesped.*En diez y nueve dias del mes de junio se veló el de Castilla don Juan con su esposa doña Leonor. Todo estaba lleno de juegos, fiestas y regocijos no solo en Soria, sino en todo lo demas de España, por la esperanza que los hombres tenian concebida de una larga paz y estable felicidad. En estos dias vinieron nuevas que don Fernando de Castro hermano de doña Juana de Castro, el que dijimos que el año pasado se fué á Portugal, murió en Ingalaterra. Tenia esperanzas de volver á Castilla, y ser restituido por las armas en su patria. Súpose otrosí que Fernando de Tovar, capitan entre los de aquel tiempo de la fama, con la armada de Castilla hizo grandes daños en la costa de Ingalaterra destruyendo, robando, quemando y asolando muchos pueblos y campos, rozas y labranzas de aquella isla.

De Soria concluidas las fiestas se pasó el rey don Enrique á Burgos: príncipe esclarecido en las demas naciones, y en su reino bien quisto. Tenia intento por el favor que halló en Francia, de acudirla con todas sus fuerzas contra los Ingleses, y pagalles el bien que della recibió, á la sazon que don Alonso su hijo conde de Gijon con ligereza juvenil, mudado de voluntad acerca del casamiento con doña Isabel hija del rey de Portugal, por no efectuarle se fué á Francia y á la Rochela por mar; mas el rey su padre le hizo venir desde á pocos dias. En los postreros dias deste año falleció don Gomez Manrique arzobispo de Toledo. Juntáronse en su cabildo los canónigos de aquella iglesia para elegir sucesor: no se concordaron, ántes divididos los votos, los unos eligieron á don Pedro Fernandez Cabeza de Vaca dean de la misma iglesia, los otros nombraron á don Juan García Manrique sobrino del difunto, que era hijo de su hermano el adelantado Garci Fernandez Manrique, y de Arcediano de Talavera le pasaran primero á ser obispo de Orense, y despues de Sigüenza: favorecia á este el rey con grandes veras, porque era afin y allegado de don Juan Ramirez de Arellano.

El arzobispo difunto avisó á su muerte que no eligiesen en su lugar al dicho su sobrino porque era inquieto, sino al dean: acudieron al papa Gregorio para que determinase estas diferencias; él no teniendo por canónica ninguna de las dos elecciones, dió el arzobispado á don Pedro Tenorio, y de la iglesia de Coimbra cuyo obispo era, le pasó á la de Toledo: varon de muchas prendas, letras y erudicion. En Italia y Francia anduvo peregrinando y desterrado: estudió en Tolosa y Aviñon y Perosa: en el estudio de Bolonia tuvo por maestro á Baldo famoso jurista, y él mismo leyó derechos en Roma. Fué hombre de grande prudencia por el uso y experiencia que tenia de muchos negocios, de grande pecho y valor, aventajado entre los hombres mas señalados de aquel tiempo. Fué Arcediano de Toro en la iglesia de Zamora, su padre Juan Tenorio comendador de Estepa y trece de la órden de Santiago: su madre doña Juana está enterrada en la colegial de Talavera: sus hermanos Juan Tenorio y Melendo Rodriguez anduvieron con él desterrados en tiempo del rey don Pedro: su hermana doña María Tenorio casó con Fernan Gomez de Silva, cuyo hijo Alonso Tenorio fué adelantado por su tio de Cazorla.

Murieron por estos dias algunos varones principales de Navarra, en particular don Rodrigo Urriz, señor rico y de grande autoridad, fué por mandado de su rey preso y degollado en la ciudad de Pamplona en los últimos dias de marzo del año de 1376. Causáronle la muerte unos tratos mal encubiertos que traia con el rey de Castilla: era fama se queria pasar á él, y entregalle los castillos de Tudela y Caparroso; yo sospecho que sin razon y

falsamente se creyó esto, porque no es verisímil quisiese turbar aquel caballero tan presto la paz que se acababa de asentar. Don Bernardo Folcaut obispo de Pamplona murió en siete de julio en Italia en la ciudad de Anagnia donde vivia desterrado de su iglesia: la libertad, gravedad y autoridad deste prelado le hicieron odioso á su rey, ó por haberse mal gobernado, como arriba queda apuntado. Fué elegido en su lugar don Martin Calva doctísimo en ambos derechos Pontificio y Cesareo, y tenido por tan eminente que muchos le igualaban á Baldo tan famoso letrado y excelente en aquella facultad. (1) Don Fadrique rey de Sicilia falleció (2) en Mecina á veinte y siete dias del mes de julio: dejó por heredera del reino y de los ducados de Athenas y de Neopatria á su hija doña María, de que resultaron nuevas esperanzas, y á muchos príncipes se les dió materia de diferencias y debates sobre la pretension del casamiento desta infanta, y codicia del reino de Sicilia. Amenazaban otrosí nuevas pretensiones y revoluciones; en particular á los Aragoneses se les presentó buena ocasion de dilatar y ensanchar sus estados.

(1) Se llamaba Martin Lopez de Zalva.
(2) Los historiadores de Aragon ponen esta muerte en el año 1377.





LIBRO DECIMO-OCTAVO.

CAPITULO I.

Del scisma que hobo en la Iglesia.



OZABA por estos tiempos España de paz y quietud á causa del parentesco y afinidad con que los reyes (aunque diferentes en leyes, lenguas, costumbres y pretensiones) estaban entre sí en muchas maneras y con diversos casamientos trabados; demas que se hallaban cansados con las guerras de ántes, tan pesadas y tan largas. Parecia que la paz asentada duraria por mucho tiempo. Con los Moros por ser diferentes en la secta y creencia no podia intervenir matrimonio, ni asentar con ellos amistad que fuese firme y durable; pero tenian concertadas tregu as. Al duque de Alencastre de cada dia se le regalaban mas sus esperanzas y pensamiento que tuvo de apoderarse de Castilla, así por la universal concordia de los príncipes de España, como porque en Francia de nuevo se emprendió una muy reñida guerra, con que trocada la fortuna y mudada en contrario, los ingleses hasta allí vencedores comenzaban á caer de su prosperidad.

La fama y nombradía del rey don Enrique volaba por todo el mundo, por haber conquistado un reino tan poderoso como es el de Castilla. Tenia en su mano la paz y la guerra como el á quien todos los demas acudian. Concluidas pues y sosegadas las guerras, volvió su pensamiento á sentar las cosas de la paz y del gobierno, castigar insultos, que con la ocasion de la guerra tomaran mucha licencia. Procuraba restituir las buenas y ancianas costumbres de los pasados, fortalecer las villas y ciudades, aumentar el bien comun y mirar por él con todas sus fuerzas. Solo Aragon en esta sazon no estaba sin algun trabajo y nuevas sospechas de guerra, porque como arriba hemos dicho Luis duque de Anjou, á quien don Jaime príncipe mallorquin traspasó su derecho del reino de Mallorca, tomó esta empresa por suya y la quiso llevar adelante. Juntó cortes el rey en Monzon, donde se trató de la defensa desta guerra. Hiciéronse para juntar dinero nuevas imposiciones, mas solamente sobre los Judíos y Moros que en aquel reino vivian, por contradecir los señores y pueblos

que sobre la otra gente se echasen pechos ni derramas de nuevo; bien que decian estaban prestos, segun costumbre de sus antepasados, á voluntad del rey de tomar á su costa las armas por la defensa y libertad de su patria.

Hiciéronse levas, alistóse y juntóse mucha gente, y aparejáronse todas las demas cosas necesarias para acudir á aquella guerra peligrosa, y la mas grave que por aquel tiempo hobo. Hay fama que se armaron cuarenta galeras en las marinas de Francia, y se juntaron cuatro mil hombres de armas, y hechas las paces con los Ingleses, como se entendia las asentarian por la grande instancia que sobre ello hacia el sumo pontífice, temian mucho en Aragon no viniesen y revolviesen en su daño todas las fuerzas de Francia. Llegóse á esto un nuevo temor de guerra por cierta ocasion ligera y no de mucho peso, como quier que á veces de pequeñas centellas, si con tiempo no se acorre, se suelen emprender grandes fuegos. La cosa pasó así. Habia el obispo de Sigüenza don Juan Garcia Manrique ido á seguir su pretension sobre el arzobispado de Toledo por dificultades que sus contrarios sobre su eleccion ponian, delante del sumo pontífice: iba en su compañía don Juan Ramirez de Arellano. A la vuelta en Barcelona delante del rey de Aragon el vizconde de la Rota (1) mozo brioso le desafió y le llamó de traidor, porque sin embargo de tantas mercedes como habia del rey de Aragon recebido poco ántes, movió á don Jaime el mallorquin á que viniese sobre Aragon.

El rey daba muestras de favorecer el partido del vizconde por estar muy sentido de don Juan, no por alguna culpa, sino por la mucha cabida que tenia con el rey de Castilla, y porque usaba mucho de su buen consejo. Aceptóse el riepto: señalóse el plazo para de allí á noventa dias. El rey don Enrique tomó este agravio y negocio de su privado por suyo: tratóse por terceros de alzar aquel desafío y desbaratalle; mas por estar el rey de Aragon por el vizconde no se efectuó. Avisó el rey de Castilla desque supo el caso, que era contento combatiesen; mas que para seguridad del campo acordaba enviar tres mil caballos. Era esto en buenas palabras denunciar la guerra á Aragon: por tanto aquel rey desistió de su intento, que fué acuerdo no menos prudente que saludable y á todos cumplidero.

En Brujas, mercado muy famoso de los estados de Flandes, se juntaron con seguridad bastante para tratar de paces entre Francia é Ingalaterra el duque de Anjou y el de Borgoña con los duques de Alencastre y el de Yorch Ingleses de nacion: acudieron asímismo á aquella junta por el rey de Castilla Pedro Fernandez de Velasco su camarero mayor, y don Alonso Barrassa obispo de Salamanca. Su intento era que con los demas le comprehendiesen en aquella confederacion y alianza que pensaban asentar: no se pudo concluir cosa alguna, si bien se procuró con todo cuidado. Ni en aquella junta, ni en la que despues el año de 1377 se tuvo en Boloña la de Francia, ciudad asentada sobre el mar no lejos de Brujas y de los estados de Flandes, no se pudo efectuar lo que tanto se deseaba. La nueva que á deshora llegó de la muerte del rey de Ingalaterra Eduardo sexto (2), que avino á los diez de julio, desbarató todas estas pláticas y las esperanzas que comunmente tenian. Falleció asimismo poco ántes que su padre, su hijo mayor que se llamó tambien Eduardo príncipe de Gales; por donde quedó por heredero del reino Ricardo nieto deste rey, é hijo del príncipe como su abuelo lo dejó dispuesto en su testamento que se cumplió enteramente, si bien el niño quedaba en edad de once años, y tenia tios que pudieran hacer alguna contradiccion, pero no quisieron; que fué un ejemplo notable de modestia y de nobleza, en especial en tiempos tan estragados y revueltos.

Despedida que fué aquella junta, el duque de Borgoña con grande acompañamiento y repuesto vino á España, por voto que tenia hecho de visitar en Galicia personalmente el cuerpo del glorioso apóstol Santiago. Cumplido su voto y su devocion, ántes que diese la vuelta para sus estados, se vió en Segovia con el rey don Enrique: fué tratado con todo género de regalo y cortesía como era razon y justo con tal huésped se hiciese. Lo demas del estío pasó el rey en Leon, el invierno tuvo en Sevilla (3). Todo el aparato de guerra que en Francia se hacia, revolvió en daño del rey de Navarra y de sus tierras, de quien los Franceses estaban gravemente sentidos por las cosas que el tiempo pasado en su perjuicio hi-

(1) El año 1356 mandaba la escuadra que apresó los navíos Genoveses á presencia del rey don Pedro, y no seria por lo tanto en el de 76 mozo brioso.

(2) Los Franceses é Ingleses le llaman Eduardo III.

(3) En noviembre celebró cortes en Burgos el rey don Enrique, en las cuales entre otras cosas se determinó que no se proveyeran en ningun extrangero las dignidades y prebendas eclesiásticas, porque estando fuera no podian cumplir con el ministerio, y hacian salir el oro y la plata: asimismo se prohibió la saca de ganados.



D. Enrique II.

ciera. Hallábanse á la sazon en Normandia los infantes de Navarra don Pedro y doña María, que en el viage de Francia acompañaron à la reina su madre, para con su tierna edad mover à compasion al rey de Francia su tio para que templase la saña que contra su padre tenia.

Con el mismo intento pasó otrosi á Francia don Carlos hijo mayor de aquellos reyes, si bien nuevamente desposado con la infanta de Castilla doña Leonor que dejó en casa de su padre, y su suegro no aprobaba esta jornada que hizo. Dióle el padre por acompañado á Balduino, famoso capitan, que tenia á su cargo muchas fortalezas y plazas de Normandía, y á Jaques de la Rua su muy privado, y que por el mismo caso tenia mucha mano en el gobierno. A este dió órden en puridad que se viese con el inglés, y le significase como él estaba presto de tomar las armas contra Francia, si viniese en dalle como en feudo el ducado de Guiena. Poco secreto se guarda en las casas de los reyes. Tuvo el francés aviso de todas estas tramas, y trazas: echó mano del dicho Rua, púsole á cuestion de tormento, y como confesase lo que se le pregutaba, le condenaron á muerte que se ejecutó en Paris. A Balduino mandaron entregase las fortalezas que en Normandía se tenian por su rey, y para ello declarase las contraseñas y cifra con que los alcaides entendiesen era aquella su voluntad y determinacion.

Al infante don Carlos primer heredero de Navarra mandaron no saliese fuera de aquella corte: á sus hermanos don Pedro y doña María pusieron presos y arrestaron en Bretol. Las tierras que en Francia dejaron al navarro sus antepasados, muchas y muy buenas, lo de Evreux y las demas ciudades, fuerzas y plazas en un punto se las quitaron, parte por fuerza, otras por concierto. Con este revés tal y tan grave, cual en aquel tiempo ninguno mayor, quedaron castigadas las demasías y pretensiones de aquel rey. Los caudillos en aquella guerra y empresa fueron demas de Beltran Claquin los duques de Borbon y de Borgoña. Solos dos pueblos no se sabe por qué causa quedaron en Francia por el navarro: demas destos Chêrebourg, que tenia en su poder el inglés empeñado por cierta cuantía de dinero que le prestó los años pasados, y para seguridad de la amistad que entre sí tenian asentada.

El francés no contento con esta satisfaccion no dejaba de solicitar al rey don Enrique para que por su parte hiciese entrada en Navarra, que por ir tan de caida sus cosas no podria aquel rey hacelle contraste. Nunca los príncipes dejan pasar ocasiones semejantes, y el de Castilla se conocia muy obligado al de Francia; pero era necesario buscar algun buen color para romper con el que era su deudo, amigo y aliado. Ofrecióse una ocasion acaso, que le pareció bastante. Quejábase el navarro que el dinero que concertaron de contalle en la confederacion y asiento que tomara con Castilla, y debian pagalle todo en oro, parte le dieron en plata, moneda baja de ley, y que llevaba liga demasiada. Acuñaban la moneda por estos tiempos muy baja, que era la causa de concertar en los contratos la suerte en que se debian hacer las pagas. Para satisfacerse deste agravio sobornaba á Pedro Manrique adelantado de Castilla, y gobernador que era de Logroño, le entregase aquella plaza, con grandes ofertas que le hacia si venia en lo que le importunaba. El adelantado como caballero leal avisó á su rey de lo que pasaba.

La respuesta fué que le cebase con buenas esperanzas, y con color de querelle entregar aquella ciudad le metiese en el lazo, y le echase mano. Hízolo asi: vino el navarro acompañado de cuatrocientos de á caballo, de los cuales envió parte al pueblo para apoderarse dél; que por recelarse de algun trato doble él no se aseguró de entrar. Acertólo: los que envió, luego que estuvieron dentro, fueron presos y despojados, excepto algunos pocos que con ánimo varonil se pusieron en defensa y pudieron escapar. Entre los demás se señaló de muy valiente Martin Enriquez alferez real, que con la espada desnuda se defendió de gran número del pueblo que cargaron sobre él, y por salvar á sí y el estandarte (como lo hizo) se arrojó de la puente en el rio Ebro que por debajo pasa.

Destos principios se vino á rompimiento y á las puñadas. El rey don Enrique nombró por general de aquella guerra á su hijo el infante don Juan, que rompió por las tierras de Navarra, taló los campos, hizo presas de hombres y de ganados, tomó á la Guardia y á Viana, quemó á Larraga y Artajona. El ódio con que peleaban, era implacable; á ninguna cosa perdonaban, en que el fuego y la espada se pudiesen emplear. Mucho padecian los Navarros, pues en un mismo tiempo eran forzados á sustentar la guerra contra dos reyes muy poderosos, sin ser bastantes para contrastar al uno solo, á su grandeza y poder. Esto

pasaba el año que se contó de Cristo de 1378, alegre para Castilla, para las demas naciones de la cristiandad aciago. Hallábase el rey de Castilla en Burgos, presto para acudir á las cosas de la guerra, y alegre por las buenas nuevas que le venian de Navarra. Junto con esto celebraba en aquella sazon y ciudad las bodas de sus hijos. Don Alonso conde de Gijon su hijo bastardo estaba concertado con doña Isabel hija otrosí fuera de matrimonio del rey de Portugal: era el conde mozo liviano y mal inclinado; huyóse con color de no quererse casar, hízole su padre volver del camino, y finalmente se efectuó el matrimonio.

Concertó asimismo otras dos hijas bastardas que tenia, con los dos hijos de don Alonso de Aragon conde de Denia y marqués de Villena: la mayor por nombre doña Juana casó luego con don Pedro el hijo menor, cuyos hijos fueron el famoso don Enrique de Villena y don Alonso. Doña Leonor la menor quedó desposada con don Alonso á la sazon ausente, y en poder de Ingleses por prenda del rescate que su padre concertó cuando á él mismo le prendieron en la batalla de Nájara: bodas que por entonces se dilataron por esta causa, y despues nunca se efectuaron. Concertáronse otrosí desposorios de doña Beatriz hija legítima del portugués con don Fadrique hijo bastardo del rey de Castilla. En Roma falleció el papa Gregorio XI á los veinte y siete de marzo. Hechas las honras al difunto como es de costumbre, se juntaron en cónclave los cardenales para nombrar sucesor. Acudieron los senadores y la nobleza romana para suplicalles no desamparasen á Roma, ni se volviesen á Francia; que pues la iglesia era Roma, nombrasen pontífice de aquella ciudad: las menguas y revueltas pasadas los moviesen á compasion de la que era cabeza de la cristiandad, origen y albergo de toda santidad. Juntaban con los ruegos amenazas: que el pueblo estaba tan alterado, que con razon se podria temer no se descomidiese y resultase algun grave escándalo.

Hallábanse en el cónclave cuatro cardenales Italianos, y trece Franceses; los intentos, trazas y voluntades de todo punto diferentes y contrarias. La voceria y estruendo del pueblo los atemorizaba y aun enfrenaba, que con las armas en la mano decia á gritos: Por Dios crucificado dadnos pontífice romano, á lo menos italiano. Con esto á los nueve de abril salió por papa Bartolomé Butillo Neapolitano, arzobispo de Bari: en el pontificado se llamó Urbano VI. Entre el ruido y regocijo del pueblo algunos cardenales se retiraron al castillo de S. Angel, otros se salieron fuera de la ciudad, los mas se fueron á sus casas. Quejábanse de la fuerza y ponian dolencia en la eleccion; pero todos de comun consentimiento sea por estar mudados de voluntad, sea por conformarse con el tiempo, se hallaron á la coronacion del nuevo papa, que se hizo á los diez y ocho de abril, que fué el principal fundamento en que estribó la defensa de Urbano en el scisma gravísimo que luego resultó; porque si fueron forzados, qué les movió á volver á Roma y hallarse á la coronacion? y si de voluntad eligieron, qué desvario retratar con daño comun y tan grave lo que una vez aprobaron? Alegaban que los caminos estaban tomados, y todos los pasos con guardas de soldados: color y capa que tomaron, como á la verdad no pudiesen llevar la severidad del nuevo pontífice, mayor por ventura que podian llevar tiempos tan estragados.

Urbano tambien se pudiera templar algun tanto de suerte que la gente no se alterara, acomodarse á lo presente, y desear lo mejor para adelante. Luego al principio de su pontificado quitó el gobierno de la Campania á Honorato Cayetano conde de Fundi: ocasion cual deseaban los cardenales mal contentos para intentar novedades y alterar la paz de la Iglesia, que con achaque de los grandes calores y el cielo de Roma mal sano se salieron de Roma, y por diversos caminos se juntaron en Fundi. En esta ciudad á los diez y nueve de setiembre nombraron por papa á Roberto cardenal de Ginebra con nombre de Clemente VII, que fué dar principio al scisma, y á los debates entre los dos pontífices, y á las descomuniones y censuras que el uno contra el otro fulminaron. El papa Urbano para suplir el colegio y consistorio en un dia crió veinte y nueve cardenales de diversas naciones, varones todos señalados. Clemente se partió luego para Aviñon con harta duda de la cristiandad sobre cual fuese el verdadero papa. Los Italianos, los Alemanes y los Ingleses seguian al papa Urbano: los Franceses y los Escoceses á Clemente; los Españoles al principio estuvieron neutrales y á la mira, si bien de la una y de la otra parte les hacian gran instancia con embajadas para que se declarasen.

CAPITULO II.

De la muerte del rey don Enrique.

En el mismo tiempo que la república cristiana se comenzaba á turbar con el scisma de dos pontífices que se continuó por largos años, los Portugueses gozaban de una larga y grande paz, cuanto á lo demas las cosas de aquel reino no se podian hallar en peor estado. La reina apoderada del rey mas de lo que fuera razon. La fama de su honestidad no tal, ni tan buena. Decian tenia puestos los ojos y la aficion en don Juan Fernandez de Andeiro conde de Uren. A sus parientes y aliados solamente se daban los cargos y gobiernos; la demas nobleza por el mismo caso estaba descontenta y perseguida, ó de callada, ó al descubierto. Amenazaba alguna gran tempestad, por cuyo miedo el infante don Donís hermano de aquel rey se retiró á Castilla, como queda dicho de suso. Poco despues hizo lo mismo el infante don Juan su hermano. A don Juan hermano de los mismos, aunque bastardo, y maestre de Avis, pusieron en prision, y le amenazaron de muerte: él como prudente acordó disimular y acomodarse al tiempo, y con algunos servicios y muestras de dolor aplacar el ánimo irritado de la reina. En Lisboa cabeza de aquel reino se fortaleció con muros la parte mas baja de aquella ciudad, que remata con el mar. Hizo esto el rey don Fernando así por el daño que por allí se recebió los años pasados, como para pertrecharse y apercebirse para todo lo que pudiese suceder.

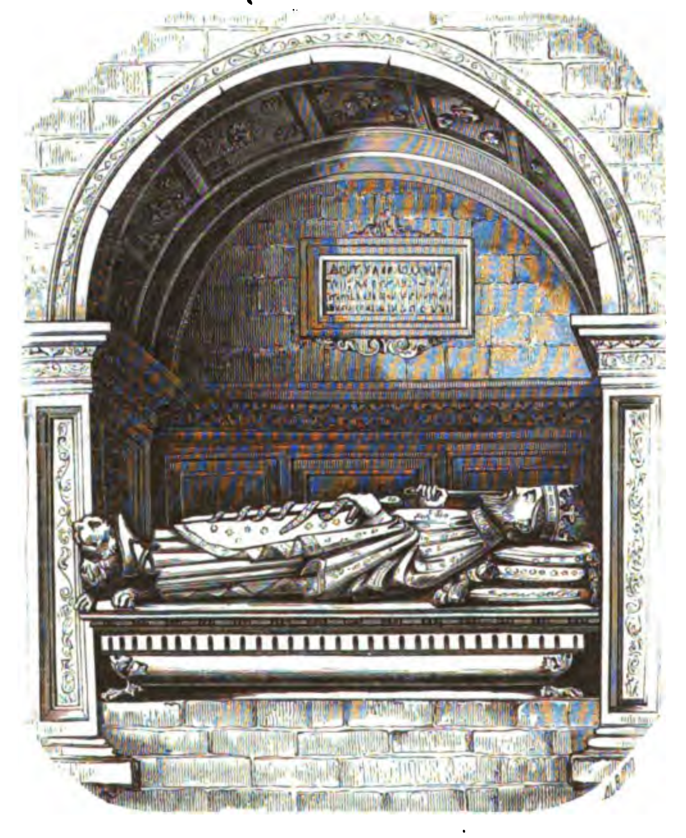
Los dos pontífices no se descuidaban en solicitar por sus legados á los reyes de España para que se declarasen. El de Aragon todavía se quiso estar neutral, bien que sentido en particular del pontífice Urbano que trataba de desposeelle de Cerdeña y de Sicilia: todavía no dió lugar que en su reino se leyesen los edictos que Clemente contra él fulminaba. Solo proveyó que las rentas eclesiásticas y aprovechamientos que pertenecen al papa, se pusiesen en tercería en poder de un depositario, que las tuviese de manifiesto, hasta tanto que la iglesia determinase á quién se debia acudir con ellas. Los legados de Urbano enviados al rey don Enrique, le hallaron en Cordóba, do era ido para proveer á las cosas del Andalucía. Pedian en nombre del que los enviaba, que le tuviese por verdadero pontífice, y declarase á su competidor por falso, elegido contra los cánones y derecho. Oyólos benignamente; pero ántes de resolverse en negocio tan grave acordó juntar en Toledo las personas (1) mas señaladas del reino para determinar lo que se debia responder. Hallábase en aquella ciudad el infante don Juan su hijo de vuelta de la guerra, y con intento de pasar el invierno en aquellas partes. Acudieron embajadores del rey de Francia, que vinieron á hacer las partes de Clemente. Hízose la junta, los obispos, los ricos hombres y letrados que en ella se hallaron, habido su acuerdo, finalmente respondieron no tocaba á ellos el juicio y determinacion de aquella controversia, mas que estaban prestos de seguir lo que la iglesia en el caso determinase, y en el entretanto las rentas y proventos pertenecientes al papa estarian guardados para el que ella juzgase era verdadero papa. Con esta respuesta se volvieron los embajadores el año de 1379.

Don Enrique se fué de allí á Burgos, donde estando apercibiendo las cosas necesarias para la guerra de Navarra, le vinieron embajadores de parte de aquel rey, hombres muy principales, con muy cumplidos poderes para hacer conciertos de paz, que se asentó finalmente con estas condiciones: que saliesen de Navarra todos los soldados Ingleses: que para mayor seguridad veinte fuerzas, y entre ellas fuesen las tres Estella, Tudela y Viana, por diez años tuviesen guarnicion de Castellanos: que el rey de Castilla para ayuda de los gastos hechos en aquella guerra prestase al de Navarra hasta en cantidad de veinte mil ducados luego que se firmasen las paces. Concluido el concierto, los dos reyes se vieron en Santo Domingo de la Calzada. Llevaron gran repuesto, y á porfía pretendia cada cual aventajarse en todo género de grandeza, cortesía y comedimiento.

El rey de Granada por el mismo caso se recelaba no revolviesen las fuerzas de los cristianos en daño suyo. Acusábale su conciencia por lo que hizo en tiempo del rey don Pedro en su ayuda: no se persuadia estuviese el rey don Enrique olvidado, ni que le faltase vo-

(1) Hubo tres juntas para determinar un negocio de tanta importancia, una en Toledo, otra en las cortes de Illescas, y otra en Burgos, resolviéndose en todas ellas unánimemente estar al juicio de todos los cristianos que fallasen cual era el verdadero Papa.

luntad de tomar de todo emienda. Las fuerzas no eran bastantes, si se venia á rompimiento y á las puñadas. Acordó valerse de arte y de maña. Persuadió á un moro que con muestra de huir de Granada se pasase á Castilla, y procurase dar la muerte al rey. El moro era sagaz como la pretension lo pedia: procuró ganar la gracia del rey ya con servicios á propósito, ya con ricas joyas y preseas que le presentaba. Entre los demas presentes le dió unos borceguíes á la morisca muy vistosos y primos; pero inficionados de veneno mortal. Así lo atestiguan autores muy graves: conseja á que dió crédito la dolencia que desde que se los calzó, le sobrevino, que en diez dias le acabó en la misma ciudad de Santo Domingo; su muerte fué domingo á los veinte y nueve del mes de mayo. Bien es verdad que autores mas atentados y graves testifican falleció del mal de gota. Vivió cuarenta y seis años y cinco meses; reinó despues que se llamó rey en Calahorra trece años y dos meses. Varon de los mas señalados, y príncipe en la prosperidad y adversidad constante contra los encuentros de la fortuna, de agudo consejo y presta ejecucion, y que el mundo le puede llamar bienaventurado por la venganza que tomó de las muertes de su madre y de sus hermanos con la sangre del matador, y con quitalle de la cabeza la corona. Ejemplo finalmente con que se muestra que la falta del nacimiento no empece á la virtud y al valor, y que si enfrenara sus apetitos deshonestos en que fué suelto, pudiera competir con los reyes antiguos mas señalados. La franqueza demasiada de que algunos le tachan, desculpa asaz la revuelta de los tiempos, y la codicia de los nobles, que no se dejaban grangear sino á precios grandes y excesivas mercedes; ademas que estaba puesto en razon hiciese parte de los premios de la victoria á los que se la ayudaron á ganar y se hallaron á los peligros y trabajos. Todavía en su testamento corrigió en gran parte esta liberalidad con excluir de la herencia de aquellos estados que dió, á los deudos transversales, y admitir solamente á los



Sepulcro de D. Enrique II.

decendientes, hijos y nietos: traza con que gran parte de los pueblos que por esta causa se enagenaron, y de las donaciones Enriqueñas, han vuelto á la corona real.

Hallóse á su muerte don Juan Manrique obispo de Sigüenza: con él comunicó sus cosas, y nombradamente con él envió á don Juan su hijo los avisos siguientes: que en el scisma que corria, no se inclinase fácilmente á ninguna de las partes: trajese siempre ante sus ojos el santo temor de Dios y el amparo de su iglesia: conservase con todas las fuerzas y con toda buena correspondencia la amistad de Francia, de donde les vino en sus cuitas el remedio: pusiese en libertad todos los cautivos cristianos: procurase buenos ministros y criados, que son el todo para gobernar bien; advirtióle empero, que de tres raleas y suertes de gentes que se hallaban en el reino, los que siguieron su parcialidad, los que al rey don Pedro, y los que se mantuvieron neutrales; á los primeros conservase las mercedes que él les hizo, mas que de tal suerte se fiase dellos, que se recelase de su deslealtad y inconstancia: á los segundos podria cometer cualesquier oficios y cargos, como á personas constantes, y que procurarian recompensar con sus buenos servicios las ofensas pasadas, y hacer con toda lealtad y cuidado lo que les encomendase: á los terceros mantuviese en justicia, mas no les encargase cuidado alguno, ni gobierno del reino, como á personas que mirarian mas por sus particulares, que por el pro comun.

Llevaron su cuerpo de aquella ciudad en que falleció, á la de Burgos: acompañóle su hijo don Juan ya rey. Depositáronle en el sagrario de la Iglesia Mayor en la capilla de Santa Catalina; las honras le hicieron con real aparato y toda muestra de magestad. De allí le pasaron á Valladolid, y al fin del mismo año á una capilla que se labró á costa del rey en Toledo en aquella parte de la Iglesia Mayor que estaba junto á la torre principal, en que por tradicion de padres á hijos se tiene por cierto que puso los pies la sagrada virgen cuando bajó del cielo para honrar á su siervo Ilefonso. Esta capilla en tiempo del emperador don Carlos se pasó á otra parte, donde al presente están enterrados los cuerpos deste rey, de su hijo y nieto que le sucedieron, y de las reinas sus mugeres en seis sepulcros de obra curiosa y prima, cada uno con su letrero. Asisten en esta capilla, y en ella celebran los oficios treinta y seis capellanes, con muy buenas rentas, que para sustentarse les señalaron y tienen. Mandósele sepultar con el hábito de Santo Domingo por el amor y devocion que él tenia á la memoria de aquel Santo su pariente; de cuyo órden tenian otrosí costumbre los reyes de tomar confesor.

Murió tambien por aquel tiempo el rey moro, á quien sucedió Mahomad, llamado por sobrenombre el de Guadix por la curiosidad que tuvo de hermosear y engrandecer aquella ciudad. Este por haber tenido el reino con quietud y sin alteraciones civiles puede ser tenido por mas aventajado y dichoso que todos sus antepasados. El rey de Aragon aunque viejo y anciano se tornó nuevamente á casar: tomó por muger á Sibyla Fortia, que era una dama viuda de gran hermosura, por la cual la prefirió al casamiento con que le convidaban de Juana reina de Nápoles. Tuvo dos hijos deste casamiento que murieron en su tierna edad, y una hija llamada Isabel que adelante casó con el conde de Urgel.

CAPITULO III.

De como comenzó á reinar el rey don Juan.

El rey don Juan, concluido el enterramiento y honras de su padre, recibió en Burgos en las Huelgas la corona del reino en edad que era de veinte y un años y tres meses. Juntamente con él se coronó su muger la reina doña Leonor. Armó caballeros á cien mancebos, la flor de la caballería, con las ceremonias que se acostumbraban en aquel tiempo. Demas desto á aquella nobilísima ciudad, por los gastos que en tal solemnidad le fué necesario hacer, y en premio de su bien probada lealtad, le hizo donacion de la villa de Pancorvo. Teníanse cortes en aquella ciudad, en que se establecieron muchas cosas (1): una, que el clérigo de menores órdenes casado pechase; pero que si fuese soltero, como trajese abierta la corona y hábito clerical, gozase del privilegio de la iglesia. Fueron grandes las alegrías y fiestas que se hicieron por todo el reino por la coronacion del nuevo rey, tanto con mayor aficion y voluntad cuanto mas confiaban que el hijo saldria semejable á su padre en todo género de virtud y caballería, porque era de noble condicion, dócil ingenio, apacibles costumbres, y un alma compuesta y inclinada á todas obras de piedad; no de precipitado ó

(1) Se confirmaron los privilegios y franquezas que los reyes sus antecesores habian establecido con las ciudades principales de su reino.

arrebatado juicio, sino inclinado á oir el ageno: era bajo de cuerpo, pero en su aspecto representaba magestad.

Luego que tomó el cuidado del reino, lo primero en que puso mano, fué en señalarse por amigo de los Franceses, y así hizo poner luego á punto una armada, y enviarla contra Juan de Monforte duque de Bretaña, á quien por el favor que daba á los Ingleses, aquel rey y su consejo le dieron por enemigo de la corona de Francia, y con público pregon adjudicaron sus bienes y estado al fisco real. Corrió la armada toda la costa de Bretaña, y en ella ganó una fuerza que llaman Gayo. El rey pasó en Burgos lo restante del estío. Esta pública alegría dos cosas que acontecieron, la una la aguó algo, y la otra la aumentó. La primera fué que un judío llamado Joseph Pico, muy principal entre los suyos y muy rico, fué muerto por engaño y envidia de su misma gente. Era este recogedor general de las alcabalas reales y tesorero, por donde vino á tener gran cabida y autoridad con todos. Algunos de su nacion, judíos hombres principales (no se sabe por qué) le tenian mala voluntad, y con este ódio dieron traza de matalle. Para esto por engaño sin entender el rey lo que hacia, ganaron una provision real en que mandaba fuese luego muerto. cogieron de presto al verdugo real ó inducido con el mismo engaño, ó sobornado con dineros, lo cual se puede sospechar, pues tan de rebato usó de su oficio. Acudieron á la casa de Joseph que estaba bien seguro de tal caso, en que de improviso le acabaron. Conocido el engaño, se hizo justicia de los culpados, y se le quitó á esta nacion la potestad que tenia y el tribunal para juzgar los negocios y pleitos de los suyos: desórden con que habian hasta allí disimulado los reyes por la necesidad y apretura de las rentas reales, y ser los judíos gente que tambien saben los caminos de allegar dinero.

Materia de contento extraordinario fué el hijo que nació al rey en Burgos á los cuatro de octubre, sucesor que fué y heredero de sus estados: su nombre don Enrique por memoria de su abuelo, y para que remedase su valor y virtudes. En fin deste año y principio del siguiente, que se contó de **1380**, las lluvias fueron grandes y continuas en demasía: salieron con las avenidas de madre los rios, rebalsaron los campos y las labradas y sembrados, en particular el rio Ebro cerca de Zaragoza rompió los reparos y tomó otro camino, de guisa que para hacelle volver á su curso se gastó mucho trabajo y dinero. De Burgos pasó el rey á Toledo, ciudad en que de nuevo hizo las honras de su padre, y puso su cuerpo como queda dicho en su sepulcro de asiento. Partió para el Andalucía con intento de acudir á la ayuda de Francia contra los Ingleses. Armó en Sevilla veinte galeras, con que el almirante Fernan Sanchez de Tovar que iba por general, costeadas las riberas de España y de Francia, no paró hasta llegar á Ingalaterra, y por el rio Támesis arriba dar vista á la ciudad de Lóndres cabeza de aquel reino, con gran mengua y cuita de aquella gente y ciudadanos, que veian la armada enemiga á sus puertas, talados sus campos, quemadas sus alquerías y casas de campo sin poderlo remediar.

La discordia entre los pontífices andaba mas viva que nunca: castigo de los muchos pecados del pueblo y de las cabezas. El mayor daño y que hacia mas incurable la dolencia, que cada cual de las partes tenia sus valedores, personas en letras y santidad eminentes hasta señalarse con milagros. Qué podia con esto hacer el pueblo? qué partido debia seguir? Ardia el pontífice Urbano en un vivo deseo de tomar emienda de la reina de Nápoles causadora principal de aquel scisma, ca si no fuera con su sombra, no acometieran los cardenales á ejecutar lo que hicieron. Para atender á esto con mayores fuerzas y mas de propósito hizo paces con Florentines y Perusinos, y otros pueblos que no le querian reconocer homenage y andaban alborotados. Convidó á Carlos duque de Durazo á pasar en Italia con intencion que le dió y promesa de hacelle rey de Nápoles. Este Carlos estaba casado con Margarita su prima hermana, hija que fué de su tio Carlos duque de Durazo: marido y muger eran bisnietos de Carlos Segundo rey de Nápoles, como queda deducido de suso. Aceptó las ofertas del pontífice, ayudóle con gente y dinero Ludovico rey de Hungría por el ódio que tenia contra la reina, por la muerte que dió á su marido Andreasso hermano del Húngaro. Demas desto la soltura desta reina en materia de honestidad era muy conocida. La grandeza y la fama de los príncipes corren á las parejas: así sus virtudes como sus vicios están á la vista de todos, y cuanto es mayor y mas alto el lugar, tanto debe ser menor la libertad, por el ejemplo, que si es malo, cunde y empece mucho.

No se le encubrieron á la reina los intentos del pontífice y sus trazas. Sabia muy bien el aborrecimiento que comunmente le tenian, ocasionado de la torpeza de su vida. Recelábase

por el mismo caso que no tendria fuerzas bastantes para contrastar á tan poderosos enemigos. No tenia sucesion, si bien se casó cuatro veces: la primera con Andreasso, al cual ella misma dió la muerte: la segunda con Ludovico principe de Taranto, deudos el uno y el otro muy cercanos suyos: la tercera con don Jaime infante de Mallorca, y últimamente tenia por marido á Othon duque de Branzvique. Comunicóse con el otro pontífice Clemente, y habido con él su acuerdo, determinó para desbaratar aquella tempestad y torbellino que contra ella se armaba, valerse de las fuerzas de Francia. Para esto probijó á Luis duque de Anjou principe muy poderoso. Dióle título de duque de Calabria, que era el que tenian los herederos de aquel reino de Nápoles. Hízose el auto de la adopcion con la solemnidad necesaria en el castillo de aquella ciudad llamado del Ovo, á los veinte y nueve de junio. Principios de grandes alteraciones y guerras que adelante resultaron, en que entró tambien á la parte España finalmente, y el primer título que tuvieron aquellos duques de Anjou para pretender con tanta porfía y por tanto tiempo el reino de Nápoles: traza enderezada para defenderse la reina, y juntamente afirmar el partido del papa Clemente, que á la una y al otro prestó poco.

Falleció por este tiempo á trece de julio el valeroso caudillo Beltran Claquin: tomóle la muerte en los reales, y en el cerco que tenia puesto sobre Castronuevo pueblo de Bretaña. Su linage ilustre, sus hazañas esclarecidas; su padre se llamó Reginaldo Claquin, señor de Bronio cerca de Rennes, ciudad muy conocida en el ducado de Bretaña. El oficio de condestable, que es muy preeminente en Francia, y vacó por su muerte, se dió poco adelante á Oliverio Clisson. Murió asimismo á los diez y seis de setiembre Carlos rey de Francia en el bosque de Vincenas, que mandó en su testamento sepultasen el cuerpo de Claquin junto al suyo en San Dionisio, sepultura de aquellos reyes junto á París: honra muy debida á lo mucho que sirvió en su vida, y á su valor. Sucedió en aquella corona Carlos hijo del difunto, sexto deste nombre.

Al rey de Portugal aquejaba el cuidado de lo que sería de aquel reino despues de su muerte. La edad estaba adelante, no tenia hijo varon, ni esperaba tenelle. Doña Beatriz habida en la reina, de la cual adelante se puso en duda si era legítima, en vida del rey don Enrique quedó desposada con su hijo bastardo don Fadrique duque de Benavente. No quiso el Portugués despues de muerto el rey don Enrique pasar por estos desposorios, ántes despachó sus embajadores al nuevo rey de Castilla que volvia del Andalucia para pedille para su hija al infante don Enrique, si bien era niño de pocos meses nacido: acuerdo poco acertado, sujeto á grandes inconvenientes, por la edad de los novios tan diferente y desigual. Todavía el rey don Juan no desechó aquel partido por la comodidad que se presentaba de haber el reino de Portugal por aquel camino y juntalle con Castilla. Tratóse de las condiciones, y finalmente en Soria donde se juntaron las cortes de Castilla, (2) se concertaron los desposorios que al cabo no surtieron efecto. Prendieron por mandado del rey al adelantado Pedro Manrique: cargábanle ciertas pláticas y tratos que decian tenia con don Alonso de Aragon conde de Denia en perjuicio del reino. La verdad es que murió en la prision sin dejar hijos. Sucedióle en aquel cargo y en sus estados su hermano Diego Manrique, merced que tenia bien merecida por su valor y los servicios que hiciera en la guerra de Navarra.

Era el rey de Francia de poca edad: tenia en su lugar el gobierno de aquel reino Luis duque de Anjou por aventajarse á los otros señores de Francia y por el deudo que alcanzaba con aquella casa real. Recelábase el rey de Aragon no quisiese con aquella ocasion volver á la pretension del reino de Mallorca por el derecho que de suso queda tratado. Pero á él otro cuidado le aquejaba mas, que era amparar la reina de Nápoles, y de camino asegurar para su casa la sucesion de aquel reino: acudió sin embargo el rey don Juan de Castilla, despachó embajadores á Francia para tratar de conciertos. Dió oidos el de Anjou á estas pláticas por quedar desembarazado para la empresa de Italia. Asentaron que vendiese á dinero el derecho que con dinero comprára, en que el rey don Juan puso de su casa buena cantia en gracia de su suegro, y por el deseo que tenia no se alterase el sosiego de que en España gozaban.

Despachó otrosí embajadores al soldan de Egipto que de su parte le hiciesen instancia

(2) Se establecieron leyes excelentes, que la mayor parte se hallan recopiladas; y el doctor Montalvo las introdujo en su *Ordenamiento*.

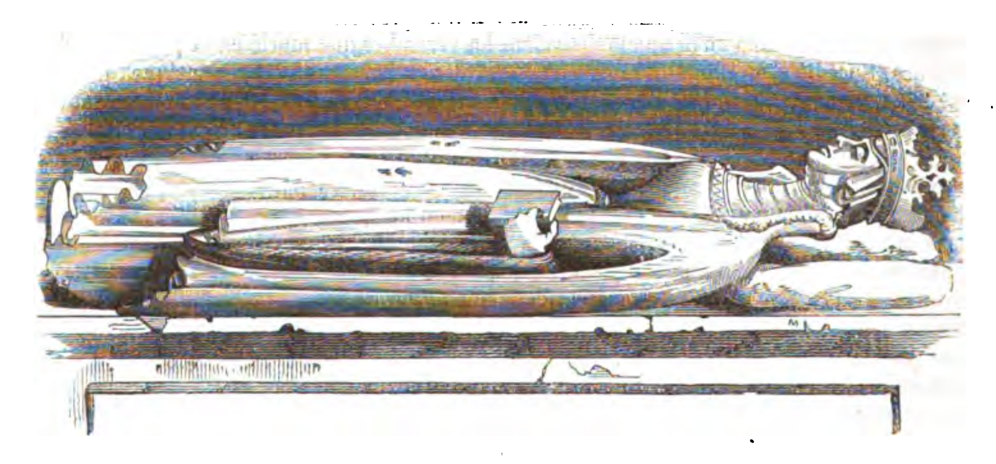
para que pusiese en libertad á Leon rey de Armenia que tenia cautivo, y se le murieran en la prision muger y hija. Condescendió el bárbaro con aquellos ruegos tan puestos en razon. Soltó al preso, que envió con cartas que le dió soberbias y hinchadas en lo que de sí decia, honoríficas para el rey don Juan, cuyo poder y valor encarecia, y le pedia su amistad. Vino aquel rey despojado tres años adelante primero á Francia, dende á Castilla. Es muy propio de grandes reyes levantar los caidos, y mas los que se vieron en prosperidad y grandeza. Recibióle el rey y hospedóle con toda cortesía y regalo; y para consuelo de su destierro y pasar la vida le consignó las villas de Madrid y Andujar con rentas necesarias y bastantes para el sustento de su casa. No paró mucho en España, ántes dió la vuelta á Francia con intento de pasar á Ingalaterra para concertar aquellos reyes, y persuadilles que dejadas entre sí las armas, las volviesen con tanto mayor prez y gloria contra los enemigos de Cristo los infieles de Asia. En esta demanda sin efectuar cosa alguna le tomó la muerte, y le atajó sus trazas como suele. En la iglesia de los monges Celestinos de París en la capilla mayor se ve el dia de hoy un arco cabado en la pared, con un lucillo de mármol de obra prima con su letra que declara yace en él Leon rey de Armenia.

CAPITULO IV.

Que Castilla dió la obediencia al papa Clemente.

Estaba el mundo alterado con el scisma de los romanos pontífices, y los príncipes cristianos cansados de oir los legados de las dos partes. Los escrúpulos de conciencia, que cuando se les da entrada, se suelen apoderar de los corazones, crecian de cada dia mas. El rey determinó de hacer cortes en Castilla para resolver este punto en Medina del Campo. Grandes fueron las diligencias que en ellas los legados de ambas partes hicieron, por entender que lo que allí se determinase, abrazaria toda España. No se conformaban los pareceres, unos aprobaban la eleccion de Roma, otros la de Fundi: los mas prudentes juzgaban que como si hobiera sede vacante, se estuviesen á la mira; y que esta causa se debia dejar entera al juicio del concilio general. Entre estos dares y tomares parió la reina á los veinte y ocho de noviembre un hijo que llamaron don Fernando, que en nobleza de corazon y prosperidad de todas sus empresas excedió á los príncipes de su tiempo, y llegó á ser rey de Aragon por sus partes muy aventajadas.

Vinieron tambien á estas cortes gran número de monges Benitos: quejábanse que algunos señores á título de ser patrones de sus ricos y grandes conventos les hacian en Castilla la Vieja grandes desafueros, ca les tomaban sus pueblos y imponian á los vasallos nuevos



Estátua sepulcral de doña Juana, muger de D. Enrique.

pechos, avocaban á si las causas criminales y civiles, y todas las demas cosas hacian á su parecer y alvedrío contra toda órden de derecho, y contra las costumbres antiguas. Señaláronse jueces sobre el caso, varones de mucha prudencia, que pronunciaron contra la avaricia y insolencia de los señores, y decretaron que á ninguno le fuese lícito tocar á las posesiones y rentas de los conventos, y que solo el rey tuviese la proteccion dellos; lo cual se guardó por el tiempo de su reinado.

Entre los cardenales que siguieron las partes de Clemente, fué uno don Pedro de Luna hechura del pontífice Gregorio, de muy noble alcuña entre los Aragoneses, de vivo y grande ingenio, y muy letrado en derechos. Por esta causa Clemente le envió por su legado á España al principio del año de 1381 por ver si con su buena maña y letra podia atraer nuestra nacion á su parcialidad y devocion. En Aragon salió en vacío su trabajo por no querer resolverse en tan grande duda el rey y sus grandes: con el rey de Castilla tuvo mayor cabida. Juntáronse en la corte los varones mas señalados del reino, y gastados muchos dia para la resolucion deste negocio, finalmente en Salamanca, para do trasladaron la junta, á veinte de mayo dieron por nula la eleccion de Urbano, y aprobaron la de Clemente, que residia en Aviñon, como legal y hecha sin fuerza; en que parece atendieron á que residia cerca de España, y á la amistad del rey de Francia mas que á la equidad de las leyes.

Muchos tuvieron por mal pronóstico y por indicio de que la sentencia fué torcida, la muerte que vino á esta sazon á la reina doña Juana madre del rey, santísima señora, y tan limosnera que la llamaban madre de pobres: en su viudez trajo hábito de monja, con que tambien se enterró. Hizose el enterramiento en Toledo junto á don Enrique su marido con célebre aparato mas por las lágrimas y sentimiento del pueblo que por otra alguna cosa. Clemente trabajaba de traer á España á su devocion, como está dicho; y al mismo tiempo en Italia se mostraban grandes asonadas de guerra. Don Carlos duque de Durazo vino de Hungría á Italia al llamado del pontífice Urbano: diéronle los Florentines gran suma de dinero porque no entrase de guerra por la Toscana. En Roma le dió el pontífice título de senador de aquella ciudad, y la corona del reino de Nápoles. Allí desde que llegó, le sucedieron las cosas mejor de lo que él pensaba, que todas las ciudades y pueblos abiertas las puertas le recibian, hasta la misma nobilísima y gran ciudad de Nápoles.

La reina por la poca confianza que hacia así de su ejército como de la lealtad de los ciudadanos, se hizo fuerte por algun tiempo en Castelnovo. Othon su marido fué preso en una batalla que se arriscó á dar á los contrarios: con que la reina, perdida toda confianza de poderse tener, se rindió al vencedor. Pusiéronla en prisiones, y poco despues la colgaron de un lazo en aquella misma parte en que ella hizo dar garrote á su marido Andreasso. Muerta la reina, dieron libertad á Othon para que se fuese á su tierra: con esta victoria la parte de Urbano ganó mucha reputacion. Parecia que Dios amparaba sus cosas, y menguaba las de su competidor. Habia entrado en Italia el duque de Anjou con un grueso campo; falleció empero de enfermedad en la Pulla, provincia del reino de Nápoles: con su muerte se regalaron y fueron en flor sus esperanzas y trazas.

Don Luis infante de Navarra tenia deudo con Carlos el nuevo conquistador de aquel reino, ca estaban casados con dos hermanas, como se tocó de suso. No pudo hallarse en esta empresa, ni ayudarle por estar ocupado en la guerra que en Atica hacia con esperanza de salir con el ducado de Atenas y Neopatria, por el antiguo derecho que á él tenian los reyes de Nápoles; mas los principales de aquella provincia, por traer su descendencia de Cataluña se inclinaban mas á los Aragoneses, y no cesaban de llamar ya por cartas, ya por embajadores al rey de Aragon para que fuese ó enviase á tomar la posesion de aquel estado y provincia, como finalmente lo hizo.

CAPITULO V.

De la guerra de Portugal.

Una nueva tempestad y muy brava se armó en España entre Portugal y Castilla, que puso las cosas asaz en grande aprieto, y al rey don Juan en condicion de perder el reino. Ligáronse los Portugueses y Ingleses: juntaron contra Castilla sus fuerzas y armas. Pensaban

aprovecharse de aquel rey por su edad que no era mucha, y no faltaban descontentos, reliquias y remanentes de las revueltas pasadas. Los Ingleses: pretendian derecho y accion á la corona por estar casado el duque de Alencastre con la hija mayor del rey don Pedro: el de Portugal llevaba mal que le hobiesen ganado por la mano, y cortado las pretensiones que tenia á aquel reino de Castilla, á su parecer no mal fundadas, ademas que al rey don Juan tenia por descomulgado por sujetarse, como seguia al papa Clemente, ca en Portugal no reconocian sino á Urbano.

Aprovechóse de esta ocasion don Alonso conde de Gijon para alborotarse conforme á su condicion, y alborotar el reino. Su hermano el rey don Juan porque de pequeños principios, si con tiempo no se atajan, suelen resultar muy graves daños, acudió á la hora á Oviedo cabeza de las Asturias para sosegar aquel mozo mal aconsejado. Junto con esto mandó hacer gente por tierra, y armar por el mar para por entrambas partes dar guerra á Portugal, y desbaratar sus intentos, por lo menos ganar reputacion. Los bullicios del conde fácilmente se apaciguaron, y él se allanó á obedecer: si de corazon, si con doblez, por lo de adelante se entenderá. Hacíase la masa de la gente en Simancas. Acudió el rey desde que supo que estaba todo á punto: marchó con su campo la vuelta de Portugal; púsose sobre Almoyda, villa que está á la raya, no lejos de Badajoz. El sitio y las murallas eran fuertes, y los de dentro se defendian con valor, que fué causa de ir el cerco muy á la larga. Por otra parte diez y seis galeras de Castilla se encontraron con veinte y tres de Portugal. Dióse la batalla naval, que fué muy memorable. Vencieron los Castellanos: tomaron las veinte galeras contrarias, y en ellas gran número de Portugueses con el mismo general don Alfonso Tellez conde de Barcelos.

Fuera esta victoria asaz importante por quedar los de Castilla señores de la mar, y los enemigos amedrentados, si el general castellano que era el almirante Fernan Sanchez de Tovar, la ejecutara á fuer de buen guerrero; pero el contento con lo hecho, dió la vuelta á Sevilla: con que los Portugueses tuvieron lugar de rehacerse, y la armada inglesa tiempo de aportar á Lisboa, que fué el daño doblado. Todavia el rey don Juan animado con tan buen principio, y confiado que serian semejables los remates, acordó emplazar la batalla á los contrarios. Escribióles con un rey de armas un cartel desta sustancia: que sabia era venido á Portugal Emundo conde de Cantabrigia en lugar de su hermano el duque de Alencastre, acompañado de gente lucida y brava: que si confiaban en la justicia de su querella y en el valor de sus soldados, se aprestasen á la batalla, la cual les presentaria luego que se apoderase de Almoyda, y para combatillos les saldria al encuentro espacio de dos jornadas, confiado en Dios que volveria por la justicia y por su causa.

Deseaban los Ingleses venir á las manos como gente briosa y denodada; entreteníalos empero la falta de caballos, que ni los traian en la armada, ni los podian tan en breve juntar en Portugal. La respuesta fué prender al rey de armas contra toda razon y derecho. Cerraba en esta sazon el invierno, tiempo poco á propósito para estar en campaña. Retiróse sin hacer otro efecto el rey de Castilla, resuelto de volver á la guerra con mas gente y mayor aparato luego que el tiempo diese lugar, y abriese la primavera del año de 1382. Tornó el conde de Gijon mozo liviano á alborotarse, retiróse á Berganza para estar mas seguro y con mas libertad: desampparáronle los suyos que llevó consigo. Esto y la diligencia de don Alonso de Aragon conde de Denia y marqués de Villena, que se puso de por medio, fueron parte para que se redujese á obediencia, y el rey su hermano segunda vez le perdonase. Al tercero por este servicio y por otros nombró por su condestable, cosa nueva para Castilla, entre las otras naciones y reinos muy usada: crió otrosí dos mariscales, que eran como los legados antiguos y los modernos maestres de campo, sujetos al condestable: estos fueron Fernan Alvarez de Toledo, y Pero Ruiz Sarmiento. Pretendia el rey como prudente con estas honras animar á los suyos, y juntamente hermosear la repúblíca, y autorisalla con cargos semejantes y preeminencias.

Pasóse en esto el invierno: la masa de la gente se hizo segunda vez en Simancas. La fertilidad de la tierra y su abundancia era á propósito para sustentar el ejército y proveerse de vituallas: luego que todo estuvo en órden, el rey con toda priesa se enderezó la vuelta de Badajoz por tener aviso que los enemigos pretendian romper por aquella parte, y que eran llegados á Yelves distante de aquella ciudad tres leguas solamente. Traia el rey de Portugal tres mil caballos, y buen número de infantes: los Ingleses otrosí eran tres mil de á caballo, y otros tantos flecheros. En el campo de Castilla los hombres de armas llegaban á cinco mil

y quinientos caballos ligeros, el número de la gente de á pie era muy mayor, todos muy diestros, ejercitados en las guerras pasadas, acostumbrados á vencer, y sobre todo con gran talante de venir á las manos y á las puñadas, y con las armas humillar el orgullo de los contrarios que emprendian mayores cosas que sus fuerzas alcanzaban.

Todavia el rey de Castilla por ser manso de condicion, y por no aventurar lo que tenia ganado, en el trance de una batalla, acordó de requerir á los enemigos de paz. Para ello envió á don Alvaro de Castro para avisar seria mas espediente tomar algun asiento en aquellas diferencias, que poner á riesgo la sangre y la vida de sus buenos soldados, que la victoria seria de poco provecho para el que venciese, y al vencido acarrearia mucho daño: finalmente que las prendas de amistad y parentesco eran tales que debian ántes del rompimiento atajar los males que amenazaban, y acordarse cuales y cuan tristes podrian ser los remates, si una vez se ensangrentaban. Por esto juzgaba, y era así, que á cualquiera de las dos partes vendria mas á cuento componer aquel debate por bien que por las armas. Los Ingleses daban de buena gana oidas á estas pláticas por estar pesantes de haber emprendido aquella guerra tan dificultosa y tan lejos de su tierra, si bien demas del reino de Castilla que pretendian, les ofrecian el de Portugal en dote de la infanta doña Beatriz, que pospuestos los demas conciertos daba su padre intencion de casalla con Duarte hijo de Emundo conde de Cantabrigia.

Tratóse pues de concierto, en que intervinieron personas principales de las dos naciones, por cuya industria se conformaron en las capitulaciones siguientes: que doña Beatriz de nuevo desposase con el infante don Fernando hijo menor del rey de Castilla; pretendian por este camino que el reino de Portugal no se juntase con Castilla, como fuera necesario, si casara con el hijo mayor: que los prisioneros y las galeras que se tomaron en la batalla naval, se volviesen al de Portugal: demás desto que el rey de Castilla proveyese de armada y de flota, en que los Ingleses se volviesen á su tierra. Pudieran parecer pesadas estas capitulaciones al rey de Castilla que se hallaba muy poderoso y pujante, mas ordinariamente es acertado prevenir los sucesos de la guerra, que pudieran ser muy perjudiciales para España; y no hay alguno tan amigo de pelear que no huelgue mas de alcanzar lo que pretende con paz, que por medio de las armas. Por todo esto el de Castilla se inclinó á la paz y aceptar aquellos partidos; y aun entregó al de Portugal en rehenes personas muy principales para seguridad que se cumpliria enteramente lo concertado: con que por entonces se impidió la batalla, y juntamente se dió fin á aquella guerra que amenazaba grandes males.

CAPITULO VI.

De la muerte del rey de Portugal.

El contento que resultó destas paces, se destempló muy en breve por causa de algunas muertes que se siguieron de grandes personages: tal es nuestra fragilidad. El rey don Juan se fué al reino de Toledo, y estaba enfermo en Madrid, cuando murió en Cuellar villa de Castilla la Vieja su muger la reina doña Leonor de parto de una hija que vivió pocos dias. El sentimiento y llanto del rey y de todo el reino fué extraordinario por ser ella un espejo de castidad y santidad. Sepultaron su cuerpo en Toledo en la capilla de los reyes. Esta muerte dió ocasion al rey de Portugal de tomar nuevo acuerdo, y alterar el primer capítulo de los conciertos pasados. El rey de Castilla, aunque tenia dos hijos, quedaba viudo y en la flor de su edad. Envióle embajadores para ofrecerle por muger á doña Beatriz su hija. Parecióle que con este vínculo se daria mejor asiento á la nueva amistad, y á la sucesion del reino de Portugal: que era cosa larga esperar que el infante don Fernando fuese de edad para casarse; y que en el entretanto podian intervenir cosas que impidiesen el casamiento, y desbaratasen todas las trazas: concertáronse pues fácilmente. Entre las demas capitulaciones fué una que por muerte del rey don Fernando gobernase á Portugal la reina viuda hasta tanto que la infanta tuviese hijo de edad competente. Señalóse para las bodas la ciudad de Yelves, en que poco ántes se dió asiento en la paz.

Esto pasaba en España al remate del año. En el mismo tiempo en el Atica tenian sus rencuentros de armas los Navarros y Aragoneses sobre el principado de Atenas y de Neopatria. Philipe Dalmao vizconde de Rocaberti general de la armada aragonesa allanó aquel estado al rey, ca mató y echó fuera de aquellas tierras toda la gente de guarnicion de los

Navarros, y dejó en ella con suficiente presidio á Roman de Villanueva que quedó por gobernador: con que él pudo dar la vuelta. En Sicilia andaban tambien las cosas alteradas, porque Artal de Alagon conde de Mistreta por la mucha autoridad y poder que en aquella isla alcanzaba, queria á su voluntad casar á la reina, y poner de su mano á quien él quisiese en el reino. A este fin llamó de Lombardía á Juan Galeazo, que aun no era duque de Milan; pero el no pudo hacer este viage, ni acudir con presteza, porque las galeras de Aragon los años pasados en el puerto de Pisa le habian tomado su armada. Los señores de Sicilia llevaban muy mal que don Artal quisiese mandar tanto, y que solo él pudiese mas que todos los demas juntos.

Don Guillen Ramon de Moncada (comunicado su intento con el rey de Aragon) de secreto entró en Catania, y apoderándose de la reina, la llevó á Augusta, que era una de las fuerzas de su estado, fuerte por su sitio que está sobre la mar, por sus murallas, y por la grande guarnicion que en ella puso de Catalanes que el rey le envió con el capitan Roger de Moncada. Don Artal visto que con esto le burlaban sus trazas, acudió con furor y rabia: púsose sobre Augusta, y combatiala por tierra y por mar. Avino muy á propósito que Dalmao á la vuelta de Grecia aportó á Sicilia. Supo lo que pasaba, y con su armada forzó al enemigo á alzar el cerco: con tanto puso á la reina en sus galeras, tocó á Cerdeña, y finalmente llegó con ella á salvamento á las riberas de España. La reina casó adelante en Aragon: con que á cabo de años los reinos de Sicilia y Aragon se volvieron á juntar con ñudo muy mas fuerte y mas duradero que ántes.

Don Carlos hijo mayor del rey de Navarra todavia le tenian arrestado en Francia: intercedió el rey de Castilla para que el francés le pusiese en libertad, el cual otorgó con rue-



Sello de D. Pedro IV, *El Ceremonioso.*

gos tan justos; con esto aquel príncipe junto con el deudo (ca eran cuñados) quedó tan obligado y reconocido que por toda la vida con muy buen talante acudió á las cosas de Castilla. Llegó á Pamplona por principio del año que se contó de Cristo 1383. Regocijaron su venida todos los de aquel reino como era razon. El rey su padre eso mismo con la edad se mostraba mas acuerdo, y emendaba con buenas obras las culpas de la vida pasada. En Pamplona y en otros lugares quedan memorias desta mudanza de vida, con que procuraba aplacar á Dios, y acerca de los hombres borrar la infamia y mala voz que corria de sus cosas por todas partes. Cargábanle por lo menos que trató de dar yerbas al rey de Francia su cuñado, á los duques de Borgoña y de Berri, y al conde de Fox; si con verdad, ó levantado (lo que mas creo) no se puede averiguar: lo cierto es que aquellos rumores le hicieron grandemente y en todas partes odioso.

Las bodas del rey de Castilla con la infanta de Portugal se celebraron en el lugar señalado: el concurso de las dos naciones fué grande, las fiestas y regocijos al tanto, si bien el rey de Portugal no se pudo hallar por causa de estar á la sazon doliente. El conde de Gijon don Alonso conforme á sus mañas volvia á revolver la feria en las Asturias, mozo mal inclinado y bullicioso: envió el rey alguna gente que allanasen aquellos alborotos; y él dió la vuelta para Segovia á tener cortes á sus vasallos. Los bullicios de las Asturias facilmente se sosegaron, y el conde se redujo al deber. En las cortes ninguna cosa se estableció (1), que se sepa, de mayor momento, salvo que á imitacion de los Valencianos, que en esto ganaron por la mano á los demas pueblos de España, se hizo una ley en que se ordenó trocasen la manera de contar los años que ántes usaban por las eras de César, en los años del nacimiento de Cristo como hasta hoy se guarda.

Celebrábanse estas cortes cuando en Lisboa falleció el rey don Fernando de Portugal de una larga dolencia que al fin le acabó en veinte de octubre. Vivió cuarenta y tres años, diez meses y diez y ocho dias: reinó diez y seis años, nueve meses y diez dias. Púdose contar entre los buenos príncipes por su condicion muy suave, su mansedumbre y elocuencia, sino se ponen los ojos en la infamia de su casa. En el gobierno se señaló mas que en las armas por la larga paz de que gozó en su reinado. Su cuerpo enterraron en Santaren en el monasterio de los Franciscos junto al sepulcro de su madre la reina doña Costanza. Cerdeña no acababa de sosegar. Hugo Arborea hijo de Mariano llevaba adelante las pretensiones de su padre, y continuaba en la codicia y trazas de hacerse rey: mal incurable. Era de condicion intratable y fiera: por esto su misma gente se hermanó contra él, y le dieron la muerte, ejecutando en él los tormentos y crueldades de que él mismo contra otros usara; que fué justo juicio de Dios.

Con su muerte se pensó tendrian fin aquellas revueltas: por esto Brancaleon Doria, que en las guerras pasadas sirviera muy bien al rey, acudió á Aragon para dar traza á sosegar la isla. Echáronle empero mano á causa que su muger Leonor Arborea, dueña de pecho varonil, pretendia con las armas vengar la muerte de su hermano y recobrar el estado de su padre: sujetaba otrosí por toda aquella isla fortalezas y plazas, ya por fuerza, ya de voluntad. Llevaron á su marido Brancaleon con la guarda necesaria para sosegar á su muger, y hacella que viniese en lo que era razon: no pudo alcanzar cosa alguna della, si bien usó de toda la diligencia que pudo: así él estuvo mucho tiempo arrestado en la ciudad de Caller sin poder salir della; y el partido de Aragon iba de caida por estar el rey embarazado con otros cuidados que mas le aquejaban, y no acudir con presteza á las necesidades de aquella guerra como fuera conveniente.

CAPITULO VII.

Que el rey de Castilla entró en Portugal.

Con la muerte del rey don Fernando de Portugal se recrecieron nuevas y muy sangrientas guerras entre Portugal y Castilla. La gente plebeya y aun la principal por el ódio que á Castilla tenia (como suele acontecer entre reinos comarcanos) no podia llevar que rey extraño los mandase. El deseo de libertad los encendia, bien que con poco concierto pretendian que de su nacion fuese alguno nombrado por rey: los hombres, las mugeres, los niños

(1) Muy al contrario determinaron cosas de mucha importancia, segun la copia de un extracto del cuaderno de estas cortes que recogió el padre Burriel.

en secreto y en públicos corrillos de ninguna otra cosa trataban. Los señores tuvieron junta en Lisboa sin se acabar de resolver en un negocio tan grave. El miedo hacia por el rey don Juan de Castilla, el antojo los volvia contra él: dos malos consejeros y perjudiciales. Algunos principales de secreto por cartas le convidaban con la posesion de aquel reino con intento de grangear la gracia del nuevo príncipe mas que por deseo del pro comun. Entre estos fué uno don Juan, el maestre de Avis de suso nombrado, todo con artificio y maña por no tener aun grangeadas para sí las voluntades del pueblo. Las trazas de los que andaban de mala, y los deseños que con la presteza se debieran cortar, con la tardanza se hicieron fuertes y prevalecieron.

Gastábase el tiempo en Castilla en consultas y debates: así se les salió la buena ocasion de entre las manos para nunca mas volver. Los pareceres eran diferentes como suele acontecer: unos sentian que se debia esperar hasta tanto que por comun acuerdo de los principales y del pueblo el rey fuese llamado á recebir la corona; alegaban que al no se podia hacer á pena de ser perjuros, pues en los asientos próximos de la paz juraron que dejarian la gobernacion del reino á la reina viuda hasta tanto que doña Beatriz tuviese algun hijo en edad que pudiese gobernar á Portugal. Los de mas sano consejo y mas avisados decian que en tanta alteracion del reino las armas eran las que habian de allanar, que de voluntad no harian cortesía los Portugueses. Tomóse un acuerdo medio que fué de ningun momento, ántes perjudicial, de ir ni bien de paz, ni bien de guerra: esto es que fuese el rey delante de paz, y tras dél fuese el ejército para allanar los rebeldes y mal intencionados.

El obispo de la Guardia, que es en la raya de Portugal, estaba en servicio de la reina. Diósele el rey su padre para que con él comunicase todos sus secretos. Este prelado se ofreció de dar llana al rey su ciudad. Antes de acometer esta jornada era necesario atajar en Castilla los siniestros intentos de algunos. A don Juan hermano legítimo del rey difunto de Portugal, que se habia pasado á Castilla por miedo de la reina como está dicho, puso el rey en el alcázar de Toledo como en prision, no por otro crímen, sino porque su nobleza y derecho que podia pretender á aquel reino, hacian que dél se recatasen. Al conde de Gijon le pusieron en prisiones en el castillo de Montalvan no lejos de Toledo, porque despues de perdonado tantas veces se carteaba con los Portugueses, y trataba de rebelarse: confiscáronle otrosí todos sus bienes y estado. Encomendóse su guarda á don Pedro Tenorio arzobispo de Toledo, por cuyo órden estuvo mucho tiempo preso en el castillo de Almonacir tres leguas de Toledo.

Asentadas todas estas cosas, el rey y la reina se fueron á Plasencia, y de allí con priesa pasaron á Portugal. Los sacerdotes de la Guardia como lo prometió el obispo los salieron á recebir con cruces y capas de iglesia, en altas voces dándoles el parabien del nuevo reino, y rogando á Dios le gozasen por largos años. El alcaide de la fortaleza hizo resistencia, por no estar determinado en lo que debia hacer, hasta ver el suceso de aquellas alteraciones, y qué partido tomarian los demas. Antes de la venida del rey, Lisboa le juró por rey á persuasion de don Enrique Manuel conde de Sintra, tio que era del rey don Fernando difunto. Vino tambien en ello doña Leonor la reina viuda, por entender que para reprimir las voluntades y intentos así de los grandes, como del pueblo, era menester mayor fuerza que la suya.

Deste principio comenzó el pueblo á alterarse y dividirse en bandos, de que resultaron muertes de muchos. El primero que mataron, fué el conde de Andeiro, á quien en el mismo palacio real dió de puñaladas el maestre de Avis: la demasiada cabida que con la reina tenia, de que muchos sentian mal, le empeció y acarreó su perdicion. Nunca paran en poco los alborotos: el vulgo deste principio pasó tan adelante que sin ningun término ni respeto dieron al tanto la muerte á don Martin obispo de Lisboa en la misma torre de la Iglesia Mayor, donde se recogió para escapar de aquel furor: no dudaron de poner sus sacrílegas manos en aquel varon consagrado, no por otra culpa sino porque nació en Castilla, y parecia que no sentia bien de los alborotos que se movian en Portugal, y que favorecia las partes del rey don Juan: entre gente furiosa el seso suele dañar, y entre los alevosos la lealtad. La reina doña Leonor por recelo no le hiciesen algun desacato con voluntad del maestre de Avis se salió de la ciudad de Lisboa y se fué á Santaren.

En tan confusa tempestad y revueltas tan grandes ningun lugar se daba al consejo ni á la mesura: todo lo regia la saña y la locura, de que el pueblo estaba tomado como de vino, y como bestia en celo. El maestre de Avis tenia partes aventajadas: era agraciado, bien

apuesto, cortesano, comedido, liberal, y por el mismo caso bien quisto generalmente; finalmente sus calidades tales que suplian la falta de no ser legítimo. Por el contrario el rey don Juan bien que manso y apacible, si no le alteraba alguna injuria; en el hablar, que es con lo que se grangean las voluntades, y por esto lo hizo tan fácil la naturaleza, era corto en demasía: por esta causa aunque con su presencia luego que llegó á Portugal se ganaron algunos, los mas se estrañaron, como gente que es la Portuguesa de su natural apacible y cortés, cumplida y acostumbrada á ser tratados con afabilidad de sus reyes.

De la Guardiá al principio del año de 1384 pasó el rey á Santaren por visitar á la reina su suegra, y á su instancia, y para tomar con ella acuerdo de lo que se debia hacer, y como se podrian encaminar aquellas pretensiones. Acompañábanle quinientos de á caballo, bastante número para entrar de paz, mas para sosegar los alborotados muy pequeño. El condestable don Alonso de Aragon, el arzobispo de Toledo y Pero Gonzalez de Mendoza, nombrados por gobernadores del reino de Toledo en ausencia del rey, no se descuidaban en hacer gente por todas partes, y encaminar á Portugal nuevas compañías de soldados. La mayor dificultad para la expedicion de todo era la falta del dinero. Con las guerras y gastos pasados el patrimonio real estaba consumido, y todo el reino cansado de imposiciones. Acordaron aprovecharse en aquel aprieto de las ofrendas muy ricas y preseas del famoso templo de Guadalupe, santuario muy devoto. Tomaron hasta en cantidad de cuatro mil marcos de plata: ayuda mas de mala sonada que grande, y principio del cual el pueblo pronosticaba que la empresa seria desgraciada, y que la virgen tomaria emienda de los que despojaban su templo, de aquel desacato y osadia.




Moneda de D Juan I de Castilla.

Don Carlos infante de Navarra por no faltar al deudo y amistad que tenia con el rey de Castilla, y no mostrarse ingrato á los beneficios que dél tenia recebidos, se aprestaba para acudille con buen golpe de su gente. El de Aragon por su edad y aquejalle otros cuidados y guerras á que le convenia acudir, acordó estarse á la mira, en especial que comunmente los príncipes llevan mal que ninguno de sus vecinos se acreciente mucho, ántes pretenden siempre balanzar las potencias. En Portugal se hicieron grandes consultas. Acordaron finalmente que la reina doña Leonor renunciase en el rey su yerno la gobernacion de aquel reino. Lo que pareció seria medio para allanarlo todo, fué causa de mayor alboroto. La nobleza y el pueblo aborrecian á par de muerte sujetarse con esto á Castilla por el ódio que entre si estas dos naciones tienen. Lamentábanse de la reina, acusábanle el juramento que les tenia hecho, y la disposicion y testamento del rey su marido, en que dejó proveido lo que se debia hacer en esto.

El sentimiento era general, bien que algunos de los principales como tenian que perder, no quisieran se revolviera la feria, y se mostraban de parte del rey don Juan. Estos eran don Enrique Manuel conde de Sintra, Juan Tejeda, que fuera canciller mayor de aquereino, don Pedro Pereyra, prior de San Juan en Portugal, por otro nombre de Ocrato, que adelante en Castilla fué maestre de Calatrava, y con él dos hermanos suyos Diego y Fernanl do, sin otros algunos de los mas granados. Demas destos muchos pueblos seguian esta voz, en especial la comarca toda entre Duero y Miño, por la buena diligencia de Lope de Leira, que aunque nacido en Galicia, tenia el gobierno de aquella tierra. Alonso Pimentel entre–

gó á Berganza, en cuya tenencia estaba: lo mismo hicieron Juan Portocarrero y Alonso de Silva de otras fuerzas que á su cargo tenian.

CAPITULO VIII.

Del cerco de Lisboa.

Las pretensiones del rey de Castilla en la manera dicha procedian en Portugal hasta aquí sin daño notable. Tenian esperanza que todo el reino de conformidad haria lo que pedia la razon y el tiempo que tiene gran fuerza; pues constaba que si bien todos se conformaban en un parecer, no eran bastantes para hacer rostro al poder de Castilla, tanto menos estando divididos en bandos y desconformes, camino para mas presto perderse: esperanza que muy presto se fué en flor, y finalmente prevaleció la parte contraria, y los descontentos pasaron siempre adelante; en que se mostró claramente de cuanto mayor eficacia es el valor que las fuerzas, la maña que todo lo al. Los Portugueses llevaban mal ser gobernados por extraños, y mucho mas por los Castellanos, por la competencia que entre sí tienen, como acontece entre los reinos comarcanos. Estrañaban mucho que les quebrantasen las capitulaciones con que últimamente asentaron la paz. Querellábanse que el infante don Juan, en quien tenian puestos los ojos para remedio de sus daños, le tuviesen arrestado en Toledo sin alguna culpa suya, solo porque no les acudiese: decian que por tener poca razon y justicia se valian de la violencia y engaño.

Lo que solo les restaba, todos comunmente volvieron los ojos y pensamiento al maestre de Avis que era persona sagaz y de negocios, y que con su buena manera y afabilidad sabia grangear las voluntades y prendallas. Conoció él la ocasion que le presentaba la gran aficion del pueblo: ofrecióse á ponerse á cualquier riesgo y trabajo por el bien comun y pro de la patria. Todavía los alborotados por entonces no pasaron mas adelante de nombrar por su gobernador al infante don Juan, que como queda dicho le tenian preso en Toledo. Para mas alterar la gente sacaron en los estandartes su retrato aherrojado y puesto en cadenas: el cuidado de acaudillar la gente se encargó al maestre de Avis. Decian que doña Leonor no era reina, ni su matrimonio con el rey era válido por ser vivo su marido, á quien el rey la quitó por su hermosura sin otras ventajas de linage y de valor, solo para que fuese un tizon con que todo el reino se abrasase: que por el mismo caso su hija doña Beatriz como bastarda era incapaz de la sucesion y de la corona: que si la juraron, fué por condescender con la voluntad del rey su padre, á que no se podia contrastar: finalmente que su testamento cuanto á este punto, no se debia guardar.

Todo esto pasaba en la ciudad de Lisboa que estaba ya declarada contra Castilla: arrimáronsele muchos señores y fidalgos, unos al descubierto, otros de callada: el que mas se señalaba, era Nuño Alvarez Pereyra hijo del prior de Ocrato Alvar Gonzalez Pereyra y nieto de don Gonzalo Pereyra arzobispo de Braga, si bien sus hermanos seguian el partido de Castilla. Era este caballero mozo brioso, de grande ingenio, acertado consejo, y muy diestro y osado en las armas; fundador adelante despues que alcanzaron la victoria, de la casa de Berganza la mas poderosa de Portugal. Importa mucho la reputacion en la guerra: acordaron los levantados que el Nuño Pereira con golpe de gente corriese las tierras de Castilla: hízose así: acudió gente del rey don Juan por su órden: vinieron á las manos cerca de Badajoz, en que los Castellanos quedaron vencidos, muerto el maestre de Alcántara don Diego Gomez Barroso: huyeron don Juan de Guzman conde de Niebla y el almirante Tovar: el daño fué grande, pero muy mayor la mengua y el pronóstico de los males que deste principio se continuaron.

Don Gonzalo hermano de la reina viuda estaba en Coimbra con guarnicion de soldados. Acordó el rey don Juan ir allá acompañado de las reinas madre é hija, confiado que le abririan luego las puertas: salió vana esta esperanza, ca el gobernador quiso mas volver por su nacion que tener respeto al deudo. Desta burla quedó el rey muy sentido, tanto mas que don Pedro su primo conde de Trastamara, é hijo del maestre don Fadrique se retiró dél y se acogió á aquella ciudad. Sospechóse que en esta huida tuvo parte la reina doña Leonor, y que el conde se comunicó con ella, que cansada de su yerno se inclinaba á las cosas de Portugal. Por esto acordó envialla á Castilla con noble acompañamiento para que estuviese en Tordesillas: destierro y prision honrada en que murió adelante, y castigo del cielo en lo

mismo que hizo padecer á los infantes sus cuñados, y á otros. Yace sepultada en Valladolid en el claustro de la Merced.

Hecho esto, se trató en consejo de capitanes sobre poner sitio á Lisboa, ciudad la mas rica de Portugal, por ser la cabeza de aquel reino, y de presente haberse recogido á ella lo mejor y mas granado con sus haberes y preseas. Los pareceres no se conformaban. Algunos decian seria mas acertado dividir el ejército que era grande en número de soldados, en muchas partes, acometer y allanar las demas fuerzas y plazas de menos importancia: que allanado lo demas, Lisboa seria forzada á rendirse; donde no, la podrian con mayor fuerza cercar y combatir. Pero prevaleció el consejo de los que sentian se debia en primer lugar acudir á aquella ciudad como á cabeza del reino y raiz de toda la guerra, que ganada, no hallarian resistencia en lo restante del reino. Acudieron pues al cerco. De camino talaron los campos, quemaron las aldeas, prendieron hombres y ganados, con que gran número de pueblos se rindieron y entregaron. Llegados á la ciudad, asentaron sus reales y los barrearon en aquella parte do al presente está edificado al monasterio de los Santos. Para mas apretar el cerco por tierra y por mar armaron en Sevilla trece galeras y doce naves, sin otros bajeles de menor consideracion.

Entró esta armada por la boca del rio Tajo, y echó anclas enfrente de la ciudad con intento de estorbar que no entrase por aquella parte alguna provision ni socorro á los cercados. La muchedumbre del pueblo era grande por ser aquella ciudad de suyo muy populosa, y por los muchos que se recogieran á ella de todas partes; por donde muy presto se comenzó á sentir la falta de las vituallas y mantenimientos, que suelen encarecerse por la necesidad presente, y mucho mas por el miedo que cada uno tiene no le falte para adelante. Los Portugueses para acudir á esta necesidad salieron con diez y seis galeras y ocho naves que tenian aprestadas en la ciudad de Portu. Ayudóles el viento que les refrescó, y la creciente del mar muy favorable, con que por medio de los enemigos, aunque con pérdida de tres naos, se pusieron en parte que proveyeron bastantemente la falta que de bastimentos padecian los cercados; principio con que las cosas de todo punto se trocaron, mayormente que el otoño fué muy enfermo, y muchos adolecieron de los que alojaban en los reales, por la destemplanza del cielo, y no estar los de Castilla acostumbrados á aquellos aires.

Por esta causa pareció al rey don Juan mover tratos de paz: tuvieron habla sobre el caso Pero Fernandez de Velasco por la una parte, y por la otra el maestre de Avis que acaudillaba los alborotados. Dijéronse muchas razones, los daños que podian resultar de la guerra, los bienes que se podian esperar de la concordia. El maestre con el gusto que tenia de mandar de presente, y la esperanza que se le representaba de cerca de ser rey, respondió finalmente á la demanda que no vendria en ningun asiento de paz, si á él mismo no le dejasen por gobernador del reino hasta tanto que doña Beatriz tuviese hijo de edad bastante para poderse encargar de aquel gobierno. Que esto pedia el pueblo y pretendian los fidalgos; que si no otorgaban con ellos, él no podia faltar á las obligaciones que tenia á los suyos y á su patria. Las dolencias iban adelante, y á manera de peste de cada dia morian no solo soldados ordinarios, sino tambien grandes personages, como don Pedro Fernandez maestre de Santiago, y el que le sucedió luego en aquella dignidad por nombre Ruy Gonzalez Mexia, el almirante Fernan Sanchez de Tovar, Pero Fernandez de Velasco, y los dos mariscales Pero Sarmiento y Fernan Alvarez de Toledo. Item Juan Martinez de Rojas: dias hobo que fallecieron docientos mas y menos, con que el número de los soldados menguaba y el ánimo mucho mas. Por esto los mas principales blandeaban, y aborrecian aquella guerra por ser entre parientes y contra cristianos. Quisieran que de cualquiera manera se tomara asiento y se concertaran las partes: finalmente los trabajos eran tan grandes y la cuita por esta causa tal que fué forzoso levantar el cerco con mengua y pérdida muy grande, y volver atrás.

Nombró el rey por mariscal á Diego Sarmiento luego que falleció su hermano: encargóle la guarda de Santaren con buen número de soldados: otros capitanes repartió por otras partes, ca pensaba rehacerse de fuerzas, y muy en breve volver á la guerra. Hecho esto, la armada por mar y los demas por tierra en compañia del rey se encaminaron para Sevilla. Pudieran recebir daño notable á la partida (que las piedras se levantan contra el que huye) si los Portugueses salieran en su seguimiento: que pocos bien gobernados pudieran maltratar y deshacer los que iban tan trabajados; mas ellos se hallaban no menos gastados y afligidos que los contrarios, y tenian por merced de Dios verse libres de aquel peligro y de aquel cerco, y aun como dicen, al enemigo que huye, puente de plata. Hicieron procesio–

nes así en Lisboa como en lo restante del reino con toda solemnidad en accion de gracias por merced tan señalada.

Por este mismo tiempo el rey de Aragon no hacia buen rostro á sus dos hijos de la primera muger los infantes don Juan y don Martin. Deciase comunmente que la reina como madrastra con sus malas mañas era causa deste daño. Verdad es que el infante don Juan habia dado causa bastante de aquel desgusto por casarse como se casó contra la voluntad de su padre arrebatadamente y de secreto con madama Violante hija de Juan duque de Ber-



Doña Violante, muger de D. Juan I de Aragon.

ri, sin hacer caso de la reina de Sicilia, cuyo casamiento para todos estaba muy mas á cuento (1). Quebró el enojo en don Juan conde de Ampurias y yerno y primo de aquel rey. Su culpa fué que los recogió en su estado para que alli se casasen; por lo cual luego que el hijo se redujo, y se puso en las manos de su padre y él le perdonó aquella liviandad, revolvió contra el conde, y le quitó la mayor parte del estado, que le tenia asaz grande en lo postrero de España. No le pudo haber á las manos, que se huyó á Aviñon en una galera resuelto de tentar nuevas esperanzas, y con las fuerzas que pudiese juntar suyas y de sus amigos, recobrar aquel condado.

(1) Estuvo tres veces casado: primero con doña Juana hija de Felipe de Valois rey de Francia, despues con doña Marta ó Mata hermana del conde Juan de Armañac, y últimamente con doña Violante hija de Roberto duque de Bar que es la que aqui copiamos de su sello. Este don Juan es á quien se dió el título de *duque de Gerona* que llevaron despues los primogénitos de los reyes de Aragon.

CAPITULO IX.

De la famosa batalla de Aljubarrota.

Corria el año de 1385 cuando el conde de Ampurias avino aquella desgracia. Al principio del cual el rey de Castilla con el deseo en que ardia de rehacer la quiebra pasada, levantaba gente por todas partes y armaba en el mar. Juntó un grueso campo por tierra y una armada de doce galeras y veinte naves para enseñorearse del mar y asegurar la tierra. Todo procedia despacio á causa de una dolencia que le sobrevino, de que llegó á punto de muerte; luego empero que convaleció, y pudo atender á las cosas de la guerra, dió mucha priesa para que todo lo necesario se aprestase. Vino á la sazon una nueva que en cierto encuentro que los Portugueses tuvieron con la guarnicion de Santaren, quedaron presos el maestre de Avis y el prior de S. Juan, alegria falsa, y que muy en breve se trocó en dolor y pena, porque se supo de cierto que los Portugueses en la ciudad de Coimbra habian alzado los estandartes reales por el maestre de Avis, que era meter las mayores prendas y empeñarse del todo para no volver atrás.

El caso pasó en esta guisa. Juntáronse en aquella ciudad las cabezas de los alzados para acordar lo que se debia hacer en aquella guerra. Concordaban todos en que para hacer rostro á los intentos de Castilla les era necesario tener cabeza, algun valeroso capitan que acaudillase el pueblo, ca muchedumbre sin órden es como cuerpo sin alma. Añadian que para mayor autoridad de mandar y vedar, y para que todos se sujetasen, y aun para que él mismo se animase mas, y con mayor brio entrase en la demanda, era forzoso dalle nombre de rey. Alegaban que la república da la potestad real, y por el mismo caso, cuando le cumpliere, la puede quitar y nombrar nuevo rey: muchos y muy claros ejemplos, tomados de la memoria de los tiempos en confirmacion desto, el derecho que la naturaleza y Dios da á todos de procurar la libertad y esquivar la servidumbre: sobre todo que si los contrarios confiaban en su derecho y razon, por qué causa á tuerto fueron los primeros á tomar las armas? que á ninguno es defendido valerse de la fuerza contra los que le hacen agravio: no faltaban letrados que todo esto lo fundaban en derecho con muchas alegaciones de leyes divinas y humanas.

La grandeza del negocio y la dificultad espantaba: por donde algunos eran de parecer no quitasen el reino á doña Beatriz, pues seria cosa inhumana privalla de la herencia de su padre, temeridad irritar las fuerzas de Castilla, locura confiar de sí demasiado y no medirse con la razon. Que los enemigos ántes de venir á las manos y de ensangrentarse saldrian á cualquier partido: las haciendas (1), las vidas y la libertad quedaria en mano del vencedor. Por conclusion que era prudencia acordarse de los temporales que corrian, y medirse con las fuerzas, desear lo mejor, y con paciencia acomodarse al estado presente. No faltaban en la junta votos en favor del infante don Juan, bien que en Toledo arrestado. Decian se debia tratar de su libertad, alegaban el comun acuerdo pasado: qué otra cosa significaban aquellos estandartes? qué cosa se ofrecia de nuevo para mudar lo acordado una vez? pero este parecer comunmente desagradaba: á qué propósito hacer rey al que ni los podia gobernar, ni acudilles en aquel peligro, no ser ayuda, sino solo causa de guerra? Con tanto mayor voluntad acudieron los votos al maestre de Avis que presente estaba, y de cuyo valor y maña todos mucho se pagaban.

En S. Francisco de Coimbra, do se tenia aquella junta, le alzaron por rey á los cinco de abril con aplauso general de todos los que presentes se hallaron. Los mismos que sentian diversamente, eran los primeros á besalle la mano y hacelle todo homenage para mostrarse leales, y que aprobaban su eleccion. Publicaban que las estrellas del cielo y las profecías favorecian aquella eleccion, en particular que un infante de ocho meses al principio destas revueltas en Ebora se levantó de la cuna, y por tres veces en alta voz dijo: don Juan rey de Portugal. Lo cual interpretaban en derecho de su deudo del maestre de Avis: que así suelen los hombres favorecer sus aficiones, y por decir mejor, soñar lo que desean. Los Portugueses como tan empeñados en aquel negocio que no podia ser mas, desde aquel dia en adelante tomaron las armas con mayor brio y tanto mayor esperanza de salir con su intento

(1) Antes de estar en pacifica posesion de Portugal confiscó lo bienes des los levantados.

cuanto menos les quedaba de ser perdonados, y aun muchos se movian por el deseo natural que todos los hombres tienen de cosas nuevas y enfado de lo presente. La comarca de Portugal, que está entre Duero y Miño, muy en breve se declaró por el nuevo rey, unos se le allegaban por fuerza, los mas de su voluntad.

Enturbióse esta alegria con la armada de Castilla que del Andalucía y de Vizcaya aportó á las marinas de Portugal, y se presentó delante la ciudad de Lisboa; con que los Castellanos quedaron señores de la mar, y corrian aquellas riberas y los campos comarcanos sin contradiccion: cosa que mucho enfrenó la alegria y los brios de los Portugueses. Hallábase el rey de Castilla en Córdova: dende al principio del estio envió la reina su muger á Avila, pues no podia ser de provecho por tenelle la gente perdido todo respeto, y para que no embarazase. A la misma sazon, y á los primeros de julio, buen golpe de gente debajo la conducta de don Pedro Tenorio arzobispo de Toledo y por órden del rey por la parte de Ciudad-Rodrigo hizo entrada, y rompió por la comarca de Viséo con gran daño de los naturales, talas, robos, deshonestidades que cometian los soldados sin perdonar á doncellas ni casadas. Verdad es que á la vuelta cargó sobre ellos gente de Portugal, que los desbarataron y quitaron toda la presa con muerte de muchos dellos.

De pequeños principios se suelen trocar las cosas en la guerra y aun los ánimos: fué así que los Portugueses con este buen suceso se animaron mucho para hacer rostro en todas partes. En diversos lugares á un mismo tiempo tenian encuentros, en que ya vencian los unos, ya los otros; pero de cualquier manera todo redundaba en daño de los naturales, y principalmente de la gente del campo: los unos y los otros comian á discrecion; que era un miserable estado y avenida de males. Juntóse el ejército de Castilla en Ciudad-Rodrigo ya que el estío estaba adelante: solo faltaba el infante don Carlos hijo del rey de Navarra, que se decia allegaría muy en breve acompañado de mucha y muy buena gente. Consultaron en que manera se haria la guerra. Los pareceres eran diferentes como siempre acontece en cosas grandes. Los mas cuerdos querian se escusase la batalla: que seria acertado dar lugar á que el furor de los rebeldes se amansase, y tiempo para que volviesen sobre sí. Decian que los buenos intentos y la razon se fortifica con la tardanza, y por el contrario los malos se enflaquecen. Que para domar á Portugal y sujetalle seria muy á propósito dalles una larga guerra, talalles los campos, quemalles las mieses, y repartir por todas partes guarniciones de soldados. Añadian que no debian mucho confiar en sus fuerzas por ser los capitanes que al presente tenian, gente moza, poco pláticos, y de poca experiencia, por la muerte de los que faltaron en el cerco de Lisboa, que era la flor de la milicia, ademas de la falta de dinero para hacer las pagas, y de la poca salud que el rey de ordinario tenia, que en ninguna manera debia entrar en tierra de enemigos, ni hallarse á los peligros y trances dudosos de la guerra, pues de su vida y salud dependian las esperanzas de todos, el bien público y particular.

Esto decian ellos, cuyo parecer el tiempo y suceso de las cosas mostró era muy acertado; pero prevaleció el voto de los que como mozos tenian mas caliente la sangre, por ser de mas reputacion: personas que con muchas palabras engrandecian las fuerzas de Castilla y abatian las de los contrarios como de canalla y gente allegadiza, y que tenia mas nombre de ejército que fuerzas bastantes. Que convenia apresurarse porque con el tiempo no cobrasen fuerzas, y se arraigasen en guisa que la llaga se hiciese incurable. Sobre todo que seria inhumanidad desamparar los que en Portugal seguian su voz, las plazas que se tenian por ellos, y las guarniciones de soldados que las guardaban. A este parecer se arrimó el rey, si bien el contrario era mas prudente y mas acertado. En muchas cosas se cegaron los de Castilla en esta demanda: permision de Dios para castigar por esta manera los pecados y la soberbia de aquella gente. Debieran por lo menos esperar los socorros que de Navarra les venian con su caudillo el infante don Carlos.

Tomada esta resolucion, partieron de Ciudad-Rodrigo, y en aquella parte de Portugal que se llama Vera, se pusieron sobre Cillorico y le rindieron. Pasaron adelante, quemaron los arrabales de Coimbra, y intentaron de tomar á Leyria que se tenia por la reina de Portugal doña Leonor. Durante el cerco de Cillorico, el rey con el cuidado en que le ponia su poca salud, los trabajos y peligros de la guerra, otorgó su testamento á los veinte y uno de julio. En él mandó que los señorios de Vizcaya y de Molina herencia de su madre quedasen para siempre vinculados y fuesen de los hijos mayores de los reyes de Castilla. Nombró seis personages por tutores de su hijo y heredero don Enrique, doce gobernadores del reino

durante su menoridad. De la reina su suegra, y de los infantes de Portugal don Juan y don Donís, de los hijos del rey don Pedro, y del hijo de don Fernando de Castro, que tenia en Castilla presos, mandó se hiciese lo que fuese justicia. Si los pretendia perdonar, si castigallos, la brevedad de su vida no dió lugar á que se averiguase. Otras muchas cosas dejó dispuestas en aquel testamento, que por hacelle arrebatadamente fueron adelante ocasion de alborotos y diferencias asáz.

Los Portugueses con su campo eran llegados á Tomar, resueltos de arriscarse y probar ventura. Los Castellanos asimismo pasaron adelante en su busca. Diéronse vista como á la mitad del camino, en que los unos y los otros hicieron sus estancias y se fortificaron, los Portugueses en lugar estrecho que tenia por frente un buen llano, y á los lados sendas barrancas bien hondas que aseguraban los costados: los de á caballo eran en número dos mil y docientos, los peones diez mil: los Castellanos como quier que tenian mucha mas gente, asentaron á legua y media de un gran llano descubierto por todas partes. Su confianza era de suerte que sin dilacion la misma vigilia de la Asuncion se adelantaron puestas en órden sus haces para presentar al enemigo la batalla. El rey de Castilla iba en el cuerpo de la batalla, los costados quedaron á cargo de algunos de los grandes que le acompañaban, los cuales al tiempo del menester y de las puñadas no fueron de provecho por la disposicion del lugar. Don Gonzalo Nuñez de Guzman maestre de Alcántara quedó de respeto con golpe de gente, y órden que por ciertos senderos tomase á los enemigos por las espaldas. Pretendian que ninguno pudiese escapar de muerto ó de preso: grande confianza, y desprecio del enemigo demasiado y perjudicial.

Los Portugueses se estuvieron en su puesto para pelear con ventaja; y por la estrechura, de toda su gente formaron dos escuadrones: en la avanguardia iba por caudillo Nuño Alvarez Pereyra ya condestable de Portugal, nombrado por su rey en los mismos reales para obligalle mas á hacer el deber; del otro escuadron se encargó el mismo rey. Adelantáronse de ambas partes con muestra de querer cerrar; repararon empero los Portugueses á tiro de piedra por no salir á lo raso. Entonces el nuevo condestable pidió habla á los contrarios con muestra de mover tratos de paz. Sospechóse tenia otro en el corazon, que era entretener y cansar para aprovecharse mejor de los enemigos, porque si bien se enviaron personas principales para oirle y comunicar con él, ningun efecto se hizo mas de gastar el tiempo en demandas y respuestas.

En este medio entre los capitanes y personages de Castilla se consultaba si darian la batalla, si la dejarian para otro dia. Los mas avisados y recatados no querian acometer al enemigo en lugar tan desaventajado, sino salir á campo raso y igual. Los mas mozos con el orgullo que les daba la edad y la poca experiencia, no reparaban en dificultad alguna, todo lo tenian por llano, y aun pensaban que como con redes tenian cercados á los enemigos para que ninguno se salvase. Será bien no pasar en silencio el razonamiento muy cuerdo que hizo Juan de Ria natural de Borgoña, el cual como embajador que era del rey de Francia, viejo de setenta años, de grande prudencia y autoridad seguia los reales y el campo de Castilla. Preguntado pues su parecer, habló en esta sustancia: «Al huésped y extrangero, cual yo »soy, mejor le está oir el parecer ageno que hablar; mas por ser mandado diré lo que siento »en este caso: holgaria agradar y acertar: donde no, pido el perdon debido á la aficion »y amor que yo tengo á la nacion Castellana, y tambien á esta edad, que suele estar libre »de altivez y sospecha de liviandad; que por haberla gastado en todas las guerras de Francia, »me ha enseñado por experiencia que ningun yerro hay tan grave en la guerra como el que »se comete en ordenar el ejército para la batalla. Porque saber elegir el tiempo y el lugar, »disponer la gente por órden y concierto, y fortificalla con competente socorro es oficio de »grandes capitanes. Mas victorias han ganado el ardid y maña que no las fuerzas. Nuestros »enemigos, aunque menos en número, y de ningun valor como algunos ántes de mí con muchas palabras han querido dar á entender, están bien pertrechados y se aventajan en el »puesto: por la misma razon los cuernos de nuestro ejército serán de ningun provecho, ya »es tarde y poco queda del dia. Los soldados están cansados del camino, de estar tanto »tiempo en pie, del peso de las armas, flacos, sin comer ni beber por estar los reales tan »lejos. Por todo esto mi parecer es que no acometamos, sino que nos estemos quedos: si los »enemigos nos acometieren, pelearemos en campo abierto; si no se atrevieren, venida la noche, los nuestros se repararán de comida, los contrarios, muchos de necesidad desampararán el campo por venir de rebato, sin mochila y sustento mas de para el presente dia.

»De noche no tendrán empacho de huir, de dia temerán ser notados de cobardes. Yo apa»rejado estoy de no ser el postrero en el peligro, cualquier parecer que se tome; pero sino se »pone freno á la osadía (Dios quiera que me engañe mi pensamiento), témome que ha de ser »cierto nuestro llanto y perdicion, y la afrenta tal que para siempre no se borrará.»

Al rey pareciale bien este consejo; mas algunos señores mozos, orgullosos, sin sufrir dilacion, ántes de tocar al arma acometieron á los enemigos, y los embistieron con gran corage y denuedo. Acudieron los demas por no los desamparar en el peligro. La batalla se trabó muy reñida, como en la que tanto iba. A los Castellanos encendia el dolor y la injuria de habelles quitado el reino: á los Portugueses hacia fuertes el deseo de la libertad, y tener por mas pesado que la muerte estar sujetos al rey de Castilla y á sus gobernadores. Los unos peleaban por quedar señores, los otros por no ser esclavos. Volaron primero los dardos y jaras, tras estos vinieron á las espadas: derramábase mucha sangre; peleaban los de á caballo mezclados con los de á pie sin que se mostrase nadie cobarde ni temeroso; defendian todos con esfuerzo el lugar que una vez tomaron, con resolucion de matar ó morir. El rey de Castilla por su poca salud en una silla en que le llevaban en hombros á vista de todos, animaba á los suyos. El primer batallon de los enemigos comenzó á mostrar flaqueza y ciaba: queria ponerse en huida, cuando visto el peligro, el de Portugal hizo adelantar el suyo diciendo á grandes voces entre los escuadrones: «Aquí está el rey: á do vais soldados? qué »causa hay de temer? Por demas es huir, pues los enemigos os tienen tomadas las espaldas: »esperanza de vida no la hay sino en la espada y valor. Estais olvidados que peleais por el »bien de vuestra patria? por la libertad, por vuestros hijos y mugeres? Vuestros enemigos »solo el nombre traen de Castilla, no el valor, que éste perdióse el año pasado con la peste. »No podreis resistir á los primeros ímpetus de los bisoños, que traen no armas, no fuerzas, »sino despojos que dejaros? Poned delante los ojos el llanto, la afrenta y calamidades que de »necesidad vendrán sobre los vencidos, y mirad que no parezca me habeis querido dar la »corona de rey para afrentarme, para burla, y para escarnio.»

Volvieron sobre sí los soldados animados con tales razones, acudieron á sus banderas y á ponerse en órden, con que dentro de poco espacio se trocó la suerte de la batalla. Los capitanes de Castilla fueron muertos á vista de su propio rey sin volver atrás, la demas gente como la que quedaba sin capitanes y sin gobierno, murieron en gran número. El rey por no venir á manos de sus enemigos subió de presto en un caballo, y salióse de la batalla: tras él los demas se pusieron en huida: fué grande la matanza, ca llegaron á diez mil los muertos, y entre ellos los que en valor y nobleza mas se señalaban. Don Pedro de Aragon hijo del condestable, don Juan hijo de don Tello, don Fernando hijo de don Sancho, ámbos primos hermanos del rey: Diego Manrique adelantado de Castilla, el mariscal Carrillo, Juan de Tovar almirante del mar, que en lugar de su padre poco ántes le habia dado aquel cargo; y dos hermanos de Nuño Pereyra Pedro Alvarez de Pereyra maestre de Calatrava y don Diego, que siguieron el partido y bando de Castilla: ultra destos Juan de Ria el embajador del rey de Francia, indigno por cierto de tal desastre, y que causó grande lástima: hoy de sus decendientes y apellido en Borgoña viven muchos y muy nobles y ricos personages. Muchos se salvaron ayudados de la escuridad de la noche, que sobrevino y cerró poco despues de la pelea. Destos unos se recogieron al escuadron del maestre de Alcántara, que sin embargo de la rota tuvo fuerte por un buen espacio. Otros se encaminaron á don Cárlos hijo del rey de Navarra, que entrára en son de guerra por otra parte de Portugal, por no poderse hallar, ni allegar ántes que se diese la batalla: los mas de la manera que pudieron, sin armas y sin órden se huyeron á Castilla. No costó á los Portugueses poca sangre la victoria: no falta quien escriba faltaron dos mil de los suyos.

El rey de Castilla, sacadas fuerzas de flaqueza, sin tener cuenta con su poca salud, por la fuerza del miedo caminó toda la noche sin parar hasta Santarén, que dista por espacio de once leguas. De allí el dia siguiente en una barca por el rio Tajo se encaminó á su armada que tenia sobre Lisboa, y en ella alzadas las velas se partió sin dilacion. Llegó á Sevilla cubierto de luto y de tristeza (2): trage que continuó algunos años. Recibióle aquella ciudad con lagrimas mezcladas en contento: que si bien se dolian de aquel revés tan grande, holgaban de ver a su rey libre de aquel peligro. Esta fué aquella memorable batalla en que los Portugueses triunfaron de las fuerzas de Castilla, que llamaron de Aljubarrota porque se

(2) Vistió luto cerca de año y medio, y mandó que hicieran lo mismo sus vasallos.

dió cerca de aquella aldea, pequeña en vecindad, pero muy celebrada y conocida por esta causa. Los Portugueses cada un año celebraban con fiesta particular la memoria deste dia con mucha razon: el predicador desde el púlpito encarecia la afrenta y la cobardia de los Castellanos; por el contrario el valor y las proezas de su nacion con palabras á las veces no muy decentes á aquel lugar: acudia el pueblo con grande risa y aplauso, regocijo y fiesta mas para teatro y plaza que para iglesia: exceso en que todavia merecen perdon por la libertad de la patria que ganaron, y conservaron con aquella victoria.

Los de Castilla se escusan comunmente, y dicen que la causa de aquel desman no fué el esfuerzo de los contrarios, no su valentía, sino el cansancio y hambre de los suyos por comenzar tan tarde la pelea: otros pretenden fué castigo de Dios (contra el cual no hay fuerzas bastantes) que tomó de los que despojaron el santuario muy devoto de Guadalupe: quieren decir que aquella sagrada vírgen volvió por esta manera por su casa. Despues desta victoria todo Portugal se allanó al vencedor. Santarén y Berganza, y otros muchos pueblos y fuerzas cual por armas, cual de grado se rindieron; con que el nuevo rey entabló su juego de guisa que el reino que adquirió con poco derecho, le dejó firme y estable á sus sucesores: tanto puede y vale una buena cabeza, y en el aprieto una buena determinacion. Estuvo á esta sazon muy doliente el rey de Aragon en Figueras. Su edad, que estaba adelante, y los trabajos continuos le tenian quebrantado. Desque convaleció se mostró torcido con su hijo el infante don Juan. El pueblo cargaba á la reina, que tenia gran parte en estos desabrimientos, hasta persuadirse tenia enhechizado y fuera de sí á su marido.

El hijo mal contento se salió de la corte: llamó en su favor y del conde de Ampurias despojado gente de Francia, que fué nueva ofensa. El rey por esto le quitó la procuracion y gobernacion del reino que solian tener los hijos herederos de aquellos reyes. En Aragon, segun que de suso queda dicho, de tiempo antiguo tienen un magistrado y juez que llaman el justicia de Aragon, para defensa de sus libertades y fueros, y para enfrenar el poder y desaguisados que hacen los reyes, á la manera que en Roma los tribunos del pueblo defendian



Guardias municipales de Barcelona en esta época, tomados de un retablo gótico de la catedral de aquella ciudad.

y amparaban los particulares de cualquier demasía y insolencia. Hizo pues el infante recurso al justicia para que le desagraviase de las injurias y injusticias que le hacian el rey al descubierto, y de callada la reina. El justicia le amparó como á despojado violentamente en la posesion de aquel oficio y preeminencia hasta el conocimiento de la causa: debate que tuvo principio el año presente, y se concluyó el siguiente. Volvamos á tratar lo que sucedió en Castilla y en Portugal despues de aquella memorable y famosa jornada.

CAPITULO X.

Que los Portugueses hicieron entrada en Castilla.

Nueva causa de temor y de cuidado, sobre las pérdidas pasadas y el sentimiento muy grande, sobrevino al rey de Castilla y á los suyos: muestra de las alteraciones á que están sujetas todas las cosas debajo del cielo, y argumento de que las adversidades no paran en poco, de un mal se tropieza en otro sin poderse reparar. Los Portugueses como hombres denodados que son, resueltos de ejecutar la victoria, y seguir su buena ventura, acordaron lo primero de enviar una solemne embajada á Ingalaterra para hacer liga con el duque de Alencastre, pretensor antiguo de la corona de Castilla por via de su muger. Que las fuerzas de Castilla con dos pérdidas muy grandes y juntas, quedaban quebrantadas, los ánimos otro que tal, muy flacos, y muy caidos: que si juntaba sus fuerzas con las de Portugal, podia tener por muy segura la victoria, y por concluida su pretension. Entretanto que andaban estas tramas y se sazonaban, por no estar ociosos, y no dar lugar á los contrarios de rehacerse y alentarse, acordaron otrosí de continuar la guerra; el nuevo rey de Portugal para sujetar lo que restaba, correr por todo el reino las reliquias y restante de los Castellanos, como lo hizo muy cumplidamente. Su condestable Nuño Pereyra con buen número de gente rompió por las tierras del Andalucía haciendo correrías, mal y daño, presas por todas partes.

Salieron al encuentro Pero Muñiz maestre de Santiago, y Gonzalo Nuñez de Guzman que ya era maestre de Calatrava, y el conde de Niebla, y con lo que quedaba de la pérdida pasada, encerraron á los enemigos que traian menos gente, y los cercaron como con redes cerca de un lugar llamado Valverde. Ellos visto su peligro, comenzaron á temer y pedir partido; mas tambien la fortuna aqui les favoreció por un caso no pensado, que al principio de la refriega mataron el caballo al maestre de Santiago y despues á él mismo. Por tanto atemorizados los demas rehusaron la pelea como cosa desgraciada, y los Portugueses se volvieron sin daño á su tierra, alegres y ricos con la presa que llevaban. Al condestable Nuño Pereyra por sus buenos servicios le dió el nuevo rey el condado de Barcelos. En lugar de Pero Muñiz hizo el rey de Castilla maestre de Santiago á Garci Fernandez de Villagarcía.

Restaba la guerra que amenazaba de parte de los Ingleses, que ponia al rey de Castilla en mayor cuidado de como se defenderia. Vínose de Sevilla á Valladolid para hacer cortes. El deseo de venganza y reputacion suele calmar en semejantes aprietos: acudió don Carlos hijo del rey de Navarra, principe valeroso, y agradecido para con su cuñado. Acordaron que se hiciesen de nuevo levas de gente en mayor número que hasta allí, que se armasen los vasallos conforme á la posibilidad de cada cual: que se hiciesen rogativas para aplacar á Dios en lugar del luto que traia el rey y le templó á suplicacion de las cortes: que dentro y fuera del reino procurasen ayudas, y tambien dinero, de que padecian gran falta. Para esto juzgaban que en Francia tendrian muy cierto el favor y amparo. Despacharon embajadores, personas muy nobles, sobre esta razon.

Llegados al principio del año de 1386, en París delante del rey y sus grandes con palabras lastimosas declararon el trabajo de su patria: que demas de los daños pasados, tales y tan grandes, de Ingalaterra se les armaba de nuevo otra tempestad, á la cual si á los principios no se atajaba, á manera de fuego que de una casa salta en otras, primero abrasada toda España, pasaria dende á Francia: que les pesaba mucho de estar reducidos á tal término que fuesen compelidos á serles tantas veces cargosos sin merecerlo sus servicios, que confesaban ser ningunos, ó cortos por no dar lugar á ello los tiempos: que tenian en la memoria que don Enrique su señor adquirió aquel reino con las fuerzas de Francia: la mer-

ced hecha al padre era justo continualla en su hijo, y pensar que desta guerra no dependia sola la reputacion y autoridad, sino la libertad, la vida y todo su estado, de que sin duda, si fuesen vencidos, serian despojados.

Los grandes de Francia que presentes se hallaron, con su acostumbrada nobleza todos muy de corazon y voluntad consultados respondieron que se debia dar el socorro que aquel rey su aliado y amigo pedia; en particular acordaron que fuese de dos mil caballos, y por capitan dellos Luis de Borbon tio del rey de Francia de parte de madre, y cien mil florines para las primeras pagas. Añadieron que si este socorro no bastase para la presente necesidad, prometian que el mismo rey en persona acudiria con todas las fuerzas y poderes de Francia, y tomaria á su cargo la querella. El pontifice Clemente eso mismo desde Aviñon escribió al rey don Juan una carta en que le consolaba con razones y ejemplos tomados de los libros sagrados y de historias antiguas. Don Pedro conde de Trastamara primo hermano del rey, que se pasára en tiempo de la guerra de Portugal del ejército real á Coimbra, y de allí á Francia, volvió á esta sazon á España ya perdonado. Poca ayuda era toda esta por estar ya las fuerzas apuradas: la tardanza de los Ingleses dió entonces la vida; con que la llaga se iba sanando. El rey de Portugal se armó de nuevo, y puso cerco sobre Coria: no la pudo ganar á causa que le entró gente de socorro; solo volvió á su reino cargado de despojos.

En Segovia se tornaron á juntar cortes de Castilla á propósito de dar órden en las derramas (1) que convenian hacerse para recoger dinero. En estas cortes publicó el rey un escrito en forma de ley, en que pretende animar y unir sus vasallos para tomar las armas en su defensa, y deshacer la pretension del duque de Alencastre. Entre otras razones que alega, una es la violencia de que usó el rey don Sancho el Bravo contra sus sobrinos los hijos del infante don Fernando: el deudo que el mismo tenia con su muger, en que en su vida nunca fué dispensado: la ilegitimidad de las hijas del rey don Pedro, como habidas en su combleza durante el matrimonio de la reina doña Blanca: por el contrario funda su derecho en el consentimiento del pueblo, que dió la corona á su padre, y en la sucesion de los Cerdas despojados á tuerto. La verdad era que la reina su madre fué nieta de don Fernando de la Cerda hijo menor del infante don Fernando, y nieto del rey don Alonso el Sabio, y por muerte de otros deudos quedó sola por heredera de sus estados y acciones. No debió de hacer cuenta de don Alonso de la Cerda hijo mayor del dicho infante, ni de su sucesion por la renunciacion que él mismo los años pasados hizo de sus derechos y acciones.

Aceptó el de Alencastre el partido que de Portugal le ofrecian, resuelto de aprovecharse de la ocasion que el tiempo le presentaba: intentó pasar por Aragon, y el de Castilla desque lo supo, de impedillo; sobre lo cual de entrambas partes se enviaron embajadores á aquel rey. Despedido pues de tener aquel paso, en una armada pasó de Ingalaterra á España. Aportó á la Coruña á los veinte y seis de julio. Entró en el puerto, en que halló y tomó seis galeras de Castilla: el pueblo no le pudo forzar á causa que el gobernador que allí estaba, por nombre Fernan Perez de Andrada natural de Galicia le defendió con mucho valor y lealtad. Eran los Ingleses mil y quinientos caballos, y otros tantos arqueros (ca los Ingleses son muy diestros en flechar) poca gente, pero que pudiera hacer grande efecto si luego se juntaran con la de Portugal. Los dias que en aquel cerco de la Coruña se entretuvieron, fueron de gran momento para los contrarios, si bien ganaron algunos pueblos en Galicia: la misma ciudad de Santiago, cabeza de aquel estado y reino, se les rindió; si por temor no la forzasen, si por deseo de novedades, no se puede averiguar. Lo mismo hicieron algunas personas principales de aquella tierra; que se arrimaron á los Ingleses. Tenian por cierta la mudanza del príncipe y del estado, y para mejorar su partido acordaron adelantarse y ganar por la mano: traza que á unos sube y á otros abaja.

El de Alencastre á ruegos del Portugués pasó finalmente á Portugal. Echó anclas á la boca del rio Duero. Tuvieron los dos habla en aquella ciudad de Portu, en que trataron á la larga de todas sus haciendas. Venian en compañia del duque su muger doña Costanza y su hija doña Catalina, y otras dos hijas de su primer matrimonio, Philipa y Isabel. Acordaron para hacer la guerra contra Castilla de juntar en uno las fuerzas: que ganada la victoria, de que no dudaban, el reino de Castilla quedase por el inglés que ya se intitulaba rey; para

(1) Tambien se ordenó castigo contra los que hiciesen correr malas nuevas, y hablasen sin respeto de las personas reales, permitiendo á las justicias abrir las cartas para averiguar los autores sediciosos.

el Portugués en recompensa de su trabajo señalaron ciertas ciudádes y villas: mostrábanse liberales de lo ageno, y ántes de la caza repartian los despojos de la res. Para mayor seguridad y firmeza de la alianza concertaron que doña Philipa casase con el nuevo rey de Portugal, á tal que el pontífice Urbano dispensase en el voto de castidad, con que aquel príncipe se ligára como maestre de Avis á fuer de los caballeros de Calatrava. Grande torbellino venia sobre Castilla, en gran riesgo se hallaba: los santos sus patrones le ampararon; que fuerzas humanas ni consejo en aquella coyuntura no bastáran.

Hallábase el rey de Castilla en Zamora ocupado en apercebirse para la defensa, acudia á todas partes con gente que le venia de Francia y de Castilla: publicó un edicto en que daba las franquezas de hidalgos á los que á sus expensas con armas y caballo sirviesen en aquella guerra por espacio de dos meses: notable aprieto. A don Juan García Manrique arzobispo de Santiago despachó con buen número de soldados para que fortaleciesen á Leon, ca cuidaban que el primer golpe de los enemigos seria contra aquella ciudad por estar cerca de lo que los Ingleses dejaron ganado. Todo sucedió mejor que pensaban. El aire de aquella comarca no muy sano, y la destemplanza del tiempo sujeto á enfermedades, fué ocasion que la tierra probase á los estraños, de guisa que de dolencias se consumió la tercera parte de los Ingleses. Además que como salian sin órden y desbandados á buscar mantenimientos y forrage, los villanos y naturales cargaban sobre ellos y los destrozaban; que fué otra segunda peste no menos brava que las dolencias.

Así se pasó aquel estío sin que se hiciese cosa alguna señalada, mas de que entre los príncipes anduvieron embajadas. El Inglés con un rey de armas envió á desafiar al rey de Castilla, y requerille le desembarazase la tierra, y le dejase la corona que por toda razon le tocaba. El de Castilla despachó personas principales, uno era Juan Serrano prior de Guadalupe (ya aquella santa casa era de Gerónimos) para que en Orense do el duque estaba, le diesen á entender las razones en que su derecho estrivaba. Hicieron ellos lo que les fué ordenado. La suma era que doña Costanza su muger era tercera nieta del rey don Sancho, que se alzó á tuerto con el reino contra su padre don Alonso el Sabio; por lo cual le echó su maldicion como á hijo rebelde, y le privó del reino, que restituyó á los Cerdas, cuya era la sucesion derechamente, y de quien decendia el rey su señor. Otras muchas razones pasaron. No se trató de doña María de Padilla, ni de su casamiento, creo por huir la nota de bastardía que á entrambas las partes tocaba. Repiquetes de broquel para en público; que de secreto el prior de parte de su rey movió otro partido mas aventajado al duque, de casar su hija y de doña Costanza con el infante don Enrique que por este camino se juntaban en uno los derechos de las partes: atajo para sin dificultad alcanzar todo lo que pretendian, que era dejar á su hija por reina de Castilla. No desagradó al Inglés esta traza, que venia tan bien y tan á cuento á todos, si bien la respuesta en público fué que á menos de restituille el reino, no dejaria las armas, ni daria oido á ningun género de concierto: aun no estaban las cosas sazonadas.

CAPITULO XI.

Como fallecieron tres reyes.

En este estado se hallaban las cosas de Castilla, para caidas y tantos reveses tolerable. El ver que se entretenian, y los males no los atropellaban en un punto, de presente los consolaba, y la esperanza para adelante de mejorar su partido hacia que el enemigo ya no les causase tanto espanto. A esta sazon en lugares asáz diferentes y distantes casi á un mismo tiempo sucedieron tres muertes de reyes todos príncipes de fama. En Hungría dieron la muerte á Carlos rey de Nápoles á los cuatro de junio con una partesana que le abrió la cabeza. El primer dia de enero luego siguiente, principio del año 1387, falleció en Pamplona don Cárlos rey de Navarra, segundo deste nombre, bien es verdad que algunos señalan el año pasado; mas porque concuerdan en el dia, y señalan nombradamente que fué martes, será forzoso no los creamos. Su cuerpo sepultaron en la iglesia mayor de aquella ciudad.

Cuatro dias despues pasó otrosí desta vida en Barcelona el rey de Aragon don Pedro, cuarto deste nombre: su edad de setenta y cinco años; dellos reinó por espacio de cincuenta y un años menos diez y nueve dias. Era pequeño de cuerpo, no muy sano, su ánimo muy vivo, amigo de honra y de representar en todas sus cosas grandeza y magestad, tanto que

le llamaron el rey don Pedro el Ceremonioso. Mantuvo guerra á grandes príncipes sin socorro de extraños solo con su valor y buena maña: en llevar las pérdidas y reveses daba clara muestra de su grande ánimo y valor. Estimó las letras y los letrados; aficionóse mas particularmente á la astrologia y á la alquimia, que enseña la una á adevinar lo venidero, la otra mudar por arte los metales, si las debemos llamar ciencias y artes, y no mas aina embustes de hombres ociosos y vanos. Sepultáronle en Barcelona de presente: de allí le trasladaron á Poblete, segun que lo dejó mandado en su testamento.

Al rey de Nápoles acarreó la muerte el deseo de ensanchar y acrecentar su estado. Los principales de Hungría por muerte de Luis su rey le convidaron con aquella corona como al deudo mas cercano del difunto: acudió á su llamado. La reina viuda le hospedó en Buda magníficamente; las caricias fueron falsas, porque en un banquete que le tenia aparejado, le hizo alevosamente matar: tanto pudo en la madre el dolor de verse privada de su marido, y á su hija María excluida de la herencia de su padre. De su muger Margarita, cuya hermana Juana casó con el infante de Navarra don Luis, segun que de suso queda apuntado, dejó dos hijos, á Ladislao y á Juana reyes de Nápoles uno en pos de otro, de que resultaron en Italia guerras y males: el hijo era de poca edad, la hija muger, y de poca traza.

El de Navarra de dias atrás estaba doliente de lepra; corrió la fama que murió abrasado: usaba por consejo de médicos de baños y fomentaciones de piedra zufre: cayó acaso una centella en los lienzos con que le envolvian: emprendióse fuego, con que en un punto se quemaron las cortinas del lecho y todo lo al. Dióse comunmente crédito á lo que se decia en esta parte, por su vida poco concertada, que fué cruel, avaro, y suelto en demasia en los apetitos de su sensualidad. Su hija menor por nombre doña Juana ya el setiembre pasado era ida por mar á verse con su esposo Juan de Monforte duque de Bretaña. Tuvo esta señora noble generacion, cuatro hijos, sus nombres Juan, Artus, Guillelmo, Ricardo, y tres hijas. Sucedió en la corona de Navarra el hijo del difunto, que se llamó asimismo don Carlos, casado con hermana del rey de Castilla y amigo suyo muy grande. Con la nueva de la muerte de su padre de Castilla se partió á la hora para Navarra, y hechas las exequias al difunto, y tomada la corona, hizo que en las cortes del reino declarasen al papa Clemente por verdadero pontífice, que hasta entonces á ejemplo de Aragon se estaban neutrales sin arrimarse á ninguna de las partes.

Los maliciosos, como es ordinario en todas los cosas nuevas, y el vulgo que no perdona nada ni á nadie, sospechaban y aun decian que en esta declaracion se tuvo mas cuenta con la voluntad de los reyes de Francia y de Castilla, que con la equidad y razon. El rey de Castilla asímismo en gracia del nuevo rey, y por obligalle mas, quitó las guarniciones que tenia de Castellanos en algunas fortalezas y plazas de Navarra en virtud de los acuerdos pasados; y para que la gracia fuese mas colmada, le hizo suelta de gran cantía de moneda que su padre le debia: obras de verdadera amistad. Con que alentado el nuevo rey volvió su ánimo á recobrar de los reyes de Ingalaterra y de Francia muchas plazas que en Normandía y en otras partes quitaron á tuerto á su padre. Acordó enviar al uno y al otro embajadas sobre el caso. Podíase esperar cualquier buen suceso por ser ellos tales que á porfía se pretendian señalar en todo género de cortesía y humanidad: contienda entre príncipes la mas honrosa y real. Ademas que la nobleza del nuevo rey, su liberalidad, su muy suave condicion, junto con las demas partes en que á ninguno reconocia ventaja prendaban los corazones de todo el mundo; en que se mostraba bien diferente de su padre. El sobrenombre que le dieron de Noble, es desto prueba bastante. En doña Leonor su muger tuvo las infantas Juana, Maria, Blanca, Beatriz, Isabel. Los infantes Carlos y Luis fallecieron de pequeña edad. Don Jofre, habido fuera de matrimonio, adelante fué mariscal, y marqués de Cortes, primera cepa de aquella casa. Otra hija por nombre doña Juana casó con Iñigo de Zúñiga caballero de alto linage.

En Aragon el infante don Juan se coronó asimismo despues de la muerte de su padre: fué príncipe benigno de su condicion y manso, si no le atizaban con algun desacato. No se halló al entierro ni á las honras de su padre, por estar á la sazon doliente en la su ciudad de Girona de una enfermedad que le llegó muy al cabo. Por lo mismo no pudo atender al gobierno del reino, que estaba asáz alborotado por la prision que hicieron en las personas de la reina viuda doña Sibyla, y de Bernardo de Forcia su hermano y de otros hombres principales que todos por miedo del nuevo rey se pretendian ausentar. A la reina cargaban de ciertos bebedizos, que atestiguaba dió al rey su marido un judio: testigo poco calificado

para caso y contra persona tan grave. Pusieron á cuestion de tormento á los que tenian por culpados, y como á convencidos los justiciaron. A la reina y á su hermano condenaron otrosí á tortura; mas no se ejecutó tan grande inhumanidad: solo la despojaron de su estado, que le tenia grande, y para sustentar la vida le señalaron cierta cantía de moneda cada un año.

Luego que el nuevo rey se coronó y entró en el gobierno, la primera cosa que trató, fué del scisma de los pontífices: así lo dejó su padre en su testamento mandado so pena de su maldicion, si en esto no le obedeciese. Hobo su acuerdo con los prelados y caballeros que juntos se hallaban en Barcelona: los pareceres fueron diferentes, y la cuestion muy reñida; finalmente se concertaron en declararse por el papa Clemente, como lo hicieron á los cuatro de febrero (1) con aplauso general de todos. Con esto casi toda España quedaba por él, en que su partido y obediencia se mejoró grandemente. Para todo fué gran parte la mucha autoridad y diligencia de don Pedro de Luna cardenal de Aragon y legado de Clemente en España, que para salir con su intento no dejó piedra que no moviese. Don Juan conde de Ampúrias era vuelto á Barcelona: asegurábale la estrecha amistad que tuvo con aquel rey en vida de su padre, la fortuna que corrió por su causa. Suelen los reyes poner en olvido grandes servicios por pequeños disgustos, y recompensar la deuda, en especial si es muy grande, con suma ingratitud. Echáronle mano y pusiéronle en prision: el cargo que le hacian, y lo que le achacaban, era que intentó valerse contra Aragon para recobrar su estado de las fuerzas de Francia: grave culpa, si ellos mismos á acometella no le forzaran.

Los alborotos de Cerdeña ponian en mayor cuidado: consultaron en que forma los podrian sosegar; ofrecíase buena ocasion por estar los Sardos cansados de guerras tan largas, y que deseaban y suplicaban al rey pusiese fin á tantos trabajos. Acordó el rey de enviar por gobernador de aquella isla á don Jimen Perez de Arenos su camarero. Llegado se concertó con doña Leonor Arborea en su nombre y de su hijo Mariano que tenia de su marido Brancaleon Doria, en esta forma: que el juzgado de Arborea les quedáse para siempre por juro de heredad: para los demas pueblos á que pretendian derecho, se nombrasen jueces á contento de las partes, con seguridad que estarian por lo sentenciado: los pueblos y fortalezas de que durante la guerra se apoderaron por fuerza, y en que tenian guarniciones, los restituyesen al patrimonio real y á su señorío. Firmaron las partes estas capitulaciones, con que por entonces se dejaron las armas, y se puso fin á una guerra tan pesada.

CAPITULO XII.

De la paz que se hizo con los Ingleses.

Las pláticas de la paz entre Castilla y Ingalaterra iban adelante, y sin embargo se continuaba la guerra con la misma porfía que ántes. Seiscientos Ingleses á caballo y otros tantos flecheros (que los demas de peste y de mal pasar eran muertos) se pusieron sobre Benavente. Los Portugueses eran dos mil de á caballo y seis mil de á pie. El gobernador que dentro estaba, por nombre Alvaro Osorio, defendió muy bien aquella villa, y aun en cierta escaramuza que trabó, mató gente de los contrarios. El rey de Castilla avisado por la pérdida pasada no se queria arriscar, ántes por todas las vias posibles escusaba de venir á batalla. El cerco con esto se continuaba, en que algunos pueblos de aquella comarca vinieron á poder de los enemigos. El provecho no era tanto cuanto el daño que hacia la peste en los estraños, y la hambre que padecian á causa que los naturales parte alzaron, parte quemaron las vituallas, vista la tempestad que se armaba. Por esto pasados dos meses en el cerco sin hacer efecto de mucha consideracion, juntos Portugueses é Ingleses por la parte de Ciudad-Rodrigo se retiraron á Portugal.

Los soldados aflojaban enfadados con la tardanza, y cansados con los males: olian otrosí que entre los príncipes se trataba de hacer paces, que les era ocasion muy grande para descuidar. Los mas deseaban dar vuelta á su tierra como es cosa natural, en especial cuando el fruto no responde á las esperanzas. Apretábase el tratado de la paz; que estas ocasiones: todas la facilitaban mas. Así el rey de Castilla por tener el negocio por acabado, despidió

(1) El reino de Aragon se declaró por dicho papa el 24 de febrero.

los socorros que le venian de Francia, y todavia si bien llegaron tarde, y fueron de poco provecho, les hizo enteramente sus pagas, parte en dinero de contado, que se recogió del reino con mucho trabajo, parte en cédulas de cambio. Despachó otrosí sus embajadores al inglés con poderes bastantes para concluir. Hallábase el duque en Troncoso, villa de Portugal. Allí recibió cortesmente los embajadores, y les dió apacible respuesta. A la verdad á todos venia bien el concierto: á los soldados dar fin á aquella guerra desgraciada para volverse á sus casas, al duque porque por medio de aquel casamiento que se trataba, hacia á su hija reina de Castilla, que era el paradero del debate y todo lo que podia desear. Asentaron pues lo primero que aquel matrimonio se efectuase: señalaron á la novia por dote á Soria, Atienza, Almazan y Molina: á la duquesa su madre dieron en el reino de Toledo á Guadalajara, y en Castilla á Medina del Campo y Olmedo: al duque quedaron de contar á ciertos plazos seiscientos mil florines por una vez; y por toda la vida suya y de la duquesa doña Costanza cuarenta mil florines cada un año. Esta es la suma de las capitulaciones y del asiento que tomaron.

Sintiólo el rey de Portugal á par de muerte, ca no se tenia por seguro si no quitaba la corona á su competidor: bufaba de corage y de pesar. Por el contrario el de Alencastre se tenia por agraviado dél, y se quejaba que ántes de venir la dispensacion hobiese consumado el matrimonio con su hija. Por esto, y para con mas libertad concluir y proceder á la ejecucion de lo concertado, de la ciudad de Portu se partió por mar para Bayona la de Francia mal enojado con su yerno. A la hora los pueblos de Galicia que se tenian por los Ingleses, con aquella partida tan arrebatada volvieron al señorío de su rey. Los caballeros otrosí que se arrimaron á ellos, alcanzado perdon de su falta, se redujeron, prestos de obedecer en lo que les fuese mandado. Sosegaron con esto los ánimos del reino: los miedos de unos, las esperanzas de otros se allanaron, trazas mal encaminadas sin cuento, finalmente una avenida de grandes males.

Hallábase el rey de Castilla para acudir á las ocurrencias de la guerra lo mas ordinario en Salamanca y Toro. Despachó de nuevo embajadores á Bayona para concluir últimamente, firmar y jurar las escrituras del concierto. La mayor dificultad era la del dinero para hacer pagado al de Alencastre y cumplir con él. La suma era grande, y el reino se hallaba muy gastado con los gastos de guerra tan larga y desgraciada, y con las derramas que forzosamente se hicieron. Para acudir á esto se juntaron cortes en Briviesca por principio del año de 1388. Mostróse el rey muy humano para grangear á sus vasallos y para que le acudiesen en aquel aprieto. Otorgó con ellos en todo lo que le suplicaron, en particular que la audiencia ó cancillería se mudase: los seis meses del verano residiese en Castilla, los otros seis meses en el reino de Toledo, que no sé yo si finalmente se pudo ejecutar. Acordaron para llegar el dinero de repartir la cantidad por haciendas (1): imposicion grave, de que no eximian á los hidalgos, ni aun á los eclesiásticos: no parecia contra razon que al peligro comun todos sin excepcion ayudasen. Los señores y gente mas granada llevaban esto muy mal, ca temian deste principio no les atropellasen sus franquezas y libertades; que aprietos y necesidades nunca faltan, y la presente siempre parece la mayor: al fin se dejó este camino que era de tanta ofension, y se siguieron otras trazas mas suaves y blandas.

Despedidas las cortes, se vieron los reyes de Castilla y Navarra primero en Calahorra, y despues en Navarrete: trataron de sus haciendas y renovaron su amistad. Acompañó á su marido la reina doña Leonor, y con su beneplácito se quedó en Castilla para probar si con los aires naturales (remedio muy eficaz) podia mejorar de una dolencia larga, y que mucho la aquejaba. A la verdad ella estaba descontenta, y buscaba color para apartar aquel matrimonio, segun que se vió adelante. Partido el rey de Navarra, y firmados los conciertos, el rey de Castilla señaló la ciudad de Palencia (por ser de campaña abundante, y porque en Burgos y toda aquella comarca todavía picaba la peste) para tener cortes y celebrar los desposorios de su hijo. Trajeron á la doncella caballeros y señores que envió el rey hasta la raya del reino para acompañarla. Celebráronse los desposorios con real magnificencia. Las edades eran desiguales (2): don Enrique de diez años, su esposa doña Catalina de diez y nueve: cosa de ordinario sujeta á inconvenientes y daños. Los hijos herederos de los reyes

(1) Se establecieron leyes muy importantes las cuales en gran parte se hallan insertas en la nueva *Recopilacion*.
(2) El príncipe tenia 10 años, y la princesa 14.

de Ingalaterra se llaman príncipes de Gales. A imitacion desto quiso el rey que sus hijos se llamasen príncipes de las Asturias, demas que les adjudicó el señorío de Baeza y de Andujar: costumbre que se continuó adelante, que los hijos herederos de Castilla se intitulen príncipes de las Asturias; y así los llamará la historia.

En las cortes lo principal que se trató, fué de juntar el dinero para las pagas del duque de Alencastre. Dióse traza que se repartiese un empréstito entre las familias que ántes eran pecheras, sin tocar á los hidalgos, doncellas, viudas y personas eclesiásticas. En recompensa otorgó el rey muchas cosas, en particular que á los que sirvieron en la guerra de Portugal, como queda dicho arriba, los mantuviesen en sus hidalguías. Administrábanse los cambios en nombre del rey: suplicóle el reino que para recoger el dinero que pedia, lo encomendase á las ciudades. Hecho el asiento y las paces, la duquesa doña Costanza hija del rey don Pedro, dejado el apellido de reina, con licencia del rey, y para verse con él, por el mes de agosto pasó por Vizcaya y vino á Medina del Campo. Allí fué muy bien recebida y festejada, como la razon lo pedia. Para mas honralla demas de lo concertado le dió el rey por su vida la ciudad de Huete: dádiva grande y real, mas pequeña recompensa del reino, que á su parecer le quitaban. Presentáronse asimismo (aunque en ausencia) magnificamente el rey y el duque, en particular el duque envió al rey una corona de oro de obra muy prima con palabras muy corteses; que pues le cedia el reino, se sirviese tambien de aquella corona que para su cabeza labrára.

Partiéronse despues desto la duquesa para Guadalajara, cuya posesion tomó por principio del año de 1389: el rey se quedó en Madrid. Allí vinieron nuevos embajadores de parte del duque de Alencastre para rogalle se viesen á la raya de Guiena y de Vizcaya. No era razon tan al principio de la amistad negalle lo que pedia. Vino en ello, y con este intento partió para allá. En el camino adoleció en Burgos, con que se pasó el tiempo de las vistas y á él la voluntad de tenellas. Todavía llegó hasta Victoria, de donde despidió á la duquesa doña Costanza para que se volviese á su marido. En su compañía para mas honralla envió á Pero Lopez de Ayala y al obispo de Osma, y á su confesor fray Hernando de Illescas de la orden de S. Francisco con orden de escusalle con el duque de la habla por su poca salud, y por los montes que caian en el camino cubiertos de nieve y ásperos. La puridad era que el rey temia verse con el duque por tener entendido le pretendia apartar de la amistad de Francia: temia descompadrar con el duque, si no concedia con él; por otra parte se le hacia muy cuesta arriba romper con Francia, de quien él y su padre tenian todo su ser: los beneficios eran tales y tan frescos, que no se dejaban olvidar. No le engañaba su pensamiento, ántes el duque perdida la esperanza de verse con el rey, comunicó sobre este punto con los embajadores. La respuesta fué que no traian de su rey comision de asentar cosa alguna de nuevo: que le darian cuenta para que hiciese lo que bien le estuviese. Con tanto se volvieron á Victoria, sin querer aun venir en que los Ingleses pudiesen (como las demas naciones) visitar la iglesia del apostol Santiago. Esto pareciera grande estrañeza, si no temieran por lo que ántes pasára, no alterasen la tierra con su venida ellos y sus aficionados, que siempre quedan de revueltas semejantes, por la memoria del rey don Pedro, y por el tiempo que los Ingleses poseyeron aquella comarca.

Por este tiempo á los trece de Marzo en Zaragoza al abrir las zanjas de cierta parte que pretendian levantar en el templo de Sta. Engracia, muy famoso y de mucha devocion en aquella ciudad, acaso hallaron debajo de tierra dos lucillos muy antiguos con sus letras, el uno de Sta. Engracia, el otro de S. Lupercio. Alegróse mucho la ciudad con tan precioso tesoro, y haber descubierto los santos cuerpos de sus patrones, prenda muy segura del amparo que por su intercesion esperaban del cielo alcanzar. Hiciéronse fiestas y procesiones con toda solemnidad para honrar los santos, y en ellos y por ellos á Dios, autor y fuente de toda santidad.

CAPITULO XIII.

La muerte del rey don Juan.

Las vistas del rey de Castilla y duque de Alencastre se dejaron: juntamente en Francia se asentaron treguas entre Franceses é Ingleses por término de tres años. Pretendian estas na-

ciones cansadas de las guerras que tenian entre sí, con mejor acuerdo despues de tan largos tiempos de consuno volver sus fuerzas á la guerra sagrada contra los infieles. Juntáronse pues, y desde Génova pasaron en Berberia: surgieron á la ribera de Aphrodisio, ciudad que vulgarmente se llamó Africa: pusiéronla cerco y batiéronla; el fruto y suceso no fué conforme al aparato que hicieron, ni á las esperanzas que llevaban. España no acababa de sosegar: en la confederacion que se hizo con los Ingleses, se puso una cláusula, como es ordinario, que en aquellas paces y concierto entrasen los aliados de cualquiera de las partes. Juntáronse cortes de Castilla en Segovia: acordaron entre otras cosas se despachasen embajadores á Portugal para saber de aquel rey lo que en esto pensaba hacer.

La prosperidad si es grande saca de seso aun á los muy sábios, y los hace olvidar de la instabilidad que las cosas tienen: estaba resuelto de continuar la guerra, y romper de nuevo por las fronteras de Galicia. Solo por la mucha diligencia de fray Hernando de Illescas uno de los embajadores, persona en aquella era grave y de traza, se pudo alcanzar que se asentasen treguas por espacio de seis meses. Falleció á esta sazon en Roma á los quince de octubre el papa Urbano sexto. En su lugar dentro de pocos dias los cardenales de aquella obediencia eligieron al cardenal Pedro Tomacello natural de Nápoles: llamóse Bonifacio nono. El Portugués luego que espiró el tiempo de las treguas, con sus gentes se puso sobre Tuy ciudad de Galicia, puesta sobre el mar á los confines de Portugal. Apretaba el cerco, y talaba y robaba la comarca sin perdonar á cosa alguna. El rey de Castilla hostigado por las pérdidas pasadas no queria venir á las manos, ni aventurarse en el trance de una batalla con gente que las victorias pasadas la hacian orgullosa y brava. Acordó empero enviar con golpe de gente á don Pedro Tenorio arzobispo de Toledo, y á Martin Yañez maestre de Alcántara, ambos Portugueses, para meter socorro á los cercados: llegaron tarde en sazon que hallaron la ciudad perdida y en poder del enemigo; todavía su ida no fué en vano, ca movieron tratos de concierto, y finalmente por su medio se asentaron treguas de seis años con restitucion de la ciudad de Tuy, y de otros pueblos que durante la guerra de la una y de la otra parte se tomaron.

El año que se contó de nuestra salvacion de 1390, fué muy notable para Castilla por las cortes que en él se juntaron de aquel reino en la ciudad de Guadalajara, las muchas cosas y muy importantes que en ellas se ventilaron y removieron. Lo primero el rey acometió á renunciar el reino en el príncipe su hijo: decia que hecho esto, los Portugueses vendrian facilmente en recebir por sus reyes á él y á la reina doña Beatriz su muger. Sueñan los hombres lo que desean: reservaba para sí las tercias de las iglesias que le concediera el papa Clemente á imitacion de su competidor Urbano, que hizo lo mismo con el inglés: cada cual con semejantes gracias pugnaba de grangear las voluntades de los príncipes de su obediencia. Reservábase otrosí á Sevilla, Córdova, Jaen, Murcia y Vizcaya. No vinieron en esto los Grandes ni las cortes. Decian que se introducia un ejemplo muy perjudicial, que era dejar el gobierno el que tenia edad y prudencia bastante, y cargar el peso á un niño, incapaz de cuidados: que de los Portugueses no se debia esperar harian virtud de grado, si su daño no los forzaba: que los tiempos se mudan, y si una vez ganaron, otra perderian, pues la guerra lo llevaba así.

En segundo lugar se trató de los que faltaron á su rey, y se arrimaron durante la guerra al partido de Portugal: acordaron se diese perdon general; confiaban que los revoltosos con sus buenos servicios recompensarian la pasada deslealtad, ademas que la culpa tocaba á muchos. Solo quedó exceptuado desta gracia el conde de Gijon, y en las prisiones que ántes le tenian. Su culpa era muy calificada, y de muchas recaidas; el rey mal enojado, y aun si el ejemplo del rey don Pedro no le enfrenára, que se perdió por semejantes rigores, se entiende acabára con él, que perro muerto no ladra. Demas desto se acordó que el reino sirviese al rey con una suma bastante para el sustento y paga de la gente ordinaria de guerra, porque acabadas las guerras se derramaban por los pueblos, comian á discrecion, robaban, y rescataban á los pobres labradores: estado miserable.

Para que esto se ejecutase mejor, reformaron el número de los soldados en guisa que restasen cuatro mil hombres de armas, mil y quinientos ginetes, mil arqueros con la gente necesaria para su servicio. Que esta gente estuviese presta para la defensa del reino, y se sustentasen de su sueldo, sin vagar ni salir de sus guarniciones ni de las ciudades que les señalasen. Desta manera se puso remedio á la soltura de los soldados; y para aliviar los gastos bajaron el sueldo, que recompensaron con privilegios y libertades que les dieron. Quitá-

ron la licencia á los naturales de ganar sueldo de ningun príncipe extraño: ley saludable, y que los reyes adelante con todo rigor ejecutaron. Acostumbraban los papas á proveer en los beneficios y prebendas de España á hombres extrangeros, de que resultaban dos inconvenientes notables; que se faltaba al servicio de las iglesias, y al culto divino por la ausencia de los prebendados, y que los naturales menospreciasen el estudio de las letras cuyos premios no esperaban: queja muy ordinaria por estos tiempos, y que diversas veces se propuso en las cortes, y se trató del remedio. Acordaron se suplicase al papa Clemente proveyese en una cosa tan puesta en razon y que todo el reino deseaba.

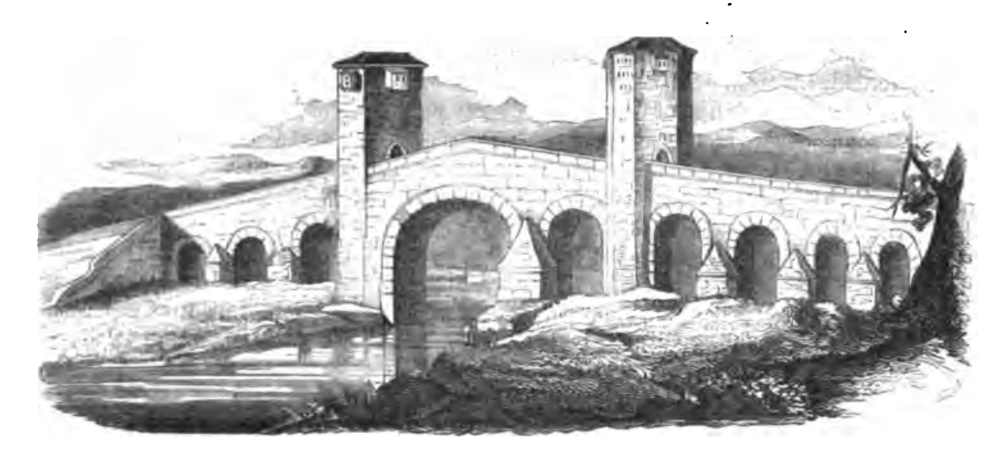
Los señores asimismo de Castilla, infanzones é hijosdalgo, con las revueltas de los tiempos estaban apoderados de las iglesias con voz de patronazgo: quitaban y ponian en los beneficios á su voluntad clérigos mercenarios, á quien señalaban una pequeña cota de la renta de los diezmos, y ellos se llevaban los demas. Los obispos de Burgos y Calahorra por tocalles mas este daño intentaron de remedialle con la autoridad de las cortes y el brazo real. El rey venia bien en ello; pero vista la resistencia que los interesados hacian, no se atrevió á romper ni desabrir de nuevo á los señores, que poco ántes llevaron muy mal otro decreto que hizo, en que á todos los vasallos de señorío dió libertad para hacer recurso por via de apelacion á los tribunales y á los jueces reales; ademas que se valian de la inmemorial en esta parte, de los servicios de sus antepasados, de las bulas ganadas de los pontífices ántes del concilio Lateranense, en que se estableció que ningun seglar pudiese gozar de los diezmos eclesiásticos, ni desfrutar de las iglesias, aunque fuese con licencia del sumo pontífice: decreto notable.

Las mercedes del rey don Enrique fueron muchas, y grandes en demasía. Advertido del daño las cercenó en su testamento en cierta forma, segun que de suso queda declarado. Los señores propusieron en estas cortes que aquella cláusula se revocase, por razones que para ello alegaban. El rey á esta demanda respondió que holgaba, y queria que las mercedes de su padre saliesen ciertas: buenas palabras; otro tenia en el corazon, y las obras lo mostraron. A un mismo tiempo llegaron á aquella ciudad embajadores de los reyes de Navarra y de Granada. Ramiro de Arellano y Martin de Ayvar pidieron en nombre del navarro que pues la reina doña Leonor su señora se quedó en Castilla para convalecer con los aires naturales, ya que tenia salud á Dios gracias, volviese á hacer vida con su marido, que no era razon en aquella edad en que podian tener sucesion, estar apartados; en especial que era necesario coronarse, ceremonia y solemnidad que por la ausencia de la reina se dilatara hasta entonces. Al rey pareció justa esta demanda. Habló con su hermana en esta razon: que el rey su marido pedia justicia; por ende que sin dilacion aprestase la partida. Escusóse la reina con el ódio que decia le tenia aquella gente: que no podia asegurar la vida entre los que intentaron el tiempo pasado matalla con yerbas por medio de un médico judío.

Al rey pareció cosa fuerte y recia forzar la voluntad de su hermana; vino empero á instancia de los embajadores en que pues no tenian hijo varon, la infanta doña Juana que era la mayor de las hijas, y su madre la dejára en Roa, la restituyese á su padre. Con esto el de Navarra despedido de recobrar su muger por entonces acordó coronarse en la Iglesia Mayor de Pamplona. La ceremonia se hizo á los trece de febrero con toda representacion de magestad. Ungiéronle á fuer de Navarra: levantáronle en hombros en un pavés, y todos los circunstantes en alta voz le saludaron por rey. Hizo la ceremonia Pedro Martinez de Salva obispo de aquella ciudad. Halláronse presentes el cardenal don Pedro de Luna legado por el papa Clemente y otros caballeros principales. De parte del rey moro vino á Castilla por embajador el gobernador de Málaga. Pretendia que ántes que espirase el tiempo de las treguas puestas entre Castilla y Granada, se prorogasen. Negoció bien, porque presentó largamente caballos, jaeces, paños de mucho precio, y otros adobos semejantes. Lo que hobo particular en estas treguas, fué que las firmaron los reyes y sus hijos herederos de los estados.

Don Pedro Tenorio arzobispo de Toledo á sus expensas edificaba sobre el rio Tajo una hermosa puente, que hasta hoy dia se llama la Puente del Arzobispo. Junto á la obra estaban unas pocas casas, por mejor decir chozas, á manera de alquería. Agradóse el rey de la obra, que era muy importante, y de la disposicion apacible de la tierra cuando pasó á Sevilla para hacer guerra á Portugal. Con esta ocasion hizo el arzobispo instancia que diese franqueza á todos los que viniesen allí á poblar. Otorgó el rey con su demanda, y quiso que

el pueblo se llamase Villafranca, y que gozase de la misma franqueza Alcolea, en cuyo territorio se edificaba la puente. Expidióse el privilegio (que está en los archivos de la iglesia



Puente del Arzobispo.

de Toledo) en Guadalajara á los catorce de marzo. A su hijo menor el infante don Fernando demas del estado de Lara que ya tenia, adjudicó de nuevo la villa de Peñafiel con titulo de duque. Pusiéronle en señal del nuevo estado en la cabeza una corona rasa sin flores á diferencia de la real, si bien en esta era no solo los duques, pero los marqueses y condes graban en sus escudos, y ponen por timbre ó cimera coronas que se rematan en sus flores como la de los reyes. El escudo de armas que le señalaron, fué mezclado de las de Castilla y de Aragon, á propósito que se diferenciasen de las del príncipe, y porque traia su decendencia de aquellas dos casas.

Las cortes de Guadalajara, que fueron tan célebres (1) por las muchas cosas que en ellas se trataron, se despidieron entrado bien el verano. Por el mes de junio se acabaron de asentar las treguas con Portugal por término de seis años. Crecian los Portugueses cada dia en fuerzas y reputacion no sin gran recelo de los de Castilla. Manteníanse en la obediencia de los papas de Roma, en que muy récio tenian. Asi Bonifacio nono, que como se dijo al fin del año pasado fué puesto en lugar de Urbano, erigió la ciudad de Lisboa en metropolitana arzobispal. Señalóle por sufragáneo solo al obispo de Coimbra; mas en nuestros tiempos el papa Paulo Tercio le añadió el obispado de Portalegre, que él mismo erigió de nuevo en aquel reino. La ciudad de Segovia está puesta en los montes con que parten término Castilla la Vieja y la Nueva. Su mucha vecindad por la mayor parte se sustenta del trato de la lana y artificio de ropa muy fina que en ella se labra. El invierno es riguroso como de montaña, el estío templado por causa de las muchas nieves con que los montes que la rodean están cubiertos todo el año. Acordó el rey por esta razon de Guadalajara irse á aquella ciudad para pasar en ella los calores; y de camino queria ver el monasterio del Paular, que á su costa en Rascafria no lejos de aquella ciudad se levantaba, el mas rico, vistoso y devoto que los Cartujos tienen en España.

Consignó asímismo á los monges Benitos en Valladolid el alcázar viejo para que le devolviesen y mudasen en un monasterio de su órden, en que en nuestro tiempo reside el general de los Benitos, y en él juntan sus capítulos generales. Demas desto los años pasados el devotísimo templo de Guadalupe, en que el rey don Alonso su abuelo puso sacerdotes seglares, entregó á la órden de San Gerónimo: acuerdo muy acertado. Estas tres insignes memorias hay en España de la piedad deste rey, demas de algunas leyes que estableció

(1) Hicieron leyes para corregir diferentes abusos introducidos en la administracion de la justicia, y prohibiendo severamente los ayuntamientos y ligas, aunque se hicieran por el bien público.

muy religiosas; en particular con acuerdo de las cortes de Briviesca tres años ántes deste mandó que no sacasen las cruces en los recibimientos de los reyes, ni figurasen la cruz en tapices, ó otras partes que se pisasen.

Pasado el estio, envió al príncipe y princesa á Talavera para que en aquel pueblo tuviesen el invierno, por la templanza del aire y la campaña asaz apacible: él se encaminó á Alcalá con inténto de pasar al Andalucía para reprimir los insultos y males que por la revuelta de los tiempos mas allí que en otras partes se desmandaban. Las leyes tenian poca fuerza, y menos los jueces para las ejecutar: el favor, el dinero y la fuerza prevalecian contra la razon y verdad. Llegaron á Alcalá cincuenta soldados ginetes que llamaban Farfanes, cristianos de profesion, pero que tiraban sueldo del rey de Marruecos, y así venian muy ejercitados en la manera de la milicia africana, como es ordinario que á los soldados se pegan las costumbres de los lugares en que mucho tiempo residen. Señálanse los de Africa en la destreza de volver y revolver los caballos con toda gentileza, en saltar en ellos, en correllos, en apearse y jugar de las lanzas. Quiso el rey un domingo despues de misa, que fué á los nueve de octubre, ver lo que hacian aquellos soldados. Salió al campo por la puerta de Burgos, que está junto á palacio, acompañado de sus grandes y cortesanos. Iba en un caballo muy hermoso y lozano. Antojósele de correr una carrera: arrimóle las espuelas, corrió por un barbecho y labrada, tropezó el caballo en los sulcos por su desigualdad, y cayó con tanta furia que quebrantó al rey, que no era muy recio ni muy sano, de guisa que á la hora rindió el alma: caso lastimoso, y desastre no pensado.

No hay bienandanza que dure, ni alegría que presto no se mude en contrario. Qué le prestó su poder, sus haberes? sus cortesanos qué le prestaron para que en la flor de su edad, que no pasaba de treinta y tres años, no le arrebatase la muerte desgraciada y fuera de sazon? Reinó once años, tres meses y veinte dias. A propósito de despertar á los nobles y cortesanos con el cebo de la honra á emprender grandes hazañas y señalarse en valor á imitacion del rey don Alonso su abuelo, inventó en lo postrero de sus dias en Segovia, y publicó dia de Santiago cierta compañía y hermandad que trajese por divisa de un collar de oro una paloma colgada á manera de pinjante. Ordenó sus leyes, con que los que entrasen en esta caballería, se gobernasen, todas enderezadas á despertar el valor de sus vasallos. La muerte tan temprana le atajó para que esta su traza y otras no pasasen adelante.

CAPITULO XIV.

De las cosas de Aragon.

Esto pasaba en Castilla: en Aragon el nuevo rey don Juan, primero de aquel nombre, procedia asaz diferentemente de su padre. El padre era de ingenio despierto, belicoso, amigo de aumentar su estado; en hacer guerra y asentar paz tenia mas atencion al útil que á la reputacion y fama: el rey don Juan era de un natural afable y manso, si ya no le trocaba algun notable desacato; mas inclinado al sosiego que á las armas. Ejercitábase en la cetreria y monteria, y era aficionado á la música y á la poesía, todo con atencion á representar grandeza y magestad: tan excesivo el gasto, que las rentas reales no bastaban para acudir á estos deportes y solaces: dejó otros deleites poco disfrazados y cubiertos.

La reina otro que tal, como cortada á la traza de su marido, aunque dentro de los límites de muger honesta usaba de entretenimientos semejantes. Asi en la casa real todo era saraos, juegos y fiestas y regocijos. Las damas se ocupaban mas en cantar y tañer y danzar, que á su edad y á mugeres convenia. Ningun instrumento ni ocasion faltaba en aquel palacio de una vida regalada y muelle. Dábanse muy aventajados premios á los poetas, que conforme á las costumbres que corrian, componian y trobaban en lenguaje lemosin, y se señalaban en la agudeza y primor de sus trovas; lo cual era en tanto grado, que despachó una embajada al rey de Francia en que le pedia le buscase con cuidado, y enviase algunos de aquellos poetas los mas señalados. La semejanza de las costumbres y la fama que destas cosas corria, convidó al emperador Wenceslao, príncipe muy conocido por su descuido y flojedad, para que por sus embajadores le pidiese su amistad, y su hija por muger: negocio que por entonces se dilató, y no se efectuó adelante.

Los nobles de Aragon indignados por los desórdenes de su rey, su poca atencion al gobierno y los escándalos que dello resultaban, al mismo tiempo que el rey tenia córtes en Monzon, se juntaron en Calasanz para comunicarse, y acordar en que guisa se podria acudir al remedio. Las cabezas principales de la junta eran don Alonso de Aragon conde de Denia y marqués de Villena, don Jaime su hermano obispo de Tortosa (1), don Bernardo de Cabrera, sin otros ricos hombres y varones de mucha cuenta. Pareció poner por escrito las quejas y enviallas á las cortes: las cabezas principales, que con los regalos y deleites sin tasa la disciplina militar se estragaba, y la gente se afeminaba: que las costumbres antiguas se alteraban de todas maneras por el regalo en las comidas y los gastos en los vestidos: que no era razon al alvedrio de una muger se trastornase todo el reino, y que pudiese ella sola mas que las leyes y la nobleza, no sin nota de los mismos rey y reina que tal desórden sufrian en su misma casa. Esto decian por una dama por nombre Carroza de Vilaragur, que con su privanza estaba muy apoderada de la reina, y ella del rey: mengua de que resultaba gran parte de los desórdenes y de las quejas y ódio. Anduvieron demandas y respuestas hasta apuntar que se valdrian de las armas y fuerza, sí por bien no se acudia al remedio de aquellos daños.

Pudiérase destos principios encender alguna guerra y revuelta, si no lo atajara la apacible condicion del rey. Otorgó con lo que aquellos señores le suplicaban; cercenó las demasías y soltura de la casa real; ordenó premáticas, en que se puso tasa y límite á los gastos de la gente, en particular despidió de palacio aquella privada de la reina, con órden que no se entremetiese en el gobierno del reino, ni de la casa real. Con esto calmaron los desgustos que amenazaban mayores daños, en sazon que de Francia se mostraban nuevos temores y asonadas de guerra. Bernardo de Armeñac con golpe de Bretones rompió por los confines de Cataluña: mayor fué el ruido que el daño. Siguióle por ende poco despues su hermano el conde de Armeñac con mas gente. Tomich historiador catalan atestigua que llegaron á diez y ocho mil caballos; mentira que muestra fué el número grande. La causa de hacer guerra era la codicia de robar. Pusieron fuego en algunos lugares y granjas, hicieron presas de gente y de ganados; en lo de Ampurias y de Girona cargó lo mas recio de la tempestad.

Acudió gente de todo el reino, tuvieron diversos encuentros: en uno desbarató Bernardo de Cabrera ocho banderas de Franceses junto á Navarra. En otro Ramon Bages caudillo señalado cerca de otro pueblo llamado Cavañas deshizo otro buen golpe de enemigos con prision de Mastin su capitan. Con estas victorias se alentaron los Aragoneses y desmayaron los Bretones: así lo lleva la guerra. El mismo rey, de Girona donde se estaba á la mira, salió en campaña resuelto de acometer á los enemigos, que de diversas partes se juntaban y se rehacian de fuerzas. Tienen los Franceses los primeros acometemientos muy brávos, pero aflojan con la tardanza: así avino en este caso, que los Franceses cansados de guerra tan arga, y en que les iba tan mal acordaron dar la vuelta sin esperar al rey, ni venir con él á las manos. Salieron por la parte de Rosellon: en que de camino hicieron todo mal y daño. Era asimismo forzoso al conde de Armeñac acudir á la defensa de su estado contra Marigoto natural de Alvernia, que á persuasion del rey de Aragon y á su costa le comenzaba á hacer guerra.

A la misma sazon que esto pasaba en Cataluña, á la primavera en Aviñon se concertó casamiento entre Luis hijo del otro Luis duque de Anjou, que se intitulaba rey de Jerusalem y de Sicilia (y que murió en la conquista de Nápoles) y doña Violante hija del rey de Aragon. No pudo el padre de la infanta hallarse á los conciertos por causa de la guerra sobredicha, que le tenia puesta en cuidado. Hizo las capitulaciones el papa Clemente á contento de las partes que se hallaron allí, el novio en persona, y el de Aragon por sus embajadores; en Barcelona se concluyó, 'do vino el desposado con grande acompañamiento. Lo que se pretendia principalmente, y lo que capitularon en este casamiento, fué que el rey de Aragon ayudase á su yerno para cobrar lo de Nápoles. En Perpiñan otrosí el rey dió su consentimiento para que se hiciesen los desposorios entre Maria reina de Sicilia y don Martin señor de Exerica, sobrino del rey, hijo de don Martin su hermano duque de Momblanc. Vino tambien el papa en ellos; que por ser aquel reino feudo de la iglesia se requeria su beneplácito.

(1) Arzobispo de Valencia consta por los documentos que se hallan en el archivo de aquella iglesia metropolitana.

En Cerdeña se volvió á las revueltas pasadas á causa que Brancaleon Doria sin tener cuenta con el asiento tomado, y olvidado del perdon que le dieron, por principio del año 1391 acudió á las armas con voz de libertar la gente que tenian oprimida: color con que grangeó á los Ginoveses, y muchos de los isleños se le arrimaron deseosos de novedades, y cansados del gobierno de Aragon. Hizo tanto que se apoderó de Sacer, la ciudad mas principal de aquella isla, y de otros pueblos y castillos. Para atajar estos daños mandó el rey



D. Juan I de Aragon, *El Cazador* (retrato coetáneo.)

hacer gente de nuevo; y por un edicto que hizo pregonar en Zaragoza, ordenó á todos los que estuviesen heredados en aquella isla, acudiesen á la defensa con las armas. En este mismo año el papa Clemente dió el capelo á don Martin de Salva Obispo de Pamplona, prelado en aquellos tiempos señalado en virtud, y grave, que fué el primer cardenal que aquella iglesia tuvo.

CAPITULO XV.

De los principios de don Enrique rey de Castilla.

Cuando el rey don Juan de Castilla cayó con el caballo, como queda dicho, hallóse á su lado el arzobispo don Pedro Tenorio, persona de consejo acertado y presto. Mandó que á la hora se armase una tienda en el mismo lugar de la caida: puso gente de guarda, hombres de confianza y callados; hacia fomentar y cubrir de ropa el cuerpo del rey, y en su nombre ordenaba se hiciesen rogativas y plegarias en todas las partes por su salud, por demas por estar ya difunto y sin alma, todo á propósito de entretener la gente, y con mensageros que despachó á las ciudades, prevenir que no resultasen revueltas, por los humores y pa-

siones que todavia (aunque de secreto) duraban entre los nobles, eclesiásticos, y gente popular. A veces publicaban que el rey se hallaba mejor y siempre fingian recados de su parte; pero como el semblante del rostro no decia con las palabras, y muchas veces los de palacio se apartasen á hablar y comunicar entre si, no pudo por mucho tiempo encubrirse el engaño, la primera que acudió al triste espectáculo, fué la reina doña Beatriz, despojada ántes del reino de su padre, y al presente del marido, sin hijos algunos con cuya compañia aliviase sus trabajos, su viudez, y su soledad. El sentimiento bien se puede entender sin que la pluma le declare.

El príncipe don Enrique, alterado con la muerte de su padre partió de Talavera, pero reparó en Madrid acompañado de su hermano el infante don Fernando. Allí el arzobispo que todo lo meneaba, dió órden que los estandartes reales se levantasen por el nuevo rey, y que le pregonasen por tal, y le publicasen primero en una junta de grandes, despues por las plazas y calles de aquella villa: alegria destemplada con cuita y pena por haber perdido un buen rey, y el que le sucedia, demas de su poca edad, tener el cuerpo muy flaco, por donde vulgarmente le llamaron el rey don Enrique el Doliente, y fué deste nombre el tercero. Acudieron á porfia los señores de todo el reino á hacelle sus homenages, besalle la mano, ofrecer á su servicio personas y estados. Muchos (como es ordinario) con la mudanza del príncipe y del gobierno se prometian grandes esperanzas; que tal es el mundo, unos suben, otros bajan, y mas en ocasiones semejantes.

Halláronse presentes á la sazon don Fadrique duque de Benavente, don Pedro conde de Trastamara, los maestres de las órdenes, don Lorenzo de Figueroa de Santiago, don Gonzalo Nuñez de Guzman de Calatrava, don Martin Yañez de la Barbuda de Alcántara, don Juan Manrique arzobispo de Santiago y canciller mayor de Castilla. Don Alonso de Aragon marqués de Villena se hallaba en Aragon, do se fué el tiempo pasado, mal enojado con el rey difunto por agravios que alegaba. Ofrecióse volver á Castilla, y hacer el reconocimiento debido á tal que le restituyesen en el oficio de condestable que tenia ántes. Vinieron en lo que pedia, el rey y la reina, conformándose en esto con lo que hizo su padre que le dió aquella preeminencia; sin embargo él no vino por impedimentos que le detuvieron en Aragon.

Concluida la solemnidad susodicha, acudieron á Toledo para sepultar el rey segun que él lo dejó dispuesto, en la su capilla real. Hiciéronles las honras y enterramiento con toda representacion de tristeza y de magestad; juntáronse tras esto cortes en Madrid de los prelados, nobleza y procuradores de las ciudades. Pretendian dar órden en el gobierno por la edad del rey, que no pasaba de once años y pocos dias mas. Andaba en la corte doña Leonor hija única de don Sancho conde de Alburquerque: el dote y sus haberes y rentas eran de guisa que el pueblo la llamaba la rica hembra. Muchos ponian los ojos en este casamiento: entre los demas se adelantaba su primo hermano el duque de Benavente: engañóse su esperanza: ganósela, y fuéle antepuesto el infante don Fernando. Desposáronlos, mas con condicion que en el matrimonio no se pasase adelante hasta tanto que el rey tuviese catorce años. El intento era que si muriese ántes de aquella edad, el infante con el reino sucediese en la carga de casar con la reina doña Catalina, segun que en los asientos que se tomaron con el duque de Alencastre, quedó todo esto cautelado. Juró los desposorios la novia por ser de diez y seis años; el infante don Fernando por lo dicho y por su poca edad no juró.

Al tiempo que en las cortes se trataba de asentar el gobierno del reino, durante la minoridad del nuevo rey, por dicho de Pero Lopez de Ayala, de quien traen su descendencia los condes de Fuensalida, se supo que el rey don Juan los años pasados otorgó su testamento. Acordaron que ántes de pasar adelante se hiciese diligencia. Revolvieron los papeles reales y sus escritorios, en que finalmente hallaron un testamento que ordenó en Portugal al mismo tiempo que estaba sobre Cillorico, segun que de suso queda declarado. Leyóse el testamento, que causó varios sentimientos en los que presentes se hallaron. Ofendiales sobre todo la cláusula en que nombraba por tutores del príncipe hasta que tuviese quince años, á don Alonso de Aragon condestable, á los arzobispos de Toledo y de Santiago, al maestre de Calatrava, á don Juan Alonso de Guzman conde de Niebla, á Pedro de Mendoza mayordomo mayor de la casa real, y con ellos á seis ciudadanos de Burgos, Toledo, Leon, Sevilla, Córdova, Murcia, uno de cada cual destas ciudades sacado por voto de sus cabildos.

Como no se podian nombrar todos, los que dejó de mentar, se sentian ellos ó sus aliados. Altercóse mucho sobre el caso. Algunos pocos querian que la voluntad del testador se cumpliese: los mas juzgaban se debia dar aquel testamento por ninguno y de ningun valor, para

lo cual alegaban razones y testigos que comprobaban habian descontentado al mismo lo que con aquella priesa sin mucha consideracion dispuso. Este parecer prevaleció, si bien el arzobispo de Toledo no vino en que el testamento se quemase, por causa de ciertas mandas que en él hacia á la su iglesia de Toledo, que pretendia eran válidas, puesto que las demas cláusulas no lo fuesen. Tomado este acuerdo, salieron nombrados por gobernadores del reino el duque de Benavente, el marqués de Villena, el conde de Trastamara, señores todos de alto linage y muy poderosos. Arrimáronles los arzobispos de Toledo y de Santiago, los maestres de Santiago y de Calatrava. De los diez y seis procuradores de cortes decretaron que los ocho por turno, de tres en tres meses, se juntasen con los demas gobernadores con igual voto y autoridad. Lo que la mayor parte de la junta decretase, eso quedase por asentado y valedero.

No contentó al arzobispo de Toledo esta traza: en público alegaba que la muchedumbre seria ocasion de revueltas, de secreto le punzaba la poca mano que entre tantos le quedaba en el gobierno. Pretendia se acudiese á la ley del rey don Alonso el Sabio, en que ordena que en tiempo de la minoridad del rey los Gobernadores sean uno, tres, cinco, ó siete. Este era su parecer, mas vencido de las importunidades de los grandes, mezcladas á veces con amenazas vino en lo decretado. Mandaron que en adelante no corriese cierto género de moneda, sino en cierta forma, que se llamaba *Agnus Dei*, y era como blancas, y por las nece-




Moneda llamada *Agnus Dei*.

sidades de los tiempos se acuñára de baja ley. Don Alonso conde de Gijon tenia preso en el castillo de Almonacir el arzobispo de Toledo por órden del rey: temia él las revueltas de los tiempos, hizo instancia que le descargasen de aquel cuidado; pasáronle á Monterrey, y encomendaron al maestre de Santiago le guardase hasta tanto que con maduro consejo se decidiese su causa.

En Sevilla y en Córdova el pueblo se alborotó contra los judíos de guisa que con las armas sin poder los jueces irles á la mano dieron sobre ellos, saquearon sus casas y sus aljamas, y los hicieron todos los desaguisados que se pueden pensar de una canalla alborotada y sin freno (1). Apellidábalos con sus sermones sediciosos que hacia por las plazas, y atizaba su furor Fernan Martinez arcediano de Ecija. Deste principio cundió el daño despues por otras partes de España: en Toledo, Logroño, Valencia, Barcelona á los cinco de agosto del año adelante, como si hobieran aplazado aquel dia, les robaron sus haciendas y saquearon las casas; tan grande era el ódio y la rabia. Muchos de aquella nacion se valieron de la máscara de cristianos contra aquella tempestad, que se bautizaron fingidamente: forzaba el miedo á lo que la voluntad rehusaba; pero esto avino despues.

Acostumbraban á juntarse en cierta iglesia de Madrid los procuradores del reino y los otros brazos. Entraron en la junta con armas el duque de Benavente y el conde de Trastamara, acompañados de gente que dejaron en guarda de aquel templo y como cercado. Esta demasía sintió el arzobispo de Toledo de suerte que el dia siguiente se salió de la corte la via de Alcalá, y dende fué á Talavera. Solicitaba por sus cartas desde estos lugares á los pueblos y caballeros á tomar las armas y librar el reino de los que con color de gobierno le ti-

(1) El mas notable de los monumentos que en España se conservan de los Judios, es la iglesia conocida en Toledo con el nombre del Santo Cristo de la luz.

ranizaban. Dió noticia de lo que pasaba al papa Clemente, á los reyes de Aragon y de Francia: que la violencia de unos pocos tenia oprimida la libertad de Castilla: que en las cortes del reino no se daba lugar á la razon, ántes prevalecia la soltura de la lengua y las demasias: las banderas campeaban en palacio, y en la corte no se veia sino gente armada: la junta del reino no osaba chistar ni decir lo que sentian, ántes por el miedo se dejaban llevar del antojo de los que todo lo querian mandar y revolver, hombres voluntarios y bulliciosos: que la postrimera voluntad del rey don Juan, que debieran tener por sacrosanta, era menospreciada: con la cual si no se querian conformar, por haber hecho aquel su testamento de priesa y con el ánimo alterado (velo con que cubrian su pasion) qué podian alegar para no obedecer á las leyes que sobre el caso dejó establecidas un príncipe tan sábio como el rey don Alonso? si le querian tachar de falta de juicio, ó gastado con sus trabajos y años? concluia con que no creyesen era público consentimiento lo que salia decretado por las negociaciones y violencia de los que mas podian: pedia acudiesen con brevedad al remedio de tantos males, y á la flaca edad del rey, de que algunos se burlaban y hacian escarnio, y en todo pretendian sus particulares intereses sin tener cuenta con el pro y daño comun: que esto les suplicaba por todo lo que hay de santo en el cielo la mayor y mas sana parte del reino.

El de Benavente poco adelante por desgustos que resultaron, y nunca suelen faltar, á ejemplo del arzobispo se salió de la corte y se fué á la su villa de Benavente sin despedirse del rey. Comunicóse con el arzobispo de Toledo: pusieron su alianza, y por tercero se les allegó el marqués de Villena, si bien ausente de Castilla. Los que restaban con el gobierno, despacharon á todos sus cartas y mensages, en que les requerian que pues era forzoso juntar cortes generales del reino, no faltasen de hallarse presentes. Ellos se escusaron con diversas causas que alegaban para no venir. De parte del papa Clemente vino por su nuncio fray Domingo de la órden de los predicadores, obispo de S. Ponce, con dos cartas que traia



Sinagoga Judáica, hoy Sta. Maria la Blanca.

Este es uno de los monumentos que se conserva de los Judios en Toledo y equivocadamente se le nombra en la nota anterior Sto. Cristo de la Luz.

enderezadas la una al rey, la otra á los gobernadores. La suma de ambas era declarar el sentimiento que su santidad tenia por la muerte desgraciada del rey don Juan, príncipe poderoso y de aventajadas partes: que aquella desgracia era bastante muestra de cuan inconstante sea la bienandanza de los hombres, y cuan quebradiza su prosperidad: sin embargo los amonestaba á llevar con buen ánimo pérdida tan grande, y con su prudencia y conformidad atender al gobierno del reino y soldar aquella quiebra; lo cual harian con facilidad, si pospuestas las aficiones y pasiones particulares, pusiesen los ojos en Dios y en el bien comun de todos: cosa que á todos estaria bien, y como padre se lo encargaba, y de parte de Dios se lo mandaba.

Trató el nuncio conforme al órden que traia, de concertar aquellas diferencias que comenzaban entre los grandes: habló ya á los unos, ya á los otros, pero no pudo acabar cosa alguna; la llaga estaba muy fresca para sanalla tan presto. Vinieron en la misma razon embajadores de Francia y de Aragon: lo que sacaron fué que se renovaron las alianzas antiguas entre aquellas coronas, y de nuevo se juraron las paces. Los embajadores de Navarra que acudieron asimismo, demas de los oficios generales del pésame por la muerte del padre, y del parabien del nuevo reino, traian particular órden de hacer instancia sobre la vuelta de la reina doña Leonor á Navarra para hacer vida con su marido, y ofrecer todo buen tratamiento y respeto como era razon y debido. Alegaban para salir con su intento las razones de suso tocadas. La reina á esta demanda dió las mismas escusas que ántes; era dificultoso que el rey acabase con su tia, mayormente en aquella edad, lo que su mismo hermano no pudo alcanzar.

En este medio el arzobispo de Toledo juntaba su gente con voz de libertar el reino, que unos pocos mal intencionados tenian tiranizado. La gente se persuadia queria con este color apoderarse del gobierno, conforme á la inclinacion natural del vulgo, que es no perdonar á nadie, publicar las sospechas por verdad, echar las cosas á la peor parte, demas que comunmente le tenian por ambicioso, y por mas amigo de mandar que pedia su estado y la persona que representaba. Acometieron segunda y tercera vez á mover tratos de conciertos entre los grandes de Castilla: el suceso fué el que ántes; ninguna cosa se pudo efectuar por estar tan alteradas las voluntades y tan encontradas. Los procuradores del reino que asistian al gobierno, se recelaron de alguna violencia. Parecióles no estaban seguros en Madrid por no ser fuerte aquella villa: acordaron de irse á Segovia en compañía del rey.

El conde de Trastamara, uno de los gobernadores, pretendia ser condestable de Castilla. Para salir con su intento alegaba que el rey don Juan ántes de su muerte le dió intencion de hacelle aquella gracia: testigos no podian faltar, ni favores, ni valedóres. A los mas prudentes parecia que no era aquel tiempo tan turbio á propósito para descomponer á nadie, y menos al marques de Villena, si le despojaban de aquella dignidad. Dióse traza de contentar al de Trastamara con setenta mil maravedís por año que le señalaron de las rentas reales, y eran los mismos gages que tiraba el condestable por aquel oficio (1), con promesa para adelante que si el marques de Villena no viniese en hacer la razon y apartarse de los alborotados, en tal caso se le haria la merced que pedia, como se hizo poco despues.

Arrimáronse al arzobispo de Toledo demas de los ya nombrados el maestre de Alcántara y Diego de Mendoza tronco de los duques del infantado, señores hoy dia muy poderosos en rentas y aliados. Juntaron mil y quinientos caballos, y tres mil y quinientos de á pie. Con esta gente acudieron á Valladolid, do el rey era ido: hicieron sus estancias á la ribera del rio Pisuerga que baña aquel pueblo y sus campos, y poco adelante deja sus aguas y nombre en el rio Duero. La reina doña Leonor de Navarra de Arévalo en que residia, acudió para sosegar aquellos bullicios y atajar el peligro que todos corrian si se venia á las manos, y el daño que seria igual por cualquiera de las partes que la victoria quedase. Puso tanta diligencia que aunque á costa de gran trabajo é importunacion, alcanzó que las partes se hablasen, y tratasen entre sí de tomar algun asiento, y de concertarse. Juntáronse de acuerdo de todos en la villa de Perales en dia señalado personas nombradas por la una y por la otra parte: acudió asimismo la misma reina, hembra de pecho y de valor, y el nuncio del papa Clemente para terciar en los conciertos.

El principal debate era sobre el testamento del rey don Juan, si se debia guardar ó no. El arzobispo de Santiago con cautela preguntó en la junta al de Toledo si queria que en todo

1 La Crónica dice que tenia setenta mil maravedis al año.

y por todo se estuviese por aquel testamento, y lo que en él dejó ordenado el rey don Juan. Detúvose el de Toledo en responder. Temia alguna zalagarda; y en particular que pretendian por aquel camino excluir y desabrir al duque de Benavente, que no quedó en el testamento nombrado entre los gobernadores del reino. Finalmente respondió con cautela que le placia se guardase, á tal que al número de los gobernadores allí señalados se añadiesen otros tres grandes, es á saber, el de Benavente, el de Trastamara y el maestre de Santiago, gran personage por sus gruesas rentas y muchos vasallos; que esto era conveniente y cumplidero para el sosiego comun, que tales señores tuviesen parte y mano en el gobierno. Vinieron en esto los contrarios mal su grado: no podian al hacer por no irritar contra si tales personages. Acordaron que para mayor firmeza de aquel concierto y asiento que tomaban, se juntasen cortes generales del reino en la ciudad de Burgos, para que con su autoridad todo quedase mas firme. En el entretanto se dieron entre sí rehenes, hijos de hombres principales: es á saber el hijo de Juan Hurtado de Mendoza mayordomo mayor de la casa real, de quien descienden los condes de Montagudo marqueses de Almazan; el hijo de Pero Lopez de Ayala, el hijo de Diego Lopez de Zúñiga, el hijo de Juan Alonso de la Cerda mayordomo del infante don Fernando. Con esta traza por entonces se sosegaron aquellos bullicios de que se temian mayores daños.

CAPITULO XVI.

Que se mudaron las condiciones deste concierto

Con esta nueva traza que dieron, quedó muy valido el partido del arzobispo de Toledo, tanto que se sospechaba tendria él solo mayor mano en el gobierno que todos los demas que le hacian contraste, lo uno por ser de suyo muy poderoso y rico, que tenia mucho que dar; lo otro por los tres señores tan principales que se le juntaban, como grangeados por su negociacion. Así lo entendian el arzobispo de Santiago y sus consortes: por este recelo buscaban algun medio para desbaratar aquel poder tan grande. Comunicaron entre sí lo que se debia hacer en aquel caso. Acordaron de procurar con todas sus fuerzas de poner en libertad al conde de Gijon para contraponelle á los contrarios y á la parte del de Toledo: decian que la prision tan larga era bastante castigo de las culpas pasadas, cualesquier que ellas fuesen. Parecia muy puesta en razon esta demanda, y asi con facilidad se salió con ella. Sacáronle de la prision, y lleváronle á besar la mano al rey, que le mandó restituir su estado. La revuelta de los tiempos le dió la libertad que á otros quitara: ansí van las cosas, unos pierden, y otros ganan en semejantes revoluciones.

Juntáronse las cortes en Burgos, segun que lo tenian concertado. Comenzóse á tratar del concierto puesto entre las partes. El arzobispo de Santiago, como lo tenian trazado, dijo que no vendria en ello, si no admitian al conde de Gijon por cuarto gobernador junto con los tres grandes que ántes señalaron, pues en nobleza y estado á ninguno reconocia ventaja. Mucho sintió el arzobispo de Toledo verse cogido con sus mismas mañas. Altercaron mucho sobre el caso. Los procuradores de las ciudades divididos no se conformaban en este punto como los que estaban negociados por cada cual de las partes. Temíase alguna revuelta no menor que las pasadas. Para atajar inconvenientes acordaron de nombrar jueces árbitros que determinasen lo que se debia hacer. Señalaron para esto á don Gonzalo obispo de Segovia y Alvar Martinez muy eminentes letrados en el derecho civil y eclesiástico. No se conformaron, ni fueron de un parecer por estar tocados de los humores que corrian, y ser cada uno de su bando.

Continuáronse los debates, y duraron hasta el principio del año que se contaba 1392, en que finalmente á cabo de muchos dias y trabajos otorgaron con el dicho arzobispo de Santiago que todos los cuatro grandes de suso mentados tuviesen parte en el gobierno junto con los demas: dieron asímismo traza qne entre todos se repartiese la cobranza de las rentas reales; para lo demas del gobierno que cada seis meses por turno gobernasen los cinco de diez que eran, y los demas por aquel tiempo vacasen. Parecióles que con esta traza se acudia á todo, y se evitaba la confusion que de tantas cabezas y gobernadores podia resultar. Tomado este asiento, parecia que toda aquella tempestad calmaria, y se conseguiria el deseado sosiego. Regaláronse estas esperanzas por un caso no pensado. Dos criados del duque de Benavente dieron la muerte á Diego de Rojas volviendo de caza, que era de la fa-

milia y casa del conde de Gijon. Entendióse que aquellos homicianos llevaban para lo que hicieron, órden y mandato de su amo.

Desta sospecha quier verdadera, quier falsa, resultó grande ódio en general contra el duque. Representábaseles lo que se podia esperar en el gobierno y poder del que á los principios tales muestras daba de su fiereza y de su mal natural. Alteróse pues la traza primera, y por órden de las cortes acordaron que el testamento del rey se guardase, mas que en tanto que el marques de Villena y conde de Niebla llamados por sendas cartas del rey no viniesen, el arzobispo de Toledo tuviese sus veces, y entrase en las juntas con tres votos. Todo se enderezaba á contentalle para que no revolviese la feria. Al duque de Benavente y conde de Gijon en recompensa del gobierno que les quitaban, les señalaron sendos cuentos de maravedís cada un año durante su vida. Concedieron otrosí al arzobispo de Toledo que él solo cobrase la mitad de las rentas reales: de que por su mano se hiciese pagado de los gastos que hizo en levantar la gente en pro comun del reino; que así lo decia, y aun queria que los demas otorgasen con él.

El tiempo de las treguas asentadas con Portugal espiraba, y era mala sazon para volver á la guerra, el rey mozo, las fuerzas muy flacas. Acordaron los gobernadores se despachasen embajadores que procurasen se alargase el tiempo, que fueron las cabezas Juan Serrano de Prior de Guadalupe primero obispo de Segovia, é ya de Sigüenza, y Diego de Córdova mariscal de Castilla, de quien decienden los condes de Cabra. El conde de Niebla Juan Alonso de Guzman para asistir al gobierno partió de su casa. Con su ida se levantó en Sevilla una grande revuelta. Diego Hurtado de Mendoza con la cabida que tenia con el nuevo rey, pretendió que le nombrasen por almirante del mar. No se podia esto hacer sin descomponer á Alvar Perez de Guzman que tenia de atrás aquel cargo. El conde de Niebla quier de su voluntad, quier negociado, quiso mas grangear un nuevo amigo que podia mucho en la corte, que mirar por la razon y por su deudo Alvaro de Guzman. Esta fué la ocasion del alboroto, porque él descompuesto se juntó con Pero Ponce señor de Marchena, y ambos se apoderaron de Sevilla con daño de los amigos y deudos del conde de Niebla, ca los echaron todos de aquella ciudad: escándalos que por algun tiempo se continuaron.

A la sazon el rey se hallaba en Segovia, ciudad fuerte por su sitio, y para con sus reyes muy leal. Allí volvieron los embajadores que se enviaron á Portugal. El despacho fué que el rey de Portugal no daba oidos á aquella demanda de alargar el tiempo de las treguas, ántes queria volver á las armas, confiado de mas de las victorias pasadas en la poca edad del rey de Castilla, y mas en las discordias de sus grandes, ocasion cual la pudiera desear para mejorar sus haciendas. El de Banavente otrosí por la mala cara con que en la corte le miraban, y la mala voz que de sus cosas corria, junto con la privacion del gobierno, mal contento se retiró á su casa y estado; y aun se sonrugia que se comunicaba con el de Portugal, y aun traia inteligencias de casar con doña Beatriz hija bastarda de aquel rey con gran suma de dineros que en dote le señalaban.

Daba cuidado este negocio por ser el duque persona de tantas prendas, señor de tantos vasallos, y que tenia su estado á la raya de Portugal. Avisado de lo que se decia, se excusó con el agravio que le hicieron en quitalle el casamiento que tuvo por hecho de doña Leonor condesa de Alburquerque: y aun se dijo que esta fué la ocasion de la muerte que hizo dar á Diego de Rojas, que no terció bien en aquella su pretension; todavia ofrecia, si mudado acuerdo se la daban, trocaria por aquel casamiento el de Portugal. Tiene la necesidad grandes fuerzas: acordaron los gobernadores por el aprieto en que todo estaba, de venir en lo que pedia. Señalaron á Arévalo villa de Castilla para que las bodas se celebrasen: cosa maravillosa, luego que otorgaron con su deseo, se volvió atrás; sea porque á las veces lo que mucho apetecemos, alcanzado nos enfada, ó lo que yo mas creo, temia debajo de muestras de querelle contentar alguna zalagarda.

Apretóse con esto el negocio de Portugal. El arzobispo de Toledo por atajar el daño que de esto podia resultar, fué a toda priesa a verse con el duque. Confiaba en su autoridad y en las prendas de amistad que habia de por medio. Ofreciole, si mudaba partido, de casalle con hija del marques de Villena, y en dote tanta cantidad como en Portugal le prometian. Muchas razones pasaron: la conclusion fué que el duque no salió á cosa alguna: escusose que el gran poder de sus enemigos le tenia en necesidad de valerse del amparo de extraños. El arzobispo visto que sus amonestaciones no prestaban, dió la vuelta por Zamora para prevenir que Nuño Martinez de Villayzan alcaide del alcazar, y que tenia en su

poder la torre de San Salvador, no pudiese entregar aquella fuerza al duque de Benavente como vehementemente se sospechaba, y sobre ello la ciudad estaba alborotada y en armas. Llegado el arzobispo lo compuso todo: diéronse rehenes de ambas partes, y en particular el alcaide para mayor seguridad entregó aquella torre fuerte á quien el arzobispo señaló para que la guardase.

Eran entrados los calores del estio, cuando vino nueva cierta que los embajadores que fueron de nuevo á Portugal, y se juntaron con el prior de San Juan, que vino de parte de su rey á Sabugal á la raya de los dos reinos, por mucha instancia que hicieron no pudieron alcanzar que las treguas se prorogasen. Ardian los Portugueses en un vivo deseo de volver á las manos, y no dejar aquella ocasion de ensanchar su reino y mejorar su partido. El primero que salió en campaña fué el duque de Benavente, que acompañado de quinientos de á caballo, y gran número de infantes, hizo sus estancias cerca de Pedrosa, no lejos de la ciudad de Toro. Grande era el aprieto en que Castilla se hallaba: los grandes discordes, la guerra que de fuera amenazaba. En Granada otrosi se alborotaron los Moros en muy mala sazon. Falleció por principio deste año Mahomad, que siempre se preció de hacer amistad á los cristianos. Sucedióle su hijo Juzeph otro que tal, en tanto grado que en vida de su padre á muchos cristianos dió libertad sin rescate. Esta amistad con los nuestros le acarreó mal y daño. Tenia cuatro hijos, Juzeph, Mahomad, Hali, Hamet. Mahomad era mozo brioso, amigo de honra y de mandar: no tenia esperanza por ser hijo segundo de salir con lo que deseaba, que era hacerse rey, si no se valia de malicia y de maña. Para negociar la gente y levantalla comenzó de secreto á achacar á su padre y cargalle de que era moro solo de nombre, en la aficion y en las obras cristiano. Por este modo muchos se le arrimaron, unos por el ódio que tenian á su rey, otros por deseo de novedades.



Coleccion de trajes de diferentes clases en esta época entresacada de varios códices: los aficionados á estas investigaciones sabrán apreciar su mérito, que consiste principalmente en su autenticidad y variedad.

Destos principios crecieron las pasiones de tal suerte que estuvo la ciudad en gran riesgo de ensangrentarse, y tomar los unos contra los otros las armas. Hallóse presente á esta sazon un embajador del rey de Marruecos, moro principal, y de reputacion por el lugar que tenia, y su prudencia muy aventajada. Púsose de por medio y procuró de sosegar los bullicios y pasiones que comenzaban. Avisóles del riesgo que todos corrian, si el fuego de la discordia civil se emprendia y avivaba entre ellos, de ser presa de sus enemigos, que estaban alerta y á la mira para aprovecharse de ocasiones semejantes. En una junta en que se hallaban las principales cabezas de las dos parcialidades, les habló en esta sustancia: » Los accidentes y reveses de los tiempos pasados os deben enseñar y avisar cuanto mejor » os estará la concordia, que es madre de seguridad y buena andanza, que la contumacia, » mala de ordinario y perjudicial. No el valor de los enemigos, sino vuestras disensiones » han sido causa de las pérdidas pasadas, muchas y muy graves. Qué podremos al presente » esperar, si como locos y sandios de nuevo os alborotais? Toda razon pide que el hijo obe» dezca á su padre, sea cual vos le quisiéredes pintar. Hacelle guerra, qué otra cosa será » sino confundir la naturaleza, y trocar lo alto con lo bajo? por qué causa no juntareis ántes » vuestras fuerzas para correr las tierras de cristianos? Cuál es la causa que dejais pasar la » buena ocasion que de mejorar vuestras cosas os presenta la edad del rey de Castilla, las » discordias de sus grandes, además del miedo y cuidado, en que los tiene puestos la guerra » de Portugal? »

Con estas pocas razones se apaciguaron los rebeldes, y el mismo Mahomad prometió de ponerse en las manos de su padre. Acordaron tras esto de hacer una entrada en el reino de Murcia, como lo hicieron por la parte de Lorca, en que talaron los campos é hicieron grandes presas de hombres y de ganados. Eran en número de setecientos caballos, y tres mil peones. Siguiólos el adelantado de Murcia Alonso Fajardo, y si bien no llevaba mas de ciento y cincuenta caballos, les dió tal carga y á tal tiempo que los desbarató, degolló muchos dellos, finalmente les quitó la presa que llevaban: gran pérdida y mengua de aquella gente, con que España quedó libre de un gran miedo que por aquella parte le amenazaba; lo cual fué en tanto grado que el rey de Aragon á quien este peligro menos tocaba, por acudir á él deshizo una armada que tenia en Barcelona aprestada para sosegar los movimientos y alborotos que de nuevo andaban en Cerdeña á causa que Brancaleon Doria sin respeto de los negocios pasados con las armas se apoderaba de diversos pueblos y ciudades.

Verdad es que los Moros castigados con aquella rota, y temerosos de la tempestad que se les armaba por la parte de Aragon, con mas seguro consejo acordaron pedir treguas al rey de Castilla; que fácilmente les concedieron por no embarazarse juntamente en la guerra de Portugal y en la de los Moros. Hallábase el portugués muy ufano por verse arraigado en aquel reino sin contradiccion, por las muchas fuerzas y riquezas que tenia, y mas en particular por la noble generacion que le nacia de doña Philipa su muger, que en cuatro años casi continuados parió cuatro hijos: primero á don Alonso que falleció en su tierna edad, despues á don Duarte, que sucedió en el reino de su padre; y en este mismo año á nueve de setiembre nació en Lisboa don Pedro, que fué adelante duque de Coimbra, y dende á diez y seis meses don Enrique duque de Viseo y maestre de Christus, y que fué muy aficionado á la astrologia; de la cual ayudado y de la grandeza de su corazon se atrevió el primero de todos á costear con sus armadas las muy largas marinas de Africa, en que pasó tan adelante que dejó abierta la puerta á los que le sucedieron, para proseguir aquel intento hasta descubrir los postreros términos de levante de que á la nacion portuguesa resultó grande honra, y no menor interés, como se notará en sus lugares. Los postreros hijos deste rey se llamaron don Juan, y el menor de todos don Fernando.

En este mismo año á Carlos VI rey de Francia se le alteró el juicio por un caso no pensado. Fué así que cierta noche en París al volver de palacio el condestable de Francia Oliverio Clisson cierto caballero le acometió, y le dió tantas heridas que le dejó por muerto. Huyó luego el matador por nombre Pedro Craon: recogióse á la tierra y amparo del duque de Bretaña. El rey se encendió de tal suerte en ira y saña por aquel atrevimiento, que determinó ir en persona para tomar emienda del matador por lo que cometió, y del duque porque requerido de su parte le entregase, no queria venir en ello; bien que se escusaba que no tuvo parte ni arte en aquel delito y caso tan atroz. Púsose el rey en camino, y llegó á la ciudad de Mayne. Salió de allí al hilo de medio dia en los mayores calores del año: tal era el deseo que llevaba y la priesa. No anduvo media legua cuando de repente puso ma-

no á la espada furioso y fuera de sí: mató á dos, é hirió á otros algunos, finalmente de cansado se desmayó y cayó del caballo. Volviéronle á la ciudad, y con remedios que le hicieron tornó en su juicio; pero no de manera que sanase del todo, ca á tiempos se alteraba.

Deste accidente, y de la incapacidad que quedó al rey por esta causa, resultaron grandes inconvenientes en Francia, por pretender muchos señores deudos del mismo rey, y de los mas poderosos de aquel reino, apoderarse del gobierno, quien con buenas, quien con malas mañas. Juan Juvenal obispo de Beauvais refiere que ninguna cosa le daba mas pena, cuando el juicio se le remontaba, que oir mentar el nombre de Ingalaterra é Ingleses, y que abominaba de las cruces rojas, divisa y como blason de aquella nacion: creo porque á los locos, y á los que sueñan, se les representan con mayor vehemencia las cosas y las personas que en sanidad y despiertos mas amaban ó aborrecian.

CAPITULO XVII.

De las treguas que se asentaron entre Castilla y Portugal.

La porfía y los desgustos de don Fadrique duque de Benavente ponia en cuidado á los de Castilla, en especial á los que asistian al gobierno. Deseaban aplacalle y ganalle, mas hallaban cerrados los caminos. El arzobispo de Toledo, como deseoso del bien comun, sin escusar algun trabajo se resolvió de ponerse segunda vez en camino para verse con el duque. Confiaba que le doblegaria con su autoridad, y con ofrecelle nuevos y aventajados partidos. Vióse con él por principio del año del Señor de 1393. Persuadióle se fuese despacio en lo del casamiento de Portugal: que esperase en lo que paraban las treguas, de que con mucho calor se trataba. No pudo acabar que deshiciese el campo, ni que se fuese á la corte: escusábase con los muchos enemigos que tenia en la corte, personages principales y poderosos. Que no se podria asegurar hasta tanto que el rey saliese de tutela, y no se gobernase al antojo de los que tenian el gobierno; ademas que no estaria bien á persona de sus prendas andar en la corte como particular, sin poder, sin autoridad, sin acompañamiento.

Partió con tanto el arzobispo en sazon que la ciudad de Zamora segunda vez corrió peligro de venir en poder del duque de Benavente por inteligencias que con él traia el alcaide Villayzan de entregalle aquel castillo. Alborotóse la ciudad sobre el caso. Acudieron los arzobispos de Toledo y de Santiago, y el maestre de Calatrava, que atajaron el peligro y lo sosegaron todo. Dió el de Benavente con su gente vista á aquella ciudad, confiado que sus inteligencias y las promesas del alcaide saldrian ciertas; mas como se hallase burlado, revolvió sobre Mayorga villa del infante don Fernando, de cuyo castillo se apoderó por entrega del alcaide Juan Alonso de la Cerda que le tenia en su poder. Suelen á las veces los hombres faltar al deber por satisfacerse de sus particulares desgustos. Juan Alonso se tenia por agraviado del rey don Juan á causa que por su testamento le privó del oficio de mayordomo que tenia en la casa del infante, que fué la ocasion de aquel desórden. El alcaide Villayzan otrosí estaba sentido que no le diesen el oficio de alguacil mayor que tuvo su padre en Zamora. Dieron traza, para asegurar aquella ciudad con alguna muestra de blandura, que con retencion de los gages que ántes tiraba Villayzan, entregase el castillo á Gonzalo de Sanabria vecino de Ledesma, hijo de aquel Men Rodriguez de Sanabria que acompañó al rey don Pedro cuando salió de Montiel, y muerto el rey, quedó preso.

Pasó el rey don Enrique con esto su corte á Zamora, como á ciudad que cae cerca de Portugal, para desde allí tratar con mas calor y mayor comodidad de las treguas, en sazon que las fuerzas del duque de Benavente por el mismo caso se enflaquecian de cada dia mas, y muchos se le pasaban á la parte del rey: querian ganar por la mano ántes que los de Castilla y de Portugal concertasen sus diferencias, sobre que andaban demandas y respuestas; el remate fué acordarse con las condiciones siguientes: que Sabugal y Miranda se entregasen á los Portugueses, cuyas los tiempos pasados fueron: el rey de Castilla no ayudase en la pretension que tenian de la corona de Portugal, ni á la reina doña Beatriz, ni á los infantes sus tios don Juan y Donis arrestados en Castilla: lo mismo hiciese el de Portugal sobre la misma querella con cualquier que pretendiese pertenecelle el reino de Castilla; á trueco por ambas partes se diese libertad á los prisioneros. Para seguridad de todo esto concertaron diesen al de Portugal en rehenes doce hijos de los señores de Castilla: mudóse esta con-

dicion en que fuesen cada dos hijos de ciudadanos de seis ciudades, Sevilla, Córdova, Toledo, Burgos, Leon y Zamora. Con tanto se pregonaron las treguas por término de quince años mediado el mes de mayo en Lisboa y en Burgos, do á la sazon los dos reyes se hallaban, con grande contento de ambas naciones. Estas capitulaciones parecian muy aventajadas para Portugal, menguadas y afrentosas para Castilla; pero es gran prudencia acomodarse con los tiempos, que en Castilla corrian muy turbios y desgraciados; y llevar en paciencia la falta de reputacion y desautoridad cuando es necesario, ès muy propio de grandes corazones.

CAPITULO XVIII.

De la prision del arzobispo de Toledo.

La alegria que todos comunmente en Castilla recibieron por el asiento que se tomó con Portugal, vencidas tantas dificultades y á cabo de tantas largas, se destempló en gran manera con la prision que hicieron en la persona del arzobispo de Toledo. Parecia que unos males se encadenaban de otros, y que el fin de una revuelta era principio y víspera de otro daño. Hacia el arzobispo las partes del duque de Benavente por la amistad y prendas que habia entre los dos. Deseaba otrosí que á Juan de Velasco camarero del rey, amigo y aliado de los dos, volviesen la parte de los gages que por el testamento del rey don Juan le acortaron. No pudo salir con su intento por muchas diligencias que hizo: acordó como despechado ausentarse de la corte. Recelábanse los demas gobernadores que esta su salida y enojo no fuese ocasion de nuevos alborotos, por su grande estado y ánimo resoluto que llevaba mal cualquiera demasia, y aun queria que todo pasase por su mano. Comunicáronse entre si y con el rey: salió resuelto de la consulta que le prendiesen, como lo hicieron dentro de palacio, juntamente con su amigo Juan de Velasco. Era este caballero asáz poderoso en vasallos, y que poco ántes con su muger en dote adquirió la villa de Villalpando. Su padre se llamó Pedro Hernandez de Velasco, de quien arriba se dijo que murió con otros muchos en el cerco de Lisboa, y el uno y el otro fueron troncos del muy noble linage en que la dignidad de condestable de Castilla se ha continuado por muchos años sin interrupcion alguna hasta el dia de hoy. Prendieron asímismo á don Pedro de Castilla obispo de Osma y á Juan abad de Fusselas, muy aliados del arzobispo y participantes en el caso.

Pareció exceso notable perder el respeto á tales personages y eclesiásticos, sí bien se cubrian de la capa del bien público, que suele ser ocasion de se hacer semejantes demasías. Pusieron entredicho en la ciudad de Zamora, do se hizo la prision, en Palencia y en Salamanca. Quedaban por el mismo caso descomulgados así el rey como todos los señores que tuvieron parte en aquellas prisiones, si bien no duráron mucho, ca en breve los soltaron á condicion que diesen seguridad. El arzobispo dió en rehenes cuatro deudos suyos, y puso en tercería las sus villas de Talavera y Alcalá; mas sin embargo se ausentó sentido del agravio: Juan de Velasco entregó el castillo de Soria, cuya tenencia tenia á su cargo. Acudieron asimismo al papa por absolucion de las censuras, que cometió á su nuncio Domingo, obispo primero de S. Ponce, y á la sazon de Albi en Francia; sobre lo cual le enderezó un breve, que hoy dia se halla entre las escrituras de la iglesia Mayor de Toledo: su tenor es el siguiente: «Lleno está de amargura mi corazon despues que poco há he sabido la prision y »detencion de las personas de nuestros venerables hermanos Pedro arzobispo de Toledo, y »Pedro obispo de Osma, y Juan abad de Fusselas, que se hizo en la iglesia de Palencia por »algunos tutores de don Enrique ilustre rey de Castilla y Leon así eclesiásticos, como segla»res, y otros del su consejo y vasallos, y por mandamiento y consentimiento del mismo rey. »Es nuestro dolor y nuestra tristeza tan grande que no admite ningun consuelo, porque es»tando la Iglesia Santa de Dios en estos lastimosísimos tiempos tan afligida, y por muchas »vias desconsolada, y miserablemente dividida con la discordia del scisma, sobre sus tantas »heridas se haya añadido una tan grande por el sobredicho rey, su particular hijo y princi»pal defensor. Mas porque por parte del rey se nos ha dado noticia que en la dicha prision »y detencion, que se hizo por ciertas causas justas y razonables que concernian al buen es»tado, seguridad, paz, quietud y provecho del mismo rey y su reino y vasallos, tenido pri»mero maduro acuerdo por los de su consejo y sus grandes, no ha intervenido otro algun »grave ó enorme exceso acerca de las personas de los dichos presos, y que luego los mismos

»dende á poco tiempo fueron puestos en libertad, de que plenariamente gozan: Nos teniendo consideracion á la tierna edad del rey, y que verisimilmente la dicha prision y detencion »no se hizo tanto por su acuerdo como por los de su consejo, queremos por estas causas habernos con él blandamente en esta parte; y inclinado por sus ruegos cometemos á vos »nuestro hermano y mandamos que si el mismo rey con humildad lo pidiere, por vuestra »autoridad le absolvais en la forma acostumbrada de la sentencia de descomunion, que por »las razones dichas en cualquier manera haya incurrido por derecho ó sentencia de juez; y »conforme á su culpa le impongais saludable penitencia, con todo lo demas que conforme á »derecho se debe observar, templando el rigor de derecho con mansedumbre segun que conforme á justas y razonables causas vuestra discrecion juzgáre se debe hacer. Queremos »otrosí que por la misma autoridad le relajeis las demas penas en que por las causas ya dichas hobiere en cualquier manera incurrido. Dado en Aviñon á veinte y nueve de mayo en »el año décimoquinto de nuestro pontificado.»

Recebido este despacho, el rey puestas las rodillas en tierra en el sagrario de Sta. Catalina en la iglesia Mayor de Burgos con toda muestra de humildad pidió la absolucion. Juró en la forma acostumbrada obedeceria en adelante á las leyes eclesiásticas, y satisfaria al arzobispo de Toledo con volvelle sus plazas: tras esto fué absuelto de las censuras dia viernes á los cuatro de julio. Halláronse presentes á todo don Pedro de Castilla obispo de Osma, Juan obispo de Calahorra y Lope obispo de Mondoñedo, y Diego Hurtado de Mendoza, que sin embargo de los escándalos de Sevilla ya era almirante del mar. Alzóse otrosí el entredicho; á esta alegría se allegó para que fuese mas colmada, la reduccion del duque de Benavente, que á persuasion del arzobispo de Santiago que lo mandaba todo, y por su buena traza vino en deshacer su campo, abrazar la paz y ponerse en las manos de su rey. En recompensa del dote que le ofrecian en Portugal, concertaron de contalle sesenta mil florines, y que tuviese libertad de casar en cualquier reino y nacion, como no fuese en aquel: demas desto de las rentas reales le señalaron de acostamiento cierta suma de maravedís en los libros del rey.

Asentado esto, sin pedir alguna seguridad de su persona para mas obligar á sus émulos, vino á Toro. Recibióle el rey allí con muestras de amor y benignidad, y luego que se encargó del gobierno y le quitó á los que le tenian, le trató con el respeto que su nobleza y estado pedian. Desta manera se sosegó el reino, y apaciguadas las alteraciones que tenian á todos puestos en cuidado, una nueva y clara luz se comenzó á mostrar despues de tantos nublados. Grande reputacion ganó el arzobispo de Santiago, todos á porfia alababan su buena maña y valor: duróle poco tiempo esta gloria á causa que en breve el rey salió de la tutela y se encargó del gobierno: el arzobispo de Toledo su contendor otrosí volvió á su antigua gracia y autoridad, con que no poco se menguó el poder y grandeza del de Santiago. El pueblo con la soltura de lengua que suele, pronosticaba esta mudanza debajo de cierta alegoría, disfrazados los nombres destos prelados y trocados en otros, como se dirá en otro lugar. Al rey de Navarra volvieron los Ingleses á Chereburg, plaza que tenian en Normandía en empeño de cierto dinero que le prestaron los años pasados. Encomendó la tenencia á Martin de Lacarra, y su defensa, por estar rodeada de pueblos de Franceses y gente de guerra derramada por aquella comarca. Las bodas de la reina de Sicilia y don Martin de Aragon finalmente se efectuaron con licencia del rey de Aragon tio del novio, y del papa Clemente, segun que de suso se apuntó.

Los barones de Sicilia con deseo de cosas nuevas, ó por desagradalles aquel casamiento, continuaban con mas calor en sus alborotos, y en apoderarse por las armas de pueblos y castillos y gran parte de la isla. No tenian esperanza de sosegallos y ganallos por buenos medios; acordaron de pasar en una armada que aprestaron para sujetar los alborotados aquellos reyes, y en su compañía su padre don Martin duque de Momblanc. En la guerra, que fué dudosa y variable, intervinieron diversos trances: el principio fué próspero para los Aragoneses; el remate, que prevalecieron los parciales hasta encerrar á los reyes en el castillo de Catania, y apretallos con un cerco que tuvieron sobre ellos. Don Bernardo de Cabrera, persona en aquella era de las mas señaladas en todo, acompañó á los reyes en aquella demanda; mas era vuelto á Aragon por estar nombrado por general de una armada que el rey don Juan de Aragon tenia aprestada para allanar á los Sardos. Este caballero sabido lo que en Sicilia pasaba, de su voluntad, ó con el beneplácito de su rey se resolvió de acudir al peligro. Juntó buen número de gente, Catalanes, Gascones, Valones: para

llegar dinero para las pagas empeñó los pueblos que de sus padres y abuelos heredára. Hizose á la vela, aportó á Sicilia ya que las cosas estaban sin esperanza: dióse tal maña, que en breve se trocó la fortuna de la guerra, ca en diversos encuentros desbarató á los contrarios, con que toda la isla se sosegó (1), y volvió mal su grado de muchos al señorío y obediencia de Aragon, en que hasta el dia de hoy ha continuado, y por lo que se puede congeturar, durará por largos años sin mudanza.

(1) No tanto que no volviesen los coligados á tomar las armas contra sus reyes; viéndose los de Aragon en la precision de enviarles grandes socorros para sacarles de sus apuros.





LIBRO DECIMONONO.

CAPITULO I.

Como el rey don Enrique se encargó del gobierno.



EPOSABA algun tanto Castilla á cabo de tormentas tan bravas de alteraciones como padeció en tiempo pasado: parecia que calmaba el viento de las discordias y de las pasiones, ocasionadas en gran parte por ser muchos y poco conformes los que gobernaban. Para atajar estos inconvenientes y daños el rey se determinó de salir de tutela y encargarse él mismo del gobierno, si bien le faltaban dos meses para cumplir catorce años, edad legal, y señalada para esto por su padre en su testamento. Mas daba tales muestras de su buen natural, que prometian, si la vida no le faltase, seria un gran príncipe, aventajado en prudencia y justicia con todo lo al; demas que los señores y cortesanos le atizaban y daban priesa. La porfia de todos era igual, los intentos diferentes: unos con acomodarse con los deseos de aquella tierna edad pretendian grangear su gracia para adelantar sus particulares, los de sus deudos y aliados; otros cansados del gobierno presente cuidaban que lo venidero seria mas aventajado y mejor: pensamiento que las mas veces engaña.

Por conclusion el rey se conformó con el consejo que le daban. A los primeros de agosto juntó los grandes y prelados en las Huelgas, monasterio cerca de Burgos, en que los reyes de Castilla acostumbraban á coronarse. Habló á los que presentes se hallaron, conforme á lo que el tiempo demandaba. Que él tomaba la gobernacion del reino: rogaba á Dios y á sus santos fuese para su servicio, bien, prosperidad y contento de todos. A los que presentes estaban, encargaba ayudasen con sus buenos consejos aquella su tierna edad, y con su pru-

dencia la encaminasen. Pero desde aquel dia absolvia á los gobernadores de aquel cargo, y mandaba que las provisiones y cartas reales en adelante se robrasen con su sello. Acudieron todos con aplauso y muestras grandes de alegria así el pueblo como los ricos hombres y señores que asistian á aquel auto, el nuncio del papa, el duque de Benavente, el maestre de Calatrava y otros muchos.

El arzobispo de Santiago como quier que ejercitado en todo género de negocios, y los demas le reconocian por sus aventajadas partes, tomó la mano, y habló al rey en esta forma: «No con menos piedad y alegria hablaré agora, que poco ántes en aquel sagrado altar »dije misa por vuestra salud y vida: confio que con el mismo ánimo vos me oireis. Este es »el tercer año despues que por el testamento de vuestro padre fuimos puestos por vuestros »tutores, y gobernadores del reino. Cuanto hayamos en esto aprovechado, quédese á juicio »de otros. Esto con verdad os podemos certificar que ningun trabajo ni peligro de nuestras »vidas hemos escusado por esta causa, por el bien y pro comun destos vuestros reinos. »Hablar de nuestras alabanzas es cosa penosa y ocasion de envidia; no puedo empero dejar »de avisar como hasta ahora siempre hemos conservado la paz, y el reino ha estado en »sosiego, que es de estimar asáz en tanta variedad de pareceres y voluntades. En nuestro »gobierno ni sangre, ni muerte de alguno no se ha visto: cosa que se debe atribuir á mila-»gro, y á vuestra buena dicha y felicidad, que plegue á Dios sea así y se continúe en lo res-»tante de vuestro reinado. Con los Moros, enemigos perpetuos de la cristiandad, habiéndose »rebelado para eximirse de vuestro imperio, hicimos nueva confederacion. Aplacamos con »treguas los ánimos feroces de los Portugueses. Honramos como convenia, y grangeamos »con todas buenas obras y correspondencia á los Franceses, Ingleses y Aragoneses. Dirá »alguno que los pueblos están irritados y gastados con nuestras imposiciones. Cómo puede »ser esto, pues para aliviallos redujimos el alcabala á la mitad menos de lo que ántes pa-»gaban, es á saber á razon de uno por veinte? todo á propósito de acudir á las necesidades »del pueblo, y atajar sus quejas y disgustos. Así muchos que se habian desterrado de sus »tierras, y desamparado sus haciendas por la violencia y crueldad de los alcabaleros, se »hallan al presente en sus casas. Dirá otro que los tesoros y rentas reales están consumidas »y acabadas. No lo podemos negar; pero de otra suerte como se pagaran las deudas y las »obligaciones que quedaban, y se apaciguaran las alteraciones de la nobleza y del pueblo, »si no fuera con hacelles mercedes y acrecentalles sus gages? que si pareciere demasiado, »quién quita que no lo podais todo reformar como pareciere mas expediente asentadas las »cosas de vuestro reino. Ningun pueblo hasta la menor aldea hallareis enagenada: todo »está tan entero como ántes; de suerte que ninguna cosa falta para vuestra felicidad, y para »nuestra alegria, sino lo que hoy se hace, que concluida tan larga navegacion, llegados al »puerto despues de tantos peligros y á salvamento, caladas las velas y echadas anclas, »muy de gana descansemos en vuestra prudencia y benignidad, seguros y ciertos que si »en tanta diversidad de cosas algo se hobiere errado, sin que sea menester intercesor ni »tercero, vos mismo lo perdonareis. Esto tambien aumentará vuestra gloria, que hayais »tenido por tutores personas que con las mismas virtudes de templanza, prudencia y dili-»gencia con que han hecho guerra á los vicios, y llevado al cabo cosas tan grandes, podrán »de aqui adelante sufrir la vida particular, su recogimiento y sosiego.»

A estas razones respondió el rey en pocas palabras: «De vuestros servicios, de vuestra »lealtad y prudencia todo el mundo da bastante testimonio. Yo mientras viviere no me ol-»vidaré de lo mucho que os debo, ántes estoy resuelto que como hasta aqui por vuestro »consejo he gobernado mi persona, así en lo de adelante ayudarme de vuestros avisos y »prudencia en todo lo que concierne al gobierno de mi reino.»

Concluido este auto, se trataron otros negocios. Muchos extrangeros pretendian las prebendas eclesiásticas destos reinos tanto con mayor codicia y maña cuanto las rentas son mas gruesas. En las provisiones que dellas se hacian por el pontífice, no se tenia cuenta ó poca con los méritos, ciencia y bondad de los proveidos. Muchas veces y en diversos tiempos se trató en las cortes de remediar este grave daño, y de suplicar al padre santo no permitiese se continuase mas el desórden. Ultimamente en las cortes de Guadalajara, como se dijo de suso, se propuso y apretó con mayor cuidado este negocio de los extrangeros. Parecia cosa muy fea y cruel que desfrutasen las iglesias gente que ni ellos ni sus antepasados las ayudaron en cosa alguna, ni las podrian ayudar. Continuaban sin embargo las provisiones de la manera que ántes, ca los papas no llevaban bien que les atasen las manos. Los gobernadores

del reino, visto esto, proveyeron los años pasados que se embargasen los frutos que poseian los extraños.

Por esta causa á instancia del nuncio se trató en las cortes que para la coronacion del rey se juntaron, muy de propósito este punto. Hobo consultas diferentes, muchas demandas y respuestas sobre el caso. La resolucion finalmente fué que los extraños no pedian razon en lo que pretendian, y que lo proveido se llevase adelante. Pero como quier que muchos cortesanos pretendiesen tener parte en los despojos, y alcanzar del papa aquellas y semejantes gracias, hicieron tal y tanta instancia para que no se ejecutase aquel decreto, que al fin por entonces fué forzoso disimular: la edad del rey era deleznable, y las negociaciones grandes en demasia. Todavia para resolver con mas acuerdo este punto de las extrangerias y otros negocios graves que instaban, acordaron se aplazasen de nuevo cortes generales del reino para la villa de Madrid. Entretanto que las cortes se juntaban, á instancia de los Vizcainos, que mucho lo deseaban, el nuevo rey fué en persona á tomar la posesion del señorío de Vizcaya. Juntáronse los principales de aquel estado: otorgóles que á ejemplo de Castilla, donde todavía se continuaba esta antigua y dañada costumbre, pudiesen decidir y concluir sus pleitos, que eran asáz, por las armas y desafio.

Lo que hizo á este año muy señalado fué la navegacion que de nuevo á cabo de largo tiempo se tornó á hacer á las Canarias. Armaron los Vizcainos, en que hicieron grande gasto, costearon con sus naves las marinas de España: alargáronse despues al mar, descubrieron las Canarias, roconociéronlas todas, informáronse de sus nombres, de sus riquezas y frescura. Surgieron en Lanzarote y saltaron en tierra: vinieron á las manos con los isleños, prendieron al rey, á la reina y ciento y setenta de sus vasallos. Con tanto dieron la vuelta á España, cargados los bajeles, demas de los cautivos, de pieles de cabras y alguna cera, de que aquellas islas tienen abundancia, para muestra de los trages, de los frutos y fertilidad de la tierra, y del útil que se podria sacar, si continuasen las navegaciones, á propósito de sujetar aquellas islas á la corona de Castilla, como finalmente se hizo.

CAPITULO II.

De las cortes de Madrid.

En este medio conforme al órden que se dió, acudieron á Madrid, y se juntaron los tres brazos, gran número de obispos, grandes y los procuradores de las ciudades. El rey asímismo, asentadas las cosas de Vizcaya, y pasados los calores del estío en la ciudad de Segovia por su mucha templanza, llegó á Madrid por el mes de noviembre. En la primera junta habló á los congregados en pocas razones esta sustancia. Despues de loar á su padre y declarar el estado en que el reino se hallaba, dijo tenia muchos ejemplos y muy buenos de sus antepasados para gobernar bien sus estados. Que en su menor edad si bien el reino se mantuvo en paz con los extraños, pero llegó á punto de perderse por las discordias y alteraciones de los naturales. Lo que por razon de los tiempos se estragó, era razon concertallo con su autoridad y por el consejo de los que presentes se hallaban. En la traza de su gobierno se pretendia apartar de los caminos y inconvenientes en que sus buenos vasallos tropezaron, en especial pondria todo cuidado en que ni la ambicion hallase entrada, ni el dinero que comprar. Sobre todo deseaba poner en su punto las leyes, y dar toda autoridad á los tribunales, que la libertad de los tiempos les quitáran. Las rentas reales estaban consumidas y acabadas: para remedio deste daño se podria tomar uno de dos caminos, imponer nuevos tributos en los pueblos, ó revocar las donaciones que sus tutores hicieron con buen ánimo y forzados de la necesidad, mas en gran perjuicio de su patrimonio real; en todo empero pretendia usar de blandura y clemencia, á que su edad y su condicion mas le inclinaban que á rigor ni á severidad.

El razonamiento del rey y sus concertadas razones agradaron asáz á los que presentes se hallaron; si bien se dejaba entender que por su boca hablaban sus privados y cortesanos, los que en su nombre y por su mano lo gobernaban todo á su voluntad no sin grave ofension de los demas, como es ordinario que unos se mueven por envidia, otros por el menoscabo de la autoridad real. Los que mas cabida tenian y alcanzaban con el rey, eran tres: Juan Hurtado de Mendoza mayordomo de la casa real, Diego Lopez de Zúñiga justicia mayor, y Ruy Lopez Dávalos su camarero mayor. Tenian entre sí conformidad, entre privados cosa

semejante á milagro. Su mayor cuidado enfrenar la edad deleznable del rey, mirar por el gobierno en comun, y en particular amparar á los pequeños contra las demasías de los grandes. Preguntados los procuradores en que manera se podria acudir al reparo de las rentas reales, dieron por respuesta que el pueblo estaba tan cargado de imposiciones, y tan gastado por causa de las revueltas pasadas, que no podrian llevar se mentase de cargalles con nuevos tributos. Todavia les parecia que de las ventas y mercadurias se podria acudir al rey á razon de uno por veinte. Que seria todavia mas fácil y hacedero reformar el gran número de compañías de soldados que por sus particulares los señores sustentaban y entretenian á costa del comun; por lo menos les abajasen las pagas y sueldo conforme al que se daba en tiempo de los reyes pasados: lo mismo de las pensiones que los señores cobraban.

Este medio pareció el mas acertado y mas fácil, demas que se reformaron y borraron de los libros del rey las pensiones y acostamientos que en tiempo de la menor edad del rey ó se concedieron de nuevo, ó en gran parte se acrecentaron. Ofendiéronse muchos con esta determinacion, que estaban mal acostumbrados al dinero del rey; pero era la querella de secreto, que en lo público todos aprobaban el decreto. Hecho esto, se celebraron las bodas del rey con su esposa la reina doña Catalina por haber llegado á edad de poderse casar legalmente: lo mismo se hizo en el casamiento del infante don Fernando con doña Leonor condesa de Alburquerque su esposa, concertado de ántes, y no efectuado por las razones que arriba se tocaron. Las alegrías como se puede entender fueron muy grandes: con que las cortes de Madrid se concluyeron y despidieron.

El rey al principio del año de 1394 por causa de la peste que comenzaba á picar en Madrid, se partió para Illescas, villa de buena comarca y de aires saludables, puesta entre Toledo y Madrid á la mitad del camino. Convidado el arzobispo de Toledo con la ocasion del lugar, que era suyo, fué á hacer reverencia al rey, que le recibió muy bien, y á él fué fácil volver á la autoridad y cabida que ántes tenia, por su buena gracia y maña en grangear la gracia de los príncipes y de los cortesanos. El arzobispo de Santiago su gran contendor llevó muy mal esta venida y privanza, en tanto grado que con ocasion fingida (á lo que se decia) de su poca salud se salió de la corte y se fué á Hamusco, villa suya en Castilla la Vieja, mal enojado contra el rey y contra el de Toledo, y aun resuelto de satisfacerse, si ocasion para ello se le presentase.

Fueron estos dos prelados en aquella era los mas señalados del reino, dotados de prendas y partes aventajadas, ingenio, sagacidad, diligencia, bien que las trazas eran bien diferentes. Parece por la ocasion que el lugar nos presenta, será bien declarar en breve sus condiciones y naturales. La nobleza, la edad, la elocuencia, la grandeza de ánimo eran casi iguales: los caminos por donde se enderezaban, eran diferentes. El de Santiago usaba de caricias, astucia y liberalidad: el de Toledo se valia de su entereza en que no tenia par, y de otras buenas mañas. El primero hacia placer y grangeaba la voluntad de los grandes: el otro se señalaba en gravedad y mesura, y severidad. El uno daba, el otro tenia mas que dar: aquel amparaba á los culpados y los defendia, el de Toledo queria que los ruines fuesen castigados. El uno era solícito, vigilante, favorecia á sus amigos, y á nadie negaba lo que estuviese en su mano: el otro ponia todo cuidado en la templanza, reformacion y todo género de virtudes. Al uno punzaba el dolor por la iglesia de Toledo que los años pasados le quitaron á tuerto y contra razon, como él se persuadia: al de Toledo acreditaba habella alcanzado sin pretension ni trabajo. Era respetado y temido de sus contrarios por su valor; y si bien diversas veces le armaron lazos, y cayó en sus manos, siempre se libró dellas, y con los rayos de su luz deshizo las tinieblas de muchas celadas que sus émulos le paraban.

CAPITULO III.

De la muerte del maestre de Alcántara.

Sentian mucho los grandes y caballeros les reformasen los gages y acostamientos que cada un año tiraban de las rentas reales, de que resultaron en Castilla la Vieja alteraciones y revueltas en esta manera. El duque de Benavente se salió de Madrid mal enojado: apoderábase de las rentas reales y eclesiásticas en todas las partes que podia. La pequeña edad del rey y los tiempos daban ocasion á estas demasías y desórdenes. Despacharon al mariscal Garci

Gonzalez de Herrera que le reportase y pusiese en razon, y juntamente le avisase era mal término usurpar por su autoridad lo que se debia alcanzar con buenos medios y servicios. Llevó asimismo órden de verse con la reina de Navarra, y los condes de Gijon y Trastamara, que se mostraban sentidos por la misma causa, y tramaban de juntar sus fuerzas y alborotar la tierra.

La respuesta del de Benavente al recaudo que le dieron, fué que no podia llevar ni era razon que el rey se gobernase por ciertos hombres que poco ántes se levantaron del polvo de la tierra, y que ellos solos tuviesen el palo y el mando. Que esta fué la causa de su salida de la corte, do no pensaba volver si no ponian en su poder para su seguridad como en rehenes, los hijos de aquellos tres personages mas poderosos de palacio. La respuesta de los otros señores descontentos fué semejable. Diego Lopez de Zúñiga por órden del rey fué asimismo á verse con el arzobispo de Santiago, y amonestalle que pospuesto todo lo al, se viniese á la corte, ca se entendia traia sus inteligencias con los alborotados. Respondió al mensage que la enemiga que tenia con el de Toledo, que era antigua y muy notoria, no le daba lugar à hacer presencia en la corte mientras su contrario en ella estuviese.

Supo el rey de Navarra lo que en Castilla pasaba, los desgustos y pasiones. Parecióle buena ocasion para recobrar su muger. Despachó sus embajadores sobre el caso, que hallaron al rey de Castilla en Alcalá de Henares do era ya ido. Hicieron sus diligencias conforme al órden que traian, mas sin embargo que el rey estaba torcido con la reina por inclinarse ella y favorecer á los señores desgustados, todavia tuvieron mas fuerza las escusas que daba, las mismas que ántes diera, y el respeto que á su persona por ser reina y tia del rey se debia. Propusieron que á lo menos les entregase dos hijas que tenia en su compañia, para llevallas à su padre. No vino el rey tampoco en esto, ántes dió por respuesta que en tanto que el matrimonio estaba apartado, era justo y puesto en razon que el padre y la madre repartiesen entre sí los hijos para con su presencia llevar mejor la viudez y soledad.

Concluido con esta embajada, vinieron de Portugal nuevos embajadores, que en nombre de su rey con palabras determinadas pidieron firmasen ciertos grandes las capitulaciones de las treguas y asiento que tomaron, que no lo habian querido hacer. Estos eran el marques de Villena y el conde de Gijon: el de Villena alegaba que pues no le dieron parte en los conciertos que hicieron, no era justo ni necesario que él los firmase; el de Gijon ántes de firmar pretendia que el de Portugal le entregase los pueblos que con su muger le señalaron en dote: el uno tomaba la firma por torcedor, y el otro por punto de honra; caminos que suelen desbaratar grandes negocios. Volviéronse los embajadores sin alcanzar cosa alguna, no sin recelo que las cosas llegasen á rompimiento.

Nueva ocasion que por cierto accidente resultó, de mayor cuidado, hizo que no se reparase tanto en el desgusto de Portugal. Don Martin Yañez de la Barbuda que fué en Portugal do nació Clavero de Avis, los años pasados en tiempo del rey don Juan se desterró de su patria, y dejó el lugar que tenia, por seguir las partes de Castilla en las guerras que andaban sobre aquella corona de Portugal. Debia estar desgustado con su maestre, ó pretendia aventajarse en rentas y autoridad; que de su ingenio no sé si se puede y debe creer se moviese por la justicia de la querella: finalmente ayudó al rey de Castilla, y se halló en aquella memorable jornada de Aljubarrota. En premio de sus servicios y recompensa de lo que dejó en su natural, se dió órden como le hiciesen maestre de Alcántara, con que se acrecentó en autoridad y renta. Era de ingenio precipitado, voluntario y resoluto. Avino que un ermitaño por nombre Juan Sago, tenido por hombre santo á causa de la vida retirada que por mucho tiempo hizo en el yermo, le puso en la cabeza que tenia revelacion alcanzaria grandes victorias contra Moros, singular renombre y muy poderoso estado, si desafiase aquella gente en comprobacion de la verdad de la religion Católica.

Dejóse el maestre persuadir facilmente por frisar con su humor aquel dislate. Envió personas á Granada que retasen aquel rey á hacer campo con él, con órden que si este riepto no se recibiese, ofreciesen que entrasen en la liza veinte, treinta, ó cien cristianos, y que el número de los Moros fuese en cualquier destos casos doblado, que por la parte que la victoria quedase, aquella religion y creencia se tuviese por la acertada: temeridad y desatino notable. Los Moros fueron mas cuerdos: maltrataron y ultrajaron á los embajadores, sin hacer dellos algun caso. El maestre mas indignado por esto, y confiado en la revelacion del ermitaño y la justicia de su querella, se determinó con las armas romper por la frontera

de Moros. Ninguna cosa tiene mas fuerza para alborotar el vulgo que la máscara de la religion: reseña á que los mas acuden como fuera de sí, sin reparar en inconvenientes. A la fama pues de la empresa que el maestre tomaba, le acudió mucha gente, no de otra guisa que si tuvieran en las manos la victoria. Pasaron alarde demas de trecientos de á caballo hasta cinco mil peones de toda broza, los mas aventureros, mal armados, sin ejercicio de guerra, finalmente mas canalla que soldados de cuenta.

Desque el rey supo lo que pasaba, procuró apartalle de aquel intento. Asimismo los hermanos Alonso y Diego Fernandez de Córdova señores de Aguilar, caballeros de mucha cuenta, y á que marchaba con su gente, le salieron al camino para con sus buenas razones y autoridad divertille de aquel dislate. «Do vais (dicen) maestre á despeñaros? por qué lle»vais esta gente al matadero? Vuestros pecados os ciegan, estos pobrecillos nos lastiman, »que pretendeis entregarlos á sus enemigos carniceros. Volved por Dios en vos mismo, de»sistid dese vuestro intento tan errado, enfrenad con la razon el ímpetu demasiado de vuestro »corazon, que si no tomais nuestro consejo, ni dais orejas á nuestros ruegos, el daño será »muy cierto y el llanto, junto con la mengua de toda la nacion y reino.»

No se doblegó con estas razones su pecho, no mas que si fuera de piedra: saca por su divina permision la ira divina á los hombres de seso, cuando no quiere que se emboten sus aceros. Rompieron pues por tierra de Moros un domingo veinte y seis de abril. Pusiéronse sobre la torre de Egea, puesta en la misma frontera, para combatilla, cuando de sobresalto se mostró el rey moro acompañado de cinco mil de á caballo y de ciento y veinte mil de á pie: grande número, pero que se hace probable por causa que el moro so graves penas mandó que todos los de edad á propósito se alistasen. Los cristianos con la vista de morisma tan grande á la hora desmayaron. En los de á pie no hobo resistencia por ser gente allegadiza, y porque los Moros los apartaron de sus caballos. Hirieron en ellos á toda su voluntad, los mas quedaron tendidos en el campo: algunos se salvaron que con tiempo se encomendaron á los pies. Los de á caballo hicieron el deber, ca arremolinados entre sí, por una pieza pelearon con valor, y tuvieron en peso la batalla. Sobre todos se señaló el maestre en aquel aprieto de valeroso y esforzado, y hizo grandes pruebas de su persona; mas finalmente como quier que los enemigos eran tantos, cayó muerto, y con él los demas sin que ninguno mostrase cobardia ni volviese las espaldas: pequeño alivio de un revés y de una afrenta tan grande, con que la Dominica *in Albis*, que quiere decir blanca, y era aquel dia, se trocó en negra y aciaga.

El cuerpo del maestre con licencia de los Moros llevaron á Alcántara, y le sepultaron en la iglesia Mayor de Santa María en un lucillo, y en él una letra que él mismo se mandó poner:

AQUI YACE AQUEL EN CUYO CORAZON NUNCA PAVOR
TUVO ENTRADA.

Cierto caballero refirió este letrero al emperador Carlos quinto, que dicen respondió: Nunca ese fidalgo debió apagar alguna candela con sus dedos. Era clavero de Calatrava Fernan Rodriguez de Villalobos, hombre de valor y anciano. Juntáronse los caballeros, acudió el rey con su favor, y nombráronle en lugar del muerto, si bien no era hijo legítimo de su padre, para que fuese maestre de Alcántara, eleccion que mucho sintieron y murmuraron los de aquella órden; pero prevaleció la voluntad del rey y los muchos servicios y valor del electo. Los Moros aunque agraviados de aquella entrada del maestre por habelles quebrantado las treguas, todavia ántes de romper la guerra despacharon al rey don Enrique un embajador que le halló en S. Martin de Valdeiglesias: allí propuso sus quejas; la respuesta fué que la culpa de aquel caso solo la tenia el maestre, que su muerte y la de los suyos era bastante emienda: con lo cual los Moros se sosegaron.

CAPITULO IV.

De nuevos alborotos que se levantaron en Castilla.

Los grandes que en Castilla la Vieja andaban descontentos, hacian de nuevo mayores juntas de gentes y de soldados. La voz era para acudir al llamado del rey, que decian se apercebia en Toledo, do estaba, para acudir á la guerra que de parte de Granada por la causa dicha de suso amenazaba; mas otro tenian en el corazon, que era llevar adelante sus desgustos y

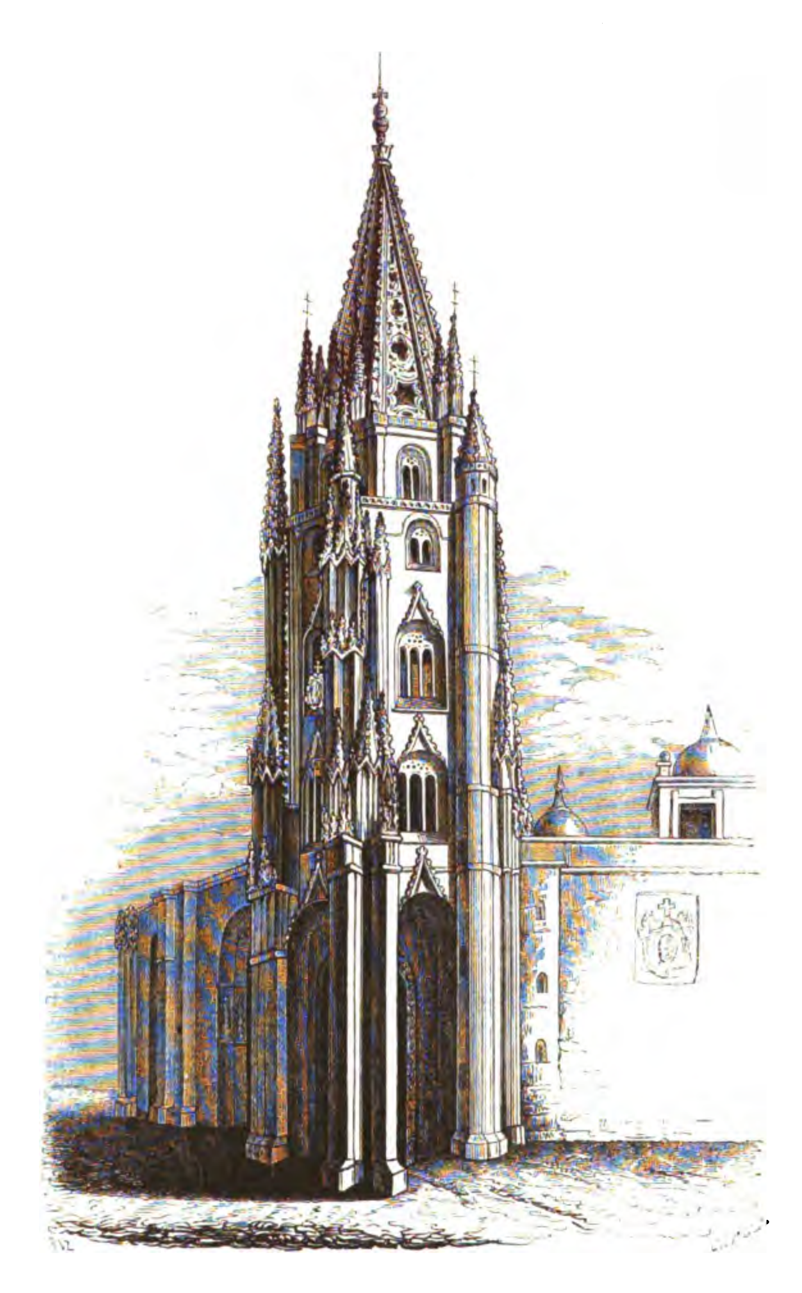
pasiones. Avino á la misma sazon que el rey de Castilla volvió á Illescas bien acompañado de gente, de grandes y ricos hombres. El maestre de Calatrava hizo tanto con el marqués de Villena, que le trajo consigo á aquella villa para reconcilialle con el rey: muchos nobles para honralle desde Aragon le hicieron compañía. Recibióle el rey con muchas muestras de amor y de contento; que es muy propio de los reyes contemporizar y ganar con caricias y benignidad las voluntades. El marqués hizo instancia que le restituyesen la dignidad de condestable que tenia por merced del rey don Juan, y los tutores á tuerto la dieron al conde de Trastamara. Hobo el rey su acuerdo sobre la demanda: respondió era contento de otorgar con lo que pedia, á tal empero que le acompañase á Castilla la Vieja, do era forzoso pasar para poner en razon los que andaban alborotados. Escusóse que no venia aprestado para aquella jornada: con tanto dió vuelta á Aragon, con algun sentimiento del rey que quisiera tener á su lado un tal varon.

Los bullicios de Castilla continuaban, y por el mismo caso los agravios que se hacian á la gente menuda y desvalida; pero visto que el rey se aprestaba de gente, los grandes, que no tenian fuerzas para resistir á la potencia real, tomaron mejor acuerdo. Diéronles seguridad, y así vinieron á la corte primero el arzobispo de Santiago, y tras él el duque de Benavente. Alegaron en escusa suya el mucho poder de sus enemigos y sus agravios, que los pusieron en necesidad para su defensa de acompañarse de gente: ofrecieron de recompensar las culpas con mayores servicios y lealtad. Perdonólos el rey de buena gana; y aun para mas prendar al de Benavente le señaló de las sus rentas reales quinientos mil maravedís de acostamiento en cada un año, y la villa de Valencia en Extremadura en recompensa del dote que le daban en Portugal, á condicion empero que se llegase á cuentas de las rentas reales que por su órden se cobraron los años pasados.

La esperanza de sosiego que todos comunmente concibieron con esto, se aumentó con la reduccion de don Pedro conde de Trastamara, que don Alonso Enriquez su hermano le aconsejó y persuadió que dejase aquellas porfías y bullicios que de ordinario paran en mal. Diéronle de acostamiento otra tanta cantía de maravedís; y para igualalle en todo con el de Benavente le restituyeron la villa de Paredes, que don Alonso conde de Gijon contra razon y derecho le tenia usurpada por fuerza. Trataba el rey de sujetar con las armas al conde de Gijon, que solo restaba de los grandes alborotados, y no tenian esperanza que se dejaria vencer por buenos medios y blandos (tan bullicioso era y tan arrestado de su natural) cuando vinieron por embajadores de don Carlos rey de Navarra el obispo de Huesca, que era francés de nacion, y Martin de Ayvar para intentar lo que tantas veces acometieron en vano, que la reina doña Leonor volviese á hacer vida con su marido. Lo que la razon no alcanzó, hizo cierto accidente que se efectuase.

La reina estaba muy sentida que la hobiesen acortado gran parte de la pension que tiraba de las rentas reales, por la cual causa se salió de las cortes de Madrid en que se tomó este acuerdo, mal enojada. Comunicábase con los grandes que andaban alborotados por la misma razon, y aun se entendia entraba á la parte de los bullicios. El rey de Castilla estaba por esto con ella torcido, que fué la ocasion de despachar de nuevo esta embajada. Avino que el conde de Trastamara, sabido lo que se tramaba contra la reina acerca de su partida, al improviso se salió de la corte y se fué para la reina que moraba en Roa, para asistilla que no se le hiciese fuerza ni agravio. Puso al rey en cuidado esta partida tan arrebatada no fuese principio de nuevas alteraciones. Sospechóse que el de Trastamara se comunicó en lo que hizo y pretendia, con el duque de Benavente. Llamóle á la corte, y llegado, le echaron mano y pusieron á buen recado; que fué un sábado veinte y cinco de julio. Hecho esto, porque la reina y el conde no tuviesen lugar de afirmarse, con la gente que pudo y que tenia aprestada para ir contra el conde de Gijon, á grandes jornadas partió el rey la vuelta de Roa. No pudo haber á las manos al conde, que con tiempo se huyó á Galicia. La reina visto el riesgo que corria, para aplacar la saña del rey, sin ponerse en defensa con sus hijas todas cubiertas de luto le salió á recebir á las puertas de la villa. Dió sus descargos, que no tuvo parte alguna en la partida del conde, pero que venido á su casa no era razon dejar de hospedar á su hermano, mayormente que publicaba venia á consolalla en su tristeza y trabajos. Mostró el rey satisfacerse con sus descargos de tal guisa que se apoderó de la villa, si bien dejó á la reina las rentas para que con ellas se sustentase, y á ella mandó que le acompañase á Valladolid, do la mandó poner guardas para que no se pudiese ausentar ni huir.

En el entretanto don Alonso conde de Gijon se fortalecia de armas, soldados y vituallas en la su villa de Gijon. Para atajalle los pasos acudió el rey con toda presteza á las Asturias: apoderóse de la ciudad de Oviedo, que se tenia por el conde (1). Dende partió para



Catedral de Oviedo.

Gijon, y puso sobre ella sus estancias. El sitio es tan fuerte por su naturaleza que por fuerza no la podian tomar. Detenerse en el cerco muchos dias érales muy pesado por ser los

(1) Oviedo se levantó contra el conde y habiéndose acercado el rey, se le entregó y prestó obediencia.

mayores frios del año, que en aquella tierra son mayores por ser muy septentrional, demas de muchas enfermedades que picaban en el campo y en los reales; todavía no fué la jornada en balde, porque durante el cerco el conde de Trastamara se redujo á mejor partido, y con perdon que le dieron, vino á los dichos reales. Con el conde cercado asimismo, visto que no le podian forzar, se tomó asiento á condicion que fuera de aquella villa de Gijon, en todos los demas pueblos de su estado se pusiesen guarniciones de soldados por el rey: ultra desto que el conde en persona pareciese en Francia para descargarse delante de aquel rey, como juez árbitro que nombraban de comun acuerdo, del aleve que se le imputaba; y que la sentencia que se diese, se cumpliese enteramente. Para seguridad del cumplimiento y de todo lo concertado el conde puso en poder del rey de Castilla á su hijo don Enrique: con que por el presente se dejaron las armas, y el reino se libró del cuidado en que por esta causa estaba.

CAPITULO V.

De la eleccion del papa Benedicto Decimotercio.

Esto pasaba en Castilla en sazon que en Aviñon falleció el papa Clemente á los diez y seis de setiembre. Los príncipes y potentados, los de cerca y los de lejos, por sus embajadores requirieron á los cardenales de aquella obediencia se fuesen despacio en la eleccion del sucesor: que su principal cuidado fuese de buscar alguna traza como el scisma se quitase, y con esto se pusiese fin á tantos males. A los cardenales no pareció dilatar el cónclave y la eleccion. Solo para mostrar algun deseo de condescender con la voluntad de los príncipes de comun acuerdo ordenaron que cada cual de los cardenales por expresas palabras jurase, en caso que le eligiesen por papa, renunciaria el pontificado cada y cuando que hiciese lo mismo por su parte el pontífice de Roma: camino que les pareció el mejor que se podia dar para apaciguar y unir toda la cristiandad. Creo será bien poner en este lugar la forma del juramento que hicieron los cardenales: «Nos los cardenales de la Santa Iglesia Romana con»gregados en cónclave para la eleccion futura, todos juntos y cada cual por sí delante el al»tar donde es costumbre de celebrar la misa conventual, por el mayor servicio de Dios y »unidad de su iglesia, y salud de todas las ánimas de sus fieles prometemos y juramos, to»cando corporalmente los santos Evangelios de Dios, que sin algun dolo ó fraude ó engaño »trabajaremos y procuraremos con toda fidelidad y cuidado por cuanto á lo que nos toca, ó »adelante puede tocar, la union de la iglesia, y poner fin cuanto en nos fuere al scisma »que agora con íntimo dolor de nuestros corazones hay en la Iglesia. Item que daremos para »este auxilio, consejo y favor al pastor nuestro y de la grey del Señor, que ha de ser y por »tiempo será señor nuestro, y vicario de Jesucristo, y que no daremos consejo ó favor direc»ta ó indirectamente, en público ó en secreto, para impedir las cosas arriba dichas. Mas, »que cada uno de nos cuanto le fuere posible, aunque sea elegido para la silla del apostola»do, hasta hacer cesion inclusivamente de la dignidad del papado, guardará y procurará »todas estas cosas y cada una dellas, y todas las demas arriba dichas; junto con esto todas »las vias útiles y cumplideras al bien de la iglesia y á la dicha union con sana y sincera vo»luntad, sin fraude, escusa ó dilacion alguna, si así pareciere convenir al bien de la Igle»sia y á la sobredicha union á los señores cardenales que al presente son ó por tiempo se»rán en lugar de los presentes, ó á la mayor parte dellos.»

Hecho este juramento en la manera que queda dicho, se juntaron los cardenales, en número veinte y uno, para hacer la eleccion. Salió con todos los votos sin que alguno le faltase, el cardenal de Aragon don Pedro de Luna. Su nobleza era muy conocida, su doctrina muy aventajada en los derechos civil y canónico, demas de las muchas legacías en que mucho trabajó, su buena gracia, maña y destreza con que se grangean mucho las voluntades. En su asuncion se llamó Benedicto decimotercio. Despues que se vió papa, comenzó á tratar de pasar la silla á Italia, sin acordarse del juramento hecho ni de dar órden en renunciar el pontificado. Alteróse mucho la nacion francesa por la una y por la otra causa. Tuvieron su acuerdo en París en una junta de señores y prelados. Parecióles que para reportar el nuevo pontífice, que sabian era persona de altos pensamientos y gran corazon, como lo declaró bien el tiempo adelante, era necesario envialle grandes personages que le representasen lo que aquel reino y toda la iglesia deseaba.

Señalaron por embajadores los duques de Borgoña y de Orliens y de Bourges, los cua-

les luego que llegaron á Aviñon, habia audiencia, le requirieron con la paz, y protestaron la restituyese al mundo, y que se acordase de las calamidades que por causa de aquella division padecia la cristiandad: acusábanle el juramento que hizo, y mas en particular le pedian juntase concilio general en que los prelados de comun acuerdo determinasen lo que se debia hacer. Respondió el papa que de ninguna suerte desampararia la iglesia de Dios vivo, y la nave de S. Pedro cuyo gobernalle le habian encargado. No se contentaron aquellos principes desta respuesta, ni cesaban de hacer instancia; mas visto que nada aprovechaba dieron la vuelta mal enojados así ellos como su rey y toda aquella nacion. Procuraba el pontifice con destreza aplacar aquella indignacion, para lo cual concedió al rey de Francia por término de un año la décima de los frutos eclesiásticos de aquel reino.

Esto pasaba por el mes de mayo del año del Señor de 1395 años, en que se comenzó á destemplar poco á poco el contento del nuevo pontifice, y trocarse su prosperidad en miserias y trabajos. El gobernador de Aviñon con gente de Francia por órden de aquel rey le puso cerco dentro de su palacio muy apretado. Publicóse otrosí un edicto en que se mandaba que ningun hombre de Francia acudiese á Benedicto en los negocios eclesiásticos. Sobre todo los cardenales mismos de su obediencia le desampararon, excepto solo el de Pamplona, que permaneció hasta la muerte en su compañia. Finalmente por todas estas causas se vió tan apretado, que le fué forzoso salirse de Aviñon en hábito disfrazado, y pasarse á Cataluña para poderse asegurar: pero esto aconteció algunos años adelante (1). Las negociaciones entre los príncipes sobre el caso andaban muy vivas, y las embajadas que los unos á los otros se enviaban. El rey de Francia procuraba apartar de la obediencia de aquel papa á los reyes, al de Navarra, al de Aragon y al de Castilla. Haciaseles cosa muy grave á estas naciones apartarse de lo que con tanto acuerdo abrazaron, en particular el de Castilla despachó á don Juan obispo de Cuenca, persona prudente y de trazas, para que reconciliase al rey de Francia con el papa, ca entendian la causa de aquella alteracion y mudanza eran desgustos particulares: poco prestó esta diligencia.

En Aragon por la parte de Ruysellon entró gran número de soldados Franceses para robar y talar la tierra. La reina doña Violante, como la que por el descuido de su marido ponia en todo la mano, despachó al rey de Francia y á sus tios los duques, el de Borgoña y el de Berri, y al duque de Orliens un embajador, por nombre Guillen de Copones, para querellarse de aquellos desórdenes: diligencia con que se atajó aquella tempestad, y los Franceses dieron la vuelta en sazon que el rey don Juan de Aragon murió de un accidente que le sobrevino de repente. Salió á caza en el monte de Foxa, cerca del castillo de Mongriu y de Urriols en lo postrero de Cataluña. Levantó una loba de grandeza descomunal: quier fuese que se le antojó por tener lesa la imaginacion quier verdadero animal, aquella vista le causó tal espanto que á deshora desmayó y se le arrancó el alma, que fué á los diez y nueve de mayo dia miércoles. Principe á la verdad mas señalado en flojedad y ociosidad que en alguna otra virtud.

Su cuerpo fué sepultado en Poblete, sepultura ordinaria de aquellos reyes. No dejó hijo varon, solamente dos hijas de dos matrimonios, doña Juana y doña Violante. La primera dejó casada con Mateo conde de Fox, la segunda concertada con Luis duque de Anjou, segun que de suso queda apuntado. Nombró en su testamento por heredero de aquella corona á su hermano don Martin duque de Momblanc, lo que con gran voluntad aprobó el reino por no caer en poder de extraños, si admitian las hembras á la sucesion. Hallábase don Martin ausente, ocupado en allanar á sus hijos la isla de Sicilia y componer aquellas alteraciones. Doña María su muger, persona de pecho varonil, hizo sus veces, ca se llamó luego reina; y en una junta de señores que se tuvo en Barcelona, mandó se pusiesen guardas á la reina doña Violante que decia quedar preñada, para no dar lugar á algun embuste y engaño: la misma reina viuda dentro de pocos dias se desengañó de lo que por ventura pensaba.

Pretendia el conde de Fox que le pertenecia aquella corona por el derecho de su muger, como de hija mayor del rey difunto. Contra el testamento que hizo su suegro, se valia del de el rey don Pedro su padre, que llamó á la sucesion las hijas: de la costumbre tan recebida y guardada de todo tiempo, que las hembras heredasen el reino (2), la cual ni se de-

(1) Antes de este viage el papa Benedicto vino á Aragon.
(2) No habia tal costumbre en Aragon pues si doña Petronila lo heredó, fué por un consentimiento expreso de la nacion.

bia, ni se podia alterar, mayormente en su perjuicio. Estas razones se alegaban por parte del conde de Fox y de su muger, si no concluyentes, á lo menos aparentes asáz. Sin embargo las cortes del reino que se juntaron en Zaragoza por el mes de julio, adjudicaron el reino de comun acuerdo de todos á don Martin que ausente se hallaba, las insignias, nombre y potestad real. Platicaron otrosí de los apercibimientos que se debian hacer para la guerra que de Francia por el mismo caso amenazaba.

CAPITULO VI.

Como la reina doña Leonor volvió á Navarra.

El reino de Aragon andaba alterado por las sospechas y recelos de guerra que los aquejaban. En las ciudades y villas no se oia sino estruendo de armas, caballos, municiones, vituallas. Castilla sosegaba por haberse los demas grandes allanado, y el de Gijon ausentado y partido para Francia conforme á lo que con él asentaron. La reina de Navarra asimismo mal su grado fué forzada á volver con su marido, negocio por tantas veces tratado. Para aseguralla hizo el rey su marido juramento de tratalla como á reina é hija de reyes. Para honralla y consolalla el mismo rey de Castilla su sobrino la acompañó hasta la villa de Alfaro, que es en la raya de Navarra. En la ciudad de Tudela la recibió el rey su marido magnificamente con toda muestra de alegría y de amor. Hiciéronse por esta vuelta procesiones en accion de gracias por todas partes, fiestas y regocijos de todas maneras. Juan Hurtado de Mendoza mayordomo de la casa real tenia gran cabida con el rey de Castilla: por esto y en recompensa de sus servicios le hizo poco ántes donacion de la villa de Agreda, y en el territorio de Soria de los lugares Ciria y Borovia. El pueblo llevaba mal esto por la envidia que como es ordinario se levanta contra los que mucho privan, y suélese llevar mal que ninguno se levante demasiado. Los vecinos de Agreda no querian sujetarse, ni ser de señor ninguno particular, con tanta determinacion que amenazaban defenderian con las armas (si necesario fuese) su libertad. Tenian por cosa pesada que aquel lugar de realengo se hiciese de señorío: gobierno que al principio suele ser blando, y adelante muy pesado y grave, de que cada dia se mostraban ejemplos muy claros. Demas que por estar á los confines de Navarra y Aragon corrian peligro de ser acometidos los primeros, sin que los pudiesen defender las fuerzas de ningun señor particular. Querellábanse otrosí que no les pagaban bien los servicios suyos y de sus antepasados, y la lealtad que siempre con sus reyes guardaron.

Partióse el rey de Castilla para allá con intencion y fiucia que con su presencia se apaciguarian aquellos desgustos. Poco faltó que no le cerrasen las puertas, si no intervinieran personas prudentes que les avisaron con cuanto peligro se usa de fuerza para alcanzar de los reyes lo que con modestia y razon se debe y puede hacer: consejo muy saludable, porque el rey, oidas sus razones, con facilidad se dejó persuadir que aquella villa se quedase en su corona, con recompensa que hizo á Juan de Mendoza en las villas de Almazan y Santisteban de Gormaz que á trueco le dieron: con que se sosegó aquella alteracion. El rey don Enrique para seguir al conde de Gijon envió sus embajadores á Francia, que comparecieron en París al plazo señalado. El conde no compareció sea por no poder mas, sea por maña; verdad es que al tiempo que los embajadores se aprestaban para dar la vuelta, tuvieron aviso que el conde era llegado á la Rochela, ciudad y puerto en tierra de Santonge puesto entre la Guiena y la Bretaña. Por esta causa se detuvieron. Pusiéronle demanda delante del rey de Francia: alegaron las partes de su derecho, y sustanciado el proceso y cerrado, se vino á sentencia, en que el conde fué dado por aleve, y mandado se pusiese en manos de su rey y se allanase: si así lo cumpliese, podia tener esperanza del perdon y de recobrar su estado, en que aquel rey ofrecia interpondria su autoridad y ruegos: si perseverase en su rebeldía, le avisaban que de Francia no esperase ningun socorro, ni lugar seguro en aquel reino.

En esta sustancia se despacharon cartas para el duque de Bretaña y otros señores movientes de aquella corona y á los gobernadores, en que les avisaban no ayudasen al conde para volver á España con dineros, armas, soldados, ni naves. Por otra parte el rey de Castilla, avisado de la sentencia, pedia que le entregasen la villa de Gijon conforme á las condiciones que asentaron: la condesa que dentro estaba, no venia en ello, sea por ser muger varonil, ó por los consejeros que tenia á su lado. Acudió el rey á esto, porque con la dilacion

no se pertrechase: púsose sobre aquella villa cerco, que no duró mucho á causa que los cercados, perdida toda esperanza de socorro, en breve se rindieron. El rey hizo abatir los muros de la villa y las casas para que adelante no se pudiese rebelar. A la condesa entregaron á su hijo don Enrique que estaba en poder del rey, á tal que desembarazase la tierra, y se fuese fuera del reino con su marido, que á la sazon se hallaba en tierra de Santonge con poca ó ninguna esperanza de recobrar su estado.

Hecho esto, el rey dió la vuelta á Madrid, resuelto de visitar en persona el Andalucía, que lo deseaba y los negocios lo pedian, y por diversas causas lo dilatára hasta entonces. Pasó á Talavera con este intento: allí por el mes de noviembre le llegaron embajadores del rey de Granada para pedir que el tiempo de las treguas que ya espiraba, ó era del todo



Sello de D. Martin de Aragon.

pasado, se alargase de nuevo. Recelábanse los Moros que apaciguadas las pasiones del reino y de los grandes, no revolviesen las fuerzas de Castilla en daño de Granada para tomar emienda de los daños que ellos hicieron en su menor edad por aquellas fronteras. No los despacharon luego: solo les dieron órden que fuesen á Sevilla en compañía del rey, al cual recibió aquella ciudad con grandes fiestas y regocijos, como es ordinario. En ella hizo prender al arcediano de Ecija por amotinador de la gente, y atizador principal de los graves daños que los dias pasados se hicieron en aquella ciudad y en otras partes á los Judíos. Esta prision y el castigo que le dieron, fué escarmiento para otros, y aviso de no levantar el pueblo con color de piedad.

Por todas estas causas una nueva y clara luz parecia amanecer en Castilla despues de tantos torbellinos y tempestades, y una grande seguridad de que nadie se atreveria á hacer desaguisados á los miserables y flacos. Las treguas asímismo se renovaron con los Moros, que mucho lo deseaban: con que quedaba todo sosegado sin miedo ni recelo de alguna guerra ni alboroto. Mucho importó para toda la prudencia y buena maña del rey don Enrique, que aunque mozo, de cada dia descubria mas prendas de su buen natural en valor y todo género de virtudes. Verdad es que las esperanzas que deste príncipe se tenian muy

grandes, en breve se regalaron y deshicieron como humo por causa de su poca salud, mal que le duró toda la vida. Grande lástima y daño muy grave: con la indisposicion traia el rostro amarillo y desfigurado, las fuerzas del cuerpo flacas, las del juicio á veces no tan bastantes para peso tan grande, tantos y tan diversos cuidados. Finalmente los años adelante no continuó en las buenas muestras que ántes daba, y que las gentes se prometian de su buen natural. Fué esto en tanto grado que apenas se puede relatar cosa alguna de las que hizo los años siguientes. Algunos atribuyen esta dificultad á la falta que hay de memorias de aquel tiempo, y mengua de las corónicas de Castilla: es así, pero justamente se puede entender que la continua indisposicion del rey, y la grande paz de que por beneficio del cielo gozaron en aquel tiempo, fueron ocasion de que pocas cosas sucediesen dignas de memoria y de cuenta.

El duque de Benavente estaba preso en Monterrey por cuenta y á cargo del maestre de Santiago: pasaronle adelante dende á la villa de Almodovar. El arzobispo de Santiago, prelado aunque pequeño de cuerpo, de gran corazon, y que no sabia disimular, se mostraba desto agraviado, pues el duque fiado de su palabra deshizo su gente, y se vino á la corte para ponerse en las manos del rey. Demas desto tenia por peligroso para la conciencia obedecer á los papas de Aviñon, que cuidaba ser falsos, y verdaderos los que residian en Roma. Este color tomó y esta ocasion para dejar á Castilla y pasarse á Portugal. Alli le criaron primero obispo de Coimbra, y despues arzobispo de Braga en recompensa de la prelacia muy principal que dejaba en Castilla de Santiago, en que por su ausencia entró don Lope de Mendoza.

Era en la misma sazon obispo de Palencia don Juan de Castro, personage mas conocido por la lealtad que siempre guardó con el rey don Pedro y sus descendientes, que por otra prenda alguna. Anduvo fuera de España en servicio de doña Costanza hija del rey don Pedro, por cuya instancia y á contemplacion de su marido el duque de Alencastre le hicieron obispo de Aquis en la Guiena. Despues al tiempo que se hicieron las paces entre Castilla é Ingalaterra, volvió entre otros del destierro para ser obispo de Jaen y finalmente de Palencia. Refieren que este prelado escribió la corónica del rey don Pedro con mas acierto y verdad que la que anda comunmente llena de engaños y mentiras por el que quiso lavar su deslealtad con infamar al caido, y bailar al son que los tiempos y la fortuna le hacian. Añaden que aquella historia se perdió y no parece, mas por diligencia de los interesados que por la injuria del tiempo, ó por otro demérito suyo: tal es la fama que corre; así lo atestiguan graves autores. Nos en los hechos y vida del rey don Pedro seguimos la opinion comun, que es la sola voz de la fama, y de ordinario va mas conforme á la verdad; y es averiguado que no menos ciega el amor que el ódio los ojos del entendimiento para que no vean la luz, ni refieran con sinceridad y sin pasion la verdad.

En Aragon no andaba la gente sosegada: la mudanza de los príncipes, en especial si el derecho del sucesor no es muy claro suele ser ocasion de alteraciones. Prendieron á don Juan conde de Ampurias: achacábanle se inclinaba á la parte del conde de Fox, quier por tener su derecho por mas fundado y su demanda mas justa, quier por satisfacerse del agravio que pretendia le hicieron los años pasados. Amenazaba guerra de parte de Francia: juntaron cortes del reino en S. Francisco de Zaragoza muy generales y llenas á dos de octubre; acordaron se hiciese gente por todas partes para la defensa, y por general señalaron á don Pedro conde de Urgel. Ninguna diligencia era demasiada, porque el conde de Fox con un grueso campo, pasadas las cumbres de los Pirineos, corria la comarca que baña con su corriente el rio Segre, y los pueblos llamados antiguamente Ilergetes. Robaba, saqueaba, quemaba, y finalmente á los postreros de noviembre se puso sobre la ciudad de Barbastro con cuatro mil caballos y gran número de infanteria. En aquellos reales se hicieron él y su muger alzar y pregonar por reyes de Aragon con las ceremonias que en tal caso se acostumbran. Tembló la tierra en Valencia mediado el mes de diciembre, con que muchos edificios cayeron por tierra, otros quedaron desplomados; que era maravilla y lástima. El pueblo como agorero que es, pensaba eran señales del cielo y pronósticos de los daños que temian (1). Desbaratóse este nublado muy en breve á causa que el de Fox alzado el cerco fué forzado á dar la vuelta por la parte de Navarra á su tierra con tal priesa que mas parecia huida que retirada, de que daba muestra el fardage que en diversas partes dejaba. La

(1) Tambien hubo una peste cruel desde enero hasta julio que casi dejó despoblada la ciudad.

falta de vituallas le puso en necesidad de volver atrás, por ser la tierra no muy abundante, y tener los naturales alzados los mantenimientos y la ropa en lugares fuertes: demas que el conde de Urgel en todos lugares y ocasiones le hacia siempre algun daño con encuentros y alarmas que le daba.

La retirada de los enemigos y el sosiego de Aragon y Cataluña fué por principio del año del Señor de 1396 en sazon que el nuevo rey don Martin, alegre con las nuevas que de Aragon le vinieron, y allanados los alborotos de Sicilia, acordó de dar la vuelta á España en una buena armada que de naves y galeras aprestó en Mecina. Aportó de camino á Cerdeña, en que apaciguó asimismo en gran parte las alteraciones de aquella isla. Parecia que el cielo favorecia sus intentos y que todo se le allanaba. En la costa de la Provenza por el rio Rhódano arriba llegó hasta la ciudad de Aviñon para verse con el papa Benedicto y hacelle el homenage debido. El le presentó la rosa de oro con que suelen los pontífices honrar á los grandes príncipes, y le dió la investidura de Cerdeña y de Córcega con título de rey y como á feudatario de la iglesia, con las ceremonias y juramentos acostumbrados.

Despedido del papa, finalmente con su armada surgió en la playa de Barcelona. Allí hizo su entrada en aquella ciudad á manera de triunfo por las victorias que ganara, y tantos reinos como en breve se le juntaron, y en una pública junta de los mas principales tomó la posesion de aquel reino por el derecho que á el tenia, y por el que le daba el testamento de su hermano el rey don Juan. Al conde de Fox, y á su muger porque tomaron nombre de reyes, y por la entrada que hicieron por fuerza en aquel reino, los hizo publicar por traidores y enemigos de la patria: si á tuerto, si con razon, quién lo podrá averiguar? pero destas cosas se tornará á tratar en otro lugar, al presente volvamos á lo que se nos queda rezagado.

CAPITULO VII.

Que de nuevo se encendió la guerra en Portugal.

El estado de las cosas de España en esta sazon era tolerable. El imperio oriental de los Griegos padecia mucho, y amenazaba alguna gran ruina por las discordias que en tan mala coyuntura se levantaron entre aquellos príncipes, y la perpetua felicidad de los Otomanos emperadores de los Turcos. La parcialidad de los Griegos mas flaca como es ordinario sin tener respeto al bien comun buscó socorros de fuera, y lo que fué peor, llamó en su ayuda á Amurates gran emperador de aquella gente. No le pareció al turco dejar pasar la ocasion que aquellas discordias le presentaban, de apoderarse de todo. Pasó con gran gente el estrecho del Hellesponto, y cerca dél se apoderó de primera entrada de Gallípoli y Adrianópoli, dos ciudades famosas y principales. Aspiraba á hacer lo mismo de lo restante de aquel imperio, y aun sus gentes se derramaron por diversas partes. El daño que hizo fué grande, y mayor el espanto, no solo en lo de Grecia, sino en las naciones comarcanas, en especial en Hungria, cuyo rey era Sigismundo, mas conocido y famoso por la paz que los años siguientes puso en la iglesia, quitado el scisma, que venturoso en las armas.

En este aprieto despachó sus embajadores á Carlos VI rey de Francia para avisalle del peligro que corria toda la cristiandad, si prestamente todos no acudian á pagar aquel fuego ántes que cobrase mas fuerzas, y el imperio de aquella gente bárbara y fiera con el tiempo se arraigase en Europa. Oyeron los Franceses por su nobleza y valor esta embajada de buena gana. Aprestaron buen golpe de gente á caballo, y por caudillo Juan hijo del duque de Borgoña, y Philipe condestable de Francia, Enrique de Borbon, con otras personas de cuenta. Llegados á Hungria, consultaron con el rey Sigismundo en la ciudad de Buda sobre la manera en que se debia hacer la guerra. Acordaron convenia presentar la batalla al enemigo lo mas presto que pudiesen, ántes que se resfriase el calor que los Franceses traian de pelear. Hicieron algunas cabalgadas no de mucha cuenta, y quitaron de poder de los enemigos algunos pueblos de poco nombre, pero que les dió avilenteza para aventurar el resto y menospreciar al enemigo: cosa de ordinario muy perjudicial en la guerra.

Marcharon con su gente hasta los confines de Thracia, y hasta dar vista al enemigo cerca de la ciudad de Nicópoli. Ordenaron sus haces con resolucion de pelear: lo mismo hicieron los contrarios; dióse la señal por ambas partes de acometer. Los Franceses con el

orgullo que llevaban se adelantaron sin dar lugar á que los Húngaros saliesen de sus reales y les hiciesen compañia: cerraron ántes de tiempo, que fué ocasion de perder aquella memorable jornada; muchos quedaron muertos en el campo, otros cautivaron, y entre los demas á Juan hijo del duque de Borgoña, á quien su padre adelante rescató por gran dinero: el rey Sigismundo escapó á uña de caballo. Sucedió este grave daño y revés la misma fiesta de S. Miguel veinte y nueve de setiembre, con que el resto de la cristiandad quedó atemorizado no solo por el estrago presente, sino mucho mas por los males que para adelante amenazaban. En unas partes se oian llantos por la pérdida de los suyos, en otras hacian procesiones y rogativas para aplacar á Dios y su saña.

En Granada falleció el rey Juzeph: rugíase que por engaño del rey de Fez, que con muestra de amistad le envió entre otros muy ricos presentes una marlota inficionada de ponzoña, tal y tan eficaz que luego que la vistió convidado de su hermosura, se hirió de tal suerte que dentro de treinta dias espiró atormentado de gravisimos dolores; las mismas carnes se le caian á pedazos: cosa maravillosa, si verdadera. Muerto Juzeph, se apoderó por fuerza del reino su hijo menor por nombre Mahomad, y por sobrenombre Balva. Quedó excluido y privado el hijo mayor llamado como el padre Juzeph: venció su mejor derecho la maña que su hermano tuvo en grangear las voluntades del pueblo, y sus buenas partes de ingenio vivo y valor, en que no tenia par. Solo le ponia en cuidado el rey de Castilla no emprendiese con sus fuerzas de restituir á su hermano en el reino de su padre. Para prevenirse partió para Toledo, resuelto de conquistar con dones y con su buena maña aquel rey y á sus cortesanos: salióle bien la jornada, que renovado el concierto puesto con su padre, de nuevo se tornaron á asentar las treguas.

Teníanse á la sazon cortes en Toledo, en que se publicó una premática sobre las prebendas eclesiásticas, que no las pudiese poseer ningun extrangero, excepto algunos pocos con quien pareció en particular dispensar, y en general con toda la nacion Portuguesa, ca la pretendian conquistar y su aficion con semejantes caricias. Publicó otrosí el rey este año una ley en que mandó que ninguno pudiese tener mula de silla que no mantuviese caballo de casta, con algunas modificaciones que se pusieron, todo á propósito que en el reino se criase número de caballos. En Sevilla un jueves cinco de octubre falleció Juan de Guzman conde de Niebla. Sucedióle Enrique de Guzman su hijo, que fué padre de otro Juan de Guzman, por merced de los reyes primer duque los años adelante de aquella nobilisima casa. Los caballeros de Calatrava trocaron la muceta de que ántes usaban con su capilla de color negra, en la cruz roja de que hoy usan, por bula del papa Benedicto ganada á instancia y suplicacion de su maestre don Gonzalo de Guzman.

Los Portugueses por aprovecharse de la ocasion que la poca salud del rey don Enrique les presentaba, trataban de volver á las armas. Era necesario buscar algun color para acometer aquella novedad. Parecióles bastante que algunos grandes de Castilla no afirmaron en tiempo las treguas que se asentaron. Juntaron sus huestes, con que de primera entrada se apoderaron de Badajoz, ciudad puesta á la raya de Portugal, en que prendieron al gobernador, que era el mariscal Garci Gonzalez de Herrera. Destos principios de rompimiento se continuó la guerra por espacio de tres años con el mismo teson y porfia que la pasada. Para hacer resistencia mandó el de Castilla juntar y alistar sus gentes, y por general á don Ruy Lopez Dávalos, que poco ántes hiciera su condestable, sea por muerte del conde de Trastamara, ó por despojalle de aquella dignidad: lo del mar como negocio no menos importante encargó al almirante Diego Hurtado de Mendoza.

Sucedió por el mes de mayo del año siguiente 1397 que cinco galeras castellanas se encontraron con siete Portuguesas, que volvian de Génova cargadas de armas y otras municiones. Embistiéronlas con tal denuedo que las desbarataron: las cuatro tomaron, una echaron á fondo, las otras dos se escaparon. Pareció gran crueldad que despues de la victoria echaron á la mar cuatrocientas personas, si ya no juzgaron que con semejante rigor se debia enfrenar el orgullo de aquella nacion. El almirante otrosí con su armada costeó las marinas de Portugal, saqueó y quemó pueblos, taló los campos, y robó toda la tierra, sin que le pudiesen ir á la mano. Muchos nobles y fidalgos de Portugal, unos por tener la guerra por injusta y aciaga, otros por estar cansados del gobierno de su rey se pasaron á Castilla: personas de valor, de que dieron muestra en todas las ocasiones que se presentaron. Los de mas cuenta fueron Martin, Gil y Lope de Acuña, todos tres hermanos: Juan y Lope Pacheco hermanos asimismo. A estos caballeros heredaron magnificamente los reyes de Castilla en premio de

sus servicios, y recompensa de la naturaleza y lo demas que en su tierra dejaron: zanjas y cimientos sobre que adelante se levantaron en Castilla muy principales casas y estados de estos apellidos y de otros.

Continuábase la guerra, en que los Portugueses se apoderaron de Tuy, ciudad de Galicia puesta á la raya de Portugal: demas desto por otra parte en la Extremadura pusieron sitio sobre la villa de Alcántara, bien conocida por ser asiento de la caballeria de aquel nombre: acorrió á los cercados en tiempo el nuevo condestable de Castilla, con que no solo desbarató el cerco é hizo retirar á los enemigos, pero rompió por las fronteras de Portugal, corrió y robó la tierra, y aun se apoderó de algunos pueblos de poca cuenta, y enfrenó el orgullo y osadia de los contrarios. Por otra parte el maestre de Alcántara y Diego Hurtado de Mendoza el almirante, y con ellos Diego Lopez de Zúñiga justicia mayor de Castilla se pusieron sobre Miranda de Duero: acudió asimismo con su gente el condestable, con que de tal guisa apretaron el cerco que los de dentro fueron forzados á rendirse. Asi por la una y por la otra parte resultaban pérdidas y ganancias: con que los Portugueses algun tanto se templaron, y todos comunmente entraron en esperanza se podria con buenas condiciones asentar paz entre aquellas dos naciones, que era lo que mejor les venia.

CAPITULO VIII.

Como se renovaron las treguas entre Castilla y Portugal.

Al principio desta guerra dos frailes Franciscos cuyos nombres no se saben, (1) solo se dice que encendidos en deseo de extender la religion cristiana, y de enseñar á los Moros descaminados y errados el camino de la verdad, se atrevieron á predicalles en público en Granada con gran concurso del pueblo, que se maravillaba de aquella novedad. Mandáronles dejasen aquella porfia; y como no quisiesen obedecer, si bien los maltrataron de palabras y obras, los alfaquies para atajar el escándalo de consumo se fueron al rey, y se querellaron del desacato que con aquella libertad se hacia á su religion. Salió decretado que les echasen mano, ó hiciesen dellos justicia como de amotinadores del pueblo. Fué fácil prender a los que no huian, y convencer á los que no se descargaban: cortáronles las cabezas, y arrastraron sus cuerpos con todo género de denuestos y ultrages que les dijeron é hicieron. Los cristianos despues de muertos los tienen y honran como á mártires.

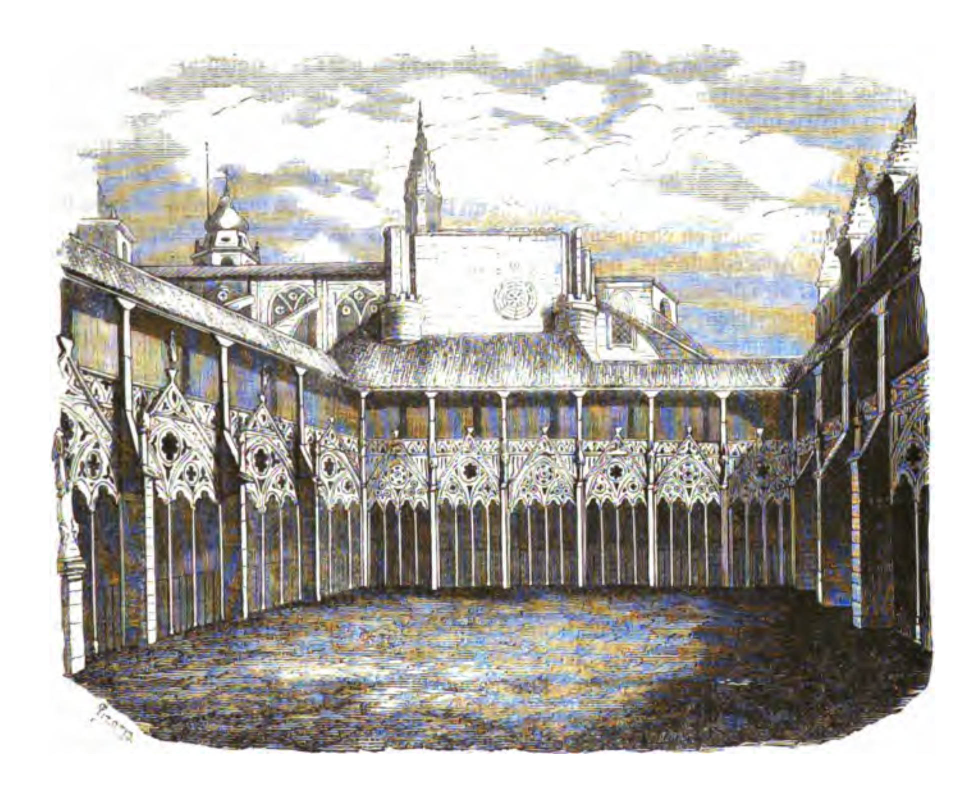
En Aviñon el papa Benedicto desamparado de sus cardenales, como se tocó arriba, y por tener enojado y por enemigo al rey de Francia, y él mismo estar cercado dentro de su sacro palacio, se hallaba con poca esperanza de poder resistir á torbellinos tan grandes y mantenerse en el pontificado. Solo le alentaba contra el ódio comun, que los reyes de España casi todos tenian recio por él, sin embargo que el rey de Francia traia gran negociacion por medio de sus embajadores para apartallos de aquella obediencia. Decian que ningun otro camino se descubria para la union de la iglesia, tan deseada y tan importante, sino que Benedicto renunciase simplemente, como él mismo lo tenia prometido y jurado cuando le sacaron por papa. Hizose junta general de obispos y otras personas graves en ciencia y prudencia. Asistieron de parte del rey de Aragon Vidal de Blanes un caballero de su casa, y otro gran jurista por nombre Ramon de Francia. No se alteró nada en esta junta, si bien el rey deseaba venir en lo que el de Francia le pedia: solo acordaron se procurase que con efecto los dos papas revocasen las censuras que el uno contra el otro tenian fulminadas, y de comun consentimiento con toda brevedad señalasen lugar en que los dos se comunicasen sobre los medios que se podrian tomar para unir la iglesia y asentar una verdadera paz.

En Pamplona la principal parte de la iglesia catedral estaba por tierra, que se cayó siete años ántes deste en que vamos. Deseaban reparalla, pero espantábales la mucha costa, para que no eran bastantes ni los proventos de la iglesia, ni las limosnas particulares. (2) El rey don Carlos, visto esto, con gran liberalidad señaló para la fabrica la cuadragésima parte de sus rentas reales por termino de doce años, de que hay pública escritura, su data en San Juan de Pie de Puerto, á las vertientes de los Pirineos de la parte de Francia, deste año á veinte y cinco de mayo. Deseaba este rey en gran manera recobrar el estado que sus

(1) Fueron Fr. Pedro de Dueñas, y Fr. Juan Lorente, de Cetina en Aragon.
(2) De la obra hecha en esta época, solo presentamos la vista de los claustros por ser la parte de mas mérito

antepasados poseyeron en Francia, que era el condado de Evreux y gran parte de Normandia. Trató desto por medio de sus embajadores con el rey de Francia, y como quier que en ausencia no se efectuase cosa alguna, acordó en persona pasar á la corte de aquel rey, que aun no estaba del todo sano de su enfermedad, ántes á tiempos se le alteraba la cabeza de suerte que mal podia atender al gobierno. Por esto el Navarro sin acabar cosa alguna de las que pretendia, cansado y gastado dió la vuelta para su reino por el mes de setiembre del año 1398. Llegado, dió órden que todos los estados jurasen por heredero de aquella corona un hijo que el año pasado le nació de su muger, y le llamaron asímismo don Carlos. La ceremonia y solemnidad se hizo en Pamplona á los veinte y siete de noviembre: la alegria duró poco á causa de la muerte del infante que le sobrevino en breve.

Los Portugueses, hostigados con los reveses pasados, tomaron mejor acuerdo de mover pláticas de paz. Despacharon embajadores en esta razon: respondió el rey don Enrique que ni él rompió la guerra, ni pondria impedimento á la paz á tal que las condiciones fuesen honestas y tolerables. Dieron y tomaron sobre el caso: era dificultoso asentar paces perpetuas, acordaron de confirmar las treguas pasadas. Recelábanse los de Castilla de los de Aragon que querian tomar las armas; que causas de disgustos entre reyes comarcanos nunca faltan, ni razones con que cada cual abona su querella. El marques de Villena ponia en cuidado, que andaba desabrido, y ni queria venir á la corte de Castilla como le requerian, y tenia un grande estado á la raya de Valencia, y aun se podia sospechar atizaba en Aragon el fuego de los disgustos. Allegóse otra nueva ocasion para hacelle guerra y atropellarle. Esto fué que dos hijos del marques, don Alonso y don Pedro, casaron los años pasados con dos tias del rey de Castilla, que llevaron en dote cada treinta mil ducados. Todo este dinero se contó de presente para pagar el rescate del marques á los Ingleses, que le prendieron en la batalla de Nájara como queda dicho en otros lugares, y para librar á don Alonso, que le entregó su padre en rehenes hasta tanto que el rescate suyo se pagase.



que en la nueva catedral de Pamplona se encuentra. La fachada que hoy tiene, á fines del siglo pasado se construyó en sustitucion de la que al través de setecientos años estaba deteriorada.

Don Pedro murió en la batalla de Aljubarrota, padre que fué del famoso don Enrique de Villena, de quien se tuvo por cierto que por el deseo que tenia de saber, no dudó de aprender el arte condenada de Nigromancia. Algunos libros que andan suyos, dan muestra de su agudeza y erudicion, si bien el estilo es afectado con mezcla de las lenguas latina y castellana usada en aquella era, en esta muy desgraciada. Don Alonso no vino en efectuar su casamiento: escusábase con la fama que corria del poco recato y honestidad de su esposa. Pretendia el rey don Enrique, como sobrino y valedor de aquellas señoras, que pues la una quedó viuda y el casamiento de la otra no se efectuaba, que por lo menos les debian restituir sus dotes. Hacíanse sordos á esta demanda el marques y su hijo, y alegaban sus causas para no hacello, que á semejantes personages nunca faltan. Esto tomó por ocasion el rey don Enrique para quitarse de cuidado, y ejecutar lo que por todas vias le venia á cuento y lo deseaba, que fué con las armas apoderarse de aquel grande estado de Villena, que se hizo con facilidad; solo quedaron por el marques Villena y Almansa, que tenia bien pertrechadas y con buena guarnicion de soldados aragoneses.

Contemporáneo de don Enrique de Villena, y que le semejaba en los estudios y erudicion, fué don Pablo de Cartagena, del cual por ser persona tan señalada será justo hacer memoria en este lugar. Su nacion y profesion fué de judío desde sus primeros años, el mas rico y principal entre aquella gente, dado á la leccion de los libros sagrados y á las otras ciencias. Con deseo de saber revolvia las obras de Sto. Tomás de Aquino, que escribió en materia de Teología: con esta leccion se convenció de la ventaja que hace la verdad cristiana á las fábulas y á las invenciones judáicas; finalmente se bautizó, y como era tan sábio, en defensa de la religion que tomaba, escribió libros admirables. En premio de sus letras, y para mover á los demas Judíos que le imitasen, le honraron mucho. Primero le hicieron arcediano de Treviño, despues obispo de Cartagena, y finalmente de Burgos su natural y patria: premios todos debidos á su virtud y doctrina, y al ejemplo que dió. Adelante fué canciller mayor de Castilla, oficio de grande preeminencia; y aun le encargaron la enseñanza del rey don Juan el segundo: confianza que de pocos de aquella nacion se podia hacer, segun que el mismo don Pablo lo atestiguaba, que no se debia encomendar algun cargo público á aquella gente por ser de ingenios doblados, compuestos de mentiras y engaños, que ni valen para la guerra, ni son de provecho para la paz: esto quien lo entiende de los obstinados en su ley, quien de los que dellos proceden, aun que convertidos y cristianos.

Tuvo cuatro hijos y una hija de su muger, con quien casó ántes de ser cristiano. El mayor por nombre Gonzalo por sus buenas partes subió primero al obispado de Plasencia y despues al de Sigüenza. El segundo Alonso, que fué Dean de Segovia y de Santiago, y mas adelante sucedió á su padre en la iglesia de Burgos. Anda una obra suya impresa de no mal estilo, en que como en compendio abrevió los hechos de los reyes de España, que él mismo intituló Anacephaleosis, que es lo mismo que recapitulacion: otra que intituló *Defensorium fidei:* otra de mano por nombre: *Defensorium Catholicæ unitatis* en defensa de los nuevamente convertidos, y contra los estatutos que en aquel tiempo comenzaban. Los dos hijos menores se llamaron Pedro y Alvaro. Este Alvaro piensan que fué el que escribió la Corónica de don Juan el segundo rey de Castilla, asáz larga, de traza y estilo agradable; no toda sino una buena parte. La verdad es que Alvar Garcia de Santa María el coronista no fué el hijo de Paulo Burgense, sino su hermano.

En lo demas desta Crónica otros pusieron la mano, y en especial Hernan Perez de Guzman señor de Batres la llevó al cabo; cuya decendencia pareció poner en este lugar. Su abuelo fué Pero Suarez de Toledo, camarero mayor del rey don Pedro: su padre Pero Suarez de Guzman notario mayor del Andalucia. Casó Hernan Perez con doña Marquesa de Avellaneda de la casa de Miranda. Desta señora y de otra segunda muger dejó muchos hijos. El mayor y heredero de su casa Pedro de Guzman casó con doña María de Ribera hija del señor de Malpica. Deste matrimonio quedó doña Sancha de Guzman heredera de aquella casa. El rey don Fernando, por ser su deuda de parte de madre, la casó con Garci Lasso de la Vega de la casa de Feria. Fué comendador mayor de Leon, embajador en Roma, y dél se hace mencion diversas veces en esta historia. Compró la villa de Cuerva, do yacen él y su muger, y heredó la villa de los Arcos. Dejó muchos hijos, el mayor don Pero Lasso de la Vega, el segundo Garci Lasso, insigne poeta castellano, de cuya muerte desgraciada se trata en otro lugar. Don Pedro casó con doña María de Mendoza de la casa del Infantado, su hijo Garci Lasso de la Vega caballero muy conocido: su nieto don Pero

Lasso de la Vega primer conde de los Arcos, en quien por via de su madre doña Aldonza Niño se han juntado otras dos casas, la de Dávalos, y la de los Niños condes de Añover. Volviendo á Hernan Perez de Guzman fué del consejo del rey, muy dado á los estudios: demas de la Corónica escribió de los Claros varones de aquel tiempo y otros libros.

CAPITULO IX.

De las cosas de Aragon.

Con las discordias de los dos papas, y la poca esperanza que daban de conformarse, y unir á la iglesia, las provincias se lastimaban. Añadióse á estos daños el de la peste que comenzó el año pasado á picar, y todavía se continuaba con mortandad de mucha gente por toda la costa que corre desde Barcelona hasta Aviñon: salieron otrosi de madre por causa de las muchas aguas los rios, en particular los de Ebro y Orba con sus acogidas hicieron grande estrago en hombres, ganados, sembrados y edificios. El rey de Aragon luego que el tiempo y las lluvias dieron lugar, de Barcelona se partió para Zaragoza con intento de tener allí cortes á los de su reino, que se abrieron á los veinte y nueve de abril en la iglesia de S. Salvador. El rey desde su sitial hizo á los congregados un razonamiento muy concertado y á propósito de lo que las cosas demandaban desta sustancia: «No con hierro ni con gruesos ejércitos, parien»tes y amigos, se conservan los reinos, la lealtad y constancia de los naturales los tienen en »pie y los adelantan: de lo cual si faltasen ejemplos de fuera, dentro de nuestra casa los te»nemos, muchos y muy claros; ca nuestro reino por este camino de pequeños principios y »muy estrecha jurisdiccion ha llegado á la grandeza que hoy tiene, y ganado la reputacion »y nombradía que está derramada por todas las tierras. De los montes Pirineos, en que »nuestros mayores ampararon su libertad confiados mas en aquellas fraguras que en sus »brazos, bajamos y estendimos los términos de nuestro señorio no solo por España, sino que »sujetamos valerosamente á nuestro cetro muchas islas del mar Mediterráneo. Los trofeos »y los blasones de vuestra gloria, y de las victorias ganadas, quedan levantados en Cerdeña, »en Sicilia, y por toda Italia: tal y tan grande es la fuerza de la concordia y de la lealtad. »Los reyes don Sancho y don Pedro padre y hijo no con gran número de soldados, sino con »fortaleza y valor, ganado que hobieron á Huesca, de los montes en que estaban como es»condidos, bajaron á lo llano sin parar hasta tanto que el rey don Alonso se apoderó desta »ciudad en que estamos, con que fortificó su reino, y abrió camino á sus decendientes para »pasar adelante y quitar á los Moros toda la tierra. No me quiero detener en antiguallas: »nos con quinientos caballos aragoneses desbaratamos gran número de gente Siciliana, y »allanamos toda aquella isla, todo por vuestra lealtad y fortaleza, que si vence, ejecuta la »victoria con grande ánimo; si es vencida, se rehace de fuerzas, y no se deja oprimir ni »caer. Por los cuales servicios pido á Dios os dé el merecido galardon, pues conforme á »nuestra voluntad y á vuestro valor no alcanzamos fuerzas bastantes; bien que jamás pon»dremos en olvido la deuda, ántes procuraremos que nadie nos tache de ingratos. Lo que »toca al auto presente, bien sabeis que os he juntado en este lugar para hacer los homena»ges acostumbrados á nos y á nuestro hijo, que os pedimos encarecidamente hagais con la »aficion que debeis á nuestra voluntad.»

Hizose todo lo que el rey pedia, en conformidad de todos los brazos que allí se hallaron congregados. La alegria pública y regocijos que se hicieron por esta causa, enturbiaron algo las sospechas que se mostraran de nueva guerra por la parte de Francia. El bastardo de Tardas, pasados los montes Pirineos, se apoderó de Termas, que es un pueblo de Aragon á la raya de Navarra: cosa que puso en cuidado á todo el reino de Aragon no se emprendiese algun gran fuego de aquellos pequeños principios. Acudió al peligro Gil Ruiz de Lihorri, gobernador de Aragon, acompañado de golpe de gente y de algunos ricos hombres. No esperaron los Franceses que llegasen, ántes desamparada la plaza, se retiraron á Francia con poca honra suya y del conde de Fox que los enviara. Sicilia asímismo padeció algunas alteraciones, aunque pequeñas; que los humores no estaban del todo asentados. Alguna esperanza de bonanza se mostró con un hijo que nació á aquellos reyes de Sicilia á los diez y siete de noviembre, por nombre don Pedro, heredero que fuera de los reinos de sus padres y abuelos, si la muerte no le arrebatara en breve muy fuera de sazon junto con

la reina su madre, como se dirá en su lugar: con que la alegría comun se trocó en luto y en llanto: vanas todas nuestras trazas y deleznables contentos.

Fueron adelante el rey y la reina de Aragon en Zaragoza por el mes de abril del año 1399, ungidos como era de costumbre, se coronaron y recibieron las insignias reales de mano de don Fernando de Heredia prelado de aquella ciudad. A don Alonso de Aragon marques de Villena se concedió pusiese en su escudo las armas reales, y le dieron el ducado de Gandia: alguna recompensa de lo mucho que en Castilla le quitaran. A la misma sazon el papa Benedicto se hallaba muy aquejado, desamparado de sus cardenales, cercado de los enemigos (1). Despachóle el rey de Aragon dos personas de cuenta, el uno Cervellon Zacuamo, gran jurista, el otro fray Martin, de la órden de S. Francisco, hombre de letras y erudicion. Estos conforme al órden que llevaban, comunicaron con el papa sobre los medios que se podian tomar para apagar el scisma y unir la iglesia. La respuesta fué que pondria aquel negocio en las manos de los príncipes de su obediencia, en especial de los reyes el de Francia y Aragon. Ninguna llaneza habia, ántes les advirtió mirasen con cuidado que con son de paz no atropellasen la justicia que muy clara por su parte estaba: por lo demas que ninguna cosa mas deseaba que poner fin á aquellos debates.

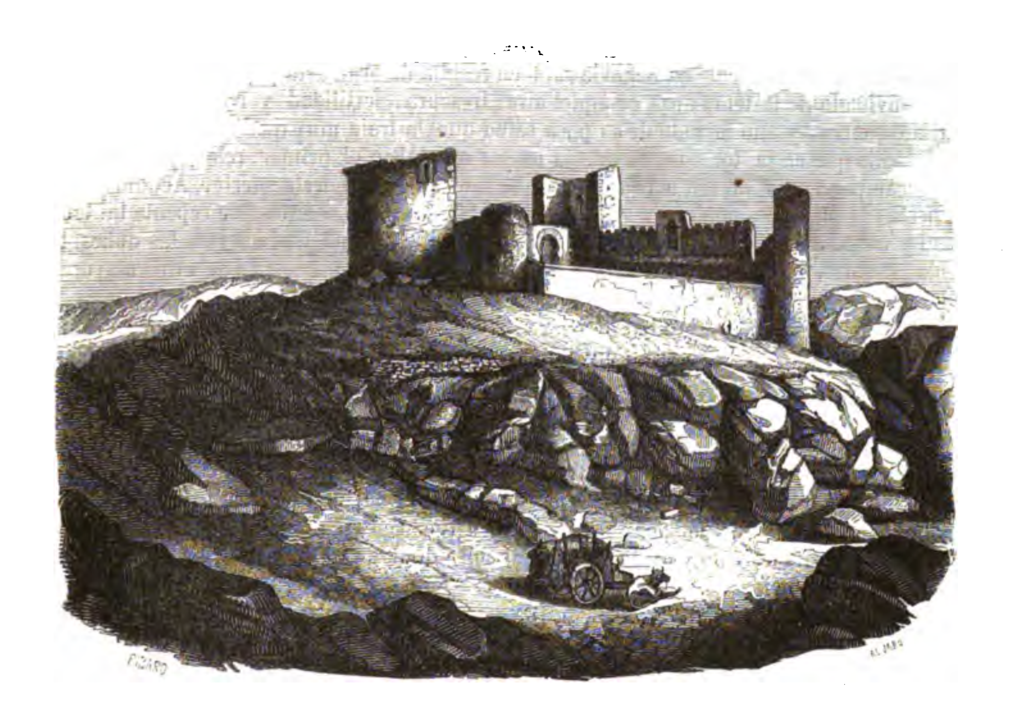
Con esta respuesta los embajadores de Aragon por mandado de su rey se partieron de Aviñon para dar de todo razon al rey de Francia. Túvose junta en Paris de aquella nacion sobre el caso. Acordaron enviar personas al papa que le requiriesen y protestasen en suma diese sin mas dilaciones órden en asentar la paz y quitar el scisma: para esto se hallase presente en el concilio que pensaban juntar, y se pusiese á sí y á sus cosas en manos de los obispos; que para su seguridad el rey de Francia empeñaba su palabra real, y proveeria de gente para que nadie le hiciese desaguisado. Andaban estas pláticas muy calientes cuando en Castilla sobrevino la muerte á don Pedro Tenorio arzobispo de Toledo á los veinte y dos de noviembre fin deste año, si bien la letra de su sepultura, que está en Toledo en propia capilla de la iglesia Mayor, dice á diez y ocho de mayo, el mismo dia de Pascua de Espíritu Santo. Fué persona de valor, consejo acertado, presta ejecucion, bueno para el gobierno y para las armas. Su patria Tavira en Portugal: quien dice que Talavera villa del reino de Toledo, por razones que para ello alegan; si concluyentes ó no, no lo quiero averiguar.

En su mocedad estudió derechos: ausentóse de Castilla juntamente con sus hermanos por los recios temporales que corrian en el reinado de don Pedro. Vuelto á España fué primero obispo de Coimbra: de allí le trasladó sin ninguna pretension suya el pontífice romano, por la noticia que de su persona y de sus partes tenia, á Toledo, segun que de suso se dijo. Las gruesas rentas de su dignidad gastó en gran parte en levantar diversos edificios en todo el reino con magnificencia real y mayor que de particular. A la verdad en su casa era concertado, en su persona templado; lo que se ahorraba por este camino, empleaba en socorrer necesidades y en adornar la república: virtud propia de grandes personages. En Toledo reedificó la puente de S. Martin que abatieron las guerras civiles entre los reyes don Pedro y don Enrique. En un recuesto y peñol á vista de la ciudad levantó un castillo cerca del sitio antiguo del monasterio muy famoso de S. Servando. El claustro pegado con la iglesia catedral es obra suya, y en ella una capilla en que está su túmulo, y el de Vicente de Balboa obispo de Plasencia su muy privado y familiar. Dotó en aquella capilla y fundó diez y seis capellanias á propósito que todos los dias se hiciesen allí sufragios por su ánima y las de sus antepasados. En Alcalá la Real, frontera del reino de Granada, levantó una torre á manera de atalaya para que por el farol que todas las noches en ella se encendia, los cautivos que escapaban de tierra de Moros, se pudiesen encaminar á la de cristianos en Talavera fabricó un monasterio de obra magnífica pegado con la iglesia Mayor y con advocacion de Sta. Catharina. Su intento al principio fue viviesen en él los canónigos de aquella iglesia para que hiciesen vida reglar; mas visto que los seglares y clérigos lo contradecian, le entregó á los monges Gerónimos para que le poblasen, con gruesas rentas que les señaló para su sustento: dejó la puente del Arzobispo, que como queda dicho de suso fué asímismo fundacion suya.

Casó a su hermana doña Maria con Fernan Gomez de Silva, como se tocó en otro lugar. De este matrimonio nació Alonso Tenorio, al cual el tio hizo adelantado de Cazorla: casó

(1) Salió de Cataluña una escuadra en socorro del pontífice: pero aunque subió por el Ródano, no pudo salir de la [illegible]

con doña Isabel de Meneses, y en ella tuvo á don Pedro obispo que fué primero de Tuy, y despues de Badajoz: yace en Toledo en la iglesia de S. Pedro Martir: tuvo otrosí á Juan de Silva que fué embajador en el concilio de Basilea, y adelante conde de Cifuentes por merced del rey en remuneracion de sus buenos servicios. Despues de la muerte de don Pedro Tenorio parece por memorias que el cabildo nombró á don Gutierre de Toledo arcediano de



Restos del Castillo de S. Servando.

Guadalajara: el rey ofreció el arzobispado á Hernando Yañez fraile gerónimo, y canónigo que fué de Toledo, mas no aceptó. El papa Benedicto por algunas dificultades no debió aprobar estas elecciones, ni el rey la que acometió él á hacer de don Pedro de Luna sobrino suyo administrador que era del obispado de Tortosa. Por estas diferencias don Juan de Illescas obispo de Sigüenza, vicario del arzobispado sede vacante, continuó en su gobierno aun algunos años despues de la eleccion hecha por el papa, que finalmente prevaleció como se verá adelante.

CAPITULO X.

Del año del Jubileo.

Mucho se menguó el alegria y devocion del año que se contó de 1400, en que conforme á la costumbre recebida se concedió Jubileo plenísimo á todos los que visitasen la ciudad y santuario de Roma, por la discordia y diferencias que todavía continuaban entre los que se llamaban papas; si bien los príncipes cristianos procuraban con todo cuidado sosegallas, y parece lo traian en buenos términos. Con este intento y por domeñar el corazon fiero del pa-

pa Benedicto, á persuasion de don Pedro Hernandez de Frias cardenal de España, el reino de Castilla habido su acuerdo le quitó públicamente la obediencia. El pueblo y gente menuda, conforme á su costumbre de echar las cosas á la peor parte, sospechaba y aun decia que en esta determinacion no se tuvo tanta cuenta con la justicia como de gratificar al rey de Francia que mucho lo pretendia: así esta determinacion no fué durable, porque el rey de Aragon se puso de por medio, y á su instancia finalmente se revocó el decreto á cabo de tres años, y volvieron las cosas al mismo estado de ántes, segun que se relatará adelante.

Sobrevino una grande peste, que de la Gallia Narbonense y Lenguadoc, y de Cataluña en que comenzó á picar, se derramó y cundió por todas las demas partes de España. La mortandad fué tal que forzó al rey de Castilla á publicar una ley, en que dió licencia á las viudas para casarse dentro del año despues de la muerte del marido contra lo que disponia el derecho comun y otras leyes del reino. Hizo esta ley primero en Cantalapiedra, despues en Valladolid y últimamente en Segovia, si bien residia de ordinario y se entretenia en Sevilla, convidado de la templanza de aquel aire, frescura, fertilidad y recreacion de toda aquella comarca, y aun forzado de su poca salud que la traia muy quebrada. Avino por el mes de julio que en la torre de la iglesia mayor asentaban el primer reloj, y subian una grande campana; que no son mas antiguos que esto los relojes desta suerte. Acudió el rey á la fiesta, la corte, los nobles, y gran concurso del pueblo. Levantóse de repente tal tempestad y torbellino que pereció mucha gente con un rayo que despidieron las nubes. El pueblo (como suele) decia era castigo de los males presentes y pronóstico de otros mayores. Hiciéronse procesiones y rogativas para aplacar á Dios y á sus santos.

Por el contrario junto á la villa de Nieva, cinco leguas de la ciudad de Segovia, se halló una imágen de nuestra señora de mucha devocion. Moviéronse (como suelen) los pueblos comarcanos á visitalla. El concurso y devocion era tal que la reina doña Catalina mandó á su costa edificar un templo en que la pusiesen, y un monasterio de Dominicos pegado á él, que cuidasen de la imágen y de los peregrinos: con que muchos convidados de la devocion y del sitio se pasaron á vivir y poblar aquel lugar, de suerte que en nuestro tiempo es una villa de buena cantidad de vecinos.

Doña Violante hija de don Juan rey de Aragon quedó en vida de su padre concertada con Luis duque de Anjou, como queda dicho. Habianse dilatado las bodas por su edad que era poca, y por diferencias que nunca faltan. Concertaron este año su dote en ciento y sesenta mil florines á condicion que con juramento, y por escritura pública, renunciase cualquier derecho que al reino de Aragon pretendiese. Hecho esto, desde Barcelona con noble acompañamiento la llevaron á Francia para verse con su esposo. Falleció por este mismo tiempo Juan de Monfort duque de Bretaña: dejó en doña Juana su muger, hermana de don Carlos rey de Navarra cuatro hijos, cuyos nombres son Juan, Ricardo, Artus, Guillen; mas sin embargo la duquesa viuda casó segunda vez con Enrique duque de Alencastre, el cual poco ántes vencido y preso su competidor y primo el rey Ricardo, se apoderó del reino de Ingalaterra, y estaba asímismo viudo de su primer matrimonio, de que le quedaron tambien muchos hijos. El año siguiente de **1401** por el mes de marzo juntó el de Castilla cortes del reino en Tordesillas, en que se establecieron premáticas buenas, las mas á propósito de enfrenar la codicia y demasias de los arrendadores y otros ministros de justicia.

En Sicilia á los veinte y seis de mayo falleció en Catania ciudad de cielo saludable y alegre, la reina propietaria doña Maria. Entendióse que la pena que recibió por la muerte de su hijo, que en edad de siete años murió poco ántes desgraciadamente, le ocasionó la dolencia que la privó de la vida. Sepultaron á la madre y al hijo en aquella misma ciudad. Sin embargo el reino quedó por don Martin su marido, como deudo mas cercano por derecho de la sangre por su abuela la reina doña Leonor, que fué tia de la difunta, y con beneplácito de su padre el rey de Aragon, á quien tocaba la sucesion por estar en grado mas cercano. Acudieron muchos principales luego á casalle quien con su hija, quien con su hermana. Aventajábase en hermosura doña Blanca hija tercera del rey de Navarra; y aventajóse en ventura, porque en lo de adelante vino á heredar el reino de su padre, y de presente en aquel casamiento se la ganó á los demas pretendientes. Juntáronse los dos reyes de Aragon y de Navarra á la raya de sus reinos entre Mallen y Cortes para capitular y concluir como en efecto lo hicieron. Entregó el padre la novia al suegro de su mano, que en una armada la envió desde Valencia á Sicilia, y en su compañía y por general de la flota don Bernardo de Cabrera. Pero así los desposorios como la partida fueron el año adelante de

1402; en el cual al rey de Castilla nació de la reina una hija en Segovia á catorce de noviembre, gran gozo de sus padres y de todo el reino. Llamóse doña María, y casó adelante con su primo hermano don Alonso rey que fué de Aragon y de Nápoles: matrimonio de que no quedó sucesion por ser esta señora mañera.

CAPITULO XI.

Del gran Tamorlan Scytha de nacion.

Despues de la jornada de Nicópolis, tan aciaga para los Franceses y para los Húngaros como queda dicho, los Turcos entraron en gran esperanza de apoderarse de todo el imperio de Levante, en que pasaron tan adelante que el gran Turco Bayacete se puso con todo su campo sobre Constantinopla, silla de aquel imperio y almacen de sus riquezas: gran espanto para los de cerca, y no menor cuidado para los que caian léjos. Engañosa es la confianza de los hombres, vana y deleznable su prosperidad. Levantóse otra mayor tempestad y torbellino al improviso, que desbarató estos intentos, sosegó los miedos de los unos, y abatió el orgullo y soberbia de sus contrarios. Tamorlan natural de Scythia, hombre de gran cuerpo y corazon, de gentil denuedo y apariencia, y que para cualquier afrenta le escogieran entre mil, allegador de gente baja, y amotinador, con estas mañas de soldado particular y bajo suelo llegó á ser gran emperador, caudillo de un número grande y descomunal de gentes que le seguian (1). Apenas se puede creer lo que refieren como verdadero autores muchos y graves, que juntó un ejército de cuarenta mil caballos, y seiscientos mil infantes.

Con esta gente rompió por las provincias de Levante: á fuer de un muy arrebatado raudal asolaba y destruia todas las tierras por do pasaba, sin remedio. Los Parthos los primeros se rindieron á su valor y le hicieron homenage: lo de la Suria y lo de Egipto maltrató con muertes, robos y talas. Tenia por costumbre cada y cuando que se ponia sobre algun pueblo, enarbolar el primer dia estandartes blancos en señal de clemencia si le abrian las puertas sin dilacion, y se le rendian y sujetaban: el dia siguiente enarbolaba estandartes rojos, que amenazaban á los cercados muertes y sangre: las banderas del dia tercero eran negras, que denunciaban sin remedio asolaria de todo punto los moradores y la ciudad. El espanto era tan grande que todos se le rendian á porfia, ca su fiero corazon ni admitia escusas, ni se dejaba por ruegos ni por intercesion de nadie doblegar.

Sucedió que los de Beryto no se rindieron hasta el segundo dia. Conocido su yerro, para aplacalle enviaron delante las doncellas y niños con ramos en las manos y vestidos de blanco. No se movió á compasion el bárbaro, dado que llegados á su presencia se postraron en tierra, y con voz lastimosa pedian misericordia; ántes mandó á la gente de á caballo que los atropellasen á todos y hollasen. Un Ginovés que seguia aquellos reales y campo, movido de aquella bestial fiereza le avisó en lengua Scythica, como el que bien la sabia, se acordase de la humanidad y que era hombre mortal. El bárbaro con rostro torcido y semblante airado: ¿Piensas (dice) que yo soy hombre? no soy sino azote de Dios y peste del género humano. A muchos tuvo el Ginovés de escapar con la vida; tan sañudo se mostró. Corria lo de Asia la menor gran peligro: por esto el Gran Turco alzado el cerco que tenia sobre Constantinopla, con todas sus fuerzas y gentes volvió en busca del enemigo feroz y bravo. En aquella parte del monte Tauro llamado Stella, muy conocida por la batalla que antiguamente allí se dieron Pompeyo y Mithridates, se acercaron los dos campos: ordenaron sus haces: dióse la batalla, que fué muy reñida y dudosa. Pelearon de ambas partes con gran corage, los unos como vencedores del mundo, los otros por vencer. Finalmente la victoria y el campo quedó por los Scythas: los muertos llegaron á docientos mil, muchos los prisioneros, y entre ellos el mismo emperador Bayazete, espanto poco ántes de tantas naciones. Llevóle por toda la Asia cerrado en una jaula de hierro, y atado con cadenas de oro como en triunfo, y para ostentacion de la victoria. Comia solo lo que el vencedor de su mesa le echaba como á perro, y con una increible arrogancia todas las veces que subia á caballo, ponia los pies sobre sus espaldas, trabajo y afrenta que le duró por todo lo res-

(1) Era descendiente de Gengi-Kan emperador de los Tártaros, con quistó una gran parte de la Asia y no fué tan bárbaro y cruel como supone Mariana.

tante de la vida: gran burla y escarnio de su grandeza: asi ruedan y se truecan las cosas debajo del cielo: género de infelicidad tanto mas mal de llevar cuanto el paciente se vió poco ántes mas encumbrado.

El rey don Enrique de Castilla, sin embargo de su poca salud, no se descuidaba ni del gobierno de sus vasallos, ni de acudir á las cosas y ocurrencias de fuera. Enviaba sus embajadores á los príncipes, á los de cerca y á los de lejos para informarse de todo y trabar amistad en diversas partes. En especial á las partes de Levante envió á Pelayo de Sotomayor y Fernando de Palazuelos para saber de las fuerzas, costumbres y intentos de aquellas naciones apartadas. Estos dos embajadores acaso ó de propósito se hallaron en aquella famosa batalla que se dió entre Turcos y Scythas: el Tamorlan, ganada la victoria, los trató con muestras de benignidad y cortesía. Al dar la vuelta para España quiso los acompañase un su embajador que envió para trabar amistad con el rey de Castilla: hizo él su embajada conforme al órden que traia. Volvieron con él Alonso Paez, Ruy Gonzalez y Gomez de Salazar, tres hidalgos que despachó el rey para que fuesen á saludar aquel príncipe: viage largo y muy dificultoso, de que los mismos compusieron un libro, que hoy dia anda impreso con nombre de itenerario, en que relatan por menudo los particulares de su embajada, y muchas otras cosas asáz maravillosas, si verdaderas.

La grandeza y gloria grande del Tamorlan pasó presto como un rayo. Vuelto á su tierra, de los despojos y presas de la guerra fundó la ciudad de Mercanti, y la adornó grandiosamente de todo lo bueno y hermoso que robó en toda la Asia. A su muerte le sucedieron dos hijos, ni de las prendas ni de la ventura de su padre: grande cosa fuera, si las virtudes y el valor se heredáran. Sobre el partir de la herencia resultaron muy grandes diferencias entre los dos: finalmente el imperio que se ganó con mucho esfuerzo y con gran trabajo, se menoscabó por descuido y flojedad.

Fué este año desgraciado para los Portugueses y los Navarros á causa que fallecieron en él los herederos de aquellos reinos: don Alonso hijo mayor del rey de Portugal en edad de doce años, sepultáronle en la Iglesia Mayor de Braga: pérdida, que aunque causó muy



De un titulado *Verde* coetáneo del rey D. Martin de Aragon, que existe en el archivo municipal de Barcelona, copiamos este curioso dibujo.

grande sentimiento, fácilmente los de aquella nacion se conhortaron por quedar otros muchos hermanos, los infantes Duarte, Pedro, Enrique, Juan, Fernando, y dos hermanas doña Blanca y doña Isabel. En Pamplona murieron los infantes Luis de seis meses, y Carlos de cinco años, que juntos los sepultaron en la Iglesia Mayor en el sepulcro del rey don Philipe su tercer abuelo. El dolor grande de los Navarros fué sin consuelo por no quedar hijo varon y recaer forzosamente la corona en hembra, cosa de ordinario que los vasallos mucho aborrecen.

El invierno, fin deste año y principio del siguiente de 1403, se continuaron las lluvias por muchos dias, con que los rios por toda España se hincharon grandísimamente de guisa que salieron de madre, y hicieron muy graves daños; en particular Guadalquivir subió con su grande creciente sobre los adarves de Sevilla, y el agua llegó hasta la iglesia de san Miguel, y la puerta que llaman de las Atarazanas: cosa de grandísimo espanto, y peligro no menor. La buena diligencia del que á la sazon regia aquella ciudad por nombre Alonso Perez, ayudó mucho para reparar el daño, ca de dia ni de noche no se descuidaba en hacer todos los reparos que podia, calafetear las puertas, y reparar de los muros las partes mas flacas, sin cesar hasta tanto que aquella tempestad amansó.

La santa iglesia de Toledo despues de la muerte de don Pedro Tenorio se estaba vacante: la discordia entre los papas era ocasion deste y semejantes daños que resultaban en el reino, porque de tal suerte quitó á Castilla la obediencia á Benedicto, que no la dió á su competidor: miserable estado, cual se puede pensar, cuando en el gobierno falta la cabeza y el gobernalle. Considerados estos inconvenientes, se juntaron cortes del reino en Valladolid para acordar sobre este punto lo que se debia hacer. Acudió el de Aragon por medio de sus embajadores en favor de Benedicto, como se dijo de suso; el cual á los doce de marzo se salió en hábito disfrazado por el Rhódano abajo de Aviñon en que le tuvieron los cardenales como preso por espacio de dos años.

La grande diligencia del rey de Aragon en su favor fué tal y de tal suerte que finalmente á los veinte y ocho de abril le volvieron á reconocer dentro en Castilla con ceremonia y auto muy solemne: estaban presentes el rey y los grandes, ricos hombres y prelados. Lo mismo se hizo dentro en Francia á los veinte y seis de mayo: acuerdo que debió ser arrebatado, pues no duró mucho tiempo. Todavía el papa Benedicto en virtud deste reconocimiento y homenage, y con beneplácito del rey proveyó la iglesia de Toledo, como lo deseaba dos años atrás, á los veinte del mes de julio en la persona de don Pedro de Luna su sobrino, hijo de su hermano Juan Martinez de Luna señor de Illueca y Gotor. (2) Hermanos de don Pedro fueron Alvaro de Luna padre del condestable don Alvaro, Rodrigo de Luna prior de San Juan, Juan Martinez de Luna. Destos el primero fué copero, y el tercero camarero del rey don Enrique el tercero de Castilla que les hizo mercedes, en especial á Alvaro de Luna dió á Cañete, Jubera y Cornago. Verdad es que don Pedro se entretuvo algun tiempo en Aragon por negocios y dificultades que se ofrecen de ordinario.

Hallábase el papa Benedicto en Sellon, pueblo de la Provenza, retirado por causa de la peste que picaba por aquellas partes todavia. Allí falleció el cardenal de Pamplona Martin de Salva: proveyó el papa aquella iglesia en la persona de Miguel de Salva sobrino del difunto, y poco despues le dió el Capelo así por sus méritos, que fué insigne jurista, como á contemplacion de su tio, que siempre estuvo con él y le acompañó en todos sus trabajos en el mismo tiempo que los demas cardenales de su obediencia le desampararon y se le mostraron contrarios. Falleció otrosí en su estado Mateo conde de Fox, pretensor del reino de Aragon; intento que de todo punto cesó por no dejar sucesion, y porque su muger doña Juana se concertó con el rey su tio por medio de Jaime Escrivá. Señaláronle tres mil florines en cada un año para sus alimentos: pequeña recompensa de un reino que al parecer

(2) No fué con beneplácito del rey, pues por una cédula dada en Segovia á 18 de febrero de 1404, el rey mandó que no se diese titulo de arzobispo de Toledo ni de electo á don Pedro de Luna sobrino del papa ni se le acudiese con diezmos, rentas, frutos, ni cualesquiera otros proventos, si no es que se depositase todo a fin de que sirviese para apagar el scisma, y restablecer la paz en la iglesia universal: que no se confiriesen las dignidades y beneficios eclesiásticos sino en los naturales del reino y no á los extrangeros, siéndolo don Pedro de Luna, pues era aragonés y de poca edad, *en perjuicio y menosprecio mio*, dice el rey, *y abajamiento de mis naturales*. Y por otra cédula expedida en Tordesillas en 15 de marzo con acuerdo y parecer de los diputados de las cortes de los duques, condes, ricos hombres, de su consejo, prelados, cabildos, universidades y clerecia de sus reinos, se mandó que proveyesen las piezas eclesiasticas por aquellos á quienes perteneciese, con el fin de acelerar cuanto ántes la union de la iglesia haciendo cesar el cisma.

de muchos sin razon le quitaron, mas es forzoso á las veces rendirse á la necesidad, que de ordinario tiene mayores fuerzas que la justicia y la razon. Tomado este asiento, dejó á Francia, y se volvió á su tierra para pasar en ella su viudez y vida.

CAPITULO XII.

Que nació un hijo al rey de Castilla.

Gozaba España de una muy grande paz y sosiego (1) á causa que las alteraciones de dentro calmaban, y los enemigos de fuera no se movian ni inquietaban por hallarse todos cansados con las guerras y diferencias pasadas que mucho duraron. Solo el rey de Navarra se hallaba desgustado por verse despojado de los grandes estados que tenia en Francia, de Evreux, de Campaña y de Bria. Y dado que sobre este punto andaban embajadas y se hacia muy grande instancia, todavia no se alcanzaba cosa alguna; y aun él mismo por dos veces fué á Francia sobre lo mismo, pero en balde. La pretension era muy importante, y claro el agravio que le hacian; acordó pues tercera vez de probar ventura por si pudiese alcanzar de su primo el rey de Francia y de sus grandes con presentes y caricias lo que la razon y la honestidad no habia podido alcanzar.

Encomendó el gobierno del reino á su muger: con esta resolucion se partió para Francia, y llegado á aquella corte, trató su negocio con todas las veras y por todos los caminos que le parecieron á propósito para salir con la demanda: gastáronse muchas demandas y respuestas; finalmente se tomó por postrera resolucion que el de Navarra se apartase de aquella pretension, y sacase de Chirebourg que todavia se tenia por él, los soldados que allí tenia de su guarnicion, y que en recompensa le diesen á Nemurs ciudad de la Gallia Céltica con título de duque: trueque á la verdad muy desigual, y muy baja recompensa de estados tan principales y grandes como renunciaba. Verdad es que le añadieron en las condiciones del concierto una pension de doce mil francos en cada un año ademas de una gran suma de dinero que para acallarle de presente le contaron. Pasó todo esto en Paris á nueve de junio del año que se contaba de **1404**. Dícese que de aquel dinero labró este rey don Carlos en Olite y en Tafalla villas de Navarra, distantes entre sí por espació de una legua, sendos palacios de real magnificencia, muy hermosos, y de habitacion muy cómoda, ca era este príncipe muy entendido no solo en las cosas de la paz y de la guerra, sino asímismo en las que sirven para curiosidad y entretenimiento. Decian otrosí que si la muerte no atajara sus trazas, pretendia juntar aquellos dos pueblos con un pórtico ó portal continuado y tirado desde el uno hasta el otro.

Los reyes de Castilla y de Granada á porfia se presentaban entre sí ricos y hermosos dones, que parecia cada cual se pretendia adelantar en todo género de cortesia. A los Moros venia bien aquella amistad por sus pocas fuerzas y su estado, que no era grande: al rey de Castilla por su continua indisposicion le era forzoso atender mas á conservarse que á quitar á otros lo suyo. En particular el rey moro envió al de Castilla un presente muy rico de oro, y de plata, piedras preciosas, y adobos de vestidos muy hermosos, y para que la cortesia pareciese mayor, lo envió todo con una de sus mugeres; que los Moros segun su posibilidad cada cual acostumbra á tener muchas, en especial los reyes: que es la causa de estimallas de ordinario en poco por repartirse la aficion entre tantas. Las obras finalmente eran tales y las muestras de amor que bastaran á ligallos y hermanallos por mucho tiempo, si pegara bien la amistad y fuese durable entre los que se diferencian en la creencia y religion: así poco adelante se rompió la guerra entre estos dos reyes, como se verá en su lugar.

En Roma falleció el papa Bonifacio Nono á primero de octubre. Juntáronse sus cardenales en cónclave, y con toda priesa nombraron por sucesor del difunto al cardenal Cosmato Meliorato natural de Sulmona ciudad del Abruzo en el reino de Nápoles á los diez y siete del mismo mes. Llamóse Inocencio séptimo: su pontificado fué breve, de solos dos años y veinte dias. Acometieron de nuevo con esta ocasion los principes á concertar los papas y unir la iglesia. Usaron de las diligencias posibles, pero todo su trabajo fué en vano. Alegaban las

(1) Por este tiempo instituyó el infante don Fernando en Medina del Campo el dia de la Asuncion la órden militar de la Jarra en honor de la madre de Dios, y armó caballeros á sus hijos y varios nobles de su mesnada en la iglesia de la misma villa.

partes que no hallaban lugar seguro en que juntarse. Todo era color y hacer del juego maña para entretener la gente y engañar en grave perjuicio de toda la iglesia. En especial el papa Benedicto, como mas artero y duro, por ningun camino se doblegaba, si bien desamparado de la mayor parte de sus amigos y valedores andaba de una parte á otra sin hallar lugar que le contentase, ni persona alguna de quien fiarse: tan sospechosos le eran los de su casa como los estraños.

Bien es verdad que muchas personas señaladas por su doctrina y santa vida defendian su partido y le seguian; entre otros fray Vicente Ferrer, gran gloria de Valencia su patria, y de su órden de Sto. Domingo por el buen olor que de sí daba, y el gran fruto que hizo en todas las partes en que predicó la palabra de Dios, que fueron muchas, como trompeta del Espíritu Santo y gran ministro del Evangelio. Averiguóse que las naciones extrañas le entendian, si bien predicaba en su lengua vulgar, los Italianos, los Franceses, los Castellanos: gracia singular, y despues de los apóstoles á él solo concedida. Los milagros que obraba y con que acreditaba su doctrina, eran muy ordinarios: daba vista á los ciegos, sanaba cojos, mancos, enfermos, y aun resucitaba los muertos. Todo lo hace mas creible lo que se dice de la innumerable muchedumbre de gente que por su medio salió de las profundas tinieblas de vicios y de ignorancia en que estaban. De los viciosos que convirtió, no diré nada; en sola España por su predicacion se bautizaron ocho mil Moros, y treinta y cinco mil Judíos: cosa maravillosa; en particular en el obispado de Palencia se hicieron cristianos casi todos los Judíos: que por ser hacendados, y en favor del bautismo quedar libres de diezmos y otros pechos y derramas, las rentas del obispo don Sancho de Rojas que á la sazon lo era de aquella ciudad, se adelgazaron de suerte que le fué necesario hacer recurso al rey, y ganar un privilegio real que hoy se muestra, en que le concede para recompensa de aquel daño cierta cantia de maravedis de las rentas reales.

La alegria que por esta causa resultaba en todo el reino, se aumentó con el parto de la reina que en Toro en el monasterio de S. Francisco, viernes á los seis de marzo del año de 1405, parió un infante que se llamó del nombre de su abuelo, el príncipe don Juan: el gozo de todos fué tanto mayor cuanto mas desconfiados estaban por la dilacion, y la poca salud del rey. Hiciéronse fiestas y regocijos por todas las partes. Los príncipes estraños enviaron sus embajadas para congratularse por el nacimiento del infante. La reina otrosí alcanzó del rey con esta ocasion de su parto que perdonase é hiciese merced á don Pedro de Castilla su primo niño de poca edad. Don Juan su padre hijo del rey don Pedro falleció poco ántes deste tiempo en la prision en que le tenian en el castillo de Soria.

De su muger doña Elvira, hija del mismo alcaide Beltran Eril, dejó dos hijos, don Pedro y doña Costanza: la hija vino á las manos del rey, y por su órden hizo profesion en Sto. Domingo el Real monasterio de Madrid. Don Pedro se huyó; que le pretendian poner en prision. La culpa del padre y de los hijos no era otra sino tener el uno por padre y los otros por abuelo aquel príncipe desgraciado; que muchas cosas hacen los reyes para su seguridad, que parecen exorbitantes. Compadecióse la reina de aquel mozo: mandóle poner tras de las cortinas de la cama. Venida la ocasion que el rey entró á visitalla, le suplicó por el perdon: otorgó el rey con su demanda; que no era justo en aquella sazon negalle cosa alguna. Sacáronle á la hora vestido de clérigo para que le besase la mano: diósela con amoroso semblante, y para que se sustentase en los estudios, le proveyó del arcedianato de Alarcon. Adelante le promovieron al obispado de Osma, y finalmente al de Palencia. Suplió la nobleza sus faltas; en particular tuvo poca cuenta con la honestidad. De dos mugeres la una Isabel, de nacion inglesa, y la otra María Bernarda dejó muchos hijos; cuatro varones, don Alonso, don Luis, don Sancho y don Pedro, y otras tantas hembras, doña Aldonza, doña Isabel, doña Catalina, doña Costanza. Destos y principalmente de don Alonso que tuvo siete hijos de legítimo matrimonio, desciende la casa y linage de Castilla, asáz estendida y grande, aun que no de mucha renta ni estado. En Guadalajara falleció don Diego Hurtado de Mendoza almirante del mar. Sucediéronle en sus estados y tierras Iñigo Lopez de Mendoza su hijo, que adelante fué el primer marques de Santillana; en el oficio de almirante don Alonso Enriquez hermano menor de don Pedro conde de Trastamara, ambos nietos de don Fadrique maestre de Santiago.

CAPITULO XIII.

De la guerra que se hizo contra Moros.

El reino de Aragon por este tiempo andaba alborotado, y mas Zaragoza, por causa de dos bandos y parcialidades, cuyas cabezas eran, de la una Martin Lopez de Lanuza, de la otra Pedro Cerdan, hombres poderosos en rentas y vasallos. En Valencia asimismo prevalecian otros dos bandos, el de los Soleres, y el de los Centellas. Trababan á cada paso pasion entre sí y riñas: matábanse y robábanse las haciendas sin que la justicia les pudiese ir á la mano. Juntó el rey cortes en Maella villa de Aragon á propósito de asentar el gobierno, y apaciguar las alteraciones que ponian á todos en cuidado. En aquellas cortes se establecieron leyes muy buenas, unas para acudir á los inconvenientes presentes, otras que se guardasen, siempre enderezadas todas al bien y pro comun. Ordenóse demas desto que el rey don Martin de Sicilia lo mas presto que fuese posible, viniese á España para que se acostumbrase á guardar los fueros de Aragon y no quisiese adelante atropellar sus libertades, y gobernar aquel reino á fuer de los demas á su albedrio y voluntad.

Sabida él esta determinacion, la voluntad del rey su padre y de todo el reino, aprestado que hobo una armada, se hizo á la vela en Trapana ciudad de Sicilia: de camino saltó en tierra en Niza ciudad del Piamonte para visitar y hacer homenage al papa Benedicto, que á la sazon se hallaba en aquellas partes con voz de querer dar corte con su competidor en aquellas diferencias y debates tan reñidos. Hallóse presente acaso ó de propósito á la habla Luis duque de Anjou, que se llamaba rey de Nápoles, y por el derecho de su muger pretendia el reino de Aragon; mas por medio del pontífice se concertaron y apaciguaron. Despedida esta habla se tornó á embarcar el rey de Sicilia, y á los tres de abril finalmente surgió en la playa de Barcelona. Por su venida hicieron fiestas por todo el reino, que pensaban seria por largo tiempo; mas engañóles su esperanza, porque con color que los de aquella isla no sosegaban del todo, y que de nuevo don Bernardo de Cabrera con ocasion de su ausencia se tomaba mas autoridad y mano en el gobierno de lo que era razon, dejando las cosas medio compuestas en Aragon, á los seis de agosto en la misma armada en que vino, se embarcó en Barcelona y pasó en Sicilia.

Con su llegada mandó luego á don Bernardo de Cabrera salir de palacio, y poco despues de toda la isla, con órden de presentarse delante de su padre el rey de Aragon para descargarse de las culpas que le achacaban. Hizo él lo que le fué mandado, y partió para España en sazon que por el principio del mes de noviembre llegaron á Barcelona cuatro estátuas de plata vaciadas, y sinceladas, y sembradas de pedreria que envió el papa Benedicto para que pusiesen en ella las reliquias que en Zaragoza tenian de los santos mártires Valerio, Vincencio, Laurencio, Engracia, para sacallas con esta pompa en las procesiones mas solemnes y generales. En Castilla se continuaba la conversion de los Judíos, y aun para domeñar á los obstinados y duros se ordenó de nuevo entre otras cosas que los Judíos no pudiesen dar á logro, cosa entre ellos muy usada; y que para ser conocidos trajesen sobre el hombro derecho por señal un redondo de paño rojo como tres dedos de ancho. Lo mismo tres años adelante se ordenó de los Moros, que trajesen otro redondo algo mayor de paño azul en forma de luna menguada; y lo que es mas, veinte y cinco años ántes deste en que vamos, estableció el rey don Juan el primero en las cortes que se hicieron en Soria, que las mancebas de los clérigos se distinguiesen de las mugeres honestas por un prendero de paño bermejo, tan ancho como los tres dedos, que les mandó traer sobre el tocado para que fuesen conocidas: leyes muy buenas, pero que no se yo si en algun tiempo se guardaron.

Lo que toca á los Judíos, el tiempo presente se pidió por el reino en las cortes que los meses pasados para jurar al príncipe don Juan recien nacido se juntaron en Valladolid, y el rey lo otorgó por una ley que publicó en esta razon en la villa de Madrid á los veinte y un dias del mes de diciembre; ca habia pasado á aquellas partes para proveer á la guerra de Granada que entonces pensaba hacer de propósito, á causa que aquel rey sin embargo de los conciertos y amistad hechos, se apoderó por fuerza de la villa de Ayamonte, puesta á la boca del rio Guadiana por la parte que desagua en el mar y la quitó á Alvaro de Guzman, cuya era; demas que no queria pagar el tributo, y las parias que conforme á los conciertos pasados debia pagar en cada un año. Todavia ántes de venir á rompimiento intentó

el rey de Castilla si le podria poner en razon con una embajada que le envió para ver si podria con aquello requerille de paz, y que no diese lugar á aquellas novedades y demasias.

El moro orgulloso por lo hecho, y por pensar que aquella embajada procedia de algun temor y flaqueza, no solo no quiso hacer emienda de lo pasado, ántes por principio del año 1406 envió un grande golpe de gente para que rompiesen por la parte del territorio de Baeza, como lo hicieron con muy grave daño de toda aquella comarca. Saliéronles al encuentro Pedro Manrique frontero en aquella parte, Diego de Benavides y Martin Sanchez de Rojas con toda la demas gente que pudieron en aquel aprieto apellidar. Alcanzaron á los enemigos, que era muy grande cabalgada: llegaban muy cerca de la villa de Quesada. Pelearon con igual esfuerzo sin reconocerse ventaja ninguna hasta que cerró la noche y la escuridad tan grande los despartió. Los cristianos juntos y cerrados rompieron por medio de los enemigos para procurar mejorarse de lugar en un peñol que cerca cae, que fué señal de flaqueza: demas que en la pelea perdieran mucha gente, y entre ellos personas de mucha cuenta, y en particular Martin Sanchez de Rojas, y Alonso Dávalos, el mariscal Juan de Herrera y Garci Alvarez Osorio, en que si bien vendieron caramente sus vidas, quedaron tendidos en el campo. Esta batalla llaman la de los Collejares.

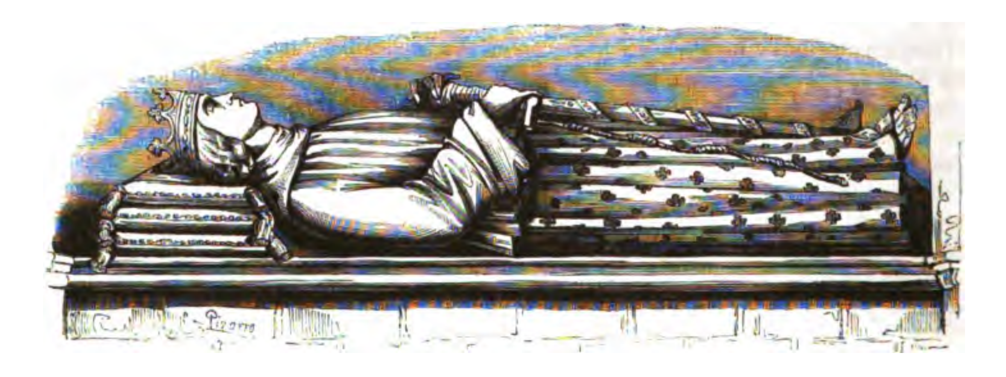
El rey don Enrique sin embargo de su poca salud no se descuidaba en velar y mirar por todo. En Madrid do estaba, convocó cortes para la ciudad de Toledo: queria con acuerdo del reino proveer de todo lo necesario para aquella guerra, que cuidaban seria muy larga. El de Navarra concluidas ya las cosas en Francia de la manera que de suso queda dicho, al dar la vuelta pasó por Narbona, dende atrevesó á Cataluña, y en Lérida por el mes de marzo se vió con el de Aragon, que le festejó en aquella ciudad y en Zaragoza magníficamente, como lo pedia la razon. Llegó finalmente á Pamplona, y en aquella ciudad celebró el casamiento que de tiempo atrás tenia concertado, de su hija doña Beatriz, menor que doña Blanca, con Jaques de Borbon conde de la Marca, personas en quien la nobleza, gentil disposicion y destreza en las armas corrian á las parejas. Hiciéronse las bodas á los catorce de setiembre, en el cual mes junto al castillo de Monaco en la costa de Génova falleció de peste Miguel de Salva cardenal de Pamplona, que andaba en compañia del papa Benedicto: infeccion de que por aquella comarca pereció mucha gente. Sepultaron su cuerpo en el monosterio de S. Francisco de Niza: sucedióle en el obispado de Pamplona que vacó por su muerte Lanceloto de Navarra, en sazon que cansada Francia de las largas del papa Benedicto en renunciar como le pedian, y unir la iglesia, de nuevo le tornaron á negar la obediencia y apartarse de su devocion.

CAPITULO XIV.

De la muerte del rey don Enrique.

Teníanse cortes de Castilla en Toledo, que fueron muy señaladas por el concurso grande que de todos los estados acudieron, por la importancia de los negocios que en ellas se trataron, y mucho mas por la muerte que en aquella sazon y ciudad sobrevino al rey. Halláronse en ellas don Juan obispo de Sigüenza en su nombre, y como gobernador sede vacante del arzobispado de Toledo, que el electo don Pedro de Luna aun no era venido á aquella iglesia; don Sancho de Rojas obispo de Palencia, don Pablo obispo de Cartagena, don Fadrique conde de Trastamara, don Enrique de Villena maestre de Calatrava dos años habia por muerte de Gonzalo Nuñez de Guzman, don Ruy Lopez Dávalos condestable, Juan de Velasco, Diego Lopez de Zúñiga, y otros señores y ricos hombres. Luego al principio destas cortes se le agravó al rey la dolencia de guisa que no pudo asistir. Presidió en su lugar su hermano el infante don Fernando: las necesidades apretaban, y la falta de dinero para hacer la guerra á los Moros y enfrenar su osadía. Tratóse ante todas cosas que el reino sirviese con alguna buena suma, tal que pudiesen asoldar catorce mil de á caballo, cincuenta mil peones, armar treinta galeras y cincuenta naves, aprestar y llevar seis tiros gruesos, que nuestros coronistas llaman lombardas, creo de Lombardía de do vinieron primero á España, ó porque allí se inventaron, cien tiros menores con los demas pertrechos y municiones y almacen; que todo esto y no menos cuidaban seria necesario para de una vez acabar con la morisma de España, como todos deseaban.

Los procuradores del reino llevaban mal que se recogiese del pueblo tan gran suma de dinero como era menester para juntar tantas fuerzas, por estar todos muy gastados con las imposiciones pasadas; mayormente que los obispos no venian en que alguna parte de aquel servicio se echase sobre los eclesiásticos. Hobo demandas y respuestas y dilaciones, como es ordinario: finalmente acordaron que de presente sirviesen para aquella guerra con un millon de oro, gran suma para aquellos tiempos, en especial que se puso por condicion, si no fuese bastante aquella cantidad, que se pudiesen hacer nuevas derramas sin consulta ni determinacion de cortes: tan grande era el deseo que todos tenian de ver acabada aquella guerra. El sueldo que en aquella sazon se daba á un hombre de á caballo, era por cada dia veinte maravedis, y al peon la mitad. La buena diligencia del infante don Fernando y su buena traza hizo que se allanasen todas las dificultades. Llegó en esto nueva que en Roma falleció el papa Inocencio á los seis de noviembre, y que los cardenales á gran priesa pusieron en su lugar al cardenal Angelo Corario ciudadano de Venecia á los treinta del mismo mes, que se llamó en el pontificado Gregorio duodécimo. Asimismo en el mayor calor de las cortes falleció el rey don Enrique en la misma ciudad de Toledo á veinte y cinco de diciembre, principio del año del señor de **1407**. Tenia veinte y siete años de edad: dellos reinó los diez y seis, dos meses y veinte y un dias. Dejó en la reina su muger al príncipe don Juan, y á las infantas doña María y doña Catalina que le naciera poco ántes. Sepultáronle con el hábito de San Francisco en la su capilla real de Toledo. El sentimiento de los



Estátua yacente del sepulcro de D. Enrique III, *El Doliente.*

vasallos fué grande, y las lágrimas muy verdaderas. Veíanse privados de un príncipe de valor en lo mejor de su edad, y el reino, como nave sin piloto y sin gobernalle, expuesto á las olas y tempestades que en semejantes tiempos se suelen levantar. Fué este príncipe apacible de condicion, afable y liberal, de rostro bien proporcionado y agraciado, mayormente ántes que la dolencia le desfigurase, bien hablado y elocuente, y que en todas las cosas que hacia y decia, se sabia aprovechar de la maña y del artificio. Despachaba sus embajadores á los príncipes cristianos y moros, á los de cerca y á los de lejos, con intento de informarse de sus cosas, y de todo recoger prudencia para el buen gobierno de su reino y de su casa, y para saber en todo representar magestad, á que era muy inclinado.

Del valor de su ánimo y de su prudencia dió bastante testimonio un famoso hecho suyo, y una resolucion notable. Al principio que se encargó del gobierno, gustaba de residir en Burgos. Entreteníase en la caza de codornices, á que era mas dado que á otro género de montería ó volatería. Avino que cierto dia volvió del campo cansado algo tarde. No le tenian cosa alguna aprestada para su yantar. Preguntada la causa, respondió el despensero que no solo le faltaba el dinero, mas aun el crédito para mercar lo necesario. Maravillóse el rey desta respuesta; disimuló empero con mandalle por entonces que sobre un gaban suyo mercase un poco de carnero con que y las codornices que él traia, le aderezasen la comida.

Sirvióle el mismo despensero á la mesa, quitada la capa en lugar de los pages. En tanto que comia, se movieron diversas pláticas. Una fué decir que muy de otra manera se trataban los grandes, y mucho mas se regalaban. Era asi que el arzobispo de Toledo, el duque de Benavente, el conde de Trastamara, don Enrique de Villena, el conde de Medinaceli, Juan de Velasco, Alonso de Guzman, y otros señores y ricos hombres deste jaez se juntaban de ordinario en convites que se hacian unos á otros como en turno. Avino que aquel mismo dia todos estaban convidados para cenar con el arzobispo, que hacia tabla á los demas.

Llegada la noche, el rey disfrazado se fué á ver lo que pasaba, los platos muchos en número, y muy regalados los vinos, la abundancia en todo. Notó cada cosa con atencion, y las pláticas mas en particular que sobre mesa tuvieron, en que por no recelarse de nadie cada uno relató las rentas que tenia de su casa, y las pensiones que de las rentas reales llevaba. Aumentóse con esto la indignacion del rey que los escuchaba, determinó tomar emienda de aquellos desórdenes: para esto el dia siguiente luego por la mañana hizo corriese voz por la corte que estaba muy doliente y queria otorgar su testamento. Acudieron á la hora todos estos señores al castillo en que el rey posaba. Tenia dada órden que como viniesen los grandes, hiciesen salir fuera los criados y sus acompañamientos. Hizose todo así como lo tenia ordenado. Esperaron los grandes en una sala por gran espacio todos juntos.

A medio dia entró el rey armado y desnuda la espada. Todos quedaron atónitos sin saber lo que queria decir aquella representacion, ni en qué pararia el disfraz. Levantáronse en pié, el rey se asentó en su silla y sitial con talante (á lo que parecia) sañudo. Volvióse al arzobispo: preguntóle cuantos son los reyes que habeis conocido en Castilla? la misma pregunta hizo por su órden á cada cual de los otros. Unos respondieron: yo conocí tres, yo cuatro, el que mas dijo cinco. Cómo puede ser esto (replicó el rey) pues yo de la edad que soy, he conocido no menos que veinte reyes? Maravillados todos de lo que decia, añadió: Vosotros todos, vosotros sois los reyes en grave daño del reino, mengua y afrenta nuestra; pero yo haré que el reinado no dure mucho, ni pase adelante la burla que de nos haceis. Junto con esto en alta voz llama los ministros de justicia con los instrumentos que en tal caso se requieren, y seiscientos soldados que de secreto tenia apercebidos. Quedaron atónitos los presentes: el de Toledo como persona de gran corazon, puestos los hinojos en tierra y con lágrimas pidió perdon al rey de lo en que errado le habia: lo mismo por su ejemplo hicieron los demas: ofrecen la emienda, sus personas y haciendas como su voluntad fuese y su merced.

El rey desque los tuvo muy amedrentados y humildes, de tal manera les perdonó las vidas que no los quiso soltar ántes que le rindiesen y entregasen los castillos que tenian á su cargo, y contasen todo el alcance que les hicieron de las rentas reales que cobraron en otro tiempo. Dos meses que se gastaron en asentar y concluir estas cosas, los tuvo en el castillo detenidos. Notable hecho, con que ganó tal reputacion que en ningun tiempo los grandes estuvieron mas rendidos y mansos: el temor les duró por mas tiempo, como suele, que las causas de temer. De severidad semejante usó en Sevilla en las revueltas que traian el conde de Niebla y Pero Ponce: y aun el castigo fué mayor, que hizo justiciar mil hombres que halló en el caso mas culpados. Benefició las rentas reales por su industria y la del infante su hermano de suerte que grandes sumas se recogian cada un año en sus tesoros, que hacia guardar en el alcázar de Madrid; al cual para mayor seguridad arrimó las torres, que hoy tienen antiguas, pero de buena estofa. Suyo es aquel dicho: «Mas temo las maldiciones del pueblo que las armas de los enemigos.» Así llegó y dejó grandes tesoros sin pesadumbre, y sin gemido de sus vasallos, solo con tener cuenta y cuidado con sus rentas, y escusar los gastos sin propósito: virtud de las mas importantes de un buen príncipe.

CAPITULO XV.

Que alzaron por rey de Castilla á don Juan el segundo.

Hecho el enterramiento y las exequias del rey don Enrique con la magnificencia que era razon, y con toda representacion de magestad y tristeza, los grandes se comunicaron para nombrar sucesor, y hacer las ceremonias y homenages que en tal caso se acostumbran. No eran conformes los pareceres, ni todos hablaban de una misma manera. A muchos parecia

cosa dura y peligrosa esperar que un infante de veinte y dos meses tuviese edad competente para encargarse del gobierno. Acordábanse de la minoridad de los reyes pasados, y de los males que por esta causa se padecieron por todo aquel tiempo. Leyóse en público el testamento del rey difunto, en que disponia y dejaba mandado que la reina su muger y el infante don Fernando su hermano se encargasen del gobierno del reino y de la tutela del príncipe. A Diego Lopez de Zúñiga y Juan de Velasco encomendó la crianza y la guarda del niño, la enseñanza á don Pablo obispo de Cartagena para que en las letras fuese su maestro, como era ya su canciller mayor, hasta tanto que el príncipe fuese de edad de catorce años. Ordenó otrosí que los tres atendiesen solo al cuidado que se les encomendaba, y no se empachasen en el gobierno del reino.

Algunos pretendian que todas estas cosas se debian alterar: alegaban que el testamento se hizo un dia ántes de la muerte del rey cuando no estaba muy entero, ántes tenia alterada la cabeza y el sentido: que no era razon por ningun respeto dejar el reino expuesto á las tempestades que forzosamente por estas causas se levantarian. Desto se hablaba en secreto, desto en público, en las plazas y corrillos. Verdad es que ninguno se adelantaba á declarar la traza que se debia tener para evitar aquellos inconvenientes: todos estaban á la mira, ninguno se queria aventurar á ser el primero. Todos ponian mala voz en el testamento y lo dispuesto en él; pero cada cual asimismo temia de ponerse á riesgo de perderse, si se declaraba mucho. Ofreciaseles que el infante don Fernando los podria sacar de la congoja en que se hallaban y de la cuita, si se quisiese encargar del reino; mas recelábanse que no vendria en esto por ser de su natural templado, manso y de gran modestia: virtudes que cada cual les daba el nombre que le parecia, quien de miedo, quien de flojedad, quien de corazon estrecho, finalmente de los vicios que mas á ellas se semejan. La ausencia de la reina, y ser muger y extrangera, daba ocasion á estas pláticas. Entreteniase á la sazon en Segovia con sus hijos, cubierta de luto y de tristeza así por la muerte de su marido, como por el recelo que tenia en qué pararian aquellas cosas que se removian en Toledo.

Los grandes, comunicado el negocio entre sí, al fin determinaron dar un tiento al infante don Fernando. Tomó la mano don Ruy Lopez Dávalos por la autoridad que tenia de condestable, y por estar mas declarado que ninguno de los otros. Pasaron en secreto muchas razones primero, despues en presencia de otros de su opinion le hizo para animalle, que se mostraba muy tibio, un razonamiento muy pensado desta sustancia: «Nos, Señor, os convidamos con la corona de vuestros padres y abuelos: resolucion cumplidera para el reino, honrosa para vos, saludable para todos. Para que la oferta salga cierta, ninguna otra cosa falta sino vuestro consentimiento: ninguno será tan osado que haga contradicion á lo que tales personages acordaron. No hay en nuestras palabras engaño ni lisonja. Subir á la cumbre del mando y del señorío por malos caminos es cosa fea: mas desamparar el reino, que de su voluntad se os ofrece, y se recoge al amparo de vuestra sombra en el peligro, mirad no parezca flojedad y cobardia. La naturaleza de la potestad real y su orígen enseñan bastantemente que el cetro se puede quitar á uno y dar á otro conforme á las necesidades que ocurren. Al principio del múndo vivian los hombres derramados por los campos á manera de fieras, no se juntaban en ciudades ni en pueblos; solamente cada cual de las familias reconocia y acataba al que entre todos se aventajaba en la edad y en la prudencia. El riesgo que todos corrian de ser oprimidos de los mas poderosos, y las contiendas que resultaban con los extraños, y aun entre los mismos parientes, fueron ocasion que se juntasen unos con otros, y para mayor seguridad se sujetasen y tomasen por cabeza al que entendian con su valor y prudencia los podria amparar y defender de cualquier agravio y demasia. Este fué el origen que tuvieron los pueblos, este el principio de la magestad real, la cual por entonces no se alcanzaba por negociaciones ni sobornos: la templanza, la virtud y la inocencia prevalecian. Asimismo no pasaba por herencia de padres á hijos: por voluntad de todos y de entre todos se escogia el que debia suceder al que moria. El demasiado poder de los reyes hizo que heredasen las coronas los hijos, á veces de pequeña edad, de malas y dañadas costumbres. Que cosa puede ser mas perjudicial que entregar á ciegas y sin prudencia al hijo, sea al que fuere, los tesoros, las armas, las provincias? y lo que se debia á la virtud y méritos de la vida, dallo al que ninguna muestra ha dado de tener bastantes prendas? No quiero alargarme mas en esto, ni valerme de exemplos antiguos para prueba de lo que digo. Todavia es averiguado que por la muerte del rey don Enrique el Primero sucedió en esta corona, no doña Blanca su hermana ma-

»yor que casára en Francia, sino doña Berenguela: acuerdo muy acertado, como lo mostró »la santidad y perpetua felicidad de don Fernando su hijo. El hijo menor del rey don Alon»so el Sabio la ganó á los hijos de su hermano mayor el infante don Fernando, porque con »sus buenas partes daba muestras de príncipe valeroso. ¿Para qué son cosas antiguas? »Vuestro abuelo el rey don Enrique quitó el reino á su hermano, y privó á las hijas de la »herencia de su padre: que si no se pudo hacer, será forzoso confesar que los reyes pasa»dos no tuvieron justo título. Los años pasados en Portugal el maestre de Avis se apoderó »de aquel reino, si con razon, si tiránicamente, no es deste lugar apurallo: lo que se sabe »es que hasta hoy le ha conservado y mantenídose en él contra todo el poder de Castilla. »De menos tiempo acá dos hijas del rey don Juan de Aragon perdieron la corona de su pa»dre, que se dió á don Martin hermano del difunto, si bien se hallaba ausente y ocupado »en allanar á Sicilia; que siempre se tuvo por justo mudase la comunidad y el pueblo con»forme á la necesidad que ocurriese, lo que ella misma estableció, por el bien comun de »todos. Si convidáramos con el mando á alguna persona estraña, sin nobleza, sin partes, »pudiérase reprehender nuestro acuerdo. ¿Quién tendrá por mal que queramos por rey un »príncipe de la alcuña real de Castilla, y que en vida de su hermano tenia en su mano el »gobierno? Mirad pues no se atribuya ántes á mal no hacer caso ni responder á la voluntad »que grandes y pequeños os muestran, y por escusar el trabajo y la carga desamparar á la »patria comun, que de verdad tendidas las manos se mete debajo las alas y se acoge al »abrigo de vuestro amparo en el aprieto en que se halla. Esto es finalmente lo que todos »suplicamos; que encargaros useis en el gobierno destos reinos de la templanza á vos acos»tumbrada y debida, no será necesario.»

Despues destas razones los demas grandes que presentes estaban, se adelantaron cada cual por su parte para suplicalle aceptase. No faltó quien alegase profecías y revelaciones, y pronósticos del cielo en favor de aquella demanda. A todo esto el infante con rostro mesurado y ledo replicó y dijo no era de tanta codicia ser rey que se hobiese de menospreciar la infamia que resultaria contra él de ambicioso é inhumano, pues despojaba un niño inocente, y menospreciaba la reina viuda y sola, á cuya defensa toda buena razon le obligaba, demas de las alteraciones y guerras que forzosamente que en el reino sobre el caso se levantarian. Que les agradecia aquella voluntad, y el crédito que mostraban tener de su persona; pero que en ninguna cosa les podia mejor recompensar aquella deuda que en dalles por rey y señor al hijo de su hermano, su sobrino, por cuyo respeto y por el pró comun de la patria él no se queria escusar de ponerse á cualquier riesgo y fatiga, y encargarse del gobierno segun que el rey su hermano lo dejó dispuesto; solo en ninguna manera se podria persuadir de tomar aquel camino ágrio y áspero que le mostraban. Concluido esto, poco despues juntó los señores y prelados en la capilla de don Pedro Tenorio, que está en el claustro de la iglesia Mayor. El condestable don Ruy Lopez por si acaso habia mudado el parecer, le preguntó allí en público á quien queria alzasen por rey. El con semblante demudado respondió en voz alta: ¿A quién sino al hijo de mi hermano? Con esto levantaron los estandartes como es de costumbre por el rey don Juan el segundo, y los reyes de armas le pregonaron por rey primero en aquella junta, y consiguientemente por las calles y plazas de la ciudad.

Gran crédito ganó de modestia y templanza el infante don Fernando en menospreciar lo que otros por el fuego y por el hierro pretenden. Los mismos que le insistieron aceptase el reino, no acababan de engrandecer su lealtad: camino por donde se enderezó á alcanzar otros muy grandes reinos que el cielo por sus virtudes le tenia reservados. Fué la gloria de aquel hecho tanto mas de estimar que su hermano al fin de su vida andaba con él torcido, y no se le mostraba favorable por reportes de gentes que suelen inficionar los príncipes para derribar á los que ellos quieren, y ganar gracias con hallar en otros tachas: demas que naturalmente son sospechosos y odiosos á los que mandan, los que están mas cerca para sucederles en sus estados. Verdad es que poco ántes de su muerte vencido de la bondad del infante trocó aquel ódio en buena voluntad; y aun vino en que su hija la infanta doña María que podia suceder en el reino, casase con don Alonso hijo mayor del infante: acuerdo muy saludable pora los dos hermanos en particular, y en comun para todo el reino.

CAPITULO XVI.

De la guerra de Granada.

Esto pasaba en Castilla á tiempo que en Aragon sucedió la muerte de la reina doña Maria, que falleció en Villareal pueblo cerca de Valencia á los veinte y nueve de diciembre con gran sentimiento del rey de Aragon su marido y de toda aquella gente por sus prendas muy aventajadas. Sepultaron su cuerpo con el acompañamiento y honras convenientes en Poblete, sepultura de aquellos reyes. De cuatro hijos que parió, los tres se le murieron en su tierna edad, don Diego, don Juan y doña Margarita: quedó solo don Martin á la sazon rey de Sicilia y que se hallaba embarazado en el gobierno de aquella isla, con poco cuidado de su vida y salud por ser mozo, y los muchos peligros á que hacia siempre rostro por ser de gran corazon; de que poco adelante á él sobrevino la muerte, y con ella á los suyos muy grandes adversidades.

El infante don Fernando compuestas las cosas en Toledo, y hechas las exequias de su hermano, á primero de enero se partió para Segovia con intento de verse con la reina que allí estaba, y con su acuerdo dar órden y traza en todo lo que pertenecia al buen gobierno del reino. Para que todo se hiciese con mas autoridad y con mas acierto dió órden que en aquella ciudad se juntasen (como se juntaron) cortes generales del reino, á que acudieron los prelados y señores, y procuradores de las ciudades. Tratáronse diversas cosas en estas cortes; en particular la crianza del nuevo rey se encargó á la reina por instancia que sobre ello hizo, mudado en esta parte el testamento del rey don Enrique. En recompensa del cargo que les quitaban, dieron á Juan de Velasco y á Diego Lopez de Zúñiga cada seis mil florines, pequeño precio y satisfaccion; mas érales forzoso conformarse con el tiempo, y no seguro contradecir á la voluntad de la reina y del infante que tenian en su mano el gobierno.

Tratóse otrosí de la guerra que pensaban hacer á Granada, tanto con mayor voluntad de todos, que por el mes de febrero los cristianos entraron en tierra de Moros por la parte de Murcia. Pusiéronse sobre Vera; mas no la pudieron forzar porque vinieron sin escalas, y sin los demas ingenios á propósito de batir las murallas, y por la nueva que les vino de un buen número de Moros que venian en socorro de los cercados. Alzado pues el cerco, fue-



Trajes civiles y militares de esta época segun un retablo gótico de la iglesia de San Pedro de Tarrasa, en Cataluña.

ron en su busca, y cerca de Jujena pelearon con ellos con tal denuedo que los vencieron y desbarataron. La matanza no fué grande por tener los vencidos la acogida cerca. Todavía tomaron y saquearon aquel pueblo, efecto de mas reputacion que provecho, por quedar el castillo en poder de Moros. Los caudillos principales desta empresa fueron el mariscal Fernando de Herrera, Juan Fajardo, Fernando de Calvillo con otros nobles caballeros. Sonó mucho esta victoria, tanto que los que se hallaban en las cortes, alentados con tan buen principio, que les parecia pronóstico de lo demas de aquella guerra, otorgaron de voluntad toda la cantía de maravedís que para los gastos y el sueldo les pidieron por parte de la reina y del infante.

Nombraron por general como era razon al mismo infante don Fernando, entre el cual y la reina comenzaron cosquillas y sospechas. No faltaban hombres malos, de que siempre hay copia asáz en las casas reales, que atizaban el fuego: decian que algun dia don Fernando daria en que entender á la reina y sus hijos. Muchos cargaban á una muger por nombre Leonor Lopez, que terciaba mal entre los dos, y tenia mas cabida con la reina de lo que sufria la magestad de la casa real, y el buen gobierno del reino. Los disgustos iban adelante: dieron traza que se dividiese el gobierno, de guisa que la reina se encargó de lo de Castilla la Vieja, don Fernando de la Nueva con algunos pueblos de la Vieja. Tomado este acuerdo, el infante envió su muger y hijos á Medina del Campo, y él se partió de Segovia para Villareal con intento de esperar allí las gentes que por todas partes se alistaban para aquella guerra, las municiônes y vituallas.

En este medio los capitanes que estaban por las fronteras, no cesaban de hacer cabalgadas en tierra de los Moros, talar los campos, robar los ganados, cautivar gente, saquear los pueblos: á veces tambien volvian con las manos en la cabeza, que tal es la condicion de la guerra. Un cierto moro, de secreto aficionado á nuestra religion, se pasó á tierra de cristianos, y llevado á la presencia del maestre de Santiago don Lorenzo Suarez de Figueroa que se ocupaba en aquella guerra, y estaba en Ecija por frontero, le habló en esta manera: « Bien entiendo cuan aborrecido es de todos el nombre de foragido; sin embargo me »aventuré á seguir vuestro partido, movido del cielo: toque poderoso, contra el cual ninguna resistencia basta. No pido que aprobeis mi venida y mi resolucion, ni la condeneis »tampoco, sino que esteis á la mira de los efectos que viéredes. Lo primero os ruego que »me hagais bautizar, que el tiempo muy en breve dará clara muestra de mi buen zelo y »lealtad, á las obras me remito.»

Bautizáronle como el moro lo pedia. Tras esto les dió aviso que Pruna, plaza de los Moros de importancia, se podria entrar por la parte y con el órden que él mismo mostraria. Las prendas que metiera, eran tales que se aseguraron de su palabra que no era trato doble. Acompañóle con gente el comendador mayor de Santiago: cumplió el moro su promesa, que al momento entraron aquel pueblo en cuatro dias del mes de junio, y quitaron aquel nido, de do salian de ordinario Moros á correr las tierras de cristianos, hacer mal y daño continuamente. Pasó el infante á Córdova, y entró en Sevilla á los veinte y dos de junio: probóle la tierra y los calores, de que cayó en el lecho enfermo en sazon mal á propósito, y en que llegó á aquella ciudad el conde de la Marca yerno del de Navarra, y por sí de lo mas noble de Francia, de gentil presencia entre mil, muy cortés, con que aficionaba la gente: traia en su compañia ochenta de á caballo, y venia con deseo de ayudar en aquella guerra sagrada, que se temia saldria larga y dificultosa.

Los Moros en este medio no dormian: lo primero acometieron á tomar á Lucena pueblo grande, y como quier que no les saliese bien aquella empresa, revolvieron sobre Baeza gran morisma, ca dicen llegaban á siete mil de á caballo y cien mil de á pie, número que apenas se puede creer, y que por lo menos puso en gran cuidado á todo el reino. Todavia no pudieron forzar la ciudad que se la defendieron los de dentro (aunque con dificultad) muy bien; solo tomaron y quemaron los arrabales. Apellidáronse los cristianos por toda aquella comarca, los de cerca y los de léjos, porque no se perdiese aquella plaza tan importante. Supieron los Moros lo que pasaba, y por no aventurarse á perder la jornada, alzado el cerco, dieron la vuelta cargados de despojos y de los cautivos que por aquella tierra robaron. Por el contrario el almirante don Alonso Enriquez cerca de Cádiz ganó de los Moros una victoria naval, asáz importante. Los reyes de Tunez y de Tremecén tenian armadas veinte y tres galeras para correr las costas del Andalucía á contemplacion de su amigo y confederado el rey de Granada. Dióles vista el almirante, y si bien no llevaba pasadas de trece galeras en

su armada, no dudó de embestirlas; lo cual hizo con tal denuedo y destreza que las venció. Tomó las ocho, las demas parte echó á fondo, y otras se huyeron.

En este medio convaleció de su dolencia el infante don Fernando, y alegre con esta buena nueva salió de Sevilla á los siete de setiembre. No llevaba resolucion por que parte entraria en tierra de Moros: hizo consulta de capitanes y de otros personages; salió acordado que rompiese por tierra de Ronda, y se pusiese con todo el campo sobre Zahara, villa principal de aquella comarca. Hízose así: comenzaron á batirla con tres cañones gruesos de dia y de noche; el daño que hacian, era muy poco por no ser muy diestros los de aquel tiempo en jugar y asestar la artillería. El cerco iba á la larga, y fuera la empresa muy dificultosa, si los de dentro por falta que padecian, y por miedo de mayores daños si se detenian, no se rindieran á partido que libres sus personas y hacienda, dejasen al vencedor las armas y provision. Al tanto otros pueblos pequeños se dieron por aquellas partes. Septenil villa bien fuerte por sus adarves, y por la gente que tenia de guarnicion, por esta causa no se quiso rendir: cercáronla, y combatiéronla con todos los ingenios y fuerzas que llevaban, en sazon que Pedro de Zúñiga por otra parte recobró de los Moros á Ayamonte segun que el infante don Fernando se lo encargára.

El rey moro por estas pérdidas, y por no echar el resto en el trance de una batalla, la escusaba cuanto podia; solo ayudaba las fuerzas con maña, y procuraba divertir las del enemigo. Juntó á toda diligencia sus gentes, que dicen eran ochenta mil de á pie y seis mil de á caballo, los mas canalla sin valor ni honra. Con este campo se puso sobre Jaen; pero no salió con su intento, porque acudieron con toda brevedad los nuestros, y le forzaron á retirarse con poca reputacion. Solo hizo daño en los campos, de que se satisfacieron los contrarios con correrle toda la tierra hasta la ciudad de Málaga. Repartíanse otrosi diversas bandas de soldados, y se derramaban por todas partes sin dejar respirar ni reposar á los Moros. Para que todo sucediese bien, y el contento fuese colmado, solo faltó que no pudieron forzar ni rendir á Septenil. El otoño iba adelante, y las lluvias comenzaban, que suelen ser ordinarias por aquel tiempo. Por esta causa el infante á los veinte y cinco de octubre, alzado aquel cerco, dió la vuelta á Sevilla, y tornó á poner en su lugar la espada, con que el rey don Fernando el Santo ganó antiguamente aquella ciudad, y en ella la guardan con cuidado y reverencia; y á las veces los capitanes para sus empresas, como por buen agüero, la solian dende tomar prestada.

Hecho esto, repartió la gente para que invernase en Sevilla, Córdova y otros pueblos, y él pasó al reino de Toledo con intento de apercebirse de todo lo necesario y recoger mas gente para continuar aquella guerra. A esta sazon falleció en Calahorra Pero Lopez de Ayala canciller mayor de Castilla, caballero señalado por su nobleza, por las muchas cosas que por él pasaron, y por la corónica que dejó escrita del rey don Pedro, y don Enrique el segundo, y don Juan el primero; si bien algunos sospechan que con pasion encareció mucho los vicios de don Pedro, y subió de punto las virtudes de su competidor en perjuicio de la verdad: enterraron su cuerpo en el monasterio de Quijana. Francia asimismo andaba revuelta por la muerte que Juan duque de Borgoña hizo dar en Paris á Luis duque de Orliens volviendo muy de noche de palacio. El homiciano que ejecutó esta maldad, se llamaba Otonvilla. La causa de la enemistad no se averigua del todo: sospecharon comunmente que por estar el rey á tiempos falto de juicio el matador pretendia apoderarse del gobierno de Francia, y para salir con esto acordó de quitarse delante al que solo le podia contrastar por ser hermano del rey,

Luego que se descubrió el autor de aquella maldad, el de Borgoña se retiró á sus tierras para apercebirse, si alguno pretendiese vengar aquella muerte. La duquesa Valentina muger del muerto puso acusacion contra el matador, y hacia instancia sobre el caso. Los jueces vencidos de sus lágrimas y de la razon citaron al de Borgoña para que compareciese en persona á descargarse de lo que le achacaban. No dudó él de obedecer y presentarse, confiado en sus riquezas y en los muchos valedores que tenia en la corte de Francia. Formábase el proceso en el parlamento, y por los púlpitos Juan Petit doctor teólogo de Paris, Franciscano, y predicador de fama en aquella era, no cesaba en sus predicaciones de abonar aquel hecho como hombre lisongero y interesal. Cargaba al de Orliens que pretendia hacerse rey de Francia: que el que atajó estos intentos tiránicos, no solo era libre de pena, sino digno de mercedes muy grandes. No mostraron los jueces mas entereza, ántes llegados á sentencia, dieron por libre al de Borgoña con gran sentimiento de los hijos del muerto y de su muger;

de que resultaron guerras muy largas, con que se abrasaron y consumieron las riquezas y grandeza de Francia. La cuestion, si un particular puede por su autoridad matar al tirano, se ventiló mucho entre los teólogos de aquel tiempo; y aun en el concilio de Constancia que se juntó poco adelante, los padres sacaron un decreto, en que contra lo que Juan Petit enseñaba, y contra lo que el de Borgoña hizo, determinaron no ser lícito el particular matar al tirano. Era Luis duque de Orliens hermano del rey de Francia, y el duque de Borgoña su primo hermano.

CAPITULO XVII.

Que se hicieron treguas con los Moros.

Las fiestas de Navidad tuvo el infante don Fernando en Toledo principio del año 1408, en que hizo el cabo de año de su hermano el rey don Enrique. El rey niño y la reina su madre residian en Guadalajara por el buen temple de aquella ciudad y cielo saludable de que goza. Acordaron se juntasen allí cortes, á propósito de apercebir lo necesario para continuar la guerra que tenian comenzada, con mayores fuerzas y gente. Los prelados y señores y ciudades que concurrieron al tiempo aplazado, venian bien en lo que se pedia: la mayor dificultad consistia en hallar forma y traza como se juntase el dinero para los gastos. Los pueblos no daban oidos á nuevas imposiciones y derramas, cansados y consumidos con las contribuciones pasadas, y recelosos no se continuase en tiempo de paz el servicio que por la necesidad de la guerra se otorgase; mas por la mucha instancia que hizo el infante y otros



En la capilla de Santiago, de la catedral de Toledo, existe un sepulcro en el que se dice está enterrado don Alvaro de Luna, padre del Gran Maestre. Es una de las mejores estátuas que contiene la catedral y el traje muy curioso.

señores concedieron cantidad de ciento y cincuenta mil ducados, con gravámen de tener libros de gasto y recibo para que constase se empleaban solo en los gastos de la guerra, y no en otros al albedrío de los que gobernaban.

Teníanse las cortes en tiempo que el rey de Granada á los diez y ocho dias del mes de febrero se puso sobre la villa de Alcaudete acompañado de siete mil caballos y ciento y veinte mil peones, número descomunal. Corrió gran peligro de perderse la plaza, y toda la Andalucía se alteró con este miedo por tener pocas fuerzas, los socorros lejos, y el tiempo del año riguroso para salir en campaña. Acude nuestro Señor cuando falta la prudencia: defendiéronse muy bien los cercados, con que se abatió el orgullo de los Moros. Junto con esto los nuestros por tres partes diferentes hicieron entradas en las tierras enemigas para divertir las fuerzas de los Moros, y con las talas, quemas y robos que fueron grandes, tomar emienda de los daños que hicieran en las fronteras de cristianos. Quebrantados los Moros con tantos males y pérdidas, acordaron despachar sus embajadores para pedir treguas. No venia en otorgarlas el infante, ántes se queria aprovechar de la ocasion que la flaqueza de los enemigos le presentaba. La reina era (como muger) enemiga de guerra, que en fin hizo se concediesen las treguas por término de ocho meses. Los pueblos pretendian, pues la guerra cesaba, escusarse del servicio que otorgaron. El infante no quiso venir en ello, ca decia era necesario estar proveido de dinero para volver á la guerra el año siguiente; todavía se hizo suelta á los pueblos de la cuarta parte de aquella suma.

Vino entre los demas á estas cortes finalmente don Pedro de Luna sobrino del papa Benedicto, y por su órden arzobispo de Toledo, como se dijo de suso. Traia de Aragon en su compañia á Alvaro de Luna su sobrino, mozo de diez y ocho años. Su padre Alvaro de Luna señor de Cañete y Jubera, le hobo fuera de matrimonio en María de Cañete, muger poco menos que de seguida; por lo menos tan suelta y entregada á sus apetitos que tuvo cuatro hijos bastardos cada cual de su padre: al ya nombrado y á don Juan de Cerezuela del gobernador de Cañete: á Martin de un pastor por nombre Juan, y el cuarto tambien Martin de un labrador de Cañete: los dos postreros por respeto de su hermano tuvieron adelante el sobrenombre de Luna. De tan bajos principios se levantó la grandeza deste mozo, que en un tiempo pudo competir con los muy grandes príncipes, de que al fin le despeñó su desgracia. En el bautismo le llamaron Pedro: agradóse dél el papa Benedicto, de su presencia, de su viveza y apostura, y quiso que en la confirmacion le mudasen el nombre de pila en el de Alvaro por respeto de su padre. Venido á Castilla, le hicieron de la cámara del rey: con lo cual, y su buena gracia y diligencia en servir, poco á poco le ganó la voluntad, y aun se hizo señor della.

En el alcázar de Granada á los once de mayo falleció el rey Mahomad, con que la gente se aseguraba que las paces serian mas ciertas. La ocasion de su muerte refieren fué una camisa inficionada que se vistió por engaño. Sacaron de Salobreña, donde le tenia preso, á Juzeph su hermano para que le sucediese en el reino: así ruedan y se truecan las cosas de los hombres, hoy cautivo y mañana rey. Apresuráronse los Moros en esto y usaron de todo secreto porque no se recreciese algun impedimento, mayormente de parte de los cristianos, que desbaratase sus intentos. Luego que Juzeph se vió rey, despachó sus embajadores con ricos presentes para el de Castilla de caballos, jaeces, alfanges, telas preciosas, pasas, higos y almendras, sustento el mas ordinario y regalado de aquella gente. Diéronles en retorno otros dones de valía, pero no otorgaron con lo que pretendian principalmente, que era se alargase el tiempo de las treguas.

CAPITULO XVIII.

Que el papa Benedicto vino á España.

El papa Benedicto por este tiempo se hallaba aquejado de diversos cuidados: las provincias cansadas de scisma tan largo, sus amigos y devotos desabridos de sus trazas; sus mañas en que no tenia par, descubiertas y entendidas. No sabia que camino podia tomar para conservarse, que era su intento principal. Cuando se salió de Aviñon, fué á parar en Marsella, ciudad fuerte y puesta á la lengua del agua: su vivienda en S. Victor, monasterio muy célebre en aquella ciudad. Dende acometió al papa Gregorio su contendor con partido de paz, que decia deseó siempre y de presente la deseaba: que seria bien se juntasen en un

lugar para tomar acuerdo sobre sus haciendas, que por medio de terceros era cosa muy larga. Para señalar lugar á contento de las partes vinieron embajadores de Gregorio á Marsella. Dieron y tomaron, y finalmente acordaron fuese la vista en Saona ciudad del Ginoves: sacóse por condicion que hasta tanto que los papas se hablasen, ni el uno ni el otro criase algun cardenal.

Asentado esto, Benedicto sin dilacion se embarcó para pasar allá. Pretendia por esta diligencia que todos entendiesen deseaba la paz. El papa Gregorio replicó que no tenia por seguro aquel lugar por estar á la obediencia de su contrario. Solo fué á Luca, ciudad puesta en lo postrero de Toscana; y el papa Benedicto al principio deste año se adelantó y pasó á Portovenere para mas de cerca capitular y concertarse. Todo era mañas y traspasos para entretener y engañar, y aun el papa Gregorio contra lo que tenian concertado, de una vez hizo tres cardenales, con que los demas cardenales suyos se alborotaron y de comun acuerdo se pasaron á Pisa. El papa Benedicto, por aprovecharse de aquella ocasion, envió allá cuatro cardenales de su obediencia y tres arzobispos, que se detuvieron algun tiempo en Liorno entre tanto que los Florentines, cuya era Pisa, les enviaban seguridad. Juntáronse finalmente con los cardenales de Pisa. A lo que la junta se enderezaba, era convocar concilio general, como lo hicieron. Sonrugíase que daban traza de prender á los papas en especial á Benedicto.

Esta fama quier verdadera, quier falsa, dió ocasion á Benedicto de desamparar á Italia, donde demas de la sospecha ya dicha pretendia que su contrario estaba muy arraigado y poderoso en, particular se recelaba del rey Ladislao de Nápoles, que tenia muy de su parte como al que nombrara por vicario del imperio y senador de Roma, cargos á la sazon muy principales. Antes de su partida para mejor entretener la gente convocó concilio general para Perpiñan, villa en la raya de Cataluña, y con tanto se hizo á la vela. Aportó á Colibre á dos de julio, dende por la ciudad de Elna pasó á la dicha villa de Perpiñan para dar calor en lo del concilio, y esperar que los prelados se juntasen. Acudió á visitar al papa entre otros el rey de Navarra, que llevaba intento de pasar en Francia, y acometer las nuevas esperanzas que de recobrar alguna parte de sus antiguos estados le daban las alteraciones de aquel reino. Pero esta su ida á París no fué de mas efecto que las pasadas: así finalmente dió la vuelta á su reino sin alcanzar cosa alguna de las que pretendia.

Juntáronse en Perpiñan ciento y veinte obispos, casi todos de Francia y de España. Abrióse el concilio á primero de noviembre: la principal cosa que trataron, fué buscar medios para concertar los papas y unir la iglesia. Los pareceres eran diferentes, y aun los fines á que cada cual se encaminaba, por donde los mas de los obispos, perdida la esperanza de hacer cosa de momento, de secreto se salieron de Perpiñan y se volvieron á sus tierras. Quedaron solo diez y ocho obispos, que dieron de consuno un memorial al papa en que le suplicaron atendiese con cuidado á quitar el scisma, aunque fuese necesario tomar el camino de la renunciacion, pues era mas justo conformarse con el deseo de toda la iglesia que dejarse engañar de las lisonjas de particulares: que la iglesia con lágrimas en los ojos, las rodillas por el suelo, y tendidas las manos le rogaba lo que era muy puesto en razon, antepusiese el bien público á cualquier otro respeto; que ningun otro camino se mostraba para la cura de dolencia tan larga. Poca esperanza tenian que viniese en lo que pedian, el que como á puerto seguro se habia retirado á España. Todavia para mostrar voluntad á la concordia envió á Pisa siete personas principales con voz de querer concierto; mas á la verdad otro tenia en el corazon, ca pretendia le sirviesen de escuchas, y le avisasen de todo lo que allí pasaba.

Hallábanse en aquella ciudad juntos demas de un gran número de obispos veinte y tres cardenales; los seis de la obediencia de Benedicto, que eran la mayor parte de su colegio. Entre estos asistió don Pedro Fernandez de Frias cardenal de España, criado por Clemente papa de Aviñon. Publicaron sus edictos, en que citaban á los dos papas para que en presencia del concilio alegasen de su derecho; mas visto que no comparecian, y que se gastaba mucho tiempo en demandas y respuestas, de comun acuerdo á los veinte y seis de junio del año 1409 sacaron por pontífice á Pedro Philargo natural de Candia, de la órden de los Menores, presbítero cardenal y arzobispo de Milan. Llamóse en el pontificado Alejandro quinto: duróle el mando muy poco, que no llegó á año entero. Resultó desta eleccion, de que se esperaba el remedio, otro nuevo y mayor daño, esto es que la llaga mas se encancerase por añadir á los dos papas otro tercero, que cada cual pretendia ser el legítimo y

los otros intrusos: tanta vez tiene la sazon en todo, y la buena traza. Así la cristiandad lugar de dos bandos quedó dividida en tres con otras tantas cabezas y papas, como su acontecer que se vuelve al revés y daña lo que parecia prudentemente acordado: tan cort son nuestras trazas.

CAPITULO XIX.

De la muerte del rey don Martin de Sicilia.

Con mejor órden gobernaba el infante don Fernando el reino de Castilla, bien que no s descuidaba en adelantar su casa y estado por los caminos que podia, sin dejar ocasion al guna: no faltaba quien por esta misma razon la tomase de ponelle mal con la reina com muger y de su natural sospechosa. No hay cosa mas deleznable que la gracia de los reyes, ni mas frágil que su privanza. Decian que el gran poder del infante don Fernando podri parar perjuicio á la casa real: que con el poder, cuando mucho crece, pocas veces se acompaña la lealtad. Los que mas atizaban el fuego, eran Diego Lopez de Zúñiga y Juan de Velasco por la mucha cabida que todavia tenia en la casa real. Don Fadrique conde de Trastamara, hijo de don Pedro el que fué condestable de Castilla, daba consejo á don Fernando que les echase mano. Poco secreto se guarda en los palacios: avisados de lo que se meneaba, se pusieron ellos con tiempo en salvo. Quedó la reina desque lo supo, mas lastimada y recelosa que antes: decia que aquella befa á ella misma se hiciera para despojalla de su consejo, y del amparo que pensaba en ellos tener. Ultra de las demas prendas de que la naturaleza y el cielo dotaron a don Fernando con mano liberal, en que ningun principe en aquella era se le aventajaba, tenia muy noble generacion en su muger: cinco hijos varones, don Alonso, don Juan, don Enrique, don Sancho, y don Pedro, que llamaron adelante los infantes de Aragon, y dos hijas, doña Maria y doña Leonor.

Falleció por aquellos dias Fernan Rodriguez de Villalobos maestre de Alcántara: por su muerte hobo aquel maestrazgo el infante don Fernando en cabeza de su hijo don Sancho con dispensacion que dio en la edad el papa Benedicto. Lo mismo se hizo con don Enrique el tercer hijo dende á pocos meses para hacelle maestre de Santiago por muerte de Lorenzo Suarez de Figueroa. No faltaron sentimientos y disgustos de personas que llevaban mal que el infante, no contento con el gobierno del reino, se apoderase en nombre de sus hijos de todo lo que vacaba. En esta misma sazon el conde de Luxemborg y el duque de Austria enviaron á ofrecer socorros de gente para continuar la guerra de Granada. Lo mismo hizo Carlos duque de Orliens, que prometia enviar en ayuda mil caballos franceses, y juntamente pedia por muger a la reina doña Beatriz pretensora del reino de Portugal, y viuda del rey de Castilla don Juan el Primero.

No se le otorgó la una, ni aceptaron la otra destas dos demandas, porque la reina ni queria casar segunda vez, ni con color de matrimonio desterrarse de España: y el tiempo de las treguas con los Moros le habian alargado por otros cinco meses por la mucha instancia que sobre ello hizo Juzeph el nuevo rey de Granada, si bien poco despues acometieron los Moros a tomar la villa de Priego, con que dieron bastante ocasion para que sin embargo del concierto se rompiese con ellos. Pero el rey de Granada se envió a descargar que aquel exceso no se hizo con su voluntad, y todavia ofrecia de hacer enmienda conforme a lo que determinasen, y hallasen se debia hacer, jueces nombrados por las partes. Hallóse este año entre Salamanca y Ciudad-Rodrigo una imagen devota de nuestra Señora, que llaman de la Peña de Francia, muy conocida por un monasterio de Dominicos que para mayor veneracion se levantó en aquel lugar, y por el gran concurso de gentes que acude en romeria de todas partes.

El mismo año fue muy aciago y triste para los Aragoneses por la muerte de don Martin rey de Sicilia, hijo único y heredero del rey de Aragon, que falleció en Caller de Cerdeña a los veinte y cinco de julio en la flor de su edad y de las muchas esperanzas que prometia su buen natural. Mandóle su padre pasar en aquella isla para allanar a Brancaleon Doria y Aymerico vizconde de Narbona, que por estar casados con dos hijas de Mariano juez de Arborea pretendian apoderarse por derechos que para ello alegaban, de toda aquella isla. Andaban muy pujantes a causa que las fuerzas de los Aragoneses eran flacas, y los naturales les ayudaban con mayor voluntad que a los extraños. La venida del rey hizo que se in-



D. Juan II.

casen las cosas. Juntaron sus gentes cada cual de las partes: llegaron á vista unos de otros cerca de un pueblo llamado San Luri. Ordenaron sus haces, y dióse la batalla, en que los Sardos quedaron desbaratados y preso Brancaleon su caudillo.

La muerte que sobrevino al rey en aquella coyuntura, hizo que no pudiese ejecutar la victoria, ni concluir aquella guerra, si bien por algun tiempo el mariscal Pedro de Torrellas, muy privado deste príncipe, y otros caballeros con la gente que les quedó, se entretuvieron y sustentaron el partido de Aragon. Sepultaron el cuerpo del difunto en la iglesia catedral de Caller. En su muger doña Blanca tuvo un hijo que falleció los dias pasados. De dos mugeres solteras naturales de Sicilia dejó dos hijos, á don Fadrique, cuya madre se llamó Teresa, y en Agathusa á doña Violante, que casó adelante con el conde de Niebla. Corrió fama que la ocasion de su muerte fué desmandarse; ántes de estar bien convalecido de cierta dolencia, en la aficion de una moza natural de aquella isla de Cerdeña. Ordenó su testamento, en que nombró á su padre por heredero del reino de Sicilia, y á su muger la reina doña Blanca encargó continuase en el gobierno que le dejó encomendado á su partida, señalándole personas principales de cuyo consejo se ayudase.

Mucho sintió todo el reino de Aragon la falta deste príncipe. Muchos debates se levantaron sobre la sucesion de aquellos reinos. El rey su padre como á quien mas tocaba el daño, cuántas lágrimas derramó? qué estremos y demostraciones de dolor no hizo? cada cual lo juzgue por sí mismo. Reportóse empero lo mas que pudo, y hechas las honras de su hijo, volvió su cuidado á sentar y asegurar las cosas de su reino. Sus privados le aconsejaban se casase pues estaba en edad de tener hijos, con que se aseguraria la sucesion, y se atajarian las tempestades que de otra suerte les amenazaban. Parecióle al rey buen consejo este: casó con doña Margarita de Prades, dama muy apuesta y de la alcuña real de Aragon. Celebráronse las bodas en Barcelona á los diez y siete de setiembre. No pasaba el rey de cincuenta y un años; pero tenia la salud muy quebrada, y era grueso en demasía: las medicinas con que procuró habilitarse para tener sucesion, le corrompieron lo interior y aceleraron la muerte.

Luis duque de Anjou avisado de lo que pasaba, fué el primero que volvió á las esperanzas antiguas de suceder en aquella corona. Despachó al obispo de Conserans para suplicar al rey declarase por sucesor de aquel reino á Luis su hijo y de doña Violante, que por ser su sobrina hija del rey don Juan, era la que le tocaba en mas estrecho grado de parentesco, mayormente que su hermana mayor la infanta doña Juana era ya muerta, que falleció en Valencia dos años ántes deste. Pedia otrosi que diese licencia para que la madre viniese á Aragon para criar á su hijo conforme á las costumbres de la tierra. Túvose á mal pronóstico que durante la fiesta de las bodas que el rey celebraba, le pidiesen nombrase sucesor. Los del reino tenian por mas fundado el derecho del conde de Urgel. Favorecian lo que deseaban, y lo que comunmente apetecen todos, que era no tener rey extraño, sino de su misma nacion. La descendencia del conde se tomaba del rey don Alonso el cuarto su bisabuelo, cuyo hijo don Jaime fué padre de don Pedro y abuelo del conde. Demas que estaba casado con hermana del rey don Martin, la cual su padre el rey don Pedro hobo en la reina doña Sibyla: semejantes pretensiones y esperanzas tenia, bien que de mas lejos, don Alonso de Aragon conde de Denia y marques de Villena, que por importunacion de los suyos, aunque muy viejo, entró en esta demanda como el que continuaba su descendencia de don Jaime el segundo rey de Aragon.

CAPITULO XX.

De una disputa que se hizo sobre el derecho de la sucesion en la corona de Aragon.

Dió el rey de Aragon audiencia al obispo francés, y enteróse bien de todo lo que pedia, y de las razones en que fundaba el derecho y la pretension del duque. Concluido aquel auto, y despedida la gente, luego que se retiró á su aposento, los que le acompañaban, continuaron la plática, y de lance en lance trabaron en presencia del rey una disputa formada, que me pareció poner aqui por sumarse en ella los fundamentos de todo este pleito. Guillen de Moncada fué el primero á hablar en esta forma: «Será, señor, servido Dios de daros sucesion, consuelo para la vida, y heredero para la muerte. Pero si acaso fuese otra su voluntad, lo cual no permita su clemencia, quién se podrá anteponer á Luis hijo del duque de

» Anjou? quién correr con él á las parejas, pues es nieto de vuestro hermano, nacido de su
» hija? No dudaré decir lo que siento. Cada cual en su negocio propio tiene menos pruden-
» cia que en el ageno: impide el miedo, la codicia, el amor, y escurece el entendimiento.
» Pero si á vos no tuviéramos, por ventura no diéramos la corona á la hija del rey vuestro
» hermano? Que si vos (lo que Dios no permita) faltáredes sin hijos, quién quita que no se
» reponga la misma y se restituya en su antiguo derecho? Si le empece para la sucesion
» ser muger, ya sustituye en su lugar y derecho á su hijo, aragonés de nacion por parte
» de madre, y legítimo por ende heredero del reino.»

Acabada esta razon, los mas de los que presentes estaban, la mostraban aprobar con gestos y con meneos. Replicó Bernardo Centellas: «Muy diferente es mi parecer: yo entien-
» do que el derecho del conde de Urgel va mas fundado. Don Pedro su padre es cierto que
» tiene por abuelo el mismo que vos, en quien pasára la corona, muerto el rey don Alonso
» el cuarto, si vuestro padre el rey don Pedro no fuera de mas edad que don Jaime su her-
» mano, abuelo del conde. Que si aquel ramo faltase con sus pimpollos, por qué no volverá
» la sustancia del tronco, y se continuará en el otro ramo menor? La hembra cómo puede
» dar al hijo el derecho que nunca tuvo? como quier que sea averiguado ser las hembras
» incapaces desta corona. Que si admitimos á las hembras á la sucesion, en esto tambien se
» aventaja el conde, pues tiene por muger á vuestra hermana doña Isabel, hija del rey don
» Pedro y de doña Sibyla, deuda mas cercana vuestra que la hija de vuestro hermano; si
» que la hermana en grado mas estrecho está que la sobrina.»

Movieron asimismo estas razones á los circunstantes, cuando Bernardo Villalico acudió con su parecer, que era asáz diferente y extraño: «No puedo (dice) negar sino que se han
» tocado muy agudamente los derechos del duque, y del conde ya nombrados, si don Alon-
» so marques de Villena y conde de Gandía no se les aventajára; el cual tiene por padre á
» don Pedro, hijo que fué del rey don Jaime el segundo. De suerte que vuestro bisabuelo es
» abuelo del marques y vuestro abuelo el rey don Alonso el cuarto tio del mismo, como al
» contrario el bisabuelo del conde de Urgel, que es el mismo rey don Alonso, es vuestro
» abuelo. Así el marques y su hermano el conde de Prades, abuelo de vuestra muger la
» reina doña Margarita, tienen con vos el mismo deudo que vos con el conde de Urgel. Que
» si el deudo es igual, deben ser antepuestos los que de mas cerca traen su decendencia de
» aquellos reyes, de donde como de su fuente se toma el derecho de la corona y de la suce-
» sion. No hay para que traer en consecuencia la muger del conde de Urgel, ni ponernos
» en necesidad de declarar mas en particular quien fué su madre doña Sibyla ántes que fuese
» reina.»

Oyeron todos con atencion lo que dijo Villalico, si bien poco aprobaron sus razones. Parecíales fuera de propósito valerse de derechos tan antiguos para hacer rey á persona de tanta edad: de suerte que mas faltaba voluntad á los que oian, que probabilidad á las razones que alegó. Tomó el rey la mano, y habló en esta manera: «Con claridad habeis alega-
» do lo que hace por los tres ya nombrados, y aun pudiérades añadir otras cosas en favor
» de cualquiera de las partes. Pero hay otro cuarto, que si mi pensamiento no me engaña,
» tiene su derecho mas fundado. Este es el infante don Fernando tio del rey de Castilla, y
» hijo de doña Leonor mi hermana de padre y de madre, en que se aventaja á la condesa
» de Urgel. Vuestras particulares aficiones sin duda os cegaron para que no echásedes de
» ver lo que hace por esta parte. El marques de Villena y el conde de Urgel de mas lejos nos
» tocan en deudo. Lo mismo puedo decir del hijo del duque de Anjou: en mas estrecho gra-
» do está el hijo de mi hermana, que el nieto de mi hermano; por donde es forzoso que se
» anteponga á los demas pretensores. Para que mejor lo entendais, os propondré un ejemplo.
» Así como el reguero del agua, y el acequia, cuando la quitan de una parte y la echan por
» otra, deja las primeras eras á que iba encaminada, sin riego, y no las torna á bañar hasta
» dejar regados todos los tablares á que de nuevo encaminaron el agua, así debeis entender
» que los hijos y descendientes del que una vez es privado de la corona, quedan perpetua-
» mente excluidos para no volver á ella, si no es falta del que le sucedió y de todos sus
» deudos, los que con él están de mas cerca trabados en parentesco; que por estar el reino
» en poder del postrer poseedor, quien le tocare de mas cerca en deudo, ese tendrá mejor
» derecho para sucedelle, que todos los demas que quier que aleguen en su defensa. Con-
» forme á esto yerran los que para tomar la sucesion ponen los ojos en los primeros reyes
» don Jaime, don Alonso, don Juan, dejándome á mi que al presente poseo la corona, y

»cuyo pariente mas cercano es doña Leonor mi hermana y despues della su hijo el infante »don Fernando, cuyo derecho en igualdad fuera razon apoyar y defender, pues mas que »todos los otros pretensores, se adelanta en prendas y partes para ser rey. Mienten á las ve»ces á cada cual sus esperanzas, y de buena gana favorecemos lo que deseamos; pero no »hay duda sino que las muestras que hasta aqui ha dado de virtud y valor son muy aven»tajadas. Este es nuestro parecer, ojalá se reciba tan bien como es cumplidero para vos en »particular los que presentes estais, y para todo el reino en comun. Las hembras no deben »entrar en esta cuenta, pues todo el debate consiste entre varones, en quien no se debe »considerar por que parte nos tocan en parentesco, sino en que grado.»

Este razonamiento del rey como se divulgase primero por Barcelona, en cuyo arrabal se trabó toda la disputa, y despues por toda la cristiandad volase esta fama, acreditó en gran manera la pretension de don Fernando, y aun fué gran parte para que se la ganase á sus competidores. Destas cosas se hablaba públicamente en los corrillos, y á veces en palacio en presencia del rey, de que mostraba gustar, si bien de secreto se inclinaba mas á su nieto don Fadrique que ya era conde de Luna, y para dejalle la corona pretendia legitimalle por su autoridad y con dispensacion del papa Benedicto; que si esto no le saliese, claramente anteponia á don Fernando su sobrino á todos los demas, á quien sus virtudes y proezas, y haber menospreciado el reino de Castilla hacian merecedor de nuevos reinos y estados. Todavia el rey por la mucha instancia que sobre ello hizo el conde de Urgel, le nombró por procurador y gobernador de aquel reino; oficio que se daba á los sucesores de la corona, y resolucion que pudiera perjudicar á los otros pretensores, si él mismo de secreto no diera órden á los Urreas y á los Heredias, dos casas las mas principales de Zaragoza, que no le dejasen entrar en aquella ciudad, ni ejercer la procuracion general, sin embargo de las provisiones que en esta razon llevaba: trato doble, de que mucho se sintió el conde de Urgel, y de que resultaron grandes daños.

CAPITULO XXI.

De la muerte de don Martin rey de Aragon.

El tiempo de las treguas asentadas con los Moros era pasado, y sus demasías convidaban, y aun ponian en necesidad de volver á la guerra y á las armas; en especial que tomaron la villa de Zahara, y talaban de ordinario los campos comarcanos, y hacian muchas cabalgadas. Para reprimir estos insultos, y tomar emienda de los daños, el infante don Fernando, hechos los apercibimientos necesarios de soldados y armas, de dinero y de vituallas por el mes de febrero del año que se contaba 1410, se encaminó con su campo la vuelta de Córdova en sazon que los Moros, por no poder forzar el castillo, desampararon la villa de Zahara, y los nuestros á toda prisa repararon los adarves y pusieron aquella plaza en defensa. La gente de don Fernando eran diez mil peones y tres mil y quinientos caballos, la flor de la milicia de Castilla, soldados lucidos y bravos. Acompañábanle don Sancho de Rojas obispo de Palencia, Alvaro de Guzman, Juan de Mendoza, Juan de Velasco, don Ruy Lopez Dávalos, otros señores y Ricos hombres. Con este campo se puso el infante sobre la ciudad de Antequera á los veinte y siete de abril con resolucion de no partir mano de la empresa hasta apoderarse de aquella plaza.

El rey moro envió para socorrer á los cercados cinco mil caballos y ochenta mil infantes, gran número, si las fuerzas fueran iguales. Dieron vista á la ciudad, y fortificaron sus estancias muy cerca de los contrarios: ordenaron sus haces para presentar la batalla, que se dió á los seis de mayo; en ella quedaron los Moros desbaratados con pérdida de quince mil, que perecieron en la pelea y en el alcance: con el mismo impetu les entraron y saquearon los reales: victoria en aquel tiempo tanto mas señalada, que de los cristianos no faltaron mas de ciento veinte. Dió don Fernando gracias á Dios por aquella merced: despachó correos á todas partes con las buenas nuevas. Para apretar mas el cerco hizo tirar un foso de anchura y hondura suficiente en torno de los adarves, y en el borde de fuera levantar una trinchea de tapias con sus torreones á trechos, todo á propósito de impedir las salidas de los Moros, y hacer que no les entrase provision ni socorro. Fué muy acertado aprovecharse deste ingenio por estar el campo falto de gente á causa que diversas compañías se

derramaban por su órden para robar y talar aquellos campos, como lo hicieron muy cumplidamente, sin reparar hasta dar vista á la ciudad de Málaga.

Los daños eran grandes, y mayor el espanto. Mandó el rey moro que todos los que fuesen de edad, se alistasen y tomasen las armas: diligencia con que juntó gran número de gente, si bien estaba resuelto de no arriscarse segunda vez, y solo se mostraba para poner miedo por los lugares cercanos, mas seguros por su fragura ó la espesura de árboles. Los cercados padecian necesidad, y lo que sobre todo les aquejaba, era la poca esperanza que tenian de ser socorridos. Rendirse les era á par de muerte, entretenerse no podian: qué debian hacer los miserables? avino que trescientos de á caballo de la guarnicion de Jaen entraron con poco órden y recato en tierra de Moros; que todos fueron sobresaltados y muertos. Este suceso de poca consideracion animó á los cercados para pensar podria haber alguna mudanza, y suceder algun desman á los que los cercaban.

Al tiempo que esto pasaba en Antequera, falleció en Boloña de Lombardia Alejandro, el nuevo y tercero pontifice, á tres de mayo. Sepultaron su cuerpo en S. Francisco de aquella ciudad. Juntáronse los cardenales que le seguian, y á diez y siete del mismo mes sacaron por papa á Baltasar Cosa diácono cardenal, natural de Nápoles, y que á la sazon era legado de aquella ciudad de Boloña. Llamóse Juan XXIII. Era hombre atrevido, sagáz, diligente, acostumbrado á valerse ya de buenos medios, ya de no tales, como las pesas cayesen y segun los negocios lo demandasen. Dichoso en el pontificado de su predecesor, en que tuvo mucha mano: en el suyo desgraciado, pues al fin le derribaron y despojaron de la tiara. Siguióse la muerte del rey don Martin de Aragon que falleció de modorra postrero de aquel mes en Valdoncellas, monasterio de monjas pegado á los muros de la ciudad de Barcelona. Su cuerpo sepultaron en Poblete con enterramiento y honras moderadas por estar la gente afligida con la pérdida presente y lo que para adelante los amenazaba (1).

Teníanse á la sazon cortes en Barcelona de aquel principado, no sin sospechas de alteraciones y desasosiegos: acordaron que de todos los brazos se nombrasen personas principales que visitasen al rey en aquella dolencia, y le suplicasen que para escusar reyertas dejase nombrado sucesor. Hízose asi: llevó la habla con beneplácito de los acompañados Ferrer cabeza de los jurados ó conselleres de aquella ciudad. Preguntóle si era su voluntad que sucediese en aquella corona el que á ella tuviese mejor derecho: abajó la cabeza en señal de consentir con la demanda. A otras preguntas que le hicieron, no le pudieron sacar palabra ni respuesta. Con su muerte se acabó la sucesion por linea de varon de los condes de Barcelona que se continuó primero en Cataluña y despues en Aragon por espacio de seiscientos años. Añublóse la buena andanza de Aragon y su prosperidad muy grande: despertáronse otrosí las esperanzas de muchos personages para pretender la corona en aquella como vacante de aquel reino. En semejantes ocasiones suele ser la presteza muy importante, y la diligencia (como dicen) madre de la buena ventura: el infante don Fernando, á quien Dios tenia reservada aquella grandeza, le tenia á la sazon ocupado la guerra de los Moros: hizo un público auto, en que aceptó la sucesion y el reino que na-



Estoque de don Fernando, llamado *El de Antequera.*

(1) Segun la inscripcion de su sepulcro fué enterrado en la catedral de Barcelona y 50 años despues trasladado á Poblet.

die ofrecia; juntamente despachó sus embajadores (2) á Fernan Gutierrez de Vega su repostero mayor, y al doctor Juan Gonzalez de Acevedo, personas inteligentes y de maña, para que en Aragon hiciesen sus partes; que el mismo no quiso alzar la mano del cerco por la esperanza que tenia de salir en breve con la empresa, y se aumentó por cierta refriega que parte de su gente trabó cerca de Archidona con los Moros, y la venció. De cuyo suceso, y de la ocasion será bien decir alguna cosa, tomado de la historia elegante que Laurencio Valla escribió de los hechos y vida deste infante don Fernando, que fué poco adelante rey de Aragon.

CAPITULO XXII.

De la Peña de los Enamorados.

Apoderábanse los cristianos de diversos pueblos por aquella comarca, como de Coza, Sebar, Alzana, Mara, de unos por fuerza y de otros que por miedo se rendian. Temian los Moros no fuese lo mismo de Archidona, villa principal distante de Antequera por espacio de dos leguas. Con este cuidado metieron dentro buen golpe de soldados para que la defendiese, con la provision y municiones que pudieron juntar. Hecho esto, y animados con este buen principio, corrian los campos comarcanos, hacian alzar las vituallas para que los que estaban sobre Antequera padeciesen necesidad y mengua. Tenian mas gente de á caballo que los nuestros, que era la causa de llevar adelante sus intentos. Supieron que todos los dias salian de los reales los jumentos y caballos, que los llevaban á pacer con poca guarda al rio Corza que por allí pasa. Con este aviso acordaron dar sobre ellos de rebato y aprovecharse de aquella ocasion.

Una centinela desde un peñol que llaman la Peña de los Enamorados, avisó con ahumadas del peligro que corria la escolta, los mochileros y los forrageros, si no les acorrian con presteza. Los cristianos, tomadas las armas salieron de los reales y cargaron sobre los Moros con tal denuedo, que los forzaron á retirarse ácia Archidona. No se pudieron recoger tan presto por estar muy trabada la escaramuza y refriega, en que á vista de la misma villa quedaron desbaratados los contrarios con muerte de hasta dos mil dellos, y otros muchos que quedaron presos. Fué este encuentro tanto mas importante, que de los fieles solos dos faltaron y pocos salieron heridos. El lugar y la ocasion desta victoria pide se dé razon del apellido que aquella peña tiene, puesta entre Archidona y Antequera, y por que causa se llamó la Peña de los Enamorados.

Un mozo cristiano estaba cautivo en Granada. Sus partes y diligencia eran tales, su buen término y cortesia, que su amo hacia mucha confianza dél dentro y fuera de su casa. Una hija suya al tanto se le aficionó y puso en él los ojos. Pero como quier que ella fuese casadera y el mozo esclavo, no podian pasar adelante como deseaban, ca el amor mal se puede encubrir; y temian si el padre della y amo dél lo sabia, pagarian con las cabezas. Acordaron de huir á tierra de cristianos: resolucion que al mozo venia mejor, por volver á los suyos, que á ella por desterrarse de su patria; si ya no la movia el deseo de hacerse cristiana, lo que yo no creo. Tomaron su camino con todo secreto hasta llegar al peñasco ya dicho, en que la moza cansada se puso á reposar. En esto vieron asomar á su padre con gente de á caballo, que venia en su seguimiento. ¿Qué podian hacer, ó á qué parte volverse? ¿qué consejo tomar? ¡mentirosas las esperanzas de los hombres, y miserables sus intentos! Acudieron á lo que solo les quedaba de encumbrar aquel peñol trepando por aquellos riscos, que era reparo asáz flaco. El padre con un semblante sañudo los mandó bajar: amenazábales sino obedecian, de ejecutar en ellos una muerte muy cruel. Los que acompañaban al padre, los amonestaban lo mismo, pues solo les restaba aquella esperanza de alcanzar perdon de la misericordia de su padre con hacer lo que les mandaba, y echársele á los pies. No quisieron venir en esto. Los Moros puestos á pie acometieron á subir al peñasco; pero el mozo les defendió la subida con galgas, piedras y palos, y todo lo demas que le venia á la mano, y le servia de armas en aquella desesperacion. El padre visto esto, hizo venir de un pueblo allí cerca ballesteros para que de lejos los flechasen. Ellos vista su perdicion, acordaron con su muerte librarse de los denuestos y tormentos mayores que temian.

(2) El infante don Fernando de Castilla, que pretendia tener derecho al reino, hizo la misma solicitud á todas las provincias y consta que la ciudad de Valencia le respondió reconoceria por rey al que la nacion declarase pertenecerle la corona segun derecho.

Las palabras que en este trance se dijeron, no hay para que relatallas. Finalmente abrazados entre si fuertemente, se hecharon del peñol abajo por aquella parte en que los miraba su cruel y sañudo padre. Desta manera espiraron ántes de llegar á lo bajo con lástima de los presentes, y aun con lágrimas de algunos que se movian con aquel triste espectáculo de aquellos mozos desgraciados; y á pesar del padre, como estaban los enterraron en aquel mismo lugar: constancia que se empleara mejor en otra hazaña, y les fuera bien contada la muerte, si la padecieran por la virtud y en defensa de la verdadera religion, y no por satisfacer á sus apetitos desenfrenados.

Volvamos al cerco de Antequera, en que despues de la refriega de Archidona no cesaban con la artilleria de batir las murallas y aportillarlas por diversas partes: los de dentro de noche rehacian con toda diligencia lo que de dia les derribaban, por donde con mucho trabajo se adelantaba poco. Advirtió don Fernando que lo alto de cierta torre le faltaba por estar echado por tierra; parecióle hacer por aquella parte el último esfuerzo, y que arrimadas las escalas, los soldados escalasen la muralla. Hízose asi, aunque con dificultad y peligro por causa del gran esfuerzo con que los de dentro defendian la subida y la entrada de su ciudad. Finalmente los nuestros subieron, y forzaron á los Moros que se recogiesen al castillo con esperanza de entretenerse en él, ó rendille con partidos aventajados.

El dia siguiente se levantó contienda entre los soldados sobre quien fué el primero á subir la muralla. Muchos salieron á la demanda, que fué asáz porfiada por los valedores que acudian á cada cual de las partes, deudos, amigos ó naturales de la misma tierra. Temian no resultase algun motin por aquella causa. Los juéces que señalaron sobre el caso, oidas las partes y examinados los testigos, pronunciaron que Gutierre de Torres, Sancho Gonzalez, Serva, Chirino y Baeza fueron los primeros á acometer la subida; pero que se adelantó; y se la ganó á los demas Juan Vizcaino, que perdió la vida en la misma torre, y tras él Juan de San Vicente que llevó el prez á todos los otros. El infante los alabó á todos, y los premió liberalmente con razon, pues tomada aquella ciudad, los enemigos no solo perdieron una plaza tan principal, sino se quebrantaron las esperanzas de aquella gente.

Ganóse Antequera á los diez y seis de setiembre. Los que se recogieron al castillo, dende á ocho dias le rindieron á partido de salir libres con sus personas y haciendas, que se les guardó enteramente, y juntos se pasaron á Archidona. Los vencedores hicieron procesion para dar gracias á Dios por merced tan señalada: la mezquita del Castillo se consagró en iglesia para celebrar en ella los oficios divinos. Quedó nombrado por alcaide del castillo y gobernador de aquella ciudad Rodrigo de Narvaez, que hizo sus homenages al rey de Castilla. Tomáronse algunos pueblos y otros castillos por aquella comarca, talaron los campos de los Moros muy á la larga: con tanto casi pasado el otoño dieron la vuelta á la ciudad de Sevilla, que los recibió con grandes muestras de alegria y contentamiento universal.





LIBRO VIGÉSIMO.

CAPITULO I.

Del estado de las Provincias.



TEMPORALES ásperos, enmarañados y revueltos, guerras, discordias y muertes, hasta la misma paz arrebolada con sangre afligian no solo á España sino las demas provincias y naciones que anchamente se estendia el nombre y el señorio de los cristianos. Ninguna vergüenza ni miedo, maestro aunque no de virtud duradera, pero necesario para enfrenar á la gente; las ciudades y pueblos y campos asolados con el fuego y furor de las armas, profanadas las armas, menospreciado el culto de Dios, discordias civiles por todas partes, y como un naufragio comun y miserable de todo el cristianismo: avenida de males y daños, si causados de alguna maligna concurrencia de estrellas, no lo sabria decir, por lo menos señal cierta de la saña del cielo y de los castigos que los pecados merecian.

A Italia traia alborotada el scisma continuado por tantos años, y la ambicion desapoderada de tres pontifices, pretensores todos de la silla y cátedra de S. Pedro. El descuido y flojedad de los emperadores de Alemaña, que debian (por el lugar que tenian) principalmente atajar estos daños: por una parte las armas de Ladislao rey de Nápoles en favor del pontífice Gregorio duodécimo la trabajaban, por otra les hacia rostro Luis duque de Anjou á persuasion de los pontifices de Aviñon, de los de su valia y obediencia. En la Lombardía en particular Galeazo Vicecomite duque de Milán se aprovechaba para ensanchar grandemente su estado de la ocasion que aquellas revueltas le presentaban. Apoderóse antes desto de Boloña, ciudad rica y abastada: aspiraba á hacer lo mismo de las otras ciudades libres de Lombardía. Por la muerte del emperador Alberto (1), que falleció primero de junio, la

(1) Se llamaba Roberto y murió el 21 de mayo de 1410.

vacante del imperio en Alemaña daba como es ordinario ocasion de revueltas, ademas de la flojedad de Wenceslao antes emperador que fué y á la sazon rey de Bohemia, con que los decretos antiguos y sagradas ceremonias en aquel reino alteraban en gran parte gente novelera, y sus cabezas y caudillos principales Juan Hus y Gerónimo de Praga (2). Recelábanse no cundiese el daño y á guisa de peste se pegase en las otras provincias.

El imperio de levante gozaba de algun sosiego despues que el gran Tamorlan con su famosa entrada sujetó muchas naciones, y abatió algun tanto el orgullo de los Turcos; mas todavia ponian en cuidado despues que soldaba aquella quiebra, y pasado el estrecho de Thracia (3), se entendia pretendia apoderarse de Europa, por lo menos conquistar aquel imperio de Grecia. Emanuel Paleólogo emperador griego, antevista la tempestad y el torbellino que venia á descargar sobre su casa, para apercebirse de lo necesario pasó por mar á Venecia, y dende por tierra á Francia á solicitar algun socorro contra el enemigo comun. Poco prestó esta diligencia y viage: fuera de buenas palabras no pudo alcanzar otra ayuda, á causa que la misma Francia ardia en discordias y revoluciones despues de la muerte que dió Juan duque de Borgoña á Luis duque de Orliens á tuerto (4). Grandes revueltas, intentos y pretensiones contrarias, asonadas de guerras por todas partes, miserable avenida de males, y tiempos alterados en tanto grado que el pueblo de Paris, dividido en parcialidades, unos contra otros trababan pasion, con que la ciudad muchas veces se ensangrentaba. Los mismos carniceros, ralea de gente por el oficio que usa, desapiadada y cruel, entraban á la parte con las armas en favor del Borgoñon. El rey si bien en su dolencia y alteracion tenia algunos lucidos intervalos, no era bastante para atajar tantos males, ocasion mas aina del daño que remedio. Los Ingleses á cabo de tanto tiempo por aprovecharse desta ocasion andaban sueltos por Francia con mayor porfia y esperanza que tuvieron jamás.

En Aragon por la muerte del rey don Martin los naturales, por no conformarse en un parecer sobre la sucesion de aquel reino, se hallaban alterados asáz y divididos. La discordia amenazaba alguna guerra civil, puesto que con todo cuidado se trataba de asentar por las leyes y en juicio aquel debate. Los pretensores eran príncipes muy señalados en nobleza y en poder. El punto principal de la diferencia era acordar si en aquella sucesion se habia de tener cuenta con las personas que pretendian, ó con el tronco que cada cual representaba, y por el cual le venia el derecho de la sucesion. Muchas juntas se tuvieron sobre el caso, que al principio ninguna cosa prestaron. Estas revueltas eran causa que el partido aragonés empeorase en Cerdeña, si bien Pedro de Torrellas le sustentaba con poca esperanza de prevalecer por ser sus fuerzas flacas y no acudille socorros de España.

En Sicilia asimismo don Bernardo de Cabrera hacia grandes demasías, hasta tener cercada la misma reina viuda dentro del castillo de Siracusa sin ningun respeto de la magestad real. El rey de Navarra avisado del peligro que corria su hija, á la vuelta del viage que hizo á Francia, pasó por Barcelona, do llegó á los veinte y nueve de diciembre, entrante el año de **1411**, para tratar en aquella ciudad, como lo procuró, que la reina su hija diese la vuelta, que pues no tenia hijo alguno, no era razon gobernase aquel reino de Sicilia con su riesgo y en provecho de otros. En Castilla por la minoridad del rey gobernaban aquel reino la reina doña Catalina su madre, y el infante don Fernando su tio, divididas entre sí las ciudades y partidos que debian acudir á cada cual: traza poco acertada, y que pudiera acarrear graves daños, en especial que no faltaban, como es ordinario, personas mal intencionadas, que torcian las palabras y hechos de don Fernando para ponelle mal con la reina. La prudencia del infante y su mucha paciencia fué causa que todo procediese bien, sin tropiezo y sin inconveniente. Debianle todos en comun lo que cada cual á sus padres, y concluida tan á gusto la guerra contra Moros, quedó con mas renombre y fama. Asentó con aquella gente treguas en Sevilla por término de diez y siete meses: con tanto, ordenadas las demas cosas del Andalucía, dió vuelta para Castilla.

En esto resultaron nuevas sospechas de revueltas, á causa que don Fadrique duque de Benavente escapó de la prision, en que le tenian de años atrás en el castillo de Monreal, muerto que hobo á Juan Aponte alcaide de aquella fuerza. Puso este caso en gran cuidado al infante, que temia por ser persona poderosa y de sangre real no fuese parte para turbar

(2) Por no quererse retractar fueron condenados al fuego por los padres del concilio de Constanza, y quemados en la misma ciudad: el primero en 6 de Julio de 1415, el segundo el 30 de marzo de 1416.
(3) Es el canal de Constantinopla.
(4) Fué asesinado.

la paz. Mandó con presteza atajar los caminos, tomar los puertos á la raya de Portugal y por aquellas partes. No prestó esta diligencia, porque el duque ó acaso, ó confiado en la amistad que tenia con su cuñado el rey de Navarra, acudió á valerse dél. Engañóle su esperanza, ca don Fernando envió sus embajadores á requerir se le entregasen, en que vino aquel rey; y puesto el duque en el castillo de Almodovar tierra de Córdova, en aquella prision feneció sus dias.

Solo Portugal florecia con los bienes de una larga paz, y el nuevo rey con obras muy señaladas recompensaba la falta de su nacimiento. Levantó un monasterio de Dominicos en Aljubarrota, que se llama de la Batalla, para memoria de la que allí venció contra los Castellanos. A la ribera de Tajo fundó y pobló la villa de Almerin, en Sintra un palacio real, sin otros edificios, muchos y magníficos, que á sus espensas levantó en diversas partes. Señalóse en el celo grande de la justicia, con que enfrenó las demasias, y tuvo trabados los mayores con los menores. Llegó en esto á tanto que á Fernan Alfonso de Santaren teniente de camarero mayor hizo sacar de la iglesia, y quemar porque se atrevió á doña Beatriz de Castro dama de la reina, que despidió asimismo de palacio en pena de su liviandad. Hallábanse tan pujantes los Portugueses que se determinaron á emprender nuevas conquistas y pasar en Africa, principio y escalon para subir á grande alteza. Este era el estado en que se hallaban las provincias. El scisma de la iglesia tenia sobre todo puesta en cuidado la gente en que pararia aquella division, que remate tendria, y que salida: puesto que en España con mayor calor se altercaba sobre la sucesion en la corona de Aragon, y cual de los pretensores mas partes y mejor derecho tenia.

CAPITULO II.

Que en Aragon nombraron nueve jueces.

Los Catalanes, Aragoneses y Valencianos, naciones y provincias que se comprehenden debajo de la corona de Aragon, se juntaban cada cual de por sí para acordar lo que se debia hacer en el punto de la sucesion de aquel reino, y cual de los pretensores les vendria mas á cuento. Los pareceres no se conformaban como es ordinario, y mucho menos las voluntades. Cada cual de los pretendientes tenia sus valedores y sus aliados, que pretendian sobre todo echar cargo y obligarse al nuevo rey con intento de encaminar sus particulares, sin cuidar mucho de lo que en comun era mas cumplidero. Los Catalanes por la mayor parte acudian al conde de Urgel, en que se señalaban sobre todos los Çardonas y los Moncadas, casas de las mas principales; y aun entre los Aragoneses los de Alagon y los de Luna se les arrimaban: en que pasaron tan adelante que Antonio de Luna por salir con su intento dió la muerte á don García de Heredia arzobispo de Zaragoza, con una celada que le paró cerca de Almunia, no por otra causa sino por ser el que mas que todos se mostraba contra el conde de Urgel y abatia su pretension. Pareció este caso muy atroz, como lo era. Declararon al que le cometió, por sacrílego y descomulgado, y aun fué ocasion que el partido del conde de Urgel empeorase: muchos por aquel delito tan enorme se recelaban de tomar por rey aquel cuyo principio tales muestras daba.

Los nobles de Aragon asimismo acudieron á las armas, unos para vengar la muerte del arzobispo, otros para amparar el culpado. Era necesario abreviar por esta causa y por nuevos temores que cada dia se representaban: asonadas de guerra por la parte de Francia, y de Castilla compañias de soldados, que se mostraban á la raya para usar de fuerza, si de grado no les daban el reino. Las tres provincias entre sí se comunicaron sobre el caso por medio de sus embajadores que en esta razon despacharon. Gastáronse muchos dias en demandas y respuestas: finalmente se convinieron de comun acuerdo en esta traza. Que se nombrasen nueve jueces por todos, tres de cada cual de las naciones: estos se juntasen en Caspe castillo de Aragon para oir las partes, y lo que cada cual en su favor alegase. Hecho esto, y cerrado el proceso, procediesen á sentencia. Lo que determinasen por lo menos los seis dellos, con tal empero que de cada cual de las naciones concurriese un voto, aquello fuese valedero y firme.

Tomado este acuerdo, los de Aragon nombraron por su parte á don Domingo obispo de Huesca, y á Francisco de Aranda, y á Berenguel de Bardax. Los catalanes señalaron á Sagariga arzobispo de Tarragona, y á Guillen de Valseca y á Bernardo Gualbe. Por Valencia

entraron en este número fray Vicente Ferrer de la órden de Sto. Domingo, varon señalado en santidad y púlpito, y su hermano fray Bonifacio Ferrer Cartujano, y por tercero Pedro Beltran: resolucion maravillosa y nunca oida, que pretendiesen por juicio de pocos hombres, y no de los mas poderosos, dar y quitar un reino tan importante. Los jueces luego que aceptaron el nombramiento, se juntaron, y despacharon sus edictos con que citaron los pretensores con apercibimiento, si no comparecian en juicio, de tenellos por excluidos de aquella demanda (1). Vinieron algunos, otros enviaron sus procuradores. Por el infante don Fernando comparecieron Diego Lopez de Zúñiga señor de Bejar, el obispo de Palencia don Sancho de Rojas, que en premio deste y semejantes viages dicen adquirió á su iglesia el condado de Pernia, que hoy poseen sus sucesores los obispos de Palencia.

Las partes del conde de Urgel hacia don Jimeno, de fraile Francisco á la sazon obispo de Malta, y que alcanzaba gran cabida con aquel príncipe. A estos todos hicieron jurar pasarian y tendrian por bueno lo que los jueces senteciasen. Luis duque de Anjou no quiso comparecer, sea por no fiarse en su derecho, sea por estar resuelto de valerse de sus manos: todavia recusó cuatro de los jueces como sospechosos y parciales. De don Fadrique conde de Luna no se hizo mencion alguna: su edad era pequeña, los valedores ningunos, ademas de su nacimiento, que por ser bastardo habido fuera de matrimonio no les parecia con aquella mengua amancillar la nobleza y lustre de los reyes de Aragon. Don Alonso de Aragon duque de Gandia, y muerto él en lo mas recio deste debate, su hijo don Alonso, y su hermano don Juan conde de Prades, que le sucedieron en la pretension, fácilmente los excluyeron por tocar á los reyes postreros de Aragon en grado de parentesco mas apartado que los demas competidores. Restaban el conde de Urgel y el infante don Fernando, que por diversos caminos pretendian vencer en aquel pleito y en aquella reyerta tan importante.

Por parte del conde de Urgel se alegaba que las hembras, conforme á la costumbre recebida de sus mayores y guardada, debian ser excluidas de aquella corona y de aquella pretension. Que se membrasen de los alborotos que resultaron en tiempo del rey don Pedro no por otra causa sino por pretender dejar en su lugar por heredera á su hija doña Costanza. Despues de la muerte del rey don Juan, excluyeron (como incapaces) dos hijas suyas, las infantas doña Juana y doña Violante. Que no era razon por contemplacion de nadie alterar lo que tenian tan asentado, ni moverse por ejemplos de cosas olvidadas y desusadas, sino mas aina abrazar la costumbre mas nueva y fresca. Excluidas las hembras, no seria justo admitir á sus hijos, pues no les pudieron traspasar mayor derecho que el que ellas mismas alcanzáran, si fueran vivas. Finalmente que don Martin rey de Aragon nombró al fin de sus dias por gobernador del reino y por su condestable al conde de Urgel: muy cierta señal de su voluntad, y de su parecer que al conde, y no á otro alguno, tocaba la sucesion despues de su muerte. Estas eran las razones en que aquel príncipe fundaba su derecho.

Los procuradores del infante don Fernando conforme á la instruccion é informacion que llevaban de don Vicente Arias obispo de Plasencia, tenido en aquella era por jurista señalado y de fama en España, sin hacer mencion del derecho que por via de hembra competia al infante (2), como flaco, tomaron diferente camino, es á saber que el reino se hereda por el derecho que llaman de sangre: así en caso que falte la línea recta de ascendientes y descendientes, y que se hayan de llamar á la corona los parientes transversales, entre los tales, puesto que estén en el mismo grado de consanguinidad, se debe tener consideracion al sexo de cada cual y á la edad para efecto que el varon preceda á la hembra, y al mas mozo el de mas edad, sin mirar el tronco y la cepa de donde procede. Que esto era conforme al derecho comun, y observado en el particular de Aragon. Por este camino don Alonso nieto del rey don Ramiro heredó aquella corona; y el testamento del mismo en cuanto llamó á á las hijas á la sucesion, de grandes juristas fué tenido por inválido y de ningun valor. A la verdad ¿qué razon sufre que para heredar el reino, en que se requieren partes tan aventajadas, no se anteponga á los demas el que supuesto que viene de la alcuña y sangre real, y ninguno en grado mas cercano, en todas buenas calidades y partes se adelanta á los que ó son menos parientes del rey muerto, ó menos á propósito, solo porque descienden por

(1) La *Crónica* de don Juan II y Zurita no hablan de esta citacion.
(2) Como hijo de don Juan I de Castilla y doña Leonor hija de don Pedro IV de Aragon.

línea de varon? Todavia porque esta dificultad, puesto que ventilada muchas veces, forzosamente segun las ocurrencias se tornará á disputar: el lugar pide que en general tratemos brevemente del derecho de la sucesion entre los deudos transversales, y en que manera se funda.

CAPITULO IIII.

Del derecho para suceder en el reino.

Grave disputa es esta, enmarañada, escabrosa, de muchas entradas y salidas: pleito, en que si bien muchos ingenios han empleado su tiempo en llevalle al cabo, ninguno del todo ha salido con ello, ni ha podido apear su dificultad. Tocaremos en breve los puntos principales, y los nervios desta cuestion tan reñida, lo demas quedará para los juristas. No hay duda sino que el gobierno de uno, que llamamos Monarquía, se aventaja á las demas maneras de principados y señoríos. Va mas conforme á las leyes de naturaleza, que tiene un primer movedor del cielo, y un supremo gobernador del mundo, no muchos: traza que abrazaron los primeros y mas antiguos hombres, gente mas atinada en sus determinaciones, como los que caian mas cerca del primer principio, y mejor orígen del mundo; y por el mismo caso tenian cierto resabio de divinidad, y entendian con mas claridad la verdad y lo que pedia la naturaleza. Las otras formas de gobierno el tiempo las introdujo y las inventó, y la malicia de los hombres. De que procedieron aquellas palabras y sentencia vulgar: «No es bueno que haya muchos gobiernos, solo uno sea el rey.»

Al principio del mundo, cuando todos vivian en libertad y sin reconocer homenage á alguna cabeza, para valerse mejor, defenderse y tomar emienda de los muchos desaguisados que unos á otros se hacian, los pueblos y gentes por sus votos, para que los acaudillasen, pusieron en la cumbre y en el gobierno aquellos que por su edad, prudencia y otras prendas se aventajaban á todos los demas. Dudóse adelante si seria mas á propósito y mas cumplidero á los pueblos, muerto el príncipe que eligieron, dalle por sucesores á sus hijos y deudos, ó tornar de nuevo á escoger de toda la muchedumbre el que debia mandar á todos. Guardóse esto postrero por largo tiempo, que las mas naciones se mantuvieron en no permitir que se heredasen los reinos. Recelábanse que el poder del rey, que ellos dieron para bien comun, con la continuacion del mando y seguridad de la sucesion de hijos á padres no se estragase y mudase en tiranía: sabian muy bien que á las veces los hijos por los deleites, de que hay gran copia en las casas reales, y por el demasiado regalo, se truecan y no salen semejables á sus antepasados.

En España por lo menos se mantuvieron en esta costumbre por todo el tiempo que los Godos en ella reinaron, que no permitian se heredase la corona. Mudadas las cosas con el tiempo, que tiene en todo gran vez, se alteraron con las demas leyes esta, y se comenzó á suceder en el reino por herencia como se hace en las mas provincias de Europa. El poder de los príncipes comenzó á ser grande, y los pueblos á adulallos y rendirse de todo punto á su voluntad; y aunque la experiencia enseñaba lo contrario, todavía confiaban lo que deseaban y era razon, que los hijos de los príncipes por la nobleza de su sangre y criarse en la casa real, escuela de toda virtud, semejarian á sus mayores. Engañóles su pensamiento y su esperanza á las veces, que por este camino hombres de costumbres y vida dañada y perjudicial se apoderaron de la república. Verdad es que este inconveniente y peligro se recompensaba con otras muchas comodidades y bienes, cuales son los siguientes: Que la reverencia y respeto, fuente de salud y de vida, es mayor para con los que descienden de padres y abuelos reyes, que el que se tiene á los que de repente se levantan de estado particular. Que los hombres mas se gobiernan por la opinion que por la verdad, y no puede el príncipe tener la fuerza y autoridad conveniente, si los vasallos no le estiman, ni le tienen el respeto debido. Ademas que es cosa muy natural á los hombres sobrellevar antes y sufrir al príncipe que heredó el estado, aunque no sea muy bueno, que al que por votos del pueblo alcanzó la corona y el mando, dado que tenga partes mas aventajadas. Lo que mucho importa, que por esta manera se continúa un mismo género de gobierno, y se perpetúa en cierta forma, como tambien la república es perpétua. Y el que sabe que ha de dejar á sus hijos el poder y el gobierno, con mas cuidado mira por el bien comun que el que posee el señorío por tiempo limitado solamente. Finalmente no es posible por otro ca-

mino escusar las tempestades y alteraciones que resultan forzosamente en tiempo de las vacantes, y las enemistades y bandos que sobre semejantes elecciones se suelen forjar, si no es que por via de herencia esté muy asentado á quien toca la sucesion cuando el príncipe muere.

Por todas estas razones se escusa y se abona la herencia en los reinos tan recebida casi en todas las naciones. Solamente pareció á los pueblos cautelarse con ciertas leyes que se guardasen en este caso de la sucesion, sin que los príncipes las pudiesen alterar, pues les daban el mando y la corona debajo de las tales condiciones. Estas leyes unas se pusieron por escrito, otras se conservan por costumbre inmemorial y inviolable. Sobre la inteligencia de las leyes escritas suelen de ordinario levantarse cuestiones y dudas: las costumbres alterarse, segun que ruedan las cosas y los tiempos, su variedad y mudanza: de que resulta toda la dificultad desta disputa y cuestion, que demas de ser de suyo intrincada, la diversidad de opiniones entre los juristas la han enmarañado y revuelto mucho mas. Todavia de lo que escriben, escogeremos lo que parece mas encaminado y razonable. Muy recebido está por las leyes y por la costumbre que los hijos hereden la corona, y que los varones se antepongan á las hembras, y entre los varones los que tienen mas edad. La dificultad consiste primero, si en vida del padre falleció su hijo mayor que dejó asimismo sucesion, quién debe suceder, si el nieto por el derecho de su padre, que era el hijo mayor del que reinaba, si el tio por tocalle su padre en grado mas cercano; de que hay ejemplos muy notables por la una y por la otra parte en España y fuera della: ca ya los tios han sido antepuestos á los nietos, y al contrario á los nietos se ha adjudicado la sucesion y la corona de su abuelo, cuando viene á muerte, sin tener cuenta con sus tios: acuerdo que á los mas parece conforme á toda razon y á las leyes, que los que nacieron y se criaron con esperanza de suceder en el reino, no los despojen dél por ningun respeto: ni sobre la falta que les hace el padre, se les añada esta nueva desgracia de quitalles la herencia y el derecho de su padre.

Lo segundo sobre que hay mas diferentes opiniones, y por tanto tiene mayor dificultad, á falta de hijos por ser todos muertos, ó porque no los hobo, cual de los parientes transversales, debe heredar la corona: imagina que el rey que muere tuvo hermanos y hermanas, si los hijos dellos ó dellas; que es lo mismo que decir si se ha de mirar el tronco y cepa de que proceden, para que se haga con ellos lo que con sus padres, si fueran vivos, ó si se deben comparar entre sí las personas, no de otra manera que si fueran hijos del que muere, sin considerar si proceden por via de hembra ó de varon, si de hermano mayor ó menor, supuesto que el grado de parentesco sea igual. Demas desto se duda si en algun caso el que está en grado mas apartado, debe ser antepuesto al deudo mas cercano, como el nieto del hermano mayor á su tio y á su tia, cuando todos suceden de lado y como deudos transversales. En los demas bienes en que se sucede por via de herencia, no hay duda sino que en diversos casos se guarda ya lo uno ya lo otro; ca por ley comun en la Auténtica de la herencia que proviene ab intestato, se halla que al abuelo deben suceder los nietos, que dejó alguno de los hijos del que muere, si los tales nietos tienen otros tios, de tal suerte que se refieran al tronco, y no hereden mayor parte todos juntos que heredára su padre si fuera vivo.

Al tanto cuando un hermano que fallece sin testamento, aviene que tiene otro hermano vivo, y sobrinos de otro tercer hermano difunto, los tales sobrinos tendrán parte en la herencia junto con el tio; pero considerados en su tronco y contados todos por un heredero como lo fuera su padre, si viviera. Pero si no suceden los sobrinos junto con su tio al abuelo, ni á otro tio de la manera que queda dicho, sino que ó el abuelo no deja mas que nietos de diversos hijos, ó el tio sobrinos de diversos hermanos, ó sea que no se hallan parientes tan cercanos, sino mas apartados; será necesario, para repartir la herencia entre los que se hallan en igual grado, que se considere no el tronco, sino las personas, como si fueran hijos del que hereda. Pongamos ejemplo: suceden al abuelo cinco nietos, dos de un hijo, y tres de otro: no se harán dos partes de la herencia, sino cinco iguales para que cada cual de los cinco nietos haya la suya. Item heredan al tio que murió sin testamento, cuatro sobrinos, los tres de un hermano, y el uno de otro: no se repartira la herencia por mitad, como si los padres fueran vivos sino en cuatro partes á cada sobrino la suya. Esto en las herencias particulares.

En el reino, cuando los parientes transversales de lado heredan la corona á falta de des-

cendientes, que órden se haya de tener hay gran dificultad y diversidad de pareceres entre los juristas. Los mas doctos y en mayor número juzgan que en este caso segundo se debe tener cuenta con las personas, y no con el tronco. Los argumentos de que se valen para decir esto, son muchos y las alegaciones. Las principales cabezas son las siguientes: Que el reino se hereda por derecho de sangre, que es lo mismo que decir que por costumbre, por ley, ó por voluntad de algun particular: la tal herencia está vinculada á cierta familia, y no se hereda por juicio y voluntad del que últimamente la posee, como otros bienes que se adquieren por derecho de herencia y disposicion del testador. Por esta causa pretenden que como el grado del parentesco sea igual, el mas excelente de aquel linage debe suceder en el reino. Este es el primer argumento.

En segundo lugar alegan que la opinion contraria, que juzga se deben los pretensores considerar en el tronco abre camino á las hembras y á los niños, personas inhábiles al gobierno, para que hereden la corona: daño de gran consideracion, y que se debe atajar con todo cuidado. Alegan demas desto que la representacion de que se valen los contrarios, que es lo mismo que mirar las personas no en sí sino en sus troncos, es una ficcion del derecho, y como tal se debe desechar, por lo menos no estendella á lo que por las leyes no se halla establecido con toda claridad. ¿Qué razon (dicen) sufre que por nuestras imaginaciones y ficciones despojemos el reino de un excelente gobernador, y en su lugar pongamos un inhábil con riesgo manifiesto y en perjuicio comun de todos, cual seria anteponer la hembra, y el niño que descienden por via de varon, al que viene de hembra, y tiene edad y prendas aventajadas? ¿Por ventura será razon antepongamos nuestras sutilezas y argumentos al bien y pró comun del reino? Replicará alguno que en los mayorazgos y estados de menor cantia se guarda la representacion entre los herederos transversales. Respondo que no todos vienen en esto; y dado que se conceda, por estar así establecido en las leyes de la provincia, no se sigue que se haya de hacer lo mismo en el reino, que tiene muchas cosas particulares en que se diferencia de todas las demas herencias y estados.

Por conclusion recogiendo en breve toda esta disputa, decimos que con tal condicion que los pretensores sean habidos de legítimo matrimonio, y estén en igual grado de parentesco, el que por ser varon, por su edad y otras prendas de valor y virtud se aventajare á todos los demas que en la pretension fueren considerables, el tal debe ser antepuesto en la sucesion del reino. Añadimos asímismo que en caso de diferencia, y que haya contrarias opiniones sobre el derecho de los que pretenden, la república podrá seguir libremente la que juzgare le viene mas á cuento conforme al tiempo que corriere y al estado de las cosas, á tal empero que no intervenga algun engaño ni fuerza. Libertad de que han procedido ejemplos diferentes y contrarios; que la representacion á veces ha tenido lugar, y á veces la han desechado. Que si las leyes particulares de la provincia disponen el caso de otra manera, ó por la costumbre está recebido y puesto en plática lo contrario, somos de parecer que aquello se siga y se guarde (1).

Nuestra disputa y nuestra resolucion procedia, y se funda en los principios del derecho natural y del derecho comun solamente. Todo lo cual de ordinario poco presta, por acostumbrar los hombres comunmente á llevar los títulos de reinar en las puntas de las lanzas y en las armas: el que mas puede, ese sale con la joya, y se la gana á sus competidores, sin tener cuenta con las leyes, que callan entre el ruido de las armas, de los atambores y trompetas; y no hay quien si se puede hacer rey por sus manos, aventure su negocio en el parecer y albedrío de juristas. Por todo esto se debe estimar en mas, y tenello por cosa semejante á milagro, que los de Aragon en su vacante y eleccion hayan llevado al cabo este pleito y sus juntas sin sangre, ni otro tropiezo, segun que se entenderá por la narracion siguiente (2).

(1) Los abogados del infante don Fernando desecharon el derecho de las hembras á la sucesion del reino de Aragon, y dieron por nulo el llamamiento que habia hecho dellas el rey don Alonso.

(2) En las Juntas preparatorias hubo varios debates y se derramó bastante sangre.

CAPITULO IV.

Que el infante don Fernando fué nombrado por rey de Aragon.

Luego que el negocio de la sucesion estuvo bien sazonado, y oidas las partes y sus alegaciones, se concluyó y cerró el proceso, los jueces confirieron entre sí lo que debian sentenciar. Tuvieron los votos secretos, y la gente toda suspensa con el deseo que tenian de saber en que pararia aquel debate. Para los autos necesarios delante la iglesia de aquel pueblo hicieron levantar un tablado muy ancho para que cupiesen todos, y tan alto que de todas partes se podia ver lo que hacian: celebró la misa el obispo de Huesca, como se acostumbra en actos semejantes. Hecho esto, salieron los jueces de la iglesia, que se asentaron en lo mas alto del tablado, y en otra parte los embajadores de los príncipes y los procuradores de los que pretendian. Hallóse presente el pontífice Benedicto, que tuvo en todo gran parte (1).

Á fray Vicente Ferrer por su santidad, y grande ejercicio que tenia en predicar, encargaron el cuidado de razonar al pueblo y publicar la sentencia. Tomó por tema de su razonamiento aquellas palabras de la escritura: «Gocémonos, y regocijémonos, y demosle »gloria porque vinieron las bodas del cordero. Despues de la tempestad y de los torbellinos »pasados abonanza el tiempo, y se sosiegan las olas bravas del mar, con que nuestra nave, »bien que desamparada de Piloto, finalmente caladas las velas llega al puerto deseado. Del »templo no de otra manera que de la presencia del gran Dios, ni con menor devocion que »poco antes delante los altares se han hecho plegarias por la salud comun, venimos á hacer »este razonamiento. Confiamos que con la misma piedad y devocion vos tambien oireis nues»tras palabras. Pues se trata de la eleccion del rey, ¿de qué cosa se pudiera mas á propósito »hablar que de su dignidad, y de su magestad, si el tiempo diera lugar á materia tan larga »y que tiene tantos cabos? Los reyes sin duda están puestos en la tierra por Dios para que »tengan sus veces, y como vicarios suyos le semejen en todo. Debe pues el rey en todo gé»nero de virtud allegarse lo mas cerca que pudiere imitar la bondad divinal. Todo lo que en »los demas se halla de hermoso y honesto, es razon que él solo en sí lo guarde y lo cumpla. »Que de tal suerte se aventaje á sus vasallos, que no le miren como hombre mortal, sino »como avenido del cielo para bien de todo su reino. No ponga los ojos en sus gustos ni en »su bien particular, sino dias y noches se ocupe en mirar por la salud de la república, y »cuidar del pro comun. Muy ancho campo se nos abria para alargarnos en este razona»miento; pero pues el rey está ausente, no será necesario particularizar esto mas. Solo »servirá para que los que estais presentes tengais por cierto que en la resolucion que se ha to»mado, se tuvo muy particular cuenta con esto, que en el nuevo rey concurran las partes »de virtud, prudencia, valor y piedad que se podian desear. Lo que viene mas á propósito, »es exhortaros á la obediencia que le debeis prestar, y á conformaros con la voluntad de los »jueces, que os puedo asegurar es la de Dios, sin la cual todo el trabajo que se ha tomado, »seria en vano, y de poco momento la autoridad del que rige y manda, si los vasallos no se »le humillasen. Pospuestas pues las aficiones particulares, poned las mientes en Dios y en »el bien comun: persuadidos que aquel será mejor príncipe, que con tanta conformidad de »pareceres y votos (cierta señal de la voluntad divina) os fuere dado. Regocijaos y alegraos, »festejad este dia con toda muestra de contento. Entended que debeis al santísimo pontífice, »que presente está para honrar y autorizar este auto, y á los jueces muy prudentes por »cuya diligencia y buena maña se ha llevado al cabo sin tropiezo un negocio el mas grave »que se puede pensar, cuanto cada cual de vos á sus mismos padres, que os dieron el ser y »os engendraron.»

Concluidas estas razones y otras en esta sustancia, todos estaban alerta esperando con gran suspension y atencion el remate deste auto, y el nombramiento del rey. El mismo en alta voz pronunció la sentencia dada por los jueces, que llevaba por escrito. Cuando llegó al nombre de don Fernando, así él mismo como todos los demas que presentes se hallaron, apenas por la alegria se podian reprimir, ni por el ruido oir unos á otros. El aplauso y vocería fué cual se puede pensar. Aclamaban para el nuevo rey vida, victoria y toda buena

(1) Ningun escritor fidedigno refiere esta asistencia: lo que se tiene por cierto, es que tuvo un grande influjo para determinar los jueces á favor del infante don Fernando.

andanza. Mirábanse unos á otros, maravillados como si fuera una representacion de sueño Los mas no acababan de dar crédito á sus orejas: preguntaban á los que cerca les caian, quien fuese el nombrado. Apenas se entendian unos á otros: que el gozo cuando es grande,



impide los sentidos que no puedan atender, ni hacer sus oficios. Los músicos, que prestos tenian, á la hora cantaron con toda solemnidad, como se acostumbra, en accion de gracias el himno *Te Deum laudamus.*

Hízose este auto tan señalado postrero del mes de junio; el cual concluido, despacharon embajadores para avisar al infante don Fernando y acucialle la venida. Hallábase él á la sazon en Cuenca, cuidadoso del remate en que pararian estos negocios. Acudieron de todas partes embajadores de príncipes para dalle el parabien del nuevo reino y alegrarse con él quien de corazon, quien por acomodarse con el tiempo. En particular hizo esto Sigismundo nuevo emperador de Alemaña, electo por el mes de mayo próximo pasado, príncipe mas dichoso en los negocios de la paz que en las armas, que en breve ganó gran renombre por el sosiego que por su medio alcanzó la iglesia, quitadó el scisma de los pontífices, que por tanto tiempo y en muchas maneras la tenia trabajada. Don Fernando luego que dió asiento en las cosas de su casa partió para Zaragoza: en aquella ciudad por voluntad de todos los estados le alzaron por rey, y le proclamaron por tal á los tres dias del mes de setiembre. Hiciéronle los homenages acostumbrados juntamente con su hijo mayor el infante don Alonso, que juraron por sucesor despues de la vida de su padre, con título que le dieron á imitacion de Castilla de príncipe de Girona, como quier que antes desto los hijos mayores de los reyes de Aragon se intitulasen duques de aquella misma ciudad.

Concurrieron á la solemnidad, de los pretensores del reino, don Fadrique conde de Luna, y don Alonso de Aragon el mas mozo, duque de Gandía: el conde de Urgel para no venir alegó que estaba doliente, como á la verdad pretendiese con las armas apoderarse de aquel reino, que él decia le quitaron á sinrazon. Sus fuerzas eran pequeñas y las de su parcialidad: acordaba valerse de las de fuera, y para esto confederarse con el duque de Cla-

rencia, señor poderoso en Ingalaterra, y hijo de aquel rey. Estas tramas ponian en cuidado al nuevo rey, por considerar que de una pequeña centella, si no se ataja, se emprende á las veces un gran fuego; sin embargo concluidas las fiestas, acordó en primer lugar de acudir á las islas de Cerdeña y Sicilia que corrian riesgo de perderse. Los Ginoveses, si bien aspiraban al señorio de Cerdeña, movidos de la fama que corria del nuevo rey, le despacharon por sus embajadores á Bautista Cigala y Pedro Perseo para dalle el parabien, por cuyo medio se concertaron entre aquellas naciones treguas por espacio de cinco años.

En Sicilia tenian preso á don Bernardo de Cabrera sus contrarios, que le tomaron de sobresalto en Palermo, y le pusieron en el castillo de la Mota, cerca de Tavormina. La prision era mas estrecha que sufria la autoridad de su persona y sus servicios pasados; pero que se le empleó bien aquel trabajo por el pensamiento desvariado en que entró antes desto de casar con la reina viuda, sin acordarse de la modestia, mesura, y de su edad que la tenia adelante. Sancho Ruiz de Liborri, almirante del mar en Sicilia fué el principal en hacelle contraste y ponelle en este estado. Ordenó el nuevo rey le soltasen de la prision á condicion de salir luego de Sicilia, y lo mas presto que pudiese, comparecer delante dél mismo para hacer sus descargos sobre lo que le achacaban. Hízose así aunque con dificultad: con que aquella isla á cabo de mucho tiempo y despues de tantas contiendas quedó pacifica. Cerdeña asímismo se sosegó, por asiento que se tomó con Guillermo vizconde de Narbona, que entregase al rey la ciudad de Sacer de que estaba apoderado, y otros sus estados heredados en aquel reino á trueco de otros pueblos y dineros que le prometieron en España. En este estado se hallaban las cosas de Aragon.

En Francia Archimbaudo conde de Fox falleció por este tiempo: dejó cinco hijos, Juan, que le sucedió en aquel estado, el segundo Gaston, el tercero Archimbaudo, el cuarto Pedro, que siguió la iglesia y fué cardenal de Fox, el postrero Mateo conde de Cominges. Juan el mayor casó con la infanta doña Juana hija del rey de Navarra; y esta muerta sin sucesion, casó segunda vez con María hija de Carlos de Labrit, en quien tuvo dos hijos, Gaston el mayor, y el menor Pedro vizconde de Lotrec, tronco de la casa que tuvo aquel apellido en Francia, ilustre por su sangre, y por muchos personages de fama que della salieron y continuaron casi hasta nuestra edad, claros asáz por su valor y hazañas.

CAPITULO V.

Que el conde de Urgel fué preso.

El sosiego que las cosas de Aragon tenian de fuera, no fué parte para que el conde de Urgel desistiese de su dañada intencion. En Castilla las treguas que se pusieron con los Moros, á su instancia por el mes de abril pasado se alargaron por término de otros diez y siete meses. Por esto el dinero con que sirvieron los pueblos de Castilla para hacer la guerra á los Moros, hasta en cantidad de cien mil ducados, con mucha voluntad de todo el reino se entregó al nuevo rey don Fernando para ayuda á sus gastos, demas de buen golpe de gente á pie y á caballo, que le hicieron compañia: todo muy á propósito para allanar el nuevo reino, y enfrenar los mal intencionados, que do quiera nunca faltan. Lo que hacia mas al caso, era su buena condicion, muy cortés y agradable, con que conquistaba las voluntades de todos, si bien los Aragoneses llevaban mal que usase para su guarda de soldados estraños, y que en el reino que ellos de su voluntad le dieron, pretendiese mantenerse por aquel camino. Querellábanse que por el mismo caso se ponia mala voz en la lealtad de los naturales, y en la fé que siempre guardaron con sus reyes despues que aquel reino se fundó; sin embargo el rey con aquella gente y la que pudo llegar de Aragon, partió en busca del conde de Urgel con resolucion de allanalle ó castigalle. Tenia él pocas fuerzas para contrastar: valióse de maña, que fué enviar sus embajadores á Lérida, do el rey era llegado, para prestalle los debidos homenages; y así los hicieron en nombre de su señor á los veinte y ocho de octubre: todo encaminado solamente á que el nuevo rey descuidase y deshiciese su campo, y mas en particular para que enviase á sus casas los soldados de Castilla, como se hizo, que despidió la mayor parte dellos. Juntáronse á vistas el rey y el pontifice Benedicto en Tortosa. Lo que resultó demas de otras pláticas fué que el pontifice dió la investidura de las islas de Sicilia y de Cerdeña y Córcega al nuevo rey, como se acostumbra, por ser feudos de la iglesia, como las tuvieron los reyes de Aragon sus antepasados.

Despedidas estas vistas, al fin deste año, y principio del siguiente 1413 se juntaron cortes de los Catalanes en Barcelona. Todos deseaban sosegar al conde de Urgel para que no alterase la paz de aquellos estados, con el cual intento le otorgaron todo lo que sus procuradores pidieron, en particular que el infante don Enrique casase con la hija y heredera del conde. No se aplacaba con estas caricias su ánimo; antes al mismo tiempo traia inteligencias con Francia y con Ingalaterra para valerse de sus fuerzas. El rey avisado desto, y por que de pequeños principios no se incurriese (como suele acontecer) en mayores inconvenientes, mandó alistar la mas gente que pudo en aquellos estados. De Castilla asimismo vinieron cuatrocientos caballos que le enviaba la reina doña Catalina, bien que tardaron, y al fin se volvieron del camino. Ofreciósele el rey de Navarra, mas no quiso aceptar su ayuda por recelarse se ofenderian los naturales, si se valia de tantas gentes estrañas. Todavia Jofre conde de Cortes, hijo de aquel rey fuera de matrimonio, le acudió acompañado de número de caballos, gente lucida.

Con estas diligencias se juntó buen campo, con que rompió por las tierras del conde de Urgel sin reparar hasta ponerse sobre la ciudad de Balaguer cabecera de aquel estado, en que el conde por su fortaleza pretendia afirmarse, y estaba dentro. El cerco fué largo y dificultoso, durante el cual las demas plazas de aquel estado se rindieron al rey. En esta sazon le vinieron embajadores de dos reyes, el de Francia y el de Nápoles. El Francés le avisaba que por la insolencia del duque de Borgoña, y estar alborotado el pueblo de Paris, sus cosas se hallaban en estremo peligro, él y su hijo y otros señores como cautivos y presos: pedíale le acorriese en aquel trance; que el respeto de la humanidad le moviese, y de la amistad de tiempos atrás trabada entre aquellas dos casas y reinos. El rey Ladislao pretendia que juntasen sus fuerzas contra el duque de Anjou su competidor en aquel reino de Nápoles, pues si salia con aquella pretension, era cierto que revolveria con tanto mayores fuerzas sobre Aragon cuya corona asímismo pretendia. Al francés respondió el rey don Fernando que sentia mucho el afan y aprieto en que así él como aquel su noble reino se hallaban: que tendria cuidado de lo que deseaba por cuanto sus fuerzas alcanzasen, y el tiempo le diese lugar. Al rey Ladislao dió por respuesta que estimaba en mucho la amistad que le ofrecia; pero que entre él y el duque de Anjou intervenian grandes prendas de parentesco y amistad, en que nunca hobo quiebra, no obstante la competencia en la pretension de aquel reino: finalmente le aseguraba que de mejor gana terciaria para concertallos que arrimarse á ninguna de las partes contra el otro.

Despidiéronse con tanto los embajadores. El cerco se apretaba de cada dia mas, y los ciudadanos padecian falta, y aun deseaban concertarse. La condesa doña Isabel visto esto, y por prevenir mayores inconvenientes, con licencia de su marido y beneplácito del rey salió á verse con él, y intentar si por algun camino le pudiese aplacar. Usó de las diligencias posibles, mas no pudo del rey su sobrino alcanzar para el conde mas de seguridad de la vida, si venia á ponerse en sus manos. El aprieto era grande: asi fué forzoso acomodarse. Salió el conde de la ciudad á postrero de octubre, y con aquella seguridad se fué á los reales. Llegado á la presencia del rey, y hecha la mesura acostumbrada, los hinojos en tierra y con palabras muy humildes le suplicó por el perdon del yerro que como mozo confesaba haber cometido, que ofrecia en adelante recompensar con todo género de servicios y lealtad. La respuesta del rey fué que si bien tenia merecida la muerte por sus desórdenes, se la perdonaba, y le hacia gracia de la vida. De la libertad y del estado no hizo mencion alguna; solo mandó le llevasen á Lérida, y en aquella ciudad le pusiesen á buen recaudo.

Hecho esto, lo primero se entregó aquella ciudad, y se dió órden en las demas cosas de aquel estado: consiguientemente se formó proceso contra el conde, en que le acusaron de aleve y haber ofendido á la Magestad. Oidos los descargos y sustanciado el proceso, finalmente se vino á sentencia, en que le confiscaron su estado y todos sus bienes, y á su persona condenaron á cárcel perpétua. Tenia todavia gentes aficionadas en aquella corona: para evitar inconvenientes le enviaron á Castilla, donde por largo tiempo estuvo preso primero en el castillo de Ureña, adelante en la villa de Mora; finalmente acabó sus dias sin dalle jamas libertad en el castillo de Játiva, ciudad puesta en el reino de Valencia. Príncipe desgraciado no mas en la pretension del reino que por un destierro tan largo, junto con la privacion de la libertad y estado grande que le quitaron. Entre los mas declarados por el conde uno era don Antonio de Luna, que se hacia fuerte en el Castillo de Loharri; mas visto lo que pasaba, acordó desamparalle y desembarazar la tierra junto con su estado propio, que vino eso mismo en po-

der del rey. Desta manera se concluyeron y se sosegaron aquellas alteraciones del conde mas fácilmente que se pensaba y temia.

CAPITULO VI.

Que se convocó el concilio Constanciense.

Al mismo tiempo que lo susodicho pasaba en Aragon, de todo el orbe cristiano hacian recurso los príncipes por medio de sus embajadores al emperador Sigismundo para dar órden con su autoridad y buena maña de sosegar las alteraciones de la iglesia causadas del scisma continuado por tantos años. Habido con él y entre si su acuerdo, requirieron á los que se llamaban pontífices, viniesen con llaneza en que se juntase concilio general de los prelados; en cuyas manos renunciasen el pontificado, y pasasen por lo que allí se determinase. A la verdad hasta este tiempo la muestra que dieron de querer venir en esto, no fué mas que una máscara para entretener y engañar, como quier que las intenciones fuesen muy diferentes. Los papas Juan y Gregorio se mostraban mas blandos á esta demanda, y parece daban oidos á lo que comunmente se deseaba; el ánimo de Benedicto estaba muy duro y obstinado sin inclinarse á ningun medio de paz.

Encargaron al rey de Aragon le pusiese en razon: él y el rey de Francia para este efecto le despacharon sus embajadores, personas de cuenta, en sazon que el de Aragon, concluida la guerra de Urgel, y fundada la paz pública de su reino, se encaminó á Zaragoza, y entró en aquella ciudad á manera de triunfante: juntamente se coronó por rey á los once de febrero año del Señor de 1414, solemnidad dilatada hasta entonces por diversas ocurrencias, y ceremonia que hizo el arzobispo de Tarragona como cabeza y el principal de los prelados de aquel reino. Púsole en la cabeza la corona que la reina doña Catalina su cuñada le envió presentada: pieza muy rica y vistosa, y en que el primor y el arte corria á las parejas con la materia, que era de oro y pedreria de gran valor. Halláronse presentes diversos embajadores de príncipes estraños, los prelados y grandes de aquel reino, en particular don Bernardo de Cabrera, conde de Osona y de Modica, que ya estaba en gracia del nuevo rey y don Enrique de Villena, notable personage así bien por sus estudios en que fué aventajado, como por las desgracias que por él pasaron, y á la sazon se hallaba despojado de su patrimonio y del maestrazgo de Calatrava.

Fué así que por muerte de don Gonzalo de Guzman, y con el favor del rey don Enrique el tercero el dicho don Enrique de Villena pretendió y alcanzó aquella dignidad. Alegaban muchos de aquellos caballeros que era casado, y por tanto conforme á sus leyes no podia ser maestre. Determinóse (tal era la ambicion de su corazon) de dar repudio á su muger doña Maria de Albornoz, si bien su dote era muy rico, por ser señora de Alcocer, Salmeron y Valdolivas con los demas pueblos del Infantado. Para hacer este divorcio confesó que naturalmente era impotente (1). Para que sus propios estados no recayesen en aquella órden por el mismo caso que aceptaba el maestrazgo, cautelóse con renunciar al mismo rey las villas de Tinéo y Cangas junto con el derecho que pretendia al marquesado de Villena. Olieron los comendadores de aquella órden (como era fácil) que todo era invencion y engaño. Juntáronse de nuevo, y considerado el negocio, depuesto don Enrique como elegido contra derecho, nombraron en su lugar á don Luis de Guzman. Resultaron desta eleccion diferencias que se continuaron por espacio de seis años. Los caballeros de aquella órden no se conformaban todos; ántes andaban divididos, unos aprobaban la primera eleccion, otros la segunda. La conclusion fué que por órden del pontífice Benedicto los monges del Cistel, oidas las partes, pronunciaron sentencia contra don Enrique, y en favor de su competidor y contrario. Por esta manera el que se preciaba de muchas letras y erudicion, pareció saber poco en lo que á él mismo tocaba; y vuelto el matrimonio, pasó lo restante de la vida en pobreza y necesidad á causa que le quitaron el maestrazgo, y no le volvieron los estados que tenia de su padre.

Concluidas las fiestas de Zaragoza, que se hicieron muy grandes, volvió el nuevo rey su pensamiento á las cosas de la Iglesia, conforme á lo que aquellos principes deseaban. Co-

(1) Esta impotencia seria de parte de su muger, pues don Enrique habia tenido fuera de matrimonio dos hijas.

municóse con el pontífice Benedicto: acordaron de verse y hablarse en Morella, villa puesta en el reino de Valencia á los confines de Cataluña y Aragon. Acudieron el dia aplazado, que fué á diez y ocho de julio. Señalóse el rey en honrar al pontifice con todo género de cortesía: lo primero llevó de diestro el palafren en que iba debajo de un palio, hasta la iglesia del pueblo; de allí hasta la posada le llevó la falda. Luego el dia siguiente en un convite que le tenia aprestado, él mismo sirvió á la mesa, y el infante don Enriqne de page de copa. Para que la solemnidad fuese mayor trocó la bajilla de peltre, de que usaba el pontifice para muestra de tristeza por causa del scisma, en aparador de oro y plata: todo enderezado no solo á acatar la magestad pontificia, sino á ablandar aquel duro pecho, y grangealle para que hiciese la razon. Juntáronse diversas veces para tratar del negocio principal. El papa no venia en lo de la renunciacion, y mucho menos sus cortesanos, que decian el daño seria cierto, y el cumplimiento de lo que le prometiesen quedaria en mano y á cortesía del que saliese con el póntificado, sin poderse bastantemente cautelar. En cincuenta dias que se gastaron en estas demandas y respuestas, no se pudo concluir cosa alguna.



Sello de don Fernando I de Aragon.

De Italia á la misma sazon llegaron nuevas de la muerte de Ladislao rey de Nápoles, que le dieron con yerbas segun que corria la fama, en el mismo curso sin duda de su mayor prosperidad, y en el tiempo que parecia se podia enseñorear de toda Italia. No dejó sucesion: por donde entró en aquella corona su hermana por nombre Juana, viuda de Guillen duque de Austria, con quien casó los años pasados, y á la sazon tenia pasados treinta años de edad: hembra ni mas honesta, ni mas recatada en lo de adelante que la otra reina de Nápoles de aquel mismo nombre, de quien se trato en su lugar. Muchos príncipes con el cebo de dote tan grande entraron en pensamiento de casarse con ella, en particular por medio de embajadores que de Aragon sobre el caso se despacharon, se concertó casase con el infante don Juan hijo segundo del rey don Fernando, y así como á cosa hecha pasó por mar

é Sicilia; sin embargo este casamiento no se efectuó, antes aquella señora por razones que para ello tuvo, casó con Jaques de Borbon francés de nacion y conde de la Marcha, mozo muy apuesto y de gentil parecer. Rugíase que otro jóven, por nombre Pandolfo Alopo, tenia mas cabida con la reina de lo que la magestad real y la honestidad de muger pedia, de que el vulgo; que no sabe perdonar á nadie, sentia mal, y los demas nobles se tenian por agraviados.

Perdida la esperanza de reducir al pontífice Benedicto, los principes todavia acordaron celebrar el concilio general. Señalaron para ello de comun acuerdo á Constancia ciudad de Alemaña por querello así el emperador, ca era de su señorío. Comenzaron á concurrir en primer lugar los obispos de Italia y de Francia: el pontífice Gregorio envió sus embajadores con poder (si menester fuese) de renunciar en su nombre el pontificado: Juan el otro competidor acordó hallarse en persona en el concilio, confiado en la amistad que tenia con el César, y no menos en su buena maña. El rey don Fernando no cesaba por su parte de amonestar á Benedicto que se allanase á ejemplo de sus competidores. Despues de muchas pláticas sobre el caso se convinieron los dos de hacer instancia con el emperador para que se viesen los tres en algun lugar á propósito. Para abreviar le despacharon por embajador á Juan Ixar, persona en aquel tiempo muy conocida por sus partes aventajadas de letras y de prudencia, en que ninguno se la ganaba: diéronle por acompañados otras personas principales. Pasábase adelante en la convocacion del concilio. La reina de Castilla en particular envió á Constancia por sus embajadores á don Diego de Anaya obispo á la sazon de Cuenca, y á Martin de Córdova alcaide de los Donceles.

Concurrieron de todas las naciones gran número de prelados, que llegaron á trecientos, todos con deseo de poner paz en la iglesia, y escusar los daños que del scisma procedian, Abrióse el concilio á los cinco del mes de noviembre en tiempo que en Aragon gran número de Judíos renunciaron su ley y se bautizaron á persuasion de S. Vicente Ferrer, que tuvo con los principales dellos y en sus aljamas muchas disputas en materia de religion con acuerdo del pontífice Benedicto que dió mucho calor á esta conversion: creo con intento de servir á Dios, y tambien de acreditarse. Pareció expediente para adelantar la conversion apretar á los obstinados con leyes muy pesadas que contra aquella nacion promulgaron. Hállase hoy dia una bula del pontifice Benedicto en esta razon, su data en Valencia á los once de mayo del año veinte y uno de su pontificado. Los principales cabezas son las siguienetes: los libros de Talmud se prohiben. Los denuestos que los Judíos dijeren contra nuestra religion, se castiguen. No puedan ser jueces, ni otro cargo alguno tengan en la república. No puedan edificar de nuevo alguna sinagoga, ni tener mas de una en cada ciudad. Ningun judío sea médico, boticario, ó corredor. No puedan servirse de algun cristiano. Anden todos señalados de una señal roja ó amarilla, los varones en el pecho y las hembras en la frente. No pueden ejercer las usuras, aunque sea con capa y color de venta. Los que se bautizaren, sin embargo puedan heredar los bienes de sus deudos. En cada un año por tres veces se junten á sermon que se les haga de las principales artículos de nuestra santa fé. El tanto deste edicto se envió á todas las partes de España, y uno dellos se guarda entre los papeles de la iglesia mayor de Toledo.

En Constancia la noche de Navidad principio del año que se contaba de **1415**, se hallaron presentes á los maitines el pontifice Juan y el emperador. Pusiéronles dos sillas juntas, la del pontífice algo mas alta, en otros lugares se asentaron la emperatriz y los prelados. Pasada la festividad, comenzaron á entrar en materia. Parecia á todos que el mas seguro camino, y mas corto para apaciguar la iglesia, seria que los tres pontífices de su voluntad renunciasen. Comunicaron esto con el pontifice Juan que presente se hallaba, y al fin aunque con dificultad le hicieron venir en ello. Dijo misa de pontifical á los cuatro de marzo; y acabada, prometió públicamente con grande alegria y aplauso de los circunstantes que haria la renunciacion tan deseada de todos. Invencion y engaño por lo que se vió; que dende á pocos dias de noche se hurtó y huyó de aquella ciudad con intento de renovar los debates pasados. Enviaron personas en pos dél, que le prendieron; y vuelto á Constancia, mal su grado fué forzado á hacer la renunciacion postrero dia del mes de mayo, y para atajalle los pasos de todo punto dieron cuidado al conde Palatino que le tuviese debajo de buena guarda, mas huyó tres años adelante. Finalmente, para sosegalle, por concierto le fué vuelto el capelo, con que pasados algunos años falleció en Florencia cabeza de la Toscana. Sepultaron su cuerpo en aquella ciudad en el bautisterio de San Juan, enfrente de la Iglesia Ma-

yor. Sus tesoros que allegó muy grandes en el tiempo de su pontificado, quedaron en poder de Cosme de Médicis, ciudadano principal de aquella señoría: escalon por donde él mismo subió á gran poder, y los de su casa adelante se enseñorearon de aquella república: tal es la comun opinion del vulgo.

La alegria que los prelados recibieron por la deposicion del pontífice Juan, se dobló con la renunciacion que cinco dias adelante Carlos Malatesta procurador del pontífice Gregorio, conforme á los poderes que traia muy amplios, hizo en su nombre. Restaba solo Benedicto, cuya obstinacion ponia en cuidado á los padres, si antes que renunciase nombraban otro pontífice, no recayese en los inconvenientes pasados. Acudieron al medio que les ofrecieron de España, que el César Sigismundo en algun lugar á propósito se viese con el rey de Aragon y con el dicho papa Benedicto, ca no tenian de todo punto perdida la esperanza; antes cuidaban se dejaria persuadir, y seguiria el comun acuerdo de todas las naciones y el ejemplo de sus competidores. Para estas vistas señalaron á Niza, ciudad puesta en las marinas de Génova, y en esta razon despacharon para los dos el rey y el papa sus embajadores, personas de cuenta y de autoridad.

CAPITULO VII.

Que los tres príncipes se vieron en Perpiñan.

Al mismo tiempo que estas cosas pasaban en Constancia, el rey de Aragon en Valencia festejaba con todo género de demostracion el casamiento del príncipe don Alonso su hijo con la infanta doña María hermana del rey don Juan de Castilla. Para mas autorizar la fiesta se halló presente el pontífice Benedicto. Concurrió toda la nobleza y señores de aquel reino: grandes invenciones, trages y libreas. Acompañó á la infanta desde Castilla con otras personas de cuenta don Sancho de Rojas, que á la misma sazon de obispo que era de Palencia, trasladaron al arzobispado de Toledo por muerte de don Pedro de Luna que finó en Toledo á los diez y ocho de setiembre, y le enterraron en la capilla de San Andres de aquella su iglesia junto á don Jimeno de Luna su pariente: al presente yace en propio lucillo que le pusieron en la capilla de Santiago. La promocion de don Sancho se hizo por intercesion y á instancia del rey de Aragon; y él mismo por su persona y aventajadas prendas era digno de aquel lugar, y por los muchos servicios que á los reyes hizo en tiempo de paz y de guerra. Su padre Juan Martinez de Rojas señor de Monzon y Cabra, que falleció en el cerco de Lisboa en tiempo del rey don Juan el Primero, su madre doña María de Leyva. Hermanos Martin Sanchez de Rojas, y Dia Sanchez de Rojas, y doña Ines de Rojas, la cual casó con Fernan Gutierrez de Sandoval.

Nació deste casamiento Diego Gomez de Sandoval conde de Castro Jeriz, adelantado mayor de Castilla y canciller mayor del sello de la puridad. Fué gran privado de don Juan rey de Navarra, cuyo partido y de los infantes sus hermanos siguió en las alteraciones que anduvieron los años adelante, que fué ocasion de perder lo que tenia en Castilla, grandes estados, y de adquirir la villa de Denia por merced que le hizo della el mismo rey don Juan de Navarra. El arzobispo don Sancho le hizo donacion de la villa de Cea que compró de su dinero; pero con tal condicion que tomase el apellido de Rojas, homenage que despues le alzó. Casó segunda vez la dicha doña Inés con el mariscal Fernan García de Herrera, que tuvo en ella muchos hijos: cepa y tronco de los condes de Salvatierra, que adquirieron asímismo la villa de Empudia por donacion del mismo don Sancho de Rojas.

Las bodas del príncipe don Alonso se celebraron á los doce del mes de junio. Dejó á la infanta su padre en dote el marquesado de Villena, mas dél la despojaron, y la dieron á trueque docientos mil ducados (1), por llevar mal los de Castilla que los reyes de Aragon quedasen con aquel estado, puesto á la raya de ambos reinos en parte que se podian fácilmente hacer entradas en Castilla. El rey de Portugal desde el año pasado aprestaba una muy gruesa armada. Los príncipes comarcanos, con los celos que suelen tener de ordinario, sospechaban no se enderezase á su daño; al de Aragon en especial le aquejaba este cuidado por rugirse queria tomar debajo de su amparo al conde de Urgel, y por este camino alterarle el nuevo reino de Aragon. Engañóles su pensamiento porque el intento del Portugués

(1) Segun la crónica doscientas mil doblas de oro mayores castellanas.

era asáz diferente, esto es de pasar en Africa á conquistar nuevas tierras. Animábale su buena dicha, con que ganó, y con poco derecho se afirmó en aquel su reino, y ponianle en necesidad de buscar nuevos estados los muchos hijos que tenia, para dejallos bien heredados, por ser Portugal muy estrecho. En la reina su muger tenia los infantes don Duarte, don Pedro, don Enrique, don Juan, don Fernando y doña Isabel; fuera destos á don Alonso hijo bastardo, que fué conde de Barcelos.

Armó treinta naves gruesas, veinte y siete galeras, treinta galeotas, sin otros bajeles que todos llegaban hasta en número de ciento y veinte velas. Partió el rey con esta armada la vuelta de Africa, sin embargo que á la misma sazon pasó desta vida la reina doña Philipa, que hizo sepultar en el nuevo monasterio de la batalla de Aljubarrota. De primera llegada se apoderó por fuerza á los veinte y dos de agosto de Ceuta, ciudad puesta sobre el estrecho de Gibraltar. El primero á escalar la muralla fué un soldado por nombre Corterreal, otro que se decia Albergueria, se adelantó al entrar por la puerta: al uno y al otro remuneró el rey y honró como era debido y razon; lo mismo se hizo con los demas, conforme á cada uno era. Los Moros unos pasaron á cuchillo, otros se salvaron por los pies, y algunos quedaron por esclavos. Deste buen principio entraron los Portugueses en esperanza de sujetar las muy anchas tierras de Africa. Mudaron otrosí este mismo año la manera de contar los tiempos por la era de César, como se acostumbraba, en la del nacimiento de Cristo por acomodarse á lo que las otras naciones usaban, y en conformidad de lo que poco antes deste tiempo, como queda dicho, se estableció en los reinos de Aragon y Castilla (2).

El cuidado de sosegar la iglesia todavía se llevaba adelante, y los padres del concilio continuaban en sus juntas. No pudo el rey don Fernando ir á Niza por cierta dolencia contínua que mucho le fatigaba: acordaron que el César llegase hasta Perpiñan, villa puesta en lo postrero de España y en el condado de Ruysellon (3): príncipe de renombre inmortal por el celo que siempre mostró de ayudar á la iglesia sin perdonar á diligencia ni afan. El pontífice Benedicto y el rey don Fernando, como los que se hallaban mas cerca, acudieron los primeros. El emperador llegó á los diez y nueve de setiembre acompañado de cuatrocientos hombres de armas á caballo y armados, asaz grande representacion de magestad. El vestido de su persona ordinario, y la bajilla de su mesa de estaño, señal de luto y tristeza por la afliccion de la iglesia. Concurrieron al mismo lugar embajadores de los reyes de Francia, Castilla y Navarra. Todo el mundo estaba á la mira de lo que resultaria de aquella habla. El miedo y la esperanza corrian á las parejas. No podia el rey por su indisposicion asistir á pláticas tan graves. Todavía desde su lecho rogaba y amonestaba á Benedicto restituyese la paz á la iglesia, y se acordase del homenage que en esta razon hizo los tiempos pasados: el concilio de los obispos se celebraba; no era razon engañase las esperanzas de toda la cristiandad: acudiese al concilio, y hiciese la renunciacion que todos deseaban, conforme al ejemplo de sus competidores: ¿cuánto podia quedar de vida al que por sus muchos años se hallaba en lo postrero de su edad?

Pudiera Benedicto con mucha honra doblegarse y ponerse en las manos de tan grandes príncipes y de toda la iglesia, si el apetito de mandar se gobernára por razon, afecto desapoderado, y mas en los viejos; mas él estaba resuelto de no venir en ningun partido de su voluntad, solo pretendia entretener y alargar con diferentes cautelas y mañas. Apretábanle los dos príncipes para que se resolviese, y acabase. Un dia hizo un razonamiento muy largo en que declaró los fundamentos de su derecho: Que si en algun tiempo se dudó cual era el verdadero papa, la renunciacion de sus dos competidores ponia fin en aquel pleito, pues quitados ellos de por medio, él solo quedaba por rector universal de la iglesia: que no era justo desamparase el gobernalle que tenia en su mano, de la nave de San Pedro: cuanto tenia la edad mas adelante, tanto mas se debia recelar de no ofender á Dios y á los santos por falta de valor, y de amancillar su nombre con una mengua perpétua. Siete horas enteras continuó en esta plática sin dar alguna señal de cansancio, si bien tenia setenta y siete años de edad, y los presentes de cansados unos en pos de otros se le salian de la sala. Alegaba sobre todo que si él no era el verdadero pontifice, por lo menos la eleccion del que

(2) Esta mudanza se empezó en la corona de Aragon por decreto del rey don Pedro IV dado en Perpiñan el 16 de diciembre de 1350.

(3) Este condado fué agregado á la corona de Aragon por el rey don Pedro IV el 29 de marzo de 1344 hasta que en 1462 don Juan II lo empeñó á Luis XI de Francia. En 1493 Cárlos VIII de esta nacion lo restituyó al rey católico; y en 1659 se cedió á la Francia por el tratado de los Pirineos.

se habia de nombrar, pertenecia á solo él como al que restaba de todos los cardenales que fueron elegidos antes del scisma, por pontífice cierto sin alguna duda y tacha.

Gastábase mucho tiempo en estas alteraciones sin que se mostrase esperanza de hacer algun efecto. El emperador cansado con la dilacion se partió de Perpiñan. Amenazaba á Benedicto usarian contra él de fuerza, pues no queria doblegar su voluntad. Todavia se entretuvo en Narbona por si con la diligencia del rey don Fernando que se ofrecia á hacella, se ablandase aquel obstinado corazon. Todo prestó poco, antes con toda priesa Benedicto se robó y se partió para Peñíscola, con cuya fortaleza, que está sobre un peñon casi por todas partes rodeada del mar, cuidaba afirmarse y defender su partido. Llegóse al último plazo y remedio, que fué quitalle en Aragon la obediencia, como se hizo por un edicto que se publicó á los seis de enero del año que se contó 1416, en que se vedaba acudir á él en negocios, y lo mismo tenelle por verdadero papa.

El principal en este acuerdo y resolucion fué fray Vicente Ferrer, que el tiempo pasado se le mostró muy aficionado y parcial. La larga costumbre puede mucho: así en los ánimos de algunos todavía quedaba algun escrúpulo, y se les hacia de mal apartarse de lo en que por tantos años continuaron. El pueblo fácilmente se acomodó á la voluntad del rey, como el que poca diferencia hace entre lo verdadero y lo falso. Desabrióse Benedicto por esta causa: decia que el que le debia mas, ese era el primero á hacelle contraste; que esperaba en Dios que el reino que él mismo le dió, se le quitaria como á ingrato: amenazas vanas, y sin fuerzas para ejecutallas. Al mismo tiempo que con mayor calor se trataban estos pleitos, falleció doña Leonor reina de Navarra en Pamplona á los cinco de marzo. Yace en la Iglesia Mayor de aquella ciudad en un sepulcro de alabastro con su letra que esto declara.

CAPITULO VIII.

De la muerte del rey don Fernando.

La indisposicion del rey don Fernando continuaba: tenia gran deseo de volver á Castilla por probar si con los aires naturales (remedio á las veces muy eficaz) mejoraba: á los dolientes, en especial con las bascas de la muerte, se les suelen antojar sus esperanzas. Demas que pretendia mirar por el bien de Castilla como cosa que por el deudo y el cargo que tenia de gobernador, mucho le tocaba; en particular deseaba que aquel reino alzase la obediencia á Benedicto á ejemplo de Aragon, y que de todo punto le desamparase. Con este propósito de Perpiñan dió la vuelta á Barcelona: desde aquella ciudad, pasados los frios de invierno, al principio del verano se puso en camino para Castilla. Con el movimiento se le agravó la dolencia; que en cuerpos enfermos y flacos cualquiera ocasion los altera. Reparó en Igualada seis leguas de Barcelona. Allí le desafiuciaron los médicos, y recebidos los sacramentos como buen cristiano, pasó desta vida jueves á los dos de abril. Príncipe dotado de excelentes partes de cuerpo y alma, presencia muy agradable, y que no tenia menos autoridad que gracia, de grande ingenio y destreza en grangear las voluntades y aficionarse la gente no solo despues que fué rey, sino en el reino de otro, cosa mas dificultosa. No faltó quien le tachase de algunas cosas, en especial que en su habla y acciones era tardo, que desamparó á Benedicto, y se aprovechó de las rentas reales de Castilla; que era pródigo de lo suyo, y codicioso de lo ageno para suplir lo que derramaba: á los grandes personages sigue la envidia, y nadie vive sin tacha.

Reinó por espacio de tres años, nueve meses y veinte y ocho dias. Su cuerpo yace en Poblete en un sepulcro humilde y muy ordinario. En su testamento que otorgó los meses pasados en Perpiñan, heredó á sus hijos en esta forma: á don Juan en el estado de Lara junto con Medina del Campo, y la villa de Momblanc con título de duque, que le mandó en Cataluña: item otros muchos pueblos. A don Enrique dejó á Alburquerque, á don Sancho á Montalvan. Por heredero del reino nombró al príncipe don Alonso su hijo mayor: caso que todos los hermanos faltasen sin dejar sucesion, llamó á la corona los hijos y nietos de las infantas doña María y doña Leonor sus hijas, si bien á ellas mismas dejó excluidas de la sucesion; cláusula digna de memoria, mas que ya otra vez se estableció en aquel reino lo mismo, segun que en otro lugar queda declarado. La muerte del rey don Fernando fué ocasion que Castilla por algun tiempo se mantuviese en la devocion de Benedicto. Tenia en ella

muchos obligados con beneficios y gracias, en especial los arzobispos, el de Toledo y el de Sevilla, don Sancho de Rojas y don Alonso de Exea se mostraban muy declarados en su favor.

CAPITULO IX.

De la eleccion del papa Martino quinto.

En castilla resultaron nuevas alteraciones y bullicios, principios de mayores males, y muestra de cuanto importaba para el sosiego de España la prudencia y el valor del rey don Fernando. La reina doña Catalina luego que como es de costumbre hizo las honras del rey su cuñado en Valladolid, ella sola se apoderó de todo el gobierno del reino (1). La crianza del rey encomendó al arzobispo de Toledo junto con Juan de Velasco y Diego Lopez de Zúñiga justicia mayor (2). Quejábanse muchos que en el repartimiento de oficios y cargos no les cupo parte, sobre todos se señalaban en esto el almirante don Alonso Enriquez y el condestable don Ruy Lopez Dávalos, desgustos que amenaban mayores revueltas y daños. Con mejor acuerdo por principio del año que se contaba 1417, asentaron treguas con el rey de Granada por término de dos años, en que le sacaron por condicion diese en cada un año libertad á cien cautivos cristianos.

Los prelados que continuaban en el concilio de Constancia, acudian á todas las partes, y cuidaban de lo que concernia al buen estado de la iglesia y á su pacificacion. Para sosegar las revueltas de Bohemia y reducir á los hereges procuraron muy de veras que sus cabezas y caudillos Gerónimo de Praga y Juan Hus viniesen á aquella ciudad con salvo conducto que el emperador les dió para su seguridad. El mal de la heregía es casi incurable, mayormente cuando está muy arraigado. Huyeron los dos de Constancia, prendiéronlos en el camino personas que para ello enviaron, y traidos á la ciudad, los quemaron públicamente: castigo por ellos bien merecido, pero en que muchos dudaron si fuera mas expediente que se les guardara la seguridad que les dieron, si bien constaba cometieron en la ciudad y por el camino delitos porque no se les debia guardar.

Castigados los hereges, y condenadas sus heregias, volvieron su pensamiento á componer las revueltas de la iglesia. A Benedicto, que de los tres pontífices todavia continuaba en su contumacia, le descomulgaron á los veinte y seis de julio; y le despojaron del pontificado y derecho que podia tener á las llaves de S. Pedro. Publicada esta sentencia, dieron órden en nombrar de conformidad un nuevo papa. Hallábanse presentes veinte y dos cardenales de las tres obediencias de los papas depuestos. Juntaron con ellos otros treinta electores, parte obispos, parte personas principales. Encerráronse los unos y los otros en cónclave. Vinieron todos sin faltar uno de conformidad en nombrar por pontífice al cardenal Othon columna natural de Roma. Hízose la eleccion á los once de noviembre. Llamóse en el pontificado Martino quinto. El contento que resultó desta eleccion así en la ciudad de Roma, como en las demas naciones por cuanto se extendia la cristiandad, fué cual se puede pensar. Pareciales que despues de muy espesas tinieblas les amanecia una mañana muy clara, y una luz muy alegre se mostraba á las tierras, ca todos, olvidadas las aficiones pasadas, se conformaron y prestaron obediencia al nuevo pontífice. Solamente el rey de Escocia y el conde de Armeñaque tuvieron recio por algun tiempo con Benedicto, y algunos pocos cardenales que le acompañaron cuando se salió de Perpiñan; pero tambien le dejaron poco adelante.

Disolvióse con tanto el concilio; bien que para adelante dejaron aquellos padres decretado que dende á cinco años se juntase concilio general la primera vez, la segunda desde á otros siete años, el tercero se celebrase diez años despues del segundo, y así se guardase perpetuamente que cada diez años se juntase concilio general. Despachó el nuevo pontífice dos monges del Cistel para avisar á Benedicto se conformase con la voluntad de todos los prelados, y á sus cardenales procurasen le desamparasen. En Benedicto no pudieron hacer mella por su condicion: los cuatro cardenales que tenia, con promesa que les hicieron de conservallos en aquel grado de cardenales, y hacelles nuevas gracias, todos Españoles, le

(1) Así lo habia dejado dispuesto el rey en su testamento.
(2) Al principio el rey quedó en poder de doña Catalina dándoles á estos dos caballeros doce mil florines para contentarles; pero luego que murió el de Aragon, tio y contutor del rey, le tomaron y tuvieron en su poder hasta la edad pupilar.

dejaron luego, y se fueron al nuevo y verdadero papa, que hallaron en Florencia. El mas principal era don Alonso Carrillo cardenal de S. Eustaquio y obispo de Sigüenza, deudo del otro cardenal don Gil de Albornoz, y tio de don Alonso Carrillo que adelante fué arzobispo de Toledo.

Este mismo año fué muy desgraciado para Francia; para Castilla alegre por la navegacion que por voluntad de la reina de Castilla, y licencia que dió el rey don Enrique antes de su muerte, se tornó de nuevo á hacer á las islas Canarias: camino para sujetallas, como á la verdad se apoderó de las cinco Juan Betancurt de nacion frances, caudillo desta empresa. Sucedióle Menaute su deudo. El papa Martino proveyó por obispo de aquellas islas á un fraile por nombre Mendo. Resultaron entre los dos diferencias: acudió Pedro Barba con tres naves por órden del rey. Este compró á dinero las islas de Menaute, y las vendió á Pedro de Peraza ciudadano principal de Sevilla, cuyos descendientes las poseyeron hasta los tiempos del rey don Fernando el Católico, que las acabó de sujetar finalmente, como queda de suso declarado, y las incorporó en la corona de Castilla. Esto es lo que toca á España.

Las desgracias de Francia se encaminaron desta manera: Enrique quinto deste nombre, rey de Ingalaterra, pidió á Carlos Sexto rey de Francia le diese por muger á su hija madama Catharina. No vino en ello el francés, de que el inglés se tuvo por agraviado. Para vengar esta afrenta pasó en una armada muy gruesa á Normandia: ganó una grande victoria de los Franceses, en que prendió á los duques de Orliens y de Borbon. Pusose otrosi sobre Ruan cabeza de Normandia, que al fin ganó, aunque con trabajo y tiempo. No pararon en esto las desgracias, antes la reina Isabel de Francia se partió de su marido, y con su hija Catharina se retiró á Turon. Desde allí llamó al duque de Borgoña en su favor, que acudió luego con gente por no perder la ocasion que se le presentaba, de satisfacerse de los desgustos pasados. Apoderóse no solo de la reina y de su hija sino del mismo rey y de la ciudad de París. Restaba Carlos el Delfin, heredero de aquella corona, el cual con gentes que pudo juntar, reparaba aquellos daños y hacia rostro á los Ingleses y Borgoñones. Para divertir al duque de Borgoña procuró verse con él. Señalaron de acuerdo para la habla una puente del rio Secuana, en aquella parte en que el rio Icauna (3) desagua en él. Para mayor seguridad atajaron la puente con unas verjas de madera: solo dejaron un postigo por do se podia pasar, pero bien cerrado y asegurado. Concertaron otrosi que acompañasen á los príncipes cada diez hombres armados. Acudieron al tiempo aplazado. El Delfin saludó al duque con rostro ledo y alegre semblante, y convidóle á pasar do él estaba. Aseguróse el duque del buen talante con que le habló: abierto el postigo, pasó como se le rogaba. Trabóse cierta pasion y riña entre los soldados, si acaso, si de propósito no se averigua. Resultó que el Borgoñon quedó muerto, cuya vida si fué perjudicial para Francia, no menos lo fué su muerte, á causa que el duque Philipe por satisfacerse de la muerte de su padre entregó al inglés los rey y reina de Francia con su hija Catharina y la ciudad de Paris: de que procedieron males sin cuento y sin término, enemigas, quemas, muertes y robos. Pero estas cosas avinieron algun tiempo adelante, y por ser estrañas no nos incumben, ni queremos particularizallas mas.

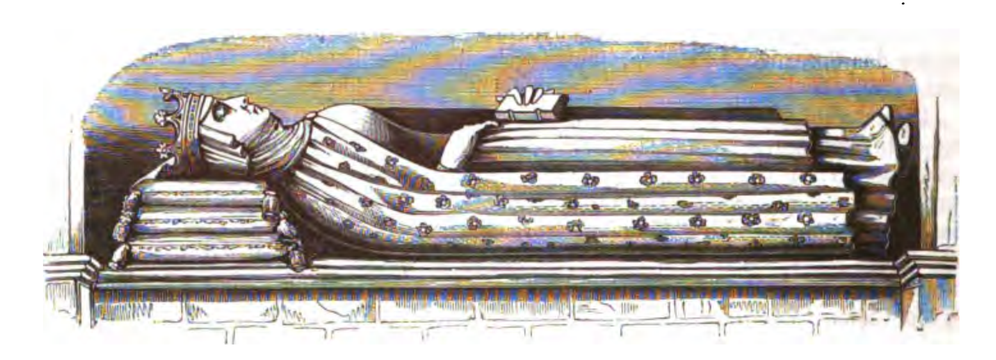
CAPITULO X.

Otros casamientos de principes.

La reina doña Leonor de Aragon despues de la muerte del rey su marido se retiró á Castilla, y en Medina del Campo con la compañía de sus hijos, que le quedaron muchos, y otros honestos entretenimientos pasaba su viudez y soledad. Comenzóse á mover plática que su hija la infanta doña María casase con el rey de Castilla. Estrañaba la reina doña Catalina su madre este casamiento. Escusábase con la poca edad del rey, como quier que á la verdad de secreto se inclinase mas á casalle en Portugal con la infanta doña Leonor, que demas de ser su sobrina parecia así á ella como á los mas de los cortesanos seria á propósito para atar aquellos dos reinos con un vínculo muy fuerte de perpétua concordia. Creemos fácilmente lo que deseamos. Desbarató la muerte estos intentos, que sobrevino de repente á la reina doña Catalina en Valladolid jueves á los dos de junio del año **1418**. Su

(3) Hoy los rios Sena y Yone.

edad de cincuenta años, el cuerpo grande y grueso, en la bebida algo larga conforme á la costumbre de su nacion, la condicion sencilla y liberal: virtudes de que se aprovechaban para sus particulares y para malsinar á otros y desdorallos los que le andaban al lado, que los mas eran gente baja. Estos eran sus consejeros y sus ministros: grave daño, y mas en príncipes tan grandes. Sepultáronla en la capilla real de Toledo en propio lucillo, en que fundó quince capellanías, y las añadió á la de antes para que se hiciesen sufragios ordinarios por las ánimas suya y del rey su marido.



Estátua sepulcral de la reina doña Catalina.

Con la muerte de la reina se trocaron y alteraron las cosas en gran manera. El rey sin embargo de su poca edad salió de las tinieblas en que su madre le tuvo muy retirado, y comenzó en parte por sí mismo á gobernar el reino, ayudado del consejo de algunos personages que le asistian. Entre los demas se señalaba el arzobispo de Toledo, que por ser de gran corazon, muy codicioso de honra y entremetido, se apoderó del gobierno, de suerte que en nombre del rey lo pretendia todo trastornar á su albedrío. Acudieron de Francia dos embajadores para solicitar les socorriesen en aquel aprieto en que aquel reino se hallaba. La respuesta fué escusarse con la poca edad del rey y las alteraciones, que unas comenzaban y otras se temian. Volvióse á la plática de casar al rey: el de Toledo reconocia todo lo que era y valia de los reyes de Aragon: asi hizo instancia, y finalmente concluyó que el casamiento de Aragon se antepusiese al de Portugal. Celebráronse los desposorios entre el rey don Juan y la infanta doña Maria con grandes fiestas en Medina del Campo á los veinte y uno de octubre.

Entre las capitulaciones matrimoniales que asentaron, una fué que la infanta doña Catalina hermana menor del rey don Juan casase con uno de los infantes de Aragon. No señalaron por entonces alguno dellos á causa que don Juan, el mayor de los hermanos por casar, andaba en balanzas sin resolverse en que parte casaria. Primero estuvo concertado con doña Isabel hija del rey de Navarra: desistió deste casamiento, cebado de la esperanza que se le mostró de casar con Juana reina de Nápoles, engañosa y vana como de suso se tocó, y la infanta casó con el conde de Armeñaque. Entretúvose por algun tiempo el infante don Juan en el gobierno de Sicilia en lugar de la reina doña Blanca, que su padre el rey de Navarra procuró diese la vuelta por ser la mayor de sus hermanas y heredera de su corona. Muchos príncipes pretendieron casar con ella movidos de sus prendas, y mas del gran dote que esperaba: el rey su padre finalmente antepuso á los demas competidores al ya dicho infante don Juan por sus buenas partes, y por la esperanza que se tenia de juntar lo de Navarra y lo de Aragon, por no tener sucesion el rey don Alonso su hermano.

El dote de presente fueron cuatrocientos y veinte mil florines. Púsose por condicion que caso que doña Blanca muriese, puesto que no dejase hijos, su marido despues de sus suegros por todo el tiempo de su vida se intitulase, y fuese rey de Navarra. Hiciéronse los desposorios en Olite por poderes: el procurador de parte del infante, que hizo sus veces, Diego Gomez de Sandoval sobrino del arzobispo de Toledo, adelantado de Castilla y mayordomo

mayor del infante, su muy privado, y que por esta causa adelante alcanzó gran poder y estado, y aun finalmente los vientos favorables se le trocaron en contrarios y corrió fortuna, como se notará en otro lugar. Cuando se celebraron los desposorios de Navarra, corria el año de nuestra salvacion de 1419: en el mismo el gran predicador y varon apostólico fray Vicente Ferrer, gran gloria de Valencia su patria y de la orden de los predicadores, pasó desta vida mortal á la eterna en Vanes ciudad de la Bretaña á los cinco de abril. Sus grandes virtudes, y los milagros, muchos y maravillosos, que obró en vida y despues de muerto, le pusieron poco adelante en el número de los santos. Su cuerpo sepultaron en la iglesia Mayor de aquella misma ciudad. Volvamos á lo que del rey don Juan de Castilla se queda atrás.

CAPITULO XI.

De las alteraciones de Castilla.

Los reinos de Castilla se comenzaban á alterarar no de otra guisa que una nave sin gobernalle y sin piloto azotada con la tormenta de la hinchadas y furiosas olas del mar. Los grandes traian entre sí diferencias y pasiones. El rey por su poca edad y no mucha capacidad no tenia autoridad para enfrenallos. Al arzobispo de Toledo que ponia la mano en todo, muchos le envidiaban, y llevaban mal pudiese mas un clérigo que toda la nobleza. Acudieron al rey diéronle por consejo tomase la entera y libre administracion del reino; que la edad de catorce años que tenia, era bastante para ello y legal. Con este acuerdo se juntaron cortes en Madrid, en que se hallaron grandes y muchos personages de gran calidad. A los siete de marzo ya que los tenian juntos en el alcázar de aquella villa, el arzobispo de Toledo con un razonamiento muy pensado declaró la voluntad que el rey tenia de salir de tutorias y encargarse del gobierno. Respondió y otorgó en nombre de los congregados y del reino el almirante don Alonso Enriquez. Siguióse el aplauso de los demas que presentes se hallaron á este auto y solemnidad.

La poca edad del rey tenia necesidad de reparo. Recibió en su consejo, y mantuvo á todos los que en tiempo de su padre y sus tutorias tuvieron aquel lugar. Para despachar las cosas de gracia señaló al arzobispo de Toledo, al almirante, al condestable, y con ellos á Pero Manrique adelantado de Leon, y Juan Hurtado de Mendoza su mayordomo mayor, y que Gutierre Gomez de Toledo arcediano de Guadalajara ordenase y refrendase las cédulas reales. Agravióse desto el arzobispo de Toledo, que pretendia le pertenecia aquel oficio como á canciller mayor que era de Castilla. Andaban en aquella corte entre otras personas de cuenta los infantes de Aragon don Juan y don Enrique maestre de Santiago: el arzobispo de Toledo para tener mas mano y afirmarse contra sus émulos procuró conquistallos con todo género de caricias y buena correspondencia: todo se enderezaba á continuar en el gobierno, de que era muy codicioso, y de que estaba asáz apoderado. De Madrid fué el rey con su corte á Segovia, ciudad puesta entre montes y á propósito para pasar los calores del verano. Levantóse de repente un alboroto de los del pueblo contra la gente del rey y sus cortesanos: estuvieron á pique de venir á las puñadas, y la misma ciudad de ensangrentarse.

Los infantes ya dichos de Aragon poco se conformaban entre sí: mando y privanza no sufren compañia. Andaban como en zelos cada cual con intento de apoderarse de la persona del rey y del gobierno, cosa que les parecia fácil por su poca edad, y no querian dar parte á nadie, ni aun á su mismo hermano. Resultaron con esto sospechas, dividiéronse los grandes y caballeros en dos bandos: á don Enrique favorecian el condestable don Ruy Lopez Dávalos, y Pedro Manrique; al infante don Juan asistian don Fadrique conde de Trastamara y el de Toledo. La edad del rey era flaca, y que se mudaba facilmente, sus enojos repentinos, las caricias que hacia, fuera de tiempo: cosas que la una y la otra á cualquier príncipe están mal, por donde mas era menospreciado que temido. El cuerpo conforme á la edad que tenia, era grande y blanco, pero de poca fuerza; el rostro no muy agraciado, la condicion mansa y tratable. Deleitábase en la caza y en justas y torneos, era aficionado á los estudios y letras, y hallábase de buena gana en los razonamientos en que se trataba de cosas eruditas. Hacia él mismo metros, y trovaba no muy mal en lengua castellana.

Estas virtudes que comenzaron á mostrarse desde niño, con la edad llegaron á madurarse y hacerse mayores; todas empero las estragaba el descuido y poca cuenta que tenia

de las cosas y del gobierno. Oia de mala gana y de priesa: sin oir, como podia resolverse en negocios tan árduos como se ofrecian? en suma no tenia mucha capacidad, ni era bastante para los cuidados del gobierno. Esto dió á sus cortesanos entrada para adquirir gran poder, en especial á Alvaro de Luna, que comenzaba ya á tener con él mas familiaridad y privanza que los demas. Por temer esto la reina su madre le despidió de palacio (1) los años pasados, y le hizo que volviese á Aragon, en que acertó sin duda; pero gobernóse imprudentemente en tener al rey, como le tuvo hasta su muerte, encerrado en Valladolid en unas casas junto al monasterio de S. Pablo por espacio de mas de seis años sin dejalle salir, ni dar licencia que ninguno le visitase fuera de los criados de palacio; en lo cual ella pretendia que no se apoderasen dél los grandes, y resultase alguna ocasion de novedades en el reino: miserable crianza de rey, sujeta á graves daños, que el gobernador de todos no ande en público, ni le vean sus vasallos, tanto que aun á los grandes que le visitaban, no conocia: que quitasen al príncipe la libertad de ver, hablar y ser visto, y como metido en una jaula le embraveciesen y estragasen su buena y mansa condicion, cosa indigna. Como pollo en caponera me pongas tú á engordar al que nació para el sudor, y para el polvo? En la sombra y entre mugeres se crie á manera de doncella aquel, cuyo cuerpo debe estar endurecido con el trabajo y comida templada para resistir las enfermedades, y sufrir igualmente en la guerra el frio y los calores? Con los regalos quieres quebrantar el ánimo, que de dia y de noche ha estar de como en atalaya mirando todas las partes de la república? ciertamente esta crianza muelle y regalada acarreará gran daño á los vasallos: la mayor edad será semejable á la niñez y mocedad flaca y deleznable, dada á deshonestidad, y á los demas deleites, como se ve en gran parte en este príncipe. Porque muerta la reina, como si saliera de las tinieblas, y casi del vientre de su madre de nuevo á la luz, perpétuamente anduvo á tienta paredes: con la grandeza de los negocios se cansaba y ofuscaba. Por esto se sujetó siempre al mando y albedrio de sus palaciegos y cortesanos: cosa de gran perjuicio, y de que resultaron continuas alteraciones y graves.

Dirá alguno: reprehender estos vicios es cosa fácil, quién los podrá enmendar? quién se atreverá á afirmar lo que es muy verdadero, que á las mugeres conviene el arreo y el regalo, á los príncipes el trabajo desde su primera edad? Quién digo se atreverá á decir esto delante de aquellos que ponen la felicidad del señorío, y la miden con el regalo, lujuria y deleites, y tienen por el principal fruto de la vida servir al vientre y á las otras partes mas torpes del cuerpo? Demas desto quién persuadirá esta verdad á los que tienen por género de muy agradable servicio conformarse con los deseos de los príncipes y con sus inclinaciones para por allí medrar? Dejemos pues estas cosas, y volvamos á nuestro cuento.

En el principio del año siguiente, que se contó de **1420**, pasó el rey á Tordesillas villa de Castilla la Vieja. Don Enrique maestre de Santiago ó por pretender casarse con la infanta doña Catalina, ó con intento de sujetar sus contrarios, acompañado de los suyos entró en aquel lugar, prendió á Juan Hurtado de Mendoza mayordomo de la casa real, y á otros del palacio: con tanto se apoderó del mismo rey á doce del mes de junio (2), y le quitó la libertad de ir á parte ninguna ó determinar algun negocio: gran vergüenza, y grave afrenta del reino, que el rey estuviese cercado, preso y encerrado por sus vasallos. Movidos desta indignidad los demas grandes de la provincia acudieron á las armas, por su caudillo el infante don Juan de Aragon, que celebrado que hobo sus bodas en Pamplona, concluidas las fiestas, y gastados en ellas no mas de cuatro dias, se partió para Castilla movido de la fama de lo que sucediera, y por las cartas de muchos que le llamaban.

En Avila se celebraron las bodas del rey de Castilla con pequeño aparato y pocos regocijos por estar ausente gran parte de los grandes y el rey detenido á manera de preso. Don Enrique para su seguridad y para fortificarse tenia en aquella ciudad tres mil de á caballo: don Juan su hermano se entretenia en Olmedo con igual número de caballos, que tenia alojados por los lugares comarcanos: concurrian á él de toda la provincia; los menores, medianos y mayores trataban de vengar la injuria del rey y mengua del reino. Procuróse que los infantes hermanos se viesen: no se dió lugar á esto, ni permitieron que el infante don Juan se pudiese ver con el rey. El infante don Enrique magüer que á la sazon apoderado de todo, cuidadoso de lo de adelante procuró se tuviesen cortes en aquella ciudad. Nadie

(1) El rey le hizo volver pronto á su compañía.
(2) La crónica de don Alvaro de Luna dice á 14 de julio.

tenia libertad para tratar los negocios por estar la ciudad llena de soldados, y el lugar en que se juntaban, cercado de hombres armados. Con esto don Enrique por cortes (3) fué dado por libre de toda culpa de lo que hasta allí se le podia imputar: nadie se atrevió á contradecillo ni hablar, en tanto grado que como por galardon y pago de aquella hazaña con voluntad del rey se alcanzó del pontífice Martino quinto que el maestrazgo de Santiago con todas sus rentas y estado quedase por juro de heredad á los descendientes de don Enrique, que fuera una nueva plaga de España y un gravísimo daño, si el rey no revocára aquel decreto llegado á mayor edad.

Lo que solo restaba, la infanta doña Catalina era la que principalmente hacia resistencia á los intentos de don Enrique: decia claramente no queria por marido el que con armas y fieros pretendia alcanzar lo que debiera con servicios, agrado y buena voluntad; todavia vencida su flaqueza ó inconstancia, aquellas bodas se celebraron con grandes regocijos en Talavera villa principal cerca de Toledo, do el rey se pasó desde Avila. Diéronle en dote el señorío de Villena con nombre de duque: á Alvaro de Luna, el principal entre los palaciegos, por lo que en esto trabajó, le fué hecha donacion de Santistevan de Gormáz; principio y escalon para subir al gran poder que tuvo, y alcanzar tantas riquezas como juntó adelante. Por este tiempo cada dia en Cataluña bramaba la tierra, y temblaba toda desde Tortosa hasta Perpiñan. Junto á Girona estaba un pueblo llamado Amer, en que se abrieron dos bocas de fuego que abrasaba los que se llegaban á dos tiros de piedra: de otra boca junto á las de fuego salia agua negra, y á media legua se mezclaba con un rio (que debia ser Sameroca) con que aquel pueblo se destruyó, y los peces del rio murieron. Era el olor del agua tan malo que las aves batian las alas cuando por allí pasaban: estendíase tanto que llegaba hasta Girona con estar apartada de allí y distante cuatro leguas.

En Salamanca por el mismo tiempo se edificaba el colegio de San Bartolomé á costa de don Diego de Anaya, que en el mismo tiempo del concilio Constanciense fué de Cuenca trasladado al arzobispado de Sevilla. Dióle grandes rentas con que buen número de colegiales se pudiesen sustentar, á la manera del colegio de Boloña que el cardenal don Gil de Albornoz dejó allí fundado para que en él estudiasen mozos españoles. Vióle don Diego de Anaya á su pasada por Italia: determinóse de hacer otro tanto: ejemplo de liberalidad que imitaron personas principales en toda España, ca edificaron los años adelante colegios semejantes, de donde como de castillos roqueros ha salido gran número de varones excelentes en todo género de letras. En aquella misma ciudad y universidad se fundaron con el tiempo otros tres que se llaman mayores: en Valladolid el cuarto, el quinto en Alcalá, los menores apenas se pueden contar.

En el mismo tiempo se abria puerta á los Aragoneses y Portugueses para adquirir nuevos estados. Fué asi que don Enrique hijo del rey de Portugal por el conocimiento que tenia de las estrellas (profesion en que gastó gran parte de su vida) sospechó que en la anchura del mar Océano se podria abrir camino para descubrir nuevas islas y gentes no conocidas. Acometió con diversas flotas que envió para este efecto, si podria hacer algo que fuese de provecho. Por este modo entre Lisboa y las islas de Canaria casi en medio de aquel espacio, este año hallaron una isla aunque pequeña pero que goza de muy buen cielo y tierra fértil, como lo mostraban los bosques espesos que en ella hallaron á propósito para cortar muy buena madera, de donde se llamó la isla de la Madera. Deste principio costeando las riberas de Africa, poco á poco parte este infante, y mas los reyes adelante, llegaron con esfuerzo invencible hasta lo postrero de Levante, corrieron las marinas de la Asia, de la India y la China con gran gloria del nombre Portugués y provecho no menor.

Tenia cercada dentro de Nápoles á la reina doña Juana Luis duque de Anjou. La causa de hacelle guerra era la enemiga que de antiguo tenia con aquellos reyes, y las deshonestidades poco recatadas de la misma reina, á las cuales como quier que el conde Jaques su marido no pudiese poner remedio, ni las pudiese sin gran mengua suya disimular, vuelto á Francia, algun tiempo despues renunciada la vida de señor se hizo fraile de San Francisco. El que principalmente ayudaba al duque de Anjou, era Mucio Esforcia capitan de gran nombre en aquella sazon, esto por envidia que tenia á Bracio de Monton otro capitan á quien la reina daba mas favor: las cosas y fuerzas de la reina se hallaban en gran peligro y casi acabadas cuando don Alonso rey de Aragon Quinto deste nombre, muy esclarecido

(3) Se celebraron en Avila.

por la excelencia de sus virtudes, y por haber frescamente domado y sosegado á Cerdeña; fué llamado y convidado á dar socorro á los cercados, con esperanza que le daban de que sucederia en el reino de Nápoles por adopcion que la reina, por no tener hijo ninguno, le ofrecia hacer de su persona y prohijalle. No dejó pasar la ocasion que sin procuralla se le ofrecia, de ensanchar su reino: asi con una armada que envió desde Cerdeña, hizo alzar el cerco de Nápoles. El premio deste trabajo y desta ayuda fué que en una junta de señores que se tuvo en aquella ciudad, se otorgó y publicó la escritura de la adopcion á diez y seis de setiembre, y el pontifice romano algun tiempo despues asimismo la tuvo por buena.

No trato del derecho que tuvieron para hacer esto, por ser la disputa mas fácil que necesaria. Sin duda deste principio largas y perjudiciales guerras nacieron entre Franceses y Españoles, trabadas unas de otras hasta nuestra edad. El mismo rey don Alonso sujetado que hobo á Cerdeña, y desamparado á Córcega (1) para que los Ginoveses se apoderasen della, se apresuró para pasar en Sicilia. Llegó á Palermo en breve: el deseo y esperanza que tenia de asegurarse en la sucesion del nuevo reino, le aguijonaba; el cuidado era tanto mas encendido, que cierto matemático cinco años antes desto le dijo, consideradas las estrellas, ó por arte mas oculta: «El cielo, rey don Alonso, te pronostica grandes cosas y »maravillosas. Los hados te llaman al señorío de Nápoles, que será breve al principio: no »te espantes, no pierdas el ánimo. Dásete cierta silla, grandes haberes, muchos hombres. »Vuelto que seas al reino, serán tan grandes las riquezas que hasta á tus cazadores y mon»teros darás grandes estados. Confiado en Dios pasa adelante á lo que tu fortuna y tu des»tino te llama, seguro que todo te sucederá prósperamente y conforme á tu voluntad y »deseo.»

CAPITULO XII.

Como fué preso don Enrique infante de Aragon.

No pararon en poco las alteraciones y graves desmanes de Castilla, la flojedad del rey era la causa, y sobre esto habelle quitado la libertad, de que resultaron discordias civiles y prisiones de grandes personages, y miedos de mayores males que desto se siguieron. Estaba la corte en Talavera como poco antes queda dicho: el rey mostraba no hacer caso ni cuidar de su injuria, antes se deleitaba y entretenia en cazar. Con esta color salió del lugar á veinte y nueve de noviembre y se fué á Montalvan, que es un castillo puesto y asentado en un ribazo de tierra casi en medio de Talavera y Toledo á la ribera del rio Tajo, de campos fértiles y abundantes. Persuadióle que huyese y hízole compañía Alvaro de Luna, que ya por este tiempo estaba apoderado del rey: otro género de prision no menos menguada y perjudicial. Llevó mal esto el infante don Enrique: recelábase de lo que habia hecho, y por la mala conciencia temia lo que merecia. Por esta causa con nuevo atrevimiento, juntadas arrebatadamente sus gentes, puso cerco á Montalvan, bien que no le combatió por tener en esto solo respeto al rey que dentro se hallaba. Concurrian los grandes para vengar este nuevo desacato: estos eran el arzobispo de Toledo, el infante don Juan, el almirante don Alonso Enriquez; pero corria igual peligro, y se sospechaba de cualquiera parte que venciese, no se quisiese apoderar de todo. En el entretanto comenzó á sentirse falta de mantenimiento en el castillo, tanto que se sustentaban de los jumentos y caballos, y otros manjares sucios y profanos. Al fin por mandado del rey, aunque cercado, y por miedo de los que á su defensa acudieron, á los diez de diciembre se alzó el cerco: don Enrique se fué á Ocaña, villa de su jurisdiccion y maestrazgo, con intento de defenderse con las armas si le hiciesen guerra, y en ocasion volver á sus mañas.

El rey, ido don Enrique, dió la vuelta á Talavera: en el camino le salieron al encuentro los infantes de Aragon don Juan y don Pedro su hermano; saludáronse entre sí, reprehendieron el atrevimiento de don Enrique, comieron con el rey en el castillo de Villalva que está cerca de Montalvan, hobo de la una parte y de la otra muchas caricias y cumplimientos, todos engañosos y dobles. Mandóles el rey que volviesen atrás, porque tambien esto le aconsejó Alvaro de Luna, que pretendia solo apoderarse de todo, y subir á la cumbre,

(1) Pertenecia á la corona de Aragon; mas desde este abandono, ya no la volvieron á recobrar sus reyes.

para con mayor ímpetu despeñarse. Mudóse con esto el estado de las cosas, y trocóse la fortuna de las parcialidades. El rey se fué á Talavera para celebrar en aquella villa las fiestas de navidad al principio del año 1421. De allí se fué á Castilla la Vieja, do tenia mayores fuerzas, y mas llanas las voluntades de los naturales. Don Enrique de Aragon tenia en dote el estado de Villena, como poco antes queda dicho, con gran pesar y desgusto de los naturales, que decian no era duradero lo que por fuerza se alcanzaba, ni justo contra las leyes y privilegios de los reyes pasados enagenar aquel estado, que poco antes rescataron á dineros porque no viniese en poder del rey de Aragon. ¿Qué otra cosa era entregar tan principal estado en la raya del reino á don Enrique sino poner á peligro la salud pública, y abrir puerta á los Aragoneses para hacerse señores de Castilla?

De la alteracion de las palabras se procedió y vino á las armas. Don Enrique como era de su natural arrojado, y persona á quien contentaban mas los consejos atrevidos que los templados, con soldados que envió, se apoderó y guarneció todos aquellos lugares y estado, sacado solo Alarcon que se defendió por la fortaleza del sitio. Mandóle el rey en esta sazon dejar las armas y despedir los soldados: no obedeció; por esto y por mandado del rey y con sus fuerzas le fué quitado aquel estado. Revocóse demas desto lo que tenian concertado del maestrazgo de Santiago, es á saber que los descendientes de don Enrique le heredasen. A estos principios se siguió gran peso y balumba de cosas, porque don Enrique movido del sentimiento de aquella injuria partió de Ocaña resuelto de ir en busca del rey. Llevaba consigo para su guarda y seguridad mil y quinientos de á caballo. Llegó á Guadarrama, pasó los puertos, sin reparar hasta donde el rey se entretenia en Arévalo. Corria peligro no se viniese á batalla y á las manos.

La reina doña Leonor, cuidadosa de la salud de su hijo don Enrique, hablaba ya á los unos ya á los otros, y procuraba sosegar aquella tempestad que amenazaba mucho mal: lo mismo hizo don Lope de Mendoza arzobispo de Santiago. Persuadieron á don Enrique despidiese sus gentes. Decian ser cosa de mala sonada y mal ejemplo querer por armas y por fuerza alcanzar lo que podia por las leyes y justicia: ¿qué podia esperar con tener empuñadas las armas? como antes con fieros semejantes cometiese crímen contra la magestad; que si las dejaba, todo se haria á su voluntad. Avisáronle que á pocos sucedió bien irritar la paciencia de los reyes, que tiene los ímpetus, aunque tardios, pero vehementes y bravos. Desta manera se dejaron por entonces las armas. Doña Blanca hija del rey de Navarra á veinte y nueve de mayo parió en Arévalo un hijo de su marido, que del nombre de su abuelo materno se llamó don Carlos. Sacóle de pila el rey de Castilla, y por su acompañado Alvaro de Luna, al cual quiso el rey hacer esta honra: ninguna destas cosas por entonces parecia demasiada por ir en aumento su privanza.

Las cortes del reino se convocaron primero para Toledo, y despues para Madrid: con esta determinacion el rey y la reina partieron para Castilla la Nueva. Llegaron á Toledo á veinte y tres de octubre. Don Enrique de Aragon, el condestable don Ruy Lopez Dávalos, el adelantado Pedro Manrique llamados á estas cortes se escusaban por las enemistades que con ellos tenian algunas personas principales. Entretanto que esto pasaba en Castilla, don Alonso rey de Aragon y Luis duque de Anjou contendian grandemente sobre el reino de Nápoles: don Alonso se estaba dentro de la ciudad de Nápoles; Aversa que cae allí cerca, se tenia por los Franceses; de una parte y de otra se hacian correrías y cabalgadas. Cerra, un pueblo cuatro millas de la ciudad de Nápoles, fué cercada por las gentes de Aragon; y aunque se defendió largamente por el sitio del lugar y valor de la guarnicion, en fin se rindió á don Alonso. Don Pedro infante de Aragon, movido así por las cartas del rey su hermano como de su voluntad, con licencia del rey de Castilla se partió para aquella guerra de Nápoles al principio del año 1422.

En Madrid se hacian y continuaban las cortes generales. Hallóse presente don Juan infante de Aragon y otros señores en gran número. El arzobispo de Toledo por estar doliente no se pudo hallar presente. Don Enrique y sus consortes porque el rey les queria hacer fuerza si no venian á las cortes, trataron entre sí el negocio, y resolvieron que don Enrique y Garci Fernandez Manrique, adelante conde de Castañeda, obedeciesen; mas el condestable y Pedro Manrique se quedasen en lugares seguros para todo lo que pudiese suceder. A trece de junio don Enrique y Garci Fernandez entraron en Madrid. Recibiéronlos bien y aposentáronlos amorosamente: el dia siguiente como llamados por el rey fuesen al alcázar á besalle la mano, los prendieron. A don Enrique enviaron en prision al castillo de Mora:

dióse á Garci Alvarez de Toledo señor de Oropesa cuidado de guardalle, y al conde de Urgel, que desde los años pasados tenian preso en aquel castillo, pasaron á Madrid.

En las cortes pusieron acusacion á estos señores de haber ofendido á la magestad, y tratado con los Moros de hacer traicion á su principe y á su patria. Catorce cartas del condestable escritas al rey Juzeph se presentaron y leyeron en este propósito. Pareció ser esto una maldad atroz: así los bienes de don Enrique y Garci Manrique por sentencia de los jueces que señalaron, fueron confiscados, lo mismo se determinó y sentenció de Pedro Manrique, que avisado de lo que pasaba, era ido á Tarazona. Ordenóse otro tanto de los bienes del condestable, el cual perdida la esperanza de ser perdonado, en compañía de doña Catalina, muger de don Enrique, primero se recogió á Segura, pueblo asentado en lugares muy ásperos, y de dificultosa subida hacia el reino de Murcia, despues se fué á tierra de Valencia. Dejó en Castilla grandes estados que tenia, es á saber á Arcos, Arjona, Osorno, Ribadeo, Candeleda, Arenas y otros pueblos en gran número: con que la casa Dávalos de grandes riquezas y estado que tenia, comenzó á ir de caida y arruinarse. Levantáronse otrosí á



D. Alonso V de Aragon, de una medalla de su época.

nuevos estados diferentes casas y linages de nobles y ilustres personages, como los Fajardos, los Enriquez, los Sandovales, los Pimenteles y los Zúñigas, no de otra guisa que de los pertrechos y materiales de alguna gran fábrica, cuando la abaten, se levantan nuevos edificios. Rugióse por entonces que aquellas cartas del condestable eran falsas, y aun se averiguó adelante que Juan Garcia su secretario las falseó, por su misma confesion que hizo puesto á cuestion de tormento. Disimulóse empero por ser interesados el rey y los que con aquellos despojos se enriquecieron, si bien justiciaron conforme á las leyes al falsario.

A don Alvaro de Luna con esta ocasion dió el rey título de conde de Santisteban de Gormaz, y le nombró por su condestable. A don Gonzalo Mexía comendador de Segura se encargó que en lugar de don Enrique maestre de Santiago tuviese sus veces, y la administracion de aquel maestrazgo con libre poder de hacer y deshacer. Concluidas en un tiempo cosas tan grandes, el rey se fué á Alcalá; á la misma sazon parió la reina en Illescas una hija á cinco de octubre que se llamó doña Catalina, cosa que causó grande alegria á toda la provincia no solo por el nacimiento de la infanta, sino por entender que la reina no era mañera, y por la esperanza que concibieron que otro dia pariria hijo varon. Esta alegría se escureció algun tanto con la muerte del arzobispo de Toledo que en breve se siguió. Falleció de una larga enfermedad en Alcalá de Henares á veinte y cuatro de octubre: su sepultura de mármol y de obra prima se ve en la capilla de San Pedro, parroquia de la Iglesia Mayor de Toledo: capilla que hizo él mismo edificar á su costa. En su lugar por votos del cabildo fué puesto don Juan Martinez de Contreras dean que á la sazon era de

Toledo, natural de Riaza, y que fué vicario general de su predecesor. El cabildo se inclinaba al maestrescuela Juan Alvarez de Toledo hermano de Garci Alvarez de Toledo señor de Oropesa: interpúsose el rey, que cargó con su intercesion en favor del dean. Así salió electo, y luego se partió para Roma con intento de alcanzar confirmacion de su eleccion del papa Martino Quinto: tal era la costumbre de aquel tiempo: en ida y vuelta gastó casi dos años.

CAPITULO XIII.

Como falleció el rey moro de Granada.

En Toledo para donde acabadas las cortes se partió en breve el rey de Castilla, con su ida se mudó la forma del gobierno, por estar antes revuelta y sujeta á diferencias y bandos (1). Tenian costumbre de elegir para dos años seis fieles, tres del pueblo y otros tantos de la nobleza. Estos con los dos alcaldes que gobernaban y tenian cargo de la justicia, y con el alguacil mayor representaban cierta manera de senado y regimiento, y gobernaban las cosas y haciendas de la ciudad: podian entrar en las juntas que hacian, y en el regimiento de los nobles todos los que quisiesen hallarse presentes, con voto en los negocios que se ventilaban; desórden muy grande por ser los regidores parte inciertos, parte temporales.



Mossen Borra, bufon y caballero de la corte de D. Alonso V, segun la estátua de su sepulcro existente en los claustros de la catedral de Barcelona.

(1) Los procuradores que se hallaron presentes juraron por sucesora y heredera del reino á la infanta doña Catalina en caso de no haber varon.

Dióse órden en lo uno y en lo otro por mandado del rey, y decretóse que conforme á lo que el rey don Alonso su tercer abuelo estableció en Burgos, se nombrasen diez y seis regidores de la nobleza y del pueblo por partes iguales, los cuales fueron perpétuos por toda su vida, y lo que la mayor parte destos determinase, esto se siguiese y fuese valedero. Cuando alguno falleciese, sucediese otro por nombramiento del rey: camino por donde se dió en otro inconveniente, que los regimientos comenzaron á venderse en grave daño de la república: así muchas veces se vuelve en contrario lo que de buenos principios y con buenos intentos se encamina.

Con mayor ocasion algun tanto despues se corrigió la forma del gobierno en Pamplona, que estaba dividida en tres gobernadores ó alcaldes, que á otras tantas partes de la ciudad hacian justicia, conviene á saber uno al arrabal, otro á la ciudad, el tercero á cierto barrio, que se llama Navarrería: cosa que causaba muchas veces alteraciones en materia de jurisdiccion, como se puede creer por ser tantos los gobiernos. El rey don Carlos de Navarra ordenó que hubiese uno solo para hacer justicia, y con él diez jurados, que tratasen del bien público y de lo que á la ciudad toda era mas cumplidero; demas desto que todos los ciudadanos se redujesen á un cuerpo y un juzgado.

A Juan conde de Fox de su muger le nació un hijo, llamado don Gaston, que con la edad por maravillosa mudanza de las cosas vino á ser rey de Navarra los años siguientes por muerte del príncipe don Carlos hijo de don Juan infante de Aragon y de doña Blanca su muger, que debia suceder adelante en el reino de su abuelo, y su padre de presente le envió juntamente con su madre para que ella estuviese en compañía del rey su padre, y el niño se criase en su casa. Luego que el niño llegó, fué nombrado por príncipe de Viana con otras muchas villas que le señalaron, en particular á Corella y á Peralta: cosa nueva en Navarra, pero tomada de las naciones comarcanas y á su imitacion; lo cual se estableció por ley perpétua, que aquel estado se diese á los hijos mayores de los reyes. Promulgóse esta ley á veinte de enero año del señor de 1423. Cinco meses despues á instancia del abuelo todos los estados del reino juraron al dicho príncipe por heredero de aquel reino en Olite. do el rey por su edad pesada en lo postrero de su vida solia morar ordinariamente convidado de la frescura y apacibilidad de aquella comarca, y de la hermosura y magnificencia de un palacio que allí él mismo edificó con todas las comodidades á propósito para pasar la vida.

Con el rey de Castilla aun desde su mocedad y minoridad tenia muchas veces el rey de Portugal tratado por sus embajadores que hiciesen confederacion y paces; que á la una y á la otra nacion tenian cansadas los largos debates y guerras pasadas, y era justo que se pusiese fin y término á los males. Determinóse solamente que se condescendiese en parte con la voluntad del Portugués, y se hiciesen treguas por espacio de veinte y nueve años. Añadióse que este tiempo pasado, no pudiesen los unos tomar las armas contra los otros, si no fuese que denunciasen primero la guerra año y medio antes de venir á rompimiento. Estas treguas se pregonaron en Avila, por estar allí á la sazon el rey de Castilla, con gran regocijo y fiesta de toda la gente. Hiciéronse procesiones á todos los templos por tan grande merced, juegos, convites y todos géneros de fiestas y alegrías. En una justa que en la corte se hizo, Fernando de Castro embajador del rey de Portugal salió por mantenedor en un caballo del mismo rey de Castilla con sobrevistas entre todos señaladas y vistosas. Rehusaban los demas de encontrarse con él; mas Rodrigo de Mendoza hijo de Juan Hurtado de Mendoza del primer encuentro le arrancó del caballo con gran peligro que le corrió la vida. El rey le acarició mucho y consoló, y luego que sanó de la caida, con muchos dones que le dieron, le despachó alegre á su tierra.

Entre los reyes de Castilla y de Aragon se volvieron á enviar embajadas. Juan Hurtado de Mendoza señor de Almazan, enviado para esto, en Nápoles declaró las causas de la prision de don Enrique, y pidió en nombre de su rey le fuesen entregados doña Catalina su muger, y el condestable don Ruy Lopez Dávalos y los demas foragidos de Castilla. Sobre lo uno y lo otro envió el rey de Aragon nuevos embajadores al de Castilla, el principal de la embajada Dalmacio arzobispo de Tarragona alegó para no venir en lo que el rey queria, los fueros de Aragon, conforme á los cuales no podian dejar de amparar todos los que se acogiesen á sus tierras, fuera que decia vinieron con salvoconducto que no se puede quebrantar conforme al derecho de las gentes. Demas desto declaró y dió nueva del estado en que quedaban las cosas de Nápoles, como entre la reina y el rey resultaban muchas sos-

pechas, con que las ciudades y pueblos estaban divididos en parcialidades: que la fortuna de los Aragoneses de la grande prosperidad en que antes se hallaba, comenzaba á empeorarse, y corrian peligro no se viniese á las manos. Quejábase la reina que don Alonso en el gobierno tomaba mayor mano y autoridad: que no se media conforme al poder que le concediera: que daba y quitaba gobiernos, mudaba guarniciones, y mandaba que los soldados le biciesen á él los homenages: que lo trocaba todo á su albedrio, alteraba y revolvia las leyes, fueros y costumbres de aquel reino.

Estas cosas reprehendia ella en don Alonso su prohijado, como muger de suyo vária y mudable, y enfadada del que prohijó: la que se mostró liberal en el tiempo que se vió apretada, libre del miedo se mostraba ingrata y desconocida, vicio muy natural á los hombres. El rey don Alonso temia la poca firmeza de la reina, y no podia sufrir sus solturas mal disimuladas y cubiertas: trataba de envialla léjos á Cataluña, y con este intento mandó aprestar en España una armada. No se le encubrió esto á la reina por ser de suyo sospechosa, y aun porque en las discordias domésticas, y mas entre principes, no puede haber cosa secreta ni puridad. Desde aquel tiempo la amistad entre las dos naciones comenzó á aflojar y ir de caida. Querellábanse entrambas las partes que los contrarios no trataban llaneza, antes les paraban celadas y se valian de embustes, en que no se engañaban. El rey se tenia en Castelnovo, la reina en la puerta Capuana, lugar fuerte á manera de alcázar. Deste principio, y por esta ocasion resultaron en Nápoles dos bandos, de Aragoneses, y Andegavenses ó Angevinos, nombres odiosos en aquel reino, y que desde este tiempo continuaron hasta nuestra edad y la de nuestros padres.

Pasaron adelante los desgustos y las trazas. Fingió el rey que estaba enfermo: vinole á visitar el Senescal Juan Caraciolo, el que tenia mas cabida con la reina, y mas autoridad que la honestidad sufria; por esto fué preso en aquella visita: junto con esto sin dilacion acudieron los de Aragon á la puerta Capuana. Los de la reina cerraron las puertas, y alzaron el puente levadizo: con tanto don Alonso se retiró, ca no sin riesgo suyo le tiraban saetas y dardos desde lo alto. Destos principios se vino á las manos, en las mismas calles y plazas peleaban; el partido al principio de los Aragoneses se mejoraba, apoderáronse de la ciudad, y en gran parte saqueadas y quemadas muchas casas, pusieron cerco al alcázar en que la reina moraba; mas aunque con toda porfia le combatieron, se mantuvo por la fortaleza del lugar y lealtad de la guarnicion. Acudió á la reina Esforcia, llamado de allí cerca donde tenia sus reales: tambien á don Alonso vino desde Sicilia don Bernardo de Cabrera, y desde Cataluña una armada de veinte y dos galeras, y ocho naves gruesas. Esta armada llegada que fué á Nápoles á diez de junio, rehizo las fuerzas de los Aragoneses que comenzaban á desfallecer y ir de caida. Cobraron ánimo con aquel socorro, y de nuevo tornaron á pelear dentro de la ciudad, en que nuevas muertes y nuevos sacos sucedieron. La reina se fué á Aversa, y en su compañía Esforcia con guarnicion de soldados, y cinco mil ciudadanos que se ofrecieron á la defensa. Trocáronse los cautivos de ambas partes, y con esto Caraciolo fué puesto en libertad.

Vínose á lo postrero; que la reina revocó en Nola á veinte y uno de junio la adopcion de don Alonso como de persona ingrata y desconocida. En su lugar prohijó y nombró por su heredero á Ludovico duque de Anjou ó Andegavense, tercero deste nombre, hijo del segundo. llamóle para esto desde Roma, y le nombró por duque de Calabria: estado y apellido que se acostumbraba dar á los herederos del reino. Dieron este consejo á la reina Esforcia y Caraciolo que lo podian todo. Con pequeñas ocasiones se hacen grandes mudanzas en cualquier parte de la república, y muy mayores en guerras civiles, que se gobiernan por la opinion de los hombres, y por la fama mas que por las fuerzas. Por esto la fortuna de la parte aragonesa desde este tiempo se trocó y mudó grandemente. Don Alonso llamó á Braccio de Monton desde los pueblos llamados Vestinos, parte de lo que hoy es el Abruzo, do tenia cercada al Aguila ciudad principal, y esto con intento de contraponelle á Esforcia. Pero él se escusó sea por no tener esperanza de la victoria, ó por la que tenia de apoderarse de aquella ciudad que tenia cercada, y con ella de toda aquella comarca. Pos esta causa á don Alonso fué forzoso resolverse en pasar por mar en España para apresurar los negocios, y recoger nuevas ayudas para la guerra, dado que la voz era diferente, de librar de la prision á don Enrique su hermano. Dejó en su lugar á don Pedro el otro hermano para que tuviese cuidado de las cosas de la paz y de la guerra, y todos le obedeciesen. Quedaron en su compañía Jacobo Caldora y otros capitanes de la una y de la otra nacion. En parti-

cular puso en el gobierno de Gaeta á Antonio de Luna hijo de Antonio de Luna conde de Calatabelota.

En el mismo tiempo el rey de Castilla visitaba las tierras de Plasencia, Talavera y Madrid, y le nació de su muger otra hija á diez de setiembre, que se llamó doña Leonor. El rey moro Juzeph falleció en Granada el año de los Arabes ochocientos y veinte y seis. Sucedióle Mahomad su hijo por sobrenombre el Izquierdo, que fué adelante muy conocido y señalado á causa que le quitaron por tres veces el reino y otras tantas le recobró, y por sus contínuas desgracias mas que por otra cosa que hiciese. Mantúvose al principio en la amistad del rey de Castilla, y juntamente hizo muchos servicios á Muley rey de Tunez, con que se le obligó. Por esta forma se apercebia el moro con sagacidad de ayudas contra los enemigos de fuera, para que si de alguna de las dos partes le diesen guerra, tuviese acogida y amparo en los otros. Pero el ayuda muy segura, que consiste en la benevolencia de los naturales, no procuró ganalla, ó no supo: siniestro como en el nombre y en el cuerpo (que le llamaron por esto Mahomad el Izquierdo) así bien en el consejo poco acertado y la fortuna, que le fué siniestra y enemiga asáz.

CAPITULO XIV.

Como don Enrique de Aragon fué puesto en libertad.

Don Pedro de Luna, el que en tiempo del scisma se llamó Benedicto XIII, en Peñíscola por todo lo restante de la vida, confiado en la fortaleza de aquel lugar, continuó á llamarse pontífice: falleció en el mismo pueblo á veinte y tres de mayo el mismo dia de la pentecoste pascua del Espíritu Santo de edad muy grande, que llegaba á noventa años; parece como milagro en tan grande variedad de cosas, y tan grandes torbellinos como por él pasaron, poder tanto tiempo vivir. Su cuerpo fué depositado en la iglesia de aquel castillo. Luis Panzan, ciudadano de Sevilla, y cortesano de don Alonso Carrillo cardenal de San Eustaquio, dice por cosa cierta en un propio comentario que hizo y dejó escrito de algunas cosas deste tiempo, que Benedicto fué muerto con yerbas que le dió en ciertas suplicaciones, que comia de buena gana por postre, un fraile llamado Tomás, que tenia con él grande familiaridad y cabida, y que convencido por su confesion del delito, fué muerto y tirado á cuatro caballos. Dice mas que el cardenal Pisano, enviado á Aragon para prender á Benedicto, dió este consejo; y que ejecutada la muerte, de Tortosa do se quedó á la mira de lo que sucedia, se huyó por miedo de don Rodrigo y don Alvaro que pretendian vengar la muerte indigna de su tio Benedicto con dalla al legado, si él apresuradamente no se partiera de España, concluido lo que deseaba, aunque no sosegado del todo el scisma; porque por eleccion de dos cardenales que quedaban, fué puesto en lugar del difunto un Gil Muñoz canónigo de Barcelona.

Vil era y de ninguna estima lo que paraba en tal muladar, y él mismo estuvo dudoso y esquivaba recebir la honra que le ofrecian contra el consentimiento de todo el orbe, hasta tanto que don Alonso rey de Aragon le animó y hizo aceptase el pontificado con nombre de Clemente octavo. Pretendia el rey en esto dar pesadumbre al pontífice Martino quinto, que via inclinado á los Angevinos, y era contrario á las cosas de Aragon, tanto que á Ludovico duque de Anjou los dias pasados nombró por rey de Nápoles como á feudatario de la iglesia romana, y se sabia de nuevo aprobó la revocacion que la reina Juana hizo de la adopcion de don Alonso, y juntadas sus fuerzas con sus enemigos contra él. Un concilio de obispos que se comenzaba á tener en Pavía en virtud del decreto del concilio Constanciense, por causa de la peste que andaba muy brava, se trasladó á Sena ciudad principal de Toscana: acudieron allí los obispos y embajadores de todas partes. Envió los suyos asimismo el rey don Alonso con órden y instruccion que con diligencia defendiesen la causa de Benedicto, y se querellasen de habelle injustamente quitado el pontificado.

Atemorizó este negocio al papa Martino, y entibióle en la aficion que mostraba muy grande á los Angevinos, tanto que despidió el concilio apresuradamente, y le dilató para otro tiempo, con que los obispos y embajadores se partieron. Recelabase que si nacia de nuevo el scisma, no se enredase el mundo con nuevas dificultades y torbellinos. Hallóse en este concilio don Juan de Contreras con nombre de Primado; y así tuvo el primer lugar entre los arzobispos por mandado del pontífice Martino, como se muestra por dos bulas su-

yas, cuyo traslado ponemos aqui: hallólas acaso un amigo entre los papeles de la Iglesia Mayor de Toledo; la una dice así: «Como los patriarcas y primados sean una misma cosa »y solo difieran en el nombre, tenemos por justo y debido que gocen tambien de las mismas »preeminencias. De aqui es que nos, de consejo de los venerables hermanos nuestros car»denales de la santa iglesia romana para quitar cualquiera duda ó dificultad que sobre esto »ha nacido ó nacerá, por autoridad apostólica y tenor de las presentes, declaramos que el »venerable hermano nuestro Juan arzobispo de Toledo, que es primado de las Españas, y »sus sucesores arzobispos de Toledo en nuestra capilla, concilios generales, sesiones, con»sistorios y otros cualesquier lugares así públicos como particulares, deben preceder á cua»lesquier notarios de la sede apostólica y otros arzobispos que no son primados, aunque »sean mas antiguos en la edad y en la promocion, á la manera que los venerables herma»nos nuestros patriarcas hasta aqui los han precedido y los preceden, queriendo, y por la »misma autoridad ordenando que el dicho Juan arzobispo y sus sucesores, y todos los de»mas primados de aqui adelante para siempre jamás á la manera de los patriarcas susodi»chos sean preferidos y antepuestos en los susodichos lugares, capilla, concilios, sesiones, »consistorios y lugares semejantes á los notarios y otros arzobispos que no son primados, no »obstante la edad y ordenacion mas antigua de los tales arzobispos no primados, no obstan»do todas las demas cosas contrarias, cualesquier que sean.»

Este es el traslado de la primera bula, el tenor de la otra bula ó breve es el que se sigue: «Aunque los venerables hermanos nuestros arzobispos y prelados que se hallan en el con»cilio general, estén obligados á mirar diligentemente, cuidar, velar y trabajar por el »estado próspero de la iglesia universal y nuestro, y por la conservacion de la libertad »eclesiástica; tú empero que tenemos y confesamos ser primado de las Españas y por tanto »(como ya lo enseñó la experiencia en nuestra corte) eres antepuesto á los amados hijos »nuestros, nuestros notarios y de la sede apostólica, los cuales son antepuestos á los demas »prelados, como tambien has de ser preferido en el concilio y sus sesiones, y otros lugares »públicos: por tanto debes con mas fervor animarte, y con mas vigilancia mirar por todo »lo que pertenece al estado de la iglesia católica, y nuestro, cuanto por la tal primacia eres »sublimado con mas excelente título de dignidad. Por lo cual requerimos y exhortamos á tu »fraternidad, que no dudamos ser ferviente en la fé y circunspecto, que en las cosas del »dicho concilio procures se proceda bien: que pues eres primado de las Españas, así como »prudentemente lo haces conforme á la sabiduria que Dios te ha dado, mires todas aquellas »cosas en el dicho concilio, aconsejes y proveas las que te parecerán necesarias ó provecho»sas para el feliz estado de la iglesia romana, y nuestra honra y de la sede apostólica, y »todo lo que conocieres pertenecer á la gloria de Dios, y paz de los fieles de Cristo. Dada »en Roma en San Pedro en las nonas de enero, de nuestro pontificado año séptimo.» Pero estas cosas sucedieron algo adelante deste tiempo en que vamos.

Al presente el rey don Alonso en ejecucion de la resolucion que tenia de pasar á España, se embarcó en una armada de diez y ocho galeras y doce naves. Hízose á la vela desde Nápoles mediado el mes de octubre. El tiempo era recio y la sazon mala, y así con borrascas que se levantaron, los bajeles se derrotaron, corrieron y dividieron por diversos lugares. Calmó el viento; con que se juntaron y siguieron su derrota; llegaron á Marsella, ciudad principal en las marinas de la Provenza, célebre por el puerto que tiene muy bueno, y á la sazon sujeta al señorío de los Angevinos. Metiéronse en el puerto, rompidas las cadenas con que se cierra: ganado el puerto, acometieron á la ciudad: fué la pelea muy recia por mar y por tierra, que duró hasta muy tarde. Venida la noche, Folch conde de Cardona que venia por general de las naves, era de parecer no se pasase adelante por ser ciertos los peligros, no tener noticia de las calles de la ciudad, estar dentro los enemigos, y todo á propósito de armalles celada; aunque las puertas estuviesen de par en par, decia que no se debia entrar sino con luz y viendo lo que hacian: al contrario Juan de Corbera porfiaba debian apretar á los que estaban medrosos, y no dalles espacio para que se rehiciesen de fuerzas y cobrasen ánimo. Deste parecer fué el rey: tornóse á comenzar la pelea, y con gran ímpetu entraron en la ciudad. Fué grande el atrevimiento y desórden de los soldados á causa de la escuridad de la noche, grande la libertad de robar y otras maldades. Mostró el rey ser de ánimo religioso en lo que ordenó, que á las mugeres que se recogieron á las iglesias, no se les hiciese agravio alguno: las mismas cosas que llevaron consigo, mandó pregonar no se las quitasen, y así se guardó. Dejaron la ciudad, y embarcaron en las na-

ves toda la presa, con que se partieron al fin del año. Entre otras cosas los huesos de San Luis obispo de Tolosa, hijo de Carlos segundo rey de Nápoles, fueron llevados á España y á Valencia, donde el rey aportó y dió fondo con su armada, acabada la navegacion. No quiso detenerse en otras ciudades por abreviar, y desde mas cerca tratar de la libertad de don Enrique su hermano.

Avisado el rey de Castilla de su venida, le envió sus embajadores al principio del año 1424 que le diesen el parabien de la venida y de las victorias que ganara, demas desto le pidiesen de nuevo le entregasen los desterrados y foragidos para que estuviesen á juicio de lo que los cargaban. Estos embajadores tuvieron audiencia en Valencia á los tres de abril en tiempo que las cosas de Aragon en Nápoles se empeoraban grandemente, y de todo punto se hallaban sin esperanza de mejoria, dado que Esforcia capitan de tanto nombre por hacer alzar el cerco del Aguila, que la tenia cercada Braccio, se ahogó á cinco de enero al pasar del rio Aterno, que con las lluvias del invierno iba hinchado. (1) Fué de poco momento esta muerte, porque Francisco Esforcia, que ya era de buena edad, suplió bastantemente las partes y falta de su padre (2): acudiéronles sin esto fuerzas y socorros de fuera.

El pontífice Romano Martino, y Philipe duque de Milan por industria del mismo pontífice se concertaron con los Angevinos. El duque hizo aprestar una buena armada en Génova, y la envió en favor de la reina debajo de la conducta del capitan Guidon Taurello. Esta armada y gentes de tierra que acudieron, cargaron sobre Gaeta. Pudiérase entretener por su fortaleza, mas brevemente se rindió á partido que dejasen ir libre como lo hicieron la guarnicion de Aragoneses. Ganada Gaeta, pasaron sobre Nápoles. Jacobo Caldora que tenia el cuidado de guardar aquella ciudad, se concertó con los enemigos, que le prometieron el sueldo que los Aragoneses le debian, y no le pagaban: tomado el asiento, sin dificultad les abrió las puertas. El color que tomó para lo que hizo, era que el infante don Pedro le pretendiera matar, como á la verdad fuese hombre de poca fidelidad, de ánimo inconstante y deseoso de cosas nuevas. A doce de abril se perdió la ciudad de Nápoles, y todavía los de Aragon conservaron en ella dos castillos, es á saber Castelnovo, y otro que se llama del Ovo, pequeño y estrecho, pero fuerte en demasía por estar sobre un peñon cercado todo de mar.

Ganada la ciudad de Nápoles, las demas cosas eran fáciles al vencedor: las ciudades y pueblos á porfia se le rendian. Llevaba mal el de Aragon y sentia mucho que por la prision que hiciera el rey de Castilla en la persona de su hermano, á él puso en necesidad de hacer ausencia, y se hobiese recebido aquel daño tan grande. Encendiase en deseo de venganza, pero determinó de proballo todo antes de comenzar y romper la guerra. Con este intento el arzobispo de Tarragona Dalmao de Mur que despachó por su embajador, en Ocaña en presencia de los grandes y del rey de Castilla propuso su embajada. Decia era justo á cabo de tanto tiempo se moviese á soltar al infante, si no por ser tan justificada la demanda, á lo menos por el deudo que con él tenia, y por los ruegos de sus hermanos. Si algun delito habia cometido, bastantemente quedaba castigado con prision tan larga. Que el rey su señor quedaba determinado no apartarse de aquella demanda hasta tanto que fuese libertado su hermano. Vuestra alteza, rey y señor, debeis considerar que por condescender con los deseos particulares de los vuestros no pongais en nuevos peligros la una y la otra nacion, si vinieren á las manos.

En el palacio real de Castilla y en su corte andaban muchos de mala: sus aficiones, avaricia y miedos particulares los enconaban: recelábanse que si don Enrique fuese puesto en libertad, podrian ellos ser castigados por el consejo que dieron que fuese preso. Temian otrosi no les quitasen los bienes de los desterrados, de cuya posesion gozaban, y aun por el mismo caso tenian aversas sus voluntades para que no se hiciese el deber. A los intentos destos ayudaban otros, en especial Alvaro de Luna, soberbio por la demasiada privanza y poder con que se hallaba, y que tenia por bastante ganancia y provecho gozar de lo presente sin estender la vista mas adelante. Estos fueron ocasion que no se efectuase nada desta vez, ni aun se pudo alcanzar que los reyes se juntasen para tratar entre sí de medios. Despedidos los embajadores de Aragon, el rey de Castilla se fué á Burgos en el mismo tiem-

(1) Hoy se llama Pescara, que desagua en el Adriático.
(2) Era bastardo, nacido de una barragana

po que su hija doña Catalina murió en Madrigal pueblo de Castilla la Vieja á diez del mes de agosto: enterráronla en las Huelgas. Esta tristeza en breve se mudó en nueva y muy grande alegria por causa que en Valladolid nació de la reina el príncipe don Enrique á cinco de enero, principio del año que se contó de aquel siglo vigésimoquinto 1425. Sacáronle de pila por órden de su padre el almirante don Alonso Enriquez, don Alvaro de Luna, Diego Gomez de Sandoval adelantado de Castilla junto con sus mugeres. Por el mes de abril todos los estados del reino le juraron por príncipe y heredero despues de los dias del rey su padre en sus estados.

En Zaragoza el rey de Aragon se apercebia con todo cuidado para la guerra: por todas partes se oia ruido de soldados, caballos y armas. Tratóse en Valladolid de apercebirse para la defensa. Hizose consulta, en que hobo diferentes pareceres: algunos querian que luego se comenzase, hombres que eran habladores antes del peligro, cobardes en la guerra y al tiempo del menester; otros mas recatados sentian que con todo cuidado se debia divertir aquella tempestad, y escusarse de venir á las manos. El rey se hallaba dudoso, y no entendia bastantemente ni se enteraba de lo que le convenia hacer. Don Carlos rey de Navarra, cuidadoso de lo que podria resultar desta contienda en que se ponia á riesgo la salud pública, envió con embajada al rey de Castilla á Pedro Peralta su mayordomo y á Garci Falces su secretario, en que ofrecia su industria y trabajo para sosegar aquella contienda. Estaba esta prática para concluirse por gran diligencia de los embajadores, mas estorbáronlo ciertas cartas que vinieron del rey de Aragon, en que mandaba el infante don Juan su hermano se fuese para él, que queria tratar con él cosas de grande importancia. Partióse para Aragon contra su voluntad, como lo daba á entender. Pidió y alcanzó para ello licencia del rey de Castilla: él demas de la licencia le dió comision para que de su parte tratase con su hermano de conciertos.

Estaban los reales del rey de Aragon en Tarazona á punto para romper por tierras de Castilla si no le otorgaban lo que pretendia, con tan grande deseo de vengarse y satisfacerse que parecia en comparacion desto no hacer caso de las cosas de Nápoles, si bien tenia aviso que sucediera otro nuevo desastre; y fué que Braccio capitan que era de grande nombre en aquella sazon, quedó vencido y muerto junto al Aguila que tenia sitiada, en una batalla que se dió á veinte y cinco de mayo (3). La demasiada confianza y menosprecio de los enemigos le acarreó la perdicion. Era general del ejército del papa que acudia á la reina, Jacobo Caldora: con él dos sobrinos del cardenal Carrillo por nombre Juan y Sancho Carrillo aquel dia se señalaron entre los demas de buenos, y fueron gran parte para que se ganase la victoria, como mozos que eran de grandes esperanzas. Los mismos demas desto en prosecucion de la victoria con gentes del papa que llevaban, y les dieron, en breve se apoderaron de la Marca de Ancona, de que Braccio antes se apoderára. El cuerpo de Braccio muerto y llevado á Roma, como de descomulgado, fué sepultado delante la puerta de San Lorenzo en lugar profano; mas en tiempo de Eugenio cuarto pontífice romano le trasladó á Perosa, y puso en un sepulcro muy primo Nicolao Fortebrachio, que tomó aquella ciudad de Roma, y procuró se hiciese esta honra á la memoria de su tio, hermano de su madre.

En Florencia ciudad de la Toscana falleció don Pedro Fernandez de Frias cardenal de España por mayo: su cuerpo vuelto á España está sepultado en la iglesia catedral de Burgos á las espaldas del altar mayor. Era de bajo linage y hombre pobre; mas su buena presencia, industria y destreza, y la privanza que alcanzó con los reyes don Enrique y don Juan, le levantaron á grandes honras. Fué obispo de Osma y de Cuenca: la estatura mediana, la vida torpe por su avaricia y deshonestidad. Sucedió que en Burgos tuvo ciertas palabras con el obispo de Segovia don Juan de Tordesillas, al cual el mismo dia un criado del cardenal dió de palos. La infamia de delito tan atroz hizo aborrecible á su amo, aunque no tuvo parte ni lo supo, como lo confesó despues el mismo que cometió aquel caso. Sin embargo á instancia de caballeros, que se quejaban y decian que la soberbia de aquel hombre sin mesura, olvidado de su suerte antigua, se debia castigar, fué forzado el dicho cardenal á ir á Italia. Apoderóse el rey de todo su dinero que tenia juntado en gran cantidad, que fué la principal causa de apresurar su partida y destierro. Desta manera perecen mal, y hacen perecer los tesoros allegados por mal camino: los varones sagrados ningun mas cierto reparo tienen que en la piedad y buena opinion. Si en el destierro en que pasó lo demas de la

(3) Otros dicen que á 11 de junio.

vida, mudó las costumbres, no se sabe; lo cierto es que fué á la sazon gobernador de la Marca de Ancona por el papa, y que en Castilla fundó el monasterio de Espeja de la órden de S. Gerónimo, religion que iba por este tiempo en aumento muy grande en España.

Don Juan infante de Aragon fué recebido benigna y magnificamente en Tarazona por el rey su hermano. Entretanto que por medio del dicho don Juan se trataba de las condiciones, y se esperaban mas amplos poderes del rey de Castilla y de los grandes para pronunciar sentencia en aquellos debates y de todo punto concluir, doblado el camino entraron los dos hermanos sin hacer daño en tierra de Navarra, y asentaron sus reales cerca de Milagro, pasados ya los calores del estio. Venidos los poderes de Castilla como se pedian, se volvió á tratar de componer las diferencias entre los reyes. Consultóse mucho y largamente sobre el negocio: ultimamente en una junta que cerca de la torre de Arciel á los tres de setiembre se tuvo de personas de todos los tres reinos y naciones, se pronunció sentencia la cual contenia: Que sin dilacion el infante don Enrique fuese puesto en libertad, y todas sus honras y estados le fuesen vueltos con todas las rentas corridas que tenian depositadas: lo mismo se sentenció en favor de Pedro Manrique, que andaba desterrado. Esta sentencia pareció grave al rey de Castilla y á los suyos; mas era cosa muy natural que el infante don Juan favoreciese y se inclinase á sus hermanos, en especial que ninguna esperanza quedaba de concierto si no daban al preso ante todas cosas la libertad, que fué lo que hizo amainar al rey de Castilla y á los grandes.

En el mismo tiempo don Carlos rey de Navarra llamado el noble finó en Olite. Su muerte fué de un accidente y desmayo que le sobrevino de repente sin remedio, un sábado á ocho de setiembre el mismo dia que se celebra el nacimiento de nuestra Señora. Su cuerpo sepultaron en la Iglesia Mayor de Pamplona: las honras se le hicieron con aparato real. Hallóse á su muerte doña Blanca su hija, que parió poco antes una hija de su mismo nombre y tuvo adelante poca ventura. Ella luego que falleció su padre, envió á su marido en señal de la sucesion el estandarte real, con que en los reales donde se hallaba, le pregonaron por rey de Navarra. Pareció á algunos demasiada aquella priesa, que decian fuera justo que ante todas cosas en Pamplona jurára los privilegios del reino y sus libertades; pero los reyes son desta manera, sus voluntades tienen por leyes y derecho, disimulan los grandes, el pueblo sin cuidado de al, y sin hacer diferencia entre lo verdadero y lo aparente hace aplauso y á porfia adula á los que mandan, y si alguna vez se ofende, no pasa de ordinario la ofension de las palabras. La nueva de la libertad que á la hora se dió á don Enrique, en dia y medio llegó á noticia de sus hermanos con ahumadas que tenian concertado se hiciesen en las torres y atalayas, de que hay en Castilla gran número. Con esto las gentes de Aragon y soldados dieron vuelta á Tarazona, y luego por el mes de noviembre los despidieron y se deshizo el campo. El infante don Juan pasó hasta Agreda para recebir á su hermano que venia de la prision, y llevarle al rey de Aragon. Ningun dia amaneció mas alegre que aquel para los tres hermanos: regocijábanse no mas por la libertad de don Enrique que por dejar vencidos con el temor y miedo á los de Castilla, que es un género de victoria muy de estimar.

Falleció por el mismo tiempo en Valencia á veinte y nueve de noviembre don Alonso el mas mozo duque de Gandía sin sucesion. Su estado de Ribagorza se dió al infante don Juan ya rey de Navarra. Este fué el premio de su trabajo, además que le estaba antes prometido. Don Enrique de Guzman conde de Niebla despues de grandes diferencias y debates se apartó de doña Violante su muger, hija que era de don Martin rey de Sicilia, con gran sentimiento de su hermano don Fadrique conde de Luna. Doliase y sentia grandemente que su hermana sin tener respeto á que era de sangre real, y sin alguna culpa suya, solo por los locos amores de su marido, mozo desbaratado, fuese de aquella suerte mal tratada: de que resultó grave enemiga y larga entre aquellas dos casas. Don Fadrique atraia á su voluntad, y procuraba ganar á todos los señores de Castilla que podia, con deseo y intento de afirmarse, y satisfacerse de su cuñado.

CAPITULO XV.

Que don Alvaro de Luna fué echado de la corte.

Con la libertad de don Enrique las cosas de Castilla empeoraron, si antes estaban trabajadas. El reino se hallaba dividido hasta aqui en tres parcialidades y bandos, es á saber el de

don Alvaro de Luna, el de don Juan, y el de don Enrique infantes de Aragon. A estos como á cabezas seguian los demas señores conforme á las esperanzas várias que tenia cada uno, ó por la memoria de los beneficios recebidos de alguna de las partes. En lo de adelante, concertados los infantes entre sí y reconciliados, de tres bandos resultaron dos menos per-



D. Alvaro de Luna.

judiciales al reino. La mayor parte de los señores se conjuró contra don Alvaro. Llevaban mal que en la casa real con pocos de su valía, y esos hombres bajos y que los tenia obligados, estuviese apoderado de todo, y gobernase á los demas con soberbia y arrogancia. Menudeaban las querellas y cargos; quejábanse que sin méritos suyos en las armas, y sin tener otras prendas y virtudes, solo por maña y por saberse acomodar al tiempo hobiese subido á tal grado de privanza y de poder, que solo él reinase en nombre de otro. Miraban con malos ojos aquella felicidad deste hombre, y deseaban se templase aquella su prosperidad con la memoria de sus trabajos y escuros principios; mas él asegurado por el favor de su príncipe, con quien desde su pequeña edad tenia gran familiaridad, y sin cuidado de lo de adelante á todos los demas en comparacion suya menospreciaba confiado demasiadamente en el presente poder, en tanto grado que se sonrugia, y grandes personages lo afirmaban, que se atrevió á requerir de amores á la reina: si con verdad ó falsamente, ni aun entonces se averiguó; creemos que por la envidia que le tenian, le levantaron muchos falsos testimonios y se creyeron dél muchas maldades.

La semilla desta conspiracion se sembró en gran parte en Tarazona cuando se juntaron, como está dicho, los tres hermanos infantes de Aragon. El año luego siguiente, que se contó de **1426**, vino á sazonarse la trama; en cuyo principio el rey de Castilla celebró las fiestas de Navidad en Segovia, y don Juan nuevo rey de Navarra las tuvo en Medina del Campo con su madre, y aun poco antes se viera con el rey de Castilla en la villa de Roa. Don Enrique era ido á Ocaña por estarle mandado que no entrase en la corte, ni se entremetiese en el gobierno. El rey de Aragon se entretenia en Valencia en sazon que doña Costanza, hija del condestable Ruy Lopez Dávalos, se desposó con Luis Massa, jóven muy noble y rico, con dote que el rey le dió en gran parte. Tal fué la grandeza de ánimo deste prin-

cipe, que no solo ayudó á la pobreza de su padre, viejo y huido, y derribado solo por la malquerencia de sus contrarios, sino que al tanto á su hijo llamado don Iñigo Dávalos, y á su nieto que tenia de don Beltran su hijo, llamado don Iñigo de Guevara, dió grandes estados despues que se apoderó del todo de Nápoles. La reina de Aragon viuda con su hija doña Leonor fué à Valencia á instancia del rey de Aragon su hijo, mas en breve dió la vuelta á Medina del Campo. No queria que con su larga ausencia recibiese pesadumbre el rey de Castilla, con cuya licencia el conde de Urgel de Castrotaraf, donde le pasáran del castillo de Madrid, fué llevado en esta sazon al reino de Valencia, por entender era mas á propósito para las cosas de Aragon por las alteraciones que á Castilla amenazaban. Pusiéronle en el castillo de Játiva, en que dió fin á sus dias y prision larga.

En la ciudad de Toro se tuvieron cortes de Castilla en que se trató de reformar los gastos de la casa real, atento que las riquezas y rentas reales, aunque muy grandes, no bastaban: para esto la guarda en que se contaban mil de á caballo, fué reducida á ciento, y por capitan della don Alvaro, que fué ocasion con el nuevo cargo à el de mayor poder, à los otros de que la envidia que le tenian, se aumentase. Fueron señaladas estas cortes por la muerte que á la sazon sucedió de dos personas principales: el uno fué Juan de Mendoza, en cuyo lugar don Rodrigo su hijo fué hecho mayordomo de la casa real, don Juan su hijo menor quedó por prestamero de Vizcaya. Adoleció otrosí gravemente don Alonso Enriquez, que finó tres años adelante en Guadalupe: esclarecido por ser de la alcuña real, y por sus virtudes; su oficio que tenia de almirante del mar, dió el rey á don Fadrique su hijo.

Los grandes de Castilla comunicaron entre sí sus sentimientos por cartas y mensageros para que la plática fuese mas secreta: estos fueron los maestres de las órdenes, el de Calatrava don Luis de Guzman, y el de Alcántara don Juan de Sotomayor, Pedro de Velasco camarero mayor, el rey de Navarra, don Enrique su hermano y otros. Hicieron entresí confederacion jurada con todas las fuerzas posibles, que tendrian los mismos por amigos y por enemigos, y que salva la autoridad real, procurarian que la república no recibiese algun daño, que traian alterada los malos consejos y gobierno de algunos. Esta confederacion se hizo al principio del mes de noviembre en la ermita de Orcilla tierra de Medina del Campo: los intentos mas eran de vengarse que de aprovechar. El que anduvo en todo ello, fué el adelantado Pedro Manrique, de quien por las memorias de aquel tiempo se entiende fué hombre de ingenio inquieto y bullicioso.

El rey de Castilla de Toro se fué à Zamora al principio del año **1427**. Don Enrique infante de Aragon, alcanzada primero, y despues negada licencia de entrar en la corte, sin embargo movió de Ocaña para Castilla la Vieja con hermoso acompañamiento, y con las armas apercebido para lo que sucediese: el rey era vuelto á Simancas, los infantes de Aragon y los grandes conjurados se estuvieron en Valladolid. Los otros señores de Castilla por tener diferentes voluntades hacian sus juntas, cada cual de los bandos à parte. Pocos que amaban mas el sosiego que el bien comun, se estuvieron neutrales, y á la mira de lo que resultaria de las contiendas agenas, sin entrar ellos à la parte. El rey por estar divididos los suyos poca autoridad tenia, especial que demas de su flojedad natural parecia estar enhechizado y sin entendimiento. Presentaron los conjurados una peticion que contenia las faltas de la casa real y los excesos de don Alvaro de Luna; que era razon buscar algun camino para poner remedio á los daños públicos. Consultado el negocio, fueron nombrados jueces sobre el caso, casi todos de los conjurados, es à saber el almirante, el maestre de Calatrava, Pedro Manrique, Hernando de Robles, que aunque era hombre bajo, era muy adinerado, y tenia oficio de tesorero general. A estos se dió poder para conocer de los excesos y capitulos que se ponian á don Alvaro, y en caso de discordia se nombró por quinto juez el abad de San Benito; lo que la mayor parte determinase, aquello puntualmente se siguiese.

Trataron entre sí el negocio: pronunciaron sentencia; lo primero que el rey, dejado don Alvaro, pasase à Cigales; á los hermanos infantes de Aragon diese lugar para que le pudiesen visitar: añadieron otrosí que don Alvaro saliese de la córte desterrado por espacio de año y medio. ¡Grande afrenta y infamia! diré del rey ó del reino ó de aquella era? quitar al príncipe lo que en el principado es la cosa mas principal, que es no ser forzado en cosa alguna: que los vasallos mandasen, y el rey obedeciese; pero tal era la miseria de aquellos tiempos. Conforme à lo decretado el rey fué à Cigales: los conjurados llegaron à besalle la mano, entre ellos el infante don Enrique, puesta la rodilla, por algun espacio

derramó lágrimas en señal de arrepentimiento de lo hecho: en tanto grado el fingir y disimular es fácil á los hombres. Don Alvaro se fué á Ayllon lugar suyo, acompañado de grande nobleza, que le siguieron para honralle y en ocasion amparalle. Entre los demas iban Garci Alvarez de Toledo señor de Oropesa, y Juan de Mendoza señor de Almazan, por estar ambos obligados á don Alvaro, del cual tiraban acostamiento cada un año.

Siguióse contienda entre los grandes, que con diferentes mañas pretendian alcanzar la familiaridad del rey, con quien podia tanto la privanza que así y á sus cosas se entregaba al parecer del que le sabia ganar. Hernan Alonso de Robles se anteponia á los demas en autoridad; y como antes fuese en privanza del rey el mas cercano á don Alvaro, á la sazon quitado el competidor se hizo mas poderoso y fuerte, tanto que con achaque de estar él malo muchas veces el rey y los grandes venian á su casa á hacer consejo: cosa que á un hombre escuro y bajo, cual él era, acarreaba mucha envidia, como quier que muchas veces el favor demasiado de los príncipes se convierte en contrario, si no se pone templanza. Estaba el rey ofendido contra él porque apresuradamente pronunció sentencia de destierro contra don Alvaro, al cual estaba obligado en muchas maneras. Como entendieron esta ofension y desgustos, y que le podrian atropellar aquellos que con diligencia buscaban ocasion para hacello, procuraron que el rey de Navarra le acusase delante del rey de Castilla de muchos delitos. Cargóle que era hombre revoltoso, y que comunicaba con forasteros y con los grandes cosas en deservicio del rey: que muchas veces hablaba palabras osadas y contra la magestad real. Consultado el negocio, se proveyó que le echasen mano y le guardasen en Segovia; hízose así, y finalmente murió en la cárcel en Uceda (1) donde le pasaron: ejemplo no pequeño, y aviso de que no hay cosa mas incierta que el favor de palacio, que con ligera ocasion se desliza y muda en contrario.

El rey de Granada (2) este año por conjuracion de sus ciudadanos fué echado del reino y de la patria: pasó á Africa desterrado y miserable á pedir socorro al rey de Tunez. Mahomad llamado el Chico luego que fué puesto en su lugar y se encargó del reino, comenzó á perseguir la parcialidad contraria de los que eran aficionados al rey pasado: condenábalos en muertes, destierros y confiscacion de bienes, que pródigamente daba á otros. En particular Juzeph uno de los Abencerrages, linage muy noble entre los Moros, y que á la sazon tenia el gobierno de la ciudad, perdida la esperanza de prevalecer, se fué á Murcia para ponerse en seguro, y mover las armas de Castilla contra el nuevo rey para derriballe antes que se afirmase en el reino. Por el mismo tiempo sucedieron en Castilla dos cosas memorables: la primera que el rey por medio de don Alvaro de Isorna obispo de Cuenca que envió á Roma, pidió al santo padre le perpetuase las tercias, y aun parece salió con ello porque en adelante los reyes comenzaron á hacer dellas mercedes como de cosa propia para siempre jamás; la otra que la órden de San Gerónimo se dividió en dos partes, como arriba se apuntó. Fué así que fray Lope de Olmedo por la amistad que alcanzaba con el pontífice Martino Quinto trabada en París (3) al tiempo de los estudios, en que tuvieron una misma habitacion y morada, con su autoridad fué autor desta division. Fundó cerca de Sevilla un monasterio con nombre de San Isidro, que fué cabeza de la nueva reformacion. Deste convento todos los que se llegaron á esta manera de vida, se llamaron Isidros. Duró esta division hasta tanto que en nuestra edad se han tornado á unir y sujetar á la órden antigua de Gerónimos, de donde salieron, por diligencia de don Philipe Segundo rey de España, Volvamos con nuestro cuento á las alteraciones de Castilla.

CAPITULO XVI.

Como don Alvaro de Luna volvió á palacio.

Parecer y tema de los Stoicos, secta de filósofos por lo demas muy severa y muy grave, fué que por eterna constitucion y trabazon de causas secretas (que llaman hado) cada cual de los hombres pasa su carrera y vida, y que nuestro albedrío no es parte para huir lo que por destino, ley invariable del cielo, está determinado. Dirás que necia y vanamente sintieron esto, ¿quién lo niega? ¿quién no lo vé? ¿por ventura puede haber mayor locura que quitar al hombre lo que le hace hombre, que es ser señor de sus consejos y de su vida? Pero

(1) El 5 de agosto de 1430.
(2) Mahomad Aben-Azar el Izquierdo, que fué destronado tres veces.
(3) En Perosa.

necesario es confesar hobo alguna causa secreta que de tal suerte trabó entre sí al rey de Castilla y á don Alvaro de Luna, asi aficionó sus corazones y ató sus voluntades que apenas se podian apartar, dado que por aquella razon estuviese encendido un grande ódio contra ambos, bien que mayor contra don Alvaro, tanto que en esto sobrepujaba los Seyanos, Patrobios, Asiaticos, libertos que fueron de los emperadores romanos, y sus nombres muy aborrecidos antiguamente ¿Cuál fué la causa que ni el rey se moviese por la infamia que resultaba de aquella familiaridad, ni don Alvaro echase de ver su perdicion donde á grandes jornadas se apresuraba? Es asi sin duda que las cosas templadas duran, las violentas presto se acaban; y cuanto el humano favor mas se ensalza, tanto los hombres deben mas humillarse y temer los varios sucesos y desastres con la memoria continua de la humana inconstancia y fragilidad. Sin duda tienen algun poder las estrellas, y es de algun momento el nacimiento de cada uno: de allí resultan muchas veces las aficiones de los príncipes y sus aversiones, ó quita el entendimiento el cuchillo de la divina venganza, cuando no quiere que sus filos se emboten como sucedió en el presente negocio.

Ningun dia amaneció alegre para el rey, nunca le vieron sino con rostro torcido y ánimo desgraciado despues que le quitaron á don Alvaro: dél hablaba entre dia y dél pensaba de noche, y ordinariamente traia delante su entendimiento y se le representaba la imágen del que ausente tenia. Los que andaban en la casa del rey y le acompañaban, entendiendo que era treta forzosa que don Alvaro fuese en breve restituido, y sospechando que tenia mayor cabida en lo de adelante, como quien dejaba sobrepujados y puestos debajo de sus pies á sus enemigos y á la fortuna, con mayor diligencia procuraban su amistad: el mismo rey de Navarra por envidia que tenia á don Enrique su hermano, de quien no llevaba bien tuviese mayor privanza con el rey de Castilla y el primer lugar en autoridad, comenzó á favorecer á don Alvaro y tratar que volviese á la corte. Ofrecíase buena ocasion para esto por la muerte de don Ruy Lopez Dávalos: á seis de enero año de 1428 falleció en Valencia, do á la sazon se hallaba el rey de Aragon. Fué este caballero mas dichoso en sucesion que en la privanza de palacio. De tres mugeres que tuvo, engendró siete hijos y dos hijas: de quien en Italia proceden los condes de Potencia y de Bovino, los marqueses del Vasto y de Pescára, y muchas otras familias y casas en España. Su cuerpo depositaron en Valencia, de allí le trasladaron los años adelante á Toledo y enterraron en el monasterio de San Agustin. Tenia costumbre de dar oidos y crédito á los pronósticos de los astrólogos, por ser (como otros muchos) aficionado á aquella vanidad; mas no pudo pronosticar ni conocer su caida: cuando murió aun no tenia del todo perdida la esperanza de recobrar sus honras antiguas y su estado.

Don Enrique de Aragon comenzó á poner en esto gran diligencia; pero por su desgracia y por desamparalle sus amigos no tuvo efecto, como ordinariamente á los miserables todos les faltan. Solo Alvar Nuñez de Herrera natural de Córdova guardó grande y perpetua lealtad con don Ruy Lopez: fué mayordomo suyo en el tiempo de su prosperidad, y despues puesto en prision como consorte en el delito que le achacaban. Libre que se vió de la prision, no reposó antes de convencer á Juan García, inventor de aquella mentira, de haber levantado falso testimonio, y hacerle ejecutar como á falsario y traidor. Para ayudar tambien á la pobreza de su señor vendió los bienes que dél recibiera en cantidad, y juntó ocho mil florines de oro, los cuales metidos en los maderos de un telar para que el negocio fuese mas secreto, cargados en un jumento, y su hijo á pie en hábito disfrazado, se los envió á donde estaba: lealtad señalada y excelente, digna de ser celebrada con mayor elocuencia y abundancia de palabras.

Con la muerte del competidor el poder de don Alvaro de Luna se arraigó mas. El rey de Castilla se entretenia en Segovia, ocupado en procurar deshacer las confederaciones y ligas que los grandes tenian hechas entre sí. Publicó una provision, en que mandaba que se alzasen los homenages con que entre si se obligaran: otorgó otrosí un perdon general y perpetuo de los delitos pasados y desacatos; demas desto á la infanta doña Catalina muger de don Enrique en trueco de Villena dió las ciudades de Trujillo y Alcaráz, fuera de algunos otros lugares de menor cuantia en el reino de Toledo cerca de Guadalajara: añadióle asimismo docientos mil florines, que fué dote muy grande y verdaderamente real. A instancia del mismo don Enrique de Aragon don Ruy Lopez Dávalos fué dado por libre de lo que le acusaban; pero lo que fuera razon, se hiciese sus honras y bienes no fueron restituidos á sus hijos: asi lo quiso el rey, asi convenia á los que se veian ricos y grandes con sus despojos.

Concluidas estas cosas, el rey de Castilla se fué á Turuégano: allí vino don Alvaro á su llamado con muy grande y lucido acompañamiento, como quien ganara de sus contrarios un nobilísimo triunfo, alegre y soberbio. Crecia de cada dia en privanza, y tenia mayor autoridad en todas las cosas; solo en particular podia mas que los demas grandes y toda la nobleza. Doña Leonor hermana del rey de Aragon estaba concertada con don Duarte príncipe de Portugal, heredero futuro del reino, y que era de edad de treinta y seis años: los desposorios se celebraron, presente el rey de Aragon, en tierra de Daroca en una aldea llamada Ojos Negros. Hallóse presente don Pedro prelado de Lisboa como embajador de Portugal, hijo que era de don Alonso conde de Gijon. El dote de la doncella fueron docientos mil florines. Señaláronle por camarera mayor á doña Costanza de Tovar viuda del condestable don Ruy Lopez Dávalos. De Valencia partió esta señora por tierras de Castilla. En Valladolid el rey de Castilla y sus hermanos la festejaron mucho: hiciéronse algunos dias justas y torneos. Desde allí con grandes dones y joyas que le dieron, pasó á Portugal á verse con su esposo: las bodas se hicieron con tanto mayores regocijos del pueblo cuanto se dilataron por mas tiempo, que casi tenian perdida la esperanza que el infante don Duarte se hobiese de casar por habello hasta aquella edad dilatado.

Sucedió por el mismo tiempo que don Pedro hermano de don Duarte despues de una larga peregrinacion, en que visitó al emperador Sigismudo y al mesmo Tamorlan Scytha (el vulgo dice que anduvo las siete partidas del mundo) volvió en España. Llegó á Valencia por el mes de junio; por el de setiembre se casó con doña Isabel hija mayor del conde de Urgel que tenian preso. Deste matrimonio nacieron doña Isabel que vino á ser reina de Portugal, doña Philipa que fué monja, don Pedro condestable de Portugal, don Diego cardenal y obispo de Lisboa que falleció en Florencia de Toscana, don Juan rey de Chipre, y doña Beatriz muger que fué de Adolfo duque de Cleves. Don Pedro hechas las bodas partió de Valencia y visitó al rey de Castilla en Aranda, últimamente llegó á Portugal; salianle al encuentro los pueblos enteros; mirábanle como si fuera venido del cielo y mas que hombre, pues habia peregrinado por provincias tan extrañas: maravillábanse demasiadamente como hombres que eran de groseros y rudos ingenios.

El rey de Castilla, asentadas las cosas de Castilla la Vieja, y puesto en libertad á Garci Fernandez Manrique, de quien dijimos fué preso con don Enrique de Aragon, y restituidole en sus antiguos estados, dió la vuelta al reino de Toledo al fin deste año, y despues que algun tiempo se detuvo en Alcalá, pasó á Illescas. Llegó allí á la sazon Juzeph Abencerrage, huido de Granada, sobre negocios del rey moro despojado. Fué recebido y tratado benignamente por el rey: envióle con Alonso de Lorca que desde Murcia le hizo compañia, al rey de Tunez con cartas en que le exhortaba y pedia tuviese compasion de aquel rey desterrado, y le restituyese en el reino con sus fuerzas y gente: que haciendo ellos el deber, no dejaria de ayudallos con dineros, armas, soldados y provisiones. El de Tunez movido por esta embajada tornó á enviar al rey Mahomad en España con una armada y trecientos de á caballo; y como desembarcasen en Vera, causó grande mudanza y alteracion en los corazones de los que por ser hombres de ingenio mudable se tornaban á aficionar al gobierno antiguo, y aborrecer al nuevo señorio y mando del nuevo rey. Las ciudades y lugares de aquel reino á porfia se lo entregaban: la misma ciudad de Granada vino en su poder al principio del año de 1429. El tirano se retiró al castillo del Alhambra, en que en breve fué preso y muerto; y con tanto dejó con ayuda del cielo y grande aplauso de toda la provincia el cetro de que injustamente y á tuerto se apoderara, al rey legítimo que procedia de padres y abuelos reyes. Esto en España.

Las cosas de Francia no podian hallarse en peor estado que el que tenian, apoderados los Ingleses, perpetuos enemigos de Francia, de Paris y de otra muy grande parte de aquella provincia. Carlos séptimo deste nombre, rey de Francia, en aquella apretura y peligro envió á pedir socorro con grande sumision así á los otros príncipes como al rey de Aragon. Matias Rexaque enviado por esta causa de Francia llegó á Barcelona por el mes de abril. Hallábase el rey de Aragon embarazado con dos guerras, en especial la de Nápoles le aquejaba, de donde casi perdida la esperanza don Pedro su hermano en una armada habia venido á España: en su lugar y en el gobierno quedó Dalmacio Sarsera para que entretuviese lo que quedaba en pie. Demas desto pensaba el dicho rey hacer guerra á Castilla, y para ella se apercebia á la sazon con grande cuidado. Por esta causa la embajada de Francia no fué de efecto alguno; mas las cosas de aquel reino sin fuerzas, sin ayuda,

sin gobierno, fueron por favor del cielo ayudadas, y se mejoraron con esta ocasion.

Yà siete meses los Ingleses tenian sitiada á Orliens ciudad nobilísima, puesta sobre el rio Loire. Los cercados padecian falta de todo lo necesario, y á penas con los muros se defendian del enemigo. Una doncella llamada Juana, de no mas de diez y ocho años, salvó aquella ciudad. Era natural de S. Remí, aldea en la comarca de los Leucos, parte de lo que al presente llamamos Lorena. Su padre se llamó Jaques Durcio y su madre Isabel. Desde su primera edad se ejercitó en pastorear las ovejas de su padre. Esta doncella vino á los reales de los Franceses, díjoles que por divina revelacion era enviada para librar á Orliens de aquel peligro y á Francia del señorío de los Ingleses. Hiciéronle muchas preguntas, y como de todas saliese bien, quedaron persuadidos el rey y sus capitanes que decia verdad. Luego con gentes que le dieron, por medio de los enemigos metió dentro de Orliens socorro y vituallas. Los de dentro con la esperanza de poderse defender cobraron ánimo, y con diversas salidas y rebates al fin hicieron tanto que el cerco se alzó á veinte y siete de mayo.

Recobraron fuera desto los lugares en contorno y sacáronlos de poder de los contrarios; tuvieron solamente diversas escaramuzas sin que se llegase á batalla. Pretendian con la costumbre de vencer en aquellos encuentros y rebates, que los Franceses cobrasen ánimo y se alentasen del miedo que tenian cobrado. El rey de Francia otrosi por medio de sus enemigos pasó á Rems por consejo de aquella doncella á coronarse y ungirse, lo que hasta entonces no se habia hecho: con esto á los suyos se hizo mas venerable, á los enemigos espantoso. Recobradas muchas ciudades, acometieron los Franceses á Paris: no la pudieron entrar, antes á la puerta de S. Honoré la doncella ó poncella de Francia fué herida. Pasaron con la guerra á otra parte. Tenian los Ingleses cercada la ciudad de Compieñe: la doncella animada por las cosas pasadas con un escuadron apretado y cogido de los suyos se metió en la ciudad. De allí hizo una salida y dió una arma á los Ingleses en que por secretos juicios de Dios fué presa por los enemigos y llevada á Ruan. Acusáronla de hechicera, y por ello fué quemada. El principal acusador y atizador fué Pedro Chauchonio obispo de Beauvais, sin que tuviese alguno de su parte que osase abrir la boca en su defensa, dado que muchos se persuadian, y hoy lo sienten asi, que aquella doncella fué condenada injustamente: honra perpetua de Francia, famosa en todos los siglos, y noble, como lo pronunciaron los jueces á quien cometió los años adelante esta causa el pontífice Calixto: proceso y sentencia que hasta hoy se guardan y están en los archivos de la iglesia mayor de Paris. Una estátua suya de metal se vee en medio de la puerta de Orliens, puesta en memoria del beneficio que della recibieron; pero esto pasó algun tiempo adelante.

En Tarragona ciudad en Cataluña los obispos de la provincia Tarraconense se juntaron, llamados á concilio por don Pedro cardenal de Fox, legado que á la sazon era del pontífice Martino quinto. Lo que en aquel concilio se decretó, no se sabe (1); solo lo que era de mayor importancia y mas se pretendia, el canónigo Gil Muñoz renunció las insignias y nombre de pontífice, los cardenales que consigo tenia, fueron depuestos, y quitádoles la dignidad y nombre que sin propósito usurpaban, lo uno y lo otro por órden del rey de Aragon en gracia del pontífice Martino, al cual como antes tuvo enfrenado con el miedo, así bien ahora le pretendia ganar y traelle á su partido con este servicio tan señalado. Peñiscola, que fué de la órden de S. Juan de tiempo antiguo, quedó en lo de adelante por el rey: á Gil Muñoz para alguna manera de recompensa hicieron obispo de Mallorca. Alonso de Borgia fué otrosi nombrado por obispo de Valencia en premio del trabajo que tomó en reducir á buen seso al dicho Gil y á sus consortes, principio y escalon para subir á las mas altas dignidades que hay. Sucedió todo esto en Tortosa por el mes de agosto: desta manera se puso fin al scisma mas reñido y de mas tiempo que jamás la iglesia padeció. En accion de gracias por beneficio tan señalado se hicieron procesiones por todas partes, y grandes plegarias para aplacar á los santos y suplicalles con gozo envuelto en lágrimas conservasen lo comenzado y diesen perpetuidad á mercedes tan señaladas. Esto en Aragon y en Francia. Razon será que volvamos á las cosas de Castilla que se han quedado atrás y á declarar las causas de una nueva guerra que se emprendió muy brava entre los reyes de España.

(1) Sus actas se hallan hoy en la *Coleccion general de concilios*, y en las del Cardenal Aguirre.



LIBRO VIGÉSIMOPRIMO.

CAPITULO I.

De la guerra de Aragon.

EN sosiego estuvo España los años pasados á causa de hallarse cansada de las muchas guerras que mucho la trabajaron y porque los reyes estaban emparentados entre sí, y trabados en muchas maneras con deudo y afinidad: con los Moros de Granada tenian treguas, ó guerras y encuentros de poca consideracion y importancia, dado que no faltaba á los nuestros deseo de desarraigar y deshacer del todo aquella nacion malvada, para lo cual se ofrecia buena ocasion por estar á la sazon los Moros divididos entre sí en parcialidades y bandos, y por el consiguiente alborotados y á punto de perderse; pero desbarató estos intentos una nueva guerra que por este tiempo se emprendió entre los tres reyes de España, el de Aragon y el de Navarra de una parte, y de otra el de Castilla, de mayor ruido y porfia que de notable y señalado remate. Lo que aquí pretendemos, es poner por escrito las causas y motivo desta guerra, el fin y suceso que tuvo, los juegos de la fortuna variable, y la caida con que don Alvaro de Luna de la cumbre de prosperidad en que estaba, comenzó la segunda vez á despeñarse sin saberse reparar, que fué justo castigo de Dios por ser el principal atizador y causa de todos estos males y discordias; porque pretendiendo él conservarse por cualquier camino en el poder y grandeza que con buenas ó malas mañas alcanzára, luego que volvió á la corte y fué restituido en su primer lugar y privanza, persuadió al rey que á los grandes, que debiera antes grangear con servicios y cortesia los hiciese salir de su casa real y de su corte, y los mandase retirar á sus casas y estados: consejo muy errado y perjudicial, principalmente al que le daba.

Pedro Fernandez de Velasco y Pedro de Zúñiga, y don Rodrigo Alonso Pimentel conde de Benavente junto con los maestres de Calatrava y Alcántara, sabida la voluntad del rey, sin dilacion se partieron para sus casas. Quedaban los infantes de Aragon señores de mayor autoridad que pudiesen fácilmente echallos y despedillos contra su voluntad, mas fué tan grande la temeridad de don Alvaro que se determinó tambien á embestir y chocar con ellos. Primeramente acometió al de Navarra, de quien no solo el pueblo, sino las personas principales decian en público y en secreto que era justo se fuese á su reino: que cuidaba de las cosas agenas, y se descuidaba de las propias, en lo cual la culpa era doblada, y era igualmente digno de ser por lo uno y por lo otro reprehendido. Estas murmuraciones y dichos daban gusto á don Alvaro de Luna, y no menos al rey de Castilla, porque conforme á la costumbre y inclinacion de los príncipes llevaba mal que en su reino hobiese ninguno que en honra y título se le igualase, y á quien debiese tener respeto. Fuéle intimado por personas que para esto le enviaron, lo que el rey de Castilla pretendia.

La reina doña Blanca su muger al tanto, como la que barruntaba la borrasca que se levantaba, y con el cuidado que el amor que á su marido tenia, le causaba, envió á Pedro de Peralta por su embajador para que de su parte solicitase la partida, que asi lo pedian todos los estados del reino de Navarra, y que esto seria saludable y á propósito así para sus particulares intentos, como para el bien comun de sus vasallos. Llevaba mal el navarro los embustes y mañas de don Alvaro de Luna: todavia visto que era forzoso sujetarse á la necesidad, habló con el rey en Valladolid, do á la sazon se hacian las cortes de Castilla. Renovóse la confederacion en esta habla, puesta entre los tres reyes el de Navarra, el de Aragon y de Castilla. Pusiéronse por escrito las capitulaciones, que por el presente confirmaron con sus juramentos y firmas los dos reyes. Al de Aragon que ausente estaba, para que hiciese lo mismo, enviaron un tanto de lo capitulado y de las condiciones por medio del doctor Diego Franco, hombre prudente, y docto en derechos, demas desto del consejo real.

Asentadas las cosas en esta forma, el rey de Navarra se partió á su reino: el de Aragon despues de muchas dilaciones de que usó ántes de responder á lo que Diego Franco le proponia y representaba, últimamente en Barcelona dió por respuesta que aquellas condiciones no le contentaban, que le parecia se debian reformar algunas dellas. Junto con esto, pareciéndole aquel embajador persona á propósito para sus intentos, envió con él un recaudo secreto á don Alvaro, en que le avisaba que Pedro Manrique era el que atizaba todas aquellas disensiones, y ponia discordia entre los infantes sus hermanos: que era hombre de dos, y aun de muchas caras, y á cada paso mudaba de color como mejor le venia, por ser de su condicion variable y amigo de novedades; por tanto si deseaba mirar por sí, por el bien y pro comun, y por el rey, debia echalle de la corte y no permitir tuviese mano alguna en el gobierno.

Desta ofension del rey de Aragon contra Pedro Manrique no se sabe bien la causa (1), salvo que por el mismo tiempo fué puesto en prision el arzobispo de Zaragoza llamado don Alonso Argüello, en que murió. Del género de la muerte que le dieron, hobo diversos rumores: unos decian que en la prision le dieron garrote, otros que le echaron en el rio: lo mismo se ejecutó en algunos ciudadanos de Zaragoza. Achacábanles tratos secretos con don Alvaro de Luna: la verdad era que el demasiado celo que mostraban de que se mantuviesen las paces asentadas antes con Castilla, les acarreó la muerte, y mas la libertad del hablar, ca decian era justo forzar al rey á guardar lo concertado, y no quebrantar las paces, para que la república no lastase (2) si se hacia lo contrario. Por la muerte del arzobispo fué puesto en su lugar don Francisco Clemente obispo que á la sazon era de Barcelona. Junto con esto tenian entre sí los reyes hermanos tratos secretos en razon de vengar por las armas los agravios que don Alvaro de Luna les hacia, y juntar sus fuerzas para destruille.

Llamó el rey de Aragon al infante don Enrique su hermano al principio del mes de abril año del Señor de 1429. Tuvieron los dos hermanos vistas en la ciudad de Teruel (3): entendióse (por lo que se vió adelante) que concertaron de levantar gente y mover guerra

(1) Era segun Zurita, que por sus artificios habia procurado que el Condestable de Castilla volviera á la córte.
(2) Que no pagase.
(3) Segun Zurita en Chelva.

á Castilla. El navarro no se halló en esta junta por estar ocupado en diversos negocios de su reino, y en coronarse por rey, que hasta entonces se dilatara. Hízose la ceremonia en Pamplona á quince de mayo en esta manera: el rey y la reina vestidos de sus paños reales, sus coronas en la cabeza á la manera que los Godos usaban, fueron levantados en sendos paveses, y puestos sobre los hombros de los grandes. Alzaron por ellos los estandartes, y fueron en esta forma por un faraute pregonados por reyes. Luego despues desto se hicieron de secreto levas de gentes en los dos reinos: la voz era para ayudar á las cosas de Francia, la verdad, que estaban resueltos de tomar las armas contra Castilla.

No se le encubrió esto al rey de Castilla: enviáronse de la una á la otra parte embajadas sobre el caso; no aprovechó nada. Los dos reyes movieron con sus gentes y llegaron hasta Hariza, villa situada á la raya de Aragon, y de los antiguos llamada Arci, en los pueblos dichos Arevacos: iban determinados de meterse por aquella parte y entrar por fuerza en las tierras de Castilla. Con este intento don Diego Gomez de Sandoval conde de Castro metió gente de guarnicion en Peñafiel, y el infante de Aragon don Pedro, avisado desto, de Medina del Campo donde estaba, acudió al mismo lugar. El rey de Castilla para resistir á estos intentos hacia en todo su reino grandes levantamientos de gentes: mandó en particular á los grandes que le acudiesen, y nombradamente llamó al infante de Aragon don Enrique, y á don Fadrique de Castro duque de Arjona, nieto que era de don Fadrique maestre que fué de Santiago y hermano del rey don Pedro. Hizo otrosí que á todos los estados de nuevo se tomase juramento que en aquella guerra servirian con todas sus fuerzas y lealmente, y que darian aviso si algunos tratasen de otra cosa y pretendiesen lo contrario, con pleito homenage y voto que hacian si faltasen en lo que prometian, de ir á Jerusalem á pies descalzos, y que no pedirian en algun tiempo relajacion del dicho juramento.

En Palencia á los primeros de mayo se hizo esta diligencia. Juraron, el primero don Alvaro de Luna, y consiguientemente don Juan de Contreras arzobispo de Toledo, don Lope de Mendoza arzobispo de Santiago, don Fadrique almirante del mar, don Luis de la Cerda conde de Medinaceli, los maestres de Calatrava y Alcántara, don Gutierre de Toledo obispo que fué adelante de Palencia, don Pedro de Zúñiga, Pedro Manrique, don Rodrigo Alonso Pimentel, Sarmiento, y con los demas Juan de Tovar señor de Berlanga con otros muchos señores que acompañaran al rey, todos á porfia quien seria el primero para hacer muestra de su lealtad y obediencia; dentre los cuales luego se nombraron cuatro capitanes que guardasen las fronteras. Estos fueron el mismo don Alvaro, el almirante, Pedro Manrique y Pedro Fernandez de Velasco su yerno. Diéronles dos mil de á caballo, que eran mas nombre de ejército que iguales fuerzas á las de Aragon. A Diego Lopez de Zúñiga encargaron fuese en seguimiento de los demas á pequeña distancia y de respeto con un nuevo escuadron de caballos. El mismo rey con la mayor parte de sus gentes tomó cuidado de ir contra la villa de Peñafiel y sujetalla. Asentó sus reales cerca de las murallas, y á voz de pregonero mandó avisar á los moradores que se rindiesen, con apercibimiento que si se ponian en resistencia y usaban de dilaciones, serian dados por traidores. Obedecieron los moradores, con que don Pedro de Aragon y con él el conde de Castro don Diego Gomez de Sandoval se recogieron á la fortaleza. Dióse á los moradores perdon de haber cerrado las puertas y no se rendir luego: no pareció por entonces combatir el castillo por no gastar mucho tiempo en el cerco.

Los reyes de Aragon y de Navarra entraron en las tierras de Castilla, y rompieron por la parte de Cogolludo, villa asentada en los confines de la antigua Carpetania y de los pueblos que llamaban Arevacos. Asentaron sus reales en lugar llano y descubierto. Los capitanes de Castilla en un collado legua y media distante. Eran los Aragoneses y Navarros en número de dos mil y quinientos caballos, mil infantes todos bien armados, soldados viejos y pláticos en muchas guerras. En los reales de Castilla se contaban mil y setecientos caballos, cuatrocientos infantes. Los reyes deseosos de pelear luego el dia siguiente un viernes primero de julio movieron ordenadas sus haces. Amonestaron con pocas palabras, conforme al tiempo, á cada cual de las escuadras y compañías que hiciesen el deber: que por culpa de pocos andaba el reino de Castilla revuelto, quebrantadas las leyes, profanadas las cosas sagradas: ellos á quien mas que á nadie tocaba acudir al remedio y procuralle, desterrados, despojados de sus bienes, de sus hijos, mugeres y amigos, hasta el derecho comun de contratacion les quitaban: que ni aun les consentian hablar al rey de Castilla para amonestalle lo que á él le convenia, y dar de sí razon, por lo cual eran for-

zados á tomar las armas y valerse dellas: que del suceso de aquella batalla dependia la paz pública, la salud y dignidad de la una nacion y de la otra: por tanto, dada la señal, estuviesen á punto y aparejados para acometer á los contrarios, que aunque fueran mas, no tendrian dificultad en desbaratallos por venir desarmados y ser gente poco ejercitada, y al contrario ellos tan usados en las armas y en pelear: «tanto mas que en número y en »esfuerzo les haceis ventaja. Ni tienen reales los enemigos, ni están fortificados: el cielo »nos ofrece ocasion de grande gloria, el cual á nos es favorable, á los contrarios ha qui- »tado el entendimiento para que nada acierten. Animaos pues, y en este dia echad el sello »á todas las victorias pasadas, á los trabajos y honra ganada.»

Adelantáronse al son de los pífaros y atambores: llegaron á vista de los enemigos, cuando don Alvaro de Luna, considerado el peligro, mandó rodear con los carros el lugar en que alojaban, determinado de no pelear sino con ventaja y buena ocasion, ó forzado. El infante don Enrique por una parte y por la otra el adelantado Pedro Manrique tuvieron habla: dijéronse denuestos y quemazones sin que otro efecto se siguiese. Acudieron los unos y los otros á las armas, trabáronse algunas escaramuzas. El cardenal de Fox legado del papa en Aragon, que andaba entre las unas haces y las otras, amonestaba hora á estos, hora aquellos que sosegasen: en fin les persuadió que pues era ya tarde, dejasen para el dia siguiente la batalla. La dilacion de aquella noche puso remedio á los males. La reina de Aragon hembra de ánimo varonil llegado que hobo adonde las gentes alojaban, hizo armar su tienda en medio de los dos campos y por su industria con buenos partidos se hicieron las paces, y luego que los capitanes de Castilla las hobieron jurado, se dejaron las armas. Y si bien las gentes de Castilla se quedaron en el mismo lugar, los reyes de Aragon y Navarra sin hacer mal ni daño volvieron atrás.



Sello de D. Juan II de Castilla.

El infante don Enrique los dias pasados estuvo á punto (por tratado que tenia) de tomar con engaño y apoderarse de la ciudad de Toledo, y por no haber salido con este deseño poco antes de la refriega se fuera á juntar con sus hermanos: al presente, confiado en las capitulaciones de la paz, por Sigüenza pasó á Uclés, resuelto, si no le guardaban lo asentado, de mover nuevos alborotos con ayuda de los de su valía. Sin embargo el rey de Castilla con la fuerza de sus gentes y ejército apresuraba su camino: llevaba mas de diez mil de á caballo y cincuenta mil infantes, todos número. Fuéronse para él la reina de Aragon su hermana y el cardenal de Fox: avisáronle de los conciertos y amonestáronle dejase las armas. El encendido en deseo de satisfacerse, y feroz por la esperanza que llevaba de la victoria, respondió que las capitulaciones no eran válidas por ser hechas sin su mandado, que era justo castigar la insolencia de los dos reyes.

Tenia sus estancias cerca de Belamazan, pueblo situado á la ribera de Duero. Llegó allí don Fadrique, duque de Arjona y conde de Trastamara. Llegado que hobo á la presencia del rey fué preso; llevàronle al castillo de Peñafiel, que en este comedio era venido en poder del rey, donde falleció el año siguiente: notable lástima así por su edad como por ser de sangre real, como tambien por venir sin esperar salvo conducto, creo confiado y asegurado de su buena conciencia contra el crímen de traicion que le cargaban, es á saber de sentir con los infantes de Aragon. La discordia civil es madre de sospechas, y contraria muchas veces á la inocencia. Los buenos suelen en tal ocasion ser tenidos por mas sospechosos que los malos, en especial si aman el sosiego. La sepultura deste príncipe se ve cerca de Carrion en tierra de Campos en un monasterio que se llama Benevivere, con su lucillo y letrero que le hizo poner Pero Ruyz Sarmiento su sobrino hijo de su hermana, y primer conde que fué de Salinas. Entró el rey de Castilla luego por las tierras de Aragon con grande espanto de aquella tierra. Los labradores con sus ganados y ropilla se recogian á lugares fuertes: los soldados ponian fuego á las aldeas que quedaban yermas, y talaban los campos. Llegaron con los reales hasta Hariza, villa fuerte por estar sentada en un alto: recogiéronse los moradores al castillo, y con esto saquearon el pueblo y en gran parte le quemaron. En el mismo tiempo como estaba acordado hacian tambien entradas por las tierras de Navarra gentes de Castilla debajo la conducta de Pedro Velasco general de aquellas fronteras. Tomaron por fuerza á San Vicente villa de Navarra, y le pusieron fuego á causa que por quedar el castillo por los Navarros no se podia conservar.

Por otra parte el obispo de Calahorra y Diego de Zúñiga su sobrino se apoderaron de la villa de la Guardia y de su castillo. Fuera desto el conde de Benavente don Rodrigo Alonso Pimentel, como le era mandado, con parte del ejército no cesaba de apoderarse de los pueblos y castillos que el infante de Aragon don Enrique poseia en Castilla: él desamparada la villa de Ocaña, que era cámara de su maestrazgo, se fué á Segura, castillo asentado á la raya de Portugal y á la ribera del rio Guadiana. Allí dejó la infanta su muger, y él se volvió á Trujillo por ver si ya que le tomaron los demas pueblos de su estado, pudiese entretenerse y hacer algun daño por aquella comarca en las tierras del rey. Acudióle luego su hermano el infante don Pedro, que por miedo de aquella tempestad se retiró á aquellos lugares, mozo de gran corazon, y muy diestro en las armas por el uso que de ellas alcanzó en las guerras de Nápoles.

CAPITULO II.

Del fin desta guerra.

Mucho se adelantaron las cosas de Castilla quier para ganar reputacion y mantenerse en su honra, quier para vengar y castigar el atrevimiento de los Aragoneses y Navarros, pues por tantas partes y en tantas maneras los apretaron. Poner sitio al castillo de Hariza era cosa larga, y poco lo que en tomalle se interesaba, que fué la causa porque el rey de Castilla dió la vuelta con sus gentes y soldados á Medinaceli, mas alegres por la victoria que ricos con la presa. Con esto y con poner diversas guarniciones en aquellas fronteras deshizo el campo y dió licencia á los soldados para irse á invernar y volverse á sus casas. El mismo rey al fin del otoño se partió para Medina del Campo á tener cortes de su reino, que para allí tenia aplazadas. Con su partida los enemigos recobraron ánimo. El Navarro se era ido á defender su reino: el de Aragon juntádas sus gentes se metió por las tierras de Castilla por la parte y comarca de la ciudad de Soria, por donde antiguamente se tendian los pueblos llamados Celtiberos. Apoderóse de la villa de Deza, ganó los castillos de Ciria y Borovia, y con ellos á Bozmediano: el castillo se le entregó el alcaide por dineros. Fué grande la presa de ganados y trigo, tomaron muchos prisioneros: con esto las gentes y soldados sin recebir algun daño se volvieron á Calatayud de do salieron.

A la raya de Portugal por la parte que corre Guadiana y baña las tierras de Extremadura, los infantes de Aragon con mayor libertad y ganancia hacian sus cabalgadas y presas de ganados, de que hay en aquellas comarcas gran muchedumbre por la abundancia de los pastos; los cuales enviaban á Portugal no obstante que el conde de Benavente quien esto tenia encomendado, les hacia resistencia, pero no era bastante para estorballos. Por esta causa don Alvaro de Luna acudió en persona á reparar aquel daño, y para el mismo efecto

á su llamado Pero Ponce señor de Marchena, que era un caballero muy poderoso y rico en el Andalucia. Enviaron sus reyes de armas á pedir la presa, emienda y restitucion de los daños; y ninguna cosa alcanzaron fuera de buenas palabras, porque el rey de Portugal de secreto les hacia espaldas, y holgaba de los trabajos y alteraciones de Castilla por serle muy á propósito para afirmarse él mas y arraigarse en aquel su reino de que se apoderára.

Sucedió á la misma sazon que los infantes de Aragon por no hallarse con fuerzas iguales á don Alvaro de Luna, quemados los arrabales de Trujillo, fortificaron aquella plaza que se tenia por ellos, y en la fortaleza pusieron buena guarnicion de soldados; demas de esto por sí mesmo de sobresalto se apoderaron de Alburquerque, villa fuerte y de importancia á la raya de Portugal: por todo esto las voluntades de sus contrarios quedaron mas irritadas. Pareció grave daño, especial la pérdida de Alburquerque, porque se temía que los Portugueses se fortificasen en aquel pueblo, puesto que entre Portugal y Castilla habia treguas, mas no estaban de todo punto concertadas las paces, y menos las voluntades conformes. Determinó el rey acudir á aquel daño convidado por don Alvaro, y esto para que con mayor autoridad y fuerza se hiciese todo, y la honra de la victoria que esperaban, y de concluir aquella empresa quedase por el mesmo rey. Sucedió al revés de lo que cuidaban, porque si bien tomaron la villa y fortaleza de Trujillo y á Montanges, no hobo órden de apoderarse de Alburquerque: así con dejar allí por capitanes y fronteros al maestre de Alcántara y don Juan hijo de Pero Ponce, el rey y don Alvaro dieron la vuelta, y se partieron para Medina del Campo.

En la toma de Trujillo sucedió una cosa memorable. Estaba el condestable don Alvaro dentro de la villa: la fortaleza se tenia por el infante don Enrique. Tratóse con el alcaide que la rindiese; impedíalo un bachiller Garci Sanchez de Quincoces, que tenia gran parte en la guarda. Procuró don Alvaro haber habla con él, y aunque con dificultad, al fin alcanzó que por un postigo á la parte del campo que tiene una cuesta ágria, viniese á ella solo con un mozo de espuelas, que con la mula se quedó tambien á la mitad de la cuesta. Salió el bachiller; mas como ni por promesas, ni amenazas se dejase vencer, abrazóse el condestable con él, y ambos fueron rodando la cuesta abajo de suerte que antes que de la fortaleza pudiese ser socorrido, le puso en lugar seguro entre cien hombres de armas que allí cerca tenia puestos en celada, con lo cual sin dilacion se rindió la fortaleza.

Por este mismo tiempo recibieron los de Castilla una nueva rota en los campos de Arabiana, que están á las haldas de Moncayo, harto conocidos y desgraciados de tiempo antiguo por la muerte desgraciada y desleal ejecutada en las personas de los siete infantes de Lara. Ruy Diaz de Mendoza por sobrenombre el Calvo, aunque ciudadano de Sevilla, era capitan de cuatrocientos caballos de Navarra. Este venció en un encuentro á Iñigo Lopez de Mendoza señor de Hita por arriscarse con menor número de gente á pelear con los contrarios: pocos fueron los muertos porque el capitan, como vió los suyos desbaratados, se recogió con algunos á un ribazo en que se hizo fuerte. Los mas se pusieron en huida y se salvaron á causa que los contrarios no tenian noticia de la tierra, y por la escuridad de la noche que cerró.

Haciánse las cortes de Castilla en Medina del Campo por principio del año 1430, y por el mismo tiempo las de los Catalanes en Tortosa, presentes los dos reyes cada cual en su parte. Era grande la falta de dinero para los gastos de la guerra, que pretendian seria muy larga; y era grande la dificultad que se ofrecia para allegallo. Las rentas de Aragon eran pequeñas, las riquezas de Castilla consumidas con los gastos y poco orden del rey y de su casa, como quier que la templanza del príncipe sirva en lugar de muy gruesas rentas bastantes para el tiempo de la guerra y de la paz. En ambas partes se trató de la poca lealtad que algunos grandes guardaban á sus reyes. Deseaba el de Aragon sosegar á don Fadrique conde de Luna, ca se entendia inclinaba á seguir el partido de Castilla, movido del dolor y sentimiento que causaba en él habelle quitado el reino (1), demas que no faltaba gente liviana que despertaba su ánimo inconstante, y le ponia grandes esperanzas de vengarse y alcanzar mayores riquezas, si se arrimaba á Castilla. No pudo salir el de Aragon con lo que pretendia en esta parte, ni le pudo haber á las manos, pero confiscóle todo su estado, que le tenia muy grande.

(1) El de Sicilia, del cual su abuelo le habia hecho donacion inter vivos.

Lo mismo hizo el rey de Castilla con los infantes de Aragon, y aun pasó mas adelante, que ó por ser de su condicion pródigo, ó con intento que á aquellos señores no les quedase esperanza de reconciliarse con él y ser restituidos en sus bienes, los pueblos que les quitó, los repartió entre otros caballeros principales. El maestrazgo de Santiago se dió en administracion á don Alvaro de Luna, á Pedro Fernandez de Velasco en propiedad la villa de Haro, Ledesma á Pedro de Zúñiga (al uno y al otro con título de condes) á Pedro Manrique dió á Paredes, al conde de Benavente hizo merced de la villa de Mayorga, Medinilla fué dada á Pero Ponce. A Iñigo Lopez de Mendoza cupieron del repartimiento y del botin algunos lugares cerca de Guadalajara, que eran de la infanta doña Catalina: á don Gutierre Gomez de Toledo, obispo que fué adelante de Palencia, Alva de Tormes en tierra de Salamanca: á otros caballeros diferentes dió otros pueblos y lugares en gran número.

Por este modo de la caida destos infantes como de un grande edificio se fundaron en Castilla nuevas casas y estados, que permanecen y se conservan hasta el dia de hoy, dado que algunos han hecho mudanza por diversas causas de apellidos y linages. A don Fadrique conde de Luna, que huido de Aragon, por el mismo tiempo llegó á Medina del Campo, despues de habelle honrado y festejado mucho dieron primero las villas de Cuellar y Villalon, despues tambien Arjona y otras rentas, con que pudiese sustentar su casa y estado. Doña Leonor reina de Aragon fué llamada á Tordesillas, y alli puesta en el monasterio de Santa Clara. Quitáronle asímismo tres castillos suyos que tenia con guarnicion, que ella entregó como le era mandado, todo á propósito que no pudiese ayudar á sus hijos ni con hacienda, ni de otra manera alguna; pero poco despues se revocó todo esto en Burgos. Despues del rigor suele seguirse la benignidad y compasion, demas que parecia cosa fea que la madre inocente pagase los deméritos de sus hijos. Fué puesta en libertad, y fuéronle restituidos sus castillos con condicion y promesa que hizo de no acudir á sus hijos en aquella guerra.

Ayudó mucho para tomar esta resolucion una embajada que vino sobre estas diferencias de Portugal, dado que lo que sobre todo con ella se pretendia, era que entre los reyes de Castilla y de Aragon se hiciesen treguas hasta tanto que jueces señalados por ambas partes tratasen entre sí, y asentasen las condiciones de la paz. No tuvo esto efecto por no estar aun sazonadas las cosas. En Peñíscola este año el domingo de Ramos, que fué á los nueve de abril, y el jueves adelante salió del sepulcro del papa Benedicto tan grande y tan suave olor, que se hinchó del todo el castillo: así lo testifican algunos autores, como yo pienso, mas por aficion que con verdad. Esta fama por lo menos fué ocasion que Juan de Luna su sobrino le hiciese trasladar á Illueca, villa suya puesta entre Tarazona y Calatayud. La licencia para hacello alcanzó debajo de condicion que ni le hiciesen honras, ni fuese enterrado en lugar sagrado en pena de su contumacia, y de haber por ella muerto descomulgado.

Aprestábase el rey de Castilla para la guerra, y con gran cuidado juntaba una hueste muy grande, como el que estaba determinado de hacer de nuevo con mayor fuerza y pujanza otra entrada en Aragon. Junto con esto tenia mandado á don Fadrique Enriquez almirante del mar que con su armada que tenia á punto, trabajase las riberas y mares de Aragon con todo género de daños. Hecho esto, movió con sus gentes y llegó á Osma. El rey de Aragon en Tarazona se aparejaba para la guerra, el de Navarra en Tudela: ambos con mayor porfia y diligencia que recaudo, á causa que aquellas dos naciones aborrecian aquella guerra como mala y desgraciada. Fueron sobre el caso enviados embajadores de Aragon, que llegaron á Osma á catorce dias de junio. Dióseles luego audiencia: don Domingo obispo de Lérida, que era el principal y cabeza en aquella embajada, habida licencia de hablar, con un largo razonamiento que hizo, relató cuan grandes beneficios tenian los Aragoneses recebidos de los reyes de Castilla. Que la memoria dellos sería perpétua, sin embargo que tomaron las armas no por voluntad sino forzados de los engaños de algunos señores, que se aprovechaban de la facilidad y nobleza de su rey para echar sus deudos de la corte, sin dar lugar aun de hablalle como los que estaban con la privanza hinchados y acostumbrados á malas mañas. Que de buena gana las dejarian, si con reputacion lo pudiesen hacer, y que los partidos fuesen honrosos y tolerables. Ninguno ignoraba cuán grande seria el estrago y desventura de todos si se viniese á las manos de poder á poder. Las espadas que una vez se tiñen en sangre de parientes, con dificultad y tarde se limpian: no de otra manera que si los muertos y sus cenizas anduviesen por las familias y casas pegando fuego y furia á los vivos, todos se embravecen, sin tener fin ni término la locura y los males.

Punzados por el razonamiento del obispo don Alvaro y el conde de Benavente respondie-

ron por sí y por los demás: llegaron á malas palabras, y parece buscaban ocasion de pasar adelante. Ramon Perellos, uno de los embajadores, con loco atrevimiento se ofreció á hacer campo y probar con las armas á cualquiera que quisiese salir á la causa, que tenian la razon de su parte: grande resolucion y brava; pero por estar el rey presente no se pasó á mas que palabras. Con esto se acabó aquella junta: despues los embajadores de Aragon hablaron de uno en uno á los grandes de Castilla, y hicieron con sus amonestaciones tanto que los inclinaron á la paz. Estaban los reales de Castilla á la puente de Garay, sitio en que se entiende estuvo asentada la antigua Numancia, mas por las medidas y sitio de los lugares, que porque haya algun rastro cierto desta antigüedad. Pasó el rey con su campo á Majano. Allí por gran diligencia que los dichos embajadores hicieron asentaron treguas por parte de Castilla don Alvaro de Luna y don Lope de Mendoza arzobispo de Santiago, que nombraron para tratar de las capitulaciones con los embajadores de los dos reyes. Concertaron finalmente que durasen las treguas por espacio de cinco años con estas condiciones: dejadas por ambas partes las armas, se abriese la contratacion como antes: los infantes de Aragon restituyesen á Alburquerque dentro de treinta dias, y que no pudiesen entrar en Castilla en todo el tiempo de las treguas, ni tampoco el rey de Castilla les quitase los pueblos que por ellos se tenian: últimamente que don Fadrique conde de Luna, y don Jofre marques de Cortes hijo de don Cárlos rey de Navarra, que andaban foragidos en Castilla, no fuesen maltratados por los reyes de Aragon y Navarra. Para las demas diferencias se nombrasen catorce jueces, siete de cada parte: y que hasta concluir estuviesen y residiesen en Tarazona y Agreda, pueblos á la raya de Aragon.

Luego que estas condiciones fueron aprobadas por los reyes, se pregonaron las treguas en los reales la misma fiesta del apostol Santiago: lo mismo se hizo en las ciudades y lugares de los tres reinos con grande alegria de todos, que se regocijaban no solo por el bien presente, sino mucho mas por la esperanza que cobraron de asentar una paz muy larga. Despacháronse correos á todas partes que llevasen nuevas tan alegres, y en particular al rey de Portugal, el cual con su embajada y grande instancia que hizo muchas veces, procurára se compusiesen estos debates de los reyes; y en aquella sazon se mostraba alegre por los desposorios que festejaba de doña Isabel su hija con Philipe duque de Borgoña viudo de su segunda muger. Deste matrimonio nació Carlos llamado el Atrevido, duque que fué adelante de Borgoña, conocido no mas por la grandeza de sus hechos y valor, que por el triste y desgraciado fin que tuvo. El rey de Aragon despachó una armada á Portugal para llamar a sus hermanos. Pretendia él que dejando á Alburquerque, le acompañasen, y empleallos en la guerra de Italia, que le tenia en mucho cuidado, y de dia y de noche no pensaba sino en volver á ella; aunque la ida de los infantes no se efectuó luego. Las gentes de Castilla fueron desde Osma despedidas con órden que á la primavera no faltasen de acudir á sus banderas para dar principio á la guerra de los Moros de Granada. Hecho esto, el rey pasó lo demás del estío en Madrigal villa muy conocida, do á la sazon la reina se hallaba.

CAPITULO III.

De la guerra de Granada.

El fin de la guerra de Aragon fué principio de otras dos guerras: de la que á los Moros se hizo, y de la de Nápoles como quier que nunca los reyes sosiegan, en especial cuando su imperio está muy estendido; antes unas diferencias se traban de otras y se mueven de nuevo cada dia, además de la ambicion, mal desapoderado y cruel, y que no tiene límite alguno: el que mas tiene, mas desea, y de mas cosas está menguado: miserable y torpe condicion de la naturaleza de los mortales, si bien á don Juan rey de Castilla puede excusar el deseo que tenia de ensanchar el nombre cristiano, y extirpar la nacion de los Moros, por lo menos en España. El rey Mahomad llamado el Izquierdo, restituido que fué en el reino (como ántes desto queda dicho) rehusaba sin embargo de pagar el tributo y parias que así él como sus antepasados tenian costumbre de pagar; que fué la causa por que cuando se hacian los aparejos para la guerra de Aragon, si bien pidió treguas, ni del todo se las negaron, ni claramente se las concedieron y otorgaron. Tomóse solamente por expediente de enviar por embajador á Granada á Alonso de Lorca para entretener aquel rey bárbaro, y dar tiempo al tiempo hasta que el juego estuviese bien entablado.

Al presente como nuevos embajadores para esto enviados hiciesen de nuevo instancia por las treguas, respondió el rey que no se tomaria ningun asiento si no fuese que ante todas cosas pagasen el tributo que tenian antes concertado. Fué junto con esto Alonso de Lorca enviado por embajador al rey de Túnez con ricos presentes para dar razon á aquel rey de la deslealtad y contumacia del rey de Granada, que ni se movia por el peligro, ni correspondia al amor que le mostraran. Con esto obró tanto que persuadió á aquel rey no enviase al de Granada para aquella guerra socorros desde Africa. Esto fué tanto mas fácil que aquellos bárbaros ponen de ordinario la amistad y lealtad en venta, y mas les mueve su pro particular que el respeto de la religion y honestidad. Por ventura hacen esto solos los bárbaros, y no los mas de los Príncipes que tienen el nombre y se precian de la profesion de cristianos?

Tuviéronse cortes en Salamanca, en que con gran voluntad de todos los estados se otorgó al rey ayuda de dinero para aquella guerra en mayor cantidad que les pedian, porque era contra los enemigos de cristianos. Por el fin deste año se hicieron diversas entradas en tierras de Moros, en particular don Gonzalo obispo de Jaen y Diego de Rivera, adelantado que era del Andalucía, con ochocientos caballos y tres mil de á pie entraron hasta llegar á la vega de Granada. Repartieron la gente desta manera: pusieron dos celadas en lugares á propósito: ochenta de á caballo llegaron á dar vista á la ciudad con intento de sacar los Moros á la pelea, y metellos en las zalagardas, y enredallos. Salieron ellos, pero con recato al principio porque temian lo que era, que habia engaño: los que tenian en la primera celada (como les fuera mandado) á los primeros golpes volvieron las espaldas. Asegurados con esto los Moros, como si no hobiera mas que temer, sin órden y sin concierto siguen á rienda suelta el alcance: llegaron con esto donde estaba la fuerza de los contrarios, que era la segunda celada. No pensaban los Moros cosa semejante, ni hallar resistencia: así ellos se atemorizaron, y á los nuestros creció el ánimo; hirieron en los enemigos, mataron doscientos, prendieron ciento, los demás como pláticos de la tierra se salvaron por aquellas fraguras, á las cuales los caballos de los Moros estaban acostumbrados, y á los cristianos fueron causa por su aspereza y no estar usados de detenerse.

Por otra parte Fernan Álvarez de Toledo señor de Valdecorneja, á cuyo cargo quedó la guarnicion de Ecija, entró por los campos y tierra de Ronda: no le sucedió tan prósperamente, porque acudiendo los naturales, con igual daño suyo del que hizo en los contrarios, fué forzado á retirarse. Poco despues Rodrigo Perea adelantado de Cazorla entró por otra parte: acudieron al improviso los enemigos, y fué la carga que dieron tan grande, que con pérdida de casi todos los suyos apenas el adelantado se pudo salvar á uña de caballo; verdad es que García de Herrera que era mariscal, escaló de noche y ganó de los moros por fuerza el lugar de Jimena, que fué alguna recompensa de aquellos daños. Desta manera variaban las cosas prósperas y adversas, fuera de que el tiempo no era á propósito, antes por las continuas aguas hallaban los caminos empantanados, los rios iban crecidos; en particular en Navarra el rio Aragon salió de madre, y derribó gran parte de la villa de Sangüesa con gran pérdida y notable daño de los moradores de aquel lugar.

El rey llamó por sus cartas á don Diego Gomez de Sandoval conde de Castro, y al maestre de Alcántara don Juan de Sotomayor. No obedecieron, sea por miedo de sus enemigos, sea estimulados de su mala conciencia. Era cierto seguian la voz de los infantes de Aragon, y aun despues de hechas las treguas, perseveraban en lo mismo. A la sazon que se apercebian para esta guerra, falleció la primera muger de don Alvaro de Luna doña Elvira de Portocarrero. Por su muerte casó segunda vez con doña Juana hija del conde de Benavente: los regocijos de las bodas se celebraron en Palencia, no fueron grandes á causa que á la misma sazon falleció doña Juana de Mendoza abuela de la desposada, y muger que fué del almirante don Enrique; los padrinos de la boda fueron el rey y la reina. Ninguna cosa por entonces parecia demasiada por ir en aumento y con viento próspero la privanza y autoridad de don Alvaro. Sucedian estas cosas al principio del año 1431. El papa Martino Quinto, ya mas amigo (á lo que mostraba) del aragonés, al tiempo mismo que ó por ódio de los franceses, ó con una profunda disimulacion tenia llamado á Italia al dicho rey don Alonso, falleció en mala sazon en Roma de apoplegia á veinte del mes de febrero: otros buenos autores señalan el año siguiente, que hace maravillar haya variedad en cosa tan fresca y tan notable. En lugar del papa Martino fué puesto el cardenal Gabriel Condelmario, veneciano de nacion, con nombre que tomó de Eugenio cuarto: fué su eleccion á tres dias de marzo.

Ayudóle en gran manera para subir á aquel grado el cardenal Jordan Ursino: por esto comenzó á favorecer mucho á los Ursinos, bando muy poderoso en Roma, y á perseguir por el mismo caso á los coloneses sus contrarios; y á su ejemplo Juana reina de Nápoles muger mudable é inconstante, despojó á Antonio Colona de la ciudad de Salerno. Por respeto del nuevo pontífice le quitó lo que el pontífice pasado le hizo dar, ó por ventura hubo algun demérito suyo, de que resultaron nuevas alteraciones y diferentes esperanzas en otros de ser acrecentados.

El rey de Castilla, determinado de ir en persona á la guerra de los Moros, nombró para el gobierno de Castilla en su ausencia á Pedro Manrique. Hecho esto, de Medina del Campo pasó á Toledo, en cuyo templo por devocion pasó toda una noche armado y en vela, costumbre de los que se armaban caballeros. Venida la mañana, hizo bendecir las banderas; y pasadas las fiestas (que se le hicieron grandes) hechos sus votos y plegarias, partió para la guerra. Está en medio del camino puesta Ciudad-Real: allí como el rey se detuviese por algunos dias, á los veinte y cuatro de abril dos horas despues de medio dia tembló la tierra de tal manera que algunos edificios quedaron maltratados, y algunas almenas del castillo cayeron en tierra; el mismo rey fué forzado por el miedo y por el peligro salir al raso y al descubierto: fué grande el espanto que en todos causó, y mayor por estar el rey presente y correr peligro su persona; mas el daño fué pequeño, y ningun hombre pereció. En Aragon, Cataluña y en Ruysellon fué mayor el estrago por esta misma causa y á la misma sazon, tanto que algunos lugares quedaron destruidos, y algunos maltratados por los temblores de la tierra.

En Granada otrosi poco adelante, y en los reales de Castilla que cerca estaban y á punto de pelear y entrar en la batalla que se dieron, como se dirá poco adelante, tembló la tierra, pronóstico que cada uno podia pensar amenazaba á su parte ó á la contraria, ó á entrambas, y que dió bien que pensar y temer no menos á los Moros que á los cristianos. Asímismo por toda España fueron grandes los temores y anuncios que hubo por esta causa; que el pueblo inconstante y supersticioso suele alterarse por cosas semejantes y pronosticar grandes males. Por este mismo tiempo en Barcelona falleció la reina doña Violante de mucha edad: fué casada con el rey don Juan el Primero, y era abuela materna de Ludovico duque de Anjou, con quien traian guerra los Aragoneses por el reino de Nápoles.

Llegó el rey de Castilla por el mes de mayo á la ciudad de Córdova: desde allí envió á don Alvaro de Luna adelante con buen número de gente, taló la campaña de Illora, y llegó haciendo estrago hasta la misma vega de Granada, llanura que es de grande frescura y no de menor fertilidad. Puso fuego en los ojos de los mismos ciudadanos á sus huertas, sus cortijos y arboledas sin perdonar á una hermosa casa de campo que por allí tenia el rey moro; pero no fueron parte estos daños, ni aun las cartas de desafío que les envió don Alvaro, para que saliesen á pelear. No se supo la causa: puédese congeturar que por estar la ciudad suspensa con el miedo que tenia de mayores males, ó no estar los ciudadanos asegurados unos de otros. Entretanto que esto pasaba, se consultaba en Córdova sobre la forma que se tenia en hacer la guerra. Los pareceres fueron diferentes: unos decian que talasen los campos, y no se detuviesen en poner sitio sobre algun particular pueblo: otros que seria mas á propósito cercar alguna ciudad fuerte para ganar mayor reputacion, y con su toma sacar mayor provecho de tantos trabajos y tan grandes gastos. Prevaleció el parecer mas honroso y de mas autoridad, y conforme á él se acordó fuesen sobre Granada, y peleasen con los Moros de poder á poder, que era lo que un moro por nombre Gilayro grandemente les aconsejaba; el cual en su tierna edad como hobiese sido preso por los Moros y renegado nuestra fé, dado que no de corazon, en esta ocasion se vino á Córdova á los nuestros, y les daba este consejo. Prometia que luego que los fieles se presentasen á vista de la ciudad de Granada, Juzeph Benalmao, nieto que era de Mahomad el rey Bermejo que fué muerto en Sevilla, se pasaria con buen número de gente á sus reales.

Tomada esta resolucion, la reina que hasta allí acompañara al rey, se partió para Carmona: el ejército marchó adelante. Por el mes de octubre se detuvo el rey cerca de Alvendin algunos dias hasta tanto que todas las compañias se juntasen. Llegáronse hasta ochenta mil hombres, y entre ellos muchos que por su linage y hazañas eran personas de gran cuenta. Dióse cuidado de asentar los reales y de maestres de campo al adelantado Diego de Ribera y á Juan de Guzman, cargo que antes solia ser (conforme á las costumbres de España) de los mariscales, á quien pertenecia señalar y repartir las estancias. Marcharon

dende en buen órden, y el segundo dia llegaron á tierra de Moros: entraron formados sus escuadrones y en ordenanza, no de otra manera que si tuvieran los enemigos delante. Don Alvaro de Luna llevaba el cargo de la avanguardia, en que iban dos mil y quinientos hombres de armas: el rey iba en el cuerpo de la batalla con la fuerza del ejército, acompañado de muchos grandes; el postrero escuadron hacian los cortesanos, y gran número de eclesiásticos, entre ellos don Juan de Cerezuela obispo de Osma, y don Gutierre de Toledo obispo de Palencia: á los costados marchaban con parte de la gente don Enrique conde de Niebla, Pero Fernandez de Velasco, Diego Lopez de Zúñiga, el conde de Benavente y el obispo de Jaen: delante de todos los escuadrones iban los dos maestres de campo con mil y quinientos caballos ligeros. Estos dieron principio á la batalla, que fué á veinte y nueve del mes de junio en esta guisa. Los Moros salieron de la ciudad de Granada con grandes alaridos; los fieles fueron los primeros á pasar á un ribazo que caia en medio: con esto se trabó la pelea. Era grande la muchedumbre de los bárbaros, y en lugar de los heridos y cansados venian de ordinario nuevas compañías de refresco de la ciudad que cerca tenian: lo mismo hacian los nuestros, que adelantaban sus compañías, y todos meneaban las manos. Adelan-



tóse Pedro de Velasco cuya carga no sufrieron los Moros: retiráronse poco á poco, cogidos y en ordenanza á la ciudad, de manera que aquel dia ninguno de los enemigos volvió las espaldas. Retirados que fueron los Moros, los reales del rey se asentaron á la halda del monte de Elvira, fortificados de foso y trincheas. Los Moros eran cinco mil de á caballo, y como doscientos mil infantes, todos número, parte alojada en la ciudad y parte en sus reales, que tenian cerca de las murallas á causa que dentro de la ciudad no cabia tanta muchedumbre.

El domingo adelante ordenaron los Moros sus haces en guisa de pelear. Allanaba el maestre de Calatrava con los gastadores el campo, que á causa de los valladares y acequias

estaba desigual y embarazado. Acometiéronle los Moros, y cargaron sobre él y sus gastadores que hacian las esplanadas. Visto el peligro en que estaba, acudieron don Enrique conde de Niebla y Diego de Zúñiga, que mas cerca se hallaban, desde los reales á socorrelle: la pelea se encendia, y el calor del sol por ser á medio dia era muy grande. El rey enojado porque no pensaba pelear aquel dia, y turbado por la locura y atrevimiento de los suyos, envió á don Alvaro de Luna para que hiciese retirar á los soldados y dejar la pelea. La escaramuza estaba tan adelante, y los Moros tan mezclados por todas partes, que á los cristianos, si no volvian las espaldas, no era posible obedecer. Lo cual como supiese el rey hizo con presteza poner en ordenanza su gente. Hablóles brevemente en esta sustancia: «Como »aquellos mismos eran los que poco antes les pagaban parias, los mismos capitanes y cora- »zones. Que el rey no salia á la batalla, por no fiarse de las voluntades de los ciudadanos, »cuya mayor parte favorecia á Benalmao, que se ha acogido á nuestro amparo, y pasado á »nuestros reales. Acometed pues con brio y gallardía á los enemigos que teneis delante, »flacos y desarmados. No os espante la muchedumbre, que ella misma los embarazará en »la pelea. Con qué cara volverá cualquiera de vos á su casa, si no fuere con la victoria ga- »nada? A los que temieron los Aragoneses, los Navarros, los Franceses, podrá por ventura »espantar esta canalla y tropel de bárbaros, mal juntada y sin órden? afuera tan gran mal, »no permita Dios ni sus santos cosa tan fea. Este dia echará el sello á todos los trabajos y »victorias ganadas, ó (lo que tiemblo en pensallo) acarreará á nuestro nombre y nacion »vergüenza, afrenta y perpétua infamia.»

Dicho esto, mandó tocar las trompetas en señal de pelear. Acometieron á los Moros, que los recibieron con mucho ánimo: fué el alarido grande de ambas partes, estuvieron algun espacio las haces mezcladas sin reconocerse ventaja. La manera de la pelea era brava, dudosa, fea, miserable: unos huian, otros los seguian, todo andaba mezclado, armas, caballos y hombres; no habia lugar de tomar consejo, ni atender á lo que les mandaban. Andaba el rey mismo entre los primeros como testigo del esfuerzo de cada cual, y para animallos á todos. Su presencia los avivó tanto que vueltos á ponerse en ordenanza, les parecia que entonces comenzaban á pelear. Con este esfuerzo los enemigos, vueltas las espaldas, á toda furia se recogieron parte á la ciudad, parte por el conocimiento que tenian de los lugares, y confiados en su aspereza, se retiraron por aquellos montes cercanos, sin que los nuestros cesasen de herir en ellos y matar hasta tanto que sobrevino y cerró la noche. El número de los muertos no se puede saber al justo, entendióse que seria como de diez mil. Los reales de los Moros que tenian asentados entre las viñas y los olivares, ganó y entró don Juan de Cerezuela. Los demas eclesiásticos con cruces y ornamentos, y mucha muestra de alegría salieron á recebir al rey que acabada la pelea, volvia á sus reales. Daban todos gracias á Dios por merced y victoria tan señalada. Detuviéronse en los mismos lugares por espacio de diez dias.

Los Moros dado que ni aun á las viñas se atrevian á salir, pero ninguna mencion hicieron de concertarse y hacer confederacion, sea por confiar demasiado en sus fuerzas, sea por tener perdida la esperanza de ser perdonados. Por ventura tambien un extraordinario pasmo tenia embarazados los entendimientos del pueblo y de los principales para que no atendiesen á lo que les estaba bien. Dióse el gasto á los campos sin que alguno fuese á la mano. Hecho esto, el rey de Castilla con su gente dió la vuelta. Quedó el cargo de la frontera al maestre de Calatrava y al adelantado Diego de Rivera, y con ellos Benalmao con título y nombre de rey para efecto (si se ofreciese ocasion) de apoderarse con el ayuda de su parcialidad del reino de Granada. Este fué el suceso desta empresa tan memorable, y de la batalla muy nombrada, que vulgarmente se llamó de la Higuera, por una apuesta y plantada en el mismo lugar en que pelearon. Pocos de los fieles fueron muertos ni en la batalla ni en toda la guerra, y ninguna persona notable y de cuenta: con que el alegria de todo el reino fué mas pura y mas colmada.

CAPITULO IV.

De las paces que se hicieron entre los reyes de Castilla y de Portugal.

Estaba desde los años pasados retirado don Nuño Alvarez Pereyra condestable que era de Portugal, conde de Barcelos y de Oren, no solo de la guerra, sino de las cosas del gobier-

no, y por su mucha edad se recogió en el monasterio de los Carmelitas que á su costa de los despojos de la guerra edificó en Lisboa. Receíabase de la inconstancia de las cosas, temia que la larga vida no le fuese ocasion (como á muchos) de tropezar y caer; junto con esto pretendia con mucho cuidado alcanzar perdon de los pecados de su vida pasada y aplacar á Dios con limosnas que hacia á los pobres, y templos que edificaba en honra de los santos, como hoy en Portugal se ven no pocos fundados por él, y entre ellos uno en Aljubarrota de San Jorge, y otro de Santa María en Villaviciosa: muestras claras de su piedad, y trofeos señalados de las victorias que ganó de los enemigos. En estas buenas obras se ocupaba cuando le sobrevino la muerte en edad de setenta y un años, y cuarenta y seis años despues que fué hecho condestable. Su fama y autoridad y memoria durará siempre en España: su cuerpo enterraron en el mismo monasterio en que estaba retirado. Hallóse el rey mismo á su enterramiento muy solemne, á que concurrieron toda suerte de gentes. Esta prenda y muestra de amor dió el rey á los merecimientos del difunto, al cual debia lo que era. Tuvo una sola hija por nombre doña Beatriz, que casó con don Alonso duque de Berganza, hijo bastardo del mismo rey de Portugal. Entre los nietos que deste matrimonio le nacieron, antes de su muerte dividió todo su estado.

El rey de Portugal avisado por la muerte de su amigo que era de la misma edad, que su fin no podia estar lejos, lo que una y otra vez tenia intentado, se determinó con mayor fuerza y con una nueva embajada de tratar y concluir con el rey de Castilla que se hiciesen las paces. Partióse el rey don Juan arrebatadamente del reino de Granada, con que parecia á muchos que se perdió muy buena coyuntura de adelantar las cosas. Vulgarmente se murmuraba que don Alvaro fué sobornado para hacer esto con cantidad de oro que de Granada le enviaron en un presente que le hicieron de higos pasados: creíase esto fácilmente á causa que ninguna cosa, ni grande ni pequeña, se hacia sino por su parecer: demas que el pueblo ordinariamente se inclina á creer lo peor. Llegaron á Córdova á veinte de julio: partidos de allí, en Toledo cumplieron sus promesas y dieron gracias á Dios por la victoria que les otorgára. De Toledo muy presto pasados los puertos se fueron á Medina del Campo para donde tenian convocadas cortes generales del reino, que en ninguna cosa fueron mas señaladas que en mudar como se mudaron las treguas que tenian con Portugal en paces perpétuas. La confederacion se hizo con honrosas capitulaciones para las dos naciones, y á treinta de octubre se pregonaron en las cortes de Castilla y en Lisboa. Para este efecto de Castilla fué por embajador el doctor Diego Franco.

Por otra parte á la misma sazon el conde de Castro fué condenado de crímen contra la magestad real. Confiscaron otrosí los pueblos del maestre de Alcántara, y pusieron guarniciones en ellos en nombre del rey. Prendieron al tanto á Pedro Fernandez de Velasco conde de Haro, á Fernan Alvarez de Toledo, y al obispo de Palencia su tio don Gutierre de Toledo. Cargábanlos de estar hermanados con los infantes de Aragon, y que con deseo de novedades trataban de dar la muerte á don Alvaro. Estas sentencias y prisiones fueron causa de alterarse mucho los ánimos, por tener entendido los grandes que contra el poder de don Alvaro y sus engaños ninguna seguridad era bastante, y que les era fuerza acudir á las armas; en particular Iñigo Lopez de Mendoza se determinó (para lo que podia suceder) de fortificar la su villa de Hita con soldados y armas.

Tratóse en las cortes de juntar dinero (como se hizo) para el gasto de la guerra contra los Moros, que parecia estar en buenos términos á causa que el adelantado y el maestre de Calatrava ganaron á la sazon muchos pueblos de Moros, Ronda, Cambil, Illora, Archidona, Setenil, sin otros de menos cuenta. La misma ciudad de Loja rindieron, que era muy fuerte: pusieron cerco á la fortaleza, do parte de la gente se fortificara, en cuyo favor vino de Granada Juzeph Abencerrage; pero fué vencido en batalla, y muerto por los nuestros que acudieron á estorballe el paso. La lealtad y constancia le fué perjudicial, y querer continuar en servir al rey Mahomad su señor sin embargo que los naturales en gran parte por el ódio que tenian al gobierno presente, se inclinaban á dar el reino á Benalmao. Por esto el rey Mahomad el Izquierdo, visto que no tenia fuerzas iguales á sus contrarios asi por ser ellos muchos, como porque les nuestros con diversas mañas los atizaban y animaban contra él, dejada la ciudad de Granada en que prevalecia aquella parcialidad, se resolvió de irse á Málaga y allí esperar mejores temporales.

Con su partida Benalmao fué recibido en la ciudad el primer dia del año de **1432**, que se contara de los Moros ochocientos y treinta y cinco años, el mes lamad el primero; en el

cual mes al infante de Portugal don Duarte nació de su muger doña Leonor un hijo que se llamó don Alonso, y fué adelante muy conocido por muchas desgracias que le acontecieron. Los ciudadanos de Granada á porfia se adelantaban á servir al nuevo rey, la mayor parte con voluntades llanas, otros acomodándose al tiempo, y por el mismo caso con mayor diligencia y rostro mas alegre, que en gran manera sirve á representaciones y ficciones semejantes. El mismo rey hizo juramento que estaria á devocion de Castilla, y sin engaño pagaria cada año de tributo cierta suma de dineros, segun que lo tenian concertado, de lo cual se hicieron escrituras públicas.

Las cosas estaban desta manera asentadas, cuando la fortuna, ó fuerza mas alta poderosa en todas las cosas humanas, y mas en dar y quitar principados, las desbarató en breve con la muerte que sobrevino á Benalmao. Era ya de mucha edad, y así falleció el sexto mes de su reinado á veinte y cuatro de junio en el mes que los Moros llaman Iavel. Con esto Mahomad el Izquierdo de Málaga, do se entretenia con poca esperanza de mejorar sus cosas, sabida la muerte de su contrario, fué de nuevo llamado al reino, y recebido en la ciudad no con menor muestra de aficion que el ódio con que antes le echaron: tanto puede muchas veces un poco de tiempo para trocar las cosas y los corazones: muchos despues de desterrado y ido se movian á tenelle compasion. Vuelto al reino, en lugar del Abencerrage nombró por gobernador de Granada á un hombre poderoso llamado Andilbar. Puso treguas con el rey de Castilla, que le fueron (bien que por breve tiempo) otorgadas.

A la raya de Portugal los infantes de Aragon no cesaban de alborotar la tierra. Los tesoros dêl rey consumidos con gastos tan continuos no bastaban para acudir á tantas partes. Esta fué la causa de asentar con los Moros aquellas treguas. Demas desto en parte pareció condescender con los ruegos del rey de Tunez, el cual con una embajada que envió á Castilla, trabajaba de ayudar aquel rey por ser su amigo y aliado. Para reducir al maestre de Alcántara, y apartalle de los Aragoneses, fué por órden del rey don Alvaro de Isorna obispo de Cuenca, por si con la autoridad de prelado y el deudo que tenian los dos, pudiese detener al que se despeñaba en su perdicion, y reducille á mejor partido. Toda esta diligencia fué de ningun efecto: no se pudo con él acabar cosa alguna, si bien no mucho despues entendiendo que el maestre estaba arrepentido, se dió cuidado al doctor Franco de aplacalle y atraelle á lo que era razon. El como hombre de ingenio mudable y deseoso de novedades, al cual desagradaba lo que era seguro, y tenia puesta su esperanza en mostrarse temerario, de repente como alterado el juicio entregó el castillo de Alcántara al infante de Aragon don Pedro, y al dicho Franco puso en poder de don Enrique su hermano: exceso tan señalado, que cerró del todo la puerta para volver en gracia del rey: la gente eso mismo comenzó á aborrecelle como á hombre aleve, y que con engaño quebrantara el derecho de las gentes en maltratar al que para su remedio le buscaba.

Al almirante don Fadrique y al adelantado Pedro Manrique con buen número de soldados dieron cargo de cercar á Alburquerque, y de hacer la guerra á los hermanos infantes de Aragon. Gutierre de Sotomayor comendador mayor de Alcántara prendió de noche en la cama al infante don Pedro primer dia de julio, no se sabe si con parecer del maestre su tio que temia no le maltrasen los Aragoneses, si porque él mismo aborrecia el parecer del tio en seguir el partido de los Aragoneses, y pretendia con tan señalado servicio ganar la voluntad del rey: la suma es que por premio de lo que hizo, fué puesto en el lugar de su tio. A instancia del rey los comendadores de Alcántara se juntaron á capítulo: allí don Juan de Sotomayor fué acusado de muchos excesos, y absuelto de la dignidad; hecho esto, eligieron para aquel maestrazgo á don Gutierre su sobrino. El paradero de cada uno suele ser conforme al partido que toma, y el remate semejable á sus pasos y méritos. Los señores de Castilla que tenian presos, fueron puestos en libertad sea por no probárseles lo que les achacaban, sea que por muchas veces es forzoso que los grandes principes disimulen, especial cuando el delito ha cundido mucho.

CAPITULO V.

De la guerra de Nápoles.

Con la vuelta que dió á España don Alonso rey de Aragon (como arriba queda mostrado) hobo en Nápoles gran mudanza de las cosas y mayor de los corazones. Muy gran parte de

aquel reino estaba en poder y señorio de los enemigos: los mas de los señores favorecian á los Angevinos: pocos, y estos de secreto, seguian el partido de Aragon, cuyas fuerzas como apenas fuesen bastantes para una guerra, en un mismo tiempo se dividieron en muchas; y sin mirar que tenian tan grande guerra dentro de su casa y entre las manos, buscaron guerras estrañas. Fué así que los Fregosos, una muy poderosa parcialidad entre los ciudadanos de Génova, echados que fueron de su patria y despojados del principado que en ella tenian, por Philipo duque de Milán acudieron con humildad á buscar socorros estraños. Llamaron en su ayuda á don Pedro infante de Aragon, que á la sazon en Nápoles con pequeñas esperanzas sustentaba el partido del rey su hermano. Fué él de buena gana con su armada por la esperanza que le dieron de hacelle señor de aquella ciudad; á lo menos pretendia con aquel socorro que daba á los Fregosos, vengar las injurias que en la guerra pasada les hizo el duque de Milán. No fué vana esta empresa, ca juntadas sus fuerzas con los Fregosos y con los Fliscos, quitó al duque de Milán muchos pueblos y castillos por todas aquellas marinas de Génova. Despertóse por toda la provincia un miedo de mayor guerra: los naturales entraron con aquella ayuda en esperanza de librarse del señorío del duque por el deseo que tenian de novedades.



D. Juan II, en traje de batalla.

El duque de Milán cuidadoso que si perdia á Génova, podia correr peligro lo demas de su estado, se determinó de hacer paces con los Aragoneses. Para esto por sus embajadores que envió á España, prometió al rey sin saberlo los Ginoveses que le entregaria la ciudad de Bonifacio cabeza de Córcega, sobre la cual isla por tanto tiempo los Aragoneses tenian diferencia con los de Génova. Pareció no se debia desechar la amistad que el duque ofrecia con partido tan aventajado: por esto el rey de Aragon envió á Italia sus embajadores con poder de tratar y concluir las paces. No se pudo entregar Bonifacio por la resistencia que hizo el senado de Génova, pero dieron en su lugar los castillos y plazas de Portuveneris y Lerici.

Tomada esta resolucion, el infante don Pedro llamado desde Sicilia donde se habia

vuelto, puso guarnicion en aquellos castillos, y dejando seis galeras al sueldo del duque Philipo para guarda de aquellas marinas, se partió con la demas armada (1). En conclusion talado que hobo y saqueado una isla de Africa llamada Cercina, hoy Charcana, y del número de los cautivos por tener grandes fuerzas suplido los remeros que faltaban, compuestas las cosas en Sicilia y en Nápoles como sufria el estado presente de las cosas, se hizo á la vela para España (como arriba queda dicho) en socorro de sus hermanos, y para ayudallos en la guerra que hacian contra Castilla, ni con gran esperanza, ni con ninguna de poderse en algun tiempo recobrar el reino de Nápoles: las fuerzas de la parcialidad contraria le hacian dudar por ser mayores que las de Aragon: poníale esperanza la condicion de aquella nacion, acostumbrada muchas veces á ganar mas fácilmente estados de fuera con las armas que sabellos conservar, como de ordinario á los grandes príncipes antes les falta industria para mantener en paz los pueblos y vasallos que para vencer con las armas á los enemigos. Representábasele que las costumbres de las dos naciones francesa y neapolitana eran diferentes, los deseños contrarios: por donde en breve se alborotarian, y entraria la discordia entre ellos, que es lo postrero de los males.

De la reina y de los cortesanos, como de la cabeza, la corrupcion y males se derramaban en los demas miembros de la república. Juzgaba por ende que en breve pereceria aquel estado forzosamente, y se despeñaria en su perdicion, aunque ninguno le contrastase. No fué vana esta consideracion, por que el de Anjou fué enviado por la reina á Calabria con órden que desde allí cuidase solo de la guerra, sin embarazarse en alguna otra parte del gobierno ni poner en él mano. El que dió este consejo, fué Caracciolo Senescal de Nápoles: pretendia, alejado su competidor, reinar él solo en nombre ageno: cosa que le acarreó ódio, y al reino mucho mal. Deste principio como quier que se aumentasen los ódios, pasó el negocio tan adelante que el aragonés fué por Caracciolo llamado al reino. Prometíale que todo le seria fácil por haberse envejecido y enflaquecido con el tiempo el poder de los Franceses: que él y los de su valia se conservarian en su fé, y seguirian su partido. No se sabe si prometia esto de corazon, ó por ser hombre de ingenio recatado y sagáz queria tener aquel arrimo y ayuda para todo lo que pudiese suceder.

Con mas llaneza Antonio Ursino príncipe de Taranto seguia la amistad del rey, hombre noble, diligente, parcial, deseoso de poder y de riquezas, y por esto con mas cuidado solicitaba la vuelta del rey de Aragon. Avisaba que ya los tenia cansados la liviandad francesa (como él hablaba) y su arrogancia: que la aficion de los Aragoneses y su bando estaba en pie: de los otros muchos de secreto le favorecian: que luego que llegase, toda la nobleza y aun el pueblo por ódio de la torpeza y soltura de la reina se juntaria con él, y todavia si se detenia, no dejarian de buscar otras ayudas de fuera.

Despertó el aragonés con estas letras y fama; pero ni se fiaba mucho de aquellas promesas magníficas, ni tampoco menospreciaba lo que le ofrecian. Tenia por cosa grave y peligrosa, sino fuese con voluntad de la reina, contrastar de nuevo con las armas sobre el reino de Nápoles. Sin embargo, dejados sus hermanos en España, él apercebida una armada en que se contaban veinte y seis galeras y nueve naves gruesas, se determinó acometer las marinas de Africa, por parecelle esto á propósito para ganar reputacion, y entretener de mas cerca en Italia la aficion de su parcialidad. Hizose con este intento á la vela desde la ribera de Valencia, y despues de tocar á Cerdeña llegó á Sicilia.

Tenian los Franceses cercado en Calabria un castillo muy fuerte llamado Trupia (2). Apretábanle de tal manera que los de dentro concertaron de rendirse, si dentro de veinte dias no les viniese socorro. Deseaba el rey de Aragon acudir desde Sicilia, do fué avisado de lo que pasaba. No pudo llegar á tiempo por las tempestades que se levantaron, que fué la causa de rendirse el castillo al mismo tiempo que él llegaba. En Mecina se juntaron con la armada aragonesa otros setenta bajeles, y todos juntos fueron la vuelta de los Gelves, una isla en la ribera de Africa, que se entiende por los antiguos fué llamada Lotophagite ó Meninge. Está cercana á la sirte menor, y llena de muchos y peligrosos bajíos, que se mudan con la tempestad del mar por pasarse el cieno y la arena de una parte á otra, apartada de tierra firme obra de cuatro millas, llena de moradores, y de mucha frescura. Por la parte de poniente se junta mas con la tierra por una puente que tiene para pasar á ella, de una milla de largo.

(1) Lo que Mariana cuenta aquí sucedió desde 1425 hasta 1427.
(2) Tropea en la baja Calabria.

Era dificultosa la empresa y el acometer la isla por su fortaleza y los muchos Moros que guardaban la ribera; porque Bofferriz rey de Tunez, avisado del intento del rey don Alonso, acudió sin dilacion á la defensa. Tomaron los de Aragon la puente luego que llegaron, dieron otrosí la batalla á aquel rey bárbaro, fueron vencidos los Moros y forzados á retirarse dentro de sus reales. Entraron en ellos los Aragoneses, y por algun espacio se peleó cerca de la tienda del rey con muerte de los mas valientes Moros. El mismo Bofferriz perdida la esperanza escapó á uña de caballo, los demas se pusieron al tanto en huida. La matanza no fué muy grande, ni los despojos que se ganaron, dado que les tomaron veinte tiros: con todo esto no se pudieron apoderar de la isla. Detuviéronse de propósito los isleños con engaño mucho tiempo en asentar las condiciones, con que mostraban quererse rendir. Por esto la armada (como ellos lo pretendian) fué forzada por falta de vituallas de volverse á Mecina. Allí se trató de la manera que se podria tener para recobrar á Nápoles.

Ofreciase nueva ocasion, y fué que Juan Caracciolo por conjuracion de sus enemigos, que engañosamente le dijeron que la reina le llamaba, al ir á palacio fué muerto á diez y ocho de agosto. La principal movedora deste trato fué Cobella Rufa muger de Antonio Marsano duque de Sessa, que tenia el primer lugar de privanza y autoridad con la reina y aborrecia á Caracciolo con un ódio mortal. Todo era abrir camino para que recobrase aquel reino el rey don Alonso que no faltaba á la ocasion, antes solicitaba para que le acudiesen, á los señores de Nápoles. Envió una embajada á la reina, y él se pasó á la isla de Ischla, que antiguamente llamaron Enaria, para de mas cerca entender lo que pasaba. Decia la reina estar arrepentida del concierto que tenia hecho con el de Anjou, que deseaba en ocasion volver á sus primeros intentos, como se pudiese hacer sin venir á las armas.

En tratar y asentar las condiciones se pasó lo demas del estío. Llevaron tan adelante estas prácticas, que la reina revocada la adopcion con que prohijó á Ludovico duque de Anjou, renovó la que hiciera antes en la persona de don Alonso rey de Aragon: decia que la primera confederacion era de mayor fuerza que el asiento que en contrario della tomara con los Franceses. Dió sus provisiones desto en secreto, y solo firmadas de su mano, para que el negocio no se divulgase, todo por consejo y amonestacion de Cobella, por cuyos consejos la reina en todo se gobernaba, como muger sujeta al parecer ageno, y lo que era peor, al presente de otra muger, en tanto grado que ella sola gobernaba todas las cosas así de la paz como de la guerra: afrenta vergonzosa y mengua de todos. Pero la ciudad inclinada á sus deleites (por la gran abundancia que dellos tiene) y con los entretenimientos y pasatiempos de todas maneras, á trueco de sus comodidades ningun cuidado tenia de lo que era honesto, en especial el pueblo que ordinariamente suele tener poco cuidado de cosas semejantes, y mas en aquel tiempo en que comunmente prevalecia en los hombres este descuido.

Entretanto que esto pasaba en Nápoles, los infantes de Aragon se hallaban en riesgo, el uno preso, y á don Enrique tenian los de Castilla cercado dentro de Alburquerque. Teníanse sospechas de mayor guerra, por no haber guardado la fé de lo que quedó concertado: desórden de que los embajadores de Castilla se quejaron como les fué mandado en presencia del rey de Navarra por ser hermano de los infantes, y que quedaba por lugarteniente del rey de Aragon para gobernar aquel reino. Concertaron finalmente que entregando á Alburquerque, y todos los demas pueblos y castillos de que estaban apoderados los dos hermanos infantes, saliesen de toda Castilla. Tomado que se hobo este asiento, con intervencion y por industria del rey de Portugal los dos hermanos, y la infanta doña Catalina muger de don Enrique, y el maestre que era antes de Alcántara, y con ellos el obispo de Coria se embarcaron en Lisbona, y desde allí fueron á Valencia con intento de acometer nuevas esperanzas y pretensiones en España, donde esto no les saliese á su propósito, por lo menos pasar en Italia, que era lo que el rey su hermano ahincadamente les exhortaba, por el deseo que tenia de recobrar por las armas el reino de Nápoles, como el que tenia por muy cierto que la reina solo le entretenia con buenas palabras, y que con el corazon se inclinaba á su competidor y contrario; que la discordia doméstica no sufre que alguna cosa esté encubierta, todos los intentos así buenos como malos echa en la plaza.

Don Fadrique conde de Luna con diversas inteligencias que tenia, y diversos tratos, pretendia entregar en poder del rey de Castilla á Tarazona y Calatayud, pueblos asentados á la raya de Aragon. Queria que este fuese el fruto de su huida, como hombre desapode-

rado que era, de ingenio mudable, atrevido y temerario. Daba ocasion para salir con esto la contienda que muy fuera de tiempo en aquella comarca se levantó sobre el primado de Toledo con esta ocasion. Don Juan de Contreras arzobispo de Toledo, con otros seis nombrado por el rey de Castilla como juez árbitro para componer las contiendas y diferencias con el aragonés, primero en Agreda, despues en Tarazona donde los jueces residian, llevaba delante la cruz ó guion, divisa de su dignidad. El obispo de Tarazona se quejaba, y alegaba ser esto contra la costumbre de sus antepasados y contra lo que estaba en Aragon establecido; en especial se agraviaba Dalmao arzobispo de Zaragoza, cuyo sufragáneo es el de Tarazona. Decian que se hacia perjuicio á la iglesia de Tarragona y á su autoridad, y que pues otras veces reprimieron los de Toledo, no era razon que con aquel nuevo ejemplo se quebrantasen sus costumbres y derechos antiguos. El de Toledo se defendia con los privilegios y bulas antiguas de los sumos pontífices; sin embargo se entretenia en Agreda, y no entraba en Aragon por recelo que de la contienda de las palabras no se viniese y pasase á las manos. Este debate tan fuera de sazon era causa que no se atendia al negocio comun de la paz, y por la contienda particular se dejaba lo mas importante y que tocaba á todos. Por donde se tenia y corria peligro que pasado que fuese el tiempo de las treguas, de nuevo volverian á las armas: por este recelo los unos y los otros se apercebian para la guerra; dado que tenian gran falta de dinero, y mas los de Aragon por estar gastados con guerras de tantos años.

CAPITULO VI.

Del concilio de Basilea.

Los ánimos de los Españoles suspensos con las sospechas de una nueva guerra nuevas señales que se vieron en el cielo los pusieron mayor espanto. En especial en Ciudad-Rodrigo, do á la sazon se hallaba el rey de Castilla por causa de acudir á la guerra que se hacia contra los infantes de Aragon, se vió una grande llama que discurrió por buen espacio, y se remató en un trueno descomunal que mas de treinta millas de alli le oyeron muchos. Al principio del año **1433** en Navarra y Aragon nevó cuarenta dias continuos con grande estrago de ganados y de aves que perecieron; las mismas fieras forzadas de la hambre concurrian á los pueblos para matar ó ser muertas. De Ciudad-Rodrigo se fué el rey á Madrid á tener cortes: acudió tanta gente, que la villa con ser bien grande como quier que no fuese bastante para tantos, gran parte de la gente alojaba por las aldeas de alli cerca. Tratóse en las cortes de la guerra de Granada, y por haber espirado el tiempo de las treguas Fer-



Caballero de esta época, segun un altar gótico de la iglesia de S. Martin de Sescorts .diócesis y distrito de Vich.

nan Alvarez de Toledo señor de Valdecorneja fué enviado para dar principio á la guerra, y ganó algunos castillos de Moros. Por lo demas este año hobo sosiego en España.

Los grandes en Madrid á porfía hacian gastos y sacaban galas y libreas, ejercitábanse en hacer justas y torneos, todo á propósito de hacer muestra de grandeza y de la magestad del reino, y para regocijar al pueblo, de que tenian mas cuidado que de apercebirse para la guerra. En Lisboa hobo este año peste, en que murieron gran número de gente; el mismo rey don Juan falleció á catorce de agosto. Era ya de grande edad, vivió setenta y seis años, cuatro meses y tres dias, reinó cuarenta y ocho años, cuatro meses y nueve dias. Fué muy esclarecido y de gran nombre por dejar fundada para sus descendientes la posesion de aquel reino en tiempos tan revueltos y de tan grande alteracion. Sucedióle su hijo don Duarte, que sin tardanza en una grande junta de fidalgos fué alzado por rey de Portugal. Era de edad de cuarenta y un años y nueve meses y catorce dias. Fuera de las otras prosperidades tuvo este rey muchos hijos habidos de un matrimonio: el mayor se llamó don Alonso, que entre los Portugueses fué el primero que tuvo nombre de príncipe, el segundo don Fernando, que nació este mismo año, doña Philipa que murió niña, doña Leonor, doña Catalina y doña Juana, que adelante casaron con diversos príncipes.

El mismo dia que coronaron al nuevo rey, dicen que un cierto médico judío llamado Gudiala le amonestó se hiciese la ceremonia y solemnidad despues de medio dia, porque si se apresuraba, las estrellas amenazaban algun revés y desastre; y que con todo eso pasó adelante en coronarse por la mañana segun lo tenian ordenado, por menospreciar semejantes agüeros como sin propósito y desvariados. Tomado que hobo el cuidado del reino, y sosegada la peste de Lisbona, lo primero que hizo, fué las honras y exequias de su padre con aparato muy solemne: el cuerpo con pompa y acompañamiento el mayor que hasta entonces se vió, llevaron á Aljubarrota, y enterraron en el monasterio de la Batalla, que él mismo (como de suso queda dicho) fundó en memoria de la victoria que ganó de los Castellanos. Acompañaron el cuerpo el mismo rey y sus hermanos, los grandes, personas eclesiásticas en gran número, todos cubiertos de luto y con muy verdaderas lágrimas. Conforme á este principio y reverencia que tuvo este rey á su padre, fueron los medios y remate de su reinado. Esto en España.

Habia Martino pontífice romano convocado el postrer año de su pontificado los obispos para tener concilio en la ciudad de Basilea en razon de reformar las costumbres de la gente que se apartaban mucho de la antigua santidad, y para reducir los Bohemos á la fé que andaban con heregías alterados. Fué desde Roma por Legado para abrir el concilio y presidir en él el cardenal Julian Cesarino, persona en aquella sazon muy señalada. Eugenio sucesor de Martino procuraba trasladar los obispos á Italia por parecelle que estando mas cerca, tendrian menos ocasion de hacer algunas novedades que se sospechaban: oponíase á esto el emperador Sigismundo por favorecer mas á Alemania que á Italia; los demas príncipes fueron por la una y por la otra parte solicitados, en particular el de Aragon con el deseo que tenia de apoderarse del reino de Nápoles, acordó llegarse al parecer de Sigismundo de quien tenia mas esperanza que le ayudaria. Por esta causa mandó que de Aragon fuesen por sus embajadores á Basilea don Alonso de Borgia obispo de Valencia, y otros dos en su compañía, el uno teólogo, y el otro de la nobleza: lo mismo por su ejemplo hicieron los demas reyes de España, el de Portugal envió á don Diego conde de Oren por su embajador, y en su compañía los obispos y otras personas eclesiásticas.

Al principio del año 1434 falleció en Basilea el cardenal don Alonso Carrillo, varon de gran crédito por su doctrina y prudencia, amparo y protector de nuestra nacion. Sucedióle en el obispado de Sigüenza que tenia, don Alonso Carrillo el mas mozo, que era su sobrino hijo de su hermana: era protonotario y andaba en corte romana, y aun á la sazon se halló á la muerte de su tio; por estos grados llegó finalmente á ser arzobispo de Toledo. La falta del cardenal fué ocasion que el rey de Castilla pusiese mas diligencia en enviar sus embajadores al concilio, que fueron don Álvaro de Isorna obispo de Cuenca, y Juan de Silva señor de Cifuentes y alferez del rey, y Alonso de Cartagena hijo del obispo Pablo Burgense, persona que ni en la erudicion ni en las demas virtudes reconocia á su padre ventaja: á la sazon era dean de Santiago y de Segovia, y adelante por promocion que de su padre se hizo en patriarca de Aquileya, fué él en su lugar nombrado por obispo de Burgos; premio debido á los méritos de su padre y á sus propias virtudes, y en particular porque defendió en Basilea con valor delante de los prelados y el concilio la dignidad de Castilla con-

[illegible] los embajadores ingleses que pretendian ser preferidos y tener mejor asiento que Castilla. [illegible] una alteracion sobre el caso, y nueva [illegible], la cual presentada que fue á los prelados [illegible] y ahogó el orgullo de los ingleses.

[illegible] tiempo que [illegible] fuese á Roma. Dijo el pontífice Eugenio: Si don [illegible] para que [illegible] en la sala de San Pedro* cosa semejante á [illegible], que hubiese en España quien acompañase con la virtud la infamia y odio de [illegible] á la virtud [illegible] sus méritos y aventajadas partes que la [illegible] de sus antepasados. En lo que tocaba al rey de Aragon y sus infantes, el emperador [illegible] como lo esperaba, antes luego que se coronó en Roma el año pasado, como si con la corona del imperio se hubiera de repente trocado, pro[illegible] con los Venecianos, Florentines, y con Filipo duque de Milan para con [illegible] á los Aragoneses de toda Italia: asiento en que el emperador [illegible] con ruegos del pontífice [illegible] porque tuviese deso entera voluntad: pero sucedió muy al revés, y todos aquellos [illegible] y prácticas fueron en vano, segun que se entenderá por lo que diremos adelante.

CAPITULO VII.

Que Ludovico duque de Anjou falleció.

A los demas desórdenes y excesos, muchos y grandes, que don Fadrique conde de Luna [illegible] despues que se pasó á Castilla, añadió en esta sazon uno muy feo con que [illegible] y acabó de despeñarse. Era mozo atrevido y desasosegado: en Aragon dejó un estado principal; los pueblos que en Castilla le dieron, tenia vendidos á dinero, Arjona al condestable don Alvaro de Luna, y Villalon al conde de Benavente. Era pródigo de lo suyo, y codicioso de lo ageno, condicion de gente desbaratada. Así por entender que no le quedaba esperanza alguna de remediar su pobreza si no fuese con hacer algun gran desaguisado, se determinó de saquear la muy rica ciudad de Sevilla, apoderarse de las atarazanas y del arrabal llamado Triana, desde donde pensaba echarse sobre los bienes y haciendas de los ciudadanos. En especial estaba mal enojado con el conde de Niebla su cuñado que en aquella ciudad tenia grande autoridad, y dél pretendia estar agraviado y tomar venganza.

Cosa tan grande no se podia ejecutar sin compañeros. Juntó consigo otros, á los cuales aguijonaba semejante pobreza, y sus malas costumbres los ponian en necesidad de despeñarse, por tener gastados sus patrimonios muy grandes en comidas, juegos y deshonestidades sin quedalles cosa alguna: en particular dos regidores de Sevilla fueron participantes de aquel intento malvado, de cuyos nombres no hay para que hacer memoria en este lugar. Este deseño no podia entre tantos estar secreto. Así don Fadrique fué preso en Medina del Campo, donde el rey fué al principio deste año. De allí le llevaron primero á Ureña, despues á un castillo que está cerca de Olmedo: su prision y cárcel se acabaron con la vida, con tanto menor compasion de todos, que el nombre de fugitivo le hacia aborrecible á los suyos y sospechoso á los de Castilla, como ordinariamente lo son todos los que en semejantes pasos andan. Sus cómplices y compañeros pagaron con las cabezas. La condesa de Niebla doña Violante su hermana, que quiso interceder por él, sin dalle lugar que pudiese hablar al rey, fué enviada á Cuellar con expreso mandato que no saliese de allí sin tener órden, y esto por la sospecha que resultaba de que el conde confiado en la ayuda y riquezas de su hermana intentó aquella maldad.

Este fué el fin que tuvieron las esperanzas y intentos de don Fadrique, conforme á sus obras y á su inconstancia. En el cabildo de la Iglesia Mayor de Córdova se muestra su sepulcro, aunque de madera, de obra prima, con el nombre del duque de Arjona, el cual (como se tiene vulgarmente) le mandó hacer su madre que se fué tras él á Castilla. Algunos entienden que Arjona es la que antiguamente se llamó Aurigi, otros porfian que se llamó municipio Urgavonense, y lo comprueban por el letrero de una piedra que se lee en la iglesia de San Martin de aquel pueblo, que fué antiguamente basa de una estátua del emperador Adriano, y dice así:

IMP. CÆSARI DIVI TRAIANI PARTHICI FILIO, DIVI NERVÆ NEPOTI, TRAIANO, HADRIANO, AUGUSTO, PONTIFICI MAXIMO, TRIB. POT. XIIII. CONS. III. P. P. MUNICIPIUM ALBENSE URGAVONENSE DD.

Quiere decir: Al emperador César hijo de Trajano Parthico, nieto de Nerva, Adriano Augusto, pontífice Máximo, tribuno la vez décimacuarta, cónsul la tercera vez, padre de la patria el municipio Albense Urgavonense la dedicaron. No espantó la desgracia y castigo de don Fadrique á los infantes de Aragon para que no siguiesen aquel mal camino, antes echados que fueron de Castilla y despojados de sus estados que eran muy grandes, trataban de nuevo de revolver el reino con diferentes tratos que traian. Quejábase el rey de Castilla que quebrantaban las condiciones de la confederacion y asiento que se tomó con ellos poco antes: que si deseaban durasen las treguas, era forzoso hacer salir á los infantes de toda España. El rey de Navarra, oido lo que en este propósito le decian los embajadores de Castilla, persuadió á sus hermanos se embarcasen para Italia, con intento de seguillos él mismo en breve. Decíales que ganado el reino de Nápoles, de que se mostraba alguna esperanza, no faltaria ocasion para recobrar los estados que en Castilla les quitaron, pues todo lo demás seria fácil á los vencedores de Italia: llegaron por mar á Sicilia.

El rey don Alonso su hermano estaba allí á la mira, esperando ocasion de apoderarse del reino de Nápoles, y para este efecto pretendia ganar las voluntades de los señores de aquel reino, y de poner amistad con los demas príncipes de Italia, sobre todos con el pontífice Eugenio, de quien tenia esperiencia le era muy contrario y deseaba desbaratar sus intentos. Ofrecíase buena ocasion para salir con esto por la larga indisposicion de la reina, y por la diferencia que los grandes de aquel reino tenian entre sí: ítem por una desgracia que sucedió al pontífice, alborotóse tanto el pueblo de Roma, que á él fué forzado huirse de aquella ciudad. La venida á Roma de Antonio Colona príncipe de Salerno hizo que el pueblo fácilmente tomase las armas, y se alborotase contra el papa. La causa deste ódio era que perseguia á los señores de la casa Colona, y que por culpa suya aquellos dias la gente de Philipe duque de Milan debajo la conducta de Francisco Esforcia talaron y saquearon la campaña de Roma. Huyó el pontífice por el Tibre en una barca; y si bien para mayor disimulacion iba vestido de fraile Francisco, desde la una ribera y desde la otra le tiraron piedras y dardos: grande atrevimiento, pero tanto puede la indignacion del pueblo y su ira cuando está irritado. En las galeras que halló apercibidas en Ostia, pasó á Toscana.

Esta afrenta del pontífice como se divulgase por todas las provincias, causó diferentes movimientos en los ánimos de los príncipes conforme á la aficion y pretensiones de cada cual. Algunos le juzgaban por digno de aquella desgracia por tener irritados sin propósito los suyos, los de cerca y los de lejos: los mas se ofendian que se opusiese á los intentos santísimos de los padres de Basilea, y decian que por su mala conciencia temia no le fuesen contrarios. La ofension era tan grande, que estaban aparejados á tomar las armas sobre el caso. El rey de Aragon supo esta desgracia en Palermo á los nueve de julio: dolióse como era justo de la afrenta del nombre cristiano y magestad pontifical; pero de tal manera se dolia que se alegraba se ofreciese ocasion de mostrar la piedad de su ánimo y de ganar al pontífice. Envióle sus embajadores que le diesen el pésame, y le ofreciesen su ayuda para castigar sus enemigos y sosegar el pueblo.

Alegróse el pontífice con esta embajada, mas no aceptó lo que le ofrecia, porque sosegada aquella tempestad dentro del quinto mes, los alborotos de Roma cesaron, y los ciudadanos, reducidos á lo que era razon, se sujetaron á la voluntad del pontífice, y recibieron en el capitolio guarnicion de soldados; con que fueron absueltos de las censuras en que por injuriar al pontífice incurrieran. En España falleció en Alcalá de Henares á diez y seis de setiembre don Juan de Contreras arzobispo de Toledo: su cuerpo sepultaron en la Iglesia Mayor de Toledo en la capilla de San Ildefonso con enterramiento muy solemne, y las honras muy señaladas. Juntáronse los canónigos á nombrar sucesor; y divididos los votos, unos querian al arcediano de Toledo Vasco Ramirez de Guzman, otros al dean Ruy Garcia de Villaquiran. Esta division dió lugar á que el rey entrase de por medio, y á instancia suya fué nombrado por arzobispo de Toledo don Juan de Cerezuela hermano de parte de madre del condestable don Alvaro, y que de obispo de Osma poco antes pasara á ser arzobispo de Sevilla. A este mismo tiempo que el rey estaba en Madrid, falleció en aquella villa don Enrique de Villena, el cual hasta lo postrero de su vejez sufrió con paciencia y con el entretenimiento que tenia en sus estudios, la injuria de la fortuna y verse privado de sus dignidades y estados. Fué dado á las letras en tanto grado que se dice aprendió arte mágica: sus

[illegible]

[illegible] ... en el templo de la Anunciada con pequeña solemnidad y acompañamiento.

Con la muerte del duque de Anjou y de la reina las cosas de aquel reino se trocaron. el partido de Aragon se mejoró, y el de Francia comenzó á desfallecer. dado que el pueblo de Napoles, porque no se viese desamparado de señores y sin orden, declararon por rey en lugar del duque difunto á Renato su hermano, conforme á lo que la reina dejó en su testamento ordenado; mas qué ayuda les podia dar, estando preso y sin libertad? Casó los años pasados con Isabel hija de Carlos duque de Lorena: muerto su suegro, por no dejar hijo varon, se apoderó de aquel estado. Hízole contradiccion Antonio conde de Vaudemont, hermano que era del difunto: venidos que fueron á las manos Renato fué preso y entregado en poder del duque de Borgoña, con quien el dicho Antonio tenia hecha liga y alianza. Cuanto haya sido el dolor y pena que por el un desastre y por el otro recibio la reina doña Violante madre de los dos duques de Anjou, no hay para que encarecello en este lugar, pues por sí mismo se entiende. Las cosas sin duda grandemente por estos tiempos fueron contrarias á aquella familia y casa, y el cielo no les favoreció nada quier por estar enojado contra los Franceses, ó por mostrarse á los Aragoneses favorable: la verdad es que como las demas cosas, así bien la prosperidad tiene su periodo y rueda con que anda vagueando y variando por diversas naciones y casas, sin detenerse en ninguna parte por largo tiempo.

En Napoles fueron por el pueblo elegidos y nombrados por gobernadores Otin Caracciolo, Jorge Alemani y Baltasar Rata, que eran los mas señalados entre los que seguian la parte de Francia, y tenian grande mano y maña para mover á la muchedumbre y atraelle á su voluntad. Fallecieron al tanto en España grandes personages, uno fué don Rodrigo de Velasco obispo de Palencia. Matóle su mismo cocinero por nombre Juan: desastre miserable. Este perdido el seso como trajese en la mano una porra, y los de casa le preguntasen qué

era lo que pretendia hacer, respondia él que matar al Bispe: los criados por no entender lo que queria decir, ca era extrangero, se burlaban, risa que presto mudaron en lágrimas. Estando el obispo descuidado, le hirió en la cabeza, y achacó con aquella porra, de suerte que murió del golpe: de tan delgado hilo está colgada la vida y la salud de los hombres. Sucedióle don Gutierre de Toledo arcediano de Guadalajara.

CAPITULO VIII.

De la guerra de los Moros.

Fué este invierno muy áspero en España por las muchas aguas, atolladeros y pantanos. Los caminos tan rompidos que apenas se podia caminar de una parte á otra: con las crecientes muchas casas y edificios se derribaron; en Valladolid y en Medina del Campo fué mayor el estrago. En cuarenta dias no hobo moliendas á causa de las muchas aguas, tanto que la gente se sustentaba con trigo cocido por la falta de pan. El rio Guadalquivir en Sevilla llegó con su creciente hasta lo mas alto de los adarves, menos solamente dos codos: los moradores parte se embarcaron por miedo de ser anegados, otros de dia y de noche andaban velando, y calafeteando los muros y las puertas para que el agua no entrase. A los veinte y ocho de octubre comenzaron estas tempestades y torbellinos, y continuaron sin cesar hasta los veinte y cinco de marzo que se sosegaron. Fué grande la carestia y falta de vituallas, y el cuidado de proveerse cada uno de lo necesario. Con todo esto no aflojaban en el que tenian de la guerra contra los Moros, en que á las veces sucedia prósperamente y á las veces al contrario; en particular el adelantado Diego de Rivera como estuviese sobre Alora y la batiese, fué muerto con una saeta que del muro le tiraron: en otra parte en un rebate mataron los Moros á Juan Faxardo hijo del adelantado de Murcia Alonso Faxardo. Sucedió á Diego de Rivera en el oficio su hijo Perafan, que era de solos quince años; mas el rey quiso con esto gratificar en el hijo los servicios de su padre muy grandes, mayormente que el mozo daba muestra de muy buen natural.

La congoja que por estos desastres concibieron los de Castilla alivió en gran parte una buena nueva que vino, y fué que Rodrigo Manrique hijo del adelantado Pero Manrique tomó por fuerza y á escala vista á Huescar, que es una villa muy fuerte en la parte en que antiguamente se tendian y moraban los pueblos llamados Bastetanos: demas desto que un grueso escuadron de Moros que venia á socorrella, fué rompido y desbaratado por el adelantado de Cazorla y el señor de Valdecorneja que le salieron al encuentro: con la huida de los Moros el castillo de aquella villa que quedaba por ganar, se rindió; la alegría empero de esta victoria en breve se desvaneció por otro revés y daño que recibieron los fieles, no menor que el que sucediera á los enemigos. Don Gutierre de Sotomayor maestre de Alcántara entró en tierra de Moros con ochocientos caballos y cuatrocientos infantes para combatir á Archidona. Descubriéronlos las atalayas, avisaron con ahumadas, como suelen: juntáronse los comarcanos y apellidáronse hasta número de quinientos armados con saetas y con hondas, con que en algunos pasos angostos y fragosos mataron gran número de los que seguian al maestre, de suerte que apenas él con algunos pocos se pudo salvar. La venida de los bárbaros tan improvisa atemorizó á los del maestre, y con el miedo del peligro un tal pasmo cayó sobre todos que quedaron sin fuerza y sin ánimo.

Avisado con este peligro y daño Fernan Alvarez señor de Valdecorneja alzó el cerco que tenia sobre Huelma, aunque la tenia á punto de rendilla, por entender que gran número de Moros con la avilenteza que ganáran, venia á socorrella: no menos esfuerzo algunas veces es menester para retirarse que para acometer los peligros, porque aunque es de mayor ánimo y gloria vencer al enemigo, de mas prudencia y seso suele ser conservarse á sí y á los suyos para sazon mas á propósito, segun que aconteció entonces, que luego se rehizo de fuerzas, y junto con el obispo de Jaen dió la tala á los campos de Guadix con mil y quinientos caballos y seis mil de á pie, quemó las mieses que estaban para segarse, y hizo otros grandes daños á los naturales. Acudieron de Granada mayor número de gente de á caballo, y como cuarenta mil hombres de á pie: con esta morisma no dudó de pelear, resolucion cuyo suceso (por donde comunmente calificamos los acometimientos arriscados) mostró no haber sido temeraria. La victoria quedó por los cristianos con muerte de cuatrocientos Moros, y huida de los demas: para escapar les ayudó la noche que sobrevino. Seña-

lóse aquel dia de buen caballero el adelantado Perea, porque como le hobiesen muerto el caballo, y herido á él en una pierna, á pie con grande ánimo resistió á los enemigos que por todas partes le cercaban, y los hizo retirar: el menosprecio de la muerte le hacia mas valiente y le animaba; todavía la victoria no fué sin sangre de cristianos, muchos quedaron heridos y algunos murieron.

En el reino de Murcia, no muy lejos de Huescar, hay dos pueblos poco distantes entre sí, el uno se llama Velez el Rojo y el otro Velez el Blanco. Sobre estos pueblos puso cerco el adelantado Faxardo, y los apretó de manera que los moradores fueron forzados á rendirse á partido. Sacaron por condicion que se gobernasen por las mesmas leyes que antes, y que no les impusiesen mayores tributos que acostumbraban pagar. En tres años continuados sucedieron todas estas cosas en tierra de Moros, que las juntamos aquí porque no se confundiese la memoria, si se relatasen en muchas partes.

El año (de que tratábamos) fué muy señalado, por las paces que en él despues de tantas guerras se hicieron entre los Franceses y Borgoñones. Parecia que los ódios que entre sí tenian, con la mucha sangre derramada de ambas partes amansaban. Carlos rey de Francia hablaba amigablemente y con mucho respeto del Borgoñon, muestra de estar arrepentido de la muerte del duque Juan de Borgoña hecha á lo que decia contra su voluntad. Allegóse la autoridad y diligencia de tres cardenales que desde Roma vinieron por legados sobre el caso á las tres partes, Francia, Flandes y Ingalaterra. Por la gran instancia que hicieron, alcanzaron que los tres príncipes interesados enviasen sus embajadores cada cual por su parte á la ciudad de Arrás. Juntos que fueron, se comenzó á tratar de las capitulaciones de la paz. Partiéronse de la junta los Ingleses por la enemistad antigua y competencia que tenian sobre el reino de Francia. El Borgoñon se mostró mas inclinado á remediar los males tan graves y tan continuados. Concertáronse que en memoria de la muerte que se dió al duque Juan de Borgoña, el rey de Francia para honralle en el mismo lugar en que se cometió el caso, edificase un templo á su costa con cierto número de canónigos que tuviesen cuidado de asistir al oficio divino. Las ciudades de Macon y de Auxerre quedaron para siempre por el de Borgoña: otros pueblos á la ribera del rio Soma le fueron dados en prendas hasta tanto que le contasen cuatrocientos mil escudos, en que por aquella muerte penaban al francés.

Ninguna cosa parecia demasiada á aquel rey, por el deseo que tenia de reconciliarse con el Borgoñon, y apartalle de la amistad de los Ingleses, ca estaba cierto que con esta nueva confederacion las fuerzas de Francia, á la sazon muy acabadas, en breve volverian en sí, como á la verdad sucedió. En particular los de París despertados con la nueva desta alianza tomaron las armas contra los Ingleses, y aquella ciudad real volvió al antiguo señorío de Francia. Juntamente las demas cosas comenzaron á mejorarse, que hasta entonces se hallaban en muy mal estado. Nuestras historias afirman que para concertar estas paces de Arrás fué mucha parte doña Isabel hermana del rey de Portugal, que estaba casada con el duque Philipo de Borgoña. Dicen otrosí que tuvo habla con el rey de Francia para tratar de las condiciones de la paz: si esto fué así, ó si se dice en gracia de Portugal, no lo sabria averiguar.

En España las reinas de Aragon y de Navarra en sazon que los reyes sus maridos tenian con cerco apretada la ciudad de Gaeta, como se dirá luego, alcanzaron del rey de Castilla (el cual desde Madrid iba á Buitrago á instancia de Iñigo Lopez de Mendoza que pretendia allí festejalle) que el tiempo de las treguas se alargase hasta primero de noviembre. Tuvo en esto gran parte Juan de Luna señor de Illueca, que fué enviado por embajador sobre el caso, y lo persuadió á don Alvaro de Luna pariente suyo, que era el que lo podia todo, y sobre toda su prosperidad se hallaba á la sazon alegre por un hijo que su muger parió en Madrid, que llamaron don Juan. Fué grande la alegría por esta causa del rey: los grandes asimismo cuanto mas fingidamente, tanto con mayores muestras de amor procuraban ganar su gracia.

CAPITULO IX.

Como el rey de Aragon y sus hermanos fueron presos.

Con las muertes del Senescal Juan Caracciolo, y de Ludovico duque de Anjou y de la reina doña Juana parecia que al rey de Aragon se le allanaba del todo el camino para apoderarse

del reino de Nápoles por estar sin cabeza, sin fuerzas, sin conformidad de los naturales, y sin ayudas de fuera, y como dado en presa á quien quiera que le quisiese echar la mano. Muchos de los señores sea por entender lo que se imaginaba era forzoso, sea por el ódio que tenian al gobierno del pueblo que en ninguna cosa sabe templarse, comunicado entre sí el negocio, se apoderaron de Capua con su castillo: ciudad muy á propósito para hacer la guerra. Desde allí por medio de Raynaldo de Aquino, que enviaron sobre el caso á Sicilia, ofrecieron sus fuerzas y todo lo que podian al rey de Aragon con tal que se apresurase, y no los entretuviese con esperanzas, pues era forzoso usar de presteza antes que la parcialidad contraria se apercibiese de fuerzas.

Hallábanse con el rey de Aragon tres hermanos suyos, todos de edad muy á propósito y de naturales excelentes. Don Pedro quedó en Sicilia para recoger y juntar toda la demas armada: el rey con el de Navarra y don Enrique solamente con siete galeras del puerto de Mecina se hizo á la vela. Tomó primero la isla de Ponza, despues la de Ischia, y finalmente llegó á Sessa, do gran número de señores eran idos desde Capua á esperar su venida; el mas principal de todos era Antonio Marsano duque de Sessa. Tratóse en aquellla ciudad de la manera como debian hacer la guerra: acordaron de comun parecer en primer lugar poner cerco sobre la cuidad de Gaeta. A siete de mayo se juntaron sobre ella la armada de Aragon y la gente de tierra que seguian á los señores Neapolitanos, con que la sitiaron por mar y por tierra. Vino eso mesmo con sus gentes el príncipe de Taranto. El rey de Aragon se apoderó del monte de Orlando que está sobre la ciudad, con que tenia gran esperanza de tomalla por hallarse á la sazon los cercados no menos faltos de vituallas que llenos de miedo. Inclinábanse ellos á entregarse; mas los Ginoveses que eran en gran número, á causa de sus mercadurías y tratos de que aquella nacion saca grandes intereses, se resolvieron con gran determinacion de defender la ciudad.

Tomaron por su cabeza á Francisco Espinula hombre principal, y que en gran manera atizaba á los demas: con este acuerdo hicieron salir de la ciudad toda la gente flaca, á los cuales el de Aragon recibió muy bien. Hízoles dar de comer y envió salvos á los lugares comarcanos: humanidad con que ganó grandemente las voluntades así de los cercados como de toda aquella provincia y nacion. Avisado el Senado de Génova del aprieto en que los suyos estaban, y porque así lo mandaba Philipo duque de Milan, acordaron enviar de socorro una armada guarnecida de gente y bastecida de trigo y de municiones. Señalaron por general de la armada á Blas Assareto, hombre á quien la destreza en las armas, y conocimiento de las cosas del mar, de lugar muy bajo, y de muy pobre que era en su mocedad, levantó á aquel cargo: llevaba doce naves gruesas, dos galeras y una galeota.

El rey de Aragon, avisado de la venida desta armada de Génova, le salió al encuentro con catorce naves gruesas y once galeras. Embarcáronse con él y por su ejemplo casi todos los señores con cierta esperanza que llevaban de la victoria. Los Aragoneses llegaron á la isla de Ponza, la armada de los enemigos surgió á la ribera de Terracina. Avisaron los Ginoveses con un rey de armas que enviaron al rey de Aragon, que su venida no era para pelear, sino para dar socorro á sus ciudadanos y proveellos de vituallas; que si esto les otorgaba y les daba lugar para hacello, no seria necesario venir á las manos. Fué grande la risa de los Aragoneses, oida esta embajada, y no pocos los denuestos que sobre el caso dijeron. Con esto tomaron las armas y ordenaron los unos y los otros sus bajeles. Antes de comenzar la pelea tres naves de los Ginoveses apartadas de las demas se hicieron al mar, con órden que se alargasen, y cuando la batalla estuviese trabada acometiesen á los contrarios por las espaldas. Los Aragoneses por pensar que huian, sin ningun órden acometieron á las demas naves enemigas no de otra suerte que si la presa y la victoria tuvieran en las manos; solamente temian no se les escapasen por la ligereza.

El rey de Aragon con su nave embistió la capitana contraria. El general Ginovés con gran presteza dió vuelta con su nave, y con la misma cargó por popa la real con saetas, dardos y piedras en gran número, que por su gran peso y por el lastre estaba trastornada. Con el mismo denuedo se acometieron entre sí las demas naves y se abordaron: trabadas con garfios peleaban no de otra manera que si estuvieran en tierra. Sobrepujaban en número de gente y de naves los Aragoneses, pero su muchedumbre los embarazaba, y muchos por estar mareados mas eran estorbo que de provecho; los Ginoveses por estar acostumbrados al mar asi marineros como soldados en destreza y pelear se aventajaban. Las galeras no hicieron efecto alguno por estar las naves entre sí trabadas, y ser de muy mas alto bor-

de. La pelea se continuaba hasta muy tarde, cuando las tres naves de los Ginoveses, que al principio parecia que huian, dando la vuelta acometieron de través las reales, causa de ganar la victoria. Entraron los enemigos y saltaron en la real: amonestaban á los que en ella peleaban, se rindiesen. Era cosa miserable ver lo que pasaba, la voceria y alaridos de los que mataban, y de los que morian: ninguna cosa se hacia con órden ni concierto, todo procedia acaso.

La nave del rey con los golpes del mar hacia agua: avisado del peligro en que estaba, dijo que se rendia á Philipo duque de Milan, bien que ausente. En la mesma nave prendieron al príncipe de Taranto y al duque de Sessa; en otras doce naves que vinieron en poder de los enemigos, otro gran número de cautivos, entre ellos el rey de Navarra, al cual al principio de la pelea libró de la muerte Rodrigo Rebolledo que tenia á su lado. Fué preso asimismo don Enrique de Aragon: de don Pedro no concuerdan los autores, unos dicen que se halló en la batalla, y que escapó con tres galeras cubierto de la escuridad de la noche; otros que con la demas armada que traia de Sicilia, llegó á la isla de Ischia al mismo tiempo que se dió la batalla. Fueron demas de los dichos presos Ramon Boil virrey que era de Nápoles, don Diego Gomez de Sandoval conde de Castro con dos hijos suyos Fernando y Diego, don Juan de Sotomayor, Iñigo Dávalos hijo del condestable don Ruy Lopez Dávalos, junto con un nieto del mismo, hijo de Beltran su hijo, que se decia Iñigo de Guevara, y desde España acompañaron á los reyes para esta guerra de Nápoles.



D. Alvaro de Luna en traje de batalla.

Despues de la victoria, que fué tan señalada y memorable, los de Gaeta con una salida que hicieron, ganaron los reales de los Aragoneses, y saquearon el bagage, que era muy rico por estar allí las recámaras de príncipes tan grandes: las compañías que quedáran allí de guarnicion, y los soldados parte fueron presos de los enemigos, otros huyeron por los despoblados y por sendas desusadas. Quién no pensára que con esto el partido de Aragon y sus cosas quedaban acabadas, perdida aquella jornada y la victoria que parecia tenian entre las manos? entendimientos ciegos de los hombres, consejos impróvidos, y varias mu-

danzas y truecos de las cosas! Todo fué muy al contrario, que este revés sirvió á los vencidos de escalon para recobrar mas fácilmente el reino, y perder la libertad les fué ocasion de mayor gloria: quién tal creyera? quién lo pensára? Desta manera los pensamientos de los hombres muchas veces se mudan en contrario, gobernados y encaminados no por la loca fortuna, sino por mas alto y mas secreto consejo. Dia viernes á cinco de agosto se dió esta batalla cerca de la isla de Ponza, que fué de las mas señaladas del mundo.

CAPITULO X.

Como el rey de Aragon y sus hermanos fueron puestos en libertad.

Dada que fué la batalla, los vencedores dieron la vuelta á Génova: allí quedó la mayor parte de los cautivos que se tomaron, como por premio del trabajo y del gasto. Los reyes y muchos de los nobles presos que llegaban á trecientos, llevaron á Milan: el mismo general Ginovés con ellos hizo su entrada á manera de triunfo nobilísimo, y cual de mucho tiempo atrás no se vió en parte alguna. Toda Italia estaba suspensa y á la mira como usaria aquel duque de aquella nobilísima victoria; y sus fuerzas que antes eran temidas de los de cerca, comenzaron á poner espanto á los que caian mas lejos. Temian quisiese aquel príncipe de condicion orgulloso acometer á hacerse señor de toda Italia con la codicia que tenia de mandar, y por estar ejercitado en guerras continuas. El mismo se hallaba muy dudoso de lo que en aquel caso se debia hacer, y que resolucion seria bien tomar; revolvia en su pensamiento muchas trazas: si forzaria á los reyes que tenia en su poder á recibir algunas condiciones pesadas: si haria que se rescatasen á dinero, cosa que de presente trajera provecho y contento; pero era de temer que no vengasen adelante aquella injuria con sus armas y las de sus amigos, y despues de vencidos (como tenian de costumbre) volviesen á las armas y á la guerra con mayor brio. Pensaba si los recibiria y trataria con mucha honra, y con ponellos en libertad sin rescate haria le quedasen mas obligados: honroso acuerdo fuera éste, y que pondria admiracion á todo el mundo. Consideraba por otra parte que no era consejo prudente por ganar renombre y fama perder tan buena ocasion de ensanchar su señorío y aventajarse, y jugar á resto abierto por esperanza que pocas veces sale cierta y verdadera, en especial que los hombres tienen costumbre, cuando los beneficios son tan grandes que no los pueden pagar, recompensallos con alguna grave injuria y ingratitud señalada. En fin prevaleció el deseo de loa y de fama: trató á aquellos príncipes en su casa con mucha honra y regalo como si fueran sus compañeros y amigos. Hecho esto, se resolvió de soltallos y enviallos cargados de muy grandes presentes.

Con esta resolucion dió muy grata audiencia al rey de Aragon, que un dia en su presencia trató muy á la larga, y probó con muchos ejemplos que los Franceses de su natural eran desapoderados sin poner término al deseo de ensanchar su señorío: que muchas veces trataran de derribar y deshacer á los duques de Milan, y no tenian mudados los corazones: si se acostumbrasen á las riberas de Italia, luego que se apoderasen del reino de Nápoles, fácilmente se concertarian con los Ginoveses que les eran amigos y vecinos, sin reparar ni desistir de intentar nuevas empresas hasta tanto que se viesen apoderados de toda Italia: que su padre Juan Galeazo y sus antepasados nunca se aseguraron de los intentos de Franceses. Estas cosas se trataban en el castillo de Milan, y estas práticas andaban cuando madama Isabel por mandado de su marido Renato duque de Anjou, que como queda dicho estaba preso, pasó por mar primero á Génova, despues á Gaeta, y últimamente con su llegada á Nápoles, que fué á los diez y ocho de octubre, reforzó grandemente y animó á los que seguian su partido. Ayudóla con gentes que le envió el papa Eugenio, y ella por sí ganaba las voluntades del pueblo por su gran nobleza, excelente ingenio, condicion y trato muy apacible.

España cuidadosa y triste por el trabajo de los reyes revolvia varias práticas de guerra y de paz. Juntáronse cortes de Aragon en Zaragoza (1), en que á peticion de la reina se trató de apercebir una armada para conservar las islas de Cerdeña y de Sicilia que sospechaban serian acometidas por los vencedores; que ya nadie se acordaba ni tenia esperanza del reino de Nápoles. En Soria á los confines de Aragon y de Castilla hobo habla entre el

(1) Las convocó en Zaragoza el dia 15 de octubre para celebrarlas en Monzon el 15 de noviembre.

rey de Castilla y la reina de Aragon su hermana. Allí se concluyó que las treguas asentadas entre los dos reinos durasen y se prolongasen por otros cinco meses. Parecia cosa injusta aprovecharse del desastre ageno; y los ánimos de los grandes de Castilla por la desgracia de aquellos reyes se movian á compasion. Partiéronse de Soria : en el camino se supo que la reina doña Leonor madre de los dos reyes falleció en Medina del Campo mediado el mes de diciembre: la fuerza del dolor que recibió por el desastre de sus hijos, súbitamente le arrancó el alma ; la muerte repentina hizo se creyese era esta la causa. Fué una señora muy principal y madre de príncipes tan grandes. Hiciéronle honras en muchos lugares, y en especial el rey don Juan se las hizo en Alcalá de Henares y la reina su muger en Madrigal. Fué sepultada en San Juan de las Dueñas, un monasterio de monjas que ella levantó á su costa fuera de aquella villa, en que pasaba su vida con mucha santidad.

En Milan últimamente se hizo confederacion y avenencia entre aquel duque y los príncipes sus prisioneros, cuyas capitulaciones eran : Que sin esceptuar á ninguno tuviesen los mismos por amigos y por enemigos : el duque para recobrar el reino de Nápoles prometió de ayudar con sus fuerzas y gentes : lo mismo hizo el rey de Aragon, que prometió toda su ayuda para hacer la guerra á los enemigos del duque de Milan. En gran cuidado puso este asiento así á los Italianos como á las demás naciones. El rey de Navarra fué enviado en España con poderes muy bastantes para gobernar el reino de Aragon. Era necesario allegar dinero, hacer nuevas levas de soldados, y apercebir una gruesa armada. El príncipe de Taranto y el duque de Sessa fueron á Nápoles para animar y esforzar á los de su parcialidad, y para que avisasen al infante don Pedro en nombre del rey su hermano que les acudiese con la armada que tenia aprestada en Sicilia. Ejecutóse con gran presteza lo que el rey mandaba : llegada que fué la armada de Sicilia á la isla de Ischia, se apoderó de la ciudad de Gaeta por entrega que della hizo Lanciloto (2) su gobernador, natural que era de Nápoles, á veinte y cinco de diciembre dia de Navidad, y principio del año 1436.

Pocos dias despues el rey de Aragon, puesto en libertad por el duque como está dicho, llegó á Portovenere, el cual castillo y el de Lerice entre tan grandes tempestades, dado que están en las marinas de Génova, se conservaron en la fé del rey de Aragon, y se tenian por él mas por miedo de la guarnicion Aragonesa que tenian, que por voluntad de los naturales. Algunos dicen que del desastre y libertad del rey de Aragon se dieron diversas señales y se vieron milagros : cada cual les dará el crédito por si mismo que la cosa merece ; á mi no me pareció pasar en silencio cosas tan públicas y tan recebidas comunmente. El mismo dia que se dió la batalla cerca de la isla de Ponza, en la puente que en Zaragoza se edificaba sobre Ebro de obra muy prima y muy ancha, como á medio dia sin bastante ocasion para ello se cayó el arco principal, y con su caida mató cinco hombres.

Dirá alguno que las cosas casuales suele el vulgo muchas veces, cuando son pasadas ; publicallas por milagros y sacar dellas misterios: sea así, pero qué diremos de lo que se sigue? Nueve leguas mas abajo de Zaragoza á la ribera del mismo rio Ebro está un pueblo llamado Vililla, edificado de una colonia de los Romanos que en los pueblos Ilergetes se llamaba Celsa. En este tiempo y en el de nuestros abuelos por ninguna cosa es el dicho pueblo mas conocido que por una campana que allí hay, la cual aquellos hombres están persuadidos que diversas veces por si misma con una manera extraordinaria se toca, sin que ninguno la mueva, para anunciar cosas grandes que han de venir, buenas, ó malas. Yo no trato de la verdad que esto tiene, ni lo tomo á mi cargo. Consta por lo menos que autores graves lo refieren, y citan testigos de vista de aquel milagro. Dicen pues que aquella campana un dia antes que los reyes fuesen presos, se tañó por si misma, y otra vez á treinta de octubre, y la tercera á cinco del mes de enero próximo siguiente, dia en que hecha la alianza en Milan, el rey de Aragon fué puesto en libertad. Muchas plegarias se hicieron, y muchas misas se dijeron para aplacar la ira de Dios que por estas señales entendian les amenazaba : congoja y cuidado de que se libraron los naturales con la buena nueva que vino de la libertad dada á sus príncipes; y la tristeza que recibieran por aquel grave desman, y el miedo de algun nuevo mal que sospechaban se daba á entender por aquellas señales, se trocó en pública alegria de toda aquella nacion, y aun de lo demas de España.

(2) Este caballero murió de muerte natural y despues se entregó la guarnicion.

CAPITULO XI.

De las paces que se hicieron entre los reyes de Castilla y de Aragon.

De las paces que se hicieron en Milan, resultó una nueva y pesada guerra: los Ginoveses tomaron las armas, y públicamente se revolvieron contra el duque de Milan. Tenian aquellos ciudadanos por cosa pesada que el fruto de la victoria ganada con su peligro y esfuerzo otros se lo quitasen, y que Philipo duque de Milan se llevase las gracias de las paces hechas con los reyes, y de ponellos en libertad con presentes que les dió: liberalidad con que quedaban cargados del ódio que por fuerza les tendrian los Aragoneses y Catalanes, naciones con las cuales antiguamente tuvieron grande enemiga. Querellábanse demas desto que el amparo de los duques de Milan, á que forzados acudieron el tiempo pasado, le mudasen en señorio y en una dura servidumbre. Alterados con esta indignacion, hecha liga en puridad con el pontífice Eugenio y con Renato duque de Anjou, tomaron las armas. Gobernaba aquella ciudad en nombre del duque Philipo Paccino Alciato, que fué muerto en aquella revuelta y alboroto del pueblo: á otros que estaban por el duque, pusieron las espadas á los pechos, y algunos quedaron heridos, algunos muertos; mirábanles las palabras, los meneos que hacian y visages, por ver si daban alguna muestra de aborrecer lo que de presente se hacia, y favorecer á los de Milan. Con esto (lo que acontece en los alborotos del pueblo) en breve á lo que acudió la mayor parte, se allegaron todos los demas: si algunos sentian lo contrario, en lo público aprobaban y adulaban los intentos de los alborotados.

El principal movedor deste motin fué Francisco Espinula, que ganó nombre de valiente por la defensa de Gaeta que hizo poco antes, de que cobrara gran soberbia: sobre todo se movia por ser enemigo de los Fliscos y de los Fregosos, linages que se arrimaban á los Aragoneses. Muchos pueblos por aquella comarca á ejemplo de Génova y por su autoridad, despertados con la dulzura y esperanza que se prometian de la libertad, se levantaron, y echaron de sí la guarnicion que tenian por el duque de Milan. Detuvieron los españoles que tenian cautivos, por los cuales y para librallos el rey de Aragon les hobo de pagar setenta mil escudos. Con los Sicilianos se hobieron mas mansamente por causa de la antigua amistad, buen acogimiento y contratacion que con aquella isla tenian: así los soltaron sin rescate; solo tres hijos de Juan de Veintemilla quedaron por largo tiempo en Génova, no se sabe si por aborrecimiento que les tuviesen, si por pretender dellos alguna grande cantidad.

El rey de Aragon á instancia del duque Philipo procuraba sosegar las alteraciones de Génova con la armada que don Pedro su hermano le envió desde Gaeta, pero desistió de la empresa por parecelle cosa larga esperar hasta tanto que sosegase aquella gente tan alborotada: para la priesa que él tenia de acudir á las cosas y reino de Nápoles, cualquiera tardanza le era muy pesada: sabia muy bien que en las guerras civiles un dia y una hora, si no se acude con tiempo, suele causar grandes mudanzas, y ser causa que grandes ocasiones se desbaraten; ninguna cosa es mas saludable que la presteza. Con esta resolucion de Portovenere envió á don Enrique su hermano á España. Hízole merced del estado de Ampurias, y mandóle que ayudase en la guerra, si el rey de Castilla se la hiciese por aquella parte, de que se recelaban á causa que el tiempo de las treguas espiraba. El mismo rey con la armada se hizo á la vela, y llegó á Gaeta á dos de febrero: en este medio don Pedro su hermano se apoderara de Terracina con gran sentimiento del pontífice Eugenio, cuya era aquella ciudad, por pensar que los Aragoneses eran tan arrogantes que no contentos con el reino de Nápoles pretendian apoderarse de toda Italia sin tener respeto á la magestad sacrosanta, ni moverse por algun escrúpulo por ser feroces, ralea de hombres fiera y mala, como él decia.

Con la venida del rey los señores Neapolitanos y los soldados acudieron á Gaeta. Nombró por general del ejército á Francisco Picinino (en que tuvo consideracion á hacer placer al duque Philipo, acerca del cual Nicolao padre de Francisco tenia en todas las cosas el principal lugar de autoridad y mando) en aquella sazon capitan muy señalado, de grande ejercicio en las armas, y que se podia comparar con los caudillos antiguos. Ardia Italia en ruidos y asonadas de guerra: unas ciudades suspensas con las sospechas que tenian de una nueva guerra; otras hacian ligas y confederaciones entre sí para echar los Aragoneses de

Italia. En particular los Venecianos, Florentines y Ginoveses á persuasion y con ayuda del pontífice Eugenio quien por ódio de nuestra nacion, quien por amor de la francesa se ligaban para este efecto, y juntaban sus fuerzas.

En España por el mismo tiempo se hacia la guerra á los Moros. Entre los demas reyes estaban para concluirse las paces por la gran instancia y diligencia que en ello puso el rey de Navarra. Su intento era volver las fuerzas de aquella nacion contra Italia sin cuidar de las cosas de España. Dos castillos llamados el uno Galea y el otro Castilleja se rindieron en tierra de Moros á Rodrigo Manrique, que andaba con gente por aquellas partes. El alegría que resultó desta buena nueva, en breve se mudó en mayor cuita por el desastre muy triste del conde de Niebla don Enrique de Guzman, el cual por hacer muestras de su esfuerzo y ganar la gracia de su rey tenia puesto cerco sobre Gibraltar, pueblo asentado sobre el estrecho. Allí como despues de cierta escaramuza se recogiese á su armada, se ahogó con otros cuarenta compañeros por dar lado y hundirse el batel á causa de los muchos que acudieron, y estar el mar con la ordinaria creciente alterado. Don Juan de Guzman con el dolor que recibió del desastre de su padre, y desconfiado de salir con la empresa, alzado sin tardar el cerco, se retiró á Sevilla. Este caballero fué el primer duque de Medina Sidonia por merced que poco adelante le hizo el rey don Juan deste título. Quiso ablandar aquel dolor, y gratificar aquel servicio y voluntad con esta honra hecha á la familia nobilísima, y de las mas poderosas de España, de los Guzmanes.

Hallábase el rey en Toledo do era vuelto despues que visitó á Alcalá y á Madrid. La corte se ocupaba en juegos y regocijos con poco ó ningun cuidado de la guerra. En aquella ciudad á dos de setiembre se concluyeron las paces entre Castilla, Aragon y Navarra: ocasion y materia para todos de gran alegría (1). Entendieron en hacer el asiento don Alonso de Borgia obispo de Valencia, y don Juan de Luna y otras personas principales que vinieron de Aragon; y con ellos el arzobispo de Toledo, el maestre de Calatrava y don Rodrigo conde de Benavente, que despues de muchas porfías se acordaron en estas condiciones: doña Blanca hija mayor del rey de Navarra case con don Enrique príncipe de Castilla: en dote á la doncella se den Medina del Campo, Olmedo, Roa y el estado de Villena: si deste matrimonio no quedare sucesion, estos pueblos vuelvan al señorío de Castilla, y en tal caso se dé cierta cantidad de dineros (en que se concertaron) al rey de Navarra en recompensa de aquellos lugares: á don Enrique de Aragon se dén cada un año cinco mil florines y á su muger tres mil: los pueblos y castillos quede una y otra parte se tomaron durante la guerra á la raya de aquellos reinos, se vuelvan á los señores antiguos: á los que de una y otra parte se pasaron, sea atorgado perdon, fuera del conde de Castro y el maestre de Alcántara; demas destos sacó el de Navarra por su parte á Jofre marques de Cortes por ser hombre inquieto, deseoso de novedades, y que por ser de sangre real pretendia apoderarse del reino.

Con estas capitulaciones las treguas se mudaron en paces, y concertaron de hacer liga contra todas las naciones y principes. Solamente el rey de Castilla sacó al de Portugal y al francés. Y de parte de los Aragoneses exceptuaron al duque de Milan y Gaston conde de Fox, cuyo padre llamado Juan falleció poco antes desto y él heredó aquel estado en edad de quince años, y era yerno del rey de Navarra concertado con doña Leonor su hija menor. Divulgado este concierto, en todas partes se hicieron procesiones, alegrías y regocijos: gozábanse que quitado el miedo de la guerra cesaban los males, y parecia que en España las cosas irian grandemente en mejoria. El conde de Castro en breve alcanzó perdon, y volvió á Castilla, y hostigado con destierro tan largo en lo de adelante se mostró mas recatado que antes.

Lo que aqui se dice y en otras partes del conde de Castro se sacó de las corónicas destos reinos: los de su casa muestran cédulas reales en aprobacion del conde, y en que le prometen recompensa jurada por lo que en estas revueltas le quitaron: muchas alegaciones y procesos que se causaron en defensa de su lealtad, en que holgáramos se procediera á sentencia para que todos nos conformáramos. Lo que se puede decir con verdad, es que fué un gran caballero, y en todas sus obras de los mas señalados de aquel tiempo. La nota á mi ver es de poca consideracion por correr la misma fortuna muchas de las mejores casas de Castilla, como del almirante, conde de Benavente y conde de Alba, con otro gran número de nobleza que entraron á la parte, sin que por ello hayan perdido punto de su reputacion, y en el conde fué mas escusable lo que hizo, por la obligacion que le corria de seguir

(1) Segun la *Crónica* fué á 22 de setiembre.

y acompañar á los hijos del con quien se crió desde su niñez, que fué el infante don Fernando que despues fué rey de Aragon, demas que los temporales corrieron tan turbios y ásperos que apenas se puede deslindar de que parte de las dos estuviese la razon y la justicia, y es ordinario que en tiempos semejantes los mejores padezcan mas: razones todas de momento para no reparar en este punto ni hacer desto mucho caso.

En el entretanto el rey de Aragon no dejaba de atraer y ganar los corazones de los Neapolitanos, y ayudar con industria sus fuerzas. Juntósele Baltasar Rata conde de Caserta, que era uno de los gobernadores nombrados por el pueblo: lo mesmo Ramon Ursino conde de Nola. Para ganalle y obligalle le prometieron por muger á doña Leonor, doncella de sangre real, y hija del conde de Urgel que poco antes desto falleció en Játiva. Con tanto el rey, de la ciudad de Capua en que se hacia la masa de la gente, salió en campaña con intento en ocasion de combatir á los enemigos, y apoderarse (como en breve se apoderó) del valle de San Severino, de la ciudad de Salerno, y de las marinas de Amalfi. Puso guarniciones en todos estos lugares, con que las fuerzas de Aragon se afirmaron, y enflaquecieron





Moneda de D. Alonso V de Aragon.

las de los Angevinos. Quedaba entre otras la ciudad de Nápoles cabeza del reino. Tenian no pequeña esperanza de ganalla por estar los ánimos muy inclinados al Aragonés, y por ser grandes las fnerzas de su parcialidad. Lo que sobre todo les ponia buen corazon y animaba, eran los dos castillos que en aquella ciudad en medio de tan grandes tempestades todavia se tenian por Aragon: cosa que parecia milagro, y era como buen agüero para la guerra que restaba.

CAPITULO XII.

Que los Portugueses fueron maltratados en Africa.

Fué este invierno áspero por las heladas grandes y por las muchas nieves que cayeron en España: nadie se acordaba de frios tan recios; en particular estando el rey en Guadalajara siete leñadores que salieron por leña á los montes comarcanos, perecieron y se quedaron helados por la gran fuerza del frio el mismo dia de año nuevo de 1437. Sobre las nieves cayeron heladas, y sobre lo uno y lo otro corrieron cierzos, con que mucha gente pereció. Queria el rey en tan recio tiempo pasar á Castilla la Vieja, y por estar los puertos muy cubiertos de nieve fué necesario enviar delante trecientos peones, que abrieron el camino, y apartaron la nieve á la una y á la otra parte con montones que hacian á manera de valladar de la altura de un hombre á caballo. Con esta diligencia se pasaron los montes con que parten término las dos Castillas, la Nueva y la Vieja; y el rey acudió á cosas que le forzaron á ponerse en aquel trabajo.

De Roa por el mes de marzo pasó á Osma, desde allí envió al príncipe don Enrique su hijo á Alfaro villa principal á la raya de Navarra. Fueron en su compañía los mas de los grandes, entre todos el que mas se señalaba era don Alvaro de Luna, que poco antes sacó á la reina por pura importunidad el castillo de Montalvan, y le juntó con Escalona que ya poseia cerca de Toledo, sin acordarse que cuanto crecia en poder, tanto era la envidia mayor, contra la cual ningunas fuerzas bastan á contrastar. Dos dias despues que el príncipe llegó á Alfaro, vino al mismo lugar la reina de Navarra acompañada de sus hijos, y de mucha gente de los suyos, en especial del obispo de Pamplona y de Pedro Peralta mayordomo mayor de la casa real, y de otros señores. Hiciéronse con grande solemnidad los desposorios del príncipe y de doña Blanca en edad que tenian de cada doce años. Desposólos

el obispo de Osma don Pedro de Castilla, persona muy noble, y de sangre real. Gastáronse en regocijos cuatro dias, los cuales pasados, la reina de Navarra y la desposada su hija se volvieron á su tierra.

El rey de Castilla y su hijo el príncipe don Enrique fueron á Medina del Campo. En aquella villa por consejo de don Alvaro de Luna y del conde de Benavente fué preso el adelantado Pedro Manrique por mandado del rey, y enviado al castillo de Fuentidueña para que allí le guardasen. Sucedió esta prision por el mes de agosto, que fué un nuevo principio de alborotarse el reino, de que grandes males resultaron. Las causas que hobo para hacer aquella prision, no se saben; lo que con el tiempo y por el suceso de las cosas se entendió, fué que con otros señores tenian comunicado en que forma podrian derribar á don Alvaro de Luna, cosa que en aquella sazon se tenia por crimen contra la magestad, y aleve.

Fué este año memorable y desgraciado á los Portugueses por el estrago muy grande que en ellos hicieron los Moros en Africa. Ardian los cinco hermanos del rey de Portugal en deseo de ganar nombre y ensanchar su señorio: en España como podian por ser aquel reino tan pequeño, y tener hechas poco antes paces con los comarcanos? Cuidaron seria mas honrosa empresa la de Africa como contra gente enemiga de cristianos. Deteníalos la falta de dinero para la paga y socorro de los soldados. Para remedio desta dificultad por medio del conde de Oren embajador de Portugal en la corte romana alcanzaron del pontífice Eugenio indulgencia para todos aquellos que tomasen la señal de la cruz por divisa y se alistasen para aquella jornada. Fué grande la muchedumbre y canalla de gente que sabido esto acudió á tomar las armas. Don Fernando maestre de Avis, como el mas ferviente que era de sus hermanos, se ofreció para ser general en aquella empresa. Tratóse de la manera que se debia hacer la guerra, en una junta del reino que para esto tuvieron.

Don Juan maestre de Santiago en Portugal, uno de los hermanos, era de ingenio mas sosegado, y mas prudente: como tal fué de parecer (el cual puso por escrito) que no debian acometer á Africa si no fuese con todas las fuerzas del reino, por ser aquella provincia poderosa en armas, gente y caballos. Decia que muchas veces con gran daño fuera acometida, y al presente seria su perdicion, si no se median con sus fuerzas, y si no sabian enfrenar aquel orgullo, ó celo desapoderado. «Ojalá yo salga mentiroso; pero si no sosegais »esta gana de pelear, y la gobernais con la razon, los campos de Africa quedarán cubier»tos con nuestra sangre. En esta gente y soldados confiais? antes de la pelea se muestran »bravos, y venidos á las manos, en el peligro y trance cobardes; pues no tienen uso de las »armas, ni fortaleza, ni vigor en sus corazones, solo número y no mas. Por ventura me»nospreciais á los Moros? temo que este menosprecio ha de acarrear algun gran mal. Mirad »que irritais una gente muy determinada, sin número y sin cuento, y que por su ley, por »sus casas, por sus hijos, y mugeres pelearán con mayor ánimo. Direis que vais confiados »en el ayuda de Dios: eso seria, si las vidas y costumbres fueran á propósito para aplacalle »mejores de lo que vemos en esta gente, y si con madureza y con prudencia se tomaren »las armas; que los santos no favorecen los locos atrevimientos y sandíos, antes será por »demas cansallos con plegarias y rogativas no limpias. Alguna experiencia que tengo de las »cosas, y el amor ferviente de la patria y de la salud comun me hacen hablar así, y temer »no cueste á todos muy caro esta resolucion que teneis en vuestros ánimos concebida.»

Aprobaban este parecer todas las personas mas recatadas, en especial los infantes don Pedro y don Alonso; solo don Enrique era el que fomentaba los intentos de don Fernando: tenia grande autoridad, por ser el que era, y por sus riquezas y estudios de letras con que acreditaba todo lo demas. Sucedió lo que es ordinario, que los mas y su parecer, aunque peor, prevaleció contra lo que sentia la mejor parte: de suerte que por comun acuerdo se resolvieron en pasar adelante. Apercibieron una armada, y en ella embarcaron hasta seis mil soldados: sonaba la fama que el número de la gente era doblado, es á saber doce mil combatientes, que fué otro nuevo daño. A doce de agosto se hicieron á la vela, y dentro de quince dias llegaron á Africa. En Ceuta donde surgieron, hicieron consulta en que manera se haria la guerra. Tomaron resolucion de cercar á Tanger, ciudad de Romanos antiguamente muy noble, á la sazon pequeña. Está puesta al estrecho enfrente de Tarifa: al derredor tiene grandes arenales, por donde el campo no se puede sembrar y es estéril, fuera de algunos bajos y valles que hay, que por regarse con las aguas de cierta fuente que cerca tienen, son de gran frescura y fertilidad.

Los cercados, puesto que por espacio de treinta y siete dias fueron combatidos gallardamente, nunca perdieron el ánimo, antes por la esperanza qne tenian de ser presto socorridos, se animaban á defender la ciudad. Acudieron á socorrella los reyes de Fez y de Marruecos y otros señores Africanos con seiscientos mil hombres que traian de á pie, y setenta mil de á caballo, maravilloso número, si verdadero: la fama y el ruido suele ser mas que la verdad. A tanta gente cómo podian resistir los Portugueses? Pelearon al principio fuertemente, despues cercados por todas partes de muchedumbre tan grande, se hicieron fuertes en sus reales, pero tristes, fijados los ojos en tierra, ni respondian, ni preguntaban, antes todo el tiempo que podian, se estaban dentro de las tiendas: la misma luz y trato por la afliccion les era pesada. Trataron de huir; pero adonde, ó por qué parte, estando todo el campo cubierto de sus contrarios? mayormente que las piedras se levantan contra el que huye. Forzados de necesidad enviaron mensageros de paz. Los bárbaros respondieron que se despidiesen de ningun concierto, si no fuese que, entregada Ceuta, saliesen de toda Africa. Era cosa muy pesada lo que pedian, y que no estaba en su mano prometello: todavia por el deseo que tenian de salvarse, otorgaron, y por rehenes el general don Fernando y otras personas principales: los demas rotos, sucios y maltratados se fueron primero á Ceuta, y de alli pasaron á Portugal al cabo del año.

Tratóse en Ebora en una junta de señores del asiento que tomaron, y del cumplimiento dél. De comun acuerdo salió decretado que aquellas condiciones, como otorgadas sin voluntad del rey, eran en sí ningunas, y que no se debian cumplir: que la fé dada y la jura se cumplia bastantemente con dejalles los rehenes que en Africa quedaran, para que con sus cabezas pagasen lo que necia y locamente asentaron. Por ventura si con la misma soberbia los necesitaran los bárbaros á prometer que entregarian todo Portugal, era de cumplir la tal promesa, y sufrir que de nuevo los Moros pusiesen el pie y el yugo de su imperio y señorío en España? Que si prometieran otras muchas cosas muy indignas, como pudiera ser, estuvieran por ventura obligados los Portugueses á pasar por ellas? El cautiverio pues de don Fernando fué perpetuo, padeció menguas y prisiones muy graves. Su sepulcro se muestra en la ciudad de Fez puesto en un lugar alto como trofeo que levantaron de nuestra nacion y por memoria de la victoria que ganaron: así el que fué principal en la culpa, acaso, ó por la voluntad de Dios fué mas gravemente que los demas castigado.

CAPITULO XIII.

Como el infante don Pedro fué muerto en el cerco de Nápoles.

En España revolvian sospechas de nuevos alborotos por estar gran parte de los grandes aversos de su rey por la prision injusta (como ellos decian) que se hizo en la persona de Pedro Manrique. Así mismo se veian por todas partes entre las personas eclesiásticas grandes contiendas y debates, á causa que el pontifice Eugenio, por tener desde el principio de su pontificado por sospechoso el concilio de Basilea, procuraba disolvelle; que era un camino inventado á propósito para hacer burla y enflaquecer las fuerzas de los concilios, que enfrenaban y ponian algun espanto á los pontífices Romanos; pero desistió deste intento por entonces por cartas que en esta razon le vinieron muy graves del emperador Sigismundo, y del cardenal Cesarino su legado. Los padres de Basilea tomando mas autoridad y mano de lo que por ventura fuera justo, y irritados por lo que el papa intentara, le hicieron intimar que si no venia en persona al concilio, pronunciarian contra él lo que se acostumbra contra los que desamparan su oficio, y no cumplen con lo que son obligados y con el deber en caso semejante. No quiso obedecer: amenazaban de deponelle y quitalle la autoridad pontifical que tenia.

Este era el intento de los obispos: los príncipes cristianos no se conformaban en un parecer, algunos resistian á aquel intento como arrojado y temerario, por la memoria que tenian de las llagas que en el scisma pasado recibió la iglesia cristiana, que apenas se habian encorado y sanado; en particular hizo resistencia el emperador Sigismundo, dado que no era nada amigo del pontífice. Poco prestó su autoridad á causa que en el mismo tiempo que estas pláticas se comenzaron, pasó desta vida á nueve de diciembre, mas señalado por la paz de la iglesia que fundó, y por habella ahora defendido, que por los muchos años que

imperó. Sucedio en su lugar su yerno Alberto duque de Austria; que ya era rey de Romanos. Coronóse primer dia de enero principio del año 1438, en tiempo que en un lugar que tenia don Alvaro de Luna en Castilla la vieja llamado Maderuelo, cayeron piedras tan grandes como almohadas pequeñas, que no hacian daño por ser la materia liviana.

Para averiguar el caso y informarse de todo enviaron á Juan de Agreda adalid del rey, que trajo á Roa do halló al rey de Castilla, algunas de aquellas piedras. Dudábase si era buen agüero ó malo, pero ni aun del suceso de la guerra de los Moros se entendió bastantemente que era lo que aquellas piedras pronosticaban, ca por una parte Huelma (pueblo que los antiguos llamaron Onova (1), dado que estaba fortificado con número de soldados y con murallas bien fuertes, fué ganada de los Moros por la buena industria y esfuerzo de Iñigo Lopez de Mendoza señor de Hita, de cuyo cuidado estaba la frontera de Jaen: por



Don Iñigo Lopez de Mendoza.

otra parte el alegria no duró mucho á causa que Rodrigo Perea adelantado de Cazorla en una entrada que hizo en tierra de Moros, fue muerto por mucho mayor número de enemigos que cargó sobre él, y de mil y cuatrocientos soldados que llevaba, solos veinte escaparon por los pies. Tampoco los Moros ganaron la victoria sin sangre, que el mismo capitan que era de los Bencerrages, y gobernador de Granada, perecio en el encuentro con otros muchos, que fue algun alivio del desastre.

El rey de Aragon por estar agraviado y sentido del pontífice Eugenio parecia ayudar los intentos de los de Basilea, en especial que demas de los desaguisados pasados al presente Juan Vitelesco patriarca de Alejandría con gente del pontífice y por su órden hizo entrada por las fronteras del reino de Nápoles, y con su venida se alteraron y trocaron mucho los ánimos de los naturales, tanto que el príncipe de Taranto y el conde de Caserta se pasaron á la parte del papa, como personas que eran poco constantes en la fé, de

(1) Véase el apéndice.

ingenio mudable y vario. Al contrario Antonio Colona se reconcilió con el rey de Aragon con esperanza que se le dió de recobrar el principado de Salerno que antes le quitaran. El patriarca fué en breve desbaratado por los de Aragon, y forzado á salirse del reino de Nápoles, si bien venia armado de censuras y con valientes soldados. Los otros señores se redujeron al deber en el mismo tiempo que Renato duque de Anjou, rescatado de la prision en que le tenian, con su armada llegó á Nápoles á diez y nueve de mayo. Su venida fué de poco momento por no traer dinero alguno para los gastos de la guerra, solo los ánimos de muchos se despertaron á la esperanza y deseo de novedades.

En muchas partes se emprendió la llama de la guerra. La mayor fuerza della andaba en las tierras del Abruzo: Jacobo Caldora, capitan muy experimentado, sustentaba en aquella comarca el partido de Renato: él mismo desque supo su venida, le acudió luego en persona, magüer que no muy confiado de la victoria á causa que el partido de Aragon de cada dia mas se adelantaba, y muchos pueblos y castillos por aquella comarca venian en poder de los Aragoneses. Renato para ganar reputacion y entretener acordó desafiar al enemigo á hacer campo, y en señal del riepto le envió una manopla, si de corazon no se sabe. Lo que consta es que el aragonés acepto, y todo aquel acometimiento se fué en humo, por las diferencias que resultaron, como era forzoso, sobre el dia y el lugar y otras circunstancias del combate.

En Burges el rey de Francia en una junta que hizo de todos los estados de su reino, aprobó los decretos de Basilea por una ley que vulgarmente se llama Pragmática Sanction, por la cual mandó se sentenciasen los pleitos. Dió gran pesadumbre al papa Eugenio aquella ley, porque con ella parecia se quitaba casi toda la autoridad al sumo pontificado en Francia sea en conferir los beneficios, sea en sentenciar los pleitos. Así con mayor resolucion se determinó de disolver él concilio de Basilea, de do procedian tales efectos, demas de otros nuevos miedos que se mostraban. Hizo pues un nuevo edicto, en que pronunció trasladaba el concilio á Ferrara ciudad de la Italia. El legado Cesarino, sabida la voluntad del pontífice, y con el de siete cardenales que eran, los cinco se pasaron á Ferrara: los otros dos se quedaron en Basilea.

La causa que se alegaba para mudar el lugar, era la venida del emperador Juan Paleólogo, y del patriarca de Constantinopla, que pasaron á Italia con intento de unir las iglesias de Oriente con las de Occidente, y hacer la paz que todos tanto deseaban. Llegados que fueron á Ferrara, les hicieron mucha honra. Sobrevino peste, que forzó de nuevo á pasar el concilio á Florencia cabeza de Toscana. En aquella ciudad con trabajo de muchos dias se disputaron las controversias que entre los Latinos y los Griegos hay, con mayor ruido y esperanza de presente que provecho para adelante. Los padres de Basilea al principio pretendieron y trataron que los Griegos fuesen allá: no salieron con ello. Por esto y por la disolucion del concilio mas irritados contra el pontífice Eugenio que amedrentados, nombraron por presidente en lugar de Cesarino á Ludovico cardenal Arelatense. Demas desto trataban de cosas á la república y á la iglesia perjudiciales y malas. Amenazaban que quitarian á Eugenio el pontificado, y él depuesto, nombrarian otro papa en su lugar.

En Italia á la sazon que Renato duque de Anjou se ocupaba en combatir los castillos que en el Abruzo se tenian por sus enemigos, el rey de Aragon animado con la prosperidad de sus cosas se determinó marchar la vuelta de Nápoles, ciudad que era cabeza de la guerra y del reino, y por seguir la gente moza á Renato se hallaba sin bastante guarnicion, ni aun tenia vituallas para muchos dias. En el campo aragonés pasaron alarde hasta quince mil hombres, y en la armada se contaban cuatro galeras, siete naves gruesas, y otro mayor número de bajeles pequeños á propósito que por la mar no entrasen en la ciudad bastimentos. Con este aparejo cercaron por mar y por tierra á veinte y dos de setiembre aquella ciudad, que es de las mas señaladas que tiene Italia, en número de ciudadanos y arreo, magestad de edificios, y en todo lo al. Hallábanse presentes con el rey y en su ejército y campo Mateo Aquaviva duque de Atri, el conde de Nola, Juan Veintemilla, Pedro Cardona.

Luego que hobieron barreado y fortificado los reales, comenzaron á aparejar escalas y otros ingenios para la bateria. Repartiéronse los escuadrones por lugares á propósito para apretar los cercados. Estaban ya para dar el asalto, cuando la fortuna, que tiene por costumbre de jugar y burlarse en las cosas humanas, y mezclar las cosas adversas con las prósperas, trastornó todos los intentos del rey de Aragon con un muy triste desastre. Fué

asi que el infante don Pedro de Aragon á veinte y tres de octubre, por la mañana salido de los reales, se adelantó un poco para atalayar la ciudad. En esto dispararon una pelota de un tiro de artilleria desde la iglesia de nuestra Señora de los Carmelitas, con que le hirieron y mataron (2). Tres veces saltó la bala, y con el cuarto salto que dió, le quebró la cabeza: el cuerpo muerto fué llevado á la Madalena. Acudió á la triste nueva el rey don Alonso su hermano, y besado el pecho del difunto: «Diferente alegria (dice) esperaba de ti, ó her»mano, eterna honra de nuestra patria y partícipe de nuestra gloria. Dios haya tu alma.» Junto con esto con sollozos y lágrimas á los que presentes se hallaron. «Este dia (dijo) sol»dados, hemos perdido la flor de la caballeria y de toda la gala: con cuanto dolor digo estas »palabras!» Murió en lo mas florido de su mocedad, en edad de veinte y siete años, sin casarse. Hallóse en muchas guerras, y en ellas ganó prez y honra de valeroso: depositáronle en el castillo del Ovo.

Los soldados vulgarmente y tambien la muchedumbre del pueblo tuvo por mal agüero la muerte de don Pedro en especial que con las muchas aguas no se podia batir la ciudad, ni dar el asalto: por esto alzado el cerco, se retiraron á Capua. El marques de Girachi Juan Veintemilla en este medio enviado al encuentro contra Renato, que acudia con gentes para socorrer á los cercados, se encontró con él en el valle de Gardano. Prendió con su llegada al improviso algunos de los enemigos, con que los demas fueron forzados á doblar el camino, y por otra parte pasar á tierra de Nola. Esto hecho, el Veintemilla con su escuadron en ordenanza se volvió al cerco de Nápoles. El rey don Alonso con intento que tenia de volver á la guerra luego que el tiempo diese lugar y se abriese, se determinó de llamar desde España los otros dos sus hermanos.

El deseo que tenia de ganar el reino de Nápoles, era tal que mostraba no hacer caso de los reinos que su padre le dejó, si bien comenzaban á ser trabajados por un buen número de gente francesa, que por estar acostumbrada á robar, debajo de la conducta de Alejandro Borbon hijo bastardo de Juan duque de Borbon rompió por aquellas partes. Llevaban otrosi por capitan á Rodrigo Villandrando, persona que aunque era español y natural de Valladolid, sirvió muy bien al rey de Francia en las guerras contra los Ingleses, y de soldado particular llegó á ser capitan, y alguna vez tuvo debajo de su regimiento diez mil hombres. Era robusto de cuerpo, muy colérico. Estaba aquella gente acostumbrada debajo de aquellos capitanes á vivir de rapiña, talar y saquear pueblos y campos como los que tenian el robo por sueldo, y la codicia por gobernalle: hicieron entrada por el condado de Ruysellon. Fué grande el cuidado en que pusieron á los naturales, á la reina de Aragon y al rey de Navarra. Mas fué el miedo que el daño: en breve aquella tempestad se sosegó á causa que los Franceses por la aspereza del tiempo dieron la vuelta ácia otra parte, y se retiraron sin hacer en aquel estado algun daño notable.

Aciago año y desgraciado fué este para Portugal asi bien por la pérdida tan grande que hicieron en Africa, como por la peste que se derramó casi por todo aquel reino con muerte de gran número de gente. El mismo rey don Duarte en el convento de Tomar en que por miedo se retiró, de una fiebre que le sobrevino, finó á los nueve de setiembre martes. Asi lo hallo en las corónicas; mas por cuanto añaden que hobo aquel dia un grande eclipse del sol, es forzoso digamos que finó viernes á los diez y nueve de aquel mes en que fué la conjuncion, y por consiguiente el eclipse. Principe que en su reinado no hizo cosas muy notables á causa del poco tiempo que le duró, ca reinó solos cinco años y treinta y siete dias. Fué aficionado á las letras. Dejó escrito un libro de la forma como se debe gobernar un reino. Ordenó que el hijo mayor de aquellos reyes en adelante se llamase príncipe, como se hacia en Castilla. Sus hijos fueron don Alonso el mayor, que le sucedió en el reino, bien que no pasaba de seis años: don Fernando duque de Viseo, maestre de Christus y de Santiago, y condestable de Portugal, cuyos hijos fueron doña Leonor reina de Portugal, y doña Isabel duquesa de Berganza; y fuera de otros hijos que tuvo muchos, don Diego á quien dió la muerte el rey don Juan su cuñado, y don Manuel, que llegó finalmente á ser rey de Portugal.

Fué asimismo hija del rey don Duarte la emperatriz doña Leonor muger de Federico Tercero, y madre de Maximiliano: doña Catalina, que estuvo concertada con diversos príncipes y con ninguno casó; finalmente doña Juana muger de don Enrique el Cuarto rey

(1) Sucedió segun Zurita el dia 17.

de Castilla. El gobierno del reino por la poca edad del nuevo rey quedó encomendado á la reina doña Leonor su madre: así lo dejó dispuesto el rey difunto en su testamento, cláusula de que resultaron grandes debates por estrañar los naturales ser gobernados de muger, en especial extrangera. Bien es verdad que algunos tenian por ella, obligados por algunas mercedes recebidas antes, ó movidos de algun particular interés. Corrian peligro de venir á las manos y ensangrentarse: finalmente prevalecieron los que eran mas número y mas fuertes. Juntáronse para tomar acuerdo sobre el caso. Salió nombrado por gobernador el infante don Pedro duque de Coimbra, y tio del nuevo rey. El sentimiento de la reina por esta causa fué cual se puede pensar. Despachó sus cartas y embajadores para querellarse del agravio á sus hermanos, y tambien el rey de Castilla su cuñado y primo, diligencias que poco prestaron.

CAPITULO XIV.

De las alteraciones de Castilla.

Por el mes de agosto pasado huyó el adelantado Pedro Manrique, su muger y dos hijas que con él estaban, del castillo de Fuentidueña en que le tenian preso: descolgóse con cuerdas que echaron por una ventana; fueron participantes y le ayudaron algunos criados del alcaide Gomez Carrillo, de que resultaron nuevas alteraciones. El almirante don Fadrique y don Pedro de Zúñiga conde de Ledesma se aliaron con el adelantado, y se concertaron para abatir á don Alvaro de Luna. Juntáronse con ellos para el mismo efecto Juan Ramirez de Arellano señor de los Cameros, y Pedro de Mendoza señor de Almazan, y don Luis de la Cerda conde de Medinaceli: allegáronseles poco despues el de Benavente, Juan de Tovar señor de Berlanga, y los dos hermanos Pedro y Suero Quiñones; fuera destos el obispo de Osma don Pedro de Castilla, que en aquella revuelta de los tiempos estaba apoderado de muchos castillos, cosa que era de grande importancia para llevar adelante estos intentos. No era fácil ejecutar lo que pretendian, por la gran privanza, poder y autoridad de don Alvaro. Juntaron en Medina de Ruyseco caballos, armas, soldados y todo lo al que era á propósito para la guerra.

El rey de Castilla para prevenir estos intentos y práticas con presteza desde Madrigal por el mes de febrero, principio del año 1439, se partió para Roa. Iban en su compañía el príncipe don Enrique su hijo, el mismo don Alvaro, los condes de Haro y de Castro, el maestre de Calatrava, los prelados, el de Toledo y el de Palencia: demas destos fray Lope de Barrientos, que poco antes subió á ser obispo de Segovia en premio de las primeras letras que enseñó al príncipe don Enrique. Enviaron los conjurados sus cartas al rey con mucha muestra de humildad: contenian en suma que ellos estaban aparejados para hacer lo que les fuese mandado como vasallos leales, hijos de tales y tan nobles padres, con tal que él mismo ó su hijo el príncipe los mandasen: que no sufrian que el reino fuese gobernado á voluntad de ningun particular, ni que cualquiera que fuese, estuviese apoderado del rey, cosa que ni las leyes de la provincia lo permitian, ni ellos debian disimular afrenta y mengua tan grande. Si por ventura era justo que ni la autoridad de los magistrados, ni la nobleza, ni las leyes se pudiesen defender de un hombre solo, ni enfrenalle? Que si en esto se pusiese remedio, y se diese traza, á la hora dejarian las armas que forzados por su defensa tomaran.

A esta carta no dió el rey alguna respuesta: á la sazon habia llegado Rodrigo de Villandrando de Francia con cuatro mil caballos que traia para servir al rey, con promesa que le darian en premio de su trabajo el condado de Ribadeo. El de Navarra y su hermano el infante don Enrique determinados de ayudarse de la ocasion que las revueltas de Castilla les presentaban, y con deseo de recobrar los estados que los años pasados les quitaran, con quinientos de á caballo se metieron por las tierras de Castilla. No se sabia al principio lo que pretendian: por esto en un mismo tiempo los convidaron á seguir su partido por una parte el rey, y por otra los conjurados. Ellos tomado su acuerdo, se resolvieron que el de Navarra fuese á Cuellar, do se hallaba el rey de Castilla, y don Enrique á Peñafiel, pueblo que fué suyo antes. Era su intento estar á la mira, y aguardar como se disponian aquellas alteraciones, y en que paraban, y seguir el partido que pareciese mejor y mas á propósito para recobrar sus estados.

Entretanto que esto pasaba, Iñigo de Zúñiga hermano del conde de Ledesma con quinientos de á caballo que traia, se apoderó de Valladolid, villa grande y rica de muchas vituallas. Luego que esto vino á noticia de los conjurados, acudieron alli gran número dellos. El rey de Castilla alterado con esta nueva, y por miedo que aquella rebelion de los suyos no fuese causa de algun grande inconveniente y daño, pasó á Olmedo para desde cerca sosegar aquellas alteraciones, sobre todo para traer á su servicio al infante don Enrique. Con este intento en diversas partes hobo hablas del rey y del infante, primero en Renedo, despues en Tudela, y últimamente en Tordesillas: pláticas todas por demas, porque el infante despues que hobo entretenido la una y la otra parte, al fin se llegó á aquellos señores conjurados; entendióse que con acuerdo del rey de Navarra, que pretendia para todo lo que pudiese suceder en aquella revuelta, dejar entrada y tenella para reconciliarse con la una y con la otra parte. Ademas que muchos de los señores que seguian al rey, y poseian los pueblos que quitaron á los infantes, con diferentes mañas entretenian el efectuarse las paces, por tener entendido que no podrian cuajar, si no se restituian en primer lugar aquellos pueblos.

Andaba la gente congojada y sospensa con ssspechas de nueva guerra. Personas religiosas y muy graves, por su santa vida ó por sus letras y erudicion venerables, se pusieron de por medio. Hablaron con aquellos señores, y representáronles el peligro que todos corrian si inquietaban el reino con aquellas diferencias fuera de tiempo; aunque fiasen de sus fuerzas, que no era cordura trocar lo cierto con lo dudoso, y aventurallo: el comenzar la guerra era cosa muy fácil, el remate sin duda seria perjudicial, por lo menos á una de las partes: por tanto que mirasen por sí y por el reino, y con su porfia sin propósito no echasen á perder las casas que tan floridas estaban: que todavia se podrian hacer las paces y amistades, pues aun no se habian ensangrentado entre sí; mas si las espadas se teñian una vez en sangre de hermanos y deudos, con dificultad se podrian limpiar ni venir á ningun buen medio.

La instancia que hicieron fué tal, que los príncipes acordaron de juntarse en Castro Nuño con los del rey para tratar allí de las condiciones y medios de paz. Por el mismo tiempo vino aviso de Italia que Castelnovo en Nápoles sin embargo de la guarnicion que tenia de Aragoneses, y que el rey de Aragon con todo cuidado procuró dalle socorro, apretado con un largo cerco por falta de vituallas se entregó á los enemigos á veinte y cuatro de agosto; todavía que aquel daño bastantemente recompensó el de Aragon con recobrar como recobró la ciudad de Salerno y ganar otros muchos lugares y plazas. Entre los grandes de Castilla y el rey se hizo confederacion en Castro Nuño con estas condiciones: don Alvaro de Luna se ausente de la corte por espacio de seis meses, sin que pueda escribir ninguna carta al rey: á los hermanos rey de Navarra y el infante les vuelvan sus estados y lugares y dignidades, por lo menos cada año tanta renta cuanto los jueces árbitros determinaren: las compañias de soldados y las gentes y campos se derramen: los conjurados quiten las guarniciones de los castillos, y pueblos que tomaron; ninguno sea castigado por haber seguido antes el partido de Aragon y al presente á los conjurados. Con esto al infante de Aragon don Enrique fué restituido el maestrazgo de Santiago, al de Navarra la villa de Cuellar, á don Alvaro de Luna en recompensa della dieron á Sepúlveda.

El rey de Castilla, hecho esto, se fué á la ciudad de Toro: allí le vino nueva que la infanta doña Catalina muger del infante de Aragon don Enrique falleció de parto en Zaragoza á diez y nueve de octubre sin dejar sucesion alguna. Fueron á dar el pésame al infante de parte del rey de Castilla el obispo de Segovia y don Juan de Luna prior de San Juan. Don Alvaro de Luna en cumplimiento de lo concertado se partió á los veinte y nueve de octubre á Sepúlveda con mayor sentimiento de lo que fuera razon, tanto que con ser persona de tanto valor, ni podia enfrenar la saña ni templar la lengua; solo le entretenia la esperanza que presto se mudarian las cosas y se trocarian. Hiciéronle compañia á su partida Juan de Silva alferez mayor del rey, Pedro de Acuña y Gomez Carrillo con otros caballeros nobles que se fueron con él, quien por haber recebido dél mercedes, quien por esperanza que sus cosas se mejorarian. Esto en España.

En el concilio Basilense últimamente condenaron al papa Eugenio, y en su lugar nombraron y adoraron á Amadeo á cinco de noviembre con nombre de Felix quinto. Por espacio de cuarenta años fué primero conde de Saboya y despues duque, últimamente renunciado el estado y los regalos de su corte, vivia retirado en una soledad con deseo ardiente de vida

mas perfecta, acompañado de otros seis viejos que llevó consigo, escogidos de entre sus nobles caballeros. Sucedió muy á cuenta del papa Eugenio que los principes cristianos hicieron muy poco caso de aquella nueva eleccion, hasta el mismo Philipo duque de Milan, bien que era yerno de Amadeo, y enemigo de Venecianos y del papa Eugenio, no se movió á honrar, acatar y dar la obediencia al nuevo pontifice: lo mismo el rey de Aragon, no obstante que se tenia por ofendido del mismo papa Eugenio á causa que favorecia con todas sus fuerzas á Renato su enemigo. Todos creo yo se entretenian por la fresca memoria del scisma pasado y de los graves daños que dél resultaron; además que la autoridad de los padres de Basilea iba de caida, y sus decretos que al principio fueron estimados, ya tenian poca fuerza, dado que no se partieron del concilio hasta el año cuarenta y siete desta centuria y siglo, en el cual tiempo amedrentados por las armas de Ludovico Delphin de Francia que acudió á desbaratallos, y forzados del mandato del emperador Federico que sucedió á Alberto, despedido arrebatadamente el concilio, volvieron á sus tierras. El mismo Félix, nuevo pontífice, poco despues con mejor seso dejadas las insignias de pontífice, fué por el papa Nicolao sucesor de Eugenio hecho cardenal y legado de Saboya. Este fin, aunque no en un mismo tiempo, tuvieron las diferencias de Castilla y las revueltas de la iglesia: principio de otras nuevas reyertas, como se declarará en el capitulo siguiente.

CAPITULO XV.

De otras nuevas alteraciones que hobo en Castilla.

Parecia estar sosegada Castilla y las guerras civiles no de otra suerte que si todo el reino con el destierro de don Alvaro de Luna quedára libre y descargado de malos humores, cuando repentinamente y contra lo que todos pensaban, se despertaron nuevos alborotos. La causa fué la ambicion, enfermedad incurable, que cunde mucho y con nada se contenta: siempre pretende pasar adelante sin hacer diferencia entre lo que es lícito, y lo que no lo es. El rey era de entendimiento poco capaz, y no bastante para los cuidados del gobierno, si no era ayudado de consejo y prudencia de otro. Por entender los grandes esto, con varias y diversas mañas y por diferentes caminos cada cual pretendia para sí el primer lugar acerca dél en privanza y autoridad: sobre todos se señalaba el almirante don Fadrique, hombre de ingenio sagáz, vario, atrevido, al cual don Alvaro pretendió con todo cuidado dejar en su lugar, y para esto hizo todo buen oficio con el rey antes de su partida. Los infantes de Aragon llevaban mal ver burlados sus intentos, y que el fruto de su industria en echar á don Alvaro se le llevase el que menos que nadie quisieran: poca lealtad hay entre los que siguen la corte y acompañan á los reyes.

Sucedió que sobre repartir en Toro los aposentos riñeron los criados y allegados de la una parte y de la otra, y parecia que de las palabras pretendian llegar á las manos y á las puñadas. El rey tenia poca traza para reprimir á los grandes: así por consejo de los que á don Alvaro favorecian, se salió de Medina del Campo, y con muestra que queria ir á caza, arrebatadamente se fué á meter en Salamanca, ciudad grande y bien conocida, por principio del año 1440. Fueron en pos dél los infantes de Aragon, los condes de Benavente, de Ledesma, de Haro, de Castañeda y de Valencia, demas destos Iñigo Lopez de Mendoza. Todos salieron de Madrigal acompañados de seiscientos de á caballo con intento si les hacian resistencia, de usar de fuerza y de violencia, que era todo un miserable y vergonzoso estado del reino.

Apenas se hobo el rey de Castilla recogido en Salamanca (1), cuando avisado como venian los grandes, á toda priesa partió para Bonilla, pueblo fuerte en aquellas comarcas así por la lealtad de los moradores, como por sus buenas murallas. Desde allí envió el rey embajadores á los infantes de Aragon: ellos con seguridad que les dieron, fueron primero á Salamanca, y poco despues á Avila, do eran idos los grandes conjurados con intento de apoderarse de aquella ciudad. El principal que andaba de por medio entre los unos y los otros, fué don Gutierre de Toledo arzobispo á la sazon de Sevilla, que en aquel tiempo se señaló tanto como el que mas en la lealtad y constancia que guardó para con el rey; escalon para subir á mayor dignidad. De poco momento fué aquella diligencia. Solamente los gran-

(1) Segun la *Crónica* no fué recogido en esta ciudad.

des, con la buena ocasion de hombre tan principal, y tan á propósito, escribieron al rey una carta aunque comedida, pero llena de consejos muy graves sacados de la filosofía moral y política. Lo principal á que se enderezaba, era cargar á don Alvaro de Luna: decian estar acostumbrado á tiranizar el reino, apoderarse de los bienes públicos y particulares, corromper los jueces, sin tener respeto ni reverencia alguna ni á los hombres, ni á Dios.

El rey no ignoraba que parte destas cosas eran verdaderas, parte levantadas por el ódio que le tenian; pero como si con bebedizos tuviera el juicio perdido, se hacia sordo á los que le amonestaban lo que le convenia. No dió respuesta á la carta. Los grandes enviaron de nuevo por sus embajadores á los condes de Haro y de Benavente: ellos hicieron tanto que el rey vino en que se tuviesen cortes del reino en Valladolid. Querian se tratase en ellas entre el rey y los grandes de todo el estado de la república; y en lo que hobiese diferencias, acordaron se estuviese por lo que los dichos condes como jueces árbitros determinasen. Sucedió que ni se restituyeron las ciudades de que los señores antes desto se apoderáran, y de nuevo se apoderaron de otras, cuyos nombres son estos: Leon, Segovia, Zamora, Salamanca, Valladolid, Avila, Burgos, Plasencia, Guadalajara; fuera desto poco antes se enseñoreó el infante don Enrique de Toledo por entrega que della le hizo Pero Lopez de Ayala, que por el rey era alcaide del alcázar y gobernador de la ciudad, y como tal tenia en ella el primer lugar en poder y autoridad.

En las cortes de Valladolid que se comenzaron por el mes de abril, lo primero que se trató, fué dar seguridad á don Alvaro de Luna y hacelle volver á la corte. Estaba este deseo fijado en el pecho del rey, á cuya voluntad era cosa no menos peligrosa hacer resistencia, que torpe condescender con ella: tuvo mas fuerzas el miedo que el deber, y así por consentimiento de todos los estados se escribieron cartas en aquella sustancia. Cada cual procuraba adelantarse en ganar la gracia de don Alvaro, y pocos cuidaban de la razon; la vuelta de don Alvaro sin embargo no se efectuó luego. Despues desto las ciudades levantadas volvieron á poder del rey, en particular Toledo. Tratóse que se hiciese justicia á todos, y dar traza para que los jueces tuviesen fuerza y autoridad. A la verdad era tan grande la libertad y soltura de aquellos tiempos, que ninguna seguridad tenia la inocencia; la fuerza y robos prevalecian por la flaqueza de los magistrados. Toda esta diligencia fué por demas, antes resultaron nuevas dificultades á causa que el príncipe de Castilla don Enrique se alteró contra su padre y apartó de su obediencia. Tenia mala voluntad á don Alvaro, y pesábale que volviese á palacio: sospecho que por la fuerza de alguna maligna constelacion sucedió por estos tiempos que los privados de los príncipes tuviesen la principal autoridad y mando en todas las cosas, de que dan bastante muestra estos dos príncipes padre y hijo, ca por la flaqueza de su entendimiento, y no mucha prudencia, se dejaron siempre gobernar por sus criados. Juan Pacheco hijo de Alonso Giron señor de Belmonte se crió desde sus primeros años con el príncipe don Enrique, y por la semejanza de las costumbres, ó por la sagacidad de su ingenio acerca dél alcanzó gran privanza y cabida. Parecia que con derribar á don Alvaro de Luna que le asentó con el príncipe, pretendia como lo hizo alcanzar el mas alto lugar en poder y riquezas. Este fue el pago que dió al que debia lo que era: [illegible] se usa en las cortes, y menos agradecimiento. Las sospechas que nacieron entre el rey y su hijo en esta sazon, llegaron á que el príncipe don Enrique un dia se salió de palacio: decia que no volveria, si no se despedian ciertos consejeros del rey, de quien él se tenia por ofendido: verdad es que ya muy tarde á instancia del rey de Navarra su suegro volvió á palacio y á su padre.

Para mas sosegar [illegible] trataron de celebrar sus bodas con mayor presteza que pensaban. A doña Blanca su esposa trajo la reina su madre á la raya de Navarra, desde donde don Alonso de Cartagena obispo de Burgos, el conde de Haro y el señor de Hita, que enviaron para este efecto, la acompañaron hasta Valladolid. Allí á veinte y cinco de setiembre se celebraron las bodas con grandes fiestas. En una [illegible] Rodrigo de Mendoza mayordomo de la casa real [illegible] muy pesado, murieron en él algunos nobles á causa que [illegible] como se hace en la guerra. [illegible] hicieron grandes convites y [illegible] de la guerra y á las armas. [illegible] que al príncipe [illegible] grandemente la alegría [illegible] de toda la gente.

Por el mismo tiempo en Francia se trató de hacer las paces entre los Ingleses y Franceses. Púsose de por medio el duque de Borgoña, que encomendó este cuidado á doña Isabel su muger persona de sangre real, tia del rey de Portugal, conforme á la costumbre recebida entre los Franceses que por medio de las mugeres se concluyan negocios muy graves. A la raya de Flandes fué doña Isabel, y vinieron los embajadores Ingleses. comenzóse á tratar de las paces, empresa de gran dificultad, y que no se podia acabar en breve. Dióse libertad á Carlos duque de Orliens: vinieron en ello el rey de Ingalaterra, en cuyo poder estaba, y el duque de Borgoña, tambien interesado á causa de la muerte de su padre, que los años pasados se cometió en Paris. Para concluir esta querella el Borgoñon por su rescate pagó al inglés cuatrocientos mil ducados, y se puso por condicion que entre los Borgoñones y los de Orliens hobiese perpetuo olvido de los disgustos pasados, y que por estar aquel príncipe cautivo sin muger para mas seguridad casase con Margarita hija del duque de Cleves, y de hermana del duque de Borgoña. Desta manera veinte y cinco años despues que el duque de Orliens en las guerras pasadas fué preso cerca de un pueblo llamado Blangio, volvió á su patria y á su estado, y en lo de adelante guardó lo que puso con sus contrarios con mucha lealtad: el casamiento asimismo que concertaron como prendas de la amistad, se efectuó.

CAPITULO XVI.

Como el rey de Castilla fué preso.

En el mismo tiempo que se hacian los regocijos por las bodas del príncipe don Enrique con doña Blanca, falleció el adelantado Pedro Manrique, persona de pequeño cuerpo, de gran ánimo, astuto, atrevido, pero buen cristiano, y de gran industria en cualquier negocio que tomaba en las manos. Sucedió en el adelantamiento y estado su hijo Diego Manrique, que fué tambien conde de Treviño. Don Alvaro dado que ausente, y residia de ordinario en Escalona, todavia por sus consejos gobernaba el reino, cosa que llevaban mal los alterados, y mas que todos el príncipe don Enrique, tanto que al fin deste año dejado su padre se partió para Segovia, mostrándose aficionado al partido de los infantes de Aragon. Ayudaba para esto Juan Pacheco como su mayor privado que era y soplaba el fuego de su ánimo apasionado. La ciudad de Toledo tornó otra vez á poder de don Enrique de Aragon, ca Pero Lopez de Ayala le dió en ella entrada contra el órden expreso que tenia del rey: añadieron á esto los de Toledo un nuevo desacato, que prendieron los mensageros que el rey enviaba á quejarse de su poca lealtad.

Alterado pues el rey, como era razon, á grandes jornadas se partió para allanarla: iba acompañado de pocos, asegurado que no perderian respeto á su magestad real; pero como quier que no le diesen entrada en la ciudad, reparó en el hospital de S. Lázaro, que está en el mismo camino real por donde se va á Madrid. Salió don Enrique de Aragon fuera de la puerta de la ciudad acompañado de docientos de á caballo: los del rey en aquel peligro bien que tenian alguna esperanza de prevalecer, el miedo era mayor, por ser en pequeño número para hacer rostro á gente armada; con todo esto tomaron las armas, y fortificáronse como de repente pudieron con trincheas y con reparos. Fuera muy grande la desventura aquel dia, si el infante don Enrique por no hacerse mas odioso si hacia algun desacato á la magestad real, sin llegar á las manos no se volviera á meter en la ciudad. Esto fué dia de la Circuncision, entrante el año 1441. Mostróse muy valeroso en defender al rey, y fortificar el hospital en que estaba, el capitan Rodrigo de Villandrando: en premio y para memoria de lo que hizo aquel dia, le fué dado un privilegio plomado, en que se concedió para siempre á los condes de Ribadeo que todos los primeros dias del año comiesen á la mesa del rey, y les diesen el vestido que vistiesen aquel dia.

El rey partió para Torrijos: dejó para guarda de aquel lugar á Pelayo de Ribera señor de Malpica con ciento de á caballo: desde allí pasó á Avila; acudió don Alvaro á la misma ciudad para tratar sobre la guerra que tenian entre las manos. Con su venida se irritaron y desabrieron mas las voluntades de los príncipes conjurados; la mayor parte dellos alojaba en Arévalo: hasta la misma reina de Castilla daba orejas á las cosas que se decian contra el rey por estar mas inclinada y tener mas amor á su hijo y á sus hermanos. Fueron de parte del rey á aquel lugar los obispos de Burgos y de Avila para ver si se podria hallar

algun camino de concordar aquellas diferencias. Hizo poco fruto aquella embajada. Diego de Valera, un hidalgo que andaba en servicio del príncipe don Enrique, escribió al rey una carta desta sustancia: «La debida lealtad de súbdito no me consiente callar, como »quiera que bien conozco no ser pequeña osadía hacer esto. Cuantos trabajos haya padeci- »do el reino por la discordia de los grandes, no hay para que relatallo; seria cosa pesada »y por demas tocar con la pluma las menguas de nuestra nacion y nuestras llagas. Las cosas »pasadas fácilmente se pueden reprehender y tachar, lo que hace al caso es poner en ellas »algun remedio para adelante. Tratar de las causas y movedores destos males, qué presta? »sea de quien se fuere la culpa, pues estais puesto por Dios por gobernador del género »humano, debeis principalmente imitar la clemencia divina y su benignidad en perdonar »las ofensas de vuestros vasallos: entonces la clemencia merece mayor loa cuando la causa »del enojo es mas justificada. Llamamos á vuestra alteza padre de la patria: nombre que »debe servir de aviso, y traeros á la memoria el amor de padre, que es presto para perdo- »nar y tardío para castigar. Dirá alguno: cómo se podrán disimular sin castigo desacatos tan »grandes? Por ventura no será mejor forzar por mal aquellos que no se dejaron vencer por »buenas obras? Verdad es esto, todavia cuando en lo que se hace, hay buena voluntad, no »deseo de ofender, el yerro no se debe llamar injuria. En ninguna cosa se conoce mas la »grandeza de ánimo (virtud propia de los grandes príncipes) que en perdonar las injurias »de los hombres; y es justo huir los trances varios y dudosos de la guerra, y anteponer la »paz cierta á la victoria dudosa, la cual si bien estuviese muy cierta, la desgracia de »cualquiera de las partes que sea vencida, redundará en vuestro daño; que por vuestros »debeis contar señor los desastres de vuestros vasallos. Ruego á Dios que dé perpetuidad á »las mercedes que nos ha hecho, conserve y aumente la prosperidad de nuestra nacion, in- »cline sus orejas á nuestras plegarias, y las vuestras á los que os amonestan cosas salu- »dables. El sea de vos muy servido, y vos de los vuestros amado y temido.»

Leida esta carta delante del rey y despues en consejo, diversamente fué recebida conforme al humor de cada cual. Todos los demas callaban, solo el arzobispo don Gutierre de Toledo con soberbia y arrogancia: Denos (dice) Valera ayuda, que consejo no nos falta. Fué este Valera persona de gran ingenio, dado á las letras, diestro en las armas, demas de otras gracias de que ninguna persona (conforme á su poca hacienda) fué mas dotado. En dos embajadas en que fué enviado á Alemania, se señaló mucho: compuso una breve historia de las cosas de España, que de su nombre se llama la historia Valeriana; bien que hay otra Valeriana de un arcipreste de Murcia cual se cita en estos papeles.

El príncipe don Enrique llamado por su padre fué á Avila para tratar de algun acuerdo de paz: en estas vistas no se hizo nada. El príncipe vuelto á Segovia, suplicó á las dos reinas su madre y su suegra (la cual á la sazon se hallaba en Castilla) se llegasen á Santa María de Nieva para ver si por medio suyo se pudiesen sosegar aquellas parcialidades. En aquella villa falleció la reina de Navarra doña Blanca primer dia de abril: sepultáronla en el muy devoto y muy afamado templo de aquella villa: así se tiene comunmente y grandes autores lo dicen, dado que ningun rastro hoy se halla de su sepultura, ni allí ni en Santa Maria de Uxue, donde mandó en su testamento que la llevasen; que hace maravillar haberse perdido la memoria de cosa tan fresca. Los frailes de Santo Domingo de aquel monasterio de Nieva afirman que los huesos fueron de allí trasladados, mas no declaran cuando ni á que lugar.

Sucedió en el reino don Carlos príncipe de Viana su hijo como heredero de su madre: no se llamó rey sea por contemplacion de su padre, sea por conformarse con la voluntad de su madre, y que así lo tenian antes concertado. Este príncipe don Carlos fué dado á los estudios y á las letras, en que se ejercitó no para vivir en ócio, sino para que ayudado de los consejos y avisos de la sabiduría, se hiciese mas idóneo para gobernar. Andan algunas obras suyas, como son las Ethicas de Aristóteles que tradujo en lengua castellana, una breve historia de los reyes de Navarra, demas desto elegantes versos, trovas y composiciones, que él mismo solia cantar á la vihuela, mozo dignísimo de mejor fortuna y de padre mas manso: era de edad de veinte y un años cuando su madre finó. Con la muerte desta señora cesaron las práticas de la paz, y la reina de Castilla se volvió á Arévalo, 'do antes se tenia.

La llama de la guerra se emprendió en muchos lugares. Los principales capitanes y cabezas de los alterados eran don Enrique de Aragon, y el almirante del mar y el conde de Benavente. Haciase la guerra en particular en las comarcas de Toledo: don Alvaro de Luna

desde Escalona con sus fuerzas y las de su hermano el arzobispo de Toledo defendia su partido con gran esfuerzo: los sucesos eran diferentes, cuando prósperos, cuando desgraciados. Iñigo Lopez de Mendoza cerca de Alcalá, villa de que se apoderara, y se le habia quitado al arzobispo de Toledo, en una zalagarda que le paró Juan Carrillo adelantado de Cazorla,



Fraile Dominico.

se vió en gran peligro de ser muerto, tanto que degollados los que con él iban, él mismo herido escapó con algunos pocos. Por el mismo tiempo junto á un lugar llamado Gresmonda un escuadron de los mal contentos fué desbaratado por la gente de don Alvaro. Pereció en la refriega Lorenzo Dávalos, nieto del condestable don Ruy Lopez Dávalos, cuyo desastre desgraciado cantó el poeta cordovés Juan de Mena con versos llorosos y elegantes; persona en este tiempo de mucha erudicion, y muy famoso por sus poesias y rimas que compuso en lengua vulgar: el metro es grosero como de aquella era, el ingenio elegante, apacible y acomodado á las orejas y gusto de aquella edad. Su sepulcro se ve hoy en Tordelaguna villa del reino de Toledo: su memoria dura y durará en España.

Por el mismo tiempo el rey de Navarra pasó con buen número de gente á Castilla la Nueva en ayuda de los desabridos á causa que los enemigos eran mas fuertes, y llevaban lo mejor: los unos y los otros derramados por los campos y pueblos hacian robos, estragos, fuerza á las doncellas y á las casadas: estado miserable. En Castilla la vieja el rey se apoderó de Medina del Campo y de Arévalo, villas que quitó al rey de Navarra, cuyas eran. En aquella comarca en una aldea llamada Naharro tuvo el rey habla con la reina viuda doña Leonor, que venia de Portugal. Tuvieron diversas pláticas secretas: no se pudo concluir nada en lo que tocaba á la paz con los alterados, por estar el rey muy ofendido de tantos desacatos como le hacian cada dia; soló resultó que para componer las diferencias de Portugal se enviaron embajadores que amonestasen y requiriesen á don Pedro duque de Coimbra hiciese lo que era razon. Lo mismo hizo el rey don Alonso de Aragon, que despachó sobre el caso una embajada desde Italia hasta Portugal. Todas estas diligencias salieron en

vano á causa que don Pedro gustaba de la dulzura del mandar, y los Portugueses persistian en no querer recebir ni sufrir gobierno extrangero. Las guerras que el uno y el otro príncipe tenian entre las manos, no daban lugar á valerse de las armas y de la fuerza. Visto esto, la reina doña Leonor perdido el marido, apartada de sus hijos, despojada del gobierno, hasta el fin de la vida se quedó en Castilla.

Los infantes de Aragon movidos del peligro que corrian, del reino de Toledo se fueron apriesa á Castilla la vieja para volver por lo que les tocaba: Arévalo por la aficion que los moradores les tenian, sin tardanza les abrió las puertas, pasaron á Medina del Campo do el rey estaba, pusieron sobre ellas sus estancias, hiciéronse algunas escaramuzas ligeras, mas sin que sucediese alguna cosa memorable. No duró mucho el cerco á causa que algunos de la villa dieron de noche entrada en ella á los conjurados, con que la tomaron sin sangre. El rey de Castilla, sabido el peligro, tenia puesta gente de á caballo en las plazas y á las bocas de las calles. Los del pueblo estábanse quedos en sus casas, sin querer acudir á las armas por miedo del peligro, ó por el aborrecimiento de aquella guerra civil. Don Alvaro de Luna y su hermano el arzobispo, y con ellos el maestre de Alcántara por la puerta contraria sin ser conocidos, bien que pasaron por medio de los escuadrones de los contrarios, se salieron disfrazados: el rey les avisó corrian peligro sus vidas, si con diligencia no se ausentaban, por estar contra ellos los alterados mal enojados.

Llegaron los conjurados á besar la mano al rey así como le hallaron armado, y con muestra de humildad y comedimiento poco agradable le acompañaron hasta palacio. Entonces los vencidos y los vencedores se saludaron, y abrazaron entre si, alegria mezclada con tristeza: maldecian todos aquella guerra, en que ninguna cosa se interesaba, y las muertes y lloros eran ciertos por cualquiera parte que la victoria quedase. Acudieron las reinas y el príncipe don Enrique con la nueva deste caso, y despues de largas y secretas pláticas que con el rey tuvieron, mudaron en ódio de don Alvaro los oficiales y criados de la casa Real. Juntamente hicieron salir de la villa á don Gutierre Gomez de Toledo arzobispo de Sevilla, y á don Fernando de Toledo conde de Alba, y á don Lope de Barrientos obispo de Segovia. La mayor culpa que todos tenian, era la lealtad que con el rey guardaron, dado que les achacaban que tenian amistad con don Alvaro, y que podian ser impedimento para sosegar aquellas alteraciones.

Tratóse de hacer conciertos, sin que nadie contrastase: el rey estaba detenido como en prision y en poder de sus contrarios. Nombráronse jueces árbitros con poderes muy bastantes: estos fueron la reina de Castilla y su hijo el príncipe don Enrique, el almirante don Fadrique y el conde de Alba, que por este respeto le hicieron volver á la corte. En la sentencia que pronunciaron, condenaron á don Alvaro que por espacio de seis años no saliese de los lugares de su estado que le señalasen; en especial le mandaron no escribiese al rey si no fuese mostradas primero las copias de las cartas á la reina y al príncipe don Enrique: demas de esto que no hiciese nuevas ligas, ni tuviese soldados á sus gages; finalmente que para cumplimiento de todo esto diese en rehenes y por prenda á su hijo don Juan, y pusiese en tercería nueve castillos suyos dentro de treinta dias.

Sabidas estas cosas por don Alvaro, fué grande su sentimiento, tanto que no podia reprimir las lágrimas, ni se sabia medir en las palabras ni templarse: lo cual unos echaban á ambicion, otros lo escusaban: decian que por su nobleza y gran corazon no podia sufrir afrenta tan grande. Sin embargo deste su sentimiento y caida, no dejaba de pensar nuevas trazas para tornar á levantarse; mas al caido pocos guardan lealtad, y todas las puertas le tenian cerradas, en especial que los alterados se fortalecian con nuevos parentescos y matrimonios. Concertaron á doña Juana hija del almirante don Fadrique con el rey de Navarra: con don Enrique su hermano á doña Beatriz hermana del conde de Benavente. El que movió y concluyó estos desposorios, fué don Diego Gomez de Sandoval conde de Castro, que en aquella sazon andaba en la corte del príncipe don Enrique y le acompañaba, persona de grandes inteligencias y trazas; y en este particular pretendia que unidos entre sí estos príncipes, y asegurados unos de otros, con mayor cuidado tratasen como lo hicieron, y procurasen la caida del condestable don Alvaro de Luna.

CAPITULO XVII.

Que el rey de Aragon se apoderó de Nápoles.

Concluida la guerra civil, parece comenzaba en España algun sosiego; por todas partes hacian fiestas y se regocijaba el pueblo; al contrario Italia se abrasaba con la guerra de Nápoles. Las fuerzas de Renato con la tardanza y dilacion se enflaquecian: su muger y hijos eran idos á Marsella, muestra de tener muy poca esperanza de salir con aquella empresa; así lo entendia el vulgo, que á nadie perdona, y suele siempre echar las cosas á la peor parte. Es de gran momento la opinion y fama en la guerra: así desde aquel tiempo hobo gran mudanza en los ánimos, mayormente por la falta que les hizo Jacobo Caldora, en quien estaba el amparo muy grande de aquella parcialidad, ca era grande la experiencia que tenia de la guerra y ejercicio de las armas. Su muerte fué de repente. Queria saquear el lugar de Circello que es de la jurisdiccion del papa, cuando cayó sin sentido en tierra, y llevado á su alojamiento, en breve rindió el alma; los demas de su linage, que era muy poderoso y grande, se pasaron por su muerte á la parte Aragonesa que cada dia se mejoraba. Ganaron la ciudad de Aversa, rindieron la de Calabria, desbarataron la gente de Francisco Esforcia cerca de Troya, ciudad de la Pulla: todos efectos de importancia. Sin embargo el pontifice Eugenio hizo luego liga con los Venecianos y Florentines y Ginoveses con intento de echar los Aragoneses de toda Italia.

Con este acuerdo el cardenal de Trento con diez mil soldados se metió por las tierras de Nápoles: hizo poco efecto toda aquella gente como levantada apriesa, y que tenia diversas costumbres, voluntades y deseos, antes por el mismo tiempo la gente aragonesa marchó la vuelta de Nápoles: dentro de la ciudad se estuvo Renato con pretension que tenia de defendella, visto que perdida aquella ciudad, se arriscaba todo lo demas. No salió á dar la batalla, creo por no asegurarse de la constancia de los naturales, ó desconfiado de sus fuerzas si se viniese á las manos. Los de Génova trajeron algunas pocas vituallas á los cercados, y algun socorro de soldados: pequeño alivio por la gran muchedumbre que se hallaba en la ciudad, que fué causa de encarecerse los mantenimientos, y que el moyo de trigo costase mucho dinero. Hobo personas que en junta pública con el atrevimiento que la hambre les daba, persuadieron á Renato que de cualquiera manera se concertase con los contrarios.

El cerco iba adelante, y juntamente crecia la falta de lo necesario: por esto uno por nombre Anello con otro su hermano de profesion albañires, huidos de la ciudad, dieron aviso se podria tomar sin gran peligro, si les gratificasen su trabajo y industria. La entrada era por un acueducto ó caños debajo de tierra, por donde para comodidad de la ciudad el agua de una fuente que cerca caia, se encaminaba á los pozos. Pretendian meter gente secretamente por estos caños. Escogieron docientos soldados, hombres valientes, con órden que todos obedeciesen á los dos hermanos. La subida era dificil, la entrada y paso estrecho, los mas se quedaron atrás, espantados del peligro, ó por ser pesados de cuerpo, solos cuarenta pasaron adelante. Arrancaban piedras con palancas y picos do impedian el paso, y á los que temian por ser el camino tan extraordinario, animaban los dos hermanos con palabras y con ejemplo, y algunas veces les ayudaban á subir con dalles la mano. La porfía y esfuerzo fué tal, que llegaron al pozo de una casa particular: una mugercilla (cuya era la casa) visto los soldados, dió luego gritos, con que se descubriera la celada, si prestamente no le tapáran la boca.

Gastóse tiempo en la entrada, era salido el sol, y ninguna cosa avisaban, ni daban muestra de ser entrados, no se sabe si por miedo ó por descuido. Sospechaban que todos eran degollados, y todavía las compañías que tenian apercebidas, acometieron á escalar la muralla: aflojaba la pelea por no sentirse en la ciudad ruido alguno. Los cuarenta soldados, movidos y animados por la vocería de los que peleaban, ó forzados de la necesidad y darse por perdidos si los sentian, se apoderaron de una torre del adarve que cerca caia, y no tenia guarda, llamada Sophia. Acudió el rey de Aragon para socorrellos: acudió al tanto Renato al peligro. Fuera fácil recobrar la torre, y lanzar della á los Aragoneses, mas los de fuera acudieron muy de priesa y pusieron temor á los contrarios: lo que á los de dentro causó espanto, á los Aragoneses que estaban en la torre, hizo cobrar ánimo. Dióse el asalto por

muchos partes, finalmente quebrantadas algunas puertas entraron los de Aragon en la ciudad.

Renato sin saber á que parte debia acudir (bien que se mostró no solo prudente capitan, sino valiente soldado, tanto que por su mano mató muchos de los contrarios) perdida al fin la esperanza de prevalecer, se recogió al castillo: algunas casas fueron saqueadas, pero no mataron á nadie. Luego que entró el rey, se puso tambien fin al saco: desta manera los Aragoneses se apoderaron de Nápoles dia sábado á dos de junio año del Señor de 1442. Los soldados fueron por el rey en público alabados y premiados magníficamente conforme á como cada uno se señalára: don Jimeno de Urrea, don Ramon Boyl y don Pedro de Cardona, que eran los principales capitanes en el ejército; fué tambien premiado Pedro Martinez capitan de los soldados que entraron por los caños. Con los dos hermanos albañires se cumplió lo prometido bastantemente, promesas y paga mayores que llevaba su estado: con la cual fiucia tuvieron ánimo para acometer aquella hazaña. Notaban los hombres curiosos que casi por la misma forma ganó aquella ciudad de los Godos el capitan Belisario.

Renato por no quedalle alguna esperanza de repararse, perdida aquella noble ciudad, poco despues se concertó con el contrario que le dejase ir libre á él y á los suyos, y entregaria lo que le quedaba. Tomado este asiento, partió para Florencia á verse con el papa Eugenio, desde allí pasó á Francia: su partida allanó todo lo demas. El Abruzo y la Pulla con todos los demas pueblos que hasta entonces rehusaron el señorío de Aragon, y se tenian por Francia, pretendian recompensar las culpas pasadas con mayores servicios, y se daban priesa á rendirse, ca no querian con la tardanza irritar la saña del vencedor. Por este órden quedó apaciguada Italia en gran parte.



Nave de esta época.

España dado que se hallaba cansada de males tan largos, y que entre los príncipes se habian concertado las paces, aun no sosegaba de todo punto: los caballeros antes desavenidos entre sí, al presente menos se enfrenaban por el poco caso que hacian de los que gobernaban. Seria cosa larga relatallo todo por menudo. Las principales diferencias y alteraciones fueron estas: estaba don Luis de Guzman maestre de Calatrava enfermo y sin esperanza de salud: dos caballeros de aquella órden, los mas principales entre los demas, con ambicion fuera de tiempo pretendian aquella dignidad; estos eran Juan Ramirez de Guzman comendador mayor de aquella órden, y el clavero Fernando de Padilla. Este tenia ganadas y negociadas las voluntades de los comendadores: don Juan por entender que ninguna esperanza le quedaba de alcanzar aquella dignidad, si no se arriscaba con atrevimiento y temeridad, se determinó con mano armada apoderarse de los pueblos de aquella órden de Calatrava. El Clavero sabido este intento, fué á verse con él acompañado de cuatrocientos de á caballo: vinieron á las manos en el campo de Barajas: quedó el comendador mayor vencido y preso,

y juntamente Ramiro y Fernando sus hermanos, y Juan su hijo: murieron otros muchos caballeros, y entre ellos cuatro sobrinos del mismo comendador mayor.

En premio desta victoria que ganó de su contrario, fué dado á Padilla lo que pretendia, que sucediese en lugar del maestre, honra de que gozó poco tiempo. La ocasion fué que el rey hacia resistencia á aquella eleccion, y pretendia aquella dignidad para don Alonso hijo bastardo del rey de Navarra. Pasóse tan adelante en esta pretension, que vinieron á las manos. Puso don Alonso cerco con su gente sobre Calatrava: el nuevo maestre fué herido con una piedra que uno de los suyos inadvertidamente queria tirar á los contrarios. Con su muerte quedó su competidor don Alonso por maestre. Por otra parte los Vizcainos, gente valiente y indómita, se alteraron por dos causas: tenian entre si hechas ciertas hermandades confirmadas por el rey; estas acometieron á los castillos de los nobles, y sus haciendas. Entre los demas Pedro de Ayala Merino mayor de Guipúzcoa, como le tuviesen cercado en una su villa llamada Salvatierra, fué librado por el conde de Haro su primo, que usó en esto de una señalada grandeza de ánimo: esto fué, que leida la carta en que le pedia socorro y avisaba del peligro, en el campo do acaso se la dieron, mandó armar una tienda con juramento que hizo de no entrar debajo de tejado hasta tanto que Pedro de Ayala fuese libre de aquella afrenta.

Esta era la primera ocasion de las alteraciones de Vizcaya; la segunda, que se levantó cierta heregía de los Fratricellos deshonesta y mala, y se despertó de nuevo en Durango. Hízose inquisicion de los que hallaron inficionados con aquel error: muchos fueron puestos á cuestion de tormento y los mas quemados vivos. Era el capitan de todos un fraile de San Francisco por nombre fray Alonso Mela: este por miedo del castigo se huyó á Granada con muchas mozuelas que llevó consigo, que pasaron la vida torpemente entre los bárbaros: él mismo no se sabe por que causa, pero fué acañavereado por los Moros, muerte conforme á la vida y secta que siguió. Este tuvo un hermano que se llamó Juan Mela, que á la sazon era obispo de Zamora su patria y natural, y adelante fué cardenal. En Portugal por fin del mes de octubre falleció don Juan tio del rey de Portugal en Alcázar de Sal, en edad de cuarenta y tres años. Era condestable en aquel reino, y juntamente maestre de Santiago: de doña Isabel su muger, hija de don Alonso su hermano duque de Berganza, dejó un hijo llamado don Diego, que sucedió en los cargos y honras de su padre: tres hijas doña Isabel, doña Beatriz y doña Philipa, y dellas adelante procedieron principes muy grandes.

CAPITULO XVIII.

De los varones señalados que hobo en España.

La residencia de don Alvaro despues que se vió desgraduado, era en Escalona: la esperanza de recobrar la autoridad que le quitaron, ni del todo la tenia perdida, ni tampoco era grande; no le faltaba ingenio y diligencia, mas desbarataba sus trazas la fortuna, ó fuerza mas alta. Su hermano el arzobispo de Toledo falleció en Talavera á cuatro de febrero: gran desgracia, faltalle de repente ayuda tan grande. Quedábale don Rodrigo de Luna, á quien por ser hijo de un primo suyo en el tiempo adelante, vuelto á su prosperidad, hizo proveer el arzobispado de Santiago en lugar de don Alvaro de Isorna, como en otra parte se dirá, magüer que no tenia edad bastante para dignidad tan grande; mas poco le podia prestar en aquel trabajo, en especial que era mozo de mal natural y de costumbres estragadas.

Por otra parte los grandes y caballeros por entender que aquella revuelta de tiempos era á propósito para quedarse con todo lo que apañasen, cada cual se apoderaba de lo que podia. Pedro Juarez hijo de Fernan Alvarez de Toledo señor de Oropesa por muerte del arzobispo se apoderó de Talavera: llegó su osadia á que apenas dió entrada en ella al mismo rey de Castilla que acudió á aquella villa para atajar aquellos bullicios. El cuerpo del arzobispo fué enterrado en la capilla de la iglesia mayor de Toledo, que á su costa don Alvaro edificó muy suntuosa. Sobre nombrar sucesor no se concertaban los votos. Pretendian don Lope de Mendoza arzobispo de Santiago, y don Pedro de Castilla obispo de Palencia: dos competidores tenian mayor negocio y favor que los demas, el uno era don García Osorio obispo de Oviedo, dábale la mano su tio el almirante; el otro don Gutierre de Toledo arzobispo de Sevilla, al cual favorecian los infantes de Aragon, que comenzaban á tener en todo gran mano. Con esta ayuda don Gutierre sobrepujó á su contrario, y salió con el arzobispado de Toledo. Era persona de gran ánimo, de estatura mediana, de buen rostro,

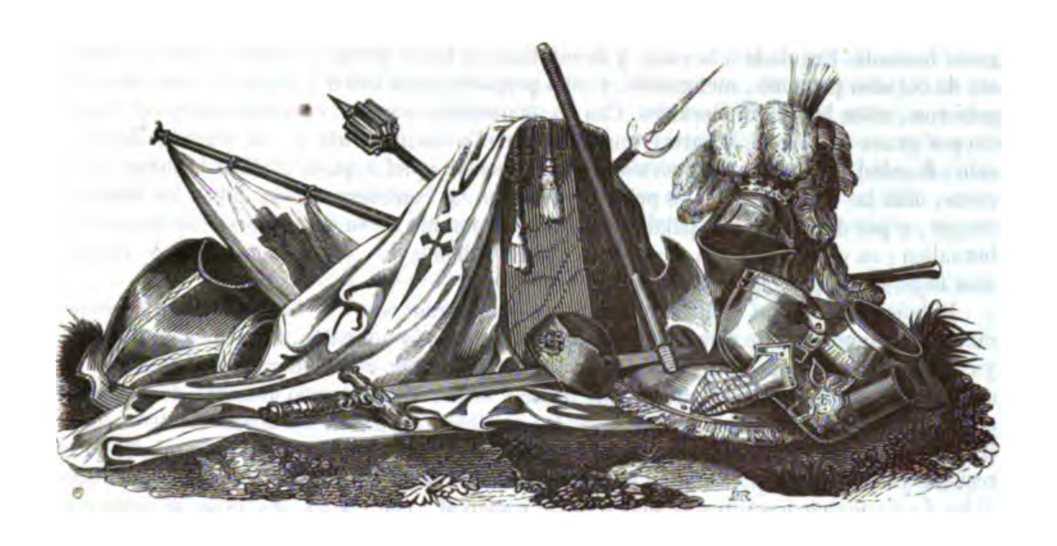
blanco y rubio, dotado de letras, de ánimo sencillo y sin doblez, algo mas severo en el gobierno que podian llevar las costumbres de aquella era, que fué causa que algunos le aborreciesen: poco tiempo tuvo el arzobispado de Toledo, y como solos tres años. Su padre Fernan Alvarez de Toledo señor de Valdecorneja y mariscal de Castilla, su madre doña Maria de Ayala, su hermano Garci Alvarez de Toledo. Nombró por adelantado de Cazorla á su sobrino, hijo de su hermano don Fernando Alvarez de Toledo conde de Alba. Don García competidor de don Gutierre fué hecho arzobispo de Sevilla, don Diego obispo de Orense pasó al obispado de Oviedo; en conclusion la iglesia de Orense dieron en encomienda á Juan de Torquemada, de fraile Dominico cardenal de S. Sixto, persona de mucha erudicion, como se entiende por los muchos libros que sacó á luz, digno de inmortal alabanza por la defensa que puso por escrito en tiempos tan estragados y revueltos de la magestad de la Iglesia Romana.

Contemporáneo de Turrecremata, aunque de menor edad, fué Alonso Tostado natural de la villa de Madrigal, persona esclarecida por lo mucho que dejó escrito, y por el conocimiento de la antigüedad, y su varia erudicion que parecia milagro. Faltóle el estilo elegante, alguna mengua para que no se compare con cualquiera de los padres antiguos. Los años adelante fué obispo de Avila; y mas mozo en Sena de Toscana, do á la sazon estaba



Alonso Tostado.

el papa Eugenio, propuso gran número de conclusiones tomadas de lo mas secreto de la Teologia para defendellas públicamente á la manera escolástica. Entre ellas le calificaron algunas como de mala sonada, y sobre ello expidió una bula el pontífice Eugenio. Atizaba el negocio el cardenal Turrecremata, que escribió contra él en el mismo propósito cierto opúsculo. Respondió á todo el Tostado en un libro que llamó el defensorio: obra docta, si bien á la misma autoridad de los pontífices no perdona por el deseo que tenia de defender su partido. Las proposiciones que le calificaron, fueron estas: la primera, Cristo Nuestro Señor fué muerto al principio del año treinta y tres de su edad, y no á veinte y cinco de marzo (como ordinariamente sienten los antiguos) sino á tres de abril: la segunda, puesto que á ningun pecado se niega el perdon por grave que sea, todavia de la pena y de la culpa Dios no absuelve, y mucho menos los sacerdotes por el poder de las llaves: palabra que él explicaba con cierta sutilidad: nueva y estravagante manera de hablar, que á los indoctos alteraba, y á los sábios no agradaba. Falleció á tres de setiembre año mil y cuatrocientos y cincuenta y cinco.



LIBRO VIGÉSIMOSEGUNDO.

CAPITULO I.

Del estado en que las cosas estaban.



MEJOR se encaminaban las cosas y partido de los Españoles en Italia, que en España. Las condiciones y naturales de la gente eran casi los mismos, de Aragoneses y Castellanos: los sucesos y la fortuna conforme á la calidad, ingenio y valor de los que gobernaban. El rey de Aragon tenia el ánimo muy levantado, mayor deseo de honra que de deleites: velaba, trabajaba, hallábase en todos los lugares y negocios, no se cansaba con ningun trabajo, y era igualmente sufridor de calor y de frio: con las cuales virtudes, y con la clemencia y liberalidad, y condicion fácil y humana en que no tenia par, no cesaba de grangear las voluntades de la una y de la otra nacion española y italiana, como el que no ignoraba, que en la benevolencia de los vasallos consiste la seguridad de los señores y del estado, en el miedo el peligro, y en el ódio su perdicion.

En Castilla los desafueros y mando de don Alvaro con su ausencia no cesaban, antes mudado solo el sugeto, continuaban los males. El rey de Navarra no pretendió quitar los descontentos y reformar los desórdenes, sino en lugar de don Alvaro apoderarse del rey de Castilla, que nunca salia de pupilage, y siempre se gobernaba por otro: grande desgracia y causa de nuevas revueltas. Tenia el rey de Castilla algunas buenas partes, mas sobrepujaban en él las faltas. El cuerpo alto y blanco, pero metido de hombros y las facciones del rostro desgraciadas. Ejercitábase en estudios de poesía y de música, y para ello tenia in-

genio bastante. Era dado á la caza, y deleitábase en hacer justas y torneos: por lo demas era de corazon pequeño, menguado, y no á propósito para sufrir y llevar los cuidados del gobierno, antes le eran intolerables. Con pocas palabras que oia, concluia cualquier negocio por grave que fuese; y parece que tenia por el principal fruto de su reinado darse al ocio, flojedad y deportes. Sus cortesanos, en especial aquel á quien él daba la mano en las cosas, oian las embajadas de los príncipes, hacian las confederaciones, daban las honras y cargos, y por decillo en una palabra reinaban en nombre de su amo, pues eran los que gobernaban; en el tiempo de la paz y de la guerra daban leyes, y hacian ordenanzas: vergonzosa flojedad del príncipe y torpeza muy fea

El buen natural, las virtudes y valor que los antiguos reyes de Castilla tenian, descaecia de todo punto: no de otra manera que los sembrados y animales, la raza de los hombres y casta con la propiedad del cielo y de la tierra, sobre todo con el tiempo, se muda y se embastarda, en especial cuando mudan lugar y cielo; asi el ingenio ardiente de los príncipes muchas veces con la abundancia de los regalos se apaga en sus descendientes y desfallece, si los vicios no se corrigen con la buena enseñanza, y la sangre floja y muelle no se recuece y se reforma, y vuelve en su antiguo estado con dalles por mugeres doncellas escogidas de alguna nacion y linage mas robusto y varonil, con que en los hijos se repare la molicie y blandura de sus padres. En los grandes imperios ninguna cosa se debe menospreciar; y el atrevimiento de los cortesanos antes que se arraigue y eche hondas raices, en el mismo principio se ha de reprimir, porque si se envejece, cobra fuerzas grandemente, y no se remedia sino á grande costa de muchos, y á las veces toma debajo á los que le quieren derribar. Cosa superflua fuera tachar las faltas pasadas, si de las menguas agenas no se tomasen avisos para ordenar y reformar la vida de los príncipes, y es justo que por ejemplo de dos poderosísimos reyes de España, comparando el uno con el otro, se entienda cuánto se aventaje la fuerza del ánimo á la flojedad.

El rey de Aragon despues de tomada Nápoles, y sujetadas á su señorío las demas ciudades y castillos que se tenian por los Angevinos, concluida la guerra, entró en Nápoles á veinte y seis dias del mes de febrero del año **1443** con triunfo á la manera y traza de los antiguos Romanos, asentado en un carro dorado que tiraban cuatro caballos muy blancos, con otro que iba adelante asimismo blanco. Acompañaban el carro á pie los señores y grandes de todo el reino: los eclesiásticos delante con sus cruces y pendones cantaban alabanzas á Dios y á los santos: el pueblo derramado por todas partes á voces pedia para su rey un largo, feliz y dichoso imperio y vida. No se puso corona ni guirnalda en la cabeza: decia que aquella honra era debida á los santos, con cuyo favor el ganara la victoria: las calles sembradas de flores, las paredes colgadas de ricas tapicerías, todas las partes llenas de suavidad de olores, de perfumes y de fragancia. Ningun dia amaneció mas alegre y mas claro así para los vencidos como para los vencedores.

Restaba solo un cuidado de ganar al pontífice Eugenio que á la sazon no estaba muy inclinado á los Franceses. Tratóse de hacer con él asiento en la ciudad de Sena, do el pontífice se hallaba; concluyóse á quince de julio con estas condiciones: Que el reino de Nápoles quedase por el rey de Aragon, y despues dél le heredase su hijo don Fernando, el cual aunque habido fuera de matrimonio, en una junta de grandes señaló su padre por su heredero, solo en aquel estado: el rey de Aragon pechase cada un año ocho mil onzas (que es cierto género de moneda) al pontífice romano, y pusiese diligencia en reprimir á Francisco Esforcia, que ensoberbecido y orgulloso por estar casado con hija del duque de Milan, se habia apoderado en gran parte de la Marca de Ancona. Hecha esta avenencia en lo que tocaba á la guerra, cumplió el rey, y pasó mas adelante de lo que se obligó, porque él mismo se encargó della, y en la Marca quitó muchos pueblos y castillos á los Esforcianos, que restituyó al pontífice; cuyos nombres y el suceso de toda la guerra no es de nuestro propósito referirlo en este lugar. Tambien á instancia de los Ginoveses se asentó la paz con ellos, con condicion que cada un año presentasen al rey don Alonso mientras que viviese, una fuente de oro bien grande; la cual como acostumbrase á recebir delante del pueblo como trofeo de la victoria ganada contra aquella ciudad, por parecelles á los Ginoveses cosa pesada no duró la confederacion mucho tiempo, ni pagaron las parias adelante de cuatro años.

En Castilla otrosí el rey de Navarra usaba del poder que tenia usurpado, con alguna aspereza, por donde su mando no duró mucho tiempo, como quier que las cosas templadas se

conservan, y las demasías presto se acaban. Tenia como preso al rey de Castilla, que fué un señalado atrevimiento y resolucion extraordinaria: en reino ageno, en tiempo de paz, á tan gran príncipe quitalle la libertad de hablar con quien quisiese. Púsole por guardas á don Enrique hermano del almirante, y á Rodrigo de Mendoza mayordomo de la casa real para que notasen las palabras y aun los meneos de los que entraban á hablalle. Estaban metidos en el mismo enredo el almirante y el conde de Benavente como personas obligadas por la afinidad contraida con los infantes; y aun el príncipe de Castilla y la reina andaban en los mismos tratos.

Visitaba el rey de Castilla á Ramaga, á Madrigal y á Tordesillas, pueblos de Castilla la vieja. Fray Lope de Barrientos, ya obispo de Avila movido por la indignidad del caso, y porque de secreto favorecia á don Alvaro, pensó era buena ocasion aquella para volvelle en su privanza. Resolvióse sobre el caso de hablar con Juan Pacheco: lloró con él el estado en que las cosas andaban, maldecia la locura de los Aragoneses. Decia que todo el desacato que se hiciese al rey, era mengua del príncipe don Enrique, que en fin tal cual fuese, era su padre: si no era bastante para el gobierno, que no era razon, echado don Alvaro, que sucediesen en su lugar hombres estraños, sino que el mismo príncipe supliese la flojedad y mengua de su padre, y comenzase á gobernar. «Qué presta alegrarnos de la caida de don »Alvaro, si quitado él todavia nos tratan como á esclavos, y nos hacen sufrir gobierno mas »pesado, por la mayor aspereza de los que mandan y por su ambicion mas desenfrenada? »Por ventura pensais que los Aragoneses se han de contentar con tener solo el gobierno »como lugar-tenientes? segun el corazon de los hombres es insaciable, creedme que pasa»rán adelante. Ganado el reino de Nápoles, es tanta su soberbia que tratan de adquirir »nuevos reinos en España. Cuidais que están olvidados de don Enrique el Segundo? tienen »muy asentado en sus ánimos que se apoderó de Castilla contra razon. Pretenden abatir la «familia Real de Castilla, y están determinados de aventurar las vidas en la demanda.»

Moviase Juan Pacheco con el razonamiento del obispo: sabia muy bien que decia verdad, y que su amonestacion era saludable, pero espantábale la dificultad de la empresa, y recelábase que sus fuerzas no se podrian igualar á las de los Aragoneses; todavia se resolvieron de acometer á dar un tiento á los grandes, y entender si tenian ánimo bastante para abatir la tiranía de los Aragoneses y chocar con ellos. A fin que estas práticas anduviesen mas secretas, persuadieron al príncipe don Enrique que partido de Tordesillas, se fuese á Segovia con muestra de quererse recrear en la caza. Desde allí escribieron sus cartas á don Alvaro para comunicar con él lo que trataban. Acaso los condes de Haro y el de Ledesma, que por merced del rey ya se intitulaba conde de Plasencia, juntándose en Curiel, trataban de poner en libertad al rey: esto fué causa que el príncipe don Enrique volviese á Tordesillas para ver lo que se podria hacer. Verdad es que los intentos de aquellos señores fueron por los Aragoneses desbaratados, y ellos forzados á huir: principios todos y zanjas que se abrian de nuevas alteraciones.

Las bodas del rey de Navarra con su esposa se hicieron en Lobaton primero de setiembre del año del Señor de **1444**: asistieron casi todos los príncipes y las dos reinas, es á saber la de Castilla y la de Portugal. El infante don Enrique por el mismo tiempo, celebrado que hobo sus bodas en la ciudad de Córdova, con diligencia afirmaba en el Andalucía las fuerzas de su parcialidad. Diego Valera fué por embajador al rey de Francia con intento de alcanzar diese libertad al conde de Armeñaque, al cual poco antes prendió el Delphin, y don Martin hijo de don Alonso conde de Gijon. Achacábanle que tenia tratos con los Ingleses. Diéronle libertad con condicion que si en algun tiempo faltase en la fidelidad debida, fuese despojado de los pueblos de Ribadeo y de Cangas que poseia en las Asturias por merced de los reyes de Castilla, ó por habellos heredado. Fuera desto se obligó el rey de Castilla en tal caso de le hacer guerra con las fuerzas de Vizcaya cercana á su estado. Con el príncipe don Enrique á un mismo tiempo unos trataban de destruir á don Alvaro de Luna, otros de volvelle y restituille en su autoridad. El rey de Navarra persuadia que le destruyesen, y que para este efecto juntasen sus fuerzas: el obispo Barrientos y Juan Pacheco juzgaban era bien restituille en su lugar, y darse priesa antes que se descubriesen estas práticas; con este intento para entretener al rey de Navarra y engañarle se comenzó á tratar de hacer confederacion y liga con él.

En el entretanto el príncipe don Enrique se volvió á Segovia: dende solicitó á los condes, el de Haro, el de Plasencia y el de Castañeda, para que juntasen con él sus fuerzas;

llegáronseles otrosí el conde de Alba don Fernan Alvarez de Toledo con su tio el arzobispo de Toledo, y Iñigo Lopez de Mendoza señor de Hita y Buitrago. Hecho esto, como les pareciese tener bastantes fuerzas para contrastar á los Aragoneses, los confederados se juntaron en Avila por mandado del príncipe que se fué á aquella ciudad. Tenian mil y quinientos caballos, mas nombre de ejército y número que fuerzas bastantes: vino eso mismo don Alvaro de Luna. La mayor dificultad para hacer la guerra era la falta del dinero para pagar y socorrer á los soldados. Partiéronse desde allí para Burgos donde estaban los otros grandes sus cómplices. Los contrarios enviaron al rey de Castilla á la villa de Portillo, y al conde de Castro para que le guardase. Comenzó el de Navarra á hacer arrebatadamente levas de gente, juntó dos mil de á caballo: con esta gente marchó contra los grandes, que de cada dia se hacian mas fuertes con nuevas gentes que ordinariamente les acudian. Junto á Pampliega en tierra de Burgos se dieron vista los unos á los otros: asentaron á poca distancia cada cual de las partes sus reales; pusieron otrosí sus haces en campo raso en ordenanza con muestra de querer pelear. Acudieron personas religiosas y eclesiásticas movidos del peligro: comenzaron á tratar de concertallos: tenian el negocio para concluirse, cuando una escaramuza ligera al principio desbarató estos intentos, que por acudir y cargar soldados de la una y de la otra parte paró en batalla campal. Era muy tarde, sobrevino y cerró la noche, con que dejaron de pelear.

El rey de Navarra por entender que no tenia fuerzas bastantes, ayudado de la escuridad dió la vuelta á Palencia, ciudad fuerte. Sucedióle otra desgracia, que el rey de Castilla se salió de Portillo en son de ir á caza, comió en el lugar de Mojados con el cardenal de San Pedro: hecho esto, despidió al conde de Castro que le guardaba, y él se fué á los reales en que su hijo estaba. La libertad del rey fué causa de gran mudanza: cayéronse los brazos y las fuerzas á los contrarios. El de Navarra se fué á su reino para recoger fuerzas y las demas cosas necesarias, con intento de llevar adelante lo comenzado: los señores aliados cada cual por su parte se fueron á sus estados. Con esto los pueblos de los infantes, que tenian en Castilla la Vieja, vinieron en poder de los confederados y del rey, en particula- Medina del Campo, Arévalo, Olmedo, Roa y Aranda. Don Enrique de Aragon dió la vuelta del Andalucía á la su villa de Ocaña: el príncipe don Enrique y el condestable don Alvaro salieron contra él, mas por estar falto de fuerzas se huyó al reino de Murcia; allí Alonso Faxardo adelantado de Murcia, que seguia aquella parcialidad, le dió entrada en Lorca, ciudad muy fuerte en aquella comarca. Por esta via entonces escapó del peligro, y pudo comenzar nuevas prácticas para recobrar la autoridad y poder que tenia antes. Sucedieron estas cosas al fin del año.

En el mismo año á cinco de julio don Fernando tio del rey de Portugal falleció en Africa: sepultáronle en la ciudad de Fez; de allí los años adelante le trasladaron á Aljubarrota entierro de sus padres. Fué hombre de costumbres santas y esclarecido por milagros: así lo dicen los Portugueses, nacion que es muy pia y muy devota, y aficionada grandemente á sus príncipes, si bien no está canonizado. Entre otras virtudes se señaló en ser muy honesto, jamás se ensució con tocamiento de muger, ninguna mentira dijo en su vida, tuvo muy ardiente piedad para con Dios. Estas virtudes tenian puesto en admiracion á Lazeracho, un moro que le tenia en su poder. Este sabida su muerte, primero quedó pasmado, desques: digno (dice) era de loa inmortal, si no fuera tan contrario á nuestro profeta Mahoma: maravillosa es la hermosura de la virtud, su estima es muy grande y sus prendas, pues á sus mismos enemigos fuerza que la estimen y alaben.

CAPITULO II.

De la batalla de Olmedo.

Parecia que las cosas de Castilla se hallaban en mejor estado, y que alguna luz de nuevo se mostraba despues de echados del gobierno y de la corte los infantes de Aragon: mas las sospechas de la guerra y los temores todavia continuaban. Tuviéronse cortes en Medina del Campo, y mandaron de nuevo recoger dinero para la guerra, no tanto como era menester, pero cuanto podian llevar los pueblos cansados con tantos gobiernos y mudanzas, y que aborrecian aquella guerra tan cruel. Acudieron al mismo lugar el príncipe don Enrique y el condestable don Alvaro, despues que tomaron á don Enrique de Aragon muchos pueblos del maestrazgo de Santiago. Tratóse de apercebirse para la guerra que veian seria muy pe-

sada. En particular el de Navarra por tierra de Atienza, en el cual pueblo tenia puesta guarnicion, hizo entrada por el reino de Toledo con cuatrocientos de á caballo, y seiscientos de á pie: pequeño número, pero que ponia grande espanto por do quiera que pasaba, á causa que los naturales parte dellos eran parciales, los mas sin poner á peligro sus cosas querian mas estar á la mira que hacerse parte: así el de Navarra se apoderó de Torija y de Alcalá de Henares con otros lugares y villas por aquella comarca.

El rey de Castilla, puesto que tenia pocas fuerzas para alteraciones tan grandes, todavía porque de pequeños principios como suele no se aumentase el mal, juntadas arrebatadamente sus gentes, pasó al Espinar para esperar le acudiesen de todas partes nuevas banderas y compañías de soldados. Poco despues desto á diez y ocho de febrero del año que se contó 1445, falleció la reina de Portugal doña Leonor en Toledo: siguióla pocos dias despues doña María reina de Castilla, que murió en Villacastin tierra de Segovia. Sospechóse les dieron yerbas, por morir en un mismo tiempo y ambas de muerte súpita, demas que el cuerpo de la reina doña María despues de muerta se halló lleno de manchas. Dióse crédito en esta parte á la opinion del vulgo, porque comunmente se decia dellas que no vivian muy honestamente. La reina de Portugal enterraron en Santo Domingo el Real, monasterio de monjas en que moraba, desde allí fué trasladada á Aljubarrota: el enterramiento de la reina de Castilla se hizo en nuestra Señora de Guadalupe.

Por el mismo tiempo falleció don Lope de Mendoza arzobispo de Santiago, en cuyo lugar fué puesto don Alvaro de Isorna á la sazon obispo de Cuenca: y á don Lope Barrientos en remuneracion de los servicios que hiciera, trasladaron de Avila á Cuenca: á don Alonso de Fonseca dieron la iglesia de Avila, escalon para subir á mayores dignidades; era este prelado persona de ingenio y natural muy vivo, y de mucha nobleza. Don Alvaro de Isorna gozó poco de la nueva dignidad, en que le sucedió don Rodrigo de Luna sobrino del condestable.

Desde el Espinar pasó el rey á Madrid, y poco despues á Alcalá llamado por los moradores de aquella villa. Tenia el de Navarra por allí cerca alojada su gente, que con la venida de su hermano don Enrique creció en número, de manera que tenia mil y quinientos de á caballo: con esta gente se fortificó en las cuestas de Alcalá la Vieja, que son de subida agria y dificultosa, con determinacion de no venir á las manos si no fuese con ventaja de lugar, por saber muy bien que no tenia fuerzas bastantes para dar batalla en campo raso. Desde allí envió á Ferrer de Lanuza justicia de Aragon por embajador á su hermano el rey de Aragon para suplicalle, pues era concluida la guerra de Nápoles, se determinase de volver á España quier para ayudalles en aquella guerra, quier para componer y asentar todos aquellos debates. El rey de Castilla hiciera otrosí lo mismo, que le despachó sus embajadores personas de cuenta á quejarse de los agravios que le hacian sus hermanos. No hobo encuentro alguno cerca de Alcalá, ni los del rey acometieron á combatir, ó desalojar los contrarios: así los Aragoneses por el puerto de Tablada se dieron priesa para llegar á Arévalo. Siguióles el rey de Castilla por las mismas pisadas, resuelto en ocasion de combatillos: marchaban á poca distancia los unos escuadrones y los otros, tanto que en un mismo dia llegaron todos á Arévalo.

El de Navarra se apoderó por fuerza de la villa de Olmedo, que por entender que el socorro de Castilla venia cerca, le habia cerrado las puertas. Los principales en aquel acuerdo fueron justiciados: su grande lealtad les hizo daño, y el amor demasiado y fuera de sazon de la patria. El rey de Castilla pasó á media legua de Olmedo, y barreó sus estancias junto á los molinos que llaman de los Abades. Eran sus gentes por todas dos mil caballos y otros tantos infantes. Acudieron con los demas el príncipe don Enrique, don Alvaro de Luna, Juan Pacheco, Iñigo Lopez de Mendoza, el conde de Alba y el obispo Lope de Barrientos. Por otra parte con los Aragoneses se juntaron el almirante, el conde de Benavente, los hermanos Pedro, Fernando y Diego de Quiñones, el conde de Castro y Juan de Tovar, con que se les llegaron otros mil caballos. Habláronse los príncipes de la una parte y de la otra para ver si se podian concertar: todo maña del obispo Barrientos para entretener á los contrarios hasta tanto que llegase el maestre de Alcántara, con cuya venida reforzados de gente los del rey se pusieron en orden de pelea.

Los Aragoneses ni podian mucho tiempo sufrir el cerco por falta de vituallas, y no se atrevian á dar la batalla por no tener fuerzas competentes. Resolviéronse en lo que les pareció necesario, de enviar á los reales del rey á Lope de Angulo y al licenciado Cuellar

canciller del de Navarra. Y como les fuese dada audiencia, declararon las razones por que los infantes lícitamente tomáran las armas. Que no era por voluntad que tuviesen de hacer mal á nadie, sino de defender sus personas y estados, y de poner el reino en libertad, que veian estar puesto en una miserable servidumbre: «Si echado don Alvaro, como tenia acordado vuestra alteza, quisiere por su voluntad gobernar el reino, no pondremos dificultad »ninguna, ni dilacion en hacer las paces con tal que las condiciones sean tolerables: que si »no dais oido á tan justa demanda, la provincia y vuestros vasallos padecerán robos, tales »sacos y violencias; males que se pondrán á cuenta del que no los escusare, y que protes»tamos delante de Dios y de los hombres con toda verdad deseamos por nuestra parte y »procuramos atajar: avisamos otrosí que esta embajada no se envia por miedo, sino con el »deseo que tenemos de que haya sosiego y paz.»

Dichas con grande fervor estas palabras, presentaron un memorial en que llevaban por escrito lo mismo en sustancia: respondió el rey que lo miraria mas de espacio. En el entretanto que andaban los tratos de paz, acaso, un dia miércoles que se contaba diez y nueve de mayo, vinieron por un accidente á las manos y se dió la batalla. Pasó asi, que el príncipe don Enrique con el brio de mozo se acercó al muro con cincuenta de á caballo para escaramuzar con el enemigo. Salieron del pueblo otros tantos, pero con espaldas de los hombres de armas. Espantáronse los del príncipe con ver tanta gente, y vueltas las espaldas, se pusieron en huida. Siguiéronles los Aragoneses hasta las mismas trincheas de los reales. Pareció grande desacato y atrevimiento: salen las gentes del rey en guisa de pelear. En la avanguardia iba el condestable don Alvaro por frente, y á los costados los hombres de armas, y por sus capitanes don Alonso Carrillo obispo de Sigüenza, y su hermano Pedro de Acuña, Iñigo Lopez de Mendoza y el conde de Alba. En el cuerpo de la batalla iba el príncipe don Enrique con quinientos y cincuenta hombres de armas, que debajo del gobierno de don Gutierre de Sotomayor maestre de Alcántara cerraban el escuadron. El rey y en su compañía don Gutierre arzobispo de Toledo y conde de Haro guiaban y regian la retaguardia, cuyos costados fortificaban de una parte el prior de San Juan y don Diego de Zúñiga: de otra Rodrigo Diaz de Mendoza mayordomo de la casa real, y Pedro de Mendoza señor de Almazan.

Estuvieron en esta forma gran parte del dia sin que de la villa saliese ni se moviese nadie. Apenas quedaban dos horas de sol cuando mandaron que la gente se recogiese á los reales. Entonces los Aragoneses salieron con grande alarido á cargar en los contrarios. Pensaban que la escuridad de la noche que estaba cercana, si fuesen vencidos, los cubriria, y si venciesen, no los estorbaria por ser pláticos de la tierra y por sus muchos caballos. Cerraron los primeros los caballos ligeros. Acudieron los demas, con que la pelea se avivó. Las gentes de Aragon iban en dos escuadrones, el uno que llevaba por caudillo al infante don Enrique, acometió á los del condestable don Alvaro: el de Navarra cargó contra el príncipe don Enrique su yerno. Pelearon valientemente por ambas partes. Adelantáronse el maestre de Alcántara y Iñigo Lopez de Mendoza para ayudar á los suyos que andaban apretados: muchos de ambas partes huian, en quien el miedo podia mas que la vergüenza. En especial los Aragoneses eran en menor número, y por la muchedumbre de los contrarios comenzaban á ciar. Cerraba la noche: el de Navarra, y don Enrique su hermano cada cual con su banda particular discurrian por las batallas, socorrian á los suyos, cargaban á los contrarios donde quiera que los veian mas apiñados, acudian á todas partes; mas no podian por estar alterados los suyos ponellos á todos en razon y en ordenanza, ni ser parte para que con la escuridad de la noche que todo lo cubre y lo iguala, no se pusiesen en huida.

Los infantes, desbaratados y huidos los suyos, se retiraron á Olmedo: el de Benavente y el almirante se acogieron á otros lugares; el conde de Castro y don Enrique hermano del almirante, y Hernando de Quiñones fueron presos en la batalla y con ellos otros docientos: los muertos fueron pocos, treinta y siete murieron en la pelea y de los heridos mas. Los infantes de Aragon por no fiarse en la fortaleza del lugar la misma noche se partieron á Aragon, sin entrar en poblado porque no los detuviesen. El de Navarra sin lesion, don Enrique en breve murió en Calatayud de una herida que le dieron en la mano izquierda: entendióse le atosigaron la llaga, con que se le pasmó el brazo. Fué hombre de grande ánimo, pero bullicioso y que no podia estar sosegado: su cuerpo sepultaron en aquella ciudad. Del segundo matrimonio dejó un hijo de su mismo nombre, que no dará en lo de adelante mucho

menos en que entender que su padre. Los vencedores recogieron los despojos, y luego escribieron cartas á todas partes, con que avisaban como ganáran la jornada. Demas desto en el lugar que se dió la batalla, por voto del rey y por su mandado levantaron una ermita con advocacion del Espíritu Santo de la batalla para memoria perpétua desta pelea muy memorable.

CAPITULO III.

De las bodas de don Fernando hijo del rey de Aragon y de Nápoles.

Mejor y mas prósperamente procedian las cosas de Aragon en el reino de Nápoles en Italia. El rey don Alonso en gracia del padre santo quitó la Marca de Ancona á la gente de Francisco Esforcia. Ellos aunque despojados de las ciudades y pueblos de que contra razon estaban apoderados, partido el rey, no se sosegaban por estar ensoberbecidos con la memoria de las cosas que hicieran, muchas y grandes en Italia. Revolvió el rey de Aragon á instancia del pontífice Eugenio, y llegado con sus gentes á la Fontana del Populo, pueblo no lejos de la ciudad de Theano, mandó que acudiesen allí los señores. Vino con los demas Antonio Centellas marques de Girachi con trecientos de á caballo. Era de parte de padre de los Centellas de Aragon, de parte de madre de los Veintemillas de Nápoles, y en la guerra pasada sirvió muy bien, y ayudó á sujetar lo de Calabria, Basilicata y Cosencia con su buena maña, y con gran suma de dineros que vendidas sus particulares posesiones juntó para pagar á los soldados.

Queria el rey que Enricota Rufa hija del marques de Croton, y heredera de aquel estado, casase con Iñigo Dávalos: casamiento con que pretendia premialle sus servicios. Cometió este negocio á Antonio Centellas para que le efectuase: ganó él por la mano, y quiso mas para si aquel estado, y casó con la doncella. Aumentó con esto el poder, y creció tambien en atrevimiento. Disimulóse por entonces aquel desacato; pero poco despues en esta sazon fué castigado por todo. Achacábanle que trató de dar la muerte á un cortesano muy poderoso y muy querido del rey: él por miedo del castigo se partió de los reales que tenian cerca de la Fontana del Populo, y no paró hasta llegar á Catanzaro pueblo de su jurisdiccion.

Alterado el rey (como era razon) por este caso, envió á la Marca á Lope de Urrea y otros capitanes, y él mismo porque con disimular aquellos principios no cundiese el mal (ca temia si pasaba por aquel desacato, no le menospreciasen los naturales en el principio de su reinado, y con la esperanza de no ser castigados creciese el atrevimiento) dió la vuelta á Nápoles, desde donde para justificar mas su causa envió personas que redujesen á Antonio Centellas; pero él haciase sordo á los que le amonestaban lo que le convenia. Vinieron á las armas: el mismo rey pasó á Calabria y de su primera llegada tomó á Rocabernarda, y á Bellicastro. Croton sufrió el cerco algunos dias: despues por miedo de mayor mal, abrió las puertas y se rindió. Desde allí marchó el rey la vuelta de Catanzaro, do Antonio Centellas se hallaba con su muger y hijos, y todo el menage y repuesto de su casa. No se vino á las manos á causa que perdida la esperanza de defenderse, y por ver que los otros grandes no se movian en su ayuda, bien que en prometer liberales, mas mostrábanse recatados en el peligro, trató de pedir perdon y alcanzóle con condicion que se rindiese á sí y á sus cosas á voluntad del rey. Hízose así: mandó el rey le entregase aquella ciudad y el castillo de Turpia, y él fué enviado á Nápoles con su muger y hijos y toda su recámara; que fué un grande aviso para entender que en la obediencia consiste la seguridad, y en la contumacia la total perdicion.

El principal movedor desta alteracion fué un milanés por nombre Juan Muceo que á la sazon residia en Cosencia. Tuvo el rey órden para habelle á las manos: perdonóle al tanto; si bien poco despues pagó con la cabeza sus malas mañas, ca el duque de Milan, do se acogió, le hizo dar la muerte por otra semejante deslealtad. Por esta manera se conoció la providencia y poder de Dios en castigar los delitos; y aquellas grandes alteraciones que tenian suspensa y á la mira toda Italia, tuvieron remate breve y fácil. Festejóse y aumentóse la alegria de haber sosegado todo aquel reino con las bodas de don Fernando hijo del rey, que casó en Nápoles á treinta de mayo dia domingo con Isabel de Claramonte, con la

cual antes estaba desposado. Pretendíase con aquellas bodas ganar de todo punto al príncipe de Taranto, tio de parte de madre de aquella doncella, porque hasta entonces parecia andar en balanzas.

En medio destos regocijos vinieron nuevas tristes y de mucha pesadumbre, esto es que las dos reinas hermanas del rey, y don Enrique de Aragon fallecieron, como queda dicho. Demas desto que vencido el de Navarra, le echaran de toda Castilla: tal es la condicion de nuestra naturaleza, que ordinariamente las alegrias se destemplan con desastres. Al embajador que envió el rey de Navarra para avisar desto, y de su parte hacia instancia que el de Aragon volviese á España, dió por respuesta que la guerra de la Marca estaba en pie, por tanto que ni su fé, ni su devocion sufria desamparar al pontífice y faltar en su palabra: acabada la guerra, que él iria á España, pero avisaba que de tal manera se asegurasen de su ida, que no dejasen por tanto de apercebirse de todo lo necesario: que nombraba en lugar de la reina para el gobierno al rey de Navarra, y por sus consejeros á los obispos de Zaragoza y de Lérida y otras personas principales: que no seria dificultoso con las fuerzas de Navarra y de Aragon resistir á las de Castilla; en conclusion otorgaba que con los Moros de Granada (lo cual pedia asimismo el rey de Navarra) se concertasen treguas y confederacion por un año: ciudad y nacion en que por el mismo tiempo hobo mudanza de reyes. Dado que Mahomad por sobrenombre el Izquierdo con las guerras civiles de Castilla tuvo sosiego algunos años, de la paz como es ordinario resultaron entre los Moros grandes discordias. Los tiempos eran tan estragados, que no podian sosegar por largo espacio: si faltaban enemigos de fuera, nacian dentro de casa. Fué así que dos primos hermanos, hijos que eran de dos hermanos del rey moro, el uno llamado Ismael, ó por miedo de la tempestad que amenazaba, ó temiendo la ira de su tio, se fué al rey de Castilla para servílle en la guerra, con cuya ayuda esperaba podria recobrar su patria, sus riquezas y la autoridad que antes tenia. El otro que se llamaba Mahomad el Cojo, porque renqueaba de una pierna, en la ciudad de Almería, do era su residencia, se hermanó con algunos Moros principales. con esta ayuda se apoderó del castillo de Granada que se llama el Alhambra: hobo otrosí á las manos al rey su tio y le puso en prision. Hecho esto, se alzó con todo el reino y se quedó por rey.

Esto fué por el mes de setiembre: mes que aquel año conforme á la cuenta de los Arabes fué el que llama aquella gente Iamad el segundo. Dividiéronse con esto los Moros en bandos. Andilbar gobernador que era de Granada, con sus deudos y aliados se apoderó de Montefrio, que era un castillo muy fuerte no lejos de Alcalá la Real, y por tener poca esperanza de restituir y librar al rey viejo que preso estaba, convidó con el reino á Ismael: apresuróse él para tomalle, con ayuda que le dió el rey de Castilla de dinero y de gente. La esperanza que tenia de salir con su intento, era alguna: el miedo era mayor á causa de sus pocas fuerzas, y que le convenia contrastar con la mayor parte de aquella nacion, que los mas quien de voluntad, quien por contemporizar procuraban ganar la gracia del rey Mahomad, y por este camino entretenerse y mirar por sus particulares. Mas esto sucedió al fin deste año: volvamos á contar lo que se nos queda atrás.

CAPITULO IV.

Que don Alvaro de Luna fué hecho Maestre de Santiago.

Ganada la batalla de Olmedo, sobre lo que debian hacer, se tuvo consejo en la tienda de don Alvaro de Luna, que salió herido de la refriega en la pierna izquierda. Allí determinaron por comun acuerdo de todos que los bienes y estados de los conjurados fuesen confiscados: tomaron la villa de Cuellar, y pusieron cerco sobre Simancas. El príncipe don Enrique queria que el almirante don Fadrique fuese exceptuado de aquella sentencia, y que se le diese perdon; los demas eran de parecer contrario. Decian que su causa no se podia apartar de la de los demas, antes juzgaban de comun consentimiento y tenian su delito por mas grave y calificado por ser el primero y principal, y que movió á los demas á tomar las armas. Por esta causa el príncipe se fué á Segovia: el rey su padre alterado por su partida, y por recelo no fuese este principio de nuevos alborotos dejó á Pedro Sarmiento el cuidado de apoderarse de los demas pueblos de los alborotados, y él mismo se fué á nuestra Señora de Nieva con deseo de sosegar á su hijo.

Para obedecer pidió el príncipe que para sí le diesen á Jaen, á Logroño y á Cáceres, y á Juan Pacheco á Barcarrota, Salvatierra y Salvaleon, pueblos á la raya de Portugal: condescendió el rey con él; mas qué se podia hacer? desta manera por lo que era razon fueran castigados, les dieron premio: tales eran los tiempos. Fuera desto en Medina de Rioseco se dió perdon al almirante con tal que dentro de cuatro meses se redujese al deber, y en el entretanto doña Juana reina de Navarra su hija estuviese detenida en Castilla como en rehenes. Tomado este asiento, el castillo de aquella villa que se tenia por el almirante, se entregó al rey: los demas pueblos de Castilla la Vieja que eran de los alterados, en breve tambien vinieron á su poder. Al principio desta guerra por consejo de don Alvaro, dado que al conde de Haro y otros grandes no les parecia bien, envió el rey de Castilla por gente de socorro á Portugal: acordó con esta demanda el gobernador don Pedro duque de Coimbra. Juntó dos mil de á pie y mil y seiscientos caballos, y por general á su hijo don Pedro, que si bien no pasaba de diez y seis años por muerte del infante don Juan su tio poco antes le habia nombrado por condestable de Portugal.

Llegó esta gente á Mayorga, do el rey estaba: su venida no fué de efecto alguno por estar ya la guerra concluida; sin embargo festejaron al general, regalaron á los capitanes, y les presentaron magníficamente segun que cada cual era. No resultó algun otro provecho desta venida y deste ruido solamente don Alvaro secretamente y sin que el mismo rey lo supiese, segun se dijo, concertó de casalle segunda vez con doña Isabel hija de don Juan maestre de Santiago en Portugal, con el cual don Alvaro tenia grande alianza y muchas prendas de amor: tan grande era la autoridad y mano que don Alvaro se tomaba, tan rendido tenia al rey. Decia que aquel parentesco seria de mucho provecho por el socorro de gente que les vendria de aquel reino, fuera de que hacian suelta por este respeto de gran suma de dineros que se gastaron en la paga de los soldados ya dichos.

Despedido el socorro de Portugal, pasó la corte á Burgos: allí muy fuera de lo que se pensaba, á los condes de Benavente y de Castro (1) se dió perdon á tal que por espacio de dos años ni el de Castro saliese de Lobaton, ni el de Benavente se partiese de aquella su villa de Benavente. A otros grandes hicieron crecidas mercedes, mayores al cierto que sus servicios: don Iñigo Lopez de Mendoza fué hecho marques de Santillana y conde de Manzanares: Villena se dió á don Juan Pacheco con nombre tambien de marques: demas desto en Avila don Alvaro de Luna fué elegido por voto de los caballeros de aquella órden en maestre de Santiago: parece que la fortuna le subia tan alto para con mayor caida despeñarle. A don Pedro Giron mas por respeto de don Juan Pacheco su hermano que por sus méritos, pues antes siguiera el partido de Aragon, dieron el maestrazgo de Calatrava: para este efecto depusieron á don Alonso de Aragon; cargábanle que siguió á su padre en la guerra pasada.

No faltó quien tachase aquellas dos elecciones como no legítimas, de que resultaron debates y competencias. Contra don Alvaro pretendia don Rodrigo Manrique, ayudado (como se dirá luego) del favor del príncipe don Enrique: contra don Pedro Giron se oponia don Juan Ramirez de Guzman comendador mayor de Calatrava, que desde la eleccion pasada pretendia algun derecho, y en la presente tuvo algunos votos por su parte, de que resultaron grandes alteraciones y discordias. Alburquerque se tenia todavia por los Aragoneses: acudió el rey en persona á rendir la villa y la fortaleza, que finalmente le entregó su alcaide Fernando Dávalos. Dió el rey la vuelta á Toledo, y allí removió á peticion de la ciudad de la tenencia del alcázar y del gobierno del pueblo á Pero Lopez de Ayala y puso en su lugar á Pero Sarmiento: acuerdo poco acertado por lo que avino adelante, y aun de presente se disgustó asáz el príncipe don Enrique por el mucho favor que hacia al depuesto Pero Lopez de Ayala.

Al fin deste año á los cuatro de diciembre, finó en la su villa de Talavera don Gutierre arzobispo de Toledo: su cuerpo sepultaron en el sagrario al cierto de aquella iglesia colegial. Sobre si le trasladaron á la villa de Alba, como él mismo lo dejó dispuesto en su testamento, hay opiniones diferentes: quien dice que nunca le trasladaron, y que yace en el mismo lugar sin lucillo y sin letra, solo un capelo verde, que cuelga de la bóveda en señal de aquel entierro; otros porfian que los de su casa le pasaron á Alba, sin señalar cuando, ni como: solo consta que en S. Leonardo convento de Gerónimos de aquella villa hay un sepulcro de mármol blanco suyo, que de en medio de la capilla mayor en

(1) La *Crónica* no dice que se perdonase sino al Almirante y al conde de Benavente.

que estaba, le pasaron al lado del Evangelio; pero sin alguna letra que declare si están dentro los huesos. En suma en lugar de don Gutierre alcanzó aquella dignidad don Alonso Carrillo, obispo á la sazon de Sigüenza, por principo del año **1446**. Su padre Lope Vazquez de Acuña, que de Portugal se vino á Castilla: sus hermanos Pedro de Acuña señor de Dueñas y Tariego, y otro Lope Vazquez de Acuña; demas desto era tio de don Juan Pacheco, y hombre de gran corazon, pero bullicioso y desasosegado, de que son bastante prueba las alteraciones largas y graves que en el reino se levantaron, y él las fomentó.

Hízose consulta sobre lo que quedaba por concluir de la guerra. Atienza y Torija solamente se tenian por el de Navarra en toda Castilla; pero fortificadas para todo lo que podia suceder, guarnecidas de buen número de soldados, que salian á corrér los campos comarcanos, hacer presas de ganados y de hombres. Demas desto crecia la fama de cada dia, y venian avisos que el de Navarra se aprestaba para volver de nuevo á la guerra: cosa que ponia en cuidado á los de Castilla, tanto mas que el rey moro con intento de ganar reputacion y á instancia de los Aragoneses, con una entrada que hizo por las fronteras del Andalucía, tomara por fuerza á Benamaruel y Benzalema pueblos fuertes en aquella comarca: afrenta mayor que el miedo y que el daño. No se podia acudir á ambas partes: marcharon las gentes del rey contra los Aragoneses por el mes de mayo, y despues que tuvieron cercada á Atienza por espacio de tres meses, se trató de hacer paces. Concertaron que aquellos dos pueblos se pusiesen en tercería, y estuviesen en poder de la reina de Aragon doña María hasta tanto que los jueces nombrados de comun consentimiento determinasen á quien se debian entregar.



Trages de esta época, segun el retablo del altar mayor de la catedral de Tarragona.

Hecha esta avenencia, el rey de Castilla fué recebido dentro del pueblo á doce de agosto. Hizo abatir ciertas partes de la muralla y poner fuego á algunos edificios. Los vecinos pretendian se quebrantaran las condiciones del concierto y asiento tomado y así no le quisieron recebir en el castillo. Por esto sin acabar nada fué forzado volver atrás, y irse á Valladolid, solamente dejó ordenado que el nuevo arzobispo de Toledo y don Carlos de Arellano quedasen con gente para reprimir los insultos de los Aragoneses por aquella parte y en ocasion se apoderasen de aquellos pueblos. No por esto los Aragoneses quedaron amedrenta-

dos, antes desde aquellos lugares hacian de ordinaria correrias y cabalgadas por todos aquellos campos hasta Guadalajara, do el de Toledo y Arellano residian.

Algunos de los parciales andaban al tanto por toda la provincia esparcidos y mezclados con los demas que á la sorda alteraban la gente, y eran causa que resultasen nuevas sospechas entre los grandes de Castilla: maña en que el de Navarra tenia mayor fiucia que en las armas. Demas desto don Alvaro y don Juan Pacheco cada cual por su parte con intento de aprovecharse del daño ageno sembraban con chismes y reportes semilla de discordias entre el rey y su hijo el príncipe, que debieran con todas sus fuerzas atajar: cruel codicia de mandar y ciego ímpetu de ambicion, cuán grandes estragos haces! en un delito cuán gran número de maldades se encerraban! Pasaron tan adelante en estas discordias, que por ambas partes hicieron levas de soldados. En cierto asiento que se hizo entre el rey y el príncipe su hijo, hallo que el rey perdona al conde de Castro, y á sus hijos manda se les vuelvan sus estados y bienes.

Don Rodrigo Manrique confiado en estas revueltas mas que en su justicia, por nombramiento del pontífice Eugenio, y á persuasion del rey de Aragon, sin tener el voto de los caballeros se llamó maestre de Santiago. Pretendia él por las armas apoderarse de los lugares del maestrazgo, don Alvaro le resistia; de que resultaron daños de una parte, y de otra muertes y robos por todas aquellas partes. Estas alteraciones y revueltas fueron causa que pocos cuidasen de lo que mas importaba: así los Moros por principio del año 1447 hicieron entrada en nuestras tierras; llevaron presas de hombres y de ganados, quemaron aldeas, talaron los campos, las rozas y las labranzas, y en particular ganaron de los nuestros los pueblos de Arenas, Huesca, y los dos Velez, el Blanco y el Rojo, que están en el reino de Murcia poco distantes entre sí. No tenian bastante número de soldados, ni estaban bastecidos de vituallas ni de almacen: así no pudieron mucho tiempo sufrir el ímpetu de los enemigos. Esto y las sospechas que todos tenian de mayores males, eran los frutos que de las discordias que andaban entre los grandes, resultaron.

CAPITULO V.

De la guerra de Florencia.

No será fuera de propósito (como yo pienso) declarar en breve las causas y el suceso de la guerra de Florencia que por el mismo tiempo se emprendió en Italia. Blanca hija de Philipo duque de Milan casó con Francisco Esforcia: el dote sesenta mil escudos, y entretanto que se la pagaban, en prendas á Cremona ciudad rica de aquel ducado; la cual el yerno con esperanza que tenia de suceder en aquel estado, aun que le ofrecia el dinero no quiso restituir á su suegro, confiado en la ayuda de Venecianos, en aquella sazon por sí mismos, y por la liga que tenian con Florentines y Ginoveses, poderosos por mar y por tierra. Envió Philipo por su embajador al obispo de Novara para que tratase con el rey don Alonso y moviese guerra á los Florentines, para con esto recobrar él á Cremona sin embargo del favor que daban á su yerno los Venecianos. El pontífice Eugenio era contrario á los Venecianos y á sus aliados y intentos, y por el contrario amigo del duque Philipo. Por esta causa atizaba y persuadia al rey hiciese esta guerra, dado que no era menester por lo mucho que él mismo debia al duque: así hizo mas de lo que le pedian. Envió por una parte al estado de Milan á Ramon Buil, excelente capitan y de fama en aquella era; él mismo por otra sin mirar que era invierno, pasó á Tibur cerca de Roma.

Entretanto que allí se entretuvo para ver como las cosas se encaminaban, y que los Florentines hacian buenas ofertas por divertir la guerra de su casa, los Venecianos con las armas se apoderaron de gran parte del ducado de Milan. Por esta causa fué forzado el duque de recebir á su yerno en su gracia: lo mismo hizo el rey don Alonso á su instancia y aun envió al duque dinero prestado. Hallábanse las cosas en este estado, cuando súbitamente mudado el duque de voluntad convidó al rey de Aragon y le llamó para entregalle el estado de Milan. Resistió el rey á esto, y no aceptó la oferta por juzgar era cosa indigna que príncipe tan grande se redujese á vida particular y dejase el mando.

Estas demandas y respuestas andaban, cuando el papa Eugenio que era tanta parte para todo, falleció en Roma á veinte y dos de febrero: apresuróse el cónclave, y salió por pontífice dentro de diez dias el cardenal Tomas Sarzana natural de Luca en Toscana, con

nombre en el pontificado de Nicolao quinto: buen pontífice, y que la bajeza de su linage, que fué grande, ennobleció con grandes virtudes; y por haber sido el que puso en pie y hizo se estimasen las letras humanas en Italia, es justo que los doctos le amen y alaben. Fué admirable en aquella edad no solo en la virtud, sino en la buena dicha con que subió á tan alto estado, tan amigo de paz cuanto su predecesor de guerra.

En el estado de Milan se hacia la guerra con diferentes sucesos. El duque Philipo pasado que hobo con su ejército el rio Abdua, congojado de cuidados y desconfiado de sus fuerzas, trató de veras con Ludovico Dezpuch embajador del rey don Alonso de renunciar aquel estado y entregalle á su señor, ca estaba determinado de trocar la vida de príncipe, llena de tantos cuidados y congojas, con la de particular mucho mas aventurada: sobre todo deseaba castigar los desacatos de su yerno. Decia que á causa de su vejez ni el cuerpo podia sufrir los trabajos, ni el corazon los cuidados y molestias: que seria mas á propósito persona de mas entera edad y mas brio, para que con su esfuerzo y buena dicha reprimiese la lozania y avilenteza de los Venecianos. En el entretanto que Ludovico con este recado vá y vuelve, el duque Philipo falleció en el castillo de Milan á los trece de agosto de calenturas y cámaras, y principalmente de la pesadumbre que le sobrevino con aquellos cuidados que le apretaron en lo postrero de su edad: aviso que la vida larga no siempre es merced de Dios. Mas qué otra cosa sujetó á aquel príncipe poco antes tan grande á tantas desgracias sino los muchos años? de manera que no siempre se debe desear vivir mucho, que los años sujetan á las veces los hombres á muchos afanes, y el fallecer en buena sazon se debe tener por gran felicidad.

Aquel mismo mes se celebraron las bodas del rey de Castilla y doña Isabel en Madrigal: las fiestas no fueron grandes por las alteraciones que andaban todavia entre los grandes. La suma es que entre el rey y la reina sin dilacion se trató de la manera que podrian destruir á don Alvaro de Luna, negocio que aun no estaba sazonado, dado que él mismo por no templarse en el poder caminaba á grandes jornadas á su perdicion: este fué el galardon de ser casamentero en aquel matrimonio. El rey don Alonso, como lo tenian tratado, fué por el duque Philipo nombrado en su testamento por heredero de aquel estado. En esta conformidad Ramon Buil, uno de los comisarios del rey en Lombardía, en cuyo poder quedó el un castillo de aquella ciudad, hizo que los capitanes hiciesen los homenages y juramento al rey don Alonso como duque de Milan: la muchedumbre del pueblo con deseo de la libertad acudió á las armas con tan grande brio que se apoderaron de los dos castillos que tenia Milan, y sin dilacion los echaron por tierra y los arrasaron. Don Alonso no podia acudir por estar ocupado en la guerra de Florencia que ya tenia comenzada, en que se apoderó por las armas de Ripa, Marancia, y de Castellon de Pescara en tierra de Volterra.

Los Florentines alterados por esta causa llamaron en su ayuda á Federico señor de Urbino, y á Malatesta señor de Arimino. El rey puso cerco sobre Piombino, y se apoderó de una isla que le está cercana, y se llama del Lillo. Los de Piombino asentaron que pagarian por parias cada un año una taza de oro de quinientos escudos de peso; los Florentines otrosi se concertaron con el rey debajo de ciertas condiciones, con que dejadas las armas se partió para Sulmona. Quedaron por él en lo de Toscana la isla del Lillo y Castellon de Pescara. Erale forzoso acudir á lo de Milan, y aquella guerra. Hobo diversos trances: venció finalmente Francisco Esforcia, mozo de grande ánimo, pues pudo por su esfuerzo y con ayuda de Venecianos quitar la libertad á los Milaneses y al rey don Alonso el estado que le dejara su suegro: cepa de do procedió una nueva línea de príncipes en aquel ducado de Milan, y ocasion de nuevas alteraciones y grandes, en que Francia con Italia, y con ambas España se revolvieron con guerras que duraron hasta nuestro tiempo, variables muchas veces en la fortuna y en los sucesos, como se irá señalando en sus propios lugares.

CAPITULO VI.

Que muchos señores fueron presos en Castilla.

Las cosas de Castilla aun no sosegaban: de una parte apretaba el rey moro, ordinario y ferviente enemigo del nombre de Cristo; de otra estaba á la mira el de Navarra, que tenia mas confianza que en sus fuerzas, en la discordia que andaba entre los grandes de Castilla. Este era el mayor daño. El de Toledo, y Iñigo Lopez de Mendoza que fué puesto en lugar

de Arellano, con un largo cerco con que apretaron á Torija, la forzaron á rendirse á partido que dejasen ir libres á los soldados que tenia de guarnicion. Este daño que recibió el partido de Aragon, recompensaron los soldados de Atienza con apoderarse en tierra de Soria de un castillo que se llama Peña de Alcázar. El rey de Castilla irritado con esta nueva pérdida, desde Madrigal do estaba, partió por el mes de setiembre para Soria: seguianle tres mil de á caballo, número bastante para hacer entrada por la frontera y tierras de Aragon.

Por el mismo tiempo en Zaragoza se tenian cortes de Aragon para proveer con cuidado en lo de la guerra que les amenazaba. Entendian que tantos apercebimientos como en Castilla se hacian, no serian en vano. Hiciéronse diligencias extraordinarias para juntar gente: mandaron y echaron bando que todos los naturales de diez uno, sacados por suertes, fuesen obligados á tomar las armas y alistarse: resolucion que si no es en extremo peligro, no se suele usar ni tomar. No obstante esta diligencia, enviaron por sus embajadores á Soria á Iñigo Bolea y Ramon de Palomares para que preguntasen cual fuese el intento del rey, y lo que con aquel ruido y gente pretendia, y le advirtiesen se acordase de la amistad y liga que entre los dos reinos tenian jurada: si confiaba en sus fuerzas, que tomadas las armas, lo que era cierto, se hacia dudoso y se aventuraba: que comenzar la guerra era cosa fácil, pero el remate no estaria en la mano del que le diese principio, y fuese el primero á tomar las armas.

A esta embajada respondió el rey á veinte de setiembre en una junta mansamente y con disimulacion, es á saber que él tenia costumbre de caminar acompañado de los grandes y de su gente: que los Aragoneses hicieron lo que no era razon, en ayudar al de Navarra con consejo y con fuerzas; si no lo emendaban, lo castigaria con las armas. Envió junto con esto sus reyes de armas, llamados Zurban y Carabeo, para que en las cortes de Zaragoza se quejasen destos desaguisados; los Aragoneses asímismo tornaron á enviar al rey otra embajada. Entretanto que estas demandas y respuestas andaban, los soldados de Castilla de sobresalto se apoderaron del castillo de Verdejo que está en tierra y en el distrito de Calatayud: con esto desistieron de tratar de las paces, y luego vinieran á las manos, si un nuevo aviso que vino de que los grandes en lo interior y en el riñon de Castilla se conjuraban y ligaban entre sí, no forzara al rey de Castilla á dar la vuelta á Valladolid. En aquella villa tuvo las pascuas de Navidad, principio del año de **1448**. En el mismo tiempo un escuadron de gente navarra tomó la villa de Campezo, y el gobernador de Albarracin se apoderó de Huelamo, pueblo de Castilla á la raya de Aragon, y que está asentado en la antigua Celtiberia no lejos de la ciudad de Cuenca. Desta manera variaban las cosas de la guerra: así es ordinario.

El mayor cuidado era de apaciguar á los grandes, y reconciliar con el rey al príncipe su hijo, ca por su natural liviano nunca sosegaba del todo, ni era en una cosa constante. La ambicion de don Alvaro y de Juan Pacheco era impedimento para que no se pudiese efectuar cosa alguna en esta parte. Menudeaban las quejas; cada cual de los dos pretendia derribar al otro, y por este medio subir él al mas alto grado. Entendió esto don Alonso de Fonseca obispo de Avila, persona de ingenio sagaz: procuró concordallos y hacellos amigos; deciales que si se aliaban, tendrian mano en todo el gobierno, la discordia seria causa de su perdicion. Tomóse por expediente para atajar las conjuraciones de los grandes prender muchos dellos en un dia señalado. Para poner esto en ejecucion tuvieron habla el rey y el príncipe su hijo entre Medina del Campo y Tordesillas á once de mayo, sábado víspera de pascua de Espiritu Santo. Como se concertó, asi se hizo; que don Alonso Pimentel conde de Benavente, y don Fernan Alvarez de Toledo conde de Alba, don Enrique hermano del almirante, los dos hermanos Pedro y Suero de Quiñones fueron presos. Al de Benavente, don Enrique y á Suero llevaron á Portillo; al de Alba y Pedro de Quiñones á Roa para que allí los guardasen.

Achacábanles que trataban de hacer volver al rey de Navarra á Castilla: como los hombres naturalmente se inclinan á creer lo peor, decia el vulgo que á nadie perdona, era todo invencion para aplacar el ódio del pueblo concebido por aquellas prisiones. El almirante y el conde de Castro como no les hobiesen podido persuadir que viniesen á la corte, avisados de lo que pasaba, se retiraron á Navarra: lo que era consiguiente, tomáronles los estados sin dificultad por no tener quien los defendiese, ni estar los pueblos apercebidos de vituallas; estos fueron Medina de Ruyseco, Lobaton, Aguilar, Benavente, Mayorga con otro gran nú-

mero de pueblos y castillos. Diego Manrique de su voluntad entregó los castillos de Navarrete y de Treviño como en rehenes y para seguridad que guardaria lealtad á su rey. Todas estas trazas á los malos dieron gusto, los buenos las aborrecian; y no se sanaron las voluntades; sino antes se exasperaron mas, y comenzaron nuevas sospechas de mayor guerra.

Continuábanse todavia las cortes de Zaragoza, en que por el mes de abril entre Aragon y Castilla se concertaron treguas por seis meses; que las paces ó no pudieron, ó no quisieron concluillas. De los dos señores que se huyeron de Castilla, el conde de Castro se quedó en Navarra, el almirante llegó á Zaragoza á veinte y nueve de mayo: en aquella ciudad trató con el rey de Navarra de lo que debian hacer; acordóse que el almirante pasase en Italia para informar de todo lo que pasaba como testigo de vista. Estaba el rey don Alonso á la sazon sobre Piombino (como queda dicho antes) cuando en un mismo tiempo el almirante y don Garci Alvarez de Toledo hijo del de Alba por diversos caminos llegaron allí. El de Aragon los recibió muy bien, y les dió muy grata audiencia: demas de esto prometió de les acudir y ayudallos; dióles cartas que escribió á los grandes, desta sustancia: «Amigos y »deudos, de vuestro desastre nos ha informado nuestro primo el almirante: cuanta pena nos »haya dado, no hay para que decillo; el tiempo en breve declarará cuanto cuidamos de vos y »de vuestras cosas, y que no escusaremos por el bien de Castilla ningun gasto ni peligro que »se ofrezca. Dios os guarde. De los reales de Piombino á diez de agosto.»

En este comedio en Castilla se gastaron algunos meses en apoderarse de los estados y lugares de los grandes. El rey y el príncipe su hijo, comunicados los negocios entre sí, acordaron se pusiesen guarniciones en las fronteras del reino en lugares convenientes, en especial contra los Moros. Resuelto esto, Alonso Giron primo de Juan Pacheco fué nombrado para que estuviese en Hellin y en Humilla por frontero con docientos de á caballo y cuatrocientos infantes, con que acometió cierto número de Moros que entraron por aquella parte, y los desbarató. Mostró en este caso mayor ánimo que prudencia, ca los enemigos se recogieron en un collado que cerca caia: dende de repente con grande alarido cargaron sobre los cristianos que con gran seguridad y descuido recogian los despojos, y por estar esparcidos por todo el campo los destrozaron, sin poder huir, ni tomar las armas, ni hacer ni proveer nada. Los mas fueron muertos, algunos pocos con el capitan se salvaron por los pies, perdidas las armas y los estandartes.

Sobre las demas desgracias de Castilla este nuevo revés alteró el ánimo del rey, tanto mas que por el mismo tiempo el príncipe don Enrique, ofendido de nuevo contra don Alvaro de Luna, desde Madrid do estaba con su padre, se retiró á Segovia: causa de nuevo sentimiento para el rey. Determinóse para remedio de tantos males, y buscar algun camino para atajallos, de juntar cortes en Valladolid. El principe don Enrique por órden de su padre se llegó á Tordesillas: antes que el rey tambien fuese á verse con él, como estaba acordado, en una junta que tuvo, declaró ser su voluntad reconciliarse con su hijo y perdonalle; á los caballeros conforme á los méritos de cada cual premiallos ó castigallos, en particular dijo que queria hacer merced y repartir los pueblos y estados de los parciales entre los leales. Los procuradores de las ciudades, cada cual á porfía loaba el acuerdo del rey: quien mas podia, mas le adulaba; que es una mala manera de servicio y de agrado tanto mas perjudicial cuanto mas á los príncipes gustoso.

Solo Diego Valera procurador de la ciudad de Cuenca á instancia de su compañero y por mandado del rey tomó la mano; y aunque con cierto rodeo, claramente amonestó al rey no permitiese que los grandes, personas de tanta nobleza y de tan grandes méritos suyos y de sus antepasados, fuesen condenados sin oirlos primero: dijo que de otra manera seria injusto el juicio, dado que sentenciasen lo que era razon. Hernando de Ribadeneyra, hombre suelto de lengua y arrojado amenazó á Valera: dijo que le costaria caro lo que habló. El rey mostró mal rostro contra aquel atrevimiento: salióse luego de la junta, con que dió á entender cuanto le desagradaron las palabras de Ribadeneyra. Ocho dias despues Valera escribió al rey una carta en esta sustancia: «Dad paz, señor, en nuestros dias. Cuantos »males hayan traido á la república las discordias domésticas, no hay para que declarallo: »nuestras desventuras dan bastante testimonio de todo, las mas graves que los hombres se »acuerdan: todo está destruido, asolado, desierto, y la miserable España la tercera vez se »va á tierra, si con tiempo no es socorrida. Quiero con los profetas antiguos llorar el daño »y destruicion de la patria; pero quejarse y sospirar solamente, y no poner otro remedio á

»los males fuera de las lágrimas téngolo por cosa vana. Esto es lo que me ha forzado á es»cribir. En vuestra prudencia, señor, despues de Dios están puestas todas nuestras espe»ranzas: si no os mueve nuestra miseria, á lo menos la desventura de vuestro reino os »punce: si en alguna cosa se errare, el daño será comun de todos, la afrenta solo vuestra; »que la fama y la fortuna de los hombres corren á las parejas. Este es el peligro de los que »reinan: las prosperidades pertenecen á todos, las cosas adversas y reveses á solo el prín»cipe se imputan. Con premio y con castigo, severidad y clemencia se gobiernan los reinos: »asi lo enseña la experiencia y grandes varones lo dejaron escrito. Cierto término debe haber »en esto y guardar cierta medida, bien así como en lo demas. No es mi intento de disputar »en este lugar de cosa tan grande: traer ejemplos así antiguos como modernos por la una y »por la otra parte, qué presta? á muchos levantó la clemencia, la severidad á pocos, por »ventura á ninguno: poned los ojos en Alejandro, César, Salomon, Roboam, en los Nero»nes. Las partes que la aspereza y el rigor por ventura necesario, pero usado fuera de »tiempo, tienen enconadas, con la blandura se han de sanar, y con echar por diverso ca»mino que el que hasta aqui se ha tomado. En conclusion cuatro cosas conviene hacer; este »es mi parecer, ojalá tan acertado como es el deseo que de acertar tengo. Conviene apa»ciguar al príncipe, llamar á los desterrados, soltar á los que están presos, y establecer »un perpétuo olvido de las enemigas pasadas. La facilidad en el perdonar dirá alguno seria »causa de desprecio: verdad es, si el príncipe pudiese ser despreciado que tiene valor y »ánimo; cosa peligrosa es quererse autorizar con la sangre de sus vasallos. La falta de »castigo dirá otro hará hombres atrevidos, y las leyes mandan sea castigado el desacato y »la deslealtad: es así, pero la propia loa de los reyes es la clemencia, y toda grande hazaña »es forzoso tenga algo que se pueda tachar; que si en algo se quebrantaren las leyes, el »bien y la salud pública lo recompensarán y soldarán todo. Quiero últimamente hacer mis »plegarias. Ruego á Dios que de mis palabras, salidas de corazon muy llano, esté lejos toda »sospecha de arrogancia, y que vuestro entendimiento para determinar cosas tan grandes »sea alumbrado con luz celestial que os enseñe lo que convendrá hacer.» Esta carta dió pesadumbre á don Alvaro de Luna; al rey y á todos los buenos fué muy agradable. El conde de Plasencia, leida esta carta, gustó tanto del ingenio de Valera y de su libertad, que le recibió en su servicio, y le entregó su hijo mayor para que le criase y amaestrase.

CAPITULO VII.

De las bodas del rey de Portugal.

La prision de tan grandes señores y la huida de otros que fueron forzados á salirse de toda Castilla alteró mucho la gente y acarreó graves daños. Tratábase dentro y fuera del reino de poner á los presos en libertad, y hacer que los huidos volviesen á su tierra. El temor los entretenia y enfrenaba, maestro no duradero ni bueno de lo que conviene, ca mudadas las cosas algun tanto, se atrevieron los que esto pensaban, á procurallo y ponello por obra. El conde de Benavente huyó de la prision: dióle lugar paro ello Alonso de Leon por grandes dádivas de presente, y mayores promesas que le hizo para adelante; del cual Diego de Rivera alcaide del castillo hacia grande confianza. Este dió entrada á treinta soldados en el castillo, que acompañaron al conde en caballos que para esto tenian apercebidos en un pinar allí cerca, y le llevaron á Benavente. Con su venida los moradores de aquella villa echaron la guarnicion de soldados que tenian puestos por el rey: luego despues acudieron á Alba de Liste que estaba cercada por los del rey, y los forzaron á alzar el cerco; junto con esto se apoderaron de otros pueblos de menos cuenta.

Esta nueva fué de mucha alegria para los buenos, y comunmente para el pueblo. El rey alterado con ella, dejó á don Alvaro en Ocaña con órden de apercebir lo necesario para la guerra de Aragon, y él á grandes jornadas se fué á Benavente; desde donde por hallar aquel pueblo apercebido pasó á Portugal, que halló alegre por las bodas de su rey que poco antes celebró con doña Isabel, hija de don Pedro su tio y gobernador del reino, con quien siete años antes estaba desposado. Fué esta señora de costumbres muy santas, y de apostura muy grande. Deste casamiento nacieron don Juan que murió niño, y doña Juana su hermana que murió sin casar, y otro don Juan que vivió largos años, y heredó el reino de su padre. Era el rey todavia de tierna edad, y no bastante para los cuidados del reino. Don

Pedro su suegro estaba muy en [illegible] del gobierno de muchos tiempos atrás, cosa que los demas grandes la miraban por pesada, y la comenzaron á llevar mal.

La muchedumbre del pueblo, como muger, que es amiga de novedades, inclinaba con la mudanza de los señores por pensar siempre que lo venidero será mejor que lo presente y pasado. El que mas se señalaba en tratar de derribar á don Pedro, era don Alonso conde de Barcelos, sin tener ningun respeto á que era su hermano, ni tener memoria de la merced que poco antes le hiciera, que por muerte de don Gonzalo señor de Berganza, que falleció sin hijos poco antes, le nombró y dió título de duque de Berganza: así suelen los hombres muchas veces pagar grandes beneficios con alguna grave injuria: la ambicion y la envidia quebrantaban las leyes de la naturaleza. Tenia poca esperanza de salir con su intento, si no era con maña y engaño: persuadió al rey, que era mozo y de poca experiencia, tomase el mismo el gobierno, y que el agravio é injuria que su suegro hizo á su madre en echalla primero del reino, despues acaballa con yerbas, como él decia que lo hizo, la vengase con dalle la muerte: que hasta entonces siempre gobernó soberbia y avaramente, y robó la república: que segun el corazon humano es insaciable, se podia temer que sin contentarse de lo que se usó, pretenderia pasar adelante, y de dia y de noche pensaria como hacerse rey, para lo cual solo el nombre le faltaba.

Alterado el rey con estos chismes y murmuraciones trató de vengarse de don Pedro: él avisado de lo que pasaba, porque en aquella mudanza tan súbita de las cosas no le hiciesen algun desaguisado á él ó á los suyos, y tambien para esperar en que paraban, y que término tomaban aquellas alteraciones, se fortificó dentro de Coimbra. Sufren mal los grandes ánimos cualquiera injuria, y mas cuando no tienen culpa: así con intento de apoderarse de Lisboa se concertó con los ciudadanos de aquella ciudad que se la entregasen: pero como quier que cosa tan grande no pudiese estar secreta, en el camino en que iba para allá con número de soldados, le pararon una celada, con que le fue forzoso venir á las manos. Dióse esta batalla año de nuestra salvacion de 1449: sobre el mes no concuerdan los autores, y hay diversas opiniones; la suma es que en ella murió el mismo don Pedro con muchos de los suyos. Sus émulos y gente curiosa de cosas semejantes decian fué castigo del cielo, ca le hirieron en el corazon con una saeta enarbolada: de la herida murió: persona digna de mejor suerte y de mas larga vida, si bien vivió cincuenta y siete años. Fué de grande ánimo, de aventajada prudencia por la grande experiencia que tuvo de las cosas. Díjose que el rey sintió mucho la muerte de su tio y suegro: la fama mas ordinaria y el suceso de las cosas convence ser esto engaño, pues por mucho tiempo le fué negada la sepultura; verdad es que adelante le enterraron en Aljubarrota entierro de los reyes, y le hicieron sus honras y exequias. Su hijo don Diego fué preso en la batalla, y adelante se fué á Flandes: desde allí su tia la duquesa doña Isabel le envió á Roma para que fuese cardenal; doña Beatriz su hermana pasó otrosí á Flandes, y casó con Adolfo duque de Cleves.

Despues desto en Portugal gozaron de una larga paz: el rey entrado en edad gobernó el reino sabiamente, si bien fué mas afortunado en la guerra que hizo contra los Moros mas mozo, que en la que tuvo contra Castilla en lo postrero de su edad. Mostróse muy señalado en la piedad: en el rescate de los cautivos que tenian los Moros presos en Africa, gastó y derramó grande parte de sus rentas y tesoros, si se puede decir que la derramó, y no mas aina que la empleó santísimamente en provecho de muchos. Táchanle solamente que se entregó á sí y á sus cosas al gobierno de sus criados y cortesanos: creo que fué mas por llevarlo así aquellos tiempos, y por alguna fuerza secreta de las estrellas que por falta particular suya: daño que fué causa de grandes desgustos y desastres así bien en las otras provincias como en la de Portugal.

CAPITULO VIII.

Del alboroto de Toledo.

Quedóse don Alvaro de Luna en Ocaña, segun se ha tocado, para apercebir lo necesario para la guerra de Aragon. Trataba con gran cuidado de juntar dineros, de que tenian la mayor falta. Ordenó que Toledo ciudad grande y rica acudiese con un cuento de maravedís por via de empréstito repartido entre los vecinos: cantía y imposicion moderada asáz, sino que cosas pequeñas muchas veces son ocasion de otros muy grandes. Dió cuidado y cargo

de recoger este dinero á Alonso Cota hombre rico, vecino de aquella ciudad. Opusiéronse los ciudadanos: decian no permitirian que con aquel principio las franquezas y privilegios de aquella ciudad fuesen quebrantados. Avisaron á don Alvaro: mandó que sin embargo se pasase adelante en la cobranza. Alborotóse el pueblo, y con una campana de la Iglesia Mayor tocaron al arma.

Los primeros atizadores fueron dos canónigos llamados el uno Juan Alonso, y el otro Pedro Galvez; el capitan del populazo alborotado fué un odrero (1), cuyo nombre no se sabe: el caso es muy averiguado. Cargaron sobre las casas de Alonso Cota, y pegáronles fuego, con que por pasar muy adelante se quemó el barrio de la Madalena, morada en gran parte de los mercaderes ricos de la ciudad: saqueáronles las casas, y no contentos con esto, echaron en prision á los que allí hallaron, gente miserable, sin tener respeto ni perdonar á mugeres, viejos y niños. Sucedió este feo y cruel caso á veinte y seis de enero. Unos ciudadanos maltrataban á otros no de otra manera que si fueran enemigos, que fué un cruel espectáculo y daño de aquella noble ciudad; en especial se enderezó el alboroto contra los que por ser de raza de Judios el pueblo los llama cristianos nuevos. El ódio de sus antepasados pagaron sin otra causa los descendientes. El alcalde Pero Sarmiento, y su teniente el bachiller Marcos García, á quien por desprecio llama el vulgo hasta hoy Marquillos de Mazarambroz, que debieran sosegar la gente alborotada, antes los atizaban y soplaban la llama. Tras la revuelta se siguió el miedo de ser castigados: por entender les harian guerra cerraron las puertas de la ciudad, que fué lo que solo restaba para despeñarse del todo y remediar un delito con otro mayor; así en breve la alegria que tenian por lo hecho, se les trocó en pesadumbre y les acarreó muchos daños.

Don Alvaro no tenia bastantes fuerzas ni autoridad para sosegar aquellas alteraciones tan grandes, y castigar á los culpados, especial que el dicho Pero Sarmiento le era contrario. Dió aviso al rey de lo que pasaba, el cual á instancia suya y habiéndose en este medio tiempo apoderado de Benavente, acudió á apagar aquel fuego por temor que tenia de aquellos principios no resultasen mayores daños. Por negalle la entrada se alojó en el hospital de S. Lázaro. Tiráronle algunas balas desde aquella parte de la ciudad que llaman la granja, con un tiro de artilleria que allí pusieron. Cuando disparaban decian: tomad esa naranja que os envian desde la granja: desacato notable. Con la venida del rey tomó Pero Sarmiento ocasion de hacer nuevas crueldades y desafueros: prendió muchos ciudadanos con color que trataban de entregar al rey la ciudad. Púsolos á cuestion de tormento, en que algunos por la fuerza del dolor confesaron mas de lo que les preguntaban. Robáronles sus bienes, y á muchos dellos quitaron las vidas: cruel carnicería, hacer delito y castigar como á tal la lealtad y el deseo de quietud y reposo, cosa que entre amotinados de ordinario se suele tener y contar por alevosía y gravísima maldad.

El rey se fué á Torrijos. Allí fueron algunos caballeros enviados por la ciudad (cuyos nombres aquí se callan) para que le dijesen en nombre de Toledo y de las demas ciudades que si no apartaba de sí á don Alvaro de Luna, y mandaba que á las ciudades se guardasen sus franquezas, darian la obediencia y alzarian por señor al príncipe don Enrique su hijo. Fué grande este desacato, y el sentimiento que causó en el rey no menor: así sin dar alguna respuesta despidió aquellos caballeros. Mandó poner sitio sobre la ciudad: los naturales llamaron en su ayuda al príncipe, con cuya llegada se alzó el cerco; pero sin embargo de habellos librado del peligro, y habelle acogido en la ciudad, no le entregaron las llaves de las puertas ni del alcázar. La muchedumbre del pueblo alborotado nunca se sabe templar; ó temen ó espantan, y proceden en sus cosas desapoderadamente. Hicieron á los seis de junio un estatuto en que vedaban á los cristianos nuevos tener oficios y cargos públicos, en particular mandaban que no pudiesen ser escribanos ni abogados ni procuradores, conforme á una ley ó privilegio del rey don Alonso el Sábio, en que decian y pretendian otorgó á la ciudad de Toledo que ninguno de casta de Judíos en aquella ciudad ó en su tierra pudiese tener ni oficio público ni beneficio eclesiástico. En todo se procedia sin tiento y arrebatadamente, no daban lugar las armas y fuerza para mirar que era lo que por las leyes y costumbres estaba establecido y guardado: solo una grave tiranía se ejercitaba, y atroces agravios.

Un cierto dean de Toledo natural de aquella ciudad, cuyo nombre y linage no es necesario declarar aqui, confiado en sus riquezas y en sus letras, en especial en la cabida que tenia

(1) Por el cual se dijo: *soplará el odrero, y alborozarse há Toledo.*

en Roma, ca fué datario y adelante obispo de Coria (como algunos dicen habello oido á sus antepasados y es así) se retiró á la villa de Santolalla: allí puso por escrito con mayor corage que aplauso, un tratado en que pretendia que aquel estatuto era temerario y erróneo. Ofrecióse demas desto de disputar públicamente, y defender siete conclusiones que en aquel propósito envió á la ciudad. No contento con esto sobre el mismo caso enderezó una disputa mas larga á don Lope de Barrientos obispo de Cuenca, en que señala por sus nombres muchas familias nobilísimas con parientes del mismo y otros de semejante ralea emparentadas; si de verdad, si fingidamente por hacer mejor su pleito, no me parece conviene escudriñallo curiosamente. Basta que no paró en esto su desgusto y alteracion, antes fué causa (como yo pienso) que el pontífice Nicolao expidiese una bula en que reprueba todas las cláusulas y capítulos de aquel estatuto el tercero año de su pontificado, es á saber el mismo en que sucedió el alboroto de Toledo de que vamos tratando, cuya copia no me pareció seria conveniente poner en este lugar; solo diré que comienza por estas palabras traducidas de latin en castellano: «El enemigo del género humano luego que vió caer en buena tierra la palabra de »Dios, procuró sembrar zizaña para que ahogada la semilla no llevase fruto alguno.» La data desta bula fué en Fabriano año de la Encarnacion de mil y cuatrocientos y cuarenta y nueve á veinte y cuatro de setiembre.

Otra bula que expidió el mismo pontífice Nicolao dos años adelante á veinte y nueve de noviembre, tampoco será necesario engerilla aquí por ser sobre el mismo negocio y conforme á la pasada. Tampoco quiero poner los decretos que consecutivamente hicieron en esta razon los arzobispos de Toledo don Alonso Carrillo en un sínodo de Alcalá, y el cardenal don Pero Gonzalez de Mendoza en la ciudad de Victoria algunos años despues deste tiempo de la misma sustancia. Casi todo esto que aquí se ha dicho de la revuelta y estatuto de Toledo, dejaron los coronistas de contar, creo con intento de no hacerse odiosos; pareció empero se debia referir aquí por ser cosa tan notable, tomado de ciertos memoriales y papeles de una persona muy grave. Cual de las partes tuviese razon y justicia, y cual no, no hay para que disputallo: quede al lector el juicio libre para seguir lo que mas le agradare, que podrá por lo que aquí queda dicho, y por otros tratados que sobre este negocio por la una y por la otra parte se han escrito, sentenciar este pleito á tal que sea con ánimo sosegado y sin aficion demasiada á ninguna de las partes.

CAPITULO IX.

De otras nuevas revueltas de los grandes de Castilla.

No cesaba el de Navarra de solicitar á los grandes de Castilla para que se alborotasen. Las ciudades de Murcia y de Cuenca no se mostraban bien afectas para con su rey, de que alguna esperanza tenian el de Navarra y los otros sus parciales de recobrar sus antiguos estados. Hacian los de Aragon diversas correrias en tierras de Castilla: y en la comarca de Requena robaron gran copia de ganados. Demas desto los moradores de aquella villa como saliesen á buscar los enemigos con mayor ánimo que prudencia, fueron vencidos en una pelea que trabaron; sin embargo la esperanza que tenian los contrarios de apoderarse de Murcia, les salió vana. Acometieron los Aragoneses á entrar en Cuenca debajo de la conducta de don Alonso de Aragon hijo del rey de Navarra. Llamólos Diego de Mendoza alcaide de la fortaleza que en aquel tiempo se veia en lo mas alto de la ciudad: al presente hay solamente piedras y paredones, muestra y rastros de edificio muy grande y muy fuerte. Estos intentos salieron tambien en vacio en esta parte á causa que el obispo Barrientos defendió con grande esfuerzo la ciudad.

Pasado este peligro, en Aragon se movieron nuevos tratos con ocasion de la vuelta del almirante de Castilla, de quien se dijo que pasó en Italia. Convocaron los procuradores de las ciudades y los demas brazos para que se juntasen en Zaragoza: leyéronse los órdenes é instrucciones y mandatos que el rey de Aragon enviaba, y conforme á ellos pretendian que se juntasen las fuerzas del reino y se abriese la guerra con Castilla. Esquivaban los procuradores el rompimiento: decian no estaba bien al reino trocar fuera de sazon la paz que tenian con Castilla, con la guerra, especial ausente el rey, y los tesoros del reino acabados; por esto intentaron otros medios y ayudas: tratóse de casar al principe de Viana con hija del conde de Haro; procuraron otrosí que los grandes de Castilla tuviesen entre sí ha-

bla, y sobre todo y lo mas principal convidaron al príncipe de Castilla don Enrique para ligarse con los que fuera del reino y dentro andaban descontentos. Atreviéronse á intentar esta prática por no haberse aun el príncipe reconciliado con su padre, antes en su deservicio estaba apoderado de Toledo.

La muchedumbre del pueblo le entregó la ciudad: los movedores del alboroto pasado querian darse al rey; por esto y por sus deméritos grandes fueron presos dentro de la iglesia Mayor donde se retrajeron. A los principales alborotadores, que eran los dos canónigos de Toledo, enviaron presos á Santorcaz, para que en aquella estrecha cárcel (que lo es mucho la que en aquel castillo hay) pagasen su pecado: no les quitaron las vidas como merecian, por respeto que eran eclesiásticos. Marcos Garcia, y Hernando de Avila uno de los principales delincuentes, fueron arrastrados por las calles, y de muchas maneras maltra–



De un códice que está en las casas consistoriales de Barcelona, copiamos exactamente este dibujo, que representa el rey don Alonso entre los Consellers de Barcelona el dia 2 de abril de 1448, en el acto que hace entrega de los *Usatges de Marquilles.*

tados hasta dalles la muerte: agradable espectáculo para los ciudadanos, cuyas casas y bienes ellos robaron, castigo muy debido á sus maldades.

La soltura de los Moros á la sazon era grande: con ordinarias cabalgadas que hacian, trabajaban, quemaban y robaban los campos del Andalucía á su reino comarcanos; hicieron grandes presas, llegaron hasta los mismos arrabales de Jaen y de Sevilla, que fué grande befa, afrenta de los nuestros y mengua del reino. Su orgullo era tal que el rey moro prometió al de Navarra, el cual hacia gente en Aragon, que si por otra parte acometia á las tierras de Castilla, no dudaria de asentar sus reales y ponerse sobre Córdova, sin cesar de combatilla hasta della apoderarse. Dió el navarro las gracias á los embajadores por aquella voluntad, pero dilatóse por entonces la ejecucion, sea por no ser buena sazon, sea por no hacer mas odiosa aquella su parcialidad, si pasaba tan adelante.

En Coruña cerca de Soria se juntaron muchos grandes de Castilla á veinte y seis de julio: halláronse presentes los marqueses de Villena y de Santillana, el conde de Haro, el almirante de Castilla y don Rodrigo Manrique que se intitulaba maestre de Santiago; no falta otrosí quien diga que se halló en esta junta el príncipe de Castilla don Enrique. Quejáronse del mal gobierno de don Alvaro: que por su causa la nobleza de Castilla andaba unos desterrados, otros en prisiones despojados de sus estados: que en ningun tiempo tuvo con el rey tanta cabida y privanza como al presente tenia: si no se ligaban entre si, ninguna esperanza les quedaba ni á los afligidos, ni á los demas, para que no viniesen á perecer todos por el atrevimiento de don Alvaro, que de cada dia se aumentaba. Acordaron que hasta mediado el mes de agosto cada cual por su parte con las mas gentes que pudiese juntar, acudiese á los reales del príncipe don Enrique; pero aunque al tiempo señalado estuvieron puestos cerca de Peñafiel villa de Castilla la Vieja, los grandes se iban poco á poco sin hacer mucha diligencia para acudir á lo que tenian concertado.

Detenia á cada uno su particular temor, acordábanse de tantas veces que semejantes deseños les salieron vanos: demas que no se fiaban bastantemente del príncipe don Enrique, por ser poco constante en un parecer; y aun el rey de Navarra que acaudillaba á los demas descontentos, sabian estar por el mismo tiempo embarazado en sus cosas propias y en las de Francia. Poseia este príncipe en la Guiena un castillo llamado Maulison, que le entregó el rey de Ingalaterra, y tenia puesto en su lugar para guardalle su mismo condestable. Este castillo acometió á tomar el conde de Fox con un grueso ejército, en que se contaban doce mil hombres de á pie y tres mil de á caballo. Fortificó sus estancias en lugares á propósito con sus fosos y trincheas: comenzó luego despues desto á batir las murallas.

El de Navarra con las gentes que arrebatadamente pudo juntar, acudió al peligro. Puso sus reales en un llano poco distante de los del contrario. Hobo habla entre el yerno y el suegro, pero por mucho que supo decir el de Navarra, no persuadió al de Fox que levantase el cerco: escusábase que tenia dada palabra y prometido al rey de Francia de serville en aquella empresa: que no podia alzar el cerco antes de salir con su intento y tomar el castillo. Por esta manera como quier que el de Navarra se volviese á España, los cercados fueron forzados á rendirse á partido que dejase ir á los soldados de guarnicion libres á sus casas. La tardanza del rey de Navarra y poco brio de los grandes dió en Castilla lugar á tratar de reconciliar al príncipe don Enrique con su padre. Con la esperanza que se concluiria la paz, derramaron las gentes que por una y otra parte tenian levantadas: tras esto concertaron las diferencias entre los dos príncipes padre y hijo.

Hecho esto, el rey se quedó en Castilla la Vieja, el príncipe don Enrique volvió á Toledo, do fué recebido con grande aplauso del pueblo con danzas y regocijos á la manera de España: allí finalmente Pero Sarmiento porque trataba de dar aquella ciudad al rey, y por no poner fin y término á los robos y agravios que hacia, fué privado de la alcaidía del alcázar, y del gobierno de la ciudad por principio del año **1450**. Quejábase él mucho de su desgracia, imploraba la fé y palabra que el príncipe le diera: no le valió para que no se ejecutase la sentencia y saliese de la ciudad. Llevaba consigo en doscientas acémilas cargados los despojos que robára, tapices, alhombras, paños ricos, bajilla de oro y de plata; hurto vergonzosisimo, demasias y cohechos exorbitantes: bramaba el pueblo y decia era justo le quitasen por fuerza lo que á tuerto robó. No pasaron de las palabras y quejas á las manos: nadie se atrevió á dalle pesadumbre por llevar seguridad del príncipe; verdad es que parte de la presa le robaron en el camino: lo mas dello en Gumiel, do su muger y hijos estaban, poco despues por mandado del rey fué confiscado.

El mismo Sarmiento se retiró á Navarra, y adelante alcanzado que hobo perdon de sus desórdenes, en la Bastida pueblo de la Rioja cerca de la villa de Haro, el cual solo de muchos que tenia, le dejaron, pasó la vida sujeto á graves enfermedades y miedos, torpe por las fealdades que cometió, despojado de sus bienes y tierras por mandado del padre santo, con quien este negocio se comunicó. Los compañeros que tuvo en los robos, fueron mas gravemente castigados: en diversas ciudades los prendieron y con estraordinarios tormentos justiciaron: castigo cruel; pero con la muerte de pocos pretendieron apaciguar el pueblo alterado, aplacar la ira de Dios, y reprimir tan graves maldades y excesos; juntamente se dió aviso á los demas puestos en gobierno, que en semejantes cargos no usen de violencia: ni empleen su poder en cometer desafueros y desaguisados.

CAPITULO X.

De las cosas de Aragon.

Apenas se habia sosegado la ciudad de Toledo, cuando en Segovia, donde el príncipe don Enrique era ido, se levantó un nuevo alboroto por esta ocasion: á don Juan Pacheco marques de Villena achacó un delito y exceso por el cual merecia ser preso, Pedro Portocarrero que comenzaba á tener cabida con el príncipe: ayudábanle y deponian lo mismo el obispo de Cuenca y Juan de Silva alferez del rey y el mariscal Pelayo de Rivera. Avisaron al príncipe que usase de toda diligencia, y que mirase por si: el castigo dado á don Juan Pacheco seria á los demas aviso para que no recompensasen con deslealtad mercedes tan grandes como tenia recibidas. Aprobado este consejo, se acordó fuese preso: era tan grande su poder que no era cosa fácil ejecutallo; y él mismo, avisado del enojo del príncipe, se apoderó de cierta parte de la ciudad y en ella se barreó para hacer resistencia á los que le acometiesen. Recelábanse que el negocio no pasase adelante, y no fuese necesario venir á las armas, con que se ensangrentasen todos: permitiéronle se fuese á Turuegano pueblo de su jurisdiccion. Desde allí procuró ganar á Pedro Portocarrero: para esto le dió una hija suya bastarda por nombre doña Beatriz por muger, y en dote á Medellin, villa grande en Extremadura y cerca de Guadiana; con esta maña enflaqueció el poder de sus enemigos, y la ira del príncipe comenzó á amansar.

La guerra con los Aragoneses se continuaba, bien que no con mucho calor y cuidado, ni con mucha gente por estar todos cansados de tan largas diferencias. El castillo de Bordalua en la frontera de Aragon tomaron á los Aragoneses, que ellos de nuevo y en breve recobraron. El enojo que se tenia contra el rey de Navarra, era mayor por ser causa y movedor de todos estos males: ofrecíase coyuntura para tomar dél emienda con ocasion de algunas diferencias que resultaron en aquel reino. Fué así que muchos inducian al príncipe de Viana se apoderase del reino: decian que era de su madre; y su padre hacia agravio á él pues tenia ya bastante edad para gobernar, y á toda la nacion, pues siendo extrangero, sin ningun derecho ni razon queria ser y llamarse rey de Navarra: estas eran las zanjas que se abrian de grandes alteraciones que adelante se siguieron. Estaba el rey de Navarra en Zaragoza, donde se tuvieron cortes de Aragon, entrado bien el verano: tratóse de los pesquisidores, que solian ser como tenientes del justicia de Aragon, y fué acordado que el oficio destos se templase y limitase con ciertas leyes que ordenaron para que no abusasen en agravio de nadie del poder que para bien comun se les daba. Determinóse otrosí que los bienes sobre que hobiese pleito, se pusiesen en terceria en poder de un depositario general, á propósito que los jueces por tenellos en su poder no dilatasen las sentencias y alargasen los pleitos.

El rey don Alonso de Aragon, dado que ocupado y entretenido en Nápoles, todavia cuidaba de las cosas de España. Despachó embajadores á los príncipes con que los exortaba á la paz, resuelto (si hobiese guerra) de acudir con fuerzas y consejo á su hermano y á sus vasallos. Por lo demas parecia estar olvidado de su patria, en tanto grado que nunca le pudieron persuadir volviese á España, puesto que muchas veces lo procuraron. Las grandes comodidades de que así por mar como por tierra goza aquella provincia y ciudad de Nápoles, le detenian en Italia, donde queria mas ser el primero en poder y autoridad, que en España ser contado como era forzoso por segundo. El fruto de sus trabajos era una grande paz de que gozaba, y renombre del mas afamado entre los príncipes de su tiempo: los de

cerca y los de lejos á porfia pretendian su amistad con embajadas que para este efecto le enviaban.

En especial los emperadores Griegos se señalaban en esto por estar trabajados de los Turcos, que ensorbebecidos con tantas victorias por todas partes los rodeaban y apretaban ordinariamente, y aun se recelaban que ya se acercaba el fin de aquel imperio nobilisimo. La poca esperanza que quedaba á los Griegos de sustentarse, estribaba en la fortaleza y grandeza de sola la ciudad de Constantinopla, cabeza y asiento de aquel imperio; pero era esta ayuda muy flaca. Asi se determinaron buscar socorros de fuera, y en particular Demetrio Paleólogo, príncipe de la Atica y del Peloponeso, que hoy se llama la Morea, y hermano del emperador Constantino (que asi se llamaba) con una embajada que envió al rey de Aragon, le ofreció si le ayudaba, que concluida la guerra de los Turcos, le daria en premio provincias muy grandes: lo mismo hizo Aranito conde de Epiro, que vulgarmente se llama Albania.

Pero entre las demas embajadas no es razon dejar de referir la que le envió Georgio Castrioto, por las grandes virtudes y esfuerzo deste varon, y por sus hazañas y proezas contra los Turcos muy señaladas; antes será bien decir de aquel príncipe en este lugar algunas cosas que podrán dar luz para lo que adelante se ha de contar. En su tierna edad le entregó á Amurates emperador de los Turcos su padre Juan Castrioto, que tenia su estado en aquella parte de Epiro en que antiguamente estaba Emathia, y se le dió en rehenes: así desde mozo fué enseñado en la ley de Mahoma, y llamado Scanderberchto, que es lo mismo en lengua Turquesta que Alejandro. Llegado á mayor edad dió tal muestra de si, que parecia seria un muy valiente capitan, porque en todas las contiendas y pruebas se aventajaba á sus iguales, y se la ganaba. Era alto de cuerpo, membrudo, de buen rostro, de grande ánimo, mas deseoso de gloria que de deleites: de manera tal que por su valor en breve muchas veces se acabaron empresas muy grandes.

En medio desta prosperidad solo le afligia el amor que tenia á la religion cristiana, y el deseo de recobrar el estado de su padre, que á sin razon le quitáran: deseaba pasarse á los nuestros con ocasion de alguna hazaña señalada que hiciese en favor de los cristianos. Ofreciósele acaso buena coyuntura para ejecutar lo que pensaba. Juan Huniades en una batalla que se dió memorable á la ribera del rio Morava, desbarató un ejército de Turcos. Georgio como quier que hobiese escapado de la rota y huido, acordó fingir ciertas letras en nombre del emperador en que mandaba al gobernador le entregase la ciudad de Croia cabeza del estado de su padre: obedeció el gobernador al engaño; con que Georgio se apoderó de aquella ciudad, y lo mismo hizo de las ciudades y pueblos comarcanos.

Avisado el Gran Turco de lo que pasaba, sintió mucho aquel caso: anduvieron cartas de la una á la otra parte. Perdida la esperanza que de voluntad se hobiese de reportar, acudieron los Turcos á las armas. Diéronse muchas batallas, en que muchas veces grandes huestes de enemigos fueron por pocos cristianos desbaratadas: tanto importa el esfuerzo de un solo varon, y la determinacion á los que tienen la razon de su parte; sobre todo lo que los santos patrones de aquella tierra favorecian aquella empresa; que de otra manera, como pudieran por fuerzas humanas y por consejo defenderse tanto tiempo, y desbaratar tantas veces huestes invencibles de enemigos? Seria cosa muy larga referir todos los particulares; basta que con la gloria de su nombre pareció igualarse á los antiguos capitanes: su esfuerzo respondia bien al nombre de Scanderberchto, pues no tuvo menos ánimo ni mucho menor felicidad que Alejandro. Las fuerzas eran pequeñas, y no bastantes para empresas tan grandes: por esto se determinó buscar socorros de fuera. Hizo liga con los Venecianos: pidió ayuda á los papas, en particular enderezó una embajada al rey de Aragon, que llegó á Gaeta, do el rey estaba, al principio del año 1451, en que le ofrecia (si le ayudaba para aquella guerra con soldados y dineros) que aquella provincia le estaria sujeta, y le pagaria cada un año el tributo y parias que acostumbraban pechar al Gran Turco. Respondió el rey á esta demanda benignamente, y con obras ca envió gente de socorro; pero cuan poco era todo esto para contrastar con el gran poder de los enemigos, que bramaban por ver que en aquella parte durase tanto la guerra.

Fué este año muy dichoso para España, por nacer en él la infanta doña Isabel, á la cual el cielo por muerte de sus hermanos aparejaba el reino de Castilla. Princesa sin par, y que con la grandeza de su ánimo y perpétua felicidad sanó las llagas de que la flojedad de sus antecesores fuera causa: honra perpétua y gloria de España. Nació en Madrigal, donde sus

padres estaban, á veinte y tres del mes de abril: asimismo don Enrique hermano del almirante, de quien se dijo fué preso tres años antes deste junto con otros grandes, huyó de la torre de Langa, en que le tenian preso, cerca de Santisteban de Gormaz. Para librarse se valió de la astucia que aqui se dirá. Avisó á los suyos secretamente lo que pretendia hacer, y que para ello le enviasen entre cierta ropa un ovillo de hilo de apuntar: hecho esto, una noche compuso su vestidura en la cama de manera que parecia hombre dormido, con su bonete de acostar, que puso tambien sobre la ropa. Despues desto salióse secretamente del aposento, y subióse á lo mas alto de una torre. El alcaide (como lo tenia de costumbre) visitó el aposento, y por entender que el preso dormia, cerró la puerta sin ruido y fuese á reposar. Don Enrique como vió que todos dormian y reposaban, con el hilo de aquel ovillo que tenia, subió una cuerda con ñudos á cierta distancia, que su gente le tenia apercebida, con que se guindó y descolgó poco á poco, y ayudándose de los pies y de las manos, hizo tanto que con extraordinaria fortaleza de ánimo escapó por este medio, muy alegre y regocijado no menos por el buen suceso de aquel riesgo á que se puso, que por la libertad que cobró. En Portugal se concertó doña Leonor hermana de aquel rey con el emperador Federico que por sus embajadores la pedia: hiciéronse los desposorios en Lisboa á nueve de agosto dia lunes: poco despues la doncella por mar con una larga y dificultosa navegacion llegó á Pisa, y desde allí á Sena, ciudades de Toscana la una y la otra bien conocidas en Italia.

CAPITULO XI.

De la guerra civil de Navarra.

Con nuevas alianzas que algunos grandes de Castilla hicieron, se desbarató la avenencia que entre algunos dellos se tramára poco antes. Por esta causa y por la alteracion del príncipe de Viana el rey de Navarra se hallaba sin fuerzas así de los suyos como de los extraños. Lo uno y lo otro se encaminó por industria y sagacidad de don Alvaro de Luna, á cuya cabeza amenazaban todas aquellas tempestades y borrascas. Valiase para prevalecer en todos los peligros de sus mañas, como siempre lo acostumbraba; pero lo que otras veces le sucedió prósperamente, al presente le acarreó su perdicion, ca los engaños y invenciones no duran, y es justo juicio de Dios que se atajen con el castigo del que dellos se vale. Fué así que á su instancia se hizo cierta apariencia de confederacion entre los reyes de Castilla y de Navarra, con que se concertó otrosi que el almirante y el conde de Castro y otros señores fuesen perdonados, y les volviesen sus estados: demas desto acordaron que á don Alonso hijo del rey de Navarra se restituiria el maestrazgo de Calatrava; mas esto no tuvo efecto á causa que don Pedro Giron se apercibió de soldados y vituallas, y se hizo fuerte en la villa de Almagro para hacer resistencia á quien le pretendiese enojar: así á don Alonso de Aragon que acudió á su pretension, sin efectuar cosa alguna fué forzoso dar la vuelta á Aragon.

Llevó muy mal esto el de Navarra, que con engaño le hobiesen burlàdo, y que les pareciese de tan poco entendimiento que no calaria aquellas tramas. Allegóse otro nuevo desgusto, y fué que por consejo de don Alvaro el príncipe don Enrique se reconcilió del todo finalmente con su padre, y se apartó de la alianza que tenia puesta con su suegro el de Navarra. Lo que fué sobre todo pesado, que en Navarra se despertó una guerra larga, civil y muy cruel por esta causa: estaba aquella gente de tiempo antiguo dividida en dos bandos, los Biamonteses y los Agramonteses, nombres desgraciados y dañosos para Navarra traidos de Francia, en que se envolvieron familias y casas muy nobles, y aun de sangre real, como fueron los condes de Lerin y los marqueses de Cortes cabezas destas dos parcialidades. Los Agramonteses seguian al rey de Navarra, los Biamonteses atizaban al príncipe de Viana, que sabian estar descontento de su padre, para que tomase las armas: decian que le hacia agravio en tenelle ocupado el reino, y quebrantaba en ello las leyes divinas y humanas, y era razon que se acudiese á este agravio; que si las fuerzas humanas le faltasen, Dios favoreceria una causa y querella tan justa.

Lo primero hicieron confederacion con los reyes de Castilla y de Francia: el de Castilla prometió de acudir con tal que el principe de Viana públicamente se declarase y tomase las armas; lo mismo prometió el francés, que por haber quitado la Guiena á los Ingleses podia

desde cerca con mucha facilidad ayudar aquellos intentos, especial que por el mismo tiempo se apoderó de Bayona, y venció á los Ingleses en una batalla muy señalada. Al tiempo que se daba, dicen que una cruz blanca apareció en el cielo quier fuese verdadera figura y apariencia que en las nubes se puede formar, quier se les antojase: de su vista sin duda se tomó pronóstico que las cosas adelante les sucederian mejor, y ocasion de trocar los Franceses la banda roja de que solian usar en las guerras, en una cruz blanca, divisa que traen hasta el dia de hoy. Ganada esta jornada, ninguna cosa quedó por los Ingleses en tierra firme, fuera de Calés y su territorio que no es muy grande.

Luego que la guerra civil se comenzó entre los Navarros, los Biamonteses se apoderaron de diversas ciudades y pueblos, entre los demas de Pamplona cabeza del reino, y de Olite y de la villa de Ayvar; todavía la mayor parte quedó por el rey á causa que con recelo desta tempestad encomendára el gobierno y las guarniciones á los que tenia por mas leales, y con grande diligencia estaba apercebido para todo lo que podia resultar, tanto que el mismo principado de Viana le tenia en su poder. Acudió don Enrique príncipe de Castilla (como tenian concertado) puso cerco sobre Estella, pueblo muy fuerte: acudió asímismo el rey su padre. Hallóse dentro la reina de Navarra: el rey su marido movido del peligro que sus cosas corrian, desde Zaragoza se apresuró para dar socorro á los cercados; llegó á diez y nueve de agosto, pero con poca gente: por donde y porque ni aun tampoco los Agramonteses tenian bastantes fuerzas para sosegar aquellas alteraciones, le fué necesario dar la vuelta á Zaragoza con intento de levantar mas número de gente de Aragon.

Con su vuelta el rey de Castilla y su hijo á instancia del príncipe don Carlos, como si la guerra quedára acabada, se volvieron á Burgos sin dejar hecho efecto de importancia. Hizole daño á don Carlos su buena, sencilla y mansa condicion. Su padre como artero con soldados y número de gente que juntó, mas fuerte y experimentada en la guerra que mucha en número, puso sus reales sobre la villa de Ayvar que se tenia por los contrarios, fortificada con buen número de soldados y baluartes: acudió el hijo á dar socorro á los cercados, asentó los reales á vista de los de su padre. A tres de octubre sacaron los unos y los otros sus gentes y ordenaron sus batallas en forma de pelear. Pretendian personas religiosas y eclesiásticas, á quien parecia cosa grave y abominable que parientes y aliados viniesen entre sí á las manos, en especial el hijo contra su padre, ponellos en paz y hacellos dejar las armas. El príncipe don Carlos daba de buena gana oido á lo que le proponian, á tal que su padre perdonase á todos sus secuaces y al mismo don Luis de Biamonte, que era conde de Lerin y condestable, y que á él le restituyese el principado de Viana, y le dejase la mitad de las rentas reales con que sustentase su vida y el estado de su casa; en conclusion que el rey de Castilla aprobase esta confederacion, ca tenia jurado el príncipe don Carlos que no se haria concierto sin su voluntad.

El rey de Navarra pasaba por algunas condiciones, otras no le contentaban: el príncipe feroz con la esperanza de la victoria, ca tenia mas gente que su padre, dió señal de pelear; lo mismo hicieron los contrarios. Encontráronse las haces con tanto denuedo de los Biamonteses que hicieron retirar el primer escuadron del rey de Navarra; solo Rodrigo Rebolledo que era su camarero mayor, huidos los demas, detuvo y sufrió el ímpetu de los enemigos que ferozmente se iban mejorando, con cuyo esfuerzo animados los demas escuadrones se adelantaron á pelear. Los mismos que al principio volvieron las espaldas, procuraban con el esfuerzo y corage recompensar la falta y mengua pasada: fué tan grande la carga que no los pudieron sufrir los contrarios, y se pusieron en huida los primeros los caballos del Andalucía que tenian de su parte. Eran los del príncipe gente allegadiza, mas número que fuerzas; los soldados de su padre viejos y experimentados. Los muertos no fueron muchos, los cautivos en gran número: el mismo príncipe de Viana, rodeados por todas partes de los enemigos, y puesto en peligro que le matasen, entregó la espada y la manopla á don Alonso su hermano en señal de rendirse.

Fué esta batalla de las mas señaladas y famosas de aquel tiempo: los principios tuvo malos, los medios peores, y el remate fué miserable. No escriben el número de los que pelearon, ni de los que fueron muertos; ni aun concuerdan los escritores en contar y señalar el órden con que se dió la batalla, ni tampoco en que tiempo: vergonzoso descuido de nuestros coronistas. El príncipe don Carlos por mandado de su padre fué llevado primero á Tafalla, y despues á Monroy. Dícese que por todo el tiempo de su prision tuvo grande recelo que le querian dar yerbas, y que despues de la batalla no se atrevió á gustar la cola-

cion que trujeron hasta tanto que su mismo hermano le hizo la salva. El de Navarra alegre con esta victoria dió la vuelta á Zaragoza, y con él la reina su muger, que en breve se hizo preñada. Los Biamonteses no dejaron por ende las armas, ni perdieron el ánimo, en especial que el Príncipe don Enrique en ódio de su suegro acudió luego á les ayudar. Demás de esto los señores de Aragon favorecian al Príncipe don Cárlos, y comenzaban á mover tratos para ponelle en libertad. Era miserable el estado de las cosas en Navarra: por los campos andaban sueltos los soldados á manera de salteadores, dentro de los pueblos ardian en discordias y bandos, de que resultaban riñas, muertes y andar todos alborotados.

En el Andalucía las cosas mejoraban, en particular cerca de Arcos reprimieron los fieles cierto atrevimiento de los Moros: fué así que seiscientos Moros de á caballo y ochocientos de á pie hicieron entrada por aquella parte. Acudió menor número de los nuestros, que los desbarataron y pusieron en huida á nueve de febrero del año que se contaba de nuestra salvacion 1452: el Capitan desta empresa, y que apellidó la gente y la acaudilló, don Juan Ponce Conde de Arcos y señor de Marchena. Mayor estrago recibieron el mes luego siguiente en el reino de Murcia seiscientos Moros de á caballo y mil y quinientos peones que entraron á robar: en un encuentro que tuvieron cerca de Lorca, los desbarataron y quitaron la presa que era muy grande, de cuarenta mil cabezas de ganado mayor y menor, trescientos de á caballo de los cristianos y dos mil infantes: los caudillos Alonso Faxardo adelantado de Murcia, y su yerno García Manrique, y con ellos Diego de Ribera á la sazon corregidor de Murcia. Desta manera por algun tiempo quedaron reprimidos los brios y orgullo de los Moros, y se trocó la suerte de la guerra: además que los Moros cansados del gobierno del Rey Mahomad el Cojo, comenzaban á tratar de hacer mudanza en el estado y en el reino, y revolverse entre sí.

No aconteció en España en este año alguna otra cosa memorable fuera de que al rey don Juan de Navarra nació un hijo á diez dias del mes de marzo en un pueblo llamado Sos, que está á la raya de Navarra y de Aragon. Iba la reina de Sangüesa adonde el rey su marido estaba, cuando de repente le dieron los dolores de parto. Parió un hijo que se llamó don Fernando, al cual el cielo encaminaba grandísimos reinos y renombre inmortal por las cosas señaladas y escelentes que obró adelante en guerra y en paz. En Sena ciudad de Toscana se vieron y juntaron el emperador Federico que venia de Alemania, y doña Leonor su esposa enviada por mar desde Portugal. Allí se ratificaron los desposorios: hizo la ceremonia Eneas Sylvio, persona á la sazon señalada por la cabida que con aquel príncipe alcanzó y su mucha erudicion. En Roma los veló y coronó de su mano el pontífice, en Nápoles consumaron el matrimonio: las fiestas fueron grandes, y los regocijos tales que los vivos no se acordaban de cosa semejante.

CAPITULO XII.

Como don Alvaro de Luna fué preso.

Sin razon se quejan los hombres de la inconstancia de las cosas humanas, que son flacas, perecederas, inciertas, y con pequeña ocasion se truecan y revuelven en contrario, y que se gobiernan mas por la temeridad de la fortuna que por consejo y prudencia, como á la verdad los vicios y las costumbres no concertadas son los que muchas veces despeñan á los hombres en su perdicion. Qué maravilla si á la mocedad perezosa se sigue pobre vejez? si la lujuria y la gula derraman y desperdician las riquezas que juntaron los antepasados? si se quita el poder á quien usa del mal? si á la soberbia acompaña la envidia y la caida muy cierta? La verdad es que los nombres de las cosas de ordinario andan trocados: dar lo ageno y derramar lo suyo, se llama liberalidad: la temeridad y atrevimiento se alaba, mayormente si tiene buen remate: la ambicion se cuenta por virtud y grandeza de ánimo; el mando desapoderado y violento se viste de nombre de justicia y de severidad. Pocas veces la fortuna discrepa de las costumbres: nosotros como imprudentes jueces de las cosas escudriñamos y buscamos causas sin propósito de la infelicidad que sucede á los hombres, las cuales si bien muchas veces están ocultas y no se entienden, pero no faltan.

Esto me pareció advertir antes de escribir el desastrado fin que tuvo el condestable y maestre don Alvaro de Luna. De bajos principios subió á la cumbre de la buena andanza: della le despeñó la ambicion. Tenia buenas partes naturales, condicion y costumbres no

malas: si las faltas, si los vicios sobrepujasen, el suceso y el remate lo muestra. Era de ingenio vivo y de juicio agudo, sus palabras concertadas y graciosas, usaba de donaires con que picaba, aunque era naturalmente algo impedido en la habla: su astucia y disimulacion grande; el atrevimiento, soberbia y ambicion no menores: el cuerpo tenia pequeño, pero recio y á propósito para los trabajos de la guerra; las facciones del rostro menudas y graciosas con cierta magestad.

Todas estas cosas comenzaron desde sus primeros años, con la edad se fueron aumentando. Allegóse el menosprecio que tenia de los hombres: comun enfermedad de poderosos. Dejábase visitar con dificultad, mostrábase áspero, en especial de media edad adelante fué en la cólera muy desenfrenado: exasperado con el ódio de sus enemigos, y desapoderado por los trabajos en que se vió, á manera de fiera que agarrochean en la leonera y despues la sueltan, no cesaba de hacer riza: qué estragos no hizo con el deseo ardiente que tenia de vengarse? con estas costumbres no es maravilla que cayese, sino cosa vergonzosa que por tanto tiempo se conservase. Muchas veces le acusaron de secreto y achacaron delitos cometidos contra la magestad real. Decian que tenia mas riquezas que sufria su fortuna y calidad, sin cesar de acrecentallas; en particular que derribada la nobleza, estaba asimismo apoderado del rey y lo mandaba todo: finalmente que ninguna cosa le faltaba para reinar fuera del nombre, pues tenia ganadas las voluntades de los naturales, poseia castillos muy fuertes, y gran copia de oro y de plata, con que tenia consumidos y gastados los tesoros reales.

No ignoraba el rey ser verdad en parte lo que le achacaban, y aun muchas veces con la reina se quejaba de aquella afrenta, ca no se atrevia á comunicallo con otros: parecia como en lo demas estaba tambien privado de la libertad de quejarse. Ofrecióse una buena ocasion y cual se deseaba para derriballe: está fué que don Pedro de Zúñiga conde de Plasencia se habia retirado en Bejar pueblo de su estado por no atreverse á estar en la corte en tiempos tan estragados; don Alvaro persuadido que se ausentaba por su causa, se resolvió de hacelle todo el mal y daño que pudiese. Está cerca de Bejar un castillo llamado Piedrahita, desde donde don Garcia hijo del conde de Alba nunca cesaba de hacer correrias y robos en venganza de su padre que preso le tenian: don Alvaro fué de parecer que le sitiasen con intento de prender tambien al improviso con la gente que juntasen, al conde de Plasencia.

Esto pensaba él; Dios el mal que aparejaba para los otros, volvió sobre su cabeza, y un engaño se venció con otro: fué así que el conde de Haro y el marques de Santillana á instancia del conde de Plasencia trataron entre sí y se hermanaron para dar la muerte al autor de tantos males. El rey de Burgos, era venido á Valladolid para proveer á la guerra que se hacia entre los Navarros. Enviaron los grandes quinientos de á caballo á aquella villa con órden que les dieron de matar á don Alvaro de Luna, que estaba descuidado desta trama. Para que el trato no se entendiese, echaron fama que iban en ayuda del conde de Benavente contra don Pedro de Osorio conde de Trastamara, con quien tenia diferencias. Súpose por cierto aviso lo que pretendian aquellos grandes: por esto la corte á persuasion de don Alvaro dió la vuelta á Burgos, que fué acelerar su perdicion por el camino que pensaba librarse del peligro, y de aquella zalagarda.

Era Iñigo de Zúñiga alcaide del castillo de aquella ciudad: con esta comodidad el rey que cansado estaba de don Alvaro, acordó llamar al conde de Plasencia su hermano del alcaide, con órden que viniese con gente bastante para atropellar á don Alvaro su enemigo declarado. Importaba que el negocio fuese secreto: por esto envió la reina á la condesa de Ribadeo señora principal y prudente, y sobrina que era del mismo conde de parte de madre, para que mas le animase y le hiciese apresurar. Hizo ella lo que le mandaron: avisó á su tio que don Alvaro quedaba metido en la red y en el lazo; que como á bestia fiera era justo que cada cual acudiese con sus dardos, y vengasen con su muerte las injurias comunes y daños de tantos buenos. El conde no pudo ir por estar enfermo de la gota: envió en su lugar á su hijo mayor don Alvaro, que paró en Curiel pueblo no lejos de Burgos para juntar gente de á caballo.

Avisó el rey á don Alvaro de Luna que se fuese á su estado, pues no ignoraba cuanto era el ódio que le tenian: que él pretendia gobernar el reino por consejo de los grandes. Debia el rey estar arrepentido del acuerdo que tomara de hacer morir á don Alvaro, ó temia lo que de aquel negocio podia resultar. Escusábase don Alvaro, y no venia en salir de la

corte sino fuese que en su lugar quedase el arzobispo de Toledo: lo peor fué que por sospechar de las palabras del rey (que entendia no les dijera sin causa) le tenian puestas algunas asechanzas, hizo una nueva maldad con que parecia quitalle Dios el entendimiento, y fué que mató en su posada á Alonso de Vivero, y desde la ventana de su aposento le hizo echar en el rio que corria por debajo de su posada, sin tener respeto á que era ministro del rey y su contador mayor, ni al tiempo, que era viernes de la semana santa á treinta de marzo año de 1453.

Este exceso hizo apresurar su perdicion, y que el rey enviase á toda priesa un mensage para acuciar á don Alvaro de Zúñiga. Llegó á la ciudad arrebozado: seguíanle de trecho en trecho hasta ochenta de á caballo. Como fué de noche, llamaron algunos ciudadanos al castillo, y los avisaron que con las armas se apoderasen de las calles de la ciudad. No pudo todo esto hacerse tan secretamente que no corriese la fama de cosa tan grande y se dijese que el dia siguiente querian prender á don Alvaro; ninguno empero le avisaba del peligro en que se hallaba, que parece todos estaban atónitos y espantados. Solo un criado suyo llamado Diego de Gotor le avisó de lo que se decia, y le amonestaba que pues era de noche se saliese á un meson del arrabal. No recibió él este saludable consejo; que por estar alterado con diversos pensamientos no hallaba traza que le contentase. A la verdad dónde se podia recoger? dónde estar escondido? de quién se podia fiar? en la ciudad no tenia parte segura; muy lejos sus castillos en que se pudiera salvar por ser muy fuertes.

Despedido Gotor, se resolvió á esperar lo que sucediese: fiaba en sí mismo, y menospreciaba sus enemigos: lo uno y lo otro cuando alguno está en peligro, demasiado y muy perjudicial. Ya que todo estaba á punto, á cinco de abril, que era jueves, al amanecer cercaron con gente armada las casas de Pedro de Cartagena en que don Alvaro de Luna



Castillo de Portillo.

posaba. No pareció usar de fuerza, bien que algunos soldados fueron heridos por los criados de don Alvaro que les tiraban con ballestas desde las ventanas de la casa. Anduvieron recados de una parte á otra: por conclusion don Alvaro de Luna, visto que no se podia hacer al, y que le era forzoso, demas que el rey por una cédula firmada de su mano que le envió, le prometia no le seria hecho agravio, que era todo dalle buenas palabras, final-

mente se rindió. En las mismas casas de su posada fué puesto en prision, las cuales vino el rey á comer despues de oida misa. El obispo de Avila don Alonso de Fonseca venia al lado del rey. Don Alvaro como le viese desde una ventana, puesta la mano en la barba dijo: «Por estas, cleriguillo, que me la habeis de pagar.» Respondió el obispo: pongo señor á Dios por testigo, que no he tenido parte alguna en este consejo y acuerdo que se ha tomado, no mas que el rey de Granada: aun no tenia sus brios amansados con los males.

Acabada la comida, y quitadas las mesas, pidió licencia para hablar al rey: no se la dieron; envióle un billete en esta sustancia: «Cuarenta y cinco años há que os comenzé, »Señor, á servir; no me quejo de las mercedes, que antes han sido mayores que mis méri»tos, y mayores que yo esperaba, no lo negaré. Una cosa ha faltado para mi felicidad que »es retirarme con tiempo. Pudiera bien recogerme á mi casa y descanso, en que imitara el »ejemplo de grandes varones que así lo hicieron. Escogí mas aina servir como era obligado, »y como entendí que las cosas lo pedian: engañéme, que ha sido la causa de caer en este »desman. Siento mucho verme privado de la libertad; que por darla á vuestra alteza no una »vez he arriscado vida y estado. Bien se que por mis grandes pecados tengo enojado á Dios, »y tendré por grande dicha que con estos mis trabajos se aplaque su saña. No puedo llevar »adelante la carga de las riquezas, que por ser tantas me han traido á este término. Re»nunciáralas de buena gana, si todas no estuviesen en vuestras manos. Pesáme de ha»berme quitado el poder de mostrar á los hombres que como para adquirir las riquezas, asi »tenia pecho para menospreciallas y volvellas á quien me las dió. Solo suplico que por tener »cargada la conciencia á causa de la mucha falta de los tesoros reales en diez ó doce mil es»cudos que se hallarán en mi recámara y en mis cofres, se dé órden como se restituyan en»teramente á quien yo los tomé; lo cual si no alcanzo por mis servicios, tales cuales ellos »han sido, es justo que lo alcance por ser la peticion tan justa y razonable.»

A estas cosas respondió el rey. «Cuanto á lo que decia de sus servicios y de las merce»des recebidas, que era verdad que eran mayores que ningun rey ó emperador en tiempo »alguno hobiese hecho á alguna persona particular. Que si le ayudó á recobrar la libertad »que por su respeto le quitaran, no merecia por esta causa menos reprehension que ala»banza. A la pobreza y falta de dinero, pues él fué della la principal causa, fuera mas justo »que ayudara con sus riquezas que con agraviar á nadie; pero que sin embargo se tendria »cuenta con que de sus bienes se hiciese la satisfaccion que decia, en que se tendria mas »cuenta con la conciencia que con los enojos y desacatos pasados.» Es cosa maravillosa digna de considerar que entre tantos como tenia obligados don Alvaro con grandes beneficios y favores, ninguno le acudió en este trabajo: la verdad es que todos desamparan á los miserables, y perdida la gracia del rey, luego todo se les muda en contrario. Lleváronle preso á Portillo, y por su guarda Diego de Zúñiga hijo del mariscal Iñigo de Zúñiga.

Este año tan señalado para los Españoles por la justicia que se ejecutó en un tan gran personage, fué en comun á los cristianos muy desgraciado, y en que se derramaron muchas lágrimas por la pérdida de la ciudad de Constantinopla de que los Turcos se apoderaron. Fué así que el gran turco Mahomad ensoberbecido por las muchas victorias que de los nuestros ganara, despues que se apoderó de las demas ciudades y pueblos de la Thracia (que hoy se llama Romania) asentó sus reales junto á Constantinopla, nobilisima ciudad, que fué por espacio de cincuenta y cuatro dias batida por mar y tierra con toda manera de ingenios y de trabucos hasta tanto que un dia á veinte y nueve de mayo un ginovés por nombre Longo Justiniano dió entrada á los Turcos en la ciudad. Algunos señalan el año pasado, y dicen fué el lunes de Pascua de Espíritu Santo, si bien en el dia del mes concuerdan con los demas: sospecho se engañan. La suma es que en los miserables ciudadanos se ejecutó todo género de crueldad y fiereza bárbara, sin hacer diferencia de mugeres, niños y viejos.

Pone grima traer á la memoria las desventuras de aquella nacion, y nuestra afrenta; en que manera las riquezas y poder de aquel imperio que antiguamente fué muy florido, en un momento de tiempo se asolaron. Bien que tenia asáz merecido este castigo por la fé que en el concilio Florentino dieron de ser Católicos junto con su emperador Juan Paleólogo, y poco despues la quebrantaron. Muerto él los dias pasados, sucedió en el imperio su hermano Constantino. Este príncipe como viese entrada la ciudad, por no ser escarnecido, si le prendian, dejada la sobreveste imperial, se metió en la mayor carga y priesa de los ene-

migos y allí fué muerto: antepuso la muerte honrosa á la servidumbre torpe; muestra que dió de su esfuerzo en aquel trance. Sus hermanos Demetrio y Tomas escaparon con la vida, pero para ser mas afrentados con trabajos y desastres que les avinieron adelante. Alteró como era razon esta nueva los ánimos de todos los cristianos: derramaban lágrimas, afligíanse fuera de sazon y tarde despues de tan grande y tan irreparable daño. Desde aquel tiempo aquella ciudad ha sido silla y asiento del imperio de los Turcos, conocida asáz y señalada por nuestros males.

Don Carlos príncipe de Viana fué llevado á Zaragoza y á instancia de los Aragoneses le perdonó su padre, y le puso en libertad á veinte y dos de junio. La suma del concierto fué que el príncipe obedeciese á su padre, y que de las ciudades y castillos que por él se tenian, quitase la guarnicion de soldados. Para cumplir esto dió en rehenes á don Luis de Biamonte conde que era de Lerin y condestable de Navarra, y con él á sus hijos y otros hombres principales de aquel reino. La alegria que hobo por este concierto, duró poco, ca en breve se levantaron nuevos alborotos. La codicia del padre y poco sufrimiento del hijo fueron causa que el reino de Navarra por largo tiempo padeciese trabajos y daños, segun que adelante se apuntará en sus lugares.

CAPITULO XIII.

Como se hizo justicia de don Alvaro de Luna.

En un mismo tiempo el rey de Castilla se apoderaba del estado y tesoros de don Alvaro de Luna, y él mismo desde la cárcel en que le tenian, trataba de descargarse de los delitos que le achacaban, por tela de juicio, del cual no podia salir bien pues tenia por contrario al rey, y mas irritado contra él por tantas causas. Los jueces señalados para negocio tan grave, sustanciado el proceso y cerrado, pronunciaron contra él sentencia de muerte. Para ejecutalla, desde Portillo do le llevaron en prision le trajeron á Valladolid. Hiciéronle confesar y comulgar: concluido esto, le sacaron en una mula al lugar en que fué ejecutado, con un pregon que decia: «Esta es la justicia que manda hacer nuestro señor el rey á este »cruel tirano por cuanto él con grande orgullo é soberbia, y loca osadía, y injuria de la »real magestad, la cual tiene lugar de Dios en la tierra, se apoderó de la casa y corte y »palacio del rey nuestro señor, usurpando el lugar que no era suyo, ni le pertenecia: é hizo »é cometió en deservicio de nuestro señor Dios é del dicho señor rey, é menguamiento y aba»jamiento de su persona y dignidad, y del estado y corona real, y en gran daño y deservi»cio de su corona y patrimonio, y perturbacion y mengua de la justicia muchos y diversos »crímenes y excesos, delitos, maleficios, tiranías, cohecho: en pena de lo cual le mandan »degollar porque la justicia de Dios y del rey sea ejecutada, y á todos sea ejemplo que no se »atrevan á hacer ni cometer tales ni semejantes cosas. Quien tal hace, que así lo pague.»

En medio de la plaza de aquella villa tenian levantado un cadahalso, y puesta en él una cruz con dos antorchas á los lados y debajo una alhombra. Como subió en el tablado, hizo reverencia á la cruz, y dados algunos pasos, entregó á un page suyo que allí estaba, el anillo de sellar y el sombrero con estas palabras: «Esto es lo postrero que te puedo dar.» Alzó el mozo el grito con grandes sollozos y llanto, ocasion que hizo saltar á muchos las lágrimas, causadas de los varios pensamientos que con aquel espectáculo se les representaban. Comparaban la felicidad pasada con la presente fortuna y desgracia, cosa que aun á sus enemigos hacia plañir y llorar. Hallóse presente Barrasa caballerizo del príncipe don Enrique: llamóle don Alvaro y díjole: «Id y decid al príncipe de mi parte que en gratificar »á sus criados no siga este ejemglo del rey su padre.» Vió un garfio de hierro clavado en un madero bien alto: preguntó al verdugo para que le habian puesto allí, y á que propósito. Respondió él que para poner allí su cabeza luego que se la cortase. Añadió don Alvaro: «despues de yo muerto, del cuerpo haz á tu voluntad, que al varon fuerte ni la muerte puede ser afrentosa, ni antes de tiempo y sazon al que tantas honras ha alcanzado.» Esto dijo, y juntamente desabrochado el vestido, sin muestra de temor abajó la cabeza para que se la cortasen á cinco del mes de julio. Varon verdaderamente grande, y por la misma variedad de la fortuna maravilloso. Por espacio de treinta años poco mas ó menos estuvo apoderado de tal manera de la casa real, que ninguna cosa grande ni pequeña se hacia sino

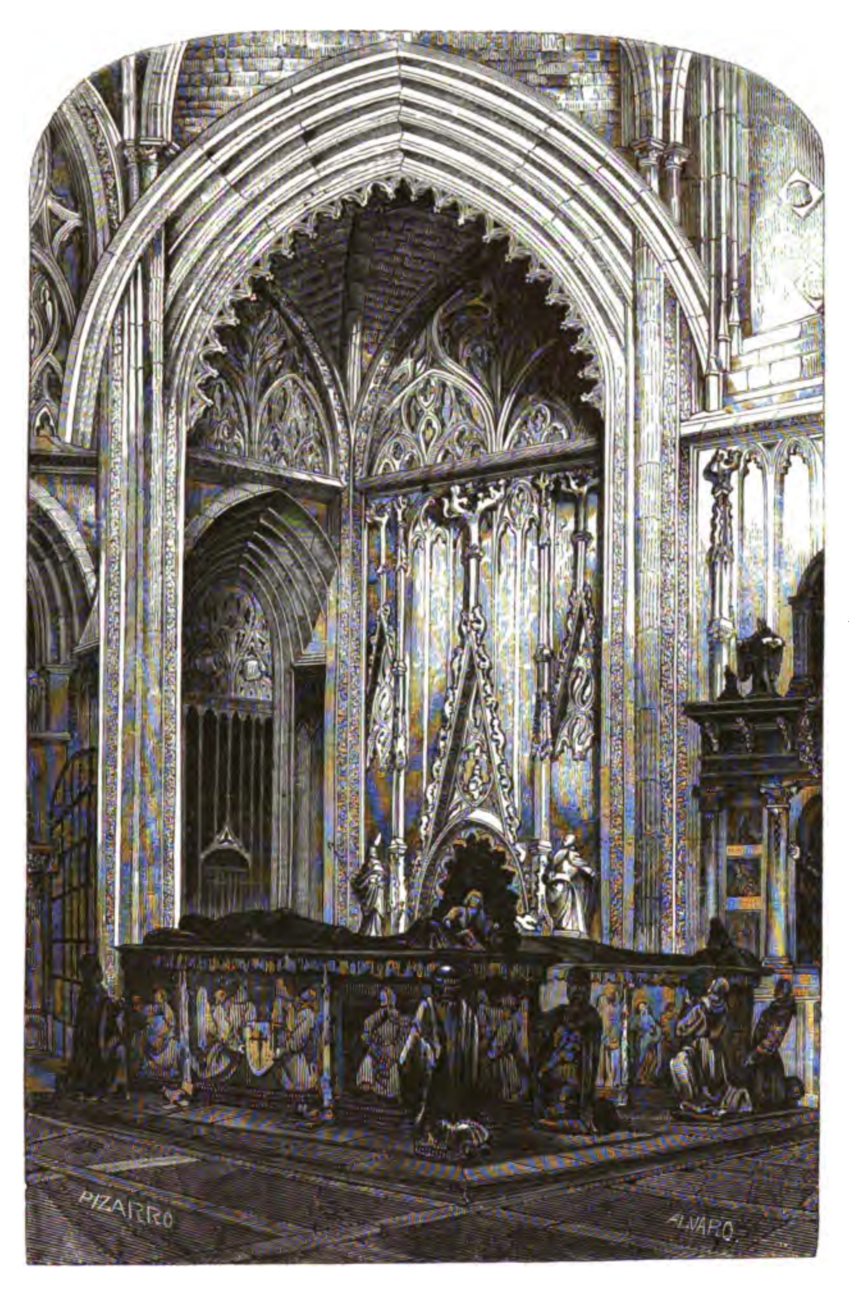
por su voluntad, en tanto grado que ni el rey mudaba vestido ni manjar ni recebia criado si no era por órden de don Alvaro y por su mano. Pero con el ejemplo deste desastre quedarán avisados los cortesanos que quieran mas ser amados de sus príncipes que temidos, porque el miedo del señor es la perdicion del criado, y los hados, cierto Dios apenas permite que los criados soberbios mueran en paz.



Acompañó á don Alvaro por el camino y hasta el lugar en que le justiciaron, Alonso de Espina fraile de San Francisco, aquel que compuso un libro llamado *Fortalitium fidei*, magnifico titulo, bien que poco elegante: la obra erudita y excelente por el conocimiento que da y muestra de las cosas divinas y de la escritura sagrada. Quedó el cuerpo cortada la cabeza por espacio de tres dias en el cadalso, con una bacía puesta allí junto para recoger limosna con que enterrasen un hombre que poco antes se podia igualar con los reyes: así se truecan las cosas. Enterráronle en San Andrés, enterramiento de los justiciados: de allí le trasladaron á San Francisco, monasterio de la misma villa, y los años adelante en la Iglesia Mayor de Toledo en su capilla de Santiago sus amigos por permision de los reyes le hicieron enterrar. Dícese comunmente que don Alvaro consultó á cierto astrólogo que le dijo su muerte seria en cadalso: entendió él no que habia de ser justiciado, sino que su fin seria en un pueblo suyo que tenia de aquel nombre en el reino de Toledo, por lo cual en toda su vida no quiso entrar en él: nos destas cosas (como sin fundamento y vanas) no hacemos caso alguno.

Estaban á la sazon los reales del rey sobre Escalona, pueblo que despues de la muerte de don Alvaro le rindió su muger á partido que los tesoros de su marido se partiesen entre ella y el rey por partes iguales. Todo lo demás fué confiscado; solo don Juan de Luna hijo de don Alvaro se quedó con la villa de Santistevan que su padre le diera, cuya hija casó con don Diego hijo de Juan Pacheco, y por medio de este casamiento se juntó el condado de Santistevan que ella heredó de su padre, con el marquesado de Villena. Tuvo don Alvaro otra hija legítima por nombre doña María, que casó con Iñigo Lopez de Mendoza duque del

Infantado. Fuera de matrimonio á Pedro de Luna señor de Fuentidueña, y otra hija que fué muger de Juan de Luna su pariente, gobernador que era de Soria. Esto baste de la caida y muerte de don Alvaro.



Capilla y sepulcro de don Alvaro de Luna.

En Granada el moro Ismael (que los años pasados fué de nuevo enviado por el rey á su tierra) ayudado de sus parciales que tenia entre los Moros, y con el favor que los cristianos le dieron, despojó del reino á su primo Mahomad el Cojo. No se señala el tiempo en que esto sucedió, del caso no se duda. Las desgracias que el año pasado sucedieron á los

Moros, habian hecho odioso al rey Mahomad para con aquella nacion, de suyo muy inclinada á mudanza de príncipes. Ismael apoderado del reino no guardó mucho tiempo con los cristianos la fé y lealtad que debiera: cuando era pobre, se mostraba afable y amigo, despues de la victoria olvidóse de los beneficios recebidos. En Portugal se acuñaron de nuevo escudos de buena ley que llamaron Cruzados: la causa del nombre fué que por el mismo tiempo se concedió jubileo á todos los Portugueses que con la divisa de la cruz fuesen á hacer la guerra contra los Moros de Berberia. El que alcanzó esta cruzada del sumo pontífice Nicolao Quinto, fué don Alvaro Gonzalez obispo de Lamego, varon en aquel reino esclarecido por su prudencia, y por la doctrina y letras de que era dotado.

CAPITULO XIV.

Como falleció el rey don Juan de Castilla.

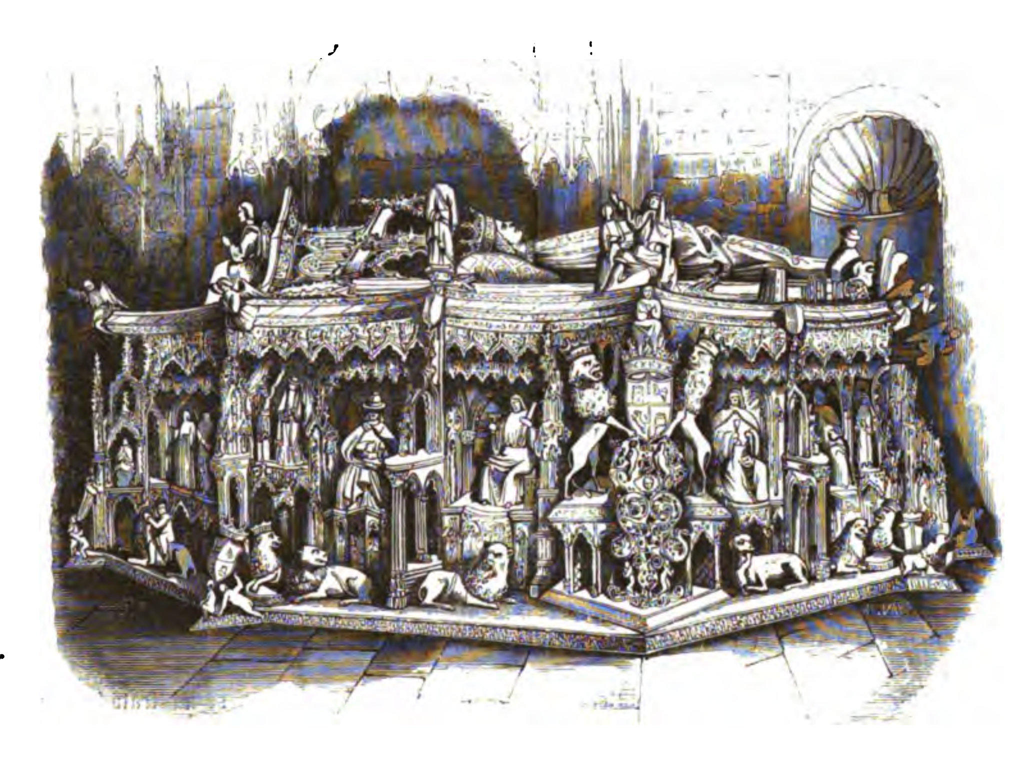
Con la muerte de don Alvaro de Luna poco se mejoraron las cosas, mas aina se quedaron en el mismo estado que antes, dado que el rey estaba resuelto (si la vida le durára mas años) de gobernar por sí mismo el reino, y ayudarse del consejo del obispo de Cuenca y del prior de Guadalupe fray Gonzalo de Illescas, varones en aquella sazon de mucha entereza y santidad, con cuya ayuda pensaba recompensar con mayores bienes los daños, y soldar las quiebras pasadas; á la diligencia muy grande de que cuidaba usar, ayuntar la severidad en el mandar y castigar, virtud muchas veces mas saludable que la vana muestra de clemencia: con esta resolucion los llamó á los dos para que viniesen á Avila, adonde él se fué desde Escalona. Pensaba otrosi entretener á sueldo ordinario ocho mil de á caballo para conservar en paz la provincia y resistir á los de fuera: demas desto dar el cuidado á las ciudades de cobrar las rentas reales, para que no hobiese arrendadores ni alcabaleros, ralea de gente que saben todos los caminos de allegar dinero, y por el dinero hacen muy grandes engaños y agravios.

Por otra parte los Portugueses comenzaban á descubrir con las navegaciones de cada un año las riberas esteriores de Africa en grandísima distancia, sin parar hasta el cabo de Buena Esperanza, que (adelgazándose las riberas de la una parte y de la otra en forma de pirámide) se tiende de la otra parte de la Equinoccial por espacio de treinta y cinco grados. Con estas navegaciones destos principios llegó aquella nacion á ganar adelante grandes riquezas, y renombre no menor. El primero que acometió esto, fué el infante don Enrique tio del rey de Portugal por el conocimiento que tenia de las estrellas, y por arder en deseo de ensanchar la religion cristiana: celo por el cual merece inmortales alabanzas. El rey de Castilla pretendia que aquellas riberas de Africa eran de su conquista, y que no debia permitir que los Portugueses pasasen adelante en aquella demanda: envió por su embajador sobre el caso á Juan de Guzman; amenazaba que si no mudaban propósito, les haria guerra muy brava. Respondió el rey de Portugal mansamente que entendia no hacerse cosa alguna contra razon, y que tenia confianza que el Rey de Castilla antes que aquel pleito se determináse por juicio, no tomaria las armas.

Habíase ido el Rey de Castilla á Medina del Campo y á Valladolid para ver si con la mudanza del aire mejoraba de la indisposicion de cuartanas que padecia, que aunque lenta, pero por ser larga le trabajaba. Por el mismo tiempo Juan de Guzman volvió con aquella respuesta de Portugal, y la reina de Aragon con intento de hacer las paces entre los príncipes de España llegó á Valladolid. No fué su venida en valde, porque con el cuidado que puso en aquel negocio y su buena maña, demás que casi todas las provincias de España se hallaban cansadas y gastadas con guerras tan largas, se efectuó lo que deseaba, sin embargo de la nueva ocasion de ofension y desabrimiento que se ofrecia á causa del repudio que el príncipe don Enrique dió á doña Blanca su muger, que envió á su padre con achaque que por algun hechizo no podia tener parte con ella. Este era el color: la verdad y la culpa era de su marido, que aficionado á tratos ilícitos y malos (vicio que su padre muchas veces procuró quitalle) no tenia apetito, ni aun fuerza para lo que le era lícito, especial con doncellas: así se tuvo por cosa averiguada, por muchas congeturas y señales que para ello se representaban. El que pronunció la sentencia del divorcio la primera vez, fué Luis de Acuña administrador de la iglesia de Segovia por el cardenal don Juan de Cervantes: confirmó despues esta sentencia el arzobispo de Toledo por particular comision del pontífice Nicolao, que

le envió su breve sobre el caso, con grande maravilla del mundo que sin embargo del repudio de doña Blanca el príncipe don Enrique se tornase á casar, que parece era contra razon y derecho.

A trece de noviembre nació al rey de Castilla en Tordesillas un hijo que se llamó don Alonso, el cual si bien murió de poca edad, fué á los naturales ocasion de una grave y larga guerra, como se verá adelante. A instancia pues de la reina de Aragon se trató de hacer las paces entre Castilla y Aragon: lo mismo procuraba se hiciese en Navarra entre los príncipes padre y hijo. Para resolver las condiciones que se debian capitular, concertaron treguas por todo el año siguiente. Estaba todo esto para concluirse cuando la dolencia del rey de Castilla se le agravó de tal suerte que recebidos todos los sacramentos finó en Valladolid á veinte de julio año de 1454. Mandóse enterrar en el monasterio de la Cartuja de Burgos fundacion de su padre, y que él le dió á los frailes Cartujos: allí se hizo adelante



Sepulcro del rey don Juan II.

su entierro; por entonces le depositaron en san Pablo de Valladolid. Fué el enterramiento muy solemne, y en las ciudades y pueblos se le hicieron las honras y exéquias como era justo. Hasta en la misma ciudad de Nápoles el mes luego siguiente se hizo el oficio funeral y honras, en que entre los demas enlutados el embajador de Venecia pareció vestido de grana y carmesí: espectáculo, que por ser tan estraordinario fué ocasion que las lágrimas se mudaron en risa. Sucedió otra cosa notable, que con las muchas hachas y luminarias se quemó gran parte del túmulo que para la solemnidad tenian de madera en medio del templo levantado.

Mandó el rey en su testamento que al infante don Alonso su hijo que poco antes le nació, se diese en administracion el maestrazgo de Santiago: nombróle otrosí por condestable de Castilla: dignidades la una y la otra que vacaron por muerte de don Alvaro de Luna. Señaló por sus tutores al obispo de Cuenca y al prior de Guadalupe, y á Juan de Padilla su camarero mayor. Si no fuera por su poca edad, y por miedo de mayores alborotos, le nombrára por sucesor en el reino, por lo menos trató de hacello: tan grande era el desabrimiento que con el príncipe tenia cobrado. A la infanta doña Isabel mandó la villa de Cuellar

[illegible] la otra parte se [illegible] la paz de Navarra [illegible] se [illegible]aban, si no tenira [illegible] hasta todo el mes de abril. [illegible] las esperanzas que los naturales tenian que las [illegible], salieron del todo vanas. El reino á guisa de [illegible] y tempestad, tenia necesidad de hombre y de piloto [illegible] principalmente les faltára. El nuevo rey salió en el des-



D. Enrique IV.

cuido semejable á su padre, y en cosas peor. No echaba de ver los males que se aparejaban, ni se apercibia bastantemente para las tempestades que le amenazaban, si bien era de vivo ingenio y ferviente, pero de corazon flaco, y todo él lleno de torpezas; en particular el cuidado del gobierno y de la república le era muy pesado. Don Juan Pacheco lo gobernaba todo con mas recato que don Alvaro de Luna y mas templanza, ó por ventura fué mas dichoso pues se pudo conservar por toda la vida.

Tenia el rey don Enrique la cabeza grande, ancha la frente, los ojos zarcos, las narices no por naturaleza sino por cierto accidente romas, el cabello castaño, el color rojo y algo moreno, todo el aspecto fiero y poco agradable, la estatura alta, las piernas largas, las facciones del rostro no muy feas, los miembros fuertes y á propósito para la guerra: era aficionado asaz á la caza y á la música, en el arreo de su persona templado: bebia agua, comia mucho, sus costumbres eran disolutas, y la vida estragada en todas maneras de torpeza y deshonestidad; por esta causa se le enflaqueció el cuerpo, y fué sujeto á enfermedades: muy inconstante y vario en lo que intentaba. Llamáronle vulgarmente el Liberal y el Impotente el un sobrenombre le vino por la falta que tenia natural, el otro nació de la estrema prodigalidad de que usaba, en tanto grado que en hacer mercedes de pueblos y derramar sin juicio, y por tanto sin que se lo agradeciesen, los tesoros que con codicia demasiada juntaba, parecia aventajarse á todos sus antepasados. Disminuyó sin duda por esta via y menoscabó la magestad de su reino y las fuerzas.

Era codicioso de lo ageno y pródigo de lo suyo, vicios que de ordinario se acompañan: olvidábase de las mercedes que hacia, y tenia memoria de los servicios y buenas obras de sus vasallos, que solia pagar con mas presteza que si fuera dinero prestado. Sus palabras eran mansas y corteses, á todos hablaba benigna y dulcemente, en la clemencia fué demasiado: virtud que si no se templa con la severidad, muchas veces no acarrea menores daños que la crueldad, ca el menosprecio de las leyes, y la esperanza de no ser castigados los delitos, hacen atrevidos á los malos. Esta variedad de costumbres que tuvo este rey, fué causa que en ningun tiempo las revueltas fuesen mayores que en el suyo: reinó por espacio de veinte años, cuatro meses, dos dias. Faltóle en conclusion la prudencia y la maña bien asi para gobernar á sus vasallos en paz, como para sosegar los alborotos que dentro de su reino se levantaron.

CAPITULO XVI.

De la paz que se hizo en Italia.

Emprendióse una brava guerra en Italia tres años antes deste con esta ocasion: Francisco Esforcia despues que se apoderó del estado de Milan, requirió á los Venecianos le entregasen ciertos pueblos que dél tenian en su poder por la parte que corre el rio Abdua; y porque no lo hacian, acordó valerse de las armas: convidó á los Florentines para que le ayudasen; vinieron en ello, y hicieron entre sí una liga secreta. Llevaron esto mal los Venecianos, y lo primero mandaron que todos los Florentines saliesen de aquella señoría, y no pudiesen tener en ella contratacion. Tras esto por medio de Leonello marques de Ferrara trataron de hacer alianza con el rey de Aragon: representáronle que si él movia guerra á los Florentines en sus tierras, Esforcia quedaria para contra ellos sin fuerzas bastantes.

Hecha esta nueva liga, Guillermo marques de Monferrat con cuatro mil caballos y dos mil infantes al sueldo de Aragon fué enviado para que hiciese entrada, y comenzase la guerra contra el duque por la parte de Alejandria de la Palla. A don Fernando hijo del rey de Aragon (1), duque de Calabria, que ya tenia tres hijos, cuyos nombres eran don Alonso, don Fadrique y doña Leonor, dió su padre cargo de acometer á los Florentines, todo á propósito que se hiciese la guerra con mas autoridad y se pusiese mayor espanto á los contrarios. Dióle seis mil de á caballo y dos mil infantes, acompañado otrosí de dos muy señalados capitanes Neapoleon Ursino y el conde de Urbino. Entraron por la comarca de Cortona y Arezo: talaron los campos, saquearon y quemaron las aldeas, y ganaron por fuerza á Foyano pueblo principal. Demas desto vencieron en batalla á Astor de Faenza, que á instancia de los Florentines el primero de todos les acudió, con que de nuevo algunos otros castillos se ganaron. Por otra parte Antonio Olcina en la comarca de Volterra, apoderado de

(1) Hijo natural que heredó el reino de Nápoles.

otro pueblo llamado Vado, desde allí no cesaba de hacer correrías por los campos comarcanos de la jurisdiccion de Florentines, y robar todo lo que hallaba: en el estado de Milan se hacia la guerra no con menor corage.

Por el contrario Francisco Esforcia convidó á Renato duque de Anjou á pasar en Italia desde Francia: prometiale que acabada la guerra de Lombardia, juntaria con él sus fuerzas para que echados los Aragoneses, recobrase el reino de Nápoles. Halló Renato tomados los pasos de los Alpes por el de Saboya y el marques de Monferrat, ca á instancia de Venecianos ponian en esto cuidado. Por esta causa fué forzado á pasar á Génova en dos naves: llevaba poco acompañamiento, y su casa y criados de poco lustre; comenzaron por esto á tenelle en poco: muchas veces cosas pequeñas son ocasion de muy grandes, y mas en materia de estado. Verdad es que el Delphin de Francia Ludovico, que fué despues rey de Francia el Onceno de aquel nombre, por tierra llegó con sus gentes y entró en favor del duque de Milan y de Renato hasta Asta: alegria y esperanza que en breve se escureció porque pasados tres meses, no se sabe con que ocasion de repente aquellas gentes dieron la vuelta y se tornaron para Francia. Murmuraban todos de Renato, y juzgábanle por persona poco á propósito para reinar.

Hallábanse en grande riesgo los negocios, porque desamparados los Milaneses y Florentines de sus confederados no parecia tendrian fuerzas bastantes para contrastar á enemigos tan bravos como tenian. El desastre ageno fué para ellos saludable. La triste nueva que vino de la pérdida de Constantinopla, comenzó á poner voluntad en aquellas gentes de acordarse y hacer paces, mayormente que se rugia que aquel bárbaro emperador de los Turcos, ensoberbecido con victoria tan grande, trataba de pasar en Italia, y pareciales con el miedo que ya llegaba. Simon de Camerino fraile de San Agustin, persona mas de negocios que docta, andaba de unas partes á otras, y no perdonaba ningun trabajo por llevar al cabo este intento: su diligencia fué tan grande que el año próximo pasado á nueve de abril se concertó la paz en la ciudad de Lodi entre los Venecianos, Milaneses y Florentines con condiciones que á todos venian muy bien: poco adelante se asentó entre los mismos liga en Venecia á treinta de agosto.

Llevó mal el rey de Aragon todo esto, que sin dalle á él parte se hobiese concluido la liga y confederacion; quejábase de la inconstancia y deslealtad (como él decia) de los Venecianos: así mandó á su hijo don Fernando que dejada la guerra que á Florentines hacia, se volviese al reino de Nápoles. Para aplacar á un rey tan poderoso, y que para todo podia su desgusto y su ayuda ser de grande importancia, le despacharon los Venecianos, Milaneses y Florentines embajadores, personas principales, que disculpasen la presteza de que usaron en confederarse entre sí sin dalle parte por el peligro que pudiera acarrear la tardanza: que sin embargo le quedó lugar para entrar en la liga, ó por mejor decir ser en ella cabeza y principal: por conclusion le suplicaban perdonase la ofensa, cualquiera que fuese, y que en su real pecho prevaleciese como lo tenia de costumbre el comun bien de Italia contra el desabrimiento particular.

Para dar mas calor á negocio tan importante el pontífice juntó con los demás embajadores su legado, que fué el cardenal de Fermo, por nombre Dominico Capranico, persona de grande autoridad por sus partes muy aventajadas de prudencia, bondad y letras. Fuése el rey á la ciudad de Gaeta para allí dar audiencia á los embajadores. Tenia el primer lugar entre los demas el cardenal, como era razon y su dignidad lo pedia: así el dia señalado tomó la mano, y á solas sin otros testigos habló al rey en esta sustancia: «Una cosa fácil, an»tes muy digna de ser deseada, venimos, señor, á suplicaros: esto es que entreis en la paz »y liga que está concertada entre las potencias de Italia, negocio de mucha honra, y para »el tiempo que corre necesario, en que nos vemos rodeados de un gran llanto por la pérdi»da pasada, y de otro mayor miedo por las que nos amenazan. Nuestra flojedad ó por mejor »decir nuestra locura ha sido causa desta llaga y afrenta miserable. Basten los yerros pasa»dos: sirvan de escarmiento los males que padecemos. Los desórdenes de antes mas se pue»den tachar que trocar: esto es lo peor que ellos tienen. Pero si va á decir verdad, mien»tras que anteponemos nuestros particulares al bien público, en tanto que nuestras diferen»cias nos hacen olvidar de lo que debiamos á la piedad y á la religion, el un ojo del pueblo »cristiano y una de las dos lumbreras nos han apagado: grave dolor y quebranto; mas for»zosa cosa es reprimir las lágrimas y la alteracion que siento en el ánimo, para declarar lo »que pretendo en este razonamiento. Cosa averiguada es que la concordia pública ha de re-

»mediar los males que las diferencias pasadas acarrearon: esta sola medicina queda para »sanar nuestras cuitas, y remediar estos daños que á todos tocan en comun y á cada uno en »particular. El cruel enemigo de cristianos con nuestras pérdidas se ensoberbece y se hace »mas insolente: las provincias de Levante están puestas á fuego y á sangre; la ciudad de »Constantinopla, luz del mundo y alcázar del pueblo cristiano, súbitamente asolada. Póne»seme delante los ojos y represéntaseme la imágen de aquel triste dia, el furor y rábia de »aquella gente cebada en la sangre de aquel miserable pueblo, el cautiverio de las matro»nas, la huida de los mozos, los denuestos y afrentas de las vírgenes consagradas, los tem»plos profanados. Tiembla el corazon con la memoria de estrago tan miserable, mayormen»te que no paran en esto los daños: los mares tienen cuajados de sus armadas; no podemos »navegar por el mar Egeo, ni continuar la contratacion de Levante. Todo esto, si es muy »pesado de llevar, debe despertar nuestros ánimos para acudir al remedio y á la venganza. »Mas á qué propósito tratamos de daños agenos los que á la verdad corremos peligro de per»der la vida y libertad? el furor de los enemigos no se contenta con lo hecho, antes preten»de pasar á Italia, y apoderarse de Roma, cabeza y silla de la religion cristiana: osadía in»tolerable. Si no me engaño, y no se acude con tiempo, no solo este mal cundirá por toda »Italia, sino pasados los Alpes, amenaza las provincias del Poniente. Es tan grande su so»berbia y sus pensamientos tan hinchados que en comparacion de lo mucho que se prometen, »tienen ya en poco ser señores del imperio de los Griegos. Lo que pretenden, es oprimir de »tal suerte la nacion de los cristianos que ninguno quede aun para llorar y endechar el co»mun estrago. Hácenles compañía gentes de la Scythia, de la Suria, de África en gran nú»mero y muy ejercitadas en las armas. Por ventura no será razon despertar, ayudar á la »Iglesia en peligro semejante, socorrer á la patria y á los deudos, y finalmente á todo el gé»nero humano? Si suplicáramos solo por la paz de Italia, era justo que benignamente nos con»cediérades esta gracia, pues ninguna cosa se puede pensar ni mas honrosa, si pretendemos »ser alabados, y si provecho, mas saludable, que con la paz pública sobrellevar esta nobili»sima provincia afligida con guerras tan largas; mas al presente no se trata del sosiego de »una provincia, sino del bien y remedio de toda la cristiandad. Esto es lo que todo el mundo »espera, y por mi boca os suplica. Y por cuanto es necesario que haya en la guerra cabeza, »todas las potencias de Italia os nombran por general del mar, que es por donde amenaza »mas brava guerra, honra y cargo antes de agora nunca concedido á persona alguna. En »vuestra persona concurre todo lo necesario, la prudencia, el esfuerzo, la autoridad, el uso »de las armas, la gloria adquirida por tantas victorias habidas por vuestro valor en Italia, »Francia y Africa. Solo resta con este noble remate y esta empresa dar lustre á todo lo de»mas, la cual será tanto mas gloriosa cuanto por ser contra los enemigos de Cristo será sin »envidia y sin ofension de nadie. Poned, señor, los ojos en Carlos llamado Magno por sus »grandes hazañas, en Jofre de Bullon, en Sigismundo, en Huniades, cuyos nombres y me»moria hasta el dia de hoy son muy agradables. Por qué otro camino sabieron con su fama »al cielo, sino por las guerras sagradas que hicieron? No por otra causa tantas ciudades y »príncipes, de comun consentimiento dejadas las armas, juntan sus fuerzas, sino para acu»dir debajo de vuestras banderas á esta santísima guerra, para mirar por la salud comun y »vengar las injurias de nuestra religion. Esto en su nombre os suplican estos nobilísimos em»bajadores y yo en particular por cuya boca todos ellos hablan. Esto os ruega el Pontífice »Nicolao (el cual lo podia mandar), viejo santísimo, con las lágrimas que todo el rostro le »bañan. Acuérdome del llanto en que le dejé. Sed cierto que su dolor es tan grande que me »maravillo pueda vivir en medio de tan grandes trabajos y penas. Solo le entretiene la con»fianza que fundada la paz de Italia, por vuestra mano se remediarán y vengarán estos da»ños: esperanza que si (lo que Dios no quiera) le faltase, sin duda moriria de pesar: no os »tengo por tan duro que no os dejeis vencer de voces, ruegos y sollozos semejantes.»

A estas razones el rey respondió que ni él fué causa de la guerra pasada, ni pondria impedimento para que no se hiciese la paz: que su costumbre era buscar en la guerra la paz, y no al contrario: «No quiero, dice, faltar al comun consentimiento de Italia. El »agravio que se me hizo en tomar asiento sin darme parte, cualquiera que él sea, de buena »gana le perdono por respeto del bien comun. La autoridad del padre santo, la voluntad de »los pueblos y de los príncipes estimo en lo que es razon, y no rehuso de ir á esta jornada »sea por capitan, sea por soldado.»

Despues de la respuesta del rey se leyeron las condiciones de la confederacion hecha por

los Venecianos con Francisco Esforcia y con los Florentines deste tenor y sustancia: Los Venecianos, Francisco Esforcia y Florentines y sus aliados guarden inviolablemente por espacio de veinte y cinco años, y mas si mas pareciere á todos los confederados, la amistad que se asienta, la alianza y liga con el rey don Alonso para el reposo comun de Italia, en especial para reprimir los intentos de los Turcos que amenazan de hacer grave guerra á cristianos.

Las condiciones desta confederacion serán estas: el rey don Alonso defienda (como si suyo fuese y le perteneciese) el estado de Venecianos, de Francisco Esforcia y de Florentines y sus aliados contra cualquiera que les hiciere guerra, hora sea italiano, hora extrangero. En tiempo de paz para socorrerse entre sí, si alguna guerra acaso repentinamente se levantare, el rey, los Venecianos y Francisco Esforcia cada cual tengan á su sueldo cada ocho mil de á caballo y cuatro mil infantes, los Florentines cinco mil de á caballo y dos mil de á pie, todos á punto y armados. Si aconteciere que de alguna parte se levantare guerra, á ninguna de las partes sea lícito hacer paz si no fuere con comun acuerdo de los demas; ni tampoco pueda el rey ó alguno de los confederados asentar liga ó hacer avenencia con alguna nacion de Italia, si no fuere con el dicho comun consentimiento. Cuando á alguna de las partes se hiciere guerra, cada cual de los ligados le acuda sin tardanza con la mitad de su caballería y infanteria, que no hará volver hasta tanto que la guerra quede acabada. Si aconteciere que por causa de alguna guerra se enviaren socorros á alguno de los nombrados, el que los recibiere, sea obligado á señalalles lugares en que se alojen, y dalles vituallas y todo lo necesario al mismo precio que á sus naturales. Si alguno de los susodichos moviere guerra á cualquiera de los otros, no por eso se tenga por quebrantada la liga cuanto á los demas, antes se quede en su vigor y fuerza que darán socorro al que fuere acometido, no con menor diligencia que si el que mueve la guerra no estuviese comprehendido en la dicha confederacion. Si se hiciere guerra á alguno de los nombrados, á ninguno de los otros sea lícito dar por sus tierras paso á los contrarios ó proveellos de vituallas, antes con todo su poder resistan á los intentos del acometedor.

Estas condiciones, reformadas algunas pocas cosas, fueron aprobadas por el rey. Comprehendian en este asiento todas las ciudades y potentados de Italia, excepto los Ginoveses, Sigismundo Malatesta y Astor de Faenza, que los exceptuó el rey: los Ginoveses porque no guardaron las condiciones de la paz que con ellos tenia asentada los años pasados, Sigismundo y Astor porque sin embargo de los dineros que recibieron, y les contó el rey de Aragon para el sueldo de la gente de su cargo en tiempo de las guerras pasadas, se pasaron á sus contrarios.

CAPITULO XVII.

Del pontífice Calixto.

Toda Italia y las demas provincias entraron en una grande esperanza que las cosas mejorarian, luego que vieron asentadas las paces generales, cuando el pontífice Nicolao, sobre cuyos hombros cargaba principalmente el peso de cosas y práticas tan grandes, apesgado de los años y de los cuidados, falleció á veinte y cuatro de marzo; y con su muerte todas estas trazas comenzadas se estorbaron y de todo punto se desbarataron. Juntáronse luego los cardenales para nombrar sucesor, y porque los negocios no sufrian tardanza, dentro de catorce dias en lugar del difunto nombraron y salió por papa el cardenal don Alonso de Borgia, que tenia hecho antes voto por escrito, si saliese nombrado por papa, de hacer la guerra á los Turcos. Llamábase en la misma cédula Calixto, tanta era la confianza que tenia de subir á aquel grado, concebida desde su primera edad (como se decia vulgarmente) por una profecía y palabras que siendo él niño, le dijo en este propósito fray Vicente Ferrer, al cual quiso pagar aquel aviso con ponelle en el número de los santos: lo mismo hizo con San Emundo de nacion inglés.

Fué este pontífice natural de Játiva ciudad en el reino de Valencia; en su menor edad se dió á las letras, en que ejercitó su ingenio, que era excelente y levantado, y capaz de cosas mayores. Los años adelante corrió y subió por todos los grados y dignidades: al fin de su edad alcanzó el pontificado romano: sus principios fueron humildes, en él ninguna cosa se vió baja, ninguna poquedad: mostróse en especial contrario al rey de Aragon por celo de

defender su dignidad, ó por el vicio natural de los hombres, que á los que mucho debemos, los aborrecemos y miramos como acreedores: así aunque le suplicaron expidiese nueva bula sobre la investidura del reino de Nápoles en favor del rey don Alonso y de su hijo, no se lo pudieron persuadir. Tuvo mas cuenta con acrecentar sus parientes, que sufria aquella edad y la dignidad de la persona sacrosanta que representaba; que es lo que mas se tacha en sus



Calixto III, Papa.

costumbres. Nombró por cardenales en un mismo dia (que fué cosa muy nueva) dos sobrinos suyos hijos de sus hermanas, de doña Catalina á Juan Mila, y de doña Isabel á Rodrigo de Borgia. A Pedro de Borgia hermano que era de Rodrigo, nombró por su vicario general en todo el estado de la iglesia. El pontífice Alejandro y el duque Valentin, personas muy aborrecibles en las edades adelante por la memoria de sus malos tratos, procedieron como frutos deste árbol y deste pontificado.

Entre Castilla y Aragon se confirmaron las paces, y conforme á lo capitulado el rey de Navarra desistió de pretender los pueblos que en Castilla le quitaron. En recompensa segun que lo tenian concertado, le señalaron cierta pension para cada un año. Los alborotos de Navarra aun no se apaciguaban, por estar la provincia dividida en parcialidades: gran parte de la gente se inclinaba á don Carlos príncipe de Viana por ser su derecho mejor, como juzgaban los mas. Favorecíale otrosí con todas sus fuerzas su hermana doña Blanca, con tanta ofension del rey de Navarra por esta causa que trató con el conde de Fox su yerno de traspasalle el reino de Navarra, y desheredar á don Carlos y á doña Blanca: pareciale era causa bastante haberse rebelado contra su padre; y fuera así, si él primero no los hobiera agraviado. Para mayor seguridad convidaron al rey de Francia que entrase en esta pretension, y les ayudase á llevar adelante esta resolucion tan extraña. El rey de Castilla don Enrique hacia las partes del príncipe don Carlos: corria peligro no se revolviese por esta causa Francia con España, puesto que el rey don Enrique por el mismo tiempo se hallaba embarazado en apercebirse para la guerra de Granada, y para efectuar su casamiento que de nuevo se trataba.

Tuviéronse cortes en Cuellar, en que todos los estados del reino, los mayores, medianos y menores, se animaron á tomar las armas, y cada uno por su parte procuraba mostrar su lealtad y diligencia para con el nuevo rey. Quedaron en Valladolid por gobernadores del reino en tanto que el rey estuviese ausente, el arzobispo de Toledo y el conde de Haro. He-

cho esto, y juntado un grueso ejército en que se contaban cinco mil hombres de á caballo, sin dilacion hicieron entrada por tierra de Moros: llegaron hasta la vega de Granada. Asímismo poco despues con otra nueva entrada pusieron á fuego y á sangre la comarca de Málaga con tanta presteza que apenas en tiempo de paz pudiera un hombre á caballo pasar por tan grande espacio.

Estaba desposada por procurador con el rey de Castilla doña Juana hermana de don Alonso rey de Portugal: celebráronse las bodas en la ciudad de Córdova á veinte y uno de mayo: fueron grandes los regocijos del pueblo y de los grandes, que de toda la provincia en gran número concurrieron para aquella guerra. Hiciéronse justas y torneos entre los soldados, y otros juegos y espectáculos: algunos tenian por mal agüero que aquellas bodas y casamiento se efectuasen en medio del ruido de las armas: sospechaban que dél resultarian grandes inconvenientes, y que la presente alegría se trocaria en tristeza y llanto. Veló los novios el arzobispo de Turon que era venido por embajador á Castilla de parte de Carlos rey de Francia, con quien tenian los nuestros amistad, con los Ingleses discordias por ser como eran mortales enemigos de la corona de Francia.

A la fama que volaba de la guerra que se emprendia contra Moros, acudian nuevas compañías de soldados, tanto que llegaron á ser por todos catorce mil de á caballo, y cincuenta mil de á pie: ejército bastante para cualquiera grande empresa. Con estas gentes hicieron por tres veces entradas en tierras de Moros hasta llegar á poner fuego en la misma vega de Granada á vista de la ciudad. Mostrábanse por todas partes los enemigos, pero no pareció al rey venir con ellos á batalla, por tener acordado de quemar por espacio de tres años los sembrados y los campos de los Moros, con que los pensaba reducir á estrema necesidad y falta de mantenimiento. Los soldados como los que tienen el robo por sueldo, la codicia por madre, llevaban esto muy mal: gente arrebatada en sus cosas y suelta de lengua. Echábanlo á cobardía, y amenazaban que pues tan buenas ocasiones se dejaban pasar, cuando sus capitanes quisiesen y lo mandasen, ellos no querrian pelear. Los grandes otrosí se comunicaban entre sí de prender al rey, y hacer la guerra de otra suerte.

La cabeza desta conjuracion, y el principal movedor era don Pedro Giron maestre de Calatrava. Iñigo de Mendoza hijo tercero del marques de Santillana dió aviso al rey, y le aconsejó que desde Alcaudete, donde le querian prender, con otro achaque se volviese á la ciudad de Córdoba, sin declaralle por entonces lo que pasaba. Llegado el rey á Córdova, fué avisado de lo que trataban: por esto y estar ya el tiempo adelante despidió la gente para que se fuesen á invernar á sus casas, con órden de volver á las banderas y á la guerra luego que los frios fuesen pasados, y el tiempo diese lugar. Los señores al tanto fueron enviados á sus casas, y los cargos que tenian en aquella guerra, se dieron á otros; que fué castigo de su deslealtad, y muestra que eran descubiertos sus tratos. El mismo rey se partió para Avila: desde allí pasó á Segovia para recrearse y ejercitarse en la caza, si bien tenia determinacion de dar en breve la vuelta y tornar al Andalucía: en señal de lo cual tomó por divisa y hizo pintar por orlo de su escudo y de sus armas dos ramos de granado travados entre si, por ser estas las armas de los reyes de Granada. Queria con esto todos entendiesen su voluntad, que era de no dejar la demanda antes de concluir aquella guerra contra Moros y desarraigar de todo punto la morisma de España.

En Nápoles al principio del año siguiente que se contó de 1456, don Alonso de Aragon príncipe de Capua, y doña Leonor su hermana, nietos que eran del rey de Aragon casaron á trueco con otros dos hermanos hijos de Francisco Esforcia, don Alonso con Hipólita, y doña Leonor con Esforcia María, parentesco con que parecia grandemente se afirmaban aquellas dos casas. El pontífice Calixto se alteró por esta alianza que era muy contraria á sus intentos, mayormente que todo se enderezaba para asegurarse dél. El rey de Castilla volvió con nuevo brio á la guerra de los Moros, pero sin los grandes: siguió la traza y acuerdo de antes, y así solo dió la tala á los campos, y se hicieron presas y robos sin pasar adelante, por la cual causa los soldados estaban desgustados, y porque no les dejaban pelear, á punto de amotinarse.

El rey para prevenir mandó juntar la gente, y les habló en esta manera: «Justo fuera, »soldados, que os dejáredes regir de vuestro capitan, y no que le quisiérades gobernar; esperar »la señal de la pelea, y no forzar á que os la den. Las cosas de la guerra mas consisten en »obedecer que en examinar lo que se manda; y el mas valiente en la pelea, ese antes della »se muestra mas modesto y templado. A vos pertenecen las armas y el esfuerzo, á nos de-

»beis dejar el consejo y gobierno de vuestra valentia; que los enemigos mas con maña que »con fuerzas se han de vencer, género de victoria mas señalada y mas noble. Por todas »partes estais rodeados de enemigos poderosos y bravos. Cuán grande gloria será conservar »el ejército sin afrenta, sin muertes y sin sangre, y juntamente poner fin y acabar guerra »tan grande? mucho mayor que pasar á cuchillo innumerables huestes de enemigos. Ningu»na cosa, soldados, estimamos en mas que vuestra salud: en mas tengo la vida de cual»quiera de vos, que dar la muerte á mil Moros.» Con este razonamiento los soldados mas reprimidos que sosegados, fueron llevados á Córdova, y despedidos, cada cual por su parte se partieron para sus casas, otros repartieron por los invernaderos; el rey otrosí por fin deste año se fué para la villa de Madrid.

En este tiempo el rey de Portugal envió una gruesa armada la vuelta de Italia para que se juntase con la de la liga. Llegó en sazon que el fervor de las potencias de Italia se halló entibiado, y que nuevas alteraciones en Génova y en Sena ciudades de Italia se levantaron muy fuera de tiempo: así la armada de Portugal dió la vuelta á su casa sin hacer efecto alguno; cuya reina doña Isabel falleció en Ebora á los doce de diciembre: sospechóse y averiguóse que le ayudaron con yerbas. Hizo dar crédito á esta sospecha el grande amor que en vida la tuvieron sus vasallos, de que dió muestra el lloro universal de la gente por su muerte. El rey dado que quedaba en el vigor y verdor de su edad, por muchos años no se quiso casar.

Fué este año no menos desgraciado para la ciudad de Nápoles y todo aquel reino por los temblores de tierra con que muchos pueblos y castillos cayeron por tierra ó quedaron maltratados. El estrago mas señalado en Isernia y en Brindez: en lo postrero de Italia algunos edificios desde sus cimientos se allanaron por tierra, otros quedaron desplomados; hundióse un pueblo llamado Boiano, y quedó allí hecho un lago para memoria perpetua de daño tan grande. Muchos hombres perecieron, dícese que llegaron á sesenta mil almas: el papa Pio segundo y S. Antonino quitan deste cuento la mitad, ca dicen que fueron treinta mil personas; de cualquier manera, número y estrago descomunal.

CAPITULO XVIII.

Como el rey de Aragon falleció.

No podia España sosegar, ni se acababa de poner fin en alteraciones tan largas. Los Navarros andaban alborotados con mayores pasiones que nunca: los Vizcainos sus vecinos por la libertad de los tiempos tomaron entre sí las armas y se ensangrentaban de cada dia con las muertes que de una y otra parte se cometian los nobles y hidalgos robaban el pueblo, confiados en las casas que por toda aquella provincia á manera de castillos poseen las cabezas de los linages, gran número de las cuales abatió el rey don Enrique, que de presto desde Segovia acudió al peligro y á sosegar aquella tierra con gente bastante. Esto sucedió por el mes de febrero del año de 1457. Desta manera con el castigo de algunos pocos se apaciguaron aquellos alborotos, y los demas quedaron avisados y escarmentados para no agraviar á nadie. En esta jornada y camino recibió el rey en su casa un mozo natural de Durango, que se llamó Perucho Munzar, adelante muy privado suyo.

Deseaba el rey, por hallarse cerca de Navarra, ayudar al príncipe don Carlos su amigo y confederado: dejólo de hacer á causa que por el mismo tiempo el principe huyó y desamparó la tierra por no tener bastantes fuerzas para contrastar con las de Aragon y del conde de Fox, en especial que se decia tenia el rey de Francia parte en aquella liga, causa de mayor miedo. Esto le movió á pasar á Francia para reconciliarse con aquel rey tan poderoso; pero mudado de repente parecer por su natural facilidad, ó por fiarse poco de aquella nacion, ca estaba ya prevenida de sus contrarios que ganaran por la mano, se determinó pasar á Napoles para verse con su tio el rey de Aragon que por sus cartas le llamaba, y con determinacion que si movido de su justicia y razon no le ayudaba, de pasar su vida en destierro. De camino visitó al pontífice, al cual se quejó de la aspereza de su padre y de su ambicion: ofrecia que de buena gana pondria en manos de su santidad todas aquellas diferencias y pasaria por lo que determinase; no se hizo algun efecto.

Partió de Roma por la via Apia, y en Nápoles fué recebido bien, y tratado muy regaladamente. Solo le reprehendió el rey su tio amorosamente por haber tomado las armas con-

[illegible] y [illegible] las cosas [illegible] [illegible] Pamplona [illegible] de la paz.

[illegible] de Navarra [illegible] por el mes de [illegible] de Castilla y de Aragon. [illegible] de Navarra [illegible] de Aragon [illegible]

[illegible] de Castilla [illegible] mes de abril. [illegible] de Granada [illegible] y [illegible] Castilla.

[illegible] los [illegible] de España [illegible] en España [illegible] de España [illegible] los moros.

[illegible] de Roma á Madrid un embajador [illegible]

[illegible]

del papa un estoque y un sombrero, que se acostumbra de bendecir la noche de Navidad, y enviar en presente á los grandes príncipes cual se entendia por la fama era don Enrique: traia tambien cartas muy honoríficas para el rey. No hay alegría entera en este mundo: á la sazon vino nueva que el conde de Castañeda como fuese en busca de cierto escuadron de Moros, cayó en una celada, y él quedó preso y gran número de los suyos destrozados. Pusieron en su lugar otro general de mas ánimo, mas prudencia y entereza. El conde fué rescatado por gran suma de dinero, y las treguas mudaron en paces, que fué el remate desta guerra de los Moros y principio de cosas nuevas.

En Italia estaba la ciudad de Génova puesta en armas, dividida en parcialidades: el rey de Aragon favorecia á los Adornos; Juan duque de Lorena hijo de Renato duque de Anjou, que se llamaba duque de Calabria, era venido para acudir á los Fregosos bando contrario. El cuidado en que estos movimientos pusieron, fué tanto mayor porque el rey de Aragon adoleció á ocho de mayo del año 1458 de una enfermedad que de repente le sobrevino en Nápoles. Della estuvo trabajado en Castelnovo hasta los trece de junio: agravábasele el mal, mandóse llevar á Castel del Ovo; las bascas de la muerte hacen que todo se pruebe: no prestó nada la mudanza del lugar, rindió el alma á veinte y siete de junio al quebrar del alba: príncipe en su tiempo muy esclarecido, y que ninguno de los antiguos le hizo ventaja; lumbre y honra perpetua de la nacion Española.

Entre otras virtudes hizo estima de las letras, y tuvo tanta aficion á las personas señaladas en erudicion, que aunque era de grande edad, se holgaba de aprender dellos y que le enseñasen. Tuvo familiaridad con Laurencio Valla, con Antonio Panhormita y con Georgio Trapezuncio, varones dignos de inmortal renombre por sus letras muy aventajadas. Sintió mucho la muerte de Bartolomé Faccio, cuya historia anda de las cosas deste rey, que falleció por el mes de noviembre próximo pasado. Como una vez oyese que un rey de España era de parecer que el príncipe no se debe dar á las letras, replicó que aquella palabra no era de rey, sino de buey. Cuéntanse muchas gracias, donaires y dichos agudos deste príncipe para muestra de su grande ingenio, elegante, presto y levantado, mas no me pareció referillos aqui. Poco antes de su muerte se vió un cometa entre Cancro y Leon con la cola que tenia la largura de dos signos ó de sesenta grados: cosa prodigiosa, y que segun se tiene comunmente, amenaza á las cabezas de grandes príncipes.

Otorgó su testamento un dia antes de su muerte. En él nombró á don Juan su hermano rey que era de Navarra, por su sucesor en el reino de Aragon: el de Nápoles como ganado por la espada mandó á su hijo don Fernando, ocasion en lo de adelante de grandes alteraciones y guerras. De la reina su muger no hizo mencion alguna. Hobo fama, y así lo atestiguan graves autores, que trató de repudialla y de casarse con una su combleza llamada Lucrecia Alania. Hállase una carta del pontífice Calixto toda de su mano para la reina, en que dice que le debia mas que á su madre, pero que no conviene se sepa cosa tan grande. Que Lucrecia vino á Roma con acompañamiento real, pero que no alcanzó lo que principalmente deseaba y esperaba, porque no quiso ser juntamente con ellos castigado por tan grave maldad.

El mayor vicio que se puede tachar en el rey don Alonso fué este de la incontinencia y poca honestidad. Verdad es que dió muestras de penitencia en que á la muerte confesó sus pecados con grande humildad, y recibió los demas sacramentos á fuer de buen cristiano. Mandó otrosí que su cuerpo sin túmulo alguno, sino en lo llano y á la misma puerta de la iglesia, fuese enterrado en Poblete, entierro de sus antepasados, que fué señal de modestia y humildad. Falleció por el mismo tiempo don Alonso de Cartagena obispo de Burgos, cuyas andan algunas obras, como de suso se dijo: una breve historia en latin de los reyes de España, que intituló *Anacephaleosis*, sin los demas libros suyos, que la Valeriana refiere por menudo, y aqui no se cuentan. Por su muerte en su lugar fué puesto don Luis de Acuña.

CAPITULO XIX.

Del pontífice Pio Segundo.

Con la muerte del rey don Alonso se acabó la paz y sosiego de Italia, las fuerzas otrosí del reino de Nápoles fueron trabajadas, que parecia estar fortificadas contra todos los vayvenes de la fortuna. Una nueva y cruelísima guerra que se emprendió en aquella parte, lo puso

todo en condicion de perderse; con cuyo suceso mas verdaderamente se ganó de nuevo, que se conservó lo ganado. Tenia el rey don Fernando de Nápoles ingenio levantado, cultivado con los estudios de derechos, y era no menos ejercitado en las armas: dos ayudas muy á propósito para gobernar su reino en guerra y en paz. No reconocia ventaja á ninguno en luchar, saltar, tirar, ni en hacer mal á un caballo: sabia sufrir los calores, el frio, la hambre, el trabajo; era muy cortés y modesto, á todos recogia muy bien, á ninguno desabría, y á todos hablaba con benignidad. Todas estas grandes virtudes no fueron parte para que no fuese aborrecido de los barones del reino, que conforme á la costumbre natural de los hombres deseaban mudanza en el estado.

Cuanto á lo primero don Carlos príncipe de Viana fué inducido por muchos á pretender aquel reino como á el debido por las leyes: decian que don Fernando era hijo bastardo, que no fué nombrado y jurado por votos libres del reino, antes por fuerza y miedo fueron los naturales forzados á dar consentimiento. Daba él de buena gana oido á estas invenciones, y mas le faltaban las fuerzas que la voluntad, para intentar de apoderarse de aquel reino: algunos se le ofrecian, pero no se fiaba, por ver que es cosa mas fácil prometer que cumplir, especial en semejantes materias. No pudieron estos tratos estar secretos. Recelóse del nuevo rey, y así determinó en ciertas naves de pasar á Sicilia para esperar allí que término aquellos negocios tomarian. En el tiempo que anduvo desterrado por aquellas partes, tuvo en una muger baja llamada Capa dos hijos que se dijeron el uno don Felipe, y el otro don Juan; demas destos en María Armendaria muger que fué de Francisco de Barbastro, una hija que se llamó doña Ana, y casó con don Luis de la Cerda primer duque de Medinaceli. Sin embargo de los tratos dichos, doce mil ducados de pension que el rey don Alonso dejó en su testamento cada un año á este príncipe desterrado, su hijo el rey don Fernando mandó se le pagasen.

Con la ida del príncipe don Carlos á Sicilia no se sosegaron los señores de Nápoles, antes el príncipe de Taranto y el marques de Cotron enviaron á solicitar á don Juan, el nuevo rey de Aragon, para que viniese á tomar aquel reino. El fué mas recatado; que contento con lo seguro, y con las riquezas de España, no hizo mucho caso de las que tan lejos le caian. Partió de Tudela, y sabida la muerte de su hermano, llegado á Zaragoza por el mes de julio, tomó posesion del reino de Aragon, no como vicario y teniente, que ya lo era, sino como propietario y señor. La tempestad que de parte del pontífice Calixto (de quien menos se temia) se levantó, fué mayor. Decia que no se debia dar aquel reino feudatario de la iglesia romana á un bastardo, y pretendia que por el mismo caso recayó en su poder y de la silla apostólica. Sospechábase que eran colores, y que buscaba nuevos estados para don Pedro de Borgia que habia nombrado por duque de Espoleto ciudad en la Umbria: ambicion fuera de propósito, y poco decente á un viejo que estaba en lo postrero de su edad olvidado del lugar de que Dios le levantó: parecia con esto que Italia se abrasaria en guerra; temian todos se renovasen los males pasados.

Deseaba el rey don Fernando aplacar el ánimo apasionado del pontífice, y ganalle; con este intento le escribió una carta deste tenor y sustancia: «Estos dias en lo mas recio del do»lor, y de mi trabajo, avisé á vuestra santidad la muerte de mi padre: fué breve la carta »como escrita entre las lágrimas. Al presente, sosegado algun tanto el lloro, me pareció avi»sar que mi padre un dia antes de su muerte me encargó y mandó ninguna cosa en la tierra »estimase en mas que vuestra gracia y autoridad: con la santa iglesia no tuviese debates, »aun cuando yo fuese el agraviado, que pocas veces suceden bien semejantes desacatos. A »estos consejos muy saludables, para sentirme mas obligado se allegan los beneficios y rega»los que tengo recebidos, ca no me puedo olvidar que desde los primeros años tuve á vuestra »santidad por maestro y guia: que nos embarcamos juntos en España, y en la misma nave »llegamos á las riberas de Italia, no sin providencia de Dios que tenia determinado para el »uno el sumo pontificado, y para mí un nuevo reino, y muestra muy clara de nuestra feli»cidad y de la concordia muy firme de nuestros ánimos. Asi pues deseo ser hasta la muerte »de á quien desde niño me entregué, y que me reciba por hijo, ó mas aina que pues me »tiene ya recebido por tal, me trate con amor y regalo de padre; que yo confio en Dios en »mi no habrá falta de agradecimiento, ni de respeto debido á obligaciones tan grandes. De »Nápoles primero de julio.»

No se movió el pontífice en alguna manera por esta carta y promesas, antes comenzó á solicitar los príncipes y ciudades de Italia para que tomasen las armas: grandes alteraciones

y práticas, que todas se deshicieron con su muerte. Falleció á seis de agosto, muy á propósito y buena sazon para las cosas de Nápoles. Fué puesto en su lugar Eneas Silvio natural de Sena, del linage de los Picolominis, que cumplió muy bien con el nombre de Pio Segundo que tomó, en restituir la paz de Italia, y en la diligencia que usó para renovar la guerra contra los Turcos. Nombró por rey de Nápoles á don Fernando; solamente añadió esta cortapisa, que no fuese visto por tanto perjudicar á ninguna otra persona. Convocó concilio general de obispos y príncipes de todo el orbe cristiano para la ciudad de Mantua con intento de tratar de la empresa contra los Turcos.

No se sosegaron por esto las voluntades de los Neapolitanos ya una vez alterados. Los Calabreses tomaron las armas, y Juan duque de Lorena con una armada de veinte y tres galeras, llamado de Génova do á la sazon se hallaba, aportó á la ribera de Nápoles. El principal atizador deste fuego era Antonio Centellas marques de Girachi y Cotron, que pretendia con aquella nueva rebelion vengar en el hijo los agravios recebidos del rey don Alonso su padre, sin reparar por satisfacerse de anteponer el señorio de Franceses al de España, si bien su descendencia y alcuña de su casa era de Aragon: tanto pudo en su ánimo, la indignacion y la rabia que le hacia despeñar. Fueron estas alteraciones grandes y de mucho tiempo, y seria cosa muy larga declarar por menudo todo lo que en ellas pasó. Dejadas pues estas cosas, volveremos á España con el órden y brevedad que llevamos.

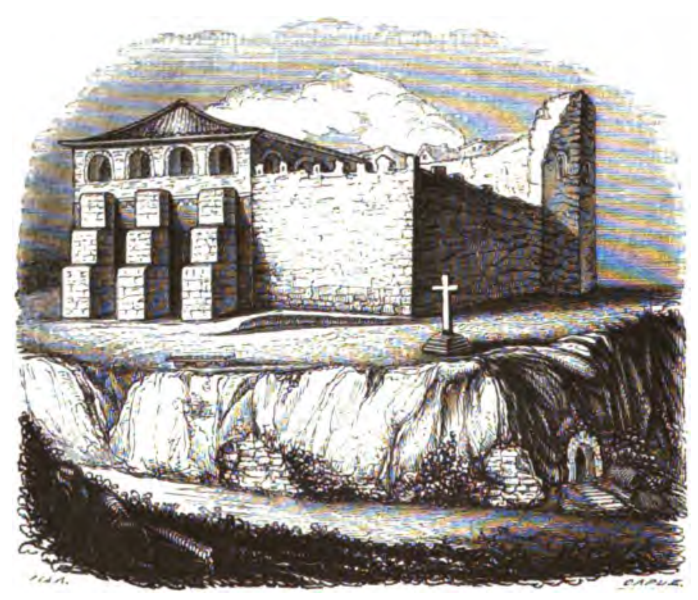
En Castilla el rey don Enrique levantaba hombres bajos á lugares altos y dignidades: á Miguel Lucas de Iranzu natural de Belmonte villa de la Mancha, muy privado suyo, nombró por condestable, y le hizo demas desto merced de la villa de Agreda y de los castillos de Veraton y Bozmediano. A Gomez de Solís su mayordomo, que se llamó Cáceres del nombre de su patria, los caballeros de Alcántara á contemplacion del rey le nombraron por maestre de aquella órden en lugar de don Gutierre de Sotomayor. A los hermanos destos dos dió el rey nuevos estados: á Juan de Valenzuela el priorado de San Juan. Pretendia con esto de oponer así estos hombres como otros de la misma estofa á los grandes que tenia ofendidos, y con subir unos abajar á los demas: artificio errado, y cuyo suceso no fué bueno. El mismo rey en Madrid (do era su ordinaria residencia) no atendia á otra cosa sino á darse á placeres, sin cuidado alguno del gobierno, para el cual no era bastante. Su descuido demasiado le hizo despeñarse en todos los males, de que da clara muestra la costumbre que tenia de firmar las provisiones que le traian, sin saber ni mirar lo que contenian. Estaba siempre sujeto al gobierno de otro, que fué gravísima mengua y daño, y lo será siempre. Las rentas reales no bastaban para los grandes gastos de su casa y para lo que derramaba.

Avisóle desto en cierta ocasion Diego Arias su tesorero mayor. Dijole parecia debia reformar el número de los criados, pues muchos consumian sus rentas con salarios que llevaban, sin ser de provecho alguno, ni servir los oficios á que eran nombrados. Este consejo no agradó al rey: así luego que acabó de hablar, le respondió desta manera: «Yo tambien »si fuese Arias, tendria mas cuenta con el dinero que con la benignidad. Vos hablais como »quien sois, yo haré lo que á rey conviene, sin tener algun miedo de la pobreza, ni ponerme »en necesidad de inventar nuevas imposiciones. El oficio de los reyes es dar y derramar, y »medir su señorio no con su particular, sino enderezar su poder al bien comun de muchos, »que es el verdadero fruto de las riquezas: á unos damos porque son provechosos, á otros »porque no sean malos.» Palabras y razones dignas de un gran príncipe, si lo demas conformára, y no desdijera tanto de la razon. Verdad es que con aquella su condicion popular ganó las voluntades del pueblo de tal manera que en ningun tiempo estuvo mas obediente á su príncipe; por el contrario se desabrió la mayor parte de los nobles.

Quitaron á Juan de Luna el gobierno de la ciudad de Soria, y le echaron preso: todo esto por maña de don Juan Pacheco, que pretendia por este camino para su hijo don Diego una nieta de don Alvaro de Luna que dejó don Juan de Luna su hijo ya difunto, y al presente estaba en poder de aquel gobernador de Soria por ser pariente y su muger tia de la doncella. Pretendia con aquel casamiento, por ser aquella señora heredera del condado de Santistevan, juntar aquel estado como lo hizo con el suyo. Asimismo con la revuelta de los tiempos el adelantado de Murcia Alonso Fajardo se apoderó de Cartagena y de Lorca, y de otros castillos en aquella comarca. Envió el rey contra él á Gonzalo de Saavedra, que no solo le echó de aquellas plazas, sino aun le despojó de los pueblos paternos, y tuvo por grande dicha quedar con la vida.

Falleció á la misma sazon el marques de Santillana. Dejó estos hijos: don Diego que le

sucedió, don Pedro que era entonces obispo de Calahorra, don Iñigo, don Lorenzo y don Juan, y otros de quien decienden linages y casas en Castilla muy nobles. Tambien la reina viuda de Aragon falleció en Valencia á cuatro de setiembre: su cuerpo enterraron en la Trinidad monasterio de monjas de aquella ciudad. El entierro ni fué muy ordinario, ni muy solemne: el premio de sus merecimientos en el cielo y la fama de sus virtudes en la tierra durarán para siempre. Poco adelante el rey de Portugal con una gruesa armada que apercibió, ganó en Africa de los Moros á diez y ocho de octubre dia miércoles, fiesta de San Lucas, un pueblo llamado Alcázar cerca de Ceuta. Acompañáronle en esta jornada don Fernando su hermano duque de Viseo, y don Enrique su tio. Duarte de Meneses quedó para el gobierno y defensa de aquella plaza, el cual con grande ánimo sufrió por tres veces grande morisma que despues de partido el rey acudieron, y con encuentros que con ellos tuvo, quebrantó su avilenteza y atrevimiento: caudillo en aquel tiempo señalado, y guerrero sin par.



Restos del Castillo de Viana.

De Sicilia envió don Carlos príncipe de Viana embajadores á su padre para ofrecer, si le recebia en su gracia, se pondria en sus manos, y le seria hijo obediente; que le suplicaba, perdonase los yerros de su mocedad como rey y como padre. No eran llanas estas ofertas; en el mismo tiempo solicitaba al rey de Francia y á Francisco duque de Bretaña hiciesen con él liga: liviandad de mozo, y muestra del intento que tenia de cobrar por las armas lo que su padre no le diese. Esto junto con recelarse de los Sicilianos que le mostraban grande aficion, no le alzasen por su rey, hizo que su padre le otorgó el perdon que pedia; con que á su llamado llegó á las riberas de España por principio del año 1459. Desde allí pasó á Mallorca para entretenerse y esperar lo que su padre le ordenaba: no tenia ni mucha esperanza ni ninguna que le entregaria el reino de su madre. La muerte que le estaba muy cerca, como suele, desbarató todas sus trazas. Los trabajos continuados hacen despeñar á los que los padecen, y á veces los sacan de juicio.

Pedia por sus embajadores, que eran personas principales, que su padre le perdonase á él y á los suyos, y pusiese en libertad al condestable de Navarra don Luis de Biamonte con los demas que le dió los años pasados en rehenes: que le hiciese jurar por príncipe y heredero, y le diese libertad y licencia para residir en cualquier lugar y ciudad que quisiese fuera de la corte: que sus estados de Viana y de Gandía acudiesen á él con las rentas, y no se las tuviese embargadas; debajo desto ofrecia de quitar las guarniciones de las ciudades y castillos que por él se tenian en Navarra: llevaba muy mal que su hermana doña Leonor muger

del conde de Fox estuviese puesta y encargada del gobierno de aquel reino, y así pedia tambien se mudase esto. Gastóse mucho tiempo en consultar: al fin ni todo lo que pedia le otorgaron, ni aun lo que le prometieron, se lo cumplieron con llaneza. Decíase y creia el pueblo que todo procedia de la reina, que como madrastra aborrecia al príncipe y procuraba su muerte, por temer y recelarse no le iria bien á ella ni á sus hijos, si el príncipe don Carlos llegase á suceder en los reinos de su padre.

CAPITULO XX.

De ciertos pronósticos que se vieron en Castilla.

La semilla de grandes alteraciones que en Castilla todavia duraba, en breve brotó y llegó á rompimiento. El rey demas de su poco órden se daba á locos amores sin tiento, y sin tener cuidado del gobierno: primero estuvo aficionado á Catalina de Sandoval, la cual dejó porque consintió que otro caballero la sirviese; sin embargo poco despues la hizo abadesa en Toledo del monasterio de monjas de S. Pedro de las Dueñas, que estuvo en el sitio que hoy es el hospital de Sta. Cruz. El color era que tenian necesidad de ser reformadas: buen título, pero mala traza, pues no era para esto á propósito la amiga del rey; á su enamorado Alonso de Córdova hizo cortar la cabeza en Medina del Campo. En lugar de Catalina de Sandoval entró doña Guiomar, con quien ninguna fuera de la reina se igualaba en apostura, de que entre las dos resultaron competencias: á la dama favorecia don Alonso de Fonseca, que ya era arzobispo de Sevilla; á la reina el marques de Villena. Con esto toda la gente de palacio se dividió en dos bandos, y la criada se ensoberbecia y engreia contra su ama. Llegaron á malas palabras y riñas: dijéronse baldones y afrentas, sin que ninguna dellas pusiese nada de su casa; llegó el negocio á que la reina un dia puso las manos con cierta ocasion en la dama, y la mesó malamente, cosa que el rey sintió mucho, y hizo demostracion dello.

Añadióse otra torpeza nueva, y fué que don Beltran de la Cueva mayordomo de la casa real y muy querido del rey, á quien el rey diera riquezas y estado, halló entrada á la familiaridad de la reina sin tener ningun respeto á la magestad ni á la fama. El pueblo que de ordinario se inclina á creer lo peor, y á nadie perdona, echaba á mala parte esta conversacion y trato: algunos tambien se persuadian que el rey lo sabia y consentia para encubrir la falta que tenia de ser impotente (1): torpeza increible y afrenta. Puédese sospechar que gran parte desta fábula se forjó en gracia de los reyes don Fernando y doña Isabel cuando el tiempo adelante reinaron; y que le dió probabilidad la flojedad grande y descuido deste príncipe don Enrique, junto con el poco recato de la reina y su soltura. Los años adelante creció esta fama cuando por la venida de un embajador de Bretaña don Beltran en un torneo que se hizo entre Madrid y el Pardo, fué mantenedor, y acabado el torneo, hizo un banquete mas espléndido y abundante que ningun particular le pudiera dar: de que recibió tanto contento el rey don Enrique, que en el mismo lugar en que hicieron el torneo, mandó para memoria edificar un monasterio de frailes Gerónimos; del cual sitio por ser mal sano, se pasó al en que de presente está cerca de Madrid.

A ejemplo de los príncipes el pueblo y gente menuda se ocupaba en deshonestidades sin poner tasa ni á los deleites, ni á las galas. Los nobles sin ningun temor del rey se hermanaban entre sí, quien por sus particulares intereses, quien con deseo de poner remedio á males y afrentas tan grandes. Hobo en un mismo tiempo muchas señales que pronosticaban, como se entendia, los males que por estas causas amenazaban. Estas fueron una grande llama que se vió en el cielo, que dividiéndose en dos partes, la una discurrió ácia Levante

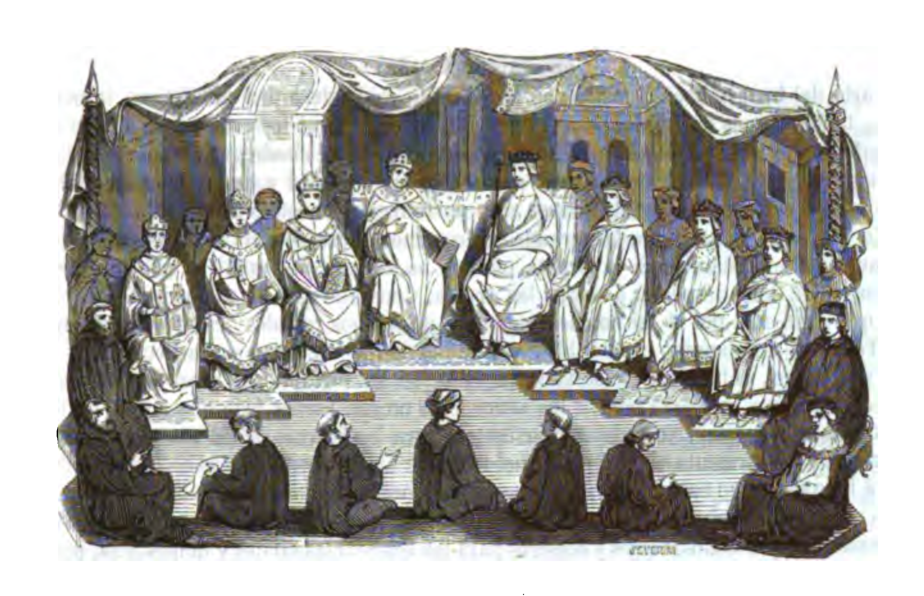
(1) Acusaban al rey de impotente, y decian que don Beltran tenia tratos ilicitos con la reina, y que la infanta doña Juana era hija suya, por cuyo motivo la llamaban la Beltraneja. Para desvanecer esta voz, con que querian excluirla de la sucesion al trono y asegurarla en el infante don Alfonso, mandó el rey que se hiciera informacion jurídica sobre su aptitud para el matrimonio, dando para este efecto comision á don Lupo de Rivas obispo de Cartagena, y á don García de Toledo obispo de Astorga, los cuales oyeron entre muchos testigos al doctor Juan Fernandez de Soria, médico de S. M., el cual dijo que no habia reconocido defecto alguno en el rey don Enrique desde su nacimiento hasta los doce años de su edad; y que despues de este tiempo en una ocasion de que tenian noticia el obispo Barrientos su preceptor, Pedro Fernandez de Córdova su ayo, y Ruy Diaz de Mendoza, habia perdido la aptitud para el uso del matrimonio por maleficio, por cuya razon no lo habia podido consumar con la infanta doña Blanca de Navarra; pero que despues habia recobrado la aptitud, y que no debia dudarse que la infanta doña Juana fuera hija suya. Vista esta informacion declararon qué la impotencia de que se acusaba al rey era una impostura y un pretexto para turbar la tranquilidad del reino. El lector podrá dar á esta declaracion la importancia que le parezca.

y se deshizo, la otra duró por un espacio. Item en el distrito de Burgos y de Valladolid cayeron piedras muy grandes, que hicieron grande estrago en los ganados. En Peñalver pueblo del Alcarria en el reino de Toledo se dice que un infante de tres años anunció los males y trabajos que se aparejaban, si no hacian penitencia y se enmendaban. Entre los leones del rey en Segovia hobo una grande carnicería, en que los leones menores mataron al mayor, y comieron alguna parte dél: cosa extraordinaria asáz. No faltó gente que pensase y aun dijese, por ser aquella bestia rey de los otros animales, que en aquello se pronosticaba que el rey seria trabajado de sus grandes.

El pueblo atemorizado con todas estas señales y pronósticos hacia procesiones y votos para aplacar la saña de Dios. Lo que importa mas, las costumbres no se mejoraron en nada, en especial era grande la disolucion de los eclesiásticos: á la verdad se halla que por este tiempo don Rodrigo de Luna arzobispo de Santiago de las mismas bodas y fiestas arrebató una moza que se velaba, para usar della mal: grande maldad, y causa de alborotarse los naturales debajo de la conducta de don Luis Osorio hijo del conde de Trastamara: en enmienda de caso tan atroz despojaron aquel hombre facinoroso y malvado de su silla y de todos sus bienes. Su fin fué conforme á su vida y á sus pasos: lo que le quedó de la vida pasó en pobreza y torpezas, aborrecido de todos por sus vicios, y infame por aquel exceso tan feo. Desta forma en breve penó el breve gusto que tomó de aquella maldad, con gravisimos y perpetuos males, con que por justo juicio de Dios fué como lo tenia bien merecido rigurosamente castigado.



Trajes de esta época segun un retablo antiguo.



LIBRO VIGÉSIMOTERCIO.

CAPITULO I.

Del concilio de Mantua (1).



LAS cosas ya dichas pasaban en España en sazon que el pontífice Pio enderezaba su camino para la ciudad de Mantua, do á su llamado de cada dia acudian prelados y príncipes en gran número. De España enviaron por embajadores para asistir en el concilio el rey de Castilla á Iñigo Lopez de Mendoza señor de Tendilla, el rey de Aragon á don Juan Melguerite obispo de Elna en el condado de Ruysellon, y á su mayordomo Pedro Peralta. Solicitaba el pontífice los de cerca y los de lejos para juntar sus fuerzas contra el comun enemigo. David emperador de Trapisonda ciudad muy antigua, y que está asentada á la ribera del mar mayor que llaman Ponto Euxino, y Ussumcassam rey de Armenia, y Georgio que se intitulaba rey de Persia, prometian (por ser ellos los que estaban los mas cerca del peligro) de ayudar á esta empresa con grandes huestes de á caballo y de á pie, y y por mar con una gruesa armada. El padre santo no se aseguraba mucho que tendrian efecto estas promesas. De las naciones y provincias del Occidente se podia esperar poca ayuda, por las diferencias domésticas y civiles que en Italia, Francia y España prevalecian, por cuyo respeto y en su comparacion no hacian mucho caso de la causa comun del nombre cristiano. Es asi que el desacato de la religion y daño público causa poco sentimiento, si punza el deseo de vengar los particulares agravios.

Sin embargo de todas estas dificultades no desmayó el pontífice, antes determinado de proballo todo y hacer lo que en su mano fuese, en una junta muy grande de los que concurrieron al concilio de todo el mundo, hizo un razonamiento muy á propósito del tiempo, cosa á él fácil por ser persona muy elocuente, y que desde su primera edad profesó la retó-

(1) De un códice que existe en el archivo del cabildo de Toledo copiamos la viñeta que encabeza el libro representando un concilio de la época á que se refiere.

rica y arte del bien hablar. Declaró con lágrimas la caida de aquel nobilísimo imperio de Grecia, tantos reinos oprimidos, tantas provincias quitadas á los cristianos: donde Cristo Hijo de Dios por tantos siglos fué santísimamente acatado, de donde gran número de varones santísimos y eruditísimos salieron, allí prevalecia la impiedad y supersticion de Mahoma: «Si va á decir verdad, no por otra causa sino por habellos nosotros desamparado, se ha recebido este daño y esta llaga tan grande; á lo menos ahora conservad estas reliquias medio muertas de cristianos. Si la afrenta pública no basta á moveros, el peligro que cada uno corre, le debe despertar á tomar las armas. Conviene que todos nos juntemos en uno para que cada cual por sí, si nos descuidamos, no seamos robados, escarnecidos y muertos. Tenemos un enemigo espantable, y que por tantas victorias se ha hecho mas insolente: si vence, sabe ejecutar la victoria, y sigue su fortuna con gran ferocidad: si es vencido, renueva la guerra contra los vencedores no con menos brio que antes: tanto mas nos debemos despertar. No podrá ser bastante contra las fuerzas de los nuestros, si se juntan en uno; mayormente que Dios, al cual tenemos airado por nuestras ordinarias diferencias, á los que fueren concordes, será favorable. Poned los ojos en los antiguos caudillos, y en las grandes victorias que en la Suria los nuestros unidos y conformes ganaron contra los bárbaros. Los que somos fuertes y diestros para las diferencias civiles y domésticas, por ventura seremos cobardes y descuidados para no acudir al peligro comun y vengar la afrenta de la religion cristiana? hay alguno que se ofrezca por caudillo para esta guerra sagrada? hay quien lleve delante en sus hombros el estandarte de la cruz de Cristo hijo de Dios para que le sigan los demas? hay quien quiera ser soldado de Cristo? Ofrezcámonos por capitanes, que no faltarán varones fuertes y diestros, y soldados muy nobles que se conformen en su valor y esfuerzo, y parezcan á sus antepasados. Determinado estoy, si todos faltaren, ofrecerme por alferez y caudillo en esta tan santa guerra. Yo con la cruz entraré y romperé por medio de las haces y huestes de los enemigos, y con nuestra sangre, si no se ganare la victoria, por lo menos aplacaré la ira de Dios, y inflamaré con mi ejemplo vuestros ánimos para hacer lo mismo; que resuelto estoy de hacer este postrer esfuerzo y servicio á Cristo y á la iglesia, á quien debo todo lo que soy y lo que puedo.»

Movíanse los que se hallaron presentes con el razonamiento del pontífice; mas los embajadores de los príncipes gastaban el tiempo en sus particulares contiendas y controversias, y así todo este esfuerzo salió vano; en especial Juan duque de Lorena, hijo de Renato duque de Anjou, se quejaba mucho que el papa hobiese confirmado el reino de Nápoles, y dado la investidura de aquel estado á don Fernando su enemigo: á causa destos debates no se pudo en la principal empresa pasar adelante; de palabra solamente se decretó la guerra sagrada. El papa asímismo publicó una bula en que al contrario de lo que sintió en conformidad de los padres de Basilea antes que fuese papa, proveyó que ninguno pudiese apelar de la sentencia del romano pontífice para el concilio general: con esto se disolvió el concilio el octavo mes despues que se abrió. Los embajadores de Aragon, despedido el concilio, fueron á Nápoles á dar el parabien del nuevo reino al rey don Fernando. Iñigo Lopez de Mendoza alcanzó del pontífice un jubileo para los que acudiesen con cierta limosna: del dinero edificó en su villa de Tendilla un principal monasterio de frailes Isidros con advocacion de Sta. Ana. En este comedio á su hermano don Diego de Mendoza quitaron la ciudad de Guadalajara, de que sin bastante título se apoderara: el comendador Juan Fernandez Galindo caudillo de fama con seiscientos caballos que el rey le dió, la tomó de sobresalto. Agraviáronse desto los demas grandes: ocasion de nuevos desabrimientos, y de que se ligasen entre sí de nuevo en deservicio de su rey.

El almirante don Fadrique atizaba los desgustos: convidó á su yerno el rey de Aragon para se juntar con los grandes desgustados y alterados, y mover guerra á Castilla. Entraban en este acuerdo el arzobispo de Toledo y don Pedro Giron maestre de Calatrava, y los Manriques, linage poderoso en riquezas y aliados; y ahora de nuevo se les ayuntaron los Mendozas por estar irritados con este nuevo (que llamaban) agravio. El color y voz que tomaron, era honesto, es á saber reformar el estado de las cosas, estragado sin duda en muchas maneras. Estos intentos y tratos no podian estar secretos: don Alonso de Fonseca arzobispo de Sevilla dió aviso de lo que pasaba al rey don Enrique; el premio que le dieron por este aviso, fué la iglesia de Santiago, que á la sazon vacó por muerte de don Rodrigo de Luna, y se dió á un pariente suyo llamado tambien don Alonso de Fonseca dean que era de Sevilla. Estaba apoderado de los derechos de aquella iglesia (como poco antes queda dicho) don

Luis Osorio, confiado en el poder de don Pedro su padre conde de Trastamara: era menester para reprimille persona de autoridad; por esto los dos arzobispos permutaron sus iglesias, y con consentimiento del rey don Alonso de Fonseca el mas viejo pasó de Sevilla á ser arzobispo de Santiago. La iglesia de Pamplona por muerte de don Martin de Peralta se encomendó al cardenal Besarion, griego de nacion, persona de grande erudicion y de vida muy santa, para que sin embargo de estar ausente la gobernase, y gozase de la renta de aquella dignidad y obispado.

CAPITULO II.

Como Scanderberchio pasó en Italia.

Las alteraciones de Nápoles eran las que principalmente entretenian los intentos del pontifice Pio, que de noche y dia no pensaba sino en como daria principio á la guerra sagrada contra los Turcos. El fuego se emprendia de nuevo entre Juan hijo de Renato, y el nuevo rey don Fernando: las voluntades de Italia estaban divididas entre los dos, y la mayor parte de la nobleza Neapolitana cansada del señorío de Aragon se inclinaba á los Angevinos: con qué esperanza? con qué fuerzas? el ciego ímpetu de sus corazones hizo que antepusiesen lo dudoso á lo cierto. El primero que tomó las armas, fué Antonio Centellas marqués de Croton: con la mudanza de los tiempos alcanzara la libertad, y ardia en deseo de vengarse; mas el rey ganó por la mano, desbarató sus intentos, y púsole de nuevo en prision con gran presteza. Quedaba Martin Marciano duque de Sessa, que sin respeto del deudo que tenia con el rey (ca estaba casado con doña Leonor su hermana) se hizo caudillo de los rebeldes. Fué grande este daño: muchos movidos por su ejemplo se juntaron con esta parcialidad y entre ellos el príncipe de Taranto, primero de secreto y despues descubiertamente, y con él Antonio Caldora y Juan Paulo duque de Sora: el número de los nobles de menor cuantía no se puede contar.

Francisco Esforcia duque de Milan en el tiempo que se celebraba el concilio de Mantua do vino en persona, aconsejó al pontífice hiciese liga con el rey don Fernando; que echados los Franceses de Italia, se allanaria todo lo demas que impedia el poner en ejecucion la guerra contra los Turcos. Al pontifice pareció bien este consejo; mas no era fácil ejecutalle á causa que el rey don Fernando, cercado dentro de Barleta ciudad de la Pulla, se hallaba sin fuerzas bastantes para defenderse en aquel trance y peligro que de repente le sobrevino. Estaba muy lejos, y el enemigo apoderado de los pasos: por esto no podia el pontifice envialle socorro por tierra. Determinó despachar sus embajadores al Epiro ó Albania para llamar en ayuda del rey á Georgio Scanderberchio, que era en aquel tiempo por las muchas victorias que ganára de los Turcos, capitan muy esclarecido. El sabida la voluntad del pontífice, y movido por los ruegos del rey de Nápoles que envió por su parte á pedir le asistiese, no le pareció dejar pasar ocasion tan buena de servir á la religion cristiana y mostrar su buen deseo.

Envió delante á Coyco Strofio, pariente suyo, acompañado de quinientos caballos Albaneses. El mismo se aprestaba con intento de ir en persona á aquella empresa: para hacello le daban lugar las treguas que tenia asentadas con los Turcos por tiempo de un año. Juntada pues una armada, pasó á Ragusa, ciudad que se entiende llamaron los antiguos Epidauro: desde allí aportó á Barleta, por ser la travesía del mar muy breve. Fué su venida tan á propósito que los enemigos no se atrevieron á aguardar, antes sin dilacion alzado el cerco se fueron de allí bien lejos. Con este socorro don Fernando, y con gentes que todavía le vinieron de parte del pontífice y del duque de Milan, despues de algunas escaramuzas y encuentros que tuvo con los enemigos, asentó sus reales cerca de Troya, ciudad de la Pulla, que se tenia por los rebeldes. Tenian los contrarios hechas sus estancias en Nucera, ciudad distante ocho millas. Enmedio desta distancia y espacio se levanta el monte Segiano: quien dél primero se apoderase, parecia se aventajaria á sus contrarios; así en un mismo tiempo Scanderberchio por una parte, y Jacobo Picinino, un principal caudillo de los Angevinos, por otra parte partieron para tomalle. Adelantáronse los Albaneses por ser mas ligeros y haberse puesto en camino antes que amaneciese; que la diligencia es importante y mas en la guerra.

Luego que llegó el dia, cada cual de las partes ordenó sus haces para pelear: dióse la

señal de acometer: cerraron los unos y los otros con igual denuedo, duró la pelea hasta la tarde sin reconocerse ventaja; mas en fin vencidos, desbaratados y puestos en huida los Angevinos, el campo y la victoria quedaron por los Aragoneses, y juntamente el reino, corona y cetro: en breve las ciudades y pueblos que se tenian por los enemigos, se recobraron. Hecho esto Scanderberchto un año despues que vino, con grandes dones que el rey le dió, volvió á su tierra con sus soldados alegres y contentos por el buen tratamiento y los despojos que tomaron á los enemigos. En particular dió el rey á Scanderberchto por juro de heredad la ciudad de Trani, y los castillos de San Juan el Redondo y el de Siponto, en que está el famoso templo de San Miguel Arcangel, todo en el reino de Nápoles.

Despues desto vuelto á su tierra ganó nuevas victorias de los Turcos, con que se hizo mas esclarecido y sin par por la perpetua felicidad que tuvo. Falleció siete años adelante, agravado de una dolencia que le sobrevino en Alesio pueblo de su estado. Dejó un hijo llamado Juan debajo de la tutela de Venecianos. Sin embargo le dejó mandado que hasta tanto que fuese de edad bastante para recobrar aquel estado y gobernalle se entretuviese en el reino de Nápoles con los pueblos y estado que el rey don Fernando le dió en premio de lo que le sirvió y ayudó. Desta cepa procedió la familia y alcuña nobilísima en Italia de los Castriotos, marqueses que fueron de Civita de Santangelo, puesta en aquella parte del reino de Nápoles que se llama el Abruzo. Uno destos señores bisnieto del grande Scanderberchto, y á él muy semejante en el rostro y en el valor de su ánimo, Fernando Castrioto marques de Civita de Santangel, murió en la famosa batalla de Pavia que se dió el año de mil y quinientos y veinte y cinco. Descuidóse de llevar cadenas en las riendas que le cortaron, y el caballo le metió entre los enemigos sin poderse reparar. Las cosas de Albania luego que Scanderberchto murió, fueron de caida: tan grande es el reparo que muchas veces hace el esfuerzo y prudencia de un solo capitan, y en tanto grado es verdad que un hombre presta mas que muchos.

En España don Carlos príncipe de Viana, alcanzado de su padre perdon para sí y para los suyos, y con pacto que le darian cada un año cierta renta con que se sustentase, de Mallorca llegó á Barcelona á los veinte y dos de marzo año de **1460**: no entendia el pobre príncipe que se le apresuraba su perdicion. Tratábase por medio de embajadores que de ambas partes se enviaron, de casalle con doña Catalina hermana del rey de Portugal: ya que el negocio estaba para concluirse, don Enrique rey de Castilla le desbarató con una embajada que le despachó, en que iban el electo obispo de Ciudad-Rodrigo fraile de profesion, cuyo nombre no hallo, y Diego de Rivera su aposentador mayor. Estos persuadieron á don Carlos antepusiese al casamiento de Portugal el de doña Isabel hermana del rey don Enrique, especial que le ofrecian por medio de las fuerzas de Castilla alcanzaria de su padre, que tan duro se mostraba, todo lo que desease. Daba él de buena gana oidos á estas práticas, y pareciale que este partido le venia mas á cuento: por tanto cesó y se dejó de tratar del casamiento de Portugal.

La infanta doña Catalina, perdida aquella esperanza, ó lo mas cierto por su mucha santidad, se entró en el monasterio de Santa Clara de Lisboa, y en él estuvo hasta que murió á tiempo que de nuevo se trataba de casalla con el rey de Ingalaterra Eduardo Cuarto deste nombre: el cuerpo desta señora fué enterrado en la misma ciudad en San Eulogio. Dejó por su albacea á Jorge de Acosta que fué su ayo desde su primera edad, principio para subir á grandes dignidades, en particular de cardenal: falleció en Roma los años adelante. Al rey de Aragon avisó el almirante don Fadrique de lo que su hijo el príncipe don Carlos pretendia, y los tratos que con el de Castilla traia: llamóle á Lérida, do á la sazon se tenia las cortes de Cataluña, y las de Aragon en Fraga: algunos le persuadian que no fuese, que se recelase de alguna zalagarda; pero él se determinó obedecer. Su padre le recibió con semblante alegre y rostro ledo, y le dió paz en el rostro; mas luego le mandó llevar preso, que fué á dos de diciembre. Sintió esto mucho el príncipe, tanto mas que le sucedió muy fuera de lo que pensaba.

Suelen las últimas miserias dar ánimo para hablar libremente: «Donde (dice) está la fé »real, y la seguridad dada en particular á mí, y concedida en comun á todos los que vienen »á las cortes generales? qué quiere decir darme paz por una parte, y por otra ponerme en hierros y á prisiones? Las ofensas pasadas, cualesquiera que hayan sido, ya me han sido »perdonadas: qué delito he cometido de nuevo? qué cosa he hecho para tratarme asi? por »ventura es justo que el padre se vengue del hijo, y con nuestra sangre ensucie sus manos?

»Afuera tan gran maldad: afuera tan gran deshonra y afrenta de nuestra casa.» Decia estas cosas con ojos encendidos, grandes gritos y descomunales para que le oyesen todos, y mover á los circunstantes; pero sin dejalle pasar adelante le llevaron á la prision. Bramaba el pueblo, murmuraba y decia que eran embustes de su madrastra: los señores se hermanaban entre si, y prometian de no desistir hasta ver á su príncipe puesto en libertad.

CAPITULO III.

De la muerte de don Carlos príncipe de Viana.

Las paces que se asentaron con los Moros y duraron al pie de tres años, al presente se quebrantaron con esta ocasion. Tenia Ismael rey de Granada dos hijos principales sobre los demas: el uno se llamaba Albohacen, y el otro Boabdelin. El Albohacen por no sufrir el ócio, y con deseo de dar muestra de su esfuerzo, juntado que hobo un ejército de dos mil y quinientos de á caballo y quince mil infantes, entró por las tierras del Andalucia: en todo el distrito de Estepa hizo grandes talas y daños, y robó gran número de ganado. Avisado del daño don Rodrigo Ponce, hijo del conde de Arcos, acudió al peligro junto con Luis de Pernia capitan de la guarnicion que tenia Osuna. Recogieron hasta docientos y sesenta de á caballo y seiscientos de á pie: con tanto fueron á verse con el enemigo[1], que iba cargado con la presa, y sin cuidado ninguno como quien tal cosa no temía, resueltos de quitársela y aun en ocasion combatille.

Las fuerzas de los nuestros eran pequeñas, y parecia locura pelear con tan grande morisma: ofrecióse una buena ocasion, que parte de los Moros con la presa habia pasado el rio de las Yeguas, y en el postrer escuadron quedaba sola la caballería: advirtió esto don Rodrigo desde un ribazo cercano; y dado que los suyos temian la pelea, mandó tocar las trompetas y dar seña de pelear: arremetieron con gran vocería los cristianos; los contrarios, divididos en tres partes, los recibieron no con menor constancia: duró mucho la pelea; pero en fin los Moros fueron desbaratados con muerte de mil y cuatrocientos de los suyos: de los nuestros perecieron treinta de á caballo, ciento y cincuenta de á pie. Alojáronse los vencedores aquella noche en un lugar llamado Fuente de Piedra: el dia siguiente á tiempo que recogian los despojos, ven volver los ganados á manadas: cuidaron al principio que fuese algun engaño, y por la polvareda que se levantaba, sospechaban eran los enemigos que revolvian sobre ellos; mas luego se entendió que huidas las guardas por el miedo, los ganados por cierto instinto de la naturaleza se volvian á las dehesas y pastos acostumbrados: tanto fué mas alegre la victoria y la presa mas rica. En las ciudades y pueblos hicieron procesiones en accion de gracias, y regocijos por el buen suceso. Quebrantada por esta manera la confederacion y las paces, de una y de otra parte se hicieron correrias sin que sucediese cosa notable. Solamente Juan de Guzman, primer duque de Medina Sidonia y conde de Niebla, trataba y se apercebia para cercar á Gibraltar, pueblo que está puesto á la boca del estrecho: el desastre pasado de su padre y grande desgracia, que murió en aquella demanda, antes le animaba que espantaba.

La guerra que se levantó contra el rey de Aragon en su mismo estado, era mas grave: los Catalanes enviaron embajadores á su rey para le suplicar que el príncipe de Viana fuese puesto en libertad: no quiso otorgar con esta demanda; de las palabras acudieron á las armas, salieron gran número dellos de Barcelona, apoderáronse de Fraga pueblo puesto en la raya de Aragon. Dió grande ánimo á la muchedumbre alterada Gonzalo de Saavedra, que le envió el rey de Castilla en ayuda de los Catalanes á su instancia con mil y quinientos de á caballo. El general de todo el ejército catalan era don Juan de Cabrera conde de Módica, ciudad de Sicilia: por otra parte don Luis de Biamonte se mostraba á la Frontera de Navarra con gente armada á punto de entrar en Aragon, si á peticion tan justa el rey no quisiese condescender.

Forzado pues de la necesidad dió libertad á su hijo á primero de marzo del año **1461**, con órden que desde Morella, do estaba detenido, la reina su madrastra le llevase á Villafranca. Alli le entregó á los Catalanes, que sin embargo no quisieron consentir que la reina entrase en Barcelona, porque puesto que con la libertad del príncipe dejaron las armas, los ánimos no quedaban del todo sosegados; antes llegaron á tanto que contra voluntad de su padre acordaron de jurar al príncipe por heredero de aquel principado: demas desto alcan-

zaron que de voluntad ó por fuerza le nombrase por vicario y gobernador de todos sus estados, cargo que se acostumbraba dar á los hijos mayores de los reyes. En particular sacaron por condicion que en el principado de Cataluña fuese señor absoluto, sin que dél se pudiese apelar. Su padre llevaba muy mal que le quedase á él solamente el nombre de príncipe, y diesen á su hijo una parte tan principal de sus estados; que era despojalle en vida, quitalle las fuerzas y juntamente afrentalle. Pero fuele forzoso venir en todo esto porque los Catalanes, como gente feroz y de ingenios determinados, si no se les concedia, nunca acabaran de sosegarse; que fué causa de que en asentar estas condiciones y capitular se gastó mucho tiempo.

En este comedio se tornó á tratar de nuevo con mas veras y diligencia del casamiento entre el príncipe don Carlos y la infanta doña Isabel: llegaron á término que se tuvo el negocio por concluido, tanto que el príncipe envió á Castilla por sus embajadores para que de su parte visitasen á la infanta y á su madre, á don Juan de Cabrera y á Martin Cruilles personas principales, que fueron hasta Arévalo á hacer aquel oficio.

Emprendióse á la misma sazon guerra en Navarra con esta ocasion: Carlos Artieda luego que vino el aviso de la libertad del príncipe don Carlos, se apoderó en su nombre de Lumbier pueblo de Navarra: acudió don Alonso (el que fué duque de Villahermosa) por mandado del rey su padre, y cercó aquel pueblo, y comenzó á batille con todos los ingenios y pertrechos que pudo. La parcialidad del príncipe no tenia muchas fuerzas: el rey de Castilla envió á Rodrigo Ponce y Gonzalo de Saavedra con gente en su ayuda para que hiciesen alzar el cerco: hízose así. Todavia se hacian mayores aparejos para continuar aquella guerra, cuando vino nueva, y se divulgó, que la reina de Castilla que á la sazon se hallaba en Aranda de Duero, quedaba preñada. Esta nueva agradó asaz, tanto mas que era fuera de lo que comunmente se esperaba; y aun por ser naturalmente los hombres inclinados á creer lo peor, no faltaba quien dijese que aquel preñado era de don Beltran de la Cueva: habla que por entonces se rugía, y despues se confirmó esta opinion al tiempo que don Fernando de Aragon reinaba en Castilla; si con verdad ó en gracia suya, aun cuando el negocio estaba fresco, no se pudo averiguar.

En Valladolid don Pedro de Castilla antes obispo de Osma, y á la sazon de Palencia falleció por ocasion de una caida que dió de la escalera de su casa. En su lugar fué puesto don Gutierre de la Cueva por contemplacion de su hermano don Beltran, que en aquel tiempo alcanzaba mas privanza que todos con el rey y mas mano en la casa real. El arzobispo don Alonso de Fonseca fué enviado de la corte con muestra de honralle para que estuviese en Valladolid por gobernador en tanto que el rey se ocupaba en la guerra que pensaba hacer en Navarra. Atizó este consejo su mismo competidor el marques de Villena: pretendia con esto quedar solo, y enseñorearse del rey como lo tenia comenzado. Para salir con su intento con mas facilidad prometia su diligencia, si don Alonso de Fonseca se ausentaba, para ganar á los grandes que andaban apartados de su servicio, en especial el arzobispo de Toledo y el almirante; que el maestre de Calatrava ya estaba apartado del número de los desabridos, y alistaba gente para acudir á lo de Navarra.

Luego pues que don Alonso de Fonseca partió á Valladolid, el marques de Villena fué al reino de Toledo, y á la misma sazon el maestre de Calatrava llegó á Aranda de Duero acompañado de dos mil y quinientos de á caballo. Con estas gentes el rey de Castilla marchó la vuelta de Almazan: el espanto de los Aragoneses fué grande, mas el ímpetu de la guerra y el ejército revolvió contra Navarra, y por el mes de mayo llegó á Logroño pueblo principal de la Rioja. Desde allí engrosado el campo con las gentes que de todas partes acudian, entraron por las tierras de Navarra: entregáronse las villas de S. Vicente y de la Guardia. Pusieron cerco sobre Viana, que despues de combatilla muchos dias al fin la rindió Pedro Peralta á cuyo cargo estaba, y á la sazon era condestable de Navarra; la villa de Lerín no se pudo tomar por ser muy fuerte: desta manera se hacia la guerra en Navarra, cuando prósperamente, cuando al contrario. Don Alonso hijo del rey de Aragon por otra parte tomó por fuerza la villa de Avarzuza, con muerte y prision de la guarnicion de Castilla que en ella tenian.

Todo este ruido y aparato se desbarató con una enfermedad mortal que sobrevino en Barcelona á don Cárlos príncipe de Viana, ocasionada de las pesadumbres y cuidados y congojas que continuamente le trabajaron; así lo entendieron, y así debió ser: entre los Biamonteses se tuvo por cosa cierta y averiguada que murió de yerbas que le dieron en la pri-

sion, que lentamente le acabasen y á la larga. Falleció á veinte y tres de setiembre miércoles fiesta de Sta Tecla. Al tiempo de su muerte pidió perdon á su padre. Fué sepultado en Poblete. Vivió cuarenta años, tres meses y veinte y seis dias. Príncipe mas señalado por sus continuas desgracias que por otra cosa alguna: no alcanzó tanta ventura cuanta era su erudicion, y otras buenas partes merecian. Tuvo por familiar á Osías Marco, poeta en aquella era muy señalado y de fama en la lengua limosina ó de Limoges: su estilo y palabras groseras, la agudeza grande, el lustre de las sentencias y de la invencion aventajado.

Traia el príncipe don Carlos por divisa dos sabuesos muy bravos pintados en su escudo, que sobre un hueso peleaban entre si, representacion y figura de los reyes de Francia y de Castilla, por cuya porfia y codicia le tenian casi consumido el reino de Navarra. Murieron asimismo otros principes: Carlos Seteno rey de Francia, al cual sucedió Luis Onceno su hijo. El infante don Enrique tio del rey de Portugal finó por este mismo tiempo sin haberse jamás casado, y sin llegar á muger :vivió setenta y siete años; su muerte fué á trece de noviembre en el Algarve en un pueblo de su estado que se llama Sagra. Depositáronle en Lagos entonces: desde allí adelante le trasladaron á Aljubarrota. Quedaba de todos sus hermanos don Alonso el bastardo duque de Berganza, que falleció tambien el año siguiente: de doña Beatriz su muger hija del condestable Nuño Pereyra dejó un hijo llamado don Fernando, de quien sin que haya faltado la línea, descienden los duques de Berganza, señores los mas principales y ricos en el reino de Portugal.

CAPITULO IV.

De las alteraciones que hobo en Cataluña.

Con la muerte del príncipe don Carlos, si bien cesó la causa de las diferencias y debates, no quedaron las discordias apaciguadas. Don Fernando hermano del muerto fué luego jurado por príncipe y heredero de los estados de su padre primero en Calatayud en las cortes de Aragon que allí se juntaron, despues en Barcelona donde la reina su madre le llevó; pero toda la esperanza que por esta causa tenian de que todo se apaciguaria, salió vana á causa que la gente catalana de repente tomó las armas, y los nobles por estar desabridos con el rey de Aragon pretendian, y aun decian en secreto y en público que por engaños de su madrastra el principe su antenado fué muerto: maldad muy indigna y impiedad intolerable. El que mas encendia el pueblo, era fray Juan Gualves de la órden de Santo Domingo: persuadiales en sus sermones sediciosos que con las armas se satisfaciesen de aquel exceso tan grave y feo: que cuando ellos disimulasen, el cielo en la sangre del pueblo tomaria sin duda venganza; que debian aplacar á Dios con castigar ellos primero delito tan atroz.

Alterada la muchedumbre y el pueblo, la reina se salió de Barcelona: el color era sosegar ciertos alborotos de Ampurias, la verdad que no se atrevia á salir en público, ca temia no le perdiesen el respeto los que tan alterados andaban; acordó de reparar en la ciudad de Girona, que está en lo postrero de Cataluña, hasta ver qué término tomaban las cosas. El rey de Aragon por otra parte, vista la tempestad que se levantaba, convidaba á los príncipes estraños que se confederasen con él, en particular pedia al rey de Francia le ayudase, y al de Castilla que á lo menos no le hiciese daño; que pues don Carlos en cuyo favor tomó las armas, era muerto, sacase las guarniciones de soldados que tenia puestos en Navarra. Hallábase á la sazon el rey don Enrique en Madrid, deshecho su campo, y alegre por la preñez de la reina su muger, que hizo traer allí en hombros porque con el movimiento no recibiese cualque daño. Al principio pues del año 1462 le nació una hija que se llamó doña Juana; luego todos los estados del reino la juraron por princesa y heredera de Castilla: gran mengua, engerir en la sucesion real la que el vulgo estaba persuadido fuese habida de mala parte, tanto mas que para honrar á don Beltran y gratificalle sus servicios le hizo á la sazon el rey conde de Ledesma, que fué nueva ofension y ocasion de mas murmurar. En su lugar fué puesto por mayordomo en la casa real Andres de Cabrera, grande amigo suyo y aliado: principio de do como de escalon vino á alcanzar adelante grandes riquezas, no sin ofension de muchos y sin envidia de los que llevaban mal que un hombre poco antes particular subiese en breve tan alto.

Estaba á la sazon en la corte el conde de Armeñaque, que vino por embajador del rey

de Francia para tratar de hacer paces y confederacion entre los dos reyes. El arzobispo de Toledo reconciliado á la sazon con el rey era el que todo lo mandaba, tanto que cada semana se tenia en su casa consejo y audiencia de los oidores para determinar los pleitos y negocios. Los embajadores de Aragon por la mucha instancia que hicieron, en fin concertaron se hiciese confederacion á veinte y tres de marzo con las capitulaciones infrascritas: Que entre Castilla y Aragon hobiese paz: el rey de Castilla retuviese como en rehenes y por resguardo los castillos de la Guardia y de S. Vicente, Arcos, Raga y Viana, y volviese todo lo demas que tenia en Navarra: demas desto que en la raya de Aragon y de Navarra pusiese en tercería á Jubera y á Cornago, y en el reino de Murcia á Lorca: los depositarios fuesen el arzobispo de Toledo y el maestre de Calatrava y Juan Fernandez Galindo, para efecto que si el rey de Castilla quebrantase la alianza, entregasen estos pueblos al rey de Aragon: el cual en Olite donde se hallaba para desde allí acudir á todas partes, puso su confederacion con el rey de Francia á doce de abril. Asentaron que el rey de Francia enviase al aragonés de socorro setecientos hombres de armas, y docientos mil ducados para pagar el sueldo á su gente; y que el rey de Aragon entretanto que no pagase esta suma, diese en prendas lo de Cerdanía y Ruysellon, y todavia por las rentas de aquellos estados no se desfalcase parte alguna del principal.

Para que esta avenencia tuviese mas fuerza, se concertó habla entre los reyes de Francia y Aragon en Salvatierra pueblo de Bearne. Juntamente al conde de Fox por la instancia que sobre ello hacia, concedió que doña Blanca hermana del príncipe don Carlos (á quien pertenecia el reino de Navarra) fuese puesta en su poder: notable agravio, quitalle el reino, y despojalla de la libertad; pero qué no hace la codicia desenfrenada de reinar? Luego que tomaron este acuerdo, desde Olite con grande desgusto suyo la llevaron á Bearne. Quejábase mucho á los santos y á los hombres de un desafuero tan grande. Escribió al rey don Enrique una carta en la cual le pedia tuviese compasion de su suerte; que sobre las otras desgracias le quitaban la libertad, y en breve le quitarian la vida, si él no le daba alguna ayuda y la mano: suplicábale á lo menos vengase la muerte de su hermano y sus desventuras, como era justo: que se membrase del amor antiguo, que aunque desgraciado, al fin era de marido y muger. Pusiéronla en el castillo de Ortés del estado de Fox: allí no mucho despues fué muerta con yerbas que le dieron, sin que ninguno saliese á la venganza; la fama de su muerte tan injusta y cruel por mucho tiempo estuvo secreta. En fin los desastres de su vida tuvieron aquel desgraciado remate; que cuando la miseria persigue á uno, ó fuerza mas alta, no para hasta acaballe: su cuerpo enterraron en la ciudad de Lescar.

Estaba el rey de Aragon en Tudela, y el rey don Enrique por Segovia y Aranda pasó á Alfaro, pueblo no muy lejos de Tudela. Allí con intervencion del marques de Villena los dos reyes firmaron las capitulaciones del concierto que en Madrid tenian acordadas, á la misma sazon que los Catalanes á treinta del mes de mayo cercaron á la reina de Aragon dentro de Girona, mas congojada por el riesgo que corria su hijo el príncipe, que por su mismo peligro. El caudillo de la comunidad era Hugo Roger conde de Pallas: el principal que defendia la ciudad por el rey, Luis Dezpuch maestre de Montesa. Entraron la ciudad los Comuneros: acometieron el castillo viejo que se llamaba Gironela, do la reina se recogió. Salieran los Catalanes con su intento, sino sobreviniera la caballeria francesa, con cuya ayuda no solo cesó el peligro, pero aun hecharon de la ciudad á los levantados. Acudió al tanto el rey de Aragon con presteza, como al que el cuidado que tenia de su muger y hijo le punzaba: hobo muchos encuentros y refriegas, en que los levantados, como gente recogida de todas partes, no se igualaban á los soldados viejos. El rey despues de haber reducido á su obediencia muchas ciudades y pueblos llegó á poner sus estancias junto á Barcelona. La reina de Castilla malparió en esta sazon en Aranda con gran riesgo de su vida. Por la vidriera de cierta ventana el rayo de sol que entraba, le comenzó á quemar el cabello, y le ocasionó aquel sobresalto y daño. La tristeza que causó esta desgracia en la corte, en breve se trocó en alegria á causa que don Beltran conde de Ledesma casó con la hija menor del marques de Santillana: las bodas se celebraron en Guadalajara con grandes fiestas; halláronse á ellas presentes el rey y la reina. Acabadas las fiestas, la reina se fué á Segovia, y el rey se partió para Atienza con intento de darse á la caza por ser aquella comarca muy á propósito para ella. Allí vino un caballero llamado Copones en nombre y como embajador de Barcelona: ofrecianle aquel estado de Cataluña, si les enviase gente de socorro y los recibiese debajo de su amparo.

Era este negocio muy grave: habido su acuerdo y aceptada la oferta, les envió el rey de socorro dos mil y quinientos caballos, que por caminos extraordinarios llegaron á Cataluña: con este socorro aquella muchedumbre levantada se animó, confiada que por aquel camino se podria defender y sustentar. En cumplimiento de lo asentado levantaron los pendones por el rey don Enrique: apellidáronle conde de Barcelona, y batieron con su cuño y armas la moneda de aquel estado; por esta manera se despeñaban loca y temerariamente en su perdicion. Alegróse con esta nueva el rey de Castilla don Enrique, pero mucho mas con saber que don Juan de Guzman duque de Medina Sidonia quitó á Gibraltar á los Moros, y el maestre de Calatrava á Archidonia. Mandóse poner entre los otros títulos reales al principio de las provisiones el de Gibraltar á ejemplo de Abomelique, el cual era de linage de los Merines, y como arriba queda dicho se llamó rey de Gibraltar.

CAPITULO V.

De una habla que tuvieron los reyes, el de Castilla y el de Francia.

Entraron otras bandas de soldados de Castilla por tierras del reino de Valencia y Aragon: el miedo y el espanto fué grande, si bien aquel rey acudió luego al peligro. Pudiéranle quitar el reino por estar gastado y sin sustancia él y sus vasallos, si cuan grandes eran las fuerzas de Castilla, tan grande brio y ánimo tuviera el rey don Enrique: por esto el de Aragon ponia gran cuidado en reconciliarse con él. Para este efecto vino por embajador del rey de Francia Juan de Rohan señor de Montalban y almirante de Francia: llegó á Almazan, donde el rey don Enrique se hallaba, por principio del año 1463: fué muy bien recebido y festejado con convites muy espléndidos, con bailes y con saraos. Danzaban entre sí los cortesanos, y sacaban á danzar á las damas de palacio; en particular la reina, presente el rey y por su mandado, salió á bailar con el embajador francés: él acabado el baile, juró de no danzar mas en su vida con muger alguna en memoria de aquella honra tan señalada como en Castilla se le hizo.

Acordóse por medio desta embajada que los reyes de Castilla y de Francia se viesen y hablasen para tratar en presencia de todas las diferencias que tenian, y componer sus haciendas. Como se concertó, así se hizo, que aquellos príncipes tuvieron su habla por el fin del mes de abril cerca de la villa de Fuente-Rabía. Vinieron con el francés los dos Gastones padre y hijo, condes que eran de Fox, el duque de Borbon, el arzobispo de Turon y el almirante de Francia. Al de Castilla acompañaban el arzobispo de Toledo, y los obispos de Burgos, Leon, Segovia, y Calahorra, el marques de Villena, el maestre de Alcántara y el gran prior de S. Juan, todos y cada cual arreados muy ricamente, y con libreas y mucha representacion de magestad. Entre todos se señalaba el conde de Ledesma, gran competidor del de Villena: salió arreado de vestidos muy ricos, recamados de oro y sembrados de perlas. El vestido y trage de los Franceses era muy ordinario, especial el del rey, que era causa á los Castellanos de burlarse de ellos, y de motejallos con palabras agudas y motes.

Pasaron los nuestros en muchas barcas el rio Vedaso ó Vidasoa. Puédese sospechar se hizo esto por reconocer ventaja á la magestad de Francia: nuestros historiadores dicen otra causa, que todo aquel rio pertenece al señorío de España; y consta por escrituras públicas, acordadas en diferentes tiempos entre los reyes de Castilla y Francia, y de lo procesado en esta razon, en que se declara que pasando el rey don Enrique el rio Vidasoa en un barco, llegó hasta donde llegaba el agua, y allí puso el pie, y al tiempo que quiso hablar con el rey Luis, tenia un baston en la mano: desembarcado en la orilla y arenal donde el agua podia llegar en la mayor creciente, dijo que alli estaba en lo suyo, y que aquella era la raya dentre Castilla y Francia, y poniendo el pie mas adelante, dijo, ahora estoy en España y Francia; y el rey Luis respondió en su lengua: Il est vrai, decís la verdad.

En estas vistas y habla se leyó de nuevo la sentencia que poco antes pronunció en Bayona el rey de Francia elegido por juez árbitro entre Castilla y Aragon, en que se contenian estas principales cabezas: Que las gentes de Castilla saliesen de Cataluña, y se quitasen las guarniciones que tenian en Navarra: la ciudad de Estella con toda su merindad quedase en Navarra por el rey don Enrique: la reina de Aragon y su hija estuviesen en Raga en poder del arzobispo de Toledo para seguridad que se guardaria lo concertado. Esta sentencia ofendia

mucho á la una nacion y á la otra, á los de Castilla y de Aragon, sobre todo á los de Navarra; quejábanse que aquel asiento y sentencia era en gran perjuicio suyo: ningun otro provecho se sacó de juntarse estos príncipes.

Pero de todo esto, y aun de toda esta manera de juntas y hablas entre los príncipes será á propósito referir aquí lo que siente Philipe de Comines historiador muy señalado de las cosas de Francia que pasaron en esta era, y que se puede comparar con cualquiera de los antiguos. Sus palabras traducidas de francés en castellano dicen asi: «Neciamente lo »hacen los príncipes de igual poder cuando por sí mismos se juntan á habla, en especial »pasados los años de la mocedad, cuando en lugar de los juegos y burlas (á que aquella »edad es aficionada) entra la envidia y emulacion: ni carecen de peligro juntas semejantes; »y si esto no, ningun otro provecho resulta della sino encenderse mas la ira y el ódio; de »manera que tengo por mas acertado concertar las diferencias entre los reyes, y cualquier »otro negocio que haya, por sus embajadores que sean personas prudentes. Muchas cosas »me ha enseñado la experiencia, de las cuales tengo por conveniente poner aquí algunos »ejemplos. Ningunas provincias entre cristianos están entre sí trabadas con mayor confe»deracion que Castilla con Francia, por estar asentada con grandes sacramentos amistad de »reyes con reyes, y de nacion con nacion. Fiados desta amistad el rey Luis Onceno de »Francia poco despues que se coronó por rey, y don Enrique rey de Castilla, se junta»ron á la raya de los dos reinos. Don Enrique llegó á Fuente-Rabia rodeado de grande »acompañamiento; seguíanle el gran maestre de Santiago y el arzobispo de Toledo, y el »conde de Ledesma, que entre todos se señalaba por ser su gran privado. El rey de Fran»cia paró en San Juan de Angelin, acompañado como es de costumbre de muchos gran»des. Gran número de la una nacion y de la otra alojaba en Bayona, los cuales luego que »llegaron, se barajaron malamente. Hallóse presente la reina de Aragon, que tenia di»ferencias con el rey don Enrique sobre Estella y otros pueblos de Navarra que dejáran en »manos del rey. Una ó dos veces se hablaron, y vieron á la ribera del rio que divide á Fran»cia de España; pero brevísimamente cuanto pareció al maestre de Santiago y al arzobispo »de Toledo que lo gobernaban todo, y por esto fueron por el rey de Francia festejados gran»demente en San Juan de Angelin cuando allí le visitaron. El conde de Ledesma pasó el rio »en una barca que llevaba la vela de brocado, el arreo de su persona era conforme á esto, »en particular llevaba unos hermosos borceguíes sembrados de pedrería. Don Enrique era »feo de rostro: la forma del vestido sin primor, y que descontentaba á los Franceses. Nues»tro rey se señalaba por el hábito muy ordinario: el vestido corto, sombrero comun, con »una imágen de plomo en él cosida, ocasion de mofas y remoquetes: los Españoles echaban »aquel traje á poquedad y avaricia. Desta manera se acabó la junta, sin que della resultase »otro provecho mas de conjuraciones y monipodios que entre los unos y otros grandes se »forjaron, por las cuales yo mismo ví al rey don Enrique envuelto en grandes trabajos y »afanes que se continuaron hasta su muerte, desamparado de sus vasallos, y puesto en un »estado miserable.»

Hasta aqui son palabras de Philipe de Comines; lo demas que dice se deja por abreviar. Este año, á los doce de noviembre, pasó desta vida á la eterna el santo fray Diego en el su monasterio de Franciscos de Alcalá de Henares que fundó don Alonso Carrillo arzobispo de Toledo. Fué natural de San Nicolás diócesi de Sevilla. Su vida tal, y los milagros que Dios por él hizo, tantos que el papa Sixto Quinto le canonizó á los dos de julio año del Señor de mil y quinientos y ochenta y ocho.

CAPITULO VI.

Los Catalanes llamaron en su ayuda á don Pedro condestable de Portugal.

Halláronse presentes á la junta destos príncipes dos embajadores de Barcelona, llamados el uno Cardona y el otro Copones: quejáronse al de Castilla que se hacia agravio á su nacion en desamparallos contra lo que tenian capitulado. Estas quejas no fueron de efecto alguno; las orejas destos príncipes estaban cerradas á sus ruegos por respetos que mas á ellos les importaban. En Tolosa pueblo de Guipúzcoa el comun del pueblo mató á seis de mayo á un judio llamado Gaon: fué la ocasion que por estar el rey cerca, entretanto que se entrete-

nia en Fuente-Rabia, comenzó el judío á cobrar cierta imposicion que se llamaba el Pedido, sobre que antiguamente hobo grandes alteraciones entre los de aquella nacion, y al presente llevaban mal que se les quebrantasen sus privilegios y libertades.

No se castigó este delito, y esta muerte, antes poco despues en Segovia, do se fué el rey don Enrique, hobo entre dos frailes y se encendió una grave reyerta. El uno afirmaba



Sello de don Enrique IV de Castilla.

en sus sermones que muchos cristianos se volvian Judios, en que pretendia tachar el libre trato que con los de aquella nacion y con los Moros se tenia; y era así que muchos de aquellas naciones enemigos de Cristo libremente andaban en la casa real y por toda la provincia: el otro fraile lo negaba todo mas en gracia de los príncipes, como yo creo, que por ser así verdad.

Nunca sin duda en España se vió mayor estrago de costumbres, ni corrieron tiempos mas miserables; en particular el pueblo en Sevilla andaba muy alborotado en gran manera, á causa que don Alonso de Fonseca el mas viejo pedia que le fuese restituida aquella iglesia, que diera los años pasados en confianza á su pariente llamado tambien don Alonso de Fonseca; alegaba que así estaba establecido por los derechos y recebido por la costumbre, y que así lo mandaba el padre santo. El pueblo, y la nobleza, divididos en parcialidades, unos favorecian al pretensor, otros al contrario; de que resultaban alteraciones y corria riesgo no viniesen á las manos. Acudió á grandes jornadas el rey don Enrique, y con su venida entregó la iglesia á don Alonso de Fonseca el mas viejo, y pagaron con las cabezas y con la vida seis personas que fueron los principales movedores de aquel motin y alboroto.

El rey de Portugal á la sazon con una gruesa armada volvió á Africa: iban en su compañía don Fernando su hermano, y don Pedro su primo que era condestable de Portugal. Los Catalanes desamparados de la ayuda de Castilla, y visto que los Franceses é Italianos los tenian prevenidos por el rey de Aragon, acordaron (lo que solo les faltaba y quedaba) llamar socorros de mas lejos: con este acuerdo enviaron á convidar á don Pedro condestable de Portugal para que desde Ceuta viniese á tomar posesion de aquel principado, que decian le pertenecia por su madre, que era la hija mayor del conde de Urgel: en mal pleito ninguna cosa se deja de intentar. Pareciale al condestable buena ocasion esta: hízose á la vela, llegó á la playa de Barcelona, y surgió en ella á veinte y uno de enero principio del año **1464**. Allí sin dilacion fué llamado conde de Barcelona y rey de Aragon: acometimiento que

por falta de fuerzas salió en vano, y la honra le acarreó la muerte demas de otros daños que resultaron: lo primero con la partida de don Pedro las fuerzas de Portugal se enflaquecieron en Africa, por donde de Tanger que pretendian tomar, fueron con daño rechazados los fieles por los Moros, y algunas entradas que se hicieron en los campos comarcanos, no fueron de consideracion ni de algun efecto notable; solo junto al monte Benasa en un encuentro que tuvieron con los enemigos, el mismo rey de Portugal estuvo á gran riesgo de perderse con toda su gente. Duarte de Meneses como quier que por defender á su rey se metiese con grande ánimo entre los enemigos, fué muerto en la pelea y otros con él. El conde de Villareal defendió aquel dia la retaguardia, por lo cual mereció mucha loa por testimonio del mismo rey que despues de la pelea le dijo: «Hoy en vos solo ha quedado la fé.»

El rey don Enrique desde Sevilla fué á Gibraltar: allí á su instancia y por sus ruegos aportó el rey de Portugal á la vuelta de Africa y de Ceuta. Estuvieron en aquel pueblo por espacio de ocho dias: despues dellos el de Portugal se volvió á su reino. El rey don Enrique por la parte de Ecija rompió por el reino de Granada, sin desistir de la empresa hasta tanto que le pagaron el tributo que tenian antes concertado, y le hicieron otros presentes de grande estima: con esto por Jaen, do residia Miguel Iranzu su condestable por frontero, pasó el rey de priesa á Madrid. Queria recebir y festejar otra vez al de Portugal que por voto que tenia hecho, se encaminaba para visitar á Guadalupe, casa de mucha devocion: viéronse los dos reyes y habláronse en la Puente del Arzobispo raya del reino de Toledo: hallóse presente la reina de Castilla que en compañía de su marido iba para verse con su hermano el rey de Portugal.

En esta junta se concertaron dos casamientos, uno del rey de Portugal con doña Isabel hermana del rey don Enrique, y otro de doña Juana su hija con el príncipe y heredero de Portugal: dilatáronse para otro tiempo las bodas, y al fin la tardanza hizo que no surtiesen efecto. Estaba del cielo determinado que los Aragoneses, reino mas á propósito que el de Portugal, viniesen á la corona de Castilla, bien que no sin grandes y largas alteraciones de España: males que parece pronosticó un torbellino de vientos que en Sevilla se levantó, el mayor que la gente se acordaba, tanto que llevó por el aire un par de bueyes con su arado, y de la torre de S. Agustin derribó y arrojó muy lejos una campana; arrancó otrosí de cuajo muchos árboles muy viejos, y los edificios en muchas partes quedaron maltratados. Viéronse en el cielo como huestes de hombres armados que peleaban entre sí, quier fuese verdadera representacion, quier engaño como se puede pensar, pues refieren que solamente las vieron los niños de poca edad: finalmente tres águilas con los picos y uñas en el aire combatieron por largo espacio; el fin de aquella sangrienta pelea fué que cayeron todas en tierras muertas. Los hombres movidos destos prodigios y señales hacian rogativas, plegarias y votos para aplacar, si pudiesen, la ira del cielo que amenazaba, y alcanzar el favor de Dios y de los santos.

CAPITULO VII.

De una conjuracion que hicieron los grandes de Castilla.

El rey don Enrique comenzaba á mirar con mala cara al arzobispo de Toledo y al marqués de Villena por entender que en las diferencias de Aragon no le sirvieron con toda lealtad: por esto ni le hicieron compañía cuando fué al Andalucia, ni se hallaron en la junta que tuvieron los reyes en la Puente del Arzobispo, antes por temer que se les hiciese alguna fuerza, ó dallo así á entender, desde Madrid se fueron á Alcalá; luego se juntaron con ellos el almirante de Castilla y el linage de los Manriques, y don Pedro Giron maestre de Calatrava. Allegáronseles poco despues los condes de Alba y de Plasencia por persuasion del marqués de Villena, que fué secretamente para esto á verse con ellos: el rey de Aragon asimismo por grandes promesas que le hicieron, se arrimó á este partido. Estos fueron los principios y cimientos de una cruel tempestad que tuvo á toda España por mucho tiempo muy gravemente trabajada. Era necesario buscar algun buen color para hacer esta conjuracion: pareció seria el mas á propósito pretender que la princesa doña Juana era habida de adulterio, y por tanto no podia ser heredera del reino.

Procuraron para salir con este intento apoderarse de los infantes don Alonso y doña Isabel hermanos del rey, que residian en Maqueda con su madre, por parecelles á propó-

sito para con este color revolvello todo; verdad es que á instancia del rey, y con rehenes que le dieron para seguridad, el marques de Villena don Juan Pacheco volvió á Madrid. Todo era fingido, y él iba apercebido de mentiras y engaños con que apartar á los demas grandes del rey y de su servicio. Para este efecto le dió por consejo hiciese prender á don Alonso de Fonseca arzobispo de Sevilla, que á menos desto él no podria andar en la corte seguramente. Despues que tuvo persuadido al rey, con trato doble avisó á la parte del peligro en que estaba: dió él crédito á sus palabras, huyóse y ausentóse; traza con que forzosamente se hobo de pasar á los alterados.

Con esto quedó mas soberbio don Juan Pacheco, en tanta manera que estando la corte en Segovia al tiempo de los calores, cierto dia entró con hombres armados en el palacio real para apoderarse del rey y de sus hermanos. Pasó tan adelante este atrevimiento, que quebrantó las puertas del aposento real, y por no poder salir con su intento á causa que el rey y don Beltran de la Cueva con aquel sobresalto se retiraron mas adentro en el palacio y en parte que era mas fuerte, determinó de noche (que fué nueva insolencia) llevar adelante su maldad. Ya era llegada la hora, y los sediciosos se aparejaban con sus armas para ejecutar lo que tenian acordado; mas el rey y los suyos fueron avisados: con que las asechanzas no pasaron adelante. Estaba don Juan Pecheco autor de todo esto á la sazon en palacio: los mas persuadian al rey y eran de parecer que le debian echar la mano y prenderle. Era tan grande el descuido del rey, que antepuso una vana muestra de clemencia á su salud y vida: decia que no era justo quebrantalle la seguridad que le diera; con que escapó entonces de aquel peligro, y las cosas se empeoraron de cada dia mas, mayormente que por el mismo tiempo por bula del sumo pontífice, don Beltran de la Cueva fué nombrado por maestre de Santiago, cosa que al pueblo dió mucha pesadumbre por el agravio que se hacia al infante don Alonso en quitalle aquella dignidad. Las demasías de don Juan Pacheco no parecia se podian castigar mejor que con levantar por este medio á su contrario y competidor don Beltran.

Intentó de nuevo el dicho marques de Villena si podia salir con su pretension, y con asechanzas y tratos apoderarse del rey: con este deseño le hizo fuese á Villacastin para tener allí habla; descubrióse tambien el engaño, y con esto se previno y remedió el daño. Desde Burgos los conjurados, juntados al descubierto y quitada la máscara, escribieron al rey de comun acuerdo una carta muy desacatada; las principales cabezas y capítulos eran: Que los Moros andaban libres en su corte sin ser castigados por maldad alguna que cometiesen: que los cargos y magistrados se vendian: que el maestrazgo de Santiago injustamente y contra derecho se habia dado á don Beltran: la princesa doña Juana como habida de adulterio no debia ser jurada por heredera; que si estas cosas se reformasen, de buena gana dejarian las armas, prestos de hacer lo que su merced fuese.

Recibió el rey y leyó esta carta en Valladolid, sin que por ella mucho se alterase: ciega sin duda el entendimiento la divina venganza cuando no quiere que se emboten los filos de su espada. A la verdad este príncipe tenia con los deleites feos y malos enflaquecidas las fuerzas del cuerpo y del alma. Hallóse presente don Lope de Barrientos obispo de Cuenca, que pretendia con grande instancia se debia con las armas castigar aquel desacato; pero no aprovechó nada, dado que le protestaba, pues no queria seguir el consejo saludable que le daba, que vendria á ser el mas miserable y abatido rey que hobiese tenido España: que se arrepentiria tarde y sin provecho de la flojedad que de presente mostraba. Tratóse de nuevo de concierto, pues lo de la guerra no contentaba: para esto entre Cabezon y Cigales pueblos de Castilla la Vieja don Juan Pacheco, con qué cara? con qué vergüenza? en fin en un campo abierto y raso habló por grande espacio con el rey don Enrique. Resultó de la habla que se concertaron y hicieron estas capitulaciones: El infante don Alonso heredase el reino á tal que se casase con la pretensa princesa doña Juana: don Beltran renunciase el maestrazgo de Santiago: que se nombrasen cuatro jueces, dos por cada una de las partes, y por quinto fray Alonso de Oropesa general que era de los Gerónimos; lo que sobre las demas diferencias determinase la mayor parte destos jueces, aquello se ejecutase.

Tomada esta resolucion, el infante don Alonso que era de edad de once años, de Segovia fué traido á los reales del rey: allí le juraron todos por príncipe y heredero del reino; quedó en poder de los grandes, de que resultaron nuevos daños. A don Beltran de la Cueva dió el rey la villa de Alburquerque con título de duque, y juntamente le hicieron merced de Cuellar, Roa, Molina y Atienza demas de ciertos juros que en el Andalucía le señalaron

para cada un año en recompensa de la dignidad y maestrazgo que le quitaban. Los alterados señalaron por jueces árbitros á don Juan Pacheco y al conde de Plasencia; el rey á Pero Hernandez de Velasco y Gonzalo de Saavedra, enemigos declarados de don Juan Pacheco. El arzobispo de Toledo y el almirante se reconciliaron con el rey: la amistad duró poco, ó como decia el vulgo, fué invencion y querer temporizar. Andaban los cuatro jueces árbitros alterados, y entendíase que si llegaban á pronunciar sentencia, dejarian á don Enrique solo el nombre de rey y le quitarian todo lo demas: por esto mandó él de secreto al maestre de Alcántara y al conde de Medellin, personas de quien mucho se fiaba, que con las mas gentes que pudiesen, se viniesen á él, y desbaratasen aquellos intentos.

Gonzalo de Saavedra, que era uno de los jueces, y Alvar Gomez secretario del rey, al cual hiciera merced en la comarca de Toledo de Maqueda y de Torrejon de Velasco y de S. Silvestre, fueron por el rey llamados. Pusiéronles algunos grandes temores así á ellos como al maestre de Alcántara don Gomez de Solis y al conde de Medellin: avisáronlos que los querian prender, y que sus malos tratos eran descubiertos; con esto les persuadieron se declarasen, y públicamente con sus gentes se pasasen á los conjurados. El rey avisado de todo esto, puso tachas á los jueces árbitros, y alegó que los tenia por sospechosos; mandó otrosí á Pedro Arias ciudadano de Segovia (cuyo padre fué su contador mayor) que por fuerza se apoderase de Torrejon: así lo hizo, y dejó aquella villa á los condes de Puñonrostro sus descendientes. Pedro de Velasco se juntó tambien con los conjurados, dado que su padre el conde de Haro se quejaba mucho desta su liviandad, tanto que ni con soldados ni con dineros le ayudaba, y le era forzoso andar entre los otros grandes muy desacompañado y desautorizado.

Por este mismo tiempo á catorce de agosto falleció en Ancona ciudad de la Marca el papa Pio segundo: pretendia, despues de convocados los príncipes de todo el mundo para tomar las armas contra los Turcos, pasar el mar Adriático y ser caudillo en aquella guerra sagrada, que fué una grande determinacion; y con este intento, bien que doliente, se hizo llevar á aquella ciudad: atajóle la muerte y cortóle sus pasos. Duróle poco tiempo el pontificado, solo espacio de seis años: su renombre por sus virtudes y pensamientos altos, y por sus letras será inmortal: con su muerte todos aquellos apercebimientos se deshicieron. Pusieron en su lugar con grande presteza al cardenal Pedro Barbo de nacion veneciano á treinta del mismo mes de agosto: llamóse Paulo segundo; era de cuarenta y siete años cuando fué electo en lo mejor de su edad. Mostróse muy aficionado á las cosas de España, y asi ayudó con su autoridad y diligencia al rey don Enrique en sus grandes trabajos.

CAPITULO VIII.

De las guerras de Aragon.

Con la venida á Barcelona de don Pedro condestable de Portugal los Catalanes cobraron mas ánimo que conforme á las fuerzas que alcanzaban: mayor era el miedo todavia que la esperanza, como de gente vencida contra los que muchas veces los maltrataron: la obstinacion de sus corazones era muy grande, que mas que todos los sustentaba. La ciudad de Lérida despues que por el rey estuvo cercada largo tiempo, y despues que le talaron y robaron los campos al derredor, finalmente fué forzada á entregarse. En muchas partes en un mismo tiempo la llama de la guerra se emprendia con daño de los pueblos y de los campos, rozas y labranzas: miserable estado de toda aquella provincia. El principal caudillo en esta guerra era don Juan arzobispo de Zaragoza, que fué otro hijo bastardo del rey de Aragon, mas á propósito para las armas que para la mitra y roquete.

Philipo duque de Borgoña por el contrario envió á don Pedro una banda de Borgoñones, ayuda de poco momento para negocio tan grande. Con su venida la gente y compañías de Catalanes se juntaron en la villa de Manresa hasta en número de dos mil infantes y sobre seiscientos de á caballo. Estaba el conde de Prades por parte del rey de Aragon puesto sobre Cervera: el cerco se apretaba, y los cercados forzados de la hambre y falta de otras cosas trataban de rendirse; para prevenir este daño y por la defensa determinó don Pedro de ir en persona á socorrellos. La gente del rey de Aragon, lo principal de su egército y la fuerza, se tenia á la raya de Navarra á propósito de sosegar las alteraciones de aquella nacion: mandó el rey á su hijo el príncipe don Fernando que con parte del egército marchase

á toda priesa para juntarse con el conde de Prades. Era don Fernando de muy tierna edad, tenia solos trece años: la necesidad forzó á que en aquella guerra comenzase su padre á valerse dél, y él á ejercitarse en las armas; por esto no tuvo tiempo para aprender las primeras letras bastantemente: sus mismas firmas muestran ser esto verdad.

Llegaron los del condestable de Portugal á un lugar llamado los Prados del Rey con determinacion de dar la batalla: asi lo avisaban las espías. El príncipe don Fernando que cerca se hallaba, apercibidas todas las cosas y aparejadas fué en busca del enemigo. Hizo alto en un ribazo, de do se veian los reales de los Catalanes. El portugués hizo al tanto, que se mejoró de lugar, y trincheó los reales en un collado cercano. Parecia queria escusar la batalla, bien que ordenó sus haces en forma de pelear. En la avanguardia iba Pedro de Deza con espaldas de los Borgoñones, que cerraban aquel escuadron: en el segundo escuadron iban por capitanes de los soldados Navarros y Castellanos Beltran y Juan Armendarios; el cuidado de la retaguardia llevaba el mismo don Pedro de Portugal. Las gentes de don Fernando eran menos en número, que no pasaban de setecientos caballos y mil infantes: ordenáronlas desta manera: la avanguardia se encomendó al conde de Prades: Hugon de Rocaberti, Castellan de Amposta y Matheo Moncada fortificaban los costados; don Enrique hijo del infante de Aragon don Enrique quedó de respeto para socorrer donde fuese necesario: en el postrer escuadron iba el príncipe don Fernando acompañado de muchos nobles; Bernardo Gascon natural de Navarra con la infantería de su cargo llevó órden de tomar la parte de la montaña para que no les pudiesen acometer por aquel lado.

Antes que se diese la señal de pelear, el príncipe don Fernando armó caballeros algunas personas nobles. Comenzaron á pelear los adalides, que iban delante, con grande vocería que levantaron: cargaron los demas, y en breve espacio el primero y segundo escuadron de los Portugueses fueron forzados á retirarse, y en fin todos se desbarataron por el esfuerzo de los Aragoneses. Con tanto atemorizados los demas que pusieron en la retaguardia, en que se hallaba el mismo don Pedro de Portugal y la fuerza del ejército, poca resistencia pudieron hacer. Volvieron las espaldas, y huyeron desapoderadamente la gente de á pie por los montes cercanos, los de á caballo por los llanos. Don Pedro de Portugal se valió de maña para escapar: quitóse la sobreveste, y mezclado con los vencedores, el dia siguiente sin ser conocido se puso en salvo. Los Borgoñones á los cuales se dió la primera carga, casi todos quedaron en el campo: peleaban entre los primeros, y conforme á su costumbre tienen por cosa muy fea volver el pie atrás. De los demas muchos fueron presos, y entre ellos el conde de Pallas, principal atizador de toda esta guerra. Dióse esta batalla postrero dia de febrero del año 1465. La victoria fué tanto mas alegre que de los Aragoneses pocos quedaron heridos, ninguno muerto. Don Pedro de Portugal se volvió á Manresa; Beltran Armendario sin embargo fortificó con gente el lugar de Cervera, en que metió parte del ejército, bien que desbaratado, no con menor ánimo que si ganara la victoria.

De allí pasó la fuerza de la guerra á la comarca de Ampurias, en que llevaban siempre lo mejor los Aragoneses, y los Portugueses lo peor. Parecia que todas las cosas eran fáciles á los vencedores, tanto mas que los alborotos de Navarra estaban casi acabados, y los Biamonteses reducidos á la obediencia del rey con el perdon que otorgó á don Luis y á don Carlos hijos de don Luis ya difunto conde de Lerin y condestable de Navarra, y juntamente les fueron restituidos sus bienes, cargos y dignidades que solian tener: lo mismo se hizo con don Juan de Biamonte hermano del dicho condestable, prior que era de S. Juan de Navarra. Declararon otrosí por herederos de aquel reino á Gaston conde de Fox y doña Leonor su muger, que ya se intitulaban príncipes de Viana.

Ismael rey de Granada gozaba de tiempo atrás de una paz muy sosegada, cuando le sobrevino la muerte á siete de abril, que fué domingo, año de los Arabes ochocientos y sesenta y nueve á diez dias del mes de Xavan. Sucedióle Albohacen su hijo, varon de grande ánimo y de grande esfuerzo en las armas. Tuvo este rey dos mugeres, la una Mora de nacion, cuyo hijo fué Boabdil que adelante se llamó el Rey Chiquito, la otra era cristiana renegada, por nombre Zoroyra: della tuvo dos hijos llamados el uno Cado y el otro Nacre, los cuales en tiempo del rey don Fernando el Católico, cuando se ganó Granada, se volvieron cristianos: el mayor se llamó don Fernando, y el menor don Juan; su madre al tanto movida del ejemplo de sus hijos se redujo á nuestra fé, y se llamó doña Isabel. En tiempo deste rey Albohacen hobo por algun tiempo paz con los Moros: por frontero á la parte de Jaen estaba Iranzu el condestable, por la parte de Ecija don Martin de Córdova.

Por el mismo tiempo don Fernando rey de Nápoles, vencidos y desbaratados sus enemigos asi los de dentro como los de fuera, afirmaba su imperio en Italia. Despues que en una batalla muy señalada que se dió cerca de Sarno en Tierra de Labor, quedó vencido, se rehizo de fuerzas, y ayudado de nuevos socorros del papa y duque de Milan, y de Scanderberchio (como arriba queda dicho) el año siguiente despues que perdió aquella jornada, humilló al enemigo que soberbio quedaba, en una batalla que le ganó cerca de Troya ciudad de la Pulla. No paró hasta tanto que forzó á Juan duque de Lorena á retirarse á la isla de Ischia; de donde sosegadas las alteraciones de los Barones y apaciguada la provincia, perdida toda esperanza, fué forzado con poca honra á dar la vuelta á Francia: era este príncipe igual en esfuerzo á sus antepasados, y dejó gran fama de su mucha bondad; la fortuna y el cielo no le fueron mas que á ellos favorables.

Desta manera el rey don Fernando, puesto fin á la guerra de los Barones de Nápoles, que fué muy dudosa y muy larga, entró en Nápoles como en triunfo de sus enemigos á catorce del mes de setiembre: grande magnificencia y aparato, concurso del pueblo y de los nobles extraordinario, que le honraron á porfia con todas sus fuerzas, regocijos y alegrías que se hicieron muy grandes. La reina doña Isabel su muger como quier que atribuia la victoria á Dios y á los santos, visitaba las iglesias con sus hijos pequeños que llevaba delante de sí, arrodillábase delante los altares, cumplia sus votos, hacia sus plegarias: hembra que era muy señalada en religion y bondad, y que merecia gozar de mas larga vida para que el fruto de la victoria fuera mas colmado. Todo lo atajó la muerte: falleció casi al mismo tiempo que el reino quedaba apaciguado.

El rey don Fernando su marido, fundada la paz y ordenadas las demas cosas á su voluntad, tuvo el reino mas de treinta años. Emprendió en lo de adelante y acabó muchas guerras felizmente en ayuda de sus amigos y confederados. Fuera desto á los Turcos, que se apoderaron pasados algunos años de Otranto y de buena parte de aquella comarca, desbarató y echó de Italia por su mandado don Alonso su hijo duque de Calabria: en conclusion si este rey en el tiempo de la paz continuara las virtudes con que alcanzó y se mantuvo en el reino, como fué tenido por muy dichoso, asi se pudiera contar entre los buenos príncipes y en virtud señalados; mas hay pocos que en la prosperidad y abundancia no se dejen vencer de sus pasiones, y sepan con la razon enfrenar la libertad.

CAPITULO IX.

Que el infante don Alonso fué alzado por rey de Castilla.

No sosegaron las alteraciones de Castilla por quedar el infante don Alonso en poder de los grandes, antes fué para mayor daño lo que se pensó seria para remediar los males: como fueron los intentos y consejos errados, asi tuvieron los remates no buenos. El rey de Cabezon, cerca de donde fué la junta y la habla que tuvo con don Juan Pacheco, se partió para el reino de Toledo; los grandes se fueron á Plasencia. El maestre de Calatrava don Pedro Giron, que en Castilla la Vieja era señor de Ureña, se partió para el Andalucia, do tenia tambien la villa de Osuna, con intento de mover los Andaluces y persuadilles que tomasen las armas contra su rey. Era el maestre hombre vario, y no de mucha constancia, ni muy firme en la amistad, y que tenia mas cuenta con llevar adelante sus pretensiones y salir con lo que deseaba, que con lo que era honesto y santo. Quitaron el priorado de S. Juan á don Juan de Valenzuela, y al obispo de Jaen despojaron de sus bienes y rentas no por otra causa sino porque eran leales al rey: delito que se tiene por muy grave entre los que estan alborotados y amotinados. Por toda aquella provincia trató de levantar la gente, en especial de meter en la misma culpa á los señores y nobles: prometia á cada cual conforme á lo que era y á su calidad, cosas muy grandes, con que muchos se alentaron y resolvieron de juntarse con los alborotados, en particular las comunidades y regimientos de Sevilla y de Córdova, y el duque de Medina Sidonia y conde de Arcos y don Alonso de Aguilar.

El rey don Enrique vista la tempestad que se aparejaba y armaba, en Madrid hizo una junta para tratar del remedio. Preguntó á los congregados lo que les parecia se debia hacer, si acudir á las armas, ó pues las cosas no se encaminaban como se pensó, si seria bien tornar á mover tratos de paz. Callaron los demas: el arzobispo de Toledo dijo que su parecer era debian procurar que el infante don Alonso volviese á poder del rey, porque quién seria

mas á propósito para guardalle como prenda de la paz, y para seguridad del casamiento poco antes concertado, que su mismo hermano, y que poco despues seria su suegro? que si no obedeciesen, en tal caso se podria acudir á las armas y á la fuerza, y castigar la contumacia de los que se desmandasen; para lo cual debia la corte con brevedad pasarse á Salamanca, por estar aquella ciudad cerca de donde las conjurados se hallaban, y por esta causa ser muy á propósito para asentar la paz ó hacer la guerra. Parecia á algunos que estas cosas las decia con llaneza: así vinieron los demas en el mismo parecer, sin que ninguno de los que mejor sentian, se atreviese á chistar; todo procedia no por razon y justicia sino por fuerza y violencia.

Envióse pues por una parte embajada á los grandes, y por otra mandaron que las compañías de soldados acudiesen á Salamanca: pasó el rey á Castilla la Vieja y á Salamanca, y con las gentes que llevaba y allí halló, puso cerco sobre Arévalo que se tenia por los alborotados. Desde allí el arzobispo de Toledo quitada la máscara se fué á Avila, ciudad que tenia en su poder; que poco antes le dió el rey así aquella tenencia como la de la Mota de Medina: á Avila acudieron los conjurados, llamados por el arzobispo; asimismo el almirante (como lo tenia acordado) se apoderó de Valladolid, do estos señores pensaban hacer la masa de la gente. Con estas malas nuevas, y por el peligro que corria de mayores males, despertado el rey de su grave sueño, á solas y las rodillas por tierra, las manos tendidas al cielo habló con Dios segun se dice desta manera: «Con humildad, Señor, Cristo Hijo de Dios, y rey por »quien los reyes reinan, y los imperios se mantienen, imploro tu ayuda, á ti encomiendo »mi estado y mi vida: solamente te suplico que el castigo (que confieso ser menor que mis »maldades) me sea á mí en particular saludable. Dame, Señor, constancia para sufrille, y »haz que la gente en comun no reciba por mi causa algun grave daño.» Dicho esto, muy de priesa se volvió á Salamanca.

Los alborotados en Avila acordaron de acometer una cosa memorable: tiemblan las carnes en pensar una afrenta tan grande de nuestra nacion, pero bien será se relate para que los reyes por este ejemplo aprendan á gobernar primero á sí mismos, y despues á sus vasallos, y adviertan cuantas sean las fuerzas de la muchedumbre alterada, y que el resplandor del nombre real y su grandeza, mas consiste en el respeto que se le tiene, que en fuerzas: ni el rey (si le miramos de cerca) es otra cosa que un hombre con los deleites flaco: sus arreos y la escarlata de qué sirve sino de cubrir como parche las grandes llagas y graves congojas que le atormentan? si le quitan los criados, tanto mas miserable; que con la ociosidad y deleites mas sabe mandar que hacer, ni remediarse en sus necesidades. La cosa pasó desta manera. Fuera de los muros de Avila levantaron un cadahalso de madera en que pusieron la estátua del rey don Enrique con su vestidura real y las demas insignias de rey, trono, cetro, corona: juntáronse los señores, acudió una infinidad de pueblo. En esto un pregonero á grandes voces publicó una sentencia que contra él pronunciaban, en que relataron maldades y casos abominables que decian tenia acometidos. Leíase la sentencia, y desnudaban la estátua poco á poco, y á ciertos pasos, de todas las insignias reales: últimamente con grandes baldones le echaron del tablado abajo.

Hízose este auto un miércoles á cinco de junio. Con esto el infante don Alonso que se halló presente á todo, fué puesto en el cadahalso, y levantado en los hombros de los nobles, le pregonaron por rey de Castilla, alzando por él como es de costumbre los estandartes reales. Toda la muchedumbre apellidaba como suele: Castilla, Castilla por el rey don Alonso; que fué meter en el caso todas las prendas posibles y jugar á resto abierto. Como se divulgase tan grande resolucion, no fueron todos de un parecer: unos alababan aquel hecho, los mas le reprehendian. Decian, y es así, que los reyes nunca se mudan sin que sucedan grandes daños: que ni en el mundo hay dos soles, ni una provincia puede sufrir dos cabezas que la gobiernen: llegó la disputa á los púlpitos y á las cátedras. Quien pretendia que fuera de heregía, por ningun caso podrian los vasallos deponer al rey; quien iba por camino contrario. Hizo el nuevo rey mercedes asáz de lo que poco le costaba, en particular á Gutierre de Solís por contemplacion del maestre de Alcántara su hermano, dió la ciudad de Coria con título de conde.

Las ciudades de Burgos y de Toledo aprobaron sin dilacion lo que hicieron los grandes; al contrario no pocos señores comenzaron á mostrarse con mas fervor por el rey don Enrique: teníanle muchos compasion, y parecíales muy mal á todos que le hobiesen afrentado por tal manera; pensaban otrosí que en lo de adelante daria mejor órden en sus costumbres

y eso mismo en el gobierno. Don García de Toledo conde de Alba, ya reconciliado con el rey, acudió luego con quinientas lanzas y mil de á pie. La reina y la infanta doña Isabel fueron enviados al rey de Portugal para alcanzar por su medio le enviase gentes de socorro. Habláronle en la ciudad de la Guardia á la raya de Portugal; pero fuera del buen acogimiento que les hizo, y buenas palabras que les dió, no alcanzaron cosa alguna. Las gentes de los señores acudieron á Valladolid; las del rey á Toro, mas en número que fuertes.

Los rebeldes muy obstinados en su propósito cargaron sobre Peñaflor: defendiéronse los de dentro animosamente; que fué causa de que tomada la villa, le allanasen los muros: querian con este rigor espantar á los demas. Acudieron á Simancas: el rey para su defensa despachó al capitan Juan Fernandez Galindo desde Toro con tres mil caballos. Con su llegada cobraron los cercados tanto brio y pasaron tan adelante que como por escarnio y en menosprecio de los contrarios los mochileros se atrevieron á pronunciar sentencia contra el arzobispo de Toledo, y arrastrar por las calles su estátua, que últimamente quemaron: pequeño alivio de la afrenta hecha al rey en Avila, y satisfaccion muy desigual asi por la calidad de los que hicieron la befa, como del á quien se hacia. Alzaron los conjurados el cerco por la resistencia que hallaron, especial que se sabia haberse juntado en Toro un grueso ejército de gentes que acudian al rey de todas partes, hasta ochenta mil de á pie, y catorce mil de á caballo.



Muger de Toledo.

Con estas gentes marcharon la vuelta de Simancas: en el camino cerca de Tordesillas fué en una escaramuza y encuentro herido y preso el capitan Juan Carrillo que seguia la parte de los grandes. Ya que estaba para espirar, llamó al rey y le avisó de cierto tratado para matalle: declaróle otrosí en particular y en secreto los nombres de los conjurados; mas el rey don Enrique los encubrió con perpetuo silencio por sospechar, como se puede creer, que aquel capitan aunque á punto de muerte, fingia aquel aviso ó por ódio que tenia contra

los que nombraba, ó para congraciarse con el mismo rey. Llegó pues á poner sus reales junto á Valladolid: no pudo ganar aquella villa por estar fortificada con muchos soldados, demas que en la gente del rey se veia poca gana de pelear, y á ejemplo del que los gobernaba, una increible y vergonzosa flojedad y descuido.

Tornaron en aquel campo á mover tratos de concierto: acordaron de nuevo de hablarse el rey don Enrique y el marques de Villena. Fué mucho lo que se prometió, ninguna cosa se cumplió: solamente persuadieron al rey que pues sus tesoros no eran bastantes para tan grandes gastos, deshiciese el campo; que en breve el infante don Alonso, dejado el nombre de rey, con los demas grandes se reduciria á su servicio. Desta manera derramaron los soldados por ambas partes; y á los grandes que estaban con el rey, aunque no sirvieron, ó poco, se dieron en Medina del Campo premios muy grandes. Particularmente á don Pedro Gonzalez de Mendoza obispo de Calahorra hizo el rey merced de las tercias de Guadalajara y toda su tierra: al marques de Santillana su hermano dió la villa de Santander en las Asturias, al conde de Medinaceli dió á Agreda, al de Alba el Carpio, al de Trastamara la ciudad de Astorga en Galicia con nombre de marques, sin otras muchas mercedes que á la misma sazon se hicieron á otros señores y caballeros.

Los alborotados se partieron para Arévalo: con su ida Valladolid volvió al servicio del rey. Tenian al infante don Alonso como preso, y porque trataba de pasarse á su hermano, le amenazaron de matalle: miserable condicion de su reinado! dél estaban apoderados sus súbditos, y él en lugar de mandar forzado á obedecellos. Con todo se tornó á tratar de hacer paces: prometian los alterados que si la infanta doña Isabel casase con el maestre de Calatrava, se rendirian así el maestre con su hermano el de Villena, en cuyas manos y voluntad estaba la guerra y la paz. Daba este consejo el arzobispo de Sevilla don Alonso de Fonseca. El rey vino en ello, y con esta determinacion despidieron de la corte al duque de Alburquerque y al obispo de Calahorra por ser muy contrarios al dicho maestre, que para el dicho efecto hicieron llamar.

La infanta sentia esta resolucion lo que se puede pensar: su pesadumbre grande, sus lágrimas contínuas: consideraba y temia una cosa tan indigna. Su camarera mayor llamada doña Beatriz de Bovadilla con la mucha privanza que con ella tenia, le preguntó cual fuese la causa de tantas lágrimas y sollozos. «No veis (dice ella) mi desventura tan grande; que »siendo hija y nieta de reyes, criada con esperanza de suerte mas alta y aventajada, al pre»sente (vergüenza es decillo) me pretenden casar con un hombre de prendas en mi compa»racion tan bajas? ó grande afrenta y deshonra! no me deja el dolor pasar adelante. No »permitirá Dios, señora, tan grande maldad (respondió doña Beatriz) no en mi vida, no lo »sufriré. Con este puñal (que le mostró desenvainado) luego que llegare, os juro y aseguro »de quitalle la vida cuando esté mas descuidado.» Doncella de ánimo varonil! mejor lo hizo Dios.

Desde su villa de Almagro se apresuraba el maestre para efectuar aquel casamiento cuando en el camino súbitamente adolesció de una enfermedad que le acabó en Villarrubia por principio del año de nuestra salvacion de **1466**: su cuerpo sepultaron en Calatrava en capilla particular. Díjose vulgarmente que las plegarias muy devotas de la infanta, que aborrecia este casamiento, alcanzaron de Dios que por este medio la librase: estábale aparejado del cielo casamiento mas aventajado y muy mayores estados. En los bienes y dignidades del difunto sucedieron dos hijos suyos: don Alonso Tellez Giron el mayor conforme al testamento de su padre quedó por conde de Ureña; don Rodrigo Tellez Giron el segundo hobo el maestrazgo de Calatrava por bula del papa que para ello tenia alcanzada; sin estos tuvo otro tercer hijo llamado don Juan Pacheco, todos habidos fuera de matrimonio. Poco antes de la muerte del maestre se vió en tierra de Jaen tanta muchedumbre de langostas que quitaba el sol: los hombres atemorizados, cada uno tomaba estas cosas y señales como se le antojaba conforme á la costumbre que ordinariamente tienen de hacer en casos semejantes pronósticos diferentes, movidos unos por la experiencia de casos semejantes, otros por liviandad mas que por razones que para ello haya.

En este tiempo Rodrigo Sanchez de Arévalo Castellano que era en Roma del castillo de Santangel, escribia en latin una historia de España mas pia que elegante, que se llama Palentina, por su autor que fué adelante obispo de Palencia. Dióle aquella iglesia á instancia del rey don Enrique, al cual intituló aquella historia, el pontífice Paulo Segundo, con quien puesto que era español, el dicho Rodrigo Sanchez tuvo mucho trato y familiaridad.

CAPITULO X.

De la batalla de Olmedo.

Muy revueltas andaban las cosas en Castilla, y todo estaba muy confuso y alterado: no la modestia y la razon prevalecian, sino la soberbia y antojo lo mandaban todo; veíanse robos, agravios y muertes sin temor alguno del castigo, por estar muy enflaquecida la autoridad y fuerza de los magistrados. Forzadas por esto las ciudades y pueblos se hermanaron para efecto que las insolencias y maldades fuesen castigadas: á las hermandades (con consentimiento y autoridad del rey) se pusieron muy buenas leyes para que no usasen mal del poder que se les daba y se estragasen. Comunmente la gente avisada temia no se volviese á perder España, y los males antiguos se renovasen por estar cerca los Moros de Africa, como en tiempo del rey don Rodrigo aconteció. La ocasion no era menor que entonces, ni menos el peligro á causa de la grande discordia que reinaba en el pueblo, y la deshonestidad y cobardía de la gente principal. Pasaron en esto tan adelante que vulgarmente llamaban por baldon al arzobispo de Toledo don Oppas; en que daban á entender le era semejable, y que seria causa á su patria de otro tal estrago cual acarreó aquel prelado.

Estas discordias dieron avilenteza al conde de Fox, que con las armas pretendia apoderarse del reino de Navarra como dote de su muger, y que se le hacia de mal aguardar hasta que su suegro muriese. Conforme al comun vicio y falta natural de los hombres hacia él lo que en su cuñado culpaba, el príncipe don Carlos; y aun pasaba adelante con su pensamiento, ca queria hacer guerra á Castilla y forzar al rey don Enrique le entregase los pueblos de Navarra en que tenia puestas guarniciones castellanas. De primera entrada se apoderó de la ciudad de Calahorra y puso cerco sobre Alfaro. Para acudir á este daño despachó el de Castilla á Diego Enriquez del Castillo su capellan y su coronista, cuya crónica anda de los hechos deste rey. Llegado acometió con buenas razones á reportar al conde; mas como por bien no acabase cosa alguna, juntadas que hobo arrebatadamente las gentes que pudo, le forzó á que alzado el cerco de priesa, se volviese y retirase: asimismo la ciudad de Calahorra volvió á la obediencia del rey, ca los ciudadanos echaron della la guarnicion que el de Fox allí dejó. Desta manera pasaban las cosas de Navarra con poco sosiego.

En Cataluña se mejoraba notablemente el partido aragonés: los contrarios en diversas partes y encuentros fueron vencidos, y muchos pueblos se recobraron por todo aquel estado. Lo que hacia mas al caso, don Pedro el competidor yendo de Manresa á Barcelona, falleció de su enfermedad en Granolla un domingo á veinte y nueve de junio: su cuerpo enterraron en Barcelona en nuestra señora de la Mar con solemne enterramiento y exequias. El pueblo tuvo entendido que le mataron con yerbas, cosa muy usada en aquellos tiempos para quitar la vida á los príncipes: yo mas sospecho que le vino su fin por tener el cuerpo quebrantado con los trabajos, y el ánimo aquejado con los cuidados y penas que le acarreó aquella desgraciada empresa. Este fué solo el fruto que sacó de aquel principado que le dieron, y él aceptó poco acertadamente, como lo daba á entender un alcotan con su capirote que traia pintado como divisa en su escudo y blason en sus armas, y debajo estas palabras: molestia por alegría. Dejó en su testamento á don Juan príncipe de Portugal su sobrino hijo de su hermana aquel condado en que tan poca parte tenia; además que los Aragoneses con la ocasion de faltar á los Catalanes cabeza se apoderaron de la ciudad de Tortosa y de otros pueblos.

Para remedio deste daño los Catalanes en una gran junta que tuvieron en Barcelona, nombraron por rey á Renato duque de Anjou, perpetuo enemigo del nombre aragonés; resolucion en que siguieron mas la ira y pasion que el consejo y la razon: á la verdad poca ayuda podian esperar de Portugal; y llamado el duque de Anjou, era caso forzoso que los socorros de Francia desamparasen al rey de Aragon, y por andar el conde de Fox alterado en Navarra entendian no tendria fuerzas bastantes para la una y la otra guerra. Por el contrario por miedo desta tempestad el rey de Aragon convidó al duque de Saboya y á Galeazo en lugar de su padre Francisco Esforcia, ya difunto, Duque de Milan para que se aliasen con él. Representábales que Renato con aquel nuevo principado que se le juntaba, si no se proveia, era de temer se quisiese aprovechar de Saboya que cerca le caia, y de los Milaneses por la memoria de los debates pasados.

Acometió asimismo á valerse por una parte de los Ingleses, por otra al principio del año de nuestra salvacion de 1467 envió á Pedro Peralta su condestable á Castilla para qué procurase atraer á su partido, y hacer asiento con los señores confederados y conjurados contra su rey. Y para mejor espedicion le dió comision de concertar dos casamientos de sus hijos doña Juana y don Fernando con el infante don Alonso hermano del rey don Enrique, y con doña Beatriz hija del marques de Villena: tan grande era la autoridad de aquel caballero poco antes particular; que pretendia ya segunda vez mezclar su sangre y emparentar con casa real: ayudábale para ello el arzobispo de Toledo, clara muestra de la grande flaqueza y poquedad del rey don Enrique; verdad es que ninguno destos casamientos tuvo efecto.

Al infante don Alonso asímismo poco antes le sacaron de poder del arzobispo de Toledo con esta ocasion: el conde de Benavente don Rodrigo Alonso Pimentel, reconciliado que se hobo con el rey don Enrique, alcanzó dél le hiciese merced de la villa de Portillo, de qué en aquella revuelta de tiempos estaba ya él apoderado: deseaba servir este beneficio y merced con alguna hazaña señalada. El infante don Alonso y el arzobispo de Toledo, donde algun tiempo estuvieron, pasaban á Castilla la Vieja. Hospedólos el conde en aquel pueblo: el aposento del infante se hizo en el castillo, á los demas dieron posadas en la villa. Como el dia siguiente tratasen de seguir su camino, dijo no daria lugar para que el infante estuviese mas en poder del arzobispo. Usar de fuerza no era posible por el pequeño acompañamiento que llevaban, y ningunos tiros ni ingenios de batir: sujetáronse á la necesidad.

El rey don Enrique alegre por esta nueva en pago deste servicio le dió intencion de dalle el maestrazgo de Santiago que el rey tenia en administracion por el infante su hermano: merced grande, pero que no surtió efecto por la astucia del marques de Villena, con quien el de Benavente comunicó este negocio y puridad. Pensaba por estar casado con hija del marques que no le pondria ningun impedimento: engañóle su pensamiento, ca el marques quiso mas aquella dignidad y rentas para sí que para su yerno; y no hay leyes de parentesco que basten para reprimir el corazon ambicioso. De aquí resultaron entre aquellos dos señores ódios inmortales, y asechanzas que el uno al otro se pusieron. El marques era mañoso: hizo tanto con el conde que restituyó el infante don Alonso á los parciales; con esto la esperanza de la paz se perdió, y volvieron á las armas.

El rey don Enrique sintió mucho esto por ser muy deseoso de la paz, en tanto grado que sin tener cuenta con su autoridad de nuevo tornó á tener habla con el marques de Villena primero en Coca villa de Castilla la Vieja, y despues en Madrid; y aun para mayor seguridad del marques puso aquella villa como en tercería en poder del arzobispo de Sevilla. No fueron de efecto alguno estas diligencias, dado que doña Leonor Pimentel muger del conde de Plasencia acudió allí, llamada de consentimiento de las partes por ser hembra de grande ánimo, y muy aficionada al servicio del rey; por este respeto juzgaban seria á propósito para reducir á su marido y á los demas alterados, y concertar los debates. Tenia el marques de Villena mas maña para valerse, que el rey don Enrique recatado para guardarse de sus trazas. Concertaron nueva habla para la ciudad de Plasencia. Los grandes que andaban en compañía del rey llevaban mal estos tratos: temian algun engaño, y decian no era de sufrir que aquel hombre astuto se burlase tantas veces de la magestad real.

De Madrid pasó el rey á Segovia al principio del estío, los rebeldes se apoderaron de Olmedo: entrególes aquella villa Pedro de Silva capitan de la guarnicion que allí tenia. La Mota de Medina se tenia por el arzobispo de Toledo: los moradores de aquella villa por el mismo caso eran molestados, y corria peligro de que los señores no se apoderasen della. El rey don Enrique, movido por él un desacato y por el otro, mandó hacer grandes levas de gente: llamó en particular á los grandes; acudió el conde de Medinaceli, el obispo de Calahorra y el duque de Alburquerque don Beltran, que hasta entonces estuvo fuera de la corte. Asímismo Pero Hernandez de Velasco, alcanzado perdon de su yerro pasado, fué enviado por su padre con setecientos de á caballo, y un fuerte escuadron de gente de á pie. Por este servicio alcanzó se le hiciese merced de los diezmos del mar: así se dice comunmente, y es cierto que se los dió. Era tanto el miedo del rey, y el deseo que tenia de ganar á los grandes, que para asegurar en su servicio al marques de Santillana puso en su poder á su hija la princesa doña Juana, y así la llevaron á su villa de Buitrago: grande mengua. Todos los grandes vendian lo mas caro que podian su servicio á aquel príncipe cobarde: persuadíanse que con aquello se quedarian que alcanzasen y apañasen en aquellas revueltas.

Despues que el rey tuvo junto un buen ejército, enderezó su camino la vuelta de Medina: llegó por sus jornadas á Olmedo; los conjurados con intento de impedir el paso á la gente del rey salieron de aquella villa puestos en ordenanza. El rey don Enrique deseaba escusar la batalla: su autoridad era tan poca y los suyos tan deseosos de pelear que no les pudo ir á la mano: la batalla, que fué una de las mas señaladas de aquel tiempo, se dió á veinte de agosto dia de S. Bernardo. Encontráronse los dos ejércitos, pelearon por grande espacio, y despartiéronse sin que la victoria del todo se declarase, dado que cada cual de las dos partes pretendia ser suya: la escuridad de la noche hizo que se retirasen. Los parciales se volvieron á Olmedo con el infante don Alonso: las gentes del rey que eran dos mil infantes, y mil y setecientos caballos, prosiguieron su camino y pasaron á Medina del Campo.

El rey don Enrique no se halló en la batalla: Pedro Peralta le aconsejó, ya que estaban para cerrar las haces, se saliese del peligro: algunos cuidaron fué engaño y trato doble á causa que de secreto favorecia á los conjurados, á los cuales habia venido por embajador; en particular era amigo del arzobispo de Toledo, á cuyo hijo llamado Troilo dió poco antes por muger á doña Juana su hija y heredera de su estado. Tampoco se halló presente el marques de Villena por estar embarazado en el reino de Toledo á causa de la junta y capitulo que tenian los Treces de Santiago, que por el mismo tiempo le nombraron por maestre de aquella órden; debió ser con beneplácito del rey: tal fué su diligencia, su autoridad y su maña. Con esto él creció grandemente en poder, y el recelo y temor de los demas grandes, pues con ser él el principal autor de toda aquella tragedia, al tiempo que otro fuera castigado, de nuevo acumulaba nuevas dignidades y juntaba mayores riquezas.

En Navarra tenia el gobierno por su padre doña Leonor condesa de Fox en el tiempo que por diligencia de don Nicolás Echavarri obispo de Pamplona recobraron los Navarros á Viana, que hasta entonces quedó en poder de Castellanos. Un hijo desta señora llamado Gaston como su padre, de madama Madalena su muger hermana que era de Luis rey de Francia, hobo á esta sazon un hijo llamado Francisco, al cual por su grande hermosura le dieron sobrenombre de Phebo: otra hija del mismo, que se llamó doña Catalina, por muerte de su hermano juntó por casamiento el reino de Navarra con el estado de Labrit, que era una nobilísima casa y linage de Francia, como se declara en su lugar.

Hacia de ordinario su residencia el rey de Aragon en Tarragona para proveer desde allí á la guerra de Cataluña; y dado que era de grande edad, y tenia perdida la vista de ambos



Trajes militares de la época tomados de un retablo existente en la iglesia de Caldes de Monbuy.

ojos, todavía el espíritu era muy vivo y el brio grande. En aquella ciudad concertó de casar una hija suya bastarda llamada doña Leonor con don Luis de Biamonte conde de Lerin: desposolos á veinte y dos de enero del año 1468 don Pedro de Urrea arzobispo de aquella ciudad, y patriarca de Alejandría. Señaláronle en dote quince mil florines, todo á propósito de ganar aquella familia poderosa y rica en el reino de Navarra: buen medio, si la deslealtad se dejase vencer con algunos beneficios.

Hacíanse las cortes de Aragon en la ciudad de Zaragoza: presidia en ellas la reina en lugar de su marido; allí de enfermedad que le sobrevino, falleció á trece de febrero (1) con grande y largo sentimiento del rey. Dolíase que siendo él viejo, y su hijo de poca edad, les hobiese faltado el reparo de una hembra tan señalada. A la verdad ella era de grande y constante ánimo, no menos bastante para las cosas de la guerra que para las del gobierno. Poco antes de su muerte tuvo habla con doña Leonor su antenada condesa de Fox en Exea á la raya de Aragon, do pusieron alianza en que expresaron que los mismos tuviesen las dos por amigos y por enemigos: palabras de ánimo varonil; y mas de soldados que de mugeres; su cuerpo fué sepultado en Poblete. De sola una cosa la tachan comunmente, que fué la muerte del príncipe don Carlos su antenado: así lo hablaba el vulgo. Añaden que la memoria deste caso la aquejó mucho á la hora de su muerte, sin que ninguna cosa fuese bastante para aseguralla y sosegar su conciencia muy alterada: las revoluciones y parcialidades dan lugar á hablillas y patrañas.

CAPITULO XI.

Como falleció el infante don Alonso.

Llegó la fama de las alteraciones de Castilla á Roma; en especial el rey don Enrique por sus cartas hacia instancia con el pontífice Paulo segundo para que privase á los obispos sediciosos de sus dignidades, y pusiese pena de descomunion á los grandes, si no sosegaban en su servicio. Por esta causa Antonio Venerio obispo de Leon enviado á Castilla por Nuncio con poderes bastantes, despues de la batalla de Olmedo en que se halló presente, primero fué á hablar al rey don Enrique en Medina del Campo teniendo en esto consideracion á su autoridad real; despues como procurase hablar con los conjurados, apenas pudo alcanzar que para ello le diesen lugar, antes le despidieron primera y segunda vez con palabras afrentosas, y pusieran en él las manos sino fuera por tener respeto á su dignidad. Como amenazase de descomulgallos, respondieron que no pertenecia al pontífice entremeterse en las cosas del reino. Juntamente interpusieron apelacion de aquella descomunion para el concilio próximo: condicion muy propia de ánimos endurecidos y obstinados en la maldad, que siempre se adelanta en el mal hasta despeñarse, y quiera remediar un daño con otro mayor sin moverse por algun escrúpulo de conciencia.

Sucedió un nuevo inconveniente para el rey que mucho le alteró, y fué que don Juan Arias obispo de Segovia por satisfacerse de la prision que se hizo en la persona de Pedro Arias su hermano contador mayor sin alguna culpa suya, por engaño del arzobispo de Sevilla olvidado de las mercedes recebidas y que su hermano ya estaba puesto en libertad, se determinó entregar aquella ciudad de Segovia á los parciales. Ayudáronle para ello Prejano su vicario, y mesa prior de S. Gerónimo con quien se comunicó. Es aquella ciudad fuerte y grande puesta sobre los montes con que Castilla la Vieja parte término con la nueva, que es el reino de Toledo. Acudieron todos los grandes como tenian concertado. Fué tan grande el sobresalto, que la reina que allí se halló, y la duquesa de Alburquerque, apenas pudieron alcanzar les diesen entrada en el castillo á causa que Pedro Munzares el alcaide de secreto era tambien uno de los parciales. La infanta doña Isabel como sabidora de aquella revuelta y trato se quedó en el palacio real, y tomada la ciudad, se fué para el infante don Alonso su hermano con intento de seguir su partido.

Estas nuevas y fama llegaron presto á Medina del Campo, do el rey don Enrique se hallaba, con que recibió mas pena que de cosa en toda su vida, por haber perdido aquella ciudad, ca le tenia como por su patria, y en ella sus tesoros y los instrumentos y aparejos de sus deportes. Desde este tiempo por hallarse no menos falto de consejo que de socorro;

(1) Zurita dice que falleció en Tarragona.

comenzó á andar como fuera de sí: no hacia confianza de nadie: recelábase igualmente de los suyos y de los enemigos, de todos se recataba, y de repente se trocaba en contrarios pareceres; ya le parecia bien la guerra, poco despues queria mover tratos de paz: cosa que por su natural descuido y flojedad siempre prevalecia. Señaló la villa de Coca para tener habla de nuevo con el marques de Villena magüer que los suyos se lo disuadian, y como no fuesen oidos, los mas le desampararon: en Coca no se efectuó cosa alguna; pareció se tornasen á ver en el castillo de Segovia: allí se hizo concierto con estas capitulaciones, que no fué mas firme y durable que los pasados; las condiciones eran: El castillo de Segovia se entregue al infante don Alonso (1): el rey don Enrique tenga libertad de sacar los tesoros que allí están, mas que se guarden en el alcázar de Madrid, y por alcaide Pedro Munzares: la reina para seguridad que se cumplirá esto, esté en poder del Arzobispo de Sevilla: cumplidas estas cosas, dentro de seis meses próximos los grandes restituyan al rey el gobierno y se pongan en sus manos.

Vergonzosas condiciones, y miserable estado del reino: cuan torpe cosa que los vasallos para allanarse pusiesen leyes á su príncipe, y tantas veces hiciesen burla de su magestad! la mayor afrenta de todas fué que la reina en el castillo de Alahejos, do la hizo llevar el arzobispo conforme á lo concertado, puso los ojos en un cierto mancebo, y con la conversacion que tuvieron, se hizo preñada; que fué grave maldad y deshonra de toda España, y ocasion muy bastante para que el poco crédito que se tenia de su honestidad, pasase muy adelante, y la causa de los rebeldes ya pareciese mejor que antes. El rey cercado de trabajos y menguas tan grandes, desamparado casi de todos, y como fuera de si, andaba por diversas partes casi como particular, acompañado de solos diez de á caballo. Acordó por postrer remedio de hacer prueba de la lealtad del conde de Plasencia, y entrarse por sus puertas y ponerse en sus manos. Fué allí muy bien recebido, y entretúvose en el alcázar de aquella ciudad por espacio de cuatro meses. En este tiempo por muerte del cardenal Juan de Mela, que despues de don Pedro Lujen tuvo encomendada la iglesia de Sigüenza, aquel obispado se dió á don Pedro Gonzalez de Mendoza sin embargo que don Pero Lopez dean de Sigüenza desde los años pasados, como elegido por votos del cabildo, pretendia y traia pleito contra el dicho cardenal Mela.

Envió el papa un nuevo nuncio para convidar á los grandes que se redujesen al servicio de su rey, y porque no obedecian, últimamente los descomulgó. No se espantaron ellos por esto ni se emendaron, bien que lo sintieron mucho, tanto que enviaron á Roma sus embajadores; mas no les fué dado lugar para hablar con el pontífice, ni aun para entrar en la ciudad antes que hiciesen juramento de no dar título de rey al infante don Alonso. Ultimamente en consistorio el papa con palabras muy graves los reprehendió y amonestó que avisasen en su nombre á los rebeldes procederia con todo rigor contra ellos, si no se emendaban: que semejantes atrevimientos no pasarian sin castigo; si los hombres se descuidasen, debian temer la venganza de Dios. Añadió que sentia mucho que aquel príncipe mozo por pecados agenos seria castigado con muerte antes de tiempo: no fué vana esta profecía, ni falsa.

Con esta demostracion del pontífice las cosas del rey don Enrique se mejoraron algun tanto; en especial que por el mismo tiempo se redujo á su obediencia la ciudad de Toledo con esta ocasion. Era Pero Lopez de Ayala alcalde de aquella ciudad: su cuñado fray Pedro de Silva de la órden de Sto. Domingo, obispo de Badajoz, á la sazon estaba en Toledo; el cual comunicado su intento con doña Maria de Silva su hermana muger del alcalde, dió al rey aviso de lo que pensaba hacer, que era entregalle la ciudad. Acudió él sin dilacion, y en dos dias llegó desde Plasencia á Toledo para prevenir con su presteza no hiciese el pueblo alguna alteracion: entró muy de noche, hospedóse en el monasterio de los Dominicos que está enmedio y en lo mas alto de la ciudad. Luego que se supo su llegada, tocaron al arma con una campana: acudió el pueblo alborotado. Pero Lopez de Ayala, como supo lo que pasaba, pretendia que el rey don Enrique no saliese en público, ni se pasase adelante en aquella traza: alegaba que le perderian el respeto; así pasada la media noche, cuando el alboroto estaba sosegado, se salió de la ciudad.

Partióse el rey muy triste y en su compañía Perafan de Ribera hijo de Pelayo de Ribera y dos hijos de Pero Lopez de Ayala, Pedro y Alonso. Al salir de la ciudad reconoció el rey el cansancio de su caballo, que habia caminado aquel dia diez y ocho leguas: pidió á

(1) Se entregó al marques de Villena.

uno de los que le acompañaban, le diese el suyo; no quiso. Vista esta cortedad los dos hijos de Pero Lopez de Ayala á priesa se arrojaron de sus caballos, y de rodillas suplicaron al rey se sirviese dellos, del uno para su persona, del otro para su page de lanza: el rey los tomó y partió de la ciudad acompañándole á pie aquellos caballeros que le dieron los caballos. Llegados á Olías, hizo el rey merced á Pero Lopez de Ayala de setenta mil maravedís de juro perpétuo cada un año: el obispo asimismo fué forzado á dejar la ciudad. Todo lo cual se trocó en breve: los ruegos, importunaciones y lágrimas de su muger pudieron tanto con el alcalde, que arrepentido de lo hecho, dentro de cuatro dias tornó á llamar al rey: volvió pues, y halló las cosas en mejor estado que pensaba; solo por la instancia que hizo el pueblo y por su importunidad les confirmó sus antiguos privilegios y les otorgó otros de nuevo. Á Pero Lopez de Ayala en remuneracion de aquel servicio dió título de conde de Fuensalida, y de nuevo le encomendó el gobierno de aquella ciudad; con que el rey se partió para Madrid. Allí hizo prender al alcayde Pedro Munzares por no estar enterado de su lealtad: contentose de quitalle la alcaydia, y con tanto poco despues le soltó de la prision.

Alteró grandemente la pérdida de Toledo á los parciales, tanto que salieron de Arévalo, do tenian la masa de su gente, con intento de poner cerco á aquella ciudad. Marchaba la gente la vuelta de Avila, cuando un desastre y revés no pensado desbarató sus pensamientos: esto fué que en Cardeñosa, lugar que está en el mismo camino dos leguas de Avila, sobrevino de repente al infante don Alonso una tan grave dolencia que en breve le acabó. Falleció á cinco de julio: su cuerpo vuelto á Arévalo le sepultaron en S. Francisco: dende los años adelante le trasladaron al monasterio de Miraflores de Cartujos de la ciudad de Burgos. De la manera y causa de su muerte hobo pareceres diferentes: unos dijeron que murió de la peste que por aquella comarca andaba muy brava; los mas sentian que le mataron con yerbas en una trucha, y que se vieron desto señales en su cuerpo despues de muerto.

Alonso de Palencia en la historia deste tiempo, y en sus decadas que compuso como coronista del mismo infante, con la libertad que suele, no dudó de contar esto por cierto, hasta señalar por autor de aquella maldad y parricidio al marques de Villena maestre de Santiago; lo que yo no creo. Porque á qué propósito un señor tan principal habia de mancillar su sangre y casa con hecho tan afrentoso? ó qué ocasion le pudo dar para ello un mozo que apenas era de diez y seis años? Sospecho que las grandes alteraciones y la corrupcion de los tiempos dieron ocasion á que la historia en alabar á unos y murmurar de otros conforme á las aficiones de cada cual, ande por este tiempo estragada.

CAPITULO XII.

Que el principe de Aragon don Fernando fué nombrado por rey de Sicilia.

Renato duque de Anjou sin dilacion aceptó el principado que de su voluntad los Catalanes le ofrecian. Moviale á aceptar la ambicion sin propósito, enfermedad ordinaria y el deseo que tenia de vengar en España los agravios que los Aragoneses le hicieron en Italia. Verdad es que él por su larga edad no pudo ir allá: envió á su hijo llamado Juan, duque que era de Lorena, de quien arriba se dijo fué echado de Italia para apoderarse de aquel estado: pretendia ayudarse de sus fuerzas y de los socorros de Francia. El rey francés, pospuesta la confederacion que tenia con Aragon asentada, le envió alguna ayuda despues que hobo puesto fin á la guerra civil y muy áspera que tuvo con su hermano el duque de Berri y con Carlos duque de Borgoña: parte poco adelante le trajo Juan conde de Armeñac, con quien el de Lorena no solo tenia puesta confederacion, sino tambien asentada hermandad para acudirse el uno al otro en las cosas de la guerra.

Con tantas ayudas como tuvo, el de Lorena dió alegre principio á esta empresa: el remate fué diferente. La ciudad de Barcelona luego que vino, le abrió las puertas. Tratóse de la guerra, y acordaron hacer el mayor esfuerzo por la parte de Ampurias. Acudió el rey de Aragon á la defensa, aunque viejo y ciego: cerca de Rosas en un encuentro fué desbaratada cierta banda de Aragoneses. La fuerza del ejército francés marchó la vuelta del Girona con intento, si Pedro de Rocaberti que tenia el cargo de la guarnicion, y los demas capitanes saliesen de la ciudad, presentalles la batalla; si se defendiesen dentro de los muros, tenian esperanza con cerco de apoderarse de aquella ciudad fuerte y rica. Sacaron los Arago-

neses su gente con grande ánimo: hobo algunos encuentros, siempre con mayor daño de los de fuera que de los de dentro: acudió el príncipe don Fernando, metió todas sus gentes dentro de la ciudad; con tanto hizo que se alzase el cerco.

En breve aquella alegria se destempló y trocó en grave pesadumbre: salió don Fernando de la ciudad, y en una batalla que se dió cerca de un pueblo llamado Villademar le desbarató cierta parte del ejército francés, y muertos muchos de los Aragoneses, el príncipe se salvó por los pies: quedó preso y en poder de los enemigos Rodrigo Rebolledo capitan de gran nombre, cuya diligencia que hizo, y esfuerzo de que usó en la defensa del príncipe, fué grande. Los primeros ímpetus de los franceses mas fuertes que de varones, con maña y dilacion mas que con fuerza se han de rebatir: tomaron este acuerdo, y por estar cerca el invierno pusieron guarniciones en lugares á propósito, y dejaron á don Alonso de Aragon para que tuviese cuidado de aquella guerra.

Hecho esto, el príncipe don Fernando se partió para Zaragoza, do se tenian cortes á los Aragoneses, y se halló presente á la enfermedad de su madre la reina y á su muerte, de que queda hecha mencion. Difunta su madre, y por estar su padre ciego y en edad de setenta años, fué necesario que las cosas de la paz y de la guerra cargasen sobre los hombros del príncipe don Fernando, que aunque de poca edad, daba grandes muestras de virtudes y de un natural excelente. Era menester que tuviese autoridad para gobernar cosas tan grandes: por esto en aquella ciudad fué nombrado por rey de Sicilia como compañero de su padre en aquella parte. Esto sucedió casi á los mismos dias y tiempo en que el infante don Alonso de Castilla pasó desta vida, como queda dicho. El cielo le aparejaba mayor imperio en Italia y en España, y la gloria de deshacer el reino de los Moros de Granada.

Sabida que fué en Zaragoza la muerte del infante don Alonso, luego fué Pedro Peralta con muy bastantes poderes enderezados á los grandes parciales de Castilla para pedilles diesen á la infanta doña Isabel por muger á don Fernando. Su padre el rey de Aragon se quedó en Zaragoza, y él se volvió á Cataluña á continuar la guerra, que se hacia por mar y por tierra con gran riesgo del partido de Aragon. Lo que mas deseaba el de Lorena, era apoderarse de Girona, por entender, tomada aquella ciudad, en todo lo demas no hallaria resistencia. Con esta resolucion se volvió á Francia para hacer nuevas juntas de gentes, como lo hizo con tanta diligencia que solo en lo de Ruysellon y lo de Cerdania levantó quince mil hombres: fuerzas contra las cuales juntas con las gentes que antes tenia, los Aragoneses no eran bastantes, tanto que no pudieron meter en Girona, que de nuevo la tenian cercada y con gran porfia la batian, ni vituallas ni socorros. Verdad es que por el esfuerzo y diligencia de don Juan Melguerite obispo de aquella ciudad y de los otros capitanes que dentro estaban, magüer que el peligro fué grande, la ciudad se defendió.

Entretanto que combatian á Girona, el rey don Fernando volvió sus fuerzas á otra parte, y se apoderó de un pueblo llamado Verga por entrega de los de dentro que le hicieron á diez y siete de setiembre: con esta toma, aunque no de mucha importancia, se comenzaron á mejorar las cosas, mayormente que el rey de Aragon á la misma sazon recobró la vista, cosa de milagro. Fué así que un Judio natural de Lérida llamado Abiabar, gran médico y astrólogo, se encargó de la cura, y mirado el aspecto de las estrellas, á once de setiembre con una aguja le derribó la catarata del ojo derecho con que de repente comenzó á ver. Rehusaba el Judio volver á probar cosa tan peligrosa como aquella: decia que el aspecto de las estrellas ni era ni seria en mucho tiempo favorable, y que bastaba servirse del un ojo: á qué propósito intentar con peligro lo que excedia las fuerzas humanas? Parecia bien lo que decia á los mas prudentes; pero como quier que el rey hiciese instancia, á doce de octubre se volvió á la misma cura, con que quedó tambien sano el ojo izquierdo. Esta alegría que por la salud del rey fué como era razon muy grande, se aumentó mucho y en breve por alzarse el cerco de Girona que tenia á todos puestos en mucho miedo. Fué la causa sobrevenir el invierno, y la falta que los enemigos tenian de cosas necesarias: así la prontitud y alegria con que los Franceses vinieron, parecia haberse caido, y que cada dia la empresa se hacia mas dificultosa.

En Portugal se desposó el príncipe don Juan, con doña Leonor su prima olvidado del concierto hecho con Castilla de casar con doña Juana. La poca honestidad y poco recato de aquella reina confirmaban mucho la opinion de los que decian que su hija era habida de mala parte. El padre de la desposada doña Leonor, que era don Fernando duque de Viséo, apercebida una armada en que pasó á Africa, ganó allí algunas victorias de los Moros, y

vuelto á su tierra, de su muger doña Beatriz hija de don Juan, maestre que fué de Santiago en Portugal, le nació un hijo llamado don Emanuel, que los años adelante por voluntad de Dios vino á heredar el reino de Portugal. Cuentan los Portugueses que en su nacimiento se vieron señales en el cielo que pronosticaban la gloria de aquel infante y su magestad, como gente muy aficionada á sus reyes, y que gusta de hallar cualquier camino y motivo para honrallos.

CAPITULO XIII.

Que ofrecieron el reino de Castilla á la infanta doña Isabel.

La muerte del infante don Alonso fué ocasion que muchos se redujesen al servicio del rey don Enrique; pero la paz duró poco, y la guerra que luego resultó, fué larga y grave, con que las fuerzas de España quedaron quebrantadas. La ciudad de Burgos volvió á la obediencia del rey don Enrique á ejemplo de Toledo y á persuasion de Pero Fernandez de Velasco:



Vista del antiguo alcázar de Madrid tomada desde el campo.

juntamente en Madrid el arzobispo de Sevilla, el conde de Benavente y otros grandes le hicieron de nuevo sus homenages. Los parciales por verse de repente despojados de la ayuda y arrimo del mal logrado infante, para tener persona en cuyo nombre ellos reinasen, trajeron á la infanta doña Isabel desde Arévalo á la ciudad de Avila: allí se resolvieron de ofrecelle el nombre de reina y las insignias reales. Tomó el arzobispo de Toledo la mano y cuidado de persuadille aceptase el reino que de derecho y razon decia era suyo: relató por menudo

la afrenta de la casa real, la cobardía, el descuido, la deshonestidad, los partos adulterinos, con peligro que los que no debian, heredasen el reino ageno, las infamias perpétuas de toda la nacion; para cuyo remedio era menester su autoridad, su sombra y su amparo: que no era justo rehusase ponerse á cualquier trabajo y peligro por el bien comun de la patria.

A todo esto respondió ella: «Yo os agradezco mucho esta voluntad y aficion que mostrais »á mi servicio, y deseo poder en algun tiempo gratificalla; pero aunque la voluntad es buena, »que estos vuestros intentos no agradan á Dios da bien á entender la muerte de mi hermano »mal logrado. Los que desean cosas nuevas y mudanza de estado, qué otra cosa acarrean al »mundo sino males mas graves, parcialidades, discordias, guerras? Por los evitar no será »mejor disimular cualquier otro daño? Ni la naturaleza de las cosas, ni la razon de mandar »sufre que haya dos reyes. Ningun fruto hay temprano y sin sazon que dure mucho: yo »deseo que el reino me venga muy tarde para que la vida del rey sea mas larga, y su ma»gestad mas durable. Primero es menester que él sea quitado de los ojos de los hombres que »yo acometa á tomar el nombre de reina. Volved pues el reino á don Enrique mi hermano, »y con esto restituireis á la patria la paz. Este tendré yo por el mayor servicio que me po»deis hacer, y este será el fruto mas colmado y gustoso que desta vuestra aficion podrá re»sultar.»

Forzó aquella modestia á que no solo aprobasen su determinacion, sino que la alabasen, maravillados todos los que presentes estaban, de la grandeza de su corazon, que menospreciaba lo que por alcanzar otros se meten por el fuego y por las espadas: por el mismo caso la juzgaban por mas digna del nombre real que le ofrecian. Pero era pesada á todos tan larga tempestad de discordias, y así se comenzaron á inclinar á la paz; mayormente que el rey don Enrique por sus embajadores les ofreció perdon si se reducian á su servicio. Con este intento el arzobispo de Sevilla á ruegos de los grandes y por permision del rey fué á Avila: por cuyo medio, é ayudado tambien por su parte de Andrés de Cabrera mayordomo de la casa real, se asentó la paz con estas capitulaciones: la infanta doña Isabel sea declarada y jurada por heredera del reino y por princesa: para su acostamiento le entreguen las ciudades de Avila y Ubeda, las villas de Medina del Campo, Olmedo y Escalona, que son pueblos muy apartados entre sí, con tal condicion que jure de no casarse sin consentimiento del rey: con la reina se hará divorcio con beneplácito del papa: hecho esto, ella y su hija sean enviadas á Portugal: á los conjurados sea dado perdon, y restituidos todos sus bienes y oficios y cargos que en tiempo de las revueltas les quitaron; para que todas estas cosas se efectuasen, señalaron tiempo de cuatro meses.

Estas capitulaciones no contentaron al marques de Santillana y á sus hermanos que por el mismo tiempo eran venidos á Madrid, y juzgaban les era mas á propósito tener en su poder á la pretensa princesa doña Juana, tanto mas que por el mismo tiempo la reina con ayuda de Luis de Mendoza del castillo en que la tenian, se fué una noche á Buitrago á verse y estar con su hija: el sentimiento del arzobispo de Sevilla, que la tenia encomendada, por esta causa fué grande. En el tiempo que estuvo detenida, parió dos hijos (1) á don Fernando y á don Apostol: tiénese por averiguado que secretamente los criaron en Santo Domingo el real monasterio de monjas de Toledo. Tomó la prelada de aquel convento este cuidado por ser parienta de don Pedro padre de aquellas criaturas, y el mismo don Pedro muy cercano deudo del arzobispo de Sevilla.

Sin embargo se señaló el monasterio de Guisando, que está entre Cadahalso y Cebreros, y á la mitad del camino que hay desde Madrid á la ciudad de Avila; para que allí los grandes alterados tuviesen habla con el rey. En aquella habla se hicieron muchos conciertos, y sacaron grandes condiciones y partidos: todos se persuadian se quedarian con todo lo que en aquella sazon cada cual alcanzase, y que el rey y su hermana vendrian en cualquier partido por estar muy cansados de la guerra, y deseosos grandemente de la paz. Refieren otrosí que el rey y marques de Villena tuvieron habla en secreto sin que se sepa lo que en ella acordaron; solo por lo que adelante sucedió, entendieron se enderezó todo á asegurar sus cosas el de Villena y aumentar su casa y estados. El obispo Antonio Venerio nuncio del papa absolvió á los grandes del homenage hecho al infante don Alonso, demas que pretendian por su muerte, alteradas las cosas, cesar la obligacion que le tenian. Con esto hicieron

(1) Ferreras la tiene por una calumnia sin mas fundamento que la malicia del vulgo.

de nuevo sus homenages al rey don Enrique; y la infanta doña Isabel de comun consentimiento fué jurada tambien por princesa heredera del reino: lo uno y lo otro se hizo á los diez y nueve de setiembre dia lunes. A los demas conjurados se dió perdon.

El enojo que el rey tenia muy mayor contra los dos hermanos Arias que estaban apoderados de la ciudad de Segovia, ejecutó con aquella ocasion de haber concertado las paces y restituídole las ciudades, en que al momento les quitó el alcázar de Segovia que tenian á su cargo, y el gobierno de aquella ciudad, y le entregó á Andrés de Cabrera: ocasion y escalon para alcanzar adelante gran poder y muchas riquezas. Por este tiempo en tierra de Toledo en un lugar que se llama Peromoro, corrió de los haces que ciertos hombres segaban, gran copia de sangre: cosa que al presente causó gran maravilla, y adelante se entendió era anuncio y pronóstico de los grandes males que sobre los pasados avinieron á España.

El marques de Villena, vuelto á la privanza de antes, se comenzó de nuevo á apoderar de todo con disgusto de los demas grandes (gran descuido y poquedad del rey don Enrique) tanto mas que á persuasion del marques, y en su compañia su hermana la infanta doña Isabel, se fué á Ocaña casi al principio del año 1469. Tenia el de Villena intento de casar la infanta con el rey de Portugal, y á su persuasion vino por embajador sobre el caso don Alonso de Noguera arzobispo de Lisboa, acompañado de otras personas principales. Por el contrario el arzobispo de Toledo pretendia casarla con don Fernando rey de Sicilia; y despues de partido Pedro Peralta embajador de Aragon no cesaba de hablarla en este propósito, á que ella de suyo se inclinaba; y aun como la hablasen en el casamiento de Portugal, respondió llanamente que no era su voluntad ni le queria. Aconsejaba el de Villena que le hiciesen fuerza, y por mal la constriñesen á conformarse. El rey don Enrique dudoso de lo que haria, en fin se resolvió en lo que le pareció ser mas seguro, de despedir por entonces los embajadores de Portugal con color que el negocio no estaba sazonado, y que adelante se podria tratar dél; en especial que se ofrecia un nuevo partido asáz considerable.

El cardenal Atrebatense vino por embajador de Luis Onceno rey de Francia á pedir que la infanta doña Isabel casase con su hermano Carlos duque de Berri: nueva ocasion para que los grandes se dividiesen y tuviesen sobre este negocio diversos pareceres. Todo era sementera de nuevas discordias, sin estar apenas sosegadas las pasadas; en particular el Andalucía no se quietaba, ni queria dejar las armas. Por muerte de don Juan duque de Medina Sidonia sucedió en aquel rico estado don Enrique su hijo bastardo, como heredero no solo de sus bienes, sino tambien de sus parcialidades y enemistades. Seguianle el conde de Arcos y don Alonso de Aguilar, que todos en nombre de la infanta doña Isabel alborotaban aquella tierra. Pareció convenia acudir al rey en persona á sosegar estos bullicios en sazon que el marques de Villena renunció en su hijo don Diego Lopez Pacheco el marquesado de Villena con intento que el rey y el papa le confirmasen á él el maestrago de Santiago, y gozar sin contraste de aquella rica dignidad. Quedóse la infanta en Ocaña: hiciéronla jurar de nuevo no casaria, ni trataria dello sin que el rey su hermano lo supiese y sin su voluntad. El conde de Benavente y Pero Hernandez de Velasco fueron á Valladolid para gobernar el reino durante la ausencia del rey.

CAPITULO XIV.

Del casamiento y bodas de los príncipes doña Isabel y don Fernando.

Asentadas las cosas en la manera que dicho es, el rey don Enrique enderezó su camino para el Andalucía. Iban en su compañía el maestre de Santiago y los prelados de Sevilla y de Sigüenza: llegaron á pequeñas jornadas á Ciudad-Real: allí se quedó enfermo el de Sevilla. En Jaen fué el rey muy bien recebido y festejado por su condestable Iranzu: luego despues desto redujo á su servicio la ciudad de Córdova por entrega que della le hizo con ciertas condiciones don Alonso de Aguilar: sosegados los alborotos que allí andaban entre este caballero y el conde de Cabra don Pedro de Córdova, venido el estío, pasó á Sevilla. Sucedió lo mismo allí, que por autoridad del rey y con su presencia se sosegaron las alteraciones de los señores que moraban en aquella ciudad, y se compusieron sus diferencias.

Los Moros estaban quietos, cosa que hacia maravillar, por andar los nuestros tan re-

[illegible] [illegible] [illegible] [illegible] [illegible] lugar para [illegible] alguna [illegible]. [illegible] que [illegible] para [illegible] á la guerra [illegible] [illegible] [illegible] en la guerra, y [illegible] de aquella ciudad [illegible] [illegible] [illegible] [illegible] de [illegible] [illegible] en el estado. [illegible] [illegible] [illegible] [illegible] por ser sus fuerzas mas flacas [illegible] con el rey don Fernando. [illegible] para [illegible] á [illegible], que [illegible] de Granada: [illegible] allí el [illegible] muy alegre con grandes presentes que [illegible] [illegible] por la palabra que el rey le dió de envialle socorros y [illegible], [illegible] para que [illegible] con las armas hiciese este año y el siguiente [illegible] por tierra de cristianos: [illegible] los Moros grandes cabalgadas de [illegible] y de [illegible], quemaron campos y pobiados: era tan grande su indignacion y [illegible] tal que [illegible] de poder, y pasaron muy mas adelante de lo que antes [illegible] en las talas, quemas y robos. Pero aunque fué grande el estrago, y que se podia comparar con los antiguos, ningun pueblo señalado tomaron á los nuestros; solo diversas [illegible] de [illegible] Moros por todo el Andalucia y por el reino de Murcia hacian [illegible] mas á manera de salteadores que de guerra concertada.

Volvamos con nuestro cuento á la infanta doña Isabel, que se quedó en Ocaña: muchos y grandes príncipes la pedian á un mismo tiempo por muger. Tenia grandes partes de virtudes, honestidad, hermosura, edad á propósito, sobre todo el dote que era grandisimo, no menos que el reino de su hermano. A los demas pretensores, es á saber, al de Portugal que era viudo, y al duque de Berri, mozo extrangero, se la ganó finalmente el rey don Fernando no sin voluntad y providencia del cielo. Ayudó mucho la diligencia del rey de Aragon su padre con muchos presentes que dió, y mayores promesas para adelante (manera la mas segura de negociar y la mas eficaz) grangeó los criados de la infanta. El que mas podia con ella y mas privaba era Gutierre de Cárdenas su maestresala, y con él Gonzalo Chacon tio del mismo de parte de madre, mayordomo que era y contador de la princesa: á este prometieron la villa de Casarrubios y Arroyomolinos; á Gutierre de Cárdenas la villa de Maqueda, fuera de otras grandes dádivas de presente, y promesas de oficios, encomiendas y juros para adelante.

Por medio de los dos y del arzobispo de Toledo, que entraba á la parte, se concertó el casamiento con ciertas condiciones que todas se enderezaban á que en tanto que viviese el rey don Enrique, se le guardase todo respeto: que despues de su muerte la infanta doña Isabel tuviese todo el gobierno de Castilla, sin que el rey don Fernando pudiese hacer alguna merced por su propia autoridad, ni tampoco diese los cargos á extraños, ni quebrantase en alguna manera las franquezas, derechos y leyes del reino; en conclusion que si no fuese con voluntad de su muger, no se entremetiese en ninguna parte del gobierno. Todas estas capitulaciones y el casamiento se concertaron secretamente; don Fernando sin embargo se detuvo á causa de la guerra de Cataluña, en que los enemigos de nuevo tenian puesto sitio sobre Gerona, y al fin la forzaron á rendirse.

Demas desto en Navarra se levantó otra tempestad. El obispo de Pamplona don Nicolás en el camino de Tafalla (que iba á verse con la infanta doña Leonor y á su llamado) fué muerto por órden de Pedro Peralta. Enviaronse personas que pidiesen justicia al rey de Aragon, y le hiciesen instancia para que mandase castigar tan grave maldad. Recelábanse no creciese el atrevimiento por falta de castigo, y aquel sacrilegio, si no se castigaba, fuese causa que todo el pueblo lo pagase con alguna plaga que les viniese del cielo. Quejábanse que el matador por engaño se apoderó de Tudela: demas desto estrañaban que el mismo rey [illegible] á muchos lugares con mucha liberalidad como de hacienda agena; pedian [illegible] de [illegible] á Estella con todo su distrito, de que todavía estaban apoderados los de Castilla. El conde de Foix con el deseo de mandar andaba otrosí inquieto, y [illegible] que todo esto pararia en alguna guerra, por lo cual no menos era aborrecido del rey de Aragon [illegible] que [illegible] el príncipe don Carlos.

[illegible] á los [illegible] y [illegible] á lo que el tiempo pedia, [illegible] y [illegible] á Pedro de Peralta no se dió por ende castigo ninguno por

el delito tan atroz como cometió. La infanta doña Isabel se hallaba congojada y suspensa: temia no la hiciesen fuerza, si se detenia en Ocaña mas tiempo. Partióse para Castilla la Vieja, y por no darle entrada en Olmedo, que la tenia en su poder el conde de Plasencia, se fué para Madrigal do residia su madre. Cosas tan grandes no podian estar secretas: escribió el maestre de Santiago sobre el caso al arzobispo de Sevilla, que despues de convalecido de la dolencia ya dicha se entretenia en Coca; encargábale grandemente se apoderase de la persona de la infanta: intentos que desbarató la presteza con que el de Toledo y el almirante la acudieron con buen número de caballos. Llevaronla á Valladolid para que estuviese alli mas segura, por ser el pueblo tan grande y estar de su parte el arzobispo de Toledo y en su compañía.

No era menor la congoja con que don Fernando se hallaba, y recelo que tenia no le burlasen sus esperanzas. Así en lo mas recio de la guerra de Cataluña se partió para Valencia con intento de recojer el dinero que conforme á lo asentado se obligó de contar á su esposa para el gasto de su casa y córte. Desde allí dado que hobo la vuelta á Zaragoza, porque el negocio no sufria tardanza, en hábito disfrazado y solo con cuatro personas que le acompañaban, pasó á Castilla. En Osma encontró con el conde de Treviño don Diego Manrique que tenia parte en aquel trato de su casamiento. Dende acompañado del mismo conde y de docientos de á caballo pasó á Dueñas, villa que era de don Pedro de Acuña conde de Buendia, hermano del arzobispo de Toledo. Alli se vió con su esposa, y apercebidas todas las cosas, en Valladolid en las casas de Juan de Vivero, en que al presente está la audiencia real, se desposaron un miércoles á diez y ocho de octubre: luego el dia siguiente se velaron con dispensacion del papa Pio Segundo en el parentesco que tenian; así hallo que el arzobispo de Toledo dijo estaban dispensados, creo por conformarse con el tiempo para que no se reparase en aquel impedimento: invencion suya, como se deja entender por la bula que los años adelante sobre esta dispensacion expidió el papa Sixto Cuarto.



Trajes de esta época, sacados de un retablo.

Era don Fernando de poca edad, que apenas tenia diez y seis años, pero de buen parecer y de cuerpo grande y robusto. Escribieron los nuevos casados sus cartas al papa y al rey don Enrique, y á los demas príncipes y grandes: la suma era escusarse de haber apresurado sus bodas. El aparato no fué grande, la falta de dinero tal que les fué necesario bus-

calle para el gasto prestado. Por el mismo tiempo don Enrique hijo del infante don Enrique de Aragon fué hecho duque de Segorve por merced del rey de Aragon su tio, que dio tambien á don Alonso su hijo bastardo con título de conde á Ribagorza, ciudad de Cerdania á los confines y á la raya de Francia. A los seis de diciembre finó en Roma don Juan de Carvajal, cardenal y obispo de Plasencia su natural: yace en S. Marcello de Roma. Fué auditor de Rota, despues legado de tres papas á diversas partes, hombre de negocios, de vida y casa ejemplar. En la Extremadura labró sobre Tajo una famosa puente que hoy se llama del cardenal.

CAPITULO XV.

Que doña Juana se desposó con el duque de Berri.

Ocupabase el rey en Sevilla en asentar las diferencias que traian alterada aquella ciudad, cuando el maestre de Santiago desde Cantillana, donde se quedó cerca de aquella ciudad, le envió aviso del casamiento de su hermana: el desabrimiento que dello recibió, fué en demasia grande; sin dilacion mandó aprestar lo necesario para ir á Trujillo. Pretendia entregar aquel pueblo, que está á los confines del Andalucía, y hacer dél merced á don Alonso de Zúñiga conde de Plasencia, en remuneracion de lo mucho que en el tiempo de sus trabajos le sirvió. Cosa tan grande no pudo estar secreta: los moradores, hombres que son animosos y esforzados, comunicado el negocio con Gracian Sesse alcaide del castillo, se determinaron á contradecillo. Su resolucion era tal que se resolvieron de defender con las armas la libertad que sus antepasados les dejaron. No era cosa segura usar con ellos de fuerza: asi el rey se resolvió en dar al conde en trueco la villa de Arévalo, que está en Castilla la Vieja no lejos de Avila, á la ribera del rio Adaja, la cual villa tenia el conde empeñada, que se la dió en prendas el infante don Alonso hasta que le hiciesen pagado de cierta suma de dineros que le prestára, y porque el trueco era desigual y Arévalo no valia tanto, dióselo por alguna recompensa título y armas de duque de aquella villa.

En aquella ciudad de Trujillo se otorgó perdon al maestre de Alcántara, ca siguió la voz del infante don Alonso, y á Gutierre de Cáceres y Solis su hermano hizo el rey merced de la ciudad de Coria, ó se la restituyó como la tenia del infante su hermano: tal era la condicion del rey don Enrique, que muchos por lo que merecian ser castigados, eran remunerados con grande liberalidad y demasía. Demas desto le vinieron cartas de la infanta doña Isabel su hermana comedidas, pero graves. En ellas despues de contar como no quiso admitir el reino que le ofrecian por la muerte de don Alonso su hermano, se escusaba por su edad y por el olvido del rey de haber apresurado sus bodas: que por grandes razones debió anteponer el casamiento de Aragon á los demas que le traian: decia asimismo que no queria hacer mencion, antes poner en olvido los agravios que ella y su madre muchos y graves recibieran: ofrecia que ella y su marido le servirian como hijos, si fuese servido de tratallos con amor y obras de padre.

Leidas estas cartas en una junta, no se les dió otra respuesta sino que llegado que el rey fuese á Segovia, para donde caminaba, tendria cuenta con lo que se le representaba: desta manera fué despedido el mensagero. Tornaron de nuevo á enviar otros embajadores á Segovia al principio del año **1470** para que hiciesen instancia con el rey don Enrique que diese licencia á los nuevos casados para podelle hacer reverencia: prometian de recompensar el disgusto pasado con señalados servicios, y ayudar con todas sus fuerzas á remediar los daños del reino el tiempo pasado trabajado y afligido. Tampoco á estos embajadores se dió otra respuesta sino que negocio tan grave se debia comunicar con los grandes. Este era el color que tomó, como quier que en hecho de verdad por tenerse por ofendido de doña Isabel tenia vuelta su aficion á doña Juana su hija (como él la nombraba) la cual con una nueva embajada que el rey Luis de Francia le envió, pedia por muger para Carlos su hermano, que poco antes en lugar de los estados que tenia de Bria y de Campaña, hizo duque de Guiena. Las cabezas desta embajada eran el cardenal Albigense, que primero se llamaba Atrebatense, y el conde de Boloña. Demas desto pedia al rey don Enrique juntase con él sus fuerzas para hacer un concilio de obispos de todo el orbe cristiano contra el papa Paulo con quien andaba encontrado.

En esto llanamente no quiso venir el rey de Castilla por ser muy cierto principio y seminario de discordias, y fuente de algun scisma desgraciado, de que los años pasados se vieron

muchos ejemplos; á lo del casamiento dió por respuesta le parecia se difiriese para otro tiempo, creo por miedo de nuevas alteraciones. Los grandes y el pueblo por las pasadas tan graves se hallaban muy cansados, en especial que no estaban del todo apaciguadas: á la verdad en el mismo tiempo que estos tratos andaban en Segovia, don Alonso de Aguilar en Córdova puso las manos en el mariscal don Diego de Córdova que venia descuidado al regimiento; y esto sin tener cuenta con la amistad que á instancia del rey pusiera poco antes con el conde de Cabra padre del agraviado. Mariscal conforme á lo antiguo era lo que hoy es maestre de campo. Llevóle pues preso: él despues que á instancia del rey fué puesto en libertad, por pensar que á causa de su poca autoridad y su natural descuido no haria castigar aquel exceso tan grave, se retiró á Granada. Allí con consentimiento del rey Moro retó á su contrario á hacer campo con él, confiado en su mocedad, y deseoso de vengarse; señaló para el combate la vega de Granada, y aplazó el dia en que le esperaria en el palenque.

El dia señalado como don Diego hasta puesta de sol hobiese esperado con las armas, y el contrario no compareciese, arrastró á la cola de su caballo por afrenta su estátua: tras esto envió cartas á todas partes afrentosas contra don Alonso, y un retrato que por ultrage representaba todo lo que pasó. Por otra parte los caballeros de Alcántara no querian obedecer á su maestre: llegó el negocio al rompimiento y á las armas. El maestre no tenia bastantes fuerzas para contrastar él solo con tantos: hizo recurso á la ayuda de Gutierre de Solis su hermano. Faltábales dinero para el sueldo: prestóles don Garci Alvarez de Toledo conde de Alva, con quien emparentaran, cierta suma, y en prendas hasta que se la contasen la ciudad de Coria. Con esta ocasion los condes de Alva (que despues se llamaron duques) adquirieron el señorio de aquella ciudad, que con aprobacion de los reyes hasta este tiempo se ha conservado en su casa.

En aquella guerra no sucedió cosa alguna memorable fuera de que las gentes del maestre no pudieron pasar el rio Tajo por la resistencia que les hicieron los contrarios: con esto poco despues sin hacer algun efecto se desbandaron. El maestre despojado de su estado, y aflijido de una enfermedad que le ocasionó aquella congoja y desabrimiento, en breve falleció los años siguentes. En su lugar por voto de los caballeros, cuya mayor parte grangearon con dádivas ó con amenazas, fué puesto don Juan de Zúñiga hijo del duque de Arévalo, que fué el postrero en la cuenta de los maestres de Alcántara por la cesion que hizo adelante de aquella dignidad en la persona del rey don Fernando. El maestre de Santiago don Juan Pacheco por el mismo tiempo se entretenia en Ocaña á causa de una dolencia de cuartanas que le aquejaba: la privanza y autoridad era mayor que jamás, tanto que se decia tenia enhechizado al rey, cosa que aunque era mentira, se hacia probable por causa que despues de tantos deservicios y agravios como le hizo, se ponia á sí y á sus cosas en sus manos para que él lo gobernase todo; y aun se rugía y murmuraba pasó la corte á Madrid solo para tenelle mas cerca, por lo menos el mismo rey salió á recibir al maestre cuando volvia á la corte despues de su enfermedad. Hízole otrosí de nuevo merced de la villa de Escalona; y como los moradores no le quisiesen recebir por señor, sin tener cuenta con la autoridad de su persona él mismo fué hasta allá para entregársela de su mano, muestra de mayor amor.

El conde de Armeñac vino á Madrid huido de Francia por miedo que tenia no le matasen por casarse como se casó por amores con hija del conde de Fox sin dar dello parte á su padre. Recibióle el rey muy bien, é hízole mucha honra. Volvió á su tierra poco despues con seguridad que en nombre del rey de Francia le dió el cardenal Albigense: sus pecados le llevaban para que pagase en breve con la vida, segun que adelante se verá. Los Vizcainos de tiempo muy antiguo divididos en dos parcialidades, Oñez y Gamboas, por este tiempo gravemente se alborotaron. Para sosegarlos envió el rey á Pero Fernandez de Velasco, el cual por muerte de su padre (que tenia el mismo nombre y fué enterrado en Medina de Pomar) poco antes sucedió en el condado de Haro. Este caballero luego que partido de Madrid llegó á Vizcaya, apaciguó aquella provincia que de mucho tiempo atrás andaba alborotada. Acordó para sosegallo todo desterrar de toda la tierra las cabezas de los dos bandos, que se llamaban el uno Pedro de Avendaño y el otro Juan de Moxica.

Concedió el papa Paulo segundo en esta sazon jubileo y perdon de los pecados á los que acudiesen con cierta limosna, los ricos de cuatro reales, los medianos de tres, y los mas pobres de dos: del dinero que se juntase, las dos partes queria fuesen para el edificio de la Iglesia Mayor de Segovia, la tercera parte se reservaba para el mismo papa. Publicóse el jubiléo en Segovia: acudió desde Madrid el rey don Enrique para ganalle, que fué devocion

señalada. En Portugal en la villa de Setubal falleció el duque de Viséo á ocho de setiembre en edad de treinta y siete años. Dejó por heredero á su hijo don Diego. Su cuerpo del monasterio de S. Francisco de aquella villa en que le depositaron, trasladaron á Beja, ciudad puesta á la raya de Portugal: allí le sepultaron en la iglesia de la Concepcion, la cual con un monasterio de monjas que tenia pegado, á su costa fundó la duquesa doña Beatriz su muger.

En Valladolid á la misma sazon un grande alboroto se levantó: el pueblo tomó las armas contra los que venian de raza de Judíos, dado que fuesen bautizados. Acudieron desde la villa de Dueñas el rey don Fernando y doña Isabel para enfrenar los alborotados: poco faltó que no les perdiesen el respeto los amotinados, y les hiciesen algun desaguisado. La parte mas flaca, y que era mas aborrecida por ser de linage de Judíos, llamó en su favor al rey don Enrique, que fué medio para reducir á su servicio aquel pueblo. Para su gobierno y seguridad nombró al conde de Benavente: hízole otrosí merced de las casas de Juan de Bivero, persona que por favorecer grandemente á la otra parcialidad, y seguir con grande aficion el partido de doña Isabel y de don Fernando, tenia muy ofendido al rey don Enrique.

Volviéronse los príncipes á Dueñas: en aquella villa doña Isabel á dos de octubre parió una hija que tuvo su mismo nombre. Los embajadores que tornaron de Francia, volvieron á hacer instancia sobre el casamiento de que se trató antes: vino el rey en que se hiciese; el marques de Santillana ya que lo tenian todo á punto, trajo consigo á la princesa doña Juana. Por este servicio, y habella guardado, le hizo el rey la merced de Alcocer, Valdolivas y Salmeron, villas muy principales del Infantado. Pertenecian al marques de Villena como dote que eran de la condesa de Santistevan su muger: en recompensa le dieron y en trueque la villa de Requena con los derechos del puerto, que son de mucho interés por estar aquel pueblo á la raya del reino de Valencia.



Aldeano de Cantabria.

Para concluir los desposorios señalaron el valle de Lozoya, que está entre Segovia y Buitrago, y en él el monasterio muy señalado y muy rico de Cartujos, que se llama el Pau-

lar. Acudieron alli (como lo tenian concertado) el rey y la reina con su hija: demas desto el maestre de Santiago, el arzobispo de Sevilla, el duque de Arévalo, el obispo de Sigüenza y sus hermanos; el acompañamiento y libreas muy lucidas y costosas. Como estuvieron juntos, en un público auto que para esto se hizo, renunciaron todos los presentes los homenages hechos á la infanta doña Isabel. Tras esto se celebraron los desposorios de la princesa doña Juana un dia viernes á veinte y seis de octubre: el rey y la reina juraron que era su hija legítima: los grandes otrosí le hicieron pleito homenage, con que quedó jurada por princesa y por heredera del reino. Desposóse como procurador y en nombre del duque Carlos con la doncella y pretensa princesa el conde de Boloña. Hizo la ceremonia y desposólos el cardenal Albigense.

Concluida toda la solemnidad, y despedida la junta, se levantó un torbellino al volver á Segovia de vientos, de agua y de nieves tan grande que los embajadores de Francia se vieron en peligro de perder la vida y murieron algunos de sus criados. Algunos pronosticaban por esto que aquel desposorio seria desgraciado, gente curiosa y dada á semejantes vanidades. Desde Segovia los embajadores alegres por dejar concluido lo que pretendian, se volvieron á Francia: para mas honrallos los acompañó hasta Burgos el obispo de Sigüenza don Pero Gonzalez de Mendoza por órden del rey. Todo era abrir las zanjas para una nueva y gravísima guerra que resultara entre España y Francia, si los santos desde el cielo con ojos piadosos no desbarataran aquella tempestad. Fué así que al rey de Francia poco antes desto nació un hijo que se llamó Carlos, con que el duque de Guiena perdió la esperanza que tenia de suceder en el reino de su hermano: y aun poco adelante, que no pasaron dos años, perdió él mismo tambien la vida: con que se desbarataron estas tramas, segun que se tornará á referir en su propio lugar.

CAPITULO XVI.

De la muerte de tres príncipes.

En un mismo tiempo las fuerzas de Aragon se aumentaron con el casamiento de Castilla, y en otras partes andaban trabajadas porque la guerra de Cataluña continuaba en su mayor fuerza, la isla de Cerdeña y el reino de Navarra se alborotaron de nuevo: la ocasion fué diferente, la porfía y rabia semejante. Los Sardos se movian á contemplacion, y debajo de la conducta de Leonardo de Alagon, hijo que era de Artal de Alagon señor de Pina y de Sástago, y de parte de su madre Benedicta Arborea venia de los Arboreas, casa antigua y poderosa en aquella isla. Fundado pues en este derecho, por muerte del marques de Oristan Salvador Arborea que falleció sin hijos, tomó las armas para apoderarse de aquel estado, por no asegurarse de podelle alcanzar por las leyes y en juicio. Hobo en la prosecucion desto encuentros en diversos lugares, con que ganó al rey y á otros señores muchos pueblos y castillos. Era virrey Nicolás Carroz, persona de mas autoridad que de fuerzas y poder para sosegar aquellos movimientos, que fué causa de alargarse la guerra.

En Navarra el conde de Fox con codicia de reinar acudió á las armas, y ayudado de los Biamonteses se apoderó de gran parte de la tierra, y tenia sus estancias puestas sobre Tudela con tan gran determinacion, que perdida la esperanza de que por su voluntad hobiese de desistir, el rey envió delante con gentes al arzobispo de Zaragoza. No pareció bastante esta prevencion para allanar al conde: el mismo rey de Aragon, sin embargo de su edad, acompañado de buen número de soldados, acudió al peligro, y forzó al yerno á levantar el cerco. Tratóse de concertarse por medio de embajadores que de ambas partes se enviaron; en fin en Olite se hizo la avenencia, y se dejaron las armas.

Quedó el de Aragon conforme á lo que concertaron, con el nombre y título solo de rey de Navarra, el gobierno se encargó para siempre al conde de Fox y á su muger, cuando una muy triste nueva que vino de Francia alteró grandemente á la una y á la otra parte, como desgracia que á todos tocaba. Esto fué que entre los demas regocijos que Carlos duque de Guiena hacia por sus desposorios concertados con la princesa doña Juana, banquetes, juegos y saraos, en una justa que se tuvo, hirió grave y mortalmente á Gaston hijo del conde de Fox una astilla que de su misma lanza, que quebró en los pechos del contrario, se le entró por la visera: sucedió este desastre á veinte y tres de noviembre dia viernes. Murió en edad de veinte y seis años: su cuerpo de Liburna, donde falleció, por mandado de su cuñado el duque de Guiena, fué llevado á Burdeos, y sepultado en S. Andrés, que es la

Iglesia Mayor de aquella ciudad. Dejó dos hijos de su muger madama Madalena, el uno se llamó Francisco Phebo y la hija madama Catarina, entonces de poca edad, y adelante consecutivamente reyes de Navarra.

Todo esto ponia en gran cuidado, y aquejaba el corazon del rey de Aragon: sobre todo le atormentaba el peligro en que via puesto á su hijo don Fernando, porque ni era seguro dejalle en Castilla, do tenia muchos contrarios y al rey por enemigo, ni era á propósito llamalle por no estar segurado el derecho de su sucesion, ni saberse en qué pararian aquellos debates, en especial que se rugia que el arzobispo de Toledo, persona de tanta importancia para todo, andaba desabrido. Por su mucha ambicion y deseo que tenia de mandallo todo llevaba mal que don Fernando se aconsejase y comunicase sus puridades con Gutierre de Cárdenas y con el almirante don Alonso Enrique su tio: además que en cierta ocasion como mozo se dejó una vez decir que estaba determinado no sufrir que nadie se le calzase y le gobernase, cosa que á otros príncipes acarreó mucho daño y afrenta. Esta palabra penetró mas hondo en el pecho del arzobispo de lo que fuera razon: estaba con resolucion de ausentarse. El rey de Aragon avisado del desgusto, con maña procuró apartalle de aquel propósito y voluntad con una carta que escribió á su hijo, en que le reprehendia, y mandaba que en todas las cosas hiciese mas caso del consejo y parecer del arzobispo que de todos los demas á quien decia debia respetar y regalar como á padre: no fué de mucho efecto esta diligencia por estar muy irritado el arzobispo, sin querer de todo punto recebir satisfaccion alguna.

Por otra parte las cosas de Aragon en Cataluña mejoraban, y parecia que en breve se acabaria la guerra, por la muerte que sobrevino á Juan duque de Lorena, que finó (muy á propósito) de una enfermedad á diez y seis de diciembre en Barcelona, do habia ido á invernar: su cuerpo sepultaron en la Iglesia Mayor con enterramiento y honras muy moderadas. Verdad es que los alterados no por faltalles aquella cabeza y ayuda perdieron el ánimo, antes acordaron llamar en su socorro al rey francés, que entendian no dejaria de aceptar el partido para juntar con los de Ruysellon y Cerdania todo aquel principado. Con este intento publicaron un decreto y echaron bando en que mandaban que ninguno en los castillos y ciudades que se hallaban sin cabeza, fuese recebido por gobernador, ó alcaide, si no viniese en persona ó el mismo Renato duque de Anjou, ó Nicolás su nieto hijo del difunto, que ya se intitulaba príncipe de Aragon y duque de Calabria, apellidos vanos y sin provecho. Buscaban ocasion de descompadrar para con buen color quitalles la obediencia y el mando, y ayudarse de brazo mas fuerte, por ser la edad del uno y del otro poco á propósito para la guerra, y las fuerzas no muy grandes.

En Castilla tenia el rey de Aragon diversas práticas para grangear los grandes: á don Juan Pacheco prometian muy mayor estado, de que era muy codicioso: al arzobispo de Toledo, que parecia y se mostraba muy inclinado á mudar partido, aseguraban que á sus hijos Troylo y Lope se darian rentas y lugares, y se les harian otras ventajas, lo mismo hacian con los demas, que conforme á como los sentian aficionados, á unos conquistaban con promesas de dineros, á otros de diversas mercedes; mas ni don Juan Pacheco ni el arzobispo se cebaron de esperanzas semejantes para dejarse engañar. Trataba de lo mismo el rey don Enrique, en especial pugnaba de traer á su servicio al de Toledo. No se podia entender de su condicion le vencerian con benignidad: pareció seria acertado usar de alguna fuerza; así Vasco de Contreras por órden del rey, ó con intento de serville, le tomó un su pueblo llamado Perales. El arzobispo como era de gran corage con gentes que llegó en su arzobispado, acudió á valer sus vasallos: púsose sobre aquella villa, y en su compañía don Juan Arias obispo de Segovia.

Acordó el rey atajar aquellos bullicios, por que de aquel principio no se emprendiese alguna llama: partió luego para Madrid por año nuevo de 1471. Dende acudió al cerco acompañado de ochocientos de á caballo: por esto el arzobispo dió la vuelta, alzado el cerco, á Alcalá, el rey á Madrid. Buscóse una nueva traza para sosegar los prelados alborotados, en particular al de Toledo y al de Segovia. Ganó el rey dos bulas del padre santo: en la una citaba al de Segovia para que dentro de noventa dias despues de la notificacion de aquellas letras pareciese personalmente en Roma; por el otro breve mandaba al arzobispo que se emendase, y obedeciese al rey don Enrique, y en caso que no cumpliese lo que le mandaba, cometia sus veces á cuatro canónigos de Toledo para que sustanciasen el proceso y cerrado se lo enviasen á Roma.

Fueron estos cuatro jueces nombrados y señalados, como en el breve se contenia, por el cabildo de la santa iglesia de Toledo; pero el maestre de Santiago con sus mañas hizo tanto que no pasaron adelante; y era cosa maravillosa que en aquella sazon no se tenia por afrenta jugar á dos hitos y usar de tratos dobles, especial entre los grandes, para cuyo acrecentamiento era provechoso que las cosas anduviesen revueltas, sin respeto alguno á lo que era honesto: tan grande era su codicia, y tal su ambicion. Así todo el reino parecia estar dado en presa, y cada cual de los señores se apoderaba de todo lo que podia. El rey hizo merced al maestre de Santiago de la ciudad de Alcaráz, á don Rodrigo Ponce conde de Arcos dió la isla de Cadiz con nombre de marques á instancia del mismo maestre de Santiago, y como por dote del público, porque en aquella sazon, muerto el conde su padre, casó con doña Beatriz hija del maestre: parentesco enderezado y á propósito para hacer rostro al duque de Medina Sidonia, con quien el maestre y el conde tenian grande enemiga.

Vizcaya se volvió á alborotar por causa que las dos cabezas de los bandos, Avendaño y Mojica, tornaron del destierro á la patria por el favor que el conde de Treviño les dió. Hizo él de mejor gana este oficio por estar encontrado con el conde de Haro Pero Fernandez de Velasco que los desterró. Acudieron estos dos señores cada cual con sus gentes, y entraron en Vizcaya movidos de aquellos alborotos: vinieron á las manos cerca de un pueblo llamado Monguia á veinte y siete de abril; fué la pelea muy reñida. El de Treviño tenia mas infantería, gente mas á propósito que la caballeria, por la aspereza de la tierra que es fragosa y doblada: los naturales otrosi tenian de su parte gente valiente, y conforme á la calidad y aspereza de los lugares sufridora de trabajos: así los contrarios fueron desbaratados y puestos en huida con muerte de algunos, mayormente de los hidalgos y gente noble y prision de muchos mas.

El rey don Enrique avisado del peligro y de lo que pasaba, sin dilacion se partió para Burgos, de allí pasó á Orduña á grandes jornadas. Con su venida todo se apaciguó: mandó á los unos y á los otros los desembarazasen la tierra, y pusiesen entre sí treguas entretanto que se trataba de concertar todos aquellos debates; y en particular hizo que á los que prendieron en el encuentro pasado, los pusiesen en libertad. Tras esto en todo el reino de Castilla se hicieron grandes levas de gentes, en especial fueron llamados los grandes: todo se enderezaba á forzar á don Fernando y á doña Isabel á que saliesen de todo el reino. Verdad es que por consejo del maestre de Santiago se dejó este intento: decia seria mas á propósito vencellos por maña que con fuerza: que aquel género de victoria era mas excelente, y necesario para la república trabajada con tantos males. Este parecer prevaleció, que ninguno se atrevió á contradecille, ni aun el mismo rey, dado que entendia lo contrario.

Toledo y Sevilla á un mismo tiempo se alborotaron por estar de tiempo antiguo divididas en parcialidades: los de Toledo en Ayalas y Silvas; cabeza de los Silvas era el conde de Cifuentes, y de los Ayalas el de Fuensalida. Para remedio deste daño á instancia del obispo fray Pedro de Silva casó el conde de Cifuentes con doña Leonor hija del conde de Fuensalida: lo que pensaban seria para sosegarse, fué ocasion de mayor revuelta por haber dado entrada contra la voluntad del rey en aquella ciudad no solo al conde de Cifuentes, sino á don Juan de Ribera su tio de parte de madre, que venian el uno á desposarse, y el otro á hallarse en los regocijos y honrar la fiesta. Los Silvas por hallarse con su cabeza tomaron las armas contra sus contrarios con tanta rabia que el rey don Enrique fué forzado á acudir con toda presteza, y pacificado el alboroto, quitó al conde de Fuensalida el gobierno de la ciudad en que por muchos años continuára, y puso en su lugar á Garci Lopez con nombre de asistente para que la gobernase.

En Sevilla el marques de Cadiz fué echado por el duque de Medina Sidonia de aquella ciudad. El marques en venganza en cierto encuentro mató dos hermanos bastardos de su contrario, y junto con esto tomó por fuerza á Medina Sidonia. Resultó desta reyerta una guerra formada, la cual don Iñigo Lopez de Mendoza conde de Tendilla enviado para este efecto sosegó mas por maña que por fuerza y severidad. Medina Sidonia al tanto se restituyó á cuya era. Hizo grande falta para todo lo de Castilla la muerte del papa Paulo Segundo: falleció á veinte y cinco de julio. En el tiempo de su pontificado concedió grandes bienes y favores á toda nuestra nacion. Sucedió en su lugar á nueve del mes de agosto el cardenal Francisco de la Ruvere fraile de la orden de los Menores: llamóse Sixto cuarto; persona de no menor bondad que el pasado, ni menos aficionado á nuestra España. A la misma sazon un escuadron de Moros rompió por la parte del Andalucía la tierra adentro, y hizo gran-

des estragos en la comarca de Alcántara: fué tan grande la presa y los despojos, que apenas los Moros por ir tan cargados podian marchar en ordenanza. Para satisfacerse deste daño, y para divertir al enemigo, por mandado del rey el marques de Cadiz con sus gentes tomó en el reino de Granada por fuerza de armas la villa de Cardella: dejó en ella poca gente de guarnicion, y así en breve tornó á perderse y á poder de los Moros.

CAPITULO XVII.

Como falleció Carlos duque de Guiena.

Fué este año dichoso para los Portugueses, y no menos para el reino de Aragon. En Portugal el rey don Alonso con una gruesa armada que juntó de no menos que trecientos bajeles entre mayores y menores, desde Lisboa se hizo á la vela mediado el mes de agosto con intento de volver á la guerra de Africa. Llevaba en su compañía al príncipe don Juan su hijo para que en aquella guerra sagrada diese principio al ejercicio de las armas, y con él de todo el reino lo mas granado y mas noble: todo el ejército era como de treinta mil hombres. Con estas gentes de su primera llegada tomó por fuerza á los Moros la villa de Arcilla: murieron dos mil enemigos demas de cinco mil que vendieron por esclavos, con que se juntó buena suma de dineros. Costó la victoria sangre á los Portugueses, ca murió mucha gente noble, en particular los condes, el de Montesanto llamado don Alvaro de Castro, y el de Marialva por nombre don Juan Coutiño; cuyo cuerpo muerto como el rey le viese, vuelto á su hijo: «Ojalá (dijo) Dios te haga tal y tan grande soldado.» Con el aviso de lo que pasó en Arcilla, espantados los Moros de Tanger, á la hora desamparada la ciudad se huyeron: encomendóla el rey á Rodrigo Merlo para que la guardase. En Arcilla y en Alcázar dejó á don Enrique de Meneses conde de Valencia, y concluidas en breve tiempo cosas tan grandes, volvió triunfante con su armada entera á su tierra. Hizo en esta jornada á don Alonso Basconcelo conde de Penella en recompensa de muchos servicios que le hizo.

En Cataluña la ciudad de Girona despues de la muerte del duque de Lorena volvió á poder del rey de Aragon por entrega de los ciudadanos. Los enemigos que restaban, cuyos principales capitanes eran Reyner hijo bastardo del duque de Lorena, y Jacobo Galeoto, fueron parte apretados con cerco que los de Aragon pusieron sobre un pueblo llamado san Adrian á la ribera del rio Bese: otra parte yendo desde Barcelona que cae cerca, á dar socorro á los cercados, fué en una pelea muy brava vencida y desbaratada por don Alonso de Aragon, que era general en aquella guerra por su padre. El rey aunque se hallabá en tan larga edad, no cesaba de perseguir á los enemigos con gran diligencia en la comarca de Ampurias. Tenia sus reales cerca de Toroella: vió en sueños segun dicen la imágen de un valiente soldado que murió en aquella guerra; amonestábale no moviese de allí sus reales, que de otra manera corria peligro.

El rey por no hacer caso de cosas semejantes, como casuales, partió de allí con sus gentes, y ganado que hobo á Roses, en el cerco que tenia sobre la villa de Paralada, de noche en una encamisada con que dió sobre él el conde de Campobasso capitan de los contrarios, estuvo á punto de perecer. La priesa y sobresalto fué tal que muertas las centinelas, desarmado y medio desnudo fué forzado á recogerse para salvarse, dentro de la villa de Figueras; sin embargo el dia siguiente volvió al cerco, y dió la tala á los campos, con que últimamente los cercados fueron forzados á rendirse. Allanada toda aquella comarca, pasó con sus reales sobre Barcelona: fué este cerco de la ciudad de Barcelona muy largo. El de Aragon estaba determinado de no usar de fuerza, y antes ganar aquella gente con maña; mas qué le prestara destruir, saquear y quemar aquella nobilisima ciudad? á qué propósito darla en prenda á los soldados, y no mas aina con la clemencia, y conservar la vida y riquezas de sus ciudadanos, ganar para sí gloria inmortal y provecho muy colmado?

En Castilla la Vieja los reyes don Fernando y doña Isabel procuraban atraer á sí muchos pueblos: algunos se les entregaron, y entre ellos Sepúlveda. Determinaron con esto de llamar al arzobispo de Toledo que se entretenia en Castilla la Nueva; y conforme á lo que mandó su padre el rey de Aragon, le prometian de poner á si y á sus cosas en sus manos; y para mas obligalle luego que le tuvieron aplacado, en su compañía con buen número de caballos que les seguian, se fueron á Tordelaguna, villa del mismo arzobispo en el reino de Toledo, de sitio y tierra apacible.

Carlos duque de Guiena en esta sazon sin hacer caso del casamiento de doña Juana por no saberse cuya hija era, y andar el dote en balanzas, trataba de casarse con hija del duque de Borgoña á instancia del padre de la doncella, y tambien por su voluntad. Así luego que esto vino á noticia del rey don Enrique, desde Segovia do estaba, al principio del año 1472 enderezó su camino á Badajoz para verse con el rey de Portugal. El conde de Feria en cuyo poder estaba aquella ciudad, por ódio del maestre nó quiso dar en ella entrada al rey; que fué una grande mengua y desacato. El suceso de todo el viage no tuvo mejor efecto. La habla con el rey de Portugal fué entre aquella ciudad y la de Yelves: trataron en ella que el rey de Portugal casase con la princesa doña Juana, que era la principal causa de aquella jornada. No quedó asentada cosa alguna.

El Portugués no se aseguraba ni del rey por su condicion fácil, ni del maestre de Santiago por estar acostumbrado á fácilmente seguir el partido que á él en particular mejor le venia, mayormente que de cada dia crecia la aficion que la gente tenia á los príncipes don Fernando y doña Isabel, á que ayudaban mucho así sus virtudes, y ser de suyo muy amables, como la industria del arzobispo de Toledo que no cesaba de grangear todas las ciudades que podia. Disimulóse por entonces con el conde de Feria y con su desacato, pero no mucho despues el rey don Enrique desde Madrid, do volvió despues de la habla que tuvo con el rey de Portugal, enderezó de nuevo su camino para el Andalucía con intento de reprimir los señores de aquella tierra y castigar á quien lo mereciese. Llegó á Córdova: á Sevilla no quiso pasar á causa que el duque de Medina Sidonia estaba apoderado de aquella ciudad con buen número de gente de á caballo por miedo, como él decia, del maestre que en muchas ocasiones se le mostrara contrario. Por esta causa, y porque la ciudad de Toledo de nuevo andaba alborotada, se volvió el rey sin hacer en el Andalucía cosa de momento.

La revuelta de Toledo fué por esta ocasion: el conde de Cifuentes se apoderó del alcazar de S. Martin que á la sazon era muy fuerte, y juntamente prendió al asistente. Apenas se sosegaron estas alteraciones de Toledo (que fueron grandes) con la presencia del rey y por el esfuerzo y armas de los canónigos de Toledo, cuando vino aviso que Segovia asímismo ardia en llamas de discordias: nueva que puso al rey en mucho cuidado, y le forzó á acudir luego allá por causa de sus tesoros y recámara que volviera á aquella ciudad. Ningun género de mal se puede pensar que no padeciese aquel reino en aquellos tiempos tan miserables: robos, muertes, agravios; la disolucion en todas maneras de deshonestidades, y libertad para todo género de maldades andaban sueltas y volaban por todas partes: las cosas sagradas eran menospreciadas no menos que las profanas; la moneda ó era falsa, ó baja de ley, cosa de gran perjuicio para los mercaderes y para la contratacion.

Muchas veces se daban al rey memoriales para suplicalle atendiese al remedio destos daños; pero cualquier diligencia era en vano. Llegó esto á tanto que Hernando del Pulgar hombre conocido en aquel tiempo por su ingenio, y por lo que escribió, trovó unas coplas muy artificiosas, que se llaman de Mingo Revulgo, en que callado su nombre por el peligro que le corriera, en persona de dos pastores en lengua castellana á manera de égloga, y con libertad y agudeza de sátira, se lamenta del descuido y flojedad de don Enrique, de las mañas de los grandes, y de los trabajos que todo el reino padecia. Los nombres de los pastores, Domingo y Gil, debajo de semejanza y de que hablan entre sí de sus ganados y haciendas, con aquella parábola dan razon del estado miserable de la república y males que padecia.

Este mismo año falleció á doce de mayo Carlos duque de Guiena en Burdeos en coyuntura que se apercebia para emprender una nueva guerra junto con los duques de Borgoña y Bretaña, hecha liga entre sí contra el rey de Francia. Con la muerte deste príncipe se desbarataron grandes tramas, los casamientos, las guerras, las alianzas: asimismo la Guiena volvió á poder del francés y se puso en su sujecion, dado que el de Borgoña por hacelle odioso le achacaba mato con yerbas á su hermano por medio de sus mismos criados que tenia para este efecto negociados. Llegó el desgusto á que el rey y el Borgoñon volvieron de nuevo á las armas, y de una y de otra parte se tomaron algunas plazas de poca importancia, y acometieron aunque en vano, otros mayores lugares. El Borgoñon se mostraba mas enojado, el rey de Francia tenia mas fuerzas y mas maña: muchas veces asentaron treguas, y muchas las quebrantaron antes del dia señalado: mas el suceso de toda esta guerra, y cómo destos principios el duque de Borgoña se despeñó en su perdicion, y últimamente cinco años adelante fué desbaratado y muerto en una batalla que trabó con los Esguízaros en Lo-

rena, junto á la ciudad de Nanci, dejarémos para que se entienda de los historiadores Franceses como cosa propia de su nacion.

Gaston conde de Fox pertenece á la historia de España por la pretension que tenia de ser rey de Navarra por parte de doña Leonor su muger, si viviera mas tiempo: atajóle empero la muerte, y falleció este año en Roncesvalles al pasar de Francia á Navarra: príncipe que fué de los muy señalados en esta era por las muchas guerras en que se halló en Francia, y por aumentar mucho su estado. Tuvo un hermano que se llamó Pedro, vizconde de Lautreque, de igual esfuerzo y renombre, que le acompañó, y ayudó en todas las guerras, y fué principio y cabeza de la casa y linaje nobilísimo de Lautreque. Falleció en Miranda puerto de Francia tres años pasados, y dejó su muger preñada de un hijo que se llamó Juan. Este tuvo dos hijos, el uno llamado Odeto, y el otro Andres Esparroso, ambos capitanes señalados y de fama. El postrero se señaló en la guerra de Navarra al tiempo que despues de la muerte del rey don Fernando el Católico se levantaron las comunidades en Castilla: el primero se aventajó mucho en las guerras que los Franceses hicieron en Italia. Fuera destos dos tuvo el dicho Juan otro tercero hijo llamado Tomás Lescuño, que no menos se señaló en las guerras de Francia. Odeto tuvo un hijo llamado Enrique, que vivió mas tiempo que otros sus hermanos y llegó hasta cerca de nuestra edad.

CAPITULO XVIII.

Como el cardenal don Rodrigo de Borgia vino por legado á España.

El obispo de Sigüenza pretendia por medio del rey alcanzar del papa le hiciese cardenal, honra debida á su nobleza y á sus servicios notables: la tardanza que en esto hubo le desgustó de suerte que comenzó á mostrarse muy desabrido. Llegó á tanto, que aunque de ordinario hacia su residencia en la corte, no quiso acompañar al rey ni en la jornada de Portugal, ni en la del Andalucía. Trataron de aplacalle por ser persona de tanta importancia para los negocios, y tener muchos hermanos y deudos muy ricos y poderosos. El maestre de Santiago por muerte de su primera muger viuda casó segunda vez con hija del conde de Haro y de doña Maria de Mendoza: así con este casamiento emparentó con los Velascos y con los Mendozas, y los volvió de su parte, en particular los Mendozas dejaron al duque de Medina Sidonia con quien estaban muy aliados. Con esto el maestre como hombre astuto que era, y de ingenio muy diestro para grangear los hombres y evitar cualquier peligro, se aseguró mucho contra la envidia de los que llevaban mal que él solo pudiese mas que todos.

Para facilitar estos tratos dieron al de Sigüenza grande esperanza del capelo luego que llegase el cardenal don Rodrigo de Borgia, valenciano de nacion, de quien tenian aviso venia por legado del nuevo pontífice, y que llegó á la ciudad de Valencia, antigua patria suya y de sus pasados, á los veinte de junio. Fué en aquella ciudad muy festejado: de allí por tierra pasó á Tarragona para hablar con el rey de Sicilia don Fernando, que por el mismo tiempo era ido á Barcelona á verse con su padre, y despues que le habló, volvia do dejó su muger. Allí le entregó el legado la dispensacion sobre su matrimonio, que el papa Sixto cometia al arzobispo de Toledo. Desta jornada de don Fernando se dijeron muchas cosas: la verdadera causa fué el deseo que tenia de avisar á su padre como se trataba de casar á don Enrique duque de Segorve con la princesa doña Juana, negocio que el hijo pretendia se debia atajar y desbaratar. El padre no lo creia como viejo experimentado y muchas veces engañado con reportes y nuevas falsas, además que tenia aficion á don Enrique por ser su sobrino y huérfano, hijo de su hermano.

En conclusion don Fernando desde Tarragona pasó á Valencia: de allí se apresuró para volver á Castilla por recelo que con ausencia alguna mala gente, que eran asáz y en gran número, no alterasen mas las cosas. El cardenal legado llegó á Barcelona á verse con el rey de Aragon á tiempo que los cercados, bien que cansados con los trabajos de tan largo cerco, y afligidos por la falta de todas las cosas, no aflojaban en su obstinacion como hombres cabezudos y animosos contra los males: muchas veces los convidaron á que se redujesen; ellos hacíanse sordos á amonestaciones tan saludables. Visto esto, el rey de Aragon por último remedio acordó escribilles una carta para muestra de su buen ánimo y de su clemencia: en ellas les decia que pues las cosas se hallaban en tal término que ni con sus fuerzas ni con las

agenas podian conservarse mas tiempo, era justo se moviesen por el peligro que corria de ser destruida, quemada y saqueada aquella hermosa ciudad, cabeza de aquella nacion, y que no daba ventaja á ninguna de las de España en nobleza, hermosura y arreo: que estaba determinado de no usar de miedo ni de fuerza si no fuese forzado de la necesidad, de lo cual y deste su buen ánimo para con ellos ponia por testigo á Dios: que nunca los tuvo sino en lugar de hijos, ni los tendria jamas en otra figura; antes determinaba, si ellos no lo impedian, remediar los daños de aquella provincia y principado con todas las fuerzas suyas y de su reino.

Ablandados los de la ciudad con esta carta, y perdida la esperanza de poderse defender, acordaron de entregarse. Señalaron personas que hiciesen las capitulaciones, y determinasen todas las diferencias: la guarnicion de Franceses con su capitan el hijo del duque de Lorena dejaron ir libremente: otorgóse perdon general á todos los que en aquella guerra tomaron las armas contra el rey; solo quedó excluido deste perdon el conde de Pallas, el cual desde ciertos lugares que tenia en las cumbres de los Pirineos, y con ayuda de Francia dió por largo tiempo en que entender, y se conservó en aquella parte. Todas las cosas que los ciudadanos hicieron por espacio de diez años, y todo lo decretado por ellos despues que se dió principio á aquella guerra, las ratificó el rey y las aprobó. Desta manera y con estas condiciones se rindió aquella ciudad. El perdon se dió á los postreros de octubre: señalado ejemplo de clemencia y de templanza que este rey dejó á sus descendientes, en conservar aquella ciudad que le hizo tantos deservicios: trofeo y blason mas esclarecido que todos los demas que ganó; á la verdad arrepentido de la muerte de su hijo el príncipe don Carlos consideraba que si tomaron las armas, fué con buen ánimo, primero por la defensa, despues en venganza de su hijo y no en favor de gente extraña.

En Nápoles se concertaron dos casamientos, de don Fadrique hijo de don Fernando rey de Nápoles con doña Juana hija del rey de Aragon, que adelante no tuvo efecto: asentóse otrosi que doña Leonor, de quien dijimos la tenian concertada con Galeazo María Esforcia, casase sin embargo con Hércules de Este duque de Ferrara. Esto en Nápoles. En Navarra la princesa doña Leonor residia en Sangüesa pueblo de Navarra. Allí despues de la muerte de su marido, que sucedió como poco antes queda dicho, á persuasion del rey de Francia le entregó los castillos de Navarra por entender era esto muy á propósito para asegurar en aquel estado la sucesion de sus nietos, que tambien á él le tocaban por ser sus sobrinos, hijos de su hermana.

Esta negociacion dió mucho desabrimiento al rey de Aragon. Por esto, y por los demas agravios que por todo el tiempo de la guerra de Cataluña recibió de Francia, determinó tomar las armas para efecto de recobrar lo de Ruysellon y de Cerdania. Partió con esta resolucion de Barcelona á los veinte y nueve de diciembre, fin deste año en que vamos, y principio del siguiente **1473**. Elna y Perpiñan luego que llegó, le abrieron las puertas. Estaba comunmente aquella gente cansada del gobierno y mando de Francia, y por las victorias ganadas casi todos favorecian al rey de Aragon. Deste principio entendian que los demas pueblos harian lo mismo y se le rendirian sin dificultad.

El cardenal legado partió de aquellos estados para Castilla. En Madrid le recibieron con grande acompañamiento y solemnidad debajo de un palio: los grandes y prelados iban delante, y el rey le llevaba á su mano derecha; cortesia conforme á la costumbre de España de mucha honra. Tratóse de cierta suma de dineros que el pontifice queria se recogiese de las rentas eclesiásticas para gastalla en la guerra contra los Turcos. Ofrecíanse en esto graves dificultades, y la principal que con la revuelta de los tiempos todos se hallaban gastados y pobres; todavia el legado salió con lo que pretendia, por su buena diligencia y maña, y porque el rey le ayudaba. Decretóse pues el subsidio que pedia el pontifice, si bien algunos murmuraban ser aquella concesion en perjuicio de la libertad de las iglesias, y principio para llevar las riquezas de España fuera della. La ignorancia se apoderara de los eclesiásticos en España en tanto grado que muy pocos se hallaban que supiesen latin, dados de ordinario á la gula y deshonestidad, y lo menos mal á las armas. La avaricia se apoderara de la iglesia, y con sus manos robadoras lo tenia todo estragado: comprar los beneficios en otro tiempo se tenia por simonia, en esto por grangeria; no entendian los príncipes ciegos y los prelados que esta sacrílega manera de contratacion mucho enoja y ofende á Dios, así bien el disimulallo, como el hacello.

En la junta que se hizo de los eclesiásticos para acudir á lo que el legado pedia, se trató

de poner remedio á estos daños. Entre otras cosas acordaron de hacer instancia con el papa para que en las iglesias catedrales se proveyesen por voto del obispo y del cabildo dos canonicatos, el uno á un jurista y el otro á un teólogo. La demanda era tan justificada que el padre santo otorgó con ella; sobre que expidió una bula suya, que ingiriéramos aquí de buena gana, si la primera que se ganó, se hallára, y si un pedazo que della está en otra segunda que dos años adelante se expidió sobre el mismo caso, y le pusimos en nuestra historia latina, se pudiera cómodamente trasladar en lengua castellana con todos los requisitos y condiciones que en los proveidos y provision manda miren y guarden.

CAPITULO XIX.

Del cerco de Perpiñan.

La diligencia de que el cardenal legado usó para apaciguar y sosegar las alteraciones y diferencias de Castilla, muy grande, fué toda de poco efecto por estar las voluntades enconadas, y él mismo como era cosa natural de secreto mas aficionado al partido de don Fernando, que con todas sus fuerzas pretendia adelantar. Con este intento partió para Alcalá, do estaban el rey don Fernando y doña Isabel su muger con el arzobispo de Toledo. Desde allí pasó á Guadalajara no con otro deseño sino de grangear la casa de los Mendozas, y apartallos del rey don Enrique y del maestre de Santiago. Iba confiado de salir con esto por su grande ingenio acostumbrado á fingir y disimular, propio término de cortesanos.

A un mismo tiempo en las ciudades y pueblos se levantaron alborotos contra los que descendian de Judíos, hombres que eran dados á la codicia y acostumbrados á engaños y embustes. Comenzóse esta tempestad en Córdova. El pueblo furioso se embraveció contra aquella miserable gente sin miedo alguno del castigo. Hiciéronse robos y muertes sin número y sin cuento. Las personas prudentes echaban esto y decian era castigo de Dios por causa que muchos dellos de secreto desampararon y apostataron de la religion cristiana que antes mostraron abrazar. A Córdova imitaron otros pueblos y ciudades del Andalucia: lo mas recio desta tempestad cargó sobre Jaen. El condestable Iranzu pretendió amparar aquella gente miserable para que no se les hiciese allí agravio, y hacer rostro al pueblo furioso: esto fué causa que el ódio y envidia de la muchedumbre revolviese contra él de tal guisa que con cierta conjuracion que hicieron, un dia le mataron en una iglesia en que oía misa: la rabia y furia fué tan arrebatada y tal el sobresalto que apenas dieron lugar para que doña Teresa de Torres su muger y sus hijos se recogiesen al alcázar. Por su muerte se repartieron sus oficios: el de canciller mayor que tenia, se dió al obispo de Sigüenza: el conde de Haro Pero Fernandez de Velasco fué nombrado por condestable, dignidad que como antes se acostumbrase á dar á diferentes casas y linages, en lo de adelante siempre se ha continuado en los sucesores de aquel su estado y en su linage. Fué esta una gran lástima, y el rey don Enrique perdió una grande ayuda para sus cosas por la señalada y muy constante lealtad de Iranzu y su valor.

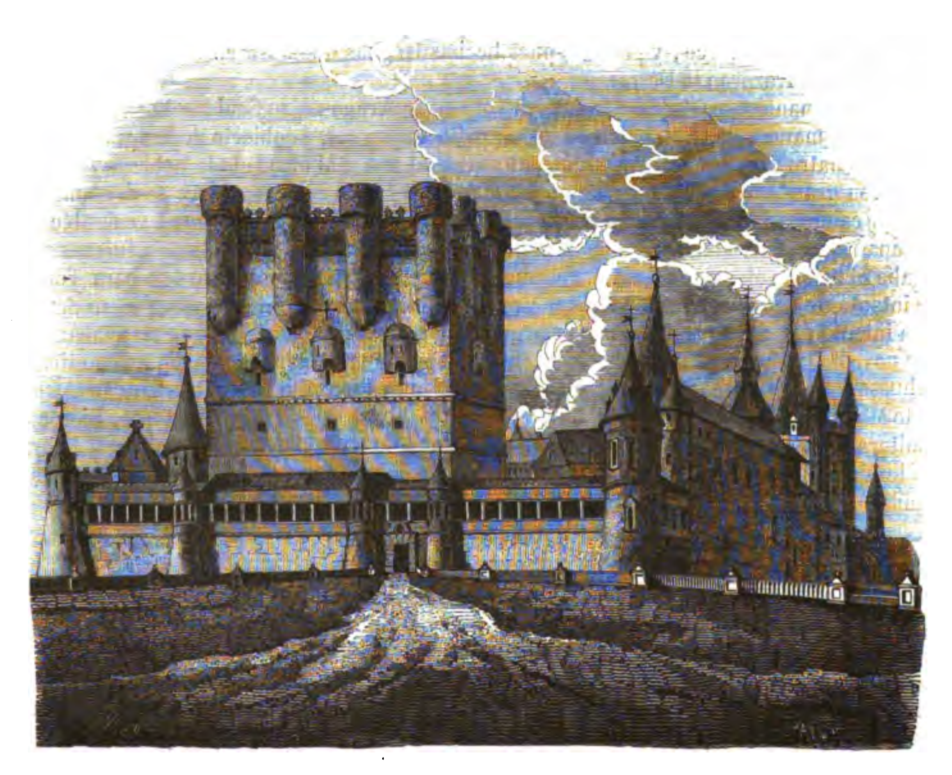
Por la industria del maestre de Santiago don Juan Pacheco se buscaron otros reparos: uno fué concluir que don Enrique duque de Segorve viniese desde Aragon, como lo hizo, por tierras del reino de Valencia á Castilla con intencion cierta que le dieron de casalle con la princesa doña Juana: venia en su compañia su madre doña Beatriz Pimentel. Salióle al encuentro hasta Requena el mismo maestre para recebille y acompañalle: no respondió la prueba á lo que de su persona pensaban. Esto fué causa que al que por la fama estimaban, luego que le vieron, le menospreciasen, en especial le notaron de asáz arrogante, pues á los grandes que llegaban á hacerle mesura, estendia la mano para que se la besasen, sin estar efectuado lo que pretendia, y sin recelarse él de que las cosas podrian trocarse.

De aquí procedió que por industria del mismo maestre se impidió aquel casamiento, junto con que de secreto no estaba nada aficionado á don Enrique por entender que si venia á ser rey, recobraria los pueblos que fueron de su padre: recelábase asímismo del conde de Benavente tio de don Enrique, el cual se tenia por muy agraviado á causa del maestrazgo que le quitó. Estas eran las verdaderas causas, dado que usaba de otros colores, como era decir tenian necesidad de algun gran príncipe, y de mayores fuerzas para sosegar las alteraciones del reino. Al rey parecia cosa recia faltar en su palabra y hacer burla de aquel príncipe: á esto replicaba el maestre que por lo menos para hacer la guerra seria necesario apercebirse

de mucho dinero; esto se enderezaba á armar otro lazo á Andres de Cabrera, que tenia á á su cargo en el alcázar de Segovia los tesoros reales. En aquella ciudad antes de desto por industria del maestre, y á ejemplo de la Andalucia se levantó un alboroto contra los que descendian de judíos. Procuró Andres de Cabrera atajalle; y apenas con su buena maña pudo sosegar la canalla, no sin riesgo de su persona y grande ofension del pueblo encarnizado. Al obispo de Sigüenza trajo el capelo un embajador particular que para este efecto envió el papa: diósele en Madrid, y para que la merced fuese mas cumplida, vino el rey en que se llamase cardenal de España.

Al duque de Segorve don Enrique no dejaron entrar en Madrid, antes se le dió órden que en Getafe una aldea muy larga allí cerca puesta en el camino por do se va á Toledo, se entretuviese. En el campo de aquel lugar habló con el rey, acordóse en la habla que de Getafe se pasase á Odon, que es otra aldea no lejos de allí. Estaban mudados de parecer: tomaron por achaque y por color para dilatar el casamiento que era menester que el padre santo dispensase en el parentesco, por ser los casamientos que se hacen entre deudos, no solo inválidos sino desgraciados. Desta manera quedó burlada la esperanza de aquel príncipe llamado vulgarmente por esta desgracia don Enrique Fortuna.

El rey don Enrique se partió para Segovia. Pretendia proveerse de dinero á causa que Andres de Cabrera acudia con escaseza por dar en esto desgusto al maestre de Santiago, de quien sabia muy bien pretendia para sí el alcázar de Segovia, como poco antes le quitara el



Alcázar de Segovia.

de Madrid con color de asegurarse; además que de secreto se inclinaba á don Fernando así de su voluntad, como por estar casado con doña Beatriz de Bobadilla, que se crió en servicio de la infanta doña Isabel. El nuevo cardenal asímismo creció en renta y autoridad por la muerte de don Alonso de Fonseca prelado de grande ingenio y de ánimo ardiente: falleció en Coca, villa en que dejó fundado el mayorazgo asáz rico de los Fonsecas y á instancia y por suplicacion del rey el cardenal fué nombrado en su lugar por arzobispo de Sevilla con re-

tencion de la iglesia de Sigüenza, que fué cosa nueva y ejemplo no de alabar: la soltura de aquel tiempo y el estrago era tal, que lo que á cada cual se le antojaba, eso le parecia ser lícito, y si podia lo ejecutaba.

En el condado de Ruysellon sobre la villa de Perpiñan á nueve de abril se puso un ejército francés, en que se contaban como veinte mil infantes y mil hombres de armas debajo de la conducta de Philipo de Saboya. El rey de Aragon se metió dentro, determinado de ponerse á cualquier riesgo antes que desamparar aquella plaza, que es muy fuerte y está á la entrada de Francia. Para animar mas á los cercados los juntó en la iglesia, y alli les hizo juramento de no partirse ni dejallos antes que el cerco se alzase: grande resolucion y demasiada confianza para aquella su edad, y hecho que no se yo si se debe aprobar, pues en el riesgo de su persona le corria todo aquel estado si fuera preso por el enemigo dentro de aquel pueblo: el favor del cielo ayudó para escusar aquel daño, y los moradores se señalaron en esfuerzo: todos por estar á vista del rey hacian con todas sus fuerzas lo que podian.

La lealtad de Pedro de Peralta condestable de Navarra en este caso se señaló mucho, que en hábito de fraile Francisco, y ayudado de la lengua Francesa que sabia muy bien, por medio del ejército y reales de los enemigos pasó y entró en aquella villa para hacer compañia al rey en aquel peligro y trance: era justo, de quien tenia todo lo que era y valia, por su servicio lo aventurase. De los tres hijos del rey de Aragon don Alonso acompañaba á su padre, el arzobispo de Zaragoza se puso en la ciudad de Elna que está alli cerca, con buen número de soldados á propósito de hacer lo que le fuése mandado. El rey don Fernando avisado de lo que pasaba, partió de Talamanca con cuatrocientos de á caballo que de Castilla llevó de socorro: por el camino se le juntaron otros ciento. Con esta gente por el mes de junio llegó á ponerse sobre Ampurias: el miedo que con esto puso á los enemigos, fué tal que alzado el cerco, y poco despues hechas treguas que durasen hasta el mes de octubre, desembarazaron la tierra.

Por esta manera concluida esta guerra, el rey de Aragon hizo finalmente su entrada en Barcelona á manera de triunfo debajo de un palio en un carro cubierto de brocado morado tirado de cuatro caballos blancos: acompañábanle al uno y al otro lado la nobleza y magistrados con grande muchedumbre del pueblo que salió á este espectáculo, y se derramó por aquellos caminos y campos. Entró por la puerta de S. Daniel: su aspecto muy venerable por sus canas, y por la vista recobrada, y por sus grandes hazañas; el cuerpo sin fuerzas sustentaba el brio y valor de su ánimo. Su hijo el rey don Fernando era partido para Tortosa con intento de tener cortes á los Aragoneses y presidir en lugar de su padre, pero desistió deste intento por una dolencia que le sobrevino, y porque de Castilla en que resultaban muchas novedades, le hacian grande instancia que apresurase la vuelta. Por el mismo tiempo los huesos de don Fernando Maestre de Avis, de quien se dijo murió cautivo en Africa, cierto Moro de la ciudad de Fez en que estaban, los hurtó y los trajo á Portugal. Diéronles sepultura en Aljubarrota entre los sepulcros de sus antepasados: las exequias y honras que le hicieron á la manera que entre cristianos se usá y acostumbra, fueron solemnes y grandes.

CAPITULO XX.

Del concilio que se tuvo en Aranda.

En las demas provincias de España á esta sazon ninguna cosa aconteció que de contar sea, salvo lo que es mas importante, que gozaban de una grande y alegre paz; solo el reino de Castilla no sosegaba, antes cada dia resultaban nuevos miedos y asonadas de guerra. Las diferencias contínuas de los Grandes eran ordinarias: el pueblo, perdida por su ejemplo la modestia y todo buen respeto, se alteraba; las villas y ciudades andaban divididas en bandos. Las fuerzas de don Fernando y de doña Isabel iban en aumento, muchos se les arrimaban y seguian su partido: las del rey don Enrique desfallecian y se disminuian por su poquedad y por tener al pueblo disgustado. Sin duda como en el cuerpo asi en la república aquella enfermedad es la mas grave que se derrama y tiene su principio de la cabeza. En Vizcaya se veian alteraciones á causa que el nuevo condestable pretendia reducir aquella gente feroz y constante al servicio del rey don Enrique; por el contrario el conde de Treviño por estar aficionado al partido de Aragon le hacia resistencia, al cual y á su casa de tiempo antiguo tenian los Vizcainos mas aficion: con esto se hacian talas y robos por toda aquella tierra de suyo estéril y falta.

En Toledo se levantaron nuevos alborotos. El conde de Fuensalida confiado en que el maestre de Santiago le hacia espaldas, y con intento que tenia de apoderarse de aquella ciudad, se resolvió de entrar en Toledo con gente armada para echar della á Hernando de Ribadeneyra, mariscal, y aficionado al servicio del rey don Enrique. Este atrevimiento reprimió el pueblo con las armas, y la venida del rey que avisado del peligro acudió á gran prisa para atajar el alboroto: así las alteraciones del pueblo se sosegaron; dióse perdon á los culpados, con que los malos quedaron mas animados. Despues deste caso el maestre don Juan Pacheco con deseo de quietud se partió para Peñafiel donde tenia su muger, ademas que por los muchos años que anduvo de ordinario en la corte, sospechaba (como era la verdad) que tenia á muchos cansados, enfado que queria remediar con ausentarse. En su lugar envió á su hijo don Diego, en cuya persona (como arriba queda dicho) tenia renunciado y traspasado el marquesado de Villena. Recibió el rey al marques con tan grandes muestras de amor como si su padre le hubiera hecho señalados servicios: tenia buen parecer, la edad en su flor, y el trato y arreo era conforme á sus riquezas.

De Toledo volvió á Segovia el rey: alli se aumentó el amor y privanza con el trato y familiaridad ordinaria. Llegó esto á tanto que en persona iba cada dia á visitar al marques, que tenia su aposento en el Parral de Segovia, monasterio de Gerónimos. Tratóse con don Andrés de Cabrera se reconciliase con los Pachecos, y que se pusiese en las manos del rey, y entregase el alcázar de Segovia con los tesoros que allí tenia: en recompensa le ofrecian la villa de Moya, que está cerca de la raya de Valencia y no lejos de Cuenca, patria y natural de don Andrés. Daba él de buena gana orejas al partido; pero como se entendiese esta negociacion, los de aquella villa se agraviaron y alborotaron. Pasaron en esto tan adelante, que hicieron venir en su defensa y recibieron soldados Aragoneses de guarnicion, cuyo capitan Juan Fernandez de Heredia acudió del reino de Valencia, y se apoderó de aquella villa en nombre de la princesa doña Isabel. Recibió desto pesadumbre el rey don Enrique.

Doña Isabel en ausencia de su marido desde Tordelaguna villa en el reino de Toledo acudió á Aranda de Duero, llamada de comun consentimiento por los moradores de aquella villa por el aborrecimiento que tenian á la reina doña Juana cuya era antes, por su poca honestidad, de que todo el reino se ofendia, y el mismo rey mas que nadie, como al que aquella mengua mas tocaba; pero hay personas que si bien se ofenden de la maldad, no tienen ánimo para reprimirla ni castigarla: tal fué la condicion deste principe por todo el tiempo de su vida. Tenian á esta sazon á la reina y á su hija doña Juana en el alcázar de Madrid á cargo del marques de Villena y en su poder. Agreda, que es una villa situada cerca del sitio en que antiguamente estuvo otro pueblo de los Pelendones llamado Augustobriga, movída por el ejemplo de Aranda que no lejos le cae, se entregó tambien á la infanta doña Isabel. El sentimiento del rey se dobló, y en particular del conde de Medinaceli, á quien tenia hecha merced de aquel pueblo.

En esta misma sazon don Alonso Carrillo arzobispo de Toledo que acompañó en esta jornada á la infanta, convocó para aquella villa de Aranda un concilio provincial de los obispos sus sufragáneos. Despachó sus edictos y cartas en esta razon: acudieron los obispos y arciprestes de toda la provincia sin otro gran número de personas, así eclesiásticas como seglares. La voz corria que se juntaban para reformar las costumbres de los eclesiásticos, muy estragadas con vicios y ignorancias por la revuelta de los tiempos: puédese sospechar que el principal intento fué afirmar con aquel color la parcialidad de Aragon, y grangear las voluntades de los que allí se hallasen. A los cinco de diciembre promulgaron cuatro decretos solos (1), que fueron estos: «Los obispos en público siempre anden con roquete. Cada »cual de los sacerdotes por lo menos diga misa tres ó cuatro veces al año. Los eclesiásticos no »asienten el servicio, ni lleven gages de ningun señor fuera del rey. Los beneficios curados »y las dignidades no se provean á ninguno que no sepa gramática.»

Apenas habian despedido el concilio, cuando el rey don Fernando llegó á Almazan y Berlanga: allí el conde de Medinaceli y Pedro de Mendoza señor de Almazan mucho le festejaron. Dende pasó á Aranda: con su presencia pretendia dar calor á sus aficionados y adelantar su partido. Fallecieron en este mismo año en Castilla el almirante don Fadrique y el maestre de Alcántara don Gomez de Cáceres y Solis, á quien sucedió (como queda dicho) don Juan de Zúñiga. En Francia finó otrosí Nicolao hijo de Juan duque de Lorena.

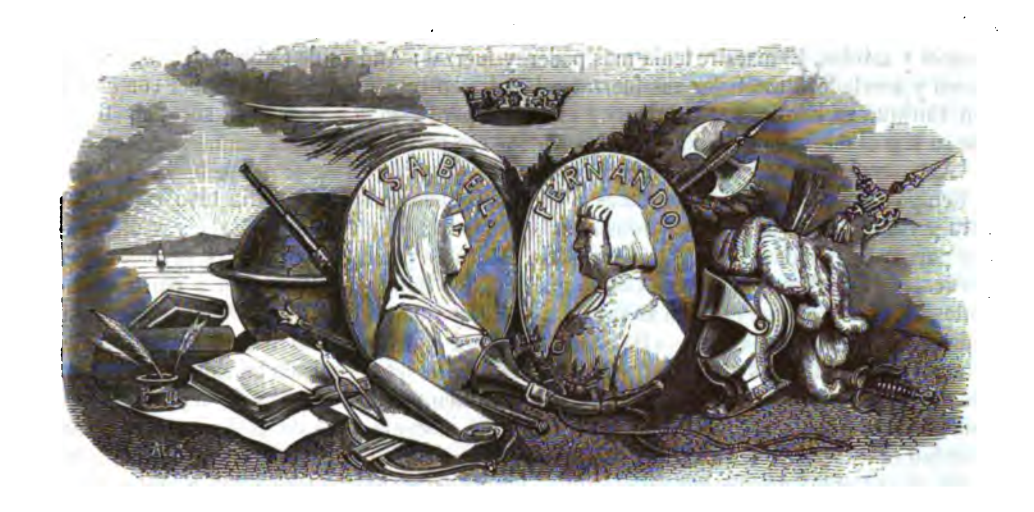
(1) Veinte y nueve decretos se hicieron como se ve en la coleccion de Aguirre.

Quedaba todavía en vida Renato su abuelo, cuyo nieto hijo de una hija suya, llamado asimismo Renato sucedió en el ducado de Lorena por parte de su abuela materna, muger que fué del mismo Renato. Este nuevo duque de Lorena alcanzó gran renombre mas que por otra cosa, por una famosa batalla que ganó de los Flamencos cerca de Nanci, ciudad de aquel su estado, en que quedó vencido y muerto Carlos duque de Borgoña que llamaron el Atrevido.

Juan conde de Armeñaque despues que se huyó á España (como queda dicho) nunca entró en gracia de su rey, ni dél se hizo confianza. Por este despecho con ayudas y gentes del duque de Borgoña hizo guerra en la Guiena, y en ella prendió la persona de Pedro de Borbon gobernador de aquel ducado por trato que tuvo con los suyos. Este insulto ofendió mucho mas al dicho rey, mayormente que no le quiso soltar antes de ser restituido en su villa de Lectorio, de que el tiempo pasado le despojaron. El cardenal Albigense con gentes que le dieron, recobró á Lectorio, y le echó por tierra; y al mismo conde sin embargo que se le rindió á partido, le hizo morir. Dió este caso mucho que decir, si bien los pareceres eran diferentes: todos concordaban comunmente en que tenia muy merecido aquel desastre y castigo. Sus delitos y desórdenes eran muy feos: uno en particular, y muestra de su soltura, que con bulas falsas del papa en razon de dispensar con él se casó con su misma hermana, y della se aprovechó: torpeza vergonzosa, y afrenta digna y merecedora por justo juicio de Dios de aquella su muerte desgraciada.



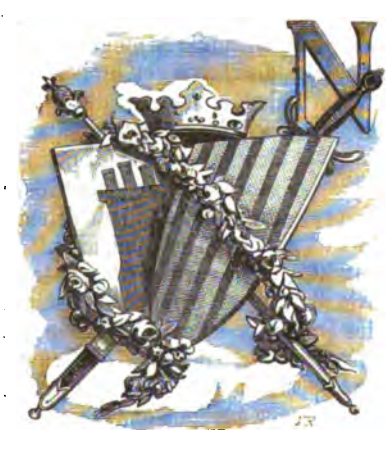
Aldeano de Vizcaya.



LIBRO VIGESIMOCUARTO.

CAPITULO I.

La infanta doña Isabel se reconcilia con el rey su hermano.



No sosegaban las pasiones entre los grandes y nobles de Castilla. El partido de Aragon todavía se adelantaba en fuerzas y reputacion. El maestre de Santiago no se descuidaba en allegar riquezas, poder y vasallos, y apercebirse de los mayores reparos que pudiese; crecia con el aumento la codicia de tener mas: dolencia ordinaria y sin remedio. El miedo le aquejaba grandemente si los Aragoneses viniesen á tener el mando y el gobierno, que á él seria forzoso partir mano de gran parte de su estado como de herencia que fué de aquellos infantes de Aragon, y por el mismo caso de sus hijos. Por este recelo pretendió desbaratar el casamiento de los principes don Fernando y doña Isabel, y al presente intentaba lo mismo del que tenian concertado entre don Enrique de Aragon y la princesa doña Juana. Representaba para entretener grandes dificultades. La capacidad del rey era tan corta que no entendia estas tramas; si las entendia, disimulaba: tal era su poquedad.

En particular deseaba con el alcázar de Madrid juntar el de Segovia. Parecíale, si lo alcanzaba, tendria en su poder como con grillos al rey, y para todo lo que podia suceder se aseguraria mucho por este camino. Este era su mayor deseo: solo y principalmente Andrés de Cabrera por la privanza que tenia con el rey, y ser persona de grande ingenio, y que no fiaba de las promesas que le hacia el maestre, bien que eran muy grandes, le hacia resistencia; de donde resultaron sospechas y se aumentaron entre ellos los disgustos. Cada cual trataba de usar de maña y derribar al contrario, como personas que eran el uno y el otro

sagaces y astutos. El maestre tenia mas poder y fuerzas: Andrés de Cabrera fué mas venturoso y acertado. Puso todas sus fuerzas y la mira en reconciliar á doña Isabel con el rey don Enrique su hermano. Venia muy á propósito para esto la ausencia de su competidor, que su hijo el marques de Villena por su edad no era persona de tantas mañas y astucia.

Al contrario don Andrés asistia mucho con el rey, y con servicios que le hacia conforme al tiempo, le ganaba de cada dia mas la voluntad. Sucedió que cierto dia tuvo comodidad para persuadille con muchas palabras mandase llamar á la infanta doña Isabel, y diese lugar para que le visitase: cosa que decia seria saludable para la república, y para el rey en particular provechosa y honesta. Añadió que ninguno ignoraba donde iban á parar los intentos del maestre, que era con la revuelta del reino acrecentar las riquezas de su casa, codicia y ambicion intolerable. «De su poca lealtad y firmeza dan muestran claramente, »aunque yo lo calle, las alteraciones graves y largas de que él mismo ha sido causa; como »hombre que es compuesto de malicias y engaño. Bien veo que el amor de la princesa im»pide esto, y que parece cosa indigna despojar su inocente edad de la herencia paterna. »Verdad es esto; pero si va á decir verdad, como podremos persuadir al pueblo desenfre»nado en sus opiniones que sea vuestra hija? Los príncipes prudentes no deben pretender en »la república cosa alguna de que los vasallos no son capaces. No se puede hacer fuerza á »los corazones como á los cuerpos; y los imperios y mando se conservan y caen conforme á »la opinion de la muchedumbre y conforme á la fama que corre. Mas en esto (sea lo que fuere) »por ventura para dotar á la hermana y á la hija no bastarán las riquezas grandes deste no»bilisímo reino, repartidas conforme al concierto que se hiciere entre ambas? Que si parece »cosa pesada diminuir la magestad del reino y sus fuerzas, muy mas grave será enredarle »con una guerra civil, y despeñarle en los daños perpétuos que della resultarán. Este sin duda »es el camino, ó ninguno otro hay, para escusar tantos males; en que si hay alguna cosa con»traria á los intentos particulares, entiendo se debe disimular por el deseo de la paz y amor de »la patria. Cuantos males hayan de resultar de la discordia civil, es razon considerarlo con »tiempo, y con eficacia evitarlos.»

Movióse con este razonamiento el ánimo del rey don Enrique, como persona que fué por toda la vida de una maravillosa inconstancia en sus acciones y consejos, indigno del nombre de rey y afrenta de la silla real. Pasó adelante Andrés de Cabrera, y en otras ocasiones que se le presentaron, por su buena diligencia y amonestaciones persuadió al rey hiciese llamar á su hermana. Hecho esto, dió órden que doña Beatriz de Bobadilla su muger se partiese para la villa de Aranda, y para que todo fuese mas secreto, disfrazada, en un jumento, y traje de aldeana. Hízose así: habló ella con la infanta doña Isabel, y la persuadió que sin dar parte á nadie se fuese lo mas presto que pudiese á Segovia: avisóle de la ficion que el rey su hermano la mostraba; y que si se trocase, estaria en el alcázar segura para que nadie la hiciese agravio: decia que dado que corriese cual que peligro, en cosas grandes era forzoso aventurarse: en aquella ocasion convenia usar de presteza, que cualquiera detenimiento seria dañoso, pues muchas veces en poco espacio se hacen grandes mudanzas.

Concertado el negocio, doña Beatriz se volvió á su marido, en pos della á poca distancia la princesa doña Isabel entró en el alcázar de Segovia á veinte y ocho de diciembre, principio del año del señor de 1474. Sabida su venida, los ánimos de todos se alteraron, asi de los ciudadanos como de los cortesanos, unos de una manera, otros de otra, conforme á la aficion que cada uno tenia. El marques de Villena, por sospechar algun engaño y tratado, en un caballo muy de priesa, y con mucho miedo se fué á recoger á Ayllon que es un pueblo por allí cerca. El rey don Enrique en el bosque de Balsain se entretenia en el egercicio de la caza cuando le vino esta nueva: acudió luego á Segovia, y fué á visitar á su hermana. Las muestras de alegría con que se saludaron y abrazaron, fueron grandes, tanto con mayor aficion que de mucho tiempo atrás no se vieran. Gastaron mucho tiempo en hablar en puridad. Por la despedida la infanta doña Isabel encomendó sus negocios á su hermano, y su derecho que dijo entendia ser muy claro. Respondió el rey que miraria en lo que le decia. Desta manera se despidieron ya muy tarde.

El dia siguiente cenó el rey en el alcázar con su hermana; y el tercero la infanta salió á pasear por las calles de la ciudad en un palafren que él mismo tomó de las riendas para mas honralla. Ningun dia amaneció mas claro así para aquellos ciudadanos, como para toda España, por la cierta esperanza que todos concibieron de una concordia muy firme, despedido el miedo que por la discordia tenian de grandes males. Aumentóse esta esperanza, y

confirmóse con que el mismo rey don Fernando de Turuégano, do estaba alerta y á la mira por ver en que paraba esto, vino tambien á Segovia movido de la fama de lo que pasaba, y persuadido por las cartas de su muger. El dia de los reyes don Enrique, don Fernando y doña Isabel salieron á pasear juntos por la ciudad, que fué un acompañamiento muy lucido, y espectáculo muy agradable para los ojos de todos. Despues del paseo yantaron juntos y á una mesa en las casas obispales, en que Andrés de Cabrera les tenia aparejado un banquete muy regalado. Diego Enriquez del Castillo dice que comió con ellos don Rodrigo de Villandrando conde de Ribadeo en virtud de un privilegio que se dió á su padre (como arriba queda dicho) que todos los primeros dias del año se asentase y comiese á la mesa del rey. Alzadas las mesas, hobo músicas y saraos, y por remate trajeron colacion de conservas varias y muy regaladas.

La alegría de la fiesta se enturbió algun tanto con la indisposicion del rey don Enrique, que le retentó un dolor de costado de tal manera que le fué forzoso irse á su palacio. Lo que sucedió acaso (como lo juzgan los mas prudentes) el vulgo inclinado siempre á lo peor, y que en todo y con todos entra á la parte, lo echaba á que le dieron algo: opinion y sospecha que se aumentó por la poca salud que en adelante siempre tuvo, y la muerte que le sobrevino antes de pasado el año. La perpetua felicidad de aquellos príncipes don Fernando y doña Isabel, y la grandeza de las cosas que hicieron, dan bastante muestra que por lo menos si hobo alguna cosa, no tuvieron ellos parte: ni es de creer diesen principio á su reinado con una tan grande maldad como sus contrarios les achacaban. Los ódios encendidos que andaban, y la grande libertad que se veia en decir unos de otros mal, dieron lugar á sospechar esta y otras semejantes fábulas. Hiciéronse por la salud del rey muchas procesiones votos, rogativas y plegarias para aplacar á Dios, con que mejoró algun tanto por entonces de aquel accidente.

CAPITULO II.

De la muerte del maestre don Juan Pacheco.

Luego que el rey convaleció, se comenzó á tratar de concertar aquellos príncipes y hacer capitulaciones para ello. Pedia doña Isabel que todos los estados del reino la jurasen por heredera, pues tenia derecho para ello; si esto se hacia, que ella y su marido perpétuamente estarian á obediencia del rey: ofrecia otrosí que por seguridad daria su hija en rehenes para que estuviese como en terceria en el alcázar de Avila y en poder de Andrés de Cabrera. Por el contrario el conde de Benavente pedia con instancia que la princesa doña Juana casase con don Enrique de Aragon. Sentido de la burla que hicieron á su primo, amenazaba que si esto no se hacia, desbarataria el asiento que se pretendia tomar entre los dos reyes, y pondria impedimento para que no pasase mas adelante, como el que podia mucho por andar al lado del rey don Enrique, y agradarle mas por el mismo caso que esto pedia.

Los otros grandes no eran de un parecer, ni de una misma voluntad. Los cortesanos y palaciegos parte favorecian á doña Juana, los mas se inclinaban á doña Isabel, y mas los que tenian mas cabida y mas privanza en la casa real, cosa que mucho ayudó á mejorarse su partido. Todos se gobernaban por aficion sin hacer mucha diferencia entre lealtad y deslealtad; en particular la casa de Mendoza se comenzó á inclinar á esta parte, señores muchos en número, muy poderosos en riquezas y en aliados. Por el mismo caso el arzobispo de Toledo comenzaba á divertirse, y aficionarse á la parcialidad contraria de doña Juana, de quien le parecia se podian esperar mayores premios y mas ciertos. El rey don Enrique se hallaba muy dudoso de lo que debia hacer. El maestre don Juan Pacheco con cartas que de secreto le envió, le persuadia que de noche se apoderase de la ciudad, y prendiese y pusiese en su poder á don Fernando y á doña Isabel, pues se le presentaba tan buena ocasion de tenerlos como dentro de una red metidos en el alcázar: para efectuallo le prometia su ayuda y su industria.

Cosa tan grande como esta no pudo estar secreta, ni desbaratarse por fuerzas humanas el consejo divino y lo que del cielo estaba determinado: luego pues que se supo lo que se trataba, don Fernando se fué arrebatadamente á Turuégano; la infanta doña Isabel se quedó en el alcázar de Segovia, resuelta de ver en que paraban aquellos intentos, y no dejar la posesion de aquel alcázar nobilísimo, en que tenian los tesoros y las preseas mas ricas de la

casa real, y de donde entendia tomaria principio y se abriria la puerta para comenzar á reinar: hembra de grande ánimo, de prudencia y de constancia, mayor que de muger y de aquella edad se podian esperar.

Despues que el rey don Enrique y don Fernando se apartaron, se tornaron á juntar por un nuevo accidente. Fué asi que el conde de Benavente alcanzó del rey don Enrique los años pasados con la revuelta de los tiempos que le diese á Carrion; villa principal en Castilla la Vieja. Hecha la merced la fortificó con muros y con reparos. Llevaba esto mal el marques de Santillana á causa que aquella villa de tiempo antiguo estaba á su devocion por la naturaleza que la casa de Mendoza tenia en ella por los de la Vega y Cisneros, linages incorporados en el suyo. Demas desto movido por sus ruegos y lágrimas persuadió al conde de Treviño que al improviso se apoderase con gente de aquella villa. Hizolo él como lo concertaron: para socorrerle el marques de Santillana se partió de priesa de Guadalajara con golpe de soldados. El conde de Benavente para vengar por las armas aquel agravio hizo lo mismo desde Segovia, do le tomó la nueva. Con esto, y por estar divididos los demas grandes, y acudir con sus gentes unos á una parte, otros á otra, corria peligro que sucediese algun desman señalado por cualquiera de las partes que la victoria quedase.

Acudieron por diversas partes los reyes mismos don Fernando para asistir al marques de Santillana, bien acompañado por si fuesen menester las manos, don Enrique para poner paz como lo hizo, que puestas sus estancias en medio de los dos reales contrarios y entre las dos huestes, apenas y con trabajo pudo alcanzar que dejasen las armas. El conde de Benavente se puso de todo punto en las manos del rey. Dióle el arzobispo de Toledo en recompensa el lugar de Magan, y con tanto vino en que abatiesen el castillo de Carrion y le echasen por tierra, que era la principal causa porque aquel pueblo estaba alterado, y la villa volvió á la corona real. Hechas las paces, el de Santillana se vió con doña Isabel en Segovia: dende se volvió á Guadalajara ya determinado de todo punto de tomar nuevo partido y seguir nuevas esperanzas asi él como los suyos.

El rey don Enrique despues de visitar á Valladolid, y detenerse algun tanto en Segovia, á persuasion y por consejo del maestre don Juan Pacheco para comunicar y tratar cosas muy importantes se partió para Madrid: tal era la voz. Hízole grande instancia y al fin le persuadió que tratase de casar á la princesa doña Juana con el rey de Portugal, y que para poner esto en efecto se partiese, si bien tenia poca salud, hasta la raya de aquel reino. Este era el color que se tomó para este viage; el mayor y mas verdadero cuidado del maestre era de apoderarse de Trujillo: grande codicia y deseo de amontonar riquezas y estados. Conformáronse los moradores con la voluntad del rey por tener el maestre grangeada gran parte del regimiento, y seguir el pueblo lo que la nobleza queria; solo el castillo por su fortaleza les era impedimento, que el alcaide Gracian de Sesse no le queria entregar hasta tanto que le gratificasen lo que en él gastara, que era mucha parte de su hacienda, y le tomasen las cuentas.

El rey don Enrique con la tardanza, y por ser aquellos lugares mal sanos y el tiempo poco á propósito, agravada la indisposicion se volvió á Madrid. El maestre algo mejor de una enfermedad que asimismo le sobrevino, se hizo llevar á Trujillo en hombros: llegó con este intento á Sta. Cruz de la Sierra, que es una aldea dos ó tres leguas á la parte de mediodia de aquella ciudad. Trataba de persuadir al alcaide que entregase la fortaleza, y de ganalle, cuando en medio destas práticas murió de repente: la ocasion fué que se le hinchó una mejilla, y un corrimiento con que mucha sangre se le cuajó en la garganta, que le salia por la boca y por las narices. Dicen que á las postreras boqueadas ninguna otra cosa preguntaba á los que presentes tenia, y le ayudaban á bien morir, salvo si quedaba entregado el alcázar: pensamiento poco á propósito para quien se hallaba tan cercano á la muerte; bien que sin duda fué gran persona, de mucho valor, de maña y ingenio notable. Tuvieron secreta su muerte hasta tanto que el alcázar se entregó: en recompensa dieron al alcaide Gracian el lugar de S. Feliz en Galicia por juro de heredad; dádiva para él muy desgraciada, porque en una revuelta (no se sabe por qué causa) los vecinos de aquel pueblo le apedrearon y mataron: venganza del cielo por dejarse grangear con dádivas, como el vulgo lo decia muy inclinado á semejantes dichos y hablas, y á creer y decir de ordinario lo peor.

CAPITULO III.

Como el rey don Fernando fué á Barcelona.

Los Franceses y Aragoneses tenian diferencia y contienda sobre lo de Ruysellon y Cerdania: los Aragoneses pretendian recobrar aquellos sus estados; los Franceses se escusaban con que los tenian empeñados por el dinero que prestó su rey al aragonés, y el que gastaron en el sueldo de los soldados con que ayudaron en la guerra de Barcelona, y aun no estaba pagado. No se conformaron, y asi las armas que se dejaron por causa de las treguas que concertaron, las tornaban á tomar, y á mover la guerra. El temor de los nuestros no era menor que la esperanza, por ser la guerra contra las riquezas de Francia, y contra aquel rey muy poderoso, sin estar sosegadas las pasiones de Castilla; de que asimismo resultaban muchas y grandes dificultades.

Procuróse componer estas diferencias, y con este intento se enviaron embajadores á París para tratar de concierto, personas de gran cuenta. Estos fueron don Juan Folch conde de Cardona, y Hugon de Rocaberti Castellan de Amposta; para que tuviesen mas autoridad, llevaron grande acompañamiento y repuesto. Pretendian dar razon por donde no parecia se debiese pagar el dinero que pedian, lo uno que los socorros de Francia para la guerra de Barcelona ni se enviaron á tiempo, ni fueron de provecho; lo otro que contra las capitulaciones del concierto Juan duque de Lorena fué ayudado con gentes de Francia. Volvíanse los embajadores sin concluir cosa alguna: detuviéronlos en Leon contra el derecho de las gentes y las leyes divinas y humanas. Por quedar estos señores arrestados en Francia, y como en rehenes, los Aragoneses no se atrevian por el peligro que sus personas corrian, á hacer grande resistencia, magüer que por el mismo tiempo al principio del verano quinientos caballos Franceses debajo de la conducta de Juan Alonso señor de Aluda entraron en son de guerra por la parte de Ruysellon, y juntándose con las demas guarniciones y gentes Francesas, se pusieron sobre la ciudad de Elna, cuya parte mas baja desampararon á la hora los ciudadanos por ser flaca.

El rey de Aragon en Barcelona tenia cortes á los Catalanes: allí se apercebia para la guerra, bien que se hallaba en lo postrero de su larga edad y doliente de cuartanas. Tenia sus fuerzas gastadas: determinó buscar socorros de fuera; envióle el rey don Fernando de Nápoles su sobrino por el mar quinientos hombres de á caballo, pequeña ayuda para guerra tan larga. Don Fernando su hijo por el mes de junio se apoderó de Tordesillas, que es una buena villa en Castilla la Vieja: los vecinos le llamaron para valerse de sus fuerzas contra Pedro Mendavia alcaide de Castro Nuño, que hacia mal y daño por los pueblos y campos comarcanos con una compañía de salteadores, de los que en gran número andaban por todo el reino desmandados. Hecho esto, y vuelto á Segovia, do quedó su muger, avisado del peligro y poca salud de su padre determinó irse á ver con él; como lo hizo. Púsose en camino á dos de julio: de pasada visitó en Alcalá al arzobispo de Toledo que estaba allí retirado: pretendia con aquella cortesía quitalle el disgusto que tenia grande, y ganalle si pudiese. Desde allí pasó á Guadalajara para visitar al tanto al marques de Santillana, y obligalle mas con esto. Llegó por sus jornadas á Zaragoza y á Barcelona, do halló á su padre, viejo de mucha prudencia, y que nunca reposaba.

Sucedieron á la misma sazon muy fuera de tiempo alteraciones en el reino de Valencia. Fué así que Segorbe y Ejerica, dos pueblos principales en aquella comarca, tomaron las armas y se alborotaron á un mismo tiempo. La porfía fué igual, los intentos contrarios: los de Ejerica para librarse del señorío de Francisco Sarsuela, que pretendian les tenia hechos grandes agravios y demasías; los de Segorve por conservase contra la voluntad del rey en la obediencia de don Enrique de Aragon. Fueron estas alteraciones mas largas que grandes, sin que en ellas sucediese cosa memorable mas de que al fin se hizo lo que el rey quiso, y era razon, que Segorbe quedó confiscada, y Ejerica volvió á cuya antes era.

Don Fernando en Barcelona consultaba con su padre sobre la guerra de Ruysellon cuando le vino aviso de Castilla que el maestre de Santiago don Juan Pacheco era pasado desta vida á cuatro de octubre. Por su muerte andaba mayor alboroto que nunca entre los grandes: muchos señores pretendian aquel maestrazgo, la diligencia era igual y la ambicion, los caminos diversos y el color que para su pretension cada cual alegaba. El de Alburquerque, el

de Benavente, el de Santillana, el de Medina Sidonia confiaban mas en sus riquezas que en alguna otra cosa. Por votos de los caballeros fueron nombrados dos, cada cual en uno de los principales conventos de la orden, donde los caballeros, unos en una parte, otros en otra se juntaron. En el de Leon fué elegido don Alonso de Cárdenas comendador mayor que era de Leon; en Uclés nombraron á don Rodrigo Manrique conde de Paredes.

El marques de Villena por tener el favor del rey y ser sus fuerzas muy grandes pretendia despojar los dos, y alegaba que el pontífice en vida de su padre le hizo gracia de aquella dignidad; pero como quier que no presentase bulas ni testimonio alguno de la voluntad del papa, los mas sospechaban era invencion á propósito de tener tiempo para usar de mayor diligencia y ganar del papa aquella dignidad. Andaba en su pretension con poco recato: iba camino del Villarejo de Salvanés para hablar con el conde de Osorno comendador mayor de Castilla: echáronle mano, y lleváronle preso á Fuentidueña. Fué grande esta afrenta y resolucion: conque el rey don Enrique irritado, y por no parecer que el conde de Osorno obedeceria á sus mandatos, determinó acudir á las armas, y dado que andaba con poca salud, se puso con gente sobre Fuentidueña.

Acudiéronle los prelados de Toledo y de Burgos, el de Benavente, el condestable y el de Santillana sin otros señores, todos deseosos de servir á su rey, y alterados contra un hecho tan atroz. Erales muy pesada la tardanza por irse agravando la enfermedad del rey, y ser el tiempo poco á propósito. Acordaron valerse de un engaño contra otro: esto fué que Lope Vazquez de Acuña hermano del arzobispo de Toledo, á quien no menos pesaba que á los demas del agravio que se hizo al marques de Villena, con muestra que queria tener habla con la muger del conde de Osorno, la prendió á ella y á un hijo suyo, y los llevó á la ciudad de Huete: con esta maña, vencido el ánimo de su marido, puso al de Villena en libertad. Desta manera se desbarataron los intentos del conde de Osorno; que por aquel camino y prision pretendia ganar la gracia de don Fernando y con su ayuda quitar el maestrazgo de Santiago á todos los demas, mayormente que la princesa doña Juana se tenia en Escalona, apartada de su madre por su poca honestidad, y en poder del dicho marques de Villena.

Sabidas todas estas cosas en Barcelona, el rey don Fernando dejó el cuidado de la guerra á su padre que pretendia luego marchar la vuelta de Ampurias, y él se volvió á Zaragoza con intento, si las cosas de Castilla diesen lugar, juntar allí cortes de los Aragoneses para efecto de allegar dinero de que tenian grande falta; tanto mas que de cada dia acudian nuevas compañías de Franceses, y estaban ya juntos sobre Elna novecientos caballos y diez mil infantes, con que el cerco de aquella ciudad se apretó de suerte, que por falta de mantenimientos y de todo lo necesario los cercados se rindieron un lunes á cinco de diciembre á partido que la guarnicion de soldados y los capitanes saliesen libres, sin embargo que durante el cerco tuvieron entre sí mas diferencias que ánimo, para contra los enemigos. Con la pérdida de Elna tenian gran miedo no se perdiese tambien Perpiñan por caelle muy cerca, y estar rodeada aquella villa por todas partes de guarniciones de enemigos, además que el mismo castillo de Perpiñan estaba en poder de Franceses: por todo esto se recelaban que no se podria mantener largo tiempo.

Fué este año memorable, particularmente en Sicilia, por el estrago grande que en las ciudades y pueblos se hizo de los Judíos. La muchedumbre del pueblo sin saberse la causa como furiosos tomaban las armas, sin tener cuenta ni respeto á los mandatos y autoridad del virrey don Lope de Urrea, ni aun enfrenallos la justicia que hizo de algunos de los culpados: mataron muchos de aquella gente miserable, y les saquearon y robaron sus casas. Los moros de Granada á este tiempo tenian sosiego, ni trataban los nuestros de hacelles guerra por la grande revuelta y alteracion en que las cosas se hallaban. En Navarra andaban alborotos entre los Biamonteses, que seguian el partido de la princesa doña Leonor, y los Agramonteses de muy antiguo aficionados al servicio del rey de Aragon. El pueblo seguia el ejemplo de los principales en semejantes locuras, y en hacerse unos á otros desaguisados.

CAPITULO IV.

De la muerte del rey don Enrique.

Agravábase de cada dia la dolencia del rey don Enrique, que de algun tiempo atrás le traia trabajado; y con el movimiento de aquel viage que hizo, y los cuidados pesados y desabridos se hizo mortal. Ordenaron los médicos que volviese á Madrid: confiaban que con aque-

llos aires mejoraria; ni la bondad del cielo muy saludable de que goza aquella villa, ni muchos remedios que le aplicaron, fueron parte para que aflojase el dolor del costado; antes se enbraveció de manera que perdida la esperanza, y recebidos los Sacramentos como buen cristiano, á once de diciembre dia domingo á la segunda hora de la noche rindió con reposo el alma al fin del año cuarenta y cinco de edad (1) reinó veinte años, cuatro meses, veinte y dos dias.

No otorgó algun testamento; solo hizo escribir algunas cosas á Juan de Oviedo su secretario, de quien mucho se fiaba. Nombró por ejecutores de lo que ordenaba al cardenal de España y al marques de Villena. Preguntado por fray Pedro de Mazuelos prior de S. Gerónimo de Madrid, que le confesó en aquel trance, á quien dejaba y nombraba por sucesor, dijo que á la princesa doña Juana que dejó encomendada á los dos ejecutores de su testamento, y junto con ellos al de Santillana, al de Benavente, al condestable y al duque de Arévalo de quien mas que de otros hacia confianza (2). Su cuerpo por la larga dolencia estaba tan flaco que sin embalsamalle le depositaron en S. Gerónimo de Madrid. El enterramiento y honras que le hicieron, no fueron muy grandes, ni tampoco muy pequeñas: despues en cumplimiento de lo que él mismo mandó á la hora de su muerte, le sepultaron en la iglesia de Guadalupe junto al sepulcro de su madre.

Fué este príncipe señalado en ninguna cosa mas que en la manera torpe de su vida, en su descuido y flojedad: faltas con que desdoró mucho su reinado. No dejó hijo alguno varon, y fué en la línea y alcuña de los varones que descendieron del rey don Enrique el bastardo, el postrero como en el tiempo y cuento así bien en la fama: punto asáz de advertir, y que hace maravillar sea la inconstancia de las cosas tan grande como se vée, y su mudanza tal que no solo mueren los hombres sino tambien se acaba el vigor y fuerza de los linages, y mas en sucesion de los príncipes en que convenia mas continuarse. Cada uno de los particulares estamos sujetos á esto: las propiedades y virtud asímismo de las plantas, yerbas y animales en comun tienen sus nacimientos y aumentos, y en fin se envejecen y faltan.

Tuvo el rey don Enrique, tronco y principio deste linage, el natural muy vivo, y el ánimo tan grande que suplia la falta del nacimiento. Don Juan su hijo fué persona de menos ventura, y de industria y ánimo no tan grande ni valeroso. Don Enrique su nieto tuvo el entendimiento encendido, y altos pensamientos, el corazon capáz del cielo y de la tierra: la falta de salud y lo poco que vivió, no le dejaron mostrar mucho tiempo el valor que su aventajado natural y su virtud prometian. El ingenio de don Juan el Segundo deste nombre era mas á propósito para letras y erudicion que para el gobierno. Finalmente en su hijo don Enrique, cuyas obras y vida y muerte acabamos de relatar, desfalleció de todo punto la grandeza y loa de sus antepasados, y todo lo afeó con su poco órden y traza: ocasion para que la industria y virtud se abriese por otra parte camino para el reino de Castilla y aun casi de toda España, con que entró en ella una nueva sucesion y línea de grandes y señalados príncipes. Del derecho en que fundaron su pretension, por entonces se dudó: el provecho que adelante su valor acarreó, fué sin duda muy grande y aventajado.

CAPITULO V.

Como alzaron á don Fernando y doña Isabel por reyes de Castilla.

Con la muerte del rey don Enrique todas las cosas en Castilla se trocaron: la mayor parte acudió á doña Isabel hermana del difunto: algunos, y no pocos, perseveraron en el servicio de doña Juana la princesa, en especial el marques de Villena y el duque de Arévalo le acudieron con sus deudos y aliados como los primeros y principales entre los que quedaron nombrados para el amparo de aquella señora. Persuadíanse que ella tendria el nombre de reina, y ellos la mano en todo, y se apoderarian del gobierno; el marido sería el que les pareciese mas á propósito para sus intentos particulares, que era su principal cuidado. Seguian á estos dos grandes todos los pueblos y comarca que hay desde Toledo hasla Murcia, y juntamente la mayor parte de la nobleza de Galicia hasta tomar las armas

(1) Fué el 49, porque nació el 5 de Enero de 1425, y murió el 11 de diciembre de 1474.

(2) Las historias antiguas no dicen sino que se ficiese de la princesa su fija lo que el cardenal de España, el marques de Santillana, el duque de Arévalo etc. acordasen se debia facer.

contra el arzobispo de Santiago D. Alonso de Acevedo y de Fonsèca, porque en esto no se conformaba con los demas, antes andaba muy declarado por la parte contraria.



En la plaza de Segovia en un tablado que se levantó de madera, los que se hallaron en aquella ciudad, en público juraron á doña Isabel que presente estaba, por reina, puesta la mano como es de costumbre sobre los Evangelios. Hecho esto, levantaron los estandartes en su nombre con un faraute que en alta voz dijo: Castilla, Castilla por el rey don Fernando y la reina doña Isabel. El pueblo con grande alarido y aplauso repetia las mismas palabras. Acudieron todos á besalle la mano, y hacelle homenage: así como estaba con vestidos reales puesta en un palafren la llevaron á la iglesia mayor para dar gracias á Dios por aquel beneficio, y rogar fuese servido continuallo y llevar adelante lo comenzado. Halláronse entonces muy pocos titulados en Segovia, y ningunos grandes. Los primeros que muy de priesa acudieron para dar muestra de su lealtad y aficion, fueron el cardenal de España y el conde de Benavente don Rodrigo Alonso Pimentel: poco despues el arzobispo de Toledo, el marques de Santillana, don García Alvarez de Toledo duque de Alba, el condestable, el almirante y el duque de Alburquerque: otros enviaron sus procuradores para que en su nombre hiciesen los homenages y jurasen á la reina doña Isabel.

No pareció se hiciese el pleito homenage por entonces á su marido el rey don Fernando hasta tanto que personalmente jurase, como su muger la reina lo hizo, el pro del reino y guardalles como es de costumbre sus franquezas y privilegios. Hallábase á la sazon en Zaragoza ocupado en las cortes de Aragon y con intento de allegar dinero para la guerra de Ruysellon. Esto iba á la larga: así sabida la muerte del rey don Enrique, sin dilacion se partió para Castilla por entender que ninguna cosa hay mas segura en revueltas y mudan-

zas semejantes que la presteza. Dejó en su lugar para presidir en las cortes á doña Juana su hermana, que tenian concertada con don Fernando rey de Nápoles viudo de su primera muger. Los señores de Castilla no se podian grangear sino á poder de grandes dádivas y mercedes, por estar acostumbrados á vender sus servicios y lealtad lo mas caro que podian.

Luego que el rey llegó á Almazan, le envió el conde de Medinaceli don Luis de la Cerda á representar por medio de Francisco de Barbastro, que el reino de Navarra pertenecia á doña Ana su muger como á hija que era de don Carlos príncipe de Viana, legítima así por casarse despues el príncipe con su madre, como por dispensacion del papa, de todo lo cual presentaba escrituras; si verdaderas ó falsas, no se sabe: de cualquiera manera era grande su determinacion, y el negocio y pretension en que entraba pedia mayores fuerzas que las suyas. Decia que si el rey don Fernando no le ayudaba para alcanzar aquel reino, no le faltaria ayuda de otra parte, que era en suma amenazar con la guerra de Francia: demasía fuera de sazon.

Despedido pues el que vino con esta embajada sin respuesta, continuó el rey su camino: llegado á Turuégano, allí se entretuvo hasta tanto que en la ciudad de Segovia le aparejasen el recebimiento necesario. Hizo su entrada un dia despues de año nuevo de 1475. En aquel dia puesto todo á punto, fué recebido en la ciudad con todas las demostraciones de alegría: todos los estados le hicieron sus homenages y besaron la mano como á su rey. Sobre la manera que se debia tener en el gobierno, hobo alguna diferencia y debate: los criados de la reina decian que no podia ni debia entremeterse el rey don Fernando en el gobierno, ni aun intitularse rey de Castilla; de lo cual demas de las capitulaciones matrimoniales traian algunos ejemplos tomados del reino de Nápoles, donde en tiempo de las dos reinas por nombre Juanas sus maridos no tomaron apellido de reyes, antes se contentaron con el casamiento y con la honra que á cada cual daba la reina su muger: hicieron grandes letrados informaciones y alegaron sobre el caso.

Los Aragoneses por el contrario pretendian que por no quedar ningun hijo varon del rey don Enrique, el reino volvia á don Juan rey de Aragon como al mayor del linage; pero esto que en Francia conforme á las costumbres de aquel reino se guardaba, facilmente lo rechazaban con muchos ejemplos así antiguos como modernos de Ormesinda, de Odisinda, de doña Sancha, de doña Urraca y de doña Berenguela, que mostraban claramente como muchas hembras los tiempos pasados heredaron el reino de Castilla. Desistieron pues desta empresa, y entre marido y muger se concertaron estas capitulaciones: Que en los privilegios, escrituras, leyes y moneda el nombre de don Fernando se pusiese primero, y despues el de doña Isabel; al contrario en el escudo y en las armas las de Castilla estuviesen á man derecha en mas principal lugar que las de Aragon: en esto se tenia consideracion á la preeminencia del reino, en lo primero á la de marido. Que los castillos se tuviesen en nombre de doña Isabel, y que los contadores y tesoreros le hiciesen en su nombre juramento de administrar bien las rentas reales. Las provisiones de los obispados y beneficios rezásen en nombre de ambos, pero que se diesen á voluntad de la reina y á personas en doctrina aventajadas. Cuando se hallasen juntos, de consuno administrasen justicia á los de cerca y á los de lejos; cuando en diversas partes, cada cual administrase justicia en su nombre en el lugar en que se hallase. Los pleitos de las demas ciudades y provincias determinase el que tuviese cerca de sí los oidores del consejo, órden que asimismo se guardase en la eleccion de los corregidores.

Mostró sentimiento don Fernando que sus vasallos en lugar de obedecer le quisiesen dar leyes, todavia le pareció disimular: consideraba que con un poco de sufrimiento y disimulacion él se arraigaria en el gobierno y todo estaria en su mano. Juntamente la reina doña Isabel, como princesa muy discreta, se dice que aplacó la pesadumbre que su marido tenia con un razonamiento que le hizo á este propósito deste tenor: «La diferencia que se »ha levantado sobre el derecho del reino, no menos que á vos me ha desgustado. Qué ne»cesidad hay de deslindar los derechos entre aquellos cuyos cuerpos, ánimos y haciendas el »amor muy casto, y el vínculo del santo matrimonio tiene atados? Sea á las otras mugeres »lícito tener alguna cosa propia y apartada de sus maridos: á quien yo he entregado mi »alma, por ventura será razon ser escasa en franquear con él mismo la autoridad, rique»zas y ceptro? qué fuera esto sino cometer delito muy grave contra el amor que se deben »los casados? Sería yo muy necia, si á vos solo no estimase en mas que á todos los reinos.

»Donde yo fuere reina vos sereis rey, quiero decir gobernador de todo sin límite ni excep-»cion alguna. Esta es nuestra determinacion, y será para siempre: ojalá tan bien recibida »como en mi pecho asentada. Alguna cosa era justo disimular por el tiempo, y mostrar »haciamos caso de los letrados que con sus estudios tienen ganada reputacion de pruden-»tes; mas si por esta porfia los cortesanos y señores pensaron haberse adelantado para te-»ner alguna parte en el gobierno, ellos en breve se hallarán muy burlados: si no fuere con »vuestra voluntad, no alcanzarán cosa alguna, sean honras, cargos ó gobiernos. Verdad »es que dos cosas en este negocio han sucedido á proposito, la primera que se ha mira-»do con esto por nuestra hija y asegurado su sucesion; la cual, si vuestro derecho fuera »cierto, quedaba excluida de la herencia paterna, cosa fuera de razon, y que á nos mis-»mos diera pena: queda otrosí proveido para siempre que los pueblos de Castilla sean »gobernados en paz; que dar las honras del reino y los castillos, las rentas y los cargos á »estraños, ni vos lo querreis, ni se podria hacer sin alteracion y desabrimiento de los natu-»rales; que si esto mismo no os da contento, vuestra soy, de mí y de mis cosas haced lo »que fuere vuestra voluntad y merced. Esta es la suma de mi deseo y determinada volun-»tad.» Aplacado con estas palabras el rey don Fernando volvió su pensamiento al remedio del reino, que por la alteracion de los tiempos pasados y el peligro evidente que corria de nuevas revueltas, se hallaba grandemente trabajado.

CAPITULO VI.

Como el rey de Portugal tomó la proteccion de doña Juana su sobrina.

Parecia que el marques de Villena en un mismo tiempo se burlaba del rey don Fernando y de don Alonso rey de Portugal, pues juntamente traía sus inteligencias con los dos. Era de no menor ingenio que su padre, y todos se persuadian que se inclinaria á la parte de que mayor esperanza tuviese de acrecentar su estado y riquezas de su casa, conforme al humor que entonces corria, y aun siempre corre, sin respeto alguno de lo que las gentes dirian, ni de lo que por la fama se publicaria. Del rey don Fernando pretendia que despojados los dos competidores en el maestrazgo con achaque que las elecciones no fueran válidas, él fuese legitimamente entronizado y nombrado por maestre de Santiago. Era esta demanda pesada, que persona de quien no tenia bastante seguridad; creciese tanto en poder y riquezas, y que juntase con los demas aquella dignidad tan rica y de tanta renta: sin embargo le dió buena respuesta; que es prudencia conformarse con el tiempo. Prometióle que si pusiese á doña Juana en tercería para casalla conforme á su calidad, vendria y le ayudaria en lo que pedia: á esto replicó él que en ninguna manera lo haria, ni quebrantaria la fé y palabra que dió al rey don Enrique de mirar por su hija.

Junto con esto envió personas de quien hacia confianza, para persuadir al rey de Portugal tomase á su cargo la proteccion de su sobrina, pues por ser el pariente mas cercano le pertenecia á él en primer lugar, y como tal queria se encargase del gobierno de Castilla. Reprehendia sus miedos, sus recatos y demasiada blandura: protestábale y amonestábale por todo lo que hay en el cielo, no desamparase aquella doncella inocente y sobrina suya, pues era rey tan poderoso y tan rico. Que en Castilla hallaria muchos aficionados á aquel partido así bien del pueblo como de la nobleza, los cuales presentada la ocasion se mostrarian en mayor número de lo que podia pensar; que mas le faltaba caudillo que voluntad para seguir aquel camino. Hallábase el de Portugal en Estremoz á la raya de su reino al tiempo que falleció el rey don Enrique. Hizo consulta sobre este negocio, y sobre lo que el de Villena representaba. Los pareceres fueron diferentes: los mas juzgaban se debia abrir la guerra, y sin dilacion romper con las armas por las tierras de Castilla: hombres habladores, feroces, atrevidos, ni buenos para la guerra ni para la paz. Hacian fieros, y alegaban que tenian grandes tesoros allegados con la larga paz, huestes de á pie y de á caballo, y grandes armadas por la mar.

El principal autor deste consejo, y atizador de la guerra desgraciada, era don Juan principe de Portugal, el cual conforme al natural atrevimiento que da la juventud, se arrojaba mas que los otros; solo don Fernando duque de Berganza, como al que su larga edad hacia mas recatado y mas prudente (lo que otros atribuían á miedo ó amor que tenia á doña Isa-

bel por el parentesco y ser nieta de su hermano) sentia lo contrario, que no se debian ligeramente tomar las armas: que el de Villena y sus aliados eran los mismos que poco antes alzaron por rey al infante don Alonso contra don Enrique su hermano, y juntamente sentenciaron que doña Juana era hija bastarda; lo cual con qué cara ahora, con qué nueva razon lo mudan, sino por ser personas que se venderian al que diese mas, y que volverian las proas adonde mayor esperanza se les representase? Qué castillos daban por seguridad que no se mudarian con la misma ligereza que de presente se mudaban, si don Fernando les prometiese cosas mas grandes? En qué manera podrian desarraigar la opinion que el pueblo tenia concebida en sus corazones que doña Juana era ilegítima? cosa que el mismo rey don Alonso confirmó cuando pidió por muger á doña Isabel, y no quiso aceptar en manera alguna el casamiento que le ofrecian de doña Juana. «Mintiendo sin duda, y haciendo fieros, »y gloriándose de las fuerzas que no tienen, hinchan á los otros con el viento de vanas espe»ranzas, y ellos mismos están hinchados. Los perros cuanto mas medrosos ladran mas, y »los pequeños arroyos muchas veces hacen mas ruido con su corriente que los rios muy cau»dalosos. Afirman que los señores y las ciudades seguirian su opinion, de quien sabemos »cierto que con la misma lealtad con que sirvieron al rey don Enrique, abrazarán el par»tido de doña Isabel. Ojalá pudiera yo poner delante de vuestros ojos el estado en que las co»sas están: ojalá como los cuerpos, así se pudieran ver los corazones, entendiérades el poco »caso que se debe hacer de las vanas promesas del marques de Villena.»

Bien advertian las personas mas prudentes que todo esto era verdad; todavía prevaleció el parecer de los mas: desórden muy perjudicial que en la consulta no se pesen los votos, sino se cuenten de ordinario, y se esté por los mas votos, aun cuando los reyes están presentes, por cuyo parecer todos pasan, y en cuyo poder está todo. Verdad es que primero que se declarasen, Lope de Alburquerque que enviaron para mirar el estado en que todo se hallaba, llevó firmas de muchos señores de Castilla que prometian al rey de Portugal que á la sazon era ido á Ebora, y le daban la fé, si casaba con doña Juana, que á su tiempo no le faltarian.

Para encaminar estas trazas venia muy á cuenta el desabrimiento del arzobispo de Toledo, que con color que residiera muchos años en la corte (enfado que á los grandes personages hace perder el respeto y que la gente se canse dellos) y con muestra que queria descansar, se salió de Segovia á veinte de febrero. Este era el color, la verdad que claramente se tenia por agraviado de los nuevos reyes: querellábase le entretenian con falsas esperanzas sin hacelle alguna recompensa de sus servicios y de su patrimonio que tenia consumido, y hechos grandes gastos para dar de su mano el reino á aquellos príncipes ingratos: sobre todo llevaba mal la privanza del cardenal, que iba en aumento de suerte que los reyes todos sus secretos comunicaban con él, y por él se gobernaban. Procuraron aplacalle, pero todo fué en vano: amenazaba haria entender á sus contrarios lo que era agraviar al arzobispo de Toledo, y mostraria cuan grandes fuesen sus fuerzas contra los que le enojasen. Tampoco fueron los ruegos de efecto mezclados con amenazas de su hermano don Pedro de Acuña conde de Buendía, en que le protestaba no empeciese á sí y á sus deudos, y por esperanzas dudosas no se despeñase en peligros tan claros; antes como el que de suyo era soberbio de condicion, suelto de lengua, mas se irritaba con las amonestaciones que le hacian, mayormente que un Hernando de Alarcon que por ser de semejante condicion tenia mas cabida con él que otro alguno, como le andaba siempre á las orejas, con sus palabras henchia su pecho cada dia de mayor pasion y saña.

CAPITULO VII.

Como el rey de Portugal se llamó rey de Castilla.

La partida del arzobispo y su desabrimiento tan grande alteró á los nuevos reyes y los puso en cuidado: temian, si se declaraba por la parte contraria, no revolviese el reino conforme lo tenia de costumbre, por ser persona de condicion ardiente, de ánimo desasosegado, demas de su mucho poder y riquezas. Esto les despertó para que con tanto mayor cuidado buscasen ayudas de todas partes así del reino como de fuera: sobre todo procuraron sose-

gar á los grandes y ganallos. El primero que redujeron á su servicio, fué don Enrique de Aragon con restituille sus estados de Segorve y de Ampurias, y dalle perdon de todo lo pasado: camino con que quedó otrosí muy ganado el de Benavente su primo. Fué esto tanto mas fácil de efectuar, que tenia él perdida la esperanza de que aquel casamiento que tenian concertado, pasase adelante y se efectuase, á causa que á doña Juana desde Escalona la llevaron á Trujillo para casalla con el rey de Portugal, al cual pretendia el marqués de Villena contraponelle á las fuerzas de Aragon, á la sazon divididas por la guerra de Francia y las alteraciones de Navarra.

La villa de Perpiñan se hallaba muy apretada con el largo cerco que le tenian puesto, tanto que por estar muy trabajada, y no tener alguna esperanza de ser socorrida se rindió á los catorce de marzo á partido que se diese libertad á los embajadores que detuvieron en Francia (como queda dicho) y á los vecinos de aquella villa de irse ó quedarse como fuese su voluntad: concertaron otrosí treguas por seis meses entre la una nacion y la otra. Envió el rey don Fernando al de Francia para pedir paces, y que con ciertas condiciones restituyese lo de Ruysellon, cierta embajada. El rey de Francia dió muy buena respuesta, y prometió grandes cosas, si venia en que su hija casase con el Delphin de Francia: prometia en tal caso que le ayudaria con tanta gente y dinero cada un año cuanto fuese menester para sosegar las alteraciones de Castilla y apoderarse del reino, en particular que se concertaria sobre el principado de Ruysellon, estaria á justicia y pasaria por lo que los jueces árbitros ordenasen; para tratar esto envió por su embajador desde Francia á un caballero llamado Guillelmo Garro.

Los reyes don Fernando y doña Isabel daban de buena gana oidos á estos tratos, si bien el rey de Aragon recibia gran pesadumbre, y los acusaba por sus cartas que moviesen sin dalle á él parte cosas tan grandes: sobre todo le congojaba que el arzobispo de Toledo estuviese desabrido; temia por ser hombre voluntario, y su condicion vehemente, no intentase de nuevo á poner en Castilla rey de su mano, y dar la corona como fuese su voluntad. Venia este consejo tarde por estar las voluntades muy estragadas, y mostrarse ya el portugués á la raya del reino con un grueso campo, en que se contaban cinco mil caballos y catorce mil infantes, todos bien armados y con grande confianza de salir con la victoria. Perdida pues la esperanza de concertarse, lo que se seguia, y era forzoso, los nuevos reyes acudieron á las armas. Andrés de Cabrera lo que hasta entonces dilatara para que el servicio fuese mas agradable cuanto mas necesario, y las mercedes mayores, les entregó los tesoros reales: ayuda de grande momento para la guerra que se levantaba. En recompensa le hicieron merced de la villa de Moya pueblo principal, aunque pequeño, á la raya de Valencia con título de marques: diéronle otrosí en el reino de Toledo la villa de Chinchon con nombre de conde, y por añadidura la tenencia de los alcázares de Segovia para él y sus herederos y sucesores; que fueron todos premios debidos á sus servicios, y á su lealtad y constancia, ca si va á decir verdad, gran parte fué don Andrés para que don Fernando y doña Isabel alcanzasen el reino y se conservasen en él.

Partidos los reyes de Segovia con intento de apercibirse para la guerra, pusieron en su obediencia á Medina del Campo, mercado á que los mercaderes concurren, y en sus tratos y ferias que allí se hacen, la mas señalada y de las ricas de España, y por el mismo caso á propósito para juntar dinero de entre los mercaderes. El de Alba con deseo de señalarse en servir á los nuevos reyes, luego que llegaron, les entregó el castillo de aquella villa que se llama la Mota de Medina, y la tenia en su poder. Hacíase la masa de las gentes en Valladolid: fueron allá los nuevos reyes; cada dia les venian nuevas compañías de á pie y de á caballo, con que se formó un ejército ni muy pequeño, ni muy grande.

Repartieron los reyes entre sí el cuidado, de suerte que don Fernando quedó en Castilla la Vieja, cuya gente les era mas aficionada y la tenian de su parte: doña Isabel pasó los puertos para intentar si podria sosegar al arzobispo de Toledo; mas él no quiso verse con ella, antes por evitar esto desde Alcalá se fué á Brihuega, pueblo pequeño, pero fuerte por el sitio y por sus muros: alegaba para hacer esto que por una carta que tomó, constaba trataban de matalle: asimismo el condestable Pero Hernandez de Velasco que envió la reina para el mismo efecto, no pudo con él acabar cosa alguna. Todavía este viaje de la reina fué de provecho, porque aseguró la ciudad de Toledo con guarnicion que puso en ella conforme á lo que el negocio y tiempo pedia, y con hacer salir fuera al conde de Cifuentes y á Juan de Ribera, parciales y aliados del arzobispo de Toledo. No entró la reina en Ma-



Fernando é Isabel, reyes católicos.

drid por estar el alcázar por el marques de Villena. Concluidas estas cosas, volvió á Segovia para acuñar y hacer moneda toda la plata y oro que se halló en el tesoro real así labrado como por labrar.




Moneda de Isabel la Católica.

En el mismo tiempo el rey don Fernando aseguró la ciudad de Salamanca, bien que con su venida saquearon las casas de los ciudadanos de la parcialidad contraria, que eran en gran número. Zamora al tanto con la misma facilidad le abrió luego que llegó las puertas: entrególe primero Francisco de Valdés una torre que tenian sobre la puente con guarnicion de soldados, principio para allanar los demas; el alcázar principal no le quiso entregar su alcaide Alonso de Valencia por el deudo que tenia con el marques de Villena; usar de fuerza pareció cosa larga. Tampoco no quiso el rey ir á Toro, ciudad que está cerca de Zamora, por no asegurarse de la voluntad de Juan de Ulloa ciudadano principal, y que se mostraba aficionado á los Portugueses no tanto por su voluntad, como por miedo del castigo que merecia la muerte que dió á un oidor del consejo real, y otros muchos y feos casos de que le cargaban.

Vueltos que fueron los reyes á Valladolid, la ciudad de Alcaráz se puso en su obediencia: los ciudadanos por no ser del marques de Villena tomaron las armas y pusieron cerco á la fortaleza: acudieron á los ciudadanos el conde de Paredes y don Alonso de Fonseca señor de Coca con el obispo de Avila, que era del mismo nombre. El de Villena por el contrario, sabido lo que pasaba, vino con gente en socorro del alcázar; mas como no se sintiese con bastantes fuerzas, desistió de aquella su pretension de hacer alzar el cerco y recobrar la ciudad. Esta pérdida le encendió tanto mas en deseo de persuadir al de Portugal que apresurase su venida, con cartas que le escribió en este propósito. Deciale que en tal ocasion mas necesaria era la ejecucion que el consejo: que toda dilacion empeceria grandemente; que con sola su ayuda, aunque los demas se estuviesen quedos y aflojasen, vencerian á los contrarios. El agravio que juzgaba le hacian, le aguijoneaba para desear que luego se acudiese á las armas y á las manos.

Hallábase el rey de Portugal á la frontera de Badajoz por el mes de mayo: en el mismo tiempo es á saber á los diez y ocho de aquel mes dia jueves le nació en Lisboa un nieto, que de su nombre se llamó don Alonso. Vivió poco tiempo, y así no vino á heredar el reino, dado que le juraron por príncipe y heredero de Portugal, aun en caso que su padre el príncipe don Juan falleciese antes que su abuelo. Por el nacimiento deste niño en esta sazon algunos de los Portugueses pronosticaban que la empresa seria próspera, y que del cielo estaba determinado gozase del reino de Castilla, como hombres que eran livianos los que esto decian, y vanos, y que creian demasiado á sus esperanzas mal fundadas. Estaba en Badajoz el conde de Feria con gente, y era muy aficionado al rey don Fernando: demas que se apoderó de un lugar de aquella comarca que se llama Jerez, que quitó á los contrarios.

Debieran los Portugueses echar á man derecha, y romper por el Andalucía, en que tenian de su parte á Carmona, á Ecija y á Córdova, para que ganada Sevilla, ninguna cosa les quedase por las espaldas que les pudiese dar cuidado; torcieron el camino á man izquierda, en que grandemente erraron, y por tierra de Alburquerque y por Extremadura llegaron á Plasencia, ciudad pequeña y que goza de muy alegre cielo, si bien el aire y sitio por su puesto es algo mal sano. En aquella ciudad se desposó el rey de Portugal con doña Juana; y dado que no se efectuó el matrimonio, por pretender antes de hacerlo alcanzar del pontífice dispensacion del parentesco, que era muy estrecho, coronáronlos por reyes, y alzaron los estandartes de Castilla en su nombre como es de costumbre. En esta sazon y en me-

dio destos regocijos nombró aquel rey á Lope de Alburquerque y le dió título de conde de Penamacor, recompensa debida á sus servicios y trabajos que pasó en grangear las voluntades de los señores de Castilla. Pusieron otrosí por escrito los derechos en que fundaban la pretension de doña Juana, y enviaron traslados y copias á todas partes, bien largos, y en que iban palabras afrentosas y picantes claramente contra los reyes sus contrarios. Sucedieron estas cosas á los postreros del mes de mayo: consultaron asimismo como se haria la guerra, y sobre que parte primeramente debian cargar.

CAPITULO VIII.

Que el rey de Portugal tomó á Zamora.

La llama de la guerra á un mismo tiempo se emprendió en muchos lugares: la fuerza y porfia era muy grande y estrema como entre los que debatian sobre un reino tan poderoso. Villena con las villas que le estaban sujetas, comenzó á ser trabajada por gentes del reino de Valencia. Por esta causa y á persuasion del conde de Paredes, tomadas las armas de comun acuerdo, los naturales de aquella ciudad se pasaron al servicio del rey don Fernando: para hacerlo sacaron por condicion que perpetuamente quedasen incorporados en la corona real. Al maestre de Calatrava quitaron á Ciudad Real, de que se habia apoderado sin tener otro derecho mas del que pueden dar las armas. En el Andalucía y en Galicia hacian unos contra otros correrías y robaban la tierra en gran perjuicio mayormente de los labradores y gente del campo. Pedro Alvarado se apoderó de la ciudad de Tuy en nombre del rey de Portugal; al contrario los ciudadanos de Burgos acometieron y apretaron con cerco á Iñigo de Zúñiga alcaide de aquella fortaleza y al obispo don Luis de Acuña, que seguian el partido de Portugal.

Estaba suspenso aquel rey y muy dudoso, sin resolverse á que parte debia primeramente acudir: unos le llamaban á una parte, otros le convidaban á otra, conforme á la necesidad y aprieto en que cada cual se hallaba. Los señores acudian escasamente con lo que largamente prometieran, es á saber dineros, soldados, mantenimientos. Los pueblos aborrecian aquella guerra como desgraciada y mala, y por ella á los Portugueses; y aun ellos comenzaban á flaquear, en especial por ver que el rey don Fernando que apenas tenia quinientos de á caballo al principio y al tiempo que los Portugueses rompieron por las tierras de Castilla, ya le seguia un muy bueno y grueso ejército, en que se contaban diez mil de á caballo, y treinta mil de á pie. Cerca de Tordesillas pasaron alarde, do tenian asentados sus reales, todos con un deseo encendido de hacer el deber y venir á las manos.

El rey de Portugal resuelto en lo que debia hacer, pasó primero á Arévalo, villa que tenia su voz. Desde allí fué á Toro, llamado de Juan de Ulloa, con esperanza de apoderarse como lo hizo de aquella ciudad, y tambien de Zamora que cae cerca. Movióle á intentar esto ser aquella comarca muy á propósito para proveerse de mantenimientos, ca están aquellas ciudades á la raya de Portugal. Al contrario el rey don Fernando, alterado por este daño, sin dilacion marchó con su gente sin parar hasta hacer sus estancias cerca de Toro donde estaba el enemigo. Pretendia socorrer el castillo de aquella ciudad que todavia se tenia por él. No vinieron á las manos, ni aquella ida fué de algun efecto, solo el rey don Fernando desafió por un rey de armas á los Portugueses á la batalla. Ellos bien que son hombres valerosos y arriscados, estuvieron muy dudosos: parecíales que si salian al campo, correrian peligro muy cierto por ser menos en número, que no pasaban de cinco mil de á caballo, y veinte mil de á pie, aunque era la fuerza y lo mejor de Portugal, demas de las ayudas y gentes de Castilla que seguian este partido: si rehusaban la pelea, perdian reputacion, y el corage de los soldados se debilitaria, y su brio que es en la guerra tan importante.

Para acudir á todo el de Portugal, como príncipe recatado, por una parte se escusó de la pelea con decir que tenia derramadas sus gentes, por otra parte para no mostrar flaqueza se ofreció de hacer campo de persona á persona con el rey su contrario, todo á propósito de entretener y acreditarse; que nunca llegan á efecto con diversas ocasiones desafios y rieptos semejantes, y así no se pasó adelante de las palabras. Con esto el rey don Fernando despues que tuvo en aquel lugar sus estancias por espacio de tres dias, visto que ningun provecho sacaba de entretenerse pues no podia dar socorro al castillo que al fin se rindió, y mas que padecia falta de dinero para pagar los soldados, y de mantenimientos para entretenerlos por

tener el enemigo tomados los pasos y alzadas las vituallas, dió la vuelta á Medina del Campo. En las cortes que se tenian en aquella villa, de comun acuerdo los tres brazos del reino le concedieron para los gastos de la guerra prestada la mitad del oro y de la plata de las iglesias, á tal que se obligase á la pagar enteramente luego que el reino se sosegase: con esta ayuda partió para poner cerco sobre el castillo de Burgos.

Muchas cosas se dijeron sobre la retirada que el rey don Fernando hizo de Toro: los mas decian que fué de miedo, y lo echaban á que sus cosas empeoraban, por lo menos fué ocasion al arzobispo de Toledo para de todo punto declararse; y aunque era de mucha edad, pasados los montes se fué con quinientos de á caballo á juntar con el rey de Portugal. No queria que acabada la guerra, le culpasen de haber desamparado aquel partido, cuyo protector principal se mostrára. Hizo esto con tanta resolucion que no tuvo cuenta con las lágrimas del conde su hermano, ni de sus hijos don Lope que era adelantado de Cazorla, y don Alonso por respeto del tio promovido en obispo de Pamplona, Fernando y Pedro de Acuña hermanos de los mismos: todos sentian mucho que su tio temerariamente se fuese á meter en peligro tan claro.

Llegado el arzobispo, fué de parecer así él como el duque de Arévalo, que el rey de Portugal con mil y quinientos de á caballo y buen número de infantes fuese en persona á socorrer el castillo de Burgos que cercado le tenian. Hízolo así, y de camino rindió el castillo de Baltanás, que está entre Pisuerga y Duero asentado en lugares ásperos y montuosos, y al conde de Benavente que allí halló, envió preso á Peñafiel: con esto el Portugués sea por parecelle habia ganado bastante reputacion, sea por no tener fuerzas bastantes para contrastar y dar la batalla á don Fernando, alegre y rico con grandes presas que hizo, de repente dió la vuelta sin pasar adelante en la pretension que llevaba de dar socorro al castillo de Burgos. Quedáronse doña Juana en Zamora, y doña Isabel en Valladolid: la primera fuera del nombre poco prestaba; doña Isabel como princesa de ánimo varonil y presto, sabido el peligro de su marido y lo que los Portugueses pretendian, con las gentes que pudo de presto recoger, pasó á Palencia, resuelta si fuese menester de acudir luego á lo de Burgos. Todo esto, y el cuidado de la gente que andaba á la mira de lo en que paraban cosas tan grandes, se sosegó con la vuelta que sin pensar dieron los Portugueses.

Los reyes de Castilla y de Aragon enviaron á Roma sus embajadores, personas de gran cuenta, los cuales por el mes de julio en consistorio relataron sus comisiones, y dieron la obediencia en nombre de sus príncipes: oficio debido, pero que hicieron dilatar hasta entonces las grandes alteraciones y guerras civiles de aquellos reinos. El pontífice respondió benignamente á estas embajadas, ca estaba muy aficionado á los Aragoneses á causa que Leonardo su sobrino hijo de su hermana, Prefecto que era de Roma, casó con hija bastarda de don Fernando rey de Nápoles. Esta acogida tan graciosa del pontífice dió pesadumbre á los embajadores de Portugal. Alegaban y decian que antes que se determinase aquella diferencia y se oyesen las partes, era justo que el papa estuviese neutral y á la mira; si ya no queria interponer su autoridad para componer aquellos debates, que no se mostrase parte. Por esta causa declaró el pontífice lo que en semejantes casos se suele hacer, que aceptaba aquellos embajadores, y recebia la obediencia que por parte de Castilla le daban, sin perjuicio de ningun otro príncipe y de cualquier derecho que otro pudiese pretender en contrario.

El principal entre los embajadores de Aragon era Luis Dezpuch maestre de Montesa, persona muy conocida en todo el mundo por la fama de su esfuerzo y prudencia que mostró, en particular que en las guerras de Italia en que se halló en tiempo del rey don Alonso de Aragon y de Nápoles. Convidáronle con el virreinado de Sicilia, vaco por muerte de don Lope de Urrea, que finó por el mes de setiembre y se gobernó en aquel cargo con mucha loa. No quiso el maestre aceptar en manera alguna aquel gobierno por estar determinado de recogerse en algun monasterio, y partir mano bien así de las cosas de la guerra como de todo lo al, y allí acabar lo que le quedaba de la vida en servicio de Dios y aparejarse para la partida.

En el castillo de Albalate á la ribera de Segre á diez y nueve de noviembre falleció asímismo don Juan de Aragon arzobispo de Zaragoza hijo del rey de Aragon, y de parte de su madre persona noble: prelado de grande autoridad y que tuvo gruesas rentas. Fué este año muy señalado en todo el mundo por el jubileo universal que publicó en Roma el pontífice Sixto por una nueva constitucion, en que ordenó que cada veinte y cinco años se celebrase

y otorgase á todos los que visitasen aquellos santos lugares, como quier que de antes se ganase de cincuenta en cincuenta años. Muchos acudieron á Roma para ganar esta gracia, entre los demas don Fernando rey de Nápoles con la edad mas devoto (al parecer) y religioso que solia ser los años pasados.

CAPITULO IX.

Como el rey don Fernando recobró á Zamora.

Al fin deste año el rey de Aragon tuvo cortes á los Aragoneses en Zaragoza: viejo de mucha prudencia y sagacidad, las fuerzas del cuerpo eran flacas, el ánimo muy grande. Poníale en cuidado la guerra que hacia el rey de Portugal, y no menos la de Francia, porque un capitan de ciertas compañías de Franceses llamado Rodrigo Trahiguero sin respeto de las treguas que tenian asentadas, por la parte de Ruysellon hizo entrada en tierras de Cataluña, y tomado un pueblo llamado S. Lorenzo, puso espanto en toda la provincia y comarca, en tanto grado que lo que no se suele hacer sino en estremos peligros, mandaron en Cataluña por edictos que todos los que fuesen de edad se alistasen y acudiesen á la guerra.



Muger de Navarra.

En Castilla el partido de Portugal y las armas prevalecian: la esperanza que les daban de que en Francia se apercebian nuevas gentes en su ayuda, como lo tenian asentado, los alentaba. Avisaban que para acudir mas fácilmente el inglés y el francés, que hasta entonces tuvieron grandes guerras, en una puente que hicieron en la comarca de Amiens, se hablaron y concertaron paces en que comprehendian los duques de Bretaña y de Borgoña. Fué esto en sazon que el de Borgoña entregó al rey de Francia el condestable de Francia Luis de Lucemburg, que andaba huido en Flandes: estraña resolucion, si bien el condestable tenia merecida la muerte que le dieron, por su inconstancia, y por estar acostumbrado á no guardar la fé mas de cuanto era á propósito para sus intentos, con que parecia burlarse

de todos; esto dicen los mas, otros afirman que padeció sin razon. Los que tienen mucho poder, riquezas y mando, de unos son envidiados (que la prosperidad cria de ordinario mas enemigos que la injuria) otros los defienden: así pasan las cosas, y tales son las opiniones de los hombres.

Para acudir á estas guerras no eran bastantes las fuerzas de Aragon por estar consumidas con los gastos de una guerra tan larga, y ser la provincia no muy grande. Determinó pues el rey de Aragon usar de maña, y por el mes de noviembre concertó treguas con los Franceses por lo de Aragon, y por espacio de siete meses. Para la guerra de Portugal procuró tener habla con el arzobispo de Toledo: escribióle con este intento una carta muy comedida. Decíale que muy bien sabia cuan grandes eran los servicios que habia hecho á la casa de Aragon: que le pesaba mucho no se le hobiese acudido como era razon; todavía si olvidados por un poco los enojos se quisiese ver con él, que en todo se daria corte y se enmendarian los yerros á su voluntad. No quiso el arzobispo aceptar los ruegos del rey, por ser hombre voluntario, y estar determinado de morir en la demanda, ó salir con la empresa: su corage llegaba á que muchas veces se desmandaba en palabras hasta amenazar y decir: Yo hice reina á doña Isabel, yo la haré volver á la rueca.

Los reyes de Castilla no hacian mucho caso de su enojo ni de sus fieros: receláb̃anse que si él volvia, el cardenal de España que tanto les ayudaba, se podria desabrir, mayormente que ellos de cada dia crecian en poder y fuerzas, y su partido se mejoraba. Y aun en este tiempo el marques de Villena y el maestre de Calatrava de Castilla la Vieja se partieron para Almagro con intento, segun se entendia, de pasar á Baeza, cuyo castillo tenian cercado sus contrarios. Con esta ocasion los de Ocaña se alborotaron, villa que se tenia por el marques: desde Toledo el conde de Cifuentes y Juan de Ribera con las gentes que llevaron en favor de los alzados, echaron la guarnicion del marques, y quedó la villa por el conde de Paredes maestre que se llamaba de Santiago. El rey don Fernando desde Burgos secretamente acudió á Zamora por aviso de Francisco de Valdés, alcaide que era de las Torres y le prometia darle entrada en la ciudad: hízose así, y el rey luego se apoderó de la ciudad. Restaba de combatir el castillo, que sin embargo se tenia por Portugal: púsosele sitio con resolucion de no desistir antes de tomarle.

Tratóse á esta sazon que el rey de Aragon y don Fernando su hijo se viesen, y que se hallase á la habla la princesa doña Leonor: todo á propósito de sosegar las alteraciones de Navarra, que resultaban de las parcialidades y bandos que andaban entre Biamonteses y Agramonteses, y se aumentaban por tener muger el gobierno. Asimismo les ponian en cuidado los socorros que les avisaban venian de Francia á los Portugueses debajo la conducta de un capitan valeroso llamado Ivon: sospechaban que por la parte de Navarra pretendia entrar en Castilla y juntarse con los contrarios. De Vizcaya que les caia mas cerca, la aspereza de la tierra y falta de vituallas, y tambien el esfuerzo de los naturales aseguraban que los Franceses no acometerian á romper por aquella parte.

Estaba el rey don Fernando ocupado en lo de Zamora, cuando el castillo de Burgos, perdida toda la esperanza de poderse entretener, por el esfuerzo de don Alonso de Aragon y su buena maña (que poco antes llegara de Aragon con cincuenta hombres de armas escogidos) por principio del año 1476 se rindió á la reina doña Isabel, que avisada del concierto acudió á la hora para este efecto desde Valladolid. Fué de grande importancia para todo echar con esto de todo punto los Portugueses de aquella ciudad real, y de su fortaleza. Quedó por alcaide Diego de Ribera, persona á quien la reina tenia buena voluntad porque fué ayo de su hermano el infante don Alonso.

A la misma sazon falleció en Madrid á diez y siete de enero la reina doña Juana, muger que fué del rey don Enrique, y madre de la que se llamaba reina doña Juana, quien dice que el año pasado á trece de junio. Su cuerpo enterraron en S. Francisco en un túmulo de mármol blanco, que se vee con su letrero junto al altar mayor. Para este efecto quitaron de allí los huesos de Rodrigo Gonzalez de Clavijo, persona que los años pasados fué con una embajada al gran Tamorlan. Vuelto labró á su costa la capilla mayor de aquel templo para su entierro: así se truecan las cosas, y es ordinario que á los mas flacos, aun despues de muertos, no falta quien les haga agravio. Muchas cosas se dijeron de la muerte desta reina y del achaque de que murió: su poco recato dió ocasion á las hablillas que se inventaron. Entre los coronistas los mas dicen que secretamente y con engaño le hizo dar yerbas su hermano el rey Portugal. Alonso Palentino se inclina á esto, y añade corrió la fama que fa-

lleció de parto: tal es la inclinacion natural que tiene el vulgo de echar las cosas á la peor parte y mas infame.

CAPITULO X.

De la batalla de Toro.

Quedóse el príncipe don Juan en Portugal para tener cuenta con el gobierno: el brio que le ocasionaba su edad y su condicion era grande. Avisado pues de lo que en Castilla pasaba, y como el partido de los suyos se empeoraba á causa que los grandes de aquel reino ayudaban poco, hizo nuevas levas y juntas de gentes: recogió hasta dos mil de á caballo y ocho mil infantes, los mas número, mal armados y poco á propósito y de poco provecho contra el mucho poder de los contrarios: con estas gentes acordó de acudir á su padre. Pasada la puente de Ledesma, acometió de camino á tomar un pueblo llamado San Felices: no pudo forzarle ni rendirle. Llegó á Toro á nueve dias del mes de febrero, do halló á su padre con tres mil y quinientos de á caballo, y veinte mil peones alojados y repartidos en los invernaderos de los lugares comarcanos. La gente que venia de nuevo, como juntada de priesa daba mas muestra de ánimo y brio que esperanza de que podrian mucho ayudar.

El rey don Fernando estaba sobre el castillo de Zamora con menor número de gente, ca tenia solamente dos mil y quinientos caballos, dos tantos infantes: hizo llamamiento de gentes de todas partes por estar muy cierto que los Portugueses no pararian antes de hacer alzar el cerco, ó venir á batalla. El de Aragon por sus cartas y mensageros avisaba que en todas maneras se escusase, y amonestaba al rey que por el fervor de su mocedad se guardase de aventurarlo todo y ponerlo al trance de una jornada: á qué propósito poner en peligro tan grande el reino de que estaba apoderado? á que propósito despeñar las esperanzas muy bien fundadas por tan pequeño interés, aunque la victoria estuviera muy cierta? que enfrenase el brio de su edad con el consejo y con la razon, y obedeciese á las amonestaciones de su padre, á quien la larga esperiencia hacia mas recatado.

Acompañaban al rey don Fernando el cardenal de España, el duque de Alba, el almirante con su tio el conde de Alba de Liste, el marques de Astorga y el conde de Lemos: todos á porfia procuraban señalarse en su servicio. Sin estos en Alahejos alojaban con buen número de gente don Enrique de Aragon primo del rey, y don Alonso hermano del mismo, y con ellos el conde de Treviño, todos prestos para acudir á Zamora que cerca está. Hasta la misma reina doña Isabel para desde mas cerca dar el calor y ayuda mayor que pudiese, de Burgos se volvió para Tordesillas. El de Portugal puesto que se hallaba acrecentado de nuevo con las gentes que su hijo le trajo, como sabia bien que las fuerzas no eran conformes al número, se hallaba suspenso sin saber que acuerdo tomase, si debia socorrer al castillo, si sería mejor escusar aquel peligro: vacilaba con estos pensamientos; en fin se resolvió en lo que era mas honroso, que era socorrer el castillo, á lo menos dar muestra de quererlo hacer.

En la parte de Castilla la Vieja que los antiguos llamaron los Vaceos, hay dos ciudades asentadas á la ribera del rio Duero, sus nombres son Toro y Zamora. Muchos han dudado que apellidos antiguamente tuvieron en tiempo de los Romanos: los mas concuerdan en que Toro se llamó Sarabis, y Zamora Sentica, cuyo parecer no me desagrada. Son los campos fértiles, la tierra fresca y abundante; en el cielo saludable de que gozan, no reconocen ventaja á ciudad alguna de España; el número de los moradores no es grande, y aunque su asiento es llano, son fuertes por sus muros y castillos. Zamora es catedral: en esto se aventaja á Toro, que es de su diócesi; en lo demas en policía, número de gente y riquezas entre las dos hay muy poca diferencia: báñalas el rio por la parte de mediodía con sendas puentes con que se pasa.

Salió pues el rey de Portugal de Toro: dió muestra de ir por camino derecho á verse con el enemigo; mas como mudado de repente el parecer pasó la puente, y por aquella parte fué á poner sus reales junto al monasterio de S. Francisco que está enfrente de Zamora, de la otra parte del rio. A la entrada de la puente por donde desde la ciudad se podia pasar á sus estancias, contrapuso y plantó su artillería: desta manera ni podia impedir la batería del castillo, ni daba lugar á la pelea. En altercar de palabras, en demandas y respuestas se pasaron trece dias sin hacer efecto alguno: despues desto un viernes primero de marzo, antes de amanecer, recogido el bagage, dió la vuelta. Para que el enemigo no le siguiese en

aquella retirada, rompió primero una parte de la puente: don Fernando avisado de lo que su contrario pretendia, se determinó ir en pos dél con toda su gente. Adobado el puente, en que se gastó mucho tiempo, á la hora dió órden á Alvaro de Mendoza que con trecientos caballos ligeros picase la retaguardia de los enemigos y los entretuviese. Desta manera, y por ir el de Portugal poco á poco á causa del carruage, tuvo tiempo el rey don Fernando de alcanzar á los contrarios como legua y media de Toro, pasada cierta estrechura que en el camino se hace y se remata en una llanura bien grande.

Era muy tarde y el sol iba á ponerse. Todavía el enemigo no pudo escusar la pelea por estar don Fernando tan cerca, y á causa de la estrechura de la puente que les era forzoso pasar. Revolvió pues sus haces, puso sus gentes en ordenanza: ayudaba el lugar, la ciudad cerca y el socorro por el mismo caso en la mano, y si fuesen vencidos segura la acogida, además de la noche, que por estar cercana les podia en tal caso mucho servir. Todo esto daba ánimo á los Portugueses, y por el contrario ponia en cuidado al rey don Fernando: los mas prudentes de entre los suyos esquibaban la batalla. Luis de Tovar encendido en deseo de pelear en voz alta: «O hemos de dejar el reino (dice) ó venir á las manos. Con la reputacion »y con la fama mas que con las fuerzas, se ganan los señorios: ¿á qué propósito llegamos »hasta aqui sino para pelear? Qué otra cosa dará á entender el escusar la batalla, sino que »tuvimos miedo? Buen ánimo, Señor, no hay que dudar: apenas habremos venido á las ma»nos, cuando veremos desbaratarse los enemigos que están medrosos y turbados, si bien por »fuerza y por no poderlo escusar se aparejan para la batalla.» Esto dijo: juntamente consul»taron los grandes y los capitanes, fueron de aquel parecer.

Dióse la señal de acometer: la gente de á caballo que llevaba don Alvaro, se adelantaron los primeros y cerraron. Recibiólos don Juan príncipe de Portugal, que tenia en la avanguardia ochocientos hombres de armas y entre ellos mezclados arcabuceros, cuya carga el escuadron de Alvaro de Mendoza no pudo sufrir, antes se desbarataron y pusieron en huida. Los dos reyes iban cada cual en el cuerpo de su batalla: allí cargó lo mas récio y la mayor furia de la pelea, que duró algun tanto y estuvo un rato en peso sin declararse la victoria por ninguna de las partes. Combatian no á manera de batalla: no guardaban sus ordenanzas, antes como en rebate y de tropel cada uno peleaba con el que podia. Sobre el estandarte del rey de Portugal hobo gran debate: Pero Vaca de Sotomayor le tomó por fuerza al alferez que le llevaba, llamado Duarte de Almeyda; acudieron soldados de ambas partes que le hicieron pedazos. El mesmo Almeyda quedó preso, otros dicen muerto: sus armas en lugar del estandarte pusieron despues por memoria en la Iglesia Mayor de Toledo para memoria desta victoria, que son las que hoy se veen colgadas en la capilla de los Reyes Nuevos.

Por conclusion los Portugueses se pusieron en huida, y el mismo rey con algunos pocos se recogió á los montes sin parar hasta que llegó á Castronuño: no quedó rastro ni nuevas de dél, y así entendieron que era muerto entre los demas. No pudieron los vencedores seguir el alcance por las tinieblas y escuridad de la noche: don Enrique conde de Alba de Liste llegó en seguimiento de los que huian hasta la puente de Toro; á la vuelta fué preso por cierta banda de los enemigos, que con don Juan príncipe de Portugal sin ser desbaratados se estuvieron en un altozano en ordenanza hasta muy tarde. No pareció el rey don Fernando, que hizo alto en otro ribazo allí cerca, de acometerlos, por andar los suyos esparcidos por todo el campo, y estar ocupados en recoger los despojos: así á vista los unos de los otros se estuvieron en el mismo lugar algunas horas; los Portugueses guardaron mas tiempo su puesto, que fué algun alivio para el revés y para la afrenta recebida.

Los historiadores Portugueses encarecen mucho este caso, y afirman que la victoria quedó por el príncipe don Juan; asi venzan los enemigos del nombre cristiano. Don Fernando se volvió á Zamora, y despues de su partida los Portugueses se fueron á Toro. Hallóse en esta batalla el arzobispo de Toledo, que no se apartó del lado del príncipe don Juan. La matanza fué pequeña respecto de la victoria, y aun el número de los cautivos no fué grande; la presa mayor, ca saquearon en gran parte el bagage de los Portugueses. Despues desta victoria pasó el rey don Fernando á Medina del Campo: allí á instancia del Condestable que tenia su hija desposada con el conde de Ureña, le perdonó y recibió en su gracia á él y á su hermano el maestre de Calatrava, si bien no del todo acababan de allanarse; antes así ellos como otros muchos señores estaban á la mira de lo en que las cosas paraban, resueltos de seguir el partido que fuese mas á cuenta de sus particulares.

CAPITULO XI.

Que el rey de Portugal se volvió á su tierra.

En muchos lugares á un mismo tiempo andaba la guerra y se hacia sin quedar parte alguna del todo libre destos males, de que resultaba como suele acontecer muchedumbre de malhechores, y gran libertad en las maldades, en particular los de Fuenteovejuna una noche del mes de abril se apellidaron para dar la muerte á Fernan Perez de Guzman comendador mayor de Calatrava: estraño caso, que se le empleó bien por sus tiranías y agravios que hacia á la gente por sí y por medio de los soldados que tenia allí por órden de su maestre, y el pueblo por el rey de Portugal. La constancia del pueblo fué tal que magüer atormentaron muchos, y entre ellos mozos y mugeres, no les pudieron hacer confesar mas de que Fuenteovejuna cometió el caso, y no mas. Por toda la provincia andaban soldados descarriados, por las ciudades, pueblos y campos hacian muertes y robos, ensuciábanlo todo con fuerzas y deshonestidades, prestos para cualquier mal. Los jueces prestaban poco, y eran poca parte para atajar estos daños.



Don Pedro Gonzalez de Mendoza, Gran Cardenal de España. *(Sillería del coro de la catedral de Toledo).*

Esto fué causa que entre las ciudades (como dijimos arriba que se hizo los tiempos pasados) se renovasen las hermandades viejas á propósito de castigar los insultos, y se ordenasen otras nuevas: para esto tenian soldados pagados con dineros que para este efecto se recogian. El inventor deste saludable consejo fué Alonso de Quintanilla tesorero mayor del rey, persona prudente y de valor. Ordenáronse muy buenas leyes para el gobierno destas hermandades, que se continuaron en su vigor por espacio de veinte años, cuando vencidos los enemigos de fuera y sosegadas las discordias de dentro, acabó la gente de sosegarse. Esto fué adelante: al presente la mayor fuerza de la guerra acudió á lo postrero de Vizcaya. En aquella parte que vulgarmente se llama Guipúzcoa, en lo postrero de España está una fortaleza contrapuesta á las fronteras de Francia, inespugnable por el sitio que tiene, y por estar rodeada de mar: llámase Fuente-Rabía: está muy fortificada de reparos á propósito de impedir las entradas de los Franceses, que muchas veces trabajan aquella comarca con sus ro-

bos y correrías. Este pueblo acometieron primeramente las gentes de Francia con intento que las fuerzas del rey don Fernando al tiempo que se puso sobre el castillo de Zamora, con este ardid y astucia se divirtiesen á otra parte. Apretaron el cerco, y con la artillería (de que son grandes maestros los Franceses así de su fundicion como de jugarla) abatieron gran parte de los adarves, con lo cual y con henchir los fosos de las piedras que de las ruinas cayeron, quedó la bateria muy llana, y la entrada muy fácil por ser pocos los de dentro, y esos con las contínuas velas y trabajos muy cansados.

Visto esto, don Diego Sarmiento conde de Salinas, á cuyo cuidado estaba aquella guerra, se metió en aquel castillo para con su peligro (como lo hizo) dar ánimo á los cercados, gente que por la aspereza de los lugares ellos al tanto son de corazones fuertes, y los cuerpos muy sufridores de trabajos. Animados con tal ayuda hicieron una salida en que pasados los reparos de los enemigos, les quemaron y desbarataron todas sus máquinas. Con este tan buen principio y con nuevas gentes que les acudieron, se determinaron pelear en campo y aventurarse: el daño que hicieron no fué menor que el que recibieron, ni bastó para que el cerco se desbaratase. Esto en Vizcaya.

Por otra parte el alcázar de Madrid se tenia por el marques de Villena, y era de grande momento para aquella parcialidad: sitiáronle los moradores de aquella villa. Pedro Arias y Pedro de Toledo hombres principales en aquel pueblo apellidaron la gente, y para que tuviesen mas fuerza, la reina por una parte les envió gente de ayuda, y por otra les acudió el marques de Santillana. Por el mismo tiempo tenian puesto cerco sobre Trujillo y sobre Baeza en nombre del rey don Fernando, ciudades la una del Andalucía y la otra de Extremadura. En el marquesado de Villena Chinchilla y Almansa llamaron gente de Valencia, y se alzaron contra el marques, que fuera un daño notable, si salieran con su intento; pero él por entonces se dió tan buena maña, que los sosegó y redujo á su servicio.

Todo lo demas sucedia á los Aragoneses prósperamente, y á los Portugueses al contrario. El castillo de Zamora se rindió al rey don Fernando á diez y nueve de marzo con toda la artillería, municiones y pertrechos de guerra: ayudó mucho para salir con esto la venida de don Alonso de Aragon, por la mucha esperiencia y destreza que tenia en empresas semejantes. Esta pérdida nueva quitó el ánimo á los Portugueses en tanto grado que el príncipe don Juan por miedo del peligro llevó á Portugal con cuatrocientos caballos de guarda á la princesa doña Juana, causa que era de la guerra. Con otros tantos caballos partió el arzobispo de Toledo para su arzobispado: la voz era de sosegar algunos caballeros y señores que por allí andaban alborotados y trataban de reconciliarse con el rey don Fernando; la verdad, que se retiraba cansado y harto de la guerra, y por no tener esperanza de salir con la demanda.

El rey don Fernando pasó adelante en su empresa: puso cerco sobre Cantalapiedra, que es un castillo en tierra de Segovia, en que los Portugueses tenian buen número de valientes soldados. Desistió empero del cerco, y hizo treguas por espacio de medio año á condicion que restituyesen al conde de Benavente tres pueblos suyos, Villalva, Mayorga y Portillo, que él entregara los dias pasados como en rehenes por alcanzar libertad y que le soltasen. Don Rodrigo Manrique conde de Paredes se nombraba maestre de Santiago, y se apoderara de la villa de Uclés cabeza de aquella órden: tenia asímismo sitiado el castillo que se tenia por el marques de Villena. Acudieron él y el arzobispo de Toledo en socorro de los cercados: no pudieron hacer efecto, antes fueron rechazados con afrenta y peligro por el esfuerzo así del mismo don Rodrigo, como de don Jorge Manrique su hijo, mozo de prendas, y que en esta guerra dió grandes muestras de su valor. Vivió poco, que fué causa de no poder por mucho tiempo ejercitar ni manifestar al mundo sus virtudes, y la luz de su ingenio, que fué muy señalado como se referirá en otro lugar.

Desta manera se hacia la guerra por tierra en tantos y tan diferentes lugares: tampoco por el mar sosegaban; Andrés Sunier con algunas galeras aragonesas andaba haciendo daño por las riberas de Portugal. Con tantas adversidades se enflaquecieron los ánimos así del rey de Portugal como de los grandes de Castilla de su valía. No ignoraban cuan grandes fuerzas perdieran en las desgracias pasadas junto con la aficion de la gente, que era muy menor que antes. Estos reveses fueron causa á los de Castilla de aborrecer aquella milicia desgraciada, y de que la mayor parte dellos tratase de reducirse á mejor partido. El primero el duque de Arévalo por medio de Rodrigo de Mendoza, á quien dió en recompensa deste trabajo la villa de Pinto en tierra de Toledo, se reconcilió y hizo sus homenages á la reina doña Isabel

en Madrigal. Con esto en lugar del castigo que tenia merecido, le fueron hechas grandes mercedes, en particular ultra de confirmarle lo que antes tenia, hicieron que don Juan de Zúñiga hijo del duque quedase con el maestrazgo de Alcántara sobre que traia pleito con don Alonso de Monroy clavero de aquella órden. Luego despues hizo lo mismo doña Beatriz Pacheco condesa de Medellin como muger mas recatada que su hermano el marques de Villena, bien que en esto no tuvo mucha constancia.

A la misma sazon á cuatro del mes de mayo se concertó casamiento entre don Fernando nieto del rey de Nápoles, y doña Isabel hija del rey don Fernando de Castilla: señalaron por dote para la doncella docientos mil escudos que prometió el rey de Nápoles, y ciento y cincuenta mil que le prometió su padre en caso que tuviese hijo y heredero varon. La principal causa de dar orejas á este concierto fué una gran suma de dineros que ofrecieron al rey don Fernando, cosa de grande importancia para todo lo que restaba, por la gran mengua que dél tenian y estar consumidos los tesoros reales.

Todo esto movió al rey de Portugal y la fama destas trazas y ayudas, que suele de ordinario aumentarse, para que perdida la esperanza de la victoria, se resolviese de desamparar á Castilla y dar la vuelta á su reino. Remedió el daño pasado de comenzar la guerra con otro, que fué desamparar la empresa, si bien llevaba intento de buscar socorros de fuera, y procurar que gente de Francia viniese á hacer guerra en España, pues sus fuerzas no eran bastantes, y los señores sus parciales poco le podian ó querian ayudar. Antes que se resolviese en su partida, movió tratos de paz: ofrecia de poner todas estas diferencias en las manos del rey de Aragon y del arzobispo de Toledo: venia este partido y acuerdo muy tarde á tiempo que la guerra la tenian casi del todo acabada. Dejó en Toro al conde de Marialva con guarnicion de soldados; y él triste y avergonzado por tantas adversidades se partió para Portugal á trece de junio. Hiciéronle compañía algunos caballeros de Castilla resueltos de continuar en su devocion y servicio, mas por no tener esperanza de alcanzar perdon del vencedor, que por voluntad que tuviesen al portugues, ni esperanza de mejorar por aquel camino su partido.

CAPITULO XII.

El rey de Portugal se partió para Francia.

Con la ida del rey de Portugal y su salida de Castilla sus cosas se fueron mas empeorando. En lo de Ruysellon y Cerdania andaban los Franceses alterados sin respeto de la confederacion y treguas que tenian asentadas. Pasaron tan adelante que forzaron á que se les rindiese Salsas, que es un castillo muy fuerte contrapuesto á Narbona, como baluarte de España contra los intentos y fuerzas de Francia: pusieron otrosí cerco en el principado de Ampurias sobre un pueblo llamado Lebia. Allegóse á esto otra grande incomodidad de que fueron causa los mismos naturales, y fué que los soldados de Luis Mudarra, que sirvieron muy bien en el cerco de Perpiñan, se amotinaron no con voluntad de hacer daño, sino porque no les daban las pagas que les debian de muchos meses. Apoderáronse de muchos lugares, y comenzaron por su parte á hacer guerra como si enemigos fueran; en lo cual se temia otro peligro, no se concertasen con los Franceses y se aviniesen con ellos.

No se pudo esta tempestad sosegar antes que los que se hallaban por la parte del rey en la ciudad de Lérida, con prendas y bastante caucion que les dieron, los aseguraron que en breve les seria pagado todo lo que les debian. Con esto se sosegaron aquellos soldados; pero no podian impedir las correrias de Franceses por tener gastadas las fuerzas y el rey de Aragon hallarse muy lejos, es á saber en Navarra, ca las revueltas de aquellas parcialidades no aflojaban en manera alguna: llevaban en estas reyertas lo mejor los Biamonteses por estar apoderados de Pamplona cabeza del reino, y tener cercada á Estella. Favorecia este bando el rey don Fernando, de que mucho se sentia su padre, y era menester proveer que no se abriese entrada por aquella parte á los Franceses, y se despertase y revolviese otra nueva tempestad. Persuadíase aquella gente que la princesa doña Leonor y su padre el rey de Aragon traían tratos para entregar el reino de Navarra al rey don Fernando, y excluir á Francisco Phebo, hijo (como se ha dicho) de Gaston conde de Fox, y nieto de la misma infanta doña Leonor.

Para sosegar estas alteraciones, y por el peligro que corria Fuente-Rabía, pasó el rey don Fernando á Vizcaya: para acudir á lo de Fuente-Rabía pretendia juntar socorros, y

una armada de que dió cargo á D. Ladron de Guevara persona de mucha nobleza; para asentar lo de Navarra envió á suplicar á su padre se allegase á la ciudad de Victoria, que deseaba verse con él. Habíase quedado la reina doña Isabel en Tordesillas, villa puesta á la ribera de Duero y á propósito para impedir las correrías que hacian los Portugueses de Toro. Hallábase allí don Alonso de Aragon su cuñado con trecientos hombres de á caballo: pretendia le restituyesen el maestrazgo de Calatrava, que le quitaron los años pasados. No tenia mucha esperanza de salir con esta pretension, por no querer los reyes desabrir á los dos hermanos Girones á quien poco antes perdonáran.

Cansado pues don Alonso, con tardanza tan larga, aunque era entrado en edad, se casó con Leonor de Soto, dama de la reina, de quien andaba enamorado: para hacello alcanzó dispensacion del papa del voto de castidad, con que como maestre de aquella órden estaba ligado. Para el sosiego de Castilla era esto muy á propósito por cesar con tanto aquella su pretension tan fuera de sazon: al rey de Aragon su padre dió tal pesadumbre que le quitó á Ribagorza y á Villahermosa, y las dió en su lugar á don Juan hijo bastardo del mismo don Alonso: estados que pretendia ser suyos don Jaime de Aragon, como pertenecientes á su padre don Jaime y á su abuelo don Alonso duque de Gandía. No tenia esperanza que le harian justicia y razon: como se adelantase á valerse de las armas sobre el caso, perdió la pretension con la vida que en castigo del desacato le quitaron: tal fué el pago que se dió á los servicios de sus antepasados.

Los ciudadanos de Segovia se alborotaron á la misma sazon, y con las armas acudieron á cercar el alcázar en que tenian la hija de los reyes la princesa doña Isabel, y aun corria fama que le habian tomado. El movedor deste alboroto fué Alonso Maldonado por el desabrimiento que tenia con don Andrés de Cabrera que le quitó la tenencia de aquel alcázar. Ayudábanle para esto don Juan Arias obispo de aquella ciudad, y un ciudadano principal llamado Luis de Mesa. Acudió con presteza la reina doña Isabel no mas por el cuidado en que le ponia su hija, que por no perder aquella fuerza tan importante: con su venida todo se sosegó; algunos de los alborotadores huyeron, de otros se hizo justicia.

Sucedió esto por el mes de agosto, en el cual mes el rey de Aragon como se hobiese hasta entonces detenido por un pie que tenia malo, al fin llegó á Victoria. Ningun dia tuvo aquel viejo mas alegre en su vida: parecíale no le quedaba que desear mas, pues llegara á ver su hijo rey de Castilla, de donde él fuera antes echado con deshonra y afrenta, y despojado de todos sus bienes. «Santos (dijo) bienaventurados, no permitais que dia tan alegre »como este y tan sereno le escurezca algun nublado ó algun desastre le enturbie; y porque »la prosperidad cuando encumbra suele volver atrás y mudarse, otorgadme, si yo he co»metido algun pecado y le quereis castigar, que en particular yo sienta esta mudanza, y no »padezcan ni los vasallos ni mis hijos muy amados alguna calamidad.» Dichas estas palabras con muchas lágrimas que le bañaban el rostro, juntamente abrazó á su hijo y le dió paz. Dióle en todo el primer lugar: no consintió que le besase la mano, si bien él acometió á hacello como era razon, antes le llevó á su mano derecha, y le acompañó hasta su posada; en todo esto se tuvo respeto á la dignidad, preeminencia y magestad de Castilla.

Hallóse presente la infanta doña Leonor, gran parte deste agradable espectáculo y de la comun alegría y fiesta. Consultaron entre sí sobre las cosas del gobierno y que á todos tocaban; y aun escriben que el rey de Aragon estuvo determinado de renunciar en su hijo la corona de Aragon. Hacen esto verisímil su larga edad, y el deseo que tenia de descansar; dicen empero que desistió deste propósito por no estar las cosas de Castilla de todo punto sosegadas; en especial que Colora, general que era de una armada francesa, despues que acometió las marinas de Vizcaya y las de Galicia, era pasado á Portugal con intento de llevar en aquella flota al rey de Portugal á Francia, que en Lisboa donde estaba, se aprestaba de todo lo que era necesario para aquel viage.

Cuando todo estuvo á punto se embarcó: pasó primero en Africa para dar calor á aquella conquista y afirmar aquellas plazas que allí tenia. Iban con él dos hermanos del duque de Berganza, el conde de Penamacor su gran privado y el prior de Ocrato. Acompañóle otrosí Juan Pimentel hermano del conde de Benavente: llevaba dos mil y quinientos soldados para dejallos de guarnicion en Tánger y en Arcilla. En Ceuta se tornó á hacer á la vela; llegó á Colibre por el mes de setiembre, puerto que se tenia por Francia; dende fué á Perpiñan y á Narbona, que le recibieron con aparato real. Con su venida se avivó la guerra de Ruysellon por entrambas las partes: los de Aragon recobraron la villa de S. Lorenzo, los France-

ses hicieron muchos daños, quemas y robos en la comarca de Ampurias. Lo que era peor, los naturales andaban entre sí alborotados y divididos en bandos: así no podian acudir á hacer resistencia á los enemigos estraños.

En el mismo tiempo el rey de Aragon desde Victoria dió la vuelta á Tudela pueblo de Navarra, ca tenia muy gran deseo de sosegar los alborotos de aquella nacion. Doña Juana su hija quedó por gobernadora de Cataluña en ausencia de su padre. Por conocer las pocas fuerzas que tenia, deseaba escusar la guerra: enviáronse embajadores de una y de otra parte para pedir satisfaccion de los daños y restitucion de lo que tomaron. No tuvo efecto lo que pedian, solo concertaron que las treguas que antes tenian puestas, pasasen adelante. El rey de Portugal llegado que fué á Francia, como queda dicho, enderezó por tierra su camino á Turon do el rey de Francia á la sazon residia. Recibiéronle solemnemente y regaláronle con mucho cuidado.

Despues en dia señalado, hechas sus cortesías entre los dos reyes, el de Portugal, se dice, habló en esta sustancia: «Soy forzado á ser cargoso antes de hacer algun servicio, »cosa que para mí es muy pesada. Porque dado que en el tiempo de nuestra prosperidad »diversas veces dimos muestras de ánimo agradecido, sabemos y confesamos que nuestras »obras fueron menores que la deuda, y no iguales á nuestra voluntad. Esto se quedará á »parte, que no está bien á los miserables y caidos hacer alarde de sus cosas. Yo no tengo »alguna enemiga con el rey de Sicilia en particular, ni perseguimos la nacion Aragonesa, »sino sus maldades, sino sus latrocinios. El haber quitado á doña Juana mi esposa y sobrina »el estado y riquezas de su padre, afrenta é indignidad para vengarse con las armas de todas »las naciones, esto me puso en necesidad de dar principio á esta guerra desgraciada. Así lo »ha querido Dios y los santos del cielo, que muchas veces acostumbran á trocar los princi- »pios tristes en un alegre remate. Todo está puesto en vuestras manos, vos solo podeis re- »mediar y aplacar nuestro dolor justo y razonable, y de camino satisfaceros de vuestros daños »y dar el fin que se desea á la guerra de Ruysellon y de Vizcaya, demas de librar por esta »via de la garganta de aquel tirano muy codicioso el reino de Navarra. Por ventura cuidais »faltarán ó razones para apoderarse de aquel estado al que el reino y dote ageno acometió y »tomó con las armas sin otro mejor derecho, ó poder para usurpar aquel reino tan pequeño »y cercado de las tierras de Castilla y de Aragon? engáñase quien piensa que á la ambicion »se puede poner término alguno. Bien sabemos que Francia tiene abundancia de oro y de »gente muy escogida: las fuerzas de toda España aunque se junten en uno, nunca le fueron »iguales; además que nuestro partido no está del todo desamparado y caido, dado que he- »mos tomado tan gran trabajo para implorar vuestra ayuda. Las fuerzas de Portugal quedan »enteras, en Castilla muchos aficionados, algunos al descubierto, los mas de secreto, y que »con la ocasion y cuando las cosas mejoraren, se declararán. Solo deseamos que con vuestra »ayuda y en vuestro nombre se prosiga la guerra que ya está comenzada. Ninguna vanidad »hay en nuestras palabras: fuera de que dar ayuda á los reyes afligidos, acudir al remedio »de los males públicos, anteponer el deber y lo que es honesto y justo, á cualquiera interés »aunque ninguno hubiese, cuanto mas que le hay muy grande, á quién pertenece todo esto »sino á los grandes príncipes y soberanos?»

Oyó el francés estas razones con buen talante: respondió en pocas palabras que tendria cuenta con lo que le representaba, y que procuraria no pareciese acudió en vano á pedir su ayuda. Las obras no correspondieron á las palabras, antes en París para donde se partieron, y el rey de Portugal hizo de nuevo instancia, se escusó con dos guerras á que le era forzoso acudir. Era así que el duque de Borgoña y el rey de Ingalaterra con mayor ímpetu que antes volvian á tomar las armas; demas desto decia que por ser aquel casamiento inválido á causa del deudo que tenia con su esposa, no le parecia se podia hacer la guerra lícitamente para llevalle adelante; escusas con que quedó burlada la pretension del rey de Portugal, dado que se fué á ver con el duque de Borgoña por ser su primo y su confederado: preten- dia ser medianero, y procurar hiciese la paz con Francia; no tuvo esto mejor suceso que lo demas. Desto y de las nuevas guerras que en Francia se emprendieron, resultó otra nueva comodidad para Castilla, que los Franceses que sitiaban á Fuente-Rabía, avisados de lo que pasaba, concertaron treguas con los de Vizcaya primero de poco tiempo y solamente por tierra, despues á instancia del cardenal de España mas largas y sin aquella limitacion.

CAPITULO XIII.

Que la ciudad de Toro se tomó á los Portugueses.

Los reyes padre é hijo despues que partieron de Victoria, de nuevo se tornaron á juntar á dos de octubre en Tudela para ver si podrian sosegar las alteraciones de Navarra. Era dificultosa esta empresa á causa que (mal pecado) cada una de las partes tenia sus aficionados y valedores dentro y fuera del reino, hasta en los mismos palacios de aquellos príncipes andaban aquellas pasiones. Acudieron á la junta el conde de Lerin y el condestable Pedro Peralta cabezas que eran de aquellas parcialidades: prometieron de ponerse á sí y á los suyos en las manos de los reyes, y que tendrian por bien lo que ellos determinasen. Sobre esta razon hicieron pleito homenage; y para mayor seguridad los Biamonteses pusieron á Pamplona como en tercería en poder del rey don Fernando, los contrarios otrosí entregaron otros castillos al rey de Aragon.

Hallóse presente don Alonso Carrillo hermano del conde de Buendía y sobrino del arzobispo de Toledo, que era obispo de Pamplona. Hicieron un compromiso con término de diez y seis meses para nombrar jueces árbitros y componer aquellos debates. Tuvo gran sentimiento destas práticas madama Madalena muger que fué de Gaston el mas mozo conde de Fox: con el cuidado de madre sospechaba que algun engaño y trama se urdia á propósito de excluir á su hijo de la herencia de su padre. Para sosegalla le enviaron por embajador á Berenguel de Sos dean de Barcelona, que le declarase las causas y capitulaciones de aquella concordia, y le dijese debia tener buen ánimo y esperar de los reyes padre é hijo todo favor y proteccion: advertianle del mayor peligro que le podria correr de Francia; por tanto no se dejase engañar, ni juntase sus fuerzas con aquella nacion para acometer á España: que si bien el francés era su hermano, pero que con el rey de Aragon y con sus hijos tenia mas trabado deudo y alianza. Residia aquella señora á la sazon en Pau ciudad de Bearne: respondió á esta embajada que agradecia mucho el amor que le mostraban, que nunca ella dudara de aquella voluntad: que el rey su hermano nunca trató de hacer liga con ella, ni ella haria por donde pareciese estar olvidada del parentesco que tenia con ambas las partes; y que por lo que á ella tocaba y estuviese en su mano, mas aina seria causa de la paz que de la guerra.

Ocupábanse los reyes en apaciguar el reino de Navarra cuando se ofreció causa de otra nueva alegría: esto fué que á cinco de octubre se firmaron en aquel mismo lugar las condiciones del casamiento que ya tenian concertado entre don Fernando rey de Nápoles y doña Juana hija del rey de Aragon. Celebráronse los desposorios en Cervera pueblo de Cataluña, cuyo gobierno la desposada tenia: así en adelante la llamaron reina de Nápoles. Quedó desembarazada aquella casa real para estas nuevas bodas con la partida de doña Beatriz hija del rey de Nápoles, que él envió en una armada á Matias rey de Hungria con quien en ausencia la desposaran. Fué esta señora de mucha bondad y honestidad, pero mañera: ni deste matrimonio tuvo hijos, ni del rey Ladislao, con quien casó segunda vez; y él algunos años adelante sucedió en lugar del dicho Matias, aunque no se le igualó en el esfuerzo, ni en sus cosas fué tan concertado.

No estaba entretanto ociosa la reina doña Isabel, antes la ciudad de Toro fué entrada de noche por las gentes y soldados de Castilla debajo la conducta de don Alonso de Fonseca obispo de Avila, y de don Fadrique hijo que era de don Rodrigo Manrique conde de Paredes. Un pastor llamado Bartolomé les dió aviso, y mostró que podian escalar cierta parte del muro que se llamaba las barrancas de Duero, y por estar fortificada de un barranco tenia menos guarda. Hízose así, y juntamente sitiaron el alcázar: con la nueva la reina á toda priesa acudió desde Segovia, do se hallaba ocupada en apaciguar el alboroto pasado y sosegar los ciudadanos; con su venida doña María muger de Juan de Ulloa, perdida la esperanza de poderse tener, rindió aquella fuerza á diez y nueve de octubre. El conde de Marialva su yerno, y capitan de aquella tierra por los Portugueses, desamparado otro castillo cerca de Toro por nombre Villalfonso, con la poca gente que le guardaba, á grandes jornadas se recogió á Portugal por caminos y senderos estraordinarios. Fué todo esto de grande importancia. Quedaba Castro Nuño, desde donde Pedro de Mendavia hacia grandes robos y correrias en gran daño de aquella comarca: hombre de un ánimo ardiente y muy ejercitado en

las armas. Por esta causa luego que la ciudad de Toro se tomó, acudieron los del rey y se pusieron sobre este castillo. Plantaron la artillería y los demas pertrechos para batir que llevaron con trabajo de algunos dias: tomaron este trabajo de buena gana por la esperanza que tenian que tomada aquella fuerza, toda aquella comarca quedaria en paz.

Por otra parte se movian tratos para reducir al de Villena y al arzobispo de Toledo: el marques se mostraba mas blando, y parecia se sujetaria al servicio del rey don Fernando, pero con algunas condiciones, sobre todo queria le restituyesen á Villena, y mas de veinte villas que por aquella comarca le quitaran: el arzobispo se mostraba mas duro, puesto que el rey de Aragon no cesaba de amonestar que procurasen ganar persona tan principal con cualquier partido, aunque fuese desaventajado: que se acordasen de las mudanzas de la fortuna, que á veces suele de lo mas alto volver atrás, y aun despeñarse: que se tuviese consideracion á los grandes servicios que antes hizo, y por ellos perdonasen las ofensas que de nuevo cometiera; mirasen que con solo ganalle quedaria por el suelo el partido de Portugal. Aun no estaba este negocio sazonado, dado que se iba madurando. Comenzaron por el marques de Villena: prometieron de le perdonar y restituille todo su estado á tal que rindiese los alcázares de Madrid y de Trujillo que todavía se tenian por él: lo mismo ofrecieron al arzobispo de Toledo; don Lope de Acuña su sobrino entregó á los reyes la ciudad de Huete, que con título de duque le dió el rey don Enrique en aquellos tiempos estragados y revueltos.

Por el mismo tiempo dos grandes príncipes fueron violentamente muertos, es á saber los duques el de Borgoña y el de Milan. Galeazo duque de Milan en la iglesia de S. Estevan de aquella ciudad oia misa por ser la festividad de aquel santo: en aquel tiempo y lugar le dieron la muerte algunos que estaban conjurados contra él con intento de vengar sus particulares agravios y la mucha soltura de aquel príncipe en materia de deshonestidad. El duque de Borgoña llamado Carlos el Atrevido fué muerto en batalla en sazon que tenia puesto sitio sobre Nanci ciudad de Lorena ya la segunda vez, si bien el tiempo no era á propósito, y el invierno era muy áspero, y los suyos desgustados. Por todo esto el rey de Portugal, que á la sazon se fué á ver con él como queda apuntado, le persuadia desistiese de aquella empresa: no prestó su diligencia, así á cinco de enero fué desbaratado y muerto por Renato duque de Lorena y por los Esguízaros, cuyo nombre desta gente desde entonces ha sido muy conocido y su esfuerzo señalado. Ayudóles mucho para la victoria Nicolao Campobasso que servia al Borgoñon, y con trato doble daba avisos á los contrarios, y en lo mas recio de la batalla con los Italianos que tenia, desamparó á su señor.

Una sola hija que quedó deste príncipe llamada María, casó adelante con Maximiliano duque de Austria. Cuan grandes guerras resultarán deste casamiento para España! El rey Luis de Francia por la muerte del duque luego se apoderó del ducado de Borgoña y restituyó á su corona á S. Quintin y á Perona con otros pueblos que están á la ribera del rio Soma, y el de Borgoña los tenia en empeño; sobre todo lo cual se movieron grandes diferencias y guerras primero con la casa de Borgoña, y despues con España, sin que se haya recobrado lo que entonces les tomaron. Tuvo Maximiliano en madama María su muger tres hijos, que fueron don Philipe, doña Margarita y Francisco. Falleció la duquesa al cuarto año despues que casó; el achaque fué una mortal caida que dió de un caballo por estár preñada. El duque Galeazo dejó un hijo por nombre Juan Galeazo, que casó con Isabel nieta de don Fernando rey de Nápoles, aunque él era de poca edad y no bastante para el gobierno de aquel estado. Demas deste dejó dos hijas, que se llamó la una Blanca María, con quien Maximiliano ya emperador casó la segunda vez, pero no dejó deste casamiento sucesion alguna: la otra hija del duque Galeazo se llamó Ana.

CAPITULO XIV.

De otros castillos que se recobraron en Castilla.

La reina doña Isabel con mucha prudencia apaciguó un nuevo debate que fuera de sazon se levantó sobre el maestrazgo de Santiago con esta ocasion: don Rodrigo Manrique conde de Paredes y maestre que se llamaba de Santiago, falleció en Uclés por el mes de noviembre: caballero que fué muy noble y muy principal, y que ganó los años pasados de los Moros la villa de Huescar en el reino de Granada, con que se hizo muy nombrado. Su cuerpo sepultaron

en aquel pueblo, do falleció, en la capilla mayor con enterramiento y honras que le hicieron muy principales. Su hijo don Jorge Manrique en unas trovas muy elegantes, en que hay virtudes poéticas, y ricos esmaltes de ingenio y sentencias graves, á manera de endecha lloró la muerte de su padre. Don Alonso de Cárdenas con ocasion de la muerte de su competidor se determinó á ir á Uclés con gente y soldados resuelto de usar de fuerza, si los Trece, á cuyo cuidado incumbia la eleccion, no le diesen aquella dignidad. Otros muchos señores pretendian lo mismo, quien con buenos medios, quien con malos: cosa peligrosa y que podria parar en alguna revuelta.

Por este recelo, ó con codicia de haber para sí un estado tan grande, en la ciudad de Toro los reyes consultaron entre sí lo que en aquel caso debian hacer: usar de fuerza era cosa larga, y ni muy segura ni muy justificada; determinaron ayudarse de maña. El rey se quedó en Toro, la reina se enderezó para Ocaña y Uclés con tanta priesa, que segun lo refiere Hernando de Pulgar, en solo tres dias desde Valladolid llegó á Uclés. En aquella villa trató con los caballeros que para mayor concordia se fuesen con ella á Ocaña, que por ser el pueblo mayor y mas fuerte podrian con mas seguridad resolverse en lo que les pareciese mas acertado y cumplidero: que á ninguno pareceria novedad, pues muchas veces semejantes juntas el tiempo pasado se hicieron allí en el palacio del maestre.

Vinieron en esto los caballeros: la reina por medio de don Alonso de Fonseca obispo de Avila y de su secretario Hernando Alvarez de Toledo les amonestó que para escusar alborotos viniesen en que aquella órden y dignidad con consentimiento del pontífice por cierto tiempo se diese en administracion al rey don Fernando su marido, que para sosegar las voluntades de los caballeros y apaciguallo todo no era menester ni bastaria menos autoridad y fuerzas que las suyas. Tuvieron los caballeros su acuerdo sobre esto; y en fin se resolvieron de venir en lo que la reina pedia, muchos por ganar con esto su gracia, los mas á fin que sus contrarios no saliesen con lo que pretendian: abuso grande, pero ordinario en semejantes elecciones. Este fué el principio de enflaquecer el poder y fuerzas de aquella caballeria, y ejemplo que en breve pasó á las órdenes de Calatrava y de Alcántara, dado que poco despues los reyes concedieron á don Alonso de Cárdenas que fuese maestre de Santiago con cargo de cierta pension para la guerra de los Moros, no sin gran pesadumbre de los otros señores, que se agraviaban fuese este caballero antepuesto á los demas, sin tener mas méritos que los otros, ni mejor derecho, ni ser de tanta nobleza, como ellos decian.

El rey don Fernando asentadas las cosas de Castilla la Vieja, y puestas treguas con los contrarios, se fué á Ocaña en sazon que comenzaba el año de nuestra salvacion de **1477**; en el cual tiempo tornó de nuevo á dar perdon y recebir en su gracia al conde de Ureña don Juan Tellez Giron, que parecia reducirse al servicio del rey con entera voluntad. Desde Ocaña fué junto con la reina á visitar á Toledo, donde por voto que los reyes hicieran si vencian al de Portugal, mandaron edificar el muy suntuoso monasterio de Franciscos, que hoy se vee en en aquella ciudad con nombre de S. Juan de los Reyes, en las casas de Alonso Alvarez de Toledo contador mayor que fué de los reyes pasados. De Toledo pasaron á Madrid: allí se tuvo aviso que diversas compañías de Portugueses trabajaban las tierras de Badajoz y de Ciudad-Rodrigo con grande daño y molestia de los naturales. Para remedio y hacer resistencia á aquella gente, enviado que hobo delante don Gomez de Figueroa conde de Feria, trató con la reina que repartidos los negocios entre los dos, ella acudiese (como lo hizo) á las fronteras de Portugal á dar color en la defensa de aquella tierra.

El rey don Fernando se detuvo algunos dias en Madrid con esperanza que tenia de ganar al arzobispo de Toledo; al cual aunque le ofrecieron poco antes y dieron perdon, su feroz ánimo no le dejaba reposar. No quiso verse con el rey; tan grande era su contumacia: así el rey á veinte y cuatro de marzo dia lunes se partió para Castilla la Vieja con deseo de apaciguar los Navarros, que de nuevo se tornaban á alterar aquellas parcialidades, y los Agramonteses poco antes se apoderaron de Estella, y la princesa doña Leonor pretendia volvella á recobrar con sus fuerzas y las de Castilla.

Al mismo tiempo un nuevo miedo puso á los reyes en mucho cuidado, y fué que Albohacen rey de Granada sin respeto de las treguas que se continuaban de algunos años atrás, rompió de repente por el reino de Murcia con cuatro mil de á caballo y hasta treinta mil de á pie. Causó aquel acometimiento mucho espanto, en especial por estar los fieles seguros y descuidados. Tanto fué el miedo mayor, que á seis de abril dia de Pascua de Resurreccion tomó por fuerza en aquella comarca un pequeño lugar llamado Ciesa, que quemó y derribó

pasados á cuchillo los moradores. Demas desto hizo grandes presas de ganado mayor y menor: con que los Moros dieron la vuelta á su tierra sin recebir algun daño, dado que Pedro Fajardo adelantado de Murcia salió á la defensa. El interés y daño no era de tanta consideracion cuanto el peligro y molestia que sin estar apaciguados los alborotos de dentro se ofreciese ocasion de nueva guerra, y necesidad de vengar aquel agravio.



San Juan de los Reyes.

Deseaban para todo abreviar con lo de Castilla. Los dos castillos que todavia se tenian por los Portugueses, el de Cantalapiedra y el de Castro Nuño, fueron de nuevo cercados y combatidos con toda la fuerza posible sin cesar hasta que se rindieron, primero Cantalapiedra á veinte y ocho de mayo, porque Castro Nuño por el esfuerzo de su capitan Mendavia se tuvo mas tiempo; pero al fin hizo lo mismo. Era tan grande el desgusto de los naturales por los daños que de aquel castillo recibieron, que acudieron, y porque no fuese en algun tiempo acogida de ladrones por ser de sitio muy fuerte, le abatieron por tierra. A los soldados destos dos castillos se dió licencia conforme á lo capitulado para que libremente y con

su bagage se fuesen á Portugal, demas desto á Mendavia le contaron siete mil florines: capitan en lo demas esforzado, y que en particular ganó y merece gran renombre por haber defendido aquel castillo tanto tiempo contra el poder y voluntad de reyes tan poderosos.

La reina ponia no menor diligencia en sujetar á Trujillo, cuyo alcázar se tenia por el marques de Villena. Avisaron á Pedro de Baeza, que tenia allí por alcaide, rindiese aquella fuerza: respondió al principio que no lo haria, si no fuese á tal que al marques su señor restituyesen á Villena con las otras villas de aquel estado, segun que tenian antes concertado; en que dió muestra de persona de mucha constancia y valor. La reina no rehusaba poner aquellos pueblos en terceria en poder de quien el alcaide nombrase, para que pasados seis meses se entregasen al marques de Villena; mas él por sospechar algun engaño se entretenia, y no venia en hacer la entrega: finalmente por contentar á la reina el mismo marques de Villena entró en el alcázar y apenas pudo acabar con él hiciese la entrega que pedia la reina. Grande fué el desgusto que desta resolucion y mandato recibió el alcaide: no miraba su particular, sino por el deseo que tenia del pro y autoridad de su señor. Llegó á tanto, que hecha la entrega, se despidió del marques y de su servicio enfadado de su mal término: quejábase que ni se movia por lo que á él le tocaba, ni tenia cuidado de la vida y libertad de los suyos; esto decia porque con la priesa no se acordó de capitular que al dicho alcaide y á sus soldados no se les hiciese daño.

Deseaba el rey don Fernando por una parte ir al Andalucía para donde la reina doña Isabel le llamaba, por otra visitar á doña Juana su hermana antes que se embarcase para Italia: las cosas de Navarra le entretenian, y no le daban lugar para alzar dellas la mano. Hízose á la vela aquella señora por el mes de agosto en la playa de Barcelona en una armada en que vinieron para llevarla don Alonso su antenado, y don Pedro de Guevara marques del Basto, y otras personas principales: tocaron á Génova, en que fué muy festejada; últimamente aportó á Nápoles: allí celebraron las bodas con toda suerte de juegos, convites, regocijos y galas á porfía así bien los ciudadanos, como los cortesanos. En Sigüenza fundó un colegio de trece colegiales, y un monasterio de Gerónimos, título de S. Anton, Juan Lopez de Medinaceli arcediano de Almazan y canónigo de Toledo, criado que fué del cardenal Pedro Gonzalez de Mendoza prelado á la sazon de Sevilla y de Sigüenza.

CAPITULO XV.

Como el Andalucía se apaciguó.

Las demas partes de Castilla apenas sosegaban: las alteraciones del Andalucía todavía continuaban á causa que los señores cada cual por su parte se apoderaban de ciudades y castillos, y conforme á las fuerzas que tenia, robada la gente y parece se burlaban de la magestad real. El duque de Medina Sidonia tenia á Sevilla, el marques de Cádiz á Jeréz, don Alonso de Aguilar estaba apoderado de Córdova. El color que tomaban, era afirmarse contra los intentos de sus contrarios, y hacer resistencia á los Portugueses por caelles aquel reino cerca. Lo que á la verdad pretendian, era acrecentar sus estados con los despojos y daños de la provincia: cosa que ordinariamente acaece cuando los temporales andan revueltos, que se disminuyen las riquezas públicas, y crecen las particulares. Resultaba asímismo otro daño, que dentro de aquellas ciudades andaba la gente dividida en parcialidades: en la ciudad de Sevilla unos seguian al duque de Medina Sidonia, otros al marques de Cádiz; en Córdova traian bandos don Alonso de Aguilar y el conde de Cabra, muy grandes y muy pesados. La reina doña Isabel, aunque muchos se lo desaconsejaban por no tener bastante gente para si fuese necesario usar de fuerza, acudió primero á Sevilla: allí se apoderó del castillo de Triana y de las atarazanas que tenia el duque de Medina Sidonia, con mayor ánimo y esfuerzo que de muger se esperaba.

El rey don Fernando, desamparadas las cosas de Navarra, y en alguna manera asentadas las de Castilla la Vieja, nombró por gobernador de Galicia á Pedro de Villandrando conde de Ribadeo: de lo demas de Castilla á su hermano don Alonso de Aragon y al condestable. Hecho esto, se resolvió de ir en persona al Andalucía para dar en todo el órden que convenia. De camino en nuestra señora de Guadalupe hizo sus votos y devociones: dió otrosí órden al duque de Alba y al conde de Benavente fuesen en su compañía; ca se recelaba dellos y tenia aviso que entre sí y con otros grandes trataban de poner sus alianzas.

Llegó á Sevilla á trece de setiembre: allí halló que se sentia mal del marques de Cádiz, y se decia que se inclinaba á dar favor á los Portugueses, y con este intento á los ojos de los reyes tenia puesta guarnicion en Alcalá de Guadayra. Tratóse de ganalle y sosegalle: para hacello de noche tuvo á solas habla con el rey. Tratóse que entregase las fortalezas que tomara: dijo que no lo podria hacer sino fuese que el duque de Medina entregase al tanto á Nebrija y á Utrera, y otros castillos; que sin esto despojalle á él de sus fuerzas no serviria sino para que el poder y riquezas de su contrario se aumentasen. Pareció pedia razon, y así el uno y el otro entregaron sus castillos al rey, y á su ejemplo fácilmente vinieron en lo mismo los otros señores y grandes, especial que á la misma sazon con el rey de Granada, en quien aquellos señores ponian gran parte de su confianza, se concertaron de nuevo treguas por industria de don Diego de Córdova conde de Cabra, persona señalada en lealtad, y que con aquel rey bárbaro tenia mucha familiaridad y trato.

Desta manera se hallaban las cosas del Andalucía no lejos de asentarse del todo. Las de Navarra se empeoraban sin alguna esperanza de reparo, á causa de las parcialidades antiguas que nunca sosegaban. La princesa doña Leonor hacia instancia por remedio, y avisaba que ya casi eran pasados los diez y seis meses señalados en el compromiso que se hizo para concertar todas aquellas diferencias, al tiempo que los reyes se juntaron en Tudela: juntamente protestaba que pues ni en su padre, ni en su hermano hallaba ayuda bastante, que acudiria al socorro de otra parte; culpa de que quedarian cargados los que á hacello la necesitaban: que si no prevenian y se adelantaban, todo aquel reino se hallaba á punto de perderse. Las cuitas, cuando son estremas, hacen que los miserables hablen con libertad; sin embargo las orejas parecia estar sordas á sus peticiones tan justificadas, por hallarse los reyes lejos, y á causa de las grandes dificultades que los tenian enredados.

Al de Aragon, fuera de la guerra de Ruysellon, ponian en cuidado las cosas de Cerdeña y de Sicilia. Era virrey de Sicilia don Ramon Folch conde de Cardona, que fué en compañía de la reina doña Juana á Nápoles, y de allí pasó á su cargo al tiempo que por muerte de don Juan de Cabrera que falleció de poca edad, su condado de Módica, herencia de sus antepasados, recayó en su hermana doña Ana: muchos pretendian aquel estado, unos la excluian de aquella herencia, otros se querian casar con ella. El rey de Aragon por ser de importancia que tomase marido á propósito, por sus muchas riquezas y estados, estuvo determinado de casalla con don Alonso de Aragon hijo bastardo de su hijo el rey don Fernando. No tuvo esto efecto, antes adelante don Fadrique hijo y heredero del almirante de Castilla se la ganó á todos, y por medio deste casamiento juntó con su casa y metió en ella aquel principal condado.

En Cerdeña comenzó á alborotarse Leonardo de Alagon marques de Oristan: nunca del todo sosegara, y de nuevo alegaba agravios que el virrey Nicolás Carroz de Arborea le habia hecho sin respeto de las condiciones y del asiento antes tomado. Ni la flaca y larga edad del rey de Aragon, ni tan grandes cuidados eran parte para quebrantalle, antes como desde una atalaya proveia á todas partes. Fué puesta acusacion al marques de Oristan, y por sentencia que se dió en Barcelona á los quince de octubre, le privaron de aquel estado. Demas desto para ayuda se envió una nave con soldados: socorro ni grande ni fuerte para aquella guerra; así duró muchos dias.

Al rey don Fernando despues que apaciguó el Andalucía, todavía le ponia en cuidado lo de Portugal: la esperanza y el temor le aquejaban. De una parte se alegraba que el rey de Portugal, si bien era vuelto por el mar á su reino con dispensacion que el pontífice Sixto últimamente le dió para casar con doña Juana, pero no traia algunos socorros de fuera. Por otra le congojaba que el arzobispo de Toledo, segun se decia, le tornaba á llamar: temia no hobiese de secreto alguna zalagarda y trato. Verdad es que aquel prelado por su larga edad no tenia mucha advertencia en lo que hacia, en especial la ira enemiga de consejo, y la ambicion enfermedad desapoderada, le hacian despeñarse y le cegaban los ojos para que no advirtiese cuan pocas fuerzas tenia el rey de Portugal. Deciase dél por fama, y era así, que perdida toda esperanza de ser socorrido, despechado de noche se partió de París para ir en romería á Roma y á Jerusalem, y meterse fraile en aquellas partes mas por el desgusto que tenia, que de entera voluntad.

Prosiguió su viage algunos dias: desde el camino de tres criados que solos llevaba, á uno dellos envió con una llave para que abriese un escritorio que dejó en París: hallaron en él dos cartas, la una para el rey de Francia, en que le daba cuenta de su intento; en la otra

amonestaba á su hijo que sin esperar mas se coronase por rey: que no tuviese algun cuidado dél, pues de los santos y de los hombres se hallaba desamparado: que confiaba en Dios le perdonaria sus pecados, y para adelante se aplacaria y tomaria en cuenta de penitencia aquel su trabajo y afrenta; que era todo lo que podia desear.

Su hijo, leida esta carta, magüer que con sollozos y lágrimas, en fin se coronó por rey á once de noviembre, cinco dias, y no mas, antes que su padre á deshora llegase á Cascais. Fué así que el rey de Francia á toda diligencia envió tras él personas que le hicieron volver. Venido le aconsejó que mudado parecer, volviese á su tierra, como lo hizo: venia triste y flaco estraordinariamente. Su hijo le salió á recebir con muestra de grande alegría, y á la hora le restituyó el reino y la corona. Este suceso tuvo aquel viage del rey de Portugal y sus intentos, cuyos ímpetus al principio fueron muy bravos, por conclusion quedaron burlados.

El año siguiente, que se contaba 1478, fué señalado y alegre porque en él á veinte y tres de enero en Flandes de madama María heredera de Carlos el Atrevido, muger que era de Maximiliano duque de Austria, nació don Philipe que adelante fué dichoso por los grandes estados que alcanzó y por la sucesion que dejó, dado que poco le duró la prosperidad á causa de su muerte que le arrebató en la flor de su juventud. Poco despues por el mes de abril sucedió en Florencia, ciudad á la sazon libre, que en el templo de Sta. Librada ciertos ciudadanos conjurados contra los dos hermanos Médicis por entender querian tiranizar aquella ciudad, al uno llamado Julian de Médicis mataron; el otro llamado Lorenzo de Médicis se salvó dentro de la sacristía de aquella iglesia. Alteráronse los ciudadanos por este hecho, y acudieron á las armas. Prendieron á Salviato arzobispo de Pisa, sabidor y participante de aquella conjuracion, en el palacio de la Señoria, donde acudió para desde allí mover al pueblo á que defendiesen su libertad: llevaba el rostro turbado, echáronle mano, y sabido lo que pasaba, le ahorcaron de una ventana; que fué un espectáculo cruel y de poca piedad por ser la persona que era.

El cardenal de S. Jorge que se hallaba en Florencia, y se decia favorecia á los conjurados, corrió gran peligro de que con el mismo ímpetu le maltratasen. Valióle el miedo que tuvieron del papa su tio, y el respeto que mostraron á su dignidad. De que resultó una nueva guerra, con que por algun tiempo fueron trabajados los Florentines por las armas y fuerza del papa y de Nápoles. Quedaron los de Florencia descomulgados por la muerte del arzobispo. Hizo instancia el rey de Francia por la absolucion: alcanzó lo que pedia del papa, mas por miedo que de grado, á causa que en una junta que se hacia en Orliens, trataba de restituir y poner en uso la pragmática sancion en gran perjuicio de la Sede Apostólica. Finalmente se les dió la absolucion, y se concertaron las paces sin que por entonces se tocase en la libertad de aquella ciudad.

CAPITULO XVI.

Nació el príncipe don Juan hijo del rey don Fernando.

La guerra se hacia en Cerdeña cruel, sangrienta y dudosa, las fuerzas de aquella isla divididas en dos partes iguales, los revoltosos peleaban con mas corage que los del rey, como los que aventuraban en ello la vida y la libertad. La esperanza de la victoria consistia en las fuerzas y socorro de fuera: los Ginoveses, á los cuales corria obligacion de ayudar al marques de Oristan por las antiguas alianzas que tenia con ellos, se detuvieron á causa de ciertas treguas que se concertaron en Nápoles entre aquellas dos naciones, Aragoneses y Ginoveses. Por el contrario desde Aragon y desde Sicilia acudieron nuevos socorros á los reales, tanto que el mismo conde de Cardona virrey que era de Sicilia, se embarcó en una armada para acudir al peligro. Hobo algunos encuentros y escaramuzas en muchas partes: últimamente se juntaron los campos de una parte y de otra cerca de un castillo llamado Machómera; allí se dió la batalla, en que el marques quedó muerto y su campo desbaratado. Su hijo llamado Artal como quier que pretendiese huir por la mar en una barca que halló á la ribera, cayó en manos de dos galeras aragonesas, y preso, le llevó á España Villamarin general de la armada.

Fué puesto él en el castillo de Játiva, y sus estados quedaron confiscados con todos sus pueblos, que los tenia muchos y grandes en Cerdeña y tambien en tierra firme. En parti-

cular los marquesados de Oristan y de Gociano se aplicaron para que estuviesen siempre en la corona real, y desde entonces se comenzaron á poner en las provisiones reales entre los otros títulos y nombres de los principados reales. Dióse esta batalla á diez y nueve de mayo. La victoria no solo de presente fué alegre, sino para adelante causa que todo se asegurase: con que aquella isla, sobre la cual tantas veces y con tanta porfía con los de fuera y con los de dentro se debatiera, de todo punto quedó sujeta al señorío de Aragon.

El rey don Fernando sin embargo que no tenia de todo punto asentadas las cosas del Andalucía, y que su muger quedaba preñada, fué forzado dar la vuelta al reino de Toledo por dos causas: la primera para reducir al arzobispo de Toledo, y acabar con él no hiciese entrar de nuevo al rey de Portugal en el reino, como se rugia que lo trataba; la segunda para dar calor á las hermandades que para castigar los robos y muertes (como queda dicho) los años pasados se ordenaron entre las ciudades y pueblos. El ejercicio de las hermandades aflojaba, y la gente se cansaba por el mucho dinero que era menester para el sueldo de los soldados, que se repartia por los vecinos sin esceptuar á los hidalgos. Graveza mala de llevar, pero de que resultaba gran provecho para la gente, ca no solo por esta vía se reprimian las maldades, sino tambien en ocasion acudian al rey con sus fuerzas y gentes en las guerras que se ofrecian. Por esta causa se tuvieron cortes generales en Madrid, en que de comun consentimiento y acuerdo se confirmaron las dichas hermandades por otros tres años. Con el arzobispo de Toledo no sucedió tan bien, dado que se puso diligencia en quitalle la sospecha que tenia de que se tratara de matalle.



Reyes de armas copiados del esterior de S. Juan de los Reyes.

Despedidas las cortes, el rey don Fernando dió la vuelta á Sevilla: la reina doña Isabel le hacia instancia por estar en dias de parir. Allí vinieron embajadores de parte del rey de Granada para pedir tornase á conceder las treguas que antes entre las dos naciones se concertaron: la respuesta fué que no se podrian hacer, si demas de la obediencia y homenage

no pechasen el tributo que antiguamente se acostumbraba. Despachó el rey sus embajadores á Granada para tratar este punto: respondió aquel rey bárbaro que los reyes que pagaban aquel tributo, muchos años antes eran muertos; que de presente en las casas de moneda de la ciudad de Granada no acuñaban oro ni plata, sino en su lugar forjaban lanzas, saetas y alfanges. Ofendióse el rey don Fernando con respuesta tan soberbia: no obstante esto, forzado de la necesidad otorgó las treguas que le pedian, que es gran cordura acomodarse con el tiempo.

En tanto que estas cosas se trataban, á la reina sobrevinieron sus dolores de parto, de que nació un niño que llamaron el príncipe don Juan, á veinte y ocho de junio domingo una hora antes de médio dia, que heredara los estados de sus padres y abuelos si por lo que Dios fué servido, no le arrebatara la muerte cruel y desgraciada en la flor de su edad, como se relatará adelante: bautizóle el cardenal don Pero Gonzalez arzobispo de aquella ciudad. El rey de Aragon aunque cansado no solo de negocios sino de vivir, con el grande vigor que siempre tuvo, pedia le enviase este niño para que se criase á la manera y conforme á las costumbres de Aragon; además que por su larga esperiencia se recelaba que si le entregaban á alguno para que le criase (lo que sucedió los años pasados) no fuese ocasion que en su nombre se revolviesen las cosas en Castilla.

Tenia el mismo rey de Aragon otro debate muy grande sobre la iglesia de Zaragoza. Pretendia por estar vaca por la muerte de don Juan de Aragon se diese á don Alonso su nieto, al cual su hijo el rey don Fernando en Cervera pueblo de Cataluña hobo de una muger fuera de matrimonio. Ofrecíanse dos dificultades, la una que no era legítimo, y por esta fácilmente pasaba el pontífice Sixto; la segunda su pequeña edad, que no tenia mas que seis años, en ninguna manera la queria suplir. Entre las demandas y respuestas que andaban sobre el caso, por el mucho tiempo que aquel arzobispado vacaba, le coló el papa al cardenal Ausias Dezpuch: entendia que el rey lo llevaria bien, atento los grandes servicios de su deudo el maestre de Montesa; no fué así, antes mostró sentirse en tanto grado que se apoderó de los bienes y rentas del cardenal, y maltrató á sus deudos. Con esto, y por la instancia que el rey de Nápoles hizo por tener gran cabida con el pontífice, el de Aragon salió últimamente con lo que pretendia, que aquella iglesia se diese á don Alonso su nieto con título de administracion perpetua: ejemplo malo, y principio de una perjudicial novedad.

La importunidad del rey venció la constancia del pontífice: daño que siempre se tachará, y siempre resultará, por querer los príncipes meter tanto la mano en los derechos de la iglesia, en especial que en aquel tiempo tenian introducida una costumbre, que ningun obispo fuese en España elegido sino á suplicacion de los reyes y por su nombramiento: ocasion con que poco despues resultó otra contienda sobre la iglesia de Tarazona. Por muerte del cardenal Andrés Ferrer la dió el pontífice á uno llamado Andrés Martinez: hizo resistencia el rey don Fernando con intento que revocada aquella eleccion, se diese aquel obispado al cardenal de España, como últimamente se hizo. Acabóse este pleito con otra reyerta semejante: el pontífice Sixto confirió cuatro años adelante el obispado de Cuenca que vacaba, á Rafael Galeoto pariente suyo: opúsose el rey don Fernando, y en fin acabó que se diese aquella iglesia de Cuenca á don fray Alonso de Burgos su confesor que ya era obispo de Córdova. Juntamente se espidió una bula en que concedió el papa á los reyes de Castilla para siempre que en los obispados fuesen elegidos los que ellos nombrasen y pidiesen, como tambien cuatro años antes deste en que vamos, á instancia del rey don Enrique él mismo otorgó otra bula en que mandó no se diesen de allí adelante á extranjeros espectativas para los beneficios de aquel reino, pleito sobre que de atrás hobo grandes reyertas.

Diego de Saldaña embajador de aquel rey fué el que alcanzó esta gracia, segun que consta por la misma bula, cuyo traslado no me pareció poner aquí. Fué este caballero persona muy principal: pasóse á Portugal con la pretensa princesa doña Juana, cuyo mayordomo mayor fué, y dél hay hoy descendientes en aquel reino, fidalgos principales. Don fray Alonso de Burgos, de Cuenca trasladado últimamente al obispado de Palencia, edificó en Valladolid el monasterio muy célebre de S. Pablo de su órden de Sto. Domingo, si bien en tiempo del rey don Alonso el Sábio, y mas adelante con ayuda de su nuera la reina doña María señora de Molina se comenzó. La iglesia sin duda que hoy tiene, la fabricó los años pasados el cardenal Juan de Turrecremata, hijo que fué de aquel convento y casa.

CAPITULO XVII.

El santo oficio de la Inquisicion se instituyó en Castilla.

Mejor suerte y mas venturosa para España fué el establecimiento que por este tiempo se hizo en Castilla de un nuevo y santo tribunal de jueces severos y graves á propósito de inquirir y castigar la herética pravedad y apostasía, diversos de los obispos á cuyo cargo y autoridad incumbia antiguamente este oficio. Para esto les dieron poder y comision los pontífices romanos, y se dió órden que los príncipes con su favor y brazo los ayudasen. Llamáronse estos jueces inquisidores, por el oficio que ejercitaban de pesquisar y inquirir: costumbre ya muy recebida en otras provincias, como en Italia, Francia, Alemania y en el mismo reino de Aragon. No quiso Castilla que en adelante ninguna nacion se le aventajase en el deseo que siempre tuvo de castigar escesos tan enormes y malos. Hállase memoria antes desto de algunos inquisidores que ejercian este oficio, á lo menos á tiempo; pero no con la manera y fuerza que los que despues se siguieron.

El principal autor y instrumento deste acuerdo muy saludable fué el cardenal de España, por ver que á causa de la grande libertad de los años pasados, y por andar Moros y Judios mezclados con los cristianos en todo género de conversacion y trato, muchas cosas andaban en el reino estragadas. Era forzoso con aquella libertad que algunos cristianos quedasen inficionados: muchos mas, dejada la religion cristiana que de su voluntad abrazaran convertidos del judaismo, de nuevo apostataban y se tornaban á su antigua supersticion, daño que en Sevilla mas que en otra parte, prevaleció; así en aquella ciudad primeramente se hicieron pesquisas secretas y penaron gravemente á los que hallaron culpados. Si los delitos eran de mayor cantia, despues de estar largo tiempo presos, y despues de atormentados los quemaban; si ligeros, penaban á los culpados con afrenta perpetua de toda su familia.

A no pocos confiscaron sus bienes, y los condenaron á cárcel perpetua: á los mas echaban un Sambenito, que es una manera de escapulario de color amarillo con una cruz roja á manera de aspa, para que entre los demas anduviesen señalados, y fuese aviso que espantase y escarmentase por la grandeza del castigo y de la afrenta; traza que la esperiencia ha mostrado ser muy saludable, magüer que al principio pareció muy pesada á los naturales. Lo que sobre todo estrañaban era que los hijos pagasen por los delitos de los padres: que no se supiese ni manifestase el que acusaba, ni le confrontasen con el reo, ni hobiese publicacion de testigos; todo contrario á lo que de antiguo se acostumbraba en los otros tribunales. Demas desto les parecia cosa nueva que semejantes pecados se castigasen con pena de muerte, y lo mas grave, que por aquellas pesquisas secretas les quitaban la libertad de oir y hablar entre sí, por tener en las ciudades, pueblos y aldeas personas á propósito para dar aviso de lo que pasaba: cosa que algunos tenian en figura de una servidumbre gravísima y á par de muerte.

Desta manera entonces hobo pareceres diferentes: algunos sentian que á los tales delincuentes no se debia dar pena de muerte; pero fuera desto confesaban era justo fuesen castigados con cualquier otro género de pena. Entre otros fué deste parecer Hernando de Pulgar, persona de agudo y elegante ingenio, cuya historia anda impresa de las cosas y vida del rey don Fernando: otros, cuyo parecer era mejor y mas acertado, juzgaban que no eran dignos de la vida los que se atrevian á violar la religion, y mudar las ceremonias santísimas de los padres; antes que debian ser castigados, demas de dalles la muerte, con perdimiento de bienes y con infamia sin tener cuenta con sus hijos, ca está muy bien proveido por las leyes que en algunos casos pase á los hijos la pena de sus padres, para que aquel amor de los hijos los haga á todos mas recatados: que con ser secreto el juicio se evitan muchas calumnias, cautelas y fraudes, además de no ser castigados sino los que confiesan su delito, ó manifiestamente están dél convencidos: que á las veces las costumbres antiguas de la iglesia se mudan conforme á lo que los tiempos demandan; que pues la libertad es mayor en el pecar, es justo sea mayor la severidad del castigo. El suceso mostró ser esto verdad y el provecho que fué mas aventajado de lo que se pudiera esperar.

Para que estos jueces no usasen mal del gran poder que les daban, ni cohechasen el pueblo, ó hiciesen agravios, se ordenaron al principio muy buenas leyes y instrucciones: el tiempo y la esperiencia mayor de las cosas ha hecho que se añadan muchas mas. Lo que

hace mas al caso, es que para este oficio se buscan personas maduras en la edad, muy enteras y muy santas, escogidas de toda la provincia, como aquellas en cuyas manos se ponen las haciendas, fama y vida de todos los naturales. Por entonces fué nombrado por inquisidor general fray Tomás de Torquemada de la órden de Sto. Domingo, persona muy prudente y docta, y que tenia mucha cabida con los reyes por ser su confesor, y prior del monasterio de su órden de Segovia. Al principio tuvo solamente autoridad en el reino de Castilla: cuatro años adelante se estendió al de Aragon, ca removieron del oficio de que alli usaban á la manera antigua, los inquisidores fray Cristóval Gualbes, y el maestro Ortes de la misma órden de los predicadores.

El dicho inquisidor mayor al principio enviaba sus comisarios á diversos lugares conforme á las ocasiones que se presentaban, sin que por entonces tuviesen algun tribunal determinado: los años adelante el inquisidor mayor con cinco personas del supremo consejo en la corte, do están los demas tribunales supremos, trata los negocios mas graves tocantes á la religion; las causas de menos momento y los negocios en primera instancia están á cargo de cada dos ó tres inquisidores repartidos por diversas ciudades. Los pueblos en que residen los inquisidores en esta sazon y al presente, son estos: Toledo, Cuenca, Murcia, Valladolid, Santiago, Logroño, Sevilla, Córdova, Granada, Ellerena; y en la corona de Aragon, Valencia, Zaragoza, Barcelona.

Publicó el dicho inquisidor mayor edictos en que ofrecia perdon á todos los que de su voluntad se presentasen: con esta esperanza dicen se reconciliaron hasta diez y siete mil personas entre hombres y mugeres de todas edades y estados; dos mil personas fueron quemadas, sin otro mayor número de los que se huyeron á las provincias comarcanas. Deste principio el negocio ha llegado á tanta autoridad y poder que ninguno hay de mayor espanto en todo el mundo para los malos, ni de mayor provecho para toda la cristiandad: remedio muy á propósito contra los males que se aparejaban, y con que las demas provincias poco despues se alteraron; dado del cielo, que sin duda no bastara consejo ni prudencia de hombres para prevenir y acudir á peligros tan grandes como se han esperimentado y padecen en otras partes.

CAPITULO XVIII.

De la muerte del rey don Juan de Aragon.

Partieron de Sevilla los reyes don Fernando y doña Isabel. Antes de la partida dejaron mandado al duque de Medina y al marques de Cadiz que no pudiesen entrar en aquella ciudad: con tanto quitadas las cabezas de las parcialidades, todo quedó apaciguado. Por otra parte Lope Vasco portugués de nacion se apoderó en nombre del rey don Fernando del castillo de Mora, cuyo alcaide era: está situada esta fuerza en Portugal á la raya de Castilla. Hecho esto, dió aviso para que le enviasen socorro. Tenia el rey don Fernando gran deseo de hacer en persona guerra á Portugal por parecelle que con esto ganaba reputacion, pues mostraba en ello tener tantas fuerzas y ánimo, que no solo defendia su reino sino acometia las tierras de sus contrarios: intento que ni al rey de Aragon su padre, ni á los mas prudentes pareció bien, porque á qué propósito sin gran esperanza poner á riesgo su persona? á qué fin aventurar su estado, de que tenia pacífica posesion, y ponello todo al trance de una batalla? Encargó pues el cuidado de aquella guerra al maestre de Santiago don Alonso de Cárdenas: dióle mil y quinientos caballos y quince mil infantes, esto por el mes de agosto. El ruido fué mayor que el provecho, mayormente que don Juan príncipe de Portugal recobró á Mora, con que todos aquellos intentos se desbarataron. Importaba mas confirmar en su servicio á Trujillo: á esta causa despues por Córdova los reyes pasaron allá.

En este tiempo en Francia en un pueblo llamado Laudo en la comarca de Cahors, á once de setiembre por medio de embajadores que se enviaron sobre el caso, se concertó casamiento entre don Fadrique hijo segundo del rey de Nápoles y madama Ana hija de Amadeo duque de Saboya. El rey de Francia á la desposada por ser hija de su hermana señaló en dote un estado principal en Francia, y entretanto que no se le daba, y hasta que el rey de Aragon pagase el dinero sobre que tenian diferencias, ofreció de dalle en prendas lo de Ruysellon y Cerdania. Dió este negocio gran desabrimiento á los reyes padre y hijo: sobre todo se ofendieron del rey de Nápoles, que sin respeto de ser tan parientes parecia hacer mas caso

de la amistad de Francia que de la de España, y sentian mucho aceptase, aunque se los ofreciesen, aquellos estados sobre que ellos traian pleito y guerra, mayormente que el tiempo de las treguas que tenian con el rey de Francia, espiraba, y corria peligro no volviesen á las armas en sazon muy poco á propósito para la una nacion y la otra.



Espada de doña Isabel La Católica. *(Armería Real de Madrid).*

El francés ocupado en apoderarse de Flandes parecia no hacer caso de todo lo demas. En Castilla aun no estaban del todo las cosas apaciguadas á causa que el rey de Portugal se apercebia de nuevo para la guerra, y la condesa de Medellin doña Beatriz Pacheco muger de ánimo varonil juntamente con el clavero de Alcántara Alonso de Monroy andaban alborotados. Por esto Juan de Gamboa gobernador de Fuente-Rabia, y el arcediano de Almazan por mandado del rey don Fernando trataron con los embajadores de Francia que vinieron á Bayona, de asentar una nueva confederacion. Diéronse tan buena maña en ello, y apretaron el tratado de suerte que á diez de octubre concertaron que las treguas se mudasen en paces con las mismas condiciones que antes de aquella guerra de tiempo antiguo hobo entre aquellas dos casas reales: comprendieron tambien en las paces al rey de Aragon; lo cual qué otra cosa era sino hacer burla dél, pues no le restituian el estado sobre que era el debate? Asentaron empero que se nombrasen por cada parte dos jueces para componer esta diferencia y las demas que quedasen por determinar.

El alegría que toda Castilla recibió por esta causa, se aumentó con otras dos ocasiones: la una fué que don Enrique conde de Alba de Liste y tio del rey vino á Trujillo puesto en libertad de la prision en que le tenian desde la batalla de Toro; la otra que el arzobispo de Toledo forzado de la necesidad, ca le tenian embargadas todas sus rentas y tomados los mas de sus lugares, se redujo últimamente al servicio del rey don Fernando, y para mas seguridad entregó todos sus castillos, que se tuviesen por el rey. Achacábanle que de nuevo traia inteligencias con el rey de Portugal, y que le atizaba para que entrase en Castilla; todavía el arcediano de Toledo llamado Tello de Buendía, hombre docto y grave, y que adelante murió obispo de Córdova, enviado para descargar al arzobispo su amo, con su buena diligencia alcanzó de los reyes que le diesen perdon, quier fuese verdadero, quier falso aquel cargo.

Demas desto en Roma el pontífice Sixto revocó la dispensacion que dió al rey de Portugal para casar con su sobrina doña Juana, en que al parecer de algunos se tuvo mas cuenta con dar gusto al rey de Nápoles que hacia sobre esto grande instancia, que con la constancia y autoridad pontifical: así por el mes de diciembre envió un breve á España en este propósito. Para dar órden en todo, y sobre todo para asentar las paces con Francia trataban los reyes padre y hijo de tener habla entre sí, y á este fin ir á Molina y á Daroca, cuando al rey de Aragon sobrevino en Barcelona una dolencia de que murió un martes á diez y nueve de enero, principio del año de nuestra salvacion de 1479: su cuerpo enterraron en Poblete. Su pobreza era tal que para el gasto del enterramiento fué menester empeñar las alhajas de la casa real. Vivió ochenta y un años, siete meses y veinte dias: tuvo siempre el cuerpo recio y á propósito para los trabajos de la guerra y de la caza, el ánimo vivo y despierto, y que por la grandeza y variedad de las cosas que hizo, junto con los muchos años que reinó, se puede igualar con los grandes reyes, verdad es que afeó lo postrero de su edad con el apetito que tenia mas que fuerzas para la deshonestidad, ca puso los ojos y su aficion en una moza de buen parecer llamada Francisca Rosa, que trató el tiempo pasado de casarla con don Jaime de Aragon, aquel de quien se dijo que hizo justiciar en Barcelona.

En su testamento que tenia hecho diez años antes deste, dió órden se hiciesen muchas obras pías, muestra de su cristiandad, en particular que se edificasen dos templos y monasterios de la órden de S. Gerónimo, que son al presente muy señalados en santidad y devocion, el uno de Sta. Engracia en Zaragoza, que está pegado con el muro de la ciudad, el otro en Cataluña, su advocacion de Sta. María de Belpuche; su hijo cumplió enteramente lo que en esta parte dejó ordenado. Mandó otrosí que heredasen el reino de Aragon los nietos del rey don Fernando su hijo, aunque fuesen de parte de hija, en caso que no tuviese hijo varon. Item que los tales nietos fuesen preferidos á las hijas del mismo: ordenacion bien estraña. Asi ruedan, y muchas veces por voluntad de los reyes, se mudan y truecan los derechos de reinar y de la sucesion real.

CAPITULO XIX.

De doña Leonor reina de Navarra.

Por la muerte del rey de Aragon (como era necesario, y como él lo dejó proveido en su testamento) se dividieron sus estados: lo de Aragon quedó por el rey don Fernando, la princesa doña Leonor por parte de su madre heredó el reino de Navarra. Estaba viuda de siete años antes, y por el mismo caso sujeta á continuas y muy grandes desgracias: aquella gente andaba como furiosa, dividida en sus antiguas parcialidades, que parece era castigo y pena de la muerte impía dada á don Nicolás obispo de Pamplona, y no castigada como fuera justo; llevaban lo mejor los Biamonteses, contrarios á la nueva reina. Demas de la culpa ya dicha castigaba Dios á aquella familia y generacion destos príncipes, y congojaba sus ánimos en venganza de las injustas muertes que se dieron á don Carlos príncipe de Viana y á doña Blanca su hermana, sin dejar reposar á los culpados, ni quedar alguno que no fuese castigado.

El reinado de doña Leonor fué muy breve, que aun no duró mes entero. En hijos y sucesion fué mas afortunada que en su vida: tuvo cuatro hijos, Gaston el mayor, Juan, Pedro, Jacobo; cinco hijas, María, Juana, Margarita, Catarina y Leonor: de todos y en particular de cada uno se dirá alguna cosa como príncipes de quien se deducen los linages de muchas y grandes casas. Gaston murió como queda dicho: dejó dos hijos, que fueron Francisco Phebo

y Catarina, reyes el uno en pos del otro de Navarra. Juan fué señor de Narbona, ciudad que su padre compró con dineros: tuvo por hijos á Gaston y á doña Germana; Gaston murió en la de Ravena en que era general por el rey Luis doceno de Francia, doña Germana casó con el rey don Fernando el Católico, viudo de su primer matrimonio. Pedro se dió á las letras y á los ejercicios de la piedad, y el pontífice Sixto le hizo cardenal. Jacobo se ejercitó con grande ánimo en la guerra sin casarse en toda la vida, bien que tuvo algunos hijos fuera de matrimonio, ni muy señalados, ni tampoco de poca cuenta.

María la hija mayor casó con Guillermo marques de Monferrat. Juana con el conde de Armeñac, llamado Juan. Con Francisco duque de Bretaña casó Margarita, y deste matrimonio quedaron dos hijas llamadas Ana y Isabel: Ana como heredera de su padre juntó aquel estado con la casa de Francia, porque casó con Carlos octavo, y muerto este, con Luis doceno, reyes que fueron de Francia. Catarina, cuarta hija de doña Leonor, casó con Gaston de Fox conde de Candalla: parió dos hijos, y una hija que se llamó Ana y casó con el rey Ladislao de Hungría. Leonor la menor de las hijas desta nueva reina falleció doncella en edad de casar.

La cepa de toda esta generacion, que fué esta reina doña Leonor, por tener el cuerpo quebrantado con los trabajos, y el corazon aquejado con las penas, falleció á doce de febrero en Tudela do comenzó á reinar. Mandó en su testamento que en Tafalla de su hacienda se edificase una iglesia de Franciscos, y que allí fuese enterrado su cuerpo y trasladados los huesos de la reina doña Blanca su madre que depositaron los años pasados en la iglesia de nuestra Señora de Nieva, pueblo en Castilla la Vieja no lejos de Segovia. Fué tanta su pobreza, por estar consumidas las rentas reales á causa de los alborotos y parcialidades, que por falta de dineros era forzada para sustentar su casa á vender las joyas de su persona.

Sucedióle en el reino su nieto Francisco en edad de solo once años: por su estremada hermosura le llamaron Phebo por sobrenombre. Encargáronse del gobierno hasta tanto que que fuese de edad conveniente, madama Madalena su madre y el cardenal su tio llamado Pedro: cargo que ejercitaron prudentemente segun los tiempos tan estragados. Tuvo la reina difunta poca ayuda en sus trabajos del rey de Castilla su hermano: por esto no le nombró en su testamento; antes por su mandado, y por ser ellos de nacion Franceses comenzaron los gobernadores á inclinarse á la parte de Francia: cosa muy perjudicial para ellos, y ocasion que en breve perdiesen aquel su antiguo reino. Esto era lo que se hacia en Navarra.

En Castilla andaban algunas opiniones nuevas en materia de religion. Fué así que Pedro Oxômense lector que era de teología en Salamanca, hombre de ingenio atrevido y malo, publicó un libro lleno de muchas mentiras, que no será necesario relatar aquí por menudo, basta saber que principalmente se enderezaba contra la magestad de la iglesia romana, y el sacramento de la confesion: por una parte decia que el sumo pontífice en sus decretos y determinaciones puede errar, por otra porfiaba que los sacerdotes no tenian poder para perdonar los pecados, y que la confesion no era institucion de Cristo, sino remedio inventado por los hombres, aunque provechoso para enfrenar la maldad y la libertad de pecar. Para reprimir este atrevimiento el arzobispo de Toledo por mandado del papa Sixto juntó en Alcalá, donde era su ordinaria residencia, personas muy doctas, con cuya consulta condenó aquellas opiniones, y puso pena de descomunion á su autor, si no las dejaba y retrataba: pronuncióse esta sentencia á veinte y cuatro de mayo, y poco despues el pontífice Sixto la confirmó en una bula suya. Escribió contra el dicho Pedro un libro asáz grande Juan Prejano, teólogo señalado en aquella edad, y adelante obispo de Ciudad-Rodrigo: su estilo es grosero, conforme al tiempo, el ingenio agudo y escolástico.

Haciase la guerra sobre el estado de Villena, ca el marques porque no cumplian con él, acudió á las armas, y en sazon que la gente del rey se puso sobre Chinchilla, el marques de Villena vino á dalle socorro, y con su venida forzó á los contrarios á alzar el cerco. Demas desto de los dos capitanes principales que hacian la guerra por el rey, Pero Ruiz de Alarcon fué desbaratado cerca del Alverca por Pedro de Baeza, y don Jorge Manrique en una nueva refriega que tuvo con el mismo Pedro de Baeza cerca de Cañavete, salió herido, de que poco despues murió: gran lástima que tal ingenio faltase en lo mejor de su edad. El marques de Villena quedaba por el mismo caso cargado de haber tomado las armas contra la gente del rey: él se escusaba con las insolencias de aquellos capitanes que le forzaron á defenderse; alegaba otrosí que no tenia otros nuevos tratos ni con el rey de Portugal, ni con

el arzobispo de Toledo. Estas escusas, sean verdaderas, sean aparentes, últimamente le valieron para que no fuese mas maltratado, ni se procediese con mas aspereza contra él.

Sucedió en esta guerra un caso estraordinario y digno que se sepa. Los del rey hicieron ahorcar á seis de los muchos prisioneros que tenian: en venganza desto Juan Berrio capitan por el marques mandó que se hiciese otro tanto con los cautivos que tomara de los contrarios. Echaron suerte entre todos para se ejecutar: tenian presos dos hermanos, el uno que tenia muger y hijos, el otro mancebo, cuyos nombres no se saben, el caso es muy cierto; cupo la triste suerte al casado, y ejecutárase si no fuera por la instancia del otro hermano que se ofreció en su lugar para ser puesto en el palo, como al fin se hizo despues de muchas lágrimas y porfía que hobo entre los dos, con grande lástima de todos los que se hallaron presentes á un tan triste y tan cruel espectáculo.

CAPITULO XX.

De las paces que se hicieron entre Castilla y Portugal.

A los reyes don Fernando y doña Isabel vino nueva de la muerte del rey don Juan, y de la herencia que por el mismo caso les venia de la corona de Aragon en sazon que en Extremadura se ocupaban en apaciguar los alborotos que en aquella tierra causaban la condesa de Medellin doña Beatriz Pacheco y el clavero de Alcántara don Alonso de Monroy. La condesa era de ánimo mas que de muger, pues tuvo preso algunos años á su mismo hijo don Juan Portocarrero, y por remate le echó de su casa; que fué la causa para tomar las armas, ca temia no la forzasen por justicia á restituir á su hijo aquel condado como herencia de su padre, sobre lo cual le tenia puesta demanda: pretendia otrosí no le quitasen la ciudad de Mérida, en que tenia puesta guarnicion de soldados. El clavero sentia mucho que le hobiesen injustamente, como él se quejaba, quitado el maestrazgo de su órden por dársele á don Juan de Zúñiga. Con este color se apoderaba con las armas de muchos lugares de aquella órden. Demas desto trataban los reyes de apercebirse para la guerra de Portugal, que se temia seria mas brava que antes. Pero como quier que todos se hallasen cansados, y entendiesen cuan miserable cosa sea la guerra civil, que hace á los hombres furiosos, y al vencedor por gratificar á los que le ayudan, pone en necesidad de hacer muchos desaguisados contra su voluntad, acordaron de mover tratos de paz; de que tanto mayor deseo tenian los Portugueses que junto al Albufera dos leguas de Mérida quedaron rotos en una batalla señalada que les dió el maestre de Santiago á los veinte y cuatro de febrero. El destrozo fué tan grande que pocos pudieron salvarse en Mérida, que como se ha dicho se tenia por la condesa de Medellin.

En esta batalla el maestre se mostró muy prudente y esforzado; con él otros capitanes, entre los demas Diego de Vera, que mató al alferez real y le tomó el estandarte. El premio al maestre quitalle la pension de tres cuentos que le pusieron cuando los reyes le dieron el maestrazgo: á Diego de Vera y á otros capitanes diferentes mercedes. Con esta ocasion doña Beatriz, tia que era de la reina doña Isabel de parte de madre, y duquesa de Viseo, viuda, y tambien suegra de don Juan príncipe de Portugal, señora por todo esto de grande autoridad, y prudencia no menor, tomó la mano para concertar estas diferencias entre Portugal y Castilla.

Era cosa muy larga para el rey don Fernando esperar el remate en que estas práticas paraban, por el deseo que tenia de ir á tomar posesion del reino de su padre, en que resultaban novedades en tanto grado que para enfrenar el orgullo de los Navarros, que en aquel reino se habian apoderado de algunos castillos mal apercebidos, y no dejaban de hacer robos y cabalgadas en la tierra, los Aragoneses convocaron cortes sin dar al nuevo rey dello parte: resolucion que si bien no se tiene por ilícita conforme á los fueros de Aragon, era muy pesada, y convenia atajalla. Todo esto le puso en necesidad de remitir á la reina el cuidado de tratar y concluir las paces con su tia. Para este efecto se acordó entre las dos habla en la villa de Alcántara. Esto concertado, él se fué á Guadalupe para de camino visitar aquella santa casa, y hacer en ella sus votos y plegarias. Desde allí por Santolalla, villa no lejos de Toledo, y por Hariza y Calatayud entró en Aragon.

En Zaragoza hizo su entrada á veinte y ocho de junio con toda solemnidad y grande aplauso de la ciudad y concurso del pueblo que le salió al encuentro. Iba á su lado Luis Naia, el

principal y cabeza de los jurados: el rey quitado el luto, á caballo debajo de un pálio, vestido de brocado y con un sombrero muy rico. El pueblo á voces pedia á Dios fuese su reinado dichoso y de muchos años. Ocupóse en aquella ciudad en hacer justicia y dar grata audiencia á todos los que se tenian por agraviados. Poco despues pasó á Barcelona. Allí trató de recobrar lo de Ruysellon y de Cerdania, si bien por entonces no tuvo efecto: no estaba aun el negocio sazonado, dado que no andaba muy lejos de madurarse; solo por entonces se nombraron los cuatro jueces para concertar todas las diferencias que resultaban entre el rey de Francia y el de Aragon, conforme al acuerdo que en Bayona se tomó. De Barcelona dió el rey vuelta á Valencia; allí fué recebido con las mismas muestras de alegría que en los otros estados. En aquella ciudad atendió á sosegar ciertos alborotos nuevos que se levantaron á causa que don Jimeno de Urrea vizconde de Biota con mano armada al improviso prendió á don Jaime de Pallas vizconde de Chelva, y con él á su muger: el achaque era que le pertenecian á él los pueblos de Chelva y de Manzanera que su contrario poseia. El que pudiera seguir su justicia, por acudir á las armas y usar de fuerza perdió su pretension, como era justo. Lo primero por mandado del rey dejaron las armas: despues á cabo de tres años que duró el pleito, los jueces movidos por el atrevimiento de don Jimeno dieron contra él la sentencia, y adjudicaron aquellos pueblos á su contrario don Jaime de Pallas.



Patio y escalera del hospital de Toledo, fundado por el Gran Cardenal.

En el mismo tiempo la reina doña Isabel y doña Beatriz su tia se juntaron en Alcántara. Gastáronse dias en demandas y respuestas. Por conclusion pusieron por escrito estas capitulaciones: Que el rey de Portugal no se intitulase rey de Castilla, ni trajese en sus escudos las armas de aquel reino; lo mismo hiciese el rey don Fernando en lo tocante al reino de Portugal: que la pretensa princesa doña Juana casase con el príncipe don Juan hijo del rey don Fernando luego que él tuviese edad bastante: que si el príncipe llegado á los años de discrecion no viniese en aquel casamiento, pagasen en tal caso sus padres á doña Juana cien mil ducados: que todavía ella tuviese libertad, si le pareciese mucha la tardanza y no quisiese aguardar, de meterse monja: item que con don Alonso nieto del rey de Portugal y su heredero casase doña Isabel hija de los reyes de Castilla: á los nobles de Castilla no se les

diese acogida en Portugal por ser ocasion de revueltas y alteraciones: de la navegacion y descubrimiento y conquista de las riberas de Africa á la parte del mar Océano, acordaron quedase para siempre por los reyes de Portugal, sin que nadie les pusiese en ello impedimento: últimamente para seguridad que todas estas capitulaciones se cumplirian, la misma doña Juana y doña Isabel hija del rey don Fernando, y don Alonso nieto del rey de Portugal fuesen puestos como en rehenes para que la duquesa misma doña Beatriz los tuviese en su poder en el castillo de Mora; demas desto el rey de Portugal á la raya de Castilla diese en prendas de que guardaria lo concertado, otros cuatro castillos. Desta manera se dejaron las armas, y cesó la guerra que duró tanto tiempo en gran daño de las dos naciones, mayor de la portuguesa. Los regocijos y procesiones que por estas paces el mes de octubre se hicieron en toda España, fueron estraordinarios. La una nacion y la otra, que antes se hallaban temerosas y cuidadosas del suceso y remate de aquella guerra, trocaban el temor en alegría, y concebian en sus ánimos mejor esperanza para adelante. Todos alababan mucho la prudencia y valor de la duquesa de Viseo doña Beatriz.

El mismo rey don Fernando desde Valencia, do le tomó esta alegre nueva, acudió á Toledo al fin deste año. Doña Isabel su muger reina mas esclarecida que antes, y de mayor crédito por las paces que hizo tan á ventaja suya, le aguardaba en aquella ciudad. Allí se dobló aquella alegría á causa que la reina doña Isabel parió á seis de noviembre una hija que se llamó doña Juana, la cual tenia determinado el cielo heredase finalmente los reinos de sus padres y de sus abuelos. Poco despues desto la pretensa princesa doña Juana vista la burla que della se hizo, bien que con muestra de querella honrar, se metió monja en Santa Clara de Coimbra: manera de vida que si bien la tomó forzada de la necesidad, perseveró en ella muchos años en mucha virtud hasta lo postrero de su vida, enfadada de la inconstancia y variedad de las cosas que por ella pasaron. Sin embargo los infantes doña Isabel y don Alonso (segun que dejaron acordado) fueron entregados á doña Beatriz para seguridad que las demas condiciones se cumplirian. Juntamente la condesa de Medellin y el Clavero de Alcántara de su voluntad se redujeron á mejor partido. Lo mismo hicieron otros nobles de Castilla que eran la principal fuerza del partido de Portugal.

El marques de Villena otrosí mudadas algunas condiciones de las que antes le ofrecieran, volvió otra vez en la gracia de los reyes, que fué por principio del año 1480. En virtud del nuevo asiento el marques se quedó con los estados de Escalona y Belmonte: Villena y Almansa con las demas villas de aquel estado quedaron por los reyes. Pasó por esto el marques por entender fuera poco acierto trabajar en lo que no podia alcanzar, y por pretender recobrar lo perdido poner á riesgo lo que le quedaba. Desta manera se enflaquecieron las fuerzas y poder del de Villena: por el mismo caso la concordia tuvo mas seguridad.

Renato duque de Anjou, príncipe señalado así por sus adversidades como por su larga vida, falleció en Francia por el mes de enero. Hasta el fin de su vida se intituló rey de Aragon, de Sicilia y de Jerusalem, apellidos de solo título, vanos y sin fruto alguno, ni esperanza de recobrallos. Nombró por su heredero universal en su testamento á Carlos su sobrino hijo de Carlos su hermano: á Renato duque de Lorena nieto suyo de parte de madre dejó el ducado de Bari, estado principal que él mismo poseia en Francia.

CAPITULO XXI.

Que el rey de Portugal falleció.

Tuviéronse en Toledo cortes generales de Castilla: concurrieron á ellas muchas gentes, los votos fueron libres, y muchas las quejas. Los pueblos pretendian que los nobles robaban las haciendas de los pobres, y que su avaricia tenia los tesoros reales consumidos, las rentas públicas enagenadas, de que resultaba necesidad de intentar cada dia nuevas imposiciones en grave perjuicio de los que las pagaban. Tratóse de remedio: nombráronse jueces que oidas las partes pronunciaron que las donaciones hechas imprudentemente por el rey don Enrique, ó ganadas como por fuerza por la revuelta de los tiempos no fuesen válidas. El atrevimiento de los nobles y sus demasías con todo esto no se podian refrenar, ni hacer que los magistrados y leyes tuviesen autoridad, por estar todo muy estragado; solamente por el mes de mayo todos los tres brazos juraron á don Juan hijo de los reyes por príncipe y heredero de sus padres y de sus estados para despues de sus dias, todo á propósito de ganar

mas autoridad y asegurar mas el reino. Parecia que con aquel nuevo vínculo del juramento sosegarian las voluntades dudosas de los naturales en su servicio.

Desta manera asentadas las cosas de Castilla la Nueva pasaron los reyes á Medina del Campo y á Valladolid: hiciéronse en aquellas partes algunos castigos señalados de personas nobles por delitos que cometieron, con que otros quedaron escarmentados. Los Gallegos por ser gente feroz todavía no sosegaban, antes las ciudades de Lugo, Orense, Mondoñedo y tambien Bivero y la Coruña no querian obedecer ni allanarse á los reyes. Despacharon á Hernando de Acuña, y un jurista llamado García de Chinchilla para quietar aquellos movimientos. Estos con una junta que hicieron de aquella gente en Santiago, y con justiciar al mariscal Pedro Pardo y otros hidalgos revoltosos pusieron en todos grande espanto.

Desta manera la autoridad de los reyes quedó en aquella provincia en su punto, y las leyes y magistrados despues de mucho tiempo cobraron las fuerzas que antiguamente tenian, sin embargo que el rey don Fernando se hallaba ausente, y era ido á Cataluña, que es lo postrero de España, con esta ocasion. El gran turco Mahomete soberbio por las muchas victorias que ganara, combatia la isla de Rhodas, que era un fortísimo baluarte por aquella parte de todo el imperio de los cristianos: teníala cercada por mar y por tierra; gastó en esto en balde tres meses á causa que aquellos caballeros se defendieron valerosamente, y que el rey de Nápoles les envió dos naves cargadas de municiones, vituallas y soldados. Con este socorro los Turcos, perdida la esperanza de salir con la empresa, alzado el cerco parte dellos por mar se fueron á la Bellona ciudad de Macedonia, puesta sobre el golfo de Venecia enfrente de la Pulla provincia del reino de Nápoles.

Con esta armada el Basa llamado Acomates pasó en Italia, y tomó por fuerza la ciudad de Otranto á trece de agosto: el estrago fué grande: no perdonaron aquellos bárbaros á ninguna persona, fuese soldado, ó de otra calidad. Desde allí hacian correrías por toda la Pulla, y todo lo ponian á fuego y á sangre: lo demas de Italia por el mismo caso estaba con gran miedo, y aun las naciones estrañas no se aseguraban. Este recelo movió á los reyes cristianos á juntar sus fuerzas para acudir á apagar aquel fuego; en particular el rey don Fernando envió á Gonzalo Beteta por su embajador al papa Sixto que á la sazon parecia estar algo desabrido y desgustado con el rey, de que se vieron muchas muestras; y de nuevo se confirmó esta sospecha á causa que sin dar al rey parte nombró al arzobispo de Toledo, sin embargo de su condicion, por su legado en España.

El comun peligro que todos corrian, pudo mas que los particulares desgustos para que tratasen de poner remedio en aquel daño. Con este intento de nuevo envió otrosí á don Juan Melguerite obispo de Girona desde Barcelona, por el mes de febrero del año **1481**, á los príncipes de Italia para hacer liga con ellos. Junto con esto el rey en Barcelona para acudir con sus fuerzas hizo juntar una armada de treinta y cinco bajeles entre mayores y menores: lo mismo hizo el rey de Portugal, que armó para este efecto veinte naves. Iban estos socorros muy despacio: asi don Alonso duque de Calabria con las fuerzas de Italia que juntó, aunque con dificultad, en fin apretó á aquellos bárbaros con un cerco que puso á aquella ciudad.

Pudiera durar mucho tiempo la guerra y el cerco, y tener grandes dificultades, si no sobreviniera nueva de la muerte del gran turco Mahomete, que falleció en Nicomedia de Bithynia á tres de mayo. Los Turcos con este aviso el quinto mes despues que el cerco se puso, rindieron la ciudad á partido que los dejasen ir libres. Quedóse el duque de Calabria con parte de aquella gente, que serian hasta mil y quinientos Turcos, para ayudarse dellos contra Florentines. Decíase comunmente que se les empleaba bien este daño, por ser ellos los que hicieron venir aquella gente á Italia; si bien muchos sospechaban era invencion de don Alonso á propósito de cargar á sus enemigos el ódio que contra él de entretener esta gente resultaba.

Por la muerte de Mahomete se levantaron en Constantinopla grandes alteraciones: unos querian por emperador á Bayacete hijo mayor del difunto, otros á Gemes su hermano con color que su padre le hobo ya que era emperador. Llegó el negocio á las armas y á las manos. Bayacete venció á su hermano junto á Prusia ciudad de Bithynia, y le forzó á huirse primero á Egipto y despues á Rhodas. Los caballleros de Rhodas, recebido que le hobieron y tratado muy bien, entre muchos y príncipes que le pidieron, le enviaron como en presente al rey de Francia. Los socorros de Aragon y de Portugal fueron de poco efecto á causa que nuestras armadas llegaron á aquellas riberas despues que Otranto se rindió. Desta tardanza,

demas de caer aquellas partes tan lejos de España, fueron ocasion otras ocupaciones en que aquellos dos reyes se hallaban embarazados; el rey don Fernando en las cortes de Aragon que se tenian en Calatayud, adonde la reina doña Isabel por mandado de su marido trajo á su hijo el príncipe don Juan: quedó encomendado el gobierno de Castilla al almirante don Alonso Enriquez y al condestable Pero Hernandez de Velasco. Lo que pretendian los reyes, era que los Aragoneses le jurasen por príncipe y heredero de aquel reino, como lo hicieron á veinte y nueve de mayo: lo mismo se hizo poco despues en Barcelona por lo que tocaba al principado de Cataluña.

Demas desta ocupacion un nuevo cuidado sobrevino al rey don Fernando de parte del reino de Navarra. Fué así que dos tios del nuevo rey, es á saber el cardenal Pedro y Jacobo su hermano vinieron á Zaragoza: allí habida audiencia, en una larga plática que tuvieron, pusieron delante los ojos al rey las miserias de aquella nacion: que los alborotados estaban apoderados de las ciudades y pueblos, los Biamonteses de Pamplona, los contrarios de Estella, Sangüesa y Olite: que al rey de Navarra no le quedaba mas que el nombre, sin autoridad, ni fuerzas. Para movelle á compasion de aquellos daños alegaban el deudo muy estrecho y la flaqueza de aquel príncipe mozo. Quejáronse de don Luis conde de Lerin, que como hombre que era bullicioso y atrevido, no cesaba de hacer muertes, quemas y robos en sus contrarios, y por engaño diera la muerte á Pedro de Navarra, y Philipe su hijo mariscales de Navarra: que por la muerte del condestable Pedro de Peralta se apoderó por fuerza de aquel oficio, y con él hacia mayores desaguisados; por tanto le suplicaban acorriese á aquel reino miserable, y le librase de la boca de aquella codicia y furia infernal: que Troylo Carrillo yerno de Pedro de Peralta, y heredero de su casa por vía de su muger, no tenia bastantes fuerzas para resistir al atrevimiento de su contrario el conde de Lerin que solo en comun y en particular podia mas que todo el resto.

Oyó esta embajada el rey don Fernando: prometió tendria cuidado de las cosas del rey Francisco, y para muestra desta su voluntad envió con estos príncipes personas á propósito para que de su parte avisasen á los alborotados que se templasen, y prestasen el vasallage debido á su rey. Hízose en Tafalla una junta y cortes de aquel reino: los embajadores representaron á los presentes lo que les fué mandado; respondieron los Navarros que si el rey no habia tenido libre entrada en el reino, no era por culpa de todos, sino de algunos pocos que alteraban el reino: que si él viniese, los pueblos no faltarian en ninguna cosa de las que deben hacer buenos vasallos. Esta respuesta dió contento, y asi se trató con el rey don Fernando que el rey Francisco viniese á Pamplona. Pareció debia venir guarnecido de soldados para que en aquella revuelta de tiempos alguno no se le atreviese.

Esto se trataba en los mismos dias que al rey de Portugal sobrevino la muerte en Sintra: á veinte y ocho de agosto falleció en el mismo aposento en que nació; su cuerpo llevaron á Aljubarrota. Sucedióle en su reino y estado su hijo don Juan segundo deste nombre: por la grandeza de su ánimo y gloria de sus hazañas tuvo renombre de Grande. Este príncipe por toda su vida tuvo grande enemiga con los reyes de Castilla como tambien su padre: el padre procedió mas al descubierto y á la llana, el hijo mas astutamente, y por tanto con mayor rabia descargó la saña sobre algunos señores de su reino que sospechaba favorecian el partido de Castilla, como luego se dirá. Por lo demas en la clemencia, piedad, severidad contra los malhechores, en agudeza de ingenio, presta y tenaz memoria igualó á los demas reyes de su tiempo, y aun se aventajó á muchos dellos. Suya fué aquella sentencia: «El reino ó halla á los príncipes prudentes, ó los hace», por el perpetuo trato que tienen con hombres de grandes ingenios, aventajados en todo género de saber, cuales son muchos de los que andan en los palacios reales, además que los que tratan con los príncipes, usan de palabras muy estudiadas á propósito de salir con lo que pretenden y dar muestra de lo que saben.

CAPITULO XXII.

De la muerte de tres príncipes.

En tres años contínuos fallecieron continuadamente otros tantos príncipes: en Marsella al fin deste año falleció Carlos duque de Anjou; dejó por su heredero al rey de Francia. Cuántos torbellinos y tempestades se levantarán contra Italia por esta causa? por la muerte deste príncipe al cierto se juntaron con el reino de Francia dos estados muy principales; el de

Anjou y el de la Provenza, sin otras pretensiones que turbaron el mundo. El año luego siguiente de 1482 á primero de julio falleció don Alonso Carrillo y de Acuña arzobispo de Toledo: bien que de larga edad, siempre de ingenio muy despierto y á propósito no solo para el gobierno sino para las cosas de la guerra: retiróse los años postreros forzado de la necesidad, y por desabrimiento mas que de su propia voluntad.

Sepultáronle en la capilla mayor de la iglesia de S. Francisco, monasterio que él mismo á su costa edificó en Alcalá de Henares, donde pasó lo postrero de su edad en mejores ejercicios. Erigió otrosí la iglesia de Sant Iuste parroquial de aquella villa en colegial, siete dignidades, doce canónigos, siete racioneros. Fué muy dado al alchimia, y murió pobre; todavía se dice dejó cantidad de dinero llegado para reparar la escuela de Alcalá, de que se ayudó despues el cardenal fray Francisco Jimenez para lo mucho que allí hizo los años adelante. A mano izquierda del sepulcro del arzobispo sepultaron asimismo el cuerpo de Troylo su hijo; mas el cardenal don fray Francisco Jimenez por ser cosa fea que hubiese memoria tan pública de la incontinencia de aquel prelado, hizo que el dicho sepulcro se quitase de allí, y le pasasen al capítulo de los frailes. Deste Troylo y de su hijo don Alonso, que fué condestable de Navarra, descienden los marqueses de Falces, señores conocidos en aquel reino: su apellido de Peralta.

Sucedió en la iglesia de Toledo y en aquel arzobispado el cardenal de España, gran competidor de don Alonso Carrillo, y que acompañó á los reyes en el viage de Aragon. Sus padres Iñigo Lopez de Mendoza marques de Santillana y doña Catalina de Figueroa: sus hermanos Diego Hurtado de Mendoza primer duque del Infantado, Lorenzo y Iñigo, condes el primero de Coruña, el otro de Tendilla, y otros. Fué este prelado gran personage no mas por la nobleza de sus antepasados que por sus grandes partes y virtudes: con aquella dignidad le quisieron pagar sus servicios y la voluntad que siempre tuvo de ayudar al público; á don Iñigo Manrique obispo de Jaen trasladaron en lugar del cardenal al arzobispado de Sevilla.

En Navarra despues de una larga alegría se siguió un trabajo y revés muy grande: que asi se aguan los contentos y se destemplan. El rey Francisco desde Francia (ca se entretuvo allí por las revueltas grandes y largas de Navarra) últimamente, como tenian concertado, en compañía de su madre y de sus tios, y de muchos nobles que de Francia y de Navarra le acompañaban, llegó á Pamplona. Recibiéronle los naturales con grande aplauso y solemnidad, y en la Iglesia Mayor de aquella ciudad se coronó por rey y se alzaron los pendones reales por él á tres dias de noviembre. Estaba en la flor de su edad, era de quince años, su belleza por el cabo, de muy buenas inclinaciones. Lo primero que hizo, fué mandar sopena de muerte que ninguno se llamase de allí adelante ni biamontés ni agramontés, apellidos de bandos odiosos y perjudiciales en aquel reino. A don Luis conde de Lerin hizo condestable, como antes se lo llamaba, y juntamente le hizo merced de Lárraga y otros pueblos; deseaba con esto ganalle por ser hombre poderoso y grangear los de su valía: acuerdo muy avisado, vencer con beneficios á los rebeldes. Visitó el reino, castigó los malhechores, estableció y dió órden que los magistrados fuesen obedecidos.

Trataban de casalle para tener sucesion. El rey don Fernando pretendia desposalle con su hija doña Juana: el de Francia era de parecer que casase con la otra doña Juana de Portugal, bien que ya era monja profesa. Queria por esta vía con las armas de Francia recobrar en dote el reino de Castilla: á esto se inclinaba mas madama Madalena madre deste rey, muger ambiciosa y inclinada á las cosas de Francia. Por esto y por recelo de alguna fuerza ó engaño persuadió á su hijo que pasase los montes, do tenia grande estado: apenas era llegado, cuando en la ciudad de Pau, ó de S. Pablo, en Bearne á treinta de enero año de nuestra salvacion de 1483 le sobrevino una dolencia, y della la muerte, envidiosa, triste y fuera de sazon. Desta manera cayó por tierra la flor de aquella mocedad: como derribada con un torbellino de vientos, al tiempo que se comenzaba á abrir y mostrar al mundo su hermosura: su cuerpo enterraron en Lescar, ciudad asimismo de Bearne. Sucedióle en el reino su hermana Catarina como era razon. Con su casamiento poco adelante pasó aquel reino á los Franceses, que no les duró, ni del gozaron mucho tiempo: de que resultaron forzosamente alborotos, intentos descaminados de aquella gente, y en fin tiempos aciagos, como se puede entender por heredar aquel reino una moza de poca edad, cuya madre era francesa de nacion, y por el mismo caso poco aficionada á las cosas de España.

CAPITULO XXIII.

De una conjuracion que se hizo contra el rey de Portugal.

En Portugal el rey don Juan castigaba algunos de sus grandes que se conjuraron entre sí para dalle la muerte, y con la sangre de algunos se satisfacia de aquella celada que contra él tenian parada, á que el mismo rey dió ocasion por ser de condicion áspera, y por su rigor en hacer justicia, y sobre todo por la soltura en el hablar. Esto tenia ofendido á los grandes: sobre todo los desgustaba que contra lo que antiguamente se acostumbraba, los alguaciles del rey con el favor y alas que les daba, y porque así se lo mandaba, se atrevian en sus estados contra su voluntad á prender y castigar á los malhechores. Consultaron entre sí lo que debian hacer, y por la poca esperanza que tenian de ser por bien desagraviados, se resolvieron en defender si fuese menester con las armas la libertad y privilegios que sus antepasados por sus servicios ganaron y dejaron á sus sucesores.



Espada de don Fernando El Católico. *(Armería Real de Madrid.)*

Las principales cabezas en estos tratos eran los duques don Fernando de Berganza, y don Diego de Viseo por su nobleza, que eran de sangre real, y por sus estados los mas poderosos de aquel reino. Juntábanse con ellos otros muchos como fueron el marques de Montemayor, el conde de Haro, los hermanos del duque de Berganza, don García de Meneses arzobispo de Ebora, y su hermano don Fernando: Item don Lope de Alburquerque conde de

Penamacor. La ocasion con que se descubrió esta conjuracion fué esta. Hacíanse cortes de aquel reino en la ciudad de Ebora: ordenáronse algunas cosas muy buenas, y en particular que los señores no pudiesen libremente agraviar ni maltratar al pueblo, ni tuviesen ellos mas fuerza que las leyes y la razon. Quejábase el duque de Berganza que por este camino los desaforaban, y quebrantaban los privilegios y autoridad concedidos á sus antepasados: ofreciase á mostrar esto por escrituras bastantes, otorgadas por los reyes en favor de los duques de Berganza. Buscaba por su órden estos papeles Lope Figueredo su contador mayor: halló á vueltas otros por donde constaba de algunos tratos que el duque traia con el rey de Castilla en gran perjuicio de aquel reino. Llevólos él con toda puridad y mostrólos al rey: él enterado de la verdad le mandó dejar traslado, y volver los originales donde los halló.

Aconteció que la reina á la primavera del año mil y cuatrocientos y ochenta y tres estaba en Almerin doliente de parto. Viniéronla á visitar su hermano el duque de Viseo y su cuñado el duque de Berganza: acogiólos el rey muy bien, y regalólos con mucho cuidado. Deseaba sin rompimiento remediar el daño: un dia despues de oir misa, habló en secreto con el de Berganza en esta sustancia: «Duque primo, yo os juro por la misa que hemos oido, y por el »sagrado altar delante del cual estamos, que os trato verdad en lo que os quiero decir: yo »tengo muy averiguados los tratos que en nuestro deservicio habeis traido con el rey de »Castilla, afrentosos para vos, y muy fuera de lo que yo esperaba. Apenas acabo de creer lo que »sé muy cierto, que con hecho tan feo hayais amancillado vuestra casa, trocado en deslealtad »los servicios pasados: con cuánta pena os digo esto! Sea lo que fuere, yo estoy determinado »de borrallo perpetuamente de la memoria, y haceros mas crecidas mercedes, y honraros »mas que antes, con tal que os emendeis y querais estar de nuestra parte. Dios fué servido »que yo tuviese la corona, y vos despues de mí el lugar mas preeminente en estado y autori»dad, y riquezas poco menos que de rey, demas del casamiento en que me igualais, pues »estamos casados con dos hermanas. Quién romperá tan grandes ataduras de amistad? ó de »quién podreis esperar mayores mercedes y mas colmadas? El dolor sin falta os ha cegado: »pero si en nuestro nuevo reinado usamos de alguna demasía, si nuestros jueces han hecho »algun desaguisado, fuera razon que con vuestra paciencia diérades ejemplo á los otros: yo »tambien avisado de buena gana emendaré lo pasado; que para el bien y en pro del reino »fuera justo que me ayudárades no solo con consejo sino con las armas, lo que os torno á en»cargar hagais con aquella aficion y lealtad que estais obligado».

Alteróse el duque con las razones del rey. Suplicóle no diese oidos ni crédito á los malsines, gente que quiere ganar gracia con hallar en otros faltas: que no amancillaria su casa con semejante deslealtad: que las mercedes eran mayores que los agravios: nunca Dios permitiese que él hiciese maldad tan grande, cosa que ni aun por el pensamiento le pasaba; todo lo cual afirmaba con grandes sacramentos: con esto se puso fin á la plática. El rey se fué á Santaren, los duques á sus estados, los ánimos en ninguna manera mudados.

Entretanto que esto pasaba, fray Hernando de Talavera prior de Prado, monasterio que es de Gerónimos junto á Valladolid, y confesor de los reyes de Castilla, por su mandado fué á Portugal para confirmar de nuevo las avenencias puestas, y tratar que los infantes que pusieron en rehenes, fuesen vueltos á sus padres, como se hizo; solamente mudaron en las capitulaciones de antes y concertaron que con el príncipe de Portugal don Alonso casase doña Juana la hija menor del rey don Fernando, por ser los dos de una edad: con esto la infanta doña Isabel por fin del mes de mayo volvió á Castilla á poder de sus padres, y el príncipe don Alonso al de los suyos. Acompañóle el duque de Berganza para muestra de su voluntad hasta Ebora, en que la corte se hallaba: allí fué preso, ca se tenia aviso que por medio de Pedro Iusarte de nuevo volvia á los tratos de antes que tenia con el rey don Fernando. Descubriólo Gaspar Iusarte hermano de Pedro Iusarte, y en premio deste aviso y oficio fueron adelante ambos honrados y galardonados, en particular á Pedro se hizo merced de un pueblo llamado Arroyuelo.

Pusieron acusacion al de Berganza, y oidos sus descargos, por no parecer bastantes le sentenciaron á muerte, como quien cometió delito contra la magestad. La sentencia se ejecutó á veinte y dos de junio: aviso para los demas que pocas veces las novedades paran en bien, antes son perjudiciales, y mas para los mismos que les dieron principio; juntamente con el duque justiciaron otros seis hidalgos que hallaron culpados en aquel tratado. El condestable de Portugal con otros se salieron de aquel reino, y los hermanos del duque de Berganza con presteza se ausentaron: asímismo la duquesa doña Isabel luego que le vino la triste nueva de

la prision de su marido, envió á Castilla sus tres hijos Philipe, Diego y Dionisio por no asegurarse que les valdria su inocencia si venian á las manos del rey sañudo y airado. Destos don Philipe falleció en Castilla sin casarse, don Diego volvió á Portugal con perdon que adelante se le dió, don Dionisio casó en Castilla con hija heredera del conde de Lemos. Al duque de Viseo valió su poca edad; solo el rey otro dia despues de justiciado el de Berganza le avisó y reprehendió de palabra sin pasar adelante.

Ni el castigo del un duque, ni la clemencia que con el otro se usó, fueron parte para que los conjurados amainasen y desistiesen de sus intentos; antes de secreto se quejaban de tiempos tan miserables, que eran tratados como esclavos, y por estar algunos pocos apoderados de todo, no se hacia caso alguno de los demas: que el duque de Berganza por no poder disimular con aquellas insolencias pagó con la cabeza; lo que con él hicieron, quién los aseguraria que no se ejecutase con los que quedaban? «Hasta cuando señores sufriremos cosas tan »pesadas? Si no ganamos por la mano, y no prevenimos tan malos intentos, todos juntamente »pereceremos. Por qué no vengamos aquella muerte con matar, y con la sangre del tirano »hacemos las exequias y honras de aquel príncipe inocente y bueno?» Acordaron que se hiciese así, y que muerto el rey, pondrian en su lugar al duque de Viseo: intento atrevido, porfia pertinaz, miserable remate. Esperaban solamente coyuntura para ejecutar lo concertado; mas antes que lo pudiesen hacer, toda la conjuracion fué descubierta por esta manera.

Tenia Diego Tinoco una hermana amiga del arzobispo de Ebora: esta muger, sabido lo que pasaba, y el peligro que corria el rey, lo descubrió á su hermana, y él al rey en hábito de fraile Francisco, con que fué á Setubal á hablalle y dalle el aviso para que fuese mas secreto: lo mismo le avisó Vasco Coutiño, cuyo hermano llamado Gutierre Coutiño era cómplice en la prática; en premio, pasado el peligro, le hizo merced del condado de Barba y de Estremoz.

Salió el rey un dia de aquella villa con intento de visitar una iglesia muy devota que estaba allí cerca: iban en su compañía los conjurados, alegres por parecelles que en tantos dias no habian sido descubiertos, determinados al salir el rey de la iglesia acometelle y matalle; quiso su ventura que su camarero llamado Faria le avisó á la oreja del riesgo que le amenazaba. Habló á los conjurados cortesmente, con que ellos reprimieron algun tanto su rabia; sin embargo, como no se tuviese por seguro, se entró en otro templo que se dice de nuestra Señora la Antigua, y está en el arrabal de aquella villa hácia el mar. Hizo esto disimuladamente por entretenerse hasta tanto que le acudiese mayor número de cortesanos: para esto de propósito alargaba la plática que tenia con Vasco Coutiño. Pesábales á los conjurados de aquella tardanza: temian que si perdian aquella ocasion, alguno de tantos como eran participantes por ventura los descubriria, y querria ganar gracias á costa de los otros. Cuando esto sucedió era viernes veinte y siete de agosto.

El rey libre de aquel peligro envió con otro achaque á llamar al duque de Viseo, que se hallaba con la duquesa su madre en Palmela á la mira de en que paraba lo que tenian los conjurados tramado: el peligro á que se ponia en obedecer aquel mandato era grande; pero en fin se resolvió, confiado en que ninguno le habria faltado, á ir al llamado del rey. Engañóle su pensamiento: luego que llegó, y entró en el aposento del rey, en presencia de algunos pocos que allí se hallaron, él mismo le dió de puñaladas. Díjole solamente estas palabras: «Andad, decid al duque de Berganza el fin en que ha parado la tela que dejó co»menzada» Era el duque de Viseo como de treinta años cuando acabó desta manera. Los astrólogos por el aspecto de las estrellas le tenian pronosticado que seria rey: gente vanísima, cuyas mentiras bien que muchas, y conocidas de todos, en todas las naciones han siempre corrido y correrán.

Su estado todo fué luego dado á don Emanuel su hermano, salvo que mudado el apellido le llamaron duque de Beja. El cielo le tenia aparejado el reino de Portugal, lo cual dió á entender y pronosticó como decian una esfera que traía acaso en su escudo por divisa y blason: á su ayo Diego de Silva en premio de sus servicios hizo el mismo adelante merced de Portalegre con título de conde. Los demas conjurados unos fueron presos, como el arzobispo de Ebora y don Fernando su hermano y Gutierre Çoutiño: los mas en Castilla vivieron desterrados, pobres y miserables. Por el mismo tiempo el rey Luis onceno de Francia falleció en un bosque en que se entretenia junto á la ciudad de Turon, á treinta dias de agosto: dejó en su testamento mandado que lo de Ruysellon y Cerdania se restituyese á cuyo solia

ser. Sucedióle su hijo Carlos octavo en edad de trece años, enfermizo, de muy poca salud, y mal talle. Su padre le hizo criar en Amboesa, sin dar lugar á que le hablasen, ni conversasen fuera de unos pocos criados que le señaló. El retiramiento fué tal que aun no quiso estudiase gramática: decia que bastaba supiese en latin estas tres palabras solas: el que no sabe fingir, no sabe reinar. Pero nuestro cuento ha pasado en el tiempo muy adelante: será forzoso volver á relatar las cosas de Castilla, y tomar el agua de un poco mas atrás.



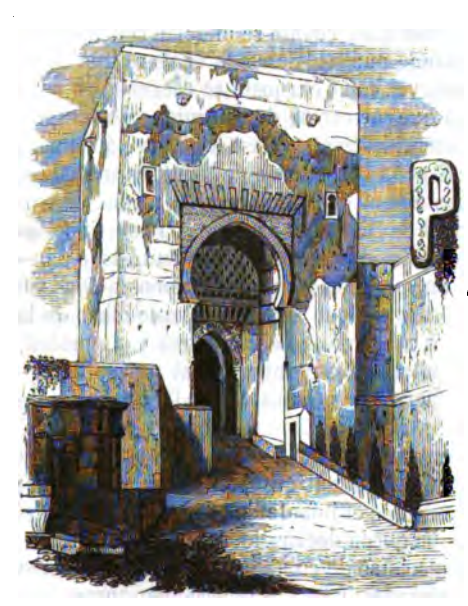


Vista de la Alhambra de Granada.

LIBRO VIGESIMOQUINTO.

CAPITULO I.

Del principio de la guerra de Granada.



Principio de una nueva narracion, y fin deseado de toda esta obra será la famosa guerra de Granada, la cual debajo la conducta y por mandado de los reyes don Fernando y doña Isabel se continuó por espacio de diez años, llena de varios y maravillosos trances, y en cuyo discurso se dieron batallas muy bravas: su remate últimamente alegre y dichoso para España y para todo el orbe cristiano, pues por esta manera cayó por tierra de todo punto el reino de los Moros que en aquellas partes se conservó por mas de setecientos años: grande mengua y afrenta de nuestra nacion. Llegamos á vista de tierra despues de una larga y dificultosa navegacion: queremos caladas las velas tomar puerto, y con un nuevo aliento y fuerzas de nuestro ingenio poner fin á este trabajo: el socorro y ayuda del cielo y de lo Santos confiamos que como hasta aquí no nos faltará.

El reino de Granada está puesto entre el de Murcia y el Andalucía, parte de la antigua Bética y de la provincia cartaginense. Tiene en ruedo setecientas millas, que hacen casi docientas leguas, y es mas largo que ancho. Desde Ronda hásta Huescar se cuentan sesenta leguas por el largo: por el ancho desde Cambil hasta Almuñecar solas veinte y cinco. Sus aledaños á la parte de levante el reino de Murcia, por la parte de mediodia le baña el mar Mediterráneo, por las demas partes del poniente y del septentrion le ciñen las otras tierras de la Andalucía. Goza de cielo muy alegre y suelo muy apacible. Sus campos son muy fértiles y abundantes en todo género de frutos y esquilmos tanto como los mejores de España. La tierra doblada por la mayor parte: los mismos montes empero por las muchas aguas con que se riegan, son á propósito para ser cultivados y criar toda suerte de árboles, por donde perpetuamente estan verdes y muy frescos. De aquí resulta ser el aire templado en invierno y en verano, cosa muy saludable para los cuerpos, mayormente en la ciudad de Granada cabeza del reino, una de las mas nobles, abastadas y mas grandes de toda España; de cuyo nombre toda la provincia se llama el reino de Granada, y la ciudad se llamó así de una cueva que llega hasta una aldea llamada Alfahar, en que hay fama que antiguamente los naturales se ejercitaban en el arte de Nigromancia. Gar en lengua arábiga es lo mismo que cueva, y y cierto número de soldados que vinieron en compañía de Tarif á la conquista de España, naturales de una ciudad de la Suria llamada Nata, acabada aquella guerra desgraciada, hicieron su asiento en aquella parte. De Gar y de Nata se forjó el nombre de Granada, como lo sienten y dicen personas de prudencia y erudicion: otros traen otras etimologías deste nombre, en que no hay para que gastar tiempo, ni ser pesados con referir diversas opiniones y derivaciones de vocablos, mayormente inciertas. Averíguase al cierto que en aquel reino á la sazon que se comenzó esta guerra, y cuando últimamente quedaron vencidos los Moros y sujetos, se contaban catorce ciudades y noventa y siete villas. Las mas principales ciudades, fuera de la ya dicha, eran Almería, Málaga y Guadix, Plinio la llamó Acci: todas tres tienen iglesias catedrales y buen número de ciudadanos.

Muchas causas se ofrecian para emprender esta guerra: el ódio comun contra aquella gente, la diversidad en la religion, y haberse fundado aquel reino en España á sin razon, y conservado por largo tiempo con vergüenza y afrenta de los cristianos, muchos y grandes agravios de la una y de la otra parte como suele acontecer entre reinos comarcanos. La flaqueza de nuestros reyes fué causa que las reliquias de aquella gente, aunque reducidas á un rincon de España, se conservaron tanto tiempo por estar dividida España en muchos principados, poco unidos entre sí á propósito de destruir los enemigos de cristianos. Es así de ordinario que tanto sentimos los daños públicos, y no mas, cuanto se mezclan con nuestros particulares. El amor de la religion poco mueve cuando punza el deseo de vengar otras injurias, ó la codicia de acrecentar el estado. Si alguna vez como era justo se concertaban para destruir los Moros, impedian las fuerzas de Africa que cae cerca, de do tenian cierta esperanza de socorros; además que muchas veces innumerables gentes, pasado el mar, á manera de rio arrebatado se derramaron y rompieron por España con espanto de todos los cristianos.

Esta fué la causa que el imperio de aquella gente, que ellos fundaron en menos de tres años, se conservó tanto tiempo: así fué la voluntad de Dios, que castigó con este daño los pecados de nuestra nacion. Quien tiene el cielo ofendido, qué maravilla que su trabajo é intentos salgan vanos? y al contrario todo sucede prosperamente cuando tenemos á Dios y á los santos aplacados. Así se vió en este tiempo. Ordenado que se hobo el santo oficio de la Inquisicion en España, y luego que los magistrados cobraron la debida fuerza y autoridad, sin la cual á la sazon estaban, para castigar los insultos, robos y muertes, al momento resplandeció una nueva luz, y con el favor divino las fuerzas de nuestra nacion fueron bastantes para desarraigar y abatir el poder de los Moros.

Estas eran las causas antiguas que justificaron esta guerra, á las cuales se añadió una nueva insolencia. Esto fué que la villa de Zahara asentada entre Ronda y Medina Sidonia, pueblo bien fuerte, estaba en poder de cristianos desde que el infante don Fernando abuelo del rey don Fernando la ganó de los Moros, como arriba queda declarado. Hernando de Saavedra que tenia cuidado de aquella plaza, por no recelarse de cosa semejante no se hallaba bastantemente apercebido de soldados, almacen y vituallas: falta de proveedores, aprovechamiento de capitanes acarrean estos daños. Vino este descuido á noticia del rey moro Albohacen: acudió con gente de los suyos, y de noche al improviso escaló aquel pueblo á veinte y siete de diciembre principio del año **1481**; ayudábale la noche, que era muy tempestuosa de

lluvias y vientos. Los moradores atemorizados sin saber á qué parte acudir, fueron muertos todos los que se atrevieron á hacer resistencia con las armas; los demas á manera de ganados los llevaron delante los vencedores á Granada sin tener compasion á viejos, niños ni mugeres de cualquier estado y calidad que fuesen.

El pueblo quedó por los Moros, y ellos le fortificaron muy bien: á los nuestros pareció que este daño era grande, y tal la afrenta, que no se debia disimular; algunos asimismo se alegraban por verse puestos en necesidad de vengar las injurias pasadas y la presente, y destruír aquella gente malvada. Los reyes don Fernando y doña Isabel desde Medina del Campo, do tuvieron aviso de lo que pasaba, mandaron á los que tenian cargo de las fronteras, y á las ciudades comarcanas que se apercibiesen para la guerra, y que no aflojasen en el cuidado y vigilancia: que el daño recebido les debia hacer mas recatados, y avisar que los Moros en ninguna cosa guardan la fé y la palabra. Verdad es que ellos se escusaban con la costumbre que tenian durante el tiempo de las treguas, de hacer los unos y los otros cabalgadas y correrías; y aun se tomaban lugares con tal que la batería no pasase de tres dias, y que no asentasen ni fortificasen cerca del pueblo que batian, sus reales. Desta misma licencia y color se aprovecharon las Moros al principio del año siguiente 1482 para acometer á Castellar y á Olbera, mas no los pudieron tomar.

Los nuestros movidos destos daños tan ordinarios se determinaron á vengallos: juntaron en Sevilla buen número de gente y todo lo al que era necesario; consultaban entre sí por qué parte seria bueno hacer entrada en tierra de Moros cuando les vino aviso que la villa de Albama tenia pequeña guarnicion y flaca, y las centinelas poco cuidado; que seria á propósito acometer á tomalla. Diego de Merlo asistente de Sevilla, y que tenia el cargo de la guerra, trató esto con el marques de Cadiz don Rodrigo Ponce: acordaron de acudir á toda priesa de noche y por caminos estraordinarios. Llevaban dos mil y quinientos de á caballo y cuatro mil peones: llegaron en tres dias á un valle rodeado por todas partes de recuestos y collados mas altos. Allí los capitanes avisaron á los soldados que venian cansados del camino, que Albama no distaba mas que media legua, que era justo de buena gana llevasen el trabajo restante para vengarse de los Moros, perpetuos enemigos de cristianos; demas desto les avisaron de la presa y saco.

Trecientos escogidos y pláticos entre todos los soldados se adelantaron: estos llegado que hubieron muy de noche, como vieron que nadie se rebullia en el castillo, puestas sus escalas, subieron á la muralla; el primero se llamaba Juan de Ortega, y despues dél otro Juan natural de Toledo, y Martin Galindo, todos tres soldados muy denodados y animosos. Mataron las centinelas que hallaron dormidas, y degollados algunos otros, abrieron la puerta del castillo que sale al campo, por la cual entraron los demas soldados. Los del pueblo, espantados con aquel sobresalto, acuden á las armas: hicieron reparos y palizadas para que del castillo no les pudiesen entrar el pueblo, que luego al reir del alba probaron los nuestros á ganar. No pudieron salir con su intento, antes Sancho de Avila alcaide de Carmona, y Martin de Rojas alcaide de Arcos como quier que fuesen los primeros al arremeter, pagaron su osadía con las vidas: en la misma puerta del castillo cayeron muertos por los tiros, flechas, dardos y piedras que les arrojaron.

El negocio no sufria tardanza. Está aquel lugar distante de Granada solamente ocho leguas: corrian peligro que toda la reputacion ganada con la toma del castillo la perdiesen si luego no se apoderaban del pueblo. La dificultad por entrambas partes era grande: algunos pretendian que seria bien abatir y quemar el castillo y con esto volver atrás; los mas atrevidos y arriscados, gente acostumbrada á poner su vida á riesgo por la esperanza de la victoria y codicia de la ganancia, eran de contrario parecer, que no se alzase la mano hasta salir con la empresa: así se hizo; á un mismo tiempo acometieron á entrar por diversas partes. Algunos de fuera escalaron el muro: acudió contra ellos la fuerza de los Moros de la villa, que dió lugar á los que estaban dentro del castillo de entrar el pueblo por aquella parte. Peleóse valientemente por las calles: los fieles se aventajaban en el esfuerzo, el número de los Moros era mayor; y dado que era gente flaca, por la mayor parte mercaderes, y el regalo de los baños (que los hay en aquella villa muy buenos) les tenia debilitadas las fuerzas, todavía la misma desesperacion, arma muy fuerte en el peligro, los hacia muy animosos. Duró la pelea hasta la noche, cuando contra la obstinacion de los enemigos prevaleció la constancia de los nuestros: los que se recogieron á la mezquita que fueron muchos en número, parte degollaron, y los demas tomaron por esclavos.

Desta manera la pérdida de Zahara se recompensó, y del agravio se tomó la debida satisfaccion: mas perdieron los Moros que ganaron, y su insulto se rebatió con hacerles mayor daño. Estos fueron los primeros principios de aquella larga guerra y sangrienta. Sobre la toma de Alhama anda un romance en lengua vulgar, que en aquel tiempo fué muy loado, y en este en que los ingenios están mas limados, no se tiene por grosero, antes por elegante y de buena tonada. Ganóse Alhama á postrero de febrero. Esta pérdida puso grande espanto en los Moros, y á los fieles en grande cuidado. Los Moros por ver que los contrarios llegaron tan cerca de la ciudad de Granada, se recelaban de mayores daños, y temian no fuese venido el fin de aquel principado y reino. Congojábanles algunas señales vistas en el cielo: y un viejo adevino luego que los Moros tomaron á Zahara, refieren dijo en Granada á gritos; «Las ruinas deste pueblo (ojalá yo mienta) caerán sobre nuestras cabezas. El ánimo me da »que el fin de nuestro señorio en España es ya llegado.»

Todo esto fué causa que con mayor diligencia hiciesen gente por toda aquella provincia: el mismo rey Albohacen apresuradamente acudió la vuelta de Alhama con tres mil de á caballo que llevaba, y como cincuenta mil de á pie. Atemorizaba á los nuestros este ejército tan grande: las cosas las tenian tan adelante que no podian sin daño y mengua desistir de aquella empresa, ni volver atrás. Despacharon mensageros á todas partes á pedir y requerir les socorriesen, y en el entretanto ni de noche ni de dia no cesaban de fortificar aquella plaza, y reparar las partes de la muralla que ó de nuevo quedaron maltratadas por la batería pasada, ó de antes eran flacas. Dióles la vida que los enemigos por la priesa no trajeron artillería ni los demas ingenios á propósito de batir: así toda su porfia salió en vano, ca los nuestros desde la muralla se defendian valientemente, tiraban dardos, saetas, piedras y todo lo demas que les venia á las manos. El mayor debate fué cerca del rio que por alli pasa: los del lugar á causa que no tenian dentro fuentes ni cisternas, eran forzados á salir al rio á proveerse de agua; los Moros al contrario pretendian sacarle de madre y echarle por otra parte con que (no sin dificultad y sangre de muchos que les hirieron y mataron) últimamente salieron.

La gente del Andalucia movida por el riesgo que los suyos corrian, acudieron al socorro; en particular desde Córdova mil caballos y tres mil infantes debajo la conducta de don Alonso de Aguilar. Tenian los enemigos tomados los pasos y atajados los caminos: así fueron forzados á volver atrás. La esperanza quedaba en don Enrique de Guzman duque de Medina Sidonia, bien que flaca á causa que demas de las enemistades particulares que tenia con el marques de Cadiz, de nuevo le irritaran con intentar cosa tan grande como era aquella sin darle parte. El amor de la patria prevaleció en su noble ánimo, y la grandeza del peligro comun hizo que se uniesen los que antes andaban discordes y desgustados. Determinó pues de ir á socorrer á los cercados: sacó el estandarte de Sevilla, y juntóse con otros señores, en especial con don Rodrigo Giron maestre de Calatrava y don Diego Pacheco marques de Villena. Llevaban cinco mil de á caballo, y como cuarenta mil infantes que de todas partes les acudieron en gran número por el gran deseo que tenian de pelear contra los Moros enemigos de Dios.

El rey don Fernando el mismo dia que tuvo aviso de la toma de Alhama y del riesgo de los nuestros, de Medina del Campo, dejado órden que la reina fuese en pos dél, se partió para allá á grandes jornadas. Escribió á los grandes que en su ausencia no innovasen ni entrasen en tierra de Moros, que era necesario llevar mayores fuerzas y mayor número de gente: el negocio le tenian tan adelante que no podian seguir este órden, mayormente que en la tardanza corrian gran peligro los cercados por la gran falta de agua que padecian; fué este acuerdo que tomaron saludable y acertado. Los bárbaros no esperaron á que los nuestros llegasen, antes sin venir á las manos alzaron el cerco: los cercados, idos los enemigos, salieron á recebir á los que les venian de socorro. Saludáronse y abrazáronse con lágrimas que por la alegría les saltaban. El marques de Cadiz fué el primero á abrazar al duque de Medina Sidonia: dijéronse palabras muy corteses, con que se sosegaron las diferencias que por muchos años traian entre sí aquellas dos casas.

Dichoso principio de que algunos pronosticaban, que conforme á él seria el remate próspero y alegre de toda la guerra; sin embargo faltó poco para no enturbiarse aquella alegria por un debate que se levantó entre los soldados. La gente que vino de socorro, queria tener parte en los despojos que se ganaron en aquel pueblo: decian era justo participasen del fruto de la victoria los que se pusieron á tanto riesgo para socorrer á los cercados. De las palabras llegaron á las manos, si el duque avisado del peligro no amansara los ánimos de los suyos

con pocas palabras que les dijo: «Quédense (dijo) soldados con los despojos aquellos á quien »la fortuna los dió: nos por la honra y por la salud comun hemos trabajado. Este sea el fruto »de presente, que para adelante, pues se ha de proseguir la guerra, yo os aseguro serán »vuestras con vuestro esfuerzo y valor todas las riquezas de los Moros y del reino de Grana»da.» Con estas palabras se sosegó la riña: dejaron nueva guarnicion en el pueblo de soldados, y con tanto las demas gentes volvieron atrás.

No faltó el moro á la ocasion que se le presentaba, antes volvió luego al cerco con mayor corage que antes, ansimismo diversas bandas de Moros entraron á robar por los campos comarcanos del Andalucía. La parte mas alta de Alhama por su sitio y ser la subida ágria fué ocasion de descuidarse en guardalla: los contrarios convidados desta ocasion una noche á veinte de abril al amanecer la subieron. Despertaron los cristianos: acudieron al peligro, pelearon valientemente, y cargaron sobre los contrarios con tal furia que algunos de los bárbaros perdieron las vidas, otros por las salvar se echaron de los adarves abajo: desta manera escaparon los nuestros deste gran peligro. Los que mas se señalaron en esta refriega y rebate, fueron dos ciudadanos de Sevilla llamados el uno Pedro Pineda, y el otro Alonso Ponce.

CAPITULO II.

Como el rey Albohacen fué echado de Granada.

Al mismo tiempo que Alhama estaba cercada, y los Moros la batian con todas sus fuerzas, en Córdova los reyes luego que llegaron, comenzaron á tratar de la manera como se debia hacer aquella guerra. Los mas recatados eran de parecer que desamparasen á Alhama por estar rodeada de enemigos y los socorros lejos, además que de ordinario el suceso de la guerra es dudoso y sus trances variables. La reina con ánimo varonil juzgó la debian defender: hacíasele de mal desamparar aquella plaza por ser la primera que en su tiempo se ganó de Moros; que otra cosa seria hacerlo, sino dar muestra de miedo muy feo, con que los enemigos se animarian y al contrario los nuestros perderian el brio? Este parecer prevaleció, y aun para ganar mayor reputacion acordaron de tomar una nueva empresa, y si bien en esto los pareceres tambien eran diferentes, siguieron el de Diego de Merlo, de quien el rey hacia mucho caso, y fué poner cerco sobre Loja, ciudad muy fuerte en aquella comarca, y que no cae muy lejos de Alhama.

Dióse órden que la masa del ejército se hiciese en Ecija: juntáronse cinco mil de á caballo y ocho mil infantes: número pequeño para intento tan grande. Con parte destas gentes, ya partidos los Moros, llegó el rey á Alhama á veinte y nueve de abril, guarneciόla de nuevos soldados, y por su general á don Luis Portocarrero señor de Palma, guerrero de fama y de cuenta en aquel tiempo. Luego despues desto, talado que hobo la vega de Granada, sin recebir daño alguno se volvió á Córdova para dar órden en las demas cosas que eran necesarias para la guerra, mayormente que la reina estaba cercana al parto, y queria hallarse presente. Parió dos criaturas á veinte y nueve de julio (1), la una en tiempo que se llamó doña María, la otra por nacer antes de tiempo no vivió. El vulgo tomó desto ocasion para hablar diversamente, y hacer pronósticos sobre aquella guerra, unos de una manera y otros de otra, como á cada cual se le antojaba.

El temor que muchos tenian, se aumentó por una tristeza estraordinaria que se veía en los que llevaban los estandartes reales á la Iglesia Mayor para que allí los bendijesen: otros se burlaban de todo esto como de cosas vanas y que suceden acaso. El dia siguiente el rey partió para Ecija acompañado de muchos señores: casi ninguna persona de cuenta habia que no desease ayudar en aquella empresa. Conforme á lo que tenian acordado y pretendian, fueron sobre Loja. Llegados á aquella ciudad, asentaron sus estancias, y las barrearon junto á los arrabales entre los olivares por la parte que pasa el rio Jenil tan cogido y acanalado que apenas se puede vadear, y por sus riberas que son muy altas: el lugar era estrecho y no á propósito para estenderse la caballería, y por estar los ciudadanos apoderados de la puente con dificultad podian pasar de la otra parte del rio.

Está allí cerca un ribazo ó cuesta llamada de Albohacen, de que por ser á propósito para impedir las salidas de los enemigos, y por enseñorear la ciudad, se dió cuidado al maestro

(1) Zurita dice que de junio.

de Calatrava y á los marqueses de Villena y de Cadiz que se apoderasen della, y allí hiciesen sus estancias. Dentro de la ciudad tenian hasta tres mil de á caballo con un valiente capitan llamado Alatar: estos hicieron diversas salidas, en especial un sábado animados con nuevas compañías que les acudian, y con la esperanza que en breve serian socorridos por el mismo rey moro que desde Granada venia con gente, divididos en dos escuadrones acometieron el cuerpo de guardia que tenian los nuestros en aquel ribazo; con el sobresalto las guardas dieron las espaldas, los demas que allí alojaban salieron á pelear, pero sin órden de batalla y sin dejar alguna guarnicion en los reales. Vino esto á noticia de los contrarios: así el uno de los escuadrones casi sin poner mano á las armas se apoderó dellos, que fué ocasion de gran miedo y espanto para los que peleaban. Volvieron á la defensa de sus estancias, y tornaron á pelear con grande ánimo: apretábanlos los enemigos por frente y por las espaldas, que fué causa de perderse los nuestros; murió en la pelea el maestre de Calatrava con dos saetas, la una le acertó debajo del brazo, cuya herida fué motal. Su muerte causó gran compasion por ser personage tan grande, y estar en la flor de su edad que no pasaba de veinte y cuatro años: otros muchos fueron muertos con él, los demas se salvaron por los pies.

El rey alterado por este revés como era justo, y entendiendo, aunque tarde, ser verdad lo que su hermano el duque de Villahermosa le tenia avisado que los reales se asentaron mal, y que no tenia fuerzas bastantes para empresa tan grande, juntamente con la nueva que le vino que el campo enemigo marchaba, el dia siguiente recogido el bagage volvio atrás sin parar hasta que llegó á la Peña de los Enamorados, que está de Loja distante siete leguas: ayudó mucho para que no recibiesen grande daño, que se retiraron en ordenanza. A los Moros, que no cesaban de picar en la retaguardia, hizo rostro el marques de Cadiz con los suyos: el denuedo y la carga fué tal que por no poderla los Moros sufrir se recogieron á la ciudad.

Este fué el suceso desta empresa mal trazada. No faltaron rumores de gente que publicaba que por asechanzas que su misma gente puso al rey don Fernando, le fué forzoso dejado el cerco retirarse; mas él en cartas que despachó á todas partes, se escusaba de la retirada por el pequeño número de soldados que tenia, en especial que muchos desamparaban las banderas, con que las compañías quedaban muy flacas, por ser gente allegadiza, y y enviada de las comunidades, y que no tiraba sueldo del rey: cosa á que la necesidad de los tiempos y falta de dinero forzaba, por lo demas sujeta á grandes inconvenientes como aconteció entonces.

De pequeños principios suelen resultar grandes tropiezos y daños: así los Moros ensoberbecidos por lo que sucedió, volvieron á poner cerco sobre Alhama no con menor resolucion que antes, ni con menor corage. El rey don Fernando movido del peligro de los cercados acudió en persona á catorce de agosto, y con su ida les proveyó de vituallas para nueve meses, señaló otrosí para la tenencia de aquella plaza á don Luis Osorio, que si bien era electo obispo de Jaen, sabia mucho de la guerra y era persona de grande ánimo. Demas desto para que le reputacion fuese mayor, de nuevo dió la tala á la vega de Granada, y en ella quemó y robó todos aquellos campos. Salieron de Granada seiscientos Moros de á caballo para hacer resistencia: el conde de Cabra y el comendador mayor de Calatrava les hicieron rostro, mataron buen número, y forzaron á los demas á recogerse á la ciudad; grandes daños para los Moros, y sobre todos el mayor y mas perjudicial la discordia y bandos que tenian entre sí, por la cual causa gran número de los ciudadanos de Granada tomadas las armas forzaron á Albohacen que se saliesen de Granada.

Achacábanle que tiranizaba la gente, y que por su mal órden y locura dió causa para que se emprendiese aquella guerra tan brava: pusieron en su lugar á su mismo hijo Mahomad Boabdil, llamado vulgarmente el rey Chiquito; otros le llaman Hali Muley Alcadurbil: por el rey Albohacen quedaron todavía Málaga y Baza con otras ciudades. Desta manera aquella nacion se dividió en dos parcialidades, que no les daban menos trabajo, ni los tenian puestos en menor aprieto que los enemigos de fuera: estado miserable y revuelto, como se puede pensar, cuando dos se llaman reyes, y mas en una provincia pequeña. Lo que hace maravillar es, que dado que andaban tan revueltos, ninguna de las partes llamó á los fieles en su socorro; antes consta, que en lo mas recio de áquella guerra civil hicieron diversas entradas y cabalgadas en tierra de cristianos y aun tomaron la villa de Cañete que está asentada á la frontera de aquel reino: muestra en aquella ocasion de ánimo muy grande y resolucion notable.

CAPITULO III.

De la rota que los Moros dieron á los cristianos en los montes de Málaga.

Los reyes por cosas que sobrevinieron, fueron forzados á desistir por un poco tiempo de la guerra de los Moros y dar la vuelta al reino de Toledo. Por su ausencia encargaron la frontera de Ecija á don Pedro Manrique, al cual poco antes de conde de Treviño intitularon duque de Nájara: á don Alonso de Cárdenas maestre de Santiago dejaron por frontero en Jaen: á don Juan de Silva conde de Cifuentes encomendaron el gobierno de Sevilla por muerte de Diego de Merlo que falleció en aquel cargo á este tiempo. Compuestas las cosas en esta forma, se fueron á Castilla: llegaron á Madrid á la boca del invierno. En aquella villa se tuvieron cortes á propósito de reformar con nuevas leyes las hermandades que se ordenaron los años pasados (como queda dicho) para que no usasen mal del poder y de la mano que tenian; querian otrosí que ayudasen para los gastos de la guerra. Acordaron de acudir para ayuda de la guerra de los Moros, y se ofrecieron á proveer diez y seis mil bestias de carga para las vituallas y el bagage de los soldados.

Fuera desto el pontifice Sixto mandó contribuir á las iglesias con cien mil ducados por una vez: concedió asimismo la cruzada á todos los que á su costa fuesen á la guerra, por lo menos ayudasen con ciertos maravedís para los gastos, lo cual se tornó á conceder el tercer año adelante; y deste principio, que se continuó adelante, ya todos los años se recoge por este medio gran dinero para los gastos reales: camino que inventaron en aquella sazon personas de ingenio, y que por semejantes arbitrios pretenden adelantarse y ganar la gracia de los príncipes y ayudar á sus necesidades: demas desto tomaron de los cambios y de otros particulares gran suma de dineros prestada.

Los Aragoneses no querian recebir por virrey á don Ramon Folch conde de Cardona que el rey tenia señalado para este cargo: decian era contra sus fueros poner en el gobierno de su reino hombre extranjero. Hobo demandas y respuestas, mas al fin el rey temporizó con ellos, y nombró por virrey á su hijo don Alonso de Aragon arzobispo de Zaragoza. Las cosas de Portugal asimismo y las de Navarra ponian en mayor cuidado á los reyes: recelábanse no se revolviese y armase tan fuera de sazon alguna guerra por aquellas partes. El rey de Portugal trataba de casar á doña Juana su prima, hija de don Enrique rey de Castilla, con el rey de Navarra don Francisco Phebo, que á esta sazon aun no era muerto: los de Navarra se inclinaban á la parte de Francia.

Para ganar al rey de Portugal los rey y reina, le despacharon á Lope Datouguia portugués de nacion, y á don Juan de Ortega obispo de Coria; al reino de Navarra fué Rodrigo Maldonado en sazon que ya aquel rey mozo era muerto, para tratar que la reina doña Catalina sucesora de su hermano casase con el príncipe don Juan hijo del rey don Fernando. Llevó orden que con todos los medios posibles grangease á todos los que le pareciese ser á propósito, mayormente que se valiese de la parcialidad de los Biamonteses, en cuyo poder estaba la ciudad de Pamplona y la mayor parte del reino; que los reyes mas tenian el nombre de sello que autoridad alguna para mandar, si bien tenian puesto por virrey á monsieur de Abena de nacion francés, persona de gran prudencia y grande esperiencia de negocios. Madama Madalena madré de la reina dió muestras de alegrarse mucho con la embajada de Castilla, quier fuesen verdaderas, quier fingidas: la respuesta fué que ningun partido se le podia ofrecer mejor; que por su parte no habria dificultad ninguna en efectuar aquel casamiento.

En Galicia el condestable y el conde de Benavente y los aliados de ambos andaban alborotados: cada cual de las partes pretendia apoderarse de los castillos de los obispos para desde allí hacer mal y daño á los contrarios. El rey don Fernando por atajar estos inconvenientes y bullicios mandó á don Hernando de Acuña, su gobernador en aquellas partes, que ganando por la mano se apoderase de aquellas fuerzas. Resultó que como tuviese el gobernador puesto cerco sobre el castillo de la ciudad de Lugo, don Pedro de Osorio conde de Lemos acudió con gentes en ayuda de su hermano que era obispo de aquella ciudad: ocasion de nueva guerra, que puso en necesidad al rey don Fernando de salir de Madrid á los once de febrero del año 1483: no paró hasta llegar á Galicia; queria con su presencia dar asiento en todas las cosas.

En el mismo viage le vino nueva de la muerte del Conde de Lemos: dejó por su heredero á don Rodrigo su nieto, el cual su hijo don Alonso hobo fuera de matrimonio; su abuelo con dispensacion del pontífice le legitimó, y puso durante su vida en posesion de aquel estado. Resultaron desto nuevos debates á causa que doña Juana hija del dicho conde difunto, y casada con don Luis hijo del conde de Benavente pretendia para si aquel condado. Andaban alborotados sobre el caso, hasta venir á las manos: el rey llegado á Galicia para sosegallos les mandó que dejadas las armas, cada uno siguiese su derecho por la via de justicia, con apercebimiento de maltratar al que no se allanase, si bien se inclinaba mas á la parte que poseia, es á saber al nieto del difunto.

Andaba ocupado en estos negocios en sazon que los Moros cerca de Málaga hicieron grande estrago en los nuestros, que fué el desman mayor que sucedió en toda aquella guerra. Pedro Enriquez adelantado del Andalucía, recobrado que hobo con la ayuda del marques de Cadiz á Cañete villa de su estado, procuró de reparalla, y deseaba vengarse de los Moros: por otra parte don Alonso de Aguilar y el maestre de Santiago con un buen escuadron de los suyos, animados por algunas cosas que hicieron á su gusto, se determinaron entrar en tierra de Moros. Asímismo don Juan de Silva conde de Cifuentes, asistente de Sevilla, acometió á ganar á Zahara con la gente de á caballo de aquella ciudad. Esta su pretension no tuvo efecto; despertólos empero para que con ocasion de la gente que junta tenian, se concertasen todos estos capitanes, divididos en tres escuadrones, de hacer entrada en los campos de Málaga, tierra muy rica por los ingenios y trato de la seda. Cuidaban por esta causa seria la presa y cabalgada muy grande: el interés los punzaba, y mas á los soldados que tienen el robo por sueldo y la codicia por adalid; el suceso fué conforme á los intentos que llevaban, y el remate muy triste.



El Gran Cardenal don Pedro Gonzalez de Mendoza.

Hay cerca de Málaga unos montes que llaman Ajarquia, fragosos y ásperos por las peñas y matorrales que tienen: por aquella parte hicieron su entrada; talaron los campos, robaron

gentes y ganados, pusieron fuego á las alquerias y á las aldeas sin perdonar á cosa alguna, con tanto ánimo y denuedo que algunos de nuestra gente de á caballo con el fervor de su mocedad no pararon hasta dar vista y llegar á las mismas puertas de Málaga: atrevimiento no solo temerario, sino loco, con que irritados los ciudadanos de Málaga, y juntamente los que moraban en aquellas montañas, gente endurecida por la aspereza de los lugares, y embravecida por el daño, se apellidaron, y se derramaron y los cercaron por todas partes.

Quisieran los fieles retirarse, si les dieran lugar. Dos caminos se ofrecian para volver atrás: el mas llano por la ribera del mar era mas largo, y por el castillo de Málaga que está por aquella parte, y los esteros que por allí hace el mar, peligroso; el otro por do vinieron era mas corto, pero fragoso á causa de los bosques y montañas que se traban unas de otras, en especial hay dos montes que de tal manera se cierran y encadenan, que hacen enmedio un valle muy hondo, con un rio que pasa por medio y los divide en dos partes. Abajaron los nuestros á aquel valle llenos de miedo, y embarazados con la presa que llevaban, cuando por una parte se vieron acometer por los Moros que les venian á las espaldas, y por otra parte oyeron grande alarido de gente que les tenia atajado el paso, causa de mayor espanto: además del cansancio con que venian por el camino de dos dias y falta de comer, no podian pasar adelante, ni les era lícito volver atrás. Hirieron los Moros y mataron muchos de nuestra gente con saetas y pelotas de arcabuces que les tiraban, como los que estaban muy ejercitados en la puntería y tirar al blanco.

Venida la noche, fué mayor el miedo por la escuridad que todo lo hace mas espantable, y por la gritería continua que los enemigos daban. Entonces el maestre: «Hasta cuándo (di«jo) soldados nos dejaremos degollar como reses mudas? Con el hierro, y con el esfuerzo «hemos de abrir camino: procurad á lo menos de vender caro las vidas y no morir sin ven«garos.» Dichas estas palabras comenzó á subir la cuesta: llegaron con dificultad á lo mas alto; allí fué la pelea mas brava, y la matanza en especial de los nuestros muy grande: entre otros murieron personas muy señaladas por su linage y hazañas. Al de Cadiz ciertas guias que halló, encaminaron por senderos estraordinarios, y le pusieron en salvo por otra parte. El escuadron del conde de Cifuentes que era el postrero, recibió mayor daño: él mismo y su hermano Pedro de Silva fuéron presos y llevados á Granada. Parecia que todos pasmaban, y que tenian entorpecidos los miembros sin podellos menear: de dos mil y setecientos de á caballo que llevaban, fueron muertos ochocientos, y entre ellos tres hermanos del marques de Cadiz, es á saber Diego, Lope y Beltran, sin otros deudos suyos. El número de los cautivos fué casi doblado: entre ellos cuatrocientos de lo mas nobles de España. Algunos pocos con el maestre se salvaron por los desiertos y matorrales, que con afan llegaron á Antequera: otros cada cual segun le guiaba la esperanza ó temor, fueron á parar á diversas partes. Sucedió esto desastre señalado á veinte y uno de marzo dia de S. Benito, que por entonces de alegre se mudó en triste y desgraciado para España: la mengua se igualó al daño. El caudillo de las Moros llamado Abohardil hermano del rey Albohacen, y gobernador de Málaga, con el buen suceso desta empresa ganó gran crédito y reputacion de esforzado y prudente entre los de su nacion, y aun para con los cristianos.

CAPITULO IV.

Que el rey Mahomad Boabdil fué preso.

Los ánimos de los cristianos en breve se conhortaron de la gran tristeza y lloro que les causó aquel desastre, por otro mayor daño que hicieron en los Moros, con que su atrevimiento se enfrenó. Peleaban entre sí los dos reyes Moros Albohacen y Boabdil con grande pertinacia y porfia; solamente concordaban en el ódio implacable y deseo que tenian de hacer mal á los cristianos. Ponian la esperanza de aventajarse contra la parcialidad contraria en perseguir y hacer daño á los nuestros, y por esta vía ganar las voluntades y favor del pueblo. Por esto y por la victoria susodicha que ganó su padre, Boabdil en competencia se resolvió de acometer por otra parte las tierras de cristianos. Juntó un buen número de gente de á caballo y de á pie así de los suyos como de la parcialidad contraria: hizo entrada por la parte de Écija; llevaba intento y esperanza de apoderarse de Lucena, villa mas grande y rica que fuerte. Dióle este consejo Alatar su suegro: persona que de muy bajo suelo tanto que fué mercero (á lo menos esto significa su nombre) por su gran esfuerzo pasó por todos

los grados de la milicia, y llegó á aquella honra de tener por yerno al rey, además de las muy grandes riquezas que habia llegado; y estaba acostumbrado á hacer presas en tierra de cristianos, en particular en la campiña de Lucena.

Diego Fernandez de Córdova alcaide de los Donceles, que era señor de aquel pueblo junto con otros lugares que por allí tenia, luego que supo lo que los Moros pretendian, advirtió á su tio el conde de Cabra del peligro que corria. A causa del estrago pasado quedaba muy poca gente de á caballo por aquella comarca, fuera de que los moradores de Lucena estaban amedrentados, y los muros no eran bastantes para resistir á los bárbaros. Llegaron los Moros á veinte y uno de abril. El alcaide recogió los moradores á la parte mas alta del lugar. Fortificó otrosí con pertrechos, guarneció con soldados, que llegó hasta docientos de á caballo y ochocientos de á pie de los lugares comarcanos, lo mas bajo de la villa por entender que los Moros acometerian por aquella parte. Fué mucho el esfuerzo de los soldados, tanto que los enemigos perdieron la esperanza de ganar la villa; mas por alguna gente que perdieron en el combate, y otros que les hirieron, en venganza volvieron su rabia contra los olivares.

Demas desto Hamete Abencerrage con trecientos de á caballo dió la tala á la campiña de Montilla. Tenia este con el alcaide de Lucena Diego de Córdova conocimiento y familiaridad á causa que los años pasados los Abencerrages echados de Granada estuvieron en Córdova mucho tiempo. Hecho pues lo que le encomendaron, vuelto á Lucena convidó al alcaide para tener habla con él con intento debajo de color de amistad de ponelle asechanzas y engañarle. Un engaño fué burlado con otro: dió esperanza el alcaide de rendir el pueblo, con que entretuvo al enemigo hasta tanto que llegase el conde de Cabra. Como el bárbaro supo que se acercaba, alzados sus reales, comenzó á retirarse la vuelta de su tierra con la presa que era muy grande. Los cercados avisados de lo que pasaba, salieron de la villa: acometieron á la retaguardia para impedilles el camino y entretenellos.

Entretanto como llegase el conde de Cabra, se determinó cargar á los enemigos, que iban turbados con el miedo, revueltos entre si y sin ordenanza. Apenas los venideros creerán esto, que con ser los Moros diez tantos en número, no pudieron sufrir la primera vista de los contrarios. Dios les quitó el entendimiento; y la fama, como de ordinario acontece, de que el número de los nuestros era mucho mayor, los hizo atemorizar. Está un arroyo legua y media de Lucena en el mismo camino real de Loja, las riberas frescas con muchos fresnos, sauces y tarays, y á la sazon por las lluvias del verano llevaba mucha agua: la gente de á pie pasado el arroyo se pusieron en huida sin otro ningun cuidado mas de llevar la presa delante; la gente de á caballo, aunque atemorizada por la misma causa, hizo rostro. El rey bárbaro procuró animallos, díjoles: «Dónde vais soldados? qué furor os ha cegado los enten»dimientos? por ventura estais olvidados que estos son los mismos que poco há fueron ven»cidos por menor número de los nuestros? Tendreis pues vos y ellos en esta pelea los ánimos »que suelen tener los vencedores y vencidos. Mirad por la honra, por vos mismos y por lo »que dirá la fama: pensais que á las manos entorpecidas pondrán en salvo los pies?»

Poco aprovecharon estas palabras. Marcharon á priesa los cristianos: acometió por el un costado don Alonso de Aguilar, que desde Antequera con cuarenta de á caballo y algunos pocos peones mezclados acudió á la fama del peligro. Los bárbaros sea que sospechasen que el número era mayor, ó (lo que yo mas creo) por habellos amedrentado Dios, dieron las espaldas y se pusieron en huida. El rey se apeó de un caballo blanco en que iba aquel dia; procuró esconderse entre los árboles y matas de aquel arroyo con deseo de escapar si pudiese: halláronle allí tres peones, y él mismo porque no le matasen, dió aviso de quien era; así le prendieron, y el alcaide que seguia el alcance, le mandó llevar á Lucena. El estrago que hicieron los nuestros hasta la noche en los que huian, fué tal que mataron mas de mil de á caballo y entre ellos al mismo Alatar viejo de noventa años, y como cuatro mil peones parte quedaron muertos, parte presos: juntamente les quitaron la presa.

Con el aviso desta victoria los reyes que á la sazon se hallaban en Madrid, acordaron partir entre sí los negocios, que eran muy grandes. La reina doña Isabel fué á la raya de Navarra para apresurar lo del casamiento de su hijo, por el gran deseo que tenian de impedir á los Franceses la entrada en España y la posesion del reino de Navarra: el rey don Fernando se partió al Andalucía para cuidar de la guerra. Salió de Madrid á veinte y ocho de abril: llegado á Córdova, se trató de hacer la guerra con mayores fuerzas y apercebimientos que antes, en especial que los Moros por la prision del rey Chiquito se tornaron á unir debajo de su rey Albohacen, que volvió al señorío de Granada, dado que muchos de los ciu-

dadanos (aunque sin cabeza) todavía perseveraban en su primera aficion: personas á quien ofendia la vejez, crueldad y avaricia de aquel rey.

Juntaron los nuestros á toda diligencia seis mil de á caballo y hasta cuarenta mil infantes: con este ejército volvieron á la guerra: iba por su caudillo el mismo rey don Fernando; hizo destruir los arrabales de Illora, y tomó por fuerza y echó por el suelo á Tajara pueblo cerca de Granada, en cuya bateria don Enrique Enriquez tio del rey y mayordomo de la casa real fué herido, y para curalle le enviaron á Alhama. Despues desto llegaron á la vega de Granada, en que hicieron grande destrozo: quemaron y talaron todo lo que hallaban, y para mayor seguridad de los gastadores asentaron los reales en un puesto fuerte, desde donde los enviaban guarnecidos de soldados y con escolta á hacer daño en los campos comarcanos con tanto menor peligro suyo y mayor perjuicio de los enemigos.

El rey Albohacen por no fiarse de los ciudadanos no se atrevió á salir de la ciudad, solo algunos pocos soldados se mostraban por los campos con intento de prender á los que se desmandasen, y pelear á su ventaja. Envió otrosí aquel rey desde Granada sus embajadores: prometia si le entregaban á Boabdil su hijo, que daria en trueque al conde de Cifuentes y otros nueve de los mas principales cautivos que tenia: otras condiciones ofrecia para hacer confederacion, pero insolentes y demasiadas; era de su natural feroz, y ensoberbeciale mas la victoria que poco antes ganara. El rey don Fernando rechazó las condiciones, ca decia no ser venido para recebir leyes, sino para dallas, y que no habia que tratar de paz en tanto que no dejaba las armas. Los nuestros eran aficionados á Boabdil: el favor y la misericordia tienen á las veces ímpetus vehementes; el marques de Cadiz y otros no cesaban de persuadir al rey que le pusiese en libertad: que por este medio sustentase los bandos y parcialidades entre aquella gente, cosa muy perjudicial para ellos y muy á propósito para nuestros intentos.

Acabadas pues las talas, y puesta guarnicion en Alhama, y por cabeza don Iñigo Lopez de Mendoza conde de Tendilla con órden no solo de defender el pueblo sino tambien de hacer salidas y robar las tierras comarcanas, el rey don Fernando volvió á Córdova. Allí por su mandado trajeron al rey preso del castillo de Porcuna, pueblo que los antiguos llamaron Obulco: como él se vió en presencia del rey, hincó la rodilla y pidióle la mano para besalla. Abrazóle el rey y hablóle con mucha cortesía: parecióle era justo tenelle respeto y honralle como á rey, dado que fuese bárbaro y su prisionero. Trataron de concertarse: finalmente se hizo con estas condiciones: que Boabdil diese en rehenes á su hijo mayor con otros doce hijos de los mas principales Moros para seguridad que no faltaria en la devocion, obediencia y homenage del rey de Castilla: mandáronle otrosí que pagase cada un año doce mil escudos de tributo, y viniese á las cortes del reino cuando fuese avisado; demas desto que por espacio de cinco años pusiese en libertad cuatrocientos esclavos cristianos. Con esto le otorgaron libertad y licencia de quedarse en su secta y le enviaron á su tierra.

El rey don Fernando puestas nuevas guarniciones por aquellas partes, y señalado Luis Fernandez Portocarrero para que en lugar del maestre de Santiago tuviese el gobierno de Ecija y cargo de aquella frontera, se partió de Córdova, para do la reina le esperaba. En la misma sazon mil y quinientos Moros de á caballo y cuatro mil de á pie debajo la conducta de Bexir gobernador de Málaga rompieron por la campiña de Utrera; mas fueron rechazados por el esfuerzo de Portocarrero y del marques de Cadiz que les salieron al encuentro, y los desbarataron cerca de Guadalete con grande estrago que en ellos hicieron. Para memoria de aquel servicio se despachó un privilegio en que se concedió á los marqueses de Cadiz para siempre jamás que todos los años hobiesen el vestido que los reyes vistiesen el dia de nuestra señora de Setiembre: premio muy debido á sus hazañas y lealtad, mayormente que dentro del mismo mes no solo desbarató á los Moros (como queda dicho) sino tambien recobró á Zahara que la tomó de sobresalto.

Fueron los reyes don Fernando y doña Isabel á la ciudad de Victoria: tenian poca esperanza de efectuar aquel casamiento que pretendian. Madama Madalena á persuasion del rey de Francia su hermano se escusaba con la edad de los novios que era muy desigual, ca el príncipe era niño y su hija casadera: decia que semejantes casamientos pocas veces salen acertados. En aquella ciudad el conde de Cabra y el alcaide de los Donceles por mandado de los reyes fueron recebidos solemnemente, y para mas honrallos en compañía del cardenal de Toledo don Pero Gonzalez de Mendoza les salieron al encuentro toda la nobleza y todos los prelados, honra que muy bien se les empleaba. En particular hicieron merced al conde

de Cabra de cien mil maravedís de juro por toda su vida: concediéronle otrosí que á sus armas antiguas añadiese y pintase en su escudo la cabeza de un rey coronado, y al derredor por orlo nueve banderas en señal de otras tantas que ganó de los Moros cuando de sobre Lucena se retiraban: todo á propósito de gratificar aquel servicio, y despertar á otros á emprender cosas grandes por la patria y por la religion.



Traje doméstico de mora en el reino de Granada.

Cayóse con las aguas del invierno de repente gran parte de la muralla de Alhama: los soldados por miedo trataban de desamparar aquella plaza. El conde de Tendilla con prudente y presto consejo hizo tender un lienzo en toda aquella abertura pintado de tal manera que parecia no faltar cosa alguna: con esto antes que el enemigo advirtiese el engaño y fuese avisado de lo que pasaba, tuvieron lugar de reparar lo caido y asegurarse. Hizo otrosí por la grande falta de dinero para pagar y entretener los soldados monedas de cartones, de una parte su firma, y por la otra el valor de cada cual de las monedas, con promesa de trocallas con buena moneda y legal, pasado aquel aprieto y necesidad: traza notable y usada de grandes personages. Este año á quince de noviembre dió el papa el capelo al obispo de Girona don Juan de Melguerite embajador por su rey en aquella corte. Escribió de los reyes de España una breve historia que intituló Paralipómena: pocos meses gozó de aquella dignidad; yace sepultado en Roma en Nuestra Señora del Pópulo.

CAPITULO V.

De las cosas de Navarra.

Los Navarros no sosegaban: demas de las parcialidades antiguas al presente por el poco caso que hacia la gente de los que gobernaban, los ódios tenian menos enfrenados y reprimidos, sin que se pudiese entre ellos asentar una paz firme y duradera; muchas veces se

dejaron las armas, y muchas las tornaron á tomar. Estaban las cosas de tal manera trabajadas que apenas se pudieran reparar con una larga paz, cuando se emprendió de otra parte una nueva guerra. Juan vizconde de Narbona tio de la reina doña Catalina pretendia aquel reino con achaque que cuando murió la reina doña Leonor su madre, él debia suceder como pariente mas cercano que los nietos, además que no podia muger heredar aquella corona: concluia que contra derecho y justicia aquella señora tomó la posesion de aquel reino.

Esto decia y alegaba: la verdadera causa del daño era el poco caso que hacia de la reina por ser muger y por su poca edad; que de otra suerte qué derecho podia pretender, pues constaba que muchas veces los nietos se preferian á los hijos menores, y aquel reino recayó en hembras diversas veces? La mudanza de los príncipes y sus muertes dan ocasion á semejantes pretensiones; y la insaciable codicia de reinar no se mueve por alguna razon, ni se enfrena. No tenia esperanza de alcanzar por bien y por via de justicia su pretension: con las armas hizo que todo el condado de Fox le reconociese por señor, castillos y pueblos, parte de su voluntad, parte por fuerza. Los mas favorecian sus intentos por la memoria que tenian de los señores pasados, y por el miedo y ódio de sujetarse por medio del casamiento de la reina á algun señor extranjero.

Para sosegar estos bullicios tenian necesidad de mayores fuerzas, y las cosas pedian algun varon que las gobernase. Pareció apresurar el casamiento de la reina, sobre que resultaron nuevas dificultades. Madama Madalena su madre se inclinaba á la casar en Francia: los Navarros pretendian tener por costumbre que se tratase y determinase en los estados y corte del reino del casamiento de sus reyes: que los matrimonios que sin dalles parte ó contra su voluntad se efectuaban, siempre salieron desgraciados; en particular los moradores de Tudela protestaron que si de otra forma se hiciese, se entregarian al rey don Fernando, el cual á la sazon en Tarazona tenia cortes de Aragon por principio del año 1484, sin que haya sucedido cosa memorable sino que los Catalanes al principio rehusaron de hallarse en ellas: alegaban que conforme á sus fueros no era lícito llamarlos fuera de su provincia, pero al fin se conformaron con la voluntad del rey.

En el entretanto doña Catalina reina de Navarra se casó con Juan de Labrit hijo de Alano persona muy noble, y que tenia grandes estados en Francia, es á saber lo de Perigueux, lo de Limoges, lo de Dreux, sin otros pueblos y señoríos: deste casamiento resultaron nuevas alteraciones en Navarra. El rey don Fernando con intento de aprovecharse del temporal turbio para ensanchar su estado, y vengar la poca cuenta que dél se tuvo (al contrario de lo que antes hizo) él se quedó en aquella comarca, y envió á la reina á la Andalucía para aprestar lo necesario para continuar la guerra de los Moros. Las cosas no daban lugar á descuidarse, ca tenian aviso que todavía el poder de Albohacen iba en aumento, y que tenia debajo de su obediencia casi toda aquella nacion: que su hijo apenas dentro de la ciudad de Almería, que la tenia por suya, y con poca gente que se le arrimaba, conservaba el nombre de rey. La principal causa desta mudanza era que aquella gente le aborrecia como renegado, por lo menos aficionado á los cristianos. Los predicadores que su padre envió por todas partes, no cesaban de maldecille, y declaralle al pueblo por blasfemo y descomulgado.

De nuestra parte las gentes de Córdova y de Sevilla en número de mas de diez mil hombres por el mes de abril por toda la campiña de Málaga talaron las mieses que estaban ya para segarse, con que pusieron grande espanto; y con los grandes daños que hicieron, se satisfacieron en el mismo lugar del que se recibió el año pasado. Sobre todo pretendian y confiaban que los Moros cansados con tantos males en fin se vendrian á sujetar, pues de Africa no les venia socorro ninguno, á lo menos de importancia, sea por estar aquella gente embarazada en sus guerras, sea porque los nuestros con sus armadas como señores que eran del mar, no daban lugar á los contrarios de rebullirse.

Esto dió ocasion y avilenteza á los Ginoveses para que debajo de la conducta de un cosario llamado Iordieto Doria trabajasen las riberas de Cataluña y de Valencia, que se hallaba sin armada: robaron, quemaron y mataron todo lo que hallaban. Fueron los Ginoveses antiguamente competidores por el mar de los Catalanes, y al presente les dió lugar para desmandarse cierta discordia que resultó en aquella ciudad, y la poca autoridad que por esta causa aquella república tenia. Fué así que á Pedro Fregoso duque de aquella señoría echó de la ciudad y despojó de su dignidad Paulo Fregoso arzobispo de Génova y cardenal, sin tener consideracion al parentesco que los dos tenian: cargábale que llamaba á los duques de Milan para entregalles aquella ciudad.

Erales al pueblo muy pesado que los Milaneses, malos antes de sufrir, volviesen á gobernallos; además que por haber gustado una vez la libertad no podian llevar el señorío de ninguno, puesto que fuese muy blando, ni sabian templarse en sus pasiones. Lo que resultó fué que se aparejó á costa de aquel reino en Valencia una nueva armada, y por su capitan Mateo Escrivá, á propósito de reprimir el orgullo de los cosarios y defender nuestras riberas. Demas desto las cosas eclesiásticas andaban tambien revueltas en aquellos estados y corona: para todo era necesaria la presencia del rey don Fernando.

El caso pasó desta manera: Por la muerte del maestre de Montesa Luis Dezpuch, persona en aquella era de gran fama, prudencia y valor, bien así como cualquier otro de los muy nombrados, los caballeros de aquella órden pusieron en su lugar á don Philipe Boil. Alegaba contra esta eleccion el rey don Fernando que el sumo pontífice le concediera una bula en que disponia que sin su voluntad no pudiese ser elegido de nuevo ningun maestre: las voluntades de los reyes son vehementes, asi fué necesario que depuesto el nuevo electo, sucediese en su lugar don Philipe de Aragon sobrino del rey, hijo de don Carlos príncipe de Viana, que aunque señalado por arzobispo de Palermo, se contentó de trocar aquella dignidad con el maestrazgo de Montesa.

Demas desto el pontífice Sixto por la muerte de don Iñigo Manrique arzobispo de Sevilla dió aquella iglesia al cardenal Rodrigo de Borgia, cosa que sintió mucho el rey don Fernando, hasta mandar prender á Pero Luis duque de Gandía hijo que era de aquel cardenal: torcedor con que al fin alcanzó que revocada la primera gracia, don Diego de Mendoza obispo que era de Palencia, fuese hecho arzobispo de Sevilla por contemplacion de su hermano el conde de Tendilla y de su tio el cardenal de España. Por esta eleccion don Alonso de Burgos que era obispo de Cuenca, pasó al obispado de Palencia, á Cuenca don Alonso de Fonseca obispo de Avila: el obispado de Avila se dió á fray Hernando de Talavera prior en Valladolid de Nuestra Señora de Prado; desta manera en España los reyes pretendian fundar el derecho de nombrar los prelados de las iglesias. La revuelta que andaba en Italia, fué causa que en muchas cosas se disimulase con los príncipes: y aun en esta misma sazon se emprendió entre los Venecianos y Napolitanos una nueva guerra. La ocasion fué ligera, la alteracion grande por acudir los demas príncipes de Italia, unos á una parte, otros á otra. El principio y causa desta guerra fué que los Venecianos pretendian maltratar á Hércules duque de Ferrara, y los de Nápoles acudieron á su defensa por estar casado con una hija de don Fernando rey de Nápoles.

En lo mas recio desta guerra falleció el papa Sixto á doce de agosto. Sucedióle el cardenal Juan Bautista Cibo, natural de Génova, con nombre que tomó de Inocencio octavo. En el mismo tiempo pasó otrosí desta vida don Iñigo Dávalos hijo del condestable don Ruy Lopez Dávalos. Tuvo este caballero gran cabida con los reyes de Nápoles, alcanzó grandes riquezas, y fué muy señalado bien así como cualquier otro en las armas. De su muger Antonela hija de Bernardo conde de Aquino y marques de Pescara dejó muchos hijos: el mayor se llamó don Alonso y le sucedió en el marquesado, demas dél á Martin, Rodrigo, y Iñigo que fué marques del Vasto: fuera destos á Emundo y una hija llamada doña Constanza, personas de quien descienden muchos príncipes de Italia.

En especial don Fernando marques de Pescara hijo de don Alonso con sus muchas hazañas que obró en tiempo de nuestros padres, y con su valor hinchó á Italia y á todo el mundo de su fama, ca fué grande caudillo en la guerra, y se pudo comparar con muchos de los antiguos. Iñigo Dávalos fué padre de don Alonso marques del Vasto, que ganó asimismo gran fama por su esfuerzo, y por morir su primo sin hijos heredó aquel estado, y junto con el suyo le dejó á sus descendientes con tal condicion que alternativamente el uno de los sucesores se llamase marques de Pescara y el siguiente marques del Vasto, y que esto se guardase perpetuamente, como vemos que hasta hoy se guarda.

CAPITULO VI.

Que Abohardil se alzó con el reino de Granada.

A esta misma sazon los soldados de Andalucía y los capitanes así de su voluntad como por mandado de la reina trataban con mucho calor de hacer guerra á los Moros. Persuadianse que pues los principios procedian prosperamente y casi sin tropiezo, que lo demas sucederia

como deseaban. Con este intento no cesaban de espiar los intentos de los enemigos, sus pretensiones y caminos, sin aflojar ni descuidarse en cosa alguna, ni dejar á los enemigos alguna parte segura. No descansaban de dia ni de noche, ni en invierno ni en verano; antes ordinariamente hacian correrías, y todo mal y daño en todos los lugares que podian. Tratábase en Córdova de hacer una nueva jornada, y cousultaban por qué parte seria mejor acometer. Y dado que el maestre de Santiago era de contrario parecer, los mas se conformaron con el marques de Cadiz que debian acometer á Alora, que es un pueblo puesto casi en medio del camino que hay desde Antequera á Málaga, un rio pequeño que pasa junto á él, algunos piensan que los antiguos le llamaron Saduca; era esta villa mas fuerte por su sitio, ca está por la mayor parte asentada sobre peñas, que por las murallas ú otra fortificacion.

Estaba el ejército con esta resolucion á punto de marchar cuando el rey don Fernando que partió de Tarazona á postrero de mayo, continuado su camino, sobrevino para hallarse en persona en aquella guerra por ser su presencia de tan grande importancia para todo. Parecióle bien el acuerdo que los suyos tomaron, si bien para mayor disimulacion y desmentir á los contrarios que no entendiesen su intento, dió muestra de ir de nuevo á guarnecer á Alhama de gente. Como llegó á Antequera, torció el camino y dió al improviso con todas sus gentes sobre Alora: fué grande el miedo de los moradores y la turbacion. Púsose sitio: combatieron las puertas y murallas de aquel lugar, y con la artillería abatieron parte de los adarves con tanto mayor espanto de los Moros que no estaban acostumbrados á cosa semejante; rindiéronse á partido que los dejasen ir libres y llevar todas sus alhajas.

La toma deste pueblo fué á veinte y uno de junio: la alegría y provecho mas colmado á causa que ningunos de los nuestros fueron muertos, y que los Moros se pudieran entretener mucho tiempo; que no les podian quitar el agua del rio por ir cogido entre peñas, y por estar la gente acostumbrada á sustentarse con poco, y usar de la comida y de la bebida mas para sustentar la vida que para regalo y deleite: venciéronse estas dificultades mas con ayuda del cielo que por industria humana. Acometieron otros pueblos comarcanos, y por el demasiado brio cerca de un lugar llamado Cazarabonela, do vinieron á las manos con cierto número de enemigos, en un rebate mataron á don Gutierre de Sotomayor conde de Benalcazar en la flor de su edad (y que tenia por muger una dueña parienta del rey) con una saeta enerbolada que le tiraron. Despues desto dejaron en Alhama trecientos caballeros de Calatrava por cuenta de Garci Lopez de Padilla maestre de aquella órden, al cual eligieron en lugar de Rodrigo Tellez Giron, y por su muerte, con gravámen que se encargase de la defensa de aquel pueblo.

El rey con la demas gente pasó hasta dar vista á Granada: allí asentó sus reales en un lugar fuerte; tenia seis mil de á caballo, los infantes apenas eran diez mil. En la ciudad se decia tenian setenta mil combatientes, gran número y que no se puede creer: siempre es mas lo que se dice en estas cosas que la verdad; la misma mentira empero da á entender que la muchedumbre era grande. Sin embargo el rey don Fernando talado que hobo toda aquella vega y puesto grande espanto á toda la morisma, gastados en esto cincuenta dias, volvió con su ejército sano y salvo, y alegre por los depojos de los Moros que llevaba á tierra de cristianos. Para la defensa de Alora dejó á Luis Fernando Portocarrero, y por general de las armadas y del mar nombró á don Alvaro de Mendoza conde de Castro persona de grande esfuerzo y prudencia. Pretendia con esto que de Africa no pudiese venir socorro á los Moros; que por pequeños descuidos se suelen perder empresas muy grandes.

Pasados los calores del estío, volvieron á la guerra con el mismo denuedo que antes: batieron un castillo cerca de Málaga llamado Septenil, fuerte y enriscado. Sucedió lo mismo que en Alora, que espantados los de dentro con el ruido y estruendo de la artillería, rindieron la plaza, con libertad que se les dió para irse donde quisiesen con el dinero que les dieron por el trigo y los bastimentos que allí dejaban, conforme á lo que ciertas personas señaladas juzgaron que podia todo valer. Tras esto se enderezaron los nuestros la vuelta de Ronda, ciudad puesta entre montes muy altos y ásperos, y por esta causa, aunque pequeña, inaccesible y fuerte, en especial que la mayor parte está rodeada del rio que por allí corre, y lo restante de peñascos enriscados. Los moradores de aquella ciudad eran diferentes en el trage y vivienda de los demas: Moros muy feroces y arriscados, y para todo lo que sucediese, guarnecidos de soldados y de armas, bastecidos de vituallas, tanto que á los lugares comarcanos que son de la misma aspereza, proveian ellos de todo lo necesario para su defensa y guarnicion.

Todo esto ponia en los fieles mayor deseo de acometer aquella ciudad por entender que

quitado aquel baluarte, todo lo demas hasta Málaga quedaria muy llano. Llegaron á vista de los muros y de aquel sitio tan bravo: dieron el gasto á los olivares y huertas, que las hay por allí muy buenas. No continuaron estos buenos principios; la falta del dinero para hacer las pagas les forzó á no detenerse mucho en aquel lugar: daño que muchas veces impide y desbarata grandes empresas.



Don Fernando El Católico en el sitio de Ronda. *(Sillería del coro de la catedral de Toledo.)*

Enviada la gente á los invernaderos, el rey y la reina se partieron para Sevilla: llegaron á aquella ciudad á dos del mes de octubre, alegres por los buenos sucesos y por la esperanza que tenian de dar fin á aquella empresa cual todos deseaban: era tan grande este deseo que en medio del invierno por el mes de enero año de **1485** tornaron á la guerra. El invencible ánimo del rey no sabia sosegar: tenia esperanza de tomar la ciudad de Loja de rebato y de noche; mas desistió desta empresa por las muchas aguas y temporales del invierno que forzaron á los nuestros á volver atrás, además que un soldado muy plático llamado Juan de Ortega les avisó no solo ser temeridad sino locura intentar cosa semejante. Cada dia acudian nuevas compañías de Castilla y señores: entre otros el condestable Pero Fernandez de Velasco, el duque de Alburquerque don Beltran de la Cueva, Pedro de Mendoza adelantado de Cazorla, don Juan de Zúñiga maestre de Alcántara, cada cual con su particular banda de gente; acudieron otrosí el maestre de Santiago y el duque de Nájara que se hallaron en las empresas pasadas. Con estos socorros llegaron á nueve mil de á caballo y veinte mil infantes. Pareció, pues el ejército era tal, volver á la guerra con mayor denuedo y resolucion que antes.

Al mismo tiempo los ciudadanos de Almería tomaron las armas contra su rey Boabdil: aborrecíale aquella gente como á renegado, y decian que por su cobardía sucedieran los males pasados. Acometieron el palacio, y en él mataron un hermano de Boabdil, y prendieron á su madre, principal causa y atizadora de aquella discordia tan perjudicial que entre padre y hijo antes se levantó: el mismo rey moro por estar á la sazon ausente de aquella

ciudad, luego que le avisaron de aquel desastre, perdida toda esperanza de prevalecer, con algunos pocos que le acompañaron, se fué á Córdova.

Por otra parte los moradores de Ronda que eran pocos, y menos que ser solian, tenian cobrado gran miedo: un moro llamado Juzeph Jerife dió desto aviso al marques de Cadiz; pareció seria conveniente acudir en primer lugar á aquella empresa, bien que primero acometieron otros lugares como fué Cohin, que caia cerca de Alora, el cual pueblo tomaron por fuerza, y le echaron por tierra porque á causa de ser muy ancho el circuito de los muros era dificultoso ponelle en defensa: murió en la batería Pedro Ruiz de Alarcon, que en esta guerra dió muestra como antes en la de Villena de esfuerzo singular, y acabó grandes hazañas. Ganaron otrosí á Cartama, pueblo que conserva su apellido antiguo solamente mudada una letra, ca en tiempo de Romanos se llamaba Cartima, y dél toma nombre todo aquel valle en que este pueblo está, que se llama el valle de Cartama: rindióse á Pedro de Mendoza, y dióse el cargo de defendelle al maestre de Santiago á pedimento del mismo.

Hecho esto, con todo el ejército pasaron á Málaga, do residia Albohardil hermano de Albohacen, en quien y en su valor hallo que en aquella sazon tenian los Moros puesta su esperanza, por la grande reputacion que ganó cuando en el Ajarquia (que así se llaman los montes de Málaga) destrozó como se dijo gran número de cristianos. Poco efecto se hizo en aquella parte, fuera de cierta escaramuza de menor cuenta; dieron pues la vuelta por el mismo camino que fueron, y revolvieron sobre Ronda. Para cercar la ciudad por todas partes dividieron las gentes en cinco reales ó estancias. El mismo rey con la mayor parte del ejército se puso enfrente del castillo. Atajaron con gente de guarda, que llaman atajadores, todos los caminos para que no les pudiesen entrar socorro ni provision de parte alguna. Lo que hizo mucho al caso, que se hallaban pocos dentro á causa que parte de los ciudadanos eran idos á hacer correrias por los campos comarcanos del Andalucía.

Por esta ocasion los Moros movidos del grande riesgo en que se veian, y de los sollozos y lágrimas de las mugeres, y atemorizados por la diligencia de los cristianos que de dia ni de noche no reposaban, se hobieron de rendir á veinte y tres dias de mayo á partido: entre otras cosas y condiciones á los mas principales ciudadanos dieron ciertas tierras y posesiones en Sevilla, de Gonzalo Pizon (1) y de otros, cuyos bienes tenian los inquisidores por sus deméritos confiscados. Hecho esto, pusieron guarnicion en aquella ciudad. Rindiéronse al tanto otros pueblos por aquella serranía, entre ellos los mas principales fueron Cazarabonela, y Marbella que está cerca del mar.

Era grande el espanto que habia entrado en los Moros: en sus reyes tenian poca ayuda, el uno andaba huido, y Albohacen por su vejez, enfermedad y poca vista poco les podia prestar. Forzados deste peligro se determinaron de nombrar por su rey á Muley Abohardil que residia en Málaga, hombre de gran corazon y prudencia. La nacion de los Moros es mudable y desleal, y no se refrena ni por beneficios ni por miedo, ni aun tiene respeto á las leyes y derecho natural: así el moro luego aceptó la corona que le ofrecian. Partióse para Granada con este intento. Llegó mas soberbio que antes, por matar de camino noventa hombres de á caballo de los contrarios: salieron estos de Alhama á robar, y llegados hasta la Sierra Nevada, estaban alojados con mucho descuido, que fué causa de su perdicion. Hizo pues su entrada en Granada á manera de triunfo: los ciudadanos luego que llegó, con gran voluntad y grandes gritos le apellidaron y alzaron por rey. Albohacen al principio desta revuelta se partió para Almuñecar do tenia sus tesoros: allí su cruel hermano le hizo matar no por otro delito mas de por tener nombre y corona de rey, y por la aficion que todavía le tenian algunos, los que aborrecian la deslealtad del tirano y su ambicion, y por compasion de aquel viejo trataban de acudille. Para librarse deste peligro y cuidado cometió aquel parricidio, en que se mostró no menos cruel que desleal,

CAPITULO VII.

Que nació la infanta doña Catalina hija del rey don Fernando.

Quedó el moro muy ufano despues que, muerto su mismo hermano, se hobo alzado con su reino. La fama del caso se estendió por todas partes: el poder y mando alcanzado por malos medios y con crueldad suele ser poco durable, y semejantes maldades pocas veces pasan sin

(1) Zurita le llama Gonzalo Hernandez Pichon.

castigo. Los cristianos cuanto era mayor la esperanza que tenian de echar por tierra las fuerzas de aquel estado, tanto se encendian mas en deseo de salir con ello. Recelábanse que con la mudanza del caudillo los enemigos no recobrasen nuevos brios, y la guerra por esta causa se hiciese mas dificultosa. Acordó el rey don Fernando para acudir á todo esto emprender una nueva jornada, y hacer prueba del ánimo que los suyos tenian y de sus fuerzas: los mas eran de contrario parecer, y pretendian convenia dejar descansar á los soldados por estar aquejados con tan continuos trabajos. Todas las dificultades venció la constancia del rey, y el ejemplo del esfuerzo que daba á todos en no escusar él mismo ningun afan ni riesgo, antes era el primero que salia á la pelea, y el primero que acudia á la fortificacion de los reales: es así que á los hombres desagrada comunmente que les manden de palabra, y todos obedecen fácilmente al caudillo que con el ejemplo les va delante.

Ordenó que la masa de las gentes se hiciese en Alcalá la Real por estar aquel pueblo cerca de la frontera: él mismo se partió para allá desde Córdova á primero de setiembre, si bien los calores eran grandes por ser aquella region mas cálida que lo demas de España. El conde de Cabra encendido en deseo de acometer alguna grande hazaña, movido así de su esfuerzo como de las muchas cosas en que los otros señores se señalaran, hizo instancia de ser el primero á entrar en tierra de Moros, como lo hizo, con las gentes de su regimiento y banderas de su cargo, que eran setecientos caballos y hasta tres mil infantes. Diósele órden que llevase en su compañía á Martin Alonso de Montemayor, y que se pusiese sobre Moclin, que es un pueblo cerca de Granada fuerte por su sitio y murallas: prometió el rey para asegurallos que les acudiria con todo el ejército.

El conde de dia y de noche apresuró su camino por tomar de sobresalto al nuevo rey Abohardil, de quien tenia aviso que tenia sus alojamientos allí cerca con mil y quinientos de á caballo y mayor número de gente de á pie. No se le encubrió este intento al enemigo, antes avisado dél, pasó sus gentes á un collado, y al amanecer entre ciertos caminos ásperos y estrechos dió sobre los cristianos con tal furia que murieron en el rebate los mejores soldados y la mayor parte del peonage. El conde entre los demas perdió á don Gonzalo su hermano, y él mismo, recebidas algunas heridas, con algunos de á caballo se fué huyendo hácia do entendia hallaria á Garci Lopez de Padilla maestre de Calatrava, que iba en pos de los que se adelantaron.

El rey don Fernando luego que supo el estrago de los suyos, por la tristeza estuvo algun tiempo retirado; despues sosegada la pasion: «Por la imprudencia (dice) del conde y demasiada confianza de los demas se ha recebido este revés, pero yo pretendo con presteza satisfacerme y recompensalle aventajadamente: con vuestro esfuerzo, soldados, tomaré venganza de la muerte de nuestros ciudadanos y soldados, varones esforzados mas que venturosos.» Caian junto á la frontera de los enemigos por la parte de Jaen dos castillos y pueblos, el uno llamado Cambil y el otro Albahar; el rio Frio pasa por enmedio de ambos, que aunque lleva poca agua, especial en aquel tiempo del año, por ser las riberas muy estrechas con dificultad se puede vadear. Sobre estos dos pueblos se puso toda la gente con intento de tomallos.

Albahar que está de la otra parte del rio, tiene un padrastro ó montecillo que se levanta á manera de pirámide: sobre aquel montecillo por mandado del rey, bien que con grande trabajo se plantó la artillería. Puso esto tanto espanto á los cercados que sin dilacion rindieron los castillos y pueblos á veinte y tres de setiembre, el mismo dia en que en tiempo del rey don Pedro los Moros se apoderaron de aquellas plazas como ciento y veinte años antes deste tiempo. El rey don Fernando ganadas tantas victorias, y tomados tantos lugares y los mas sin derramar sangre, comenzó á ser mas temido y nombrado: no se hablaba de otra cosa en todas partes. Envió á invernar el ejército, y con tanto él y la reina se partieron para Alcalá de Henares.

En este viage en Linares á las aldas de Sierramorena, falleció don Alonso de Aragon duque de Villahermosa, y hermano del rey don Fernando, caudillo esclarecido en aquel tiempo tanto como el que mas, como quier que se halló en muchas guerras. Su cuerpo fué primero depositado en Baeza, despues le trasladaron á Poblete entierro de sus antepasados. Dejó muchos hijos: en María Iunques fuera de matrimonio tuvo á don Juan conde de Ribagorza y á doña Leonor: de otras concubinas á don Alonso, que fué los años adelante obispo de Tortosa y despues arzobispo de Tarragona; tambien á don Fernando y á don Enrique. Fuera destos de su legítima muger tuvo á don Alonso y á doña Marina: la hija casó con Ro-

berto príncipe de Salerno, y deste matrimonio nació don Fernando, que fué el postrer príncipe de Salerno, y por su mal órden vivió en trabajos, desgracias y destierro hasta nuestra edad; don Alonso fué duque de Villahermosa, cepa de que descienden aquellos duques de Villahermosa y condes de Ribagorza.

En Toledo á los que dejada la religion cristiana que recibieron, se tornaban á la secta judáica, castigaban los inquisidores con mucho rigor y severidad; verdad es que á otro mayor número desta gente, porque se redujeron, pidieron misericordia y confesaron sus culpas, les fué otorgado perdon: estos se llaman hoy los de la gracia. Tratamos los hechos de España sin salir de ella; á las veces empero es forzoso por la trabazon que las cosas tienen entre sí y para cumplir con lo que se pretende en esta obra, tocar asímismo algunas de fuera.

Abrasábanse los señores Napolitanos con una guerra que levantaron contra don Fernando su rey, conjurándose y haciendo liga entre sí con intento de vengar los agravios muy graves y ordinarios que pretendian les hacia: ayudábalos el pontífice Inocencio y animábalos, si bien mas los favoreció con el nombre que con fuerzas, á causa de su vejez y de otros cuidados que dél cargaban. Las cabezas de la conjuracion eran tres príncipes, el de Salerno llamado Antonelo, y el de Besiñano que se llamaba Gerónimo, y el de Altamura por nombre Pirro Baucio: demas destos Pedro de Guevara marques del Vasto y otros sin embargo de estar muy obligados por las muchas mercedes que recibieron del rey. Llegó á tanto que por la fama cargaban asímismo á don Fadrique hijo del rey de que con esperanza de suceder en el reino favorecia de secreto á los parciales: cosa que si fué verdad ó mentira, aun entonces no se pudo averiguar. La principal causa del ódio que se levantó contra el rey, era don Alonso su hijo duque de Calabria por sus malas costumbres y soltura tan grande en todo que igualmente en deshonestidad y crueldad mucho se señalaba.

El rey por su grande prudencia y mucha esperiencia de cosas determinó sosegar aquellas alteraciones mas con maña que con fuerzas: así á instancia del pontífice que veia las cosas no sucedian prósperamente, y de Pedro Cardenal de Fox, el cual con este intento se partió para Roma al llamado del papa para terciar en el caso, fué dado perdon general á los alborotados. Desde España otrosí el rey don Fernando envió para sosegar aquellas alteraciones por su embajador al conde de Tendilla, que para asegurar á los barones en nombre de su rey y debajo de su palabra real con pleito homenage que hizo, recibió en su salvaguarda y debajo de su amparo aquellos señores alborotados á tal que dejadas las armas se redujesen á la obediencia.

Mas el rey de Nápoles luego que calmó la tempestad, hizo poco caso de aquellas promesas, su larga edad le inclinaba á creer lo peor, su condicion ejecutiva á vengarse de los que se le atrevian, confiado para todo lo que le podia suceder, en las muchas riquezas que le dejó su padre y él mismo con el mucho tiempo de su reinado las aumentó mucho mas. Determinado pues (despues de tomado el asiento) de castigar á sus contrarios, con ocasion de ciertas bodas que se celebraron en Castelnovo (1), hizo prender al conde de Sarno, que era uno de los parciales, con algunos otros que todos pagaron con las cabezas. Otros muchos en diversos tiempos y en diversas coyunturas y ocasiones, entre ellos los príncipes de Altamura y de Besiñano, le vinieron á las manos: á estos hizo morir en prision.

El rey de Castilla don Fernando no dejaba de agraviarse por sus embajadores, y protestar que no permitiria que ninguno hiciese burla de su palabra y de su fé: menudeaban las quejas, mas ninguna cosa bastaba para doblegar el ánimo obstinado del rey de Nápoles olvidado de la inconstancia de las cosas, y muy descuidado de lo que sucedió adelante; que á la verdad la muerte destos señores y el ódio que resultó por esta causa en los naturales, abrian las zanjas y echaban los cimientos de su daño, y de perder aquel reino, como se vió algunos años adelante. Volvamos la pluma atrás.

En Alcalá de Henares la reina doña Isabel á diez y seis de diciembre parió una hija, que se llamó doña Catalina, muy conocida por casar con dos hermanos hijos del rey de Ingalaterra, y por las desgracias que últimamente le sobrevinieron, y duraron siempre así á ella como por esta ocasion á toda la nacion inglesa. Cuán grandes olas de desventuras padecerá solo por la torpe deshonestidad de su marido y su deslealtad? Padecerá y llevará la pena de la culpa agena: tal fué la voluntad de Dios; las discordias de aquella nacion y las maldades

(1) Las bodas se fingieron para coger descuidados á los contrarios.

abrieron camino para males tan grandes. Fué así que presos y muertos Eduardo y Ricardo, legítimos herederos de aquella corona, Ricardo tio de aquellos niños se apoderó violentamente del reino: los medios y remates de su reinado fueron conformes á estos principios, su gobierno tiránico. Por esta causa Enrique conde de Rechémonda que primero estuvo preso en Bretaña, despues puesto en libertad venció al tirano en batalla y le quitó la vida: con que él mismo se quedó en su lugar con el reino que adquirió con este medio. Hijo deste Enrique fué Enrique octavo, rey de Ingalaterra, muy conocido por sus desórdenes. El repudio que dió á la dicha doña Catalina su muger, y juntamente el apartarse como se apartó de la religion católica de sus antepasados, además de sus grandes torpezas, hicieron que su nombre y su memoria para siempre sea aborrecible y detestable.

CAPITULO VIII.

De las alteraciones de Aragon.

En Aragon hobo algunas ligeras alteraciones: los alborotos que en Cataluña se levantaron fueron mayores, con mayor porfía y de mayor riesgo. La prudencia del rey don Fernando y su mucha autoridad hizo que todo se allanase. La ciudad de Zaragoza está sentada en un llano á la ribera del rio Ebro, en hermosura de edificios, muchedumbre de ciudadanos, riquezas, arreos, gala y anchura igual ó casi á cualquiera otra de España, guarnecida de armas, soldados y murallas, acostumbrada á un gobierno muy templado, y por ende muy leal para con sus reyes, si no le quebrantan sus fueros y sus libertades que le dejaron sus antepasados; ca por guardar su libertad hallamos haberse muchas veces alborotado con un increible corage y furor encendido. Están aquellos ciudadanos recatados por lo que han visto en otros, y por entender que de pequeños principios muchas veces resultan grandes tropiezos y accidentes muy pesados, como aconteció en este tiempo.

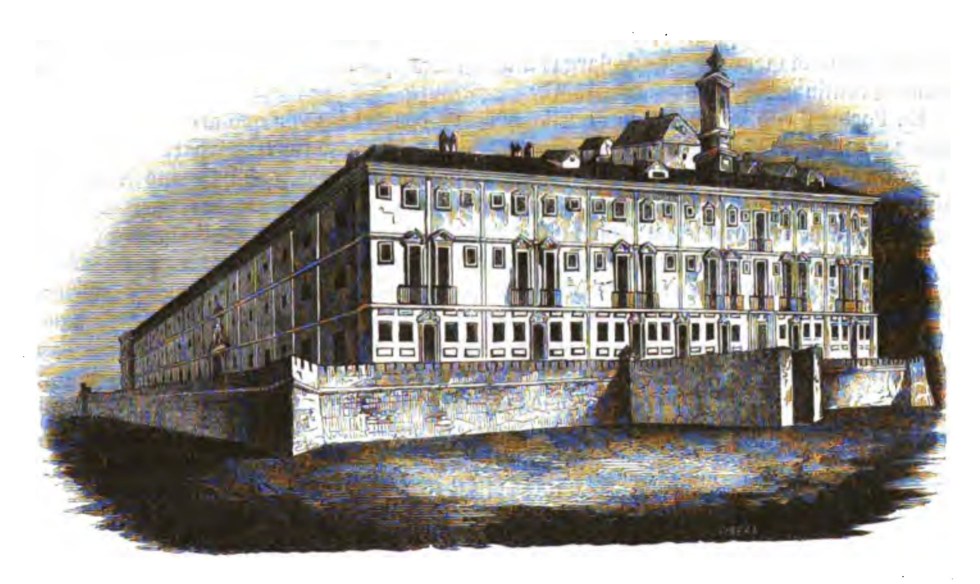
Juan de Burgos alguacil del rey (como es esta suerte de gente insolente) dijo ciertas palabras descomedidas á Pedro Cerdan cabeza de los jurados y del senado: acudieron otros y prendieron al alguacil. Puéstale acusacion, y sustanciado su proceso, por sentencia le ahorcaron, sin tener respeto al desacato que en aquello se cometia contra la magestad real. Tenia el rey á punto su gente para hacer entrada en el reino de Granada (como queda dicho que la hizo al principio deste año) cuando avisado de lo que pasaba, mandó á Juan Hernandez de Heredia gobernador de la general gobernacion del reino que castigase aquel atrevimiento con severidad y rigor en los que hallase culpados. Sin embargo á los embajadores que vinieron de parte de la ciudad sobre el caso, despidió con palabras blandas: díjoles que mandaba no se les hiciese algun agravio, como príncipe que era astuto y sagaz y de un ingenio muy hondo para disimular y fingir todo lo que le parecia á su propósito.

No pudieron prender á la cabeza de los jurados, que le amparó el justicia de Aragon que conforme á sus fueros y leyes tiene en esta parte suprema y mayor autoridad: hicieron justicia los ministros del rey de Martin Pertusa que era y tenia el segundo lugar entre los jurados, y fué el que mas se señaló en hacer se diese la muerte al alguacil real. La ejecucion fué presta y sin tardanza, sacáronle á justiciar con las cartas del rey, que llevaban en una lanza para efecto de reprimir el pueblo que se alborotaba, y queria en su defensa tomar las armas: el castigo de uno puso escarmiento en los demas, y los hizo advertir que los ímpetus de los reyes son bravos y grandes sus fuerzas. Con esto se sosegó esta revuelta; mas poco despues se revolvió aquella ciudad y alteró por una maldad mas grave que la pasada.

Hacia oficio de inquisidor en aquella ciudad Pedro Arbue, y conforme á lo que hallaba, castigaba á los culpados. Ciertos hombres homicianos de mala raza con color de volver por la libertad, ó aquejados de su mala conciencia y por temer de ser castigados, se resolvieron entre sí de dar la muerte al dicho inquisidor. Pensaron primero matalle de noche en su cama: no pudieron salir con esto á causa que las ventanas por do pretendian forzar el aposento tenian muy buenas rejas de hierro que no pudieron arrancar. Acordaron ejecutar su rabia en la Iglesia Mayor á la hora de los maitines en que acostumbraba á hallarse. Un miércoles catorce de setiembre (quien quita deste número un dia, quien le añade, de cuyas opiniones nos hace apartar la razon del cómputo eclesiástico) como pues estuviese de rodillas delante del altar mayor junto á la reja, le dieron de puñaladas. El primero que le hirió en la cerviz, fué Vidal Duranso, Gascon, uno de los sacomanos, que con rostro muy fiero y encendido y

palabras descompuestas le acometió: acudiéronle los otros con sus golpes hasta acaballe: no falleció hasta la noche siguiente del jueves á los quince, en el cual espacio no se ocupó en otra cosa sino en alabanzas de Dios. Hiciéronle muy solemnes honras y enterramiento: su cuerpo sepultáron en el mismo lugar en que le dieron las heridas. Dijose que su sangre derramada hervia por todo aquel tiempo, si ya no fué que los ojos se engañaron y se les antojaba á los que miraban.

Poco despues por mandado de la ciudad fué puesta una lámpara sobre su sepulcro, honra que no se suele hacer sino con los santos canonizados: así el emperador Carlos quinto procuró adelante que se hiciese con autoridad del papa Paulo III y que se le celebrase fiesta á los quince de setiembre, como hoy se hace todos los años; todo á propósito que la virtud y méritos de aquel notable varon fuesen honrados como era justo. Los que le mataron, hombres perdidos y malos, dentro de un año todos con diversas ocasiones sin faltar uno perecieron; que fué justo juicio de Dios, y muestra de su venganza de que aquellos malos hombres no pudieron escapar, magüer que no cayeron en manos de jueces ni fueron por ellos justiciados: además que la conciencia de los malos tiene dentro de sí no sé que verdugos, ó ella misma es el verdugo que quita á los hombres el entendimiento. Resultó que en adelante para seguridad de los inquisidores les fué concedido que morasen dentro del alcázar que se llama del Aljafería. Esto en el reino de Aragon.



Aljafería de Zaragoza.

En el principado de Cataluña, y particularmente en la comarca de Ampurias, los vasallos que vulgarmente llamaban Pageses, eran maltratados de sus señores poco menos que si fueran esclavos: desafuero que no se podia sufrir entre cristianos. Las imposiciones que los Moros al tiempo que eran señores mandaban pechar á los cristianos, que eran muy graves en demasía, hacian aquellos señores que se las pagasen á ellos: valíanse para esto y alegaban la costumbre inmemorial. Sentíase mal comunmente de lo que en aquella provincia pasaba. Las historias catalanas no declaran qué imposiciones eran estas, tampoco es razon adevinar; solamente dicen que por ser muy graves las llaman los Malos Usos, y que ninguno se podia eximir si no compraban la libertad á dineros como si fueran esclavos. Por esta causa muchas veces los naturales tomadas las armas intentaban ó librarse de aquella servidumbre, ó con la muerte poner fin á miserias tan grandes.

Los ímpetus que nacen de la fuerza y necesidad, son muy bravos; por el contrario la muchedumbre sin fuerzas y sin cabeza comunmente tiene poca eficacia en sus intentos, presto se cansa y amaina. Acudieron á pedir justicia á los reyes, primero á don Alonso que fué

tambien rey de Nápoles, despues á don Juan su hermano, y últimamente a don Carlos principe de Viana: todos mandaron que aquellas imposiciones se moderasen en cierta forma.

No bastaba (mal pecado) su autoridad y mandado para refrenar el atrevimiento y codicia de la nobleza, que estaba determinada á defender con las armas lo que sus antepasados les ganaron y dejaron por juro de heredad; era menester para allanarles las fuerzas y autoridad del rey don Fernando: él visto que se continuaban ya algunos años los alborotos de aquella gente, con la ventura que tuvo en lo demas, su prudencia y buena maña lo sosegó todo, y con el buen órden que dió en aquellos debates. Hallábase en Alcalá de Henares en este tiempo. Desde allí pasó con la reina su muger á Segovia y á Medina del Campo: en este viaje visitó en Alba á don Garcia de Toledo que ya se llamaba duque de Alba por merced del rey, y por su edad se retiró á aquella su villa, en su lugar para que sirviese en la guerra de Granada, quedó don Fadrique su hijo. Pretendia el rey en esto fuera de honralle reconcilialle, como lo hizo, con el condestable Pero Fernandez de Velasco, al cual y á don Alonso de Fonseca, que ya era arzobispo de Santiago, pensaba dejar para el gobierno de Castilla, resuelto de volver en persona á la guerra de Granada.

Con esta determinacion pasó á Nuestra Señora de Guadalupe. Allí á veinte y ocho de abril pronunció sentencia en el negocio de los Pageses y en favor suyo, en que declaró ser aquella servidumbre muy pesada para cristianos, y que no se usaba en ninguna nacion: por tanto mandaba que se revocase y se mudase en otra cosa mas llevadera. Esto fué, que cada cual de los vasallos pagase á su señor cada un año sesenta sueldos barceloneses, tributo aunque muy grave, pero que aceptó aquella gente de muy buena gana, tanto mas que les dieron libertad de poder franquearse, y redimir esta carga con pagar de una vez á razon de veinte por uno. Desta manera despues de largas alteraciones que en aquella parte de España largamente continuaron, todo se sosegó.

En Portugal con la muerte de aquellos señores conjurados (de que arriba se habló) las cosas se hallaban en sosiego, y el rey ocupado en ennoblecer su reino; en particular Azamor, que es una ciudad de la Mauritania Tingitana, puesta á la ribera del Océano Atlántico al salir de la boca del estrecho de Cadiz á mano izquierda, plaza que algunos piensan los antiguos llamaron Thymiaterium, como quier que los años pasados fuese tributaria á los reyes de Portugal, de nuevo hizo juramento de estar á su devocion y obediencia, y en señal de homenage pecharia y enviaria á Portugal por parias cada un año diez mil alosas, cierto género de pescado de que hay allí mucha abundancia: reconocimiento muy honroso para aquella nacion y para sus príncipes, pues no solo por las armas y esfuerzo pudieron los años pasados mantenerse en libertad y fundar aquel reino, á que no tenian derecho muy claro, sino que de presente se adelantaron á sujetar naciones y ciudades apartadas, y se abrieron camino para alcanzar mayor gloria y mayores riquezas que antes.

CAPITULO IX.

Que muchos pueblos se ganaron de los Moros.

Iban las cosas de los Moros de caida: trabajábanlos no menos las discordias de dentro que el miedo de fuera. En la misma ciudad de Granada Boabdil, llamado por la gente de su parcialidad, se apoderó del Albaycin, y con su llegada vinieron á las manos en las mismas calles de la ciudad unos ciudadanos contra otros con grande corage y rabia. Todavía cuando los nuestros les hacian guerra, se concertaban entre sí, y acudian á la defensa: el miedo de mayor peligro los hacia apaciguarse; pasada la tempestad, luego volvian á sus acostumbrados debates y á las puñadas. Estaban las cosas en este término cuando un Alfaquí llamado Mozer, hombre tenido por santo, como por divina inspiracion andaba dando voces por las calles y plazas. «Hasta cuando (decia) loqueareis? hasta cuando sereis frenéticos? que es »locura mas grave. Será justo que por ayudar á las codicias de otros y á la ambicion os »mostreis olvidados de vos mismos, de vuestras mugeres, hijos y patria? Cosa es pesada »decillo, pero si no lo ois de mí, qué remedio tendrán nuestros males? por qué no volveis »vuestros ánimos á lo que es razon? y si no os mueve la infamia, á lo menos muévaos el »riesgo en que todo está. Por ventura teneis por legítimos estos reyes que apoderados del »reino malvadamente no son parte para remediar estos males, y fuera del nombre vano de »reyes ni tienen valor ni fuerza? por ventura la sombra destos vos amparará? si no sacudis »de presto esta cobardia, yo os anuncio que está muy cerca vuestra perdicion.»

Movíase el pueblo con estas palabras: los mismos que no quisieran las dijera, juzgaban que decia verdad. A instancia pues así deste Alfaquí como de otros de la misma calidad que acudieron á concertar los reyes, se hizo entre ellos avenencia con estas condiciones: Que el tio se quedase con Granada y con Almería y con Málaga, y todo lo demas fuese de Boabdil su sobrino; el cual yo entiendo que se tenia en esta sazon en el Albaycin, dado que las historias lo callan por el gran descuido de los que las escribieron. Lo que principalmente se pretendia en esta confederacion, era que por cuanto el rey Chiquito tenia confederacion con el rey don Fernando, quedasen á su cargo y en su poder todas aquellas plazas sobre que se entendia los nuestros darian primeramente.

Entendieron este artificio los cristianos. Juntadas de todas partes sus gentes, acordaron de ir sobre Loja con mayor esperanza de ganalla que antes, y mayor deseo de vengar el daño pasado. Boabdil sea forzado de la necesidad de conservar su reputacion entre los suyos, ó con intento de mudar partido, con quinientos de á caballo (1) salió de aquella ciudad para impedir el paso á los nuestros que iban por caminos fragosos; pero no obstante estas dificultades llegaron á los arrabales, do tuvieron una escaramuza con los Moros, y con muerte de algunos dellos forzaron á los demas á retirarse dentro de la ciudad. Para cerrar mas el cerco asentaron sus reales en tres partes: demas desto rompieron la puente de la ciudad para que los enemigos no pudiesen hacer salidas; y por dos puentes que fabricaron de madera, podian los cristianos libremente pasar de la una y de la otra parte del rio con toda comodidad.

Plantaron la artillería, con que derribaron parte de la muralla: aparejábanse para dar el asalto y entrar por la batería la ciudad, cuando los cercados el noveno dia despues que el cerco se puso, se rindieron á partido de salir libres, y sacar y llevar consigo todo lo que pudiesen de sus bienes y preseas. Salió Boabdil á los reales, y puestos los hinojos en tierra protestó tuvo siempre el mismo ánimo, que no era razon le cargasen por lo sucedido de desleal, y pensasen hacia de voluntad lo que era necesidad y fuerza. Aceptáronse estas escusas, y fuéle dado perdon: especial que aunque fuera culpado, era muy á propósito disimular con él para fomentar las discordias que entre los Moros andaban.

Echo esto, el rey don Fernando fortificó aquella ciudad. Dió el cargo de guardalla á Alvaro de Luna señor de Fuentidueña, nieto que era del condestable don Alvaro de Luna: con que pasó á combatir otros pueblos. En algunos pocos hicieron resistencia los Moros, mas en vano, y los mas se rendian sin dificultad: entre los otros tomó á Illora á veinte y ocho de junio, y consiguientemente á Zagra, á Baños y á Moclin. Fué mucho lo que se obró, á causa que algunos destos pueblos eran tan fuertes por su sitio y murallas que se pudieran entretener largo tiempo, y estaban á la vista de Granada ó muy cerca della, de donde podian ser socorridos; pero el miedo era mayor que las causas de temer. Illora se encargó á Gonzalo Fernandez de Córdoba hermano de don Alonso de Aguilar: destos principios tan flacos cuán grande y señalado capitan en breve será en Italia? Solian los ciudadanos de Granada llamar á Illora el ojo derecho, y á Moclin el escudo de aquella ciudad; y así con la pérdida destos lugares casi de todo punto perdieron la esperanza de poderse valer, mayormente que los vencedores pusieron fuego en la vega de Granada y la corrieron: los lloros, muertes y estragos por todas partes eran sin cuento.

Todavia Abohardil envió parte de su caballería á la puente de los Pinos, muy conocida por los muchos daños que en nuestra gente hicieron los Moros en aquel lugar los años pasados, y esto para que impidiesen á los fieles el paso del rio Jenil: quedóse él mismo en la ciudad por recelo no sucediese alguna novedad dentro della. No pudieron impedir los Moros el paso de aquel rio, solamente con gran vocería (á su costumbre) cargaron sobre el postrer escuadron de los que quedaban por pasar, en que iba por capitan don Iñigo de Mendoza duque del Infantado. Defendiéronse los nuestros valientemente, mas como estuviesen rodeados de gran morisma, que eran no menos que mil de á caballo y diez mil de á pie, y se hallasen muy apretados, fueron ayudados de los demas escuadrones que acudieron á socorrellos. Retiráronse con tanto los Moros, y como los nuestros les fuesen picando por las espaldas, de nuevo se encendió la pelea en los olivares de la ciudad. En esta refriega don Juan de Aragon conde de Ribagorza se señaló de muy valiente, y fué gran parte para que la victoria se ganase: acudia á todas partes con su caballo y armas resplandecientes, que era ocasion de que todos los contrarios le pretendiesen herir; libróle Dios, si bien le mataron el caballo, y por

(1) Zurita añade 4000 infantes.

lo mucho que hizo aquel dia, pareció á todos igualar en el esfuerzo y valor á su padre.

Estaba ya el estío muy adelante, cuando el rey don Fernando, puestas guarniciones en las plazas que se tomaron, nombró por gobernador para las cosas de la guerra y de la paz á don Fadrique su primo, hijo del duque de Alba, para quitar la competencia que los señores del Andalucía tuvieran entre sí, y el agravio que formaran, si cualquiera dellos fuera antepuesto á los demas. Los Gallegos á esta sazon se alteraban á causa que el conde de Lemos sin embargo de lo que el rey le tenia mandado, y contra su voluntad se apoderó de Ponferrada villa muy fuerte en aquella comarca, y echó della la guarnicion que la tenia por el rey. Esto forzó á los reyes, dejadas las cosas del Andalucía, de acudir á sosegar estos bullicios. Hízose asi: luego que allí llegaron, los vecinos de aquella villa les abrieron las puertas. Los soldados se escusaban con el conde, que les dió á entender lo hecho era órden del rey y su voluntad: aceptóse su escusa, y juntamente al conde fué dado perdon porque acudió en persona, y se puso en manos del rey; solo le penó en quitalle aquel pueblo y algunos otros que quedaron por la corona real.

Desta manera á un mismo tiempo los Moros eran combatidos con gran fuerza, y los señores por lo que al conde pasó, quedaron escarmentados, y comenzaron á allanarse para no hacer como lo tenian de costumbre, fuerzas, robos ni agravios. Sobre todo los reyes despues de cumplidas sus devociones en la ciudad y iglesia del apóstol Santiago, vueltos á Salamanca en que se detuvieron algunos dias, al principio del año 1487 acordaron de poner en Galicia una nueva audiencia con sus oidores y presidente, y suprema autoridad, á propósito de reprimir aquella gente de suyo presta á las manos y mover bullicios sin hacer caso de las leyes ni de los jueces ordinarios.

En este medio don Fadrique hijo del duque de Alba ardía en gran deseo de mostrarse y ganar reputacion, acometer alguna hazaña señalada. Gran número de cristianos que tenian encerrados en las mazmorras en el castillo de Málaga, daban intencion que si los fieles sobreviniesen, quebrantarian las prisiones, y les darian entrada en aquella plaza: seiscientos de á caballo que envió para este efecto, por ir los rios muy crecidos á causa de las continuas aguas no pudieron pasar adelante, ni salir con lo que pretendian. Dentro de la ciudad de Granada andaba no menos debate que antes entre los dos reyes Moros, tanto que Abòhardil con soldados que hizo venir de Guadix y Baza, acometió el Albaycin y le entró: acudió Boabdil al peligro y rebate con los suyos, y forzó al enemigo á retirarse. Pelearon con gran fuerza en la plaza de la mezquita mayor: ensangrentóse la ciudad malamente, murieron muchos de la una y de la otra parte; llegó á esta sazon el rey don Fernando desde Salamanca, y entró en Córdova á dos de marzo. Desde allí sabido el aprieto en que se hallaba aquel rey su conferado, le envió gente de socorro con el capitan Hernando Alvarez de Gadea alcaide de Colomera: con esta ayuda cobró tanto ánimo que no cesaba no solo de defender su partido sino tambien de acometer al enemigo con gran ventaja suya y espanto de los contrarios, y no menos estrago de los ciudadanos, que pagaban á su costa la locura de aquellos dos reyes con la pasion desatinados y sandíos.

CAPITULO X.

La ciudad de Málaga se ganó.

Tratábase en Córdova, y consultábase sobre la manera que se debia tener en hacer la guerra á los Moros. Los pareceres eran diferentes: unos decian que fuesen sobre Baza, otros que sobre Guadix. El rey se resolvió de marchar la vuelta de Málaga por ser aquella ciudad á propósito para venir á los Moros socorros de Africa, como les venian, á causa que el mar es angosto, y el paso estrecho por aquella parte. Con esta resolucion sin dar á entender lo que pensaba hacer, salió de Córdova á siete de abril: llevaba doce mil de á caballo y cuarenta mil infantes. Llegados que fueron á tierra de Moros, el rey descubrió lo que pretendia: dijo en pocas palabras á los soldados que los llevaba á do tenian la victoria cierta, á causa que hallarian los enemigos desanimados por la discordia que tenian entre sí y por el miedo, y las fuerzas que les quedaban, las tenian repartidas en muchas guarniciones. Que si con la alegría acostumbrada y su buen talante se diesen priesa sin duda saldrian con aquella empresa muy honrosa para todos y de aventajado interés; lo cual hecho, y sujetada con esta traza gran parte de aquella provincia, demas de los otros pueblos y ciudades que ya

les pagaban tributos y les reconocian homenage, qué le quedaria al enemigo últimamente fuera del nombre de rey? que por si mismo caeria, aunque ninguno le hiciese fuerza; y con todo eso la gloria de dar fin á cosa tan grande se atribuiría á los que se hallasen en la conclusion y remate. Mirasen cuanto era el aplauso y cuan gran concurso de gente acudian á animallos para aquella jornada; y era así, que por do quiera que iban, hombres, niños, mugeres les salian al encuentro de todas partes por aquellos campos, y les echaban mil bendiciones: llamábanlos amparo de España, vengadores de las injurias hechas á la religion cristiana y de los ultrages: que en sus manos derechas y en su valor llevaban puesta la salud comun y la libertad de todos: que Dios les diese bueno y dichoso viage, y muy presto la victoria deseada de sus enemigos.

Hacian sus votos y plegarias á los santos para tenellos propicios, y á ellos convidaban á porfía, y cada uno les hacia instancia que tomasen dél lo que les fuese necesario; al contrario la modestia de los soldados era tan grande, que ni querian ser cargosos, ni detenerse, ni apartarse de las banderas para recebir refresco ni regalo. Sabida pues la voluntad del rey y su determinacion, con mayor esfuerzo y alegría respondieron que los llevase á la parte que fuese su voluntad y merced, que por su mandado y debajo de su conducta no esquivarian de acometer cualquier peligro y afan. Comenzó á marchar el ejército: pareció que debian primero combatir á Velez, que es un buen pueblo cerca de Málaga: con esta resolucion hicieron sus estancias junto al rio que por alli pasa. Salieron á escaramuzar los del pueblo, y dieron sobre los Gallegos, gente aunque endurecida con los trabajos y poco regalo de su tierra, pero no acostumbrada á pelear en ordenanza, sino repartidos por diversas partes y de tropel como sucedia juntarse; así fueron maltratados: acudieron otros á su defensa, con que los del pueblo mal su grado se retiraron dentro de las murallas. Ganaron los arrabales, y plantaron la artilleria para batir los adarves: acudieron los aldeanos del contorno para dar socorro á los cercados: mas fué el ruido que el provecho.



Cascos moriscos. *(Armeria Real de Madrid).*

Abohardil luego que supo en Granada el intento de los cristianos, determinó socorrer aquella ciudad, en cuyo peligro consideraba se ponia á riesgo todo su estado: con esta re-

solucion envió á Roduan Vanegas gobernador de Granada y capitan valeroso para que fuese delante, y con él algunas banderas de soldados á la ligera, y espaldas de trecientos de á caballo (1); prometióles que dentro de pocos dias iria él mismo en persona y los seguiria. Hízose así. Pretendia Roduan de noche sin ser sentido dar sobre los nuestros y enclavar la artillería: no pudo salir con su intento. Acudió el rey moro, y asentó sus reales en cierta fragura que hay cerca de aquella villa; tenia veinte mil hombres de á caballo, y de á pie otros tantos (2). Todavia su ejército ni era tan grande ni tan fuerte como el contrario; confiaba empero se podria sustentar con la fortaleza del lugar en que se puso: no le valió su traza á causa que los cristianos cargaron sobre él, y le entraron los reales y saquearon el bagage. El rebato fué tal que todos los Moros se pusieron en huida, cada cual como pensó ó pudo salvarse: lo que fué peor, que como vieron á este rey vencido, los que le eran aficionados, le desampararon, y porque volvia sin su ejército, los de Granada cerraron las puertas al miserable y desgraciado. Hecho esto, alzaron por rey de comun consentimiento y dieron la obediencia á Boabdil su competidor; que á los que huyen, todos les faltan. Los de Velez, perdida toda esperanza de poderse defender, por medio de Roduan y á su persuasion (ca tenia familiaridad con el conde de Cifuentes desde el tiempo que estuvo preso en Granada) se rindieron á veinte y siete de abril á partido y con condicion que tuviesen libertad de irse do les pluguiese, y llevar consigo sus bienes.

Luego que los nuestros quedaron apoderados de aquella plaza sin derramar sangre ni perder gente, un pueblo llamado Bentome que cae allí cerca, á ejemplo de Velez se entregó y recibió dentro guarnicicion de soldados: el gobierno y guarda deste pueblo se entregó á Pedro Navarro, hombre que de bajo suelo y marinero que fué, salió capitan señalado, mayormente los años adelante. Con esto los de Málaga cobraron gran miedo: dudaban de poder entretenerse mucho tiempo á causa que no tenian esperanza, á lo menos muy poca, de que les viniese socorro; así el alcaide y gobernador llamado Abenconnixa salió de la ciudad á tratar de rendirse por intervencion de Juan de Robles, que estuvo mucho tiempo cautivo en Málaga.

Tuvieron noticia destos tratos y práticas cierto número de soldados Berberiscos que allí tenian de guarnicion para defender aquella ciudad: temian no les entregasen á los enemigos, y juntamente indignados de que sin dalles parte se tratase de cosa semejante, acometieron el castillo principal que está sobre aquella ciudad, y se llama el Alcazaba, y se apoderaron dél: echaron fuera y degollaron los soldados que tenia de guarnicion, y entre ellos un hermano del mismo Abenconnixa. Tras esto acuden á las murallas, cierran las puertas para que nadie de los ciudadanos pudiese tener habla con los cristianos: si alguno se desmandaba, pagaba con la vida; castigo con que pretendian escarmentar á los demas.

Perdida pues esta esperanza, el rey hizo traer tiros mas gruesos de Antequera, y con ellos adelantó sus reales y los puso á quince de mayo á vista de Málaga. Está aquella ciudad asentada en un llano sino es por la parte que se levanta un recuesto en que están edificados dos castillos: el mas bajo se llama Alcazaba, y el que está en lo mas alto, se llama Gebalfaro: la ciudad es pequeña de circuito, pero muy hermosa y conforme á su grandeza llena de gente. Tiene puerto y atarazanas por la parte que es bañada del mar; por las espaldas se levantan ciertos montes y collados plantados de viñas y de huertas, en que los ciudadanos tienen muchas casas de placer. Del un castillo al otro van dos muros tirados con que se juntan entre si, y se pasa del uno al otro. La campiña es hermosa, el cielo alegre, la vista del mar muy ancha, y en aquel tiempo era rica y muy noble por el comercio y contratacion de Africa y de levante.

Hallábanse en los reales del rey y en su compañía el maestre de Santiago, el almirante de Castilla, el de Villena, el de Benavente, el maestre de Alcántara, y don Andrés de Cabrera marques de Moya: demas destos casi todos los señores del Andalucía, y muy buenos socorros que acudieron de Aragoneses. Pareció cercar aquella ciudad de mar á mar con foso, con trincheas y albarradas, y poner golpe de gente en el collado en que está el castillo menor: hízose lo uno y lo otro; dióse cuidado de los que pusieron en el collado al marques de Cadiz. La reina otrosí vino al cerco, y en su compañía el cardenal don Pero Gonzalez de Mendoza, y fray Hernando de Talavera por su buena y santa vida de fraile de S. Gerónimo (como queda dicho) promovido en obispo de Avila.

(1) Zurita añade 4000 de á pie.
(2) Zurita solo pone mil de á caballo.

Antes que se acabasen los fosos y valladar, salieron algunas veces á escaramuzar los Moros, al contrario los cristianos asímismo acometian las murallas. En unos destos rebates fué muerto Juan de Ortega, soldado que se señaló mucho en esta guerra así bien en la toma del castillo de Alhama como en muchas otras empresas memorables. A veinte y nueve de mayo salieron tres mil Moros de la ciudad con intento de acometer las estancias del marques de Cadiz: mataron las escuchas, rompieron el primer cuerpo de guarda, y hecho esto entraron en los reales. El marques de Cadiz, sin perder el ánimo por aquel sobresalto, con su gente puesta en ordenanza salió al encuentro á los enemigos: la pelea fué brava: muchos de los fieles cayeron muertos, el mismo marques quedó herido; el estrago de los enemigos fué mayor, si bien los mas escaparon por tener la acogida cerca.

Sucedió que en la ciudad por la gran cuita en que se veian puestos, algunos se resolvieron de matar al rey, en particular un moro tenido por santo entre aquella gente para salir con este dañado intento se dejó prender: pidió le llevasen al rey. Fué Dios servido que á la sazon reposaba: mandó la reina le llevasen á la tienda del marques de Moya: el moro por el arreo y riquezas que veía, se persuadió que era aquella la tienda real. Puso mano á un alfange que por poca advertencia no le quitaron, y con él se fué denodado, feroz y con aspecto y rostro espantable para don Alvaro de Portugal, que acaso estaba hablando con la marquesa doña Beatriz de Bovadilla: don Alvaro, abajado el cuerpo, huyó el golpe; el moro fué preso, y muerto por la gente que acudió al ruido. Desta manera por merced de Dios se evitó este peligro.

Aumentóse el número de la gente con la venida del duque de Medina Sidonia: asimismo desde Flandes Maximiliano duque de Austria, que poco despues fué César y rey de Romanos, envió dos naves gruesas cargadas de todos los pertrechos y municiones de guerra, y por capitan á don Ladron de Guevara. El número de los enemigos asímismo se acrecentó á causa que algunos Moros por los reparos que caian junto al mar, se metieron en la ciudad para socorrer á los cercados. Apretábalos la hambre, y con todo esto los Berberiscos no se doblegaban á querer partido: los ciudadanos, cuyo así riesgo como miedo era mayor, se inclinaban á rendirse. Uno dellos persona en autoridad y riquezas de los mas principales, llamado Dordux, salió á los reales á tratar de conciertos: respondió el rey que en ningun partido vendria si no fuese que entregasen la ciudad á su voluntad. Esto en público; mas de secreto y en puridad prometió á Dordux que si terciaba bien y lealmente, daria libertad á él y á todos sus parientes sin que recibiesen algun mal, demas de las mercedes que le haria muy grandes. Dió el moro la palabra de hacello así: llevó consigo gente del rey, y dióles entrada en el castillo y puso el estandarte real en lo mas alto de la torre del homenage.

El espanto de los ciudadanos por esta causa y de los Africanos fué grande, bien que mezclado con alguna esperanza: persuadianse los mas que lo que se asentara con Dordux, guardarian los vencedores con los otros; con esta persuasion enfardelaban, resueltos de partirse. Engañóles su pensamiento: acudieron los nuestros, y les quitaron todos sus bienes junto con la libertad: lo mismo se ejecuto con los soldados que tenian de guarnicion en los castillos, y por semejante yerro para irse se salieron al mar; en particular los Africanos con su capitan Zegri fueron presos. Los que de los cristianos se pasaran á los Moros, que eran muchos, pagaron con las vidas: á los judios, que despues de bautizados apostataron de la religion cristiana, quemaron; á los demas así judíos como Moros naturales de aquella ciudad se les hizo gracia que se librasen por un pequeño rescate y talla.

La toma de aquella nobilísima ciudad sucedió á los diez y ocho de agosto: hiciéronse alegrías en toda España por esta victoria, procesiones y rogativas para dar gracias por tanta merced á Dios Nuestro Señor. Averiguóse que aquella ciudad en tiempo de los Godos tuvo obispo propio, y asi con bula que para ello se ganó del pontifice Inocencio, le fué restituida aquella dignidad. Enturvióse algun tanto esta alegria con un aviso que vino de levante que el gran turco Bayacete con una gruesa armada que tenia junta, pretendia bajar á Sicilia para divertir las fuerzas de España y hacer que aflojasen en la guerra de Granada, y aun se rugia que para este efecto y quedar desembarazado hizo paces con el gran soldan de Egipto.

CAPITULO XI.

En Aragon se asentó la hermandad entre las ciudades.

Los Moros de Granada se hallaban apretados y á punto de perderse por la guerra que les hacia el rey don Fernando. Los Portugueses por el contrario con las navegaciones que hacian, y flotas que enviaban cada un año, se abrian camino para las provincias de levante: empresa grande, á que dió principio como arriba queda dicho el infante don Enrique, que hizo los años pasados descubrir las marinas esteriores de Africa. Continuóse esto los años siguientes sin cesar de llevallo siempre adelante; pero como quier que el provecho no respondiese á tan grandes trabajos y gastos, trataban de pasar á las ricas provincias de la India con intento de encaminar á su tierra las riquezas de aquellas partes, de que era grande la fama; y el cielo con mano liberal repartió mas copiosamente de sus bienes con aquellas gentes que con otras, todo género de drogas y especias, piedras preciosas, perlas, oro, marfil, plata, sin otras cosas, que mas la ambicion de los hombres que la necesidad ha hecho estimar en mucho.

Nunca se refieren las cosas puntualmente como pasan: siempre la fama las acrecienta y pone mucho de su casa. Deciase que tenian bosques de árboles muy grandes y en estremo altos de canela, cañafistola y clavos, grande abundancia de pimienta y gengibre, animales de formas estrañas, y hombres de costumbres y rostros estraordinarios. Parecia á las personas prudentes cosa de grande locura acometer y pretender con las fuerzas de Portugal que eran muy pequeñas, de pasar á aquellas regiones y gentes puestas en lo postrero del mundo por tan grande espacio de tierra y de mar; vencia empero todas estas dificultades la codicia de tener y el deseo de ganar honra.

Con esta resolucion los años pasados el rey de Portugal envió á Bartolomé Diaz piloto muy esperimentado para que fuese al cabo de Buena Esperanza, en que hácia la parte de mediodia muy adelante de la equinoccial adelgazándose las riberas por la parte de poniente y por la otra de levante, se remata la grande provincia de Africa, tercera parte del mundo. Este pues pasado aquel cabo, llegó hasta un rio que llamaron el rio del infante: fué este grande acometimiento y porfia estraordinaria. Fray Antonio, de la órden de S. Francisco, iba en compañía de Bartolomé Diaz, y era persona diligente, sagaz y atrevida. Este desde allí por tierra, considerada gran parte de la Africa y de la Asia, llegó á Jerusalem; últimamente él por tierra, y Bartolomé Diaz por el mar, vueltos á Portugal, dieron aviso al rey y á los Portugueses de lo que vieron por los ojos: animados pues con tan buen principio cobraron mayor ánimo para llevar al cabo lo comenzado. Para mejor ejecutar esto escogieron dos personas de grande ánimo y esperiencia, y sobre todo muy diestros y ejercitados en la lengua arábiga, para que pasasen adelante; el uno se llamaba Pedro Covillan, y el otro Alonso Payva. Por escusar el gran gasto que se hiciera si los enviaran por el mar con armada, les ordenaron que por la tierra fuesen á ver y atalayar las partes mas interiores de Africa y de Asia. Con este órden salieron de Lisboa á los quince de mayo, pasaron á Nápoles, tocaron á Rhodas, visitaron á Jerusalem, dieron vuelta á Alejandría, y llegaron al Cayro, ciudad la mas principal de Egipto. Allí se apartaron, Pedro Covillan para Ormuz, que es un isla á la boca del seno Pérsico; dende pasó á Calicut: Alonso de Payva tomó cuidado de mirar y calar las partes interiores de Ethiopia, en que le sobrevino la muerte.

Por esta causa y por cartas que vinieron de su rey á Pedro Covillan en que le mandaba no volviese á su tierra antes de tomar noticia de todas aquellas provincias, pasó á Ethiopia. Pagáronse de sus costumbres y su ingenio Alejandro, al cual vulgarmente llaman Preste Juan, y Nahu y David sus sucesores; no le dejaron por ende partir, antes le casaron, heredaron y dieron con que se sustentase. Visto que no podia volver, desde allí envió por escrito al rey de Portugal una informacion de todo lo que vió y halló. Avisaba que Calicu era una plaza y mercado el mas rico y famoso de todo el Oriente, los naturales de color bazo y de membrillo, poco valientes, y de costumbres muy estravagantes. Que de la cinta arriba andaban desnudos, vestidos solo de la cintura abajo, los mas con mucho oro y seda, y los brazos cargados de perlas, de los hombros fiada una cimitarra, con que peleaban: lo que mas espanta, que una muger casaba y casa con muchos maridos, por la cual causa como quier que nadie conozca su padre, ni sepa con certidumbre quien le engendró, los hijos no heredan, sino los sobrinos hijos de hermanas.

Avisaba otrosí que en Ethiopia hay muchas naciones muy estendidas, todas de color negro, y que tienen nombre de cristianos, la antigua religion en gran parte estragada y mezclada con ceremonias de judíos y errores de heregias. Todas obedecen á un rey muy poderoso, que tiene grandes ejércitos de á pie y de á caballo, y siempre se aloja en los pabellones y reales. Que cuidaba se podria reducir aquella gente, si con embajadas que se enviasen de la una á la otra parte, se asentase con aquellos reyes alguna confederacion; pero lo mas desto sucedió los años siguientes.

Volvamos con nuestro cuento al rey don Fernando. Despues de tomada Málaga, ya que pretendia pasar adelante, las alteraciones de Aragon le forzaron á ir allá para atajar grandes insultos, robos y muertes que se hacian. Particularmente en Valencia don Philipe de Aragon maestre de Montesa, vuelto de la guerra de Granada, mató á Juan de Valterra mozo de grande nobleza, y que era su competidor en los amores de doña Leonor marquesa de Cotron hijo de Antonio Centellas. Desta muerte resultaron grandes alborotos en aquella ciudad. Para acudir á todo esto los reyes don Fernando y doña Isabel partieron de Córdova. Por sus jornadas llegaron á Zaragoza á los nueve de noviembre. En aquella ciudad se mudó la manera de nombrar los oficiales y magistrados: antiguamente lo hacia el regimiento y el comun del pueblo, de que resultaban debates. Ellos mismos pidieron les quitasen aquella autoridad, y la tomase el rey en sí, á propósito de evitar los alborotos que sobre los nombramientos se levantaban: demas desto á ejemplo de Castilla se ordenaron ciertas hermandades entre las ciudades que acudiesen cada cual por su parte con dineros para la paga de ciento y cincuenta de á caballo que anduviesen por toda la tierra, y reprimiesen por temor, y castigasen con severidad los insultos y maldades. Sacóse otrosi por condicion que el capitan y superior de toda esta hermandad le nombrase el rey; pero que fuese uno de tres ciudadanos de Zaragoza que señalase el senado y regimiento. Diéronles asimismo ordenanzas para que se gobernasen, en razon que no usasen mal de aquel poder que se les daba.



Armas antiguas de Granada.

Esto se efectuó por principio del año siguiente de 1488 en los mismos dias que un embajador del rey de Nápoles llamado Leonardo Tocco, griego de nacion, y del linage de los

[illegible] al cual los Turcos quitaron su gran estado y forzaron á [illegible] de Italia [illegible] á tratar del casamiento que en años pasados se concertó entre don Fernando príncipe de Capua y nieto del rey de Nápoles, y la infanta doña Isabel hija del rey don Fernando. Esta demanda no tuvo lugar, ni se efectuó el casamiento á causa que el rey pensaba casar su hija con el rey de Francia ó con el príncipe de Portugal para que fuese como se pretendia un vínculo perpetuo de concordia entre aquellas naciones: bien que efectuaron en su lugar á la infanta doña María [illegible] que heredasen aquellos príncipes del primer matrimonio, y no se perdia la esperanza de tenerlos por sucesores.

De Zaragoza pasaron los reyes á Valencia: vino en su [illegible] Alano padre de Juan de Labrit rey de Navarra. El intento y negocio era que el rey les ayudase para defender su estado del rey de Francia que les tomara gran parte de [illegible] pasados los montes, y para sosegar á los Navarros de aquende que andaban alborotados. En particular los Beamonteses estaban apoderados de gran parte de Navarra sin dar lugar á los reyes que pudiesen entrar en su reino, si bien los años antes tomaron asiento con el conde de Lerin, por el cual á él y á sus deudos y aliados fueron dados los cargos y puestos que tuvieron sus antepasados, y aun le añadieron de nuevo otras mercedes para ganalle; pero la deslealtad y ambicion no se doblega por ningunas mercedes.

Demas desto pretendia que el rey amparase á Francisco duque de Bretaña, con cuya hija llamada Ana por no tener hijo varon muchos deseaban casar; en especial Carlos octavo rey de Francia le hacia guerra por esta causa: de parte del duque estaba el dicho monsieur de Labrit, y el duque de Orliens. A Maximiliano que ya era César y rey de Romanos, tenian preso con guardas que le pusieron: los de Brujas ciudad de Flandes con grande atrevimiento le acometieron y prendieron dentro de su mismo palacio. Ponia esto en nuevo cuidado, porque aquel príncipe era amigo de los Españoles, y el dicho Labrit que venia á dar aviso de todo esto, su confederado.

Por conclusion á instancia de Alano, que no rehusaba cualesquier condiciones que le pusiesen, se hizo entre el rey y él alianza y liga contra todos los príncipes, excepto solo el rey de Francia: no era seguro que Alano y su hijo se le mostrasen contrarios al descubierto por tener su estado todo parte sujeto, parte comarcano á la corona de Francia; todo era disimulacion, la intencion verdadera de valerse de las fuerzas de España contra Francia. Púsose por condicion entre otras que se hiciese una armada, y se levantase gente en las marinas de Vizcaya, que se envió finalmente á Bretaña debajo de la conducta y regimiento de Miguel Juan Gralla maestresala del rey, de nacion catalan. Otorgáronse las escrituras de toda esta confederacion y capitulaciones á veinte y uno de marzo, cuyo traslado no me pareció poner aquí.

CAPITULO XII.

Que volvieron á la guerra de los Moros.

Comenzaron los reyes á tener cortes del reino de Valencia en aquella ciudad que se acabaron en la ciudad de Orihuela: pretendian por este camino castigar los insultos y maldades que se hacian en aquella provincia no con menor libertad que en Aragon. Sosegadas estas alteraciones, el rey don Fernando se apresuraba para pasar por el reino de Murcia que caia cerca de tierra de Moros. Haciánse nuevos aparejos para proseguir aquella guerra hasta tomar aquel reino, donde Abohardil con grande dificultad sustentaba el nombre de rey, si bien se hallaba con mayores fuerzas que su sobrino, por tener debajo su jurisdiccion á Guadix, Almería y Baza, con toda la serranía de Granada que llega hasta el mar, de que podia recoger mayores intereses á causa que la guerra por ser la tierra tan fragosa no habia llegado á aquellos lugares, demas de los grandes provechos que se sacaban del artificio de la seda, que era y es la mas fina de toda España.

Allegábase que los naturales andaban desabridos con Boabdil: teníanle por cobarde y enemigo de su secta; decian era moro de solo nombre, y de corazon cristiano. Demas desto Abohardil ganara reputacion y crédito con una entrada que por bosques y lugares ásperos hizo en la campiña de Alcalá la Real: la presa y cabalgada fué grande que llevó á Guadix, de ganados mayores y menores, por estar la gente descuidada, y no pensar en cosa semejante á causa que todo lo que caia por allí de Moros, se tenia por Boabdil amigo y confe-

derado: atrevimiento de que muy en breve se satisfizo Juan de Benavides, á cuyo cargo quedó aquella frontera: quemó los campos de Almería y hizo otros muchos daños.

Los apercebimientos para la guerra no se hacian con el calor que quisiera el rey don Fernando, por cuanto la tierra del Andalucía estuvo trabajada con peste este año y el pasado; por lo demas muy deseosos todos de hacer el postrer esfuerzo y concluir con guerra tan larga. Por este respeto mandó que acudiesen todas las gentes á la ciudad de Murcia, do él quedaba, con resolucion de combatir á Vera, que es una villa á la ribera del mar, y se entiende que es la que Pomponio Mela llamó Vergi, ó Antonino Varea. No hobo dificultad alguna en tomarla: los moradores sin dilacion por estar sin esperanza de poderse defender se rindieron á diez de junio, y á su ejemplo hizo lo mismo Mujacra llamada de los antiguos Murgis; y tambien los dos lugares llamados Velez el Blanco y el Rojo, con otros muchos castillos y pueblos que no estaban bien fortificados, ni tenian guarnicion bastante: tan grande era el miedo que cobraron, y el peligro en que los enemigos se veían, que desanimados, y porque no les destruyesen los campos, se rendian sin dificultad.

Deseaba el rey pasar sobre la ciudad de Almería que está por alli cerca: impedia la entrada un castillo por su sitio inespugnable llamado Taberna, que para fortificalle mas y poner nueva guarnicion de soldados el rey mas viejo acudió desde Guadix con mil de á caballo y veinte mil de á pie. Pretendia juntamente con aquella gente ponerse en los bosques, y dar sobre los que de los cristianos se desmandasen, determinado de escusar la batalla como el que sabia que sus fuerzas no eran bastantes á causa que su ejército era gente allegadiza y no tenia ejercicio en las armas. Como los bárbaros rehusasen la batalla, los nuestros con mayor ánimo enviaban de ordinario escuadrones de gente para destrozar y talar los campos. El mayor daño cargó en la campiña de Almería, y despues en los campos de Baza, tierra que por ser de regadío es de mucho provecho y fertilidad. Las acequias con que se reparten las aguas por aquellos llanos, embarazaron á los nuestros, y fueron en esta entrada ocasion que recibiesen no pequeño daño: muchos fueron muertos por los Moros que acudieron, y entre otros don Philipe de Aragon maestre de Montesa, mozo feroz y brioso por su edad y por su nobleza.

El rey don Fernando por este revés y por otros encuentros se hallaba con poca gente: puso por entonces guarniciones en lugares á propósito, y con tanto se fué primero á Huescar, pueblo que está cerca de Baza; despues por la ribera abajo del rio Segura pasó á Murcia, desde allí á Toledo con intento de pasar á Castilla la Vieja, ca le forzaban ir allá ocasiones que se ofrecian. Con su partida el rey moro cargó sobre los pueblos que le tomaron, y los redujo todos á su obediencia parte con promesas, parte con amenazas.

En este comedio los moradores de Gausin, que era un pueblo muy fuerte cerca de Ronda, cansados del señorío de cristianos, ó por su acostumbrada ligereza y poca lealtad, se conjuraron entre sí para matar los soldados, como lo hicieron, los que tenian de guarnicion, y que andaban por el pueblo descuidados de cosa semejante. No les duró mucho la alegría deste hecho: los Moros comarçanos para mostrar que no tenian parte en aquel insulto, y por temor de ser castigados, se apellidaron para tomar emienda de aquel caso, y cercaron á Gausin; acudieron con nuevas gentes desde Sevilla el marques de Cadiz y el conde de Cifuentes, y recobrado que hobieron aquella plaza, á todos los moradores en venganza del aleve pasaron á cuchillo, ó los dieron por esclavos.

Llegó á Valladolid el rey don Fernando un sábado á seis de setiembre: allí se le ofreció una nueva ocasion para recobrar la ciudad de Plasencia, que la poquedad de los reyes pasados la enagenó y puso en poder de la casa de Zúñiga. Fué así que por muerte de don Alvaro de Zúñiga que falleció en aquella sazon, sucedió en aquel estado un nieto suyo del mismo nombre, hijo de su mayorazgo que falleció en vida de su padre. Pretendia tener mejor derecho Diego de Zúñiga tio del sucesor por estar en grado mas cercano al defunto. Los deudos y aliados estaban repartidos y divididos entre los dos. Con esto tuvieron ocasion los Carvajales que eran el bando contrario y muy seguidos en aquella ciudad, para apoderarse della con las armas: no pudieron hacer lo mismo del castillo, que se le defendieron los soldados que le guardaban. Acudió luego el rey don Fernando con muestra de apaciguar aquellos alborotos: apoderóse de todo, por causa que el nuevo duque don Alvaro se le rindió, y contento con la villa de Bejar y lo demas de aquel estado, partió mano de aquella ciudad, si bien el rey don Juan el segundo á trueco de la villa de Ledesma la dió á don Pedro de Zúñiga bisabuelo deste don Alvaro. Desto resultó gran miedo á los demas señores: recelábanse

les seria forzoso restituir al rey, por tener mas poder y prudencia, lo que por las revueltas de los tiempos como por fuerza les dieron los reyes pasados.

En Aragon otrosí resultaron nuevos alborotos: la ocasion, que los señores pretendian desbaratar la hermandad que poco antes se puso entre las ciudades, como cosa pesada y que los enfrenaba, y que era muy contraria á sus particulares intereses y pretensiones. No pararon hasta tanto que los años adelante en unas cortes que se tuvieron en Tarazona, alcanzaron que aquella hermandad se deshiciese por espacio de diez años. Para librar á Maxîmiliano de la prision en que le tenian los de Brujas, los reyes despacharon á Flandes por sus embajadores á Juan de Fonseca y á Alvaro Arronio. Gobernáronse ellos prudentemente; en fin concluyeron aquel negocio como se deseaba, y Maxîmiliano se apaciguó con sus vasallos. Pretendia él por estar viudo de madama María su primera muger, señora propietaria de aquellos estados, de casar con doña Isabel infanta de Castilla. En esto no vinieron sus padres por estar prometida al príncipe de Portugal, si bien dieron intencion que una de las hermanas de la infanta doña Isabel podia casar con Philipe su hijo y heredero luego que tuviese edad para ello. Con este deseño de casarle en España su abuelo el emperador Federico en aquella sazon le dió título de Archiduque de Austria, como quier que los señores de aquel estado antes deste tiempo solamente se intitulasen duques.

En Roma hacian oficio de embajadores por los reyes católicos acerca del papa el doctor Medina, y el protonotario Bernardino de Carvajal, poco despues obispo de Astorga en lugar de don García de Toledo, y adelante el dicho Bernardino fué cardenal y obispo de Osma, de Badajoz, de Cartagena, de Sigüenza y de Plasencia sucesivamente. Mandaron los reyes á estos embajadores que por cuanto Maxîmiliano rey de Romanos envió sus embajadores al papa fuera de lo que se acostumbraba, como algunos pretendian, por ser vivo el emperador su padre, que les diesen el primer lugar solamente en caso que los embajadores de Francia hiciesen lo mismo: que advirtiesen no los dejasen asentar en medio de los de Francia y ellos, sino que si los de Francia precedian, ellos al tanto tomasen mejor lugar.

Ayudó mucho para poner en libertad á Maxîmiliano el recelo que los de Brujas tuvieron de la armada que el señor de Labrit aparejaba en las marinas de Vizcaya como quedó concertado. Pasó á Bretaña la armada: la pérdida y daño que allí se recibió fué grande: el duque de Orliens y sus confederados quedaron desbaratados por las gentes del rey de Francia en una batalla que se dió junto á S. Albin; el duque y Juan Gralla que era capitan de los Españoles, vinieron en poder de los vencedores, desbaratada y destrozada gran parte de la gente que llevaban, como se dirá algo mas adelante.

CAPÍTULO XIII.

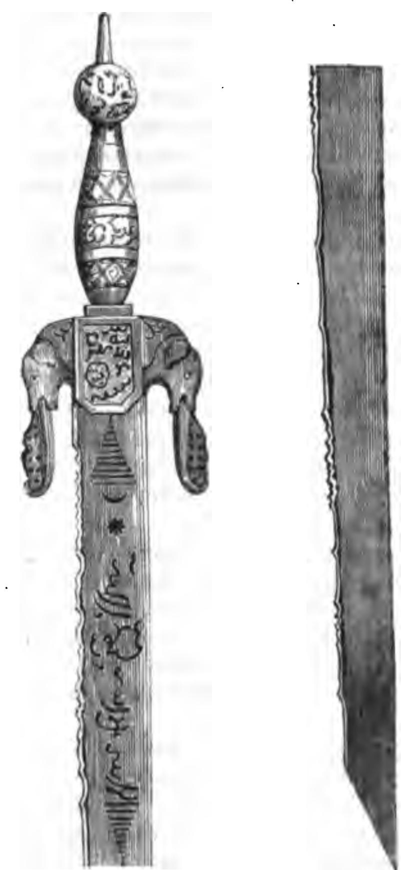
Tres ciudades se ganaron de los Moros

En un mismo tiempo y sazon la corona de Castilla se aumentaba con nuevas riquezas y estados, y los Turcos enemigos continuos y grandes de cristianos ponian gran temor por el gran poder que tenian por mar y por tierra. Al fin deste año falleció don Garci Lopez de Padilla maestre de Calatrava: el letrero de su sepulcro que está en la capilla mayor de la iglesia de aquella villa, señala el año pasado. Por su muerte como quier que muchos pretendiesen aquella dignidad, el rey don Fernando por bula del pontífice Inocencio la tomó para sí en administracion, y la incorporó en su corona con todas sus rentas y estado: principio que pasó adelante á los demas maestrazgos por la misma órden y traza, con que se aumentó el poder de los reyes; pero la autoridad de aquellas órdenes y fuerzas se enflaquecieron á causa que los premios que se acostumbraban dar á los soldados esforzados, y que servian la guerra, mudadas las cosas, se dan por la mayor parte á los que siguen la corte. Las revueltas y pretensiones que resultaban en las elecciones de los maestres y los tesoros reales que estaban gastados, dieron ocasion á esto. Verdad es que ordinariamente de buenos principios las cosas con el tiempo desdicen algun tanto; y do quiera hay lisongeros que dan color á todo lo que se hace. Mejor será pasar por esto, aunque quién podrá dejar de sentir que las riquezas que los antepasados dieron para hacer la guerra á los enemigos de cristianos se derramen y gasten en otros usos diferentes? cuán gran parte de la tierra y del mar se pudiera con ellas conquistar?

De levante venian nuevas que el gran turco Bayacete juntaba grandes gentes de á caba-

llo y de á pie, y que tenia cubierto y cuajado el mar con una gruesa armada: recelábanse no volviese sus fuerzas contra las tierras de cristianos, y era así que no le faltaba voluntad de estender su imperio hácia el poniente, y vengar el sentimiento que tenia por no le entregar (como él lo pretendia) á Gemes su hermano. Lo que le detenia, era el soldan de Egipto, al cual pesaba mucho que el poder y mando de los Turcos creciese tanto: volvió pues sus fuerzas contra el soldan. Solas once galeotas de cosarios, apartados de la demas armada, fueron sobre la isla de Malta, y toda casi la pusieron á saco y la robaron hasta los mismos arrabales de la ciudad. Esta isla por tener dos puertos es capaz de cualquiera armada por grande que sea.

Divide estos dos puertos una punta de tierra que llaman de Santelmo: pareció seria bien edificar alli un fuerte y castillo á propósito de impedir que los enemigos con sus armadas no se apoderasen de aquella isla, y desde allí acometiesen á nuestras riberas, como lo comenzaban á hacer. De Sicilia fué una armada contra estos cosarios; pero llegó tarde el socorro en sazon que el enemigo era ya partido con la presa. De España al tanto enviaron una nueva armada, por general Fernando de Acuña que iba de nuevo á ser virrey de Sicilia. Pretendian con esto no solo defender nuestras riberas sino acometer asimismo las de Africa. Demas desto el rey don Fernando puso confederacion y hizo de nuevo liga con los reyes de Ingalaterra y casa de Austria contra las fuerzas del rey de Francia. Todas estas práticas se enderezaban para apoderarse por las armas del reino de Nápoles: con que los señores Neapolitanos que andaban desterrados de su tierra, unos convidan al rey don Fernando, otros al Francés, en quien hacian mas fundamento por ser mayores sus fuerzas, y mayor el ódio contra los de Aragon.



Espada de Boabdil. (*Armería Real de Madrid.*)

Las noticias que nosotros demos acerca de objetos de este rico establecimiento serán conformes al catálogo que está escribiendo el señor Martinez del Romero, de cuya ilustracion y especiales conocimientos es de esperar una descripcion exacta, arreglada á la nueva clasificacion que ha recibido la Armería.

Pasó esto tan adelante, que al principio del año siguiente que se contaba de nuestra salvacion 1489, fueron desde España mil caballos, y dos mil infantes en socorro de Bretaña contra el poder y intentos del rey de Francia, y en defensa de madama Ana que por muerte de su padre el duque habia heredado aquel estado. Iba por capitan desta gente don Pedro Sarmiento conde de Salinas: atendíase á esta como quier que la guerra de los Moros de Granada ponia en mayor cuidado; y cuanto mayor era la esperanza y mas de cerca se mostraba de deshacer aquel reino, tanto crecia mas el fervor y el ánimo.

Así los reyes partieron de Medina del Campo á veinte y siete de marzo para el Andalucía con intento de volver á las armas y á la guerra. Hacíase la masa del ejército en Jaen. Llegados allí los reyes, despues de pasar por Córdova, hicieron alarde de la gente: hallaron que eran doce mil de á caballo, y cincuenta mil infantes, los mas escogidos y animosos soldados de todo el reino. Un buen golpe de gente vino de sola Vizcaya y los lugares comarcanos: provincia que por ser gobernada con mucha blandura es muy leal á sus reyes, y por tener los cuerpos endurecidos por la aspereza y falta de la tierra es muy á propósito para los trabajos de la guerra. Pareció ir con esta gente sobre Baza: en la entrada para que no les hiciese algun embarazo, se apoderaron de un pueblo llamado Cujar, aunque pequeño, pero de sitio muy fuerte. Hecho esto, por principio del mes de junio se pusieron nuestras gentes sobre Baza, cuyo sitio despues que el rey don Fernando le consideró bien, con pocas palabras animó á los soldados y los mandó apercebirse para el combate.

Esta ciudad está asentada á la ladera de un collado por do y la llanura que está debajo dél, pasa un rio pequeño, las otras partes tiene rodeadas de otros recuestos: teníanla guarnecida de hombres y armas, bastecida de almacen y de trigo para quince meses. El sitio no daba lugar para arrimarse á la muralla con mantas ni con otros pertrechos de guerra: salieron de la ciudad los soldados de guarnicion, con que se trabó una escaramuza muy brava en el llano. Cada cual de las partes peleaba con grande ánimo: los nuestros á causa de las acequias por do va el agua encañada, y fosos encubiertos, andaban embarazados, y no se podian aprovechar del enemigo; acudiéronles nuevas compañías de refresco de los reales con que cobraron ánimo, y forzaron á los enemigos á retirarse dentro de la ciudad con mayor daño del que hicieron, por ser mucho menos en número, que no pasaban de mil de á caballo y dos mil peones.

Desta manera otras muchas veces con los Moros que salian á pelear, se hicieron delante de los reales otras escaramuzas. Los nuestros talaban los sembrados y las huertas con gran sentimiento de los ciudadanos. Murió en estas refriegas don Juan de Luna hijo de don Pedro de Luna señor de Yllueca, mozo de poca edad y muy privado del rey, y por sus buenas prendas entre todos señalado, como lo testifica Pedro Mártir Angleria, hombre natural de Milan, que estuvo mucho tiempo en España, y como testigo de vista compuso comentarios desta guerra. Los cristianos, tantos á tantos, no eran iguales á los Moros en las escaramuzas y rebates por estar aquella gente acostumbrada á retirarse y volver las espaldas, y luego con una increible presteza revolver sobre los contrarios, herir en ellos y matallos: ayudábales el lugar en que eran pláticos, y la manera del pelear; los cristianos eran mas en número, y se aventajaban en el esfuerzo.

Desta manera el cerco se alargaba mucho tiempo, tanto que el rey congojado de la tardanza pensaba si sería bien desistir de aquella empresa, pues no se hacia nada, si esperar el remate, que muchas veces sin embargo de dificultades semejantes le habia sucedido prosperamente. Lo que mayor espanto le ponia, eran las muchas enfermedades y muerte de los suyos á causa de ser el tiempo caluroso, y los manjares de que se sustentaban no muy sanos; demas que la infeccion de la peste que anduvo los años pasados, no quedaba de todo punto apagada.

El marques de Cadiz, al cual por aquellos dias se dió título de duque, era de parecer que se alzase el cerco: decia que no era justo comprar con el riesgo de tan grande ejército aquella pequeña ciudad: «Es así que cuando los premios y lo que se interesa, es igual al » peligro, si la empresa sucede bien, el provecho es mayor, y si mal, menor la pena y des» consuelo. Si el cerco durase hasta el invierno, cuando los rios van crecidos, como se podrán » retirar? Forzosa cosa será que todos perezcamos, si no miramos con tiempo lo que conviene. » Pone espanto solo el pensallo, y el decillo es atrevimiento: parece, señor, que haceis poco » caso de vuestra salud, con la cual todos vivimos y vencemos.»

Todos entendian que el de Cadiz tenia razon; sin embargo venció la constancia del rey,

y Dios que en las dificultades acudia á su buen ánimo. Resolviéronse pues de llevar adelante lo comenzado, y para apretar mas el cerco rodear todas las murallas con un foso y con su valladar, y nueve castillos que levantaron á trechos, y en ellos gente de guarda, á propósito todo que los enemigos no pudiesen de sobresalto hacer alguna salida: las demas gentes se repartieron por los lugares y puestos que parecian mas convenientes, en particular el de Cadiz con cuatro mil de á caballo se encargó de guardar la artillería. Desta manera no podian entrar en la ciudad socorros de fuera, si bien tenia mucha abundancia de vituallas; al contrario en los reales padecian falta de trigo para sustentarse, y de dinero para socorrer y hacer las pagas á los soldados, puesto que de cada dia sobrevenian nuevas compañías.

Por el mes de octubre llegaron los duques don Pedro Manrique de Nájara, y don Fadrique de Alva vestido de luto por su padre que falleció poco antes: el almirante don Fadrique asímismo acudió, y el marques de Astorga; pocos dias despues llegó la reina con la infanta doña Isabel su hija, y en su compañía el cardenal de Toledo y otros prelados. La venida de la reina (como yo pienso) fué causa que los cercados perdiesen el ánimo y el brio por entender se tomaba el cerco muy de propósito. Trocóse pues de repente el gobernador de la ciudad llamado Hacen el Viejo, que tenia tambien cuidado de la guerra. Por una plática que con él tuvo Gutierre de Cárdenas comendador mayor de Leon, dado que se pudiera entretener mucho tiempo, se inclinó á concertarse: comunicó el negocio con su rey que estaba en Guadix; acordaron de rendir la ciudad muy fuera de lo que los cristianos cuidaban.

Concluidas las capitulaciones y concierto, que fué á cuatro de diciembre, el dia siguiente el rey y la reina con mucha fiesta á manera de triunfo entraron en aquella ciudad: la guarda y gobierno della encomendaron á Diego de Mendoza adelantado de Cazorla y hermano del cardenal de España. Puso esto mucho espanto á los comarcanos, y fué ocasion que muchos lugares de su voluntad se rindieron; y para mas seguridad dieron rehenes, y proveyeron de trigo y de todo lo necesario en abundancia: entre estos lugares los principales fueron Taberna y Seron. Lo que es mas, Guadix y Almería, ciudades que cada una dellas pudiera sufrir un muy largo cerco, cosa maravillosa, sin probar á defenderse se entregaron: el mismo rey Abohardil vino en ello, que junto á Almería, donde acudió el campo, salió á verse con el rey don Fernando que le recibió muy bien y le hizo grande fiesta. Demas desto dos castillos fortísimos cerca el uno del otro y ambos puestos sobre el mar se ganaron, el uno llamado Almuñecar en que solian estar los tesoros de los reyes Moros y su recámara, el otro fué Salobreña que los antiguos llamaron Selambina, puesto en los pueblos llamados Bastulos sobre el mar Ibérico en un sitio muy áspero y muy fortificado, á propósito de tener como tenian los Moros allí guardados los hijos y hermanos de los reyes á manera de cárcel.

La tenencia deste castillo se encomendó á Francisco Ramirez natural de Madrid, general que era de la artillería: caudillo que se señaló de muy esforzado así bien en esta guerra como en la de Portugal: señalóse otrosí y aventajóse entre los demas en el cerco de Baza Martin Galindo ciudadano de Ecija, que pretendia en esfuerzo y valor semejar á su padre Juan Fernandez Galindo caudillo de fama, y uno de los mas valientes soldados de su tiempo. Concluidas cosas tan grandes, en Guadix se hizo alarde del ejército á postrero de diciembre, entrante el año de nuestra salvacion de 1490. Hallaron conforme á las listas que faltaban veinte mil hombres, los tres mil muertos á manos de los Moros, los demas de enfermedad. No pocos por la aspereza del invierno se helaron de puro frio, género de muerte muy desgraciado: los mas que murieron desta manera era gente baja, forrageros y mochilleros, así fué menor el daño.

CAPITULO XIV.

Que don Alonso príncipe de Portugal casó con la infanta doña Isabel.

El fin y destruicion de aquella gente bárbara, y de aquel reino que contra razon se fundó en España, se llegaba muy de cerca. Apretábalos el rey don Fernando sin faltar punto á la buena ocasion que el cielo le presentaba, como príncipe animoso, diligente, astuto y recatado, feroz en la guerra, y despues de la victoria manso y tratable. Por medio de Gutierre de Cárdenas comendador mayor de Leon, que sirvió muy bien y con mucho esfuerzo en esta guerra, se tomó asiento y se hicieron las capitulaciones con aquel rey bárbaro, humillado y caido. En virtud del concierto le hizo merced de la villa de Fandarax que está en la sierra

de Granada, con otras alquerías, aldeas y posesiones por allí que rentaban hasta en cantidad de diez mil ducados con que se pudiese sustentar: pequeña recompensa y consuelo de la pérdida de un reino; tanto menos digno era de tenelle compasion por dar (como dió) principio á su reinado por la muerte cruel de su mismo hermano. A los Moros de nuevo conquistados se concedió que poseyesen sus heredades como antes; pero que no morasen dentro de las ciudades, sino en los arrabales, á propósito que no se pudiesen fortificar ni alborotarse: para lo mismo les quitaron tambien toda suerte de armas. Publicáronse estas capitulaciones y concierto en Guadix.

Los reyes por fin de diciembre se partieron de allí, y por Ecija fueron á Sevilla. Por todo el camino los pueblos les salian á recebir, y los miraban como á príncipes venidos del cielo; y ellos con haber concluido en tan breve tiempo cosas tan grandes representaban en sus rostros y aspecto mayor magestad que humana. Los príncipes extranjeros, movidos por la fama de hechos tan grandes, les enviaban sus embajadores á dar el parabien, y á porfía todos pretendian su amistad. Sobre todos el rey de Portugal, cosa tratada de antes, pretendia para el príncipe don Alonso su hijo á la infanta doña Isabel hija mayor de los reyes, como prenda muy cierta de una paz perpetua que resultaria por aquel medio entre aquellas dos coronas. Envió para este efecto á Fernando Silveyra justicia de Portugal, y á Juan Tejeda su canciller mayor; por cuya instancia en Sevilla á diez y ocho de abril se concertó este casamiento que á todos venia bien y á cuento, mayormente que la esperanza de efectuar el casamiento de Francia faltaba á causa que aquel rey queria casarse con madama Ana duquesa de Bretaña.

Las alegrías que se hicieron en el un reino y en el otro por estos desposorios, fueron grandes, menores en Portugal por ocasion que el mes siguiente falleció en Avero la infanta doña Juana hermana de aquel rey, sin casar por no querer ella, bien que muchos la pretendieron y ella tenia partes muy aventajadas: la hermosura de su alma fué mayor y sus virtudes muy señaladas, de que se cuentan cosas muy grandes. Tampoco la alegría de Castilla les duró mucho, si bien la doncella desde Constantina partió á Portugal á once de noviembre. En su compañía el cardenal de España y don Luis Osorio obispo de Jaen, los maestres de Santiago y de Alcántara, los condes, el de Feria don Gomez de Figueroa, y el de Benavente don Alonso Pimentel con otra mucha nobleza, todo á propósito de representar magestad; que parece aquellas dos naciones andaban á porfía sobre cual se aventajaria en arreo, libreas y galas.

A la ribera del rio Caya que corre entre Badajoz y Yelves, se hizo la entrega de la novia á los señores Portugueses que salieron para recibirla y acompañarla; el principal el duque don Emanuel que sucedió adelante en aquel casamiento y en el reino: así lo tenia el cielo determinado. Acudieron el rey de Portugal y su hijo á Estremoz pueblo de aquel reino: para mas honrar la esposa la hicieron sentar en medio, y el suegro á la mano izquierda. Allí se hicieron los desposorios á veinte y cuatro de noviembre que fué miércoles, y el dia siguiente se velaron por mano del arzobispo de Braga que es la principal dignidad de Portugal. Los regocijos y alegrías de la boda por espacio de medio año se continuaron en Ebora y en Santaren, do fueron los príncipes.

No hay gozo puro ni duradero entre los mortales, segun se vió en este caso: todos estos regocijos se trocaron en lloro y en duelo por un desastre no pensado. Salió el rey en aquella villa una tarde á la ribera del rio Tajo: el príncipe don Alonso que iba en su compañía, quiso con Juan de Meneses correr en sus caballos á la par; en la carrera su caballo que era muy brioso, tropezó, y con su caida maltrató al príncipe de manera que en breve espiró. Cuán grande haya sido el llanto de sus padres, de su esposa, y de todo el reino, no hay para que decillo: quejábanse con lágrimas muy verdaderas que tantas esperanzas y tantos regocijos en un dia y un momento se trocasen en contrario. Su cuerpo sepultaron entre los sepulcros de sus antepasados. Las honras se le hicieron á la costumbre de la tierra muy grandes: acompañaron su cuerpo el rey y toda la nobleza enlutados. La princesa doña Isabel sin gozar apenas del principio de su desposorio, y que en tan breve tiempo se veía desposada, casada y viuda, en una litera cubierta y cerrada se volvió á sus padres y á Castilla. Desta manera las cosas de yuso, y los gozos en breve tiempo se revuelven, y truecan los temporales.

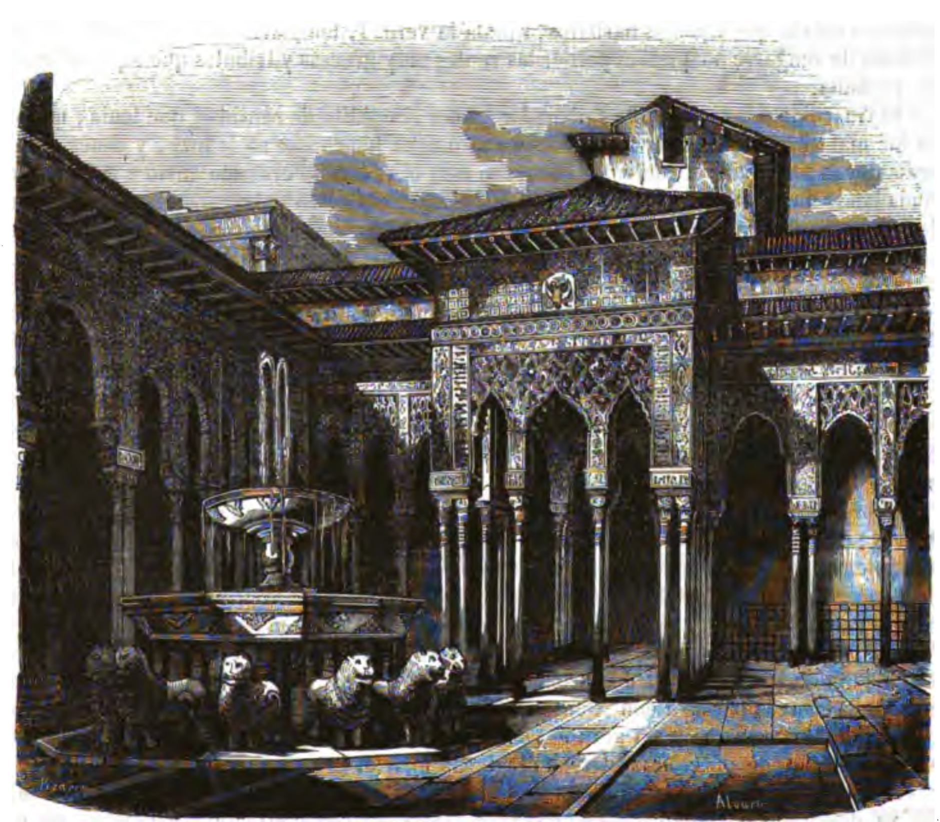
La tristeza que cargó del rey su suegro, fué tal que della le sobrevino una enfermedad lenta de que cuatro años adelante falleció. Fundó en Lisboa poco antes de su muerte el hos-

pital real, que es un principal edificio, y él mismo se halló á echar la primera piedra, y debajo della se pusieron ciertas medallas de oro como se acostumbra en señal de perpetuidad. No dejó hijo legítimo; solo quedó don Jorge habido en una dama llamada doña Ana de Mendoza, el cual bien que muy niño, procuró y hizo quedase nombrado por maestre de Avis y de Santiago en Portugal. Por su muerte comenzó en aquel reino una nueva línea de reyes: don Emanuel primo del rey muerto, y hijo de don Fernando duque de Viseo como pariente mas cercano sin contradicion sucedió en aquella corona. Hijo deste fué el rey don Juan el tercero, nieto el príncipe don Juan, que por morir muy mozo no llegó á heredar el reino: así sucedió en él á su abuelo el rey don Sebastian hijo deste príncipe; el cual por su muerte, que los Moros le dieron en Africa, dejó el reino de Portugal primero al cardenal don Enrique su tio mayor, y despues dél á don Philipe segundo rey de Castilla sobrino tambien del cardenal, y nieto del rey don Emanuel por parte de su madre la emperatriz doña Isabel: tal fué la voluntad de Dios, á quien ninguna cosa es dificultosa; todo lo que le aplace se hace y cumple. Dejado esto para que otros lo relaten con mayor cuidado y á la larga, volvamos con nuestro cuento á la guerra de Granada.

CAPITULO XV.

Que los nuestros talaron la vega de Granada.

Deseaba el rey don Fernando concluir la guerra de los Moros que traia en buenos términos Una dificultad muy grande impedia sus intentos: esta era que demas de la fortaleza de la ciudad de Granada, guarnecida, municionada y bastecida asaz, tenia empeñada su palabra en que prometió los años pasados al rey Boabdil que él y todos los suyos no recibirian



Patio de los Leones en la Alhambra.

agravio ni daño alguno. Ofrecíase una muy buena ocasion para sin contravenir al concierto sujetar aquella ciudad: esto fué que los ciudadanos sin tener cuenta con el peligro que de fuera les corria, tomadas las armas (como muchas veces lo acostumbraban) cercaron á su

rey dentro del Albaycin, y le apretaron tanto que muy poca esperanza le quedaba no solo de conservar el reino que sin obediencia no era nada, sino de la vida y de la libertad. El pueblo se mostraba tan indignado que bramaba y amenazaba de no desistir hasta dalle la muerte.

No era razon desamparar en aquel peligro aquel príncipe confederado, mayormente que él mismo pedia le socorriesen. Esto en sazon que de Levante se representaban nuevos temores: el gran soldan de Egipto amenazaba que si el rey don Fernando no desistia de perseguir, como comenzara, á los Moros que eran de su misma secta, él en venganza desto haria morir todos los cristianos sus vasallos en Egipto y en la Suria. El Guardian de S. Francisco de Jerusalem llamado fray Antonio Millan, que envió en este mensage, de camino se vió con el rey de Nápoles: vino á España, declaró su embajada, y aun el mismo rey de Nápoles le dió cartas en la misma razon: príncipe (como se entendia) mas aficionado á los Moros de lo que era honesto y lícito á cristianos. La suma era que pues ningun agravio recibiera de los Moros, no debia tampoco hacer ni intentar cosa de que resultasen mayores males: que si bien aquella gente era de otra secta, no sería razon maltratalla sin alguna justa causa.

El rey don Fernando ni se espantó por las amenazas del bárbaro, ni le plugo el consejo del rey de Nápoles, dado que acabada la guerra envió por su embajador á Pedro Mártir para que diese razon al soldan de todo lo que en aquella conquista pasó, y con palabras comedidas le aplacase. Al rey de Nápoles en particular ya que se aprestaba para comenzar esta nueva jornada y romper, escribió cartas en que le avisaba de las causas que tuvo para emprender aquella guerra: deciale que era justo deshacer aquel reino, que antiguamente se fundó contra derecho, y de nuevo nunca cesaba de hacer grandes insultos y agravios á sus vasallos: que le ponia en cuidado el riesgo que corrian los cristianos de aquellas partes; todavia cuidaba que aquellos bárbaros, sabida la verdad, templarian el sentimiento, y por el deseo de vengarse no querian perder las rentas muy gruesas y tributos que aquella nacion les pechaba.

El Guardian por su oficio de embajador, y por el crédito de santidad que tenia, no solo no fué mal visto, antes muy regalado, y con mucha honra que se le hizo, y dones que le presentaron, le enviaron contento. Junto con esto el rey don Fernando envió á avisar á los ciudadanos de Granada, que si, dejadas las armas, quisiesen entregarse, serian tratados de la misma manera que los demas que se le habian rendido. Movió este aviso á ambas las parcialidades para que sosegados los ódios tratasen de lo que á todos tocaba, tanto mas que el rey moro sabia muy bien que el rey don Fernando, aunque de palabra se mostraba por él, todavía mas querria pretender para sí, y que no desistiria hasta tanto que se viese apoderado de aquella ciudad. Los Alfaquíes y otras personas tenidas por venerables entre aquella gente no dejaban de exhortar ya los unos, ya los otros á la paz, rogallos y amonestallos lo que les convenia, es á saber que hora pretendiesen volver á las armas, hora concertarse con los cristianos, un solo reparo les quedaba que era tener ellos paz entre sí: si la discordia iba adelante, los unos y los otros se perderian: con esta diligencia se tomó cierto acuerdo y se hizo cierto asiento entre los Moros.

Los fieles sin embargo entraron en la vega de Granada á robar y talar debajo la conducta del rey; que la reina se quedó en Moclin. Destruyeron y quemaron los sembrados con gran sentimiento de los ciudadanos, que temian no los tomasen por la hambre y necesidad. El príncipe don Juan acompañó en esta jornada á su padre, que para mas animalle le armó caballero en aquella sazon. Volvieron á Córdova con la presa contentos de la gran cuita en que los Moros quedaban, y con la esperanza que ellos cobraron de concluir con aquella empresa. El cuidado de la frontera quedó encomendado al marques de Villena en recompensa de que en aquella jornada perdió á don Alonso su hermano, y de una lanzada, que por librar como príncipe valeroso, y que tenia gran esperiencia en las armas, á uno de los suyos rodeado de Moros le dieron, de que el brazo derecho le quedó manco.

Apenas los Moros se vieron libres deste miedo, cuando debajo de la conducta de Boabdil ya declarado por enemigo de cristianos acometieron el castillo de Alhendin, en que los nuestros poco antes dejaron puesta guarnicion, y tomado, le echaron por tierra. Este atrevimiento vengó el rey con una nueva entrada que hizo para destrozar el panizo y el mijo, semillas tardias en que solamente los de Granada tenian puesta la esperanza para sustentar la vida el año siguiente. Esta tala se hizo el mes de setiembre por espacio de quince

dias. Por otra parte los Moros de Guadix se alborotaron, y tomadas las armas pretendian matar á los que quedaron en el castillo de guarnicion. Salieron sus intentos vanos: acudió muy á tiempo el marques de Villena, daba muestra de ir contra Fandarax que estaba alzado contra Abohardil, pero revolvió sobre Guadix con buen número de gente de á pie y de á caballo. Entró dentro, y con color de querer hacer alarde de los Moros, los sacó fuera de la ciudad y los cerró las puertas, con que de presente y para adelante se remedió aquel peligro.

Tornó otra vez el rey don Fernando al fin deste año á dar la tala y destruir los campos de Granada; al contrario Boabdil tenia puesto cerco sobre Salobreña, que le defendió Francisco Ramirez con gran esfuerzo y diligencia; entendíase otrosí queria el rey don Fernando acudir á dar socorro: así el Moro fué forzado á alzar el cerco y volverse á Granada. Demas desto porque los vasallos de Abohardil andaban alborotados y no le querian obedecer, el rey don Fernando conforme á lo capitulado, de grado vino en que se pasase en Africa con muchas riquezas y tesoros que le dió en recompensa de lo que dejaba.

CAPITULO XVI.

Del cerco de Granada.

Pasaron los reyes el invierno en Sevilla: llegada la primavera, volvieron á la guerra. La reina con sus hijos se quedó en Alcalá la Real para acudir á todo y proveer de lo necesario, y en breve (como lo hizo) pasar adelante, y ser participante de la honra y del peligro de aquella empresa: acudieron los grandes; los concejos y comunidades de las ciudades enviaron compañías de soldados á su sueldo, con que y las demas gentes el rey don Fernando en tres dias llegó á vista de Granada un sábado á veinte y tres de abril año de nuestra salvacion de 1491. Asentó su campo y sus reales á los ojos de Guetar que es una aldea legua y media de Granada: desde allí envió al marques de Villena con tres mil de á caballo para correr los montes que allí cerca están; prometióle de seguille él mismo con la fuerza del ejército para socorrelle, si los Moros de aquellos montes gente endurecida en las armas, ó los de la ciudad por las espaldas le apretasen. Cumplió la promesa: adelantóse hasta llegar á Padul, y rechazó los Moros que salieron de la ciudad para cargar el escuadron del marques: con tanto el marques pudo ejecutar fácilmente el órden que llevaba sin tropiezo; quemó nueve aldeas de Moros, y cargado de mucha presa se volvió para el rey.

Pareció que conforme aquel principio seria lo demas. Acordaron de pasar juntos adelante, y hacer la tala en lo mas adentro de la sierra. Hízose así: todo sucedió prósperamente; dieron sacomano, quemaron y abatieron otras quince aldeas. Demas desto buen golpe de Moros de á pie y de á caballo, que por ciertos senderos en lugares estrechos y á propósito pretendian atajar al paso á los nuestros, fueron desbaratados y echados de allí. La presa fué muy grande por estar aquella gente rica á causa que de las guerras pasadas no les habia cabido parte, ni de sus daños; y por ser la tierra á propósito para proveer á la ciudad de bastimentos era forzoso procurar no lo pudiesen hacer.

Concluidas estas cosas sin recebir algun daño y sin sangre, dentro de tres dias volvieron los soldados alegres al lugar de do salieron: en aquel puesto fortificaron sus reales con foso y trinchea por entonces. Pasaron alarde diez mil de á caballo y cuarenta mil infantes, la flor de España, juntada con grande cuidado, gente de mucho esfuerzo y valor. En la ciudad asímismo se hallaba gran número de gente de á pie y de á caballo, soldados de grande esperiencia en las armas, todos los que escaparan de las guerras pasadas. La muchedumbre de los ciudadanos poco podian prestar, gente que comunmente bravean y se muestran feroces en tiempo de paz, mas en el peligro y á las puñadas cobardes.

La ciudad de Granada por su sitio, grandeza, fortificacion, murallas y baluartes parecia ser inexpugnable. Por la parte de poniente se estiende una vega como de quince leguas de ruedo, muy apacible, y muy fértil así de sí misma, como por la mucha sangre que en ella se derramara por espacio de muchos años, que la engrasaba á fuer de letame; y por regarse con treinta y seis fuentes que brotan de aquellos montes cercanos, mas fresca y provechosa de lo que fácilmente se podria encarecer. Por la parte de levante se empina la sierra de Elvira, en que antiguamente estuvo asentada la ciudad de Illiberris, como lo da á entender el mismo nombre de Elvira: la sierra Nevada cae á la banda de mediodía, que con sus cordilleras tra-

badas entre sí llega hasta el mar Mediterráneo; sus laderas y haldas no son muy ásperas, y así están muy cultivadas y pobladas de gentes y casas. La ciudad está asentada parte en llano y parte sobre dos collados, entre los cuales pasa el rio Darro, que al salir de la ciudad se mezcla y deja su agua y su nombre en Jenil, rio que corre por medio de la vega y la baña por el largo. Las murallas son muy fuertes con mil y treinta torres á trechos, muy de ver por su muchedumbre y buena estofa. Antiguamente tenia siete puertas, al presente doce. No se puede sitiar por todas partes por ser muy ancha y los lugares muy desiguales. Por la parte de la vega, que es lo llano de la ciudad, y por do la subida es muy fácil, está fortificada con torres y baluartes. En aquella parte está la Iglesia Mayor, mezquita en tiempo de Moros de fábrica grosera, al presente de obra muy prima, edificada en el mismo sitio. Por su magestad y grandeza muy venerada de los pueblos comarcanos: señalada é ilustre no tanto por sus riquezas, cuanto por el gran número y bondad de los ministros que tiene. Cerca deste templo está la plaza de Bivarrambla y mercado, ancho docientos pies y tres tanto mas largo: los edificios que la cercan tirados á cordel; las tiendas y oficinas cosa muy hermosa de ver, la calle del Zacatin, la Alcaycería. De dos castillos que tiene la ciudad, el mas principal está entre levante y mediodía, cercado de su propia muralla y puesto sobre los demas edificios: llámase el Alhambra, que quiere decir roja, del color que la tierra por allí tiene, y es tan grande que parece una ciudad. Allí la casa real y monasterio de S. Francisco, sepultura del marques don Iñigo de Mendoza primer alcaide y general. Las zanjas deste castillo abrió el rey Mahomad llamado Mir: prosiguieron la obra los reyes siguientes: acabóla de todo punto el rey Juzeph por sobrenombre Bulhagix, como se entiende por una letra que se lee en arábigo sobre la puerta de aquel castillo en una piedra de mármol, que dice se acabó aquella obra en tiempo de aquel rey año de los Moros setecientos y cuarenta y siete, conforme á nuestra cuenta el año del Señor de mil y trecientos y cuarenta y seis. Este mismo rey hizo la muralla del Albaycin, que está enfrente deste castillo. El gasto fué tal que por no parecer á la gente bastaban sus rentas y tesoros, corrió fama que se ayudó del arte del alchimia para proveerse de oro y plata. Entre estos dos castillos del Alhambra y del Albaycin está puesto lo demas de la ciudad, el arrabal de la Churra y calle de los Gomeles por la parte del Alhambra: por la opuesta la calle de Elvira y la ladera de Zenete: de mala traza lo mas, las calles angostas y torcidas, por la poca curiosidad y primor que tenian los Moros en edificar. Fuera de la ciudad el hospital real y S. Gerónimo, suntuoso sepulcro del gran capitan Gonzalo Fernandez. Refieren tenia sesenta mil casas, número descomunal que apenas se puede creer. Lo que pone mas maravilla, es lo que los embajadores de don Jaime el segundo rey de Aragon se halla certificaron al pontífice Clemente quinto en el concilio de Viena, es á saber que de docientas mil almas que á la sazon moraban en Granada, apenas se hallaban quinientos que fuesen hijos y nietos de Moros; en particular decian tenia cincuenta mil renegados, y treinta mil cautivos cristianos. De presente sin duda hay en aquella ciudad veinte y tres parrochias y colaciones. Del número de vecinos por la grande variedad no hay que tratar, mayormente que en esto siempre la gente se alarga. Tambien es cierto que en tiempo de los reyes Moros las rentas reales que se recogian de aquella ciudad y de todo el reino, llegaban á setecientos mil ducados, gran suma para aquel tiempo, pero creible á causa de los tributos é imposiciones intolerables. Todos pagaban al rey la setena parte de lo que cogian y de sus ganados. Del moro que moria sin hijos, el rey era su heredero: del que los dejaba, entraba á la parte de la herencia, y llevaba tanto como cualquiera dellos.

Este era el estado y disposicion en que se hallaban las cosas de Granada. El cerco entendian iria á la larga: así la reina con sus hijos vino á los reales, ca el rey don Fernando venia resuelto de poner el postrer esfuerzo y no desistir de la empresa hasta sujetar aquella ciudad. Con este intento hacia de ordinario talar los campos á fin que los de la ciudad no tuviesen como se proveer de vituallas; y en el lugar en que asentaron los reales, hizo edificar una villa fuerte, que hasta hoy se llama de Sta. Fé. La presteza con que la obra se hizo, fué grande, y todo se acabó muy en breve. Dentro de las murallas tenian sus tiendas y alojamientos repartidos por su órden, sus cuarteles con sus calles y plazas á cierta distancia con una traza admirable.

En el mismo tiempo diversas bandas de gente que se enviaban á robar, muchas veces escaramuzaban con los Moros que salian contra ellos de la ciudad. En una refriega pasaron tan adelante que ganaron á los Moros la artillería, prendieron á muchos, y forzaron á los demas á meterse en la ciudad. El denuedo de los cristianos fué tal que se arriscaron á llegar

á la muralla de mas cerca que antes solian, y apoderarse de dos torres que servian á los contrarios de atalayas y de baluartes por tener en ellas puesta gente de guarnicion. El alegría que por estos sucesos recibieron los del rey, se hobiera de destemplar por un accidente no pensado. Fué así que á diez de julio de noche en la tienda del rey se emprendió fuego, que puso á todos en gran turbacion por el miedo que tenian de mayor mal. Los alojamientos por la mayor parte eran de enramadas, que por estar secas corrian peligro de quemarse: la reina acaso se descuidó en dejar una candela sin apagar; así la tienda del rey como las que le caian cerca, comenzaron de tal manera á abrasarse que no se podia remediar. El rey sospechó no fuese algun engaño y ardid de los enemigos que se querian aprovechar de aquella ocasion: en los ánimos sospechosos aun lo imposible parece fácil. Salió en público desnudo embrazada una rodela y su espada.



Torre de Comares de la Alhambra.

Para prevenir que los Moros con tan buena ocasion no acometiesen los reales, el marques de Cadiz se adelantó con parte de la caballería, y estuvo toda la noche alerta en un puesto por do los Moros habian forzosamente de pasar. La turbacion y ruido fué mayor que el pe-

ligro y que el daño: así el dia siguiente volvieron á las talas; los dias adelante asimismo diversas compañías fueron á los montes á robar. No dejaban reposar á los enemigos, ni le quedaba cosa segura, si bien en todas partes se defendian valientemente irritados con la desesperacion, que es muy fuerte arma.

La cuita de los Moros por todo esto era grande, tanto que cansados con tantos males, y visto que nunca aflojaban, se inclinaron á tratar de partido. Bulcacin Mulch gobernador y alcaide de la ciudad salió á los reales á tratar de los conciertos y capitular. Señaló el rey para platicar sobre ello á Gonzalo Fernandez de Córdova que despues fué gran capitan, y á Hernando de Zafra su secretario. Ventilado el negocio algunos dias, finalmente fueron de acuerdo, y pusieron por escrito estas capitulaciones, que se juraron por ambas partes á veinte y cinco de noviembre: dentro de sesenta dias los Moros entreguen los dos castillos, las torres y puertas de la ciudad: hagan homenage al rey don Fernando, y juren de estar á su obediencia y guardalle toda lealtad: á todos los cristianos cautivos pongan en libertad sin algun rescate: entretanto que estas condiciones se cumplen, den en rehenes dentro de doce dias quinientos hijos de los ciudadanos Moros mas principales: quédense con sus heredades, armas y caballos, entreguen solamente la artillería: tengan sus mezquitas, y libertad de ejercitar las ceremonias de su ley: sean gobernados conforme á sus leyes, y para esto se les señalarán de su misma nacion personas, con cuya asistencia y por cuyo consejo los gobernadores puestos de parte del rey harán justicia á los Moros: los tributos de presente por espacio de tres años se quiten en gran parte, y para adelante no se impongan mayores de lo que acostumbraban de pagar á sus reyes: los que quisieren pasar á Africa, puedan vender sus bienes, y sin fraude ni engaño se les hayan de dar para el pasage naves en los puertos que ellos mismos nombraren: concertaron otrosí que á Boabdil restituyesen su hijo y los demas rehenes que el tiempo pasado dió al rey, pues entregada la ciudad, y cumplido todo lo al del asiento, no era necesaria otra prenda ni seguridad; en cumplimiento los trajeron del castillo de Moclin en que los tenian, para se los entregar. Hobo la iglesia de Pamplona á los doce de setiembre César Borgia por muerte de don Alonso Carrillo su prelado.

CAPITULO XVII.

De un alboroto que se levantó en la ciudad.

Concertóse la entrega de Granada con las capitulaciones que acabamos de contar; lo cual todo puso en cuentos de desbaratarse cierta ocasion que avino, ni muy ligera ni muy grande. El vulgo, y mas de los Moros, es de muy poca fé y lealtad, mudable, amigo de alborotos, enemigo de la paz y del sosiego, finalmente poco basta para alteralle. Un cierto moro, cuyo nombre no se refiere, como si estuviera frenético y fuera de sí, con palabras alborotadas no cesaba de persuadir al pueblo que tomase las armas. Decia que debajo de capa de amistad y de mirar por ellos les tramaban traicion, engaño y asechanzas: que Boabdil y los principales de la ciudad solo tenian nombre de Moros, que de corazon favorecian á los contrarios. «Yugo de perpetua esclavonía es el que ponen sobre vos y sobre vuestros cuellos: »mirad bien lo que haceis, catad que os engañan y se burlan de vos. Que si es cosa pesada »sufrir las miserias, cuitas y peligros presentes, mayor mengua será por no sufrir un poco »de tiempo los trabajos trocar los menores y breves males con los que han de durar para »siempre y son mas pesados. Mas qué seguridad dan que nos guardarán lo que prometen y »la palabra? No trato de los bienes que con la misma vanidad dicen no los dejarán, como si »los nuevos ciudadanos se hobiesen de sustentar de otras heredades. Por ventura ignorais »cuanta sed tienen de vuestra sangre? dejarán de vengar los padres y parientes que en gran »parte han perdido en el discurso destas guerras? No quiero tratar de lo pasado: un año há »que nos tienen cercados, y si nos han aquejado, ellos no han sufrido menores daños. Muchas »veces han quedado tendidos en el campo, y no menos han estado ellos cercados dentro de »sus estancias que nos en la ciudad, y aun para defenderse han tenido necesidad de edificar »un nuevo pueblo. Serian insensibles y de piedra si entregada la ciudad no hiciesen las exe»quias de sus muertos con derramar vuestra sangre, de que están muy sedientos á manera »de fieras muy bravas. La verdad es que no somos hombres, y si lo somos, suframos un »poco, que Dios nos ayudará, y nuestro profeta Mahoma. Las profecias antiguas y las es»trellas nos favorecen, pero si mostramos esfuerzo; que contra los cobardes las piedras se

»levantan. Si decís que hay falta de mantenimiento, con repartille por tasa, y hacer cala y »cata de lo que los particulares tienen escondido, nos podemos entretener muchos dias; y »acabadas todas las vituallas, qué inconveniente hay que nos sustentemos de los cuerpos y »carne de la gente flaca que no son á propósito para pelear? Direis seria cosa nueva, grande »y espantable maldad. Respondo que si no tuviesemos ejemplo de los antiguos, que se va»lieron desto en semejante peligro, yo juzgaria seria muy bueno dar principio y abrir ca»mino para que nuestros descendientes en otro tal aprieto nos imitasen. Mi resolucion es que »si no podemos evitar ni escusar la muerte, escusemos siquiera los tormentos y afrentas que »nos amenazan. Yo á lo menos no veré tomar, saquear y poner á fuego y á sangre mi patria, »ser arrebatadas las madres, las doncellas, los niños para ser esclavos y para otras desho»nestidades; que si os contenta esto mismo, sed hombres, tomad las armas, desbaratad este »mal concierto. No debeis usar de recato, ni dilacion, donde el detenerse es mas perjudicial »que el resolverse y arrojarse.»

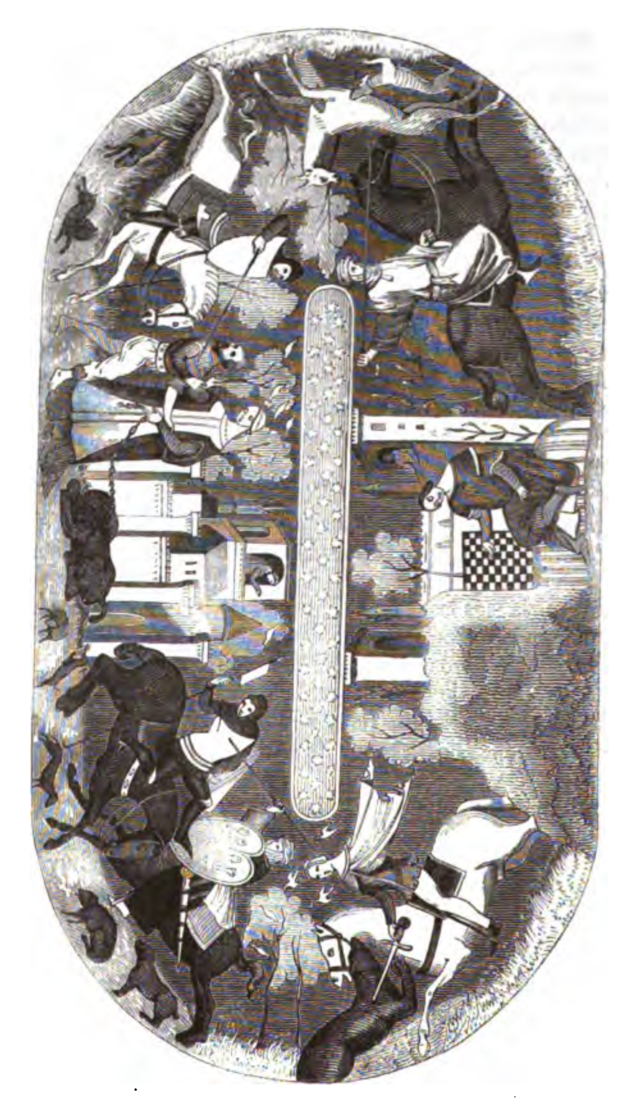
Predicaba estas cosas con ojos encendidos, con rostro espantable y á gritos por las calles y plazas: con que amotinó veinte mil hombres, que tomaron las armas y andaban como locos y rabiosos: no se sabia la causa del daño, ni lo que pretendian, que hacia mas dificultoso el remedio. Boabdil, llamado el rey Chiquito, por no tener ya autoridad ninguna, y temer en tan gran revuelta no le perdiesen el respeto, se estuvo dentro del Alhambra. La muchedumbre y canalla tiene las acometidas primeras muy bravas, mas luego se sosiega, mayormente que estaba sin cabeza y sin fuerzas, y sus intentos por ende desbariados: asi el dia siguiente algun tanto sosegada aquella tempestad pasó al Albaycin, do tenia la gente aficionada. Juntó los que pudo y hablóles desta manera. «Por vuestro respeto, no por el »mio (como algunos con poca vergüenza han sospechado) he venido á amonestaros lo que »vos está bien, de que es bastante prueba que con tener en mi poder el castillo de Alhambra, »no quise llamar al enemigo y entregaros en sus manos, magüer que me lo teníades bien »merecido. Ni aun antes de ahora en tanto que con vuestras fuerzas os defendíades, ó espe»rábades socorro de otra parte, ni en tanto que en la ciudad duró la provision, os persuadí »que tratásedes de paz. Bien confieso haber en muchas cosas errado, en fiarme del enemigo »y en alzarme con el reino contra mi padre, pecados que los tengo bien pagados. Perdida »toda la esperanza, hizo asiento con el enemigo, si no aventajado, á lo menos conforme á »tiempo y necesario. No puedo entender que alegan estos hombres locos y sandíos para des»baratar la paz que está muy bien asentada. Si de alguna parte hay remedio, yo seré el »primero á quebrantar lo concertado; pero si todo nos falta, las fuerzas, las ayudas, la pro»vision y casi el mismo juicio, á qué propósito con locura, ó agena si os descontenta, ó »vuestra si venís en este dislate, quereis despeñaros en vuestra perdicion? De dos inconve»nientes, cuando ambos no se pueden escusar, que se abrace el menor aconsejan los sábios, »cuales yo me persuadiria sois los que presentes estais, si el alboroto pasado no me hiciera »trocar parecer. Todo lo que teneis, es del vencedor: la necesidad aprieta; lo que dejan, »debeis de pensar es gracia, y os lo hallais. No trato si los enemigos guardarán la palabra, »yo confieso que muchas veces la han quebrantado: el hacer confianza es causa que los hom»bres guarden fidelidad, especial que para seguridad podemos pedir nos den en rehenes »castillos ó personas principales; que con el deseo que el enemigo tiene de concluir la guerra, »no reparará en nada.»

Con este razonamiento los ánimos alterados del pueblo se sosegaron: muchas veces asi los remedios de semejantes alteraciones, como las causas son fáciles. Que se haya hecho del moro que amotinó el pueblo, no se dice: puédese entender que huyó. Consta que el rey Chiquito avisado por el peligro pasado, y por miedo que entretanto que los dias que tenian concertados para entregar la ciudad, se pasasen, podrian de nuevo resultar revoluciones y novedades, sin dilacion envió una carta al rey don Fernando con un presente de dos caballos castizos, una cimitarra y algunos jaeces: avisábale de lo que pasara en la ciudad, del alboroto del pueblo, que convenia usar de presteza para atajar novedades; viniese aina, pues pequeña tardanza muchas veces suele ser causa de grandes alteraciones: finalmente que muy en buena hora, pues así era la voluntad de Dios, el dia siguiente le entregaria el Alhambra y el reino como á vencedor de su mano misma; que no dejase venir como se lo suplicaba.

CAPITULO XVIII.

Que Granada se ganó.

Esta carta llegó á los reales el dia de año nuevo, la cual como el rey don Fernando leyese, bien se puede entender cuanto fué el contento que recibió. Ordenó que para el dia siguiente (que es el que en Granada se hace la fiesta de la toma de aquella ciudad) todas las cosas se pusiesen en órden. El mismo, dejado el luto que traia por la muerte de su yerno don Alonso príncipe de Portugal, vestido de sus vestiduras reales y paños ricos se encaminó para el castillo y la ciudad con sus gentes en ordenanza, y armados como para pelear, muy lucida compañía, y para ver. Seguianse poco despues la reina y sus hijos: los grandes arreados de brocados y sedas de gran valor. Con esta pompa y repuesto al tiempo que llegaba el rey cerca del alcázar, Boabdil el rey Chiquito le salió al encuentro acompañado de cincuenta de á caballo. Dió muestra de quererse apear para besar la mano real del vencedor: no se lo con–



Techo de un gabinete contiguo á la sala de los Abencerrages en la Alhambra, que representa á la esposa de Boabdil en su jardin jugando al ajedrez, un episodio de caza, una liza entre caballeros árabes y cristianos y una alegoria alusiva á la libertad de la reina. Está pintado al fresco, como el de la página siguiente, y parecen ser obra poco posterior á la conquista de Granada.

sintió el rey. Entonces puestos los ojos en tierra, y con rostro poco alegre: «Tuyos (dice) »somos rey invencible: esta ciudad y reino te entregamos, confiados usarás con nosotros de »clemencia y de templanza.» Dichas estas palabras, le puso en las manos las llaves del castillo. El rey las dió á la reina y la reina al príncipe su hijo: dél las tomó don Iñigo de Mendoza conde de Tendilla, que tenia el rey señalado para la tenencia de aquel castillo y por capitan general en aquel reino, y á don Pedro de Granada por alguacil mayor de la ciudad, y á don Alonso su hijo por general de la armada de la mar.

Entró pues con buen golpe de gente de á caballo en el castillo: seguiale un buen acompañamiento de señores y de eclesiásticos; entre estos los que mas se señalaban, eran los prelados de Toledo y de Sevilla, el maestre de Santiago, el duque de Cadiz, fray Hernando de Talavera, de obispo de Avila electo por arzobispo de aquella ciudad, el cual hecha oracion como es de costumbre en accion de gracias, juntamente puso el guion que llevaba delante de sí el cardenal de Toledo como primado, en lo mas alto de la torre principal y del homenage, á los lados dos estandartes, el real y el de Santiago: siguióse un grande alarido,



Techo de la Alhambra en que está pintado al fresco el divan ó sesion en que fué juzgada la esposa de Boabdil.

y voces de alegria, que daban los soldados y la gente principal. El rey puestos los hinojos con grande humildad dió gracias á Dios por quedar en España desarraigado el imperio y nombre de aquella gente malvada, y levantada la bandera de la cruz en aquella ciudad, en que por tanto tiempo prevaleció la impiedad con muy hondas raices y fuerza: suplicábale que con su gracia llevase adelante aquella merced, y fuese durable y perpetua.

Acabada la oracion, acudieron los grandes y señores á dalle el parabien del nuevo reino, é hincada la rodilla, por su órden le besaron la mano: lo mismo hicieron con la reina y con el príncipe su hijo. Acabado este auto, despues de yantar se volvieron con el mismo órden á los reales por junto á la puerta mas cercana de la ciudad. Dieron al rey Chiquito el valle de Purchena, que poco antes se ganó en el reino de Murcia de los Moros, y señaláronle rentas con que pasase, si bien no mucho despues se pasó á Africa; que los que se vieron reyes, no tienen fuerzas ni paciencia bastante para llevar vida de particular. Quinientos cautivos cristianos, segun que tenian concertado, fueron sin rescate puestos en libertad: estos en procesion luego el otro dia despues de misa se presentaron con toda humildad al rey. Daban gracias á los soldados por aquel bien que les vino por su medio: alababan lo mucho que hicieron por el bien de España, por ganar prez y honra, y por el servicio de Dios; llamábanlos reparadores, padres y vengadores de la patria.

No pareció entrar en la ciudad antes de estar para mayor seguridad apoderados de las puertas, torres, baluartes y castillos; lo cual todo hecho, el cuarto dia adelante por el mismo órden que la primera vez, entraron en la ciudad. En los templos que para ello tenian aderezados; cantaron himnos en accion de gracias: capitanes y soldados á porfia engrandecian la magestad de Dios por las victorias que les dió unas sobre otras, y los triunfos que ganaron de los enemigos de cristianos. Los reyes don Fernando y doña Isabel con los arreos de sus personas, que eran muy ricos, y por estar en lo mejor de su edad, y dejar concluida aquella guerra, y ganado aquel nuevo reino, representaban mayor magestad que antes. Señalábanse entre todos, y entre sí eran iguales: mirábanlos como si fueran mas que hombres, y como dados del cielo para la salud de España.

A la verdad ellos fueron los que pusieron en su punto la justicia, antes de su tiempo estragada y caida. Publicaron leyes muy buenas para el gobierno de los pueblos y para sentenciar los pleitos. Volvieron por la religion y por la fé, fundaron la paz pública, sosegadas las discordias y alborotos asi de dentro como de fuera. Ensancharon su señorío no solamente en España, sino tambien en el mismo tiempo se estendieron hasta lo postrero del mundo. Lo que es mucho de alabar, repartieron los premios y dignidades, que los hay muy grandes y ricos en España, no conforme á la nobleza de los antepasados, ni por favor de cualquier que fuese, sino conforme á los méritos qne cada uno tenia; con que despertaron los ingenios de sus vasallos para darse á la virtud y á las letras. De todo esto cuanto provecho haya resultado, no hay para que decillo; la cosa por sí misma y los efectos lo declaran. Si va á decir verdad, en qué parte del mundo se hallarán sacerdotes y obispos ni mas eruditos, ni mas santos? dónde jueces de mayor prudencia y rectitud? Es así que antes destos tiempos pocos se pueden contar de los Españoles señalados en ciencia: de aquí adelante quién podrá declarar cuán grande haya sido el número de los que en España se han aventajado en toda suerte de letras y erudicion? Eran el uno y el otro de mediana estatura, de miembros bien proporcionados, sus rostros de buen parecer, la magestad en el andar y en todos los movimientos igual, el aspecto agradable y grave, el color blanco, aunque tiraba algun tanto á moreno. En particular el rey tenia el color tostado por los trabajos de la guerra, el cabello castaño y largo, la barba afeitada á fuer del tiempo, las cejas anchas, la cabeza calva, la boca pequeña, los labios colorados, menudos los dientes y ralos, las espaldas anchas, el cuello derecho, la voz aguda, la habla presta, el ingenio claro, el juicio grave y acertado, la condicion suave, y cortés y clemente con los que iban á negociar. Fué diestro para las cosas de la guerra, para el gobierno sin par: tan amigo de los negocios que parecia con el trabajo descansaba. El cuerpo no con deleites regalado, sino con el vestido honesto y comida templada acostumbrado y á propósito para sufrir los trabajos. Hacia mal á un caballo con mucha destreza: cuando mas mozo se deleitaba en jugar á los dados y naipes: la edad mas adelante solia ejercitarse en cetrería, y deleitábase mucho en los vuelos de las garzas. La reina era de buen rostro, los cabellos rubios, los ojos zarcos, no usaba de algunos afeites, la gravedad, mesura y modestia de su rostro singular. Fué muy dada á la devocion, y aficionada á las letras;. tenia amor á su marido, pero mezclado con celos y sospechas. Al-

canzó alguna noticia de la lengua latina, ayuda de que careció el rey don Fernando por no aprender letras en su pequeña edad; gustaba empero de leer historias y hablar con hombres letrados. El mismo dia que nació el rey don Fernando, segun que algunos lo refieren, en Nápoles cierto fraile Carmelita tenido por hombre de santa vida dijo al rey don Alonso su tio: «Hoy en el reino de Aragon ha nacido un infante de tu linage: el cielo le promete nuevos imperios, grandes riquezas y ventura: será muy devoto, aficionado á lo bueno, y defensor escelente de la cristiandad.»

Entre tantas virtudes casi era forzoso, conforme á la fragilidad de los hombres, tuviese algunas faltas. El avaricia de que le tachan, se puede escusar con la falta que tenia de dineros y estar enagenadas las rentas reales. Al rigor y severidad en castigar de que asimismo le cargan, dieron ocasion los tiempos y las costumbres tan estragadas. Los escritores estraños le achacan de hombre astuto, y que á veces faltaba en la palabra, si le venia mas á cuento. No quiero tratar si esto fué verdad, si invencion en ódio de nuestra nacion: solo advierto que la malicia de los hombres acostumbra á las virtudes verdaderas poner nombre de los vicios que le son semejables, como tambien al contrario engañan y son alabados los vicios que semejan á las virtudes; además que se acomodaba al tiempo, al lenguage, al trato y mañas que entonces se usaban. Emparentó con los mayores príncipes de todo el orbe cristiano, con los reyes de Portugal y Ingalaterra, y duques de Austria. Tenia deudo con otros muchos, ca era tio de madama Ana duquesa de Bretaña, hermano de su abuela materna, primo hermano de don Fernando rey de Nápoles, tio mayor de doña Catalina reina de Navarra, hermano asimismo de su abuela. En esto cargan sobre todo lo al al rey don Fernando, que sin tener respeto al parentesco, solo por la demasiada codicia de ensanchar sus estados, los años adelante echó á esta señora y á su marido del reino que heredaron de sus antepasados y los forzó á retirarse á Francia: otros le escusan con color de religion, y con la voluntad del sumo pontífice que así lo mandó de que todavia resultaron grandes y largas alteraciones. Enrique Labrit hijo destos señores pretendió recobrar el reino de sus padres con mayor porfia que ventura: tuvo en madama Margarita hermana que era del rey Francisco de Francia, una hija y heredera de sus estados llamada Juana que casó con Antonio Borbon duque de Vandoma, madre de aquel Enrique que casó con madama Margarita hermana de tres reyes de Francia, Francisco el segundo, Carlos y Enrique; y por ser el pariente mas cercano por línea de varon, y por faltar todos sus cuñados sin sucesion quedó por sucesor de aquella corona, sin embargo que abrazó desde su tierna edad las nuevas heregías desamparada la religion verdadera de sus antepasados, y que los señores y pueblos de Francia pretendian no podia poseer aquella corona persona manchada con opiniones semejantes, y que en su lugar se debia nombrar otro sucesor: pleito que ya el papa le ha determinado.

Nos llegados al puerto y puesto fin á este trabajo, calaremos las velas, y haremos fin á esta escritura en este lugar. Concluyo con decir que con la entrada de los reyes en Granada, y quedar apoderados de aquella ciudad, los Moros por voluntad de Dios dichosamente y para siempre se sujetaron en aquella parte de España al señorío de los cristianos, que fué el año de nuestra salvacion de 1492 á seis de enero, dia viernes: conforme á la cuenta de los Arabes el año ochocientos y noventa y siete de la Egira, á ocho del mes que ellos llaman Rahib Haraba. El cual dia como quier que para todos los cristianos por costumbre antigua es muy alegre y solemne por ser fiesta de los Reyes y de la Epifania, así bien por esta nueva victoria no menos fué saludable, dichoso y alegre para toda España, que para los Moros aciago; pues con desarraigar en él y derribar la impiedad, la mengua pasada de nuestra nacion y sus daños se repararon, y no pequeña parte de España se allegó á lo demas del pueblo cristiano, y recibió el gobierno y leyes que le fueron dadas: alegría grande de que participaron asimismo las demas naciones de la cristiandad.

En particular se escribieron en esta sazon cartas al pontífice Inocencio y á los reyes, y despacharon embajadores que les diesen aquellas nuevas tan alegres, y avisasen que la guerra de los Moros quedaba acabada, muertos y sujetados los enemigos de Cristo, puesto el yugo á Granada, ciudad antiguamente edificada y soberbia con los despojos de cristianos. Por conclusion, que toda España con esta victoria quedaba por Cristo Nuestro Señor, cuya era antes. Las ciudades y provincias así las comarcanas como las que caian lejos, festejaban esta nueva con regocijos, fuegos y invenciones. Asi hombres como mugeres de cualquiera edad y ó calidad que fuesen, acudian en procesiones á los templos, y postrados delante los altares daban gracias á Dios por merced tan señalada.

Estaba Roma alegre por las paces que tres dias antes se asentaran entre el pontífice y los reyes de Nápoles, cuando llegó de España primer dia de febrero Juan de Estrada embajador del rey don Fernando, y con la nueva de aquella victoria colmó y aumentó la alegría pasada. Para muestra de contento y para reconocer aquella merced por de quien era, el papa, cardenales y pueblo romano ordenaron y hicieron una solemne procesion á la iglesia de Santiago de los Españoles. Allí se celebraron los oficios, y en un sermon á propósito del tiempo alabó el predicador y engrandeció como era justo á los reyes y toda la nacion de España, sus proezas, su valor y sus victorias notables.



Firmas de reyes árabes de Granada que se conservan en el archivo de la Corona de Aragon. La primera dice: «*Y se escribió en la fecha citada. Al Excelso;*» la segunda: «*Y la verdad es esto. Al Excelso.*»



LIBRO VIGESIMOSEXTO.

CAPITULO I.

Que los Judíos fueron echados de España.



CONCLUIDA la guerra de Granada con tanta honra y provecho de toda España, y echado por tierra el señorío de los Moros á cabo de tantos años que en ella duraba; los reyes don Fernando y doña Isabel volvieron su pensamiento á nuevas empresas mayores y mas gloriosas que las pasadas. Valerosos príncipes y grandes, pues ni de dia ni de noche sabian reposar, ni pensaban sino como pasarian adelante, y por el camino que habian tomado, llevarian al cabo sus intentos muy santos, que todos se enderezaban á la gloria de Dios y al ensalzamiento de la religion cristiana; y no era razon que con la paz tan deseada de España su valor y grandeza de ánimo reposasen, ni que sus nobles soldados, que por causa de las guerras pasadas tenian muchos y muy señalados, con los deleites y el ócio, fruto muy ordinario de la abundancia y prosperidad, se marchitase; antes que pues en sus tierras no quedaba en que mostrar su esfuerzo, los empleasen lejos dellas, y los enviasen á conquistar gentes y reinos estraños, como sucedió al presente: camino y traza por donde el nombre y valor de España conocido de pocos, y apretado dentro de los angostos términos de España, en breve pasó tan adelante que con gran gloria suya se derramó no solo por Italia y por Francia y Berbería, sino llegó hasta los últimos fines de la tierra; de manera que de levante á poniente no quedó parte alguna do no hayan puesto los trofeos y blasones de sus victorias y esfuerzo.

Grande balumba de cosas se nos pone delante, y mayor peso que tan pequeñas fuerzas puedan llevar inmenso piélago y hondura que con dificultad podrán apear aun los grandes ingenios. Por lo cual estaba resuelto, como se dijo en la prefacion latina desta obra, de hacer punto en la guerra de Granada y no pasar adelante, pues es justo que cada uno se mida con el trabajo que emprende, y haga balanzo de sus fuerzas, fuera de otras dificultades que se ofrecian y en el mismo lugar se apuntaron. Pero deste parecer me hicieron apartar algun tanto personas doctas y graves, las cuales pretendian que esta obra sin lo de adelante quedaba imperfecta y falta de lo que naturalmente mas se desea saber, que son las cosas modernas, sin hacer mucho caso de las antiguas: además que las cosas que sucedieron poco adelante por ser tan gloriosas y grandes, y la puerta que se abrió para la grandeza y imperio de que hoy goza España, darian á esta obra el mas noble remate que se pudiese desear; lustre de muy grande importancia, que á imitacion de los que escriben y representan comedias, el acto postrero se aventaje á los demas, para que el lector con aquel postrer y dejo quede con mayor gusto y agrado, y toda la obra mas hermosa. Razones eran estas de mucho peso. Qué era justo que yo hiciese? ó qué partido debia seguir y qué traza? Resolvíme en condescender algun tanto, y para acudir á todo continuar esta historia algunos pocos años adelante, en que acontecieron las cosas mas grandes y dignas de memoria que jamás los Españoles acometieron y acabaron; ni aun sé yo que alguna otra nacion en el mundo en tan breve espacio pasase tan adelante, ni ensanchase tanto los términos de su imperio.

Pero antes que pongamos la mano á cosas tan grandes, es bien que el lector se acuerde de lo que arriba queda apuntado, es á saber que Francisco duque de Bretaña casó con Margarita hija de doña Leonor reina que fué de Navarra, y por el mismo caso sobrina del rey don Fernando. Deste matrimonio quedaron dos hijas, sus nombres de la mayor Ana y de la menor Isabel, y ningun hijo varon. Por esta causa muchos príncipes pretendian casar con estas doncellas, mayormente con la mayor. Entre los demas Carlos octavo rey de Francia se aventajaba por tener mas fuerzas y caer mas cerca de Bretaña, fuera de otras alianzas y correspondencia que con aquel estado tenia como moviente de su corona, sin embargo que de años antes se concertara con Margarita hija del rey de Romanos, y que el mismo Maximiliano por estar viudo de María su primera muger pretendia para sí este casamiento, y aun le tuvo concertado. Al Francés ni faltaban mañas ni fuerzas, y con ocasion que algunos señores de su reino, en particular Luis duque de Orliens su cuñado, casado con Juana su hermana menor, por ciertos disgustos se recogió á Bretaña por ser aquel duque su primo hermano hijo de Margarita hermana de Carlos padre del de Orliens, determinó tomar las armas contra el duque, y por medio de aquel torcedor traelle á lo que deseaba.

El Breton en este aprieto acudió á Ingalaterra y Alemania para que le valiesen, y en particular hizo recurso á España: para esto Alano de Labrit padre del rey de Navarra con intencion que se le dió de aquel casamiento tan pretendido, los años pasados se vió en Valencia con el rey don Fernando, y dél alcanzó enviase en su compañía una buena armada que se juntó en S. Sebastian, y por su capitan á Miguel Juan Gralla su maestresala. Hobo diversos encuentros que no son de nuestro propósito: finalmente junto á S. Albin se vino á batalla, en que los Bretones quedaron vencidos, y presos el general de la armada española y el duque de Orliens, y Juan Chalon príncipe de Oranges que asistia al duque de Bretaña por ser su sobrino hijo de Catharina su hermana. Dióse esta batalla, que fué en aquel tiempo muy famosa, por el mes de agosto del año que se contaba de **1488**.

Despues se tomó asiento con el Francés, que soltó los presos aunque no en un mismo tiempo ni por la misma ocasion; y el Breton se obligó de no casar sus hijas sin su consentimiento: condicion que él cumplió porque sin disponer dellas falleció luego el año siguiente. Dejó por tutor de sus hijas, y gobernador de aquel estado al mariscal de Bretaña, persona aficionada al casamiento de monsieur de Labrit, como lo tenian concertado aun antes del asiento que se tomó con Francia. Pero el conde de Dunois y el canciller de Bretaña le eran de todo punto contrarios, y mas al príncipe de Oranges, que como deudo tan cercano se apoderó de la duquesa y su hermana. Acudieron por socorros el mariscal á Ingalaterra, y el de Oranges al rey de Romanos y á España. Vinieron gentes de todas partes, y en particular de España por mar envió el rey don Fernando mil hombres de armas y ginetes de socorro debajo la conducta y gobierno de don Pedro Gomez Sarmiento conde de Salinas, que desembarcó con su gente en Bretaña al principio del año **1490**.

Este socorro fué de poco efecto, por sospechas que nacieron entre los naturales y los Es-

pañoles, demas que la duquesa se inclinaba á casar con el rey de Romanos, y aun se trató y concertó el casamiento. Por esto el mismo Labrit, perdida la esperanza de casar con aquella señora, ó de que un hijo suyo (que tambien lo pretendia) casase con la hermana menor que falleció por este mismo tiempo, y con promesa que le hicieron de nombralle por condestable de Francia, resuelto de mudar partido entregó á Nantes cabeza de aquel ducado, plaza que tenia en su poder, al Francés. El rey don Fernando otrosí hizo salir su gente de Bretaña por lo poco que allí hacian, y con esperanza que se le dió de restituille lo de Ruysellon y Cerdania, conforme á lo que el rey Luis onceno de Francia dejó dispuesto en su testamento movido de su conciencia y á persuasion de fray Francisco de Paula fundador de los Mínimos, al cual hiciera venir desde lo postrero de Italia, de do era natural, con esperanza que por su medio recobraria la salud que le faltó mucho tiempo, á lo postrero de su vida; y persuadido de sus razones antes de su muerte enviara al obispo de Lombes y al conde de Dunois para que hiciesen la entrega de Perpiñan; mas como el rey falleciese á la sazon, los que gobernaban el reino, les mandaron dar la vuelta sin efectuar el órden que llevaban.

Con la salida de los Españoles el Francés tuvo comodidad de apoderarse de la mayor parte de aquel estado, y Ana, madama de Borbon, su hermana mayor, que todo lo gobernaba á su voluntad, tuvo órden y se dió tan buena maña, que el rey su hermano, dejada Margarita su esposa con color de su poca edad, finalmente casó con la duquesa de Bretaña. Con este matrimonio las fuerzas y poder de Francia se adelantaron, y sosegadas las alteraciones de aquel reino, los Franceses tuvieron comodidad de acometer lo de Italia.

En España los reyes don Fernando y doña Isabel luego que se vieron desembarazados de la guerra de los Moros, acordaron de echar de todo su reino á los judíos. Con esta resolucion en Granada, do estaban, por el mes de marzo del año 1492 hicieron pregonar un edicto en que se mandaba á todos los de aquella nacion que dentro de cuatro meses desembarazasen y saliesen de todos sus estados y señoríos, con licencia que se les daba de vender en aquel medio tiempo sus bienes, ó llevallos consigo. Luego el mes siguiente de abril fray Tomás de Torquemada primer inquisidor general por otro edicto y mandato vedó á todos los fieles, pasado aquel tiempo, el trato y conversacion con los judíos, sin que á ninguno fuese lícito de allí adelante dalles mantenimiento, ni otra cosa necesaria so graves penas al que hiciese lo contrario, que fué causa de que una muchedumbre innumerable desta nacion se embarcase en diversos puertos: unos pasaron á Africa, otros á Italia, y muchos tambien á las provincias de levante, do sus descendientes hasta el dia de hoy conservan el lenguage castellano, y usan dél en el trato comun.

Gran número desta gente se quedó en Portugal con licencia del rey don Juan el segundo, que les dió con condicion que cada uno dellos pagase ocho escudos de oro por el hospedage, y que dentro de cierto tiempo que se les señaló, saliesen de aquel reino con apercebimiento que pasado dicho término serian dados por esclavos, como muchos dellos lo fueron dados adelante, y despues por el rey don Manuel les fué restituida su libertad luego al principio de su reinado.

El número de los judíos que salieron de Castilla y Aragon no se sabe: los mas autores dicen que fueron hasta en número de ciento y setenta mil casas, y no falta quien diga que llegaron á ochocientas mil almas: gran muchedumbre sin duda, y que dió ocasion á muchos de reprehender esta resolucion que tomó el rey don Fernando en echar de sus tierras gente tan provechosa y hacendada, y que sabe todas las veredas de llegar dinero; por lo menos el provecho de las provincias adonde pasaron fué grande, por llevar consigo gran parte de las riquezas de España, como oro, pedrería, y otras preseas de mucho valor y estima. Verdad es que muchos dellos por no privarse de la patria, y por no vender en aquella ocasion sus bienes á menos precio, se bautizaron, algunos con llaneza, otros por acomodarse con el tiempo y valerse de la máscara de la religion cristiana; los cuales en breve descubrieron lo que eran, y volvieron á sus mañas como gente que son compuesta de falsedad y de engaño.

CAPITULO II.

De la eleccion del papa Alejandro sexto.

En este medio falleció en Roma el papa Inocencio octavo á veinte y cinco de julio. Juntáronse luego el dia siguiente los cardenales para nombrar sucesor, divididos en dos parcialida-

des: la una seguia al cardenal de S. Pedro Julian de la Rovere sobrino de Sixto cuarto, el cual se inclinaba á acudir con sus votos á don Jorge de Costa cardenal de Portugal; de la otra parte eran cabezas los cardenales Ascanio Esforcia hermano del duque de Milan, y don Rodrigo de Borgia Vicecanciller, personas poderosas y ricas, aunque el de Borgia tenia mas que dar; y finalmente sea con buenos medios, sea con malos salió con el pontificado y en él se llamó Alejandro sexto. Ayudóle mucho el cardenal Ascanio: así en recompensa (segun se entendió) de lo mucho que trabajó en grangear las voluntades del cónclave, le dió luego el oficio de vicecancelario, y en el primer consistorio que tuvo, dió su capelo á don Juan de Borgia su sobrino arzobispo de Monreal.

Muchas cosas siniestras se dijeron deste pontífice: puédese sospechar que algunas fueron verdaderas, otras impuestas; y que por el ódio que como á extranjero le tenian, por lo menos que sus faltas no fueron tan graves como las encarecen, lo cierto es que fué natural de Valencia: sus padres se llamaron Jofre Lenzo y Isabel Borgia. Luego que se supo la eleccion de su tio el papa Calixto, se partió á toda priesa para Roma con cierta esperanza que llevaba del capelo. Hecho cardenal, en una moza romana llamada Zanocia, ó Vanocia, hubo cuatro hijos, á Pedro Luis el mayor, á César, á Juan y á Jofre, y una hija por nombre Lucrecia. Era tan rico que compró el ducado de Gandía, y le puso en cabeza de Pedro Luis su hijo mayor, que falleció antes que su padre subiese al pontificado, y en su lugar puso á Juan su tercero hijo, al cual dió por muger á doña María Enriquez hija de don Enrique Enriquez mayordomo mayor de los reyes católicos y de doña María de Luna su muger, de quien nació el duque don Juan padre de don Francisco de Borgia varon santo, pues renunciado el estado que heredó de su padre y abuelo, le vimos primero religioso, y despues prepósito general de nuestra compañía; que fué una de las cosas notables de nuestra edad.

La creacion de Alejandro se hizo á once dias de agosto, y á los veinte y siete del mismo se coronó. En el mismo dia confirmó la ereccion hecha pocos dias antes de la iglesia de Valencia en metrópoli, y juntamente nombró por arzobispo de aquella iglesia á don César su hijo segundo que ya era obispo de Pamplona; el año siguiente en las témporas de setiembre salió nombrado cardenal, con probanza de muchos testigos que juraron no era hijo del papa, sino de Dominico Ariñano marido que era de Zanocia: probanza que pasó por Rota y por el consistorio, sin que casi persona se atreviese á hacer contradiccion: tal era el poco miramiento de aquel tiempo. El hijo menor de todos se llamó Jofre, á quien por ciertos conciertos que el papa tuvo con don Alonso el segundo rey de Nápoles, en lo postrero de Calabria hicieron príncipe de Esquilache.

Lucrecia casó primero con el señor de Pésaro por nombre Juan Esforcia, despues con Luis Alonso de Aragon hijo bastardo del dicho don Alonso rey de Nápoles; y muerto este á manos de César su cuñado, que renunciado el capelo se llamaba el duque Valentin, últimamente casó con Alonso de Este hijo mayor de Hércules duque de Ferrara. En el pontificado de Alejandro se dió el capelo á catorce Españoles: entre los demas fué uno don Bernardino de Carvajal obispo que fué de diversas iglesias de Castilla como se dijo de suso sucesivamente, y á la sazon embajador de Roma por don Fernando rey de España. Su promocion fué agradable asi por sus buenas partes de ingenio azáz despierto, como por la memoria del cardenal de Santangel su tio don Juan de Carvajal, que fué notable prelado. Destos principios cuán grandes inconvenientes se seguirán!

Lo de Navarra andaba muy alterado por dos causas: la primera que Juan vizconde de Narbona tio de la reina de Navarra pretendia tener derecho á aquella corona, fundado en que su hermano mayor Gaston de Fox falleció en vida de su madre doña Leonor reina que era propietaria de Navarra; decia que por su muerte debia él ser antepuesto á los nietos que era grado mas apartado, pleito tantas veces ventilado. Por otra parte el conde de Lerin condestable de Navarra con los de su valía traia desasosegado aquel reino, en que estaba apoderado de la ciudad de Pamplona y poco adelante tomó la villa de Olite, sin otras plazas que tenia á su mano. Acudieron de todas partes al rey don Fernando como á príncipe á quien tanto tocaban las cosas de aquel reino, para alegar cada cual de las partes de su derecho y valerse de las fuerzas del rey de España. En lo del vizconde el rey declaró que asistiria á aquellos reyes, y no permitiria se les hiciese fuerza ni agravio, como á los que tenian su derecho mas fundado.

Con esta respuesta el de Narbona acudió por una parte á las armas, y en el condado de Fox se apoderó de algunos lugares, por otra seguia su pleito en el parlamento de París;

pero finalmente se vino á concierto, y desistió por algun tiempo de aquella demanda. Cuanto á lo del conde de Lerin, el mismo rey don Fernando interpuso su autoridad, y en cierto asiento que se tomó con aquellos reyes, entre otras condiciones se puso una que el conde restituyese las plazas que tenia usurpadas, y nombradamente la villa de Olite, y juntamente saliese de Navarra desterrado por toda su vida junto con don Luis y don Fernando sus hijos. Para facilitar este acuerdo se le dió en recompensa la villa de Huescar en el reino de Granada con título de marques, sin otras ventajas y vasallos que para adelante le prometieron: concierto que se trató el año siguiente, y se ejecutó tres años adelante. Volvamos á lo que queda atrás.

CAPITULO III.

Del descubrimiento de las Indias Occidentales.

La empresa mas memorable, de mayor honra y provecho que jamás sucedió en España, fué el descubrimiento de las Indias Occidentales, las cuales con razon por su grandeza llaman el Nuevo Mundo: cosa maravillosa, y que de tantos siglos estaba reservada para esta edad. La ocasion y principio desta nueva navegacion y descubrimiento fué en esta manera. Cierta nave desde la costa de Africa, do andaba ocupada en los tratos de aquellas partes, arrebatada



Cristoval Colon.

con un recio temporal aportó á ciertas tierras no conocidas. Pasados algunos dias, y sosegada la tempestad, como diese la vuelta, muertos de hambre y mal pasar casi todos los pasageros, y marineros, el maestre con tres ó cuatro compañeros últimamente llegó á la isla de la Ma-

dera. Hallábase acaso en aquella isla Cristóval Colon Ginovés de nacion, que estaba casado en Portugal y era muy ejercitado en el arte de navegar, persona de gran corazon y altos pensamientos. Este albergó en su posada al maestre de aquel navío, y como falleciese en breve, dejó en poder de Colon los memoriales y avisos que traia de toda aquella navegacion. Con esta ocasion hora haya sido la verdadera, ó sea por la astrologia en que era ejercitado, ó como otros dicen, por aviso que le dió un cierto Marco Polo médico florentin, él se resolvió en que de la otra parte del mundo descubierto y de sus términos hácia do se pone el sol, habia tierras muy grandes y espaciosas.

Este pensamiento suyo comunicó primero con el rey de Portugal, despues con Enrique seteno rey de Ingalaterra; pero como al uno y al otro pareciesen sueños lo que decia, con todo esto no desistió de su empresa; antes se fué á la corte del rey de España don Fernando. Allí como no le diesen mas oidos que los demas, con sufrimiento que tuvo de siete años, últimamente alcanzó al mismo tiempo que el reino de Granada se acababa de conquistar, que á costa del rey le armasen tres navíos con que hiciese prueba si salia verdadero lo que prometia. Es cosa notable que con solos diez y siete mil ducados que por estar los reyes tan gastados tomaron prestados, se emprendió una cosa tan grande, y que habia de ser de tanto interés.

Hízose pues Colon á la vela á tres de agosto de Palos de Moguer do se aprestaron las naves, y vencidas las olas del mar Atlántico, primero aportó á las islas Canarias, desde allí tomando la derrota del poniente, á cabo de muchos dias y de grandes dificultades que pasó, descubrió ciertas islas que llamó las islas del Príncipe. Reparó por aquellas partes algunos dias, y dejados en un castillo que hizo allí, algunos compañeros de los suyos, y por capitan á Diego de Arana, dió la vuelta con las nuevas y muestras de las riquezas que dejaba descubiertas, y fué muy bien recibido en España. Prosiguió en descubrir con nuevas navegaciones que hizo los años siguientes, otras muchas islas; entre las otras las mas principales y mayores fueron la Española y la Cuba. Demas desto costeó gran parte de la tierra firme, que corre entre el polo Antártico y el polo Artico desde el estrecho de Magallanes hasta el cabo de Bacallao, con marinas y riberas que se estienden por espacio de mas de cinco mil leguas. Verdad es que las dichas marinas con una grande ensenada que hacen, como á la mitad de todas ellas se ciñen de tal manera, que desde el puerto del Nombre de Dios que está en nuestro mar, hasta Panamá puerto del mar opuesto que llaman del Sur, apenas hay distancia y camino de diez y ocho leguas; y bien que las riberas del uno y del otro mar hácia la parte de Septentrion por grande espacio con diligencia increible de los nuestros han sido descubiertas, hasta ahora no se ha podido entender bastantemente si la India Occidental se continúa con la Oriental, ó si mas arriba del Catayo puerto de la China, y mas arriba del Japon, isla que algunos llamaron Cipangri, haya algun estrecho de mar con que se aparten la una de la otra. Falleció Colon el año de nuestra salvacion mil y quinientos y seis: varon digno de inmortal renombre. Fué hecho almirante de las Indias y duque de Veraguas: merced debida á sus grandes méritos y servicios.

Continuaron otros estas navegaciones así en vida de Colon como principalmente despues dél muerto, y á su ejemplo descubrieron al poniente diversas islas y riberas. Entre estos Américo Vespucio de nacion florentin por mandado del rey de Portugal don Manuel el año de mil y quinientos primeramente descubrió todo el Brasil, parte sin duda del Nuevo Mundo y de aquella tierra firme. Despues de corridas casi todas las riberas hácia nuestro mar del Norte con diversas navegaciones que se emprendieron por personas diferentes, entre ellas Vasco Nuñez Balboa natural de Badajoz, varon de gran corazon, fué el primero que descubrió el estrecho que hay de tierra, á causa de aquella grande ensenada que hace el mar desde el puerto del Nombre de Dios hasta Panamá, y halló el mar del Sur el año de mil y quinientos y trece para grande honra y provecho de nuestra España.

Resultó de las navegaciones de Colon y de Américo cierta diferencia entre Castilla y Portugal á causa que el Portugués pretendian pertenecelle por concesion de los pontífices, y en particular de Eugenio cuarto, todo el descubrimiento del Nuevo Mundo. El rey de Castilla en contra alegaba una bula de Alejandro sexto, en que el año de mil y cuatrocientos y noventa y tres le concedió que tirada con la imaginacion una línea de polo á polo, cien leguas mas adelante de las islas Hespérides que hoy se llaman del Cabo Verde, todo lo que desde aquella línea se descubriese hácia el poniente fuese suyo, y que al Portugués quedase todo lo demas. La cual concesion poco despues modificó con otra nueva bula, en que mandó que la dicha lí-

nea de la demarcacion se señalase otras trecientas y setenta leguas mas adelante hácia el poniente, y esto para efecto que el Brasil de nuevo descubierto se comprendiese dentro de la conquista de Portugal.

Gerónimo Osorio obispo de Silves en la vida del rey don Manuel afirma que la dicha línea se señaló por la imaginacion treinta y seis grados al poniente mas adelante del meridiano de Lisboa. Lo cierto es que deste asiento que tomaron, resultó otra nueva contienda, porque los Castellanos pretendian que las islas Malucas, de donde viene la especería, se comprendian en la mitad del mundo que les fué consignado en aquel repartimiento. Los Portugueses niegan todo esto, y por los eclipses de la luna que es el solo camino que hay para medir la longitud de la tierra, dicen estar observado que la boca del rio Indo dista de Lisboa por espacio de noventa grados y no mas, desde do hasta el meridiano, que se señala con la imaginacion por lo postrero de las Malucas, hay cuarenta y dos grados. A la cual suma, si añadimos los treinta y seis grados mas adelante de Lisboa principio de la conquista de Portugal, aun no vendremos á cerrar con los ciento y ochenta grados que tiene la mitad deste grande globo y mundo; cuya longitud se divide en trecientos y sesenta grados.

Y consta que Fernando de Magallanes de nacion Portugués por queja que tuvo de su rey de no le haber recompensado bastantemente los servicios hechos en la India Oriental en que estuvo largo tiempo, despues de la muerte del rey don Fernando el Católico persuadió al rey don Carlos su nieto, que siguiendo la derrota entre poniente y mediodía, se podria pasar á las Malucas por diferente camino. Ofreció su industria para ejecutar este aviso, y con cinco naves que le dieron, se hizo á la vela desde Sevilla año de nuestra salvacion de mil y quinientos y diez y nueve. Aportó primero á las Canarias: desde allí á vista del Brasil costeadas todas aquellas riberas, halló un estrecho de mar cincuenta y tres grados mas adelante de la equinocial, el cual de su nombre llamaron el estrecho de Magallanes. A la entrada de aquel estrecho una de las naves dió en ciertos riscos y se abrió: otra cansada de aquella tan larga y tan pesada navegacion de noche alzó las velas y dió la vuelta á Sevilla.

Con las otras tres naves pasó el estrecho, y despues de muchos dias en una isla que descubrieron, llamada Zubu, fué muerto alevosamente por los bárbaros con algunos otros sus compañeros. Los demas por falta de marineros y jarcias, puesto fuego á la una de las tres naves, con las otras dos últimamente apostaron á las Malucas. Hicieron su carga en la isla de Tidor para muestra de las riquezas que allí hallaron, y porque la una de las dos naves hacia agua, se perdió. La otra sola que quedaba, por diferente camino que habia traido, pasado el cabo de Buena Esperanza, llegó á Sevilla tres años despues que de allí partiera. La nave se llamaba Victoria, el maestre Juan Sebastian Cano, vizcaino de nacion ó guipuzcoano, natural de un pueblo llamado Guetaria; que por su grande constancia y dicha nunca oida de haber rodeado todo el mundo, merece que su nombre quede inmortalizado.

Probaron otros los años siguientes una, segunda y tercera vez á hacer aquella navegacion; pero porque el provecho no era conforme al trabajo, últimamente desistieron della, especial que el rey don Juan de Portugal prestó al emperador don Carlos trecientos y cincuenta mil ducados con condicion que así él como sus descendientes se apartasen de aquella demanda hasta en tanto que hobiesen restituido aquel empréstito. En este tiempo del todo se ha sosegado esta contienda por haber toda España reducídose debajo del poder y mando de un monarca y señor universal.

Pasado aquel estrecho de tierra que dijimos hácia el mar del Sur, á la mano derecha está situada la nueva España con su ciudad de México, asentada á la sazon en una laguna y cabeza de aquellas provincias. Donde y en las provincias comarcanas era muy poderoso y muy gran señor de muchos y de muy grandes reinos el emperador Motezuma, al cual Hernan Cortés el año de mil y quinientos y veinte prendió dentro de su mismo palacio: notable resolucion. Y muerto que fué por los suyos con una piedra que acaso le tiraron á una ventana á que se asomó para apaciguallos, sujetó aquellas muy anchas provincias al emperador don Carlos: para sí ganó inmortal renombre; á sus descendientes los marqueses del Valle dejó en aquellas partes de México aquel muy rico estado.

A mano izquierda del estrecho y de Panamá Francisco Pizarro el año mil y quinientos y veinte y cinco descubrió el Perú, y seis años adelante con prision y muerte que dió á Atabalipa señor de aquellas tierras, le sujetó; que es la mas rica provincia de minas de oro y de plata de cuantas se han descubierto, en tanto grado que todo el menage de las casas basta las ollas y las calderas eran destos ricos metales. El despojo que fué muy grande, y la presa

dividió Pizarro con Diego de Almagro su principal compañero en aquella conquista, y con los demas no como fuera razon; y sin embargo á cada uno de los soldados ordinarios cupieron nueve mil ducados, que fué la mayor presa y botin que jamás se ganó: los soldados eran como trecientos, que en una batalla vencieron á mas de cien mil Indios. De la abundancia nació la soberbia y demasías, ca Hernando Pizarro hermano de Francisco Pizarro por entender que Almagro públicamente se quejaba del agravio, y trataba de vengarse, le dió la muerte. Un hijo de Almagro habido fuera de matrimonio en una India por nombre don Diego acometió en Lima las casas en que Francisco Pizarro posaba, y dentro dellas le mató en venganza de su padre. Fué este atrevimiento muy grande. Por vengalle se juntaron el gobernador Cristobal Vaca de Castro, y Gonzalo Pizarro otro hermano de Francisco, y con sus gentes vencieron en batalla y dieron la muerte al dicho don Diego.

Con esta victoria y por sus muchas riquezas quedó Gonzalo Pizarro tan ufano, que pretendió hacerse señor de aquella tierra. Acudió desde España por mandado del emperador primero Blasco Nuñez Vela con nombre de virrey, al cual prendieron y mataron en el Perú los mismos Españoles. Despues el licenciado Pedro de la Gasca, dado que era clérigo de profesion y del consejo de la general Inquisicion, sosegó aquellos movimientos mas por maña que con fuerzas: castigó é hizo morir á Gonzalo Pizarro y las demas cabezas principales de aquellas revueltas. Hecho esto, volvió á España, donde fué obispo primero de Palencia, y despues de Sigüenza hasta lo postrero de su edad que fué muy larga. Hernando Pizarro, que solo de los tres hermanos quedaba vivo, estuvo mucho tiempo preso en España, ca antes que su hermano se levantase, vino para dar razon de la muerte de Almagro, primera ocasion de aquellas revueltas. Por esta manera castigó Dios la muerte dada contra razon al emperador Atabalipa, sin dejar ninguno de sus enemigos que no fuese castigado, y las riquezas mal ganadas perecieron juntamente con sus dueños.

Las costumbres de todas estas gentes que descubrieron en aquellas partes, eran estrañas, y todas las mas cosas muy estraordinarias. Los animales, las aves que se crian de muchas raleas y muy vistosos colores: los peces, los árboles, las yerbas todo estraño y de lo de acá diferente. No tenian letras: notable mengua. No usaban de moneda ni de peso. No sabian fabricar naves con sus jarcias, velas y gobernalle: solo navegaban en barcas como artesas, cabadas en un solo madero, que llaman ellos canoas. Para el vestido y arreo no tenian lino, lana, ni seda: sus telas y ropa de algodon, que se da muy bien en la tierra sin teñillo de diferentes colores. Carecian del uso de hierro, de las armas y herramientas que dél se forjan: de trigo y de molinos para moler su maiz, que es el grano de que se sustentan. Faltábales aceite y vino de ubas, si bien las producia de suyo la tierra, y ellos usaban de otros brebages de diversas maneras para sus borracheras á que son muy dados. Del sebo y de la cera no sabian hacer candelas para alumbrarse. Ningunas bestias de carga ni para cabalgar, no carros ni literas. Sacrificaban hombres cautivados en guerra y esclavos en número tan grande que se tiene por cierto en sola la ciudad de México pasaban de veinte mil por año, cuya carne comian sin asco ninguno. Casaban con muchas mugeres, y sin escrúpulo usaban del pecado nefando: tan sucios y deshonestos eran. Su trage muy diferente, y por la mayor parte desnudos. Gran bien les hizo Dios y gracia en traellos á poder de cristianos, y para que los buscasen y conquistasen, repartir con ellos con larga mano el oro y la plata en tanta abundancia: cebo para codiciosos; sobre todo dalles su conocimiento para que dejada la vida de salvages viviesen cristianamente: mas merced fué sujetallos, que si continuaran en su libertad.

Adelante se descubrió el Chille hácia el mar del Sur y polo Antártico, do hallaron Indios belicosos y malos de sujetar; y hácia nuestro mar, pasado el Brasil y el rio de la Plata, el Paraguay y el Tucuman que se estiende hasta el estrecho de Magallanes. Las Philipinas, islas no lejos de la China, con diversas ocasiones se descubrieron, y llamaron así del nombre de don Philipe segundo rey de España. La de Luzon que es la cabeza, con su ciudad Manila conquistó el adelantado Miguel Lopez de Legaspi á diez y ocho de mayo año de mil y quinientos y setenta y dos.

Ultimamente el año mil y quinientos y noventa y ocho de México salió un buen número de soldados y su general el adelantado don Juan de Oñate á la conquista del nuevo México. Cae esta provincia hácia nuestro polo en altura de mas de treinta grados: la tierra fértil, la gente mas política que lo demas de las Indias, las casas de tres, cuatro y siete sobrados. Teníase della noticia desde el tiempo de Hernan Cortés, y diversas veces acometieron á con-

quistalla, pero esta fué la de mas consideracion. Del suceso della y todo el efecto que se hizo, que para tanto ruido fué corto, el capitan Gaspar de Villagra que se halló presente, escribió un libro en metro castellano. De la conquista toda de las Indias han resultado provechos y daños. Por lo menos las fuerzas flaquean por la mucha gente que sale, y por estar tan



Presentacion de Cristoval Colon en Barcelona despnes de descubrir el Nuevo Mundo.

derramadas: el sustento que la tierra nos daba, y no mal con sus frutos, ya todos los años le esperamos en gran parte de los vientos y de las olas del mar: el príncipe mas necesidades que antes, por acudir forzosamente á tantas partes: la gente muelle por el mucho regalo en comidas y trages.

CAPITULO IV.

De la restitucion que se hizo de Ruysellon,

ARDIA Carlos octavo rey de Francia en un vivo deseo de acometer la conquista del reino de Nápoles, para lo cual pretendia tener derecho muy fundado, sin otras causas diferentes que á ello le movian. No le faltaban gentes ni riquezas para llevar al cabo una empresa tan grande solo se recelaba por una parte del rey de Romanos, que le tenia malamente agraviado con quitalle su esposa la duquesa de Bretaña, y dejar á su hija Margarita con quien estaba concertado. Por otra temia al rey don Fernando no le acometiese por la parte de España en defensa de los reyes de Nápoles, que eran de la casa de Aragon. Por esta causa le pareció

en primer lugar de hacer confederacion con el dicho rey de España y para este efecto se trataba muy de veras por comisarios que de una y otra parte se nombraron, de restituir los estados de Ruysellon y Cerdania que tenia en su poder el Francés por empeño que se hizo los años pasados.

Apretábase muy mucho este tratado, tanto que los reyes don Fernando y doña Isabel para estar mas cerca y procurar la conclusion de cosa que tanto deseaban, con dejar á don Iñigo Lopez de Mendoza conde de Tendilla por alcaide del Alhambra, y capitan general de aquel nuevo reino, por principio del mes de junio partieron de Granada la vuelta de Aragon. Llevaban en su compañía sus hijos el príncipe y las infantas. Entraron en aquel reino por la parte de Borgia para donde tenian concertada la junta de la hermandad. De allí pasaron á Zaragoza, donde dieron órden que los jurados y otros oficiales del regimiento fuesen puestos en aquellos oficios no por eleccion de los ciudadanos, como antes se acostumbraba, sino por nombramiento del rey, órden que no duró mucho.

Llegaron á Barcelona por el mes de octubre. Allí sucedió un caso atroz: tenia costumbre el rey don Fernando de dar audiencia pública por lo menos un dia en la semana. Sucedió que un viernes á siete de diciembre se entretuvo en ella mas de lo acostumbrado. Al salir de la audiencia un hombre llamado Juan Canamares catalan de nacion natural de Remensa sin ser sentido se llegó al rey, y con la espada desnuda le tiró un golpe para matalle, del cual quedó herido debajo de la oreja. Fué grande la turbacion de la ciudad: prendieron al malhechor por saber si alguno se lo habia aconsejado. Averiguóse que estaba loco, y que acometió aquel caso por haber soñado que muerto el rey, le sucederia en la corona; sin embargo le atenacearon vivo, y despues de muerto le quemaron. Tenia el rey grande deseo de concluir el asiento que se trataba con Francia. Juntáronse los comisarios diversas veces, que eran los principales por Francia Luis de Amboesa obispo de Albi, y por España el secretario Juan de Coloma. Tratóse de las condiciones primero en Figuerás en los confines del Ampurdan y Ruysellon, despues en la ciudad de Narbona: allí últimamente á diez y ocho del mes de enero del año **1493** se asentó amistad entre España y Francia; y della excluian á todos los demas príncipes, escepto solo el pontífice romano. Las condiciones fueron que el rey don Fernando no pudiese casar sus hijas con ningun príncipe sin consentimiento del rey de Francia, y que con esto el Francés le restituyese lo de Ruysellon y Cerdania; sin embargo en la ejecucion hobo algunas dificultades y se entretuvieron algunos meses antes que se efectuase.

Restaba solamente al Francés concertarse con el rey de Romanos Maximiliano de Austria que aunque con dificultad al fin se hizo con restituille á su hija Margarita, que todavía se la entretenian en Francia, y el condado de Artoes dote de aquella señora, y con seguridad que le dieron de volvelle el condado de Borgoña y lo demas del ducado que por fuerza y contra razon le tenian usurpado: cosa muchas veces tratada y concertada, pero que nunca se cumplió de todo punto. Concertóse esta paz en sazon que el emperador Federico se hallaba muy al cabo, de una pierna que se le encanceró y al fin fué menester cortársela, de que en breve murió á diez y nueve del mes de agosto. Por su muerte le sucedió en el imperio y en los demas estados su hijo Maximiliano que ya era rey de Romanos.

Luis Esforcia duque de Bari, tio de Juan Galeazo duque de Milan, con increible tirania é inhumanidad por apoderarse del estado de su sobrino trataba con el nuevo César que casase con Blanca María hermana del dicho duque Juan Galeazo, con tal que le diese para él y sus sucesores la investidura de Milan y de todo aquel estado: ambicion ciega y perjudicial que fué ocasion de revolver á toda Italia. Por esta investidura y por el dote se obligó á Luis Esforcia, y lo que mas es, hizo obligar al duque su sobrino contra quien se enderezaba toda esta trama, de dar cuatrocientos mil ducados al emperador Maximiliano. El color que se tomó para cosa tan exorbitante fué que ni Francisco Esforcia, ni Galeazo su hijo fueron por los emperadores investidos de aquel estado y por tanto como vaco le daba al dicho Ludovico.

Entreteníase en este tiempo el rey don Fernando en las partes de Aragon y Cataluña hasta tanto que como tenian asentado le restituyeron por el mes de setiembre lo de Ruysellon y Cerdania, y las gentes francesas que tenian de guarnicion salieron de aquellos estados: resolucion que dió á muchos que decir, y que los historiadores extranjeros, y particularmente los Franceses nunca acaban de reprehender que aquel rey por esperanza incierta se desposeyese de aquellos estados: muchos cargan al obispo de Albi que se dejó cohechar con el oro de España.

CAPITULO V.

Que los tres maestrazgos militares se incorporaron en la corona real de Castilla.

Por el mismo tiempo que el rey don Fernando recobró lo de Ruysellon, en la otra parte opuesta y mas distante de España se apoderó de la isla de Cadiz con su puerto, que es uno de los mas señalados del mundo. El rey don Enrique el cuarto los años pasados con la facilidad que tenia en hacer mercedes, la habia dado con titulo de marques á don Juan Ponce de Leon conde de Arcos; por cuya muerte, que sucedió algunos meses despues de la toma de Granada, quitaron aquella isla á don Rodrigo Ponce su nieto que le sucedió en sus estados, y volvió á la corona real, si bien en recompensa le dieron la villa de Casares en Africa, y que en lugar de conde de allí adelante se intitulase duque de Arcos. Asimismo la isla de Palma que es una de las Canarias, ganó Alonso de Lugo que enviaron los reyes á aquella conquista. Pero la cosa de mayor consideracion que en este año sucedió, fué apoderarse el rey de los maestrazgos de las tres órdenes militares de Castilla. Eran los maestres exentos de la jurisdiccion real: tenian tanto poder y parte en el reino á causa de sus muchas riquezas y aliados, que se hacian temer de los mismos reyes. Por esto el papa Inocencio octavo concedió al rey Católico don Fernando que tuviese en administracion aquellos maestrazgos. Ganóse esta bula por el mismo tiempo que don García de Padilla maestre de Calatrava pasó desta vida, que fué el fin del año mil y cuatrocientos y ochenta y siete, y porque en el presente falleció el maestre de Santiago don Alonso de Cárdenas, tomó asimismo posesion de aquel maestrazgo; y por concluir luego el año siguiente se negoció y acabó con el maestre de Alcántara don Juan de Zúñiga que renunciase en favor del rey, y permutase aquella dignidad con el arzobispado de Sevilla, con esto el rey quedó maestre de aquellas tres órdenes por todo el tiempo de su vida; y aun el papa Alejandro le dió por compañera y con derecho de suceder en esta administracion á la reina doña Isabel.

Ultimamente el papa Adriano los años adelante por contemplacion del rey don Carlos su discípulo le concedió á él y á sus sucesores autoridad de presentar los obispos de España que antes se proveian á suplicacion de los reyes: asimismo sin limitacion de tiempo les concedió perpetuamente la dicha administracion de los maestrazgos que fué una notable resolucion. A este maestre postrero de Alcántara que fué despues cardenal, dedicó su diccionario el maestro Antonio de Nebrija, varon de inmortal renombre, y digno que quede su memoria en las historias de España así por el principio que dió á todo lo que en su tiempo de la lengua latina se supo en España, como por los muchos libros que escribió llenos de erudicion y doctrina. Entre otros dejó escritas en latin dos guerras; la de Granada y la de Navarra que sucedió algunos años adelante, si bien en las dichas historias usó de mas diligencia y verdad que elegancia. Al mismo tiempo que fallecieron el marques de Cadiz, y el maestre de Santiago, murieron don Enrique de Guzman duque de Medina Sidonia y don Pedro Enriquez adelantado del Andalucía. Al duque sucedió su hijo don Juan: poco antes al condestable Pero Hernandez de Velasco habia sucedido su hijo Bernardino de Velasco, que casó con doña Juana de Aragon hija bastarda del rey don Fernando.

CAPITULO VI.

Del principio de la guerra de Nápoles.

Ninguna cosa por estos tiempos sucedió mas notable, ni que en mayor confusion pusiese las cosas de Italia y aun de toda la Europa, que la guerra muy famosa de Nápoles, que emprendió Carlos octavo rey de Francia con los preparamentos que arriba quedan apuntados; de la cual será bien declaremos de raiz por que vias se haya encaminado. El papa Urbano sexto desde Hungría hizo pasar en Italia con gente á Carlos príncipe de Durazo contra Juana reina de Nápoles que habia favorecido la eleccion de Clemente séptimo su competidor, con que en gran manera se perturbó la paz de la iglesia. Ella para su defensa llamó desde Francia á Ludovico duque de Anjou hijo menor de Juan rey de Francia. Para esto le adoptó por hijo para que le sucediese en aquel estado. Hijo deste Ludovico fué otro de su mismo nombre que hizo guerra con Ladislao rey de Nápoles hijo del sobredicho Carlos; pero no con mayor ventura que su padre, ca el uno y el otro fueron en aquella guerra desgraciados. El

nieto que asímismo se llamó Ludovico, fué llamado por el papa Martino quinto contra Juana la mas moza, hermana de Ladislao, y reina de Nápoles. Este Ludovico echó de aquel reino á don Alonso rey de Aragon, al cual la dicha Juana habia primero adoptado por hijo, y despues arrepentida de lo hecho revocado aquella adopcion. A Ludovico por fallecer sin hijos sucedió Renato su hermano, con quien el rey don Alonso por largo tiempo tuvo guerra con mejor ventura que la pasada, tanto que forzó á su contrario á que se volviese en Francia. Hijo deste Renato fué Juan duque de Lorena, el que despues que en la guerra de los barones revolvió grandemente el reino de Nápoles y puso en grande aprieto al rey Fernando de Nápoles, adelante en la guerra de Cataluña fué capitan de los Catalanes alzados contra el rey de Aragon don Juan, y por su muerte que sucedió en Barcelona, como queda dicho, vino á suceder en los estados de Renato Carlos sobrino suyo hijo de su hermano. Carlos en su testamento nombró por su heredero á Ludovico onceno rey de Francia, por parecelle que Renato duque de Lorena sobrino suyo, y nieto de parte de madre de Renato duque de Anjou, no tenia bastantes fuerzas contra los Aragoneses y su poder. Este fué el primer principio de la guerra de Nápoles. Allegóse otra segunda causa, y fué que por la muerte de Galeazo Esforcia duque de Milan, que le mataron sus vasallos los años pasados, Luis Esforcia su hermano se apoderó del gobierno de aquel estado con color que Juan Galeazo hijo del muerto por su pequeña edad no era bastante para gobernar. Estaba casado Luis Esforcia con Beatriz hermana de Hércules duque de Ferrara. Item don Alonso duque de Calabria hijo del rey de Nápoles tenia por muger á Hipólita hermana del susodicho Luis Esforcia; del cual matrimonio nacieron don Fernando y doña Isabel: don Fernando fué rey de Nápoles despues de su abuelo y padre: doña Isabel casó con Juan Galeazo verdadero duque de Milan. Esta señora por ver á su marido desposeido, dado que ya tenia dos hijos en ella, por sus cartas persuadió á su padre que fuese parte para que quitado aquel estado al tirano, su marido tomase la posesion de aquel señorío de sus antepasados. Luis Esforcia vista la tempestad que desde Nápoles se le armaba, por sus embajadores y cartas convidó á Carlos octavo rey de Francia para que tomase aquella empresa del reino que decia pertenecelle de derecho. Ayudaba á esto Estéphano de Vers gran privado de aquel rey, que le hizo Senescal de Belcayre, y Guillen Brissoneto obispo de S. Maló: allegábanseles muchos barones de Nápoles, que desterrados de su patria por la crueldad de Fernando rey de Nápoles buscaban algun remedio para volver á sus casas y estados. Eran los principales Antonelo y Bernardino de Sanseverino, príncipes de Salerno y de Bisiñano. Fué así, como lo testifica Philipe de Comines, que aunque aquellos señores fueron bien vistos y recogidos en Francia, el tratamiento no fué tal que no pasasen muchas necesidades y menguas; por donde fueron forzados á hacer tambien recurso á España para suplicar al rey don Fernando tomase aquella empresa por ser su derecho mas cierto á causa de la bastardía de los que poseían aquel reino de Nápoles; pero el rey por entender que aquellos barones pretendian solamente sus particulares, y que acudirian con sus fuerzas al que primero llegase, no quiso por entonces embarazarse en aquella guerra: solo pretendia con buenos medios y sin rompimiento divertir al Francés de aquella conquista; mas teníanla tan adelante que con gran dificultad se pudiera volver atrás.

Acudieron de una y de otra parte á buscar valedores é ayudas. El Francés y el de Milan para ofender se confederaron con todos los demas potentados de Italia, fuera de los Florentines que al principio estuvieron de parte de los Aragoneses, y los Venecianos que conforme á su costumbre quisieron mas estarse á la mira que mostrarse por ninguna de las partes. Asímismo el pontífice Alejandro, si bien al principio se mostró averso de aquellos reyes de Nápoles, últimamente con intencion que se le dió, y concierto que se hizo poco adelante de heredar á sus hijos en aquel reino, y acudir al mismo papa con cierta pension cada un año, acordó mudar partido, y mostrarse por los que le tenian tan obligado.

Por otra parte los reyes de Nápoles no se descuidaban en aprestarse para la defensa, y solicitar á todos los que podian, para que los valiesen en aquel peligro; en particular con un embajador que enviaron á España, hicieron instancia con el rey Católico para que se declarase contra Francia. Alegaban para movelle el deudo grande, que era ser primo hermano y juntamente cuñado del rey de Nápoles don Fernando. Proponianle el peligro que correria lo de Sicilia, si los Franceses se viesen señores de Nápoles. Todo esto no bastó para que el rey Católico rompiese con Francia; solo se determinó de enviar al papa á Garcilaso de la Vega para aseguralle en la proteccion y buena voluntad que mostraba á los re-

yes de Nápoles, y á don Alonso de Silva hermano del conde de Cifuentes y clavero de Calatrava despachó para Francia con intento de divertir aquel rey del propósito que tenia, y avisalle que si otra cosa hiciese, él no podia desamparar á sus deudos y aliados.

Todo esto pasó al principio del año de nuestra salvacion de 1494, cuando los reyes don Fernando y doña Isabel, que hasta entonces se habian entretenido en Aragon, de Zaragoza do estaban partieron para Tordesillas, y desde allí pasaron á Valladolid y á Medina del Campo: allí les llegó aviso que el rey don Fernando de Nápoles era pasado desta vida. Falleció á veinte y cinco de enero cargado de años y cuidadoso del remate de aquella guerra: desgraciado por una parte á causa del peligro en que dejaba sus cosas ocasionado principalmente de su áspera condicion, por otra parte dichoso por no haber visto echado por tierra aquel su reino poco antes muy florido y muy rico. Sucedióle don Alonso su hijo en ninguna cosa mas agradable á sus vasallos que lo fué su padre. Coronóle el cardenal Juan de Borgia, al cual el papa su tio para este efecto envió por su legado á Nápoles.

Asímismo el papa este año concedió por su bula á los reyes de Castilla perpetuamente las tercias no solo de Castilla y de Leon sino tambien del nuevo reino de Granada con condicion que se gastasen en la guerra contra los Moros. En Tordesillas á siete del mes de junio se tomó asiento sobre la diferencia que tenian Castilla y Portugal en sus navegaciones de las Indias, de tal manera que la conquista y descubrimiento de los Castellanos comenzase treinta y seis grados mas adelante de Lisboa hácia el poniente: desde allí todo el medio mundo hácia levante perteneciese á Portugal, como queda arriba tocado. Asímismo en la conquista de Africa sobre que tenian tambien diferencia, se dió traza por este tiempo que la conquista del reino de Fez, perteneciese á Portugal, y á Castilla la del reino de Tremecen; si bien no se señaló la línea por do se dividiesen, que fué ocasion de nuevos debates.

CAPITULO VII.

Que el rey de Francia se apoderó del reino de Nápoles.

Juntaba el rey de Francia todas sus fuerzas resuelto de pasar en persona á Italia: hacíase la masa del ejército en Leon de Francia. Acudió allí desde Ostia, do por miedo del papa estaba retirado, el cardenal de S. Pedro para dar calor á aquella empresa. Por el contrario don Alonso de Silva conforme al órden que llevaba, hizo de parte de su rey sus protestaciones para que no pasasen adelante; sin embargo el Francés, dejando por gobernador de Francia á Pedro duque de Borbon su cuñado, partió con toda su gente de aquella ciudad un martes á veinte y dos de julio: llevaba en su compañía toda la nobleza de Francia. El ejército era de hasta veinte mil infantes y cinco mil caballos: para pagar esta gente tomó dineros prestados de los señores, demas de ciento y cincuenta mil francos que recibió de un cambio Ginovés: pequeña suma para gastos, é intentos tan grandes.

Acometió el rey don Alonso á alterar el estado de Génova con una gruesa armada que envió para este efecto, y por almirante á su hermano don Fadrique: por tierra despachó á su hijo el duque de Calabria para que hiciese la guerra en las tierras de Milan. Todo le sucedió al revés, porque don Fadrique no hizo cosa de momento, y al de Calabria no dejaron pasar de la Romaña las gentes de Francia y de Milan que acudieron á estorballe el paso. El rey de Francia no paró hasta que por sus jornadas pasó los Alpes, y llegó á la ciudad de Aste á nueve de setiembre, principio del estado de Milan, y sujeta al duque de Orliens, que entre los demas iba á aquella empresa, y pretendia tener derecho muy cierto á todo aquel estado. Andaba el embajador de España don Alonso en aquella corte muy desfavorecido y mal mirado, tanto que en Viena de Francia le mandaron despedir; pero él pasaba por todo con gran disimulacion como persona que era muy sagaz, puesto que pasaron tan adelante que en la ciudad de Aste no le dieron aposento, y le fué forzado salirse de aquella córte, y partirse para Génova; desde do trató con Luis Esforcia, que ya comenzaba á estar arrepentido de lo hecho, que se confederase con el rey Católico con intencion que le dió de que una de las infantas casaria con su hijo mayor, atento que no podian casar con otros príncipes por el asiento que se puso con Francia.

Cebóse Luis Esforcia tanto con esta plática que desde entonces se resolvió en mudar partido, dado que acudió á Aste para festejar al rey de Francia, y le dió cantidad de dinero para el sueldo de la gente de guerra. Con tanto y con dejar en Aste al duque de Orliens,

que pretendia aprovecharse de aquella buena ocasion para apoderarse del estado de Milan, el rey pasó con su gente á Pavia: allí visitó al duque Juan Galeazo que se hallaba muy al cabo de una grave enfermedad, y era su primo hermano: porque las madres de los dos eran hermanas, hijas de Luis duque de Saboya. Partido el rey la vía de Placencia, falleció el duque á veinte y uno de octubre con claras señales del veneno que le dieron: cosa que, fuese verdad ó mentira, aumentó en gran manera el ódio que tenian contra su tio. Todos condenaban y maldecian un caso tan atroz, pues no contento con habelle quitado el estado le despojó de la vida con tanta crueldad.

Llegó el rey de Francia á Placencia el mismo dia que murió el duque, y en su compañía el mismo Luis Esforcia; mas sabida la muerte de su sobrino, á la hora dió la vuelta á Milan. Allí públicamente y sin ningun empacho tomó el nombre é insignias de duque de aquella ciudad, sin embargo que su sobrino dejaba un hijo de cinco años llamado Francisco Esforcia, y otras dos hijas, y la muger preñada. Cuán poderosa es y perjudicial la desenfrenada codicia de mandar! todo lo atropella sin tener temor de Dios, ni vergüenza de las gentes, en tanto grado que el mismo dia escribió al rey don Alonso sobre la muerte de su sobrino, en que le avisaba que la nobleza y pueblo de Milan le habian forzado á llamarse duque: que entendia le daria esta nueva contento, pues sabia con cuanta voluntad acudiria á las cosas suyas y de aquel reino.

De Placencia pasó el rey á Toscana: acudíanle de todas partes embajadores, en particuar los Venecianos le enviaron los suyos para ofrecelle toda buena amistad; y el papa le envió por su legado al cardenal de Sena que llegó hasta Pisa, pero el rey no le quiso ver. Los Florentines despacharon á Pedro de Médicis para el mismo efecto, el cual como sin guardar la comision que llevaba, concertarse de entregar al francés á Sarazana, Sarazanela y á Piedra Santa, fuerzas que tenia aquella señoria en el Apenino, y los castillos de Pisa y de Liorna, con otras cargas muy graves; fué tan grande la indignacion del pueblo que le desterraron á él y á sus hermanos el cardenal Juan de Médicis y Julian con tan grande furia que pusieron á saco sus casas, y les confiscaron sus bienes que eran muy grandes.

Llegó el rey á Pisa, donde se detuvo algunos dias, y á instancia de los ciudadanos dió libertad á aquella ciudad, y la sacó de la sujecion de Florentines en que la tenian de muchos años atrás. En Florencia hizo su entrada el mismo dia que Pico Mirandula falleció en ella en edad de treinta y cuatro años: persona de raro ingenio y excelente erudicion, por donde le dieron renombre de Fenix. Concertóse el rey con los Florentines en que acabada aquella guerra le restituiria sus fortalezas, y que ellos por contemplacion suya perdonarian á Pedro de Médicis y á sus hermanos, y para el gasto de la guerra contribuirian con ciento y veinte mil florines.

Estaba á la sazon Roma muy alborotada, los cardenales poco conformes, la nobleza dividida porque Próspero y Fabricio Colona seguian el partido de Francia, y Virginio Ursino el de Nápoles, y los Coloneses junto con el cardenal Ascanio Esforcia se habian los dias pasados apoderado de la ciudad de Ostia, por donde tenian á Roma puesta en grande aprieto y falta de bastimentos, que no le podian entrar por el mar. Todos tenian entendido que el papa se concertaria con el rey de Francia, ó que pretendia salirse de Roma: por esto el pueblo comenzó á alterarse, y el papa fué forzado en consistorio á desengañar los cardenales y caballeros romanos con decilles que su intento era favorecer la justicia, y si el rey de Francia porfiase á entrar con el ejército en Roma, hacelle rostro y defendérselo hasta morir en la demanda. Todas sus razones eran de poco momento para animar la gente, que tenian atemorizada las nuevas que cada dia venian de la llegada del rey, y de los pueblos de la iglesia de que los Franceses continuamente se apoderaban.

El mismo pontífice visto que no era parte para defender la entrada á enemigo tan poderoso ni con sus fuerzas, ni con las de Nápoles, dado que don Fernando duque de Calabria estaba á la sazon aposentado en el Burgo con buen número de gente, despedido el duque porque no le fuese hecho algun agravio, se retiró al castillo de Santangel. Finalmente el rey con toda su gente entró en Roma postrero de diciembre, principio del año 1495 con grandes demostraciones que todo aquel pueblo y aun algunos de los cardenales hicieron de alegría y contentamiento. Aposentóse en el palacio de S. Marcos.

En esta sazon el cardenal de España don Pedro Gonzalez de Mendoza falleció en Guadalajara á once dias del mes de enero en edad de sesenta y siete años y tres meses; persona de mucha nobleza y partes aventajadas, y que todo el tiempo que vivió tuvo gran mano en el

gobierno del reino. En vida edificó un colegio en Valladolid: en su testamento mandó se fundase á sus espensas un hospital en Toledo y le nombró por su heredero; el título de ambas fábricas, de Sta. Cruz. Vacó por su fin la iglesia de Toledo. Quisiérala el rey para don Alonso su hijo arzobispo de Zaragoza: la reina no vino en ello: ofrecióla al doctor Pedro de Oropesa del su consejo, persona de virtud muy aventajada, natural de Torralva aldea de Oropesa; no acepto por mucha instancia que sobre ello le hicieron. Finalmente se dió á fray Francisco Jimenez de Cisneros, fraile menor, de virtud muy conocida y de altos pensamientos: su natural Tordelaguna, sus padres pobres: estudió derechos, adelante fué capellan mayor, y provisor de Sigüenza por el Cardenal de España. Tomó el hábito de S. Francisco en S. Juan de los Reyes en Toledo: vivió tiempo en el Castañar y en la Saceda, monasterios Recoletos de aquella órden. Cuando le nombraron por arzobispo era confesor de la reina: algunos años adelante le dieron el capelo y le hicieron cardenal.

En Roma se trataba de concierto entre el papa y el rey de Francia: intervinieron personas de autoridad, por cuyo medio se concertó que el cardenal de Valencia fuese en compañía del rey con título de legado, y que le entregase el hermano del gran turco, y que se pusiesen en su poder los castillos de Civitavieja, Terracina y Espoleto para que durante aquella guerra se tuviesen por él. Con esto se obligó al rey, fenecida aquella guerra, de hacer restituir la ciudad de Ostia á la iglesia, y que antes de su partida daria en persona la obediencia al papa, como lo hizo pocos dias adelante en el palacio de S. Pedro. Ayudó mucho á facilitar estos conciertos el capelo que se dió entonces á Brissoneto obispo de S. Maló.

Hecho esto, el rey partió de Roma á veinte y ocho dias de enero la vía de Nápoles, donde tenia aviso que la ciudad del Aguila y otros muchos lugares sin ponerse en resistencia, ni esperar los enemigos, se le habian rendido y alzado por él banderas. El rey don Fernando avisado de lo que pasaba, y particularmente del poco respeto que se tuvo al papa, determinó declararse: para este efecto desde Ocaña, do estaba fin del año pasado, despachó á Antonio de Fonseca y á Juan de Albion para requerir al Francés que desistiese de hacer guerra á Roma y á las tierras de la iglesia, pues sabia que en el asiento que se tomó el año pasado, esceptuaron la persona del papa y sus cosas. Juntamente despachó al conde de Trivento para que fuese general del armada que tenia aprestada en Alicante: por otra parte enviaba á Gonzalo Fernandez de Córdova con quinientas lanzas para que hiciese la guerra por tierra.

Los embajadores llegaron á Roma el mismo dia que partió el rey de Francia: sin detenerse le siguieron, y como le hallaron en el campo á caballo, le presentaron las cartas que llevaban de creencia, y le protestaron no pasase adelante sin satisfacer primero á la iglesia. Turbóse el rey con esta embajada: respondió que llegado á Velitre les daria audiencia. En aquel lugar declararon mas por estenso su embajada: la suma era quejarse de los agravios y desacatos hechos al papa; y en cuanto á la empresa del reino protestalle no pasase adelante sin que primero por términos de justicia se declarase á quien pertenecia. Hobo demandas y quejas de una y otra parte: por conclusion el rey se resolvió, y dió por respuesta que tenia las cosas tan adelante que no se podia volver atrás: que conquistado aquel reino, holgaria se viese por términos de justicia el derecho de cada cual. Entonces Antonio de Fonseca replicó: «Pues vuestra magestad así lo quiere, y sin dar lugar á la razon determina proceder por via »de fuerza, Dios nuestro Señor que está en el cielo, y suele volver por la inocencia, será el »juez desta causa: por lo menos el rey mi señor con hacer esto ha cumplido con lo que debe, »y de aquí adelante quedará libre para disponer de sí y de sus cosas, y acudir con sus fuer»zas donde y como le pareciere.» Esto dijo y juntamente en presencia del rey y de su consejo rasgó la escritura de la concordia que se concertara últimamente: grande osadía, y que faltó poco para que no pusiesen en él las manos; pero en fin los dejaron volver á Roma. Fué esta embajada de grande efecto porque el papa se animó con ella, y se determinó de no pasar por el concierto hecho con el Francés; y la noche siguiente el cardenal de Valencia se salió disfrazado de Velitre, aunque no tomó el camino de Roma porque no se entendiese huia con órden del papa, sino fuese á Espoleto ciudad de la iglesia muy fuerte.

CAPITULO VIII.

Que el rey de Francia entró en Nápoles.

Al mismo tiempo que el Francés estaba en Roma, don Alonso rey de Nápoles, perdida la esperanza de poderse defender, trataba de renunciar aquella corona que aun no habia tenido

un año entero. Juntó para esto los grandes de su reino y los principales de su consejo; juntos les habló en esta manera: «Bien veis, amigos y parientes, el aprieto en que están las cosas: »el enemigo poderoso y bravo á las puertas, en los nuestros poca seguridad; no se dan mas »priesa á entrar los Franceses, que los del reino á rendirse y alzar por ellos las banderas. »Los socorros de fuera están lejos; y los que eran mas obligados á valernos, muestran cui- »dar menos de nuestra afrenta. No pretendo quejarme de nadie, ni mostrar en esta parte fla- »queza: mis pecados son, bien lo veo, y es justo que lo laste quien lo hizo. La vida no está en »poder y en mano de los hombres: Dios es el que alarga y acorta sus plazos como es servido. »Con lo que yo puedo satisfacer, es con esta corona que quito de mi cabeza, como indigno de »traella, y la paso á la del duque mi hijo de las esperanzas y valor que todos sabeis: trueque »de mucha ganancia, pues en lugar de un viejo y enfermo os doy un rey mozo, valiente, y que »tiene fuerzas y ánimo para poner el pecho al trabajo. Mucho quisiera que las cosas estu- »vieran en estado con que pudiera mostrar al mundo cuan poco caso hago de sus grandezas. »Esto fuera muestra de valor; y no lo será de menor prudencia rendirme á la necesidad, cu- »yas fuerzas son muy grandes, pues no todas veces el sabio piloto debe contrastar á las »olas y al viento, antes caladas las velas dejar pasar la tormenta. Finalmente esta es mi de- »terminada resolucion; y pues no puedo ayudar en este aprieto, quiero aunque lo siento á par »de muerte salirme desterrado de mi cara patria siquiera por no ver los trabajos de mi casa »y de mi reino. Por ventura con este sacrificio que yo hago de mí mismo, se aplacará Dios, »y alzará la mano del castigo, y los hombres movidos á compasion acudirán con mayor vo- »luntad á nuestra defensa. No será menester encomendar á los que presentes estais, ni á los »ausentes, que guardeis la lealtad acostumbrada al nuevo rey; ni á él que tenga cuidado con »sus súbditos, y con remunerar vuestros servicios, que confieso han sido muchos y muy »grandes.»

Hízose este auto de renunciacion á los veinte y tres de enero en el castillo del Ovo, do se recogió para este efecto el rey don Alonso. Desde allí con su recámara que era muy rica, se embarcó para Sicilia, determinado de pasar en Mazara, ciudad que era de la reina doña Juana su madrastra, lo restante de su vida en hábito clerical. Escribió á los príncipes en razon de lo que hizo, y en particular al rey don Fernando decia que su edad y poca salud le habian forzado á tomar aquella resolucion, y el escrúpulo de la conciencia por voto que tenia hecho de partir mano del gobierno y dejar la corona. La verdad era que por ser muy aborrecido de los suyos, y su hijo muy bien quisto, entendió con aquella traza reparar algun tanto el peligro. Vivió poco tiempo, aun no año entero, despues desto ocupado en ejercicios virtuosos. Su cuerpo está enterrado en la iglesia y capilla mayor de Mecina al lado del Evangelio con un letrero en dos versos latinos muy agudos, que hacen este sentido:

DE ALONSO HUYES MIENTRAS LAS ARMAS MUEVE,
MATAS AL DESARMADO. QUE PREZ? QUE LOA,
MUERTE, DE MUERTE TAL? O GRANDE ALEVE.

El nuevo rey luego que se encargó del gobierno, salió en paseo por toda la ciudad, y para grangear mas las voluntades mandó soltar gran número de presos así de la nobleza como del pueblo: solo quedaron presos Juan Bautista Marzano, hijo de Marino Marzano príncipe de Rofano y duque de Sessa, y el conde del Pópulo que estaban en prision desde que se acabó la guerra de los barones, y eran enemigos mortales de la casa de Aragon. Con esto salió de Nápoles para volver á su ejército que quedó en S. German á los confines del reino, por donde parte término con las tierras de la iglesia. Dejó en el gobierno de Nápoles á don Fadrique su tio príncipe de Altamura.

Llegó el rey de Francia con su ejército á ponerse sobre S. German: por esto al pueblo fué forzoso rendirse, y al nuevo rey retirarse á Capua, ciudad que tenian puesta en defensa, pero con la misma facilidad se dió luego al Francés por trato de Tribulcio capitan de fama, natural de Milan, el cual á la sazon desamparó el partido de Nápoles, y pasó al de Francia, y aun fué ocasion que Virginio Ursino y el conde de Pitillano otros dos caudillos principales fuesen presos por los Franceses dentro de Nola. Estando el rey de Francia en Capua, murió el hermano del gran turco, otros dicen que en Nápoles, para donde partió en breve, y con la misma facilidad sin hallar resistencia alguna entró en aquella nobilísima ciudad un domingo á veinte y dos de febrero.

El nuevo rey don Fernando antes que llegasen los Franceses, desamparada la ciudad y las demas fuerzas que en ella tenia, se recogió á Castelnovo, do ya estaba la reina viuda doña Juana y su hija, y don Fadrique su tio con otros señores. De allí por no asegurarse bastantemente se pasó al castillo del Ovo, aunque estrecho, muy fuerte por estar asentado en un peñasco rodeado de mar por todas partes. Pretendia recogerse con los suyos en las galeras que allí tenia, con intento de pasar á la isla de Iscla, y de allí si fuese necesario, encaminarse á Sici-



Garcilasso de la Vega.

lia, como lo hizo, con esperanza que las cosas en breve tomarian otro camino, dado que los Franceses procedian tan prósperamente que en menos de quince dias desde los primeros confines del reino hasta la postrera punta de Italia todo se puso debajo su obediencia; hasta los mismos castillos de Nápoles dentro de pocos dias asímismo se rindieron por traicion de los que á su cargo los tenian. Tambien se ganó el castillo de Gaeta por combate, fuerza que es y era de las principales de aquel reino. Yo dudo que empresa tan grande se haya jamás acabado en tan poco tiempo. Solo quedaban por el rey don Fernando algunos lugares en Calabria: reparo de poco momento, porque como el rey se entretenia en Iscla sin podelles enviar socorro, cada dia se le iban rindiendo al enemigo. El mismo riesgo corria Rijoles, que al fin se entregó, si bien está á vista de Mecina, y allí se tenia la armada de España, pero sin órden de lo que se debia hacer.

CAPITULO IX.

De la liga que se hizo contra el rey de Francia.

Luego que casi todo lo de Nápoles quedó por los Franceses, los demas príncipes así de Italia, como de fuera della, comenzaron á considerar y comunicar entre sí cuán pesado seria el señorío de aquella nacion, si se arraigase en Italia. El rey don Fernando de España era el que

corria mayor riesgo por lo de Sicilia, ca tenia aviso que concluido lo de Nápoles, pretendian pasar allá los Franceses á instancia principalmente del príncipe de Salerno, uno de los foragidos, y el mayor enemigo de la casa de Aragon. Para prevenirse deseaba que los demas príncipes se ligasen y juntasen sus fuerzas contra Francia. Para este efecto los meses pasados envió á Lorenzo Suarez de Figueroa á Venecia á mover esta prática con aquella señoría; y de nuevo al duque de Milan despachó otro caballero por nombre Juan Deza con órden de dar á aquel príncipe intencion no solo de casar una de las infantas con su hijo, sino de hacelle rey de Lombardía: cosas á que él daba orejas de buena gana.

Trataba asimismo que el emperador y el Inglés entrasen en la liga, con quien de veras pretendia emparentar, y en especial el tratado que de dias antes se traia, de casar á trueque el príncipe don Juan y la infanta doña Juana con el archiduque don Philipe y Margarita su hermana, se apretó de tal manera que en fin se concluyeron los conciertos por medio de Francisco de Rojas que para este efecto pasó á Flandes. Para el gasto de la guerra en Castilla y en Aragon se procuraba allegar dinero. En Aragon (1) se juntaron cortes para esto, en que pretendió el rey presidiese la infanta doña Catalina, pero no salió con ello, y hobo de venir el rey en persona á hacello.

Fué tanta la diligencia que en fin se hizo la liga en Venecia, donde concurrieron los embajadores de los príncipes por fin de marzo, entre el papa, el emperador y rey de España con la señoría de Venecia y duque de Milan. Concertóse que esta liga, que llamaron santísima, durase por espacio de veinte y cinco años; y que entre todos se juntase un ejército de treinta y cuatro mil de á caballo y veinte y ocho mil infantes, repartidos conforme á la posibilidad de cada una de las partes. La voz era para defender la iglesia y cada cual sus estados; el intento para echar á los Franceses de Italia. Adelantóse este negocio con tanto secreto que el mismo embajador de Francia Philipe de Comines señor de Argenton, persona de gran prudencia y esperiencia, que se hallaba en Venecia, no supo nada, y quedó de tal manera espantado que dándole la razon de lo hecho el duque de Venecia Augustin Barbadico, como fuera de sí le preguntó si el rey su señor podria volver seguro á Francia. Mucho se trocaron las cosas despues desto, mayormente que los Neapolitanos se arrepentian de lo hecho á causa de los malos tratamientos y agravios que de ordinario recibian de Franceses, cuyas demasías por todas partes eran grandes. Asímismo el duque de Milan se via apretado por haberse el duque de Orliens apoderado de la ciudad de Novara, además que tenia aviso que el Francés por medio de su armada pretendia alteralle y sacar de su obediencia lo de Génova, tanto que le fué forzoso acudir con toda humildad á Venecianos para que le ayudasen.

El rey de Francia avisado de lo que pasaba, porque no le atajasen el camino, determinó con toda brevedad dar la vuelta. Antes de su partida nombró por virrey de Nápoles á Gilberto duque de Mompensier principe de la sangre: con él dejó parte de su ejército y otros capitanes de fama. Por otra parte envió á pedir al papa la investidura de Nápoles, y que deseaba pasar por Roma para comunicar algunas cosas con su santidad. Cuanto á la investidura, respondió el papa que estaba aparejado á hacer justicia, y dar la sentencia conforme á lo que hallase: en lo de la ida de Roma, que no podria ser sin grande escándalo por estar el pueblo muy indignado contra los Franceses.

Con esta respuesta que no fué nada gustosa, apresuró el rey su partida. Salió de Nápoles á veinte de mayo: llegó en breve á Roma; no halló allí al papa que por no asegurarse de la voluntad del Francés se retiró á Perosa. Pasó el rey de Roma á Toscana: detúvose algunos dias en Sena, y sin tocar á Florencia llegó á Pisa. Pretendian los Florentines les entregase aquella ciudad como se lo tenia prometido. La instancia y lágrimas de los Pisanos, que le suplicaban los conservase en la libertad que les dió, fueron tantas que le movieron á no determinarse. Partió de alli á Lombardía. Acudió para atajalle el camino Francisco marques de Mantua, al cual la señoría de Venecia nombrara por general de sus gentes. El Francés rehusaba por su poca gente de venir á las manos con los contrarios, y se apresuraba para juntarse con el duque de Orliens, pero no pudo escusar la batalla.

Juntáronse los campos á las riberas de Tarro, rio que pasa á una legua de la ciudad de Parma. El de Venecianos alojaba junto á Fornovo, aldea asentada á la raiz de los montes. El Francés se puso á la entrada de aquel valle: alli rompieron los ejércitos, y se dió la batalla, que fué una de las mas famosas de Italia, en que los Italianos desbarataron los primeros es-

(1) En la ciudad de Calatayud.

cuadrones de los Franceses; mas como por tener la victoria por suya se embarazasen en robar el carruage y tomar la artillería, los Franceses tuvieron lugar de recogerse y volver en ordenanza con tal denuedo que rompieron á los contrarios con gran matanza que en ellos hicieron. Vióse el rey en gran peligro porque le mataron la gente de su guarda, y aunque vencedor, no pudo alcanzar de los contrarios le diesen treguas de tres dias; por donde fué forzado á cencerros atapados partirse para Aste. Ayudóle para no recebir algun daño y revés grande que aquel rio con su creciente impidió á los Italianos que no le pudiesen tan presto seguir, aunque de los caballos ligeros que se adelantaron, y de la gente de la comarca, que pretendian atajalle los pasos, recibió algun daño. En la batalla murieron pasado de cuatro mil Italianos. El de Mantua sin dilacion se puso sobre Novara, donde tuvo al de Orliens muy apretado.

CAPITULO X.

Que el rey don Fernando entró en Nápoles.

Apenas el Francés era salido de Nápoles, cuando las cosas comenzaron á trocarse en gran manera. La armada de España estaba en el puerto de Mecina, y por su general el conde de Trivento. Acudieron allí los reyes desposeidos don Alonso y don Fernando, y la reina viuda doña Juana. Gonzalo Fernandez de Córdova á causa del tiempo contrario con la gente que llevaba, se detuvo algunos dias en Mallorca y en Cerdeña; en fin aportó á Mecina á los veinte y cuatro de mayo en sazon que ya el rey don Fernando se apoderara de Rijoles con su fortaleza y otros lugares comarcanos de Calabria: provincia en que por órden del rey de Francia quedó por gobernador Everardo Estuardo señor de Aubeni, un capitan muy valeroso y de fama.

A Gonzalo Fernandez se entregaron Rijoles, Cotron y Amantia con otras plazas de aquella comarca para que conforme á lo que tenian tratado, las tuviese en nombre de su rey hasta tanto que se le pagasen los gastos que en aquella guerra se hiciesen, y tambien para asegurar lo de Sicilia. Hobo alguna diferencia entre el nuevo rey y Gonzalo Fernandez á causa que el rey con todas sus fuerzas pretendia, pospuesto todo lo al, ir luego á Nápoles, para donde le convidaban aquellos ciudadanos aun desde antes que el rey de Françia partiese de aquella ciudad. Gonzalo Fernandez no queria desamparar lo de Calabria do tenia aquellas fuerzas, y aun confiaba que todo lo demas tomaria la voz de España por la aficion que mostraban de estar debajo del amparo del rey Católico.

Acordaron de ir á Semenara, pueblo que tenian muy apretado los Franceses. El señor de Aubeni con su gente se puso en un sitio por do los nuestros forzosamente habian de pasar. Vinieron á las manos: fué vencido el rey, y aun fuera muerto, ó preso, porque le mataron el caballo, si un caballero de su casa llamado Juan Andrés de Altavila no le socorriera con el suyo, con que el rey escapó, y el caballero quedó muerto en el campo: grande lealtad para tiempos tan estragados. Dióse esta batalla que fué al cierto muy famosa, á los veinte y uno de julio. Recogiéronse los nuestros á Semenara. Desde allí el rey se partió para Sicilia con determinacion de pasar á Nápoles antes que la nueva de aquella desgracia allá llegase.

Gonzalo Fernandez, desamparado aquel pueblo por no poderse defender, se fué con sus gentes á otras partes de Calabria, donde en breve se apoderó de diversas plazas y lugares sin parar hasta que allanó toda aquella provincia. El rey con sesenta naves que halló en el puerto de Mecina, casi sin otra gente mas que los marineros, alzó velas, y en breve llegó á vista de Nápoles: entró en la ciudad el mismo dia que se dió la batalla de Tarro, es á saber á los seis de julio. Fué grande el alegría de los Neapolitanos: alzaron las banderas por su rey. El pueblo tomó las armas, saquearon las casas de los príncipes de Salerno y Bisiñano: el de Mompensier se recogió á Castelnovo, y en su compañía el de Salerno. Los de Capua hicieron lo mismo que los de Nápoles, y todo lo de la Pulla se entregó al nuevo rey, Salerno y otras ciudades sin número.

Asimismo con la nueva que llegó de la batalla de Tarro, Próspero y Fabricio Colona capitanes de gran nombre, y cabezas de aquella casa tan poderosa, se concertaron con el rey de Nápoles, y dejado el partido de Francia, se pasaron al suyo. Por el contrario los Ursinos se pusieron de la parte de Francia cuyos prisioneros eran el conde de Pitillano y Virginio Ursino. Los castillos de Nápoles todavía quedaban por los Franceses: apretábanlos

los contrarios; un moro que estaba dentro del monasterio de Sta. Cruz, que le tenian tambien por Francia, dió aviso á don Alonso Dávalos marques de Pescara que le daria entrada en aquel monasterio: acudió el marques de noche para hacer el concierto á un portillo de la muralla, donde aquel hombre alevosamente le hirió de muerte con un pasador.

Esta desgracia se tuvo por muy grande, por ser este caballero de gran valor, y general por su rey en aquella guerra. Dejó un hijo muy pequeño que se llamó don Fernando y adelante fué capitan muy señalado: en su lugar nombró el rey por su general á Próspero Colona. Los castillos al fin se rindieron, y poco antes el de Mompensier y el de Salerno en la armada que allí tenian, se fueron á Salerno, ciudad que habia tornado á estar por Francia. En esta guerra de Nápoles se descubrió una nueva manera de enfermedad que se pegaba principalmente por la comunicacion deshonesta: los Italianos le llamaron mal Francés: los Franceses mal de Nápoles; los Africanos mal de España. La verdad es que vino del nuevo mundo, do este mal de las bubas es muy ordinario; y como se hobiese desde allí derramado por Europa como lo juzgan los mas avisados, por este tiempo los soldados Españoles le llevaron á Italia y á Nápoles.

La isla Tenerife una de las Canarias se sujetó este año á la corona de los reyes de España por gentes y soldados que para este efecto se enviaron. El rey de aquella isla traido á España, de allí le enviaron á Venecia en presente á aquella señoría. A Alonso de Lugo en premio de lo que trabajó en la conquista desta isla y de Palma, se dió título de adelantado de Canaria. Con esto todas aquellas islas se acabaron de conquistar y sujetar á la corona de Castilla, empresa que se comenzó muchos años antes deste tiempo.

CAPITULO XI.

De la muerte del rey de Portugal.

Procuraba el rey Católico con todo cuidado que los reyes de Portugal y de Ingalaterra entrasen en la liga que los demas príncipes tenian hecha contra el rey de Francia: escusóse el de Portugal por estar de tiempo antiguo muy aliado con Francia, y poco satisfecho del papa por no venir como él lo procuraba en legitimar á su hijo don Jorge, habido fuera de matrimonio en una noble dueña; al cual él pretendia por este medio nombrar por su sucesor, tanto que juntamente trató con el emperador que era su primo, renunciase en él el derecho que decia tener al reino de Portugal, que era todo abrir la puerta para grandes revueltas. Del Inglés no solo pretendia que entrase en la liga, sino que emparentase con España por medio de una de las infantas que casase con el heredero de aquel rey. Hízose lo uno y lo otro, pero adelante.

El rey de Portugal andaba en esta sazon muy doliente de hidropesía: con deseo de tener salud se fué al Algarve para usar de los baños, que los hay allí los mejores de Portugal. No prestó nada este remedio, antes en breve le apretó el mal y falleció en Alvor á los catorce de setiembre. Nombró en su testamento por sucesor suyo á don Manuel duque de Beja su primo hermano, hijo de don Fernando su tio: verdad es que si muriese sin hijo, sustituia en su lugar á don Jorge, al cual encomendaba diese de presente el maestrazgo de Christus, y le hiciese duque de Coimbra, y dél descienden los duques de Avero. Tuvo sin duda este príncipe de bueno y de malo. Favoreció á los hombres virtuosos y de valor: fué amigo de justicia, de agudo natural, y de muy altos pensamientos. Traia en la boca siempre: no merece nombre de rey el que por otro se deja gobernar. La mucha sangre que derramó le hizo mal quisto con los suyos, si bien por divisa usaba de un pelícano, ave que con su sangre da la vida á sus pollos. Su cuerpo enterraron en la iglesia mayor de Silves: de allí le trasladaron al monasterio de la Batalla, enterramiento de aquellos reyes.

Por su muerte sin contradicion alzaron por rey de Portugal al dicho don Manuel en alcázar de Sal, do á la sazon se hallaba con la reina, sin embargo que el emperador Maximiliano pretendia le debia ser preferido por causa que era el varon de mas edad entre los primos hermanos del rey difunto. Derecho harto aparente, que no se tenga cuenta con la cepa de que procede el que debe suceder, sino con el grado de parentesco, y con la persona cuando no sucede por recta línea, sino de través y de lado; prevaleció empero el consentimiento del pueblo y las buenas partes de aquel príncipe, en que ninguno de los de su tiempo le hizo ventaja.

Don Enrique Enriquez conde de Alba de Liste, que estaba por frontero de Francia, por la parte de Ruysellon por mandado de su rey hizo entrada en Francia por tierra de Narbona: lo mismo don Pedro Manrique por la parte de Guipúzcoa. Pero fuera de robos no hicieron cosa de consideracion; solo fueron ocasion que el Francés que se entretuvo algun tiempo en Aste hasta el fin del otoño, para acudir á lo de España se diese priesa en concluir el concierto que se trataba con el duque de Milan. Las condiciones fueron: que Novara se entregase al de Milan: que el Castellete de Génova se pusiese en tercería en poder del duque de Ferrara, con paso libre para la gente de Francia y ayuda para recobrar á Nápoles: demas desto al de Orliens de contado dió el duque de Milan cincuenta mil escudos. Hecho esto, el de Francia al fin del otoño con sus gentes dió la vuelta á Francia.

Quejábase el rey de Nápoles que con aquel concierto le desamparaba el duque, y desbarataba sus intentos, sin tener cuenta que era su tio: él se escusaba con la poca ayuda que los otros príncipes le daban, y con el riesgo que corria de perderse si no se concertara. Para apercebirse de socorros pretendia el de Nápoles casar con una de las hijas del rey Católico por tenelle mas obligado: como esto fuese á la larga, al fin se resolvió á persuasion de la reina viuda de casar con su hija doña Juana, sin embargo que era su tia, hermana de su padre. Por otra parte trató con Venecianos que le ayudasen. Hobo en esto algunas dificultades: finalmente se resolvieron de enviar en su ayuda buen número de gente de á caballo y de á pie debajo de la conducta del marques de Mantua demas de quince mil ducados que le dieron en dinero. En prendas deste socorro puso el rey en poder de Venecianos á Brindez, Otranto y Trana, tres ciudades de la Pulla que mucho deseaba aquella señoría para que sirviesen de escalas de la contratacion de Levante: todas eran tramas y principios de otras nuevas tempestades.

Por otra parte el rey don Fernando en España se apercebia para la guerra que tenia rompida por Ruysellon. Tocaba esta empresa á la corona de Aragon, y por esta causa juntó cortes de los Aragoneses el año pasado en Tarazona. (1) Allí visto lo que importaba llevar adelante lo comenzado, acordaron de servir á su rey para esta guerra por tiempo de tres años con docientos hombres de armas y trecientos ginetes repartidos en siete compañías, y que el rey nombrase los capitanes: con esto el rey vino en que los oficios del reino se proveyesen por las matrículas como antes se acostumbraba.

Despues desto en Tortosa se tuvieron cortes de los Catalanes, que se continuaron hasta principio del año siguiente de 1496. La pretension era la misma, y el efecto semejante, tanto mas que lo de Ruysellon es parte de aquel principado. Hacíase juntamente instancia que los matrimonios con la casa de Austria se efectuasen á causa que el archiduque no venia bien en ellos, y como mozo andaba desasosegado, y se mostraba poco obediente á su padre.

CAPITULO XII.

Que los Franceses fueron echados del reino de Nápoles.

La guerra se continuaba en el reino de Nápoles, y puesto que los Franceses eran pocos, todavía tenian algunas fuerzas de importancia. Gaeta tenia cercada el nuevo rey. En Calabria Gonzalo Fernandez andaba muy pujante, y de cada dia se apoderaba de castillos y de lugares, y traia muy apretado el partido de Francia. Sin embargo los señores de Persi y de Aubeni se concertaron que el de Aubeni quedase en Calabria para hacer rostro á los Españoles, y el de Persi con parte de la gente se fuese al principado para juntarse con el de Mompensier y hacer la guerra por aquella parte. Hízolo así, y de camino se le rindieron muchos lugares: junto á Eboli desbarató cuatro mil Neapolitanos, que por órden del rey le salieron al encuentro debajo la conducta del conde de Matalon.

Con esta victoria ganaron los Franceses tanta reputacion que quedaron señores del campo sin hallar quien les hiciese rostro. Para juntar dineros acordaron de pasar á la Pulla y cobrar la aduana de los ganados, que es una de las mas gruesas rentas de aquel reino. Tenia el rey á la sazon divididas sus gentes en diversas partes, y él estaba en Benevento, de donde por impedir aquel daño pasó hasta Fogia. Acudiéronle el marques de Mantua con las gentes de Venecianos. Fabricio con seiscientos Suizos que tenia en Troya, pretendia hacer lo mismo: atajáronles los Franceses el camino, y matáronlos casi todos; con que cobraron tantas

(1) Se celebraron desde los primeros de setiembre hasta los últimos de octubre no de 1494 sino 95.

avilenteza, que llegados delante de Fogia presentaron al rey la batalla. Rehusóla él por no tener junta su gente, dado que salió á escaramuzar con los contrarios, en que hobo prisioneros y muertos de ambas partes. Los Franceses pasaron adelante por cobrar el aduana: parte cobraron ellos, parte el rey, y otra se perdió que no se pudo cobrar.

Era de grande importancia rebatir por esta parte el orgullo de los Franceses. Gonzalo Fernandez traia en buenos términos lo de Calabria, tanto que tenia en su poder casi toda aquella provincia hasta la misma ciudad de Cosencia, y el castillo de aquella ciudad muy apretado: el señor de Aubeni en lo postrero de la baja Calabria arrinconado sin ser parte para hacer resistencia; sin embargo avisó el rey á Gonzalo Fernandez que pospuesto todo lo demas, se viniese á juntar con él por lo que importaba acudir á la cabeza de la guerra. Determinó hacello así: dejó en su lugar al cardenal don Luis de Aragon primo hermano del rey: su padre fué don Enrique de Aragon, hijo natural de don Fernando el primero rey de Nápoles.

Acudieron los villanos de la tierra para atajalle el paso, cosa que era fácil por la fragura de aquella tierra; mas como quier que los Españoles venian acostumbrados á pelear con los Moros de las Alpujarras en lugares semejantes, cerraron con los villanos y hicieron en ellos gran matanza junto á un lugar de Calabria llamado Muran. Allí se supo que muchos barones de la parte Augevina alojaban cerca de allí en otro lugar llamado Layno con intento que tenian de dar socorro al castillo de Cosencia. Caminó toda la noche con su gente, y al amanecer se puso sobre el lugar: entróle por combate con muerte de gran parte de aquella nobleza; otros fueron presos que envió por mar el rey, los principales el conde de Nicastro y Honorato de Sanseverino hermano del príncipe de Bisiñano.

Pusieron cerco los Franceses sobre Jercelo, diez millas de Benevento: acudió el rey, y puso cerco sobre Frangito que tenia guarnicion francesa. Vino el campo Francés al socorro á tiempo que los del rey entraron la villa y la quemaron por no detenerse en el saco. Estuvieron los dos campos á vista el uno del otro en dos cerros con un valle de por medio, que ninguna de las partes se atrevió á pasalle. Iban de caida las fuerzas de los Franceses, y sin embargo el rey, habido su consejo, se resolvió en no dar la batalla sino muy á ventaja suya, y para esto dar lugar á que llegase Gonzalo Fernandez con su gente: él se apresuró, y si bien el de Mompensier salió para impedille el paso, no fué parte para ello. Andaba el rey en seguimiento del campo Francés que ya rehusaba la batalla. Metiéronse los enemigos en Atela (por otro nombre Aversa) pueblo principal, y que era del príncipe de Melfi: no pudo el rey impedir que los Franceses no se apoderasen de aquella plaza; púsose todavía con su gente sobre ella. Allí le halló Gonzalo Fernandez, y se juntó con él el mismo dia de S. Juan. Luego que llegó, miró la disposicion de aquel sitio, y visto que lo hobo bien todo, primero de julio con su gente acometió la guarnicion que el enemigo tenia en defensa de los molinos de que se mantenian los cercados: hízolo con tal denuedo que echados los Suizos de allí, les rompió y desbarató los molinos. Fué tan grande la reputacion que con esto ganó, además de las victorias pasadas, que los mismos Italianos le comenzaron á dar renombre de Gran Capitan; y asi fué que los demas caudillos, llegado él, no parecian sus iguales sino sus inferiores, y él como general de todos.

Hobo en este cerco diversos encuentros; y los príncipes de Salerno y Bisiñano con los demas de su valía juntaban en sus tierras gente de á pie y de á caballo para esforzar su partido. Prestaron poco todas estas diligencias: el cerco se apretó de manera que el de Mompensier y Virginio Ursino y el de Persi acordaron de rendirse á partido. Las condiciones fueron que si dentro de treinta dias no les viniese socorro de Francia, sacarian sus gentes del reino con sus bienes, armas y caballos, y rendirian todas las demas tierras, excepto Gaeta, Venosa y Taranto que se reservaban, además de los lugares que tenian en su poder el señor de Aubeni y el duque de Monte: con esto se obligaba el rey á dalles paso seguro por tierra y por mar.

Todo esto se concertó por el mes de julio, y adelante se ejecutó como lo concertaron. En las escrituras que otorgaron, es cosa notable que llaman á Gonzalo Fernandez y le dan el título ya dicho de Gran Capitan. Sin embargo pocos de los Franceses llegaron á su tierra: el mismo señor de Mompensier falleció en Puzol de su enfermedad; y aun con Virginio Ursino no se guardó lo capitulado, antes por órden del papa fué preso con Juan Jordan su hijo y otros señores Italianos. Mucho le pesó al rey de no cumplir su palabra y lo que tenia jurado de ponellos en libertad; no se atrevió empero á desobedecer al papa que con tanta re-

solucion se lo mandaba, cuyo sobrino el cardenal don Juan de Borgia obispo de Melfi, diferente del otro del mismo nombre que queda ya nombrado, se halló en esta guerra por su legado, y el duque de Gandía vino por capitan de las gentes del papa.

Las cosas de Calabria con la partida del Gran Capitan se habian empeorado: por tanto otro dia despues que se tomó el asiento con los Franceses se partió la vuelta de Calabria. Con su llegada de tal suerte apretó á los contrarios que ya estaban enseñoreados de lo mas de aquella provincia, que el señor de Aubeni fué forzado á pasar por el concierto que se tomó sobre Aversa, y dejado el reino, volverse á Francia con reputacion de valiente caudillo, pero poco venturoso por el gran contrario que tuvo en el Gran Capitan.

Al mismo tiempo que las cosas de Nápoles se mejoraban, en España pasó desta vida mediado el mes de agosto la reina doña Isabel madre de la reina de España: su cuerpo depositaron en Arévalo, do pasó lo postrero de su edad turbado el entendimiento; de allí los años adelante le trasladaron á la Cartuja de Burgos, templo en que su marido el rey de Castilla don Juan el segundo estaba sepultado. Su nieta la infanta doña Juana á veinte y dos del mismo mes en una armada que tenian aprestada en Laredo, partió para casarse, como tenian concertado, con Philipe archiduque de Austria. Acompañóla la reina su madre hasta el puerto: el almirante don Fadrique Enriquez hasta Flandes donde fué muy festejada.

Asímismo en este año dió el pontífice al rey don Fernando de España sobrenombre de Católico, segun y como Pio segundo los años antes dió título de Cristianísimo á Luis onceno rey de Francia; esto es que como antes se acostumbrase á escribir en los breves Pontificios: Al rey de Castilla ilustre, se comenzó á decir: Al rey de las Españas Católico. Fué grande el sentimiento que por esta causa mostraron los Portugueses: alegábase por su parte en contrario que aquellos reyes poseían buena parte de España, y que el rey don Fernando no era señor de toda ella: debate que se continuó hasta nuestra edad todo el tiempo que hobo propios reyes de Portugal. Mayor debió ser el desabrimiento de Francia, si es verdad lo que Philipe de Comines dice que se trató de dalle el apellido de Cristianísimo: todo se hace creible por la grandeza de las cosas que este príncipe llevó al cabo.

CAPITULO XIII.

De las cosas de Portugal.

Luego que el rey don Manuel tomó la posesion del reino de Portugal, juntó cortes de todos los estados en Montemor no lejos de Ebora para dar órden en muchas cosas tocantes al buen gobierno. Allí vino don Jorge hijo del rey difunto, que andaba á la sazon en catorce años: hízole compañía su ayo don Diego de Almeida prior de S. Juan. Recibióle muy amorosamente el rey con lágrimas que derramó muchas por la memoria de cuyo hijo era: ofrecióle que le tendria en lugar de hijo, y le trataria como á tal. Despachó luego embajadores á los reyes de Castilla para avisalles de su coronacion, y al papa Alejandro para dalle como es de costumbre la obediencia. Tenian con el nuevo rey gran cabida su ayo, que se llamaba don Diego de Silva, y un su hermano de leche por nombre don Juan Manuel, hijo que era de don Juan obispo de la Guardia, y de Justa Rodriguez ama de leche deste rey. Á don Diego hizo conde de Portalegre en gratificacion de sus servicios; á don Juan recibió por su camarero mayor, cuya privanza fué adelante tan grande que ninguno se le igualaba.

Publicóse un edicto por el cual puso en libertad á los Judíos que su predecesor, como queda apuntado, habia dado contra razon por esclavos: juntamente se acudió á las cosas de África con gentes y municiones. Los Portugueses poseían en aquellas partes á Ceuta, que está en el estrecho y la ganó el rey don Juan el primero, y á Tánger y Arcilla plazas mas al poniente, y que á las riberas del mar Océano quitó á los Moros el rey don Alonso tio del rey don Manuel. El capitan de Arcilla don Juan de Meneses porque ciertos casares comarcanos no acudian con el tributo acostumbrado, junto con el capitan de Tánger salió contra ellos. Encontráronse sin pensar con Barraxa y Almanderino dos caudillos Moros, con cuyo escuadron si bien traían mucho mayor número de gente, pelearon con tanto valor que los vencieron y destrozaron: fué esta victoria muy alegre y principio de otras mayores. Todo esto sucedió antes que se acabasen las cortes de Montemor.

No se pudo pasar adelante en los negocios, que restaban muchos y muy graves, á causa que picaba la peste por aquellas partes, tanto que el rey fué forzado salirse de allí al prin-

cipio deste año, y por carnestolendas se fué á Setubal á verse con sus dos hermanas viudas la reina doña Leonor, y doña Isabel duquesa de Berganza. Allí se trató muy de veras que don Alvaro hermano del duque de Berganza y los hijos del dicho duque que andaban desterrados en Castilla sin hallarse culpa alguna contra ellos en lo que culparon al duque, volviesen á Portugal, y les fuesen restituidos sus bienes y estados. Hacia sobre esto instancia el rey don Fernando de España, las hermanas con lágrimas lo suplicaban al nuevo rey, y en especial la duquesa como mas lastimada por las desgracias tan grandes de su casa.

Sobre todos la duquesa de Viseo doña Beatriz le importunaba con lágrimas como á rey, y como madre se lo mandaba. «No pienses (decia) que te ha Dios hecho rey para tí solo, »sino para tu madre, para tus hermanas y parientes, finalmente para todos aquellos que »tienen puestas en tí sus esperanzas: á todos es razon quepa parte de tu prosperidad. Todos »tenemos derecho á desfrutar el árbol de nuestra casa, que de otra manera si esto nos falta »y nuestra esperanza nos miente, dónde irémos? á cuya ayuda nos acogeremos y amparo? »será bien des ocasion á los tuyos con tu sequedad para que nos pese de verte puesto en tan »alto lugar? Cuando eras particular quejábamonos de nuestro desastre solamente, ahora de»mas de nuestra desgracia nos podremos agraviar de la injuria que á tu madre, y á todos »tus deudos haces; por donde, si tienes cuenta con lo que es razon, y con lo que debes á »la que te engendró y crió, y te acuerdas del mucho amor que siempre te he mostrado, »vuelve á la madre su hija, sus hijos á la hermana, y los nietos á la abuela: finalmente haz »que yo toda sea vuelta á mí misma, y que todos mis miembros tan destrozados y aparta»dos se junten en uno; y ten por el mayor fruto de tu reinado poder hacer esta maravilla en »tu casa.»

Habia dificultad en esto por no dar muestra que tan presto mudaba lo establecido por su antecesor, y temia de ofender á los que tenian en su poder los bienes de los desterrados; pero en fin venció la piedad y los justos ruegos de sus deudos y madre: á los que fueron desposeidos, recompensó con otras mercedes de manera que ninguno quedase quejoso. Tratábase de casar al rey, que tenia cuando heredó la corona edad de veinte y seis años. Ningun partido se ofrecia mas aventajado que el de Castilla: venian aquellos reyes bien en ello; no le querian empero dar por esposa la hija mayor, la segunda era ida á Flandes, y juntamente doña Catalina la tenian concertada en Ingalaterra. Ofreciánle á la infanta doña María: él tenia por agravio que ningun otro príncipe le fuese antepuesto, además que se pagó mucho de la infanta doña Isabel el tiempo que estuvo en Portugal.

Andaban las práticas deste casamiento, y con esta ocasion el rey Católico le pedia que entrase en la liga contra el rey de Francia; la infanta que echase los Moros y los Judíos de Portugal, que no queria por esposo á quien daba favor y acogida á gente tan mala. A la demanda del rey se escusó con la amistad que tenia Portugal con Francia de tiempo muy antiguo: bien venia en ligarse para la defensa de España, mas no queria ofender ni empacharse en querellas estrañas. Lo que la infanta pedia, puesto que tenia algunas dificultades y muchos lo contradecian, al fin por ser cosa tan justificada se hizo por un edicto que á los postreros deste año se publicó, en que se mandaba á los Moros y Judíos que dentro de cierto tiempo saliesen de aquel reino so pena que pasado el plazo que les señalaban serían dados por esclavos.

Los Moros sin contraste se pasaron en Africa: en lo de los Judíos hobo mayor dificultad, porque el rey poco despues acordó que les quitasen los hijos de catorce años abajo, y que los bautizasen por fuerza: resolucion estraordinaria, y que no concordaba con las leyes y costumbres cristianas. Quieres tú hacer á los hombres por fuerza cristianos? pretendes quitalles la libertad que Dios les dió? no es razon; y tampoco que para esto quiten los hijos á sus padres. Sin embargo los malos tratamientos que hicieron á los demas, fueron de tal suerte, que era lo mismo que forzallos; y aun así se tiene comunmente que la conversion de los Judíos de Portugal tuvo mucho de violenta, y los efectos lo han mostrado. Fué grande el número de los Judíos que en esta coyuntura se bautizó, algunos se ayudaron de la necesidad para hacer lo que era razon, otros disimularon, y adelante dieron muestra de lo que en sus pechos tenian encubierto.

Alcanzóse otrosí del papa que los comendadores de las tres órdenes de Portugal que de nuevo profesasen en aquellas órdenes, no fuesen obligados á guardar castidad, salvo la conyugal, que era dalles licencia para casarse. Grandes ocasiones hobo para hacer esta mudanza tan grande; todavía no faltó quien la murmurase como sucede en todas las cosas

nuevas, y no hay duda sino que con esto se abrió puerta para que las rentas de aquellas órdenes se gastasen muy diferentemente de lo que antes desto se acostumbraba, y aquellos caballeros en lugar de las armas se diesen á deleites y ociosidad, que fueron daños notables.

CAPITULO XIV.

De la muerte del rey don Fernando de Nápoles.

Las cosas de Italia aun no acababan de sosegar. El Inglés con el parentesco que tenia concertado con España, se resolvió de entrar en la liga contra Francia. El emperador pasaba adelante, y publicaba de querer pasar en Italia y dar órden en las cosas de Lombardía y de Toscana. Con esto el duque de Milan se inclinó al tanto á dejar el partido de Francia, particularmente que por este tiempo falleció el Delphin de Francia niño de muy pocos años, y por la poca salud de aquel rey se temia que aquella corona recayese en el duque de Orliens su mayor contrario: por esto no queria desasirse de los otros príncipes. En el reino de Nápoles los Venecianos poseían su parte en la Pulla. El Gran Capitan tenia por el rey Católico á Rijoles y la Amantia y otras fuerzas de la Calabria: los Angevinos sin embargo del concierto quedaban apoderados de algunas plazas. Para allanarlo todo el rey de Nápoles envió á don César de Aragon hermano no legítimo de su padre á Taranto; y al duque de Urbino que le ayudó en esta guerra, mandó reparar en el Abruzo, desde donde, allanada en breve casi toda aquella parte, se fué á Roma con Próspero Colona.

Lo de Gaeta por ser fuerza tan grande los tenia en mayor cuidado, porque dado que el conde de Tribento y galeras de Venecianos le apretaban por mar, no hacian mucho efecto, tratábase de sitialla por tierra, cuando al rey don Fernando en Soma sobrevino la enfermedad de cámaras de que falleció en Nápoles, do le llevaron, á siete de octubre. Qué le aprovechó su edad? qué los contentos? qué tantas victorias ganadas? todo lo desbarató la muerte que le sobrevino muy fuera de sazon. Por su fin don Fadrique su tio desde Castellon, do supo lo que pasaba, acudió á Nápoles, y el mismo dia que falleció su sobrino el rey, alzaron por él los estandartes reales, y él se concertó con los príncipes de Salerno y Bisiñano, y los condes de Lauria y Melito, que eran los mayores enemigos de la casa de Aragon.

A muchos príncipes se levantaron los pensamientos, y en particular por parte del rey Católico en Roma y en Nápoles se hicieron diligencias para fundar su derecho y llevarle adelante, que por entonces no prestaron nada, ca el papa y los otros potentados mas querian tener por vecino un rey de pocas fuerzas que el poder de España; y el Gran Capitan que pudiera acudir á esto, todavia se hallaba ocupado en el cerco que tenia sobre el castillo de Cosencia, que pensaba rendir en breve y con esto asegurar todo lo de aquella provincia; verdad es que dentro de pocos dias allanado lo de Calabria, y rendida aquella fortaleza, pasó á Nola, y dejadas allí sus gentes, fué á visitar las reinas y consolallas de la muerte del rey.

Púsose el nuevo rey sobre Gaeta con toda su gente: sucedió que el señor de Aubeni, que por tierra iba la via de Roma, llegó allí en sazon que los de dentro se hallaban muy apretados; entró pues, é hizo que se rindiesen á partido. Saliéronse los Franceses en un galeon y dos naves cargadas de los despojos y plata de las iglesias: la una nave con tormenta se perdió, la otra junto á Tarracina dió al través, que se tuvo por castigo de Dios. Por otra parte el César como tenian acordado pasados los Alpes entró en Lombardia con mil de á caballo y con cinco mil infantes. Juntósele con su gente el duque de Milan: llamó desde Aste á los duques de Saboya y marques de Monferrat como feudatarios del imperio: su reputacion era tan poca, que no le quisieron acudir; lo mismo el duque de Ferrara, que le tenia obligado por lo de Módena y Regio, ciudades y feudos del imperio.

Lo que pretendia el César era defender lo de Génova, que no se apoderase de aquel estado el Francés, como lo intentó por medio de una armada que envió allá para este efecto, y con inteligencias que tenia con el cardenal de S. Pedro y algunos otros naturales, esperaba llevar al cabo aquel desiño. Demas desto cuando el Francés pasó por Pisa, de camino que iba á Nápoles, puso aquella ciudad en libertad, sacándola del señorío de Florentines que la tenian de tiempo atrás en su poder. Para defender esta libertad los Pisanos acudieron á valerse de los otros príncipes de Italia, y en especial de Venecianos que fueron los que mas se señalaron en su defensa. El duque de Milan deseaba grandemente enseñorearse de

aquella ciudad, y quitar aquella presa á los Venecianos. Para esto persuádió cautelosamente al César que ayudase á los Pisanos, é hiciese la guerra á Florentines: con este intento el César en persona sitió á Liorna; el cerco no fué de efecto álguno, y al fin se hobo de levantar.

Andaba muy vario en sus deliberaciones y fiábase poco de los príncipes que le llamaron: por esto trataba de veras de dar la vuelta para Alemaña con menos reputacion de lo que se esperaba. Tuvo sobre el caso junta en Pavía en que se hallaron el duque de Milan y el cardenal Bernardino de Carvajal, que en Lombardía era legado del papa para adelantar las cosas de la liga. Este prelado persuadió al César se entretuviese algun tiempo, y acudiese á lo de Génova que corria gran peligro por el esfuerzo que hacia el rey de Francia para apoderarse della, cuando vino nueva que lo desbarató todo, é hizo que el emperador apresurase su partida, es á saber que los reyes de España y de Francia tenian entre sí concertadas treguas, que entendian era principio para concordarse del todo.

El caso pasó en esta manera: al mismo tiempo que la guerra de Nápoles se hacia con mas fervor, en España tenian recelos de guerra á causa de diversas entradas y correrías que se continuaban á hacer en Francia por la parte de Ruysellon; y por los grandes apercibimientos que en Francia se hacian, temian no quisiese aquel rey satisfacerse de tantos agravios. Por esta causa el rey Católico se acercó por aquellas fronteras, y por algun tiempo estuvo en Girona acompañado de muy buena gente que tenia allí juntada de todas partes; pero como el otoño se pasase, y él estuviese deseoso de volver á Castilla y á Burgos, donde tenia dado órden fuese la reina para celebrar las bodas del príncipe, despedida la mayor parte de la gente, dió la vuelta. El rey de Francia, avisado de lo que pasaba, hizo con gran presteza juntar un ejército de pasados diez y ocho mil combatientes. Carlos de Albonio señor de Santander tenia á su cargo aquellas fronteras por el duque de Borbon gobernador de Lenguadoc: así con esta gente rompió por lo de Ruysellon, y un viernes siete de octubre se puso sobre Salsas llave de aquel condado, bien que mal pertrechada, porque aunque tenia muchos y buenos soldados, la cerca era vieja y muy delgada; que fué ocasion que el dia siguiente la villa fué entrada por combate, y el castillo rendido á partido con muerte de muchos de los de dentro.

Acudió el conde don Enrique Enriquez con la gente que pudo llevar; reparó en Ribasaltas á una legua de Salsas á tiempo que el daño estaba hecho. Siguió al enemigo, que desamparó el lugar por no poder dejalle en defensa, y se retiró á la sierra que está sobre Salsas con intencion de no venir á las manos. Estuvieron los campos algunos dias á una legua el uno del otro: moviéronse tratos de concierto, y al fin se asentaron treguas por aquella parte que durasen hasta diez y siete dias de enero del año luego siguiente de 1497. Resultó gran sospecha deste concierto en los príncipes confederados, que se recelaban que el rey Católico los queria desamparar y tomar consejo á parte; y fué ocasion que el emperador alzase mano de lo de Italia, y diese en breve vuelta á Alemaña sin dejar hecho efecto que fuese de consideracion.

CAPITULO XV.

De la muerte del duque de Gandía.

Despues que por órden del papa prendieron en Nápoles sobre concierto á Virginio Ursino y á su hijo, hecho de muy mala sonada, el papa movió guerra á las tierras y estados de aquel linage de los Ursinos, que eran muy grandes. Nombró por capitanes de sus gentes á los duques de Gandía y de Urbino y á Fabricio Colona, que al principio se apoderaron de algunos lugares, y últimamente se pusieron sobre la fortaleza de Brachano. Carlo Ursino y Vitelocio con dinero que trujeron de Francia, levantaron buen número de gente de á pie y de á caballo: acudieron al socorro de aquella fuerza con trecientos hombres de armas, cuatrocientos caballos ligeros, y dos mil y quinientos infantes; para divertir á los contrarios pusiéronse sobre Vasano villa de la iglesia.

Los enemigos dado que no eran tantos en número, alzado su campo fueron en busca de los Ursinos. Trabóse la batalla, que fué á veinte y cuatro de enero, en que al principio la gente de la iglesia forzaron á los contrarios á retirarse, y subir un montecillo para mejorarse de lugar. Fabricio Colona con parte de la gente acordó subir por el otro lado para dar en los

enemigos por las espaldas. Los Ursinos antes que llegase á do pretendia, revolvieron sobre la demas gente del papa con tal denuedo que ligeramente los desbarataron y pusieron en huida. El duque de Gandía salió herido en el rostro y el de Urbino fué preso. Con esta victoria los Ursinos recobraron los lugares que les habian tomado, y el papa fué forzado recebillos en su gracia y concertarse con ellos. Tuvo en este concierto gran parte el Gran Capitan, en que se gobernó de tal suerte que los Ursinos quedaron muy obligados al rey Católico.

Vino en esta sazon el Gran Capitan á Roma con su gente para ayudar al papa en esta guerra, si bien la de Nápoles no quedaba de todo punto acabada. Hecho el concierto con los Ursinos, á ruegos del pontífice fué á cercar á Ostia, fuerza que todavía se tenia por Francia debajo del gobierno de Menaut de Guerri, por donde Roma padecia grande falta de bastimentos, no de otra manera que si estuviera cercada, y tuviera los enemigos á las puertas. La empresa era dificultosa, pero los Españoles se dieron tan buena maña que dentro de ocho dias la tomaron á escala vista; sin embargo el capitan francés fué recebido á merced y tratado con mucha humanidad. Ayudó mucho en este cerco la buena industria de Garcilasso embajador que era por el rey Católico en corte romana.

Tenia el Gran Capitan deseo de dar presto la vuelta para acabar de ganar ciertas fuerzas que se tenian en el reino por el cardenal de S. Pedro muy parcial de Francia. Al despedirse como quier que en el discurso de la plática el papa dijese que sus reyes le tenian muchos cargos, y que no respondian á lo que era razon, que nadie los conocia como él: le respondió con grande libertad que creia bien los conocia, pues era su natural; pero en lo que decia que no les tenia cargo, parecia notoria ingratitud, pues sabia muy bien que con su favor se sustentaba en aquel grado sin embargo de la libertad de su persona y de toda su casa: que le suplicaba atendiese á reformar todo esto antes que el rey su señor por escrúpulo de que con su sombra se escandalizase la iglesia, fuese forzado á desamparalle: trájole á la memoria otras cosas particulares y cargos á que el papa no supo responder.

A la verdad la disolucion era tan grande que dió la libertad á un hombre de capa y espada para perdelle el respeto, y forzó á los principes, en particular á los reyes de Castilla y de Portugal, á hacelle instancia sobre lo mismo con diversos embajadores que sobre esto le enviaron. Ninguna diligencia bastó, tanto que poco despues en un consistorio en que se trató de dar la investidura del reino de Nápoles á don Fadrique, juntamente propuso de dar en cierta forma al duque de Gandía la ciudad de Benevento, patrimonio de la iglesia en aquel reino; además que tenia concertado de hacer suelta del tributo con que aquellos reyes acudian á la iglesia cada un año, por cien mil ducados que aquel rey ofrecia de dar en cierto estado al dicho duque. Contradijo lo de Benevento el embajador Garcilasso, con protesto que hizo que no se lo permitiria el rey su señor.

Ninguna cosa bastara para enfrenalle si no desbaratara todas sus tramas la muerte que en breve sobrevino al duque de Gandía muy desgraciada. Una noche catorce de junio venian de un jardin en que cenaron el duque y los cardenales de Valencia y de Borgia. Apartóse el duque solo con un lacayo que envió despues por unas armas: á la vuelta el lacayo no halló á su señor, ni en todo otro dia se pudo saber algun rastro dél mas que de que en la vía del Pópulo hallaron la mula en que iba. Hiciéronse mas diligencias, y un barquero dijo que á media noche vió que en una mula dos hombres á los lados y otro á las ancas llevaban cierta persona, y que llegados á la postrera puente do él estaba, le echaron en el rio; y el que iba á las ancas preguntó si se iba á fondo: respondieron los otros que sí, y con tanto se fueron.

Buscaron el lugar que señaló el barquero: hallaron el cuerpo con nueve heridas, con sus vestidos y joyas sin que le faltase nada. Nunca se pudo averiguar quien fuese el matador: unos decian que los Ursinos le hicieron matar por estar muy agraviados del papa, otros que el cardenal Ascanio: la voz comun del pueblo fué que su hermano el cardenal de Valencia don César cometió aquel caso tan atroz por estar muy sentido que siendo menor que él, se le hubiese antepuesto en el ducado de Gandía. La verdad quién la podrá averiguar? quién enfrenar el vulgo que no hable? el ódio que al papa tenian, entiendo yo fué la causa que en lo que le tocaba, siempre se dijese y creyese lo peor. Dejó el duque un hijo que se llamó don Juan como su padre, y le sucedió en aquel estado de Gandía.

CAPITULO XVI.

Del casamiento del príncipe don Juan.

En la misma armada que llevó á Flandes á la infanta doña Juana, vino á España, aunque despues de algunas dilaciones, la princesa Margarita hermana del archiduque para casar á trueque como tenian acordado con el príncipe don Juan: aportó al puerto de Santander por el mes de marzo. Saliéronla á recibir el rey y el príncipe con grande acompañamiento: viéronse en Reinosa, do los desposados se tomaron las manos. Veláronse en Burgos principio del mes de abril con las mayores fiestas y regocijos que jamás se vieron en España: velólos el arzobispo de Toledo; los padrinos fueron el almirante don Fadrique y su madre doña María de Velasco. No quiso la reina que se hiciese alguna mudanza en la casa de la princesa, sino que tuviese sus mismos criados que traia, y se sirviese á su voluntad.

Tratábase de concierto entre los reyes de España y de Francia: para este efecto fué á Francia Hernan duque de Estrada, y para que allí hiciese oficio de embajador. La paz no se podia concluir tan en breve: acordaron principio deste año en Leon de Francia que se asentasen treguas generales, que comenzasen en España á cinco dias del mes de marzo, y para los otros príncipes de la liga á veinte y cinco de abril; y que para todos durasen hasta primero de noviembre. Esta fué la causa que el Gran Capitan se apresurase para dar la vuelta de Roma á Nápoles por apoderarse de aquella fuerza del cardenal de S. Pedro antes que comenzase á correr la tregua, y por ella fuesen forzados á sobreseer en las armas. No lo pudo efectuar como lo deseaba é hiciera si no fuera por cierto motin de sus soldados.

Proseguíase el tratado de la paz. Habíase propuesto diversas veces por parte de Francia que pues era cosa averiguada que el rey don Fadrique por la bastardía de su padre no tenia algun derecho al reino de Nápoles, era forzoso que aquel reino perteneciese á uno de los dos reyes, es á saber de Francia ó de España, que seria bien se concertasen entre sí. Daba á esto oidos el rey Católico, y venia de buena gana en que se comprometiese la diferencia en el César, con seguridad que pasarian por lo que él determinase. Al Francés no contentaba este partido por tener como él decia su derecho por muy claro; pero ofrecia al rey Católico que si le dejase aquel reino libre, le daria recompensa en dinero ó de otra manera, hasta ofrecer de dalle el reino de Navarra: del cual el rey Católico y de sus príncipes tenia poca satisfaccion por estar muy avenidos con Francia el señor de Labrit y los otros señores de la casa de Fox.

Altercábase sobre este negocio en Medina del Campo, do vinieron á verse con el rey y resolver esto los embajadores de Francia. Pasaron tan adelante en este tratado que ofrecian de parte de su rey la provincia de Calabria, á tal que si conquistado lo demas, su rey la quisiese para sí, cumpliese con dar al rey Católico lo de Navarra, y mas treinta mil ducados cada un año por lo que mas valia y rentaba Calabria que Navarra: todavia el rey Católico se inclinaba mas á que se escusase la guerra, y que el rey don Fadrique se quedase con el reino con dar al Francés dinero por los gastos hechos y cierto tributo cada un año; ofrecia otrosí que el duque de Calabria casaria con la hija del duque de Borbon sobrina del Francés, que era camino para dejar aquella demanda muy honrosamente.

Con esto se despidieron los embajadores, y sin embargo porque pasadas las treguas se entendia que volverian á las armas, el rey Católico trataba de asegurarse por la parte de Navarra por do se mostraban asonadas de guerra: pretendia que aquellos reyes le diesen seguridades de homenage y castillos, y nombró por general de aquella frontera á su condestable don Bernardino de Velasco. El mismo recelo tenian por la parte de Ruysellon. Avino que en cierta revuelta que se levantó en Perpiñan entre los vecinos de aquella villa y los soldados, el general don Enrique por salir á despartillos fué herido con una piedra que tiraron de un terrado, de que murió. Por esta causa fué puesto por general de aquella frontera el duque de Alba, y aun se dió órden á la armada de España que acudiese á aquellas marinas, cuyo capitan era don Iñigo Manrique. Estos apercibimientos se hacian por la parte de España.

En Italia el rey don Fadrique no se descuidaba, ca en primer lugar procuraba ganar al duque de Milan; y porque estaba viudo de Hipólita su muger que falleció el año pasado, para mas aseguralle ofreció de casalle con Carlota su hija habida en su primera muger hija

del duque de Saboya; y para el hijo mayor del duque ofrecia á doña Isabel de Aragon su hija y de la reina doña Isabel su segunda muger hija del principe de Altamura: partidos honestos que al fin no se efectuaron por la grande caida que en breve dieron aquellas dos casas. Por otra parte hacia instancia con el papa para que le diese la investidura del reino, con lo que parecia aseguraba del todo su derecho; y para esto hacia muchas comodidades á los Borgias, que era el camino para salir con lo que deseaba: pretension que en fin alcanzó, y el cardenal de Valencia poco despues fué enviado para coronar á don Fadrique, como se hizo con solemnidad y fiestas muy estraordinarias; en fin como en tiempo de paz y en ciudad tan populosa, noble y rica como es Nápoles, y que en esto echó el resto.



El duque de Alba.

Coronóse por mano del legado: asistió el arzobispo de Cosencia, mostróse el rey muy liberal con los que le habian servido. Acabada la misa, mandó publicar por duque de Tragelo y conde de Fundi á Próspero Colona, y á Fabricio Colona por duque de Tallacozo: al Gran Gonzalo de Córdova hizo duque de Monte Santangel; y á don Iñigo hermano del marques de Pescara que mataron, marques del Vasto, sin otros títulos que dió á barones y caballeros del reino. El principe de Salerno Antonelo de Sanseverino no se halló en esta festividad, sin embargo del perdon pasado y que se hizo llamamiento general de los barones del reino: todo se enderezaba á nuevo rompimiento, porque demas deste esceso se entendia que fortalecia sus castillos y se pertrechaba de municiones y de armas.

CAPITULO XVII.

Que los Portugueses pasaron á la India Oriental.

En el mismo tiempo que las otras provincias de Europa, y particularmente Italia, estaban trabajadas con los males que de presente padecian, y mas por las sospechas que de mayores daños amenazaban; Portugal que es la postrera de las tierras hácia donde el sol se pone,

con la grande y larga paz de que gozaba y con ella de toda prosperidad y abundancia, trataba de ensanchar por otras partes muy apartadas su imperio, y llevar la luz del Evangelio á lo postrero del mundo y á la misma India Oriental: empresa que al principio pareció temeraria, y adelante fué de gran gloria, y no menos interés para todo Portugal. Don Enrique hermano del rey don Duarte fué el primero que entró en esta imaginacion, y con armadas que enviaba por la parte de mediodia, acometió á descubrir nuevas tierras é islas por las costas de Africa. Atajóle la muerte los pasos, que le sobrevino el año que se contaba de nuestra salvacion de mil y cuatrocientos y sesenta, en edad de sesenta y siete años. Ilustre príncipe y de renombre inmortal así por las demas virtudes, y la castidad que guardó sin ensucialla por toda la vida, como principalmente por el principio que dió á cosas tan grandes.

Desistió desta empresa el rey don Alonso su sobrino no tanto de su voluntad, cuanto por las muchas guerras y desgraciadas con que estuvo embarazado. Su hijo el rey don Juan el segundo, como era príncipe de pensamientos muy altos, vuelto á esta demanda con armadas que envió diversas veces descubrió gran parte de las costas de Africa y de Ethiopia, sin parar hasta llegar de la otra parte de la equinoccial, y averiguar que todas aquellas marinas se remataban en un cabo ó promontorio, que los marineros llamaron de las Tormentas por las muchas que en aquellas costas y mares muy altos se levantan, y él le llamó de Buena Esperanza, como hoy dia se llama, por la que cobró de pasar con sus armadas por aquella parte á las costas de Asia y de la India, y por aquel camino participar de sus grandes riquezas.

Para mejor informarse envió por tierra á Pedro Covillan y Alonso Payva, como en su lugar queda dicho, para que calasen los secretos de aquellas tierras, y trajesen relacion verdaderas de aquellas costas de Asia y Africa por la parte de levante. Murió en la demanda el Payva: Covillan andado que hobo todas aquellas marinas, dió vuelta hácia el Cayro, y sabida la muerte de su compañero, determinó de pasar á las tierras del Preste Juan. Desde allí envió á su rey entera relacion de todo lo que dejaba averiguado. De Ethiopia ni pudo volver á Portugal, que no le dejaron, ni tuvo comodidad de enviar mas aviso. Así le tuvieron por muerto hasta que adelante se supo la verdad.

En este medio falleció el rey don Juan: su sucesor el rey don Manuel se inclinaba á llevar adelante esta empresa. Tratóse el negocio en su consejo: los pareceres fueron varios. Quien de todo punto condenaba aquellas navegaciones tan peligrosas y tan largas, encarecia los peligros que eran ciertos, los intereses pequeños, y la esperanza muy incierta: que harto mar tenian descubierto, y que seria mejor abrir y labrar los baldíos de Portugal, y no permitir que con semejantes ocasiones se hiciese la gente holgazana. Quien al contrario decia que debian pasar adelante, pues ni hasta entonces tenian de que arrepentirse de lo hecho, como lo daba á entender el aumento de las rentas reales por el trato de Africa: que siempre las cosas grandes tienen al principio dificultades que las vence el generoso corazon y el pusilánime queda en ellas atollado: el temor y recato demasiado nunca hicieron cosa honrosa; á los valientes ayuda Dios, á los cobardes todo se les deshace entre las manos. Algunos eran de parecer que se continuase la conquista y descubrimiento de Africa, y que no pasasen adelante, pues lo razonable tiene término, la codicia desordenada con ninguna cosa se harta hasta tanto que despeña en su perdicion al que le da lugar y por ella se gobierna: que para las fuerzas de Portugal bastaban algunos millares de leguas que tenian las costas de Africa.

Entre esta diversidad de pareceres prevaleció el que era de mas honra y reputacion. Resuelto pues el rey de seguir aquella empresa mandó aprestar cuatro naves, y por general nombró á Vasco de Gama hombre de gran corazon; y bien le fué menester para abrir el viage mas largo y mas dificultoso que jamás se intentó en el mundo. Iban en su compañía su hermano Paulo de Gama y Nicolás Coello sin otros hombres de cuenta. Entre marineros y soldados todos no pasaban de ciento y sesenta. Bendijeron el estandarte real en una iglesia de nuestra Señora que estaba á la marina, fundacion del infante don Enrique, donde despues edificó el rey don Manuel el monasterio muy nombrado de Belen. Desde allí con acompañamiento muy grande de gente, que los lloraban no de otra manera que si los llevaran á enterrar, se hicieron á la vela este año á los nueve de julio.

Tomaron la derrota de las Canarias, y de allí pasaron á las islas de Cabo Verde que los antiguos llamaron Hespérides. Pasadas estas islas, y la de Santiago que es la principal dellas,

volvieron las proas á levante por un golfo muy grande, en que por las grandes tormentas y altos mares pasaron tres meses antes que descubriesen tierra, hasta que diez grados de la otra parte de la equinoccial descubrieron un rio muy fresco y de grandes arboledas, do surgieron para hacer agua y tomar refresco. La gente era negra, el cabello corto y encrespado. Contrataron con ella por señas porque nadie entendia su lengua, y con cosillas de rescate que les dieron, proveyeron sus naves de fruta de la tierra y de carne, que lo traían los naturales. Pusieron al golfo nombre de Sta. Elena, y el rio llamaron de Santiago.

Pasaron adelante con intento de doblar el cabo de Buena Esperanza, pero cargó tanto el tiempo que diversas veces se tuvieron por perdidos. Aquí fué bien menester el valor del capitan, porque le protestaron sus compañeros volviese atrás, y no quisiese locamente pelear con el cielo y con el mar, ni llevallos á que todos se perdiesen: no bastaron ruegos ni lágrimas para doblegalle. Concertáronse de dalle la muerte: avisóle su hermano; prendió á los maestres, y él mismo tomó cargo de gobernar su navío. Con esta porfía llegó á lo postrero del cabo, que comenzaron á doblar á veinte de noviembre cuando en aquellas partes era primavera.

Como cincuenta leguas mas adelante está un golfo que llaman de S. Blas y en medio dé una isla pequeña que hallaron llena de lobos marinos. Abordaron á ella para hacer agua. Los moradores de aquella parte eran semejantes á los de la otra costa de Africa que mira al poniente: andan desnudos, traen sus miembros en unas vainas de palo. La tierra tiene elefantes y bueyes, de que se sirven como de bestias de carga; ciertas aves que llaman sotilicarios, grandes como gansos, sin plumas y con las alas como de murciégalo, de que no se sirven para volar sino para correr con gran velocidad. Pasaron adelante, y aunque despacio por las corrientes contrarias, llegaron á una tierra que se llama Zanguebar, y ellos por dia en que allí abordaron, llamaron aquel golfo de Navidad; y á un rio grande que por aquellas riberas descarga en el mar, llamaron rio de los reyes porque tal dia salieron á tomar en él agua.

Continuaban las corrientes y las maretas del mar: por esto se engolfaron tanto que sin tocar á Zofala, que es el lugar de mas consideracion de aquellas riberas por las minas de oro que tiene, de la otra parte descubrieron una tierra donde los moradores no eran tan negros como los pasados, y andaban mas arreados, y en su trato mostraban ser mas humanos y mansos: en los brazos traían axorcas de cobre, y los varones puñales con las empuñaduras de estaño. La lengua no se entendia, mas de que entre los demas vino uno que en arábigo les dijo que no lejos de allí habia naves semejantes á las que traían los nuestros, y en ellas negociaban hombres blancos. Entendieron por esto que la India caía cerca: dieron gracias á Dios, y en memoria de nueva tán alegre al rio que por allí se mete en el mar, llamaron el rio de Buenas Señales. Levantaron en aquella ribera una columna con título del Arcángel S. Rafael, que dió nombre á aquellas riberas, y de diez hombres condenados á muerte, que llevaban de Portugal para este efecto, dejaron allí dos para que aprendiesen la lengua, y tomasen noticia de aquella gente, de sus costumbres y riquezas.

Fué grande el contento que todos recibieron por entender cuán al cabo tenian su viage, dado que el alegría se aguó con los muchos que cayeron enfermos: hinchábanseles las encías, de que no pocos murieron. Unos atribuían esto á ser la tierra mal sana, otros á los manjares salados, de que tanto tiempo se sustentaron. Un mes se detuvieron en aquella costa con harto peligro y trabajo. Desde allí pasaron á Mozambique, que es una ciudad asentada en una de cuatro islas muy pegadas á la tierra firme, quince grados de la otra parte de la equinoccial, y veinte mas adelante de la punta postrera del cabo de Buena Esperanza: es tierra de mucho trato por el buen puerto que tiene. Los moradores eran Moros, de color bazo, vestidos ricamente de seda y oro, en las cabezas turbantes de lienzo muy grandes, de los hombros colgaban sus cimitarras, y en los brazos sus escudos: con este trage vinieron en sus barcas á reconocer nuestras naves. Fueron bien recebidos y tratados: supieron dellos que aquella ciudad era sujeta al rey de Quiloa por nombre Abrahem, que está mas adelante en aquel parage, y que allí tenia puesto un gobernador que en arábigo llaman Jeque, y él se decia Zacoeya; con el cual con presentes que le dieron, pusieron su amistad, y él les dió dos pilotos que los encaminasen á la India. Al principio los naturales entendieron que los nuestros eran Moros de poniente, que fué la causa del buen tratamiento que les hicieron: despues sabido que eran cristianos, pretendieron hacelles el mal que pudiesen; los mismos pilotos se les huyeron á nado. Descargaron ellos su artillería contra la ciudad, con que mataron algunos de los que en la ribera andaban.

El miedo de la gente fué grande por no estar acostumbrados á aquellos truenos y relámpagos humillose el gobernador, y ofreció toda satisfaccion; contentáronse ellos y su capitan con que les diese un piloto; éste con la misma deslealtad que los otros, pretendió entregar á los nuestros en poder del rey de Quiloas: deciales que los moradores de aquella ciudad eran cristianos de los Abisinos, y que en ella se podrian proveer de todo lo necesario. Ayudóles Dios, porque cargó el tiempo y no pudieron tomalla, que á ser de otra suerte, correrian peligro por ser aquella ciudad poderosa, y estar aquel rey indignado por las nuevas que tenia de lo que pasó en Mozambique.



Vasco de Gama

El piloto moro sin embargo no desistió de su intento, antes los persuadió fuesen á Mombaza, ciudad puesta en un peñasco, rodeada casi por todas partes de un seno de mar que forma un puerto muy bueno. Saliéronles al encuentro gentes de la ciudad, con los cuales trató el piloto la traicion que traia pensada. Saliera con su intento, si no fuera que al entrar en el puerto Vasco de Gama por temor no diese su nao en ciertos bajíos que hay allí cerca, mandó de repente calar las velas y echar áncoras. El piloto por su mala conciencia temió que era descubierto: echóse en el mar para salvarse, y lo mismo hicieron algunos de la tierra que todavia quedaban en las naves, que en esta sazon eran tres, ca la cuarta que traía los bastimentos, por estar ya consumidos y faltar marineros, la habian antes desto pegado fuego.

Dieron los nuestros gracias á Dios por les haber librado de un peligro tan manifiesto: proveyóles su Magestad de guia en esta manera. Partidos de allí tomaron dos bajeles de Moros, y en ellos trece cautivos, que los demas se echaron al mar: destos supieron que caía cerca Melinde, ciudad casi puesta debajo de la equinoccial, cuyo rey era muy humano y

muy cortés con los extranjeros. Determinaron ir allá, y hallaron ser verdad lo que los cautivos dijeron. Holgó mucho el rey con su venida: no pudo por su vejez y enfermedad ir á las naves en persona; envió á su hijo que hizo á los Portugueses gran fiesta y dellos fué festejado. Dióles guia para la India, y el capitan le hizo presente de los trece cautivos Moros: cosa que dió á aquel príncipe mucho contento. Proveyéronse de lo necesario, y despidiéronse con promesa de volver por allí, porque queria enviar sus embajadores para trabar amistad con el rey don Manuel.

Era ya pasada la Pascua de Resurreccion: tomaron la derrota de Calicut que dista de Melinde casi setecientas leguas, que navegaron en veinte y un dias. Descubrieron la tierra deseada á veinte de mayo, y poco despues echaron anclas á media legua de Calicut. No tiene aquella ciudad puerto, y el tiempo no era nada á propósito, porque en aquella sazon comenzaba en aquellas partes el invierno, que es una de las grandes maravillas del mundo, y en que el entendimiento humano se agota. Dividen la provincia de Malabar, do está Calicut, unos montes muy empinados que se rematan en el cabo de Comorin, dicho antiguamente promontorio Cori. La una y la otra parte estan en la misma altura, y entrambas hácia nuestro polo; y sin embargo desta parte de los montes por el mes de mayo comienzan las lluvias y el invierno, cuando de la otra parte se abrasan con los calores del verano y del estío cosa maravillosa y grande. Quién podrá dar razon desta diversidad? quién apear el abismo de la sabiduría divina? Todos los entendimientos quedarán cortos en este punto y en esta dificultad.

CAPITULO XVIII.

De lo que Vasco de Gama hizo en Calicut.

Antes que declaremos lo que á Vasco de Gama pasó en Calicut, será bien poner delante los ojos la grandeza de aquellas provincias y tierras tan estendidas de Asia. La India tiene por aledaños por la parte del poniente las provincias de Arachósia y Gedrosia con las Paropomissadas. Hácia el levante llega hasta los confines del gran reino de la China. Al septentrion tiene el monte Imao, que es parte del monte Caucaso. Por la parte del mediodía la bañan las aguas del Océano. Divídelas en dos partes, en la de aquende y allende, el muy nombrado rio Ganges. Verdad es que los nuestros llaman India sola la tierra que abrazan por una parte el rio Indo, y por otra el rio Ganges. Los naturales llaman toda esta tierra Indestan. En medio destos dos rios corren unas cordilleras de montes, que se rematan en el cabo de Comorin. Muchas naciones son las que estan derramadas por estas marinas: las principales Cambaya, que se estiende desde la boca del rio Indo; y tras ella hasta el dicho cabo de Comorin se tienden por muchas leguas los Malabares. En medio destas dos naciones está en una isleta la famosa ciudad de Goa en el reino de Decan: cercánla por frente el mar, por los dos lados y por las espaldas el rio con sus dos brazos.

Hay entre los Malabares cuatro calidades ó grados de gente: los nobles, que llaman Caymales: los sacerdotes, que son los Brachmanes, y tienen grande autoridad: los soldados llaman Naydes; y el pueblo, que son los labradores y oficiales: los mercaderes comunmente son extranjeros. De la cintura arriba andan desnudos, lo demas cubren con paños de seda ó algodon, y sus cimitarras que traen afiadas del hombro derecho y colgadas. Los ritos y costumbres desta gente son estrañas: basta decir para conocer lo demas que las mugeres se casan con cuantos hombres quieren; por esto los hijos no heredan á los padres por no tener certidumbre cuyos son, sino los hijos de las hermanas.

Están divididos los Malabares en muchos reyes: el principal, y á quien los demas reconocen como á señor, y por esta causa le llaman Zamorin que es tanto como emperador, es el rey de Calicut, ciudad rica y grande, y que está casi en medio de aquella nacion no lejos del mar. Las casas no están continuas, sino muy apartadas, con huertas y arboledas que cada cual tiene: solas las casas del rey y los templos son de piedra, las demas de madera, bajas y cubiertas de hojas de palma; que no se permite á los particulares, quier sean nobles, quier plebeyos, levantar edificios mas suntuosos.

En este estado se hallaban las cosas de Calicut, tales eran sus costumbres, cuando Vasco de Gama aportó á aquellas partes: acudieron luego muchas barcas por ver gente tan estraña. Gama echó en tierra uno de los desterrados que llevaba. Fué grande el concurso de la gente que le cercó por todas partes. Habia entre los demas dos mercaderes moros de Tú-

nez; estos por el trage como entendiese que era español, el uno por nombre Monzayda en lengua española le preguntó de que parte de España fuese· respondió de Portugal. Llevóle á su casa, y informado de todo, se fué á ver con el capitan. Allí le declaró como en el tiempo que el rey don Juan de Portugal enviaba á Túnez para proveerse de armas, él le sirvió con mucha lealtad. Juntamente le dijo lo que quiso saber de aquella tierra, y le ofreció serviria de buena gana en lo que se le ofreciese.

El dia siguiente envió Gama con Monzayda dos embajadores para avisar al rey de su venida, que sin su licencia no queria desembarcar: si se la daba, le llevaria las letras que le traia de su rey y cosas de importancia que comunicalle. Estaba el rey á la sazon en Pandarane, un pueblo á dos millas de la ciudad. Allí recibió muy bien á los embajadores, respondió que oiria de buena gana á su capitan: que entretanto por cuanto el lugar do surgió era en aquella sazon poco seguro, llegase las naves al abrigo de Pandarane. Hízose así, y pasados algunos dias, le envió el gobernador de la ciudad, que es como alcalde, y le llaman Catual, para que le hiciese compañía hasta su palacio.

Dejó Gama en su lugar á su hermano, al cual y á Nicolás Coello avisó que pues no podia escusar de verse con aquel rey dado que el riesgo era grande, si sucediese algun desman á su persona, pospuesto todo lo demas, alzadas las velas, se volviesen á Portugal para dar aviso al rey de su viage; y sin embargo para todo lo que pudiese suceder, le tuviesen siempre á la marina los esquifes aprestados. Llevó consigo doce compañeros lo mas en órden que pudo. No usaban en aquella sazon en la India de caballos ni jumentos: lleváronle desde la ribera en hombros gente señalada para esto hasta la casa real. Luego que llegó le recibieron algunos de los Caymalles para honralle mas, y con ellos el principal de los Brachmanes vestido de lienzo blanco. Este tomó á Gama por la mano, y le metió por gran número de salas; la puerta de cada una de ellas tenia diez guardas.

Llegaron á un aposento muy grande que tenia el suelo cubierto de alhombras de seda verde, y en las paredes colgaduras de seda y oro labradas: alrededor tenia ciertas gradas á manera de teatro, que era el asiento de los grandes. El rey en un estrado, vestido de una ropa de algodon blanca sembrada de rosas de oro, en la cabeza un bonete de tela de oro á manera de mitra, los brazos y piernas desnudos á la costumbre de la tierra, pero con axorcas de oro. En los dedos de pies y manos muchos anillos, y en todo sembradas y engastadas piedras y perlas de gran valor. El color del rey era bazo, el cuerpo grande, y el semblante que representaba magestad.

Gama luego que saludó al rey, y le mandó asentar á él y á sus compañeros, le habló en esta manera: «El rey de Portugal don Manuel, príncipe muy escelente y de pensamien»tos muy altos, con el deseo que tiene de saber muchas y grandes cosas, y trabar amistad »con los príncipes que en valor y grandeza se aventajan, movido por la fama que de la »grandeza deste reino y en particular de vuestra magestad vuela por todas partes, desde »lo último de las tierras do el sol se pone me ha enviado para saludaros de su parte y asen»tar entre los dos amistad. No hay cosa mas eficaz para unir las voluntades que la seme»janza en el valor, mayormente en los reyes cuya dignidad mucho se allega á la grandeza »de Dios, y cuanto ellos son mayores tanto deben estender sus voluntades á mas partes. Séa»nos de provecho haber sido los primeros á pretender esta alianza, pues es cosa muy na»tural y mas de los nobles corazones no dejarse vencer en amor y cortesía, y responder á la »voluntad de los que se adelantaron en mostralla. Lo cual yo no dudo sino que será de mu»cho provecho para todos, por la comunicacion de dos naciones tan distantes. Por lo menos »será cosa muy honrosa cuando en todo el mundo se sepa, que de tierras tan estrañas ve»nimos á pretender con la vuestra tener comunicacion y trato.» Esto dicho, presentó las cartas que traia escritas en las lenguas árabiga y portuguesa, junto con los presentes que llevaba.

Holgó mucho aquel rey con esta embajada. Dijo que le placia tener trato y alianza con su hermano el rey don Manuel. Preguntó muchas cosas de la navegacion que habian traido, y de las cosas de Portugal. Con esto mandó aposentar muy bien al capitan y á todos sus compañeros. Los mercaderes moros sabido lo que pasaba, se juntaron, y con el temor grande no les quitasen los Portugueses sus ganancias, además del ódio que tiene aquella gente á todos los cristianos, acudieron al rey y á sus cortesanos para con mentiras y invenciones ponellos mal con los Portugueses: decian que eran cosarios, enemigos del género humano, que si aquella gente tuviese entrada en Calicut, á ellos les seria forzoso ir á buscar otras par-

tes donde vivir y contratar. Que mirasen si les estaba á cuenta por unos pocos ladrones perder amigos tan antiguos como ellos eran, y que les traian con sus tratos tan grandes intereses.

Son los Malabares gente fácil, de poca constancia y verdad. Persuadidos por los Moros acordaron de buscar traza para dar la muerte á los Portugueses. Avisó Monzayda al capitan de lo que se tramaba. Recogióse lo mas ocultamente que pudo, aunque no sin dificultad y peligro á las naves. Alargóse al mar, y desde allí con un indio escribió al rey grandes quejas, principalmente contra el Catual, que con falsas muestras de amor sabia que trataba de hacelle todo el mal que pudiese. Juntamente le suplicó le mandase restituir ciertos Portugueses y mercadurías que quedaban en tierra. Respondió el rey con buenas palabras sin cumplir lo que se le pedia. Gama determinado de usar de fuerza, tomó la primera nave que por allí llegaba, y en ella cautivó seis hombres principales con algunos criados. Envió el rey por habellos los Portugueses y mercadurías con sus cartas en respuesta de las que Gama le trajo; y sin embargo el capitan no quiso restituir los Malabares, porque le parecian muy á propósito para llevallos por muestra á Portugal para que mas en particular informasen de las cosas de aquellas partes.

CAPITULO XIX.

Como Vasco de Gama volvió á Portugal.

Antes que Vasco de Gama alzase las velas para dar la vuelta á Portugal, Monzayda se recogió á sus naves por miedo no le costase la vida la conversacion que con los Portugueses tuvo. Dejó su hacienda en Calicut, ca por la priesa no la pudo recoger, y en Portugal se bautizó



Caravela *Santa Maria* (Museo Naval.)

En ella hizo Colon su primer viaje para el descubrimiento del Nuevo Mundo: está representada contemplando su tripulacion la primera isla que avistaron.

y pasó la vida como buen cristiano. No pudo el rey satisfacerse de Gama á causa que por ser invierno tenia su armada sacada á tierra. Verdad es que con setenta barcas que pudieron varar y armar, acometieron á las naves; pero con un recio temporal que cargó, las barcas se desbarataron, y los nuestros que por faltalles viento iban muy despacio, tuvieron lugar de alejarse hasta perder de vista á Calicut, y llegar á unas islas pequeñas que por alli están. Encontraron con ocho fustas de un cosario llamado Timoya, tomaron una y desbarataron las demas.

De allí pasaron á otra isla que se llama Anchediva, para rehacer las naves y repararllas lo mejor que pudiesen. Dista esta isla como setenta leguas de Calicut, y de tierra firme no dista mas de una legua; que fué ocasion para que muchos de la tierra pasasen á ver las naves. Entre los demas vino uno que saludó á Gama en italiano. Este les avisó que allí cerca caía la ciudad de Goa, y que el señor della que se llamaba Zabaio, con quien él tenia mucha cabida, holgaria de conocellos y les haria toda amistad. Preguntóle Gama de donde era: dijo que italiano, y que navegando la vuelta de Grecia, cayó en poder de cosarios, y de mano en mano le fué forzoso servir aquel príncipe moro. Gama por el semblante, y porque las respuestas todas veces no concertaban, con sospecha que era espía, le puso á cuestion de tormento. Entonces confesó la verdad, que era judío y natural de Polonia, y que el Zabaio su señor le envió para espiar aquella armada; que con la suya pretendia acometellos.

Gama con este aviso, lo mas presto que pudo, partió de allí para seguir su viage. Llevó consigo el judío, que en Portugal se bautizó, y se llamó Gaspar, y sirvió al rey don Manuel en cosas de importancia. La navegacion iba despacio por falta de viento: en fin hicieron tanto que pudieron doblar el primer cabo de Africa que se llama de Guardafuy, no lejos de la boca del mar Bermejo. Llegaron á la ciudad de Magadajo que está allí cerca; por saber que los moradores eran Moros, no quisieron allí parar mas de cuanto con la artillería maltrataron los edificios, y echaron á fondo algunos bajeles que vieron en aquel puerto. Pasados de allí encontraron con ocho velas de Moros que desbarataron con mucha facilidad.

En Melinde fueron de aquel rey recebidos con mucho amor. Proveyéronse de lo necesario, y como tenian tratado llevaron consigo un embajador que aquel príncipe envió á Portugal para asentar amistad con el rey don Manuel. La nave en que Paulo de Gama iba por capitan, por estar muy maltratada, fuera de que tenian falta de marineros y jarcias, acordaron de pegalle fuego, y que Paulo de Gama se pasase á la capitana. Siguieron su viage. Descubrieron la isla de Zanzibar de muchas frescuras y arboledas de todo género de drogas, distante de la costa de Africa seis leguas, y que cae entre Melinde y Quiloa cerca de Mombaza. En Mozambique levantaron una columna de las que para este efecto llevaban. Tocaron en la bahía de S. Blas para hacer agua y leña. Doblaron el cabo de Buena Esperanza á los veinte y seis de abril. Finalmente pasaron las islas de cabo Verde, y de allí con un gran rodeo á las Terceras, donde falleció Paulo de Gama de una enfermedad que muchos dias atrás le traia trabajado.

Llegaron á Lisboa por el mes de setiembre, pasados dos años despues que de allí partieron. Grande fué el alegría que recibió el rey con su venida, grande el contento de toda la ciudad. No se hartaban de oir cosas tan nuevas, peligros y tempestades tan grandes como pasaron, ni de ver las muestras que traian de las mercadurías y riquezas de levante. Los hombres otrosí que venian con ellos de aquellas partes, causaban no menos maravilla por sus gestos, lengua y trages tan estraños. Parecian Gama y sus compañeros como venidos del cielo, y mayores que los demas hombres, dado que de cuatro naves que partieron volvieron solas las dos, y de la gente que en ellas fué, poco mas de la tercera parte. Todo no bastó para que muchos no deseasen continuar aquel viage, y con la esperanza de honra y provecho poner el pecho á todas aquellas dificultades que en empresa tan larga y trabajosa se representaban.

CAPITULO XX.

De la navegacion que hoy se hace á la India Oriental.

De la manera que queda dicho hizo esta navegacion Vasco de Gama, que fué la mas señalada del mundo sea por su largura, sea por las dificultades y peligros que en ella hobo, tanto mayores que por no saber entonces ni la derrota que debian tomar, ni el tiempo de las

mociones de aquellos anchísimos mares, fueron casi á ciegas y á tiento. El tiempo y la esperiencia ha facilitado mucho aquella navegacion, de suerte que cuando á la sazon para comenzalla, y cuanto á la derrota que siguen, se han mudado muchas cosas, que quiero en suma poner aquí para que el curioso lector tenga alguna noticia de cosa tan grande. Ante todas cosas será bien poner delante los ojos y pintar todas aquellas marinas muy estendidas y grandes.

Pasada la boca del estrecho de Cadiz á mano izquierda corre la costa de Africa por gran número de leguas desta parte y de la otra de la linea equinoccial. Lo primero el monte Atlas muy famoso con sus cordilleras muy altas corta de levante á poniente gran parte de Africa, y hace su primera punta y cabo en el mar Océano. Mas adelante está el cabo que los Portugueses llamaron Non por estar antiguamente persuadidos que el que le pasaba, no volvia. Luego el cabo del Boyador en altura de veinte y ocho grados enfrente de la isla de Palma, que es una de las Canarias. Son todos estos tres cabos puntas del ya dicho monte Atlas. Síguese en la misma costa el cabo Blanco, en altura de veinte y un grados: tras él está la isla pequeña de Argin que da nombre á todo aquel golfo, ca le llaman golfo de Argin. Desde allí se pasa á cabo Verde y á sus islas, que son diez en número, la principal tiene nombre de Santiago: los antiguos las llamaron Hespérides, si bien algunos pretenden que debajo deste nombre antiguamente se comprehendian todas las islas que se han nuevamente descubierto, y estan á la banda de poniente. Está cabo Verde en altura de diez y seis grados; y antes dél entra en el mar el rio Sanaga, y pasado el cabo, otro al cual por sus muchas aguas llamaron el rio Grande. Sospechan (lo cierto no se sabe) que son dos brazos de un mismo rio, y añaden que es el rio Nigir, celebrado de los antiguos porque nace de las mismas fuentes del Nilo. Por lo menos tienen estos rios sus crecientes al mismo tiempo que el Nilo, y como él crian crocodilos y caballos marinos.

Pasado el rio Grande, que tiene de altura once grados, se empina en ocho grados la sierra Leona, así dicha por los muchos truenos, relámpagos y fuegos que en ella se ven, por su altura; y porque los naturales salen á sus labores de noche con luces (como se toca en otra parte) parece que todo arde en vivas llamas. Quieren que este monte sea el que Ptolomeo llamó Carro de los Dioses, dado que él le demarca en elevacion de cinco grados solamente. Debajo de la equinoccial está la isla de Sto. Thomé no lejos de la ribera de tierra firme, y de Portugal algo mas de mil leguas: los aires son mal sanos, el provecho por los azúcares que en ella se dan, mucho. A seis grados de la otra parte de la línea cae la Mina, así dicha por el oro muy acendrado que della se saca. Mas adelante está el rio de Santiago, y el golfo de Sta. Elena donde Gama abordó para hacer agua. Otros particulares rios y cabos, y islas hay, como es forzoso en tan grande distancia; pero los susodichos son los de mas cuenta y mas nombre.

El cabo de Buena Esperanza, que es la postrera punta de Africa, y está distante de Portugal como dos mil leguas, se mete hácia el otro polo por espacio de treinta y cinco grados. Este cabo doblado, corren aquellas riberas muy estendidas, con cabos que hacen, y rios diferentes que tienen. El de S. Blas y el de Navidad, y el rio de Buenas Señales, son los principales hasta dar en Zofala, que es una de las mas notables poblaciones de aquellas marinas por las minas de oro que tiene. Algunos se persuaden que Zofala sea Tharsis, donde como lo dice la divina Escritura Salomon por el mar Rojo enviaba sus flotas para traer oro y otras riquezas; y aun los naturales afirman que así lo tienen en sus libros y memorias: otros quieren que sea el promontorio Prasio de Ptolomeo, que él pone quince grados pasada la linea; Zofala está mas de veinte.

Adelante de Zofala á mano derecha cae la gran isla de S. Lorenzo, que los naturales llaman Madagascar, y á mano izquierda está Mozambique, puerto de gran trato, en quince grados de altura; el cual pasado, casi en iguales distancias estan Quiloa y Mombaza con la isla de Zanzibar y Melinde casi debajo la línea. Magadaxo está desta parte cinco grados, y en diez grados el cabo postrero de Africa, hácia la boca del mar Rojo, al cual hoy llaman Guardafuy, y Ptolomeo le llama Aromata; junto al cual está la isla de Zocotora que se halló poblada de cristianos, aunque muy estéril y falta de toda comodidad. Algunos piensan que es la que Ptolomeo llama Dioscoridis. Poco distante está la boca del mar Rojo, ó sino Arábico: dentro della por la parte de Africa cae el puerto de Ercoco del reino de Barganaso, y sujeto al preste Juan. Fuera en la costa de Arabia está Aden, fuerza muy grande, y casi la llave de aquel golfo.

Entre el seno Arábico y Pérsico Arabia la feliz, y enmedio del lomo por donde la baña el mar Océano tiene el promontorio Siagro, que hoy llaman el cabo de Escafallat, ó Fartaque; y la postrera punta hácia la boca del sino Pérsico, es el cabo Rosalgate, que fué antiguamente el promontorio Corodano. A la boca del sino Pérsico por la parte de dentro está la isla de Ormuz, pequeña y de suyo estéril, pero por el trato que es grande, muy rica: tiene veinte y seis grados de altura. Casi en la misma elevacion mas hácia el levante á la boca del rio Indo está la isla y fortaleza de Diu, muy conocida por el valor con que los Portugueses la han defendido primero de los soldanes de Egipto, y despues de las fuerzas del gran turco. Pasado Diu, y Bazain que cae allí cerca, las riberas revuelven muy hácia mediodía hasta que se rematan en el cabo de Comorin, ó promontorio Cori, en cuyo lado occidental están la ciudad de Goa en altura de diez y seis grados, y en doce Calicut. Entre las dos cae la ciudad de Cananor, y junto al cabo Cochin y Coulan, ciudades todas del Malabar, y do está el trato mas principal de toda la especería. Desde el cabo de Buena Esperanza hasta Goa cuentan los que navegan mil y docientas y cuarenta leguas.

Enfrente del Malabar están las islas de Maldivar, así dichas del nombre de la principal dellas que así se llama: son en número pasadas de mil, pequeñas, y á las veces tan pegadas entre sí que apenas se puede navegar por aquellas estrechuras. La cosa mas principal que tienen, es la palma que lleva los cocos, árbol tan provechoso que dél se sustentan y visten. Por el lado de levante tiene el cabo de Comorin casi pegada la rica isla de Zeylan, de do viene el golpe mayor de la canela. Síguense los reinos de Narsinga y del Pegu, y enmedio dellos el de Bengala, que da nombre á aquella ensenada de mar y golfo, que es muy grande. Remátase en la ciudad ds Malaca, que tiene muy cerca la isla de Somatra puesta debajo de la equinoccial.

Los mas entre gente docta tienen que Somatra es la Trapobana de Ptolomeo, y Malaca la Aurea Chêrsoneso del mismo, sin faltar quien tenga por cierto que Malaca es la antigua Ophir, donde Salomon enviaba sus armadas para traer oro y plata, y aun los del reino del Pegu, que cae por aquellas partes se tienen por decendientes de los Judíos que Salomon envió condenados para beneficiar las minas de Ophir, que si hoy allí no se hallan estos metales, hallábanse antiguamente, como lo dan á entender el nombre de Aurea Chêrsonesus. Gastaban tres años las naves de Salomon en ida y vuelta, como lo dice la Escritura en particular de la navegacion de Tharsis, á causa de ir tierra á tierra sin engolfarse por no estar aun descubierto el uso del aguja del marear, con que los navegantes se alargan mucho a mar y las navegaciones se han facilitado mucho.

Desde Malaca á man derecha, la vuelta de levante, se navega á las islas Malucas, que las principales son cinco, y dellas se traen los clavos, cosa de grande ganancia: en lo demas son estériles y faltas de todo lo necesario para la vida: así repartió sus bienes la naturaleza. A mano izquierda hácia nuestro polo van al grande y rico reino de la China, y á la isla de Macan, estancia que tienen los Portugueses á la entrada de aquel reino por no dejallos entrar dentro de la China. Ponen desde Goa á la China mil y trecientas leguas, las ochocientas hasta Malaca, y desde allí á Macan otras quinientas. Desde Macan hácia el norte llegan á lo postrero de lo que los Portugueses tienen descubierto, que es Japon, distante del puerto de la China como trecientas leguas. Divídese Japon en tres islas principales, sin otras muchas pequeñas que tienen junto á las tres: corre entre poniente y norte de los treinta grados de altura á los cuarenta de largo docientas leguas, y por lo mas ancho no pasa de ochenta. Tiene muchos reyes y reinos, y es gente de valor en las armas, y de ingenio asáz para las letras.

La navegacion de Portugal á la India se hace desta manera. Parten de Lisboa por el mes de marzo, ó á principio de abril; llegan á la isla de la Madera que está distante ciento y cincuenta leguas, y dende á las Canarias que están trecientas. Pasan de allí al cabo Blanco, y á las islas de cabo Verde. Desde alli dejan la costa de Africa, y por los continuos vientos que á la sazon corren de mediodía, siguen á orza la derrota entre poniente y mediodia hasta llegar á las veces á vista del Brasil, donde si los vientos no les dan lugar á tomar el cabo de S. Agustin, que está diez grados de la otra parte de la línea, se vuelven sin poder por aquel año continuar su navegacion. Si le pasan, dan la vuelta para doblar el cabo de Buena Esperanza, y siguen la derrota entre mediodía y levante. Para escusar las tormentas ordinarias que en aquel cabo se levantan, suben hasta cuarenta grados hácia el otro polo. Con esto doblan el cabo, y tocan en Zofala ó Mozambique, do si la navegacion no es muy próspera, se quedan á invernar; de otra manera pasan aquel golfo y la línea hasta llegar en pocos dias á Goa.

Tiénese por muy próspera la navegacion que se acaba en cinco ó seis meses, ca de ordinario pasa de año entero. De Goa para Malaca y las demas partes mas orientales navegan á sus tiempos determinados. Para volver á España esperan las mociones del fin del mes de diciembre cuando de ordinario corren lestes ó solanos, muy á propósito para la vuelta. Doblan el cabo por el mes de marzo ó abril. Pasan por la isla de Sta. Elena, que parece proveyó la naturaleza como una venta en mares tan anchos para refresco de los que navegan, por las frutas, caza y pescado que hallan, sin que haya en ello quien more ni la cultive por ser tan estrecha que de traviesa no tiene mas de cuatro leguas, y estar tan adentro en el mar. Desde allí por las islas Terceras llegan finalmente las naves á Lisboa de ordinario por los meses de agosto y de setiembre.

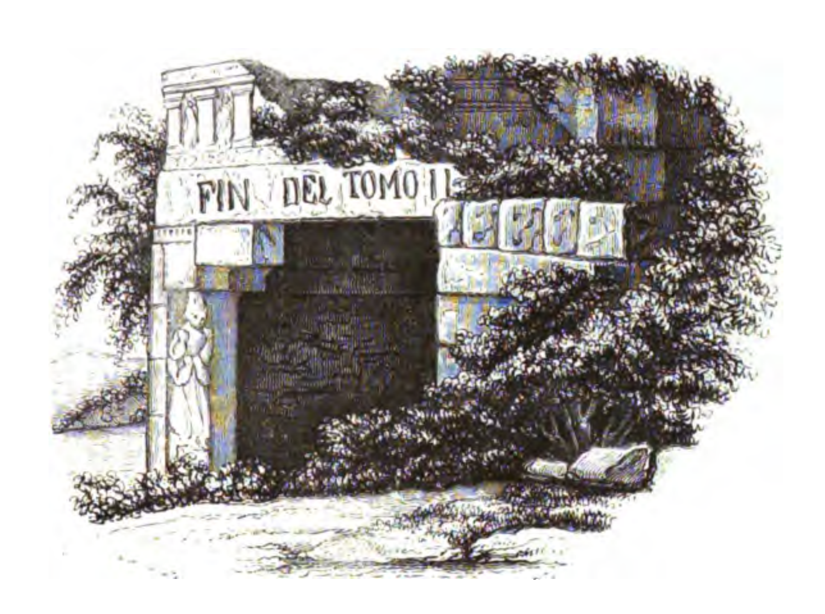


TABLA DE LOS CAPITULOS DE ESTE TOMO.

LIBRO DECIMOTERCIO.

LIBRO DECIMOCUARTO.

LIBRO DECIMOQUINTO.

LIBRO DECIMOSEXTO.

LIBRO DECIMOSÉPTIMO.

LIBRO DECIMO-OCTAVO.

LIBRO DECIMONONO.

LIBRO VIGÉSIMO.

LIBRO VIGÉSIMOPRIMO.

LIBRO VIGÉSIMOSEGUNDO.

LIBRO VIGÉSIMOTERCIO.

LIBRO VIGÉSIMOCUARTO.

LIBRO VIGÉSIMOQUINTO.

LIBRO VIGÉSIMOSEXTO.

PAUTA PARA LA COLOCACION DE LAS LÁMINAS.